Abuelita

Hans Christian Andersen

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Abuelita es muy vieja, tiene muchas arrugas y el pelo completamente blanco, pero sus ojos brillan como estrellas, sólo que mucho más hermosos, pues su expresión es dulce, y da gusto mirarlos. También sabe cuentos maravillosos y tiene un vestido de flores grandes, grandes, de una seda tan tupida que cruje cuando anda.

Abuelita sabe muchas, muchísimas cosas, pues vivía ya mucho antes que papá y mamá, esto nadie lo duda. Tiene un libro de cánticos con recias cantoneras de plata; lo lee con gran frecuencia. En medio del libro hay una rosa, comprimida y seca, y, sin embargo, la mira con una sonrisa de arrobamiento, y le asoman lágrimas a los ojos. –¿Por qué abuelita mirará así la marchita rosa de su devocionario? ¿No lo sabes?

Cada vez que las lágrimas de la abuelita caen sobre la flor, los colores cobran vida, la rosa se hincha y toda la sala se impregna de su aroma;

se esfuman las paredes cual si fuesen pura niebla, y en derredor se levanta el bosque, espléndido y verde, con los rayos del sol filtrándose entre el follaje, y abuelita vuelve a ser joven, una bella muchacha de rubias trenzas y redondas mejillas coloradas, elegante y graciosa; no hay rosa más lozana, pero sus ojos, sus ojos dulces y cuajados de dicha, siguen siendo los ojos de abuelita.

Sentado junto a ella hay un hombre, joven, vigoroso, apuesto. Huele la rosa y ella sonríe –¡pero ya no es la sonrisa de abuelita!– sí, y vuelve a sonreír. Ahora se ha marchado él, y por la mente de ella desfilan muchos pensamientos y muchas figuras; el hombre gallardo ya no está, la rosa yace en el libro de cánticos, y... abuelita vuelve a ser la anciana que contempla la rosa marchita guardada en el libro.

Ahora abuelita se ha muerto. Sentada en su silla de brazos, estaba contando una larga y

maravillosa historia. –Se ha terminado –dijo– y yo estoy muy cansada; dejadme echar un sueñecito.

Se recostó respirando suavemente, y quedó dormida; pero el silencio se volvía más y más profundo, y en su rostro se reflejaban la felicidad y la paz; se habría dicho que lo bañaba el sol... y entonces dijeron que estaba muerta. La pusieron en el negro ataúd, envuelta en lienzos blancos. ¡Estaba tan hermosa, a pesar de tener cerrados los ojos! Pero todas las arrugas habían desaparecido, y en su boca se dibujaba una sonrisa. El cabello era blanco como plata y venerable, y no daba miedo mirar a la muerta.

Era siempre la abuelita, tan buena y tan querida. Colocaron el libro de cánticos bajo su cabeza, pues ella lo había pedido así, con la rosa entre las páginas. Y así enterraron a abuelita. En la sepultura, junto a la pared del cementerio, plantaron un rosal que floreció

espléndidamente, y los ruiseñores acudían a cantar allí, y desde la iglesia el órgano desgranaba las bellas canciones que estaban escritas en el libro colocado bajo la cabeza de la difunta.

La luna enviaba sus rayos a la tumba, pero la muerta no estaba allí; los niños podían ir por la noche sin temor a coger una rosa de la tapia del cementerio. Los muertos saben mucho más de cuanto sabemos todos los vivos; saben el miedo, el miedo horrible que nos causarían si volviesen. Pero son mejores que todos nosotros, y por eso no vuelven. Hay tierra sobre el féretro, y tierra dentro de él.

El libro de cánticos, con todas sus hojas, es polvo, y la rosa, con todos sus recuerdos, se ha convertido en polvo también. Pero encima siguen floreciendo nuevas rosas y cantando los ruiseñores, y enviando el órgano sus melodías. Y uno piensa muy a menudo en la abuelita, y la ve con sus ojos dulces, eternamente jóvenes.

Los ojos no mueren nunca. Los nuestros verán a abuelita, joven y hermosa como antaño, cuando besó por vez primera la rosa, roja y lozana, que yace ahora en la tumba convertida en polvo.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Las aventuras de Pinocho

Carlo Collodi

(1826-1890)

BIBLIOTECA DIGITAL

LAS AVENTURAS DE PINOCHO

Carlo Collodi

ÍNDICE

Capítulo I. De cómo el carpintero Maese Cereza encontró un trozo de madera que lloraba y reía como un niño. 5

Capítulo II. Maese Cereza regala el pedazo de tronco a su amigo Gepeto, el cual lo acepta para construir un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales. 10

Capítulo III. De vuelta Maese Gepeto en su casa, comienza sin dilación a hacer el muñeco, y le pone por nombre Pinocho. Primeras monerías del muñeco. 16

Capítulo IV. De lo que sucedió a Pinocho con el grillo-parlante, en lo cual se ve que los niños malos no se dejan guiar por quien sabe más que ellos.....24

Capítulo V. Pinocho tiene hambre, y buscando encontró un huevo el cual pensaba preparar; pero cuando menos los pensaba se encontró con que salió volando por la ventana....29

Capítulo VI. Pinocho se duerme junto al brasero, y al despertarse a la mañana siguiente se encuentra con los pies carbonizados. 33

Capítulo VII. Gepeto vuelve a su casa, y le da al muñeco el desayuno que el buen hombre tenía para sí.....36

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Capítulo VIII. Gepeto arregla los pies a Pinocho, y vende su chaqueta para comprarle una cartilla.....42

Capítulo IX. Pinocho vende su cartilla para ver una función en el teatro de muñecos. 47

Capítulo X. Los muñecos del teatro reconocen a su hermano Pinocho y le reciben con las mayores demostraciones de alegría; pero en lo mejor de la fiesta aparece el amo de los muñecos, Tragalumbre, y pinocho corre peligro de terminar sus aventuras de mala manera.....52

Capítulo XI. Tragalumbre estornuda y perdona a Pinocho, el cual, después salva la vida de su amigo Arlequín.....57

Capítulo XII. Tragalumbre regala a Pinocho cinco monedas de oro para que se las lleve a su padre Gepeto; pero Pinocho se deja engañar por la zorra y el gato y se marcha con ellos. 63

Capítulo XIII. La posada de El Cangrejo Rojo.....72

Capítulo XIV. Por no haber hecho caso a los consejos del grillo-parlante, se encuentra Pinocho con unos ladrones 79

Capítulo XV. Los ladrones continúan persiguiendo a Pinocho y cuando al fin consiguen darle alcance, le cuelgan del encino grande 86

Capítulo XVI. La hermosa niña de los cabellos azules hace recoger el muñeco; le mete en la cama, y manda llamar a tres médicos para saber si está vivo o muerto.....92

Capítulo XVII. Pinocho se come el azúcar sin querer purgarse; pero al ver que llegan los enterradores para llevárselo, bebe toda la purga. Después le crece la nariz por decir mentiras. ..99

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Capítulo XVIII. Pinocho vuelve a encontrarse con la zorra y el gato, y se va con ellos a sembrar sus cuatro monedas en el campo de los milagros. 109

Capitulo XIX. Roban a Pinocho sus monedas de oro, y además le tienen cuatro meses en la cárcel.....118

Capítulo XX. Libre ya de la prisión, trata de volver a la casa del Hada; pero encuentra en el camino una terrible serpiente y después queda preso en un cepo. 125

Capítulo XXI. Cae Pinocho en poder de un labrador que le obliga a servir de perro para custodiar un gallinero. 131

Capítulo XXII. Pinocho descubre a los ladrones, y en recompensa de su fidelidad queda libre. 136

Capítulo XXIII. Pinocho llora la muerte de la hermosa niña de los cabellos azules; después encuentra una paloma que los lleva a la orilla del mar, y ahí se arroja al agua para ir a salvar a su papá. 142

Capítulo XXIV. Arriba Pinocho a La Isla de las Abejas industriosas y encuentra al Hada. 153

Capítulo XXV. Pinocho promete al Hada ser bueno y estudiar 164

Capítulo XXVI. Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible dragón.....169

Capítulo XXVII. Gran pelea entre Pinocho y sus compañeros. Uno de estos cae herido, y Pinocho es preso por la guardia civil. 175

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Capítulo XXVIII. Pinocho corre peligro de ser frito en una sartén como un pez.....187

Capítulo XXIX. Vuelve Pinocho a casa del Hada. Gran merienda de café con leche para solemnizar el éxito de Pinocho en sus exámenes. 196

Capítulo XXX. Pinocho, se escapa con su amigo Espárrago al País de los Juguetes. 210

Capítulo XXXI. Después de cinco meses de vagancia, Pinocho nota con gran asombro que le ha salido un magnífico par de orejas de asno, y acaba por convertirse en un burrito, con cola y todo.....220

Captulo XXXII. Le nacen a Pinocho orejas de burro, después se convierte en verdadero burrito y empieza a rebuznar. 232

Capítulo XXXIII. Convertido Pinocho en un burrito verdadero, es llevado al mercado de animales y comprado por el director de una compañía de titiriteros para enseñarle a bailar y a saltar por el aro. 244

Capítulo XXXIV. Pinocho, es arrojado al mar y devorado por los peces. Vuelve a su primitivo estado de muñeco; pero mientras nada para salvarse, se lo traga el terrible dragón marino. 259

Capítulo XXXV. Pinocho encuentra en el cuerpo del dragón... ¿a quién encuentra? Cuando leas este capítulo lo sabrás. 273

Capítulo XXXVI. Por fin Pinocho deja de ser un muñeco y se transforma en un muchacho. 283

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPITULO I

De cómo el carpintero Maese Cereza encontró un trozo de madera que lloraba y reía como un niño.

—Pues, señor, éste era...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.

—Pues no, muchachos nada de eso. Este era un pedazo de madera. Pero no un pedazo de madera de lujo, sino sencillamente un leño de esos con que en el invierno se encienden las estufas y chimeneas para calentar las habitaciones.

Pues, señor, es el caso que, Dios sabe cómo, el leño de mi cuento fue a parar cierto día al taller de un viejo carpintero, cuyo nombre era Maese Antonio, pero al cual llamaba todo el mundo Maese Cereza, porque la punta de su nariz, siempre colorada y reluciente, parecía una cereza madura. Cuando maese Cereza vio aquel leño, se puso más contento que unas Pascuas. Tanto, que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

comenzó a frotarse las manos, mientras decía para su capote:

—¡Hombre! ¡Llegas a tiempo! ¡Voy a hacer de ti la pata de una mesa!

Dicho y hecho; tomó el hacha para comenzar a quitarle la corteza y desbastarlo. Pero cuando iba a dar el primer hachazo, se quedó con el brazo levantado en el aire, porque oyó una vocecita muy fina, muy fina, que decía con acento suplicante:

—¡No! ¡No me des tan fuerte!

¡Ya se imaginarán cómo se quedaría el bueno de Maese Cereza! Sus ojos asustados recorrieron la estancia para ver de dónde podía salir aquella vocecita, y no vio a nadie. Miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nadie; en el cesto de las astillas y de las virutas, y nadie; abrió la puerta del taller, salió a la calle, y nadie tampoco. ¿Qué era aquello?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ya comprendo —dijo entonces sonriendo y rascándose la peluca—. Está visto que esa vocecita ha sido una ilusión mía. ¡Reanudemos la tarea!

Y tomando de nuevo el hacha, pegó un formidable hachazo en el leño.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño!—dijo quejándose la misma vocecita.

Esta vez se quedó Maese Cereza como si fuera de piedra, con los ojos espantados, la boca abierta y la lengua fuera, colgando hasta la barba como uno de esos mascarones tan feos y tan graciosos por cuya boca sale el caño de una fuente.

Se quedó hasta sin voz. Cuando pudo hablar, comenzó a decir temblando de miedo y balbuceando:

—Pero, ¿de dónde sale esa vocecita que ha dicho ¡ay!? ¡Si aquí no hay un alma! ¿Será que este leño habrá aprendido a llorar y a quejarse como un niño? ¡Yo no puedo creerlo!... Este leño... Aquí está, es un leño de chimenea como todos los leños

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de chimenea: bueno para echarlo al fuego y guisar un puchero de habichuelas, ¡Zambomba! ¿Se habrá escondido alguien dentro de él? ¡Ah! Pues si alguno se ha escondido dentro, peor para él. Ahora le voy a arreglar yo.

Y diciendo esto agarró el pobre leño con las dos manos, y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes del taller.

Después se puso a escuchar si se queja alguna vocecita. Esperó dos minuto y nada; cinco minutos, y nada: diez minutos, y nada.

—Ya comprendo—dijo entonces tratando de sonreír y arreglándose la peluca—. Está visto que esa vocecita que ha dicho ¡ay! ha sido una ilusión mía ¡Reanudemos la tarea!

Y como tenía tanto miedo, se puso a canturrear paca cobrar ánimos.

Entre tanto dejó el hacha y tomó el cepillo para cepillar y pulir el leño. Pero cuando lo estaba cepillando por un lado y por otro, oyó la misma vocecita que le decía riendo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Pero hombre! ¡Que me estás haciendo unas cosquillas terribles!

Esta vez Maese Cereza se desmayó del susto. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

¡Qué cara de bobo se le había puesto! La punta de la nariz ya no estaba colorada; del susto se le había puesto azul.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPITULO II

Maese Cereza regala el pedazo de tronco a su amigo Gepeto, el cual lo acepta para construir un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante!—contestó el carpintero con voz débil, asustado y sin fuerzas para ponerse en pie.

Entonces entró en la tienda un viejecillo muy vivo, que se llamaba Maese Gepeto; pero los chiquillos de la vecindad, para hacerle rabiar, le llamaban Maese Fideos, porque su peluca amarilla parecía que estaba hecha con fideos finos. Gepeto tenía un genio de todos los diablos, y además le daba muchísima rabia que le llamasen Maese Fideos. ¡Pobre del que se lo dijera!

—Buenos días, Maese Antonio—dijo al entrar—. ¿Qué hace usted en el suelo?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ya ve usted! ¡Estoy enseñando Aritmética a las hormigas!

—¡Es una idea feliz!

—¿Qué le trae por aquí, compadre Gepeto?

—¡Las piernas! Sabrá usted, Maese Antonio, que he venido para pedirle un favor.

—Pues aquí me tiene dispuesto a servirle —replicó el carpintero.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—Veamos cuál es.

—He pensado hacer un magnifico muñeco de madera; pero ha de ser un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales. Con este muñeco me dedicaré a correr por el mundo para ganarme un pedazo de pan y... un traguillo de vino. ¡Eh! ¿Qué le parece?

—¡Bravo, Maese Fideos! —gritó aquella vocecita que no se sabía de dónde salía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al oírse llamar Maese Fideos, el compadre Gepeto se puso rojo como una guindilla, y volviéndose hacia el carpintero, le dijo encolerizado:

—¿Por qué me insulta usted?

—¿Quién le insulta?

—¡Me ha llamado usted Fideos!

—¡Yo no he sido!

—¡Si le parece, pondremos que he sido yo! ¡Digo y repito que ha sido usted!

—¡No!

—¡Sí! Y furiosos los dos, pasaron de las palabras a los hechos, y agarrándose con furia se arañaron, se mordieron, se tiraron del pelo... Se dieron una paliza.

Cuando terminó la batalla, Maese Antonio se encontró con la peluca amarilla de Gepeto en las manos, y Gepeto tenía en la boca la peluca gris del carpintero.

—¡Dame mi peluca! —gritó Maese Antonio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Dame tú la mía, y hagamos las paces!

Los dos viejecillos se entregaron las pelucas y se dieron las manos, prometiendo solemnemente ser buenos amigos toda la vida.

—Con que vamos a ver qué favor es el que tiene que pedirme, compadre Gepeto —dijo el maestro carpintero como muestra de que la paz estaba consolidada.

—Quisiera un poco de madera para hacer ese muñeco de que le he hablado. ¿Puede usted dármela?

Maese Antonio, contentísimo, se apresuró a coger aquel leño que le había hecho pasar tan mal rato. Pero cuando iba a entregárselo a su amigo dio el leño una fuerte sacudida y se le escapó de las manos, yendo a dar un palo tremendo en las esmirriadas pantorrillas del compadre Gepeto.

—¡Ay! ¿Tan amablemente regala usted las cosas, Maese Antonio? ¡Por poco me deja usted cojo!

—¡Pero si no he sido yo!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Y dale! ¡Habré sido yo entonces!

—¡No, si la culpa la tiene este demonio de leño!

—Ya lo sé que ha sido el leño; pero, ¿quién me lo ha tirado a las piernas, sino usted?

—Le digo a usted que yo no lo he tirado.

—¡Embustero!

—¡Gepeto, no me insulte usted, o le llamo Fideos!

—¡Burro!

—¡Fideos!

—¡Hipopótamo!

—¡Fideos!

—¡Orangután!

—¡Fideos!

Al oírse llamar fideos por tercera vez perdió Gepeto los estribos, se arrojó sobre el carpintero, y de nuevo se obsequiaron con una colección de coscorrones, pellizcos y arañazos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al terminar la batalla Maese Antonio se encontró con dos arañazos más en la nariz, y Gepeto con dos botones menos en el chaleco. Arregladas así sus cuentas, se estrecharon las manos y otra vez se ofrecieron indestructible amistad para toda la vida.

Hecho lo cual, Gepeto tomó bajo el brazo el famoso leño, y dando las gracias a Maese Antonio, se marchó cojeando a su casa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO III

De vuelta Maese Gepeto en su casa, comienza sin dilación a hacer el muñeco, y le pone por nombre Pinocho. Primeras monerías del muñeco.

La casa de Gepeto era una planta baja, que recibía luz por una claraboya. El mobiliario no podía ser más sencillo: una mala silla, una mala cama y una mesita maltrecha. En la pared del fondo se veía una chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y junto al fuego había también una olla que hervía alegremente y despedía una nube de humo que parecía de verdad.

Apenas entrando en su casa, Gepeto fuese a buscar sin perder un instante los útiles de trabajo, poniéndose a tallar y fabricar su muñeco.

—¿Qué nombre le pondré? —preguntándose a sí mismo—. Le llamaré Pinocho. Este nombre le traerá fortuna. He conocido una familia de Pinochos. Pinocho el padre, Pinocha la madre y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho los chiquillos, y todos lo pasaban muy bien. El más rico de todos ellos pedía limosna. Una vez elegido el nombre de su muñeco, comenzó a trabajar de firme, haciéndole primero los cabellos, después la frente y luego los ojos.

Ya se imaginarán su maravilla cuando hechos los ojos, advirtió que se movían y que le miraban fijamente.

Gepeto, viéndose observado por aquel par de ojos de madera, sintiéndose casi molesto y dijo con acento resentido:

—Ojitos de madera, ¿por qué me miran?

Nadie contestó.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero, así que estuvo lista, empezó a crecer; y crecer convirtiéndose en pocos minutos en una narizota que no se acababa nunca.

El pobre Gepeto se esforzaba en recortársela, pero cuando más la acortaba y recortaba, más larga era la impertinente nariz.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después de la nariz hizo la boca.

No había terminado de construir la boca cuando de súbito ésta empezó a reírse y a burlarse de él.

—¡Deja de reír!—dijo Gepeto enfadado; pero fue como si se lo hubiera dicho a la pared.

—¡Para de reír, te repito! —gritó con amenazadora voz.

Entonces la boca paró de reír, pero le sacó toda la lengua.

Gepeto, para no desbaratar su obra, fingió no darse cuenta y continuó trabajando.

Después de la boca, le hizo la barba; luego el cuello, la espalda, la barriguita, los brazos y las manos.

Recién acabadas las manos, Gepeto sintió que le quitaban la peluca de la cabeza. Levantó la vista y, ¿qué es lo que vio? Vio su peluca amarilla en manos del muñeco.

—¡Pinocho!... ¡Devuélveme en seguida mi peluca!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero Pinocho, en vez de devolverle la peluca, se la puso en su propia cabeza, quedándose medio ahogado metido en ella.

Ante aquellas demostraciones de insolencia y de poco respeto, Gepeto se puso triste y pensativo como no lo había estado en su vida; y dirigiéndose a Pinocho, le dijo:

—¡Diablo de chico! ¡No estás todavía acabado de hacer y ya empiezas a faltarle el respeto a tu padre! ¡Mal hijo mío, muy mal!

Y se secó una lágrima.

Quedaban todavía por modelar las piernas y los pies.

Cuando Gepeto terminó de hacerle los pies, recibió una patada en la punta de la nariz.

—¡Bien merecido lo tengo!—dijo para sí—. ¡He debido pensarlo antes; ahora ya es tarde!

Después tomó el muñeco por las axilas, y lo puso en el suelo para enseñarle a andar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho tenía las piernas agarrotadas y no sabía moverse, por lo cual Gepeto le llevaba de la mano, enseñándole a echar un pie tras otro.

Cuando ya las piernas se fueron soltando, Pinocho empezó primero a andar solo, y después a correr par la habitación, hasta que al legar frente a la puerta se puso de un salto en la calle y escapó como una centella.

El pobre Gepeto corría detrás sin poder alcanzarle, porque aquel diablejo de Pinocho corría a saltos como una liebre, haciendo sus pies de madera más ruido en el empedrado de la calle que veinte pares de zuecos de aldeanos.

—¡Atrápenlo, atrápenlo! —gritaba Gepeto; pero las personas que en aquel momento andaban por la calle, al ver aquel muñeco de madera corriendo a todo correr, se paraban a contemplarle encantadas de admiración, y reían, reían, reían como ya te puedes imaginar.

Afortunadamente un guardia de orden público acertó pasar por allí, y al oír aquel escándalo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

creyó que se trataría de algún aprendiz travieso que habría levantado la mano a su maestro, y con ánimo esforzado se plantó en medio de la calle con las piernas abiertas, decidido a impedir el paso y evitar que ocurrieran más desgracias.

Cuando Pinocho vio desde lejos aquel obstáculo que se ofrecía a su carrera vertiginosa, intentó pasar por sorpresa, escurriéndose entre las piernas del guardia; pero se llevó chasco.

El guardia ni tuvo que moverse. La nariz de Pinocho era tan enorme que se le vino a las manos ella solita. Le atrapo, y le puso en manos de Gepeto, quien quiso propinar a Pinocho, en castigo de su travesura, un buen tirón de orejas.

Pero figuraos qué cara pondría cuando, al buscarle las orejas, vio que no se las encuentra. ¿Sabéis por qué? Porque, en su afán de acabar el muñeco, se había olvidado de hacérselas.

Entonces le agarró por el cuello, y mientras lo llevaba de este modo, le decía mirándole furioso:

—¡Vamos a casa! ¡Ya te cobraré allí las cuentas!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al oír estas palabras se tiró Pinocho al suelo y se negó a seguir andando. Mientras tanto iba formándose alrededor un grupo de curiosos y de papanatas.

Cada uno de ellos decían una cosa.

—¡Pobre muñeco! —decían unos—. Tiene razón en no querer ir a su casa. ¡Quién sabe lo que hará con él ese bárbaro de Gepeto!

Otros murmuraban con mala intención:

—Ese Gepeto parece un buen hombre; pero es muy cruel con los muchachos. Si le dejan a ese pobre muñeco en sus manos, es capaz de hacerle pedazos.

En suma, tanto dijeron y tanto murmuraron, que el guardia, dejando en libertad al muñeco, se llevó preso al pobre Gepeto, el cual, no sabiendo qué decir para defenderse, lloraba como un becerro; cuando iba camino de la cárcel, balbuceaba entre sollozos:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Hijo ingrato! ¡Y pensar que me ha costado tanto trabajo hacerlo! ¡Me está muy bien empleado! ¡He debido pensarlo antes!

Lo que sucedió después de esto es un caso tan extraño, que cuesta trabajo creerlo, y os lo contaré en el capítulo siguiente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO IV

De lo que sucedió a Pinocho con el grillo-parlante, en lo cual se ve que los niños malos no se dejan guiar por quien sabe más que ellos.

Pues, señor, sucedió que mientras el pobre Gepeto era conducido a la cárcel sin culpa alguna, el muñeco de Pinocho, libre ya de las garras del guardia, escapó a campo traviesa; corría como un automóvil, y en el entusiasmo de la carrera saltaba altísimos matorrales, setos, piedras y fosos llenos de agua, como una liebre perseguida por galgos.

Cuando llegó a su casa encontró la puerta entrecerrada. Abrió, entró en la habitación, y después de correr el cerrojo se sentó en el suelo, lanzando un gran suspiro de satisfacción.

Pero la satisfacción le duró poco, porque oyó que alguien decía dentro del cuarto:

—¡Cri, cri, cri!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quién me llama?—gritó Pinocho lleno de miedo.

—Soy yo. Volvió Pinocho la cabeza, y vio que era un grillo que subía poco a poco por la pared.

—Dime, grillo: ¿y tú quién eres?

—Yo soy el grillo-parlante que vive en esta habitación hace más de cien años.

—Bueno—contestó el muñeco—; pero hoy esta habitación es mía; si quieres hacerme un gran favor márchate prontito y sin volver siquiera la cabeza.

—No me marcharé sin decirte antes una verdad como un templo.

—Pues dila, y despacha pronto.

—¡Ay de los niños que se rebelan contra su padre y abandonan caprichosamente la casa paterna! Nada bueno puede sucederles en el mundo, y pronto o tarde acabarán por arrepentirse amargamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Como quieras, señor grillo; pero yo sé que mañana al amanecer me marcho de aquí, porque si me quedo, me sucederá lo que a todos los niños: me llevarán a la escuela y tendré que estudiar quiera o no quiera. Y yo te digo en confianza que no me gusta estudiar, y que mejor quiero entretenerme en cazar mariposas y en subir a los árboles a coger nidos de pájaros.

—¡Pobre tonto! Pero, ¿no comprendes que de ese modo cuando seas mayor estarás hecho un completo burro y que todo el mundo se burlará de ti?

—¡Cállate, grillucho de mal agüero!—gritó Pinocho.

Pero el grillo, que era paciente y filósofo, no se incomodó al oír esta impertinencia, y continuó diciendo con el mismo tono:

—Y ya que no te gusta ir a la escuela, ¿por qué no aprendes al menos un oficio que te sirva para ganar honradamente un pedazo de pan?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quieres que te lo diga?—contestó Pinocho, que empezaba ya a perder la paciencia—. Entre todos los oficios del mundo no hay más que uno que me guste.

—¿Y qué oficio es ese?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y hacer desde la mañana a la noche vida de paseante en corte.

—Te advierto—replicó el grillo-parlante con su acostumbrada calma— que todos los que siguen ese oficio acaban casi siempre en el hospital o en la cárcel.

—¡Mira, grillucho de mal agüero, si se me acaba la paciencia, pobre de ti!

—¡Pinocho! ¡Pinocho! ¡Me das verdadera lástima!

—¿Por qué te doy lástima?

—Porque eres un muñeco, y, lo que es peor aún, porque tienes la cabeza de madera.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al oír estas palabras saltó del suelo Pinocho muy enfurecido, y cogiendo un mazo de madera que había sobre el banco, se lo tiró al grillo-parlante.

Quizás no creía que iba a darle; pero, por desgracia, le dio en la misma cabeza, y el pobre grillo apenas si pudo decir cri, cri quedó aplastado en la pared.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO V

Pinocho tiene hambre, y buscando encontró un huevo el cual pensaba preparar; pero cuando menos los pensaba se encontró con que salió volando por la ventana.

Mientras tanto se iba haciendo de noche. Pinocho se acordó de que no había comido nada, Y empezó a sentir en el estómago un cosquilleo que se parecía muchísimo al apetito.

Pero el apetito en los muchachos camina muy de prisa. A los pocos minutos el apetito de Pinocho se convirtió en hambre, y en un abrir y cerrar de ojos el hambre se hizo canina y rabiosa.

El pobre Pinocho se acercó al fuego donde estaba aquella olla que hervía, y quiso destaparla para ver lo que había dentro; pero ya se acordarán que estaba pintada en la pared. Imaginen la cara que puso. La nariz, que ya era bien larga, le creció lo menos una cuarta.

Entonces empezó a recorrer la habitación buscando por todos los cajones y por todos los

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

rincones un poco de pan, aunque fuera muy duro y muy seco; un hueso que se hubiera dejado para los perros, un pedazo de pescado: cualquier cosa, en fin, que se pudiera llevar a la boca; pero no encontró nada, ¡nada! ¡Absolutamente nada!

Y mientras tanto el hambre crecía y crecía. El pobre Pinocho no tenía más consuelo ni más alivio que bostezar; y eran tan grandes los bostezos, que algunas veces abría la boca hasta las orejas. Pero a pesar de los bostezos, el estómago seguía dando tirones.

Entonces empezó a llorar y a desesperarse, mientras decía:

—¡Qué razón tenía el grillo-parlante! ¡Qué mal he hecho en rebelarme contra mi papá y en escaparme de casa! Dios me castiga. ¡Si mi papá estuviera aquí, no me vería expuesto a morir bostezando! ¡Oh! ¡Qué enfermedad tan mala es el hambre!

De pronto le pareció ver en el montón de serrín una cosa redonda y blanca, semejante a un huevo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de gallina. Inmediatamente dio un salto y lo tomo: era un huevo de verdad.

No es posible describir la alegría del muñeco; poneos en su caso. Temía estar soñando; acariciaba el huevo, le daba vueltas mirándole por todos lados, y lo besaba diciendo:

—¿Y ahora cómo lo guisaré? ¿Lo haré revuelto? ¡No; estará mejor cocido! ¿Y no estará más sabroso frito? ¡No; lo mejor que puedo hacer es cocerlo en una cacerola! Esto es lo más rápido, y el hambre que tengo no es para esperar mucho.

Dicho y hecho; puso una cacerola en una estufita que tenía algunas brasas; echó un poco de agua en vez de aceite o de manteca, y cuando empezó a hervir, ¡tac!, rompió el cascarón del huevo para echarlo dentro.

Pero en lugar de clara y yema salió un pollito muy alegre y muy ceremonioso, que después de hacerle una linda reverencia, dijo:

—Muchísimas gracias, señor Pinocho, por haberme evitado la molestia de romper el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cascarón. ¡Vaya, hasta la vista! ¡Me alegro mucho de verle bueno, y recuerdos a la familia!

Después de decir esto extendió sus alitas, y salió volando por la ventana hasta que se perdió de vista.

El pobre muñeco se quedó estupefacto, con los ojos fijos, la boca abierta y las cáscaras del huevo en las manos. Cuando volvió de su asombro comenzó a llorar, a gritar y a dar patadas en el suelo con desesperación, diciendo:

—¡Cuánta razón tenía el grillo-parlante! ¡Si yo no me hubiera escapado de casa y si mi papá estuviera aquí, no me moriría de hambre!

Y como el estómago le gritaba cada vez más y no sabía cómo hacerle callar, se le ocurrió salir de la casa y dar una vuelta, con la esperanza de encontrar alguna persona caritativa que le socorriera con un pedazo de pan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VI

Pinocho se duerme junto al brasero, y al despertarse a la mañana siguiente se encuentra con los pies carbonizados.

Hacía una noche infernal: tronaba horriblemente y relampagueaba como si todo el cielo fuera de fuego; un ventarrón frío y huracanado silbaba sin cesar, levantando nubes de polvo y zarandeando todos los árboles del campo.

Pinocho tenía mucho miedo de los truenos y de los relámpagos; pero era más fuerte el hambre que el miedo. Salió a la puerta de la casa sin vacilar, y turnando carrera, llegó en un centenar de saltos a las casas vecinas, sin aliento y con la lengua fuera como un perro de caza.

Pero lo encontró todo desierto y en la más profunda oscuridad. Las tiendas estaban ya cerradas; las puertas y ventanas, también, y por las calles ni siquiera andaban perros. Aquello parecía el país de los muertos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Entonces Pinocho, desesperado y hambriento, se colgó de la campanilla de una casa y empezó a tocar a rebato, diciéndose:

—¡Alguien se asomará!

En efecto: se asomó un viejo, cubierta la cabeza con un gorro de dormir y gritando muy enfadado:

—¿Quién llama a estas horas?

—¿Quisiera usted hacer el favor de darme un pedazo de pan?

—¡Espérate ahí que vuelvo en seguida!— respondió el viejo, creyendo que se trataba de alguno de esos muchachos traviesos que se divierten llamando a deshora en las casas para no dejar en paz a la gente que está durmiendo tranquilamente.

Medio minuto después se abrió la ventana de nuevo, y se asomó el mismo viejo, que dijo a Pinocho:

—¡Acércate y pon la gorra!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho, no podía poner gorra alguna, porque no la tenía: se acercó a la pared, y sintió que en aquel momento le caía encima un gran cubo de agua, que le puso hecho una sopa de pies a cabeza.

Volvió a su casa mojado como un pollo y abatido por el cansancio y el hambre, y como no tenía fuerzas para estar de pie, se sentó y apoyó los pies mojados y llenos de barro en el brasero, que por cierto tenía una buena lumbre.

Quedándose dormido, y sin darse cuenta metió en la lumbre ambos pies, que, como eran de madera, empezaron a quemarse, hasta que se convirtieron en ceniza.

Mientras tanto Pinocho seguía durmiendo y roncando como si aquellos pies no fueran suyos.

Por último, se despertó al ser de día, porque habían llamado a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó bostezando y restregándose los ojos.

—¡Soy yo!— respondió una voz. Aquella voz era la de Gepeto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VII

Gepeto vuelve a su casa, y le da al muñeco el desayuno que el buen hombre tenía para sí.

El pobre Pinocho, que aún tenía los ojos hinchados del sueño, no había notado que sus pies estaban hechos; carbón, por lo cual apenas oyó la voz de su padre, quiso levantarse en seguida para quitarle la llave a la puerta; pero al ponerse en pie se tambaleó dos o tres veces, hasta que al fin dio con su cuerpo en tierra cuan largo era, haciéndose un ruido, tremendo.

—¡Ábreme!— gritaban mientras tanto desde la calle.

—¡No puedo, papá, no puedo!— respondía el muñeco llorando y revolcándose en el suelo.

—¿Por qué no puedes?

—¡Porque me han comido los pies!

—¿Quién te los ha comido?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡El gato!— dijo Pinocho, viendo que el animal se entretenía en jugar con un pedazo de madera.

—¡Ábreme, te digo!—repitió, Gepeto—. ¡Si no, vas a ver cuándo entre yo en casa como te voy a dar el gato!

—¡Oh, papá; créeme! ¡No puedo ponerme en pie! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí, que tendré que andar de rodillas toda mi vida!

Creyendo Gepeto que todas estas lamentaciones no eran otra cosa que una nueva gracia del muñeco, decidió acabar de una vez, y escalando el muro, penetró en la casa por la ventana.

Al principio quería hacer y acontecer; pero cuando vio que su Pinocho estaba en tierra y que era verdad que le faltaban los pies, se enterneció, y levantándole por el cuello, comenzó a besarle y a acariciarle.

—¡Pinochito mío!— decía sollozando—. ¿Cómo te has quemado los pies?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No lo sé, papá; pero créeme que esta noche ha sido infernal, y que me acordaré de ella toda mi vida! Tronaba, relampagueaba, y yo tenía mucha hambre. Entonces me dijo el grillo-parlante: "Has sido malo y lo mereces". Y yo le dije: "¡Ten cuidado, grillo!" Y él me contestó: "Tú eres un muñeco, y tienes la cabeza de madera." Y yo entonces le tiré un mazo y le maté. Pero la culpa fue suya, y la prueba es que puse en la lumbre una cacerola para cocer un huevo que me encontré; pero el pollito me dijo: "¡Me alegro de verte bueno; recuerdos a la familia!"

Y yo tenía cada vez más hambre, y por eso aquel viejo del gorro de dormir, asomándose a la ventana, me dijo: "¡Acércate y pon la gorra!; y yo entonces me encontré con un cubo de agua en la cabeza porque pedir un poco de pan no es vergüenza, ¡verdad! Me vine a casa en seguida, y como seguía teniendo mucha hambre, puse los pies en el brasero, y cuando usted ha vuelto me los he encontrado quemados. ¡Y yo tengo, como

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

antes, hambre; pero ya no tengo pies! ¡Hi!... ¡hi!... ¡hi!..

Y el pobre Pinocho comenzó a llorar y a berrear tan fuerte, que se le podía oír en cinco kilómetros a la redonda.

De todo este discurso incoherente y lleno de líos, sólo comprendió Gepeto una cosa: que el muñeco estaba muerto de hambre. Sacó entonces tres peras del bolsillo, y enseñándoselas a Pinocho le dijo:

—Estas tres peras eran mi desayuno, pero te las regalo. Cómetelas, y que te hagan buen provecho.

—Pues si quieres que las coma, tienes que pelármelas.

—¿Pelarlas? —replicó asombrado Gepeto—. ¡Nunca hubiera creído, chiquillo, que fueras tan delicado de paladar! ¡Malo, malo, y muy malo! En este mundo hijo mío hay que acostumbrarse a comer de todo, porque no se sabe lo que puede suceder. ¡Da el mundo tantas vueltas!...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Usted dirá todo lo que quiera—refunfuñó Pinocho—; pero yo no me comeré nunca una fruta sin pelar. ¡No puedo resistir las cáscaras!

Y el bueno de Gepeto, armándose de santa paciencia, tomó un cuchillo, peló las tres peras, y puso las cáscaras en una esquina de la mesa.

Después de haber comido en dos bocados la primera pera, iba Pinocho a tirar por la ventana el corazón de la fruta; pero Gepeto le detuvo el brazo, diciendo:

—¡No lo tires! ¡Todo puede servir en este mundo!

—¡Pero yo no voy a comer también el corazón!—contestó el muñeco con muy malos modos.

—¡Quién sabe! ¡Da el mundo tantas vueltas!...—repitió Gepeto con su acostumbrada calma.

Dicho se está que después de comidas las peras los tres corazones fueron a hacer compañía a las cascaras en la esquina de la mesa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando hubo terminado Pinocho de comer, o mejor dicho, de devorar las tres peras, dio un prolongado bostezo y dijo con voz llorosa:

—¡Tengo más hambre!

—Pues yo, hijo mío, no tengo nada más que darte.

—¿Nada, absolutamente nada?

—Aquí tenemos estas cáscaras y estos corazones de pera.

—¡Paciencia!—dijo Pinocho—Si no hay otra cosa, comeré una cáscara.

Al principio hizo un gesto torciendo la boca; pero después, una tras otra, se comió en un momento todas las cáscaras, y luego la emprendió también con los corazones, hasta que dio fin de todo. Entonces Pinocho se pasó las manos por el estómago, y dijo con satisfacción:

—¡Ahora sí que me siento bien!

—Ya ves —contestó Gepeto— cuánta razón tenía yo al decirte que no hay que acostumbrarse a ser demasiado delicados de paladar. No se sabe nunca, querido mío, lo que puede suceder en este mundo. ¡Da tantas vueltas!...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VIII

Gepeto arregla los pies a Pinocho, y vende su chaqueta para comprarle una cartilla.

Apenas el muñeco se sintió satisfecho, empezó a llorar y a lamentarse, porque quería que le hiciesen un par de pies nuevos.

Para castigarle por sus travesuras, Gepeto le dejó llorar y desesperarse hasta mediodía. Después le dijo:

—¿Y para qué quieres que te haga otros pies? ¿Para escaparte otra vez de casa?

¡Le prometo a usted —dijo el muñeco sollozando— que desde hoy voy a ser bueno!

—Todos los niños—replico Gepeto—dicen lo mismo cuando quieren conseguir algo.

—¡Le prometo ir a la escuela, estudiar mucho y hacerme un hombre de provecho!

—Todos los niños repiten la misma canción cuando quieren conseguir alguna cosa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Pero yo no soy como los demás niños! ¡Yo soy mejor que todos y digo siempre la verdad! Le prometo, papá, aprender un oficio para poder ser el consuelo y el apoyo de su vejez.

Aunque Gepeto estaba haciendo esfuerzos para poner cara de fiera, tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón en un puño por ver en aquel estado tan lamentable a su pobre Pinocho. Y sin decir nada, tomó sus herramientas y dos pedacitos de madera y se puso a trabajar con gran entusiasmo.

En menos de una hora había hecho los pies; un par de pies esbeltos, finos y nerviosos, como si hubieran sido modelados por un artista genial.

Entonces dijo al muñeco:

—Cierra los ojos y duérmete.

Pinocho cerró los ojos y se hizo el dormido. Y mientras fingía dormir, Gepeto, con un poco de cola que echó en una cáscara de huevo, le colocó los pies en su sitio; y tan perfectamente los colocó, que ni siquiera se notaba la juntura.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Apenas el muñeco se encontró con que tenía unos pies nuevos, se tiró de la mesa en que estaba tendido y comenzó a dar saltos y saltos como si se hubiera vuelto loco de alegría.

—Para poder pagar a usted lo que ha hecho por mí—dijo Pinocho a su papá—, desde este momento quiero ir a la escuela.

—¡Muy bien, hijo mío!

—Sólo que para ir a la escuela necesito un traje.

Gepeto, que era pobre y no tenía nada, le hizo un trajecillo de papel raído, un par de zapatos de corteza de árbol y un gorrito de miga de pan.

Pinocho corrió inmediatamente a contemplarse en una jofaina llena de agua, y tan contento quedó, que dijo pavoneándose:

—¡Anda! ¡Parezco enteramente un señorito!

—Es verdad—replicó Gepeto—; pero ten presente que los verdaderos señores se conocen más por el traje limpio que por el traje hermoso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡A propósito!—interrumpió el muñeco—. Todavía me falta algo para poder ir a la escuela: me falta lo más necesario.

—¿Qué es?

—Me falta una cartilla.

—Tienes razón. Pero, ¿dónde la sacamos?

—Pues sencillamente: se va a una librería y se compra.

—¿Y el dinero?

—Yo no lo tengo.

—Ni yo tampoco—dijo el buen viejo con tristeza.

Y aunque Pinocho era un muchacho muy alegre, se puso también triste; porque cuando la miseria es grande y verdadera, hasta los mismos niños la comprenden y la sienten.

—¡Paciencia! —gritó Gepeto al cabo de un rato, poniéndose en pie; y tomando su vieja chamarra, llena de remiendos y zurcidos, salió rápidamente de la casa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Poco tardó en volver, trayendo en la mano la cartilla para su hijito; pero ya no tenía chaqueta.

Venía con solo una delgada camisa, aunque estaba nevando.

—¿Y tu chamarra, papá?

—¡La he vendido!

—¿Por qué?

—¡Porque me daba calor!

Pinocho comprendió lo que había sucedido, y conmovido y con los ojos llenos de lágrimas, se abrazó al cuello de Gepeto y empezó a darle besos, muchos besos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO IX

Pinocho vende su cartilla para ver una función en el teatro de muñecos.

Cuando ya cesó de nevar, tomó Pinocho el camino de la escuela, llevando bajo el brazo su magnífica cartilla nueva. Por el camino iba haciendo fantásticos proyectos y castillos en el aire, a cuál más espléndidos.

Decía para sí mismo:

—Hoy mismo quiero aprender a leer; mañana, a escribir, y pasado, las cuentas. En cuanto sepa todo esto ganaré mucho dinero y con lo primero que tenga le compraré a mi papito una buena chamarra de paño. ¿Qué digo de paño? ¡No; ha de ser una chamarra toda bordada de oro y plata, con botones de brillantes! ¡Bien se lo merece el pobre! ¡Es muy bueno! Tan bueno que para comprarme este libro, y que yo aprenda a leer, ha vendido la única chaqueta que tenía y se ha quedado en camisa con este frío. ¡La verdad es

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que sólo los padres son capaces de estos sacrificios!

Mientras iba hablando para sí, le pareció sentir a lo lejos una música de pífanos y bombo: ¡Pi-pi-pi, pi-pi-pi, pom-pom, pom-pom!

Se detuvo y se puso a escuchar. Aquellos sonidos venían por una larga calle transversal que conducía a un paseo orilla del mar.

—¿Qué será esa música? ¡Qué lástima tener que ir a la escuela, porque si no!...

Permaneció un instante indeciso, sin saber qué hacer; pero no había más remedio que tomar una resolución: ir a la escuela, o ir a la música.

Por fin se decidió, y encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Bah! ¡Iremos hoy a la música, y mañana a la escuela! ¡Así como así, para ir a la escuela siempre hay tiempo de sobra!

Y tomando por la calle transversal, echó a correr.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A medida que iba corriendo sentía más cercanos los pífanos y el bombo: ¡Pi-pi-pi, pi-pi-pi; pom-pom, pompom!

De pronto desembocó en una plaza llena de gente arremolinada en torno de un gran almacén de madera, cubierto de tela de colores chillones.

—¡Qué lugar es ese!—preguntó Pinocho a un muchacho que vio al lado suyo.

—Lee el cartel.

—Lo leería con mucho gusto, pero es el caso que hoy precisamente no puedo todavía.

—Yo te lo leeré. ¿Ves esas letras grandes encarnadas? Pues, mira, dicen:

GRAN TEATRO DE MUÑECOS

—¿Hace mucho que ha empezado la función?

—Va a empezar ahora mismo.

—¿Cuánto cuesta la entrada?

—Veinte céntimos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho, que ya estaba dominado por la curiosidad, dijo descaradamente al otro muchacho:

—¿Quieres prestarme veinte céntimos hasta mañana?

—Te los prestaría con mucho gusto —contestó el otro con tono burlón y remedando a Pinocho—; pero es el caso que hoy precisamente no puedo.

—Te vendo mi chaqueta por veinte céntimos —dijo entonces el muñeco.

—¿Y qué quieres que haga yo con esa chaqueta de papel pintado? Si te llueve encima, no tendrás el trabajo de quitártela, porque se caerá ella sola.

—¿Quieres comprarme mis zapatos?

—Sólo sirven para encender fuego.

—¿Cuánto me das por el gorro?

—¡Vaya un negocio! ¡Un gorro de miga de pan! ¡Me lo comerían los ratones en la misma cabeza!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho estaba ya entristecido. Pensaba hacer una última proposición; pero le faltaba valor, dudaba, quería intentarlo, volvía a vacilar. Por último se decidió y dijo:

—Quieres darme veinte céntimos por esta cartilla nueva.

—Yo soy un niño y no compro nada a los demás niños— contestó el otro, que tenía más juicio que Pinocho.

—¡Yo compro la cartilla por veinte céntimos! —dijo entonces un trapero que escuchaba la conversación.

Y de esta manera fue vendida aquella cartilla, mientras que el pobre Gepeto estaba sin chamarra y tiritando de frío, por haber vendido la única que tenía para comprar el libro a su hijo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO X

Los muñecos del teatro reconocen a su hermano Pinocho y le reciben con las mayores demostraciones de alegría; pero en lo mejor de la fiesta aparece el amo de los muñecos, Tragalumbre, y Pinocho corre peligro de terminar sus aventuras de mala manera.

Cuando entró Pinocho en el teatro de los muñecos, ocurrió algo que produjo casi una revolución.

Empecemos por decir que el telón estaba levantado y que había empezado la función.

Estaban en escena Arlequín y Polichinela, que disputaban acaloradamente, y que, según costumbre, de un momento a otro acabarían repartiéndose un cargamento de estacazos y bofetadas.

El público seguía con gran atención la escena, rompiendo en grandes risas al ver aquellos dos muñecos que gesticulaban y se insultaban con

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tanta propiedad, que parecían realmente dos seres racionales, dos personas de carne y hueso.

Pero de pronto el Arlequín recita su parte y volviéndose frente al público, señala con la mano el fondo de la sala y empieza a vociferar con grandes gestos y tono dramático:

—¡Oh! ¡Ah! ¡Qué veo! ¡Cielos! ¿Es ilusión de mi mente acalorada o delirio insano de la fantasía? ¡Sí, es él! ¡Él! ¡Pinocho!

—¡Él es! ¡Es él! ¡Pinocho! —dijo Polichinela.

—¡Es él, no hay duda!— chilló Colombina, asomando la cabeza entre bastidores.

—¡Es Pinocho! ¡Es Pinocho! —gritaron a coro los demás muñecos de la compañía, saliendo al escenario—. ¡Es nuestro hermano Pinocho! ¡Viva Pinocho! ¡Vivaaa...!

—¡Pinocho, ven acá! —gritó Arlequín—. ¡Ven a los brazos de tus hermanos de madera!

Al oír tan amable invitación, no pudo contenerse Pinocho, y en tres saltos pasó desde la entrada

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

general a las butacas; de las butacas a la cabeza del director de orquesta, y de la cabeza del director de orquesta al escenario.

¡Qué de abrazos! ¡Qué de besos! ¡Qué de achuchones, palmaditas y hasta pellizcos de amistad, de afecto, de alegría! Es imposible figurarse el escándalo y la locura que produjo la triunfal entrada de Pinocho en aquella compañía dramática de madera.

No hay que decir que el espectáculo era conmovedor; pero el público de la entrada general, viendo que la comedia no seguía, se impacientó y empezó a gritar:

—¡Que siga la comedia! ¡Queremos la comedia!

Todo fue inútil, porque los muñecos, en vez de continuar desempeñando sus papeles en la comedia, redoblaron sus gritos, y tomando a Pinocho en hombros, empezaron a pasearle triunfalmente por delante de las candilejas.

Entonces salió el dueño del teatro, un hombre tremendo, y tan feísimo que sólo verle daba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

miedo. Tenía unas enormes barbas negras y tan largas, que llegaban hasta el suelo. ¡Como que se las pisaba al andar! Su boca era grande como un horno, sus ojos parecían dos faroles rojos encendidos. Llevaba en las manos unas insignias, hechas de serpientes y rabos de zorros.

Ante aquella inesperada aparición, todos los muñecos enmudecieron.

Se hubiera oído el vuelo de una mosca. Los pobres muñecos y muñecas tiritaban de miedo.

—¿Por qué has venido a armar este jaleo en mi teatro? —preguntó a Pinocho aquel gigante con vozarrón terrible.

—Crea usted, señor, que no ha sido culpa mía.

—¡Basta ya! ¡Después ajustaremos nuestras cuentas! —dijo el empresario, metiendo a Pinocho detrás de las bambalinas y colgándole de un clavo.

Terminada la función, el dueño del teatro se fue a la cocina, en la cual estaba preparando su cena: un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

carnero cebón atravesado en un asador, que giraba lentamente sobre el fuego. Pero como faltaba algo de leña para que el asado estuviera en su punto y bien dorado, llamó a Arlequín y a Polichinela, y les dijo:

—Tráiganme en seguida aquel muñeco que dejé colgado de un clavo. Me parece que está hecho de madera bien seca, y estoy seguro de que en cuanto le echemos al fuego dará una buena llama para terminar el asado.

Arlequín y Polichinela dudaron al principio; pero, aterrorizados ante una colérica mirada de su dueño, obedecieron. Salieron de la cocina, y al poco tiempo llevaron en sus brazos al pobre Pinocho, que revolviéndose como una anguila que se saca del agua, chillaba desesperadamente:

—¡Papá, papá, sálvame! ¡Yo no quiero morir! ¡No! ¡No! ¡No quiero! ¡Papá, papá...!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XI

Tragalumbre estornuda y perdona a Pinocho, el cual, después salva la vida de su amigo Arlequín.

Tragalumbre (que éste era el nombre del dueño del teatro, parecía a primera vista un hombre terrible, sobre todo por aquellas barbazas negras que le tapaban el pecho y las piernas; pero en el fondo no era malo. La prueba es que cuando vio delante de él al pobre Pinocho, que pataleaba desesperadamente, y que gritaba:

¡No quiero morir! ¡No! ¡No quiero!, empezó a conmoverse y a apiadarse. Al principio quiso mantener sus amenazas; pero por último no pudo contenerse y lanzó un estrepitoso estornudo.

El buen Arlequín, que estaba acurrucado en un rincón, todo compungido y con ojos de carnero moribundo, al oír el estornudo se puso contentísimo, y acercándose a Pinocho le dijo en voz baja:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Buena señal, hermano! Tragalumbre ha estornudado, lo cual indica que se ha compadecido de ti y que estás salvado.

Porque habéis de saber que así como todo el mundo cuando se enternece, llora, o por lo menos hace como que se limpia las lágrimas, Tragalumbre tenía la ocurrencia de estornudar cada vez que se conmovía de verdad. Después de todo, es un sistema como otro cualquiera.

Luego de haber estornudado, Tragalumbre trató de recobrar su aspecto terrible, y gritó a Pinocho:

—¡Basta ya de lloriqueos! Tus chillidos me han hecho cosquillas en el estómago... algo así como... ¡Vamos, que siento una... ¡aachú!, ¡achú!

Y lanzó otros dos formidables estornudos.

—¡Jesús!— dijo Pinocho.

—¡Gracias! ¿Y tu papá? ¿Y tu mamá? ¿Están bien?—preguntó Tragalumbre.

—Mi papá, sí; pero a mi mamá no la he conocido nunca.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Qué disgusto tan grande tendría tu pobre padre si yo te arrojara al fuego! ¡Pobre viejo! ¡Tengo lástima de él! ¡Achú!, ¡achú!, ¡achú!

Y estornudó otras tres veces.

—¡Jesús!— dijo Pinocho.

—¡Gracias! En fin, también yo soy digno de compasión, porque ya ves, no tengo leña bastante para terminar ese asado, y la verdad, tú me hubieras sido muy útil.

Pero, ¿qué le vamos a hacer? ¡Me has dado lástima! ¡Tendremos paciencia!... En tu lugar echaré al fuego a cualquiera de mis muñecos. ¡Hola, guardias!

Al oír esta llamada aparecieron en el acto dos guardias civiles de madera altos, altos y delgados, delgados, con el tricornio en la cabeza y el sable desenvainado, en la mano.

Entonces Tragalumbre les dijo con voz imperiosa:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Prended a Arlequín, y después de bien atado arrojadle al fuego! ¡Quiero que mi carnero esté bien dorado!

¡Figuraos el espanto del pobre Arlequín! Se le doblaron las piernas de temor y cayó al suelo.

Al presenciar este conmovedor espectáculo se arrojó Pinocho a los pies de Tragalumbre, y llenándole de lágrimas su larguísima barba, empezó a decir con voz suplicante:

—¡Piedad, señor Tragalumbre!

—¡Aquí no hay ningún señor!—respondió con dureza Tragalumbre.

—¡Piedad, noble caballero!

—¡Aquí no hay caballeros!

—¡Piedad, Excelencia!

El tratamiento de excelencia consiguió suavizar un tanto la terrible expresión del rostro de Tragalumbre, y volviéndose de pronto más humano y tratable, dijo a Pinocho:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—El perdón del pobre Arlequín.

—Eso no puede ser, amiguito. Si te he perdonado a ti, tengo que echarle al fuego en tu lugar. No quiero que mi carnero esté poco asado.

—¡En ese caso, yo sé cuál es mi deber! —dijo arrogantemente Pinocho, tirando al suelo su gorro de miga de pan—. ¡En marcha, señores guardias! ¡Átenme y arrójenme al fuego! ¡No, no es justo y no puedo consentir que mi buen amigo Arlequín muera por mi causa!

Estas palabras, dichas en voz alta y con acento heroico, hicieron llorar a todos los muñecos que presenciaban la escena.

Los mismos guardias, a pesar de ser de madera, lloraban como dos borreguillos.

Al principio permaneció Tragalumbre insensible y frío como un mármol; pero poco a poco comenzó a enternecerse y a estornudar. Y después

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de lanzar cuatro o cinco tremendos estornudos, abrió los brazos y dijo afectuosamente a Pinocho:

—¡Eres un buen muchacho! ¡Ven a mis brazos y dame un beso!

Pinocho acudió corriendo, y trepando como una ardilla por la barba de Tragalumbre, le dio un prolongado y sonoro beso en la misma punta de la nariz.

—¿De modo que estoy perdonado?— preguntó el pobre Arlequín con voz que apenas se oía.

—¡Estás perdonado!— respondió Tragalumbre.

Dicho esto lanzó un profundo suspiro, y bajando la cabeza murmuró:

—¡Paciencia! Por esta noche me resignaré a comer el carnero, medio crudo; pero lo que es otra vez, ¡pobre del que le toque!

Apenas los muñecos oyeron que Arlequín estaba perdonado, corrieron al escenario, encendieron todas las luces, como en las noches de gala, y empezaron a saltar y a bailar.

Cuando amaneció seguían bailando todavía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XII

Tragalumbre regala a Pinocho cinco monedas de oro para que se las lleve a su padre Gepeto; pero Pinocho se deja engañar por la zorra y el gato y se marcha con ellos.

Al día siguiente Tragalumbre llamó aparte a Pinocho y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Gepeto.

—¿Qué oficio tiene?

—El de pobre.

—¿Gana mucho?

—Lo bastante para no tener nunca un céntimo en el bolsillo. Figúrese que para comprarme la cartilla que yo necesitaba para ir a la escuela vendió la única chaqueta que tenía; una chaqueta tan llena de remiendos y de piezas que parecía un mapa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Pobre hombre! ¡Me da lástima! Aquí tienes cinco monedas de oro. Vete en seguida a llevárselas, y dale muchos recuerdos de mi parte.

Como puede suponerse, Pinocho dio miles de gracias a Tragalumbre; abrazó uno por uno a todos los muñecos de la compañía, incluso a los guardias civiles, y lleno de alegría se puso en camino con dirección a su casa.

Pero todavía no había andado medio kilómetro, cuando encontró una zorra coja y un gato ciego, que iban andando poquito a poco y ayudándose uno a otro, como buenos amigos. La zorra andaba apoyándose en el gato, que a su vez se dejaba guiar por la zorra.

—¡Buenas días, Pinocho!— le dijo la zorra, saludándole gentilmente.

—¿Cómo sabes mi nombre?— preguntó el muñeco.

—Porque conozco mucho a tu papá.

—¿Dónde le has visto?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Le vi ayer en la puerta de su casa.

—¿Y qué hacía?

—Estaba tiritando de frío.

—¡Pobre papito mío! Pero, si Dios quiere, desde hoy ya no tendrá frío.

—¿Por qué?

—Porque yo me he convertido en un gran señor.

—¿Tú, un gran señor?—dijo la zorra comenzando a reír burlona y descaradamente. También se reía el gato, pero trataba de ocultarlo atusándose los bigotes con una de las manos.

—¡No es caso de risa!— replicó Pinocho incomodado—.

—No es por darles envidia; pero miren esto, si es que entienden de dinero. Estas son cinco magníficas monedas de oro.

Y enseñó las monedas que le había regalado Tragalumbre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al oír el simpático ruido del oro, la zorra coja, sin darse cuenta, alargó la pata que parecía coja, y el gato ciego abrió tanto los ojos, que parecían dos faroles verdes; pero volvió a cerrarlos tan rápidamente, que Pinocho no llegó, a notarlo.

—¿Y qué piensas hacer con ese dinero? —preguntó la zorra.

—Ante todo —contestó el muñeco—, quiero comprar a mi papá una hermosa chaqueta nueva, toda bordada en oro y plata, y con botones de brillantes, y después me compraré una cartilla para mí.

—¿Para ti?

—¡Claro está; como que quiero ir a la escuela y estudiar mucho!

—¡Dios te libre!— dijo la zorra—. Mírate en mí. Por mi loca afición al estudio he perdido una pata.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Dios te libre!— dijo el gato—. Mírate en mí. Por mi loca afición al estudio he perdido la vista de los dos ojos.

En aquel instante un mirlo blanco que estaba encaramado en un seto a orilla del camino, dejó oír su acostumbrado silbido y dijo:

—¡Pinocho, no hagas caso de los consejos de las malas compañías, porque tendrás que arrepentirte!

¡Pobre mirlo; nunca lo hubiera dicho! El gato, dando un gran salto, le cayó encima, y sin dejarle tiempo ni para decir ¡ay!, se lo tragó de un bocado, con plumas y todo.

Después de comerlo y de haberse limpiado el hocico, cerró los ojos y volvió a hacerse el ciego nuevamente.

—¡Pobre mirlo!— dijo Pinocho al gato—. ¿Por qué has hecho eso?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Para darle una lección. Así aprenderá para otra vez a no meterse en camisa de once varas ni en conversaciones ajenas.

Cuando ya estaban a mitad del camino, la zorra se detuvo de pronto y dijo a Pinocho:

—¿Quieres aumentar tus monedas de oro?

—¿Cómo?

—¿Quieres hacer con sólo esas cinco monedas, ciento, mil, dos mil?

—¡Ya lo creo! Pero, ¿de qué modo?

—De un modo muy sencillo. En vez de ir a tu casa, vente con nosotros.

—¿Y a dónde vamos?

—Al país de los búhos.

Pinocho meditó un instante, pero al fin dijo resueltamente:

—No, no quiero. Ya estoy cerca de mi casa, y quiero ir a buscar a mi papá, que me está esperando. ¡Pobre viejo! Estará muy triste. ¡Dios

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sabe cuánto habrá suspirado desde ayer al no verme volver! He sido un mal hijo, y el grillo parlante tenía razón cuando me decía que a los niños desobedientes les castiga Dios. Yo lo sé por experiencia, porque me he buscado muchas desgracias, y aun anoche mismo me vi en peligro en casa de Tragalumbre. ¡Uf! ¡Sólo el recordarlo me da frío!

—¡Ah! ¿Te empeñas en volver a tu casa? Bueno; pues vete; peor para ti.

—¡Peor para ti!— repitió el gato.

—¡Piénsalo bien, Pinocho, porque pierdes la ocasión de hacer fortuna!

—¡De hacer fortuna!— repitió el gato.

—De hoy a mañana, tus cinco monedas se hubieran convertido en dos mil.

—¡Dos mil!— repitió el gato.

—Pero, ¿cómo es posible que se conviertan en tantas?— preguntó Pinocho, quedando con la boca abierta por la sorpresa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues verás— dijo la zorra—. Sabrás que en el país de los búhos hay un campo extraordinario, al cual llaman todos el Campo de los Milagros. Tú haces un agujero en aquel campo y metes; por ejemplo, una moneda de oro. Tapas después el agujero con tierra, lo riegas con un poco de agua, echas encima un poquito de sal, y ya puedes irte tranquilamente a dormir en tu cama. Durante la noche la moneda echa raíces y ramas, y cuando vuelvas al campo, a la mañana siguiente, ¿sabes lo que encuentras? Pues un hermoso árbol que está tan cargado de oro como las espigas lo están de granos de trigo en el mes de junio.

—Así, pues —dijo Pinocho, que estaba cada vez más asombrado—si yo enterrase en ese campo mis cinco monedas de oro, ¿cuántas encontraría a la mañana siguiente?

—Es una cuenta sencillísima —contesto la zorra— una cuenta que puede echarse con los dedos. Pongamos que cada moneda se convierte en un racimo de quinientas; multiplica quinientas por cinco, y verás que mañana puedes tener en el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

bolsillo dos mil quinientas monedas de oro contantes y sonantes.

—¡Oh, qué hermosura! —gritó Pinocho saltando de alegría—. En cuando recoja todas esas monedas me quedaré con dos mil para mí, y os daré a vosotros quinientas de regalo.

—¿Un regalo a nosotros? —dijo la zorra con acento desdeñoso y ofendido—. ¡Dios te guarde de hacerlo!

—¡Dios te guarde de hacerlo!— repitió el gato.

—Nosotros no trabajamos por el vil interés —continuó la zorra; trabajamos sólo por enriquecer a los demás.

—¡A los demás! —repitió el gato.

—¡Qué excelentes personas!—pensó Pinocho; y olvidándose en el acto de su papito, de la chaqueta nueva, de la cartilla y de todos sus buenos propósitos, dijo a la zorra y al gato:

—¡Vamos en seguida; os acompaño!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XII

La posada de El Cangrejo Rojo.

Andando, andando, llegaron al terminar la tarde, rendidos de cansancio y de fatiga, a la posada de El Cangrejo Rojo.

—Detengámonos aquí un poco —dijo la zorra—. Tomaremos un bocadillo y descansaremos unas cuantas horas. A media noche nos pondremos de nuevo en camino hacia el Campo de los Milagros.

Entraron en la posada, y se sentaron en torno de una mesa, pero ninguno de los tres tenía apetito.

El pobre gato, que tenía el estómago sucio, sólo pudo comer treinta y cinco salmonetes a la mayonesa y cuatro raciones de callos a la andaluza; pero como le pareció que los callos no estaban muy sustanciosos, hizo que les agregaran así como kilo y medio de longaniza y tres kilos de jamón bien magro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

También la zorra hubiera tomado alguna cosilla; pero el médico le había ordenado dieta absoluta, y tuvo que conformarse con una liebre más grande que un borrego, adornada con unas dos docenas de capones bien cebados y de pollitos tomateros. Después de la liebre se hizo traer un estofado de perdices, tres platos de langosta, un asado de conejo y dos sartas de chorizos. Por último, pidió para postre unos cuantos kilos de uva moscatel, un melón y dos sandías, diciendo que no quería nada más, porque estaba tan desganada que no quería ni ver la comida.

El que menos comió de los tres fue Pinocho, que se contentó con una nuez y un pedazo de pan, y aun dejó algo en el plato.

El pobre muchacho tenía el pensamiento fijo en el Campo de los Milagros, y había cogido ya una indigestión de monedas de oro.

Cuando acabaron de cenar dijo la zorra al posadero:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Prepárenos dos buenos cuartos, uno para el señor Pinocho y otro para mi compañero y para mí. Antes de marcharnos echaremos un sueñecillo. Pero tenga presente que a media noche queremos estar despiertos para continuar nuestro viaje.

—Sí, señores —respondió el posadero guiñando el ojo a la zorra y al gato, como queriendo decirles: ¡Ya os he comprendido, compadres!

Apenas cayó Pinocho en la cama, se quedó dormido y empezó a soñar. Y así soñando le parecía estar en medio de un campo, y que este campo estaba todo lleno de arbolillos cargados de racimos formados por monedas de oro, que al ser movidas por el aire hacían tin, tin, tin, como si quisieran decir: ¡Aquí estamos para el que nos quiera llevar! Pero cuando Pinocho estaba en lo mejor, es decir, cuando ya extendía las manos para coger aquellas monedas y metérselas en el bolsillo, fue despertado de pronto por tres fuertes golpes que dieron en la puerta del cuarto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Era el posadero, que venía a decirle que era media noche.

—¿Están ya dispuestos mis compañeros?— preguntó el muñeco.

—¿Cómo dispuestos? ¡Ya hace dos horas que se fueron!

—¿Por qué tenían tanta prisa?

—Porque el gato ha recibido un parte telegráfico diciendo que el mayor de sus gatitos está en peligro de muerte por culpa de los sabañones.

—¿Han pagada la cena?

—¿Cómo es eso? Son personas muy bien educadas, y no habían de hacer tamaña ofensa a un caballero como usted.

—¡Diantre! ¡Pues es una ofensa que hubiera recibido con mucho gusto!—dijo Pinocho—. Después preguntó:

—¿Y dónde han dicho que me esperaban esos buenos amigos?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Mañana al amanecer, en el Campo de los Milagros.

Después de haber tenido que soltar una de sus monedas para pagar la cena de los tres, salió Pinocho de la posada.

Pero puede decirse que salió a tientas, porque la noche estaba tan oscura, que no se veían los dedos de la mano. Por todo alrededor no se oía moverse una hoja.

Únicamente algún que otro pájaro nocturno cruzaba el camino de un lado a otro, tropezando a veces con la nariz de Pinocho, el cual daba un salto y gritaba lleno de miedo:

—¿Quién va?, y entonces el eco repetía a lo lejos —¿Quién va? ¿Quién va? ¿Quién va?

En tanto seguía Pinocho su camino, y a poco vio en el tronco de un árbol un animalito muy pequeño, que relucía con resplandor pálido y opaco, como luce una mariposa detrás de la porcelana transparente de una lamparilla de noche.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quién eres?— preguntó Pinocho.

—¡Soy la sombra del grillo-parlante!— respondió el animalito con una vocecita débil, débil, que parecía venir del otro mundo.

—¿Y qué quieres?—dijo el muñeco.

—Quiero darte un consejo. Vuélvete por tu camino y lleva esas cuatro monedas que te quedan a tu pobre papito, que llora y se desespera al no verte.

—Mañana mi papito se convertirá en un gran señor, porque en vez de cuatro monedas tendrá dos mil.

—¡Hijo mío, no te fíes de los que te ofrecen hacerte rico de la noche a la mañana! Generalmente, o son locos o embusteros que tratan de engañar a los demás. Créeme a mí, que te quiero bien: vuélvete a tu casa.

—Pues a pesar de eso, yo sigo adelante.

—¡Mira que es muy tarde!

—¡Quiero seguir adelante!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Mira que la noche está muy oscura!

—¡Te digo que quiero seguir adelante!

—¡Mira que este camino es muy peligroso!

—¡Que lo sea! ¡Yo sigo adelante!

—Acuérdate de que a los muchachos que no obedecen más que a su capricho y a su voluntad, les castiga Dios, y pronto o tarde tienen que arrepentirse.

—¡Sí, ya lo sé! ¡La misma historia de siempre! ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Pinocho! ¡Que Dios te guarde del relente y de los ladrones!

Apenas terminó de hablar la sombra del grillo-parlante, se apagó su lucecita como si la hubieran soplado, y el camino quedó aún más oscuro que antes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XII

Por no haber hecho caso a los consejos del grillo-parlante, se encuentra Pinocho con unos ladrones

—¡Verdaderamente que los niños somos bien desgraciados! —se decía el muñeco al emprender de nuevo su viaje. —¡Todo el mundo nos grita, todos nos regañan y se meten a darnos consejos! Si les hiciéramos caso, todos harían oficio de padres o maestros, ¡hasta los grillos-parlantes!

Por ejemplo por no hacer caso de ese fastidioso grillo; ¿quién sabe cuántas desgracias deberán ocurrirme, según él?

—¡Hasta ladrones dice que voy a encontrarme! Menos mal que no creo ni he creído nunca en los ladrones. Para mí los ladrones han sido inventados por los papás a fin de meter miedo a los muchachos que quieren andar por las noches fuera de su casa. Además, aunque me los encontrase aquí mismo en el camino, ¿qué me iba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a pasar? De seguro que nada, porque les gritaría bien fuerte, en su misma cara:

"Señores ladrones, ¿qué quieren de mí? ¡Les advierto que conmigo no se juega; con que ya pueden largarse de aquí, y silencio!" Cuando les diga todo esto muy en serio, los pobres ladrones escaparán como el viento. ¡Ya me parece que los estoy viendo correr! Y en último término, si estuvieran tan mal educados que no quisieran escapar, entonces me escapaba yo, y asunto concluido.

Pero no pudo Pinocho terminar sus razonamientos, porque en aquel instante le pareció oír detrás de él un ligero ruido de hojas.

Volviéndose para mirar lo que fuera, y vio en la oscuridad dos enmascarados que, disfrazados con sacos de carbón, corrían tras él dando saltitos de puntillas como dos fantasmas.

—¡Aquí están! —se dijo Pinocho; y no, sabiendo dónde esconder las cuatro monedas de oro, se las metió en la boca debajo de la lengua.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después trató de escapar; pero aún no había dado el primer paso, cuando sintió que le agarraban por los brazos y que dos voces horribles y cavernosas le decían:

—¡La bolsa o la vida!

No pudiendo Pinocho contestar de palabra, porque se lo impedían las monedas que tenía en la boca, hizo mil gestos y señas para a entender a aquellos dos encapuchados (de los cuales sólo podía verse los ojos por unos agujeros hechos en los sacos) que él era un pobre muñeco, y que no tenía en el bolsillo ni siquiera un céntimo partido por la mitad.

—¡Ea, vamos! ¡Menos gestos, y venga pronto el dinero!— gritaron bruscamente los dos bandidos.

Y el muñeco hizo de nuevo con la cabeza y con las manos un gesto como diciendo: ¡No tengo absolutamente nada!

—¡Saca pronto el dinero, o estás muerto! —dijo el más alto de los dos ladrones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Muerto!— repitió el otro.

—¡Y después de matarte a ti, mataremos también a tu padre!

—¡También a tu padre!

—¡No, no, no! ¡A mi pobre papá no! —gritó Pinocho con acento desesperado; pero al gritar le sonaron las monedas en la boca.

—¡Ah, bribón! ¿Conque llevabas escondido el dinero en la boca? ¡Escúpelo en seguida!

Y Pinocho firme como una roca.

—Te haces el sordo, ¿eh? ¡Pues espera, y ya verás cómo nosotros hacemos que lo escupas!

Uno de ellos cogió el muñeco por la punta de la nariz y el otro por la barba, y comenzaron a tirar cada uno por su lado a fin de obligarle a que abriera la boca; pero no fue posible: parecía como si estuviera clavada y remachada.

Entonces el más bajo de los dos ladrones sacó un enorme cuchillo, y trató de meterlo por entre los labios de Pinocho para obligarle a abrir la boca;

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mas el muñeco, rápido como un relámpago, le cogió la mano con los dientes y se la cortó en redondo de un mordisco. ¡Figuraos lo asombrado que se quedaría cuando al echarlo de la boca vio que era una zarpa de gato!

Envalentonado con esta primera victoria, consiguió librarse de los ladrones a fuerza de arañazos, y saltando por encima de un matorral escapó a campo traviesa. Los ladrones echaron a correr tras él, como dos perros tras una libre.

Después de una carrera de quince kilómetros, el pobre Pinocho no podía ya más: viéndose perdido, se subió por el tronco de un altísimo pino, y cuando llegó a la copa se sentó cómodamente entre dos ramas. También los ladrones trataron de subir al árbol; pero al llegar a la mitad de la altura resbalaron por el tronco y cayeron a tierra, con los pies y las manos despellejados.

Pero no por eso se dieron por vencidos, sino que recogiendo un pedazo de leña seca, lo acercaron

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

al pie del árbol y prendieron fuego. En menos tiempo del que se tarda en decirlo empezó a arder el pino. Viendo Pinocho que las llamas iban subiendo cada vez más, y no queriendo terminar asado como un pollo, dio un magnífico salto desde lo alto del árbol, y se lanzó a correr como un gamo por campos y viñedos.

Y los ladrones detrás, siempre detrás, sin cansarse nunca.

En tanto empezaba a clarear el día, y de pronto se encontró Pinocho con que estaba el paso cortado por un foso ancho y muy profundo, lleno de agua sucia de color de café con leche. ¿Qué hacer? El muñeco no se detuvo a pensarlo. Tomó carrerilla y gritando: ¡Una, dos, tres!, saltó dentro del foso, yendo a parar a la otra orilla. También saltaron a su vez los ladrones; pero como no habían calculado bien la distancia, ¡cataplum!, cayeron de patitas en el agua.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al sentir Pinocho el golpazo de la caída y las salpicaduras del agua, gritó, burlándose y sin dejar de correr:

—¡Qué les siente bien el baño, señores ladrones!

Y ya se figuraba que se habrían ahogado en el foso, cuando al volver una vez la cabeza vio que seguían corriendo detrás siempre metidos en los sacos y chorreando agua por todas partes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIV

Los ladrones continúan persiguiendo a Pinocho y cuando al fin consiguen darle alcance, le cuelgan del encino grande

Entonces el muñeco, habiendo perdido ya toda esperanza de salvación, estuvo tentado de arrojarse al suelo y darse por vencido; pero al dirigir en torno suyo una mirada, vio a lo lejos blanquear una casita entre las verdes copas de los árboles.

—¡Si tuviera fuerzas para llegar hasta allí, quizás podría salvarme!— se dijo.

Y sin perder un segundo se lanzó nuevamente a todo correr por el bosque en dirección de aquella casita. Y los ladrones siempre detrás.

Después de haber corrido desesperadamente durante cerca de dos horas, llegó, por último, sin aliento a la puerta de la casita y llamó.

No respondió nadie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Volvió a llamar con más fuerza, porque sentía acercarse el rumor de los pasos y la respiración jadeante de sus perseguidores.

El mismo silencio.

Viendo que el llamar no le daba resultado, empezó a dar puntapiés y cabezadas en la puerta. Entonces se asomó a la ventana una hermosa niña de cabellos de un color azul precioso y de cara blanca como la nieve, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, que sin mover los labios dijo, con una vocecita que parecía venir del otro mundo.

—¡En esta casa no hay nadie; todos están muertos!

—¡Pues, ábreme tú!— gritó Pinocho suplicante y lloroso.

—¡Yo también estoy muerta!

—¡Muerta! Pues, entonces, ¿qué haces ahí en la ventana?

—¡Estoy esperando la caja que ha de servir para enterrarme!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Apenas dijo estas palabras desapareció la niña, y se cerró la ventana sin hacer ruido alguno.

—¡Oh, hermosa niña de cabellos azules: abre, por piedad! —gritaba Pinocho— ¡Ten compasión de un pobre niño perseguido por los ladrones!

Pero no pudo terminar la palabra, porque sintió que le agarraban por el cuello, y oyó los mismos dos vozarrones, que decían con acento amenazador:

—¡Esta vez no te escaparás!

Al verse el muñeco tan cerca de la muerte, fue acometido de un temblor tan grande, que le sonaban las junturas de sus piernas de madera y las monedas de oro que había escondido debajo de la lengua.

—Conque vamos a ver: ¿abres la boca o no? —le preguntaron los ladrones—. ¡Ah! ¿No quieres responder? ¡Ahora veremos!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y sacando dos cuchillos largos, largos y afilados como navajas de afeitar, ¡zas...zas...!, le dieron dos cuchilladas en la espalda.

Pero por fortuna, el muñeco estaba hecho de una madera tan dura, que las hojas de los cuchillos saltaron en mil pedazos, y los ladrones se quedaron con los mangos en las manos y mirándose asombrados.

—¡Ah!, ¡ya comprendo! —dijo entonces uno de ellos—. ¡Hay que ahorcarle! ¡Ahorquémosle!

—¡Ahorquémosle!— repitió el otro.

Dicho esto le amarró las manos a la espalda, y pasándole un nudo corredizo por la garganta, le colgaron de una gruesa rama de un gran encino.

Después se sentaron sobre la hierba para esperar a que el muñeco hiciese la última pirueta; pero tres horas después seguía el muñeco con los ojos abiertos, la boca cerraba y moviendo los pies cada vez más.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Finalmente, cansados de esperar, se levantaron, y dirigiéndose a Pinocho, le dijeron en tono de burla:

—Vaya, hasta mañana! Esperamos que cuando volvamos otra vez, nos habrás hecho el favor de estar bien muerto y con la boca abierta.

Dicho esto se marcharon.

Entretanto se había levantado un fuerte viento, que silbaba rabiosamente, y que, moviendo de un lado a otro al pobre ahorcado, le hacía oscilar violentamente como badajo de campana en día de fiesta. Este continuo movimiento le causaba grandes dolores, y el nudo corredizo le apretaba cada vez más la garganta, quitándole la respiración.

Poco a poco iban apagándose sus ojos; sentía que se acercaba el instante de su muerte, y se encomendaba a Dios, suplicándole que le enviase alguna persona caritativa que le salvara.

Sólo cuando después de esperar tanto tiempo vio que no pasaba nadie, balbuceó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh, papá mío; si estuvieras aquí!

No tuvo fuerzas para decir más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró las piernas, y dando una gran sacudida, se quedó rígido e inmóvil.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XV

La hermosa niña de los cabellos azules hace recoger el muñeco; le mete en la cama, y manda llamar a tres médicos para saber si está vivo o muerto.

En el momento en que el pobre Pinocho, colgado por los ladrones en una rama de la Encina grande, parecía más muerto que vivo, la hermosa niña de los cabellos azules apareció de nuevo en la ventana. Y compadecida de aquel infeliz, que colgado por el cuello se columpiaba movido por el viento, dio tres palmaditas con las manos.

A los pocos instantes se oyó un rápido batir de alas, y apareció un milano muy grande, que vino a posarse en el antepecho de la ventana.

—¿Qué quieres de mí, hermosa Hada?— dijo el milano inclinando el pico en señal de respeto, porque habéis de saber que la niña de los cabellos azules no era, en fin de cuentas, más que una buenísima Hada, que hacía más de mil años que vivía en aquel bosque.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Ves aquel muñeco que está colgado de una rama de la encina grande?

—Lo veo.

—Pues bien: vete allí en seguida, volando; corta con tu fuerte pico la cuerda que le tiene suspendido en el aire, y con mucho cuidado le colocas tendido en la hierba al pie del encino.

Salió volando el milano, y a los dos minutos estaba ya de vuelta, diciendo:

—Ya está hecho lo que me has ordenado.

—¿Y cómo le has encontrado? ¿Vivo o muerto?

—A primera vista parecía muerto; pero no debe de estar aún muerto del todo, porque apenas he aflojado el nudo corredizo que le apretaba la garganta, ha lanzado un fuerte suspiro y ha dicho en voz baja: ¡Ahora me siento mejor!

Entonces el Hada dio otras dos palmadas, y apareció un magnífico perro de lanas, que andaba sobre las patas de atrás completamente derecho, como si fuera un hombre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Estaba vestido como un cochero, con uniforme de gala. Llevaba en la cabeza un tricornio galoneado de oro; una peluca rubia, con rizos que colgaban hasta el cuello; una casaca de color de chocolate, con botones de brillantes y con dos grandes bolsillos para guardar los huesos que su ama le daba para comer; unos calzones cortos de terciopelo carmesí, medias de seda y zapatos escotados. Detrás llevaba una especie de funda de paraguas, hecha de raso azul, que le servía para meter el rabo cuando el tiempo amenazaba lluvia.

—Óyeme, mi buen Sultán —dijo el Hada al perro de lanas—. Haz enganchar en seguida la mejor de mis carrozas, y toma el camino del bosque.

Cuando llegues bajo el gran encino, encontrarás tendido sobre la hierba un pobre muñeco medio muerto. Recógele con cuidado, le colocas bien en los almohadones de la carroza y le traes aquí. ¿Has comprendido?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El perro de lanas meneó tres o cuatro veces la funda de raso azul, como dando a entender que había comprendido, y salió a escape.

Al poco tiempo se vio salir de la cochera una hermosísima carroza azul celeste, almohadillada con plumas de canario y tirada por cien parejas de conejitos de Indias, blancos, con los ojitos encarnados, llevando sentado en el pescante al perro de lanas, que hacía chasquear el látigo a derecha e izquierda, como los cocheros: cuando temen llegar tarde.

No había pasado un cuarto de hora cuando regresó la carroza, y el Hada, que estaba esperando a la puerta de la casa, tomó en brazos al pobre muñeco, y conduciéndole a una habitación pequeñita que tenía las paredes de nácar, mandó llamar a los médicos más famosos de los alrededores.

Y llegaron los médicos, uno detrás de otro: un cuervo, un mochuelo y un grillo parlante.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Quisiera saber, señores—dijo el Hada volviéndose hacia los tres médicos reunidos junto a la cama de Pinocho—, si este pobre muñeco está vivo o muerto.

¡Al oír esta pregunta se adelantó primero el cuervo, y le tomó el pulso; después le tocó la nariz y el dedo meñique del pie izquierdo, y cuando le hubo examinado bien, pronunció solemnemente estas palabras:

—Yo opino que el muñeco está completamente muerto; si por fortuna no estuviese muerto, entonces sería señal indudable de que estaba vivo.

—Siento mucho no ser de la misma opinión de mi ilustre amigo y colega el cuervo —dijo a su vez el mochuelo—; yo opino que el muñeco está vivo y bien vivo; pero si por desgracia no lo estuviese entonces sería señal indudable de que estaba muerto.

—¿Y usted qué dice? —preguntó el Hada al grillo-parlante.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Yo creo que el médico prudente, cuando no sabe qué decir, lo mejor que puede hacer es permanecer callado. Por lo demás, este muñeco no me es desconocido: hace ya tiempo que le conozco.

Pinocho que había permanecido hasta aquel momento como un tronco, tuvo un estremecimiento que hizo mover la cama.

—¡Este muñeco—continuó diciendo el grillo-parlante— es un granuja incorregible!

Pinocho abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos en el acto.

—¡Es un galopín, un holgazán, un vagabundo!

Pinocho escondió la cara entre las sábanas.

—¡Un hijo desobediente, que hará morirse de pena a su pobre padre!

En aquel momento se sintió en la habitación rumor de llanto y de sollozos.

Levantaron el embozo de la sábana y se encontraron con que era Pinocho el que lloraba.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Cuando el muerto llora, es señal de que está en vías de curación —dijo solemnemente el cuervo.

—Siento mucho contradecir a mi ilustre amigo y colega —replicó el mochuelo.

Yo creo que cuando el muerto llora es señal de que no le hace gracia morirse.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XVI

Pinocho se come el azúcar sin querer purgarse; pero al ver que llegan los enterradores para llevárselo, bebe toda la purga. Después le crece la nariz por decir mentiras.

Apenas salieron los tres médicos de la habitación, se acercó el Hada a Pinocho, y al tocarle la frente notó que tenía una gran fiebre.

Entonces disolvió unos polvos blancos en medio vaso de agua y se los presentó al muñeco, diciéndole cariñosamente.

—Bebe esto, y dentro de pocos días estarás bueno.

Pinocho miró el vaso torciendo el gesto, y preguntó con voz plañidera:

—¿Es dulce, o amargo?

—Es amargo, pero te sentará bien.

—¡Amargo! No lo quiero.

—¡Anda, bébelo: hazme caso a mí!

—Es que no me gustan las cosas amargas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Bébelo, y te daré después un terrón de azúcar para quitarte el mal gusto.

—¿Dónde está el terrón de azúcar?

—Aquí lo tienes —dijo el Hada, sacándolo de un azucarero de oro.

—Primero quiero que me des el terrón de azúcar, y después beberé el agua amarga.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

El Hada le dio el terrón, y Pinocho, después de comérselo en menos tiempo que se dice, se relamió los labios, exclamando:

—¡Qué lástima que el azúcar no sea medicina! ¡Yo me purgaría entonces todos los días!

—Ahora vas a cumplir la promesa que me has hecho, y a beberte este poco de agua que ha de ponerte bueno.

De mala gana tomó Pinocho el vaso en la mano, acercando la punta de la nariz y haciendo un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

gesto; después hizo como que se lo llevaba a la boca; pero se arrepintió y volvió a olerlo, hasta que por último dijo:

—¡Es muy amarga! ¡Muy amarga! ¡No puedo beberla!

—¿Cómo puedes saberlo, si no lo has probado?

—Me lo imagino, conozco en el olor. Quiero otro terrón de azúcar primero, y después la beberé.

Con toda la paciencia de una buena madre, el Hada le puso en la boca un poco de azúcar, y después le presentó el vaso otra vez.

—Así no puedo beberlo —dijo el muñeco haciendo mil gestos.

—¿Por qué?

—Porque me fastidia esa almohada que tengo en los, pies.

El Hada retiró la almohada.

—¡Es inútil!, tampoco puedo beberlo.

—¿Qué es lo que ahora te fastidia?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Me fastidia esa puerta del cuarto que está medio abierta.

Entonces el Hada cerró la puerta.

—¡Es que no quiero! —gritó, Pinocho llorando y pataleando—. ¡No; no quiero beber ese agua amarga; no quiero; no, no!

—¡Hijo mío, mira que luego te arrepentirás!

—¡Mejor!

—Tu enfermedad es grave.

—¡Mejor!

—Esa fiebre puede llevarle al otro mundo.

—¡Mejor!

—¿No tienes miedo de la muerte?

—Ninguno. ¡Antes me muero que beber esa medicina tan amarga!

En aquel momento se abrió de par en par la puerta de la habitación, y entraron cuatro conejos, negros como la tinta, que llevaban sobre los hombros; una caja de muerto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué queréis? —gritó, Pinocho despavorido, sentándose en la cama.

—Venimos por ti —respondió el conejo más grueso de los cuatro.

—¿Por mí? ¡Pero si no me he muerto todavía!

—Todavía no; pero te quedan pocos instantes; de vida, por no haber querido beber la medicina, que te hubiera curado la fiebre.

—¡Oh, Hada mía! ¡Hada mía! —comenzó entonces a gritar el muñeco—. ¡Dame en seguida el vaso! ¡Anda pronto, por favor, que yo no quiero morir, no quiero morir!

Y tomando el vaso con ambas manos, se lo bebió de un sorbo.

—¡Paciencia! —dijeron entonces los conejos—. Por esta vez hemos perdido el viaje.

Y echándose de nuevo sobre los hombros la caja, que habían dejado en tierra, salieron del cuarto refunfuñando y murmurando entre dientes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Claro es que a los pocos minutos pudo Pinocho saltar de la cama completamente curado; porque ya se sabe que los muñecos de madera tienen la particularidad de ponerse muy enfermos de pronto y de curarse en un santiamén.

Cuando el Hada le vio correr y retozar por la habitación, listo, y alegre como un pajarillo escapado de la jaula, le dijo:

—¿De modo que mi medicina te ha sentado muy bien?

—¡Ya lo creo! ¡Me ha resucitado!

—Entonces, ¿por qué te has resistido tanto para beberla?

—Porque los niños somos así. Tenemos, más miedo de las medicinas que de la enfermedad.

—¡Pues muy mal hecho! Los niños debierais recordar que una medicina a tiempo puede evitar una grave enfermedad, y aun la misma muerte.

—¡Ah! Otra vez no me resistiré tanto. Me acordaré de esos conejos negros con la caja de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

muerto al hombro, y entonces cogeré en seguida el vaso, y adentro.

—¡Muy bien! Ahora vente aquí, a mi lado, y cuéntame cómo caíste en manos de los ladrones.

Pues fue que Tragalumbre me dio cinco monedas de oro y me dijo: "Llévaselas a tu papá", y en el camino me encontré una zorra y un gato, dos personas muy buenas, que me dijeron:

¿Quieres que esas monedas se conviertan en mil o en dos mil? Vente con nosotros y te llevaremos al Campo de los Milagros.

Y yo les dije:

"Vamos". Y ellos dijeron: "Nos detendremos un rato en la posada de El Cangrejo Rojo, y cuando sea media noche seguiremos nuestro camino."

Cuando yo me desperté ya no estaban allí, porque se habían marchado. Entonces yo me marché también.

Y hacía una noche tan oscura que apenas se podía andar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y me encontré con dos ladrones metidos en dos sacos de carbón, que me dijeron: ¡Danos el dinero!" y yo les dije:

"No tengo ningún dinero". Porque me había escondido las monedas de oro en la boca. Y uno de los ladrones quiso meterme la mano en la boca, yo se la corté de un mordisco; pero al escupirla me encontré con que, en vez de una mano, era la zarpa de un gato.

Y los ladrones echaron a correr detrás de mí; y yo corrí y corrí, hasta que me alcanzaron y entonces me colgaron por el cuello en un árbol del bosque, diciendo: "Mañana volveremos, y estarás bien muerto y con la boca abierta, y entonces te sacaremos las monedas de oro que tienes escondidas debajo de la lengua".

—¿Y dónde tienes las cuatro monedas de oro?—le preguntó el Hada.

—¡Las he perdido! —respondió Pinocho; pero era mentira porque las tenía en el bolsillo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Apenas había dicho esta mentira, la nariz del muñeco, que ya era muy larga, creció más de dos dedos.

—¿Dónde las has perdido?

—En el bosque.

A esta segunda mentira siguió creciendo la nariz.

—Si las has perdido en el bosque—dijo el Hada—, las buscaremos, y de seguro que hemos de encontrarlas, porque todo lo que se pierde en este bosque se encuentra siempre.

—Ahora que me acuerdo bien—dijo el muñeco, embrollándose cada vez más—, no las he perdido, sino que me las he tragado sin querer al tomar la medicina.

A esta tercera mentira se le alargó, la nariz de un modo tan extraordinario que el pobre Pinocho no podía ya volverse en ninguna dirección. Si se volvía de un lado, tropezaba con la cama o con los cristales de la ventana; si se volvía de otro lado, tropezaba con la pared o con la puerta del cuarto,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

y si levantaba la cabeza, corría el riesgo de meter al Hada por un ojo la punta de aquella nariz fenomenal.

El Hada le miraba y se reía.

—¿Por qué te ríes?—preguntó el muñeco, confuso y pensativo, al ver cómo crecía su nariz por momentos.

—Me río de las mentiras que has dicho.

—¿Y cómo sabes que he dicho mentiras?

—Las mentiras, hijo mío, se conocen en seguida, porque las hay de dos clases: las mentiras que tienen las piernas cortas, y las que tienen la nariz larga. Las tuyas, por lo visto, son de las que tienen la nariz larga.

Sintió Pinocho tanta vergüenza, que no sabiendo donde esconderse, trató de salir de la habitación. Pero no le fue posible: tanto le había crecido la nariz, que no podía pasar por la puerta.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XVII

Pinocho vuelve a encontrarse con la zorra y el gato, y se va con ellos a sembrar sus cuatro monedas en el Campo de los Milagros.

Como podéis suponer, el Hada dejó que el muñeco llorase y gritase durante más de media hora porque con aquellas narizotas no podía salir de la habitación.

Lo hizo así para darle una lección y para que se corrigiera del vicio de mentir, el vicio más feo que puede tener un niño. Pero cuando ya le vio tan desesperado que se le salían los ojos de las órbitas, tuvo lástima de él y dio unas palmadas.

A esta señal entraron en la habitación unos cuantos millares de esos pájaros que se llaman picos o carpinteros, porque pican en la madera de los árboles y posándose todos ellos en la nariz Pinocho, empezaron a picarla de tal manera, que en pocos minutos aquella nariz enorme volvió a su tamaño anterior.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Qué buena eres, Hada, y cuánto te quiero!— dijo el muñeco, enjuagándose los ojos.

—¡Yo también te quiero mucho!— respondió el Hada—; y si quieres quedarte conmigo, serás mi hermanito y yo seré para ti una buena hermanita.

—Yo sí quisiera quedarme; pero; ¿y mi pobre papá?

—Ya he pensado en eso. He ordenado que le avisen y antes de media noche estará aquí.

¿De veras? —grito Pinocho saltando de alegría—. Entonces, Hada preciosa, si te parece bien, iré a buscarle ¡Tengo muchas ganas de darle un beso al pobre viejecito que tanto ha sufrido por mí!

—Bueno; pues vete. Pero cuidado con perderte. Toma el camino del bosque, y así le encontrarás seguramente.

Salió Pinocho, y apenas llegó al bosque empezó a correr como un galgo. Pero al llegar cerca del sitio donde estaba el gran encino se paró de pronto,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

porque le pareció que había oído ruido de gente entre la maleza. En efecto: vio aparecer...

¿No sabéis a quién?

Pues a la zorra y el gato; o sea a aquellos dos compañeros de viaje con los cuales había cenado en la posada de El Cangrejo Rojo.

—¡Pues si es nuestro querido Pinocho!— gritó la zorra, abrazándole y besándole.

—¿Qué haces por aquí?

—¿Qué haces por aquí?— repitió el gato.

—Es largo de contar—dijo el muñeco—. Pero ante todo os diré que la otra noche, cuando me dejaron en la posada, me salieron al camino unos ladrones.

¿Unos ladrones? ¿Pero es de verdad? ¡Pobre Pinocho! ¿Y qué querían?

—Querían robarme las monedas de oro.

—¡Qué granujas!—dijo la zorra.

—¡Qué grandísimos granujas!— repitió el gato.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pero yo me escapé—continuó contando el muñeco—, y ellos siempre detrás, hasta que me alcanzaron y me colgaron en una rama de aquel encino.

Y Pinocho señaló el gran árbol, que estaba a dos pasos de distancia.

—¡Que atrocidad!— exclamó la zorra—. ¡Qué mundo tan malo! ¡Parece mentira que haya gente así! ¿Dónde podremos vivir tranquilas las personas decentes?

Mientras charlaban de este modo observó Pinocho que el gato estaba manco de la mano derecha porque le faltaba toda la zarpa, con uñas y todo.

¿Qué has hecho de tu zarpa?—le preguntó.

Quiso contestar el gato pero se hizo un lío, y entonces intervino la zorra con destreza diciendo:

—Mi amigo es demasiado modesto, y por eso no se atreve a contarlo. Yo lo contaré. Sabrás cómo hace una hora próximamente que nos hemos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

encontrado en el camino un lobo viejo, casi muerto de hambre que nos ha pedido una limosna.

No teniendo nada que darle, ¿sabes lo que ha hecho este amigo mío, que tiene el corazón más grande del mundo? Pues se ha cortado de un mordisco la zarpa derecha, y se la ha echado al pobre lobo para que se desayunara.

Y al terminar su relato la zorra se enjugó una lágrima.

También Pinocho estaba conmovido. Se acercó al gato y le dijo al oído:

—¡Si todos los gatos fueran como tú, qué felices vivirían los ratones!

—¿Y qué haces ahora por estos lugares? —preguntó la zorra al muñeco.

—Esperando a mi papá, que debe de llegar de un momento a otro.

—¿Y tus monedas de oro?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Las tengo en el bolsillo, menos una que gasté en la posada de El Cangrejo Rojo.

—¡Y pensar que en vez de cuatro monedas podrían ser mañana mil o dos mil! ¿Por qué no sigues mi consejo? ¿Por qué no vamos a sembrarlas en el Campo de los Milagros?

—Hoy es imposible; iremos otro día.

—Otro día será tarde—dijo la zorra.

—¿Por qué?

—Porque ese campo ha sido comprado por un gran señor, que desde mañana no permitirá que nadie siembre dinero.

—¿Cuánto hay desde aquí hasta el Campo de los Milagros?

—No llega a dos kilómetros. ¿Quieres venir? Tardamos en llegar una media hora; siembras en seguida las cuatro monedas, a los pocos minutos recoges dos mil, y te vuelves con los bolsillos bien repletos. ¿Qué? ¿Vienes?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho vaciló antes de contestar, porque se acordó de la buena Hada, del viejo Gepeto y de los consejos del grillo-parlante; pero terminó por hacer lo mismo que todos los muchachos que no tienen pizca de juicio ni de corazón; acabo por rascarse la cabeza y decir a la zorra y al gato:

—¡Bueno; me voy con vosotros!

Y marcharon los tres juntos.

Después de haber andado durante medio día llegaron a un pueblo que se llamaba "Engañabobos". Apenas entraron, vio Pinocho que en todas las calles abundaban perros flacos y hambrientos que se estiraban abriendo la boca, ovejas sucias y peladas que temblaban de frío, gallos y gallinas sin cresta y medio desplumados, que pedían de limosna un grano de maíz; grandes mariposas que ya no podían volar por haber vendido sus preciosas alas de brillantes colores, pavo reales avergonzados por el lastimoso estado de su cola y faisanes que lloraban la pérdida de su brillante plumaje de oro y plata.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Entre aquella multitud de mendigos pasaba de vez en cuando alguna soberbia carroza llevando en su interior ya una zorra, ya una urraca ladrona o algún pajarraco de rapiña.

—¿Y dónde está el Campo de los Milagros?— preguntó Pinocho.

—A dos pasos de aquí.

Atravesaron la ciudad, y al salir de ella se metieron por un campo solitario, pero que se parecía como un huevo a otro a todos los demás campos del mundo.

—Ya hemos llegado —dijo la zorra al muñeco—; ahora haz con las manos un hoyo en la tierra, y mete en el las cuatro monedas de oro.

Pinocho obedeció: hizo el hoyo, colocó dentro las cuatro monedas que le quedaban y las cubrió con tierra.

—Ahora —dijo la zorra— vete a ese arroyo cercano y trae un poco de agua para regar la tierra en que has sembrado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho fue al arroyo; pero como no tenía a mano ningún cubo se quitó uno de los zapatos y lo llenó de agua, con la cual regó la tierra del hoyo.

Después preguntó:

—¿Hay que hacer algo más?

—Nada más respondió la zorra—; ahora ya podemos irnos. Tú te vas a la ciudad, y cuando hayas estado allí unos veinte minutos, vienes otra vez, y encontrarás que ya ha nacido el arbolito, con todas las ramas cargadas de monedas de oro.

Lleno de gozo, el pobre muñeco dio efusivamente las gracias a la zorra y al gato, ofreciéndoles un magnífico regalo.

—No queremos ningún regalo —respondieron aquel par de bribones—; sólo con haberte enseñado el modo de hacerte rico sin trabajo alguno, estamos más contentos que unas Pascuas.

Dicho esto saludaron a Pinocho, y deseándole una buena cosecha, se marcharon.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPITULO XVIII

Roban a Pinocho sus monedas de oro, y además le tienen cuatro meses en la cárcel.

Cuando Pinocho volvió a la ciudad, empezó a contar los minutos uno a uno y ya que creyó que había pasado el tiempo necesario, se puso de nuevo en marcha hacia el Campo de los Milagros.

Andaba con paso rápido, y sentía que su corazón palpitaba con más fuerza que de costumbre, haciendo "tic-tac, tic-tac", como un reloj en marcha. Mientras tanto, pensaba en su interior:

—¡Qué chasco, si me encontrara con que las ramas del árbol tienen dos mil monedas en vez de mil! ¿Y si en vez de dos mil fueran cinco mil? ¿Y si en vez de cinco mil fueran cien mil? ¡Entonces sí que sería un gran señor! ¡Tendría un magnífico palacio, y mil caballitos de cartón en muchas cuadras, automóviles, aeroplanos, y una despensa llena de mantecadas, de almendras garapiñadas,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de bombones, de pasteles y de caramelos de los Alpes!

Así fantaseando vio de lejos el Campo de los Milagros, y lo primero que hizo fue mirar si había algún arbolito que tuviera las ramas cargadas de monedas; pero no vio ninguno. Anduvo unos cien pasos más, y nada; entró en el campo, y llegó hasta el mismo sitio donde había hecho el hoyo para enterrar sus monedas de oro; pero, nada, nada y siempre nada.

Entonces se quedó pensativo e inquieto y, olvidando las reglas de urbanidad y de buena crianza, sacó una mano del bolsillo y se rascó largo rato la cabeza.

En aquel instante llegó a sus oídos una gran carcajada volviéndose y vio en las ramas de un árbol un viejo papagayo que estaba arreglándose con el pico las escasas plumas que le quedaban.

—¿Por qué te ríes?—le preguntó Pinocho encolerizado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Me río, porque al peinarme las plumas me he hecho cosquillas debajo del ala.

No respondió el muñeco. Se fue al arroyo, y llenando de agua el mismo zapato de antes regó la tierra que había echado encima de las monedas.

Otra carcajada mayor y más impertinente que la anterior se oyó en la soledad de aquel campo.

—¡Pero, vamos a ver, papagayo grosero!— gritó exasperado Pinocho—, ¿se puede saber de qué te ríes?

—¡Me río de los tontos que creen todas las patrañas que se les cuenta, y que se dejan engañar estúpidamente por el primero que llega!

—¿Lo dices por mí?

—Sí, lo digo por ti, pobre Pinocho, por ti, que eres tan simple, que has podido creer que el dinero se siembra en el campo y se recoge después, como se hace con las judías y con las patatas. Yo también lo creí una vez, Y por eso estoy hasta sin plumas. Ahora ya sé, aunque tarde, que para tener

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

honradamente unas pesetas hay que saber ganarlas con el propio trabajo, sea en un oficio manual o con el esfuerzo de la inteligencia.

—No te comprendo— dijo el muñeco, que empezaba a temblar de miedo.

—Me explicaré mejor— continuó el papagayo—. Sabes, pues, que mientras tú estabas en la ciudad, volvieron a este campo la zorra y el gato, desenterraron las monedas y escaparon después como si los llevase el viento. ¡Lo que es ya, cualquiera les alcanza!

Pinocho se quedó como quien ve visiones; mas, no queriendo creer lo que le había dicho el papagayo, comenzó a cavar con las manos la tierra que había regado, y cava que cava, abrió un boquete tan grande como una cueva. Pero las monedas no parecían.

Lleno de desesperación, volvió corriendo a la ciudad, y se fue derechito a presentarse ante el juez para denunciar a los dos ladrones que le habían robado sus monedas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El juez era un mono de la familia de los gorilas; un mono viejo; muy respetable por su aspecto grave, por su barba blanca, y sobre todo por unos anteojos de oro sin cristales, que usaba desde hacía dos años, porque padecía una enfermedad de la vista.

Cuando Pinocho estuvo en presencia del juez, contó el engaño de que había sido víctima; dijo los nombres y apellidos y señas personales de los ladrones, y terminó por pedir justicia.

El juez le escuchó con mucha bondad, poniendo gran atención en lo que el muñeco refería.

Notándose claramente que se enternecía con aquel relato y que sentía verdadera compasión.

Cuando Pinocho hubo terminado, alargó la mano y tocó una campanilla.

A esta llamada aparecieron dos perros mastines, vestidos de guardias.

Señalando el juez a Pinocho, les dijo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—A este pobre diablo le han robado cuatro monedas de oro; así, pues, atrápenlo, y a la cárcel con él.

Quedándose Pinocho estupefacto al oír esta sentencia. Quiso protestar; pero no pudo, porque los guardias, para no perder el tiempo inútilmente, le taparon la boca y le llevaron a la cárcel.

Allí permaneció cuatro meses, cuatro interminables meses, y aún hubiera estado mucho más tiempo, si no hubiese sido por un acontecimiento afortunado.

Pues, señor, sucedió que el joven emperador que reinaba en la ciudad de Engañabobos, para solemnizar una gran victoria que había conseguido: sobre sus enemigos, ordenó que se celebrasen grandes festejos públicos: iluminaciones, fuegos artificiales, carreras de caballos y de bicicletas; y para demostrar su clemencia, dispuso que se abrieran las cárceles y que se pusiera en libertad todos los bribones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Entonces dijo Pinocho al carcelero:

—Si salen de la cárcel los demás presos, yo también quiero salir.

—Tú no puedes salir, porque no figuras en el número de los...

—Discúlpeme usted—interrumpió Pinocho—; yo soy también un bribón.

—¡Ah, ya! En ese caso, tiene usted mucha razón —contestó respetuosamente el carcelero, quitándose la gorra.

Y abriendo la puerta de la cárcel, dejó salir a Pinocho, haciéndole una profunda reverencia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIX

Libre ya de la prisión, trata de volver a la casa del Hada; pero encuentra en el camino una terrible serpiente y después queda preso en un cepo.

Figuraos la alegría de Pinocho al encontrarse en libertad. Sin detenerse un momento salió corriendo de la ciudad, y tomó el camino que debía conducirle a la casita del Hada.

Había llovido mucho, y el camino tenía muchísimo fango. Los pies de Pinocho se hundían en barro hasta el tobillo.

Pero el muñeco no hacía caso de esto. Con el deseo de volver al lado de su padre y de su hermanita, la hermosa niña de los cabellos azules, corría a saltos como un galgo, y las salpicaduras del barro le llegaban hasta el gorro.

Mientras así corría, iba diciéndose:

—Pero, ¡cuántas desgracias me han ocurrido! ¡Y todo me lo tengo merecido, porque soy un muñeco testarudo y travieso! ¡Siempre quiero

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

salirme con la mía, sin atender los consejos de los que me quieren bien, y tienen además mil veces más juicio y más experiencia que yo!

¡Pero lo que es ahora sí que me propongo cambiar de vida y ser un niño bueno y obediente! Ya estoy convencido de que los chicos desobedientes acaban siempre mal. ¿Me estará esperando mi papá? ¿Estará en la casita con el Hada?

¡Pobrecillo! ¿Cuánto tiempo hace que no le veo y que no tengo ni siquiera el consuelo de darle un beso? ¿Y mi preciosa hermanita? ¿Me habrá perdonado lo malo que he sido? ¡Y pensar que le debo tantos favores, que me ha cuidado tan bien, y que me salvó la vida!... ¡No; si es imposible que haya niño más ingrato y descastado que yo!

Al terminar de decir esto se detuvo asustado y dio unos pasos hacia atrás. ¿Qué había sucedido? Pues que había visto en medio del camino una terrible serpiente de piel verde con los ojos de fuego, y cuya cola, dirigida hacia el cielo, echaba humo como una chimenea imposible describir el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

terror que sintió el muñeco. Se alejó algo más de medio kilómetro, y se sentó sobre un montón de grava esperando que la serpiente tuviera que marcharse a sus quehaceres o tuviera que ir a algún recado y dejara libre el paso.

Esperó una hora, dos horas, tres horas; pero la serpiente, por lo visto, vivía de sus rentas y no tenía nada que hacer en todo el día. El caso es que continuaba allí, y Pinocho veía desde lejos el brillo de sus ojos de fuego y el humo que salía de su cola.

Entonces Pinocho, creyendo que tendría valor suficiente, se acercó hasta pocos pasos de distancia, saludó a la serpiente con una ceremoniosa reverencia, y con vocecita insinuante y afectuosa le dijo:

—Dispense usted, señora serpiente, ¿sería usted tan amable que se apartara un poquitín para dejarme pasar?

¡Cómo si se lo hubiera dicho a una pared!

Pinocho insistió con tono aún más amable:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Usted me perdonará, señora serpiente, pero es que vuelvo a mi casa, donde está esperándome mi papá, y ya ve usted... ¡hace tanto tiempo que no le veo! ¿Me permite usted que pase?

La serpiente no sólo no contestó, sino que de pronto quedó inmóvil casi rígida.

Sus ojos se cerraron, y la cola cesó de echar humo.

—¡Uy! ¡Parece que se ha muerto! ¡Ole! ¡Ole¡ —pensó Pinocho contentísimo y, restregándose las manos de alegría, fue a pasar por encima de la serpiente. Pero aún no había terminado de levantar la pierna, cuando la serpiente se erigió de pronto como un muelle que salta.

Pinocho, aterrado, dio hacia atrás un salto tan rápido, que tropezó y dio una voltereta como en el circo, cayendo al suelo de cabeza. Como Pinocho la tenía muy dura, y el camino tenía demasiado fango, se quedó clavado en el suelo con los pies en el aire.

Al ver el muñeco en aquella postura tan ridícula, que daba patadas a diestro y siniestro, como si le

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

hubieran dado cuerda, la serpiente empezó a reírse estrepitosamente, a carcajadas enormes.

Pero, ¡qué risa! Se ponía mala.

En fin, a fuerza de reír, y reír, y reír, se le reventó una vena del pecho, y entonces sí que quedó muerta de verdad.

Pinocho se incorporó con gran trabajo, y volvió a emprender la carrera para llegar a la casa del Hada antes de que cayera la noche.

Pero por lo largo que iba siendo el camino, no podía ya resistir los pinchazos que el hambre le daba en el estómago, y saltó a un viñedo lindante para coger algunos racimos de uva moscatel.

¡Nunca lo hubiera hecho!

Apenas penetró en el viñedo, crac..., sintió que dos cortantes aros de hierro le aprisionaban las piernas, haciéndole ver todas las estrellas del cielo. El pobre muñeco había caído en un cepo colocado allí por el dueño del campo con objeto de cazar alguna garduña o cualquiera otra

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

alimaña de las muchas que había, y que eran el azote de todos los gallineros del contorno.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XX

Cae Pinocho en poder de un labrador que le obliga a servir de perro para custodiar un gallinero.

¡Pobre muñeco! Empezó a llorar, a gritar y a lamentarse; pero sus llantos y gritos eran inútiles, porque en todo el contorno no se veía casa alguna, y por el camino no pasaba alma viviente.

Se hizo de noche. En parte por el daño grandísimo que le hacían aquellos hierros, apretándole las piernas como unas tenazas, y en parte por el miedo fenomenal de estar solo y de noche en aquel campo, el pobre Pinocho estaba a punto de caer desvanecido.

En esto vio pasar cerca de su cabeza una luciérnaga de luz, y le llamó diciéndole:

—¡Gusanito! ¡Precioso gusanito! ¿Quieres hacer la caridad de librarme de este suplicio?

—¡Pobre muchacho! —exclamó la luciérnaga, acercándose compasiva para mirarle—. ¿Por qué tienes las piernas entre esos hierros tan cortantes?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Porque he entrado en este campo para coger un par de racimos de uva moscatel?...

—Pero, ¿esas uvas son tuyas?

—No.

—¿Y quién te ha enseñado a tomar lo que no es tuyo?

—¡Tenía mucha hambre!

—¡Hijo mío, el tener hambre no es buena razón para apropiarse de lo ajeno!

—¡Es verdad, es verdad!— exclamó Pinocho llorando—. ¡Pero ya no lo haré más!

En este momento fue interrumpido el diálogo por el ligerísimo rumor de pasos que se acercaba. Era el dueño del campo, que, andando de puntillas, venía a ver si había caído en el cepo alguno de aquellas garduñas que le arrebataban los pollos durante la noche.

Grande fue su asombro cuando, al sacar una linterna que llevaba debajo del capote, vio que en vez de una garduña había caído un muchacho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ah, ladronzuelo! —dijo el labrador encolerizado—. ¿Conque eres tú quien me roba las gallinas?

—¡Yo, no; yo, no! —gritó Pinocho sollozando—. ¡Yo he entrado en el campo sólo para tomar dos racimos de uvas!

—El que roba uvas es capaz de robar también gallinas. ¡Voy a darte una lección que no olvidarás en toda tu vida!

Y abriendo la cepa, agarró al muchacho por el cuello y echó a andar camino de su casa.

Al llegar frente a la puerta le dejó caer en una era que había casi a la entrada y dándole dos azotes, dijo:

—Ahora ya es muy tarde, y quiero acostarme: mañana te ajustaré las cuentas.

Mientras tanto, como hoy se ha muerto el perro que me hacía la guardia de noche, voy a ponerte en su puesto. Me servirás de perro guardián.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después de decir esto, le puso al cuello un grueso collar de cuero, erizado de púas de hierro, y se lo apretó de modo que no pudiera quitárselo por la cabeza. El collar estaba sujeto a una larga cadena de hierro, ésta a la pared por el otro extremo.

—Si llueve esta noche— dijo el labrador—, puedes meterte en esa caseta de madera: ahí está la paja que ha servido de cama a mi perro durante cuatro años. ¡Ah! Procura estar bien alerta, y si vienen los ladrones, ladra muy fuerte.

Hecha esta última advertencia, entró el labrador en su casa y cerró la puerta con cerrojo, mientras que el desgraciado Pinocho, más muerto que vivo, quedaba solo, tiritando de frío, de hambre y de miedo.

De vez en cuando trataba rabiosamente de meter las manos por entre aquel collar, que le apretaba horriblemente la garganta.

El pobre muñeco decía llorando:

—¡Me está muy bien merecido! ¡He querido hacer vida de perdido, vagabundo; he seguido los

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

consejos de las malas compañías; he sido un niño malo y desobediente, y por eso Dios me castiga! ¡Si hubiera sido un niño bueno y obediente, como lo son otros muchachos; si me hubiera dedicado al estudio y al trabajo; si hubiera permanecido en casa al lado de mi buen papá, no me vería ahora como me veo en medio del campo, teniendo que servir de perro de guarda a un labrador! ¡Oh, si se pudiera nacer otra vez! ¡Pero ya es tarde, y no hay más remedio que tener paciencia!

Después de este pequeño desahogo, que realmente le salía del corazón, se metió en la perrera, y muy poco después se quedó dormido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXI

Pinocho descubre a los ladrones, y en recompensa de su fidelidad queda libre.

Hacía ya cerca de dos horas que dormía profundamente, y debía de ser poco más o menos la media noche, cuando le despertó un rumor de voces extrañas que parecían venir de a fuera.

Asomó la punta de la nariz a la puerta de la perrera, y vio reunidos en confabulación cuatro bichejos de pelaje oscuro, que semejaban gatos.

Pero no eran tales gatos; eran garduñas, animales carnívoros muy aficionados a las uvas y a los pollos tiernos. Una de las garduñas se separó de sus compañeras, y acercándose a la entrada de la perrera, dijo:

—¡Buenas noches, Moro!

—¡Yo no me llamo Moro!— contestó el muñeco.

—¿Quién eres entonces?

—Soy Pinocho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y qué haces aquí?

—Estoy haciendo de perro guardián.

—¿Dónde está Moro? ¿Qué ha sido del perro que estaba en esta caseta?

—Se ha muerto esta mañana.

—¿Se ha muerto? ¡Pobre animal! ¡Tan bueno como era! Pero, a juzgar por tu cara, tú también eres un perro simpático.

—Dispénsame: yo no soy perro.

—¿Pues, qué eres?

—Un muñeco.

—¿Y estás de perro guardián?

—Desgraciadamente: es un castigo.

—Pues bien; voy, a proponerte el mismo pacto que tenía con el difunto Moro, y te aseguro que quedarás contento.

—¿Cuál es ese pacto?

—Vendremos aquí una vez por semana, como antes hacíamos. Entraremos en el gallinero y nos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

llevaremos ocho gallinas. De esas ocho gallinas, siete serán para nosotras, la otra te la daremos a ti, con la condición de que te hagas el dormido y no se te ocurra ladrar y despertar al amo.

—¿Y Moro lo hacía así?

—¡Ya lo creo! Y siempre hemos estado en la mejor armonía. Con que, así, pues, duerme tranquilamente, y ten la seguridad de que antes de marcharnos de aquí dejaremos en la perrera una gallina bien pelada para que te la almuerces mañana. ¿Quedamos de acuerdo?

—¡Pero, hombre! ¡Pues ya lo creo! ¡Por completo!—respondió Pinocho—. Y se quedó moviendo la cabeza con un aire de un si es no es amenazador, como queriendo decir: "¡Dentro de poco se arreglarán las cuentas!"

Cuando las cuatro garduñas creyeron que estaba todo arreglado, desfilaron hacia el gallinero, que estaba junto a la perrera, y después de abrir a puerta a fuerza de uñas y dientes la puerta de madera que cerraba la entrada: penetraron

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

silenciosamente una tras otra. Pero apenas habían acabado de entrar, cuando sintieron que se cerraba la puerta con gran violencia.

Había sido Pinocho, que no contento con cerrar la puerta, para mayor seguridad puso por delante una gran piedra para sujetarla a modo de puntal.

Después comenzó a ladrar ¡guau!, ¡guau!, ¡guau!, con toda la fuerza que pudo, y con tanta propiedad, que parecía un perro auténtico.

Al oír los ladridos saltó el labrador de la cama, tomó una escopeta, y se asomó a la ventana preguntando:

—¿Qué ocurre?

—¡Que están aquí los ladrones!— respondió Pinocho.

—¿Dónde?

—¡En el gallinero!

—¡Bajo rápido!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y, efectivamente, en un momento bajó el labrador, entró en el gallinero, y después de atrapar y meter en un saco las cuatro garduñas, les dijo con acento de satisfacción:

—¡Por fin habéis caído en mis manos! Podría castigaros si quisiera; pero no soy vengativo. Me conformaré con llevaros mañana a casa del vecino posadero, para que los despelleje y los haga estofados como si fueran liebres. Es un honor que no merecen; pero los hombres generosos como yo no guardamos rencor por estas menudencias.

Después se acercó a Pinocho, le hizo muchas caricias, y le preguntó:

—¿Cómo te has arreglado para descubrir el complot de estas cuatro ladronas? ¡Y pensar que Moro, mi fiel Moro, no pudo conseguirlo!

El muñeco podía haber dicho todo lo que sabía: haber contado el vergonzoso convenio que tenía el perro con las garduñas; pero, acordándose de que el perro había muerto, se dijo en se interior: ¿Para qué acusar a un difunto? Ya no se consigue

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

nada, y es más caritativo no descubrir su infidelidad.

—¿Estabas despierto cuando llegaron las garduñas, o dormías? —continuó preguntando el labriego.

—Dormía —respondió Pinocho—; pero las garduñas me despertaron con su conversación, y una de ellas vino hasta la caseta y me dijo: "Si prometes no ladrar ni despertar al dueño, te regalaremos una buena gallina bien desplumada". ¡Dios! ¡Tener la desfachatez de hacerme a mí semejante proposición!

Porque yo podré ser un muñeco con todos los defectos del mundo, pero no soy capaz de cometer un delito ni de hacerme igual a esa gentuza tan mala.

—¡Eres un buen muchacho! —dijo el labriego, dándole un golpecito en el hombro—. Esos sentimientos te honran; y para probarte lo satisfecho que estoy de ti, desde este momento quedas en libertad de volver a tu casa.

Y en seguida le quitó el collar del perro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIII

Pinocho llora la muerte de la hermosa niña de los cabellos azules; después encuentra una paloma que los lleva a la orilla del mar, y ahí se arroja al agua para ir a salvar a su papá.

Apenas se vio Pinocho libre de aquel collar molestísimo, escapó a todo correr por el campo, y no paró un momento hasta llegar al camino real que había de conducirle hasta la casita del Hada.

Apenas llegó al camino, pudo ver a lo lejos el bosque donde, por su desgracia, había encontrado a la zorra y al gato, y vio también entre los demás árboles la elevada copa de aquel gran encino, del cual había sido colgado por el cuello; pero, por más que miraba a uno y otro lado, no pudo descubrir la casita de la hermosa niña de los cabellos azules.

Sintió entonces una especie de triste presentimiento, y apretando a correr con todas las fuerzas que sus piernas le permitían, en pocos minutos llegó a la pradera donde antes se

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

levantaba la casita blanca. Pero la casita blanca ya no estaba allí.

En su lugar había una lápida de mármol con una cruz, y en la cual estaban escritas las siguientes palabras:

AQUI YACE
LA NIÑA DE CABELLOS AZULES,
QUE MURIO DE DOLOR
POR HABERLA ABANDONADO
SU HERMANITO PINOCHO.
R. I. P.
AMEN

Podéis pensar cómo se quedaría el muñeco, después de haber deletreado con mucho trabajo esta inscripción.

Cayó al suelo de boca, y cubriendo de besos el mármol funerario, se echó a llorar desconsolado.

Así permaneció toda la noche, y a la mañana siguiente seguía llorando, aunque ya sus ojos no tenían lágrimas que derramar. Sus lamentos y gritos eran tan fuertes y estridentes, que el eco los repetía en las colinas cercanas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y llorando decía:

—¡Oh, Hada preciosa! ¡Hermanita mía! ¿Por qué has muerto? ¿Por qué no me he muerto yo en tu lugar?; ¡yo, que soy tan malo, mientras que tú eras tan buena! Y mi papá, ¿dónde estará? ¡Oh, Hada preciosa! ¡Dime dónde podré encontrarle, porque ahora quiero estar a su lado y no dejarle nunca, nunca, nunca! ¡Dime que no es verdad que te has muerto! ¡Si es cierto que me quieres, si quieres mucho a tu hermanito, vuelve a mi lado como antes! ¿No te da pena verme solo, abandonado de todos? ¡Si ahora vienen los ladrones me colgarán de nuevo en el gran encino, y esta vez moriré para siempre! ¿Qué va a ser de mí, solo en el mundo?

¿Quién me dará de comer ahora, que te he perdido a ti y a mi pobre papá? ¿Quién me dará una chaqueta nueva? ¡Oh, cuánto mejor sería que yo también me muriese! ¡Sí! ¡Yo quiero morir! ¡Hu... hu... hu...!

Mientras se lamentaba de este modo, trataba algunas veces de arrancarse los cabellos; pero

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

como eran de madera, ni siquiera tenía el consuelo de despeinarse en desahogo de su desesperación.

En aquel instante pasó volando una paloma muy grande, que deteniéndose en el aire con las alas extendidas, gritó desde una gran altura:

—Dime, muchacho: ¿qué haces ahí, en el suelo?

—¡Ya lo ves: estoy llorando! —dijo Pinocho alzando la cabeza hacia aquella voz y secándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Y dime —continuó preguntando la paloma—, ¿no conoces por casualidad entre tus compañeros a un muñeco que se llama Pinocho?

—¿Pinocho? ¿Has dicho Pinocho?—repitió el muñeco, poniéndose instantáneamente de pie— ¡Yo soy Pinocho!

Al oír la paloma esta respuesta se dejó caer velozmente y vino a posarse en tierra.

Era más grande que un pavo.

—Entonces, conocerás también a Gepeto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Qué si le conozco! ¡Pues si es mi papá! ¿Te ha hablado de mí? ¿Vas a llevarme adonde esté? ¿Vive todavía? ¡Contéstame, por caridad! ¿Vive?

—Hace tres días que le dejé en la playa, orilla del mar.

—¿Qué hacía?

—Estaba construyendo una barquilla para atravesar el Océano. Hace más de cuatro meses que el pobre viejo anda errante por el mundo en busca tuyo; y como no ha podido encontrarte todavía, se le ha metido entre ceja y ceja ir a buscarte a los lejanos países del Nuevo Mundo.

—¿Cuánto hay desde aquí hasta esa playa?

—Más de mil kilómetros.

—¡Mil kilómetros! ¡Oh, linda paloma! ¡Qué felicidad tan grande si yo tuviera unas alas: como las tuyas!

—Si quieres venir, yo te llevaré.

—¿Cómo?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—A caballo sobre mí. ¿Pesas mucho?

—¿Pesar mucho? ¡Qué va! ¡Soy ligero como una pluma!

Y sin decir más, saltó Pinocho sobre la paloma, y poniendo una pierna a cada lado, como los jinetes en los caballos, gritó lleno de alegría:

—¡Galopa, caballito, galopa! ¡Tengo ganas de llegar pronto!

Levantó el vuelo la paloma, y a los pocos minutos, había subido tanto, que casi tocaban las nubes. Al llegar a tan extraordinaria altura, el muñeco tuvo la curiosidad de mirar hacia abajo y asomó la cabeza; pero sintió tal miedo y tal vértigo, que para no caer tuvo que agarrarse con ambos brazos al cuello de su caballito de plumas.

Volaron durante todo el día, y al caer la noche dijo la paloma:

—¡Tengo mucha sed!

—¡Y yo mucha hambre!—agregó Pinocho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Vamos a detenernos unos minutos en ese palomar, y después nos pondremos de nuevo en viaje, para estar al amanecer en la playa del mar.

Entraron en un palomar que estaba desierto, y en el cual encontraron, por fortuna, una cazuela con agua y un cestito lleno de algarrobas.

En toda su vida había podido Pinocho comer algarrobas. Según decía él, le causaban náuseas, le revolvían el estómago. Pero aquella noche comió hasta que no pudo más, y cuando casi había dado fin de ellas, se volvió hacia la paloma, diciendo:

—¡No lo hubiera creído nunca que las algarrobas fuesen tan ricas!

—Hay que convencerse, muchacho— replicó la paloma—, de que cuando el hambre dice "¡aquí estoy!", y no hay otra cosa que comer, hasta las algarrobas resultan exquisitas. La verdadera hambre no tiene caprichos ni preferencias.

Después de terminada esta ligera colación se pusieron de nuevo en viaje, y ¡a volar! A la mañana siguiente llegaron a la playa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La paloma dejó en tierra a Pinocho, y llevando su desinterés hasta no esperar ni a que Pinocho le diera las gracias, echó a volar rápidamente y desapareció.

La playa estaba llena de gente, que gritaba y gesticulaba mirando hacia el mar.

—¿Qué es lo que sucede?— preguntó Pinocho a una viejecita.

—Sucede que un pobre padre que ha perdido a su hijo se ha metido en una barquilla para ir al otro lado del mar en busca suya; pero hoy está tan malo el mar, que la barquilla acabará por irse a pique.

—¿Dónde está la barquilla?

Mírala allí lejos, frente a mi dedo—dijo la vieja, señalando una barquita en el mar, que vista desde aquella distancia parecía una cáscara de nuez que llevaba dentro un hombre muy pequeñito.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Siguió Pinocho con los ojos la dirección indicada, y después de mirar atentamente lanzó un agudísimo grito, diciendo:

—¡Ese es mi papá! ¡Es mi papá!

Mientras tanto la barquilla era presa del furioso temporal, y tan pronto desaparecía tras una enorme ola como volvía a flotar. Pinocho, de pie en la cima de una roca más elevada que las demás, no cesaba de llamar a su papá y de hacerle señas con los brazos, con el pañuelo y hasta con el gorro.

Pareció que Gepeto, por su parte, a pesar de estar tan lejos de la orilla, reconoció a su hijo, porque levantó su gorro al aire saludando, y a fuerza de señas dio a comprender que hubiera deseado volver a la playa, pero que el mar estaba tan alborotado, que no le permitía hacer uso de los remos para acercarse a tierra.

De pronto vino una terrible ola que hizo desaparecer la barca.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Esperaron que volviese a flote, pero no se la vio más.

—¡Pobre hombre!—dijeron entonces los pescadores que se hallaban reunidos en la playa, los cuales se marchaban tristemente hacia sus casas, cuando oyeron un grito desesperado y al volver la cabeza vieron un muchacho que se arrojaba al mar desde lo alto de una roca, gritando:

—¡Quiero salvar a mi papá!

Como Pinocho era de madera, flotaba fácilmente y nadaba como un pez.

Tan pronto se le veía desaparecer bajo el agua, impulsado por la fuerza de las olas, como reaparecía nuevamente con un brazo o una pierna, siempre alejándose de la playa, hasta que por último se perdió de vista.

—¡Pobre muchacho!—dijeron entonces los pescadores que se hallaban en la playa; y volvieron a sus casas tristemente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIII

Arriba Pinocho a la Isla de las Abejas industriosas y encuentra al Hada.

Animado Pinocho por la esperanza de llegar a tiempo para salvar a su pobre papá, estuvo nadando sin cesar todo el día hasta que se le hizo de noche.

¡Y qué noche tan terrible fue! Diluvió, granizó, tronó, y eran tales los relámpagos, que parecía de día.

Al amanecer vio a larga distancia una mancha de tierra. Era una isla en medio del mar.

Entonces encaminó todos sus esfuerzos para arribar a aquella playa, pero inútilmente; las olas se precipitaban una tras otra y le arrastraban como si fuera una paja. ¡Al fin!, por fortuna suya, vino una ola enorme, que le lanzó con gran fuerza, haciéndole caer sobre la arena de la playa. Fue el golpe tan fuerte, que al caer en tierra le

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

crujieron todas las costillas y coyunturas; pero se consoló en el acto diciendo:

—¡También esta vez me he escapado!

Entretanto, poco a poco fue calmándose el cielo apareció el sol en todo su esplendor, y el mar quedó tranquilo como una balsa de aceite.

Entonces el muñeco extendió al sol su traje para que se secara, y empezó a mirar si se veía por toda la inmensa sabana de agua alguna barquilla.

Pero no pudo ver otra cosa que cielo, mar y alguna que otra vela de barco; pero lejos...

—Indaguemos, cuando menos, como se llama esta isla —se dijo después—. Veamos si está habitada por buena gente; es decir, por gente que no tenga el vicio de colgar de los árboles a los niños. Pero ¿a quién voy a preguntárselo, si no hay nadie?

La idea de encontrarse solo, completamente solo en aquel país deshabitado, le produjo tal melancolía, que sintió ganas de llorar; pero en aquel momento vio pasar cerca de la orilla un pez

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

muy grande, que nadaba tranquilamente, llevando fuera del agua casi toda la cabeza.

No sabiendo cómo llamarle por su nombre, el muñeco gritó con toda la fuerza de sus pulmones, para hacerse oír mejor:

—¡Eh, señor pez! ¿Quiere usted escucharme un minuto?

—¡Y aunque sean dos!—contestó el pez, que era un delfín muy cortés y educado, como hay pocos en esos mares del mundo.

—¿Haría usted el favor de decirme si en esta isla hay algún país donde se pueda comer sin peligro de ser comido?

—Puedes estar tranquilo—respondió el delfín—Cerca de aquí encontrarás uno.

—¿Y qué camino debo tomar para llegar hasta ese país?

—Tienes que tomar ese sendero que hay a mano izquierda y seguir siempre adelante, en dirección de tu nariz. No tiene pérdida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Dígame usted otra cosa. Usted que se pasea día y noche por el mar, ¿no ha encontrado por casualidad una barquita muy pequeña, en la cual iba mi papá?

—¿Y quién es tu papá?

—Es el mejor papá del mundo, así como yo soy el hijo más malo que se puede dar.

—Con la tormenta de esta noche —respondió el delfín—, seguramente habrá naufragado la barca.

—¿Y mi papá?

—A estas horas se lo habrá tragado el terrible dragón marino que desde hace unos días ha traído el exterminio y la desolación a estas aguas.

—¿Es muy grande ese dragón?—preguntó Pinocho, que ya empezaba a temblar de miedo.

—¿Que si es grande?— replicó el delfín—. Para que puedas formarte una idea, te diré que es más grande que una casa de cinco pisos, y con una bocaza tan ancha y tan profunda, que por ella

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

podría fácilmente entrar un tren, con máquina y todo.

—¡Qué horror! — gritó asustadísimo el muñeco; y entrándole de pronto gran prisa por marcharse, se quitó el sombrero y haciendo una cumplida reverencia dijo al delfín:

—¡Hasta la vista, señor pez; mil perdones por la molestia, y muchísimas gracias por su amabilidad y cortesía!

Dicho esto tomó por el sendero que el delfín le había indicado y empezó a caminar con paso ligero; tan ligero, que más que andar corría como un galgo.

Apenas sentía el más ligero rumor, volvía la cabeza para mirar hacia atrás, con temor de que le siguiera aquel terrible dragón, grande como una casa de cinco pisos y con una bocaza capaz de tragarse un tren entero, con máquina y todo.

Después de haber andado más de media hora llegó a un país que se llamaba el País de las Abejas industriosas. El camino hormigueaba de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

personas que corrían de un lado a otro, trabajosamente, para cumplir sus obligaciones: todos trabajaban, todos tenían siempre algo que hacer. Ni con candil se podía encontrar un ocioso ni un vago.

—¡Malo! —se dijo el desvergonzado de Pinocho— ¡Este país no se ha hecho para mí! ¡Yo no he nacido para trabajar!

Entretanto el hambre empezaba a atormentarle, porque había pasado más de veinticuatro horas sin probar bocado; ni siquiera unas pocas algarrobas.

¿Qué hacer? Para poder desayunarme no había más que dos medios; pedir trabajo o pedir limosna.

Pedir limosna le daba vergüenza, porque su padre le había dicho siempre que sólo tienen derecho a pedir limosna los viejos y los inútiles o enfermos. Los verdaderos pobres que merecen compasión y socorro, sólo son los que por motivo de edad o de salud se encuentran imposibilitados

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

para ganar el pan con el sudor de su rostro. Todos los demás están obligados a trabajar de una o de otra manera, y si no trabajan y tienen hambre, es por culpa suya.

En aquel momento pasaba por el camino un hombre fatigado y sudoroso, que arrastraba él solo dos carretas cargadas de carbón.

Le pareció a Pinocho que aquel hombre tenía cara de ser muy bueno, y acercándose a él, le dijo:

—¿Quiere usted darme por caridad un pequeño pan? Porque me estoy muriendo de hambre.

—No sólo un pequeño pan— respondió el carbonero—; te daré cuatro, si me ayudas a llevar hasta mi casa estas dos carretas de carbón.

—¡De ningún modo!— respondió el muñeco, ofendido—. ¡Yo no sirvo para hacer de burro; yo no he tirado nunca de una carreta!

—Mejor para ti —respondió el carbonero—. Pues, entonces, hijo mío, si tienes hambre, cómete una

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

buena ración de tu orgullo, y ten cuidado de no coger una indigestión.

Pocos minutos después pasó por el camino un albañil que llevaba al hombro un cesto de cal.

—Buen hombre, tendría usted la caridad de dar un pedazo de pan a un pobre muchacho que se muere de hambre.

—Con mucho gusto —respondió el albañil—. Vente conmigo, ayúdame a llevar la cal, y en vez de un pan te daré cinco.

—Pero la cal pesa mucho, y yo no quiero fatigarme— replicó Pinocho.

—Pues si no quieres fatigarte, cómete los codos, y que te haga buen provecho, hijo mío.

En menos de media hora pasaron otras veinte personas, y a todas les pidió limosna Pinocho; pero respondieron:

—¿No te da vergüenza? ¡En vez de hacer el vago por el camino, valía más que buscaras algún trabajo para ganarte el pan!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Por último, pasó una mujercita que llevaba dos cántaros de agua.

—¿Haría usted el favor de dejarme beber un sorbo de agua en el cántaro?— le dijo Pinocho, que estaba abrasado por la sed.

—Bebe lo que quieras, hijo mío— dijo la mujercita poniendo los cántaros en tierra.

Cuando Pinocho hubo bebido como una esponja, balbuceó, pasándose el dorso de la mano por los labios:

—¡Ya me he quitado la sed! ¿Quién pudiera hacer lo mismo con el hambre?

Al oír estas palabras, la buena mujercita le dijo en el acto:

—Si me ayudas a llevar a mi casa uno de estos cántaros, te daré un buen pedazo de pan.

Pinocho miró el cántaro, pero no respondió.

Y además del pan te daré un buen plato de coliflor con aceite y vinagre—añadió la buena mujer.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho echó otra mirada al cántaro, pero tampoco contestó.

—Y después de la coliflor te daré un pastel relleno de crema.

Al oír tan seductora proposición ya no pudo resistir Pinocho su glotonería, y dijo con ánimo resuelto:

—¡Paciencia! ¡Llevaré el cántaro hasta la casa!

Como el cántaro era muy pesado para llevarlo al brazo, se resignó Pinocho a ponérselo en la cabeza.

Cuando llegaron a la casa, la buena mujer hizo sentar a Pinocho ante una mesita cubierta con un mantel muy limpio, y colocó en ella el pan, la coliflor ya condimentada y el pastel de crema.

Pinocho no comió, sino que devoró; su estómago parecía un cuarto vacío y deshabitado desde hacía cinco meses.

Cuando ya había calmado la rabiosa hambre que le mordía el estómago, levantó la cabeza para dar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

las gracias a su bienhechora, pero apenas la hubo mirado, se quedó estupefacto, con los ojos extraordinariamente abiertos, el tenedor en el aire y la boca llena de pan y coliflor.

—¿Qué te sucede?— dijo sonriendo la buena mujer.

—¡Es que...— contestó Pinocho balbuceando—; es que... me parece que estoy soñando! ¡Usted me recuerda...! ¡Sí, sí; la misma voz...los mismos ojos... los mismo cabellos! ¡Sí, sí...; también usted tiene el pelo azul turquí como ella! ¡Oh, Hada preciosa! ¡Oh, hermana mía! ¡Dime que eres tú, tú misma! ¡No me hagas llorar más! ¡Si supieras cuanto he llorado y cuánto he sufrido!

Y al decir esto lloraba Pinocho desconsoladamente, y puesto de rodillas abrazaba a la misteriosa mujercita.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIV

Pinocho promete al Hada ser bueno y estudiar

Al principio la mujercita negaba que fuese el Hada de los cabellos azules; pero después, viéndose descubierta y no queriendo continuar más tiempo la comedia, terminó por darse a conocer, y dijo a Pinocho:

—¡Bribón de muñeco! ¿Cómo has podido acertar que era yo?

—¡Es por lo mucho que te quiero!

—¿Te acordabas de mí? Me dejaste siendo niña, y ahora me encuentras hecha una mujer; tanto, que pudiera servirte de mamá.

—Y yo me alegro mucho, porque en vez de hermanita te llamaré mamá. ¡Hace tanto tiempo que deseaba tener una mamá como los demás niños!

—La tendrás si sabes merecerlo.

—¿De veras? ¿Qué puedo hacer para merecerlo?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Una cosa facilísima: acostumbrarte a ser un niño bueno.

—¿Es que no lo soy?

—No, no lo eres. Los niños buenos son obedientes; pero tú...

—Yo no obedezco nunca.

—Los muchachos buenos tienen amor al estudio y al trabajo; pero tú...

—Yo, en cambio, estoy todo el año hecho un holgazán y un vagabundo.

—Los niños buenos dicen siempre la verdad.

—Y yo digo mentiras.

—Los niños buenos van con gusto a la escuela.

—Y a mí la escuela me da dolor de cabeza. Pero de hoy en adelante quiero cambiar de vida.

—¿Me lo prometes de verdad?

—¡Lo prometo! Quiero ser muy bueno y quiero ser el consuelo de mi papá.

¿Dónde estará a estas horas mi pobre papá?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No lo sé.

—¿Tendré aún la suerte de volver a verle y de abrazarle?

—Creo que sí, pero no estoy segura.

Tal contento causó a Pinocho esta respuesta, que tomó las manos del Hada y comenzó a besarla entusiasmado. Después levantó la cabeza, y mirándola cariñosamente preguntó:

—Dime, mamita: ¿verdad que no te habías muerto?

—Por lo visto...— respondió el Hada sonriendo.

—¡Si supieras qué dolor tan grande sentí al leer: "Aquí yace..."!

—Ya lo sé, y por eso te he perdonado. La sinceridad de tu dolor me hizo conocer que tenías buen corazón, y cuando un niño tiene buen corazón se puede esperar algo de él, aunque sea un poco travieso y revoltoso; es decir, se puede esperar que vuelva al buen camino. Por eso he venido a buscarte hasta aquí. Yo seré tu mamá...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh, qué bien!— gritó Pinocho saltando de alegría.

—Tú me obedecerás, y harás siempre lo que te diga.

—¡Todo, todo, todo y muy contento!

—Desde mañana irás a la escuela— continuó el Hada.

Pinocho se puso un poco menos alegre.

—Después escogerás el oficio que te parezca.

Pinocho se puso serio.

—¿Qué murmuras entre dientes?— preguntó el Hada con acento de disgusto.

—Decía... —balbuceó el muñeco a media voz— que ahora ya me parece algo tarde para ir a la escuela.

No, señor. Para instruirse y aprender, nunca es tarde.

—Pero yo no quiero aprender ningún oficio.

—¿Por qué?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Porque el trabajo me cansa mucho.

—Hijo mío —dijo el Hada—, los que piensan de ese modo acaban siempre en la cárcel o en el hospital. Todo hombre, nazca pobre o nazca rico, está obligado en este mundo a hacer algo, a tener una ocupación, a trabajar. ¡Ay del que se deje dominar por la pereza! La pereza es una enfermedad muy grave y muy fea, y hay que curarla siendo niño, porque cuando se llega a ser mayor ya no tiene cura.

Estas palabras causaron gran impresión en Pinocho, que levantando vivamente la cabeza, dijo al Hada:

—Yo estudiaré, trabajaré y haré todo lo que me digas, porque te quiero mucho, y porque tú tienes que ser siempre mi mamá.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXV

Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible dragón

Al día siguiente fue Pinocho a la escuela.

¡Figuraos lo que ocurriría entre aquella caterva de muchachos traviesos al ver que entraba en la escuela un muñeco! Aquello fue una de risotadas que no tenía fin.

Uno le hacía una mueca, otro le tiraba por detrás de la chaqueta, otro le hacía caer el gorro de la mano, alguno intentó pintarle con tinta unos bigotes, y no faltó quien quisiera atarle hilos a los pies y a las manos para hacerle bailar.

Al principio Pinocho tuvo paciencia; pero cuando ésta se le iba ya acabando, se encaró con los más atrevidos y les dijo con cara de pocos amigos.

—¡Mucho cuidado conmigo! ¡Yo no he venido aquí para divertir a nadie! Yo respeto a los demás, y quiero a mi vez ser respetado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Bravo, Tonino; has hablado como un libro!— gritaron aquellos monigotes, aumentando su algazara, y uno de ellos, más impertinente y atrevido que los demás, trato de agarrar al muñeco por la punta de la nariz.

Pero no tuvo tiempo, porque Pinocho levantó la pierna y le dio un puntapié en la espinilla.

—¡Ay! ¡Qué pie más duro! —gritó el muchacho, rascándose la parte dolorida.

—¡Y qué brazo! ¡Aún más duro que los pies! Dijo otro que se había ganado un codazo en el estómago por haber querido dar a Pinocho otra broma desagradable.

Aquel puntapié y aquel codazo, dados tan a tiempo, hicieron adquirir a Pinocho la estimación y la simpatía de todos los muchachos de la escuela; todos ellos quisieron ser amigos suyos, y le hicieron mil protestas de afecto.

El maestro también se mostró satisfecho, porque le veía atento, estudioso, inteligente, siempre el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

primero para entrar en la escuela, y el último para ponerse en pie cuando había terminado la hora.

El único defecto que tenía era frecuentar demasiado la compañía de los muchachos más traviesos y menos estudiosos.

El maestro se lo advertía todos los días, y tampoco el Hada se cansaba de repetirle:

—¡Ten mucho cuidado, Pinocho! Tarde o temprano, esos malos compañeros acabarán por hacerte perder la afición al estudio, y acaso también por atraerte alguna desgracia grande.

—¡No hay cuidado! —respondió el muñeco encogiéndose de hombros y tocándose la frente con el dedo índice, como queriendo decir: "Soy yo más listo de lo que parece".

Pues, señor, que un día iba Pinocho a la escuela y se encontró con unos cuantos compañeros que se acercaron a él y le dijeron:

—¿Sabes la gran noticia?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues que ha venido a este mar un dragón grande como una montaña.

—¿De veras? Quizás sea el mismo de cuando se ahogó mi pobre papá.

—Nosotros vamos a la playa para verle. ¿Quieres venir?

—Yo, no; quiero ir a la escuela.

—¿Qué te importa la escuela? Iremos mañana. Por una lección más o menos no hemos de ser menos burros.

—¿Y qué dirá el maestro?

—¡Déjale que diga! ¡Para eso le pagan: para estar ahí todo el día!

—¿Y mamá?

—Las mamás no saben nunca nada —respondieron aquellos pilletes.

—¿Saben lo que voy a hacer? —dijo Pinocho—: Por ciertas razones que ustedes saben, quiero ver el dragón; pero iré después de salir de la escuela.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Valiente tonto! —repuso uno de los del grupo—. ¿Se creerá, sin duda, que un pez de ese tamaño va a esperarle para que lo vea a la hora que quiera? En cuanto se aburra de estar en este mar, se marchará a otro, y si te he visto no me acuerdo.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la playa? —preguntó el muñeco.

—En una hora podemos ir y volver.

—¡Pues vamos allá, y a ver quién corre más! Gritó Pinocho.

Y dicho esto, aquellos monigotes, con los libros bajo el brazo, echaron a correr a través de los campos. Pinocho iba siempre delante de todos: parecía tener alas en los pies.

De cuando en cuando volvía la cabeza para mirar hacia atrás, y se, burlaba de sus compañeros, retrasados a una buena distancia. Al verlos jadeantes, fatigados, cubiertos de polvo y con una cuarta de lengua fuera, se reía con toda el alma.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

¡El infeliz no podía presumir en aquel momento que aquella carrera le llevaba al encuentro de nuevas calamidades!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVI

Gran pelea entre Pinocho y sus compañeros. Uno de estos cae herido, y Pinocho es preso por la guardia civil.

Apenas llegaron a la playa, comenzó Pinocho a mirar ansiosamente por toda la extensión del mar, pero no vio ningún dragón.

El agua estaba tan tranquila y clara, que parecía un inmenso espejo.

—¿Dónde está el dragón? —preguntó el muñeco, dirigiéndose a sus compañeros.

—Se habrá ido a merendar —dijo uno de ellos riendo.

—O se habrá metido en la cama para dormir la siesta —agregó otro, riendo aún más fuerte.

Pinocho comprendió que sus compañeros, para burlarse de él, habían inventado la historia del dragón. Y al verse engañado, se enfadó mucho, y les dijo con acento de amenaza:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Y ahora, ¿quieren decirme qué ganaron con esta broma tan tonta?

—¡Ya lo creo que hemos ganado!— respondieron a coro aquellos pilletes.

—Hacerte perder la clase.

—¿No te da vergüenza de ser siempre tan puntual y de saberte todos los días las lecciones? ¿No te da vergüenza de tanto romperte la cabeza estudiando?

—Y eso, ¿qué les importa a ustedes?

—Nos importa mucho, porque por tu culpa hacemos mal papel en la escuela.

—¿Por qué?

—Porque los muchachos que estudian dejan en mal lugar a los que no quieren estudiar, como nos pasa a nosotros. Y no queremos que nadie se luzca a costa nuestra. ¡Entiendes! ¡También nosotros tenemos nuestro amor propio!

—Bueno. ¿Y qué es, entonces, lo que debo hacer para tenerlos contentos?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Hacer que te fastidien, como a nosotros, la escuela, los libros y el maestro, que son nuestros tres mayores enemigos.

—¿Y si yo quisiera seguir estudiando?

—No te miraríamos más a la cara, y en la primera ocasión que se presentase nos la pagarías.

—¡La verdad es que casi me dan risa!— dijo el muñeco rascándose la cabeza.

—¡Eh, Pinocho! —gritó entonces el mayor de aquellos muchachos mirándole fijamente a la cara—. ¡No vengas aquí a pintarla de valiente! ¡No quieras hacerte el gallito, porque si tú no tienes miedo de nosotros, tampoco nosotros lo tenemos de ti! ¡Ten presente que tú estás solo, y que nosotros somos siete!

—¡Siete como los pecados capitales! —dijo Pinocho soltando una carcajada.

—¿Vieron eso? ¡Nos ha insultado a todos! ¡Nos ha llamado pecados capitales!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Pinocho, ten cuidado con lo que dices, porque si no...!

—¡Uy, qué miedo! —contestó el muñeco, sacándoles la lengua y haciéndoles burla.

—¡Pinocho, que vamos a acabar mal!

—¡Uy, qué miedo!

—¡Que vas a volver a casa con la nariz rota!

—¡Uy, qué miedo!

—¡Sí! ¡Ahora vas a ver! —grito el más atrevido, dándole un coscorrón en la cabeza—. Toma este capón, para que cenes esta noche.

Como es de suponer, la respuesta no se hizo esperar: el muñeco contestó en el acto con otro coscorrón, y desde este momento el combate se hizo general y encarnizado.

Aunque Pinocho estaba solo, se defendía como un héroe. Sus duros pies de madera trabajaban de tal manera, que sus enemigos se mantenían a respetuosa distancia. Allí donde uno de sus pies

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

conseguía alcanzar, dejaba un moretón para recuerdo.

Cuando los siete muchachos se convencieron de que cuerpo a cuerpo no podían meter mano al muñeco, echaron mano de los proyectiles, y soltando las correas con que llevaban sujetos los libros, empezaron a apedrearle con ellos.

Pero Pinocho, que era listo y ágil, esquivaba los golpes dando saltos, y los libros, uno a uno, fueron cayendo al mar sin que ninguno le tocara.

¡Ya se podrán imaginar la revolución que se armó entre los peces! Creyendo que los libros eran cosa de comer, iban disparados a cogerlos; pero apenas daban un bocado se apresuraban a escupir el papel, haciendo una rueda, como si dijeran: "¡Uf! ¡Qué malo está esto! Mi cocinera guisa mucho mejor".

Entretanto el combate seguía siempre encarnizado; cuando he aquí que un cangrejo muy grande que había salido del agua y que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

andaba perezosamente por la playa, dijo con voz aguda:

—¡Basta ya, locos, que no se les puede llamar de otro modo! "Juego de manos es de villanos". Estoy viendo que se van a hacer daño. ¡Esas peleas suelen terminar con una desgracia!

¡Predica en desierto! El bueno del cangrejo pudo muy bien ahorrarse saliva. En vez de hacerle caso, el diablejo de Pinocho se volvió, y mirándole con ojos de cólera, le dijo ásperamente:

—¡Cállate, mamarracho! ¡Vaya una voz ridícula! Más te valdría tomar unas pastillas para curarte la garganta. ¡Anda, anda, vete a la cama y procura sudar el resfriado!

Los otros muchachos habían ya dado fin de sus libros; pero en aquel momento vieron el portafolios de Pinocho y se apresuraron a cogerlo.

Entre sus libros había uno encuadernado con cartón grueso y con el lomo y las puntas de pergamino. Era un *Tratado de Aritmética*. ¡Se imaginan lo pesado que sería!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Uno de los muchachos se apoderó del libro, y apuntando a la cabeza de Pinocho, lo lanzó con toda la fuerza que pudo; pero en vez de dar al muñeco, fue a estrellase en la cabeza de otro de los muchachos, que se quedó blanco como la cera y cayó en la arena, diciendo:

—¡Madre mía! ¡Yo me... muero!

A la vista del presunto cadáver echaron a correr los asustados muchachos, y pocos instantes después habían desaparecido.

Pinocho no escapó; a pesar de que el dolor y el espanto le tenían más muerto que vivo, fue a mojar su pañuelo en el agua del mar, y empezó a humedecer las sienes a su desgraciado compañero de escuela. Y en tanto que realizaba esta operación, llorando desesperadamente, llamaba al muerto por su nombre, y decía:

—¡Paco! ¡Paquito! ¡Abre los ojos y mírame! ¿Por qué no respondes? ¿No me oyes? No he sido yo, ¡sabes!, el que te ha hecho daño, ¿sabes? ¡Créeme, de verdad que no he sido yo! ¡Abre los ojos,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Paquito! ¡Si los tienes así cerrados, harás que yo también me muera!

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podré volver ahora a mi casa? ¿Con qué cara me presentaré a mi mamá? ¿Qué va a ser de mí? ¿Dónde podré esconderme? ¡Cuánto mejor hubiera sido ir a la escuela! ¿Por qué habré hecho caso de esos compañeros, que son mi perdición? Bien me lo había advertido el maestro, y también mi mamá, que me repetía:

¡Guárdate de las malas compañías! ¡Pero yo soy un testarudo y un desobediente, que oigo como quien oye llover todos los consejos, y hago siempre mi voluntad, sin tener presente que después tengo que pagar las consecuencias! ¡Por eso, y sólo por eso, no he tenido aún una hora de tranquilidad desde que estoy en el mundo! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

Y Pinocho continuaba llorando, lamentándose y llamando al pobre Paquito, cuando sintió de pronto ruido de pasos que se acercaban.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Volvió la cabeza, y vio una pareja de la guardia civil.

—¿Qué haces ahí en el suelo?— preguntó uno de los guardias.

—Estoy auxiliando a este compañero de escuela.

—¿Se ha puesto malo?

—Parece que sí.

—¡Qué malo ni qué ocho cuartos! —dijo el otro guardia, que se había inclinado y miraba a Paco atentamente—. Lo que tiene este muchacho es que le han herido en la sien ¿Quién ha sido?

—¡Yo no he sido! —balbuceó el muñeco, que se quedó, como suele decirse, sin gota de sangre en el cuerpo.

—Pues si no has sido tú, entonces, ¿quién le ha herido?

—¡Yo, no!— repitió Pinocho.

—¿Con qué ha sido herido?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Con este libro —dijo el muñeco, recogiendo del suelo y mostrando a los guardias aquel *Tratado de Aritmética*, encuadernado en cartón y pergamino.

—¿De quién es este libro?

—Mío.

—¡Basta ya; no necesitamos saber más! Ponte en pie y ven con nosotros.

—¡Pero si yo...!

—¡Ven con nosotros!

—¡Pero si soy inocente!

—¡Bueno, bueno; ven con nosotros, y a callar!

Antes de marchar, llamaron los guardias a unos pescadores que en aquel momento pasaban en su barca cerca de la orilla, y les dijeron:

—Aquí les dejamos este muchacho, que ha sido herido en la cabeza, para que lo lleven a su casa y lo cuiden. Mañana vendremos por aquí para verlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después se volvieron hacia Pinocho, y, poniéndole en medio, le dijeron con voz áspera:

—¡En marcha, y aprieta el paso! ¡Si no, te haremos andar de otra manera!

No se lo hizo repetir el muñeco, y empezó a caminar por el sendero que conducía a la población; pero el pobre diablo no sabía en qué mundo se encontraba. Creía soñar. ¡Mas era un sueño tan horrible!... ¡Apenas veía lo que le rodeaba; le temblaban las piernas y tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar, que apenas hubiera podido decir una palabra. Y, sin embargo, en medio de aquel atontamiento había una idea fija que le causaba tristeza y dolor: la de que tenía que pasar entre aquellos dos guardias por debajo de la ventana de su buena Hada.

—¡Hubiera preferido morir!

Estaba ya para entrar en la población, cuando una ráfaga de aire arrebató el gorro de la cabeza de Pinocho y lo llevó a una distancia de diez o doce pasos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Me permiten ustedes— dijo el muñeco a los guardias— que vaya a recoger mi gorro?

—Ve, y apúrate.

El muñeco fue a recoger su gorro; pero en vez de ponérselo en la cabeza lo sujetó con los dientes, y echó a correr con todas sus fuerzas en dirección de la playa.

Aquello no era un muñeco: era una bala disparada.

Juzgando los guardias que les sería difícil alcanzarle, le azuzaron un perro de presa que había ganado el premio en todas las carreras de perros.

Mucho corría Pinocho, pero el perro corría más.

La gente se asomaba a las ventanas y se arremolinaba en el camino, ansiosa de ver el resultado de aquella feroz persecución. Pero no pudieron conseguirlo, porque Pinocho y el perro levantaban tal nube de polvo, que a los pocos momentos ya no se les veía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVII

Pinocho corre peligro de ser frito en una sartén como un pez

Durante aquella desesperada carrera hubo un momento en que Pinocho se creyó perdido, porque Chato (que así se llamaba el perro de presa) casi le daba alcance; de tal modo, que el muñeco no sólo; sentía la jadeante respiración del animal, sino el mismo calor de su aliento.

Por fortuna estaban ya en la playa, y el mar estaba a pocos pasos. Entonces el muñeco dio un soberbio salto, como no lo hubiera dado mejor una rana, y fue a caer en el agua. Chato quiso detenerse; pero, llevado por el ímpetu de la carrera, fue a parar también en el mar.

El desgraciado no sabía nadar; así es que empezó a dar manotazos y patadas para mantenerse a flote; pero cuando más manoteaba, más se iba hundiendo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Haciendo un esfuerzo supremo, consiguió sacar un momento la cabeza del agua, y gritó ladrando:

—¡Socorro! ¡Que me ahogo!

—¡Revienta de una vez!— respondió a lo lejos Pinocho, libre ya de peligro.

—¡Ayúdame, Pinocho mío! ¡Sálvame de la muerte, por caridad!

Al oír estos ruegos desgarradores, el muñeco, que tenía un corazón excelente, se conmovió, y volviéndose hacia el perro le dijo:

—Pero si te ayudo a salvarte, ¿me prometes no correr más detrás de mí?

—¡Te lo prometo, sí, sí! pero ven pronto, por favor; porque sí tardas un minuto, ¡estiro la pata!

Aún dudó un momento Pinocho; pero, acordándose de que su papá le había dicho muchas veces que nunca se pierde por hacer una buena acción, fue nadando hasta reunirse con Chato, y agarrándole por la cola, le condujo sano y salvo hasta la arena de la playa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El pobre perro no podía mantenerse en pie: había bebido tanta agua salada, que estaba hinchado como un globo. Por otra parte, Pinocho, que no las tenía todas consigo, creyó prudente arrojarse de nuevo al mar, y se alejó de la orilla gritando:

—¡Adiós, Chato; que sigas bueno; muchos recuerdos a tu familia!

—¡Adiós, Pinocho!— respondió el perro—. ¡Mil gracias por haberme librado de la muerte! ¡Me has prestado un gran servicio, y todo tiene su pago en este mundo! Si se presenta la ocasión, ya hablaremos de esto.

Pinocho continuó nadando, manteniéndose siempre cerca de la orilla. Finalmente, le pareció que se hallaba en sitio seguro; miro hacia la playa, y vio entre las rocas una especie de gruta, de la cual salía un largo penacho de humo.

—En esa gruta debe de haber fuego —se dijo— ¡Tanto mejor! Iré a secarme y a calentarme. ¿Y después? ¡Después sucederá lo que Dios quiera!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Tornada ya su resolución, se acercó a la orilla; pero cuando iba a trepar por las rocas, sintió que salía algo del fondo, algo que le recogía y le hacía salir por el aire. Trató de escapar; pero ya era tarde, porque, con asombro grande, se encontró preso dentro de una fuerte red de pescar, y entre una multitud de pescados de todas clases y tamaños, que coleaban desesperadamente.

Al mismo tiempo vio salir de la gruta un pescador tan feo, tan feo, que parecía un monstruo marino.

Su cabeza, en vez de pelo, tenía una espesa mata de hierba verde; los ojos eran verdes, verde la piel y verde la barba, tan larga, que casi llegaba hasta el suelo.

Parecía un enorme lagarto que andaba derecho sobre las patas traseras.

Cuando el pescador sacó la red fuera del mar, exclamó con gran alegría:

—¡Bendita sea la Providencia! ¡También hoy me voy a dar un buen atracón de peces!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Menos mal que yo no soy pez! —se dijo Pinocho recobrando un poco de valor.

La red, con toda la pesca que contenía, fue llevada al interior de la gruta, una cueva oscura y ahumada, en el centro de la cual estaba calentándose una gran sartén de aceite, con un olor a sebo que no dejaba respirar.

—¡Vamos a ver lo que he pescado! —dijo el pescador verde, metiendo en la red una mano tan grande como una pala de horno y sacando un puñado de salmonetes.

—¡Buenos salmonetes! —continuó, mirándolos con gran complacencia, y arrojándolos después en un barreño.

Volvió a repetir la operación, y cada vez que sacaba un puñado de peces se le hacía la boca agua y decía:

—¡Estupendos lenguados!

—¡Magníficos besugos!

—¡Hermosas sardinas!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vaya unos calamares!

—Pues, ¿y estos boquerones, que habrá que comer con raspa y todo?

—¡Oh, qué langostinos tan ricos!

Como es de suponer, calamares, langostinos, besugos, sardinas, boquerones y lenguados fueron a parar al barreño, para hacer compañía a los salmonetes.

En la red no quedaba ya más que Pinocho.

Cuando el pescador le tuvo en la mano, abrió más aún sus verdes ojazos, y gritó con asombro y casi con temor:

—¿Qué clase de pescado es éste? ¡Yo no recuerdo haber comido nunca uno semejante!

Y volvió a mirarle y remirarle bien por los cuatro costados, diciendo por último:

—¡Debe ser un cangrejo de mar!

Mortificado Pinocho al oír que le confundían con un cangrejo de mar, dijo con acento resentido:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pero, ¡qué cangrejo ni qué narices! ¡Pues no faltaba más! Yo no soy un cangrejo: soy un muñeco, para que usted lo sepa.

—¡Un muñeco! Confieso que no he visto nunca ningún pez-muñeco. ¡Tanto mejor! ¡Así te comeré con más gusto!

—¿Comerme? ¡Pero, hombre, si yo no soy un pez! ¿No está usted viendo que pienso y que hablo como usted?

—¡Pues es verdad! —dijo el pescador—. En fin, puesto que eres un pez que tienes la suerte de pensar y de hablar como yo, voy a tener contigo algunos miramientos.

—¿Cuáles?

—En prueba de amistad y de especial consideración, te dejo elegir la forma en que he de guisarte. ¿Quieres que te ponga frito con patatas, o prefieres la salsa mayonesa?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—A decir verdad —repuso Pinocho—, si yo he de escoger, prefiero ser puesto en libertad para volver a mi casa.

—¡Vamos, tú bromeas! ¿Te parece que voy a perder la ocasión de comer un pescado tan raro como tú? ¡No se pescan todos los días en estos mares peces muñecos! ¡Déjame a mí! ¡Verás! Voy a freírte en la sartén con todos los demás pescados, y no podrás quejarte. Siempre es un consuelo ser frito en compañía.

Al oír esta sentencia tan poco consoladora, el pobre Pinocho empezó a llorar, a gritar y a lamentarse:

—¡Cuánto mejor hubiera sido ir a la escuela! ¡He hecho caso de las malas compañías, y ahora voy a pagarlo! ¡Hu... hu... hu...!

Y como se revolvía igual que si fuera una anguila, y hacía esfuerzos extraordinarios para librarse de las manos del pescador, éste cogió un fuerte junco y le ató brazos y piernas, como si fuera una

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

langosta, arrojándole después en el barrero con los demás pescados.

Después sacó un bote lleno de harina y empezó a enharinarlos. A medida que iba cubriéndolos de harina por todas partes, los echaba en la sartén.

Los primeros que tuvieron que bailar en el aceite hirviendo fueron los pobres besugos; después les tocó la vez a los calamares, siguiendo los salmonetes; luego las sardinas, los lenguados y los boquerones. Llegó el turno de Pinocho, que al verse tan cerca de la muerte (¡y qué horrible muerte!), sintió ya tal espanto, que no tuvo fuerzas para gritar ni para quejarse.

El pobre no podía pedir compasión más que con los ojos; pero el pescador verde, sin mirarle siquiera, le dio cinco o seis vueltas por la harina, cubriéndole perfectamente de pies a cabeza, de tal manera que parecía un muñeco de yeso.

Después le agarró por las piernas, y...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVIII

Vuelve Pinocho a casa del Hada. Gran merienda de café con leche para solemnizar el éxito de Pinocho en sus exámenes.

Cuando el pescador se disponía a echar a Pinocho en la sartén, entró en la gruta un enorme perro, atraído por el olor del pescado frito.

—¡Largo de aquí!— gritó el pescador amenazándole, y teniendo siempre en la mano el muñeco.

Pero el pobre animal tenía un hambre terrible, y gruñía y meneaba la cola, como queriendo decir:

—¡Dame un poco de pescado frito y te dejaré en paz!

—¡Largo de aquí, te digo!— repitió el pescador, alargando la pierna como para darle un puntapié.

Entonces el perro, que cuando le apretaba el hambre de verdad no tenía miedo a nada, se

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

volvió furioso contra el pescador, enseñándole los terribles colmillos.

Al mismo tiempo se oyó en la gruta una vocecita muy débil, que dijo:

—¡Sálvame, Chato, que me van a freír!

El perro conoció en el acto la voz de Pinocho, y observó con gran asombro que la voz salía de aquel bulto enharinado que el pescador tenía en la mano.

¿Y qué hizo? Pues, dando un salto, tomó delicadamente entre los dientes al muñeco enharinado, y salió de la gruta corriendo como el viento.

Furioso el pescador de que le arrebataran aquel pez que pensaba comer con tanto gusto, trató de alcanzar al perro; pero apenas había dado algunos pasos, le acometió un golpe de tos que le hizo volver atrás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Mientras tanto, Chato había llegado a la senda que conducía a la población, y depositó en tierra a su amigo Pinocho.

—¡Cuanto tengo que agradecerte!— dijo el muñeco.

—¡Nada absolutamente! —respondió el perro—. Tú me salvaste a mí, y todo tiene su pago en este mundo: hay que ayudarse unos a otros.

—Pero, ¿cómo es que me has encontrado en aquella gruta?

—Es que seguía tendido en la playa, mas muerto que vivo, cuando el aire me trajo un olorcillo a pescado frito que me abrió el apetito de par en par; así es que: me levanté para ir al sitio de donde venía aquel olor. ¡La verdad es que si llego un minuto más tarde...!

—¡No me lo digas! —exclamó Pinocho, que aún temblaba de miedo—. ¡No me lo recuerdes! ¡Si llegas un minuto más tarde, a estas horas estaría yo frito con patatas! ¡Uf! ¡Sólo de pensarlo me estremezco!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Chato no pudo menos de reírse, y tendió su mano derecha al muñeco que la estrechó amistosamente, y después se separaron.

El perro tomó el camino de su casa, y Pinocho se dirigió hacía una cabaña que estaba cerca de allí, y preguntó a un viejecito que se hallaba en la puerta calentándose al sol:

—Dígame, buen hombre: ¿sabe usted algo de un muchacho que fue herido en la cabeza, y que se llama Paquito?

—A ese muchacho le trajeron unos pescadores a esta cabaña; pero ya...

—¿Pero ya habrá muerto?— interrumpió Pinocho con gran dolor.

—No; ahora ya está bueno, y se ha marchado a su casa.

—¿De veras? ¿Es verdad eso? —gritó el muñeco saltando de alegría—. ¿De modo que la herida no era grave?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pero podía haber resultado gravísima, y aun mortal —respondió el viejecito—, porque le tiraron a la cabeza un grueso libro encuadernado en cartón.

—¿Y quién se lo tiró?

—Un compañero de escuela, llamado Pinocho.

—¿Y quién es ese Pinocho? —preguntó el muñeco, haciéndose el ignorante.

—Dicen que es un niño muy malo, un holgazán, un pícaro de tomo y lomo.

—¡Calumnias! ¡Todo eso son calumnias!

—¿Conoces a Pinocho?

—De vista— contestó el muñeco.

—¿Y qué concepto tienes formado de él?

—Pues a mí me parece que es un excelente muchacho, que tiene gran amor al estudio, obediente, muy amante de su papá y de toda la familia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Mientras el muñeco decía todas estas mentiras con la mayor frescura, se echó mano a la nariz, y observó que había crecido más de un palmo.

Entonces empezó a chillar lleno de miedo:

—¡No haga usted caso de todo lo que le he dicho, buen hombre, porque conozco perfectamente a Pinocho, y puedo asegurarle también yo que es un muchacho malo, desobediente y holgazán, y que en vez de ir a la escuela se va con los compañeros a vagar por ahí! Apenas hubo terminado de decir estas palabras, se acortó su nariz, y quedó del tamaño que tenía antes.

—¿Y por qué estás así pintado de blanco?— preguntó poco después el viejecito.

—Le diré a usted: sin darme cuenta, me he restregado contra un muro que estaba recién blanqueado —respondió el muñeco, dándole vergüenza confesar que había sido enharinado como un pescado, para freírle después en olla sartén.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y qué has hecho de la chaqueta, de los calzones y del gorro?

—Me he encontrado con unos ladrones que me lo han quitado todo. Dígame, buen hombre: ¿No podría usted darme, por casualidad, algo con que pudiera vestirme para volver a mi casa?

—Hijo mío, no tengo ningún traje que poder darte: solo tengo un saco pequeño para guardar chufas. Si lo quieres, mirarlo: aquí está.

No se lo hizo decir Pinocho dos veces: tomó en el acto el saco, que estaba vacío, haciéndole, con unas tijeras que pidió una abertura en el fondo y otras dos a los lados, se lo endosó a modo de camisa.

Vestido de este modo tan ligero, se dirigió a la población; pero al llegar al camino empezó a titubear, tan pronto avanzando como retrocediendo, y diciéndose para sus adentros: —¿Cómo me presentaré a mi buena Hada? ¿Qué dirá cuando me vea? ¿Querrá perdonarme esta segunda diablura? ¡Me temo que no me la va a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

perdonar! ¡Oh, de seguro que no! ¡Y me estará bien merecido, porque soy un muñeco que siempre está prometiendo corregirse, y nunca lo hace!

Entró en la población siendo ya noche cerrada; y como estaba lloviendo a cántaros, decidió ir derechito a la casa del Hada y llamar a la puerta hasta que le abrieran.

Al llegar frente a la casa sintió que le faltaba el valor, y en vez de llamar se alejó corriendo como unos veinte pasos. Volvió segunda vez, pero también se apartó sin hacer nada. Volvió tercera vez, y lo mismo. Sólo a la cuarta vez se atrevió a levantar, temblando, el llamador de hierro y a dar un golpecito muy suave.

Esperó pacientemente, y al cabo de media hora se abrió una ventana del último piso (la casa tenía cuatro), y vio Pinocho asomarse un caracol muy grande, con una vela encendida en la cabeza, que preguntó:

—¿Quién llama a estas horas?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Está el Hada en casa?

—El Hada está durmiendo, y no quiere que se la despierte.

—¿Quién eres tú?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Pinocho.

—¿Qué Pinocho?

—El muñeco que vive en esta casa con el Hada.

—¡Ah, ya sé! —dijo el caracol—. Espérame, que ahora bajo y te abriré en seguida.

—¡Anda de prisa, por caridad porque estoy muriéndome de frío!

—Hijo mío, yo soy un caracol, y los caracoles no tenemos nunca prisa.

Pasó una hora, y pasó otra sin que se abriera la puerta, por lo cual Pinocho, que estaba completamente calado de agua y que temblaba de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

frío y de miedo, cobró ánimo y llamó segunda vez, pero algo más fuerte que la primera.

A esta segunda llamada se abrió una ventana del piso de más abajo, o sea del piso tercero, y se asomó el mismo caracol.

—¡Buen caracol! —gritó Pinocho desde la calle—. Hace dos horas que estoy esperando, y dos horas con esta noche tan mala parecen dos años. ¡Date prisa, por caridad!

—¡Hijo mío! —le respondió desde la ventana aquel animal tan tranquilo y flemático—yo soy un caracol, y los caracoles no tenemos nunca prisa. Y volvió a cerrarse la ventana.

Sonó poco después la media noche, sonó la una, sonaron las dos, y la puerta siempre cerrada.

Entonces perdió Pinocho la paciencia, y agarró con rabia el llamador para dar un golpe que hiciera retemblar toda la casa; pero aquel llamador, que era de hierro, se convirtió en una anguila viva, que escurriéndose entre las manos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

desapareció en el arroyo de agua que corría por el centro de la calle.

—Sí, ¿eh? —gritó Pinocho, cada vez más lleno de cólera— ¡Pues si el llamador ha desaparecido, yo seguiré llamando a fuerza de patadas!

Y echándose un poco hacia atrás, pegó una furiosa patada en la puerta de la casa.

Tan fuerte fue el golpe, que penetró el pie en la madera cerca de la mitad, y cuando el muñeco quiso sacarlo, fueron inútiles todos sus esfuerzos, porque se había introducido como si fuera un clavo.

¡Ya se imaginaran en qué postura quedó el pobre Pinocho! Tuvo que pasarse toda la noche con un pie en tierra y el otro en el aire.

Por último, al ser de día se abrió la puerta. Aquel excelente caracol no había tardado en bajar desde el cuarto piso a la calle nada más que nueve horas, y aun así llegó sudando.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué haces con ese pie metido en la puerta? —preguntó riendo al muñeco.

—Ha sido una desgracia que me ha ocurrido. ¿Quieres probar a ver si puedes librarme de este suplicio?

—¡Hijo mío, eso es cosa del carpintero, y yo no soy carpintero!

—Díselo al Hada, de mi parte.

—El Hada está durmiendo y no quiere que se le despierte.

—Pero, ¿qué quieres que haga clavado todo el día en esta puerta?

—Entretente en contar las hormigas que pasan por el camino.

—¡Tráeme, al menos, algo de comer, porque estoy desfallecido!

—¡En seguida! —dijo el caracol.

Al cabo de tres horas y media volvió, trayendo en la cabeza una bandeja de plata, en la cual había

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

un pan, un pollo asado y cuatro albaricoques maduros.

—¡Ahí tienes el desayuno que te envía el Hada! —dijo el caracol.

Al ver tan excelente comida se tranquilizó algo Pinocho; pero, ¡cuál no sería su desengaño cuando, al tratar de comer, se encontró con que el pan era de yeso, el pollo de cartón y los albaricoques de cera, aunque todo tan bien hecho, que parecía de verdad!

Se echó a llorar, y lleno de desesperación quiso tirar a lo lejos la bandeja de plata y todo lo que contenía; pero no llegó a hacerlo porque, fuese efecto del dolor o de la debilidad de estómago, se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento se encontró tendido en un sofá y con el Hada a su lado.

—También te perdono por esta vez —le dijo el Hada—; pero, ¡pobre de ti si vuelves a hacer otra de las tuyas!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho prometió firmemente estudiar y ser bueno, y cumplió su promesa todo el resto del año. Cuando llegaron los exámenes que se celebraban antes de las vacaciones, tuvo el honor de ganar el primer premio: y tan satisfactorio fue en general su comportamiento, que el Hada le dijo muy contenta:

—Para celebrar tu triunfo, vamos a convidar a merendar a tus amigos.

Pinocho se puso muy contento.

Quien no haya presenciado la alegría de Pinocho al oír esta inesperada noticia, no podrá imaginársela. Todos sus amigos y compañeros de escuela debían ser invitados para una merienda que había de celebrarse al día siguiente en la casa del Hada, para solemnizar el gran acontecimiento, mandó preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos panecillos untados de manteca por dentro y por fuera. Aquella fiesta prometía ser muy alegre y divertida; pero...

Por desgracia, siempre había en la vida de aquel muñeco un pero que todo lo echaba a perder.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIX

Pinocho, se escapa con su amigo Espárrago al país de los juguetes.

Pinocho pidió al Hada que le permitiese dar una vuelta por la población, a fin de invitar a sus compañeros, y el Hada le dijo:

—Vete, pues, a invitar a todos tus amigos y compañeros para la merienda de mañana; pero ten cuidado de volver a casa antes de que sea de noche. ¿Has comprendido?

—Te prometo que dentro de una hora estaré de vuelta —replicó el muñeco.

—¡Ten cuidado, Pinocho! Todos los muchachos prometen en seguida, pero raras veces saben cumplir lo ofrecido.

—Pero yo no soy como los demás: cuando yo digo una cosa, la sostengo.

—¡Ya lo veremos! Si no obedeces, tanto peor para ti.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Por qué?

—Porque a los niños desobedientes les pasan muchas desgracias.

—¡Ya lo sé, ya! ¡Bien caro me ha costado ser tan travieso! Pero ya he cambiado y siempre seré bueno— dijo Pinocho.

Sin decir una palabra más saludó el muñeco a la buena Hada que le servía de mamá, y cantando y bailando salió de la casa.

En poco más de una hora quedaron hechas todas las invitaciones. Algunos muchachos aceptaron en seguida y con mucho gusto; otros se hicieron algo rogar; pero cuando supieron que los panecillos con que se iba a tomar el café con leche no sólo estarían untados de manteca por dentro, sino también por fuera, acabaron por decir:

—¡Bueno!; pues iremos también, ¡por complacerte!

Ahora conviene saber que entre los amigos y compañeros de escuela Pinocho había uno a quien

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

quería y distinguía sobre los demás. Ricardo; pero todos le llamaban por el sobrenombre de Espárrago, a causa de su figura seca, enjuta y delgada como un espárrago triguero.

Espárrago era el muchacho más travieso y revoltoso de toda la escuela; pero Pinocho le quería entrañablemente; así es que no dejo de ir a su casa para invitarle a la merienda. Como no le encontró, volvió por segunda vez, y tampoco; volvió una tercera, y también perdió el viaje.

¿Dónde encontrarle? Busca por aquí, busca por allí, por fin le halló escondido en el portal de una casa de labradores.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Pinocho, acercándose.

—Espero a que sea media noche para marcharme.

—¿Adónde?

—Lejos, lejos; muy lejos.

—¡Y yo que he ido a buscarte tres veces a tu casa!

—¿Para qué me querías?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Que mañana te espero a merendar en mi casa.

—Pero, ¿no te digo que me marcho esta noche?

—¿A qué hora?

—Dentro de poco.

—¿Y dónde vas?

—Voy a vivir en un país que es el mejor país del mundo. ¡Una verdadera Jauja!

—¿Y cómo se llama?

—Se llama El País de los Juguetes. ¿Por qué no vienes tú también?

—¿Yo? ¡No por cierto!

—Haces mal, Pinocho. Créeme a mí. Si no vienes, te arrepentirás algún día. ¿Dónde vas a encontrar un país más sano para nosotros los muchachos? Allí no hay escuelas; allí no hay maestros; allí no hay libros. En aquel bendito país no se estudia nunca. Los jueves no hay escuela, y todas las semanas tienen seis jueves y un domingo. ¡Figúrate que las vacaciones de verano empiezan

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

el primer día de enero y terminan el último de diciembre! ¡Ese es un país como a mí me gusta!

¡Así debieran ser todos los países civilizados!

—Pero, entonces, ¿cómo se pasan los días en El País de los Juguetes?

—Pues jugando y divirtiéndose desde la mañana hasta la noche. Después se va uno a dormir, y a la mañana siguiente vuelta a empezar.

—¿Qué te parece?

—¡Hum! —hizo Pinocho moviendo la cabeza, como si quisiera decir: ¡Esa vida también la haría yo con mucho gusto!

—¡Vamos, decídete! ¿Quieres venir conmigo, si, o no?

—¡No, no y no! He prometido a mi mamá ser bueno, y quiero cumplir mi palabra. Ya se está poniendo el Sol y tengo que irme. ¡Adiós, y buen viaje!

—¿Adónde vas con tanta prisa?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—A casa. Mi mamá me ha dicho que vuelva antes de anochecer.

—¡Espera dos minutos más!

—¡Se va a hacer tarde!

—¡Tan sólo dos minutos!

—¿Y si el Hada me regaña?

—¡Déjala que regañe! Ya se cansará, y acabará por callarse —dijo aquel bribonzuelo de Espárrago.

—Y qué, ¿te vas solo o acompañado?

—¿Solo? ¡Pues si vamos a ser más de cien muchachos!

—¿Harán el viaje a pie?

—No. Dentro de poco pasará por aquí el coche que ha de llevarnos a ese delicioso país.

—¡Daría cualquier cosa por que pasara ahora ese coche!

—¿Para qué?

—Para verlos marchar a todos juntos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues quédate un poco más, y podrás verlo.

—¡No, no! ¡Me voy a mi casa!

—¡Espera otros dos minutos!

—He perdido mucho tiempo. El Hada estará ya preocupada.

—¡Dichosa Hada! ¿Es que tiene miedo de que te coman los murciélagos?

—Pero, dime la verdad— preguntó Pinocho, que parecía estar pensativo—: ¿estás bien seguro de que en aquel país no hay escuelas?

—¡Ni sombra de ellas!

—¿Ni maestros tampoco?

—¡Mucho menos!

—¿Y no hay obligación de estudiar?

—¡Ni por asomo!

—¡Qué país tan hermoso! —dijo Pinocho, haciéndosele la boca agua—. ¡Qué país tan hermoso! Yo no he estado nunca, pero me lo figuro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Por qué no vienes?

—Es inútil que quieras convencerme. He prometido a mi mamá ser un muchacho juicioso, y no quiero faltar a mi palabra.

—Pues entonces, adiós, y muchos recuerdos a todos los amigos y compañeros de escuela.

—Adiós, Espárrago; que tengas buen viaje; diviértete mucho, y que te acuerdes alguna vez de los amigos.

Dicho esto se separó el muñeco y anduvo dos pasos, como para marcharse; pero se paró de pronto, y volviéndose hacia su amigo le preguntó.

—Pero, ¿estás seguro de que en aquel país todas las semanas tienen seis jueves y un domingo?

—¡Segurísimo!

—¿Y sabes también de cierto que las vacaciones de verano empiezan el primer día de enero y terminan el último de diciembre?

—¡Claro que lo sé!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Qué hermoso país! —repitió Pinocho como para consolarse.

Por último, hizo un esfuerzo y dijo apresuradamente:

—¡Vaya, adiós, y buen viaje!

—¡Adiós!

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de poco.

—¡Qué lástima! ¡Si sólo faltara una hora, me esperaba para ver cómo se van!

—¿Y el Hada?

—De todos modos, ya se ha hecho tarde. Lo mismo da que llegue una hora antes que una hora después.

—¡Pobre Pinocho! ¡Y si el Hada te regaña!

—¡Psch...! Después de todo acabará por cansarse y se callará.

Mientras tanto se había hecho completamente de noche. A poco rato vieron moverse a lo lejos una

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

lucecita, y oyeron ruido de cascabeles y el sonido de una bocina; pero tan débil, que parecía un zumbido.

—¡Aquí está!—gritó Espárrago, poniéndose de pie.

—¿Qué es?—preguntó Pinocho en voz baja.

—El coche que viene por mí. ¡Te vienes por fin, o no!

—Pero, ¿es de verdad, de verdad —preguntó el muñeco—, que en aquel país no tienen que estudiar los niños?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Qué hermoso país!—repitió Pinocho—, ¡Que hermoso país!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXX

Después de cinco meses de vagancia, Pinocho nota con gran asombro que le ha salido un magnífico par de orejas de asno, y acaba por convertirse en un burrito, con cola y todo.

Poco después llegó la diligencia sin hacer el menor ruido, porque las ruedas llevaban gruesas llantas de goma.

Tiraban de ella doce pares de burros, todos de igual alzada, aunque de diferente pelo. Los había rucios, pardos, blancos; otros con pintas blancas y negras, y otros con rayas amarillentas o de color canela.

Pero lo más singular es que aquellos doce pares, o sea los veinticuatro burritos, en vez de llevar herraduras como todos los demás animales de tiro o de carga, llevaban botas de cuero como las que usan los hombres.

¿Y el conductor de la diligencia? Imagínense un hombrecillo más ancho que alto, gordo y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

reluciente como una bola de sebo, con semblante bonachón, una boquita siempre riendo, y una vocecita fina y acariciadora, como el maullido de un gato cuando quiere que su ama le haga fiestas.

Todos los muchachos que le veían quedaban enamorados de él y deseaban que les permitiera subir al coche para ser conducidos a aquel verdadero edén, conocida en el mapa con el nombre seductor de "El País de los Juguetes".

La diligencia venía ya llena de muchachos de ocho a doce años de edad, que iban amontonados unos sobre otros como sardinas en cesto.

Estaban apretados e incómodos; pero a ninguno se le ocurría lamentarse ni decir ¡ay! La esperanza de llegar a un país donde no había escuelas, maestros ni libros, los tenía tan contentos, que no sentían ni los vaivenes y golpes de la marcha, ni el hambre, ni la sed, ni el sueño.

Apenas se detuvo el coche, aquel hombrecillo se volvió hacia Espárrago, y con extremado alago le dijo sonriendo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Dime, guapo chico, ¿quieres venirte a este afortunado país?

—¡Ya lo creo que quiero ir!

—Pero te advierto, querido, que ya no hay sitio en el coche. Como ves, está completamente lleno.

—¡Paciencia! —dijo Espárrago— Si no puedo ir dentro, iré en el estribo.

Y dando un salto, se puso a caballo sobre el estribo.

—¿Y tú, hijo mío? —dijo el hombrecillo volviéndose muy cariñoso hacia Pinocho— ¿Qué piensas hacer? ¿Quieres venir también?

—No; yo me quedo —respondió Pinocho—. Quiero volver a mi casa; quiero estudiar y ser el primero en la escuela, como deben ser los niños buenos.

—¡Pues que te vaya bien!

—¡Pinocho! —gritó entonces Espárrago—. ¡Sigue mi consejo: vente con nosotros, y seremos felices!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No, no y no!

—¡Vente con nosotros, Y seremos felices! —gritaron otras cuantas voces dentro de la diligencia.

—¿Y si me voy con vosotros, qué va a decir mi mamá? —exclamó Pinocho, que ya empezaba a dejarse convencer.

¡No te quiebres la cabeza pensando en eso! ¡Mira que vamos a un país donde podremos hacer todo lo que queramos desde la mañana hasta la noche!

Pinocho no respondió y lanzó un gran suspiro; después dio otro suspiro; luego dio otro mayor aún, y por fin dijo:

—¡Ea, me voy con vosotros! ¡Háganme espacio!

—Está todo ocupado —dijo entonces el hombrecillo—; pero, para demostrarte cuánto me alegro de que vengas, te cederé mi puesto en el pescante.

—¿Y usted?

—Yo haré el camino a pie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

¡No, no lo permito! Prefiero ir montado en uno de estos burritos—contestó Pinocho.

Y uniendo la acción a la palabra, se acercó al burro que ocupaba la izquierda de la primera pareja y quiso saltar sobre él; pero el animal, volviendo la grupa, le pegó una patada en el estómago que le hizo volar por el aire.

Se imaginarán las impertinentes carcajadas que lanzarían todos los muchachos que presenciaban la escena.

El único que no se rio, aparte de Pinocho, fue el hombrecillo, que, bajándose del pescante, se acercó al burro rebelde, y haciendo ademán de darle un beso, le arrancó de un solo bocado la mitad de la oreja derecha.

Mientras tanto Pinocho se levantó del suelo, encolerizado, Y saltó sobre el lomo del pobre animal. El salto fue tan limpio y rápido, que los muchachos, entusiasmados, dejaron de reír y empezaron a gritar: ¡Viva Pinocho!, a la vez que aplaudían frenéticamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero de pronto levantó el burro las dos patas traseras, y dando una sacudida, lanzó al muñeco sobre un montón de grava a un lado del camino.

Entonces comenzaron de nuevo las risas; pero tampoco se rio el hombrecillo, sino que le entró tanto cariño hacia aquel inquieto borriquillo, que, dándole un nuevo beso, le arrancó la mitad de la oreja izquierda.

—Monta otra vez a caballo, y no tengas ya miedo.

Sin duda este burro tenía alguna mosca que le molestaba; pero ya le he dicho dos palabritas en las orejas, y creo que se habrá vuelto manso y razonable.

Montó Pinocho, y la diligencia comenzó a moverse; pero mientras galopaban los burritos y la diligencia rodaba por la carretera, le pareció al muñeco que oía una voz humilde y apenas inteligible, que le decía:

—¡Eres un insensato! ¡Has querido hacer tu voluntad, y algún día te pesará!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Lleno de miedo, Pinocho miró por todos lados para saber de dónde venían aquellas palabras; pero no vio a nadie. Los burros galopaban, la diligencia rodaba, los muchachos dormían dentro de ella; Espárrago mismo roncaba como un dormilón, y el hombrecillo, sentado en el pescante, cantaba entre dientes:

"¡Todos duermen por la noche, pero no me duermo yo!"

Pasado otro medio kilómetro, volvió Pinocho a sentir la misma voz, que decía:

—Eres un idiota y un majadero. ¡Los niños que abandonan el estudio, la escuela y el maestro, para no pensar en otra cosa que en jugar y divertirse, acaban siempre mal! Yo puedo decirlo, porque lo sé por experiencia. ¡Llegará un día en que tendrás que llorar, como yo lloro hoy; pero entonces será tarde!

Al oír estas palabras, dichas en voz apenas perceptible, saltó el muñeco al suelo lleno de temor, y acercándose al burrito en que iba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

montado, le agarró por las riendas, observando con asombro que aquel animal lloraba como un chiquillo.

—¡Eh, señor cochero! —gritó Pinocho al conductor de la diligencia— ¿Sabe usted que este pollino está llorando?

—¡Déjalo que llore; otra vez le dará por reír!

—Pero, ¿es que sabe también hablar?

—No; sólo aprendió a decir alguna que otra palabra por haber estado durante tres años en una compañía de perros sabios.

—¡Pobre animal!

—¡Vaya, en marcha! —dijo el hombrecillo—. ¡No perdamos el tiempo en ver llorar a un burro! Monta a caballo y vámonos, que la noche es fresca y el camino es largo.

Pinocho montó de nuevo sin contestar. La diligencia se puso en marcha, y a la mañana siguiente llegaron felizmente a El País de los Juguetes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Este país no se parecía a ningún otro del mundo.

Toda su población estaba compuesta de muchachos: los más viejos no pasaban de catorce años; los más jóvenes tendrían ocho. En las calles había una alegría, un bullicio, un ruido, capaces de producir dolor de cabeza. Por todas partes se veían bandadas de chiquillos que jugaban al marro, al chato, a la gallina ciega, a los bolos, al peón; otros andaban en velocípedos o sobre caballitos de cartón; algunos, vestidos de payasos, hacían como si comieran estopa encendida; otros corrían y daban saltos mortales, o andaban sobre las manos con las piernas por alto; otros recitaban en voz alta, cantaban, reían, daban golpes, jugaban al aro o a los soldados, produciendo tal algarabía, tal estrépito, que era preciso ponerse algodón en los oídos para no quedarse sordo.

Por toda la plaza se veían teatros de madera, llenos de muchachos desde la mañana hasta la noche, y en todas las paredes de las casas abundaban, escritos con carbón, letreros tan salados como los siguientes: ¡Biban los gugetes!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

(en vez de ¡Vivan los juguetes!), ¡no Queresmoseskuela! (en vez de ¡No queremos escuela!) ¡Habajo Larin Metica! (en vez de ¡Abajo la Aritmética!), y otros por el estilo.

Apenas Pinocho, Espárrago y todos los demás muchachos que habían hecho el viaje con el hombrecillo, pusieron el pie dentro de la ciudad, se lanzaron entre aquel alboroto, y, como es de suponer, pocos minutos después se habían hecho amigos de todos los que allí había.

¿Quién podría considerarse más feliz que ellos? Entre aquella constante fiesta, llena de tan variadas diversiones, pasaban como relámpagos las horas, los días y las semanas.

—¡Oh, qué vida tan buena! –decía Pinocho cada vez que se encontraba con Espárrago.

—¿Ves como yo tenía razón? —respondía siempre este último— ¡Y decir que no querías venir y que se te había metido en la cabeza volver a la casa de tu Hada, para perder el tiempo estudiando! Si ahora estás libre de ese fastidio de libros y de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

escuela, me lo debes a mí, a mis consejos, ¿no es así? ¡Sólo los verdaderos amigos somos capaces de hacer estos grandes favores!

—¡Es verdad! Si ahora estoy tan contento y feliz, a ti te lo debo, sólo a ti. ¿Y sabes, en cambio, lo que me decía el maestro cuando hablaba de ti? Pues me decía siempre:

"¡No andes mucho con ese bribón de Espárrago, porque es un mal compañero que no puede aconsejarte nada bueno! "

—¡Pobre maestro! —replicó el otro moviendo la cabeza—. ¡Demasiado sé que me tenía rabia y que no perdía ocasión de calumniarme; pero yo soy generoso, y le perdono!

—¡Qué alma tan grande! —dijo Pinocho, abrazando afectuosamente a su amigo y besándole con el mayor cariño.

Cinco meses hacia que habían llegado al país; cinco meses de jugar y divertirse durante todo el día, sin abrir un solo libro, sin ir a la escuela, cuando una mañana tuvo Pinocho, al despertar,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

na sorpresa tan desagradable que le puso de muy mal humor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPTULO XXXI

Le nacen a Pinocho orejas de burro, después se convierte en verdadero burrito y empieza a rebuznar.

¿Cuál fue la sorpresa? Voy a decírselos, queridísimos lectorcitos; la sorpresa fue que al despertarse Pinocho le vino en gana rascarse la cabeza, y al llegarse a ella las manos, se encontró...

¿A que no acertáis lo que se encontró?

Pues se encontró, con gran sorpresa de su parte, con que le habían crecido las orejas más de una cuarta.

Ya sabéis que desde que nació, el muñeco tenía unas orejitas muy chiquitinas, que apenas se le veían. Figuraos cómo se quedaría cuando, al tocar con las manos, se encontró con que aquellas orejitas habían crecido tanto durante la noche, que parecían dos abanicos. Acudió en busca de un espejo para mirarse, y no encontrando ninguno, llenó de agua su lavabo, y entonces pudo ver lo que nunca hubiera querido contemplar: vio su

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

propia imagen adornada con un magnífico par de orejas de burro.

¡Cómo expresar el dolor, la vergüenza y la desesperación del pobre Pinocho!

Empezó a llorar, a gritar y a darse de cabezadas contra la pared; pero cuanto más se desesperaba, más crecían sus orejas, y crecían, crecían, a la vez que iban cubriéndose de pelo por la punta.

A los gritos de Pinocho entró en la habitación una linda marmota que vivía en el piso de arriba, y viendo el desconsuelo del muñeco, le preguntó con interés:

—¿Qué es eso, querido vecino?

—¡Que estoy malo, amiga marmota, muy malo, y con una enfermedad que me da mucho miedo! ¿Sabes tomar el pulso?

— Un poco.

—¡Mira si tengo fiebre por casualidad!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La marmota levantó una de las patas delanteras, y después de tomar el pulso a Pinocho, le dijo suspirando:

—¡Amigo mío, siento mucho tenerte que dar una mala noticia!

—¿Cuál es?

—¡Qué tienes una fiebre muy mala!

—¿Y qué clase de fiebre es?

—¡Es la fiebre del burro!

—No comprendo qué fiebre es esa— respondió el muñeco, que, sin embargo, se iba imaginando lo que era.

—Yo te lo explicaré - dijo la marmota —. Sabe, pues, que dentro de dos o tres horas ya no serás un muñeco ni un niño.

—Pues, ¿qué seré?

—Dentro de dos o tres horas te convertirás en un verdadero burro; tan verdadero como los que llevan las hortalizas al mercado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!—gritó Pinocho, agarrándose las orejas con ambas manos y tirando de ellas rabiosamente, como si fueran ajenas.

—Querido mío —dijo entonces la marmota para consolarle— ¿qué le vas a hacer? ¡Todo es ya inútil! En el libro de la sabiduría está escrito que todos los muchachos holgazanes, que teniendo odio a los libros, a la escuela y a los maestros, se pasan los días entre juegos y diversiones, tienen que acabar por convertirse, más pronto o más tarde, en burritos.

—Pero, ¿es cierto eso? —preguntó el muñeco sollozando.

—Ya lo creo que es cierto. Y ahora ya es inútil que llores. Ya no tiene remedio.

—¡Pero si yo no tengo la culpa: créelo marmotita; la culpa es toda de Espárrago!

-¿Y quién es ese Espárrago?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Un compañero mío de escuela. Yo quería volver a mi casa, quería ser obediente y seguir estudiando; pero él me dijo: ¿Por qué quieres fastidiarte pensando en estudiar y en ir a la escuela? ¡Vente mejor conmigo a El País de los Juguetes; allí no estudiaremos más, nos divertiremos desde la mañana hasta la noche, y estaremos siempre contentos!

—¿Y por qué seguiste el consejo de aquel falso amigo, de aquel mal compañero?

—¿Por qué? Porque mira, marmotita mía: yo soy un muñeco sin pizca de juicio y sin corazón. ¡Oh! ¡Si yo hubiera tenido tanto así de corazón (y señaló con el pulgar sobre el índice), no hubiera abandonado a aquella preciosa Hada, que me quería como una mamá, y que tanto había hecho por mí! ¡Oh! ¡Pero si encuentro a Espárrago pobre de él! ¡Yo le diré lo que no querrá oír!

Y quiso salir de la habitación; pero al llegar a la puerta se acordó de sus orejas de burro, y dándole vergüenza mostrarse en público con aquel

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

adorno, ¿sabes lo que pasó? Pues se hizo un gran gorro de papel y se lo puso en la cabeza, cubriéndose las orejas por completo.

Después salió, y se dedicó a buscar a su amigo por todas partes. Le buscó en la calle, en la plaza, en los teatros, por todas partes, sin poder hallarle. Pidió noticias de a cuantos encontró; pero nadie le había visto.

Entonces fue a buscarle a su casa y llamó a la puerta.

—¿Quién es?— preguntó Espárrago desde dentro.

—¡Soy yo!— respondió el muñeco.

—Espera un poco, y te abriré.

Media hora después se abrió la puerta, y se imaginan cuál sería el asombro de Pinocho cuando, al entrar en la habitación, vio a su amigo con un gran gorro de papel en la cabeza, que le cubría casi hasta los ojos y por detrás bajaba hasta el cuello.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A la vista de aquel gorro sintió Pinocho una especie de consuelo, y pensó inmediatamente:

—¿Tendrá la misma enfermedad que yo? ¿Estará también con la fiebre del burro?

Y fingiendo no haber notado nada, preguntó sonriendo:

—¿Cómo estás, querido?

—¡Perfectamente bien; como un ratón dentro de un queso de bola!

—¿Lo dices en serio?

—¿Y por qué había de mentir?

—Discúlpame, amigo. ¿Y por qué tienes puesto ese gorro de papel que te tapa hasta las orejas?

—Me lo ha mandado el médico, por haberme hecho daño en una rodilla. Y tú, querido Pinocho, ¿por qué llevas ese gorro de papel que te cubre hasta las orejas?

—Me lo ha mandado el médico, porque me ha picado un mosquito en un pie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh, pobre Pinocho!

—¡Oh, pobre Espárrago!

Siguió a estas frases un largo silencio, durante el cual los dos amigos no hacían más que mirarse burlonamente.

Finalmente, el muñeco dijo con voz dulzona a su compañero:

—Por curiosidad tan sólo; querido Espárrago, ¿quieres decirme si has tenido alguna enfermedad en las orejas?

—¡Nunca! ¿Y tú?

—¡Nunca! Pero esta mañana me ha molestado un poco una de ellas.

—También a mí me ha sucedido lo mismo.

—¿A ti también? ¿Y qué oreja es la que te duele?

—Las dos. ¿Y a ti?

—Las dos. ¿Será acaso la misma enfermedad?

—¡Me temo que sí!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quieres hacerme un favor?

—Con mucho gusto.

—¿Quieres enseñarme tus orejas?

—¿Por qué?, no. Antes quiero ver las tuyas, querido Pinocho.

—¡No; tú debes ser el primero!

—¡No, querido; primero tú y después yo!

—Pues bien— dijo entonces el muñeco -; vamos a hacer un trato.

—¡Hagamos el trato!

—Quitémonos ambos el gorro al mismo tiempo. ¿Aceptado?

—¡Aceptado!

—¡Pues atención!

Y Pinocho comenzó a contar en voz alta:

—¡Una, dos, tres!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al decir esta última palabra, los dos muchachos se quitaron los gorros de la cabeza y los arrojaron al aire.

Entonces ocurrió una escena que parecía increíble, si no supiéramos que sucedió realmente. Ocurrió que cuando Pinocho y Espárrago vieron que los dos padecían de la misma enfermedad, en vez de sentirse mortificados y llenos de dolor, empezaron a mirarse uno a otro burlonamente las desmesuradas orejas, y acabaron por reírse a carcajadas.

Tanto rieron, que ya les dolían las mandíbulas; pero en lo mejor de la risa sucedió que de pronto Espárrago cesó de reír, cambió de color, y bamboleándose dijo a su amigo:

—¡Ayúdame, Pinocho, ayúdame!

—¿Qué te pasa?

—¡Que no puedo sostenerme sobre las piernas!

—¡Tampoco puedo yo! —gritó Pinocho temblando y tratando de mantenerse derecho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando esto decían, arquearon uno y otro la espalda, apoyaron las manos en el suelo, y de esta manera, andando a cuatro pies, comenzaron a correr y a dar vueltas por la habitación. Mientras corrían, los brazos se convirtieron en patas, las caras se alargaron convirtiéndose en cabezas de asno, y el cuerpo se les cubrió de un pelaje gris claro con pintas y rayas negras.

Pero ¿Saben cuál fue el peor rato que sufrieron aquellos desgraciados? Pues lo peor y más humillante fue cuando notaron que empezaba a salirles la cola por detrás. Llenos de vergüenza y de dolor trataron de llorar y de lamentarse de su suerte.

¡Nunca lo hubieran hecho! En vez de sollozos y de lamentos lanzaban solamente rebuznos, y rebuznando sonoramente, decían a dúo: ¡Hi-hooó! ¡Hi-hooó! ¡Hihooó!

En el mismo instante llamaron a la puerta, y una voz dijo desde fuera:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Abran! ¡Soy el hombrecillo; soy el conductor del coche que los trajo a este país! ¡Ábranme pronto, o si no, pobres de ustedes!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXXII

Convertido Pinocho en un burrito verdadero, es llevado al mercado de animales y comprado por el director de una compañía de titiriteros para enseñarle a bailar y a saltar por el aro.

Viendo que la puerta seguía cerrada, el hombrecillo la abrió de una fuerte patada, y entrando en la habitación, dijo con su eterna sonrisa a Pinocho y a Espárrago:

-¡Bravo, muchachos! ¡Rebuznan perfectamente! Les he reconocido la voz, y por eso he venido.

Al oír estas palabras, ambos burritos se quedaron como atontados, con la cabeza caída, las orejas bajas y el rabo entre piernas.

Inmediatamente, el hombrecillo los acarició pasándoles la mano por el lomo, y después, sacando un cepillo, empezó a cepillarlos perfectamente, hasta que a fuerza les sacó lustre como si fueran dos espejos. Entonces les puso la cabezada y los condujo al mercado de ganados,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

con la esperanza de venderlos y obtener una buena ganancia.

No tardaron en presentarse compradores.

Espárrago fue adquirido por un labrador, al cual se le había muerto un burrito el día anterior, y Pinocho fue vendido al director de una compañía de titiriteros, que lo compró para amaestrarlo y hacerle saltar y bailar con los demás animales de la compañía.

¿Ya comprendieron, mis queridos lectores, cuál era el verdadero oficio del hombrecillo? Pues aquel terrible monstruo, que tenía siempre cara de risa, se iba de vez en cuando a correr por el mundo con su coche, y con promesas y halagos recogía a todos los muchachos holgazanes y traviesos que odiaban a los libros y la escuela, y después de meterlos en su coche los conducía a El País de los Juguetes para que pasaran todo el día en retozar y en divertirse. Cuando, algún tiempo después, aquellos pobres muchachos, a fuerza de no pensar más que en jugar, se convertían en

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

burros, entonces se apoderaba de ellos con gran satisfacción y los llevaba para venderlos en ferias y mercados. Y de este modo había conseguido ganar en pocos años tanto dinero que era millonario.

No sé decirles lo que fue de Espárrago; pero les diré, en cambio, que el pobre Pinocho tuvo desde el primer día una vida dura y cruel.

El nuevo dueño le llevó a una cuadra y le llenó el pesebre de paja; pero apenas probó un bocado, Pinocho la escupió haciendo gestos de desagrado.

Entonces el dueño, aunque refunfuñando, quitó la paja del pesebre y llenó éste de heno, pero tampoco el heno le agradó a Pinocho.

—¡Ah! ¿Conque tampoco te gusta el heno? —gritó el dueño lleno de cólera—. ¡No tengas cuidado, que yo te acostumbraré a no ser tan caprichoso!

Y le dio en las ancas un tremendo latigazo.

El dolor hizo a Pinocho llorar y rebuznar, diciendo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Hi-hooó! ¡Hi-hooó! ¡Yo no puedo comer paja!

—¡Pues, entonces, come heno!— replicó el dueño, que entendía perfectamente la lengua de los burros.

—¡Hi-hooó! iHi-hooó! ¡El heno me da dolor de barriga!

—¡Ya parece que a un burro como tú le voy a dar de comer jamón en dulce y perdices trufadas!— gruñó el dueño, encolerizándose cada vez más y dándole otro latigazo.

Al sentir esta segunda caricia se calló Pinocho y no dijo una palabra más.

Salió el dueño y le cerró la cuadra, quedándose solo Pinocho; y como hacía ya muchas horas que no había comido nada, comenzó a bostezar de hambre, abriendo tanto la boca que parecía la de un horno.

Al fin, viendo que en el pesebre no encontraba otra cosa que heno, se resignó a tomar un poco, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

después de masticarlo bien cerró los ojos y lo tragó.

—¡No es malo este heno! —pensó en su interior, después de haberlo tragado—. Pero, ¡cuánto mejor no hubiera sido haber continuado yendo a la escuela! ¡En vez de heno, estaría comiendo a estas horas un buen pedazo de pan con queso!

¡Paciencia!

Cuando despertó a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue buscar un poco de heno en el pesebre; pero no encontró nada, porque se lo había comido todo la noche anterior.

Entonces tomó un bocado de paja, y mientras la mascaba tuvo que convencerse de que el sabor de la paja no se parecía en nada al del arroz a la valenciana ni al de los pasteles de hojaldre.

—¡Paciencia!- repitió mientras seguía masticando—¡Ojalá que mi desgracia sirva cuando menos de lección provechosa a todos los niños desobedientes que no quieren estudiar! ¡Paciencia y paciencia!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Qué paciencia ni qué narices! — chilló el dueño entrando en la cuadra—. ¿Te has creído, burro del diablo, que yo te he comprado únicamente para darte de comer y de beber? ¡Te he comprado para que trabajes y me ganes dinero! ¡Con que ya lo sabes; mucho ojo! ¡Ahora mismo vienes conmigo al circo para aprender a saltar por el aro y a bailar el vals y la polka puesto de pie sobre las patas de atrás!

Quieras que no quieras, el pobre Pinocho tuvo que aprender todas estas habilidades y otras más; pero le costó tres meses de aprendizaje y una colección de palizas formidables: ¡Pobre Pinocho! Qué arrepentido estaba de su holgazanería!

Llegó, por último, el debut de Pinocho-burrito. En todas las esquinas aparecieron grandes cartelones de colores, que decían así:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Ya se podrán imaginar cómo se hallaría el circo aquella noche: lleno, de lado a lado, desde una hora antes de empezar el espectáculo. Ni a peso de oro se podía encontrar una butaca, ni un palco, ni siquiera una entrada general.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Todas las localidades estaban atestadas de niños y niñas de todas clases y edades, impacientes por ver bailar al famoso burro Pinocho.

Concluida la primera parte del espectáculo, se presentó el director de la compañía vestido de frac rojo, pantalón blanco y botas de montar con grandes espuelas, y haciendo una gran reverencia, recito, con voz solemne y campanuda, el siguiente discurso:

"Respetable público: Señoras y señores: El humilde orador que tiene el honor de hablarles, estando de paso en esta capital, no ha podido menos de presentarles un espectáculo que seguramente les gustará mucho. Porque este inteligente auditorio estoy seguro de que ha de celebrar como merece a mi célebre burrito, quien ha tenido el honor de bailar en todas las principales Cortes de Europa.

Por lo cual le doy millones de gracias a cada uno, y espero sus aplausos y su benevolencia. He dicho".

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Este discurso fue acogido con grandes aplausos; pero los aplausos se redoblaron y el entusiasmo rayó en delirio, cuando se hizo la presentación del burro Pinocho, vestido de gran gala. Llevaba unas botas de charol, con hebillas y broches de latón, dos camelias blancas en las orejas, la crin y la cola trenzadas y adornadas con cordones y flecos de seda rosa y lazos de terciopelo azul, y a modo de cincha, una gran faja recamada de oro y plata. En suma, que estaba para enamorar a cualquiera.

La presentación fue hecha por el director con las siguientes palabras:

"Respetable público: Presento a mi famoso e incomparable burrito Pinocho, el más sabio y artista de todos los burros, cazado a lazo por mí mismo cuando corría salvaje por las llanuras de la Patagonia. Los más célebres bailarines no pueden compararse con mi pollino Pinocho. Lo baila todo, y todo bien. Véanlo, si lo merece, apláudanle. He dicho".

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al terminar este segundo discurso hizo el director otra profundísima reverencia, y volviéndose después al burro, le dijo:

—¡Animo, Pinocho! ¡Antes de dar principio a tus maravillosos ejercicios, saluda cortésmente al respetable público!

El obediente Pinocho se arrodilló en el acto, y así permaneció hasta que el director, restallando la fusta, gritó:

—¡Al paso!

Entonces el burrito se enderezó sobre sus cuatro patas, y empezó a dar vuelta al circo con paso lento.

Poco después gritó el director:

—¡Al trote! —Y Pinocho obedeció la orden, cambiando el paso por el trote.

—¡Al galope! —Y Pinocho marchó con airoso galope.

—¡A la carrera! —Y ya entonces Pinocho salió disparado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero en el momento en que llevaba la velocidad de un automóvil de cuarenta caballos, alzó el director el brazo y descargó al aire un tiro de pistola.

Al oír el tiro, fingiendo el burro que estaba herido, cayó en la arena y empezó a temblar como si estuviese en las convulsiones de la agonía.

Todo el circo estalló en una explosión de aplausos y de gritos, que debieron de oírse en las estrellas.

En tanto, Pinocho abrió un poco los ojos para mirar en torno suyo, y vio en un palco una señora que tenía al cuello una gruesa cadena de oro, y pendiente de ella un medallón con el retrato de un muñeco.

—¡Ese retrato es el mío! ¡Esa señora es mi Hada! —se dijo en el acto Pincho, y, dominado por la alegría, trató de gritar:

—¡Hada mía! ¡Hada mía!

Pero en vez de estas palabras sólo salió de su garganta un rebuzno tan formidable, que hizo reír

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a todos los espectadores, y más especialmente a los muchachos que había en el circo.

Entonces el director, para enseñarle que no era de buena educación rebuznar ante el público, le dio un fuerte golpe en las narices con el mango de la fusta.

El pobre burro sacó fuera un palmo de lengua y empezó a lamerse las narices, creyendo que de este modo podría calmar el fuerte dolor que el golpe le había producido.

Pero, ¡cual no sería su desesperación cuando, al mirar por segunda vez vio que el Hada había desaparecido del palco!

Creyó morir. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y empezó a llorar desconsoladamente; pero nadie llegó a advertirlo, ni siquiera el director, que haciendo sonar la fusta, dijo:

—¡Bravo, Pinocho! Ahora haremos ver a estos señores con cuánta gracia saltas el aro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pinocho probó dos o tres veces; pero cuando llegaba frente al aro, en vez de saltar pasaba cómodamente por debajo. Por fin intentó el salto; pero al atravesar por el aro se enredó desgraciadamente una de las patas, y cayó a tierra como un costal.

Cuando se levantó estaba cojo, y a duras penas pudo volver a la cuadra.

—¡Qué salga Pinocho! ¡Queremos ver al burro! ¡Que salga otra vez! ¡Que baile! ¡Que baile!— gritaban los muchachos, entusiasmados, sin darse cuenta de que se había hecho daño.

Pero el burrito no pudo salir más. El director tuvo que pronunciar otro discurso de los suyos y anunciar que Pinocho bailaría en cuanto se pusiera bien.

A la mañana siguiente fue a verle el veterinario, o sea el médico de los animales, y declaró que se quedaría cojo para siempre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Entonces dijo el Director al mozo de cuadra que llevase aquel burro al mercado y lo revendiese, puesto que ya no servía para nada.

Apenas llegaron al mercado, se acercó un comprador que dijo al mozo de cuadra:

—¿Cuánto quieres por ese burro cojo?

—Veinte pesetas.

—Yo te doy veinte perras chicas. No creas que lo compro para servirme de él; lo compro por la piel únicamente. Veo que tiene la piel muy dura, y quiero hacer con ella un tambor para la banda de música de mi pueblo.

Pueden pensar lo que pasaría por la mente de Pinocho cuando oyó que estaba destinado a convertirse en tambor.

Después que el comprador pagó las veinte perras chicas, condujo a su burro hasta una roca de la orilla del mar, y poniéndole una piedra al cuello, le ató una pata con el extremo de una soga que llevaba en la mano. Después, y cuando el burro

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

estaba más descuidado, le dio un empellón para arrojarle al mar, conservando en la mano el otro extremo de la soga.

La piedra que llevaba al cuello hizo que Pinocho descendiese rápidamente hasta el fondo, y el comprador, siempre con la soga en la mano, se sentó en la peña, esperando a que pasara tiempo bastante para que el burro se ahogara, y poder arrancarle después la piel para curtirla y hacer un tambor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXXIII

Pinocho, es arrojado al mar y devorado por los peces. Vuelve a su primitivo estado de muñeco; pero mientras nada para salvarse, se lo traga el terrible dragón marino.

Ya llevaba el burro más de cincuenta minutos en el mar, cuando el que lo había comprado dijo para sí:

—Ya debe estar ahogado y más que ahogado. ¡Ea! Voy a sacarlo, y aquí mismo le arrancaré la piel para hacer un magnífico tambor.

Comenzó a tirar de la soga que había atado a la pata de Pinocho, y tirando, tirando, tirando... Pues, en vez de un burro muerto, se encontró con un muñeco vivo, que se retorcía como una anguila.

Al ver aquel muñeco de madera creyó soñar el pobre hombre, y se quedó como atontado, con la boca abierta y los ojos asustados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando se repuso un poco de la primera impresión, dijo balbuceando y hecho un mar de lágrimas:

—Pero, ¿y mi burro? ¿Dónde está el burro que he tirado al mar?

—¡Ese burro soy yo! —respondió el muñeco riéndose.

—¿Tú?

—¡Yo!

—¡Granuja! ¡No consiento que te burles de mí!

—¿Burlarme de usted? Todo lo contrario, querido amo; le hablo completamente en serio.

—Pero, ¿cómo es posible que siendo tú hace poco un burro de carne y hueso, te hayas convertido dentro del mar en un muñeco de madera?

—¡Psch!... ¡Cosas del agua del mar! Al mar le gustan estas bromas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Mucho ojo con tomarme el pelo, muñeco; mucho ojo! ¡Cómo se me acabe la paciencia, pobre de ti!

—Pues bien, mi amo: ¿quiere usted saber toda la verdadera historia? Pues yo se la contaré; pero antes hágame el favor de soltarme esa soga, que me hace daño.

Deseando conocer aquella verdadera historia, que prometía ser maravillosa, el bueno del comprador desató el nudo que sujetaba la pierna de Pinocho, que quedó libre como un pájaro en el aire, y empezó de este modo su relación:

—Sepa usted que yo era antes un muñeco de madera, como lo soy ahora; pero por mi poca afición al estudio y por seguir los consejos de malas compañías, me escapé de mi casa, y un día me desperté siendo un burrito, con unas orejas así de grandes y una cola así de larga. ¡Qué vergüenza más grande pasé! Una vergüenza como no quiera Dios que la pase usted nunca, querido amo. Me llevaron al mercado de ganados,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

y me compró el director de una compañía ecuestre, al cual se le metió en la cabeza hacer de mí un gran bailarín y gran saltador de aro; pero una noche di una mala caída durante la función, y me quedé cojo de las dos patas.

Entonces el director dijo que no quería a su lado un burro cojo, y me envió a vender al mercado, que fue cuando usted me compró.

—¡Por mi desgracia! ¡Como que pagué por ti veinte monedas de cobre! Y ahora, ¡quién va a devolverme mi dinero!

—¿Para qué me compró usted? ¡Para hacer un tambor con mi piel! ¡Un tambor!

—Dime ahora, muñeco impertinente: ¿has terminado ya tu historia?

—No— respondió el muñeco—; faltan pocas palabras para terminarla. Después de haberme comprado me trajo usted a este sitio para matarme; pero, sintiéndose compasivo, prefirió atarme una piedra al cuello y tirarme al mar. Este sentimiento de humanidad le honra a usted

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mucho y se lo agradeceré eternamente. Pero usted no había contado con el Hada.

—¿Y quién es esa Hada?

—Es mi mamá, que como todas las mamás buenas que quieren mucho a sus hijos, no les pierden nunca de vista, y cuidan de ellos amorosamente, aunque estén muy lejos, y aunque esos hijos, por su mala conducta, por sus travesuras y por sus escapatorias, merezcan que se les deje abandonados y no se les vuelva a hacer caso en toda la vida. Decía, pues, que apenas mi buena Hada me vio en peligro de ahogarme, envió alrededor de mí un ejército de peces, que comenzaron a comerme, creyendo que era un burro de verdad. ¡Y qué bocados tiraban! Nunca hubiera creído que los peces fueran aún más glotones que los niños. Unos me comían las orejas, otros el hocico, otros el cuello y la crin, otros las patas; en fin, hasta hubo uno, chiquitín y muy gracioso, que tuvo la bondad de comerme la cola.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Desde hoy—dijo horrorizado el comprador-juro no comer ningún pescado! ¡Me desagradaría mucho comer un salmonete o un besugo y encontrarme con un pedazo de cola de burro!

—Estamos de acuerdo— dijo riendo el muñeco.

Después, cuando ya los peces terminaron de comer toda aquella envoltura de carne y de piel de burro que me cubría desde la cabeza hasta los pies, llegaron, como es natural, al hueso, o, por mejor decir, a la madera; porque, como usted verá, estoy hecho de una madera muy dura. Pero apenas trataron de tirar algunos bocados, se convencieron, a pesar de su glotonería, de que yo no era plato a propósito para ellos, y se fueron cada cual por su lado con la barriga llena, sin darme ni siquiera las gracias por el banquete que les había proporcionado. Y aquí tiene usted explicado por qué, cuando ha tirado de la soga, se ha encontrado usted con un muñeco vivo, en vez de un burro muerto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

-¡Bueno, bueno! ¡Toda esa historia me importa un rábano! —gritó el comprador, encolerizado—. Lo que yo sé es que he dado veinte monedas de cobre por ti, y quiero mi dinero. ¿Sabes lo que voy a hacer? Llevarte de nuevo al mercado y venderte como leña para encender la chimenea.

—¡Oh, muy bien! ¡No tengo el menor inconveniente!— dijo Pinocho.

Pero al mismo tiempo dio un salto y se zambulló en el agua. Y mientras nadaba alegremente, alejándose de la orilla, gritaba al pobre comprador:

—¡Adiós, mi amo; si necesita usted una piel para hacer un tambor, acuérdese de mí!

Y se reía estrepitosamente y seguía nadando, para volverse poco después y gritar con más fuerza:

—¡Adiós, mi amo; si necesita usted un poco de leña para encender la chimenea, acuérdese de mí!

Poco después se había alejado tanto de la orilla, que ya no se le distinguía más que como un punto

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

negro en la superficie del agua, que de vez en cuando sacaba fuera un brazo o una pierna, o bien daba saltos como un delfín que está de buen humor.

Nadando a la aventura, vio Pinocho en medio del mar un islote que parecía de mármol blanco, y en lo más alto de él una linda cabrita que balaba tiernamente y que le hacía señas de que se acercase.

Lo más singular del caso era que el pelo de la cabrita, en vez de ser blanco, o negro, o rojo, como el de las demás cabras, era de color azul turquí; pero tan brillante, que se parecía mucho a los cabellos de la hermosa niña.

¡Figuraos cómo latiría el corazón del pobre Pinocho! Redobló sus esfuerzos para nadar más de prisa en dirección del islote blanco, y ya habría avanzado una mitad de la distancia, cuando he aquí que vio salir del agua la horrible cabeza de un monstruo marino con la boca abierta, que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

parecía una caverna, y tres filas de dientes que hubieran causado miedo con sólo verlos pintados.

¿Sabéis quién era aquel monstruo marino?

Pues aquel monstruo marino era nada menos que el gigantesco dragón de que se ha hablado varias veces en esta historia, y que por su insaciable voracidad venía causando tales estragos por aquellos mares, que se le llamaba el "Atila de los peces y de los pescadores".

¡Cuál no sería el espanto del pobre Pinocho a la vista del monstruo! Trató de escaparse, de cambiar de dirección, de huir; pero todo era inútil; aquella enorme boca se le venía siempre encima con la velocidad de un tren expreso.

—¡Date prisa, Pinocho, por Dios!— gritaba, balando, la linda cabrita.

Y Pinocho nadaba desesperadamente con los brazos, con las piernas, con el pecho, con todo el cuerpo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Corre, Pinocho, corre; que se acerca el monstruo!

Y Pinocho redoblaba sus esfuerzos para aumentar la velocidad.

—¡Más de prisa, Pinocho, que te atrapa! ¡Ya está ahí! ¡Más a prisa o estás perdido! ¡Que te atrapa! ¡Que te atrapa!

Y Pinocho nadaba desesperadamente y se deslizaba por el agua como una bala de fusil.

Ya se acercaba al arrecife, y ya la linda cabrita se inclinaba sobre la orilla, alargándole las dos patitas delanteras para ayudarle a salir del agua; pero...

¡Pero ya era tarde! Tan cerca estaba el monstruo, que no hizo más que dar un sorbo, y se tragó al muñeco con el agua que le rodeaba, como quien se sorbe un huevo de gallina. Y se lo tragó con tal ansia y violencia, que Pinocho se dio contra una muela del dragón un golpe tan tremendo, que le hizo estar sin sentido un cuarto de hora.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando volvió de su desmayo no sabía en qué mundo se encontraba. En torno suyo reinaba una gran oscuridad pero tan negra y profunda, que le parecía hallarse en la bolsa de tinta de un calamar.

Quiso escuchar, pero no oyó ruido alguno; únicamente sentía de cuando en cuando una bocanada de aire que le daba en la cara. Al principio no podía saber de dónde vendría aquel aire; pero después comprendió que salía de los pulmones del monstruo. Porque hay que advertir que el monstruo padecía mucho de asma, y cuando respiraba parecía que se había desatado el huracán.

Pronto trató Pinocho de infundirse a sí mismo algún valor; pero cuando ya tuvo la seguridad de que se encontraba encerrado en el cuerpo del monstruo marino, empezó a llorar y a gritar, diciendo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Desgraciado de mí! ¿No hay quien venga a salvarme?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y quién va a salvarte, desgraciado?— contestó en aquella oscuridad una voz cascada, como de guitarra sin templar.

—¿Quién me ha hablado?— preguntó Pinocho, sintiendo aún mayor espanto.

—¡Soy yo: un mísero bacalao que el dragón ha engullido lo mismo que a ti! ¿Y tú, qué pez eres?

—¡Que pez ni qué narices! ¡Yo no soy pez de ninguna clase! ¡Yo soy un muñeco!

—Pues si no eres un pez, ¿Por qué te has dejado tragar por el monstruo?

—¡Hombre, eso no se le ocurre más que a un bacalao! He hecho todo lo posible para que no me tragara; pero se ha empeñado, y como este diablo de dragón corre muy rápido... Bueno, ¿y qué hacemos en esta oscuridad?

—Resignarnos y esperar a que el dragón nos digiera a los dos.

—¡Es un lindo porvenir! —dijo Pinocho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y poniéndose muy triste de repente, empezó a llorar como un becerro.

—Hombre, a mí tampoco me hace una gracia extraordinaria —contestó el bacalao—; pero soy filósofo, y me resigno. Bien mirado, hasta me alegro; porque cuando uno nace bacalao, es más honroso morir en el agua que en el aceite frito.

—¡Valiente majadería!— dijo Pinocho.

—Es una opinión; y como dicen los peces de la política, todas las opiniones deben ser respetadas.

—Bueno, yo lo que digo es que quiero salir de aquí, que quiero escaparme.

—Prueba, si lo consigues, mejor para ti.

—¿Es muy grande este dragón que nos ha tragado?—preguntó el muñeco.

—Figúrate que su cuerpo tiene más de un kilómetro de largo, sin contar la cola.

Mientras así conversaba Pinocho en aquella oscuridad, le pareció ver allá lejos, pero muy lejos, una especie de resplandor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué será aquella lucecita que se ve allá lejos?—dijo Pinocho.

—Será algún compañero nuestro de desgracia, que estará esperando, igual que nosotros, el momento de ser digerido.

—Me voy a buscarle. ¡Quizá sea algún pez viejo que pueda enseñarme la salida!

—Te lo deseo con toda mi alma, simpático muñeco.

—¡Adiós, amable bacalao!

—¡Adiós, muñeco, y buena suerte!

—¿Dónde volveremos a vernos?

—¡Vete a saber! ¡Vale más no pensarlo!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXXIV

Pinocho encuentra en el cuerpo del dragón... ¿A quién encuentra? Cuando leas este capítulo y lo sabrás.

Apenas hubo dicho adiós a su buen amigo el bacalao, Pinocho se puso en marcha, andando a tientas en aquella oscuridad por el cuerpo del dragón, y dando con cuidado un paso tras otro en dirección de aquel pequeño resplandor que divisaba a lo lejos, muy lejos.

Al andar sentía que sus pies se mojaban en un agua grasienta y resbaladiza, y con un olor tan fuerte a pescado frito, como si estuviese en una cocina un viernes de Cuaresma.

Pues, señor, que a medida que andaba, el resplandor iba siendo cada vez más visible, hasta que, andando, andando, llegó al sitio donde estaba. Y al llegar, ¿qué creen que vio? ¿A que no lo adivinan? ¡No lo adivinan! Pues vio una mesita encima de la cual lucía una vela que tenía por candelero una botella de cristal verdoso, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sentado a la mesita, un viejecito todo blanco, blanco, como si fuera de nieve. El viejecito estaba comiendo algunos pececillos vivos; tan vivos, que algunas veces se le escapaban de la misma boca.

Pinocho sintió una alegría tan grande y tan inesperada, que le faltó poco para volverse loco.

Quería reír, quería llorar, quería decir una porción de cosas; pero no podía, y en su lugar no hacía más que lanzar sonidos inarticulados o balbucear palabras confusas y sin sentido. Finalmente, consiguió lanzar un grito de alegría, y abriendo los brazos se arrojó al cuello del viejecito gritando:

—¡Papito! ¡Papá! ¡Papá! ¡Por fin te he encontrado! ¡Ahora ya no te dejaré nunca, nunca, nunca!

—¿Es verdad lo que ven mis ojos?—replicó el viejecito, frotándose los párpados—. ¿Eres tú, realmente, mi querido Pinocho?

—¡Sí, sí; soy yo; yo mismo! Me has perdonado, ¿verdad? ¡Oh, papito, qué bueno eres! Y pensar que yo... ¡Oh! ¡Pero no puedes imaginarte cuántas desgracias me han sucedido, cuánto he sufrido,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cuánto he llorado! Imagina que el día que tú, pobre papito, vendiste tu chaqueta para comprarme la cartilla, me escapé a ver los muñecos, y el empresario quería echarme al fuego para asar el carnero, y que después me dio cinco monedas de oro para que te las llevase. Pero me encontré a la zorra y al gato, que me llevaron a la posada de El Cangrejo Rojo, donde comieron como lobos, y yo salí solo al campo, y me encontré a los ladrones, que empezaron a correr detrás, y yo a correr, y ellos detrás, y yo a correr y ellos detrás, y siempre detrás, y yo siempre a correr... ¡Uf! ¡No quiero acordarme!

Bueno; pues por fin me alcanzaron, y me colgaron de una rama de la encina grande, de donde la hermosa niña de los cabellos azules me hizo llevar en una carroza, y los médicos dijeron en seguida:

"Si no está muerto, es señal de que está vivo".

Y a mí se me escapó una mentira, y la nariz empezó a crecerme, hasta que no pudo pasar por la puerta del cuarto, por lo cual me fui con la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

zorra y el gato a sembrar las cuatro monedas de oro, porque una la había gastado en la posada, y el papagayo empezó a reír, y en vez de dos mil monedas de oro no encontré ninguna. Y cuando el juez supo que me habían robado me hizo meter en la cárcel, para dar una satisfacción a los ladrones; y al venir después por el campo vi un racimo de uvas, y quedé cogido en una trampa, y el labrador me puso el collar del perro para que guardase el gallinero; pero reconoció mi inocencia y me dejó ir; y la serpiente que tenía una cola que echaba humo, empezó a reír y se le rompió una vena del pecho, y así volví a la casa de la hermosa niña, que había muerto; y la paloma, viendo que lloraba, me dijo: «He visto a tu papá, que estaba haciendo una barquita para buscarte»; y yo le dije: "¡Si yo tuviese alas!"; y me dijo entonces: "¿Quieres ir con tu papá?"; y yo le dije: "¡Ya lo creo! Pero, ¿quién me va a llevar?"; y ella me dijo:

"Monta en mí"; y así volamos toda la noche; y por la mañana todos los pescadores miraban al mar, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

me dijeron: "Es un pobre hombre en una barquita, que está ahogándose"; y yo desde lejos te reconocí en seguida, porque me lo decía el corazón, y te hice señas para que volvieras a la playa...

—Y yo te reconocí también —interrumpió Gepeto—, y hubiera vuelto a la playa; pero no podía. El mar estaba muy malo, y una furiosa ola me volcó la barquita.

Entonces me vio un horrible dragón que estaba cerca, vino hacia mí, y sacando la lengua me tragó como si hubiera sido una píldora.

—¿Y cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Desde aquel día hasta hoy habrán pasado unos dos años. ¡Dos años, Pinocho mío, que me han parecido dos siglos!

—¿Y qué has hecho para comer? ¿Y dónde has encontrado la vela? ¿Y de dónde has sacado las cerillas?

—Te lo contaré todo. Aquella misma borrasca que hizo volcar mi barquilla echó a pique un buque

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mercante. Todos los marineros se salvaron; pero el buque se fue al fondo, y el mismo dragón, que sin duda tenía aquel día un excelente apetito, después de tragarme a mí se tragó también el buque.

—¿Cómo? ¿Se lo tragó de un solo bocado?— preguntó Pinocho maravillado.

—De un solo bocado; y no devolvió más que el palo mayor, porque se le había quedado entre los dientes, como si fuera una espina de pescado. Por fortuna mía, aquel barco estaba cargado no sólo de carne conservada en latas, sino también de galleta, o sea pan de marineros, y botellas de vino, pasas, café, azúcar, velas y cajas de cerillas. Con todo esto que Dios me envió he podido arreglarme dos años; pero hoy estoy ya en los restos: ya no queda nada que comer, y esta vela es la última.

—¿Y después?

—¡Oh! Después, hijo mío, estaremos los dos a oscuras.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Entonces no hay tiempo que perder, papá—dijo Pinocho—. Debemos pensar en huir.

—¡Huir! ¿Y cómo?

—Saliendo por la boca del dragón y echándonos a nado en el mar.

—Sí, está muy bien; pero el caso es que yo, querido Pinocho, no sé nadar.

—¿Y qué importa? Te pones a caballo sobre mí, y como yo soy buen nadador, te llevaré a la orilla sano y salvo.

—¡Ilusiones, hijo mío! —replicó Gepeto moviendo la cabeza y sonriendo melancólicamente—. ¿Te parece posible que un muñeco que apenas tiene un metro de alto tenga fuerza bastante para llevarme a mí sobre las espaldas?

—Haremos la prueba, y ya lo verás. De todos modos, si Dios ha dispuesto que debamos morir, al menos tendremos el consuelo de morir abrazados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y sin decir más, tomó Pinocho la vela, y adelantándose para alumbrar el camino, dijo a su padre:

—¡Sígueme, Y no tengas miedo!

Hicieron de este modo una buena caminata, atravesando todo el estómago del dragón. Pero al llegar al sitio donde empezaba la espaciosa garganta del monstruo, se detuvieron para echar una ojeada y escoger el momento más oportuno para la fuga.

Pues, señor, como el dragón, viejo ya y padeciendo de asma y de palpitaciones al corazón, tenía que dormir con la boca abierta, acercándose más y mirando hacia arriba, pudo Pinocho ver por fuera de aquella enorme boca abierta un buen pedazo de cielo estrellado y el resplandor de la Luna.

—¡Esta es la gran ocasión para escaparnos! —dijo Pinocho en voz baja a su padre—.

El dragón duerme como un lirón: el mar está tranquilo, y se ve como si fuera de día. ¡Ven, ven,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

papito, y verás como dentro de poco estamos en salvo!

Dicho y hecho. Con mucho cuidado salieron de la garganta del monstruo, y al llegar a su inmensa boca siguieron andando muy despacio, de puntillas, en la lengua, que era tan larga y tan ancha como un paseo. Y ya estaban para dar un salto y arrojarse a nado en el mar, cuando al dragón se le ocurre estornudar, y en el estornudo dio una sacudida tan violenta, que Pinocho y Gepeto fueron lanzados hacia adentro, y se encontraron otra vez en el estómago del monstruo ¡Claro! ¡La vela se apagó, y padre e hijo se quedaron a oscuras!

—¡Esto sí que es bueno! —dijo Pinocho malhumorado.

—¿Lo ves, hijo, lo ves? Ahora, ¿qué hacemos?

—¿Qué hacemos? ¡Toma! ¡Ya verás! Dame la mano, y procura no escurrirte.

—¿Dónde quieres ir?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues a empezar de nuevo. Ven conmigo, y no tengas miedo.

Pinocho tomó la mano de su padre, y andando siempre sobre la punta de los pies, consiguieron llegar otra vez a la garganta del monstruo.

Atravesaron toda la lengua, y salvaron las tres filas de dientes. Antes de saltar al agua dijo a su padre el muñeco.

—Monta a caballo sobre mi espalda y agárrate fuerte. ¡Todo lo fuerte que puedas! De lo demás me encargo yo.

Así lo hizo Gepeto. Y el gran Pinocho, valiente y seguro de sí mismo, se arrojó al agua y empezó a nadar vigorosamente. El mar estaba tranquilo como un lago; la luna llena esparcía su pálida luz de plata, y el dragón seguía durmiendo con un sueño tan profundo, que no le hubieran despertado cincuenta cañonazos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXXV

Por fin Pinocho deja de ser un muñeco y se transforma en un muchacho.

Mientras Pinocho nadaba velozmente hacia la playa, notó que su padre, siempre a caballo sobre su espalda y con las piernas dentro del agua, temblaba sin cesar como si estuviese con fiebres tercianas.

¿Temblaba de frío o de miedo? ¡Vaya usted a saber! Quizás de las dos cosas.

Pero Pinocho, creyendo que era solo de miedo, le dijo para animarle:

—¡Valor, papito! ¡Dentro de pocos minutos llegaremos a tierra y estaremos a salvo!

—Pero, ¿dónde está esa dichosa playa?— preguntó el viejecito, cada vez más inquieto y mirando por todas partes—. Yo no veo más que cielo y mar de frente, a derecha y a izquierda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues yo sí la veo— dijo el muñeco—. Te advierto que yo soy como los gatos: veo mejor de noche que de día.

El pobre Pinocho fingía buen humor y confianza, pero... pero empezaba a perderla y a desazonarse.

Estaba muy cansado, su respiración era cada vez más jadeante; en suma: veía que se le acababan las fuerzas y que la playa aún estaba muy lejos.

Siguió nadando, nadando; pero llegó un momento en que no pudo más, y volviendo la cabeza hacia su padre, le dijo con voz entrecortada:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡No tengo fuerzas!... ¡Me muero!...

Ya estaba casi desmayado, y empezaban a hundirse los dos, cuando oyeron una voz de guitarra desafinada que decía:

—¿Quién es el que se muere?

—¡Soy yo y mi pobre papá!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Yo conozco esa voz! ¡Eres Pinocho!

—¡El mismo! Y tú, ¿quién eres?

— Yo soy el bacalao, tu compañero en la barriga del dragón.

—¿Cómo has conseguido escapar?

—He imitado tu ejemplo. Tú me has enseñado el camino, y yo no he hecho más que seguirte.

—¡Oh, querido bacalao; no has podido llegar más a tiempo! ¡Por nuestra amistad, por la salud de la respetable bacalada, tu mujer, y de tus bacalaítos, te ruego que nos ayudes, porque si no estamos perdidos!

—¡Pero, hombre! ¡Pues ya lo creo! ¡Con mil amores! ¡Agárrense a mi cola y déjense llevar! ¡En cuatro minutos los llevaré a la orilla!

Ya se imaginarán que padre e hijo se apresuraron a aceptar la amable invitación del buen bacalao; pero en vez de agarrarse a la cola, creyeron mucho más cómodo sentarse encima de él, pues era un bacalao mucho mayor que los corrientes y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

con una fuerza tan grande, que era campeón de boxeo en su pueblo.

—¿Pesamos mucho?— le preguntó Pinocho.

—¡Hombre! ¡Absolutamente nada! ¡Me parece llevar encima dos conchas de almeja!— respondió el complaciente bacalao.

Al llegar a la orilla saltó Pinocho el primero, y ayudó a su papá a hacer lo mismo.

Después dirigiéndose al bacalao, le dijo con voz conmovida:

—¡Amigo mío, has salvado a mi padre, y mi agradecimiento es tan inmenso, que no puede expresarse con palabras! ¡No te olvidaré nunca, porque los ingratos son los más despreciables de los hombres!

Ahora permíteme que te de un beso en señal de eterna gratitud.

El bacalao sacó la cabeza del agua, y Pinocho se acercó y le dio un cariñoso beso en la boca. Ante esta expresiva muestra de afecto, a la que no

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

estaba acostumbrado, el pobre bacalao se conmovió de tal manera, que, avergonzándose de que se le viera llorar como un chiquillo, metió la cabeza en el agua y desapareció.

Mientras tanto se había hecho de día.

Entonces Pinocho ofreció el brazo a su padre, que apenas tenía fuerzas para ponerse en pie, y le dijo:

—Apóyate en mi brazo, querido papá, y vamos andando muy despacito, como las hormigas, y cuando estemos cansados nos sentaremos junto al camino.

—¿Y a dónde vamos? - preguntó.

—En busca de una casa o de una cabaña donde nos den por caridad un pedazo de pan y un poco de paja donde dormir.

Aún no habían andado cien pasos, cuando vieron sentados en el límite del camino dos tipos muy feos, en actitud de pedir limosna.

Eran el gato y la zorra; pero apenas si se podía reconocerlos. El gato, a fuerza de fingirse ciego,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

había cegado de verdad; y la zorra, envejecida y desastrada, andaba con muletas y estaba sin cola, porque hallándose un día en la mayor miseria, se vio obligada a vender su magnífica cola a un buhonero, que la compró para hacer un limpia tubos.

—¡Oh, Pinocho!— gritó la zorra con voz plañidera-. ¡Una limosna para dos pobres enfermos que no lo pueden ganar!

—¡No lo pueden ganar!— repitió el gato.

—¡Ah, bribones! - respondió el muñeco—. Me engañaron una vez, pero ya he escarmentado. ¡Adiós granujas!

—¡Créenos, Pinochito; que ahora es verdad que somos muy desgraciados y estamos en la miseria!

—¡En la miseria!— repitió el gato.

—¡Si son pobres, bien merecido que lo tienen! "¡Quien mal anda, mal acaba!" ¡Ahora pagan las maldades que han cometido! ¡Adiós, granujas!

—¡Ten lástima de nosotros!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡De nosotros!

—¿La tuvieron antes de mí? ¡Adiós, granujas!

Y Pinocho y su papá siguieron su camino tranquilamente. Unos cien pasos más allá vieron a lo lejos una preciosa cabaña de paja, con el techo cubierto de flores azules.

—En aquella cabaña debe de vivir alguien— dijo Pinocho—. Vamos allá, y llamaremos.

Así lo hicieron.

—¿Quién es?— dijo desde dentro una vocecita.

—¡Somos un pobre papá y un pobre hijo sin pan ni hogar!— respondió el muñeco.

—¡Empuja la puerta y entra!— dijo la misma vocecita.

Pinocho abrió la puerta, y entraron; pero por más que miraron, no vieron a nadie.

—¿Dónde está el dueño de esta cabaña?— preguntó Pinocho admirado.

—¡Aquí arriba estoy!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Padre e hijo se volvieron hacia el techo, y vieron en una viga al grillo parlante...

—¡Oh, mi querido grillito!--exclamó Pinocho saludando graciosamente.

—Ahora me llamas «tu querido grillito», ¿no es verdad? Pero, ¿te acuerdas de cuando me tirabas un mazo para arrojarme de tu casa?

—¡Tienes razón, grillito! ¡Arrójame también a mí de tu casa, tírame otro mazo, pero ten compasión de mi pobre papá!

—Tendré compasión no sólo del pobre padre sino también del hijo; pero te he recordado la mala acción que cometiste conmigo, para enseñarte que en este mundo se debe ser cortés con todos si lo que quieres es que tengan contigo igual cortesía.

—¡Tienes razón, grillito; tienes razón que te sobra, y no olvidaré nunca la lección que me has dado! Pero, oye: ¿cómo te has arreglado para comprarte esta cabaña tan bonita?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Esta cabaña me la regaló ayer una linda cabrita que tenía el pelo de hermoso color azul turquí.

—¿Y adónde se fue la cabrita?— preguntó Pinocho con grandísimo interés.

—No lo sé.

—¿Y cuándo volverá?

—No volverá nunca. Ayer se marchó muy afligida, y balando parecía decir:

"¡Pobre Pinocho; ya no volveré a verle más! A estas horas lo habrá devorado el dragón".

—¿Dijo eso? ¡Entonces era ella, mi— queridísima Hada!—gritó Pinocho llorando y sollozando desesperadamente.

Después de llorar un buen rato se secó los ojos, y preparando un buen lecho de paja, acostó en él al pobre viejo. Luego preguntó al grillo parlante:

—Dime, amable grillo: ¿dónde podría encontrar un poco de leche para mi padre?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ahí al lado vive el hortelano Juanón, que tiene vacas de leche, ve a su establo y encontrarás lo que buscas.

Pinocho fue a casa del hortelano Juanón, pero éste le dijo:

—¿Cuánta leche quieres?

—Un vaso lleno.

—Un vaso lleno cuesta diez céntimos. Dame primero los cuartos.

—Pero, ¡si no tengo un céntimo!— respondió Pinocho tristemente.

—Pues, hijo —replicó el hortelano—, si tú no tienes un céntimo, yo no tengo ni un dedo de leche.

—¡Todo sea por Dios! —dijo Pinocho haciendo ademán de marcharse.

—¡Espera un poco! —exclamó entonces Juanón—. Creo que aún podremos arreglarnos. ¿Quieres dar vueltas a la noria?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y qué es la noria?

— Pues mira: no es más que ir tirando de ese palo largo que ves ahí, y que sirve para sacar del pozo agua con que regar las hortalizas.

—Probaré.

—Si me sacas cien cubos de agua, te daré en cambio un vaso de leche.

—¡Está bien!

Juanón condujo a Pinocho a la huerta, y le enseñó la manera de sacar agua de la noria. Pinocho se puso en el acto al trabajo; pero antes de haber sacado los cien cubos de agua estaba ya bañado en sudor de la cabeza a los pies. Nunca había sentido tanta fatiga.

—Hasta ahora venía haciendo este trabajo mi burrito—dijo el hortelano—, pero el pobre animal se está muriendo.

—¿Podría verle? —dijo Pinocho.

—Sin inconveniente. Ven conmigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Apenas entró Pinocho en la cuadra, vio un lindo burrito extendido sobre la paja. Después de mirar fijamente al burro, se dijo Pinocho:

—¡Yo conozco a este burro! ¡Su cara no es nueva para mí!

Y arrodillándose al lado del animal, le preguntó en lenguaje asnal.

—¿Quién eres?

Al oír esta pregunta, abrió el burro los moribundos ojos, y balbuceó en el mismo lenguaje:

—¡Soy Es... pá... rra... go!

Y, cerrando los ojos, expiró.

—¡Pobre Espárrago! —dijo Pinocho a media voz, y tomando un puñado de paja, se enjugo una lágrima que corría por sus mejillas.

—Mucho te conmueve la muerte de un burro que no te ha costado nada —dijo el hortelano—. Pues, ¿qué debía hacer entonces yo que le he comprado con mi dinero contante y sonante?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Le diré a usted. Era amigo mío...

—¿Amigo tuyo?

—Y compañero de escuela.

—¿Cómo? —exclamó Juanón soltando una carcajada—. ¿Has tenido burros por compañeros de escuela? ¡Valientes estudios tendrás!

Mortificado por estas palabras, no respondió Pinocho; tomó su vaso de leche, aún caliente, y se fue a la cabaña.

Y desde aquel día en adelante, se levantó todas las mañanas antes del alba para ir a la noria, y ganar de este modo aquel vaso de leche que sentaba tan bien a su pobre padre. No se contentó con esto, sino que andando el tiempo se dedicó a fabricar cestas y canastos de junco, y con el dinero que ganaba atendía cuidadosamente a los gastos necesarios. Fabricó también, entre otras muchas cosas, un elegante carrito para llevar a su papá de paseo cuando hacía buen tiempo, para que tomase el aire y el sol.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Durante las primeras horas de la noche se ejercitaba en leer y escribir. Por unos cuantos céntimos había comprado en la población vecina un libro muy grande, al cual sólo le faltaban unas hojas del principio y el índice, y en este libro hacía su lectura. Para escribir se servía de una paja cortada a guisa de pluma; y como no tenía tinta, ni siquiera de calamares, mojaba su pluma en una jícara en la que había echado jugo de moras o de guindas.

Con su constante deseo de trabajar y su incansable actividad, no sólo conseguía atender cumplidamente a todas las necesidades de la vida, y especialmente a las de su padre enfermo, sino que había podido ahorrar hasta unas cuarenta perras chicas para comprarse un traje nuevo.

Una mañana dijo a su padre:

—Me voy al mercado vecino para comprarme una chaqueta, un gorro y un par de zapatos. Cuando

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

vuelva a casa —agregó sonriendo—, estaré tan elegante, que no me cambiaré por un gran señor.

Y en cuanto salió de casa, comenzó a correr alegre y contento. A poco oyó que pronunciaban su nombre, y al volverse vio un caracol que salía de entre un matorral.

—¿No te acuerdas de mí?

—Por un lado me parece que sí, y por otro que no.

—¿No te acuerdas de aquel caracol que estaba al servicio del Hada de cabellos azules? ¿No te acuerdas de aquella noche que bajé a abrirte la puerta y estabas con un pie sujeto entre las tablas?

—Me acuerdo de todo —interrumpió Pinocho—; pero contéstame en seguida, mi buen caracol. ¿Dónde has dejado a mi buena Hada? ¿Qué hace? ¿Me ha perdonado? ¿Se acuerda de mí? ¿Sigue queriéndome lo mismo? ¿Está muy lejos de aquí? ¿Dónde podría encontrarla?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A todas estas preguntas, hechas precipitadamente y sin tomar aliento, contestó el caracol con su acostumbrada calma:

—Pinocho mío, la pobre Hada está en el hospital.

—¿En el hospital?

—Desgraciadamente. Perseguida por las calamidades y gravemente enferma, hoy no tiene ni para comprar un triste pedazo de pan.

—Pero, ¿de veras? ¡Oh, qué pena tan grande! ¡Pobre Hada mía! ¡Si tuviera un millón, correría para entregártelo, pero no tengo más que cuarenta monedas de cobre! ¡Míralas! Era lo justo para comprarme un traje nuevo. ¡Tómalas, caracol, y corre a llevárselos a mi buen Hada!

—¿Y tu traje nuevo?

—¿Qué importa del traje nuevo? ¡Vendería hasta los harapos que llevo encima para poder ayudarla! ¡Anda, caracol, despacha pronto! Vuelve por aquí dentro de dos días, y espero poder darte alguna otra perrilla. Hasta ahora he

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

trabajado para mantener a mi padre; desde hoy en adelante, trabajaré cinco horas más para mantener también a mi buena mamá. ¡Vete ya, caracol, y hasta dentro de dos días!

Contra su costumbre, echó a correr el caracol como una lagartija durante los calores del verano.

Cuando Pinocho volvió a la cabaña, le preguntó su papá:

—¿Y el vestido nuevo?

—No he podido encontrar uno que me sentara bien. ¡Paciencia! ¡Otra vez lo compraré!

En vez de velar aquella noche hasta las diez, Pinocho estuvo trabajando hasta después de media noche, y en vez de ocho canastos hizo dieciséis.

Después se acostó, y se quedó dormido. Y mientras dormía, le pareció que veía en sueños a su Hada, bella y risueña, que le decía, después de haberle besado cariñosamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Muy bien, Pinocho! ¡Por el buen corazón que has demostrado tener, te perdono todas las travesuras que has hecho hasta hoy! Los muchachos que atienden amorosamente a sus padres en la miseria y en la enfermedad, merecen siempre ser queridos, aunque no se los pueda citar como modelos de obediencia ni de buena conducta. Ten juicio en adelante, y serás feliz.

En este momento terminó el sueño y despertó Pinocho.

Ahora imagínense cuál sería su sorpresa cuando, al despertar, se dio cuenta que ya no era un muñeco de madera, sino que se había convertido en un chico como todos los demás.

Miró en torno suyo, y en vez de las paredes de paja de la cabaña, vio una linda habitación amueblada con elegante sencillez. Salió de la cama y se encontró con un lindo traje nuevo, una gorra nueva y un par de preciosos zapatos de charol.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Apenas se hubo vestido, sintió el natural deseo de registrar los bolsillos; y al meter la mano, encontró un portamonedas de marfil que tenía escritas las siguientes palabras: "El Hada de los cabellos azules devuelve a su querido Pinocho los cuarenta monedas de cobre, y le agradece mucho su buena acción".

Cuando abrió el portamonedas, en vez de cuarenta monedas de cobre encontró otras cuarenta relucientes monedas de oro.

Luego, fue a mirarse al espejo, y le pareció ser otro. No vio ya reflejada en él la acostumbrada imagen del muñeco de madera, sino la imagen viva e inteligente de un lindo muchacho con los cabellos castaños, los ojos celestes y con un aire alegre y festivo como la pascua florida.

En medio de tan maravillosos sucesos, ya no sabía Pinocho si todo era realidad o estaba soñando con los ojos abiertos.

—¿Dónde está mi papá? —gritó poco después; y entrando en una habitación contigua, encontró al

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

viejo Gepeto sano, listo y con su antiguo buen humor, que habiendo vuelto a su oficio de tallista, estaba dibujando una preciosa cornisa adornada de hojas, de flores y de cabezas de diversos animales.

—¡Papá mío! Dime, por favor, ¿qué quiere decir todo esto?

—¿Cómo se explican estos cambios tan imprevistos?—le preguntó Pinocho, saltando a su cuello y cubriéndole el rostro de besos.

—Todos estos cambios imprevistos son debidos a tus méritos.

—¿Por qué a mis méritos?

—Porque cuando los muchachos se convierten de malos a buenos, tienen la virtud de dar otro aspecto nuevo y mejor a su familia y a todo lo que los rodea.

—¿Dónde se habrá escondido el viejo Pinocho de madera?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Mírate —contestó Gepeto, y le indicó un gran muñeco apoyado en una silla, con la cabeza inclinada a un lado, los brazos colgando y las piernas cruzadas y dobladas por la mitad, de tal forma que parecía un milagro que se pudiese sostener derecho.

Pinocho se volteó a contemplarlo y, cuando ya lo había observado un poco, dijo para sí con grandísima complacencia:

—¡Qué cómico resultaba yo cuando era un muñeco! ¡Y qué contento estoy ahora de haberme transformado en un chico como es debido!

FIN

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

Barba azul

Charles Perrault

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase una vez un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles forrados en finísimo brocado y carrozas todas doradas. Pero desgraciadamente, este hombre tenía la barba azul; esto le daba un aspecto tan feo y terrible que todas las mujeres le evitaban. Una vecina suya, dama distinguida, tenía dos hijas hermosísimas. Él le pidió la mano de una de ellas, dejando a su elección cuál querría darle. Ninguna de las dos quería y se lo pasaban una a la otra, pues no podían resignarse a tener un marido con la barba azul. Pero lo que más les disgustaba era que ya se había casado varias veces y nadie sabia qué había pasado con esas mujeres.

Barba Azul, para conocerlas, las llevó con su madre y tres o cuatro de sus mejores amigas, y algunos jóvenes de la comarca, a una de sus casas de campo, donde permanecieron ocho días completos. El tiempo se les iba en paseos, cacerías, pesca, bailes, festines, meriendas y cenas; nadie dormía y se pasaban la noche

entre bromas y diversiones. En fin, todo marchó tan bien que la menor de las jóvenes empezó a encontrar que el dueño de la casa ya no tenía la barba tan azul y que era un hombre muy correcto. Tan pronto hubieron llegado a la ciudad, quedó arreglada la boda y enseguida se casaron.

Al cabo de un mes, Barba Azul le dijo a su mujer que tenía que viajar a la provincia por seis semanas a lo menos debido a un negocio importante; le pidió que se divirtiera en su ausencia, que hiciera venir a sus buenas amigas, que las llevara al campo si lo deseaban, que se diera gusto. —He aquí —le dijo—, las llaves de los dos guardamuebles, éstas son las de la vajilla de oro y plata que no se ocupa todos los días, aquí están las de los estuches donde guardo mis pedrerías, y ésta es la llave maestra de todos los aposentos. En cuanto a esta llavecita, es la del gabinete al fondo de la galería de mi departamento: abrid todo, id a todos lados, pero os prohíbo entrar a este pequeño gabinete, y os lo prohíbo de tal

manera que si llegáis a abrirlo, todo lo podéis esperar de mi cólera.

Ella prometió cumplir exactamente con lo que se le acababa de ordenar; y él, luego de abrazarla, sube a su carruaje y emprende su viaje. Las vecinas y las buenas amigas no se hicieron de rogar para ir donde la recién casada, tan impacientes estaban por ver todas las riquezas de su casa, no habiéndose atrevido a venir mientras el marido estaba presente a causa de su barba azul que les daba miedo. De inmediato se ponen a recorrer las habitaciones, los gabinetes, los armarios de trajes, a cual de todos los vestidos más hermosos y más ricos. Subieron en seguida a los guardamuebles, donde no se cansaban de admirar la cantidad y magnificencia de las tapicerías, de las camas, de los sofás, de los bargueños, de los veladores, de las mesas y de los espejos donde uno se miraba de la cabeza a los pies, y cuyos marcos, unos de cristal, los otros de plata o de plata recamada en oro,

eran los más hermosos y magníficos que jamás se vieran.

No cesaban de alabar y envidiar la felicidad de su amiga quien, sin embargo, no se divertía nada al ver tantas riquezas debido a la impaciencia que sentía por ir a abrir el gabinete del departamento de su marido. Tan apremiante fue su curiosidad que, sin considerar que dejarlas solas era una falta de cortesía, bajó por una angosta escalera secreta y tan precipitadamente, que estuvo a punto de romperse los huesos dos o tres veces. Al llegar a la puerta del gabinete, se detuvo durante un rato, pensando en la prohibición que le había hecho su marido, y temiendo que esta desobediencia pudiera acarrearle alguna desgracia. Pero la tentación era tan grande que no pudo superarla: tomó, pues, la llavecita y temblando abrió la puerta del gabinete. Al principio no vio nada porque las ventanas estaban cerradas; al cabo de un momento, empezó a ver que el piso se hallaba todo cubierto de sangre coagulada, y que en esta

sangre se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas y atadas a las murallas (eran todas las mujeres que habían sido las esposas de Barba Azul y que él había degollado una tras otra).

Creyó que se iba a morir de miedo, y la llave del gabinete que había sacado de la cerradura se le cayó de la mano. Después de reponerse un poco, recogió la llave, volvió a salir y cerró la puerta; subió a su habitación para recuperar un poco la calma; pero no lo lograba, tan conmovida estaba. Habiendo observado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la limpió dos o tres veces, pero la sangre no se iba; por mucho que la lavara y aún la restregara con arenilla, la sangre siempre estaba allí, porque la llave era mágica, y no había forma de limpiarla del todo: si se le sacaba la mancha de un lado, aparecía en el otro. Barba Azul regresó de su viaje esa misma tarde diciendo que en el camino había recibido

cartas informándole que el asunto motivo del viaje acababa de finiquitarse a su favor. Su

esposa hizo todo lo que pudo para demostrarle que estaba encantada con su pronto regreso.

Al día siguiente, él le pidió que le devolviera las llaves y ella se las dio, pero con una mano tan temblorosa que él adivinó sin esfuerzo todo lo que había pasado.

—¿Y por qué —le dijo— la llave del gabinete no está con las demás? —Tengo que haberla dejado —contestó ella— allá arriba sobre mi mesa. —No dejéis de dármela muy pronto — dijo Barba Azul.

Después de aplazar la entrega varias veces, no hubo más remedio que traer la llave. Habiéndola examinado, Barba Azul dijo a su mujer:

—¿Por qué hay sangre en esta llave? —No lo sé, respondió la pobre mujer, pálida como una muerta.

—No lo sabéis —repuso Barba Azul—, pero yo sé muy bien. ¡Habéis tratado de entrar al gabinete! Pues bien, señora, entraréis y

ocuparéis vuestro lugar junto a las damas que allí habéis visto.

Ella se echó a los pies de su marido, llorando y pidiéndole perdón, con todas las demostraciones de un verdadero arrepentimiento por no haber sido obediente. Habría enternecido a una roca, hermosa y afligida como estaba; pero Barba Azul tenía el corazón más duro que una roca.

—Hay que morir, señora —le dijo—, y de inmediato. —Puesto que voy a morir —respondió ella mirándolo con los ojos bañados de lágrimas—, dadme un poco de tiempo para rezarle a Dios.

—Os doy medio cuarto de hora —replicó Barba Azul—, y ni un momento más. Cuando estuvo sola llamó a su hermana y le dijo:

—Ana —pues así se llamaba—, hermana mía, te lo ruego, sube a lo alto de la torre, para ver si vienen mis hermanos, prometieron venir hoy a verme, y si los ves, hazles señas para que se den prisa. La hermana Ana subió a lo alto de la

torre, y la pobre afligida le gritaba de tanto en tanto;

Mientras tanto Barba Azul, con un enorme cuchillo en la mano, le gritaba con toda sus fuerzas a su mujer:

—Baja pronto o subiré hasta allá. —Esperad un momento más, por favor —respondía su mujer; y a continuación exclamaba en voz baja—. Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie? —Y la hermana Ana respondía— No veo más que el sol que resplandece y la hierba que reverdece.

—Baja ya, gritaba Barba Azul, o yo subiré.

—Voy en seguida, le respondía su mujer; y luego suplicaba: Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

—Veo, respondió la hermana Ana, una gran polvareda que viene de este lado.

—¿Son mis hermanos? —¡Ay, hermana, no! es un rebaño de ovejas. —¿No piensas bajar? gritaba Barba Azul. —En un momento más,

respondía su mujer; y en seguida clamaba: Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

Veo, respondió ella, a dos jinetes que vienen hacia acá, pero están muy lejos todavía... ¡Alabado sea Dios! exclamó un instante después, son mis hermanos; les estoy haciendo señas tanto como puedo para que se den prisa.

Barba Azul se puso a gritar tan fuerte que toda la casa temblaba. La pobre mujer bajó y se arrojó a sus pies, deshecha en lágrimas y enloquecida.

—Es inútil, dijo Barba Azul, hay que morir.

Luego, agarrándola del pelo con una mano, y levantando la otra con el cuchillo se dispuso a cortarle la cabeza. La infeliz mujer, volviéndose hacia él y mirándolo con ojos desfallecidos, le rogó que le concediera un momento para recogerse.

—No, no —dijo él—, encomiéndate a Dios; y alzando su brazo...

En ese mismo instante golpearon tan fuerte a la puerta que Barba Azul se detuvo

bruscamente; al abrirse la puerta entraron dos jinetes que, espada en mano, corrieron derecho hacia Barba Azul.

Este reconoció a los hermanos de su mujer, uno dragón y el otro mosquetero, de modo que huyó para guarecerse; pero los dos hermanos lo persiguieron tan de cerca, que lo atraparon antes que pudiera alcanzar a salir. Le atravesaron el cuerpo con sus espadas y lo dejaron muerto. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido, y no tenía fuerzas para levantarse y abrazar a sus hermanos.

Ocurrió que Barba Azul no tenía herederos, de modo que su esposa pasó a ser dueña de todos sus bienes. Empleó una parte en casar a su hermana Ana con un joven gentilhombre que la amaba desde hacía mucho tiempo; otra parte en comprar cargos de Capitán a sus dos hermanos; y el resto a casarse ella misma con un hombre muy correcto que la hizo olvidar los malos ratos pasados con Barba Azul.

FIN

MORALEJA

La curiosidad, teniendo sus encantos,
a menudo se paga con penas y con llantos;
a diario mil ejemplos se ven aparecer.
Es, con perdón del sexo, placer harto
menguado;
no bien se experimenta cuando deja de ser;
y el precio que se paga es siempre exagerado.

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Blancanieves y los siete enanitos

Hermanos Grimm

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Era un crudo día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La Reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre destacaba bellamente sobre el fondo blanco, y ella pensó: «¡Ah, si pudiese tener una hija que fuese blanca como nieve, roja como sangre y negra como el ébano de esta ventana!».

No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves. Pero al nacer ella, murió la Reina.

Un año más tarde, el Rey volvió a casarse. La nueva reina era muy bella, pero orgullosa y altanera, y no podía sufrir que nadie la aventajase en hermosura.

Tenía un espejo prodigioso, y cada vez que se miraba en él, le preguntaba:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?»

Y el espejo le contestaba invariablemente:

«Señora Reina, vos sois la más hermosa en todo el país.»

La Reina quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad. Blancanieves fue creciendo y se hacía más bella cada día.

Cuando cumplió los siete años, era tan hermosa como la luz del día, y mucho más que la misma Reina.

Al preguntar ésta un día al espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella.»

La Reina se espantó, palideciendo de envidia y, desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía revolvérsele el corazón; tal era el odio que abrigaba contra ella. Y la envidia y la soberbia, como las malas hierbas, crecían cada vez más altas en su alma, no

dejándole un instante de reposo ni de día ni de noche.

Finalmente, llamó un día a un montero y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque; no quiero tenerla más tiempo ante mis ojos. La matarás, y en prueba de haber cumplido mi orden, me traerás sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se marchó al bosque con la muchacha. Pero cuando se disponía a clavar su cuchillo de monte en el inocente corazón de la niña, ésta se echó a llorar:

—¡Piedad, buen cazador, déjame vivir! —suplicaba—. Me quedaré en el bosque y jamás volveré a palacio.

Y era tan hermosa que el cazador, apiadándose de ella, le dijo:

—¡Márchate, pues, pobrecilla!

Y pensó: «No tardarán las fieras en devorarte». Y, sin embargo, le pareció como si se le quitase una piedra del corazón al no tener que matarla. Y como acertara a pasar por allí un jabatillo, lo degolló, le sacó los

pulmones y el hígado, y se los llevó a la Reina como prueba de haber cumplido su mandato.

La perversa mujer los entregó al cocinero para que se los guisara, y se los comió convencida de que comía la carne de Blancanieves.

La pobre niña se encontró sola y abandonada en el inmenso bosque. Se moría de miedo, y el menor movimiento de las hojas de los árboles le daba un sobresalto. No sabiendo qué hacer, echó a correr por entre espinos y piedras puntiagudas, y los animales de la selva pasaban saltando por su lado sin causarle el menor daño.

Siguió corriendo mientras la llevaron los pies y hasta que se ocultó el sol.

Entonces vio una casita y entró en ella para descansar.

Todo era diminuto en la casita, pero tan primoroso y limpio, que no hay palabras para describirlo.

Había un mesita cubierta con un mantel blanquísimo, con siete minúsculos platitos y siete vasitos; y al lado de cada platito había

su cucharilla, su cuchillito y su tenedorcito. Alineadas junto a la pared se veían siete camitas, con sábanas de inmaculada blancura.

Blancanieves, como estaba muy hambrienta, comió un poquitín de legumbres y un bocadito de pan de cada platito, y bebió una gota de vino de cada copita, pues no quería tomarlo todo de uno solo.

Luego, sintiéndose muy cansada, quiso echarse en una de las camitas; pero ninguna era de su medida: resultaba demasiado larga o demasiado corta; hasta que, por fin, la séptima le vino bien; se acostó en ella, se encomendó a Dios y quedó dormida.

Cerrada ya la noche, llegaron los dueños de la casita, que eran siete enanos que se dedicaban a excavar minerales en el monte. Encendieron sus siete lamparillas y, al iluminarse la habitación, vieron que alguien había entrado en ella, pues las cosas no estaban en el orden en que ellos las habían dejado al marcharse.

Dijo el primero:

—¿Quién se sentó en mi sillita? El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito? El tercero:

—¿Quién ha cortado un poco de mi pan? El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita? El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito? El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito? Y el séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego el primero, dándose una vuelta por la habitación y viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

—¿Quién se ha subido en mi camita?

Acudieron corriendo los demás y exclamaron todos:

—¡Alguien estuvo echado en la mía!

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves dormida en ella. Llamó entonces a los demás, los cuales acudieron presurosos y no pudieron reprimir

sus exclamaciones de admiración cuando, acercando las siete lamparillas, vieron a la niña.

—¡Oh, Dios mío; oh, Dios mio! —decían—. ¡Qué criatura más hermosa!

Y fue tal su alegría, que decidieron no despertarla, sino dejar que siguiera durmiendo en la camita.

El séptimo enano se acostó junto a sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche.

Al clarear el día Blancanieves se despertó y, al ver a los siete enanos, tuvo un sobresalto. Pero ellos la saludaron afablemente y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo llegaste a nuestra casa? —siguieron preguntando los hombrecillos.

Entonces ella les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y ella

había estado corriendo todo el día hasta que, al atardecer, encontró la casita.

Dijeron los enanos:

—¿Quieres cuidar de nuestra casa? ¿Cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y mantenerlo todo ordenado y limpio? Si es así, puedes quedarte con nosotros y nada te faltará.

—¡Sí! —exclamó Blancanieves—. Con mucho gusto. Y se quedó con ellos.

A partir de entonces, cuidaba la casa con todo esmero. Por la mañana, ellos salían a la montaña en busca de mineral y oro, y al regresar por la tarde, encontraban la comida preparada.

Durante el día, la niña se quedaba sola, y los buenos enanitos le advirtieron:

—Guárdate de tu madrastra, que no tardará en saber que estás aquí. ¡No dejes entrar a nadie!

La Reina, entretanto, desde que creía haberse comido los pulmones y el hígado de

Blancanieves, vivía segura de volver a ser la primera en belleza.

Acercóse un día al espejo y le preguntó:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.»

La Reina se sobresaltó, pues sabía que el espejo jamás mentía, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado, y que Blancanieves no estaba muerta. Pensó entonces otra manera de deshacerse de ella, pues mientras hubiese en el país alguien que la superase en belleza, la envidia no la dejaba reposar.

Finalmente, ideó un medio. Se tiznó la cara y se vistió como una vieja buhonera, quedando completamente desconocida. Así disfrazada, se dirigió a las siete montañas y, llamando a la puerta de los siete enanitos, gritó:

—¡Vendo cosas buenas y bonitas!

Blancanieves se asomó a la ventana y le dijo:

—¡Buenos días, buena mujer! ¿Qué traéis para vender?

—Cosas finas, cosas finas —respondió la Reina—. Lazos de todos los colores.

Y sacó uno trenzado, de seda multicolor. «Bien puedo dejar entrar a esta pobre mujer», pensó Blancanieves. Y, abriendo la puerta, compró el primoroso lacito.

—¡Qué linda eres, niña! —exclamó la vieja—. Ven, que yo misma te pondré el lazo.

Blancanieves, sin sospechar nada, se puso delante de la vendedora para que le atase la cinta alrededor del cuello, pero la bruja lo hizo tan bruscamente y apretando tanto, que a la niña se le cortó la respiración y cayó como muerta.

—¡Ahora ya no eres la más hermosa! —dijo la madrastra, y se alejó precipitadamente.

Al cabo de poco rato, ya anochecido, regresaron los siete enanos. Imaginad su susto cuando vieron tendida en el suelo a su

querida Blancanieves, sin moverse, como muerta.

Corrieron a incorporarla y viendo que el lazo le apretaba el cuello, se apresuraron a cortarlo. La niña comenzó a respirar levemente, y poco a poco fue volviendo en sí.

Al oír los enanos lo que había sucedido, le dijeron:

—La vieja vendedora no era otra que la malvada Reina. Guárdate muy bien de dejar entrar a nadie mientras nosotros estemos ausentes.

La mala mujer, al llegar a palacio, corrió ante el espejo y le preguntó:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo, como la vez anterior:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.»

Al oírlo, del despecho toda la sangre le afluyó al corazón, pues vio que Blancanieves continuaba viviendo. «Esta vez —se dijo— idearé una treta de la que no te escaparás». Y, valiéndose de las artes diabólicas en que era maestra, fabricó un peine envenenado.

Luego volvió a disfrazarse, adoptando también la figura de una vieja, y se fue a las montañas y llamó a la puerta de los siete enanos.

—¡Buena mercancía para vender! —gritó. Blancanieves, asomándose a la ventana, díjole:

—Seguid vuestro camino, que no puedo abrir a nadie.

—¡Al menos podrás mirar lo que traigo! —dijo la vieja.

Y, sacando el peine, lo levantó en el aire. Gustóle tanto el peine a la niña, que olvidándose de todas las advertencias abrió la puerta.

Cuando se hubieron puesto de acuerdo sobre el precio dijo la vieja:

—Ven que te peine como Dios manda.

La pobrecilla, no pensando nada malo, dejó hacer a la vieja; mas apenas hubo ésta clavado el peine en el cabello, el veneno produjo su efecto y la niña se desplomó insensible.

—¡Dechado de belleza —exclamó la malvada bruja—, ahora sí que estás lista! Y se marchó.

Pero, afortunadamente, faltaba poco para la noche, y los enanitos no tardaron en regresar. Al encontrar a Blancanieves inanimada en el suelo, en seguida sospecharon de la madrastra. Y, buscando, descubrieron el peine envenenado. Quitáronselo y, al momento, volvió la niña en sí y les explicó lo ocurrido.

Ellos le advirtieron de nuevo que debía estar alerta y no abrir la puerta a nadie.

La Reina, de nuevo en palacio, fue directamente a su espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?»

Y, como las veces anteriores, respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.»

Al oír estas palabras del espejo, la malvada bruja se puso a temblar de rabia.

—¡Blancanieves morirá —gritó—, aunque me haya de costar a mí la vida!

Y, bajando a una cámara secreta donde nadie tenía acceso sino ella, preparó una manzana con un veneno de lo más virulento. Por fuera era preciosa, blanca y sonrosada, capaz de hacer la boca agua a cualquiera que la viese. Pero un solo bocado significaba la muerte segura.

Cuando tuvo preparada la manzana, se pintó nuevamente la cara, se vistió de campesina y se encaminó a las siete montañas, a la casa de los siete enanos.

Llamó a la puerta, Blancanieves asomó la cabeza a la ventana y dijo:

—No debo abrir a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

—Como quieras —respondió la campesina—. Pero yo quiero deshacerme de mis manzanas. Mira, te regalo una.

—No —contestó la niña—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes acaso que te envenene? —dijo la vieja—. Fíjate —cortó la manzana en dos mitades—: tú te comes la parte roja, y yo, la blanca.

La fruta estaba preparada de modo que sólo el lado encarnado tenía veneno.

Blancanieves miraba la fruta con ojos codiciosos, y cuando vio que la campesina la comía, no pudo ya resistir.

Alargó la mano y cogió la mitad envenenada. Pero no bien se hubo metido en la boca el primer trocito, cayó en el suelo muerta.

La Reina la contempló con una mirada de rencor y, echándose a reír, dijo:

—¡Blanca como la nieve; roja como la sangre; negra como el ébano! Esta vez, no te resucitarán los enanos.

Y cuando, al llegar a palacio, preguntó al espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?» Y el espejole respondió, al fin:

«Señora Reina, vos sois la más hermosa en todo el país.»

Sólo entonces se aquietó su envidioso corazón, suponiendo que un corazón envidioso pueda aquietarse.

Los enanitos, al volver a su casa aquella noche, encontraron a Blancanieves tendida en el suelo, sin que de sus labios saliera el hálito más leve. Estaba muerta. La levantaron, miraron si tenía encima algún objeto emponzoñado, la desabrocharon, le peinaron el pelo, la lavaron con agua y vino, pero todo fue inútil. La pobre niña estaba muerta y bien muerta.

La colocaron en un ataúd, y los siete, sentándose alrededor, la estuvieron llorando por espacio de tres días. Luego pensaron en darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se conservaba lozano, como el de una persona viva, y que sus mejillas seguían sonrosadas, dijeron:

—No podemos enterrarla en el seno de la negra tierra.

Y mandaron fabricar una caja de cristal transparente que permitiese verla desde todos lados. La colocaron en ella y grabaron su nombre con letras de oro: «Princesa Blancanieves».

Después transportaron el ataúd a la cumbre de la montaña, y uno de ellos, por turno, estaba siempre allí haciéndole vela. Y hasta los animales acudieron a llorar a Blancanieves; primero, una lechuza; luego, un cuervo y, finalmente, una palomita.

Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo blanca

como la nieve, roja como la sangre y con el cabello negro como ébano.

Sucedió, empero, que un príncipe que se había metido en el bosque, se dirigió a la casa de los enanitos para pasar la noche. Vio en la montaña el ataúd que contenía a la hermosa Blancanieves y leyó la inscripción grabada con letras de oro.

Dijo entonces a los enanos:

—Dadme el ataúd, os pagaré por él lo que me pidáis. Pero los enanos contestaron:

—Ni por todo el oro del mundo lo venderíamos.

—En tal caso, regaládmelo —propuso el príncipe—, pues ya no podré vivir sin ver a Blancanieves. La honraré y reverenciaré como a lo que más quiero.

Al oír estas palabras, los hombrecillos sintieron compasión del príncipe y le regalaron el féretro.

El príncipe mandó que sus criados lo transportasen en hombros. Pero ocurrió que en el camino tropezaron contra una mata, y

de la sacudida saltó del cuello de Blancanieves el bocado de la manzana envenenada, que todavía tenía atragantado. Y, al poco rato, la princesa abrió los ojos y recobró la vida.

Levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

—¡Dios Santo!, ¿dónde estoy?

Y el príncipe le respondió, loco de alegría:

—Estás conmigo —y, después de explicarle todo lo ocurrido, le dijo—. Te quiero más que a nadie en el mundo. Vente al castillo de mi padre y serás mi esposa.

Accedió Blancanieves y se marchó con él al palacio, donde en seguida se dispuso la boda que debía celebrarse con gran magnificencia y esplendor.

A la fiesta fue invitada también la malvada madrastra de Blancanieves. Una vez se hubo ataviado con sus vestidos más lujosos, fue al espejo y le preguntó:

«Espejito en la pared, dime una cosa:

¿quién es de este país la más hermosa?» Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois como una estrella, pero la reina joven es mil veces más bella.»

La malvada mujer soltó una palabrota y tuvo tal sobresalto, que quedó como fuera de sí. Su primer propósito fue no ir a la boda, pero la inquietud la roía, y no pudo resistir al deseo de ver a aquella joven reina.

Al entrar en el salón reconoció a Blancanieves, y fue tal su espanto y pasmo, que se quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Pero habían puesto ya al fuego unas zapatillas de hierro y estaban incandescentes. Cogiéndolas con tenazas, la obligaron a ponérselas, y hubo de bailar con ellas hasta que cayó muerta.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Caperucita roja

Charles Perrault

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase una vez una niña, que vivía en un pueblo, las más bonita que se hubiera visto; su madre la quería con locura, y su abuela todavía la quería más. Esa buena mujer hizo para su pequeña una capa con capucha de color rojo, que le quedaba tan bien, que en todas partes le llamaban Caperucita roja.

Un día su madre, después de cocinar un bizcocho, le dijo:

—Vete a ver que tal está la abuela, porque tenía un fuerte resfriado y quiero que le lleves este bizcocho y un poco de mantequilla, para que se ponga mejor.

Caperucita salió hacia casa de su abuela, que vivía en otro pueblo. El camino atravesaba un gran bosque, y fue allí donde se encontró con un lobo hambriento con ganas de comérsela. Pero no se atrevió porque en ese momento el bosque estaba lleno de leñadores, entonces el lobo le preguntó a Caperucita.

—¿A donde vas tan contenta por el camino del bosque? —preguntó el lobo con cierto interés.

—Voy a casa de mi abuela —respondió Caperucita sin saber lo peligroso que era pararse a hablar con el lobo— le llevo bizcocho porque está malita y necesita que alguien la cuide.

—Y tu abuela, ¿vive lejos de aquí? —le dijo el lobo— me gustaría hacerle una visita para ver si se encuentra mejor.

—Oh si! —dijo Caperucita— vive después del molino que está más allá del bosque, la primera casa del pueblo.

—Si, ya se donde es —dijo el lobo— yo iré por este camino y tu por ese otro, a ver quien llega antes.

El lobo señaló a Caperucita el camino más largo y él echó a correr por el camino más corto, teniendo la seguridad de que llegaría antes que ella. Sin sospechar

nada, Caperucita fue con calma, parándose a coger nueces por el camino, corriendo tras las mariposas y recogiendo algunas flores para llevarle un lindo ramo a su abuela. El lobo no tardó en llegar a la casa de abuela y llamó a la puerta: Toc toc

—¿Quién es? —dijo la abuela.

—Soy Caperucita, —dijo el lobo imitando su voz— traigo bizcocho que hizo mamá.

—Adelante, tira de la manilla y abre —dijo la abuela que estaba metida en cama con un poco de fiebre.

El lobo abrió la puerta, se echó sobre la abuela y se la comió en un abrir y cerrar de ojos. Tenía mucha hambre pues llevaba tres días sin comer. Enseguida fue a cerrar la puerta y se metió en cama a esperar la llegada de Caperucita. Poco tiempo después alguien llamó a la puerta: Toc toc

—¿Quién es? —dijo el lobo imitando la voz de la abuela.

Caperucita tuvo un poco de miedo cuando escuchó la voz ronca de la abuela, pero pensó que tenía la nariz atascada del resfriado, y contestó:

—Soy yo, Caperucita. —dijo la niña— Traigo bizcocho y mantequilla para que te pongas bien.

—Entra —dijo el lobo— tira de la manilla y abre la puerta.

El lobo al ver entrar a Caperucita, se escondió bajo las mantas y dijo:

—Deja el bizcocho sobre la mesa y ven a la cama conmigo.

Caperucita se quitó la capa roja y los zapatos, y al entrar en la cama se sorprendió de ver a su abuela sin ropa. Entonces dijo:

—Abuelita, ¿cómo es que tienes los brazos tan grandes? —dijo Caperucita.

—Son para abrazarte mejor, mi hijita —respondió el lobo.

—Abuelita, ¿y esas piernas tan largas? —continuó Caperucita.

—Son para andar más rápido, mi pequeña —dijo el lobo.

—Abuelita, pero que grandes tienes las orejas —dijo Caperucita.

—Son para oírte mejor —dijo el lobo.

—Abuelita, y que grandes tienes los ojos —dijo Caperucita.

—Son para verte mejor —respondió el lobo.

—Abuelita, ¿y porque tienes esos dientes tan grandes? —dijo Caperucita.

—Son para comerte —dijo el lobo.

Y pronunciando estas palabras, el malvado lobo cogió a Caperucita y se la comió.

FIN

AUTOR: Charles Perrault

Moraleja

Aquí vemos que la adolescencia,
en especial las señoritas,
bien hechas, amables y bonitas
no deben a cualquiera oír con
complacencia,
y no resulta causa de extrañeza
ver que muchas del lobo son la presa.
Y digo el lobo, pues bajo su envoltura
no todos son de igual calaña:
Los hay con no poca maña,
silenciosos, sin odio ni amargura,
que en secreto, pacientes, con dulzura
van a la siga de las damiselas
hasta las casas y en las callejuelas;

más, bien sabemos que los zalameros entre todos los lobos ¡ay! son los más fieros.

https://cuentosinfantiles.top

LA CENICIENTA

Charles Perrault

La Cenicienta

Charles Perrault

Había una vez un gentil hombre que se casó en segundas nupcias con una mujer, la más altanera y orgullosa que jamás se haya visto. Tenía dos hijas por el estilo y que se le parecían en todo.

El marido, por su lado, tenía una hija, pero de una dulzura y bondad sin par; lo había heredado de su madre que era la mejor persona del mundo.

Junto con realizarse la boda, la madrastra dio libre curso a su mal carácter; no pudo soportar las cualidades de la joven, que hacían aparecer todavía más odiosas a sus hijas.

La obligó a las más viles tareas de la casa: ella era la que fregaba los pisos y la vajilla, la que limpiaba los cuartos de la señora y de las señoritas; dormía en lo más alto de la casa, en una buhardilla, sobre una mísera vmanta, mientras sus hermanas ocupaban habitaciones con parquet, donde tenían camas a la última moda y espejos en que podían mirarse de cuerpo entero.

La pobre muchacha aguantaba todo con paciencia, y no se atrevía a quejarse ante su padre, de miedo que le reprendiera, pues su mujer lo dominaba por completo. Cuando terminaba sus quehaceres, se instalaba en el rincón de la chimenea, sentándose sobre las cenizas, lo que le había merecido el apodo de Cenicienta, quien con sus míseras ropas, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas que andaban tan ricamente vestidas.

Sucedió que el hijo del rey dio un baile al que invitó a todas las personas distinguidas; nuestras dos señoritas también fueron invitadas, pues tenían mucho nombre en la comarca. Helas aquí muy satisfechas y preocupadas de elegir los trajes y peinados que mejor les sentaran; nuevo trabajo para Cenicienta, pues era ella quien planchaba la ropa de sus hermanas y plisaba los adornos de sus vestidos. No se hablaba más que de la forma en que irían trajeadas.

—Yo —dijo la mayor— me pondré mi vestido de terciopelo rojo y mis adornos de Inglaterra.

—Yo —dijo la menor— iré con mi falda sencilla; pero en cambio, me pondré mi abrigo con flores de oro y mi prendedor de brillantes, que no pasarán desapercibidos. Manos expertas se encargaron de armar los peinados de dos pisos y se compraron lunares postizos. Llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, pues tenía buen gusto. Cenicienta las aconsejó lo mejor posible, y se ofreció incluso para arreglarles el peinado, lo que aceptaron. Mientras las peinaba, ellas le decían:

— Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—Ay, señoritas, se están burlando, eso no es cosa para mí.

—Tienes razón, se reirían bastante si vieran a una cenicienta entrar al baile.

Otra que no fuera Cenicienta, las habría arreglado mal los cabellos, pero ella era buena y las peinó con toda perfección.

Tan contentas estaban que pasaron cerca de dos días sin comer. Más de doce cordones rompieron a fuerza de apretarlos para que el talle se les viera más fino, y se pasaban delante del espejo. Finalmente, llegó el día feliz; partieron y Cenicienta las siguió con los ojos y cuando las perdió de vista se puso a llorar. Su madrina, que la vio anegada en lágrimas, le preguntó qué le pasaba.

—Me gustaría... me gustaría...

Lloraba tanto que no pudo terminar.

Su madrina, que era un hada, le dijo:

—¿Te gustaría ir al baile, no es cierto?

—¡Ay, sí! —dijo Cenicienta suspirando.

—¡Bueno, te portarás bien!, yo te haré ir.

La llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue en el acto a recoger la mejor que encontró y la llevó a su madrina, sin poder adivinar cómo ésta podría hacerla ir al baile. Su madrina la vació y dejándole solamente la cáscara, lo tocó con su varita mágica y al instante se convirtió en un bello carruaje

dorado. En seguida miró dentro de la ratonera donde encontró seis ratas vivas. Le dijo a Cenicienta que levantara un poco la puerta de la trampa, y a cada rata que salía le daba un golpe con la varita, y la rata quedaba automáticamente transformada en un brioso caballo; lo que hizo un tiro de seis caballos de un hermoso color gris ratón. Como no encontraba con qué hacer un cochero:

—Voy a ver, dijo Cenicienta, si hay algún ratón en la trampa, para hacer un cochero.

—Tienes razón, dijo su madrina, anda a ver. Cenicienta le llevó la trampa donde había tres ratones gordos.

El hada eligió uno por su imponente barba, y habiéndolo tocado quedó convertido en un cochero gordo con un precioso bigote.

En seguida, ella le dijo:

—Baja al jardín, encontrarás seis lagartos detrás de la regadera; tráemelos.

Tan pronto los trajo, la madrina los trocó en seis lacayos que se subieron en seguida a la parte posterior del carruaje, con sus trajes galoneados, sujetándose a él como si en su vida hubieran hecho otra cosa.

El hada dijo entonces a Cenicienta:

—Bueno, aquí tienes para ir al baile,

¿no estás bien arreglada?

—Es cierto, pero, ¿podré ir así, con estos vestidos tan feos?

Su madrina no hizo más que tocarla con su varita, y al momento sus ropas se cambiaron en magníficos vestidos de paño de oro y plata, todos recamados con pedrerías; luego le dio un par de zapatillas de cristal, las más preciosas del mundo.

Una vez ataviada de este modo, Cenicienta subió al carruaje; pero su madrina le recomendó sobre todo que regresara antes de la medianoche, advirtiéndole que si se quedaba en el baile un minuto más, su carroza volvería a convertirse en calabaza, sus caballos en ratas, sus lacayos en lagartos, y que sus viejos vestidos recuperarían su forma primitiva. Ella prometió a su madrina que saldría del baile antes de la medianoche. Partió, loca de felicidad. El hijo del rey, a quien le avisaron que acababa de llegar una gran

princesa que nadie conocía, corrió a recibirla; le dio la mano al bajar del carruaje y la llevó al salón donde estaban los comensales.

Entonces se hizo un gran silencio: el baile cesó y los violines dejaron de tocar, tan absortos estaban todos contemplando la gran belleza de esta desconocida. Sólo se oía un confuso rumor:

—¡Ah, qué hermosa es!

El mismo rey, siendo viejo, no dejaba de mirarla y de decir en

vos baja a la reina que desde hacía mucho tiempo no veía una persona tan bella y graciosa. Todas las damas observaban con atención su peinado y sus vestidos, para tener al día siguiente otros semejantes, siempre que existieran telas igualmente bellas y manos tan diestras para confeccionarlos. El hijo del rey la colocó en el sitio de honor y en seguida la condujo al salón para bailar con ella. Bailó con tanta gracia que fue un motivo más de admiración. Trajeron exquisitos manjares que el príncipe no probó, ocupado como estaba en observarla. Ella fue a sentarse al lado de sus hermanas y les hizo mil atenciones; compartió con ellas los limones y naranjas que el príncipe le había obsequiado, lo que las sorprendió mucho, pues no la conocían.

Charlando así estaban, cuando Cenicienta oyó dar las once tres cuartos; hizo al momento una gran reverencia a los asistentes y se fue a

toda prisa. Apenas hubo llegado, fue a buscar a su madrina y después de darle las gracias, le dijo que desearía mucho ir al baile al día siguiente porque el príncipe se lo había pedido. Cuando le estaba contando a su madrina todo lo que había sucedido en el baile, las dos hermanas golpearon a su puerta; Cenicienta fue a abrir.

—¡Cómo han tardado en volver! les dijo bostezando, frotándose los ojos y estirándose como si acabara de despertar.

—Si hubieras ido al baile —le dijo una de las hermanas— no te habrías aburrido; asistió la más bella princesa, la más bella que jamás se ha visto; nos hizo mil atenciones, nos dio naranjas y limones.

Cenicienta estaba radiante de alegría. Les preguntó el nombre de esta princesa; pero contestaron que nadie la conocía, que el hijo del rey no se conformaba y que daría todo en el mundo por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

—¿Era entonces muy hermosa? Dios mío, felices ustedes, ¿no podría verla yo?

Ay, señorita Javotte, présteme el vestido amarillo que usa todos los días.

Verdaderamente —dijo la señorita Javotte—, ¡no faltaba más!

Prestarle mi vestido a la Cenicienta, tendría que estar loca.

Cenicienta esperaba esta negativa, y se alegró, pues se habría sentido bastante confundida si su hermana hubiese querido prestarle el vestido. Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile, y Cenicienta también, pero aún más ricamente ataviada que la primera vez.

El hijo del rey estuvo constantemente a su lado y diciéndole cosas agradables; nada aburrida estaba la joven damisela y olvidó la recomendación de su madrina; de modo que oyó tocar la primera campanada de medianoche cuando creía que no eran ni las once. Se levantó y salió corriendo, ligera como una gacela.

El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla; ella había dejado caer una de sus zapatillas de cristal que el príncipe recogió con todo cuidado. Cenicienta llegó a casa sofocada, sin carroza, sin lacayos, con sus viejos vestidos, pues no le había quedado de toda su magnificencia sino una de sus zapatillas, igual a la que se le había caído.

Preguntaron a los porteros del palacio si habían visto salir a una princesa; dijeron que no habían visto salir a nadie, salvo una muchacha muy mal vestida que tenía más aspecto de aldeana que de señorita. Cuando sus dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si esta vez también se habían divertido y si había ido la hermosa dama. Dijeron que si, pero que había salido corriendo al dar las doce, y tan rápidamente que había dejado caer una de sus zapatillas de cristal, la más bonita del mundo; que el hijo del rey la había recogido dedicándose a contemplarla durante todo el resto del baile, y que sin duda estaba muy enamorado de la bella personita dueña de la zapatilla. Y era verdad, pues a los pocos días el hijo del rey hizo proclamar al son de trompetas que se casaría con la persona cuyo pie se ajustara a la zapatilla.

Empezaron probándola a las princesas, en seguida a las duquesas, y a toda la corte, pero inútilmente.

La llevaron donde las dos hermanas, las que hicieron todo lo posible para que su pie cupiera en la zapatilla, pero no pudieron. Cenicienta, que las estaba mirando, y que reconoció su zapatilla, dijo riendo:

—¿Puedo probar si a mí me calza?

Sus hermanas se pusieron a reír y a burlarse de ella.

El gentil hombre que probaba la zapatilla, habiendo mirado atentamente a Cenicienta y encontrándola muy linda, dijo que era lo justo, y que él tenía orden de probarla a todas las jóvenes.Hizo sentarse a Cenicienta y acercando la zapatilla a su piececito, vio que encajaba sin esfuerzo y que era hecha a su medida. Grande fue el asombro de las dos hermanas, pero más grande aún cuando Cenicienta sacó de su bolsillo la otra zapatilla y se la puso. En esto llegó la madrina que, habiendo tocado con su varita los vestidos de Cenicienta, los volvió más deslumbrantes aún que los anteriores.

Entonces las dos hermanas la reconocieron como la persona que habían visto en el baile.

Se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían infligido. Cenicienta las hizo levantarse y les dijo, abrazándolas, que las perdonaba de todo corazón y les rogó que siempre la quisieran.

Fue conducida ante el joven príncipe, vestida como estaba. Él la encontró más bella que nunca, y pocos días después se casaron. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, hizo llevar a sus hermanas a morar en el palacio y las casó en seguida con dos grandes señores de la corte.

MORALEJA

En la mujer rico tesoro es la belleza,
el placer de admirarla no se acaba jamás;
pero la bondad, la gentileza
la superan y valen mucho más.
Es lo que a Cenicienta el hada concedió
a través de enseñanzas y lecciones
tanto que al final a ser reina llegó
(Según dice este cuento con sus moralizaciones).

Bellas, ya lo sabéis: más que andar bien peinadas
os vale, en el afán de ganar corazones
que como virtudes os concedan las hadas
bondad y gentileza, los más preciados dones.

OTRA MORALEJA

Sin duda es de gran conveniencia
nacer con mucha inteligencia,
coraje, alcurnia, buen sentido
y otros talentos parecidos,
que el cielo da con indulgencia;
pero con ellos nada ha de sacar
en su avance por las rutas del destino
quien, para hacerlos destacar,
no tenga una madrina o un padrino.

Material autoriazado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE".

RECOPILACIÓN DE CUENTOS ILUSTRADOS

REALIZADOS EN LOS CURSOS
“ESCRITURA CREATIVA”
“ILUSTRACIÓN DE ALBUMES INFANTILES”

PROGRAMA ALICANTE CULTURA

Edición 2010 - 2011

PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL

El Álbum Infantil Ilustrado es un género literario que se caracteriza por la combinación de un contenido textual y un contenido ilustrado o imagen. Este tipo de obras tienen una especial relevancia actualmente gracias a que lo expresado por el autor en el texto se complementa con la aportación de la imagen. Debido a ello, cobra un atractivo especial para el público juvenil e infantil, ya que la presencia de imágenes permite al pequeño lector interpretar el texto más allá de las palabras.

Durante la programación del curso 2010 – 2011 y en el marco de la celebración del III Salón del Álbum infantil Ilustrado Ciudad de Alicante, el Programa Alicante Cultura ofreció dos cursos a la ciudadanía alicantina, “Escritura creativa: ¡Menudas Historias!. Escribir para niños y niñas” e “Ilustración de Albumes Infantiles”. El primero con el objetivo de aportar las nociones narrativas esenciales para introducir a los participantes en el mundo de la escritura creativa y el segundo con el objetivo de enseñar de manera teórica y práctica las bases técnicas y estéticas de la ilustración infantil como medio para poder expresar las ideas y emociones.

Como resultado de la realización de estos cursos, los textos realizados por los participantes del curso de Escritura Creativa se han enriquecido con ilustraciones elaboradas por las personas que han participado en el curso de Ilustración de Albumes Infantiles, logrando una exquisita recopilación de cuentos ilustrados, fruto del trabajo, la creatividad e imaginación de sus autores/as.

Desde el Patronato Municipal de Cultura nos complace presentar y darle difusión a esta iniciativa, surgida del trabajo personal y grupal de los participantes de ambas actividades que se realizaron en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías”.

Miguel Valor Peidro
Teniente Alcalde de Cultura

RELACIÓN DE AUTORES/AS E ILUSTRADORES/AS

Curso: “ Escritura Creativa: ¡Menudas Historias! Escribir para niños y niñas”
Realizado en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías”
Del 18 de Octubre de 2010 al 21de Febrero de 2011.
Profesor: Juan Carlos Pereletegui Jornet.

Autores/as:
Rocío de Frutos Herranz
Cristina Granja Cortés
Mari Carmen Llavador Martínez
Magdalena Amann Gonzalez de Ubieta
Rommy Proaño Vargas
María José Arguello Martínez
Francisco Lillo Martínez
Andrea Aracil Climent
Daniel Segovia Lalinde

Curso: “Ilustración de Albumes Infantiles”
Realizado en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías” dese el
Del 18 de Octubre de 2010 al 21de Febrero de 2011.
Profesor: Marc Llorens Serrano.

Ilustradores/as:
Barbara Granja Cortés
Laura Quirante Arenas
Mercedes Laguía Nuñez
Pedro Robles Ramos
Silvia García del Pino
Lola Fernandez Lentisco

INDICE

Clara y el Ratoncito Pérez.....8
Un disfraz de lobo feroz.....12
El ratón Timoteo.....16
Navidades con Maggie.....22
Pau, la cama y las arañas.....27
Dorado espejismo.....32
El pájaro que no quería volar.....40
El viejo y la montaña.....45
Un mundo mágico.....49
Las 7 mariposas mágicas.....53

CLARA Y EL RATONCITO PÉREZ

Rocío de Frutos Herranz
Ilustraciones: Barbara Granja Cortés

A Clara se le movía un diente. Al principio muy poco, casi no lo notaba. Después empezó a moverse más y más. A veces, lo empujaba con la lengua y parecía que el diente fuera a salir despedido de la boca, pero luego volvía a su sitio. Clara se miró en el espejo de su habitación y trató de imaginarse sin diente. Pensó que iba a estar horrible. A algunos niños de su clase ya se les había caído algún diente y a Clara no le gustaba la cara que se les quedaba, sobre todo cuando se reían. Le daba un poco de miedo ver esos agujeros negros en sus bocas.

«Yo estaré igual», pensó la niña inquieta. Y otra cosa que le preocupaba era cuánto tiempo tardaría en salir el nuevo diente. ¿Y si no salía?

—Clara, eso es una tontería —le dijo su madre—. Tus dientes son de leche y tienen que caerse para que salgan otros más fuertes. Siempre es así, es lo natural. No tienes que preocuparte. Además, ¿no te hace ilusión que venga el Ratoncito Pérez?

—Sí, eso si —respondió Clara aunque no muy convencida.

A Clara le habían explicado que cuando se le cayese el diente lo debía colocar esa misma noche bajo la almohada. Entonces mientras ella dormía llegaría el Ratoncito Pérez para llevarse su diente y a cambio le dejaría un pequeño regalito. Clara no imaginaba cómo un simple ratoncito podía recoger todos lo dientes que se les caían a los niños y dejarles su regalo en una sola noche. Los ratoncitos no eran muy grandes.

Una tarde, el diente de Clara se cayó por fin. Fue mientras merendaba. Notó algo duro en la boca y un poco nerviosa lo sacó con los dedos. Lo miró atentamente. Era muy pequeño. Corrió a enseñárselo a su madre.

—Mami, mami, mira.

—¡Qué bien Clara! Esta noche vendrá el Ratoncito Pérez.

Clara se miraba en el espejo. Pensó que si no abría mucho la boca no se le vería aquel hueco negro tan feo que había dejado el diente que se había caído.

Aquella noche cuando se fue a la cama no tenía ni pizca de sueño. Había colocado su diente bajo la almohada y cada poco tiempo lo tocaba para comprobar que seguía allí. No podía dormir. De pronto oyó un pequeño ruido. Asomó un poco la cabeza entre las sabanas y entonces vio algo moverse muy rápidamente por el suelo y casi sin darse cuenta apareció en su almohada un ratoncito que casi le rozaba la nariz con su larguísimo rabo.

Llevaba una gorra sobre la cabeza y una pequeña mochila a la espalda. Su hocico se movía sin parar y unos ojos grises la miraban muy serios.

—Deberías estar dormida —le dijo con voz chillona.

—No podía dormir —susurró Clara—. No te estorbaré. Puedo ayudarte si quieres.

—No, no quiero —respondió el ratoncito que parecía muy enfadado—. Deberías estar dormida —repitió

—Pero estoy despierta. Y me alegro de conocerte, aunque parece que tienes mal genio —respondió la niña sentándose en la cama.

El Ratoncito Pérez no sabía qué hacer. Aquella niña era un poco impertinente. Estuvo a punto de darse media vuelta y marcharse. Pero él siempre había cumplido con su deber. Tenía que pensar una solución.

—Lo primero es recoger tu diente y guardarlo —dijo el Ratoncito.

Clara buscó bajo la almohada, encontró el diente y se lo dio al Ratoncito. Éste lo envolvió en un pañuelo y lo metió en la mochila.

—¿Por qué lo guardas? ¿Para qué sirven los dientes que se caen? —preguntó Clara.

—Te lo contaré, pero primero vuelve a acostarte —respondió el Ratoncito más amable.

Clara obedeció y el Ratoncito Pérez se sentó sobre su almohada y comenzó a hablarle con voz suave.

—Yo vengo de muy lejos…

—¿Más lejos que el mar? —preguntó Clara

—Oh sí, mucho más. Es el lugar donde la línea del horizonte desaparece. Donde todo es posible: es el *País de los Sueños*. Pero para que siga existiendo necesita los pequeños dientes que a los niños se les caen porque estos dientes conservan la ilusión y la inocencia de los niños. Cuando reunimos un buen montón de dientes, los trituramos en un molino hasta convertirlos en un polvillo blanquecino. Luego se lanza al aire por una gran chimenea y es transportado por el viento a todos los lugares del Mundo. La potente luz del sol lo hace invisible, las nubes ligero, las gotas de lluvia lo refrescan. Los pájaros le regalan sus trinos alegres y las mariposas realizan delicados vuelos de colores. Las flores se levantan cuando les roza, despidiendo mil perfumes y los árboles sacuden sus ramas en suave murmullo. Y de este modo, todos los que son capaces de sentirlo, están preparados para soñar…

El Ratoncito Pérez no terminó la frase, Clara se había quedado dormida mientras le escuchaba. Muy despacio, se colocó la mochila sobre los hombros, se ajustó la gorra, saltó al suelo y desapareció.

Por la mañana al despertarse, Clara pensó en su encuentro con el Ratoncito Pérez. No estaba segura de si había ocurrido de verdad o si lo había soñado. Entonces miró bajo la almohada y vio una cajita de marfil que contenía un bonito colgante. Sonrío feliz y se lo puso. Se miró en el espejo y se vio guapa. Ya no le importaba que le faltara un diente.

UN DISFRAZ DE LOBO FEROZ

Cristina Granja Cortés
Ilustraciones: Barbara Granja Cortés

Wolfi no era un lobo como los que salen en los cuentos. De hecho no se parecía nada a un lobo de verdad. Esto era así porque siendo tan solo un cachorrito, un Rey lo encontró mientras cazaba por el bosque.
Este Rey tenía tres hijas trillizas que no paraban de hacer trastadas. Al ver al pequeño lobito, el Rey tuvo una idea: «*Mis hijas estarán más entretenidas si cuidan una mascota»* pensó «*y dejarán de darme la lata».*
Así fue como sucedió. Wolfi fue criado en el castillo por las tres princesitas. Cada día, las niñas jugaban sin parar con Wolfi, se montaban a caballito sobre su lomo, lo llenaban de lacitos y le gastaban un montón de bromas que Wolfi soportaba sin un solo gruñido. Después, por la tarde, salían a pasear por el bosque hasta que se hacía de noche. Entonces volvían al castillo y bañaban a Wolfi en la bañera real, y para ello gastaban un bote de champú, uno de suavizante, un peine, siete toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedaba suave y bien peinadito. Por último, las trillizas iban a su cuarto y allí leían con Wolfi un montón de cuentos de princesas antes de irse a dormir (es que a estas princesas sólo les gustan los cuentos de princesas).

Pero un día sucedió algo inesperado. Entre los cuentos apareció uno que nunca antes habían leído. Este cuento trataba de una niñita vestida de rojo a la que perseguía un lobo muy feroz y malo.
—¡Vaya rollo de cuento! —decía una niña—. ¡No sale ninguna princesa!
—¡Ni hadas madrinas! —decía la otra.
—¡Ni zapatitos de cristal! —decía la tercera.
Así que, aburridas, tiraron el cuento a la papelera.
Pero sí hubo alguien a quien le gustó el cuento.
Wolfi nunca había escuchado una historia en la que saliera un lobo, así que cogió el cuento entre los dientes y se lo llevó a su rincón de dormir. Allí lo leyó una y otra vez, y cuanto más lo leía, más le gustaba. En el cuento, había también un dibujo en el que el lobo feroz aparecía aterrador, todo dientes y garras, y el pelo de punta.

Wolfi se preguntaba si los lobos de los cuentos tenían ese aspecto, y decidió investigar. Así que fue a la biblioteca de palacio, y allí encontró otros cuentos en los que aparecían lobos feroces. Algunos perseguían cerditos, otros cabritillas, y todos eran terribles y asustaban muchísimo.

Wolfi nunca había asustado a nadie, ni siquiera un susto pequeñito, y pensó que era porque no tenía aspecto de lobo feroz. Entonces tuvo una idea:
«*¡Me disfrazaré¡*» pensó entusiasmado*, «así pareceré un lobo como los que salen en los cuentos»y* se puso manos a la obra.

Primero fue a la pocilga real, donde viven los cerditos del Rey, y sin pensárselo dos veces, se revolcó en un gran charco de lodo, hasta que quedó todo embadurnado y apestoso.
Después, en el baño de palacio, gastó tres botes de laca, dos de gomina, uno de fijador y un secador de las princesas, hasta que todo su pelo quedó de punta.

Por último, con la lima del herrero real, se afiló los dientes y las uñas.
Por fin, Wolfi se miró en un espejo.
Ya no se parecía nada al manso lobito que siempre era, en cambio, era idéntico al malvado lobo feroz del cuento.
Satisfecho con su disfraz, decidió gastarles una broma a las tres princesitas.
—¡Con lo que les gustan las bromas! —se dijo—. ¡Se van a reír muchísimo!
Y fue a esperar a las princesas al camino del bosque.
Las trillizas se preguntaban dónde se había metido Wolfi.
—¡Qué raro!, siempre viene a pasear con nosotras. —dijo una princesa.
—¡Seguro que se quiere librar del baño! —dijo la otra.
—¡Ya veréis cuando aparezca! —dijo la tercera.
Aún estaban diciendo esto mismo, cuando de detrás de un árbol apareció Wolfi, que enseñando las garras y abriendo la boca todo lo que pudo, soltó el rugido más grande que había dado en toda su vida:

¡¡¡¡RRROOOOOOOAAAAAARRR!!!!

Del susto que se llevaron, a las princesas se les borraron las pecas de la nariz, y las coronas salieron volando cuando se les pusieron los pelos de punta.
Wolfi se cruzó de brazos sonriendo y esperando a que las princesas dijeran algo así como:
— Jolín Wolfi, ¡qué susto!, esta broma sí que ha sido buena …
Pero las princesas no decían nada y miraban a Wolfi con los ojos como platos.
Entonces primero empezó una, después la otra y por último la tercera. Las tres princesas se pusieron a llorar y a gritar a la vez.

Sucedía que cuando las tres princesas lloraban y gritaban a la vez, más le valía a uno taparse las orejas, cosa que Wolfi sabía muy bien, así que corrió a consolarlas antes de que le dejaran sordo.
Lo que las princesas vieron fue a un lobo feo que corría hacia ellas para comérselas, así que aún lloraron más fuerte. Menos mal que al acercarse, las princesas reconocieron enseguida a Wolfi, y dejaron de gritar.
—¡Pero Wolfi!, ¡vaya pinta tienes! —dijo una princesa aún entre sollozos.
—¡Y menudo tufo echas! —dijo la otra princesa sorbiendo los mocos.
—¡A la bañera! —dijo la tercera.

Las princesas metieron a Wolfi en la bañera real, y para bañarlo utilizaron tres botes de champú, cuatro de suavizante, seis peines, catorce toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedó de nuevo suave y bien peinadito.
Luego leyeron un montón de cuentos (de princesas) antes de irse a dormir, no sin antes hacer prometer a Wolfi que nunca más intentaría asustarlas ni se disfrazaría de lobo feroz.
Y todo volvió a ser como siempre…
Bueno…, no exactamente como siempre…
Aquella misma noche, Wolfi soñó que cocinaba en una gran olla ricos guisos hechos con cerditos, abuelitas y niñitas vestidas de rojo.
Después de todo…Un lobo es un lobo ¿No os parece?

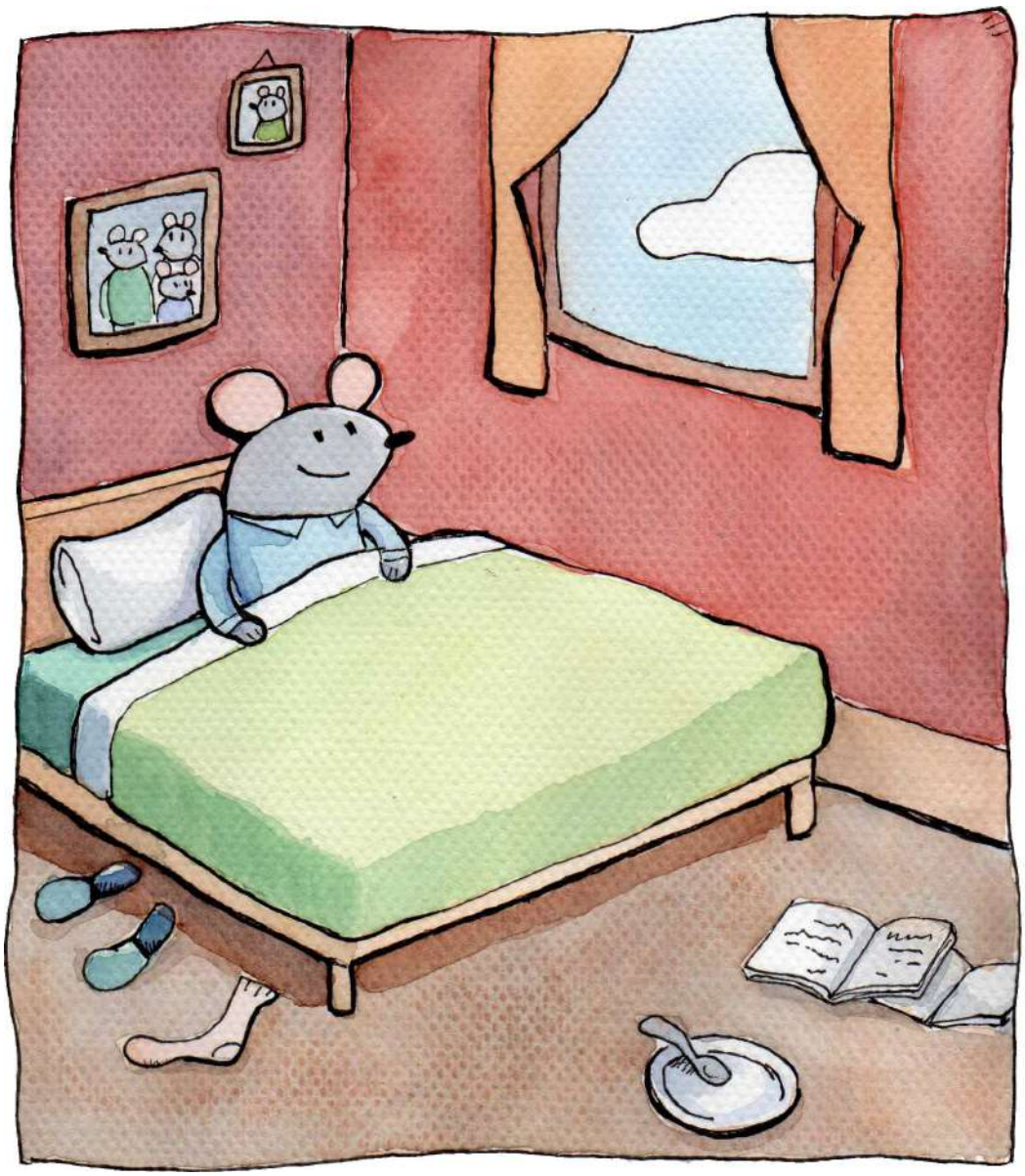
¡AUUUUUUUUUUUUUUUU…..!

FIN

EL RATÓN TIMOTEO

Mari Carmen Llavador Martínez
Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Timoteo es un ratón
que vive en un cajón
en un cajón muy bonito,
con ventana y colchoncito.



Se despereza temprano,
Bosteza como un humano.
Si pereza se levanta
De un golpe la manta aparta.

Cuando se quita el pijama
Lo pliega sobre la cama.
Se lava y peina deprisa
Y se pone su camisa
Luego viene el desayuno
Y come como ninguno
Unas ricas tostadas
Y sabrosas mermeladas.
Entonces se lava los dientes
Para que estén relucientes.
Luego canta mirando al sol

Do, re, mi, fa, sol,
Sol, fa, mi, re, do.

Timoteo es muy goloso
Mucho más que algún oso.
Detrás va de un buen pastel
Que el otro día hizo Isabel.

Con huevos y con harina
Con yogur y golosina
lo tiene bien guardado
bajo un enorme candado
mas la puerta está entreabierta
Timoteo piensa en la fiesta
que se ha de regalar
con suculento manjar
y no le importa a Timoteo
sabiendo que eso está feo.

Lo primero que él ha hecho
ha sido mirar al techo
allí hay una ventana abierta
que hace las veces de puerta
y ve al vecinito de enfrente
que sabe que es muy valiente
y no le asustan los ratones
que se ven por los rincones.

"Pau, corre, ven a ayudarme"
que necesito calmarme.

Corriendo, veloz, Pau acude.
A dos, escalones sube.
y juntos ambos se van
subiendo hacia el desván.
Pero encuentran a Pimienta
que es la rata más sangrienta.
Que persigue a Timoteo
porque dice que es muy feo.
Más Timoteo la huele
"Pimienta le repele".
Tampoco a Pau le gusta
también la rata le asusta.
Timoteo no piensa en vano
pintarle a Pimienta un grano
que a la rata le dé picores
y unos grandes retemblores
que suban por sus narices
como si fuesen lombrices.
Y ataquen como piratas
las lombrices a la rata.

Allí dejan a Pimienta
rascándose por su cuenta.

¡Ya llega el vencedor!
gritan a su alrededor
muchos golosos ratones
que salen por los rincones.
Más Pimienta no se cansa
urdiendo está la venganza
de tener entre sus dientes
a Timoteo el valiente
con sus dientes afilados
morderle piensa en algún lado.
Al guapo de Timoteo
quiere dejarle muy feo
¡más Timoteo es tan guapo!
que lo quiere hasta el gato
El gato de la encina
que se manchó de harina
de aquel rico pastel
que hizo niña Isabel
con cremas multicolores
y que adornó con bellas flores,
todas eran perfumadas
y cultivadas por las hadas
cerca del cajoncito
donde vive el ratoncito
ese guapo Timoteo
al que Pimienta quiere dejar feo.

NAVIDADES CON MAGGIE

Magdalena Amann Gonzalez de Ubieta
Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Maggie estaba contenta pero nerviosa, pues se acercaban las vacaciones de Navidad. Necesitaba sacar buenas notas y así recibir los regalos que había pedido en su carta a los Reyes Magos días antes. A ella no le gustaba ir al colegio, pero había mejorado mucho en su comportamiento y esperaba conseguirlo.

Esa mañana, al mirar por la ventana, vio el jardín cubierto de blanco por la nevada que caía, y pensó:

-Seguro que hoy no hay clase y podré jugar con mis amigas en la nieve… – y recordó todos los planes que tenían para esos días.

Tan pensativa estaba que no oyó a su madre que le llamaba para desayunar. Bajó corriendo las escaleras diciendo:

-¡Ya voy, mami! ¡No te oía!... ¿Podrán venir Pili y Mili a casa?

- Sí, le dijo su madre, pero antes tendrás que arreglar tu habitación, que está hecha un lío.

Cuando llegaron sus amigas decidieron hacer un muñeco de nieve.

Estuvieron de acuerdo en que los ojos fueran dos trozos de carbón. Luego Pili quiso que la nariz fuera una zanahoria, pero Mili dijo:

-No! Pregúntale a Maggie y verás como dice que es mejor con un pimiento colorado.

-¿Por qué?

-Pues porque cuando hace mucho frío, la nariz se pone como un pimiento. Lo sabe todo el mundo.

-Bueno, pues la boca –dijo Maggie – que sea un tomate.

Además le pusieron un sombrero viejo, una bufanda con rayas de colores y un bastón.

-¡Bien! ¡Viva! – gritaron de alegría al verlo terminado.

Le llamaron Don Pim Pon, y fue su mascota.

Luego siguieron tirándose bolas y deslizándose con el trineo sin parar una y otra vez.
-Ahora me toca a mí – decía Mili – ya he estado mucho tiempo empujando.
-ide eso nada! - Dijo Maggie – ¡para eso es mío!

Y así, subiendo y bajando, entre enfados y bromas pasaron la mañana, y terminaron agotadas esa tarde.

El último día volvió al colegio a recoger las notas, que afortunadamente eran buenas esta vez.

Esa tarde, junto a sus hermanos, la dedicaron a montar el belén, al que no le faltaba de nada.

Las figuras eran de cerámica y las había hecho todas su padre. Cada año celebraban en casa un concurso de disfraces y el ganador elegía una nueva figura para añadir al belén, y que el padre de Maggie hacía con mucha ilusión.

Ocupaba un gran espacio en el salón, y el él había un ángel, los pastorcillos junto a la hoguera, el río con las lavanderas y un grueso puente de piedra y madera por el que pasarían muy pronto Melchor, Gaspar y Baltasar, llevando consigo las cartas.

Los niños de la casa se levantaban cada mañana para ver si los Reyes Magos habían avanzado hacia su destino, y misteriosamente comprobaban que se acercaban más cuando el día anterior se habían portado bien.

También adornaron un árbol a la entrada de su casa, al que pusieron bolas de colores, espumillón y una gran estrella luminosa en su copa.

El día de Santo Tomás su padre les despertó temprano para ir al mercado que ponían los aldeanos en la plaza del pueblo con sus mejores productos.

-¡Vamos chicos! ¡Arriba!, que llegamos tarde - les decía.

A Maggie no le importaba madrugar ese día en el que iban a elegir el pavo para la Nochebuena. Se divertía mucho viendo todo aquello lleno de animales, entre la muchedumbre, y el griterío que organizaban vendedores y clientes en la puja por encontrar la mejor mercancía a buen precio.

Y llegó el mágico día 22, el de la lotería, en el que los niños de San Ildefonso cantarían con sus angelicales voces el número del gordo de Navidad.

Estaban todos impacientes junto a la radio escuchando el sorteo. ¿Sería en esta ocasión su décimo el agraciado?

-¡Oh, no! - Tampoco esta vez la fortuna les quiso favorecer.

-Bueno - se dijeron – tal vez el año que viene.

La nochebuena se presentaba fría, y había que calentar bien la casa encendiendo la chimenea y las estufas. El comedor estaba adornado con bonitas guirnaldas colocadas de lado a lado, que hacían resplandecer más aún las lámparas de cristales.

La mesa estaba vestida con todo lujo de detalles. Esa noche se ponía el mejor mantel bordado a mano por su madre, que era de colores muy vivos formando dibujos de "Papá Noel", campanillas y estrellas. A Maggie le dejaban ayudar formando las figuritas de mazapán que a todos les encantaban.

Esa noche se cenaba pronto, sobre las nueve, pues a las doce en punto, iba toda la familia a la tradicional misa de gallo. Luego se juntaban con los amigos y vecinos y regresaban a casa a comer el turrón y a jugar hasta la madrugada. Era una gran noche.

Estaban a punto de sentarse a cenar cuando sonó el timbre de la puerta. Al abrir vieron a un joven andrajoso pidiéndoles comida o limosna. Los padres, emocionados, pensaron en su hijo Carlos, que estaba estudiando en el extranjero, pues aparentaba su misma edad y le preguntaron enseguida:

-¿Qué haces con este frío por la calle, tú solo, pidiendo?¿Acaso no tienes familia?

Él les contó que se llamaba José y que se había escapado de casa porque no se llevaba bien con su padrastro.

-No puedes estar solo esta noche. Te quedarás con nosotros y ocuparás el lugar de nuestro hijo Carlos – le dijeron.

Después de asearle y ponerle ropa limpia, le sentaron con todos a la mesa. Pasaron una inolvidable velada, cantando y riendo en paz y armonía.

A la mañana siguiente, José había desaparecido, pero encontraron una nota que decía:

"Estoy muy agradecido por todo lo que habéis hecho por mi en Nochebuena. Ahora me arrepiento de haber discutido con mi familia. Volveré a casa para abrazar a mi madre que seguro que me espera con los brazos abiertos. Adiós".

Nunca más volvieron a saber de él, pero ellos quedaron contentos de haber hecho algo bueno de haber pasado una Feliz Navidad.

PAU, LA CAMA Y LAS ARAÑAS

Mari Carmen Llavador Martínez
Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Había una vez un niño que se llamaba Pau. Cuando le daban vacaciones solía ir a casa de su abuelita, que vivía en un pueblo.

—Mi cama es muy rara. ¿Verdad abuelita?

—No cariño, tú cama no es rara, lo que ocurre es que es distinta de las de la ciudad.

—¿Mi cama puede volar?

—No, Pau, tu cama no tiene alas. Tu cama tiene patas.

—Entonces, si tiene patas podrá andar.

—Tiene patas sí, pero no puede andar porque no es un animal.

—Bueno, pero si quiero es mágica ¿Verdad?

—Tu cama va a ser lo que tú desees. ¿Quieres que sea mágica, pues lo será.

Y Pau se quedó conforme.

—Cariño, ¿quieres que te cuente un cuento, sí o no?

—¿Tú crees que si estiro mucho la pierna llegaré a tocar el techo con el pie? —preguntó sin contestar a su abuelita.

—No lo creo. Verás Pau, para tocar el techo con el pie tendrías que tener unas piernas larguísimas pero entonces serías un niño patilargo.

—Yo no quiero ser un niño patilargo. ¿A qué si estiro mucho mi pierna puedo tocar el techo?

—Pues entonces serías una araña patas largas.

—¡Pues nooo...! Tampoco quiero ser una araña patas largas, no me hace falta ser araña para tocar el techo porque mi cama es mágica. Claro que tú no puedes ver cómo lo hago.

—Recuerdo una vez que toqué el techo con mis manos porque mi papá, cuando yo era pequeña, me tenía en brazos. Había una araña tejiendo su telaraña en un rincón. No veas el susto que me llevé.

—Abuelita, las arañas no hacen nada

—¿Qué no hacen nada? Tú por si las moscas no las toques. Como no las dejes tranquilas te pueden morder. No, si malas no son porque atrapan a los insectos que se comen tus cuentos. Hay una araña que se llama *Loxosceles Laeta* que le gusta vivir detrás de los cuadros y los muebles y ataca con un veneno muy fuerte.

—¡Mama mía, pues yo no voy a tocar ninguna araña!

—Hay otra araña la *lycosidae* que es muy buena mamá? Cuando las arañitas salen de la ooteca, se llama así el saquito de seda donde nacen, la mamá la sigue cuidando y las transporta sobre su cuerpo hasta que se hacen mayores.

—Pues yo no soy una araña, para que te enteres. Soy un niño.

—Pues claro que eres un niño y muy guapo y muy listo pero ¿mira que decirme que tú cama vuela?

—Claro que vuela, pero tú no la ves porque cuando vuela estás dormida.

—¿Vuela de noche?

—Sí, cuando duermo.

—Vaya, vaya, eso no lo sabía yo —dijo la abuelita— Una vez vi una película de una cama que volaba y una bruja la conducía. Bueno, y ahora sí quieres te cuento el cuento, que ya es hora de dormir —terminó diciendo.

—Espera abuelita, no empieces todavía. Dime, ¿conoces más cosas de las arañas?

—Claro que sí. Las arañas tienen mandíbulas, y colmillos por donde liberan su veneno. Son artrópodos porque sus ocho patas están articuladas y tienen ocho ojos pero algunas casi no ven.

—Mejor, así no me verán a mí cuando toque el techo.

—¿Sabes Pau, que hay una araña que se llama escupidora?

—¡Uf! ¡Qué asco!

—Es inofensiva, no te va a hacer daño.

—Pero no se debe escupir ¿verdad? Mamá dice que no escupa.

—Y lleva razón. Los niños no deben escupir, eso está muy feo pero la araña escupidora lo hace para cazar y alimentarse. Escupe una saliva espesa que inmoviliza a los bichos.

—Pero yo no soy ningún bicho por eso a mí no me escupirá ¿verdad abuelita?

—Por supuesto, cariño. ¿Cómo vas a ser tú un bicho si eres el niño más bueno que conozco?

De pronto Pau le dio un abrazo muy grande a su abuelita y un beso enorme, tan fuerte que la araña saltadora del rincón del marco de la ventana, sintió envidia y se acordó de su abuelita que vivía en otra ventana.

—¿Todavía hay más arañas?

Por supuesto, hay miles de ellas, están las pescadoras, las de patas de peine, las tenebrosus, las arañas lobo…

—¿Has dicho arañas lobo?

—Sí, hay unas arañas que las llaman lobo.

—¡Uy, qué susto, abuelita!

—No te asustes que éstas suelen vivir bajo las piedras y son muy miedosas. Las llaman lobo porque tienen muchos pelos en las patas.

—¿Sabes una cosa, abuelita? Ya no quiero saber más cosas de arañas que me asustas.

—Pero deja que te cuente algo sobre la tarántula.

—¿Cómo es la tarántula?

—La tarántula es grande.

—¿Muy grande? ¿Cómo un conejo?

—No. Como un conejo no. Aunque las hay de todos los tamaños pero una en particular, la tarántula rodillas rojas, puede ser tan grande como la palma de la mano. La gente la tiene como mascota, aunque no debería porque está protegida.

—Da miedo, ¿verdad?

—Hay que saber cogerla pero tú, por si acaso, no la toques. Las tarántulas viven más de veinte años, el doble que un perro y lo mismo que un caballo. Cambian la piel muchas veces, pero no todos los días como tú de calcetines, ellas lo hacen para poder crecer. Las mamás son más grandes y los papás más flaquitos y todas tienen pelos en las patas, son arañas lobo.

—Abuelita no me hables más de arañas, por fa. ¡Aaah!, qué sueño tengo…

Y la abuelita viendo que el sueño podía con él, le dio un beso diciéndole:

—Llevas razón, cariño. Dejemos tranquilas a las arañas que ahora toca dormir.

Y Pau se quedó dormido y soñó que volaba al país de las arañas gigantes y su cama era atrapada por la telaraña y salía la araña con sus mandíbulas dispuesta a comérselo pero él, que era muy valiente, sacaba una espada y luchaba contra la araña, la mataba y salía triunfante rescatando a su cama y volvía a volar atravesando montes y valles.

DORADO ESPEJISMO

Rommy Proaño Vargas
Ilustraciones: Mercedes Laguía Núñez

¡Buenas noches señoras y señores! Hoy tenemos en nuestro programa a un prolífico escritor ganador de varios premios, es el escritor del momento, nos ha llevado con sus fantásticas historias alrededor del mundo para hacernos disfrutar de aventuras insospechadas. ¡Recibamos con un fuerte aplauso a Enrique Alarcón Ballesteros!

—Adelante por favor, es un honor tenerle como invitado.

—Buenas noches, gracias a ustedes por invitarme.

—Estamos aquí para hablar de su última novela *Dorado Espejismo* en la que cuenta una historia basada en una experiencia propia, cuando usted tenía 16 años, ¿cómo empezó esta aventura tan personal?

—Todo empezó hace unos cuantos años efectivamente, ahora tengo 44 y permíteme que te tutee, me resulta más familiar y cercano, al fin y al cabo os voy a hablar de mí.

Como ya sabéis mi abuelo y mi padre fueron arqueólogos, bueno mi padre los es porque aún vive, los dos se entregaron en cuerpo y alma a su trabajo porque era su pasión, la mayor parte del tiempo lo dedicaban a la investigación pero como buenos arqueólogos que eran al trabajo de campo también, se enfundaban el traje de explorador e iban allí donde había algo que desenterrar, descubrir, estudiar o simplemente mirar y admirar. Mi abuelo murió con 62 años en el accidente de avioneta que precisamente le llevaba de la ciudad de Lima en el Perú a la ciudad de Cuzco para iniciar la expedición con la que había soñado toda su vida, encontrar El Dorado, la ciudad de oro del Imperio Inca el más grande y antiguo en Sudamérica antes de la llegada de los españoles, su poderío y riqueza eran enormes, veneraban al sol, a sus emperadores los llamaban Los Hijos del Sol por su linaje. Mi padre no pudo acompañarlo en esta ocasión porque mi hermana estaba a punto de nacer y mi abuelo no podía retrasar la expedición, lamentablemente se fue para siempre, pero su espíritu investigador y aventurero ha permanecido siempre, prueba de ello es este libro, fue muy duro para nosotros asumir su pérdida.

—¿Fue cuando tu padre estuvo a punto de abandonar su pasión por la arqueología?

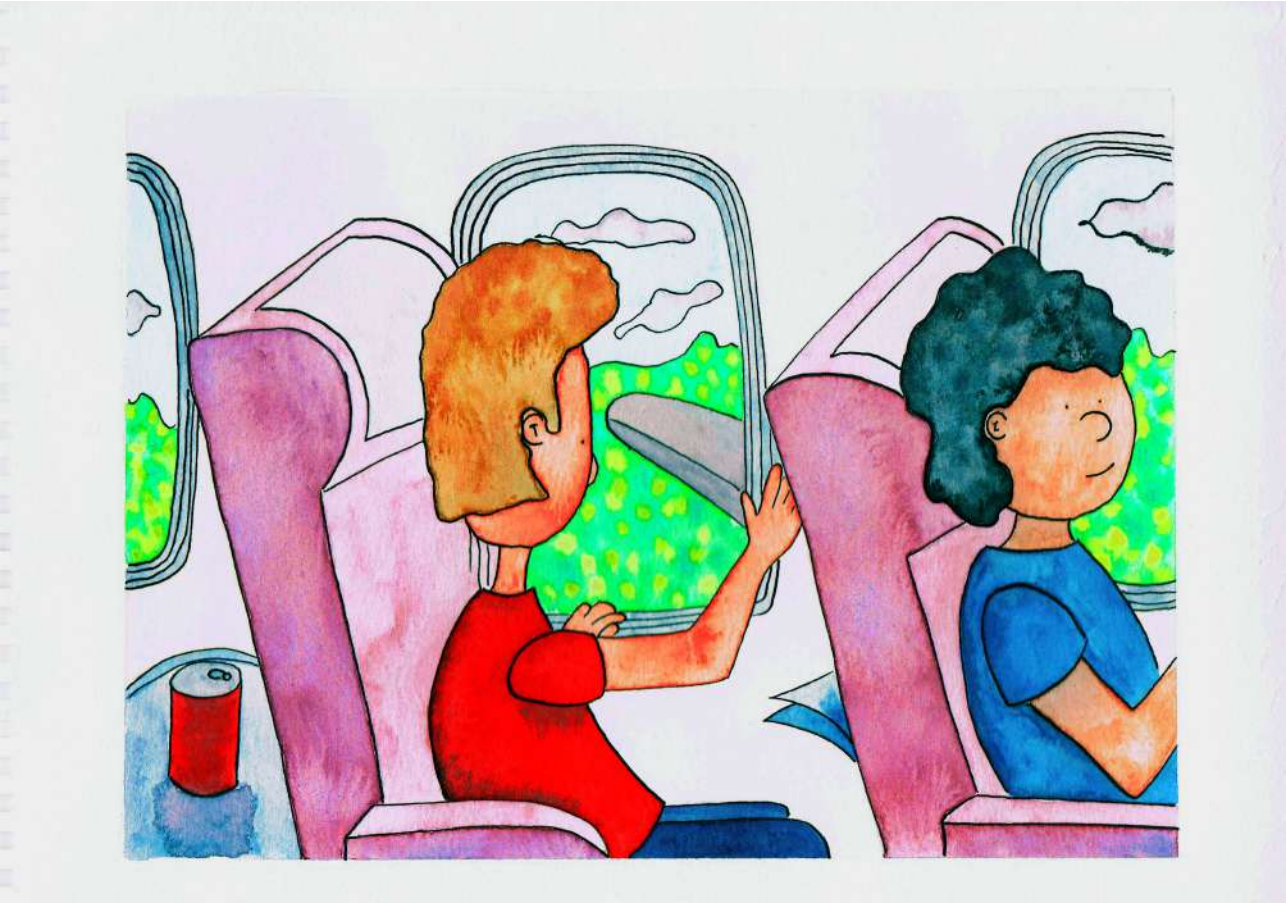
—Sí estuvo a punto pero fue ese espíritu el que le empujó a continuar con las investigaciones sobre El Dorado hasta el extremo de querer realizar él la expedición.

—¿Y tu madre qué decía a todo esto?

—Mi madre siempre que pudo acompañó a mi padre a donde él fuera, con mi hermana pequeña no podía y no quería que se fuese solo, mi padre tuvo que desistir de la idea pero por poco tiempo, en un par de años la expedición estaba lista para partir, quería además que yo fuera con él, yo había seguido todos sus pasos y estaba enterado de la expedición, El Dorado, los Incas casi tanto como él y mi madre no pudo oponerse.

—¡Así es como llegas al día 18 de marzo de 1982 con tu mochila al hombre dispuesto a vivir la aventura de tu vida!

—Cuando subí al avión con destino Lima tenía la sensación de que nada volvería a ser igual a partir de ahí y pensé que todo se debía simplemente a la ilusión de un chaval por vivir una aventura a lo *Indiana Jones* para luego tener algo que contar a los amigos.



Desde este momento la entrevista continuó por otro camino, parecía que Enrique se había trasladado en el tiempo a ese momento de su vida, su cara reflejaba tranquilidad y sus labios esbozaban una leve sonrisa.

—De Lima al Cuzco y desde allí con la expedición al completo fuimos en avioneta a una pequeña población en la frontera con Ecuador, allí nos recogerían unas furgonetas para adentrarnos en la selva amazónica hasta donde el estrecho e intrincado camino de tierra y barro nos permitiera, las ruedas patinaban en el barro como si estuviéramos en una pista de hielo, no terminamos fuera del camino gracias a la pericia de los conductores acostumbrados a transitar por ellos.

Desde que salimos de Cuzco habían pasado dos días, ahora nos quedaba el último trayecto en barca, el más largo y duro de todos, y había que aprovechar las luz del día porque nos esperaban ocho horas de travesía por las oscuras aguas del caudaloso río Amazonas atravesando la imponente selva tropical, sentíamos cómo nos acechaban los animales, era estremecedor estar en medio de esa exuberante vegetación, el ambiente era denso, húmedo, caluroso, íbamos empapados de sudor, los sonidos de la selva me producían una mezcla de temor y curiosidad y se me ponía la piel de gallina, en cambio en el rostro de mi padre se veía fascinación por todo aquello.

La expedición había comenzado y estaba yendo según lo previsto y sin mayores contratiempos, sabíamos que la meteorología era impredecible en esa parte de la tierra, aparte de fiarnos de los nativos del lugar y de las predicciones del tiempo que nos aseguraban que marzo no era época de fuertes lluvias, debíamos ir pendientes del movimiento de las nubes en el cielo, como la naturaleza es caprichosa y más si se sabe poderosa, que de hecho lo es, sin darnos tiempo a reaccionar literalmente el cielo se nos vino encima, de repente nos vimos envueltos por un manto de niebla espeso y gris que no nos permitía vernos entre nosotros, ni ver lo que teníamos alrededor y en un abrir y cerrar de ojos nos estaba cayendo un telón aplastante de agua, parecía que el cielo se hubiera abierto dejando caer el agua de un mar sin control, lo último que recuerdo es que milagrosamente pude abrazarme a mi padre que me decía que me quería y que le perdonara por haberme llevado hasta allí, habíamos perdido por completo el control de la barca y nos dimos un fuerte golpe contra algo, yo solo procuré no soltar a mi padre y todo oscureció.

Me desperté deslumbrado por la brillante luz del sol que me daba en toda la cara, me costaba abrir los ojos, estaba aturdido y en mi cabeza se agolpaban recuerdos e imágenes desordenadas, de pronto me vi abrazado a mi padre mientras la barca volcaba y nos hundíamos hacia la profundidad del río. Me restregué fuertemente los ojos para conseguir ver dónde me encontraba al tiempo que me preguntaba si estábamos vivos, si habíamos vuelto a casa, dónde estaba mi padre, estas preguntas perdieron su importancia cuando por fin pude ver lo que me rodeaba, lo que veía era tan alucinante que me quedé paralizado, boquiabierto y con los ojos como platos; estaba en una habitación no muy grande, el techo alto, ¡toda dorada! ¡de oro! ¡paredes y techo de oro! en medio un camastro rústico donde yo me encontraba cubierto con una especie de mantas muy coloridas con figuras geométricas, se parecían a una que mi abuelo se trajo de uno de sus viajes a Sudamérica, la luz del sol entraba por una ventana que al reflejarse en las doradas paredes deslumbraba hasta dejarte ciego.

Cuando aún no conseguía salir de mi asombro entró una mujer en la habitación, más bien mayor, baja de estatura con el pelo muy negro, era una indígena estaba claro, e iba vestida como en los dibujos de los libros de mi padre y mi abuelo, como se vestían los Incas hace más de 500 años. Nada más verme salió corriendo y volvió con un hombre también indígena que hablaba español y con una sonrisa me dijo:

—¿Te has despertado? Eso es bueno, ¿Estás bien?

Con mi cara petrificada le respondí que sí pero que necesitaba saber dónde estaba mi padre y si estaba bien.

El frunció el ceño diciendo:

—Tú aquí estás solo, ponte esa ropa, -la que llevaba la mujer- eres nuestro invitado de honor en la Fiesta del sol que celebramos hoy.

—¿Dónde estoy? Le pregunté.

—¿Es que aún no lo sabes? –dijo- Mira por la ventana.

Incrédulo miré y confirmé mi sospecha, era el Machu Picchu donde se encuentra el Templo del sol de los Incas y pensé que eso no podía estar pasando que era ciencia ficción.

—Todo lo que ves es real, sabes todo sobre nosotros solo te faltaba conocernos, por eso estás aquí. Vístete y espérame.

Apenas se fue miré otra vez por la ventana, todo era de verdad y la gente no parecía que fueran actores, nervioso como estaba me apresuré a vestirme con aquella ropa, una túnica blanca hasta la rodilla con el sol bordado alrededor del cuello con hilo de oro, una faja con figuras de animales de colores para la cintura y alpargatas para los pies.

Calcuchimac era el nombre de aquel indígena y fue mi anfitrión mientras estuve con ellos, pude ver y admirar todo lo que en los libros había leído, era el año 1510 principios del siglo XVI, Huayna Capac era su emperador y sería el último, el resto de la historia ya la conocéis.

Desde el sitio más privilegiado con la nobleza Inca, cerca del emperador pude participar de la Fiesta del sol, el Inti Raymi, ver las ofrendas de alimentos, los sacrificios de animales, los bailes, la música y a las Vírgenes del sol, jóvenes de especial belleza, de estirpe noble elegidas y educadas desde pequeñas para convertirse en las futuras esposas de los nobles, están al servicio del dios sol y forman parte de la corte del emperador durante ese tiempo.

A pesar de saber que estas jóvenes no pueden tener contacto con ningún hombre, no pude evitar mirar a la más hermosa joven que jamás había visto, una larga melena negra era el marco de una profunda mirada que hechizaba a quien la viera, mientras estos pensamientos rondaban mi mente, ella dirigía sus pasos hacia mí acompañada de una mujer, y con el permiso de Calcuchimac me habló en su lengua, el quechua. Yo estaba paralizado una vez más, y mi corazón latía a mil por hora, para mí se trataba de una diosa Inca y la tenía frente a mí, se quitó el prendedor de su mantilla y me lo dio cerrando mi mano con el prendedor dentro, me sonrió y se marchó, el prendedor era el símbolo de su Imperio, el sol dorado. Calcuchimac me tradujo lo que ella me había dicho: *Me llamo Anahuarque, sé de dónde vienes y es un honor tenerte entre nosotros, guarda para siempre esta ofrenda de mi pueblo, todo lo que has visto es real, no es un espejismo.*

Aquella noche fue imposible que durmiera estaba demasiado exaltado y preocupado por mi padre, nadie lo había mencionado, ¿habría muerto?

A la mañana siguiente me despertó Calcuchimac, en algún momento debí haberme quedado dormido del cansancio, el sol entraba por la ventana deslumbrándome otra vez.

—Levántate y vístete que hoy vamos a hacer un largo viaje, dijo Calcuchimac saliendo de la habitación.

Dejamos Machu Picchu para adentrarnos en la montaña.

—¿Dónde vamos Calcuchimac?

—De regreso a tu casa.

—¿Con mi padre?

—Sí, con tu padre, ha pasado mucho tiempo y está sufriendo por tu ausencia.

—¡Está vivo! Cuando le cuente lo que me ha pasado…

Calcuchimac me interrumpió.

—Tú le contarás todo lo que has visto y también le pedirás que te lleve a casa con tu familia y me tienes que prometer a mí y a mi pueblo que te acogió como a uno más que no volverán a venir ni ustedes ni otros a buscar nuestros tesoros, tú los has visto son reales y solo pertenecen a esta tierra y a este pueblo, es lo único que queda de lo que fue este imperio.

—¿Por qué me dices todo esto? Yo solo tengo 16 años ¿Qué voy a hacer para impedir que vengan a buscaros?

—Lo sabrás, escucha siempre a tu corazón mi pequeño amigo.

Algo extraño me ocurrió, como si me desmayara y empecé a escuchar la voz de mi padre…

—¿Está abriendo los ojos? ¡Está abriéndolos! ¡Enrique hijo has vuelto! ¡Has vuelto! Decía y lloraba mientras me abrazaba.

—¡Papá! ¡No te imaginas de dónde he vuelto!

Al ir a abrazarlo me di cuenta que tenía en la mano el prendedor que me había dado aquella diosa Inca.

—¡Papá fue real! ¡Estuve allí, mira! Le dije enseñándole el prendedor.

—¿De dónde has sacado esto? –me preguntó sorprendido- Si has estado inmóvil en coma desde hace un mes.

—¡No fue un sueño papá, yo estuve allí!

—¿Allí? ¿Dónde? ¿De qué me hablas?

—Del Imperio Inca, del Machu Picchu, sus templos, me vestí con sus ropas, una Virgen del sol me dio este prendedor y vi al emperador Huayna Capac, su enorme riqueza que es solo suya y nadie lo encontrará jamás.

—Hijo mío has estado a punto de morir, estarías delirando, no lo sé.

—No me crees.

—Ciertamente no hijo, pero lo que importa es que estés bien para volver a casa con tu madre que está angustiada por no poder estar aquí contigo.

—¿Dónde estamos papá?

—Seguimos en la selva amazónica, después del accidente en la barca te quedaste inconsciente, estabas tan malherido que no podíamos llevarte a ninguna parte.

—¿Qué nos pasó?

—La corriente del río nos arrastró hasta la orilla y de allí nos rescataron los únicos indígenas que viven en esta parte de la selva y a ti te ha curado y te ha cuidado el chamán de la tribu, está ahí fuera esperando para verte, habla nuestro idioma, entra Calcuchimac. No puede ser verdad, -me dije- sin poder evitar la sorpresa dije en alto,

—¿Calcuchimac?

Y Calcuchimac entró en la estancia.

—Gracias Calcuchimac –le dijo mi padre estrechándole la mano- has cumplido tu promesa y yo cumpliré la mía.

—Te prometí que volverías con tu hijo sano y salvo, ahora los dos están listos para emprender el viaje de vuelta y tienen el porvenir en sus manos.

El que decía estas palabras era el mismo hombre que me había acompañado en mi viaje a ese *Dorado Espejismo.*

—¿Fue real o solo una delirante ensoñación? Preguntó la entrevistadora.

—Fue totalmente real y si fue un sueño, ha sido el más real que jamás he tenido en toda mi vida.

—¿Y cómo es ese porvenir una vez en tu casa?

—De vuelta en España ni mi padre ni yo volvimos a hablar de lo ocurrido, el continuó con su trabajo de arqueólogo y yo en contra de lo que se esperaba estudié periodismo, fui dándome cuenta que lo mío era relatar historias y tenía muchas desde luego, poco a poco me fui convirtiendo en escritor hasta que me encontré con *Dorado Espejismo,* mi historia, la de los indígenas de Sudamérica y la vuestra por supuesto, con ella he querido que os acercarais y os interesarais por esa cultura tan diferente a la nuestra, pero tan humana como nosotros y que dejara de resultaros ajena y distante. Y finalmente ha servido también para que mi padre y yo nos reencontráramos en el punto donde lo dejamos.

—Gracias Enrique por compartir con nosotros tan maravillosa historia y hasta siempre.

—De nada, ha sido un verdadero placer.

EL PÁJARO QUE NO QUERIA VOLAR

María José Argüello Martinez
Ilustraciones: Mercedes Laguía Núñez

En un pueblo, muy, muy lejano existía una fuente de piedra de agua cristalina. En la fuente de piedra, se coronaba con un pájaro, también de piedra en posición de echar a volar. El pájaro de piedra era feliz viendo como todos los habitantes del pueblo se acercaban a sus chorros de aguas cristalinas y frescas a beber, pero lo que más le gustaba era que todas las aves y animales del lugar también habían elegido su fuente Ese pueblo estaba rodeado de frondosos bosques por donde vivían ciervos, jabalíes, lobos, zorros, búhos, etc.; la única tristeza del pájaro de piedra era, que no podía moverse y decía: «me gustaría volar y ver el mundo».

Un día de verano notó que algo en el pueblo pasaba, la gente corría y hablaban muy fuerte, algo estaba ocurriendo...

—¡Oh, que pena!—, dijo el pájaro. Lo que ocurría es que se estaban quemando todos los bosques que bordeaban al pueblo —¡Qué desgracia, qué horror!— decía la gente llorando.

El pájaro de piedra se puso muy, muy triste y tan triste se puso que también empezó a llorar, y lloró tanto y tanto, que empezó a derretirse,... ¡ise estaba convirtiendo en agua!!... Llora que te llora y cuando más lloraba más pronto se deshacía, todo él se iba cayendo a su fuente,... ¡¡Ya no era piedra,... era agua!!

—¿Que iba a ocurrir?— pensó el pájaro. Como era verano y el sol calienta mucho en esta estación, el agua de la fuente empezó a evaporarse, se convirtió en vapor y como él estaba allí también se hizo vapor,... ¡¡¡el pájaro de piedra era vapor!!!

—¿Y qué le pasaría?

Lo que paso fue que subió y subió hacia el cielo y se hizo una pequeña nube.i ¡Oh estoy volando, dijo el pájaro, «voy a ver mundo». El pájaro, ahora nube, se puso mas contento que un niño con un balón.

Pero lo que vio, le dio mucha pena, todo estaba quemado, no había ni pájaros ni animalitos del bosque, la vida no existía. ¿Cómo se podría volver a tener esos maravillosos bosques?

El pájaro nube se movía por el cielo viendo todo el desastre a sus pies, el viento lo iba moviendo y a los lejos todavía no se veía nada bonito.

Apareció una nube y se acercó al pájaro nube, le saludó y le preguntó si podía juntarse con él y hacer una nube mas grande, el pájaro nube le contestó que sí.. No solo esa nube se unió sino que muchas mas también lo hicieron, el pájaro nube era feliz,... iiiiiestaba volandoiiiii

Las nubes le contaron que el viento las desplazaba de un lugar a otro y veían bonitos y maravillosos paisajes, y que cuando eran muchas y estaban repletas de agua regaban la tierra. La gente de la tierra lo llaman lluvia, y gracias a la lluvia nosotras pintamos bonitos paisajes y cuando hacemos salir el sol, él nos regala un Arco Iris.

Vino una enorme nube, llena de miles de nubes que se habían juntado, se acercó a la nube del pájaro y ellas también se juntaron, iban a regar la tierra. El pájaro nube había visto llover muchas veces y le encantaba, pero ahora el iba a ser protagonista.

La gran nube grito:

—¡¡Ya!!...— sonaba como un trueno y todas las nubes se soltaron a la vez dejando caer sus gotas de agua. El pájaro nube volvía a ser pájaro agua, cayo a la tierra, esta, estaba seca y quemada, el pájaro agua entró dentro de ella y mojó un piñón que se había salvado de quemarse y lo alimento con su cuerpo de agua.

El piñón se movió y le salió una pequeña raíz, luego un pequeño brote, ¡¡Oh, el pájaro piedra agua se había convertido en planta!!

El pájaro planta salió de la tierra y vio de nuevo el sol, el sol lo calentó y le volvió hacer vapor. El pájaro piedra volvía a volar, y era mucho, mucho más feliz. Había alimentado a una semilla y ésta había crecido, pronto habrá mas árboles y estos traerán a más nubes y la tierra nos llamará para que volvamos a regarla y se pondrá preciosa. El pájaro de piedra ya sabía qué hacer para poder tener esos bosques maravillosos. Regar la tierra, la madre, que nos alimenta y nos da salud para que los tesoros que guarda con mucho amor, que son las semillas, puedan salir de ella y así el sol las alimente y todos podamos disfrutar de esos dones.

Pero él había conseguido su deseo: volar, ver mundo, hacer amistad y sobre todo ayudar a la tierra.

Amiguito hay que cuidar la naturaleza, sin naturaleza, no habrá vida, ni bellos cuentos que podamos contar. ***Colorín colorado este cuento ya se ha contado.***

EL VIEJO Y LA MONTAÑA

Francisco Lillo Martínez
Ilustraciones: Pedro Robles Ramos

Un día al amanecer, un anciano llamado Andrés, vio una montaña altísima que había surgido de la nada. Le extrañó muchísimo, pues él paseaba por aquel lugar todos los días y nunca la había visto. Era blanquecina, como surgida de un mar de agua jabonosa que se elevaba como pompas de espuma gigantes sobre un cielo limpio y claro.

Se sintió tan intrigado por este fenómeno que decidió emprender el camino hacia el lugar con su nieto, un niño de siete años.

Al principio le agrado la idea que con tanta determinación se había propuesto, pero pasado un trecho del camino el asma que padecía se hizo notar en toda su crudeza. Sentía un profundo ahogamiento como si le faltara el aire. La frente y las sienes le chorreaban de sudor y los cristales de las gafas se le empañaban.

Una vez repuestas las fuerzas, emprendieron la marcha ascendente hacia la sierra que tan bien conocían, pero el camino era tortuoso y agotador para el viejo, y ello le hacía detenerse mientras Juanito, así se llamaba el nieto, encontraba muy divertida la nueva ocurrencia del abuelo.

Cuando hubieron atravesado la distancia que los separaba de la colina, que era considerable, lo que para el niño era un juego, para él era un suplicio. A su avanzada edad y achacoso cuerpo, se podía considerar una proeza el camino recorrido. Cualquier persona hubiese desistido de seguir adelante, pero él no era de los que se daban por vencido. Arriba le esperaba el ansiado tesoro de la eterna juventud, el sueño dorado que buscan todos los mayores. El de saberse todavía con vitalidad para alcanzar cualquier meta. Animaba al chico, y se animaba así mismo:

—¡Ya estamos, Juanito… que nos queda poco!

Cuando apenas habían alcanzado un tercio de la ascensión Andrés tuvo que sentarse, jadeante, para recuperar el aliento, mientras el chiquillo disfrutaba de lo lindo con esta aventura. Un dolor atroz consumía las pocas fuerzas que le quedaban y le obligaba a descansar en medio de los peñascos que le servían de asiento. En su delirio veía las aves volar, ligeras, y pensaba que si fuera una de ellas, emprendería el vuelo para ir a donde quisiera sin que se lo impidiera su pobre cuerpo deforme, que actuaba como un contrapeso que le obligaba a postrarse sobre la tierra.

Continuaron ascendiendo por el camino. Caminaban en silencio. El sendero se hacía más inclinado a medida que avanzaban. Volviéndose, Andrés miró hacia abajo: el pueblo se empequeñecía como si fuera de juguete. La travesía había sido penosa, pero se sentía recompensado por las vistas tan espléndidas que se le ofrecían.

—Qué paisaje tan formidable, ¿verdad? ¿Ves ese edificio blanco, junto al pueblo, Juanito?

—Sí —respondió el niño—. Es mi colegio. Qué pequeño se ve desde aquí.

—Sí, todo parece muy chico —corroboró el anciano.

Como un poseso emprendió de nuevo junto a su nieto la subida, que al igual que un perrillo correteaba a un lado y a otro, observando todo con su curiosidad infantil. El sendero era angosto y, a ello, se unía la dificultad de ser un camino sembrado de maleza punzante, que arañaba la piel y las vestiduras. Con una tenacidad enfermiza se enfrentó a los elementos, desafiando a las corrientes de aire, que cuando más alto, más fuertes; al frío que se hacía más intenso cada vez; y lo peor, a la gravedad que ejercía su masa corporal, pugnando por arrastrarle pendiente abajo. Después de desfallecer varias veces se recostó en el suelo, ante el asombro del chiquillo que veía a su abuelo con inquietud.

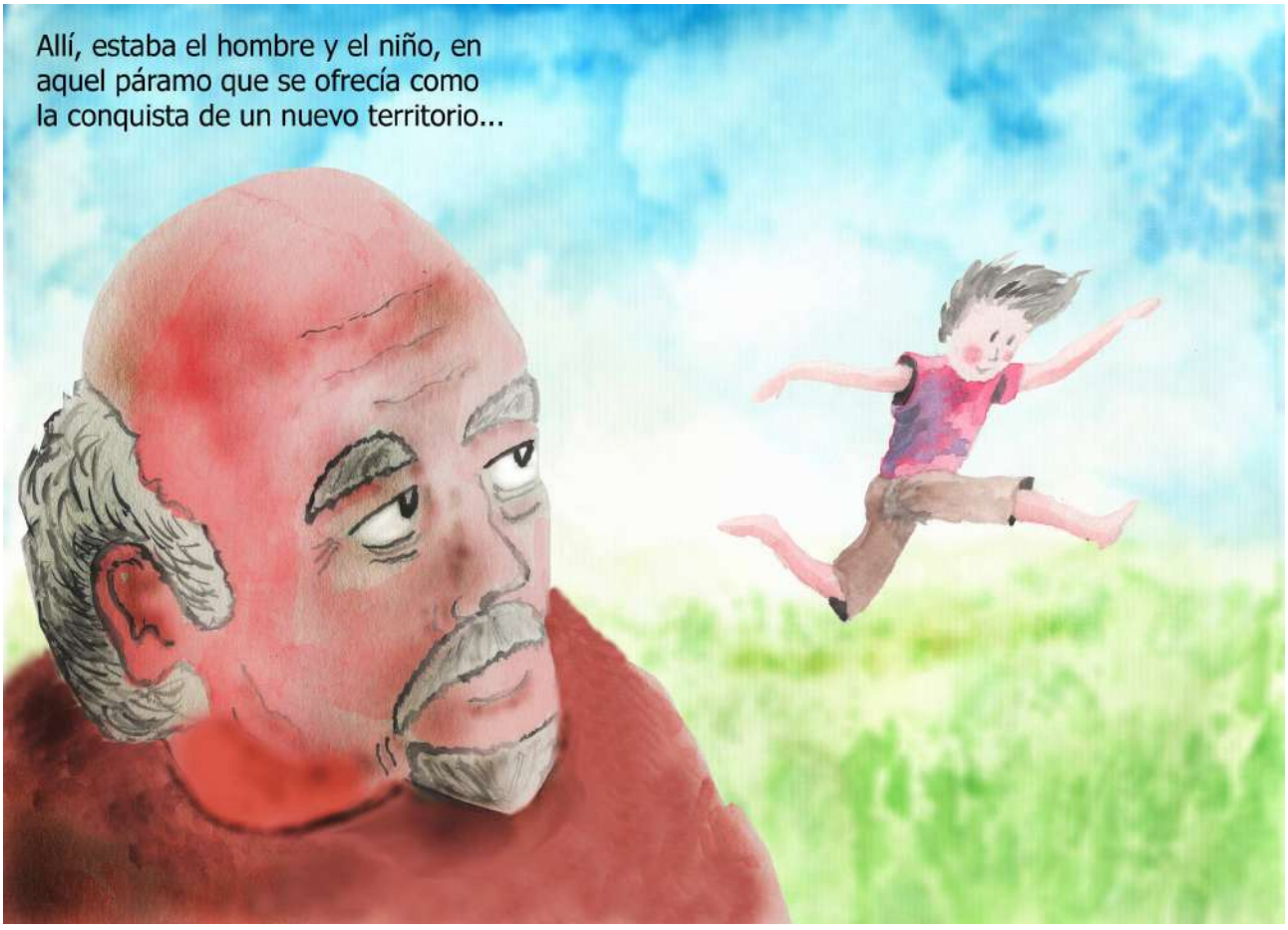
—¿Te pasa algo, abuelo…?

—Espera, hijo… que descanse un poquito —susurró el viejo agotadísimo.

Poco después se pusieron de nuevo en marcha. Con la fuerza de una voluntad de hierro, que no del cuerpo, pues estaba extenuado, y un esfuerzo sobrehumano, consiguió al fin, más muerto que vivo, su objetivo. Había vencido a las debilidades terrenales gracias a su perseverancia.

¡Qué viejo más tenaz! Su osadía había dado resultado. Por fin llegaron a la cima, Andrés, agotado y exhausto; Juanito, sonriente como unas pascuas, vio que era plano donde podía corretear a sus anchas. Ya en la cumbre se dispuso a saborear las mieles del triunfo, cuyo premio era contemplar la tan majestuosa montaña que le había llevado hasta aquel lugar, pero el monte fantasma había desaparecido. Igual que vino se fue. A lo lejos el cúmulo de nubes de aspecto jabonoso que antes había formado una gran mole se había deshecho al capricho de las corrientes de aire, y ahora estaban dispersas y estrelladas por un cielo radiante y luminoso, pero pese a ello, después de haber perseguido una utopía, el anciano no se contrarió, al revés había colmado sus expectativas al vencer a las dificultades.

Allí, estaba el hombre y el niño, en aquel solitario páramo que se ofrecía como la conquista de un nuevo territorio, y bajo el techo de la bóveda celeste tenían el mundo a sus pies.



UN MUNDO MÁGICO

Andrea Aracil Climent
Ilustraciones: Silvia García del Pino

¡Aparecieron de repente en un mundo mágico! Qué extraño era todo y que formas más raras tenían todas las cosas… Y de repente, de la nada, apareció una persona increíblemente alta y con una larga túnica azul muy brillante.

-Hola amigos míos-dijo-. Os doy la bienvenida a mi mundo mágico. Mi nombre es Estrellus y os guiare en el viaje hasta 'la Dorada'.

Los niños, muy sorprendidos se miraron unos a otros para intentar así lograr alguna explicación. Cris era una niña de 8 años bastante alta para su edad y pelo rubio muy liso y larguísimo, Sam con 10 años de edad castaña y bajita pero la más fuerte de toda su clase y por último Max, 12 años, moreno, ojos azules y con mucho sentido del humor aunque el más mayor de todos ellos.

Estrellus les guió por un túnel con reflejos similares al de un arcoíris hasta ver una luz blanca a lo lejos, una vez allí les dio a cada uno un caballo con alas para surcar los cielos rosados y haciéndolos dirigirse hacia la fabulosa Dorada que sería un misterio hasta que la vieran con sus propios ojos…

Los tres amigos se montaron en los caballos y salieron volando hacia lo misterioso.

Aterrizaron en un valle, con pequeñas montañas de color azul y malva pero todo estaba entre sombras sin un rayo de luz, lo cual era una pena. E hicieron una larga caminata hasta un enorme palacio situado a lo lejos. Golpearon el portón muy fuerte y les abrió una señora muy hermosa con un vestido hasta los pies y muy pomposo.

-Os estaba esperando, seguidme, os mostrare el gran secreto…- dijo ella.

Caminaban detrás de ella con paso ligero pero no podían impedir en echarle un vistazo a las cosas de su alrededor de vez en cuando. Todo estaba hecho de un material trasparente y frágil como no existía nada mas, pero entonces la vista de nuestros amigos se topo con una gran puerta dorada y al abrirse sola se quedaron boquiabiertos.

-Tomar, estas son las tres baritas con toda la magia de nuestro mundo en estas tendréis, ligereza, agilidad y valentía esas principalmente pero al igual de muchas más. Una vez que entréis sabréis inmediatamente lo que tendréis que hace. Suerte y que la magia os guíe.

Los niños con las baritas en mano y aun más asombrados cruzaron la línea que dividía el interior del palacio con lo que se escondía detrás de la puerta y a continuación se quedaron mirando a todos los seres que revoloteaban encima de sus cabezas felizmente. Hadas, eso es lo que eran, hadas, de infinitos colores, en ocasiones indescriptibles y ahí la vieron, la única, la más brillante, la Dorada.

-Estáis aquí para traer de nuevo los rayos de luz a nuestro mundo, para inundar otra vez de belleza todos las zonas de este, estáis aquí para volver a revivir la magia que nos rodea a todos. –dijo la voz de Estrellus-. Para eso, tendréis que utilizar vuestras varitas y colocar las hadas de tal forma que la última sea la Dorada y así atraer la luz del sol, a continuación veríais su efecto. Animo chicos, lo haréis bien,y su voz dejo de oírse.

-¡Muy bien!-dijo Max-. Haremos un grupo con todas las hadas, pero… ¿Qué forma haremos para que el rayo de sol las detecte?

-Y si hacemos algo relacionado con la Navidad, ya que falta poco para que llegue…-dijo Cris.

-¡Sí! Podríamos hacer la forma de un árbol de Navidad y en vez de poner una estrella en la copa podríamos poner ¡el hada Dorada!-dijo Sam.

-¡Siiiii! –gritaron todos de la emoción.

-Bien, pues agitemos los tres las baritas y señalando las hadas las colocaremos de en una en una haciendo la forma del árbol.-dijo Max.

De las baritas salió una lluvia de purpurina haciendo un camino y encaminando a las hadas y colocándolas a cada una en su sitio. Sam por último puso la Dorada y de repente un foco de luz brillante, viva, con total esplendor ilumino todo el árbol de Navidad haciendo relucir todas las hadas y de repente el foco de luz se expandió por todos los sitios, llenándolos de luz, color y viveza. Los animales del mágico mundo asomaron sus cabecitas hacia su nuevo hogar soleado y rebosando de magia de nuevo. Los niños salieron corriendo hacia el valle y felices se pusieron a jugar con los animalitos. Estrellus, la hermosa mujer, y muchas más personas aparecieron donde estaban ellos y todos agradecidos por lo que acababan de hacer y por el don que ellos tenían, celebraron una gran fiesta y les prepararon para el viaje de retorno a sus casas con un medallón cada uno por si querían visitarles y llenarse de magia cuando les apeteciese.

LAS 7 MARIPOSAS MAGICAS

Daniel Segovia

Ilustración: Lola Fernández Lentisco

En un lugar donde reinaba la magia hace mucho tiempo, existía un misterioso bosque encantado que por el día lucía colores vivos y llamativos, pero por la noche, se convertía en un lugar triste y apenado de colores grises. El bosque permanecía bajo el «hechizo de luna» lanzado por la malvada bruja, al saber que habían nacido siete mariposas mágicas. Un encantamiento que hacía que los colores se borrasen cada vez que salía la luna.

Las siete mariposas vivían en el árbol más alto. Eran grandes y hermosas, con unas alas de terciopelo pintadas con purpurinas y colores llamativos y con adornos bordados en oro y plata. Todas tenían una sonrisa dulce y transparente como las aguas cristalinas. Pero cada una de las siete mariposas era de un color diferente.

Por la mañana el mismísimo sol gris, iluminaba un bosque triste y ceniciento.

Entonces las siete mariposas empezaban a despertarse, moviendo sus alitas poco a poco. Tenían que repintar todo el misterioso bosque, pero con rapidez y cautela, para que no sé enterara la malvada bruja.

La mariposa verde era la mayor, por eso era también, la más responsable y ordenada. Ella le daba color a la copa de los arboles, a las hojas y al césped. Según iba acabando de pintarlos los animalillos del bosque sonreían de felicidad, al ver que las cosas volvían a recuperar su color durante unas horas.

La mariposa naranja tenía unos mofletes muy redondos, se dedicaba a pintar muchas de las frutas y las verduras: las zanahorias, las calabazas, las naranja…, le gustaba tanto pintar, que incluso había días que pintaba el atardecer.

La mariposa amarilla era la más perezosa, le encantaba dormir, y siempre protestaba cuando se tenía que levantar tan pronto, porque ella, era la que tenía que pintar el sol antes de que empezara a calentar demasiado y derritiera sus alas.

La mariposa violeta era muy glotona, a todas horas estaba comiendo, por eso empezaba siempre la última. Se dedicaba a pintar todos los animales del bosque, le daba igual, animal que veía, animal que pintaba: las ardillas, los ratones, los lobos, los ciervos… Todos eran de color violeta.

A la mariposa azul le gustaba vestirse como las princesas, era presumida y coqueta, y se dedicaba a darle color al cielo, a las nubes esponjosas como los algodones de azúcar y a las aguas de los mares.

La mariposa roja estaba enamorada de la vida y le gustaba mucho la Navidad, le gustaba tanto, que lo único que hacía era colorear las rosas, las amapolas y la flor de pascua.

La mariposa de color añil era la más rara, ella repasaba todo lo que las demás pintaban, dándole luces y reflejos y era también la que se encargaba de vigilar por si se acercaba la bruja malvada.

Las siete mariposas trabajaban duramente todo el día para que todo estuviera reluciente y lleno de vida, pero cuando el sol se iba a dormir y la luna asomaba la nariz, las mariposas caían rendidas de cansancio. Entonces el bosque encantado, poco a poco, iba perdiendo los colores, volviendo a su tono triste y ceniciento.

Así estuvieron mucho tiempo, hasta que un día la bruja decidió darse un paseo con su escoba mágica, a ver como marchaban las cosas en su bosque encantado. Cuando sus pequeños y feos ojos divisaron el bosque, no dio crédito a lo que estaba viendo, incluso se frotó los ojos, por si contemplaba un espejismo. El bosque encantado estaba lleno de luz y colores vivos. La bruja se enfadó tanto que se fue a su guarida para hacer un hechizo contra las mariposas.

A la mañana siguiente, cuando las 7 mariposas de colores, se preparaban para pintar el bosque, la bruja malvada de la verruga en la nariz, había preparado una terrible trampa. Sin que se dieran cuenta, les echó unos polvos mágicos para que no pudieran volar y así las pudo capturar una a una, encerrándolas en una jaula de hierro viejo.

Al día siguiente, cuando los animalillos y las plantas; el cielo y las nubes; los mares y el sol se dieron cuenta de que su mundo seguía gris, se pusieron muy tristes. Los días pasaban con la misma pena y el mismo color gris. Las plantas no tenían ganas de florecer, los animalillos apenas comían, los niños de la aldea ya no jugaban a la pelota y el sol no calentaba.

Tan tristes se pusieron, que las nubes lloraban de pena y las 7 mariposas, al notar que se mojaban, sacudieron las alas, lanzando al viento miles y miles de gotas de agua, impregnadas con sus colores. Todos los habitantes del misterioso bosque miraron el espectáculo, incluso el sol se hizo un hueco entre las nubes, y entonces ocurrió algo mágico: sus rayos tocaron las gotas de agua y desde un horizonte a otro, cómo un espectro de luz, surgió el arco iris, cubriendo todo el bosque encantado. «¡Magia! ¡Magia!» gritaban todos, locos de alegría, «¡Por fin vuelven los colores! Desde entonces, cada vez que llueve y sale el sol, las 7 mariposas mágicas aletean con alegría, indiferentes a su triste destino, lanzando al viento los colores que el arco iris dibuja en el cielo, mientras la bruja malvada de la verruga en la nariz se muere de rabia al verlo.

El abecedario

Hans Christian Andersen

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase una vez un hombre que había compuesto versos para el abecedario, siempre dos para cada letra, exactamente como vemos en la antigua cartilla. Decía que hacía falta algo nuevo, pues los viejos pareados estaban muy sobados, y los suyos le parecían muy bien. Por el momento, el nuevo abecedario estaba sólo en manuscrito, guardado en el gran armario—librería, junto a la vieja cartilla impresa; aquel armario que contenía tantos libros eruditos y entretenidos. Pero el viejo abecedario no quería por vecino al nuevo, y había saltado en el anaquel pegando un empellón al intruso, el cual cayó al suelo, y allí estaba ahora con todas las hojas dispersas. El viejo abecedario había vuelto hacia arriba la primera página, que era la más importante, pues en ella estaban todas las letras, grandes y pequeñas. Aquella hoja contenía todo lo que constituye la vida de los demás libros: el alfabeto, las letras que, quiérase o no, gobiernan al mundo. ¡Qué poder más terrible! Todo depende de cómo se las dispone: pueden dar la vida, pueden condenar a muerte; alegrar o entristecer. Por sí solas nada son, pero ¡puestas en fila y ordenadas!... Cuando Nuestro Señor las hace

intérpretes de su pensamiento, leemos más cosas de las que nuestra mente puede contener y nos inclinamos profundamente, pero las letras son capaces de contenerlas.

Pues allí estaban, cara arriba. El gallo de la A mayúscula lucía sus plumas rojas, azules y verdes. Hinchaba el pecho muy ufano, pues sabía lo que significaban las letras, y era el único viviente entre ellas.

Al caer al suelo el viejo abecedario, el gallo batió de alas, subióse de una volada a un borde del armario y, después de alisarse las plumas con el pico, lanzó al aire un penetrante quiquiriquí. Todos los libros del armario, que, cuando no estaban de servicio, se pasaban el día y la noche dormitando, oyeron la estridente trompeta. Y entonces el gallo se puso a discursear, en voz clara y perceptible, sobre la injusticia que acababa de cometerse con el viejo abecedario.

—Por lo visto ahora ha de ser todo nuevo, todo diferente —dijo—. El progreso no puede detenerse. Los niños son tan listos, que saben leer antes de conocer las letras. «¡Hay que darles algo nuevo!», dijo el autor de los nuevos

versos, que yacen esparcidos por el suelo. ¡Bien los conozco! Más de diez veces se los oí leer en alta voz. ¡Cómo gozaba el hombre! Pues no, yo defenderé los míos, los antiguos, que son tan buenos, y las ilustraciones que los acompañan. Por ellos lucharé y cantaré. Todos los libros del armario lo saben bien. Y ahora voy a leer los de nueva composición. Los leeré con toda pausa y tranquilidad, y creo que estaremos todos de acuerdo en lo malos que son.

A. Ama

Sale el ama endomingada

Por un niño ajeno honrada.

B. Barquero

Pasó penas y fatigas el barquero,

Mas ahora reposa placentero.

—Este pareado no puede ser más soso. — dijo el gallo — Pero sigo leyendo.

C. Colón

Lanzóse Colón al mar ingente,

y ensanchóse la tierra enormemente.

D. Dinamarca

De Dinamarca hay más de una saga bella,

No cargue Dios la mano sobre ella.

— Muchos encontrarán hermosos estos versos — observó el gallo — pero yo no. No les veo nada de particular. Sigamos.

E. Elefante

Con ímpetu y arrojo avanza el elefante,

de joven corazón y buen talante.

F. Follaje

Despójase el bosque del follaje

En cuanto la tierra viste el blanco traje.

G. Gorila

Por más que traigáis gorilas a la arena,

se ven siempre tan torpes, que da pena.

H. Hurra

¡Cuántas veces, gritando en nuestra tierra,

puede un «hurra» ser causa de una guerra!

— ¡Cómo va un niño a comprender estas alusiones! — protestó el gallo —. Y, sin embargo, en la portada se lee: «Abecedario

para grandes y chicos». Pero los mayores tienen que hacer algo más que estarse leyendo versos en el abecedario, y los pequeños no lo entienden. ¡Esto es el colmo! Adelante.

J. Jilguero

Canta alegre en su rama el jilguero,

de vivos colores y cuerpo ligero.

L. León

En la selva, el león lanza su rugido;

vedlo luego en la jaula entristecido.

Mañana (sol de)

Por la mañana sale el sol muy puntual,

mas no porque cante el gallo en el corral.

Ahora las emprende conmigo — exclamó el gallo —. Pero yo estoy en buena compañía, en compañía del sol. Sigamos.

N. Negro

Negro es el hombre del sol ecuatorial;

por mucho que lo laven, siempre será igual.

O. Olivo

¿Cuál es la mejor hoja, lo sabéis? A fe,

la del olivo de la paloma de Noé.

P. Pensador

En su mente, el pensador mueve todo el mundo,

desde lo más alto hasta lo más profundo.

Q. Queso

El queso se utiliza en la cocina,

donde con otros manjares se combina.

R. Rosa

Entre las flores, es la rosa bella

lo que en el cielo la más brillante estrella.

S. Sabiduría

Muchos creen poseer sabiduría

cuando en verdad su mollera está vacía.

— ¡Permitidme que cante un poco! — dijo el gallo —. Con tanto leer se me acaban las fuerzas. He de tomar aliento —. Y se puso a cantar de tal forma, que no parecía sino una corneta de latón. Daba gusto oírlo — al gallo, entendámonos —. Adelante.

T. Tetera

La tetera tiene rango en la cocina,

pero la voz del puchero es aún más fina.

U. Urbanidad

Virtud indispensable es la urbanidad,

si no se quiere ser un ogro en sociedad.

Ahí debe haber mucho fondo — observó el gallo —, pero no doy con él, por mucho que trato de profundizar.

V. Valle de lágrimas

Valle de lágrimas es nuestra madre tierra.

A ella iremos todos, en paz o en guerra.

— ¡Esto es muy crudo! — dijo el gallo.

X. Xantipa

— Aquí no ha sabido encontrar nada nuevo:

En el matrimonio hay un arrecife,

al que Sócrates da el nombre de Xantipe.

— Al final, ha tenido que contentarse con Xantipe.

Y. Ygdrasil

En el árbol de Ygdrasil los dioses nórdicos vivieron,

mas el árbol murió y ellos enmudecieron.

— Estamos casi al final — dijo el gallo —. ¡No es poco consuelo! Va el último:

Z. Zephir

En danés, el céfiro es viento de Poniente,

te hiela a través del paño más caliente.

— ¡Por fin se acabó! Pero aún no estamos al cabo de la calle. Ahora viene imprimirlo. Y luego leerlo. ¡Y lo ofrecerán en sustitución de los venerables versos de mi viejo abecedario! ¿Qué dice la asamblea de libros eruditos e indoctos, monografías y manuales? ¿Qué dice la biblioteca? Yo he dicho; que hablen ahora los demás. Los libros y el armario permanecieron quietos, mientras el gallo volvía a situarse bajo su A, muy orondo.

— He hablado bien, y cantado mejor. Esto no me lo quitará el nuevo abecedario. De seguro que fracasa. Ya ha fracasado. ¡No tiene gallo!.FIN

https://cuentosinfantiles.top

El flautista de Hamelin

Robert Browning

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

El pueblito de Hamelin está en Brunswick, cerca de la famosa ciudad de Hanover, y el profundo y anchuroso Weser baña su flanco sur. Jamás se vio un lugar tan placentero pero, para la época en que comienza nuestra historia –hace casi cinco siglos–, los pobladores soportaban una horrible peste.

¡Ratas! Desafiaban a los perros y mataban a los gatos; mordían a los bebitos en sus cunas; se comían los quesos de los moldes y sorbían la sopa del mismísimo cucharón del cocinero; abrían los toneles de sardinas en salmuera, anidaban en los sombreros de paseo de los hombres y hasta estropeaban las charlas de las mujeres, ahogando las voces con chillidos estridentes que cubrían una gama de cincuenta sostenidos y bemoles.

Finalmente la gente acudió en manifestación a la alcaldía.

–Es evidente que nuestro alcalde es un papanatas –gritaban–. Para no hablar de la Corporación. ¡Pensar que gastamos en trajes de armiño para unos bobos que no son capaces

de librarnos de esta peste! ¿Acaso esperan ampararse en sus pieles de magistrados, sólo porque son viejos y gordos? De pie, señores. Exprímanse los cerebros para encontrar una solución, o no les quepa duda de que los vamos a echar.

Al oír esto el alcalde y la Corporación se pusieron a temblar, muy preocupados.

Estuvieron reunidos en consejo durante una hora y por fin el alcalde rompió el silencio.

–Remato mi investidura al mejor postor. Querría estar bien lejos de aquí. Es fácil pedir que uno se exprima el cerebro. Ya me duele la cabeza de tanto rascarla. Y nada. ¡Si se nos ocurriera alguna buena trampa!

Mientras decía esto tocaron suavemente a la puerta del recinto

–¡Santo cielo! –exclamó el alcalde–. ¿Qué es eso?

Allí sentado con la Corporación parecía pequeño pero asombrosamente gordo. Su mirada no era más lúcida ni más húmeda que

la de una ostra muerta, aunque hay que admitir que cobraba un poco de vida al mediodía, cuando la panza clamaba por un guiso de tortuga verde y gelatinosa.

–¿Alguien se está sacudiendo los pies en el felpudo? –preguntó, y agregó–: Cualquier ruidito que me recuerde el de las ratas y el corazón me da un vuelco.

–¡Adelante! –gritó finalmente el alcalde, y pareció que había crecido.

Entonces hizo su entrada el tipo más raro que pueda uno imaginar, con un extravagante abrigo que lo cubría de pies a cabeza, mitad amarillo y mitad rojo. Era un hombre alto y muy delgado, con ojos azules y penetrantes, chiquitos como dos alfileres, cabellos claros y lacios pero tez morena, sin bozo en las mejillas ni barba en el mentón pero con muchas sonrisas en los labios.

Nadie imaginaba quién era ni de dónde venía y todos contemplaban absortos al hombre altísimo y su extraño atavío.

Uno dijo:

–Es como si mi tatarabuelo hubiese vuelto de la tumba al oír las trompetas del día del Juicio.

El hombre avanzó hasta la mesa de deliberaciones y dijo:

–Con su permiso, honorables. Por obra de un poder secreto, estoy en condiciones de hacer que me sigan todas las criaturas vivientes, las que se arrastran, las que nadan, las que vuelan y las que corren. Suelo utilizar mi poder sobre los bichos perjudiciales al hombre, como los topos, los sapos, los tritones y las víboras. La gente me llama el Flautista.

Y sólo entonces notaron que alrededor del cuello tenía una banda roja y amarilla, para hacer juego con el saco, de cuyo extremo colgaba una flauta. También notaron que los dedos se le escapaban, como si estuvieran ansiosos por tocar esa flauta que se bamboleaba sobre el anticuado traje.

–A pesar de ser sólo un pobre flautista –dijo–, en junio pasado liberé al Chan de Tartaria de

unas gigantescas nubes de mosquitos y en Asia le quité de encima a Nizam una ola monstruosa de murciélagos vampiros. Y en cuanto a lo que les preocupa a ustedes ¿me darían mil florines si libero a la ciudad de las ratas?

–¿Mil? ¡Cincuenta mil! –exclamaron sorprendidos el alcalde y la Corporación.

Entonces el Flautista salió a la calle, algo sonriente, como si supiese qué magia dormía en su flauta, y, como un músico experto, frunció los labios para soplar el instrumento. Los ojos despedían destellos azules y verdes, como cuando se arroja sal sobre la llama de una vela. Y antes de que la flauta hubiese emitido tres notas agudas, se oyó algo que recordaba un ejército en marcha. El murmullo se convirtió en gruñido, el gruñido en rugido y las ratas comenzaron a precipitarse atropelladamente a la calle.

Ratas grandes, ratas chicas, ratas enclenques, ratas robustas, ratas marrones, ratas grises, ratas negras, ratas rubias, viejas ratas solemnes y rengas, ratitas alegres y juguetonas, padres,

madres, tías, primos, colas en alto y bigotes en punta, decenas y docenas de familias, hermanos, hermanas. esposas y esposos, todas detrás del Flautista.

El Flautista tocaba y caminaba y las ratas lo seguían bailoteando, hasta que llegaron a orillas del Weser, donde todas se zambulleron y murieron.

Todas salvo una, intrépida como Julio César, que atravesó el río a nado y vivió para llevar sus comentarios al País de las Ratas, tan cuidadosa como el conquistador romano de preservar el manuscrito. Su historia decía así:

"En cuanto sonaron las primeras notas agudas en la flauta, me pareció oír que cortaban lebrillo, que colocaban manzanas, maravillosamente maduras, en la prensa de hacer sidra, que corrían barriles de embutidos, que dejaban entreabiertos armarios con conservas y que quitaban los corchos a los frascos de aceite, que hacían saltar los flejes de los toneles de manteca. Era como si una voz, más dulce que el arpa o el salterio, gritase:

"¡Alégrense, ratas! El mundo se convirtió en una enorme despensa. Así que masquen, tasquen, desayunen, almuercen, merienden y cenen." Y cuando me pareció ver un gran barril de azúcar, ya abierto, brillante como el sol, a pocos centímetros de mis narices, como diciéndome: "Ven a perforarme", me encontré revolcándome en el Weser".

Tendrían que haber escuchado a los pobladores de Hamelin haciendo repicar las campanas hasta doblar los campanarios.

–¡Vamos! –gritaba el alcalde–. ¡Agarren palos largos y arranquen los nidos; tapen los agujeros! ¡Consulten con carpinteros y albañiles y no dejen ni rastros de las ratas en el pueblo!

De pronto asomó la cara del Flautista en el mercado y se oyó:

–¡Primero páguenme mis mil florines, por favor!

¡Mil florines! El alcalde se puso verde y también, los miembros de la Corporación. Las

cenas del Concejo hacían estragos con las reservas de Clarete, de Mosela, de Vinde–Grave y de vino del Rin, y la mitad de ese dinero bastaría para volver a llenar con vino el tonel más grande de la bodega. ¿Cómo iban a pagarle esa suma a un vagabundo vestido de amarillo y rojo, como un gitano?

–Además –dijo el alcalde con un guiño malicioso, fue obra del río. Todos vimos con nuestros propios ojos cómo se hundían las ratas. Y lo que está muerto no resucita, según creo. Así que, amigo, no somos gente que vaya a negarle un vaso de vino ni tampoco algún dinerito, pero en cuanto a los florines, lo que dijimos lo dijimos en broma. Por otra parte, hay que tener en cuenta que sufrimos graves pérdidas y que debemos ahorrar. ¡Mil florines! ¡Por favor! Conténtese con cincuenta.

El Flautista cambió de cara y gritó:

–No acepto regateos y, además, estoy muy apurado. Prometí estar en Bagdad para la hora de la cena: tengo que probar la primicia de un guiso del cocinero en jefe, un hombre muy

rico, que está agradecido de que haya exterminado los escorpiones de la cocina del califa. No regateé con él y no voy a ceder ni un centavo con ustedes. Además, tengan en cuenta que tengo otro modo de tocar la flauta para la gente que me pone furioso.

–¿Cómo dice? –gritó el alcalde–. ¿Cree usted que puedo permitir que me trate peor que a un cocinero? ¿Que me insulte un asqueroso haragán, un flautista vagabundo vestido de todos colores? ¿Es eso una amenaza? Adelante, entonces, y sople su flauta hasta reventar.

El Flautista salió una vez más a la calle y una vez más acercó a sus labios la larga flauta de caña lisa y recta. Y antes de que hubiese sonado la tercera de esas notas dulces y suaves como no había emitido hasta entonces ningún músico en el mundo, se oyó un murmullo de bullicio, de muchedumbres alegres que se empujaban y se atropellaban, piecitos que pataleaban y zuecos que golpeteaban, manitos que aplaudían y lengüitas que parloteaban y,

como las aves del corral cuando les tiran el alpiste, salieron corriendo los chicos. Todos los chicos y las chicas de mejillas sonrosadas y rulos rubios, de ojos brillantes y dientes de perlas, tropezándose y brincando corrían en pos de la música maravillosa entre gritos y carcajadas.

El alcalde se quedó mudo y los consejeros se quedaron duros como estacas. Incapaces de dar un paso o de gritarles a los chicos que pasaban saltando alegremente, sólo podían seguir con los ojos a esa multitud gozosa que perseguía al Flautista. Pero ¡qué angustia sintió el alcalde y cómo palpitaron los corazones de los consejeros cuando el Flautista se desvió de la calle principal y se dirigió hacia el Weser, que les saldría al paso a sus hijos y sus hijas!

Sin embargo, el Flautista cambió de rumbo y, en lugar de dirigirse hacia el sur, se dirigió hacia el oeste y rumbeó hacia la colina de Koppelberg, con los chicos siempre pegados a la espalda. Todos se sintieron aliviados.

–Nunca podrá atravesar ese pico. Tendrá que dejar de tocar y nuestros hijos se detendrán.

Pero sucedió que, al llegar al pie de la montaña, se abrió de par en par un portal maravilloso, como si de pronto hubiese surgido una caverna. El Flautista avanzó y los niños lo siguieron. Y cuando habían entrado todos, hasta el último, la puerta se cerró de golpe.

¿Dije todos? Me equivoco. Uno de ellos era rengo y no había podido bailotear como los otros. Cuando, muchos años después, le reprochaban su tristeza, solía decir: "Es muy sombrío el pueblo desde que se fueron mis compañeros. Y no puedo olvidar que estoy privado de contemplar todos esos maravillosos espectáculos que también a mí me prometió el Flautista. Decía que nos conducía a una tierra de gozo, que estaba muy cerquita del pueblo, allí nomás, donde brotaban fuentes y crecían árboles frutales y las flores desplegaban matices más hermosos y todo era extraño y nuevo, donde los gorriones eran más brillantes que los pavos reales y los perros más veloces

que las corzas, y las abejas habían perdido sus aguijones y los caballos nacían con alas de águila. Y justo cuando me sentí seguro de que en ese lugar iba a curarme de mi renguera, la música se detuvo y yo me quedé allí parado, del lado de afuera de la montaña, abandonado muy a pesar mío y obligado a seguir rengueando en este mundo y a no volver a oír nunca más hablar del hermoso país".

¡Desdichado Hamelin! A muchos vecinos les vino a la mente eso de que es más fácil que un camello pase por el ojo de un aguja que un rico entre en el cielo.

El alcalde mandó mensajeros hacia los cuatro puntos cardinales para ofrecerle al Flautista, donde quiera que se lo hallase, todo el oro y toda la plata que pidiera si regresaba como se había ido y traía con él a los niños. Pero cuando vieron que todo era en vano y que el Flautista y los niños que bailoteaban a sus espaldas se habían ido para siempre, lanzaron un decreto por el cual los abogados debían fechar sus documentos según esta fórmula: "A tantos

años, meses y días de lo que sucedió aquí el 27 de julio de 1366". Y para no olvidarse jamás de la calle por donde habían desaparecido los niños la llamaron Calle del Flautista y cualquiera que pasase por ella tocando la flauta o el tamboril podía estar seguro de que no volvería a encontrar trabajo en Hamelin. Tampoco permitieron que ninguna hostería ni ninguna taberna perturbase con el bullicio una calle tan solemne. Y frente al lugar en que se había abierto la caverna levantaron una columna y en ella escribieron esta historia y también la pintaron en el gran vitral de la iglesia, para que el mundo se enterase de que les hablan robado sus hijos. Todavía hoy están allí esos recuerdos.

Me olvidaba de mencionar que en Transilvania hay una tribu de gente muy especial que asegura que las ropas tan extrañas que usa, y que tanto llaman la atención de sus vecinos, son una herencia de sus antepasados, surgidos de una prisión subterránea en la que se los había sepultado hacía largo tiempo después de

haberlos arrebatado del pueblito de Hamelin, en el condado de Brunswick, sin que supieran decir cómo o por qué.

Así que, Guille, saldemos nuestras deudas con todos los hombres... ¡sobre todo con los flautistas! Y sí llegan a liberarnos con su música de ratas o de ratones cumplamos nuestra promesa y paguémosles lo que hayamos convenido.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

El gigante egoísta

Oscar Wilde

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habían acostumbrado a ir a jugar al jardín del gigante. Era un jardín grande y hermoso, cubierto de verde y suave césped. Dispersas sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había una docena de melocotones que, en primavera, se cubrían de delicados capullos rosados, y en otoño daban sabroso fruto.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

–¡Qué felices somos aquí!– se gritaban unos a otros.

Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y permaneció con él durante siete años. Transcurridos los siete años, había dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en el jardín.

–¿Qué estáis haciendo aquí? – les gritó con voz agria. Y los niños salieron corriendo.

–Mi jardín es mi jardín– dijo el gigante. –Ya es hora de que lo entendáis, y no voy a permitir que nadie mas que yo juegue en él.

Entonces construyó un alto muro alrededor y puso este cartel: Prohibida la entrada. Los transgresores serán procesados judicialmente.

Era un gigante muy egoísta. Los pobres niños no tenían ahora donde jugar.

Trataron de hacerlo en la carretera, pero la carretera estaba llena de polvo y agudas piedras, y no les gustó.

Se acostumbraron a vagar, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

–¡Que felices éramos allí!– se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera y todo el país se llenó de capullos y pajaritos. Solo en el jardín del gigante egoísta continuaba el invierno.

Los pájaros no se preocupaban de cantar en él desde que no había niños, y los árboles se

olvidaban de florecer. Solo una bonita flor levantó su cabeza entre el césped, pero cuando vio el cartel se entristeció tanto, pensando en los niños, que se dejó caer otra vez en tierra y se echó a dormir.

Los únicos complacidos eran la Nieve y el Hielo. –La primavera se ha olvidado de este jardín– gritaban. –Podremos vivir aquí durante todo el año

La Nieve cubrió todo el césped con su manto blanco y el Hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del Norte a pasar una temporada con ellos, y el Viento aceptó.

Llegó envuelto en pieles y aullaba todo el día por el jardín, derribando los capuchones de las chimeneas.

–Este es un sitio delicioso– decía. –Tendremos que invitar al Granizo a visitarnos.

Y llegó el Granizo. Cada día durante tres horas tocaba el tambor sobre el tejado del castillo, hasta que rompió la mayoría de las pizarras, y

entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín corriendo lo más veloz que pudo. Vestía de gris y su aliento era como el hielo.

–No puedo comprender como la primavera tarda tanto en llegar– decía el gigante egoísta, al asomarse a la ventana y ver su jardín blanco y frío. –¡Espero que este tiempo cambiará!

Pero la primavera no llegó, y el verano tampoco. El otoño dio dorados frutos a todos los jardines, pero al jardín del gigante no le dio ninguno.

–Es demasiado egoísta– se dijo.

Así pues, siempre era invierno en casa del gigante, y el Viento del Norte, el Hielo, el Granizo y la Nieve danzaban entre los árboles.

Una mañana el gigante yacía despierto en su cama, cuando oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos que creyó sería el rey de los músicos que pasaba por allí. En realidad solo era un jilguerillo que cantaba ante su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que le

pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, el Viento del Norte dejó de rugir, y un delicado perfume llegó hasta él, a través de la ventana abierta.

–Creo que, por fin, ha llegado la primavera– dijo el gigante; y saltando de la cama miró el exterior. ¿Qué es lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños habían penetrado en el jardín, habían subido a los árboles y estaban sentados en sus ramas. En todos los árboles que estaban al alcance de su vista, había un niño. Y los árboles se sentían tan dichosos de volver a tener consigo a los niños, que se habían cubierto de capullos y agitaban suavemente sus brazos sobre las cabezas de los pequeños.

Los pájaros revoloteaban y parloteaban con deleite, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped. Era una escena encantadora. Sólo en un rincón continuaba siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se

encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, no podía alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol seguía aún cubierto de hielo y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía en torno a él.

–¡Sube, pequeño!– decía el árbol, y le tendía sus ramas tan bajo como podía; pero el niño era demasiado pequeño. El corazón del gigante se enterneció al contemplar ese espectáculo.

–¡Qué egoísta he sido– se dijo. –Ahora comprendo por qué la primavera no ha venido hasta aquí. Voy a colocar al pobre pequeño sobre la copa del árbol, derribaré el muro y mi jardín será el parque de recreo de los niños para siempre.

Estaba verdaderamente apenado por lo que había hecho. Se precipitó escaleras abajo, abrió la puerta principal con toda suavidad y salió al jardín.

Pero los niños quedaron tan asustados cuando lo vieron, que huyeron corriendo, y en el jardín volvió a ser invierno.

Sólo el niño pequeño no corrió, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no vio acercarse al gigante. Y el gigante se deslizó por su espalda, lo cogió cariñosamente en su mano y lo colocó sobre el árbol. El árbol floreció inmediatamente, los pájaros fueron a cantar en él, y el niño extendió sus bracitos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó.

Cuando los otros niños vieron que el gigante ya no era malo, volvieron corriendo y la primavera volvió con ellos.

–Desde ahora, este es vuestro jardín, queridos niños– dijo el gigante, y cogiendo una gran hacha derribó el muro. Y cuando al mediodía pasó la gente, yendo al mercado, encontraron al gigante jugando con los niños en el más hermoso de los jardines que jamás habían visto.

Durante todo el día estuvieron jugando y al atardecer fueron a despedirse del gigante. –Pero, ¿dónde está vuestro pequeño compañero, el niño que subí al árbol?– preguntó. El gigante era a este al que más

quería, porque lo había besado. –No sabemos contestaron los niños– se ha marchado.

–Debéis decirle que venga mañana sin falta– dijo el gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían donde vivía y nunca antes lo habían visto. El gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes, cuando terminaba la escuela, los niños iban y jugaban con el gigante. Pero al niño pequeño, que tanto quería el gigante, no se le volvió a ver. El gigante era muy bondadoso con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

–¡Cuánto me gustaría verlo!– solía decir.

Los años transcurrieron y el gigante envejeció mucho y cada vez estaba más débil. Ya no podía tomar parte en los juegos; sentado en un gran sillón veía jugar a los niños y admiraba su jardín.

–Tengo muchas flores hermosas– decía, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana invernal miró por la ventana, mientras se estaba vistiendo. Ya no detestaba el invierno, pues sabía que no es sino la primavera adormecida y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos atónito y miró y remiró. Verdaderamente era una visión maravillosa. En el más alejado rincón del jardín había un árbol completamente cubierto de hermosos capullos blancos. Sus ramas eran doradas, frutos de plata colgaban de ellas y debajo, de pie, estaba el pequeño al que tanto quiso.

El gigante corrió escaleras abajo con gran alegría y salió al jardín. Corrió precipitadamente por el césped y llegó cerca del niño. Cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

–¿Quién se atrevió a herirte?– Pues en las palmas de sus manos se veían las señales de dos clavos, y las mismas señales se veían en los piececitos.

–¿Quién se ha atrevido a herirte?– gritó el gigante. –Dímelo para que pueda coger mi espada y matarle.

–No– replicó el niño, pues estas son las heridas del amor.

–¿Quién eres?– dijo el gigante; y un extraño temor lo invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo: –Una vez me dejaste jugar en tu jardín, hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de capullos blancos.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

EL MARAVILLOSO MAGO DE OZ

Lyman Frank Baum

(1856-1919)

EL MARAVILLOSO MAGO DE OZ

Lyman Frank Baum

CAPÍTULO 1. El ciclón 3
CAPÍTULO 2. La conferencia con los Munchkings 11
CAPÍTULO 3. De cómo salvó Dorothy al Espantapájaros 25
CAPÍTULO 4. El camino del bosque 38
CAPÍTULO 5. El Leñador de Hojalata 48
CAPÍTULO 6. El León cobarde 62
CAPÍTULO 7. En busca del gran Oz 73
CAPÍTULO 8. El campo de amapolas 85
CAPÍTULO 9. La Reina de los ratones 98
CAPÍTULO 10. El guardían de la puerta 107
CAPÍTULO 11. La Ciudad Esmeralda 121
CAPÍTULO 12. En busca de la Bruja Maligna 145
CAPÍTULO 13. El rescate 168
CAPÍTULO 14. Los Monos Alados 176

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 15. La identidad de Oz el Terrible 189
CAPÍTULO 16. La magia del gran farsante 208
CAPÍTULO 17. La partida del globo 215
CAPÍTULO 18. En camino al Sur 223
CAPÍTULO 19. El ataque de los árboles belicosos 232
CAPÍTULO 20. El delicado País de Porcelana 240
CAPÍTULO 21. El León llega a ser el Rey de las Bestias 251
CAPÍTULO 22. El País de los Quadlings 258
CAPÍTULO 23. Glinda otorga a Dorothy su deseo 265
CAPÍTULO 24. De nuevo en casa 274

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 1

El ciclón

Dorothy vivía en medio de las extensas praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su tía Em, la esposa de éste. La casa que los albergaba era pequeña, pues la madera necesaria para su construcción debió ser transportada en carretas desde muy lejos. Constaba de cuatro paredes, piso y techo, lo cual formaba una habitación, y en ella había una cocina algo herrumbrada, un mueble para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. El tío Henry y la tía Em tenían una cama grande situada en un rincón, y Dorothy ocupaba una pequeñita en otro rincón. No había altillo ni tampoco sótano, salvo un hueco cavado en el piso, y al que llamaban refugio para ciclones, donde la familia podía cobijarse en caso de que se descargara un huracán lo bastante fuerte como para barrer con cualquier edificio

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que hallara en su camino. A este hueco —pequeño y oscuro— se llegaba por medio de una escalera y una puerta trampa que había en medio del piso.

Cuando Dorothy se detenía en el vano de la puerta y miraba a su alrededor, no podía ver otra cosa que la gran pradera que los rodeaba. Ni un árbol ni una casa se destacaba en la inmensa llanura que se extendía en todas direcciones y que parecía juntarse con el cielo. El sol había calcinado la tierra arada hasta convertirla en una masa grisácea con una que otra rajadura aquí y allá. Ni siquiera la hierba era verde, pues el sol había quemado la parte superior de sus largas hojillas hasta teñirlas del mismo gris predominante en el lugar. En un tiempo la casa estuvo pintada, pero el calor del astro rey había levantado ampollas en la pintura y las lluvias se llevaron a ésta, de modo que la vivienda tenía ahora la misma tonalidad grisácea y opaca que todo lo que la circundaba.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando la tía Em fue a vivir allí, era una mujer joven y bonita; pero el sol y los vientos también la habían cambiado, robando el brillo de sus ojos, que quedaron de un gris plomizo, y borrando el rubor de sus labios y mejillas, los que poco a poco fueron adquiriendo la misma tonalidad imperante en el lugar. Ahora era demasiado enjuta y jamás sonreía. Cuando Dorothy quedó huérfana y fue a vivir con ella, la tía Em solía sobresaltarse tanto de sus risas que lanzaba un grito y se llevaba la mano al corazón cada vez que llegaba a sus oídos la voz de la pequeña, y todavía miraba a su sobrina con expresión de extrañeza, preguntándose qué era lo que la hacía reír.

Tampoco reía nunca el tío Henry, quien trabajaba desde la mañana hasta la noche e ignoraba lo que era la alegría. Él también tenía una tonalidad grisácea, desde su larga barba hasta sus rústicas botas, su expresión era solemne y dura.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Era Toto el que hacía reír a Dorothy y el que la salvó de tornarse tan opaca como el medio ambiente en que vivía. Toto no era gris; era un perrito negro, de largo pelaje sedoso y negros ojillos que relucían alegres a ambos lados de su cómico hocico. Toto jugaba todo el día y Dorothy le acompañaba en sus juegos y lo quería con todo su corazón.

Empero, ese día no estaban jugando. El tío Henry se hallaba sentado en el umbral y miraba al cielo con expresión preocupada, notándolo más gris que de costumbre. De pie a su lado, con Toto en sus brazos, Dorothy también observaba el cielo. La tía Em estaba lavando los platos.

Desde el lejano norte les llegaba el ronco ulular del viento, y tío y sobrina podían ver las altas hierbas inclinándose ante la tormenta. Desde el sur llegó de pronto una especie de silbido agudo, y cuando volvieron los ojos en esa dirección vieron que también allí se agitaban las hierbas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El viejo se levantó de pronto.

—Viene un ciclón, Em —le gritó a su esposa—. Iré a ocuparme de los animales. Y echó a correr hacia los cobertizos donde estaban las vacas y caballos.

La tía Em dejó su trabajo para salir a la puerta, desde donde vio con una sola ojeada el peligro que corrían.

—¡Aprisa, Dorothy! —chilló—. ¡Corre al sótano!

Toto saltó de entre los brazos de la niña para ir a esconderse bajo la cama, y Dorothy se dispuso a seguirlo, mientras que la tía Em, profundamente atemorizada, abría la puerta trampa y descendía al oscuro refugio bajo el piso. Al fin logró Dorothy atrapar a Toto y se volvió para seguir a su tía; pero cuando se hallaba a mitad de camino arreció de pronto el vendaval y la casa se sacudió con tal violencia que la niña perdió el equilibrio y tuvo que sentarse en el suelo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Entonces ocurrió algo muy extraño. La vivienda giró sobre sí misma dos o tres veces y empezó a elevarse con lentitud hacia el cielo. A Dorothy le pareció como si estuviera ascendiendo en un globo.

Los vientos del norte y del sur se encontraron donde se hallaba la casa, formando allí el centro exacto del ciclón. En el vórtice o centro del ciclón, el aire suele quedar en calma, pero la gran presión del viento sobre los cuatro costados de la cabaña la fue elevando cada vez más, y en lo alto permaneció, siendo arrastrada a enorme distancia y con tanta facilidad como si fuera una pluma.

Reinaba una oscuridad muy densa y el viento rugía horriblemente en los alrededores, pero Dorothy descubrió que la vivienda se movía con suavidad. Luego de las primeras vueltas vertiginosas, y después de una oportunidad en que la casa se inclinó bastante,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tuvo la misma impresión que debe sentir un bebé al ser acunado.

A Toto no le gustaba todo aquello y corría de un lado a otro de la habitación, ladrando sin cesar; pero Dorothy se quedó quieta en el piso, aguardando para ver qué iba a suceder.

En una oportunidad el perrillo se acercó demasiado a la puerta abierta del sótano y cayó por ella. Al principio pensó la niña que lo había perdido; pero a poco vio una de sus orejas que asomaba por el hueco, y era que la fuerte presión del huracán lo mantenía en el aire, de modo que no podía caer. La niña se arrastró hasta el agujero, atrapó a Toto por la oreja y lo arrastró de nuevo a la habitación después de cerrar la puerta trampa a fin de que no se repitiera el accidente.

Poco a poco fueron pasando las horas y Dorothy se repuso gradualmente del susto; pero se sentía muy solitaria, y el viento aullaba a su alrededor con tanta fuerza que la niña estuvo a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

punto de ensordecer. Al principio habíase preguntado si se haría pedazos cuando la casa volviera a caer; mas a medida que transcurrían las horas sin que sucediera nada terrible, dejó de preocuparse y decidió esperar con calma para ver qué le depararía el futuro. Al fin se arrastró hacia la cama y se acostó, mientras que Toto la imitaba e iba a tenderse a su lado.

A pesar del balanceo de la cabaña y de los aullidos del viento, la niña terminó cerrando los ojos y se quedó profundamente dormida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 2

La conferencia con los Munchkins

A Dorothy la despertó una sacudida tan fuerte y repentina que si no hubiera estado tendida en la cama podría haberse hecho daño. Así y todo, el golpe le hizo contener el aliento y preguntarse qué habría sucedido, mientras que Toto, por su parte, le pasó el hocico sobre la cara y lanzó un lastimero gemido. Al sentarse en el lecho, la niña notó que la casa ya no se movía; además, ya no estaba oscuro, pues la radiante luz del sol penetraba por la ventana, inundando la habitación con sus áureos resplandores. Saltó del lecho y, con Toto pegado a sus talones, corrió a abrir la puerta.

En seguida lanzó una exclamación de asombro al mirar a su alrededor, mientras que sus ojos se agrandaban cada vez más ante la vista maravillosa que se le ofrecía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El ciclón había depositado la casa con bastante suavidad en medio de una región de extraordinaria hermosura. Por doquier se veía el terreno cubierto de un césped del color de la esmeralda, y en los alrededores se elevaban majestuosos árboles cargados de sabrosos frutos maduros. Abundaban extraordinariamente las flores multicolores, y entre los árboles y arbustos revoloteaban aves de raros y brillantes plumajes. A cierta distancia corría un arroyuelo de aguas resplandecientes que acariciaban al pasar las verdosas orillas, susurrando en su marcha con un son cantarino, que resultó una delicia para la niña, procedente de las áridas planicies de Kansas.

Mientras observaba entusiasmada aquel extraño y maravilloso espectáculo, notó que avanzaba hacia ella un grupo de las personas más raras que viera en su vida. No eran tan grandes como los adultos a los que conocía, pero tampoco eran muy pequeñas. En verdad, parecían tener la misma estatura de Dorothy, que era bastante alta

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

para su edad, aunque, a juzgar por su aspecto, le llevaban muchos años de ventaja.

Eran tres hombres y una mujer, todos vestidos de manera muy extraña. Estaban tocados de unos sombreros cónicos de unos treinta centímetros de altura en la copa, adornados por campanillas que tintineaban suavemente con cada uno de sus movimientos. Los de los hombres eran azules, y blanco el de la mujercita, quien lucía una especie de vestido también blanco que pendía en pliegues desde sus hombros casi hasta el suelo y estaba salpicado de estrellitas que el sol hacía brillar como diamantes. Los hombres vestían de azul claro y calzaban bien lustradas botas negras con adornos del mismo tono de sus ropas. Al observarlos, Dorothy calculó que eran casi tan viejos como su tío Henry, pues dos de ellos tenían barba. Pero la mujercita era sin duda mucho mayor; tenía el rostro cubierto de arrugas y el cabello casi blanco; además, caminaba con el paso propio de las personas de edad avanzada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando llegaron cerca de la casa a cuya puerta se hallaba parada la niña, se detuvieron y hablaron por lo bajo, como si no se atrevieran a seguir avanzando. Pero la viejecita llegó hasta Dorothy, hizo una profunda reverencia y dijo con voz muy dulce:

—Noble hechicera, bienvenida seas a la tierra de los Munchkins. Te estamos profundamente agradecidos por haber matado a la Maligna Bruja del Oriente y liberado así a nuestro pueblo de sus cadenas.

Dorothy la escuchó con gran extrañeza. ¿Por qué la llamaría hechicera, y qué quería significar al decir que había matado a la Maligna Bruja del Oriente? Ella era una niñita inocente e inofensiva a la que el ciclón había alejado de su hogar, y jamás en su vida mató a nadie.

Mas era evidente que la mujercita esperaba una respuesta, de modo que la pequeña contestó tras cierta vacilación:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es usted muy amable, pero debe tratarse de un error. Yo no he matado a nadie.

—Bueno, al menos lo hizo tu casa —rió la viejecita—, lo cual viene a ser lo mismo. Fíjate —continuó indicando una esquina de la vivienda—, allí se ven sus pies que sobresalen por debajo de una de las tablas.

Al mirar hacia el lugar indicado, Dorothy dejó escapar un gritito de miedo. En efecto, precisamente debajo del rincón de la casa, se asomaban dos pies calzados con puntiagudos zapatos de plata.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la niña con gran desazón—. Le debe haber caído encima la casa. ¿Qué haremos ahora?

—Nada se puede hacer —fue la tranquila respuesta de la ancianita.

—¿Pero quién era? —quiso saber Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—La Maligna Bruja del Oriente, como ya te dije. La que tenía esclavizados a los Munchkins desde hacía años, obligándolos a trabajar para ella noche y día. Ahora se han liberado, y te agradecen el favor.

—¿Quiénes son los Munchkins? —preguntó Dorothy.

—La gente que vive en esta tierra del Oriente, donde mandaba la Bruja Maligna.

—¿Y usted es una Munchkins?

—No, pero soy amiga de ellos, aunque vivo en las tierras del Norte. Cuando vieron que la Bruja del Oriente estaba muerta, los Munchkins me enviaron un mensajero a toda prisa y vine al instante. Yo soy la Bruja del Norte.

—¡Cielos! —exclamó Dorothy—. ¿Una bruja verdadera?

—En efecto —respondió la ancianita—. Pero soy una bruja buena y la gente me quiere. No

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

soy tan poderosa como lo era la Bruja Maligna del Norte, que gobernaba aquí, pues de otro modo yo misma habría liberado a la gente.

—Pero yo creía que todas las brujas eran malas —arguyó la niña, atemorizada al verse frente a una bruja.

—No, no, eso es un error. Había cuatro brujas en total en el País de Oz, y dos de ellas, las que viven en el Norte y el Sur, son brujas buenas. Las que vivían en el Oriente y el Occidente eran, en cambio, brujas malvadas; pero ahora que tú has matado a una de ellas, sólo queda una mala en todo el País de Oz, y es la que vive en el Occidente.

—Pero —objetó Dorothy luego de un meditativo silencio—, tía Em me contó que todas las brujas murieron hace ya muchísimos años.

—¿Quién es la tía Em? —preguntó la ancianita.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es mi tía, la que vive en Kansas, la región de donde vengo.

La Bruja del Norte meditó un momento, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. Al fin levantó la vista y dijo:

—No sé dónde está Kansas, pues es la primera vez que la oigo mencionar. Pero dime, ¿es un país civilizado?

—Sí, claro.

—Entonces esa es la causa. Creo que en los países civilizados ya no quedan brujas ni brujos, magos o hechiceras. Pero el caso es que el País de Oz nunca fue civilizado, pues estamos apartados de todo el resto del mundo. Por eso es que todavía tenemos brujas y magos.

—¿Quiénes son los magos?

—El mismo Oz es el Gran Mago —manifestó la Bruja en voz mucho más baja—. Es más

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

poderoso que todos los demás juntos, y vive en la Ciudad Esmeralda.

Dorothy iba a hacer otra pregunta; pero en ese momento los Munchkins, que habían escuchado en silencio, lanzaron un grito agudo y señalaron hacia la esquina de la casa bajo la cual yacía la Bruja del Oriente.

—¿Qué pasa? —preguntó la ancianita, y al mirar rompió a reír. Los pies de la Bruja muerta habían desaparecido por completo y no quedaban más que los zapatos de plata—. Era tan vieja que el sol la redujo a polvo. Así termina ella, pero los zapatos son tuyos y te los daré para que los uses.

Recogió los zapatos y, luego de quitarles el polvo, se los entregó a Dorothy.

—La Bruja del Oriente estaba orgullosa de esos zapatos plateados —comentó uno de los Munchkins—, y creo que tienen algo mágico, aunque nunca supimos cuál era su magia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy los llevó al interior de la casa y los puso sobre la mesa. Cuando volvió a salir, dijo:

—Estoy ansiosa por volver al lado de mis tíos, pues es seguro que estarán preocupados por mí. ¿Pueden ayudarme a encontrar el camino?

Los Munchkins y la Bruja se miraron unos a otros y luego a Dorothy. Al fin menearon las cabezas.

—Hacia Oriente, no muy lejos de aquí —dijo uno—, está el gran desierto que nadie puede cruzar.

—Lo mismo que en el Sur —declaró otro—, pues yo he estado allí y lo he visto. El Sur es el país de los Quadlings.

—Y a mí me han dicho que en el Occidente es lo mismo —expresó el tercero—. Y ese país, donde viven los Winkies, es gobernado por la Maligna Bruja de Occidente, que te esclavizaría si pasaras por allí.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—En el Norte está mi país —dijo la ancianita—, y en su límite se ve el gran desierto que rodea el País de Oz. Querida mía, mucho temo que tendrás que quedarte a vivir con nosotros.

Al oír esto, Dorothy empezó a sollozar, pues se sentía muy sola entre aquella gente tan extraña. Sus lágrimas parecieron apenar a los bondadosos Munchkins, los que en seguida sacaron sus pañuelos y rompieron también a llorar. En cuanto a la Bruja buena, se quitó el gorro cónico y lo puso en equilibrio sobre la punta de la nariz mientras contaba hasta tres con voz solemne. Al instante, el gorro se convirtió en una pizarra sobre la que estaban escritas con tiza las siguientes palabras:

Dejen que Dorothy vaya a la Ciudad Esmeralda

La ancianita se quitó la pizarra de la nariz y, una vez que hubo leído el mensaje, preguntó:

—¿Te llamas Dorothy, queridita?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Sí. —La niña levantó la vista y se enjugó las lágrimas.

—Entonces debes ir a la Ciudad Esmeralda. Puede que Oz quiera ayudarte.

—¿Dónde está esa ciudad?

—En el centro exacto del país, y la gobierna Oz, el Gran Mago de quien te hablé.

—¿Es un buen hombre? —preguntó Dorothy en tono ansioso.

—Es un buen Mago. En cuanto a si es un hombre o no, no podría decirlo, pues jamás lo he visto.

—¿Y cómo llegaré hasta allí?

—Tendrás que caminar. Es un viaje largo, por una región que tiene sus cosas agradables y sus cosas terribles. Sin embargo, emplearé mis artes mágicas para protegerte de todo daño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿No irá usted conmigo? —suplicó la niña, que había empezado a considerar a la ancianita como su única amiga.

—No puedo hacer tal cosa; pero te daré un beso, y nadie se atreverá a hacer daño a una persona a quien ha besado la Bruja del Norte.

Se acercó a Dorothy y, con gran suavidad, la besó en la frente. La niña descubrió más tarde que sus labios le habían dejado una señal luminosa en el lugar donde rozaron su piel.

—El camino que va a la Ciudad Esmeralda está pavimentado con ladrillos amarillos —expresó la Bruja—, de modo que no podrás perderte. Cuando veas a Oz, no le tengas miedo; cuéntale lo que te ha pasado y pídele que te ayude. Adiós, querida mía.

Los tres Munchkins se inclinaron respetuosamente ante la niña y le desearon un agradable viaje, después de lo cual se alejaron por entre los árboles. La Bruja le hizo una amable inclinación

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de cabeza, giró tres veces sobre su tacón izquierdo y desapareció por completo, para gran sorpresa de Toto, el que empezó a ladrar a más y mejor ahora que ella se había ido, pues no se había atrevido a gruñir siquiera en su presencia.

Pero Dorothy, que sabía que era una bruja, estaba preparada para su brusca partida, de modo que no sintió la menor sorpresa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 3

De cómo salvó Dorothy al espantapájaros

Al quedar sola, Dorothy empezó a sentir apetito, de modo que fue a la alacena y cortó un pedazo de pan al que le puso manteca. Dio un poco a Toto, descolgó el cubo y se fue al arroyuelo para llenarlo con agua. Toto corrió hacia los árboles y empezó a ladrarle a los pajarillos. Cuando fue a buscarlo, la niña vio unas frutas tan deliciosas pendientes de las ramas que recogió algunas para completar su desayuno.

Volvió entonces a la casa, y luego de haber bebido un poco de agua, se dispuso para el viaje a la Ciudad Esmeralda.

Sólo tenía otro vestido, pero estaba muy limpio y colgaba de una percha al lado de su cama. Era de algodón, a cuadros blancos y azules, y aunque el azul estaba algo descolorido por

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

los frecuentes lavados, la prenda le sentaba muy bien. La niña se lavó cuidadosamente, se puso el vestido limpio y se caló el sombrero rosado. Llenó con pan una cesta y la cubrió con una servilleta blanca. Luego se miró los pies y notó cuán viejos y gastados estaban sus zapatos.

—Seguro que no me van a servir para un viaje largo, Toto —dijo, y el perrillo la miró con sus ojos negros y meneó la cola para demostrar que entendía sus palabras.

En ese momento vio Dorothy los zapatos plateados que habían pertenecido a la Bruja del Oriente y que reposaban sobre la mesa.

—¿Me calzarán bien? —dijo—. Serían lo más apropiado para una caminata prolongada, pues no creo que se gasten.

Se quitó los viejos zapatos de cuero y se probó los otros, viendo que le calzaban como si se los hubieran hecho de medida. Después recogió su cesta.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Vamos, Toto —ordenó—. Iremos a la Ciudad Esmeralda y preguntaremos al Gran Oz cómo podemos regresar a Kansas.

Cerró la puerta, le echó llave y se guardó ésta en el bolsillo. Luego, mientras que Toto la seguía pegado a sus talones, emprendió su viaje.

Había varios caminos en las cercanías, pero no tardó mucho en hallar el que estaba pavimentado con ladrillos amarillos. Poco después marchaba a buen paso hacia la Ciudad Esmeralda, y sus zapatos de plata resonaban alegremente sobre el amarillo pavimento. El sol brillaba con todo su esplendor y los pájaros cantaban dulcemente, por lo que Dorothy no se sintió tan mal como era de esperar en una niña a la que de pronto sacan de su ambiente familiar y colocan en medio de una tierra extraña.

Mientras marchaba le sorprendió ver lo bonita que era aquella región. A los costados del camino se extendían bien cuidadas cercas

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

pintadas de celeste, y más allá de ellas vio campos en los que abundaban los cereales y verduras. Sin duda alguna, los Munchkins eran buenos labriegos y obtenían excelentes cosechas. De tanto en tanto pasaba frente a alguna casa cuyos ocupantes salían a mirarla y la saludaban con gran respeto, pues todos sabían que era ella quien había destruido a la Bruja Maligna, salvándolos así de la esclavitud. Las viviendas de los Munchkins eran muy extrañas, de forma circular y con una gran cúpula por techo. Todas estaban pintadas de azul, el color favorito de la región oriental.

Hacia el atardecer, cuando Dorothy sentíase ya cansada de tanto caminar y empezaba a preguntarse dónde pasaría la noche, llegó a una casa algo más grande que las otras, y en el jardincillo del frente vio a muchas personas que danzaban. Cinco violinistas tocaban sus instrumentos con gran entusiasmo, y todos los circunstantes reían y cantaban, mientras que una gran mesa cercana lucía cargada de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

deliciosas frutas, nueces, pasteles, tortas y otras viandas igualmente tentadoras.

Todos la saludaron con amabilidad y la invitaron a comer y pasar la noche con ellos, pues aquella era la residencia de uno de los Munchkins más ricos de la región, y sus amigos se habían reunido allí para festejar su recién recuperada libertad.

La niña comió con muy buen apetito, siendo atendida personalmente por el dueño de casa, que se llamaba Boq.

Después fue a sentarse en un sillón y observó bailar a los invitados.

—Tú debes ser una gran hechicera —dijo Boq al ver sus zapatos de plata.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

—Porque calzas zapatos de plata y has matado a la Bruja Maligna. Además, tienes

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

algo de blanco en tu vestido, y sólo las brujas y hechiceras visten prendas blancas.

—Mi vestido es a cuadros azules y blancos —aclaró Dorothy, alisándose algunas arrugas.

—Eres bondadosa en ese detalle —dijo Boq—. El azul es el color de los Munchkins, y el blanco el de las brujas. Por eso sabemos que eres una bruja buena.

Dorothy no supo qué decir, pues todos parecían creerla una bruja, y ella sabía perfectamente bien que era sólo una niña común a la que un ciclón había arrebatado para depositarla allí por pura casualidad.

Cuando ella se cansó de observar a los bailarines, Boq la condujo a la casa, donde le destinó un bonito cuarto con una cama. Las sábanas eran de tela celeste, y Dorothy durmió entre ellas hasta la mañana, con Toto acurrucado a sus pies.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Comió entonces un abundante desayuno y se entretuvo observando a un diminuto niñito Munchkins que jugaba con Toto, le tiraba de la cola y reía a más y mejor. Toto era algo muy curioso para toda aquella gente, que jamás habían visto un perro hasta entonces.

—¿Queda muy lejos la Ciudad Esmeralda? —preguntó la niña.

—No lo sé; nunca he estado allá —repuso Boq con gravedad—. No conviene que la gente se acerque a Oz, a menos que tenga algún asunto serio que tratar con él. Pero la Ciudad Esmeralda está muy lejos y el viaje te llevará muchos días, y aunque esta región es fértil y agradable, tendrás que pasar por lugares feos y peligrosos antes de llegar al final de tu viaje.

Esto preocupó un tanto a Dorothy, pero comprendió que sólo el Gran Oz podría ayudarla a volver a Kansas, de modo que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tomó la valiente resolución de no volverse atrás.

Se despidió de sus amigos y de nuevo partió por el camino de ladrillos amarillos. Cuando hubo andado varios kilómetros pensó que debía detenerse a descansar, de modo que trepó a lo alto de la cerca que corría a la vera del camino y allí se sentó. Más allá de la valla se extendía un gran sembrado de maíz, y no muy lejos de donde se hallaba ella vio a un espantapájaros colocado sobre un poste a fin de mantener alejadas a las aves que querían comerse el grano maduro.

Apoyando la barbilla en la mano, la niña miró con interés al espantapájaros, observando que su cabeza era un saco pequeño relleno de paja, con ojos, nariz y boca pintados para representar la cara. Un viejo sombrero cónico, sin duda de algún Munchkin, descansaba sobre su cabeza, y el resto de su figura lo constituía un traje azul claro, viejo y descolorido, al que también

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

habían rellenado de paja. Por pies tenía un par de viejas botas con adornos celestes, tal como las que usaban todos los hombres de la región, y todo el muñeco se elevaba por sobre el sembrado gracias al palo que le atravesaba la espalda.

Mientras Dorothy miraba con gran interés la extraña cara pintada del espantapájaros, se sorprendió al ver que uno de los ojos le hacía un lento guiño. Al principio creyó haberse equivocado, pues ningún espantapájaros de Kansas puede hacer guiños, pero a poco el muñeco la saludó amistosamente con un movimiento de cabeza. La niña descendió entonces de la cerca y fue hacia él, mientras que Toto daba vueltas alrededor del poste ladrando sin cesar.

—Buenos días —dijo el Espantapájaros con voz algo ronca.

—¿Hablaste? —preguntó la niña, muy extrañada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Claro. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —repuso cortésmente Dorothy—. ¿Y cómo estás tú?

—No muy bien —sonrió el Espantapájaros—; es muy aburrido estar colgado aquí noche y día para espantar a los pájaros.

—¿No puedes bajar?

—No, porque tengo el poste metido en la espalda. Si me hicieras el favor de sacar esta madera, te lo agradeceré muchísimo.

Dorothy levantó los brazos y retiró el muñeco del poste, pues, como estaba relleno de paja, no pesaba casi nada.

—Muchísimas gracias —le agradeció el Espantapájaros cuando ella lo hubo colocado sobre el suelo—. Me siento como un hombre nuevo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La niña estaba intrigada; le parecía muy raro oír hablar a un muñeco de paja y verlo moverse y caminar a su lado.

—¿Quién eres? —preguntó el Espantapájaros una vez que se hubo desperezado a gusto—. ¿Y hacia dónde vas?

—Me llamo Dorothy y voy a la Ciudad Esmeralda para pedir al Gran Oz que me mande de regreso a Kansas.

—¿Dónde está la Ciudad Esmeralda? —inquirió él—. ¿Y quién es Oz?

—¿Cómo? ¿No lo sabes?

—De veras que no. No sé nada. Como ves, estoy relleno de paja, de modo que no tengo sesos —manifestó él en tono apenado.

—¡Oh! Lo siento por ti.

Ey, ¿si voy contigo a la Ciudad Esmeralda, ese Oz me dará un cerebro? — preguntó él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No lo sé, pero puedes venir conmigo si quieres. Si Oz no te da un cerebro, no estarás peor de lo que estás ahora.

—Eso es verdad —asintió el muñeco, y en tono confidencial continuó—: Te diré, no me molesta tener el cuerpo relleno de paja, porque así no me hago daño con nada. Si alguien me pisa los pies o me clava un alfiler en el pecho, no tiene importancia porque no lo siento; pero no quiero que la gente me tome por tonto, y si mi cabeza sigue rellena de paja en lugar de tener sesos, como los tienes tú, ¿cómo voy a saber nunca nada?

—Te comprendo perfectamente —asintió la niña, que realmente lo compadecía—. Si me acompañas, pediré a Oz que haga lo que pueda por ti.

—Gracias.

Ambos marcharon hacia el camino, Dorothy le ayudó a saltar la cerca y juntos echaron a andar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

por la carretera amarilla en dirección a la Ciudad Esmeralda.

Al principio, a Toto no le agradó el nuevo acompañante. Dio vueltas alrededor del muñeco sin dejar de husmearlo como si sospechara que entre la paja había varios nidos de ratones, y a menudo gruñía de manera muy poco amistosa.

—No le hagas caso a Toto —dijo Dorothy a su nuevo amigo—. Nunca muerde.

—No tengo miedo —fue la respuesta—. A la paja no le puede hacer daño. Ahora permite que te lleve la cesta; no me molestará, pues nunca me canso. —Y mientras continuaban la marcha agregó—: Te confiaré un secreto: hay una sola cosa a la que temo en el mundo.

—¿Y qué puede ser? —preguntó Dorothy—. ¿Es el granjero Munchkin que te hizo?

—No —repuso el Espantapájaros—. Sólo le temo al fuego.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 4

El camino del bosque

Luego de andar varias horas llegaron a una parte del camino que se hallaba en mal estado y les resultó tan difícil caminar que el Espantapájaros tropezaba a menudo contra los ladrillos que eran allí desiguales y estaban algo flojos. En ciertos sectores se los veía rotos y en otros faltaban totalmente, dejando en su lugar agujeros que Toto salvaba de un salto y a los que Dorothy esquivaba ágilmente. En cuanto al Espantapájaros, como no tenía cerebro, seguía marchando en línea recta, de modo que se metía en los agujeros y caía de bruces sobre los duros ladrillos. Empero, eso no le hacía daño, y Dorothy lo levantaba y lo ponía de nuevo en pie, mientras que él se reía de su propia torpeza.

Las granjas de aquellos lugares no estaban tan cuidadas como las del lugar del que habían

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

partido. Había menos casas y menos árboles frutales, y cuanto más avanzaban tanto más lúgubre y solitaria se tornaba la región.

Al mediodía se sentaron a la vera del camino, cerca de un arroyuelo, y Dorothy abrió su cesta para sacar un poco de pan, ofreciendo un pedazo a su compañero, quien no lo aceptó.

—Nunca tengo hambre, y es una suerte que así sea, pues mi boca es sólo una raya. Si abriera en ella un agujero para poder comer, se me saldría la paja de que estoy relleno y eso arruinaría la forma de mi cabeza.

Comprendiendo lo acertado de tal razonamiento, la niña asintió y siguió comiendo su pan.

—Cuéntame algo de ti misma y del país del que vienes —pidió el Espantapájaros cuando ella hubo finalizado su comida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy le habló entonces de Kansas, de lo gris que era todo allí, y de cómo el ciclón la había llevado hasta ese extraño País de Oz.

—No comprendo por qué deseas irte de este hermoso país y volver a ese lugar tan seco y gris al que llamas Kansas —dijo él después de haberla escuchado con gran atención.

—No lo comprendes porque no tienes sesos —repuso ella—. Por más triste y gris que sea nuestro hogar, la gente de carne y hueso prefiere vivir en él y no en otro sitio, aunque ese otro sitio sea muy hermoso. No hay nada como el hogar.

—Claro que no puedo comprenderlo —suspiró el Espantapájaros—. Si las personas tuvieran la cabeza rellena de paja, como lo está la mía, probablemente vivirían todas en lugares hermosos y entonces no habría nadie en Kansas. Es una suerte para Kansas que tengan ustedes cerebro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿No quieres contarme un cuento mientras descansamos? —pidió la niña. El la miró con expresión de reproche.

—Mi vida ha sido tan breve que en realidad no sé nada de nada. Fíjate que me hicieron antes de ayer, nada más. Así que desconozco todo lo que pasó en el mundo antes de ese día. Por suerte, cuando el granjero formó mi cabeza, una de las primeras cosas que hizo fue pintarme las orejas, de modo que pude oír lo que se hablaba a mi alrededor. Había otro Munchkin con él; y lo primero que oí fue al granjero que decía:

—¿Qué te parecen estas orejas?

—No están parejas —contestó el otro.

—No importa —dijo el granjero—. De todos modos, son orejas.

Lo cual era muy cierto.

—Ahora le haré los ojos —agregó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Me pintó el ojo derecho, y no bien estuvo terminado me encontré mirándolo a él y a todo lo que me rodeaba, y te aseguro que mi curiosidad fue enorme, pues era la primera vez que veía el mundo.

—Ese ojo no está del todo mal —comentó el Munchkin que observaba a mi amo—. El azul es el color indicado.

—Creo que el otro lo haré un poco más grande— respondió el granjero.

Y cuando estuvo listo el otro ojo pude ver mucho mejor que antes. Después me hizo la nariz y la boca. Pero no hablé, pues en ese momento ignoraba para qué me servía la boca. Tuve el gusto de verlos hacer mi cuerpo, mis brazos y piernas. Y cuando al fin me colocaron encima la cabeza, me sentí muy orgulloso, pues pensé que era tan hombre como cualquiera.

—Este muñeco asustará de veras a los pájaros —opinó el granjero—. Parece un hombre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—En verdad que es un hombre —declaró el otro, y yo estuve de acuerdo con él.

—El granjero me llevó entonces al sembrado y me puso sobre ese poste donde me encontraste, luego de lo cual se fueron ambos, dejándome solo.

No me agradó que me abandonaran así, de modo que traté de seguirlos; pero mis pies no tocaban el suelo y tuve que quedarme colgado del poste. Realmente, era una vida muy solitaria, ya que no tenía nada en que pensar, porque hacía tan poco que me habían hecho. Muchos cuervos y otras aves llegaron volando al sembrado; pero no bien me veían se alejaban de nuevo, creyendo que yo era un Munchkin, lo cual me agradó y me hizo sentir muy importante. Después, un viejo cuervo se fue acercando poco a poco y, luego de observarme con gran atención, se posó sobre mi hombro y dijo:

—¿Habrá querido ese granjero engañarme de manera tan torpe? Cualquier cuervo con un poco

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de sentido común se daría cuenta de que estás relleno de paja.

Después saltó a tierra y comió todo el maíz que quiso. Los otros pajarracos, al ver que yo no le hacía daño al primero, también se acercaron a comer, de modo que en pocos minutos me rodeaba una gran bandada de ellos.

Esto me entristeció, pues indicaba que, al fin y al cabo, no era yo gran cosa como Espantapájaros, pero el viejo cuervo me consoló con estas palabras:

—Si tuvieras cerebro serías tan hombre como cualquiera de ellos. El cerebro es lo único que vale la pena tener en este mundo, sea uno cuervo u hombre.

Después que se fueron los cuervos, me puse a pensar en esto y decidí esforzarme por conseguir un cerebro. Por suerte para mí, llegaste tú y me sacaste del poste y, por lo que dices, estoy seguro

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de que el Gran Oz me dará un cerebro no bien lleguemos a la Ciudad Esmeralda.

—Así lo espero —asintió Dorothy con fervor—, ya que estás tan ansioso por tenerlo.

—Sí que lo estoy —dijo el Espantapájaros—. Es feísimo saberse tonto.

—Bueno, sigamos —decidió la niña, dando la cesta a su compañero.

Ahora no había vallas bordeando el camino; y el terreno estaba descuidado y lleno de malezas. Hacia el atardecer llegaron a un bosque donde los árboles eran tan grandes y crecían tan juntos uno de otro que sus ramas se unían por sobre el sendero amarillo. Aquello estaba muy oscuro, pues las hojas impedían el paso de la luz del día, pero los viajeros siguieron adelante sin temor, internándose en el bosque.

—Si el camino entra allí, por algún sitio ha de salir —dijo el Espantapájaros—, y como la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Ciudad Esmeralda está al extremo del camino, tendremos que seguirlo dondequiera que nos lleve.

—Cualquiera se daría cuenta de ello —repuso Dorothy.

—Claro, es por eso que lo sé. Si se necesitara cerebro para adivinarlo, jamás me habría percatado de ello.

Al cabo de una hora o dos terminó de oscurecer y ambos se encontraron marchando a tientas y tropezando a cada momento. Dorothy no veía nada, pero Toto sí, pues algunos perros ven bien en la oscuridad, y el Espantapájaros afirmó que podía ver tan bien como si fuera de día. Así, pues, la niña se tomó de su brazo y pudo continuar sin mayores inconvenientes.

—Si ves alguna casa donde podamos pasar la noche, dímelo —pidió a su acompañante—; resulta muy molesto esto de marchar a tientas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Poco después se detuvo el Espantapájaros.

—A nuestra derecha veo una casita de troncos —anunció—. ¿Vamos allá?

—Sí —respondió ella—. Estoy agotada.

Guiada por su compañero, la niña pasó por entre los árboles hasta llegar a la casita, en cuyo interior hallaron un lecho de ramillas y hojas secas. Dorothy se acostó en seguida, con Toto a sus pies, y no tardó ni un minuto en quedarse profundamente dormida. El Espantapájaros, que nunca se cansaba, se quedó parado en un rincón y allí esperó pacientemente hasta que llegó la mañana.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 5

El Leñador de Hojalata

Cuando despertó Dorothy, el sol filtraba su luz por entre los árboles y Toto hacía rato que correteaba persiguiendo a los pajaritos del bosque. El Espantapájaros, por su parte, se hallaba de pie en el rincón, esperándola pacientemente.

—Tenemos que ir a buscar agua —le dijo ella.

—¿Para qué la quieres?

—Para lavarme la cara y para beber, a fin de que este pan seco no se me atasque en la garganta.

—Debe ser molesto estar hecho de carne —comentó él en tono meditativo—, pues tienes que dormir, comer y beber. Claro que, por otra parte, tienes cerebro, y eso compensa todos los otros inconvenientes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Salieron de la casita y marcharon por entre los árboles hasta hallar un manantial de agua dulce donde Dorothy pudo beber y asearse, luego de lo cual comió su desayuno. Al ver que no le quedaba mucho pan en la cesta, se alegró de que el Espantapájaros no tuviera necesidad de comer, ya que apenas tenía lo suficiente para ella y para Toto, y sólo para un día.

Cuando hubo terminado de comer y se disponía a regresar al camino amarillo, la sobresaltó un profundo gemido que se oyó muy cerca.

—¿Qué fue eso? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —repuso el Espantapájaros—, pero podemos ir a ver.

En ese momento oyeron otro gemido, procedente de algún lugar a sus espaldas. Girando sobre sus talones, se internaron unos pasos en el bosque y Dorothy descubrió entonces algo que brillaba a los rayos del sol. Corrió en seguida hacia el lugar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

y se detuvo de pronto lanzando un grito de sorpresa.

Uno de los árboles tenía el tronco casi enteramente cortado a hachazos, y de pie a su lado, con un hacha en sus manos levantadas, se hallaba un hombre hecho por completo de hojalata. La cabeza, los brazos y las piernas se unían al cuerpo por medio de juntas articuladas, pero la figura estaba perfectamente quieta, como si no pudiera moverse en absoluto.

Dorothy lo contempló asombrada, lo mismo que el Espantapájaros, mientras que Toto lanzaba un ladrido y mordía una de las piernas de hojalata sin causar el menor efecto en ella.

—¿Gemiste tú? —preguntó la niña.

—Sí —repuso el hombre de hojalata—. He estado gimiendo por más de un año, y hasta ahora no me había oído nadie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué puedo hacer por ti? —murmuró Dorothy, muy conmovida ante el tono dolorido con que hablaba el hombre.

—Ve a buscar una lata de aceite y lubrícame las coyunturas —pidió él—. Están tan oxidadas que no puedo moverlas. Si me las aceitan, en seguida mejorarán. Hallarás la aceitera en un estante de mi casita.

Dorothy corrió en seguida hacia la casita donde había pasado la noche, halló la lata de aceite y volvió con ella a toda prisa.

—¿Dónde tienes las coyunturas? —preguntó.

—Acéitame primero el cuello —respondió el Leñador de Hojalata.

Así lo hizo la niña, y como estaba muy oxidado, el Espantapájaros asió la cabeza de hojalata y la movió de un lado a otro hasta que la hubo aflojado y su dueño pudo hacerla girar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ahora acéitame las articulaciones de los brazos— pidió el Leñador.

Así lo hizo Dorothy, y el Espantapájaros se los dobló con gran cuidado hasta que quedaron libres de herrumbre y tan buenos como nuevos.

El Leñador lanzó un suspiro de satisfacción mientras bajaba su hacha y la apoyaba contra el árbol.

—¡Qué bien me siento! —dijo—. He estado sosteniendo el hacha desde que me oxidé y en verdad que me alegro de poder dejarla. Ahora, si me aceitan las articulaciones de las piernas, estaré completamente bien.

Le aceitaron las piernas hasta que pudo moverlas con entera libertad sin dejar de darles las gracias una y otra vez por su liberación, pues parecía ser un personaje muy cortés y agradecido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Me hubiera quedado allí para siempre si no hubiesen venido ustedes —expresó—, así que en realidad me han salvado la vida. ¿Cómo es que pasaron por aquí?

—Vamos de camino hacia la Ciudad Esmeralda para ver al Gran Oz—contestó la niña—, y nos detuvimos en tu casita a pasar la noche.

—¿Para qué quieren ver a Oz?

—Yo deseo que me envíe de regreso a Kansas, y el Espantapájaros va a pedirle que le dé un cerebro.

El Leñador pareció meditar un momento. Luego dijo: —¿Te parece que Oz podría darme un corazón?

—Supongo que sí —contestó Dorothy—. Sería tan fácil como darle un cerebro al Espantapájaros.

—Es cierto —concordó el Leñador de Hojalata—. Entonces, si me permiten unirme a ustedes, yo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

también iré a la Ciudad Esmeralda para pedir a Oz que me ayude.

—Acompáñanos —le invitó cordialmente el Espantapájaros, y Dorothy agregó que le encantaría tenerlo por compañero.

Así, pues, el Leñador se echó al hombro su hacha y los tres marcharon por el bosque hasta llegar al camino pavimentado con ladrillos amarillos.

El Leñador había pedido a Dorothy que llevara la aceitera en su cesta.

—Porque la voy a necesitar mucho si me sorprende la lluvia y vuelvo a oxidarme — explicó.

Fue una suerte que se les hubiera unido el Leñador, ya que poco después de reanudar el viaje llegaron a un sitio donde los árboles y las ramas crecían con tal profusión sobre el camino que los viajeros no pudieron pasar. Pero el Leñador se puso a trabajar con su hacha de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

manera tan empeñosa que muy pronto abrió un paso para todos ellos.

Dorothy iba tan distraída mientras marchaban que no se dio cuenta cuando el Espantapájaros tropezó con un hoyo y cayó rodando a un costado del camino mientras gritaba pidiendo que lo ayudaran.

—¿Por qué no esquivaste el hoyo? —le preguntó el Leñador. —Me falta inteligencia —fue la alegre respuesta—. Tengo la cabeza llena de paja, ¿sabes?, y es por eso que voy a ver a Oz para que me dé un cerebro.

—¡Ah!, ya entiendo. Pero, al fin y al cabo, un cerebro no es lo mejor que hay en el mundo.

—¿Tú lo tienes?

—No, mi cabeza está enteramente vacía —contestó el Leñador—. Pero en un tiempo tuve cerebro, y también corazón, y, como he tenido ambos, prefiero el corazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y eso por qué? —quiso saber el Espantapájaros.

—Te contaré mi historia y entonces lo sabrás.

Y mientras marchaban por el bosque, el Leñador relató la siguiente historia:

—Soy hijo de un leñador que cortaba los árboles del bosque y vendía la madera. Cuando crecí, yo también me hice leñador, y después de morir mi padre me hice cargo de mi anciana madre hasta que la perdí. Entonces resolví que, en lugar de vivir solo, me casaría a fin de estar acompañado.

—Había una joven Munchkin tan hermosa que pronto me enamoré de ella con todo mi corazón. Por su parte ella prometió casarse conmigo no bien ganara yo lo suficiente para construir una casa mejor para ella. Para lograrlo, me puse a trabajar con más ahínco que antes. Pero la muchacha vivía con una vieja que no deseaba que se casara con nadie, pues era tan holgazana

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que la necesitaba para los quehaceres domésticos. Esta vieja fue a ver a la Maligna Bruja del Oriente y le prometió dos ovejas y una vaca si evitaba el casamiento. La Bruja hechizó entonces mi hacha, y un día en que estaba yo trabajando a más y mejor, deseoso de ganar dinero pronto para casarme, el hacha se resbaló de mis manos y me cercenó la pierna izquierda.

Al principio me pareció esto una gran desgracia, pues comprendí que un cojo no sería muy buen leñador. Entonces fui a ver al hojalatero y me hice hacer una pierna de hojalata, la que me sirvió bastante bien una vez que me hube acostumbrado a ella. Pero mi proceder enfureció a la Bruja, que había prometido a la vieja que yo no me casaría con la bonita niña Munchkin. Cuando fui otra vez a trabajar, el hacha se me escapó de nuevo y me cortó la pierna derecha. Otra vez fui a ver al hojalatero y obtuve otra pierna de hojalata. Después de esto el hacha hechizada me cortó

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

los brazos, pero, sin amilanarme en lo más mínimo, los reemplacé por otros de hojalata. Entonces la Bruja Maligna hizo que el hacha se deslizara nuevamente y me cortara la cabeza, y en el primer momento creí que allí terminaría mi vida; pero el hojalatero pasó entonces por casualidad y me hizo una cabeza nueva con hojalata.

Creí que ya había vencido a la Bruja Maligna, y trabajé con más entusiasmo que antes, pero poco imaginaba lo cruel que podía ser mi enemiga. Ideó un nuevo método para matar mi amor por la hermosa niña Munchkin e hizo deslizar otra vez mi hacha de modo que me cortara todo el cuerpo, dividiéndome en dos. De nuevo apareció el hojalatero, quien me hizo un cuerpo de hojalata, asegurando a él mis brazos, piernas y cabeza por medio de articulaciones, de modo que pude moverme tan bien como siempre. Pero, ¡ay!, ahora no tenía corazón, de modo que olvidé mi amor por la joven Munchkin y ya no me importó si me casaba con ella o no. Supongo que todavía

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sigue viviendo con la vieja y esperando que yo vaya a buscarla.

Mi cuerpo brillaba tanto al sol que me sentí orgulloso de él, y ahora no importaba que se me deslizara el hacha, porque ya no podía cortarme. El único peligro era que se me oxidaran las articulaciones. Pero en mi casita tenía a mano una lata de aceite y siempre me lubricaba cuando era necesario hacerlo. Sin embargo, llegó un día en que me olvidé de este detalle y me sorprendió una lluvia. Antes de darme plena cuenta del peligro, mis articulaciones se habían herrumbrado y quedé de pie en el bosque hasta que llegaron ustedes a ayudarme. Fue terrible mi sufrimiento, pero durante el año que pasé allí tuve tiempo para pensar que la pérdida más grande que había soportado era la carencia de corazón. Mientras estaba enamorado fui el hombre más feliz de la tierra; pero el que no tiene corazón no puede amar, y por eso decidí ir a pedir a Oz que me dé

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

uno. Si lo hace, volveré a buscar a la niña Munchkin y me casaré con ella.

Tanto Dorothy como el Espantapájaros habían escuchado con gran interés el relato del Leñador, y ahora comprendían por qué estaba tan deseoso de obtener un nuevo corazón.

—Sin embargo —dijo el Espantapájaros—, yo pediré un cerebro en vez de un corazón, pues un tonto sin sesos no sabría qué hacer con su corazón si lo tuviera.

—Yo prefiero el corazón —replicó el Leñador—, porque el cerebro no lo hace a uno feliz, y la felicidad es lo mejor que hay en el mundo.

Dorothy guardó silencio; ignoraba cuál de sus dos amigos tenía la razón, y se dijo que si sólo podía regresar al lado de su tía Em, poco importaría que el Leñador no tuviera cerebro y el Espantapájaros careciera de corazón, o que cada uno obtuviera lo que deseaba.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Lo que más la preocupaba era que ya quedaba muy poco pan, y una comida más para ella y para Toto lo agotaría por completo. Claro que el Leñador y el Espantapájaros no necesitaban alimento, pero ella no estaba hecha de hojalata ni de paja, y no podía vivir sin comer.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 6

El León cobarde

Dorothy y sus compañeros continuaban marchando por el tupido bosque. El camino seguía pavimentado con ladrillos amarillos, pero en aquellos lugares estaban casi enteramente cubiertos por ramas secas y hojas muertas caídas de los árboles, de manera que no resultaba fácil caminar, Había pocos pájaros en los alrededores, porque a las aves les gusta el cielo abierto, donde el sol brilla sin obstáculos. Pero de tanto en tanto se oía algún rugido proveniente de la garganta de animales salvajes ocultos entre la arboleda. Estos ruidos hicieron acelerar los latidos del corazón de la niña, pues ignoraba de qué se trataba, pero Toto lo sabía, y marchaba muy cerca de Dorothy, sin atreverse a contestar con sus ladridos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Cuánto tardaremos en salir del bosque? —preguntó ella al Leñador.

—No lo sé —fue la respuesta—. Nunca ha ido a la Ciudad Esmeralda, aunque mi padre fue una vez, cuando yo era pequeño, y dijo que había tenido que viajar mucho tiempo, a través de regiones peligrosas, aunque cerca de Oz cambia el paisaje y se hace muy hermoso. Pero yo no temo a nada mientras lleve conmigo mi lata de aceite, y nada puede hacer daño al Espantapájaros, mientras que tú llevas en la frente la marca del beso de la Bruja Buena, que te protegerá de todo mal.

—¿Pero y Toto? —inquirió la niña en tono ansioso—. ¿Qué puede protegerlo?

—Lo protegeremos nosotros si corre peligro —respondió el Leñador.

Cuando así hablaba se oyó un terrible rugido, y un momento después saltó al camino un león enorme. De un solo zarpazo lanzó rodando al

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Espantapájaros hacia un costado del sendero, y luego asestó un golpe con sus agudas garras al Leñador. Pero, para su gran sorpresa, no hizo la menor mella en la hojalata, aunque el Leñador se desplomó en el suelo y allí se quedó inmóvil.

El pequeño Toto, ahora que debía enfrentarse a un enemigo, corrió ladrando hacia el león, y la enorme bestia había abierto ya sus fauces para matar al can cuando la niña, temerosa por la vida de Toto, y sin prestar atención al peligro, avanzó corriendo y golpeó con fuerza la nariz de la fiera al tiempo que exclamaba:

—¡No te atrevas a morder a Toto! ¡Deberías avergonzarte!

¡Tan grande y queriendo abusarte de un perro tan chiquito!

—No lo mordí —protestó el León, mientras se acariciaba la nariz dolorida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No, pero lo intentaste —repuso ella—. No eres otra cosa que un cobarde.

—Ya lo sé —contestó el León, muy avergonzado—. Siempre lo he sabido. ¿Pero cómo puedo evitarlo?

—No me lo preguntes a mí. ¡Pensar que atacaste a un pobre hombre relleno de paja como el Espantapájaros!

—¿Está relleno de paja? —inquirió el León con gran sorpresa, mientras la observaba levantar al Espantapájaros ponerlo de pie y darle forma de nuevo.

—Claro que sí —dijo Dorothy, todavía enfadada.

—¡Por eso cayó tan fácilmente! —exclamó el León—. Me asombró verlo girar así ¿Este otro también está relleno de paja?

—No; está hecho de hojalata —contestó Dorothy, ayudando al Leñador a ponerse de pie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Por eso me desafilo las garras. Cuando rasqué esa lata, me estremecí todo. ¿Qué animal es ese que tanto quieres?

—Es Toto, mi perro.

—¿Es de hojalata o está relleno de paja?

—Ninguna de las dos cosas. Es un... un... perro de carne y hueso.

—¡Vaya! Es un animalito raro y, ahora que lo miro bien, bastante pequeño. Sólo a un cobarde como yo se le ocurriría morder a un animalito tan pequeño —manifestó el León con acento apenado.

—¿Y por qué eres cobarde? —preguntó Dorothy, mirándole con extrañeza, pues era tan grande como una jaca.

—Es un misterio —fue la respuesta—. Supongo que nací así. Como es natural, todos los otros animales del bosque esperan que sea valiente, pues en todas partes saben que el león es el Rey

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de las Bestias. Me di cuenta de que si rugía con bastante fuerza, todo ser viviente se asustaba y se apartaba de mi camino. Siempre que me he encontrado con un hombre he tenido miedo, pánico, pero no tenía más remedio que lanzar un rugido para ponerlo en fuga. Si los elefantes y los tigres y los osos hubieran tratado alguna vez de pelear conmigo, yo habría salido corriendo, por lo cobarde que soy... pero en cuanto me oyen rugir, todos tratan de alejarse de mí y, por supuesto, yo los dejo ir.

—Pero eso no está bien —objetó el Espantapájaros—. El Rey de las Bestias no debería ser un cobarde.

—Ya lo sé. —El León se enjugó una lágrima con su zarpa—. Es mi pena más grande, y lo que me produce mi mayor desdicha. Pero donde quiera que haya algún peligro, se me aceleran los latidos del corazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Puede ser que lo tengas enfermo —aventuró el Leñador. —Podría ser —asintió el León.

—Si es así, deberías alegrarte, pues ello prueba que tienes corazón —manifestó el hombre de hojalata—. Por mi parte, yo no lo tengo, de modo que no se me puede enfermar.

—Quizá si tuviera corazón, no sería tan cobarde.

—¿Tienes cerebro? —le preguntó el Espantapájaros.

—Supongo que sí —dijo el León—. Nunca me he mirado para comprobarlo.

—Yo voy a ver al Gran Oz para pedirle que me dé un cerebro, pues tengo la cabeza rellena de paja —expresó el Espantapájaros.

—Y yo voy a pedirle un corazón —terció el Leñador.

—Y yo a pedirle que me mande con Toto de regreso a Kansas —añadió Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Les parece que Oz podría darme valor? —preguntó el León cobarde.

—Con tanta facilidad como podría darme sesos a mí —dijo el Espantapájaros.

—A mí un corazón —manifestó el Leñador.

—O mandarme a mí de regreso a Kansas —terminó Dorothy.

—Entonces si no tienen inconveniente, iré con ustedes —expresó el León—, pues ya no puedo seguir soportando la vida sin valor.

—Encantados de tenerte con nosotros —aceptó Dorothy—. Tú nos ayudarás a mantener alejadas a las otras fieras. Me parece que deben de ser más cobardes que tú si te permiten asustarlas con tanta facilidad.

—De veras que lo son —asintió el León—; pero eso no me hace más valiente, y mientras sepa que soy un cobarde me sentiré muy desdichado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y así, una vez más, el grupito partió de viaje, con el León marchando majestuosamente al lado de Dorothy. Al principio, a Toto no le agradó este nuevo compañero, porque no podía olvidar lo cerca que había estado de ser víctima de las enormes fauces del felino; pero al cabo de un tiempo se sintió más tranquilo y al fin se hizo muy buen amigo del León cobarde.

Durante el resto de ese día no hubo otras aventuras que turbaran la paz del viaje. Eso sí, en una oportunidad, el Leñador pisó un escarabajo que se arrastraba por el camino y lo mató, lo cual le apenó mucho, pues se cuidaba siempre de no hacer daño a ningún ser viviente, y mientras continuaba marchando empezó a llorar con gran pesar. Las lágrimas se deslizaron lentamente por su cara hasta las articulaciones de su quijada, y allí oxidaron la hojalata. Poco después, cuando Dorothy le hizo una pregunta, el Leñador no pudo abrir la boca, porque tenía herrumbrada la articulación. Muy

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

asustado por esto, le hizo señales a la niña para que lo socorriera, mas ella no le entendió. El León tampoco podía comprender qué le pasaba. Pero el Espantapájaros tomó la aceitera de la cesta de Dorothy y echó aceite en la quijada del Leñador, y al cabo de pocos minutos el hombre de hojalata pudo volver a hablar como siempre.

—Esto me enseñará a mirar por dónde camino —dijo entonces—. Si llegara a matar a otro bicho es seguro que volvería a llorar, y las lágrimas me oxidan la mandíbula de tal manera que me es imposible hablar.

De allí en adelante marchó con gran cuidado, fijos los ojos en el camino, y al ver alguna hormiga u otro insecto que se arrastraba por tierra, se apartaba con rapidez a fin de no hacerle daño. El Leñador de Hojalata sabía muy bien que no tenía corazón, razón por la cual se esforzaba más que todos por no ser cruel con nada ni con nadie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ustedes los que poseen corazón tienen algo que los guía y no necesitan equivocarse —manifestó—; pero yo no lo tengo y por eso debo cuidarme mucho. Cuando Oz me dé un corazón, entonces ya no me preocuparé tanto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 7

En busca del gran Oz

Aquella noche se vieron obligados a acampar en medio del bosque, debajo de un árbol gigantesco, pues no se veía vivienda alguna por los alrededores. El árbol los protegió muy bien del rocío, y el Leñador cortó una buena cantidad de madera con su hacha, mientras que Dorothy hizo una espléndida fogata que la calentó bastante, haciéndola sentirse menos sola. Ella y Toto comieron los últimos restos del pan, y la niña se dio cuenta ahora de que no habría desayuno para ellos.

—Si quieres, me adentraré en el bosque y mataré un ciervo para ti —ofreció el León—. Puedes asarlo con este fuego, ya que tienes esa costumbre tan rara de cocinar las viandas, y así tendrás un buen desayuno por la mañana.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No! ¡Por favor, no! —rogó el Leñador—. Seguro que me pondría a llorar si mataras a un pobre ciervo, y entonces se me oxidaría de nuevo la mandíbula.

Pero el León se internó en el bosque a buscar su propia cena, y nadie supo nunca qué comió esa noche, porque no lo dijo. Y el Espantapájaros halló un árbol lleno de nueces que puso en la cesta de Dorothy a fin de que no pasara hambre por un largo tiempo. A la niña le agradó mucho esta atención tan bondadosa del Espantapájaros, aunque rió a más y mejor al ver su torpe manera de recoger las nueces. Sus manos rellenas eran tan poco ágiles y las nueces tan pequeñas que dejó caer tantas como tantas puso en la cesta; pero al Espantapájaros no le preocupó el tiempo que le llevara llenar el recipiente, ya que esto lo mantenía alejado del fuego, pues la verdad es que temía que saltara una chispa y lo consumiera por completo. Por ello se mantuvo a buena distancia de las llamas, y sólo se acercó a Dorothy para cubrirla con hojas secas cuando la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

niña se acostó a dormir, lo cual la mantuvo abrigada y cómoda hasta la mañana.

Al amanecer, Dorothy se lavó la cara con el agua de un arroyo cantarino y poco después partieron de nuevo hacia la Ciudad Esmeralda.

El día iba a ser muy ajetreado para los viajeros. No habían caminado más de una hora cuando vieron ante ellos una gran zanja que cruzaba el camino y parecía dividir el bosque en dos partes hasta donde la vista alcanzaba. Era muy ancha y cuando se acercaron cautelosamente hasta el borde, observaron su gran profundidad y las numerosas piedras afiladas que salpicaban el fondo. Sus costados eran tan empinados que ninguno de ellos podría deslizarse hasta abajo o subir de nuevo por la parte opuesta, y por el momento pareció que allí iba a terminar el viaje.

—¿Qué hacemos ahora? —suspiró Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No tengo la menor idea —dijo el Leñador, mientras que el León agitaba su melenuda cabeza y parecía sumirse en profundas meditaciones.

—Es seguro que no podemos volar —dijo por su parte el Espantapájaros—. Tampoco podemos bajar al fondo de este zanjón tan profundo. Por lo tanto, si no podemos saltarlo, tendremos que quedamos donde estamos.

—Yo creo que puedo saltarlo —expresó el León cobarde luego de medir la distancia con la mirada.

—Entonces estamos salvados —aprobó el Espantapájaros—; tú puedes llevarnos sobre tu lomo a todos nosotros, por una vez.

—Bien, lo intentaré —asintió el León—. ¿Quién irá primero?

—Yo —se ofreció el hombre de paja—, porque si no lograras salvar esa distancia, Dorothy podría matarse o el Leñador se abollaría

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

todo contra las piedras de abajo; pero si me llevas a mí eso no importaría mucho, ya que la caída no me haría daño alguno.

—Yo mismo tengo un miedo terrible de caer —confesó el felino—. Pero supongo que no queda otra alternativa que intentarlo, así que monta sobre mi lomo y haremos la prueba.

El Espantapájaros se instaló sobre el lomo del León, y la enorme fiera fue hasta el borde del barranco y se agazapó.

—¿Por qué no tomas impulso para saltar? —preguntó el hombre de paja.

—Porque los leones no lo hacemos así —fue la respuesta.

Después haciendo un tremendo esfuerzo, voló por el aire y fue a posarse con gran suavidad en el otro lado del zanjón. Todos se sintieron encantados de ver la facilidad con que lo había hecho, y después que el Espantapájaros se apeó

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de su lomo, el León volvió a saltar sobre la hendidura.

Como decidió ser la próxima, Dorothy tomó a Toto en sus brazos y se instaló sobre el lomo del León, agarrándose fuertemente de la melena con una mano. Un momento después le pareció como si volaran por el aire, y luego, antes de darse cuenta de nada más, ya estaban a salvo en el otro lado. El León volvió por tercera vez para trasladar al Leñador, y después se sentaron un rato a fin de dejar descansar a la fiera, pues sus grandes saltos le habían cortado el aliento y jadeaba como un enorme perro que hubiera corrido demasiado.

De ese otro lado, el bosque se presentaba muy tupido, oscuro y bastante lúgubre. Después que el León hubo descansado, continuaron su marcha por el camino amarillo preguntándose cada uno de ellos si alguna vez saldrían de aquella espesura para volver a ver la luz del sol. Para colmo de males, empezaron a oír ciertos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ruidos misteriosos procedentes de lo profundo del bosque, y el León les susurró que era en aquella región donde vivían los Kalidahs.

—¿Qué son los Kalidahs? —preguntó Dorothy.

—Unas fieras monstruosas con cuerpos de osos y cabezas de tigres —contestó el León—. Sus garras son tan largas y filosas que podrían abrirme en dos con tanta facilidad como podría yo matar a Toto. Les tengo un miedo terrible a los Kalidahs.

—Y no me extraña —dijo Dorothy—. Deben ser bestias horribles.

El León estaba por contestar cuando llegaron a otro barranco, pero éste era tan ancho y profundo que el felino comprendió al instante que no podría salvarlo de un salto.

Se sentaron entonces a pensar en lo que podrían hacer, y luego de mucho meditar dijo el Espantapájaros:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Allí hay un árbol muy alto que crece a un costado del abismo. Si el Leñador puede cortarlo de manera que su parte superior caiga del otro lado, podría servirnos de puente.

—¡Espléndida idea! —aprobó el León—. Casi sospecharía que tienes sesos en la cabeza en lugar de paja.

El Leñador puso manos a la obra sin perder tiempo, y tan filosa era su hacha que no tardó en cortar casi todo el tronco. El León apoyó entonces sus fuertes garras contra el árbol y empujó con gran energía, logrando inclinar poco a poco al gigante del bosque y hacerlo caer ruidosamente hacia el otro lado del barranco, donde quedó apoyada su copa.

Habían empezado a cruzar por este puente improvisado cuando oyeron un tremendo gruñido que les hizo volverse y, para su gran horror, vieron dos bestias enormes con cuerpo de oso y cabeza de tigre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Son los Kalidahs! —exclamó el León cobarde, empezando a temblar.

—¡Rápido! —les urgió el Espantapájaros—. Terminemos de cruzar.

Dorothy marchó adelante, con Toto en sus brazos, seguida por el Leñador y, luego, por el Espantapájaros. Aunque tenía mucho miedo, el León se volvió para enfrentar a los Kalidahs, y entonces lanzó un rugido tan terrible y ensordecedor que Dorothy dejó escapar un grito y el Espantapájaros cayó hacia atrás, mientras que aquellas bestias espantosas se detuvieron y miraron sorprendidas al felino.

Pero al darse cuenta de que eran más grandes que el León y, por añadidura, llevaban la ventaja del número, los Kalidahs reanudaron su avance. Por su parte, el León cruzó por el árbol y se volvió para ver qué hacían sus enemigos. Sin detenerse un instante, las terribles fieras empezaron a cruzar también.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Estamos perdidos —dijo el León a Dorothy—. Seguro que nos harán pedazos con esas garras que tienen. Pero quédate detrás de mí y te defenderé de ellas mientras me dure la vida.

—¡Espera un momento! —intervino el Espantapájaros.

El hombre de paja había estado pensando qué convendría hacer, y ahora pidió al Leñador que cortara la parte del árbol que reposaba sobre ese lado del barranco. El Leñador empezó a usar su hacha sin demora y, cuando los dos Kalidahs estaban a punto de llegar a ellos, el árbol cayó estrepitosamente al fondo, llevándose consigo a las dos rugientes fieras, las que se hicieron pedazos al dar contra las filosas rocas de abajo.

—Bueno —suspiró aliviado el León cobarde—. Veo que vamos a vivir un poco más, y me alegro de ello, porque debe ser muy incómodo eso de no estar vivo. Esos animales me asustaron

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tanto que todavía me salta el corazón en el pecho.

—¡Ah! —exclamó apenado el Leñador—. ¡Ojalá tuviera yo un corazón que me saltara en el pecho!

Esta última aventura hizo que los viajeros se sintieran más ansiosos que antes por salir del bosque, y marcharon con tanta rapidez que Dorothy se cansó y tuvo que cabalgar sobre el lomo del León. Para gran alegría de todos, los árboles se fueron tornando cada vez más escasos a medida que avanzaban, y en la tarde llegaron de pronto a la orilla de un ancho río de corriente muy rápida. Del otro lado del agua pudieron ver el camino amarillo que se extendía por una hermosa región de verdes praderas salpicadas de flores y llenas de árboles cargados de frutos deliciosos. Grande fue la alegría de todos al contemplar tanta belleza.

—¿Cómo cruzaremos el río? —preguntó Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Muy fácil —respondió el Espantapájaros—. El Leñador nos construirá una balsa para que lleguemos a la otra orilla.

El hombre de hojalata tomó su hacha y se puso a derribar algunos árboles pequeños con los cuales construir la balsa, y mientras él se ocupaba de esto, el Espantapájaros descubrió en la orilla un árbol cargado de sabrosos frutos, lo cual complació mucho a Dorothy, que no había comido más que nueces durante todo el día, y ahora tuvo un buen almuerzo de fruta madura.

Pero lleva mucho tiempo hacer una balsa, aun cuando uno es tan trabajador e incansable como el Leñador de Hojalata, y al llegar la noche todavía no estaba terminado el trabajo. Por consiguiente, buscaron un lugar cómodo bajo un árbol donde pasaron la noche, y Dorothy soñó con la Ciudad Esmeralda y con el buen Mago de Oz que muy pronto la mandaría de regreso al hogar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 8

El campo de amapolas

Nuestro grupito de viajeros despertó la mañana siguiente muy descansado y con grandes esperanzas, y Dorothy comió un principesco desayuno constituido por duraznos y ciruelas de los árboles próximos al río. A sus espaldas quedaba el oscuro bosque que acababan de cruzar sin mayores males, aunque con tantos inconvenientes; pero ante ellos se presentaba la hermosa y soleada región que parecía llamarlos hacia la Ciudad Esmeralda.

Claro que el ancho río los separaba de aquella tierra tan hermosa, pero la balsa estaba casi lista, y luego que el Leñador hubo cortado algunos troncos más y los unió con trozos de madera aguzada, ya estuvieron listos para cruzar. Dorothy se sentó en el centro de la balsa con Toto en sus brazos. Cuando subió el León

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cobarde, la embarcación se inclinó bastante, pues el felino era grande y pesado, pero el Leñador y el Espantapájaros se pararon sobre el otro extremo para equilibrarla y pudieron partir sin inconveniente alguno.

El hombre de paja y el Leñador impulsaban la balsa con dos largas varas y al principio todo marchó bien; pero cuando llegaron al centro del río la fuerte corriente empezó a arrastrar a la embarcación, alejándola cada vez más del camino amarillo. Además, la profundidad era allí tan grande que las varas no llegaban a tocar el fondo.

—Esto es malo —dijo el Leñador—. Si no podemos llegar a tierra, la corriente nos llevará a la región de la Maligna Bruja de Occidente, que nos esclavizará con sus hechizos.

—Y entonces yo no conseguiría cerebro —dijo el Espantapájaros.

—Ni yo valor —gruñó el León cobarde.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ni yo un corazón —gimió el Leñador.

—Y yo no volvería más a Kansas —terminó Dorothy. —Tenemos que tratar por todos los medios de llegar a la Ciudad Esmeralda —continuó el Espantapájaros.

Así diciendo, empujó su vara con tanta fuerza que se le quedó hundida en el barro del fondo. Luego, antes de que pudiera sacarla o soltarla, la balsa fue arrastrada por la corriente y el pobre hombre de paja se quedó colgado de su vara en medio del río.

—¡Adiós! —les gritó.

Todos lamentaron mucho dejarlo. El Leñador empezó a llorar; pero por suerte se acordó de que podía oxidarse y se secó las lágrimas con el delantal de Dorothy.

Naturalmente, lo ocurrido era terrible para el Espantapájaros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ahora estoy peor que cuando conocí a Dorothy —se dijo—. Entonces estaba clavado en un poste en el maizal, donde por lo menos podía fingir que asustaba a los pájaros; pero seguramente que de nada sirve un espantapájaros clavado en medio de un río. Mucho me temo que ya no conseguiré un cerebro.

Mientras tanto, la balsa se iba río abajo, dejando muy atrás al pobre Espantapájaros.

—Tenemos que hacer algo para salvarnos —dijo de pronto el León—. Creo que puedo nadar hasta la costa y llevar conmigo la balsa si ustedes se agarran bien fuerte de mi cola.

Acto seguido se lanzó al agua y el Leñador se asió de su cola mientras que el felino nadaba con gran energía en dirección a la orilla. No era tarea sencilla, a pesar de su fortaleza, pero poco a poco salieron de la parte más fuerte de la corriente y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

entonces Dorothy tomó la larga vara del Leñador y ayudó a impulsar la balsa hacia tierra.

Estaban agotados cuando al fin llegaron a la costa y pusieron pie sobre la verde hierba. También sabían que la corriente los había llevado muy lejos del camino amarillo que iba hacia la Ciudad Esmeralda.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el Leñador cuando el León se tendió sobre la hierba para secarse al calor del sol.

—De algún modo tenemos que volver al camino —dijo Dorothy.

—Lo mejor será marchar por la orilla hasta que lo hallemos —opinó el León.

Luego, cuando hubieron descansado, Dorothy recogió su cesta y partieron por la herbosa orilla en busca del camino que tan atrás habían dejado. La región era hermosa y había abundancia de flores y árboles frutales que relucían al sol como

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

para alegrar a los viajeros, mas todos ellos estaban apenados por la pérdida del pobre Espantapájaros.

Marcharon lo más rápido que pudieron, deteniéndose Dorothy sólo para recoger una bonita flor, y al cabo de un tiempo exclamó el Leñador:

—¡Miren!

Al mirar hacia el río vieron al Espantapájaros, muy solitario y triste, colgado de su vara en medio del agua.

—¿Qué podemos hacer para salvarlo? —preguntó Dorothy. El León y el Leñador menearon la cabeza sin saber qué responder. Después se sentaron en la orilla y miraron con pena al Espantapájaros hasta que pasó volando una cigüeña, la que se detuvo al verlos y se posó a descansar al borde del agua.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quiénes son ustedes y adónde van? —preguntó el ave.

—Yo soy Dorothy —contestó la niña—, y éstos son mis amigos, el Leñador de Hojalata y el León cobarde. Todos vamos hacia la Ciudad Esmeralda.

—Este no es el camino —manifestó la cigüeña, mientras curvaba el largo cuello para mirar con interés al extraño grupo.

—Ya lo sé —asintió Dorothy—, pero hemos perdido al Espantapájaros y no sabemos cómo rescatarlo.

—¿Dónde está?

—Allá en el río.

—Si no fuera tan grande y pesado, yo podría ir a buscarlo —dijo la cigüeña.

—No pesa casi nada, pues está relleno de paja. Si nos lo traes aquí te estaremos muy agradecidos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Bueno, lo intentaré —dijo la cigüeña—. Pero si me resulta demasiado pesado, tendré que dejarlo caer de nuevo al agua.

Así diciendo, levantó vuelo sobre el agua hasta llegar donde se hallaba el Espantapájaros colgado de su vara. Una vez allí, asió al hombre de paja por los brazos y lo llevó de vuelta a tierra, donde Dorothy y sus amigos lo esperaban.

Cuando el Espantapájaros se encontró de nuevo entre ellos, se sintió tan feliz que los abrazó a todos, aun al León y a Toto, Y mientras reanudaban su marcha empezó a cantar con gran alegría.

—Pensé que iba a quedarme para siempre en el río —dijo—, pero me salvó esa cigüeña tan bondadosa. Si llego a obtener mi cerebro volveré a buscarla para pagarle este gran favor.

—No tiene importancia —manifestó la cigüeña, que volaba cerca de ellos—. Me agrada ayudar a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

quien lo necesita. Pero ahora tengo que irme porque me aguardan mis pichones en el nido. Espero que encuentren la Ciudad Esmeralda y que Oz les ayude.

—Gracias —respondió Dorothy cuando el ave se elevaba más en el aire y partía rauda por los cielos.

Siguieron su marcha entretenidos con el canto de los pájaros y el bello espectáculo de las flores ahora tan abundantes que formaban una tupida alfombra sobre el terreno. Eran pimpollos grandes, amarillos, blancos, azules y purpúreos, y entre ellos crecían profusos montones de amapolas tan rojas que su brillo enceguecía casi a Dorothy.

—¿No son hermosas? —dijo la niña, aspirando la fragancia embriagadora de aquellas flores.

—Supongo que sí —contestó el Espantapájaros— Cuando tenga cerebro es probable que me gusten más.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Si yo tuviera corazón sabría apreciarlas —dijo por su parte el Leñador.

—A mí siempre me gustaron las flores —terció el León—, sobre todo porque parecen tan frágiles e indefensas. Pero en el bosque no las hay tan coloridas como éstas.

Cada vez eran más abundantes las amapolas y más escasas las otras flores, y a poco se hallaron en medio de una pradera completamente cubierta de amapolas. Ahora bien, todos saben que cuando hay una gran cantidad de estas flores, el aroma es tan fuerte que cualquiera que lo aspire se queda dormido, y si el durmiente no es trasladado lejos de ese perfume, lo más fácil es que siga durmiendo para siempre. Dorothy ignoraba esto; además, no podía alejarse de las brillantes flores rojas que había por doquier, de modo que no tardó en sentir caer sus párpados y tuvo la urgente necesidad de sentarse a descansar y dormir.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Mas el Leñador no quiso permitírselo.

—Tenemos que darnos prisa y volver al camino amarillo antes de que oscurezca —recomendó, y el Espantapájaros estuvo de acuerdo con él.

Siguieron caminando hasta que Dorothy ya no pudo permanecer de pie. Se le cerraron los ojos sin que pudiera impedirlo, olvidó todo lo que la rodeaba y cayó dormida entre las amapolas.

—¿Qué hacemos ahora? —exclamó el Leñador.

—Si la dejamos aquí se morirá —dijo el León—. El olor de las flores nos está matando a todos. Yo mismo apenas si puedo mantener los ojos abiertos, y el perro ya se ha dormido.

Era verdad; Toto había caído junto a su amita. Pero como el Espantapájaros y el Leñador no eran de carne y hueso, no se sentían molestos por el aroma de las flores.

—Echa a correr —dijo el Espantapájaros al León—. Sal de entre estas flores lo más pronto

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que puedas. Nosotros nos llevaremos a la niña, pero si te duermes tú, no habrá forma de cargarte, pues eres muy pesado.

Así, pues, el León hizo un esfuerzo por despertar totalmente y echó a correr a todo lo que daban sus patas, perdiéndose de vista en pocos segundos.

—Hagamos una silla con las manos para llevarla —propuso entonces el Espantapájaros

Sin perder tiempo, recogieron a Toto y lo pusieron sobre el regazo de Dorothy. Luego formaron una silla con sus manos y entre ambos se llevaron a la niña. Marcharon y marcharon sin que pareciera que la gran alfombra de aquellas peligrosas flores terminara nunca. Siguieron la curva del río y al fin encontraron a su amigo el León que yacía dormido entre las amapolas. Las flores habían resultado demasiado potentes para la enorme bestia, la que terminó por

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

rendirse y caer a poca distancia de donde terminaba aquel jardín fatal.

—Nada podemos hacer por él —dijo el Leñador con mucha pena—. Pesa demasiado para levantarlo. Tendremos que dejarlo que duerma aquí para siempre, y quizá sueñe que al fin ha encontrado el valor que tanto ansiaba.

—Lo siento mucho —suspiró el Espantapájaros—. A pesar de ser tan cobarde, era un buen camarada. Pero sigamos adelante.

Llevaron a la dormida Dorothy hasta un bonito sitio junto al río, lo bastante lejos del campo de amapolas como para evitar que siguiera aspirando el fatal perfume. Allí la tendieron con suavidad sobre la hierba y esperaron que la fresca brisa la despertara.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 9

La Reina de los ratones

—No creo que estemos muy lejos del camino amarillo —comentó el Espantapájaros mientras se hallaba de pie al lado de la niña—. Hemos caminado casi la misma distancia que nos arrastró el río.

El Leñador estaba por responder cuando oyó un gruñido y, volviendo la cabeza, vio a una bestia extraña que avanzaba a saltos hacia ellos. Se trataba de un gran gato montés, y al Leñador le pareció que debía estar persiguiendo a una presa, pues tenía las orejas echadas hacia atrás y su fea boca mostraba una doble hilera de horribles dientes, mientras que sus ojos rojizos relucían como bolitas de fuego. Cuando el animal se acercó más, el hombre de hojalata vio que huía de él un pequeño ratón gris, y aunque carecía de corazón comprendió que estaba mal que el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

gato montés quisiera matar a un animalito tan inofensivo como aquél.

Por este motivo levantó su hacha y, al pasar el gato por su lado, le asestó un rápido tajo que le cercenó limpiamente la cabeza.

A verse libre de su enemigo, el ratón se detuvo de pronto, giró sobre sí mismo y marchó hacia el Leñador, diciéndole con voz aflautada:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias por salvarme la vida!

—Por favor, ni lo menciones siquiera —repuso el Leñador—. La verdad es que no tengo corazón y por eso me preocupo de ayudar a todos los que necesitan amigos, aunque sólo sean ratones.

—¿Sólo ratones? —exclamó indignado el animalito—. ¡Te diré que soy la Reina de todos los ratones del campo! —¡Vaya, vaya! —dijo el Leñador, haciendo una reverencia. —Por lo tanto, al salvarme la vida has hecho algo muy importante —añadió la Reina.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

En ese momento vieron a varios ratones que llegaban corriendo, y que al ver a su Reina exclamaron:

—¡Oh, Majestad, creíamos que te iban a matar! ¿Cómo pudiste esquivar a ese gato salvaje?

Todos ellos se inclinaron tan ceremoniosamente ante su soberana que casi se pararon de cabeza.

—Este extraño hombre de hojalata mató al gato y me salvó la vida —exclamó la Reina—. Por eso, de ahora en adelante deberán ustedes servirlo y obedecer todos sus deseos.

—¡Así lo haremos! —exclamaron a coro los ratones.

Acto seguido se desbandaron en todas direcciones, pues Toto acababa de despertar, y al ver tantos ratones a su alrededor, lanzó un ladrido de júbilo y saltó en medio del grupo. Siempre le había gustado cazar ratones cuando vivía en Kansas y no veía nada malo en ello.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero el Leñador lo tomó entre sus brazos y lo contuvo mientras decía a los ratones:

—¡Vuelvan aquí! Toto no les hará daño.

Al oír esto, la Reina asomó la cabeza por debajo de unas hierbas y preguntó con timidez:

—¿Estás seguro de que no nos va a morder?

—No se lo permitiré —dijo el Leñador—. No tengan miedo.

Uno por uno fueron regresando los ratones y Toto no volvió a ladrar, aunque trató de saltar de los brazos del Leñador y lo habría mordido si no hubiera sabido muy bien que era demasiado duro para sus dientes. Al fin habló uno de los ratones más grandes.

—¿Podemos hacer algo para demostrarles nuestro agradecimiento por haber salvado la vida de nuestra Reina?

—No se me ocurre nada —respondió el Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Por su parte, el Espantapájaros, que había estado tratando de pensar sin conseguirlo debido a que tenía la cabeza rellena de paja, dijo rápidamente:

—¡Ah, sí! Pueden salvar a nuestro amigo el León cobarde que se quedó dormido en el campo de amapolas.

—¿Un león? —exclamó la Reina—. ¡Vamos, si nos comería a todos!

—Nada de eso —afirmó el Espantapájaros—. Este León es un cobarde.

—¿De veras? —preguntó uno de los ratones.

—El mismo lo afirma —fue la respuesta del Espantapájaros—. Además, no haría daño a un amigo nuestro. Si nos ayudan a salvarlo, les aseguro que los tratará bondadosamente.

—Muy bien, confiaremos en ustedes —dijo la Reina—. ¿Pero qué hacemos?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Son muchos tus súbditos y te obedecen todos?

—Claro que sí —le contestó ella.

—Entonces hazlos venir lo antes posible y que cada uno traiga un trozo de cuerda.

La Reina se volvió hacia su séquito y ordenó que partieran en seguida en busca de todos sus súbditos. No bien oyeron la orden, los ratones se dispersaron a toda prisa.

—Ahora ve tú hacia esos árboles que crecen junto al río y construye un carro que sirva para cargar al León —dijo el Espantapájaros al Leñador.

El hombre de hojalata puso manos a la obra sin la menor demora, y muy pronto tuvo listo un carro fabricado con troncos de árboles a los que cortó las ramas y hojas. Aseguró los troncos con clavijas de madera aguzada e hizo las cuatro ruedas con rodajas de un tronco muy grueso. Trabajó con tal diligencia que el vehículo estaba listo cuando empezaron a llegar los ratones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Venían desde todas direcciones y eran millares, grandes, medianos y pequeños, y cada uno traía en la boca un trozo de cuerda. Fue más o menos entonces cuando Dorothy despertó de su largo sueño y abrió los ojos, asombrándose al encontrarse tendida en la hierba y rodeada por miles de ratones que la miraban con timidez. Pero el Espantapájaros la puso al tanto de todo y luego, volviéndose hacia la Reina, agregó:

—Permíteme que te presente a Su Majestad, la Reina de los ratones.

La niña saludó con gran dignidad y la Reina hizo una reverencia, después de lo cual se acercó afablemente a Dorothy.

El Espantapájaros y el Leñador empezaron a atar los ratones al carro, empleando las cuerdas que éstos habían traído. Un extremo se ataba al cuello de cada ratón y el otro extremo al carro. Claro que el improvisado vehículo era mil veces más grande que cualquiera de los ratones que iba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a arrastrarlo, pero cuando estuvieron atados todos ellos, pudieron moverlo con toda facilidad. Tanto es así que el Espantapájaros y el Leñador se sentaron encima y fueron trasladados rápidamente hasta el sitio donde dormía el León.

Después se apresuró la Reina a ordenar a sus súbditos que partieran, pues temía que los ratones se quedaran dormidos si permanecían demasiado tiempo entre las amapolas.

Al principio, a pesar de su gran número, los animalitos casi no podían mover el pesado vehículo, pero empezaron a hacer progresos cuando el Leñador y el Espantapájaros los ayudaron empujando desde atrás, y poco después lograron sacar al León del campo de amapolas en dirección a terreno abierto, donde el felino pudiera respirar de nuevo el aire puro en lugar de la mortal fragancia de las flores.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy les salió al encuentro y les agradeció sinceramente que hubieran salvado de la muerte a su amigo. Había llegado a tener tanto aprecio al León que se alegraba mucho de que lo hubieran rescatado.

Luego desengancharon a los ratones, los que se alejaron rápidamente en dirección a sus hogares. La Reina fue la última en irse.

—Si alguna vez vuelves a necesitarnos, ven al campo y llámanos —dijo—. Nosotros te oiremos y acudiremos en tu auxilio. ¡Adiós!

—¡Adiós! —respondieron los amigos, y la Reina partió corriendo, mientras que Dorothy sostenía con fuerza a Toto para que no fuera tras ella y la asustara.

Después se sentaron todos al lado del León a esperar que éste despertara. Por su parte, el Espantapájaros fue a arrancar algunas frutas de un árbol cercano para que comiera Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 10

El guardián de la puerta

Pasó bastante tiempo antes de que despertara el León cobarde, pues había estado mucho rato entre las flores, respirando su venenosa fragancia. Al fin, cuando abrió los ojos y salió del carro, se mostró muy contento de estar vivo todavía.

—Corrí lo más rápido que pude —dijo mientras se sentaba y bostezaba—, pero las flores resultaron demasiado potentes para mí. ¿Cómo me sacaron?

Sus amigos le contaron cómo le habían salvado los ratones del campo, y el León lanzó una carcajada.

—Siempre he creído ser muy grande y terrible. Sin embargo, esas florecillas tan pequeñas estuvieron a punto de matarme y unos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

animalitos diminutos como son los ratones me salvaron la vida. ¡Qué cosa extraordinaria! Pero, amigos míos, ¿qué hacemos ahora?

—Debemos seguir nuestro viaje hasta hallar de nuevo el camino amarillo —dijo Dorothy—. Después continuaremos la marcha hacia la Ciudad Esmeralda.

Así, pues, una vez que el León se sintió completamente restablecido, reiniciaron su viaje, y tan agradable les resultó marchar por aquellas verdosas praderas cubiertas de césped que casi sin darse cuenta llegaron al camino amarillo y de nuevo tomaron rumbo hacia la Ciudad Esmeralda donde vivía el Gran Oz.

El camino se presentaba ahora liso y bien pavimentado, y la región que lo rodeaba era hermosísima, lo cual hizo que los viajeros se alegraran de dejar atrás el bosque y con él los numerosos peligros que habían encontrado en sus umbrosas profundidades. Una vez más

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

vieron cercas construidas a lo largo del sendero aunque éstas estaban pintadas de verde, como verde era también la primera casita que observaron a su paso. Durante la tarde vieron varias casas más, y a veces salía gente a la puerta para mirarlos como si quisieran hacerles preguntas, pero nadie se acercó ni les dirigió la palabra porque todos temían al enorme León. Aquellos habitantes de la región vestían ropas de color verde esmeralda y lucían sombreros cónicos muy similares a los de los Munchkins.

—Este debe ser el País de Oz —dijo Dorothy—. Sin duda nos acercamos ya a la Ciudad Esmeralda.

—Sí —respondió el Espantapájaros—. Aquí todo es verde, mientras que en el país de los Munchkins el color favorito es el azul. Pero la gente no parece tan amistosa como los Munchkins, y temo que no podremos hallar un sitio donde pasar la noche.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Me gustaría comer alguna otra cosa que no fuera fruta —manifestó la niña—, y estoy segura de que Toto tiene mucha hambre. Detengámonos en la próxima casa para hablar con sus ocupantes.

Poco después, cuando llegaron a una granja bastante grande, Dorothy fue hasta la puerta y llamó con los nudillos. Una mujer abrió apenas lo suficiente para mirar hacia afuera y le dijo:

—¿Qué deseas, pequeña? ¿Y por qué te acompaña ese León tan grande?

—Queremos pasar la noche aquí, si nos lo permiten —repuso Dorothy—. El León es mi amigo y no te haría ningún daño.

—¿Es manso? —preguntó la mujer, abriendo un poco más la puerta.

—¡Claro que sí! Además, es un tremendo cobarde. Te tendrá más miedo a ti del que tú le tengas a él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Bueno... —murmuró la mujer después de pensarlo y mirar de nuevo al León—...si es así, pueden entrar y les daré algo de comer y un lugar donde dormir.

Entraron entonces en la casa, donde estaban también un hombre y dos niños. El hombre habíase lastimado una pierna y yacía tendido en un sofá del rincón. Todos ellos se sorprendieron bastante al ver al extraño grupo.

Mientras la mujer se ocupaba de tender la mesa, el hombre preguntó:

—¿A dónde van ustedes?

—A la Ciudad Esmeralda para ver al Gran Oz —respondió Dorothy

—¿De veras? —exclamó el hombre—. ¿Estás segura de que Oz los recibirá?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pues, se dice que nunca deja a nadie llegar hasta él. Yo he estado muchas veces en la Ciudad Esmeralda, y les aseguro que es tan bonita como maravillosa; pero jamás me permitieron ver al Gran Oz, y no conozco a ningún ser viviente que lo haya visto.

—¿Nunca sale? —preguntó el Espantapájaros.

—Jamás. Se pasa los días en el gran Salón del Trono de su palacio, y aun los que le sirven jamás le ven cara a cara.

—¿Qué aspecto tiene? —quiso saber la niña.

—No sabría decírtelo —expresó el hombre en tono meditativo—. Verás, Oz es un Gran Mago y puede adoptar la forma que desee, de modo que algunos dicen que parece un pájaro, otros afirman que es como un elefante y los demás que tiene la forma de un gato. Para otros es un hermoso duende o geniecillo o cualquier otra cosa... Pero ningún ser viviente podría decir

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

quién es el verdadero Oz cuando adopta su forma natural.

—¡Qué extraño! —exclamó Dorothy—. Pero de algún modo tendremos que intentar verlo, ya que, de lo contrario, habremos hecho nuestro viaje en vano.

—¿Para qué desean ver a Oz? —quiso saber el granjero.

—Yo quiero que me dé un cerebro —manifestó ansioso el Espantapájaros.

—Eso puede hacerlo con toda facilidad —declaró el dueño de casa—. Tiene más cerebros de los que necesita.

—Y yo deseo un corazón —dijo el Leñador.

—No le resultará difícil —fue la respuesta—. Oz tiene una gran colección de corazones de todos los tamaños y formas imaginables.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Y yo quiero que me dé valor —dijo el León cobarde.

—Oz tiene una gran caldera llena de valor en su Salón del Trono —le dijo el granjero—. La cubre con un plato de oro para evitar que se derrame. Con mucho gusto te dará un poco.

—Y yo deseo que me mande de regreso a Kansas— expresó Dorothy.

—¿Dónde está Kansas? —preguntó el granjero en tono sorprendido.

—No lo sé —dijo Dorothy con cierta pena—, pero es mi lugar de origen y estoy segura de que está en alguna parte.

—Sin duda alguna. Bueno, el caso es que Oz puede hacer cualquier cosa, así que podrá localizar a Kansas para ti. Pero primero tendrás que verlo, lo cual será una tarea difícil, porque al Gran Mago no le gusta ver a nadie... Pero, ¿qué

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

deseas tú? —preguntó luego, dirigiéndose a Toto.

El perro no hizo más que menear la cola, pues, aunque parezca extraño, no sabía hablar.

La mujer avisó entonces que estaba servida la cena y todos se sentaron a la mesa.

Dorothy comió una sopa deliciosa, huevos revueltos y varios trozos de pan muy bien hecho. El León tomó un poco de sopa, aunque no le agradó mucho, diciendo que tenía cebada y que la cebada era para caballos y no para leones. El Espantapájaros y el Leñador no comieron nada, y Toto engulló un poco de todo, muy contento de poder gozar de nuevo de una buena cena.

La dueña de casa indicó a Dorothy una cama en la que podría dormir con Toto, mientras que el León se puso de guardia a la puerta del dormitorio para que nadie los molestara. El Espantapájaros y el Leñador se pararon en un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

rincón y estuvieron quietos y silenciosos toda la noche, aunque, claro está, no durmieron en absoluto.

La mañana siguiente, no bien hubo salido el sol, reanudaron su viaje y poco después observaron en el cielo un agradable resplandor verdoso.

—Debe ser la Ciudad Esmeralda —dijo Dorothy.

A medida que avanzaban, el resplandor verdoso se fue tornando cada vez más brillante, lo cual les indicó que estaban llegando al fin de su viaje. Sin embargo, llegó la tarde antes de que llegaran frente a la gran muralla que rodeaba la ciudad. La pared era alta, muy gruesa y de un brillante color verde.

Frente a ellos, donde finalizaba el camino amarillo, se veía una gran puerta doble tachonada de esmeraldas que relucían tanto al sol que hasta los ojos pintados del Espantapájaros quedaron encandilados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Junto a la puerta había un botón que Dorothy apretó con el dedo, oyendo en seguida un tintineo proveniente del interior. Se abrió con lentitud una hoja de la enorme puerta y al pasar los viajeros se hallaron en una amplia estancia sobre cuyas paredes relucían montones de esmeraldas.

Ante ellos se hallaba un hombrecillo del tamaño de los Munchkins que vestía de pies a cabeza con prendas verdes y hasta la piel tenía de un tinte verdoso. A su lado se veía una gran caja de aquel mismo color.

Al ver a Dorothy y a sus acompañantes, el hombrecillo preguntó:

—¿Qué desean en la Ciudad Esmeralda?

—Hemos venido a ver al Gran Oz —contestó Dorothy. Tanto sorprendió esto al individuo que tuvo que sentarse para pensar un momento.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Hace muchísimos años que nadie me pide ver a Oz —expresó al fin, meneando la cabeza con gran perplejidad—. Es poderoso y terrible, y si vienen ustedes a molestar con alguna tontería las profundas reflexiones del Gran Mago, es posible que se enfade y los destruya en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero no se trata de ninguna tontería —replicó el Espantapájaros—. Es algo importante, y nos han dicho que Oz es un buen Mago.

—Eso es cierto, y gobierna la Ciudad Esmeralda de manera prudente y sabia —manifestó el hombrecillo verde—. Pero para los que no son honrados o quieren verlo por pura curiosidad, es terrible, y son pocos los que han pedido ver su cara. Yo soy el guardián de la puerta, y como piden ver al Gran Oz, tendré que llevarlos a su palacio, pero primero deberán ponerse los anteojos.

—¿Por qué? —preguntó Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Porque si no se pusieran anteojos, el brillo y la gloria de la Ciudad Esmeralda podría cegarlos. Aun los que viven aquí tienen que usar anteojos noche y día. Se los aseguran con llave, pues así lo ordenó Oz cuando se construyó la ciudad, y yo tengo la única llave para abrir las cerraduras.

Abrió la espaciosa caja y Dorothy vio que estaba llena de anteojos de todo tamaño y forma... y todos ellos tenían vidrios verdes. El guardián halló uno apropiado para la niña y se lo puso. Estaba asegurado por dos bandas doradas que rodeaban la cabeza, donde se aseguraba con una cerradura cuya llave llevaba el hombrecillo colgada del cuello. Cuando los tuvo puestos, Dorothy comprobó que no podría sacárselos de ningún modo; pero, claro está, no deseaba que la cegara el resplandor de la Ciudad Esmeralda, razón por la cual no dijo nada.

El hombrecillo puso otros anteojos al Leñador, el Espantapájaros y el León, y aun al pequeño Toto, y aseguró todos ellos con su llavecita.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después se puso los suyos y les dijo que estaba listo para llevarlos al palacio. Con una llave de oro que descolgó de la pared, abrió una puerta interior y los hizo pasar a las calles de la Ciudad Esmeralda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 11

La Ciudad Esmeralda

Aun con los ojos protegidos por los anteojos verdes, la brillantez de la maravillosa ciudad encandiló al principio a Dorothy y sus amigos. Bordeaban las calles hermosas casas construidas de mármol verde y profusamente tachonadas con esmeraldas relucientes. El grupo de visitantes marchaba sobre un pavimento del mismo mármol verde formado por grandes bloques a los que unían hileras de aquellas mismas piedras preciosas que resplandecían a la luz del sol. Los vidrios de las ventanas eran todos del mismo color verde, y aun el cielo sobre la ciudad tenía un tinte verdoso y los mismos rayos del sol parecían saturados de ese color.

Los transeúntes eran numerosos, tanto hombres como mujeres y niños, y todos vestían de verde y tenían la piel verdosa. Al pasar miraban a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy y a su extraño grupo con expresión asombrada, mientras que los niños corrían a ocultarse detrás de sus madres al ver al León. Pero nadie les dirigió la palabra. Dorothy observó que eran verdes las mercancías exhibidas en las numerosas tiendas de la calle. Se ofrecía en venta golosinas verdosas así como también zapatos, sombreros y ropas de toda clase y de aquel mismo color. En un comercio, un hombre vendía limonada verde, y cuando los niños iban a comprarla, Dorothy vio que la pagaban con monedas del mismo color.

Parecía no haber caballos ni animales de ninguna clase. En cambio, los hombres trasladaban objetos en pequeñas carretillas verdes que empujaban ante sí. Todos parecían felices, satisfechos y prósperos.

El guardián de la puerta los condujo por las calles hasta que llegaron a un gran edificio situado en el centro exacto de la ciudad, y que era el Palacio de Oz, el Gran Mago. Ante la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

puerta se hallaba de guardia un soldado vestido con uniforme verde y luciendo una larga barba del mismo color.

—Aquí traigo a unos forasteros que quieren ver al Gran Oz —anunció el guardián de la puerta:

—Pasen —invitó el soldado—. Le llevaré el mensaje.

Entraron por la puerta del Palacio y fueron conducidos a una gran estancia alfombrada de verde y con hermosos muebles de ese color tachonados con esmeraldas. El soldado les hizo limpiarse los pies en un felpudo verde antes de que entraran. Cuando se hubieron sentado, les dijo en tono afable:

—Pónganse cómodos mientras voy a la puerta del Salón del Trono y los anuncio a Oz. Tuvieron que esperar largo tiempo hasta que regresó el soldado, y cuando éste llegó al fin, Dorothy preguntó: —¿Has visto a Oz?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No —fue la respuesta—. Jamás lo he visto. Pero hablé con él mientras se hallaba detrás de su biombo y le di vuestro mensaje. Dijo que les concederá una audiencia si así lo desean, pero que cada uno de ustedes deberá entrar solo y únicamente recibirá a uno por día. Por consiguiente, como han de permanecer un tiempo en el Palacio, los conduciré a las habitaciones donde podrán descansar cómodamente después de vuestro viaje.

—Gracias —dijo la niña—. Es una amable atención por parte de Oz.

El soldado hizo sonar un silbato verde y en seguida se presentó en la estancia una joven que lucía un bonito vestido de seda verde y tenía cabellos y ojos de ese color. La joven se inclinó ceremoniosamente ante Dorothy al decirle:

—Sígueme y te llevaré a tu habitación.

La niña se despidió de todos sus amigos, excepto de Toto, cargó a éste en sus brazos y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

siguió a la joven por siete corredores y tres tramos de escaleras hasta llegar a una habitación situada al frente del palacio. Era un dormitorio agradabilísimo, con una cómoda cama de extraordinaria blandura y sábanas de seda verde. En el centro del cuarto había una diminuta fuente que lanzaba al aire un chorro de perfume verde, el que caía luego en un tazón de mármol maravillosamente labrado. Había bonitas florecillas verdes en las ventanas y un estante lleno de libros de ese mismo color. Cuando tuvo tiempo de abrirlos, vio que estaban llenos de extrañas figuras verdosas que le causaron mucha risa por lo cómicas.

En el guardarropa vio numerosos vestidos de la misma tonalidad imperante en la ciudad, todos de seda, satén y terciopelo, y todos de su medida exacta.

—Ponte cómoda —dijo la jovencita—, y si deseas algo haz sonar la campanilla. Oz te mandará llamar mañana.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dejó sola a Dorothy y se fue a buscar a los otros, a los que también condujo a diferentes dormitorios, y cada uno de ellos se encontró alojado en una parte muy agradable del palacio. Claro que tanta amabilidad no hizo efecto alguno en el Espantapájaros, pues al hallarse solo en su cuarto se quedó parado tontamente a pocos pasos de la puerta, donde esperó hasta que lo llamaron. De nada le serviría acostarse, y no podía cerrar los ojos, de modo que estuvo toda la noche mirando a una araña que tejía su tela en un rincón del cuarto, tal como si no fuera una de las habitaciones más encantadoras del mundo. En cuanto al Leñador, se echó en la cama por la fuerza de la costumbre, pues recordaba la época en que había sido de carne y hueso; pero como era incapaz de dormir, se pasó la noche moviendo los brazos y piernas a fin de mantenerlos en buenas condiciones de funcionamiento. Por su parte, el León habría preferido un lecho de hojas secas en lo profundo del bosque y no le

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

agradó estar encerrado en una habitación; pero como tenía demasiado sentido común para dejar que esto le preocupara, saltó sobre la cama, se hizo un ovillo y en menos de un minuto se puso a ronronear y, ronroneando, se quedó dormido.

La mañana siguiente, después del desayuno, la doncella verde se presentó a buscar a Dorothy y la ayudó a ponerse uno de los vestidos más bonitos, confeccionado con satén verde mar. La niña se puso también un delantal de seda verde y ató una cinta verde al cuello de Toto, luego de lo cual partieron hacia el Salón del Trono del Gran Oz.

Primero llegaron a una gran sala en la que se hallaban muchos caballeros y damas de la corte, todos vestidos con prendas muy lujosas. Estas personas no tenían otra cosa que hacer que hablar entre sí, pero siempre iban a esperar ante el Salón del Trono, aunque nunca se les permitía ver a Oz.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando entró Dorothy, la miraron con curiosidad, y uno de ellos inquirió en voz baja:

—¿De veras vas a mirar la cara de Oz el Terrible?

—Claro que sí —contestó la niña—. Si me recibe.

—Te recibirá —dijo el soldado que había llevado al Mago el mensaje de Dorothy—, aunque no le gusta que la gente pida verlo. Te diré, en un principio se mostró enfadado y me ordenó que te despidiera. Después me preguntó cómo eras tú, y cuando le mencioné tus zapatos de plata pareció muy interesado. Después le hablé de la marca que tienes en la frente y entonces decidió recibirte.

En ese momento sonó una campanilla y la doncella verde dijo a Dorothy:

—Es la señal. Deberás entrar sola en el Salón del Trono.

Así diciendo, abrió una puerta pequeña por la que pasó Dorothy sin vacilar para hallarse en

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

seguida en un lugar maravilloso. Se trataba de una estancia muy amplia, circular, con techo abovedado y muy alto, y con las paredes y el piso profusamente tachonados de grandes esmeraldas. En el centro del techo había una tan brillante como el sol y sus reflejos hacían brillar las gemas en todo su esplendor.

Pero lo que más interesó a Dorothy fue el gran trono de mármol verde que se hallaba en el centro de la sala. Tenía la forma de un sillón y estaba lleno de piedras preciosas, como todo lo demás. Sobre el sillón reposaba una enorme cabeza sin cuerpo ni miembros que la sostuvieran. No tenía cabello, pero sí ojos, nariz y boca, y era mucho más grande que la cabeza del más enorme de los gigantes.

—Yo soy Oz el Grande y Terrible. ¿Quién eres tú y por qué me buscas?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La voz no era tan tremenda como era de esperar en una cabeza tan enorme. Por eso la niña cobró valor y contestó:

—Y yo soy Dorothy, la pequeña y humilde. He venido a pedirte ayuda.

Los ojos la miraron meditativamente durante un minuto. Después dijo:

—¿De dónde provienen los zapatos de plata?

—De la Maligna Bruja del Oriente —repuso ella— Mi casa cayó sobre ella y la mató.

—¿Y esa marca que tienes sobre la frente?

—Allí me besó la Bruja Buena del Norte cuando se despidió de mí al mandarme a verte a ti —repuso la niña.

De nuevo la miraron los ojos con fijeza, viendo que decía la verdad. Luego preguntó Oz:

—¿Qué deseas de mí?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Envíame de regreso a Kansas, donde están mi tía Em y mi tío Henry —respondió ella en tono ansioso—. No me gusta tu país, aunque es muy bonito. Y estoy segura de que tía Em debe estar muy preocupada por mi ausencia.

Los ojos se abrieron y se cerraron tres veces seguidas, luego miraron hacia lo alto y después al piso, moviéndose de manera tan curiosa que parecían ver todo lo que había en la sala. Al fin se fijaron de nuevo en Dorothy.

—¿Por qué habría de hacer esto por ti? —preguntó Oz.

—Porque tú eres fuerte y yo débil. Porque eres un Gran Mago y yo sólo una niñita.

—Pero fuiste lo bastante fuerte para matar a la Maligna Bruja de Oriente —objetó Oz.

—Eso fue casualidad. No pude evitarlo.

—Bien, te daré mi respuesta. No tienes derecho a esperar que te mande de regreso a Kansas si a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cambio de ello no haces algo por mí. En este país todos deben pagar por lo que reciben. Si deseas que use mis poderes mágicos para mandarte de regreso a tu casa, primero deberás hacer algo por mí. Ayúdame y yo te ayudaré a ti.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la niña.

—Matar a la Maligna Bruja de Occidente —fue la respuesta.

—¡Pero no podría hacerlo! —exclamó Dorothy, muy sorprendida.

—Mataste a la Bruja de Oriente y calzas los zapatos de plata que tienen un poder maravilloso. Ahora no queda más que una sola Bruja Maligna en toda esta tierra, y cuando me digas que ha muerto te mandaré de regreso a Kansas... pero no antes.

La niña rompió a llorar ante tal desengaño, y los ojos volvieron a abrirse y cerrarse, para mirarla

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

luego con ansiedad, como si el Gran Oz pensara que ella lo ayudaría si pudiera.

—Jamás maté nada a sabiendas —sollozó ella—. Aunque quisiera hacerlo, ¿cómo podría matar a la Bruja Maligna? Si tú, que eres el Grande y Terrible, no puedes matarla, ¿cómo esperas que lo haga yo?

—No lo sé —contestó la gran cabeza—. Sin embargo, esa es mi respuesta, y hasta que no haya muerto la Bruja Maligna, no volverás a ver a tus tíos. Recuerda que la Bruja es malvada, y mucho, y debería ser eliminada. Ahora vete y no pidas verme de nuevo hasta que hayas cumplido tu tarea.

Muy acongojada, Dorothy salió del Salón del Trono y regresó adonde sus amigos la esperaban para saber lo que le había dicho Oz.

—No hay esperanza para mí —suspiró—, pues Oz no me mandará a casa hasta que haya matado

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a la Maligna Bruja de Occidente... y eso jamás podría hacerlo.

Sus amigos se mostraron muy contritos, mas nada podían hacer por ella, de modo que Dorothy se fue a su cuarto y, tendiéndose en la cama, lloró hasta quedarse dormida.

La mañana siguiente, el soldado de la barba verde fue a buscar al Espantapájaros y le dijo:

—Ven conmigo; Oz te manda llamar.

El hombre de paja lo siguió hasta el Salón del Trono, donde vio a una hermosa dama sentada en el sillón de esmeraldas. La dama lucía un vestido de gasa verdosa y tenía una corona sobre sus verdes cabellos. De su espalda nacían dos alas de hermosos colores y tan delgadas que parecían vibrar con cada movimiento del aire ambiente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando el Espantapájaros se hubo inclinado con tanta gracia como lo permitía su relleno de paja, la hermosa dama lo miró con dulzura.

—Soy Oz, la Grande y Terrible. ¿Quién eres tú y por qué me buscas?

Ahora bien, el Espantapájaros, que había esperado ver la gran cabeza de que le hablara Dorothy, se sintió profundamente asombrado, no obstante lo cual respondió sin desmayo:

—No soy más que un Espantapájaros relleno de paja. Por consiguiente no tengo cerebro y he venido a verte para rogarte que pongas sesos en mi cabeza para que pueda llegar a ser tan hombre como los otros que viven en tus dominios.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa por ti? —preguntó la dama.

—Porque eres sabia y poderosa, y nadie más podría ayudarme.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Nunca concedo favores sin que me den algo a cambio —manifestó Oz—. Pero puedo prometerte esto: si matas a la Maligna Bruja de Occidente, te daré un gran cerebro, y tan bueno que serás el hombre más sabio de todo el País de Oz.

—Creí que habías pedido a Dorothy que matara a la Bruja —dijo con gran sorpresa el Espantapájaros.

—Así es. No me importa quién la mate; lo que importa es que no te concederé tu deseo hasta que ella haya desaparecido. Vete ahora y no vuelvas a buscarme hasta que te hayas ganado ese cerebro que tanto ansías.

Muy desalentado, el Espantapájaros regresó al lado de sus amigos y les repitió lo que había dicho Oz. Dorothy se sintió muy sorprendida al saber que el Gran Mago no era una cabeza, como la había visto ella, sino una dama encantadora.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Aunque lo sea —dijo el Espantapájaros—, tiene tan poco corazón como el Leñador.

La mañana siguiente, el soldado de la barba verdosa fue a buscar al Leñador y le anunció:

—Oz te manda llamar. Sígueme.

Y el Leñador lo siguió hasta el gran Salón del Trono.

Ignoraba si vería en Oz a una dama encantadora o a una cabeza, pero esperaba que fuera lo primero. "Porque" se dijo "si es la cabeza, seguro que no me dará un corazón, ya que las cabezas no tienen corazón propio y por lo tanto no sentirá lo que yo siento. Pero si es la dama encantadora, le rogaré con todas mis fuerzas que me dé un corazón, pues dicen que todas las damas son bondadosas".

Pero cuando entró en el gran Salón del Trono, no vio ni la cabeza ni la dama, porque Oz había tomado la forma de una bestia terrible. Era casi

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tan grande como un elefante, y el trono verde parecía resistir apenas su peso. La bestia tenía la cabeza de un rinoceronte, aunque con cinco ojos; de su cuerpo salían cinco largos brazos y sus patas eran también cinco, y muy delgadas. Lo cubría un pelaje muy espeso y no podría imaginarse un monstruo más espantoso. Fue una suerte que el Leñador careciera de corazón, porque el terror le habría acelerado muchísimo sus latidos. Claro que, como era sólo de hojalata, no tuvo nada de miedo.

—Soy Oz, el Grande y Terrible—manifestó la bestia con voz que era un rugido—. ¿Quién eres y por qué me buscas?

—Soy el Leñador de Hojalata. Por eso no tengo corazón y no puedo amar. Vengo a rogarte que me des un corazón para poder ser como otros hombres

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó la bestia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Porque yo te lo pido y sólo tú puedes conceder mi deseo. Al oírle, Oz lanzó un ronco gruñido y agregó:

—Si de veras deseas un corazón, tienes que ganarlo.

—¿Cómo?

—Ayuda a Dorothy a matar a la Maligna Bruja de Occidente. Cuando haya muerto la Bruja, ven a verme y te daré el corazón más grande, más bondadoso y más lleno de amor de todo el País de Oz.

Y, así, el Leñador se vio obligado a volver donde estaban sus amigos y hablarles de la terrible bestia que había visto. A todos les maravilló que el Gran Mago pudiera adoptar tantas formas diferentes.

—Si es una bestia cuando vaya a verlo yo —declaró el León—, rugiré con tal fuerza y lo asustaré tanto que tendrá que darme lo que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

deseo. Y si es una dama encantadora, fingiré echarme sobre ella para obligarla a obedecerme. Si es una gran cabeza, la tendré a mi merced, pues la haré rodar por todo el salón hasta que prometa concedernos lo que deseamos. Así que alégrense todos, porque las cosas saldrán bien.

La mañana siguiente el soldado de la barba verdosa condujo al León hasta el gran Salón del Trono y le hizo pasar para que viera a Oz.

Una vez que hubo pasado por la puerta, el León miró a su alrededor y, para su gran sorpresa, vio que frente al trono pendía una bola de fuego tan brillante que casi no podía mirarla. Su primera impresión fue que Oz se había incendiado y estaba ardiendo. Empero, cuando trató de acercarse, el intenso calor le chamuscó los bigotes y, temblando de miedo, tuvo que retroceder de nuevo hacia la puerta.

Acto seguido oyó una voz tranquila que salía de la bola de fuego y le decía:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Soy Oz, el Grande y Terrible. ¿Quién eres tú y por qué me buscas?

—Soy el León cobarde, temeroso de todo —respondió el felino—. He venido a rogarte que me des valor para que pueda ser realmente el rey de las fieras, como me consideran los hombres.

—¿Por qué he de darte valor?

—Porque entre todos los magos tú eres el más grande y el único que tiene poder para conceder mi deseo.

La bola de fuego ardió con fiereza durante un rato, y al fin dijo la voz:

—Tráeme pruebas de que ha muerto la Bruja Maligna y en seguida te daré valor. Pero mientras viva la Bruja seguirás siendo un cobarde.

El León se enfureció al oír esto, mas no pudo responder nada, y mientras se quedaba mirando

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

en silencio a la bola de fuego, ésta se hizo tan caliente que la fiera debió retroceder y salir corriendo de la estancia. Al salir se alegró de ver que sus amigos lo esperaban, y les relató su entrevista con el Mago.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dorothy en tono pesaroso.

—Una sola cosa podemos hacer —replicó el León—, y es ir a la tierra de los Winkies, buscar a la Bruja Maligna y destruirla.

—¿Y si no podemos hacerlo? —dijo la niña.

—Entonces jamás tendré valor —dijo el León.

—Ni yo un cerebro —expresó el Espantapájaros.

—Ni yo un corazón —intervino el Leñador.

—Y yo jamás volveré a ver a mis tíos —dijo Dorothy, rompiendo a llorar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ten cuidado! —le advirtió la doncella verde—. Las lágrimas mancharán tu vestido de seda.

Dorothy se enjugó las lágrimas.

—Supongo que debemos intentarlo —manifestó luego—. Pero la verdad es que no deseo matar a nadie, ni siquiera para volver a ver a mi tía Em.

—Yo iré contigo, pero soy demasiado cobarde para matar a la Bruja —declaró el León.

—Yo también iré —terció el Espantapájaros—, pero no podré servirte de mucho, pues soy demasiado tonto.

—Yo no tengo corazón ni siquiera para hacerle mal a una Bruja —comentó el Leñador, pero si ustedes van, yo también iré.

Decidieron entonces partir de viaje la mañana siguiente, y el Leñador afiló su hacha en una piedra verde y se hizo aceitar debidamente todas las coyunturas. El Espantapájaros se rellenó con paja nueva y Dorothy le pintó otra vez los ojos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

para que viera mejor. La doncella verde, que era muy amable con ellos, llenó de viandas la cesta de Dorothy y colgó una campanilla del cuello de Toto.

Esa noche se acostaron temprano y durmieron profundamente hasta el amanecer, cuando los despertó el canto de un gallo y el cacareo de una gallina que había puesto un huevo verde en el patio del Palacio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 12

En busca de la Bruja Maligna

El soldado de la barba verde los condujo por las calles de la Ciudad Esmeralda hasta que llegaron a la casita donde vivía el guardián de la puerta. Este funcionario les quitó los anteojos, los puso de nuevo en la gran caja y después les abrió la puerta de salida.

—¿Qué camino nos llevará hasta la Bruja Maligna de Occidente? —preguntó Dorothy.

—No hay ningún camino —respondió el guardián—. Nadie desea ir a buscarla.

—¿Entonces cómo vamos a encontrarla? —inquirió la niña.

—No será difícil —repuso el hombre—, pues cuando ella sepa que están en el país de los

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Winkies, los hallará a ustedes y los hará sus esclavos.

—Quizá no, porque tenemos la intención de matarla —dijo el Espantapájaros.

—¡Ah!, eso es diferente —exclamó el guardián—. Hasta ahora no la ha matado nadie, por eso pensé que ella los esclavizaría como a todos los demás. Pero tengan cuidado; es malvada y feroz, y quizá no permita que la maten. Marchen hacia Occidente, donde se pone el sol, y es seguro que la hallarán.

Le dieron las gracias, se despidieron y echaron a andar hacia el oeste por los campos herbosos salpicados de florecillas. Dorothy aún tenía puesto el bonito vestido de seda verde que le dieran en el Palacio; pero ahora, para su gran sorpresa, descubrió que ya no era verde, sino blanco. La cinta que rodeaba el cuello de Toto también había perdido su tono verdoso y era tan blanca como el vestido de la niña.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pronto dejaron muy atrás a la Ciudad Esmeralda, y a medida que avanzaban iban entrando en terrenos más quebrados y poco productivos, pues no había granjas ni casas en la región del oeste, y nadie trabajaba la tierra.

El sol de la tarde les dio de lleno en la cara, ya que no había allí árboles que los protegieran con su sombra, y al llegar la noche, Dorothy, Toto y el León estaban muy cansados y se echaron a dormir sobre la hierba, mientras que el Espantapájaros y el Leñador montaban la guardia.

Ahora bien, la Maligna Bruja de Occidente poseía un solo ojo, mas era tan potente como un telescopio y podía ver en todas partes. Sucedió entonces que, mientras se hallaba sentada a la puerta de su castillo, lanzó una mirada a su alrededor y vio a Dorothy durmiendo en la hierba con sus amigos. Se hallaban muy lejos, pero a la Bruja Maligna le disgustó que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

estuvieran en su país. Por eso hizo sonar un silbato de plata que tenía colgado del cuello.

En seguida llegó corriendo desde todas direcciones una manada de lobos enormes, de largas patas, ojos feroces y dientes agudísimos.

—Vayan donde están esas personas y háganlas pedazos —ordenó la Bruja.

—¿No vas a esclavizarlas? —preguntó el jefe de la manada.

—No —repuso ella—. Uno es de hojalata, otro de paja, una es una chica y el cuarto un león. Ninguno de ellos sirve para el trabajo, así que pueden hacerlos pedazos.

—Muy bien —dijo el lobo, y se alejó velozmente, seguido por los otros.

Fue una suerte que el Leñador y El Espantapájaros estuvieran despiertos, pues oyeron acercarse a los lobos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Esta pelea es para mí —dijo el Leñador—. Pónganse detrás de mí y yo los iré enfrentando a medida que lleguen.

Tomó su hacha, que había afilado muy bien, y cuando se le echó encima el jefe de la manada, el Leñador le cercenó la cabeza limpiamente, dejándolo muerto. No bien pudo levantar de nuevo el hacha llegó otro lobo, el que también cayó bajo el cortante filo del arma. Había cuarenta lobos, y cuarenta veces bajó el hacha para matar de uno en uno, de modo que al fin quedaron todos muertos frente al Leñador.

Entonces bajó su hacha y fue a sentarse junto al Espantapájaros, quien le dijo:

—Buena pelea, amigo.

Esperaron hasta que Dorothy despertó a la mañana siguiente. La niña se asustó mucho al ver el montón de peludos lobos, pero el Leñador le contó lo ocurrido y ella le dio las gracias por haberlos salvado. Luego la niña se

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sentó a desayunarse y después reanudaron su peregrinación.

Esa misma mañana salió la Bruja Maligna a la puerta de su castillo y miró con ese terrible ojo que tan lejos veía. Descubrió entonces a sus lobos muertos y a los forasteros que continuaban viajando por su país, lo cual la enfadó mucho más que antes. En seguida dio dos pitadas con su silbato de plata.

Al conjuro del sonido llegó volando una bandada de cuervos tan numerosa que oscurecieron el cielo. La Bruja Maligna dijo al rey de aquellas aves:

—Vuelen en seguida hacia los forasteros, arránquenles los ojos y destrócenlos.

Los cuervos volaron velozmente hacia donde se hallaban Dorothy y sus amigos. Al verlos llegar, la niña sintió muchísimo miedo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Esto me toca a mí —dijo el Espantapájaros—. Acuéstense a mi lado y no sufrirán daño alguno.

Todos se tendieron en el suelo, salvo el Espantapájaros, quien se quedó de pie con los brazos extendidos. Cuando lo vieron los cuervos, todos se asustaron —como les ocurre siempre que ven un espantapájaros —y no se atrevieron a acercarse más. Pero el rey les dijo:

—No es más que un hombre relleno de paja. Le arrancaré los ojos a picotazos.

Y voló directamente hacia el Espantapájaros, éste lo tomó de la cabeza y le retorció el cuello hasta matarlo. Entonces se le echó encima otro cuervo, y el Espantapájaros también lo mató. Eran cuarenta, y cuarenta veces retorció un cuello hasta que al fin quedaron todos muertos a su alrededor. Entonces dijo a sus compañeros que se levantaran y de nuevo emprendieron su viaje.

Cuando la Bruja Maligna volvió a asomarse y vio muertos a todos sus cuervos, le dio un ataque de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

furia e hizo sonar tres veces su silbato de plata. Al instante se oyó un silbido ensordecedor y por el aire se acercó un enjambre de abejas negras.

—¡Vayan donde están los forasteros y mátenlos a aguijonazos! —ordenó la Bruja.

Las abejas se alejaron velozmente hasta llegar al sitio por donde marchaban Dorothy y sus amigos. Pero ya las habían visto y el Espantapájaros había decidido lo que debía hacerse.

—Sácame toda la paja y cubre con ella a la chica, al perro y al León —dijo al Leñador—. Así las abejas no podrán picarlos.

Así lo hizo el Leñador, y mientras Dorothy se tendía al lado del León, sosteniendo a Toto entre sus brazos, la paja los cubrió por completo.

Al llegar las abejas, no hallaron más que al Leñador, de modo que se lanzaron sobre él y rompieron sus aguijones contra la hojalata sin

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

hacer el menor daño a su víctima, y como las abejas no pueden vivir sin su aguijón, así terminaron todas, yendo a caer diseminadas alrededor del Leñador en pequeños montones oscuros.

Entonces se levantaron Dorothy y el León, y la niña ayudó al Leñador a rellenar de nuevo al Espantapájaros hasta dejarlo tan bien como siempre. Hecho esto, otra vez emprendieron su viaje.

Tanto se enfureció la Bruja Maligna al ver muertas a sus abejas que pateó el suelo, hizo rechinar los dientes y se arrancó el cabello. Después llamó a una docena de sus esclavos, que eran los Winkies, les dio unas lanzas muy agudas y les dijo que fueran a destruir a los forasteros.

Los Winkies no eran personas valientes, pero estaban obligados a obedecer, de modo que echaron a andar hasta que llegaron cerca de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy. Entonces el León lanzó un tremendo rugido al tiempo que saltaba hacia ellos, y los pobres Winkies se asustaron tanto que se alejaron a todo correr.

Cuando llegaron al Castillo, la Bruja Maligna los golpeó con una correa y los mandó de regreso al trabajo, tras de lo cual se sentó a pensar en lo que podría hacer. No podía entender por qué fallaban todas sus tentativas de destruir a aquellos forasteros. Empero, era una Bruja tan poderosa como malvada, y pronto decidió lo que debía hacer.

En un armario tenía un Gorro de Oro rodeado por un círculo de brillantes y rubíes, y este gorro era mágico. Quienquiera lo poseyera podría llamar tres veces a los Monos Alados, los que obedecerían las órdenes que se les dieran, mas nadie podía disponer de aquellos extraños seres más de tres veces. La Bruja Maligna había usado ya dos veces el encanto del Gorro: una cuando esclavizó a los Winkies y se erigió en gobernante

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de su país, cosa en que la ayudaron los Monos Alados. La segunda vez fue cuando luchó contra el mismísimo Oz y lo arrojó de la tierra de Occidente, cosa en la que también la ayudaron los simios. Sólo una vez más podía usar el poder del Gorro de Oro, razón por la cual no le agradaba hacerlo hasta que se hubieran agotado todos sus otros poderes. Pero ahora que había perdido a sus feroces lobos, a sus cuervos y a las abejas negras, y que el León cobarde había espantado a sus esclavos, comprendió que sólo le quedaba un último recurso para eliminar a Dorothy y sus amigos.

Así, pues, la Bruja Maligna sacó el Gorro de Oro del armario y se lo puso en la cabeza, hecho lo cual se paró sobre su pie izquierdo y dijo lentamente:

—¡Epe, pepe, kake!

Después se paró sobre el pie derecho y agregó:

—¡Jilo, jolo, jalo!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Acto seguido se plantó bien sobre ambos pies y gritó a toda voz:

—¡Zizi, zuzi, zik!

Y el encanto mágico empezó a dar sus frutos, pues se oscureció el cielo y empezó a oírse un extraño zumbido. Era el batir de muchas alas al que siguieron charlas y risas, y el sol brilló de nuevo al aclararse el cielo, mostrando a la Bruja Maligna rodeada por una multitud de monos, todos ellos dotados de un par de enormes y poderosas alas.

El más grande de todos, que parecía ser el jefe, voló cerca de la Bruja y le dijo:

—Nos has llamado por tercera y última vez. ¿Qué nos ordenas?

—Vayan a buscar a los forasteros que han entrado en mi tierra y elimínenlos a todos salvo al León —ordenó la Bruja—. Tráiganme la bestia,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

porque quiero ponerle los arreos de un caballo y hacerla trabajar.

—Tu orden será obedecida —contestó el jefe.

Luego, sin dejar de parlotear y hacer ruido, los Monos Alados volaron hacia el sitio donde se hallaban Dorothy y sus amigos.

Algunos de los Monos asieron al Leñador y se lo llevaron por el aire hasta hallarse sobre una región salpicada de rocas muy agudas, y allí dejaron al pobre hombre de hojalata, el que cayó desde muy alto sobre las aguzadas piedras y quedó tan abollado y maltrecho que no pudo moverse ni gemir siquiera.

Otros se apoderaron del Espantapájaros y con sus largos dedos le arrancaron toda la paja del cuerpo y la cabeza; con el sombrero, las botas y el traje hicieron un atadito que arrojaron sobre las ramas de un árbol muy alto Los otros simios arrojaron unas cuerdas muy fuertes sobre el León y le ataron con innumerables vueltas

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

hasta que no le fue posible arañar ni morder a ninguno. Después lo alzaron por el aire y se lo llevaron volando al castillo de la Bruja, donde lo pusieron en un patio reducido al que rodeaba una alta cerca de hierro, de modo que no le sería posible escapar.

Mas a Dorothy no le hicieron el menor daño. Con Toto entre sus brazos, se quedó observando el triste destino de sus camaradas mientras pensaba que pronto le llegaría el turno a ella. El jefe de los Monos Alados se le acercó volando, con los largos brazos tendidos y una mueca terrible en su fea cara, pero entonces vio la marca del beso de la Bruja Buena en la frente de la niña y se detuvo de pronto, haciendo señas a los otros para que no la tocaran.

—No podemos hacer daño a esta niñita —les dijo—. Está protegida por el Poder del Bien, que es mucho más fuerte que el Poder del Mal. Lo único que podernos hacer es llevarla al castillo de la Bruja Maligna y dejarla allí.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Con gran suavidad, levantaron a Dorothy y se la llevaron volando velozmente hasta llegar al castillo, donde la posaron sobre el escalón de entrada.

—Te hemos obedecido hasta donde nos fue posible hacerlo —dijo el jefe a la Bruja—. El Leñador y el Espantapájaros han sido eliminados, y el León está atado en tu patio. No nos hemos atrevido a hacer daño a la niña ni al perrito que lleva en sus brazos. Ha cesado el poder que tenías sobre nosotros y no volverás a vernos.

Acto seguido, sin dejar de reír y chacharear, los monos levantaron vuelo y se perdieron de vista en contados segundos.

La Bruja Maligna se sintió tan sorprendida como preocupada al ver la marca en la frente de Dorothy, pues sabía muy bien que ni los Monos Alados ni ella misma podrían dañar en absoluto a la niña. Observó los pies de su prisionera, y al

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ver los zapatos de plata empezó a temblar de miedo, porque conocía perfectamente el mágico poder que tenían. Al principio se sintió tentada de huir de Dorothy, mas al mirar los ojos de ésta vio reflejado en ellos la sencillez de su alma, comprendiendo que la pequeña desconocía el poder de aquel calzado mágico. De modo que rió para sus adentros y pensó: "Todavía puedo hacerla mi esclava, porque no sabe cómo usar su poder".

En voz alta dijo a Dorothy con gran brusquedad:

—Ven conmigo y no dejes de hacer lo que te mande. Si no obedeces, terminaré contigo como terminé con el Leñador y el Espantapájaros.

La niña la siguió por muchas de las hermosas salas del castillo hasta llegar a la cocina, donde la Bruja le ordenó lavar las cacerolas y platos, limpiar el piso y mantener el fuego encendido.

Dorothy se puso a trabajar con toda humildad, dispuesta a cumplir en todo lo posible, porque se

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

alegraba de que la Bruja Maligna hubiera decidido no matarla.

Mientras la pequeña estaba ocupada en su trabajo, a la Bruja se le ocurrió ir al patio y poner los arneses al León cobarde. Estaba segura de que la divertiría mucho hacerle tirar de su carruaje cuando saliera a pasear. Mas al abrir la puerta oyó tal rugido y vio al León saltar hacia ella con tal fiereza que tuvo miedo y volvió a salir corriendo, sin olvidarse de cerrar de nuevo.

—Si no puedo ponerte los arneses, al menos podré matarte de hambre —le dijo al León por entre los barrotes de la cerca—. No te daré nada de comer hasta que te haya domesticado.

Y de ahí en adelante no le llevó alimentos al felino prisionero, pero cada día que iba a preguntarle si estaba dispuesto a dejarse poner los arneses, el León respondía:

—No. Si entras en este patio te morderé.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La razón de que el León no tuviera que obedecer a la Bruja era que todas las noches, mientras la malvada mujer estaba dormida, Dorothy le llevaba alimentos de la alacena. Después de comer, la fiera se tendía en su lecho de pajas, y Dorothy se acostaba a su lado, y conversaban de sus penurias al tiempo que intentaban idear algún plan para escapar. Mas no podían hallar el medio de salir del castillo, porque las puertas estaban guardadas por los Winkies y estos hombrecillos le temían demasiado a la Bruja como para desobedecerla.

La niña trabajaba mucho durante el día, y a menudo la amenazaba la Bruja con golpearla con el viejo paraguas que llevaba siempre en la mano; pero en realidad no se atrevía a castigarla debido a la marca que tenía Dorothy en la frente. La pequeña ignoraba esto y temía por sí misma y por Toto. En una oportunidad la Bruja golpeó a Toto con el paraguas y el valeroso perrito se defendió mordiéndola en la pierna. Claro que la malvada mujer no sangró por la herida; pues era

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tan mala que la sangre se le había secado hacía muchos años.

La vida de Dorothy se fue tornando muy triste a medida que comprendía lo difícil que le sería regresar al lado de su tía Em.

A veces lloraba durante horas enteras, con Toto tendido a sus pies y mirándola fijamente mientras gemía apenado para demostrar lo mucho que sufría por su amita. Al perrito no le importaba realmente si nunca volvían a Kansas o al País de Oz siempre que Dorothy estuviera con él, pero se daba cuenta de que la niña sentíase desdichada, lo cual lo apenaba muchísimo.

Ahora bien, la Bruja Maligna anhelaba profundamente ser la dueña de los zapatos de plata que calzaba siempre la niña. Sus abejas, sus cuervos y sus lobos yacían muertos, y ya había agotado todo el poder del Gorro de Oro. Si podía apoderarse de los zapatos de plata éstos le darían más poder que todo lo otro que había perdido. En

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

todo momento vigilaba atentamente a Dorothy para ver si alguna vez se quitaba los zapatos y robárselos entonces. Mas la niña estaba tan orgullosa de su bonito calzado que se lo quitaba sólo de noche y cuando iba a tomar su baño. La Bruja le tenía demasiado miedo a la oscuridad para atreverse a entrar de noche en el cuarto de Dorothy a robar los zapatos, y su temor al agua era mayor que su miedo a la oscuridad, de modo que jamás se acercaba cuando la niña se estaba bañando. La verdad es que la vieja Bruja nunca tocaba el agua ni dejaba que el agua la tocara a ella.

Pero la malvada mujer era muy astuta, y al fin ideó una treta para obtener lo que ansiaba. Colocó un trozo de hierro en medio del piso de la cocina y luego, por medio de sus artes mágicas, hizo el hierro invisible para los ojos humanos. Y ocurrió que cuando Dorothy cruzó la cocina, tropezó con el hierro invisible y cayó de bruces. No se hizo mucho daño, pero en la caída se le salió uno de los zapatos de plata, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

antes de que pudiera recuperarlo, la Bruja logró tomarlo y ponerlo en su huesudo pie.

La mujer se sintió muy complacida por el éxito de su treta, pues mientras tuviera uno de los zapatos era dueña de la mitad de su poder y Dorothy nada podría hacer contra ella, aunque hubiera sabido cómo dañarla.

Al ver que había perdido uno de sus bonitos zapatos, la niña se encolerizó mucho y dijo a la Bruja: —¡Devuélveme mi zapato!

—Nada de eso —fue la respuesta—. Ahora es mío y no tuyo.

—¡Eres una malvada! —exclamó Dorothy—. No tienes derecho a robarme el zapato.

—Lo retendré de todas maneras —repuso la Bruja, riéndose de ella—. Y algún día te quitaré también el otro.

Esto enfadó tanto a Dorothy que, tomando el cubo lleno de agua que tenía cerca, arrojó su

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

contenido sobre la Bruja, mojándola de pies a cabeza.

Al instante lanzó la mujer un agudo grito de terror, y luego, mientras Dorothy la miraba asombrada, empezó a encogerse.

—¡Mira lo que has hecho! —Chillaba—. En un momento me derretiré toda.

—Lo lamento de veras —murmuró Dorothy, muy asustada al ver que la Bruja se estaba derritiendo realmente ante sus ojos.

—¿No sabías que el agua sería mi fin? —preguntó la Bruja en tono lastimero.

—Claro que no. ¿Cómo podía saberlo?

—Bueno, en pocos minutos dejaré de existir y tú tendrás el castillo para ti. He sido muy mala, pero jamás creí que una niñita como tú sería capaz de derretirme y terminar con mis maldades. Ten cuidado... ¡aquí me voy!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Así diciendo, cayó formando un montón de cenizas oscuras que poco a poco empezó a extenderse sobre las tablas del piso. Al ver que realmente no quedaba nada de ella, Dorothy llenó otro cubo de agua y lo arrojó sobre las cenizas, las que barrió luego hacia afuera. Hecho esto, recogió el zapato de plata, que era todo lo que quedaba de la vieja, lo limpió y secó bien y volvió a ponérselo. Después, al comprender que estaba en libertad de hacer lo que deseara, salió corriendo al patio para contar al León que la Maligna Bruja de Occidente había llegado a su fin y que ya no eran prisioneros en una tierra extraña.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 13

El rescate

El León cobarde se sintió muy complacido al saber que la Bruja Maligna se había derretido al entrar en contacto con el agua, y Dorothy abrió en seguida la puerta y lo dejó libre. Juntos marcharon hacia el castillo, donde lo primero que hizo la niña fue reunir a todos los Winkies y anunciarles que ya no eran esclavos.

Fue inmensa la alegría de los liberados, pues la Bruja Maligna los había obligado a trabajar duramente durante muchísimos años, tratándolos siempre con extrema crueldad. Ese día lo declararon feriado para entonces y el futuro, y siempre lo dedicaron a bailar y divertirse.

—¡Ah! —suspiró el León—. Sería feliz si estuvieran con nosotros el Espantapájaros y el Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿No crees que podríamos rescatarlos? —preguntó la niña.

—Podemos intentarlo —repuso el felino.

Llamaron entonces a los Winkies y les preguntaron si los ayudarían a rescatar a sus amigos, a lo cual respondieron todos que con mucho gusto harían cualquier cosa por Dorothy, a que era su salvadora. La niña eligió a un grupo de Winkies que parecían más inteligentes que los otros y partieron en seguida. Viajaron todo ese día y parte del siguiente hasta llegar a la llanura rocosa donde yacía el Leñador completamente abollado y retorcido. Su hacha se hallaba cerca, pero la hoja habíase oxidado y el mango estaba roto.

Los Winkies lo levantaron con gran cuidado y lo llevaron de regreso al castillo, mientras que Dorothy derramaba algunas lágrimas por su amigo y el León se mostraba profundamente afligido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando llegaron al castillo la niña preguntó a los Winkies: —¿Hay hojalateros entre ustedes?

—Claro que sí, y bastante hábiles —le contestaron.

—Entonces vayan a buscarlos —ordenó ella. Y cuando llegaron los hojalateros con todas sus herramientas, les preguntó—: ¿Pueden arreglar esas abolladuras del Leñador, darle nuevamente su forma y soldar las partes que tiene rotas?

Los hojalateros examinaron a la víctima con gran atención y respondieron que creían poder arreglarlo para que quedara tan bueno como nuevo. Acto seguido se pusieron a trabajar en uno de los grandes salones del castillo y no cesaron de hacerlo durante cuatro días con sus noches, martillando, torciendo, moldeando, soldando y puliendo el cuerpo, los miembros y la cabeza del Leñador hasta que al fin le hubieron dado su antigua forma y sus

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

coyunturas funcionaron como antes. Claro que le quedaron algunos remiendos, pero los obreros hicieron un buen trabajo, y como el paciente no era vanidoso, no le molestaron en absoluto aquellos remiendos.

Quedó listo y al fin fue al cuarto de Dorothy y le dio las gracias por haberlo rescatado, se sentía tan contento que lloró de alegría, y la niña tuvo que enjugarle cada una de las lágrimas con su delantal para que no se oxidara de nuevo. Al mismo tiempo lloraba ella también por la felicidad de ver de nuevo a su amigo, pero estas lágrimas no tuvo necesidad de enjugarlas. En cuanto al León, se secó los ojos tan a menudo con la punta de la cola que se le humedeció por completo y tuvo que salir al patio y ponerla al sol hasta que se le hubo secado.

—Me sentiría feliz del todo si el Espantapájaros estuviera de nuevo con nosotros –dijo el Leñador cuando Dorothy le relató todo lo sucedido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Debemos tratar de encontrarlo —declaró ella.

Acto seguido llamó a los Winkies para que la ayudaran, y marcharon todo ese día y parte del siguiente hasta llegar al árbol en cuyas ramas habían arrojado los Monos Alados la ropa del Espantapájaros.

Era un árbol muy alto y de tronco demasiado liso, de modo que nadie podía treparlo, pero el Leñador dijo en seguida:

—Lo echaré abajo para que podamos recobrar las ropas.

Ahora bien, mientras los hojalateros habían estado remendando al Leñador, uno de los Winkies, que era orfebre, había hecho un mango de oro puro para el hacha a fin de reemplazar al que estaba roto. Otros pulieron la hoja hasta eliminar todo el óxido, de manera que ahora relucía como si fuera de plata.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Sin perder tiempo, el Leñador empezó a golpear con su hacha, derribando en poco tiempo el árbol, y de entre sus ramas cayeron las ropas del Espantapájaros.

Dorothy las recogió e hizo que los Winkies las llevaran de regreso al castillo, donde las rellenaron con paja limpia... y he aquí que apareció otra vez el Espantapájaros, tan bueno como nuevo, y dándoles profusas gracias por haberlo salvado.

Ahora que estaban todos reunidos, Dorothy y sus amigos pasaron unos días maravillosos en el castillo, donde había todo lo necesario para que estuvieran cómodos.

Pero llegó el momento en que la niña volvió a pensar en su tía Em y dijo:

—Tenemos que volver a donde está Oz y pedirle que cumpla su promesa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Sí —asintió el Leñador—. Al fin conseguiré mi corazón.

—Y yo mi cerebro —agregó alegremente el Espantapájaros.

—Y yo valor —dijo el León en tono meditativo.

—Y yo regresaré a Kansas —exclamó Dorothy, batiendo palmas—. ¡Vamos mañana a la Ciudad Esmeralda!

Así lo decidieron, y la mañana siguiente reunieron a los Winkies para despedirse. Todos lamentaron muchísimo que se fueran, y tanto se habían encariñado con el Leñador que le rogaron que se quedara con ellos para gobernar toda la tierra de Occidente. Al convencerse de que se iban realmente, regalaron a Toto y al León un collar de oro para cada uno. A Dorothy le dieron un hermoso brazalete tachonado de brillantes. Al Espantapájaros le obsequiaron un bastón con puño de oro para que no tropezara al caminar, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

al Leñador le ofrecieron una aceitera de plata repujada, con adornos de oro y piedras preciosas.

Cada uno de los viajeros respondió a estos regalos con un bonito discurso de agradecimiento, y estrecharon la mano de todos con tal entusiasmo que les dolieron los dedos.

Dorothy abrió la alacena de la Bruja a fin de llenar su cesta con provisiones para el viaje, y allí vio el Gorro de Oro. Se lo probó por curiosidad, descubriendo que le sentaba perfectamente bien. Ignoraba el poder del Gorro, pero vio que era bonito, y decidió llevarlo puesto y guardar su sombrero en la cesta.

Después, cuando ya estuvieron preparados para el viaje, partieron hacia la Ciudad Esmeralda, mientras que los Winkies se despedían de ellos con grandes demostraciones de afecto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 14

Los Monos Alados

Recordarán los lectores que no había camino, ni siquiera un senderillo, entre el castillo de la Bruja Maligna y la Ciudad Esmeralda. Cuando los cuatro viajeros iban en busca de la Bruja, ésta los vio llegar y mandó a los Monos Alados a capturarlos. Así, pues, resultaba mucho más difícil hallar el rumbo entre los campos salpicados de flores de lo que lo era viajando por el aire. Claro, sabían que debían marchar hacia el este, en dirección al sol naciente, y al partir lo hicieron de manera acertada. Pero al mediodía, cuando el sol brillaba directamente sobre sus cabezas, no pudieron saber dónde estaba el este y dónde el oeste, razón por la cual se extraviaron en aquellos campos. No obstante, siguieron marchando hasta que llegó la noche y salió la luna. Entonces se acostaron entre las perfumadas flores y durmieron profundamente hasta la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mañana... todos ellos menos el Espantapájaros y el Leñador.

La mañana siguiente amaneció nublado, pero partieron de todos modos, como si estuvieran seguros de su derrotero.

—Si caminamos lo suficiente, alguna vez llegaremos a alguna parte —dijo Dorothy.

Pero pasaron los días sin que vieran ante ellos otra cosa que los campos cubiertos de flores. El Espantapájaros empezó a refunfuñar.

—Es seguro que nos hemos extraviado —dijo—, y a menos que encontremos el rumbo a tiempo para llegar a la Ciudad Esmeralda, jamás conseguiré mi cerebro.

—Ni yo mi corazón —declaró el Leñador—. Estoy impaciente por ver de nuevo a Oz, y la verdad es que este viaje se está haciendo muy largo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Por mi parte —gimió el León cobarde—, no tengo valor para seguir caminando sin llegar a ninguna parte.

Al oír esto, Dorothy perdió el ánimo, se sentó en la hierba y miró a sus compañeros, los que también se sentaron a su alrededor. En cuanto a Toto, por primera vez en su vida estaba demasiado cansado para perseguir a una mariposa que pasó rozándole la cabeza. El pobre perrito sacó la lengua, se puso a jadear y miro a su amita como preguntándole qué podrían hacer.

—¿Y si llamáramos a los ratones? —dijo ella—. Probablemente conozcan el camino que lleva a la Ciudad Esmeralda.

—Seguro que sí—exclamó el Espantapájaros—. ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Dorothy hizo sonar el silbato que le había regalado la Reina de los Ratones, y en pocos minutos se oyó el ruido de muchísimas patitas,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

luego de lo cual vieron una multitud de ratones. Entre ellos estaba la Reina, quien preguntó con su vocecita aflautada:

—¿En qué podemos servirles, amigos míos?

—Nos hemos perdido —le dijo Dorothy—. ¿Puedes decirnos dónde está la Ciudad Esmeralda?

—Claro que sí —fue la respuesta—. Pero está muy lejos; ustedes han viajado en dirección contraria todo el tiempo. —Entonces la Reina observó el Gorro de Oro que tenía puesto Dorothy y agregó—: ¿Por qué no empleas la magia del Gorro y llamas a los Monos Alados? Ellos los llevarán a la Ciudad de Oz en menos de una hora.

—Ignoraba que el Gorro fuera mágico —contestó Dorothy, muy sorprendida—. ¿Cómo es esa magia?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Está escrita dentro del Gorro de Oro —le informó la Reina—. Pero si vas a llamar a los Monos Alados tendremos que huir, pues son muy traviesos y les divierte molestarnos.

—¿No me harán daño a mí? —preguntó la niña en tono preocupado.

—No. Deben obedecer a quien tiene puesto el Gorro. ¡Adiós! Así diciendo, salió a escape, seguida por todos sus vasallos.

Al mirar el interior del Gorro, Dorothy vio algunas palabras escritas en el forro. Como supuso que serían la fórmula mágica, las leyó con gran atención y volvió a ponérselo.

—¡Epe, pepe, kake! —dijo, parada sobre su pie izquierdo.

—¿Qué dijiste? —preguntó el Espantapájaros, quien ignoraba lo que la niña estaba haciendo.

—¡Jilo, jolo, jalo! —continuó Dorothy, parada ahora sobre su pie derecho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vaya! —exclamó el Leñador.

—¡Zizi, zuzi, zik! —agregó Dorothy, quien se hallaba al fin sobre sus dos pies.

Con esto terminó la fórmula mágica y en seguida oyeron un gran batir de alas al aparecer sobre ellos los Monos Alados.

El Rey se inclinó profundamente ante la niña y le dijo: —¿Qué nos ordenas?

—Deseamos ir a la Ciudad Esmeralda y nos hemos extraviado —replicó Dorothy.

—Los llevaremos nosotros —manifestó el Rey.

No había acabado de hablar cuando ya dos de los monos tomaron a Dorothy en sus brazos y se alejaron volando con ella. Otros se apoderaron del Espantapájaros, del Leñador y del León, y uno más pequeño tomó a Toto y voló tras los otros, aunque el perro se esforzaba por morderlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El Espantapájaros y el Leñador se asustaron un poco al principio, porque recordaban lo mal que los habían tratado antes los Monos Alados; pero luego vieron que no pensaban hacerles daño, de modo que se tranquilizaron y empezaron a gozar del viaje y de la magnífica vista que se presentaba ante sus ojos asombrados.

Dorothy se encontró viajando cómodamente entre dos de los Monos más grandes, uno de ellos el mismísimo Rey. Ambos habían formado una sillita con los dedos entrelazados y la llevaban con gran suavidad.

—¿Por qué tienen que obedecer a la magia del Gorro de Oro? —preguntó ella.

—Es largo de contar —contestó el Rey, soltando una risita—. Pero como el viaje también será largo, ocuparé el tiempo en relatarte la historia si así lo deseas.

—La escucharé con mucho gusto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—En otra época éramos un pueblo libre —comenzó el Rey—. Vivíamos felices en el bosque, saltando de rama en rama, comiendo nueces y frutas y haciendo lo que nos venía en gana sin tener que obedecer a ningún amo. Quizás algunos de nosotros éramos un poco traviesos y bajábamos para tirar de la cola a los animales sin alas, o perseguíamos a los pájaros y arrojábamos nueces a las personas que caminaban por el bosque. Pero vivíamos felices y contentos, y gozábamos de cada minuto de nuestros días.

Esto ocurrió hace muchísimos años, mucho antes de que Oz llegara por entre las nubes para gobernar esta tierra.

En aquel entonces vivía en el Norte una hermosa princesa que era también poderosa hechicera, pero usaba su magia para ayudar a la gente y jamás hizo daño a nadie que fuera bueno. Se llamaba Gayelette y vivía en un hermoso palacio construido con grandes bloques de rubí. Todos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

la amaban, pero su mayor pena era que no podía hallar a nadie a quien amar a su vez, ya que todos los hombres eran demasiado estúpidos y feos para casarse con una mujer tan hermosa y sabia. Empero, al fin halló a un joven muy apuesto y mucho más sabio que otros de su edad. Gayelette decidió que cuando se hiciera hombre lo convertiría en su esposo, de modo que lo llevó a su palacio de rubí y empleó todos sus poderes mágicos para hacerlo tan gallardo, bueno y amable como pudiera desearlo cualquier mujer. Cuando llegó a la madurez, Quelala, como se llamaba el joven, había llegado a ser el hombre más sabio de toda la tierra, mientras que su belleza era tan grande que Gayelette lo amaba con locura, por lo cual se apresuró a prepararlo todo para la boda. Mi abuelo era por aquel entonces el Rey de los Monos Alados que vivían en el bosque próximo al palacio de Gayelette, y al viejo le gustaban más las bromas que darse un buen banquete. Un día, poco antes de la boda, mi

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

abuelo estaba volando con su banda cuando vio a Quelala caminando por la orilla del río. El mozo vestía un lujoso traje de seda rosada y terciopelo púrpura, y a mi abuelo se le ocurrió ver cómo reaccionaba a sus bromas, así que bajó con su banda, se apoderó de Quelala, lo llevó consigo hasta el centro del río y allí lo dejó caer al agua.

—Nada un poco, amigo —le gritó mi abuelo—, y fíjate si el agua te ha manchado las ropas.

Quelala era demasiado prudente como para no nadar, y en nada le había afectado su buena fortuna. Se echó a reír al sacar la cabeza a la superficie y fue nadando hasta la costa. Pero cuando Gayelette fue corriendo hacia él, vio que el agua le había arruinado sus lujosos ropajes.

La princesa se puso furiosa, y, por cierto, no ignoraba quién era el culpable, de modo que hizo presentarse ante ella a todos los Monos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Alados y dijo al principio que se les deberían atar las alas y arrojarlos al río, tal como ellos lo habían hecho con Quelala. Pero mi abuelo rogó con gran humildad que los perdonara, pues sabía que los Monos se ahogarían en el río con las alas atadas. Por su parte, Quelala intercedió en favor de ellos, de modo que Gayelette les perdonó al fin, con la condición de que los Monos Alados deberían de allí en adelante obedecer por tres veces al poseedor del Gorro de Oro. Este Gorro se había confeccionado como regalo de bodas para Quelala, y se comentaba que había costado a la princesa un equivalente a la mitad de su reino. Claro que mi abuelo y todos sus súbditos accedieron sin vacilar, y es así como ocurre que somos tres veces esclavos del poseedor del Gorro de Oro, sea éste quien fuere.

—¿Y qué fue de ellos? —preguntó Dorothy, que le había escuchado con profundo interés.

—Como Quelala fue el primer dueño del Gorro de Oro —contestó el Mono—, también

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

fue el primero en imponernos sus deseos. Debido a que su esposa no podía soportarnos cerca, después que se hubieron casado, él nos llamó al bosque y nos ordenó que nos mantuviéramos siempre alejados de Gayelette, cosa que nos alegramos mucho de hacer, pues todos le temíamos.

Esto fue todo lo que tuvimos que hacer hasta que el Gorro de Oro cayó en manos de la Maligna Bruja de Occidente, quien nos obligó a esclavizar a los Winkies y después a arrojar al mismísimo Oz de la tierra de Occidente. Ahora el Gorro es tuyo, y por tres veces tienes el derecho de imponernos tu voluntad.

Al terminar el Mono su relato, Dorothy miró hacia abajo y vio los relucientes muros verdosos de la Ciudad Esmeralda. Aunque se maravilló por lo veloz del viaje, le alegró también que éste hubiera finalizado. Los extraños simios bajaron suavemente a los viajeros frente a la puerta de la ciudad, el Rey se inclinó ante Dorothy y luego

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

se alejó volando a toda velocidad, seguido por todo su grupo.

—Ha sido un magnífico paseo —comentó la niña.

—Sí, y una forma muy rápida de salir de apuros —dijo el León—. Fue una suerte que te llevaras contigo ese Gorro maravilloso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 15

La identidad de Oz el Terrible

Los cuatro viajeros avanzaron hacia la puerta de la Ciudad Esmeralda e hicieron sonar la campanilla. Luego de un momento les abrió el mismo guardián de la vez anterior.

—¡Cómo! —exclamó sorprendido—. ¿Están de regreso?

—¿Acaso no nos ves? —preguntó el Espantapájaros.

—Pero es que creí que habían ido a visitar a la Maligna Bruja de Occidente.

—Y la visitamos —afirmó el Espantapájaros.

—¿Y ella les dejó libres de nuevo? —se maravilló el guardián.

—No pudo evitarlo, pues se derritió —explicó el hombre de paja.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Se derritió? ¡Vaya, qué buena noticia! ¿Y quién consiguió hacer tal cosa?

—Fue Dorothy —dijo el León en tono grave.

—¡Dios mío! —exclamó el guardián, haciendo una profunda reverencia a la niña. Después los condujo a su sala de recepción, les puso los anteojos verdes, tal como lo había hecho la vez anterior, y luego los hizo pasar a la Ciudad Esmeralda. Cuando la gente se enteró por él de que Dorothy había derretido a la Maligna Bruja de Occidente, todos se apiñaron alrededor de los viajeros y los siguieron en su camino hacia el Palacio de Oz.

El soldado de la barba verde seguía de guardia ante la puerta, y él fue quien los hizo pasar en seguida. De nuevo les salió al encuentro la bonita joven verde, quien los condujo a sus respectivos dormitorios a fin de que descansaran hasta que el Gran Oz estuviera dispuesto a recibirlos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El soldado hizo avisar directamente a Oz que Dorothy y los otros viajeros estaban de regreso luego de haber eliminado a la Bruja Maligna, pero Oz no envió ninguna respuesta. Los cuatro amigos creyeron que el Gran Mago los haría llamar en seguida, mas no fue así, y no tuvieron noticias de él durante varios días. La espera se les hizo pesada y turbadora, hasta el punto de encolerizarlos el hecho de que Oz los tratara tan mal después de haberles mandado a sufrir tantas penurias. Al fin el Espantapájaros pidió a la joven verde que llevara otro mensaje a Oz, diciéndole que, si no los recibía inmediatamente, llamarían a los Monos Alados para que los ayudara y descubrieran si el Mago cumplía sus promesas o no. Cuando Oz recibió este mensaje, se asustó tanto que avisó que se presentaran en el Salón del Trono la mañana siguiente, a las nueve y cuatro minutos. Ya una vez se había enfrentado a los Monos Alados en la tierra de Occidente y no deseaba verlos de nuevo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Los cuatro viajeros pasaron una noche de insomnio, pensando cada uno en el don que Oz había prometido hacerles. Dorothy se durmió sólo por un rato, y soñó entonces que estaba en Kansas donde su tía Em le decía lo mucho que le agradaba tenerla de regreso en su hogar.

La mañana siguiente, a las nueve en punto, el soldado de la barba verde fue a buscarlos, y cuatro minutos más tarde se hallaban todos en el Salón del Trono.

Naturalmente, cada uno de ellos esperaba ver al Mago adoptar la forma de la vez anterior, y todos se sorprendieron muchísimo al mirar a su alrededor y no ver a nadie en la gran estancia. Permanecieron cerca de la puerta y muy juntos uno de otro, pues el silencio era más inquietante que cualquiera de las formas en que se presentara Oz anteriormente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al fin oyeron una voz solemne que parecía proceder de un sitio cercano al punto superior de la bóveda.

—Soy Oz el Grande y Terrible. ¿Por qué me buscan?

De nuevo miraron hacia todos los rincones del salón, y luego, al no ver a nadie, Dorothy preguntó:

—¿Dónde estás?

—En todas partes —respondió la voz—, pero soy invisible para los ojos de los mortales comunes. Ahora iré a sentarme en mi trono para que puedan conversar conmigo.

En efecto, la voz pareció llegar ahora desde el trono, de modo que todos marcharon hacia allí y se pararon formando fila ante el gran sillón.

—He venido a pedirte que cumplas tu promesa, Gran Oz —dijo Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué promesa? —preguntó Oz.

—Dijiste que me enviarías de regreso a Kansas cuando estuviera muerta la Bruja Maligna.

—Y a mí me prometiste un cerebro —intervino el Espantapájaros.

—Y a mí un corazón —dijo el Leñador.

—Y a mí valor —terció el León cobarde.

—¿De veras ha muerto la Bruja Maligna? —inquirió la voz, y a Dorothy le pareció que el tono era un poco tembloroso.

—Sí —repuso—. La derretí con un cubo de agua.

—¡Cielos, qué súbito! —dijo la voz—. Bien, ven a verme mañana, pues necesito tiempo para pensarlo.

—Ya has tenido tiempo de sobra —declaró en tono airado el Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No queremos esperar más —dijo el Espantapájaros.

—¡Debes cumplir tus promesas! —exclamó Dorothy.

Al León le pareció que no estaría mal dar un susto al Mago, de modo que dejó escapar un tremendo rugido, tan feroz y espantoso que Toto saltó alarmado y fue a dar contra el biombo que había en el rincón, haciéndolo caer. Al oír el estrépito, los amigos miraron hacia allí y en seguida se sintieron profundamente asombrados al ver, en el sitio que hasta entonces ocultaba el biombo, a un viejecillo calvo y de arrugado rostro que parecía tan sorprendido como ellos. Levantando su hacha, el Leñador corrió hacia él, gritándole:

—¿Quién eres tú?

—Soy Oz, el Grande y Terrible —contestó el hombrecillo con voz temblona—. Pero no me mates, por favor, y haré lo que me pidan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Nuestros amigos lo miraron sin saber qué hacer.

—Creí que Oz era una gran cabeza —dijo Dorothy.

—Y yo pensé que era una hermosa dama —manifestó el Espantapájaros.

—Y yo lo vi como una bestia terrible —dijo el Leñador.

—Y a mí me pareció que era una bola de fuego —exclamó el León.

—No, todos estaban equivocados —manifestó con humildad el hombrecillo—. Los estuve engañando.

—¿Engañando? —exclamó Dorothy—. ¿Acaso no eres un Gran Mago?

—Más bajo, querida —pidió él—. Si hablas tan alto te oirán, y eso me arruinaría. Todos suponen que soy un Gran Mago.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y no lo eres? —preguntó ella.

—En absoluto, queridita. No soy más que un hombre común.

—Eres más que eso —declaró el Espantapájaros en tono quejoso—. Eres un farsante.

—¡Exacto! —reconoció el hombrecillo, restregándose las manos como si aquello le complaciera—. Soy un farsante.

—¡Pero esto es terrible! —intervino el Leñador—. ¿Cómo voy a conseguir mi corazón?

—¿Y yo mi valor? —dijo el León.

—¿Y yo mi cerebro? —gimió el Espantapájaros, enjugándose las lágrimas con la manga.

—Queridos amigos, les ruego que no hablen de esas cosas sin importancia —pidió Oz— Piensen en mí y en el terrible aprieto en que me encuentro ahora que me han descubierto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Nadie más sabe que eres un farsante? —preguntó Dorothy.

—Nadie lo sabe, excepto ustedes cuatro... y yo —respondió Oz—. He engañado a todos durante tanto tiempo que creí que jamás me descubrirían. Fue un error muy grave eso de haberles permitido entrar en el Salón del Trono. Por lo general no suelo ver siquiera a mis vasallos, y por eso creen que soy algo terrible.

—Pero, no lo entiendo —objetó Dorothy—. ¿Cómo fue que te apareciste como una gran cabeza?

—Fue una de mis tretas. Hagan el favor de venir por aquí y se lo explicaré.

Los condujo a una habitación pequeña en la parte trasera del Salón del Trono. Una vez allí, señaló hacia un rincón donde descansaba una gran cabeza fabricada con cartón y con la cara muy bien pintada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—La colgué del techo con un alambre —explicó Oz—. Me quedé detrás del biombo y manipulé un piolín para hacer mover los ojos y abrir la boca.

—¿Pero y la voz?

—Es que soy ventrílocuo —explicó el hombrecillo—. Puedo dirigir mi voz hacia cualquier sitio y por eso te pareció que provenía de la cabeza. Aquí están las otras cosas que usé para engañarlos.

Así diciendo, mostró al Espantapájaros el vestido y la máscara que había usado cuando se presentó como la hermosa dama, y el Leñador vio que la bestia terrible no era más que un montón de pieles unidas entre sí y mantenidas separadas interiormente por medio de tablillas a fin de darles forma. En cuanto a la bola de fuego, el falso Mago la había colgado del techo, y en realidad era una gran bola de algodón que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ardía con fiereza al encenderse el combustible de que estaba empapada.

—Francamente, deberías estar avergonzado de ser tan farsante —dijo el Espantapájaros.

Se sentaron todos y le escucharon mientras les contaba el siguiente relato:

—Nací en Omaha...

—¡Vaya, Omaha no está muy lejos de Kansas! —exclamó Dorothy.

—No, pero está más lejos de aquí —manifestó él, meneando la cabeza con gran pesar—. Cuando crecí me hice ventrílocuo y me enseñó muy bien un gran maestro. Por eso puedo imitar el grito de cualquier ser de la naturaleza. —Maulló como un gato y Toto levantó las orejas al tiempo que miraba por todas partes, muy intrigado. Luego continuó Oz—: Al cabo de un tiempo me cansé de eso y me hice aeronauta.

—¿Y eso qué es? —quiso saber Dorothy.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Se llama así a los que vuelan en globo los días de feria a fin de atraer a la gente y conseguir que compren entradas para el circo —explicó él.

—¡Ah, sí, ya sé!

—Pues bien, un día subí en un globo y se enredaron las cuerdas, de modo que no pude volver a bajar. El globo subió más arriba de las nubes, y tan alto estaba que lo atrapó una corriente de aire que lo llevó a muchísimos kilómetros de distancia. Durante un día y una noche viajé por el aire, y en la mañana del segundo día desperté y vi que el globo se hallaba sobre un país extraño y hermoso.

Fui bajando poco a poco y sin sufrir el menor daño; pero me encontré en medio de una extraña multitud, la que, al verme bajar de las nubes, pensó que yo era un Gran Mago. Claro que les dejé creer tal cosa, porque vi que me temían y por ello prometieron hacer lo que yo les ordenara.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Sólo para entretenerme y tenerlos ocupados, les ordené construir esta ciudad y mi palacio, y lo hicieron de buen grado y con mucha habilidad. Después, como la región era tan verde y hermosa, se me ocurrió llamarla la Ciudad Esmeralda, y para que el nombre fuera apropiado les puse anteojos verdes a todos los habitantes, de modo que todo lo que vieran fuera de ese color".

— ¿Pero no es todo verde? —preguntó Dorothy.

—No más que en cualquier otra ciudad —repuso Oz—. Pero cuando uno se pone anteojos verdes... bueno, pues, todo lo que uno ve parece verde. La Ciudad Esmeralda fue construida hace muchísimos años, pues yo era un hombre joven cuando me trajo el globo y ahora soy muy viejo. Pero mis súbditos han usado anteojos verdes durante tanto tiempo que la mayoría de ellos creen que realmente están en una ciudad de esmeraldas, y por cierto que es un lugar hermoso, donde abundan las gemas y los metales preciosos, así como todas las cosas

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

buenas que se requieren para hacerlo a uno feliz. Yo he sido bondadoso con mis vasallos y todos me quieren; pero desde que se construyó este palacio vivo encerrado en él y no los veo.

Uno de mis temores más grandes era hacia las brujas, porque mientras yo no tenía poderes mágicos, descubrí muy pronto que las brujas poseían el don de hacer cosas extraordinarias. Había cuatro en el país, y gobernaban a los pobladores del Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Por fortuna, las brujas del Norte y el Sur eran buenas, y sabía yo que no me harían daño; pero las de Oriente y Occidente eran terriblemente malvadas, y de no haber pensado que yo era más poderoso que ellas, seguramente me habrían destruido. Por eso viví temiéndolas durante muchos años, y ya imaginarás lo contento que me puse cuando me enteré de que tu casa había caído sobre la Maligna Bruja de Oriente. Cuando viniste a verme, estaba dispuesto a prometerte cualquier cosa si eliminabas a la otra Bruja, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ahora que la has derretido me avergüenza reconocer que no puedo cumplir mis promesas.

—Me parece que eres un hombre muy malo —dijo Dorothy.

—¡No, no, querida! En realidad soy un hombre muy bueno, aunque admito que soy un Mago bastante malo.

—¿No puedes darme un cerebro? —preguntó el Espantapájaros.

—No lo necesitas; día a día vas aprendiendo algo nuevo. Los bebés tienen cerebro, pero no saben mucho. La experiencia es lo único que trae consigo el conocimiento, y cuanto más tiempo estés en la tierra tanta más experiencia has de adquirir.

—Eso podrá ser cierto —repuso el Espantapájaros—, pero yo me sentiré muy desdichado si no me das un cerebro.

El falso mago lo miró con atención.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Bien —suspiró al fin—, tal como dije, no soy muy hábil como mago; pero si vienes mañana por la mañana, te llenaré la cabeza de sesos. Eso sí, no podré enseñarte a usarlos, pues lo tendrás que aprender por tu cuenta.

—¡Gracias, gracias! —exclamó el Espantapájaros—. Te aseguro que aprenderé a usarlos.

—¿Y mi valor? —intervino el León en tono ansioso.

—Estoy seguro de que te sobra valor —respondió Oz—. Lo único que necesitas es tener confianza en ti mismo. No hay ser viviente que no sienta miedo cuando se enfrenta al peligro. El verdadero valor reside en enfrentarse al peligro aun cuando uno está asustado, y esa clase de valor la tienes de sobra.

—Puede que así sea, pero, así y todo, me domina el miedo —declaró el León—. En realidad me sentiré muy desdichado si no me das

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

el valor que le hace olvidar a uno que tiene miedo.

—Muy bien, mañana te daré esa clase de coraje —replicó Oz.

—¿Y mi corazón? —preguntó el Leñador.

—Bueno, en cuanto a eso, creo que te equivocas al querer tener corazón. Lo hace a uno muy desdichado. Te aseguro que eres afortunado al no tenerlo.

—Cada uno opina lo que quiere —replicó el Leñador—. Por mi parte, soportaré en silencio todas mis desdichas si me das un corazón.

—Muy bien —admitió Oz con humildad—. Ven a verme mañana y tendrás tu corazón. He desempeñado el papel de Mago tantos años que bien puedo seguir haciéndolo un poco más.

—Y ahora —intervino Dorothy—, ¿cómo regresaré yo a Kansas?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Eso tendremos que pensarlo —contestó el hombrecillo—. Dame dos o tres días para estudiar el asunto y trataré de hallar el medio de llevarte por sobre el desierto. Ahora, todos ustedes serán mis huéspedes, y mientras vivan en el Palacio, mis súbditos los atenderán y satisfarán sus más íntimos deseos. Sólo una cosa les pido a cambio de mi ayuda: tendrán que guardar mi secreto y no decir a nadie que soy un farsante.

Los amigos prometieron no decir nada de lo que acababan de saber y, muy animados, regresaron a sus respectivos dormitorios. Hasta Dorothy abrigaba la esperanza de que "El Grande y Terrible Farsante", como lo llamaba, pudiera hallar el medio de enviarla de regreso a Kansas. Si lo hacía, estaba dispuesta a perdonarle todo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 16

La magia del gran farsante

La mañana siguiente el Espantapájaros dijo a sus amigos: —Felicítenme; al fin voy a ver a Oz para que me dé mi cerebro. Cuando regrese seré como todos los demás.

—Siempre me has gustado como eres —declaró Dorothy.

—Eres bondadosa al querer a un Espantapájaros— repuso él—. Pero seguramente me apreciarás más cuando te enteres de los maravillosos pensamientos que saldrán de mi nuevo cerebro.

Después se despidió de todos con gran alegría y fue hacia el Salón del Trono.

—Adelante —respondió Oz a su llamado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al entrar, el Espantapájaros vio al hombrecillo sentado junto a la ventana, sumido en profundas reflexiones.

—Vengo a buscar mi cerebro —dijo con cierta vacilación.

—Sí, sí. Haz el favor de sentarte en esa silla —repuso Oz—. Tendrás que perdonarme por sacarte la cabeza, pero lo haré a fin de poner tu cerebro en su sitio apropiado.

—Está bien. Puedes sacarme la cabeza, ya que me la habrás mejorado cuando vuelvas a ponérmela.

Y el Mago le quitó la cabeza y le vació la paja de que estaba rellena. Después fue a otra habitación y tomó una medida de afrecho (cáscaras de cereales) que mezcló con gran cantidad de alfileres y agujas. Una vez que hubo mezclado bien todo esto, puso la mezcla en la parte superior de cabeza del Espantapájaros y terminó de rellenarla con paja para mantenerla en su lugar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando volvió a poner la cabeza sobre los hombros del paciente, le dijo:

—De aquí en adelante serás un gran hombre, pues acabo de ponerte un cerebro de primera.

El Espantapájaros se sintió tan complacido como orgulloso ante el cumplimiento de su gran deseo, y una vez que hubo agradecido debidamente a Oz, regresó al lado de sus amigos.

Dorothy lo miró con curiosidad al ver su cabeza que parecía haberse agrandado en la parte superior.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Muy sabio por cierto —contestó él con gran seriedad—. Cuando me acostumbre a mi cerebro, lo sabré todo.

—¿Por qué te sobresalen de la cabeza todos esos alfileres y agujas? —preguntó el Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Esa es la prueba de que es agudo —comentó el León.

—Bien, ahora me toca a mí —dijo Leñador, y fue a llamar a la puerta del Salón del Trono.

—Adelante —le invitó Oz.

—Vengo en busca de mi corazón —anunció el hombre de hojalata.

—Muy bien. Pero tendré que abrirte un agujero en el pecho para colocar el corazón en su sitio adecuado. Espero que no te haga daño.

—En absoluto. No sentiré nada.

Oz fue a buscar un par de tijeras de hojalatero e hizo un orificio rectangular en el costado izquierdo del pecho del Leñador. Después abrió un cajón de la cómoda y sacó un bonito corazón hecho de seda roja y relleno de aserrín.

—¿Verdad que es hermoso? —preguntó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Lo es de veras —repuso el Leñador, muy complacido—. ¿Pero es un corazón bondadoso?

—Muchísimo. —Oz puso el corazón en el pecho del paciente y volvió a colocar la tapa del orificio, soldando las coyunturas con gran cuidado—. Ya está. Ahora tienes un corazón del que cualquiera se sentiría orgulloso. Lamento haber tenido que ponerte un remiendo en el pecho, pero fue inevitable.

—El remiendo no importa —exclamó el feliz Leñador—. Te estoy muy agradecido y jamás olvidaré tu bondad.

—Ni lo menciones —dijo el Mago.

El Leñador volvió al lado de sus amigos, los que lo felicitaron sinceramente por su gran fortuna.

El León fue entonces a llamar a la puerta del salón.

—Adelante —invitó Oz.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Vengo en busca de mi valor —anunció el felino al entrar.

—Muy bien, iré a buscarlo —contestó el hombrecillo.

Fue hacia un armario y del estante más alto retiró una botella rectangular cuyo contenido vertió en un tazón de oro verdoso muy bien trabajado. Poniéndolo delante del León cobarde —que lo olió como si no le agradara —le dijo:

—Bebe.

—¿Qué es?

—Verás —fue la respuesta—, si lo tuvieras en tu interior sería valor. Naturalmente, ya sabes que el valor está siempre dentro de uno, de modo que a esto no se le puede llamar realmente coraje hasta que lo hayas bebido. Por lo tanto te aconsejo que lo bebas lo antes posible.

Sin vacilar un momento más, el León bebió hasta vaciar el contenido del tazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Oz.

—Lleno de coraje —repuso el León, y regresó muy contento al lado de sus amigos para hacerles partícipes de su gran alegría.

Una vez solo, Oz sonrió al pensar en el éxito que acompañó a su tentativa de dar al Leñador, al Espantapájaros y al León exactamente lo que cada uno creía desear.

—¿Cómo puedo evitar ser un farsante cuando toda esta gente me hace creer cosas que todos saben que son imposibles? —dijo—. Fue fácil satisfacer los deseos del Espantapájaros, el León y el Leñador, porque ellos imaginan que soy omnipotente. Pero se necesitará algo más que imaginación para llevar a Dorothy de regreso a Kansas, y estoy bien seguro que no sé cómo puede hacerse.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 17

La partida del globo

Pasaron tres días sin que Dorothy tuviera noticias de Oz, y fueron días muy tristes para la niñita aunque sus amigos se sentían felices y contentos. El Espantapájaros se afanaba de las ideas que bullían en su cabeza. Al andar de un lado a otro, el Leñador sentía el corazón que le golpeaba el pecho, y dijo a Dorothy que había descubierto que era un corazón más bondadoso y tierno que el que tenía cuando era de carne y hueso. El León afirmaba no tener miedo a nada en la tierra y estar dispuesto a enfrentarse a un ejército de hombres o a una docena de los feroces Kalidahs. De modo que todos estaban satisfechos, excepto Dorothy, quien anhelaba más que nunca regresar a Kansas.

Para su gran júbilo, el cuarto día la mandó llamar Oz, y cuando entró en el Salón del Trono la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

saludó afablemente. —Siéntate, queridita. Creo que he hallado el modo de sacarte de este país.

—¿Y de regresar a Kansas? —inquirió ella ansiosamente.

—Bueno, no estoy seguro respecto de Kansas —fue la respuesta—, pues no tengo la menor idea del rumbo a tomar; pero lo principal es cruzar el desierto, y entonces ha de ser fácil hallar el camino de regreso al hogar.

—¿Cómo puedo cruzar el desierto?

—Te diré lo que pienso —expresó el hombrecillo—. Cuando vine a este país lo hice en un globo. Tú también viniste por el aire, ya que te trajo un ciclón. Por eso creo que la mejor manera de cruzar el desierto ha de ser por el aire. Ahora bien, para mí es imposible hacer un ciclón, pero ha estado pensando en el asunto y creo que puedo hacer un globo.

—¿Cómo?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Los globos se hacen con seda a la que se recubre de goma para que no escape el gas. En el Palacio tengo seda de sobra, de modo que no será difícil fabricar un globo. Pero en todo este país no hay gas para llenar el globo a fin de que se eleve.

—Si no se eleva no nos servirá de nada —puntualizó Dorothy.

—Verdad —contestó Oz—. Pero hay otra manera de hacerlo volar, y es llenándolo de aire caliente. No es tan bueno como el gas, pues si el aire se enfriara el globo caería en el desierto y los dos estaríamos perdidos.

—¿Los dos? —exclamó la niña—. ¿Irás conmigo?

—Sí, claro. Estoy cansado de ser tan farsante. Si saliera del Palacio mis súbditos descubrirían muy pronto que no soy un Mago, y entonces se enfadarían conmigo por haberlos engañado. Por eso tengo que permanecer encerrado en estos salones todo el día, lo cual es cansador. Más me

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

gustaría irme a Kansas contigo y volver a trabajar en el circo.

—Con gusto acepto tu compañía —dijo ella.

—Gracias. Ahora, si me ayudas a coser las piezas de seda, empezaremos a confeccionar el globo.

Dorothy tomó aguja e hilo y, tan pronto como Oz cortaba las piezas de seda de la forma adecuada, ella las iba uniendo. Primero colocó una tira de seda verde clara, luego una verde oscura y después otra verde esmeralda, pues Oz quería dar al globo diversos matices de su color preferido. Tardó tres días en unir las piezas, pero cuando hubo terminado tenían un gran globo de seda verde de más de seis metros de largo.

Oz le pasó una mano de goma liquida por la parte interior a fin de hacerlo hermético, y luego anunció que el aeróstato estaba listo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pero necesitamos la canasta para ir nosotros —manifestó.

Dicho lo cual envió al soldado de la barba verde en busca de un gran canasto de ropa, el que aseguró con muchas cuerdas a la parte inferior del globo.

Cuando todo estuvo listo, Oz hizo anunciar a sus vasallos que iba a visitar a un gran Mago colega que vivía en las nubes. La noticia cundió rápidamente por la ciudad y todos salieron a ver el maravilloso espectáculo.

Oz ordenó que llevaran el globo frente al Palacio y la gente lo miró con gran curiosidad. El Leñador había cortado un gran montón de leña que ahora encendió, y Oz mantuvo la boca inferior del globo sobre el fuego a fin de que el aire caliente que se elevaba del mismo fuera llenando la gran bolsa de seda. Poco a poco se fue hinchando el aeróstato y se elevó en el aire hasta que el canasto apenas si tocaba el suelo. Oz saltó

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

entonces al interior del canasto y anunció en alta voz:

—Me voy a hacer una visita. Mientras falte yo, el Espantapájaros los gobernará, y les ordeno que lo obedezcan como me obedecerían a mí.

Ya para entonces el globo tiraba con fuerza de la cuerda que lo retenía sujeto al suelo, pues el aire en su interior estaba muy caliente, lo cual lo hacía mucho más liviano que el aire exterior.

—¡Ven, Dorothy! —llamó el Mago— Apúrate, antes que se vuele el globo.

—No encuentro a Toto —respondió Dorothy, quien no quería dejar a su perrito.

Toto habíase alejado por entre la gente para ir a ladrarle a un gatito, y la niña lo halló al fin, lo tomó en sus brazos y corrió hacia el globo. Estaba a pocos pasos del mismo y Oz le tendió la mano para ayudarla a subir, cuando se

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cortaron las cuerdas y el aeróstato se elevo sin ella.

—¡Vuelve! —gritó—. ¡Yo también quiero ir!

—No puedo volver, queridita —respondió Oz desde lo alto—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —gritaron los presentes, y todos los ojos se alzaron hacia el Mago que cada vez se alejaba más y más hacia el cielo.

Aquella fue la última vez que vieron a Oz, el Mago Maravilloso, aunque es posible que haya llegado a Omaha con toda felicidad y se encuentre allí ahora. Pero sus vasallos lo recordaron siempre con mucho cariño.

—Oz fue siempre nuestro amigo —se decían uno a otro—. Cuando estuvo aquí construyó para nosotros esta maravillosa Ciudad Esmeralda, y ahora que se ha ido nos dejó al Sabio Espantapájaros para que nos gobierne.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Así y todo, durante mucho tiempo lamentaron la pérdida del Gran Mago y nada podía consolarlos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 18

En viaje al Sur

Dorothy lloró amargamente al desvanecerse sus esperanzas de regresar a su hogar, mas cuando pudo pensarlo con calma se alegró de no haberse ido en el globo, y ella y sus compañeros lamentaron perder a Oz.

—En verdad sería un ingrato si no llorara al hombre que me dio este hermoso corazón que tengo —le dijo el Leñador—. Quisiera llorar un poco la pérdida de Oz, si es que me haces tú el favor de enjugarme las lágrimas para que no me oxide.

—Con gusto —respondió ella, y fue a buscar una toalla.

El Leñador lloró durante varios minutos mientras ella observaba sus lágrimas con gran atención y se las secaba. Cuando él hubo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

terminado, le dio las gracias y se aceitó minuciosamente con su enjoyada aceitera a fin de no correr riesgos.

El Espantapájaros era ahora el gobernante de la Ciudad y aunque no era un Mago, la gente se mostraba orgullosa de él.

—Porque no hay ninguna otra ciudad del mundo gobernada por un hombre relleno de paja —decían.

Y, que ellos supieran, estaban en lo cierto.

Un día después que el globo se hubo llevado a Oz, los cuatro amigos se reunieron en el Salón del Trono para hablar de la situación. El Espantapájaros se sentó en el gran sillón y los otros, muy respetuosos, permanecieron de pie ante él.

—No estamos tan mal —dijo el nuevo gobernante—, pues este Palacio y la Ciudad Esmeralda nos pertenecen y podemos hacer lo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que nos plazca. Cuando recuerdo que no hace mucho estaba clavado en un poste en medio de un maizal y que ahora soy el gobernante de esta hermosa ciudad, me siento muy satisfecho con mi suerte.

—Yo también estoy contento con tener un corazón —manifestó el Leñador—, y en realidad era lo único que ansiaba en el mundo.

—Por mi parte me alegra saber que soy tan valiente como cualquier otra fiera... si es que no lo soy más —dijo el León con gran modestia.

—Si Dorothy se contentara con vivir en la Ciudad Esmeralda, todos podríamos ser felices —agregó el Leñador.

—Pero es que no quiero vivir aquí —protestó la niña—. Quiero regresar a Kansas y vivir con mi tía Em y mi tío Henry.

—Bien, entonces, ¿qué se puede hacer? —preguntó el Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El Espantapájaros decidió meditar al respecto, y tanto pensó que los alfileres y agujas empezaron a sobresalirle por la coronilla. Al fin dijo:

—¿Por qué no llamas a los Monos Alados y les pides que te lleven por sobre el desierto?

—¡Jamás se me ocurrió! —exclamó Dorothy con gran alegría—. Es lo más indicado. Iré a buscar el Gorro de Oro.

Poco después regresó con el Gorro al Salón del Trono y dijo las palabras mágicas que en muy poco tiempo atrajeron a la banda de Monos Alados, los que entraron volando por la ventana abierta y se detuvieron frente a ella.

—Es la segunda vez que nos llamas —dijo el Rey, inclinándose ante la niñita—. ¿Qué deseas de nosotros?

—Quiero que me lleven volando a Kansas —pidió Dorothy. Pero el Mono Rey meneó la cabeza.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Eso es imposible —contestó—. Sólo pertenecemos a este país y no podemos dejarlo. Aún no ha habido ningún Mono Alado en Kansas, y supongo que jamás lo habrá, pues no pertenecemos a ese lugar. Con mucho gusto te serviremos en lo que esté a nuestro alcance, pero no podemos cruzar el desierto. Adiós.

Y, haciendo otra reverencia, el Mono Rey extendió sus alas y se fue por la ventana con sus súbditos a la zaga.

Dorothy estuvo a punto de llorar a causa del desengaño sufrido.

—He malgastado el encanto del Gorro de Oro para nada, pues los Monos Alados no pueden ayudarme —dijo.

—Es doloroso de veras —murmuró el bondadoso Leñador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El Espantapájaros estaba pensando de nuevo, y su cabeza se agrandaba tanto que Dorothy temió que estallara.

—Llamemos al soldado de la barba verde y pidámosle consejo —dijo al fin el hombre de paja.

Llamaron al soldado, quien entró en el Salón del Trono con gran timidez, pues mientras Oz estaba allí, jamás se le permitió que pasara de la puerta.

—Esta niñita desea cruzar el desierto —le dijo el Espantapájaros—. ¿Cómo puede hacerlo?

—No sabría decirlo porque nadie ha cruzado el desierto, salvo el Gran Oz —contestó el soldado verde.

—¿No hay nadie que pueda ayudarme? —preguntó Dorothy en tono ansioso.

—Glinda podría ayudarte —sugirió el soldado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quién es Glinda? —quiso saber el Espantapájaros.

—La Bruja del Sur. Es la más poderosa de todas y gobierna a los Quadlings. Además su castillo se halla al borde del desierto, de modo que tal vez ella sepa cómo cruzarlo.

—Glinda es una Bruja Buena, ¿verdad? —dijo la niña.

—Los Quadlings la quieren mucho, y ella es buena con todos —contestó el soldado—. Me han dicho que es una mujer hermosa que sabe mantenerse joven a pesar de los años que ha vivido.

—¿Cómo puedo llegar a su castillo?

—El camino va directo al sur, pero dicen que está lleno de peligros para los viajeros. En el bosque hay bestias salvajes y una raza de hombres extraños a quienes no les gusta que los forasteros crucen sus tierras. Por esta razón

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

nunca viene ninguno de los Quadlings a la Ciudad Esmeralda.

El soldado se retiró entonces, y el Espantapájaros manifestó:

—A pesar de los peligros, parece que lo más conveniente es que Dorothy viaje a las tierras del Sur y pida a Glinda que la ayude, porque de otro modo jamás podrá volver a Kansas:

—Seguro que has estado pensando otra vez —comentó el Leñador.

—Así es —repuso el Espantapájaros.

—Yo iré con Dorothy —declaró el León—. Estoy cansado de la ciudad y extraño el bosque y los campos. Ya saben que soy una fiera salvaje. Además, Dorothy necesitará a alguien que la proteja.

—Eso es verdad —concordó el Leñador—. Mi hacha podría serle útil, de modo que iré con ella a la tierra del Sur.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Cuándo partimos? —preguntó el Espantapájaros.

—¿Tú también vas? —preguntaron sorprendidos.

—Claro que sí. De no ser por Dorothy, no tendría cerebro. Ella me sacó del poste en el maizal y me trajo a la Ciudad Esmeralda, así que le debo mi buena suerte y jamás la dejaré hasta que haya partido hacia Kansas de una vez por todas.

—Gracias —agradeció Dorothy—. Son muy bondadosos conmigo, y me gustaría partir lo antes posible.

—Nos iremos mañana por la mañana —dijo el Espantapájaros—. Ahora vamos aprepararnos; el viaje será largo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 19

El ataque de los arboles belicosos

La mañana siguiente Dorothy se despidió con un beso de la bonita doncella verde y después saludaron todos al soldado de la barba que los había acompañado hasta la puerta. Cuando el guardián volvió a verlos, se extrañó mucho de que quisieran salir de la hermosa ciudad para correr nuevas aventuras; pero en seguida les quitó los anteojos, que volvió a guardaren la caja verde, y les deseó muy buena suerte.

—Ahora eres nuestro gobernante —dijo al Espantapájaros—. Así que debes volver lo antes posible.

—Lo haré si puedo —fue la respuesta—. Pero primero debo ayudar a Dorothy a regresar a su hogar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al despedirse del bondadoso guardián, la niña le dijo:

—Me han tratado muy bien en tu bonita ciudad, y todos han sido muy buenos conmigo. No sé cómo agradecerles.

—No lo intentes siquiera, querida —repuso él—. Nos gustaría conservarte con nosotros, pero, ya que deseas regresar a Kansas, espero que encuentres el camino.

Abrió entonces la puerta exterior y los amigos salieron por ella para emprender su viaje.

El sol brillaba con todo su esplendor cuando nuestros amigos se volvieron hacia el Sur; estaban todos muy animados y reían y charlaban alegremente. A Dorothy la alentaba de nuevo la esperanza de regresar al hogar, y el Espantapájaros y el Leñador se alegraban de poder serle útiles. En cuanto al León, aspiró el aire libre con deleite y agitó la cola fuertemente, lleno de alegría al hallarse de nuevo en campo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

abierto. Toto, por su parte, corría alrededor de todos ellos y se alejaba a veces persiguiendo mariposas, sin dejar de ladrar en ningún momento.

—La vida de la ciudad no me sienta —comentó el León mientras iban marchando a paso vivo—. He perdido kilos mientras estuve allá, y ahora estoy ansioso por demostrar a las otras fieras lo valiente que soy.

Se volvieron entonces para lanzar una última mirada a la Ciudad Esmeralda, y todo lo que pudieron ver fue el perfil de las torres y campanarios detrás de los muros verdes y, muy por encima de todo, la cúpula enorme del Palacio de Oz.

—La verdad es que Oz no era malo como mago —dijo el Leñador al sentir que el corazón le golpeteaba dentro del pecho.

—Supo darme un cerebro, y muy bueno por cierto —manifestó el Espantapájaros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Si él hubiera tomado la misma dosis de valor que me dio a mí —terció el León—, habría sido un hombre muy valiente.

Dorothy no dijo nada. Oz no había cumplido la promesa que le hiciera, aunque hizo todo lo posible, de modo que lo perdonaba. Como él mismo decía, era un buen hombre, aunque de mago no tuviera nada.

El primer día de viaje los llevó a través de los verdes campos salpicados de flores que se extendían alrededor de la Ciudad Esmeralda. Aquella noche durmieron sobre la hierba, sin otra manta que las estrellas que brillaban en el cielo; sin embargo, descansaron muy bien.

En la mañana continuaron andando hasta llegar a un espeso bosque al que parecía imposible rodear, pues se extendía a izquierda y derecha tan lejos como alcanzaba la vista. Además, no se atrevían a desviarse de la ruta directa por temor de extraviarse. De modo que empezaron a buscar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

un punto por el cual fuera fácil entrar en el bosque.

El Espantapájaros, que iba a la cabeza del grupo, descubrió al fin un corpulento árbol dotado de ramas tan extendidas hacia los costados que por debajo podrían pasar todos ellos. Al observar el espacio libre, se encaminó hacia el árbol, mas cuando llegaba debajo de las primeras ramas, éstas se inclinaron y se enroscaron en su cuerpo, levantándolo acto seguido para arrojarlo con fuerza hacia donde se hallaban sus compañeros de viaje.

Aunque esto no le hizo daño, no dejó de sorprenderlo, y el pobre hombre de paja parecía un tanto atontado cuando Dorothy lo ayudó a levantarse.

—Allí hay otro espacio entre los árboles —anunció el León.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Déjenme probar a mi primero —pidió el Espantapájaros pues no me hace daño que me arrojen a tierra.

Así hablando, se encaminó hacia el otro árbol, pero las ramas lo apresaron inmediatamente y volvieron a arrojarlo.

—Es muy extraño —dijo Dorothy—. ¿Qué podemos hacer?

—Parece que los árboles han decidido luchar contra nosotros para impedir nuestro viaje —comentó el León.

Creo que ahora voy a probar yo —dijo el Leñador.

Se echó el hacha al hombro y fue hacia el primero de los árboles que tan mal había tratado al Espantapájaros. Cuando una gruesa rama descendió para apoderarse de él, el hombre de hojalata le asestó un tajo tan feroz que la cortó en dos. En seguida empezó el árbol a sacudir todas

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sus otras ramas como si estuviera muy dolorido, y el Leñador pudo pasar por debajo sin ninguna dificultad.

—¡Vamos! —les gritó a los otros—. ¡Aprisa!

Todos se adelantaron a la carrera y pasaron debajo del árbol sin sufrir el menor daño, salvo Toto, al que apresó una rama pequeña que lo sacudió hasta hacerlo aullar, pero el Leñador la cortó sin demora, liberando así al perrito.

Los otros árboles del bosque no hicieron nada para impedir su paso, razón por la cual los viajeros comprendieron que sólo la primera hilera podía doblar sus ramas hacia abajo, y probablemente eran los guardianes del bosque, dotados de aquel maravilloso poder a fin de mantener alejados a los intrusos.

Los cuatro amigos marcharon tranquilamente por entre los árboles hasta llegar al otro lado del bosque, y allí, para su gran sorpresa, se hallaron frente a un alto muro que parecía de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

porcelana blanca. Era tan pulido como la superficie de un plato y se elevaba muy por encima de las cabezas de todos ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dorothy.

—Fabricaré una escalera —manifestó el Leñador—, pues no cabe duda que debemos pasar por sobre ese muro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 20

El delicado País de Porcelana

Mientras el Leñador hacía la escalera con troncos delgados que halló en el bosque, Dorothy se acostó a dormir, pues la larga caminata la había fatigado. El León también se echó a descansar y Toto se acurrucó a su lado.

El Espantapájaros se quedó mirando al Leñador mientras éste trabajaba.

—No se me ocurre por qué razón está aquí este muro ni de qué está hecho —le dijo.

—No canses tu cerebro ni pienses en el muro —repuso el Leñador—. Cuando lo hayamos salvado, ya sabremos lo que hay detrás de él.

Al cabo de un tiempo estuvo lista la escalera, que parecía un tanto rústica, aunque el Leñador afirmó que era fuerte y serviría para lo que la necesitaban. El Espantapájaros despertó a los

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

durmientes y les dijo que ya tenían los medios para subir a lo alto del muro. El mismo subió primero, pero lo hizo con tanta torpeza que Dorothy tuvo que seguirlo de cerca a fin de evitar que se cayera. Cuando su cabeza sobrepasó la parte superior de la pared, el hombre de paja exclamó:

—¡Cielos!

Siguió subiendo y se sentó en lo alto del muro, mientras que Dorothy ascendía tras él y exclamaba también:

—¡Cielos!

Después subió Toto y en seguida empezó a ladrar, pero Dorothy le hizo callar al instante.

Después subió el León y el último fue el Leñador, y ambos exclamaron "¡Cielos!", como los otros, no bien hubieron mirado por encima del muro. Cuando se hallaban todos sentados en lo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

alto, formando una hilera, miraron hacia abajo y vieron un espectáculo sumamente extraño.

Ante ellos se extendía una región cuyo suelo era tan suave, reluciente y blanco como la superficie de un gran plato. Diseminadas por los alrededores había numerosas casas de porcelana pintadas de los colores más vivos que pueda uno imaginar. Las viviendas eran pequeñas, y el techo de la más alta difícilmente podría llegar a la cintura de Dorothy. Se veían también bonitos graneros rodeados por cercas de porcelana, y abundaban las vacas, ovejas, caballos, cerdos y gallinas, todos del mismo material.

Pero lo más extraño de todo eran las personas que vivían en aquella región de maravillas. Había jovencitas que cuidaban las vacas y otras encargadas de las ovejas, todas ataviadas con vestidos de brillantes colores salpicados de lunares dorados, y princesas de vistosos ropajes de plata, oro y púrpura, y pastores con calzones hasta las rodillas, pintados de rosa, amarillo y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

azul, y príncipes tocados de coronas enjoyadas y luciendo capas de armiño y jubones de satén, y cómicos payasos de raras vestimentas, mejillas pintadas y extraños gorros cónicos. Pero lo más extraño era que toda aquella gente estaba hecha de porcelana, y el más alto de ellos apenas si alcanzaba a la altura de la rodilla de Dorothy.

Al principio ninguno prestó atención a los viajeros, salvo un diminuto perro de porcelana púrpura que se acercó al muro y les ladró con voz apenas audible, luego de lo cual se alejó corriendo.

—¿Cómo bajamos? —preguntó Dorothy.

La escala era tan pesada que no pudieron levantarla, de modo que el Espantapájaros se dejó caer a tierra y los otros saltaron sobre él a fin de que el duro suelo no les dañara los pies. Cuando estuvieron todos abajo, levantaron al Espantapájaros, que estaba completamente aplastado, y le dieron forma de nuevo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Tenemos que cruzar este lugar tan extraño si queremos llegar al otro lado –dijo Dorothy—. No sería prudente tomar otro rumbo que no sea el más directo hacia el sur.

Empezaron a marchar por el País de Porcelana y lo primero con que se encontraron fue una delicada jovencita de porcelana que estaba ordeñando una vaca. Cuando se acercaron, la vaca coceó de pronto y derribó el banquillo, el balde y aun a la joven, y todo ello cayó al piso de porcelana con gran estrépito.

A Dorothy le dolió mucho ver que la vaca habíase roto una pata, y que el balde estaba hecho añicos, mientras que la pobre doncella tenía roto el codo izquierdo.

—¡Ea! —exclamó la joven en tono indignado—. ¡Mira lo que has hecho! A mi vaca se le ha roto una pata y tendré que llevarla al remendón para que se la pegue. ¿Cómo te atreves a venir aquí y asustar así a mi animal?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Lo siento muchísimo —contestó Dorothy—. Te ruego que nos perdones.

Pero la bonita doncella estaba demasiado enfadada para responder. Levantó la pata rota y, sin decir palabra, se llevó a su vaca que cojeaba sobre sus tres patas restantes. Al alejarse lanzó varias miradas de reproche por sobre el hombro a los torpes forasteros.

Dorothy se sintió bastante apenada por el accidente.

—Tendremos que ser muy cuidadosos en este país —dijo el bondadoso Leñador—. De otro modo podríamos lastimar sin remedio a sus bonitos habitantes.

Un poco más adelante Dorothy se encontró con una princesa maravillosamente vestida, la que se detuvo de pronto al ver a los intrusos y luego empezó a alejarse aprisa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Como quería verla un poco mejor, Dorothy echó a correr tras ella. Pero la jovencita de porcelana se puso a gritar:

—¡No me persigas! ¡No me persigas!

Su vocecilla denotaba tanto temor que Dorothy se detuvo y le preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque si corro podría caerme y hacerme pedazos —respondió la princesa, deteniéndose también, aunque a cierta distancia.

—¿Pero no podrían remendarte?

—Sí, pero una nunca queda tan bonita como es después que la componen.

—Supongo que no —admitió Dorothy.

—Ahí tienes al señor Bromista, uno de nuestros payasos —continuó la princesa de porcelana—. Siempre trata de pararse sobre su cabeza y se ha

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

roto el cuerpo tantas voces que está remendado en cien lugares diferentes, y ahora ya no es nada bonito. Allí lo tienes, puedes verlo con tus propios ojos.

En efecto, se acercaba a ellos un gracioso payaso en miniatura, y al observarlo bien, Dorothy notó que, a pesar de sus bonitas ropas de vistosos colores, estaba cubierto de rajaduras que corrían en todos sentidos e indicaban que había sido remendado muchísimas veces.

El payaso se puso las manos en los bolsillos y, luego de inflar las mejillas y saludarles con varias inclinaciones de cabeza, declamó:

—Hermosa damita, ¿por qué miras así al pobre señor Bromista? ¿Acaso tragaste una vara que estás tan dura y erguida?

—¡Calle usted, señor! —ordenó la princesa—. ¿No ve que son forasteros y merecen ser tratados con respeto?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Bueno, yo respeto, yo respeto —repuso el Payaso, y en seguida se paró sobre su cabeza.

—No le hagas caso —pidió la princesa a Dorothy—. Se ha golpeado mucho la cabeza y eso lo tiene atontado.

—No le haré caso —dijo Dorothy—. Pero tú eres tan hermosa que creo que podría llegar a quererte muchísimo. ¿Me permitirías llevarte a Kansas y ponerte sobre la repisa de la chimenea de mi tía Em? Podría llevarte en mi cesta.

—Lo cual me haría muy desdichada —respondió la princesa—. Te diré, aquí en nuestro país vivimos bien y podemos hablar y movemos a voluntad. Pero cuando nos sacan de esta región se nos endurecen las coyunturas y lo único que podemos hacer es permanecer rígidos y mostramos bonitos. Claro que es lo único que se espera de nosotros cuando estamos sobre repisas, mesas y en vitrinas, pero en nuestro propio país vivimos mucho mejor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Por nada del mundo querría hacerte desdichada! —exclamó Dorothy—. Así que me limitaré a decirte adiós. —Adiós —contestó la princesa.

Los cuatro amigos marcharon con gran cuidado por el País de Porcelana. Los diminutos animales y todos los pobladores se apartaron a toda prisa de su camino, temerosos de que aquellos forasteros los rompieran, y al cabo de una hora o más, los viajeros llegaron al límite de la región y se encontraron con otro muro de porcelana.

Empero, éste no era tan elevado como el primero y, parándose sobre el lomo del León, todos pudieron llegar a lo alto de la pared. Después el felino encogió sus patas y dio un tremendo salto para salvar el obstáculo. Al hacerlo, derribó con la cola una hermosa iglesia de porcelana y la hizo pedazos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es una lástima —dijo Dorothy—, pero en realidad creo que tuvimos suerte en no haber causado otros males que la pata rota de una vaca y una iglesia hecha añicos. ¡Esta gente es tan frágil!

—Así es, en efecto —concordó el Espantapájaros— y yo me alegro de estar hecho de paja y a prueba de golpes. En el mundo hay destinos peores que el ser un Espantapájaros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 21

El León llega a ser el Rey de las Bestias

Luego de bajar del muro de porcelana, los viajeros se hallaron en una región desagradable, llena de pantanos y cubierta de altas hierbas malolientes. Resultaba difícil caminar sin caer en hoyos llenos de barro, pues las malezas eran tan tupidas que ocultaban el suelo. Sin embargo, como observaron las mayores precauciones, pudieron pasar sin accidentes hasta llegar a terreno sólido. Allí parecía la región más silvestre que nunca, y al cabo de una larga y cansadora caminata por entre las malezas, entraron en una selva donde los árboles eran mucho más grandes y añosos que los que habían visto hasta entonces.

—Esta selva es encantadora —declaró el León, mirando en torno suyo con gran placer—.

Jamás he visto un lugar más atractivo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Parece un poco tétrico —observó el Espantapájaros.

—Nada de eso —repuso el León—. Me gustaría pasar aquí el resto de mi vida. Fíjate en lo mullidas que son las hojas secas y en lo verde que es el musgo que se adhiere a esos viejos árboles. Ninguna bestia salvaje podría desear un hogar mejor que éste.

—Quizás haya animales salvajes —comentó Dorothy. —Supongo que los hay —contestó el León—, pero no veo a ninguno.

Marcharon por el bosque hasta que la oscuridad les impidió continuar andando. Dorothy, Toto y el León se tendieron a dormir, mientras que el Leñador y el Espantapájaros montaron guardia como de costumbre.

Al llegar la mañana, partieron de nuevo, y antes de haber avanzado mucho empezaron a oír un sonido sordo como el gruñir de muchos animales salvajes. Toto lanzó un gemido bajo,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

pero los otros no se atemorizaron, y siguieron por una senda bien marcada hasta llegar a un claro en el que se hallaban reunidos centenares de animales salvajes de todas las especies imaginables. Había tigres y elefantes, osos y lobos y zorros, así como todos los otros ejemplares que solemos ver en la Historia Natural, y por un momento sintió Dorothy que la dominaba el temor. Pero el León explicó que las bestias estaban en reunión, agregando que, a juzgar por sus gruñidos, parecían verse en grandes dificultades.

Mientras así hablaba el felino, varios de los animales se fijaron en él y en seguida se hizo el silencio entre los presentes.

El más grande de los tigres adelantase hacia el León, le hizo una reverencia y le dijo:

—¡Bienvenido, Rey de las Bestias! Llegas a tiempo para luchar contra nuestro enemigo y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

brindar tranquilidad a todos los animales de la selva.

—¿Qué les pasa? —preguntó el León con voz tranquila.

—Nos amenaza un feroz enemigo que hace poco ha llegado a esta selva —replicó el tigre—. Es un monstruo tremendo, semejante a una gran araña, con el cuerpo tan grande como el de un elefante y patas tan largas como el tronco de un árbol. Tiene ocho patas, y al arrastrarse por la selva apresa animales y se los lleva a la boca, comiéndoselos como se come la araña a las moscas. Corremos gran peligro mientras esa bestia feroz siga con vida, y nos hemos reunido aquí para idear la forma de salvarnos.

El León meditó un momento.

—¿Hay otros leones en la selva? —preguntó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No; había algunos, pero el monstruo se los comió. Además, ninguno de ellos era tan grande y valeroso como tú.

—Si termino con vuestro enemigo, ¿me reconocerán y obedecerán como al Rey de la Selva? —preguntó el León.

—Lo haremos con mucho gusto —contestó el tigre.

—¡Así lo haremos! —aullaron a coro todas las otras bestias.

—¿Dónde está ahora esa gran araña? —inquirió el León.

—Allá, entre aquellos robles —dijo el tigre, señalando con una de sus patas.

—Cuiden a estos amigos míos y yo iré ahora mismo a luchar contra el monstruo — manifestó el León.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dicho esto, saludó a sus compañeros y se alejó orgullosamente a presentar batalla al enemigo.

La gran araña estaba dormida cuando la halló el León, y era tan fea que el felino arrugó la nariz con profundo desagrado. Sus patas eran tan largas como había dicho el tigre, y su cuerpo estaba cubierto de un espeso vello áspero y negro. Poseía unas fauces tremendas, con una doble hilera de dientes agudísimos limos y extraordinariamente largos; pero su gran cabeza estaba unida al cuerpo por medio de un cuello tan delgado como la cintura de una avispa, lo cual dio al León una idea de cuál sería el mejor método de ataque. Como sabía que era más fácil atacar al monstruo mientras dormía, dio un gran brinco y cayó de lleno sobre el lomo del enemigo. De un solo zarpazo feroz, separó la cabeza del cuerpo y, saltando de nuevo a tierra, se quedó mirando mientras las largas patas se agitaron un poco hasta quedar inmóviles, lo cual le indicó que el monstruo había muerto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Regresó entonces al claro donde lo esperaban las fieras y anunció con gran orgullo:

—Ya no tienen que temer más al enemigo.

Todas las bestias se inclinaron ante él, proclamándolo su Rey, y el León prometió regresar a gobernarlos una vez que Dorothy hubiera partido de regreso a Kansas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 22

El país de los Quadlings

Los cuatro viajeros pasaron sin inconvenientes por el bosque, y al salir de sus umbrías profundidades vieron ante ellos una empinada colina salpicada desde arriba hasta abajo por grandes rocas.

—Será una subida difícil —comentó el Espantapájaros—, pero tendremos que hacerlo.

Así diciendo, encabezó la marcha seguido por los otros, y habían llegado casi a la primera roca cuando oyeron una voz áspera que gritaba:

—¡Atrás!

—¿Quién eres? —preguntó el Espantapájaros.

Asomó entonces una cabeza por sobre la roca y la misma voz replicó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Esta colina nos pertenece y no permitimos pasar a nadie. —Pero es que debemos pasar —objetó el Espantapájaros—. Vamos al país de los Quadlings.

—¡No pasarán! —declaró la voz, y desde detrás de la roca salió a la vista el hombre más extraño que jamás hubieran visto los viajeros.

Era bajo y robusto, y poseía una enorme cabeza algo chata y sostenida por un grueso cuello lleno de arrugas. Mas no tenía brazos, y al ver esto, el Espantapájaros no temió que un ser tan indefenso pudiera impedirles ascender por la colina. Por eso dijo:

—Lamento no hacer lo que deseas, pero, te guste o no, tendremos que pasar por tu colina.

Y se adelantó con gran decisión.

Tan rápida como el rayo, la cabeza del otro partió hacia adelante y su cuello se estiró hasta que su coronilla, que era chata, golpeó el pecho del

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Espantapájaros y lo arrojó dando tumbos cuesta abajo. Casi con la misma rapidez volvió la cabeza al cuerpo, y el hombre rió con aspereza al tiempo que decía:

—¡No les será tan fácil como piensan!

Un coro de ruidosas risas partió de las otras rocas y Dorothy vio entonces a centenares de los Cabezas de Martillo que se hallaban diseminados por la cuesta.

El León se puso furioso al oír la risa con que festejaban la caída del Espantapájaros y, lanzando un rugido atronador, echó a correr cuesta arriba.

De nuevo salió una cabeza a gran velocidad y el enorme León cayó rodando por la colina como si le hubiera golpeado una bala de cañón.

Dorothy corrió para ayudar al Espantapájaros a levantarse, y el León fue hacia ella, sintiéndose dolido y molesto, al tiempo que decía:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es inútil combatir con gente que dispara la cabeza como si fuera una bala. Nadie podría enfrentarlos.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó ella.

—Llama a los Monos Alados —sugirió el Leñador—. Todavía puedes darles una orden más.

—Muy bien —repuso ella y, poniéndose el Gorro de Oro, pronunció las palabras mágicas.

Los Monos fueron tan puntuales como siempre, y en pocos momentos estuvo toda la banda frente a ella.

—¿Qué nos ordenas? —preguntó el Rey, haciendo una reverencia.

—Llévanos por sobre esta colina hasta el país de los Quadlings —pidió la niña.

—Así se hará —repuso el Rey.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Acto seguido, los Monos Alados se apoderaron de los cuatro viajeros y de Toto y se alejaron volando con ellos. Cuando pasaron por sobre la colina, los Cabezas de Martillo aullaron de furia y lanzaron sus cabezas hacia lo alto, mas no pudieron alcanzar a los simios voladores, quienes se llevaron a Dorothy y sus amigos al otro lado de la montaña y los bajaron en el hermoso país de los Quadlings.

—Esta es la última vez que nos llamas —dijo el jefe a Dorothy—. Así que adiós y buena suerte.

—Adiós y muchísimas gracias —respondió la niña, y los Monos levantaron vuelo y se perdieron de vista en un abrir y cerrar de ojos.

El país de los Quadlings parecía muy próspero. Abundaban los cereales en sus campos, los caminos estaban bien pavimentados y por doquier se veían murmurantes arroyos de agua clara cruzados por puentes muy bien construidos. Las cercas, casas y puentes estaban pintados de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

rojo vivo, tal como eran amarillos en el país de los Winkies y azules en el de los Munchkins. Los mismos Quadlings, que eran bajos, regordetes y bienhumorados, vestían todos de rojo, destacándose así contra el fondo verde del césped y el amarillo oro de los granos maduros.

Los Monos habían dejado a los viajeros cerca de una granja y los cuatro amigos marcharon ahora hacia la casa y llamaron a la puerta, la que abrió la esposa del granjero. Cuando Dorothy le pidió algo de comer, la mujer les brindó a todos una buena comida, con tres clases de pastel y cuatro clases de bizcochos, así como un tazón de leche para Toto.

—¿Queda lejos el castillo de Glinda? —preguntó la niña.

—No mucho —fue la respuesta—. Tomen el camino del Sur y pronto llegarán a él.

Luego de dar gracias a la buena mujer, partieron de nuevo y marcharon por entre los campos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sembrados y los bonitos puentes hasta que vieron ante ellos un castillo muy hermoso. Ante las puertas se hallaban tres mujeres jóvenes que vestían vistosos uniformes rojos con adornos dorados.

Al acercarse Dorothy, una de ellas le preguntó: ¿Por qué vienen al País del Sur?

—Queremos ver a la Bruja Buena que gobierna aquí—contestó la niña—. ¿Nos llevarán ante ella?

—Denme sus nombres y preguntaré a Glinda si quiere recibirlos.

Le dijeron quiénes eran y la joven soldado entró en el castillo para regresar poco después y anunciarles que podían pasar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 23

Glinda otorga a Dorothy su deseo

Empero, antes de que pudieran ver a Glinda, los condujeron a una estancia del castillo donde Dorothy se lavó la cara y peinó, el León se sacudió el polvo de la melena, el Espantapájaros mejoró su forma y el Leñador lustró su cuerpo y aceitó sus coyunturas.

Cuando estuvieron presentables, marcharon con la joven soldado a una amplia sala donde la Bruja Glinda se hallaba sentada en un trono de rubíes.

Era joven y hermosa, de abundosos cabellos rojos que caían en ondas sobre sus hombros, y estaba ataviada con un vestido de un blanco inmaculado. Sus ojos azules miraron bondadosos a la niñita.

—¿Qué puedo hacer por ti, pequeña? —preguntó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Dorothy le relató su historia, explicándole cómo el ciclón la había llevado al País de Oz, cómo había hallado a sus compañeros y de qué modo hicieron frente a los peligros que les salieron al paso.

—Lo que más deseo ahora es regresar a Kansas —finalizó—, pues mi tía Em debe temer que me ha sucedido algo terrible, lo cual la hará ponerse luto y, a menos que las cosechas hayan sido mejores que el año pasado, estoy segura de que tío Henry no podrá hacer ese gasto.

Glinda se inclinó hacia adelante para besar el dulce rostro de la niñita.

—¡Bendita seas! —dijo—. Claro que puedo indicarte el modo de regresar a Kansas... Pero si lo hago tendrás que darme el Gorro de Oro.

—¡Con gusto! —exclamó Dorothy—. La verdad es que ya no me sirve, y cuando lo tengas tú, sólo podrás dar tres órdenes a los Monos Alados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Y creo que necesitaré sus servicios sólo esas tres veces —respondió Glinda con una sonrisa.

La niña le entregó entonces el Gorro de Oro y la Bruja preguntó al Espantapájaros:

—¿Qué harás cuando Dorothy se haya ido?

—Volveré a la Ciudad Esmeralda, pues Oz me nombró su gobernante y la gente me quiere —fue la respuesta—. Lo único que me preocupa es la manera de cruzar por la colina de los Cabezas de Martillo.

—Por medio del Gorro de Oro ordenaré a los Monos Alados que te lleven a las puertas de la Ciudad Esmeralda —declaró Glinda—, pues sería una lástima de privar a sus ciudadanos de un gobernante tan maravilloso.

—¿Lo soy de veras? —preguntó el hombre de paja.

—Eres poco común —repuso ella. Volviéndose hacia el Leñador, le preguntó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué será de ti cuando Dorothy se vaya de este país?

Él se apoyó en su hacha mientras meditaba un momento. Al fin dijo:

—Los Winkies fueron muy bondadosos conmigo y, cuando murió la Bruja Maligna me pidieron que fuera su gobernante. Si pudiera regresar a la región de Occidente, nada me gustaría más que regir sus destinos.

—Mi segunda orden para los Monos Alados será que te lleven a la tierra de los Winkies —prometió Glinda—. Tu cerebro quizá no sea tan grande como aparenta el del Espantapájaros, pero en realidad eres más brillante que él... cuando estás bien pulido... y estoy segura de que sabrás gobernar a los Winkies con sabiduría y bondad.

Entonces se volvió la Bruja hacia el enorme y peludo León, y le preguntó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué será de ti cuando Dorothy haya regresado a su hogar?

—Al otro lado de la colina de los Cabezas de Martillo se extiende una selva muy grande y añosa —respondió el felino—, y todos los animales que viven en ella me han nombrado su Rey. Si pudiera regresar allá, viviría feliz el resto de mis días.

—Mi tercera orden para los Monos Alados será que te lleven a la selva —manifestó Glinda—. Luego, cuando haya agotado el poder del Gorro de Oro, lo devolveré al Rey de los Monos a fin de que él y sus súbditos queden libres para siempre.

El Espantapájaros, el Leñador y el León agradecieron a la Bruja Buena toda su bondad. Luego exclamó Dorothy:

—¡Por cierto eres tan buena como hermosa! Pero todavía no me has dicho cómo puedo regresar a Kansas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Tus zapatos de plata te llevarán por sobre el desierto —contestó Glinda—. De haber conocido su poder, podrías haber regresado a casa de tu tía Em el mismo día que llegaste a este país.

—¡Pero entonces no habría obtenido yo mi maravilloso cerebro! —exclamó el Espantapájaros—. Me habría pasado toda la vida en el maizal.

—Y yo no tendría mi bondadoso corazón —intervino el Leñador—. Todo oxidado, habría permanecido en el bosque hasta el fin de los siglos.

—Y yo sería por siempre un cobarde —declaró el León—, y ninguna bestia de la selva podría decir nada bueno de mí.

—Todo eso es verdad, y me alegro de haber sido útil a estos buenos amigos —manifestó Dorothy—. Pero ahora, todos ellos tienen lo que más anhelaban, y, además, cada uno posee un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

reino para gobernar. Por eso creo que me gustaría regresar ya a Kansas.

—Los zapatos de plata tienen un poder maravilloso —le explicó la Bruja Buena—, y una de sus cualidades más curiosas es que pueden llevarte a cualquier parte del mundo con sólo tres pasos, y cada paso se da en un abrir y cerrar de ojos. Todo lo que tienes que hacer es unir los tacones tres veces seguidas y ordenar a los zapatos que te lleven donde desees ir.

—Si es así —dijo la niña con gran alegría—, les pediré que me llevan de regreso a Kansas inmediatamente.

Echó los brazos al cuello del León y lo besó al tiempo que le palmeaba la cabeza con gran cariño. Después besó al Leñador, el que lloraba de manera muy peligrosa para sus coyunturas. Al Espantapájaros lo abrazó con fuerza en lugar de besar su cara pintada, y descubrió que ella

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

también lloraba al despedirse así de sus queridos camaradas.

Glinda la Bondadosa descendió de su trono de rubíes para dar a la niña el beso de despedida, y Dorothy le agradeció por los beneficios que había concedido a ella y a sus amigos.

Después tomó a Toto en sus brazos y, habiendo dicho adiós una vez más, unió los talones tres veces seguidas.

—¡Llévenme de regreso a casa de tía Em!

Al instante se encontró girando en el aire, tan velozmente que no pudo ver nada ni sentir otra cosa que el viento que silbaba en sus oídos. Los zapatos de plata dieron tres pasos y se detuvieron luego con tal brusquedad que la niña rodó varias veces sobre la hierba antes de descubrir dónde estaba.

Luego, al fin, se sentó para mirar a su alrededor.

—"¡Dios bendito!" —exclamó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pues se encontraba sentada en medio de la extensa llanura de Kansas, y frente a ella se veía la nueva casa que el tío Henry había construido después que el ciclón se llevó la otra vivienda. El mismo Henry se hallaba ordeñando las vacas en el corral, y Toto habíase alejado de Dorothy y corría hacia el granero ladrando a más y mejor.

Al ponerse de pie, la niña descubrió que sólo calzaba medias, pues los zapatos de plata se le habían caído durante el vuelo y estaban perdidos para siempre en el desierto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO 24

De nuevo en casa

La tía Em acababa de salir de la casa para regar los repollos cuando levantó la vista y vio a Dorothy que corría hacia ella.

—¡Querida mía! —exclamó, tomándola en sus brazos y cubriéndola de besos—. ¿De dónde vienes?

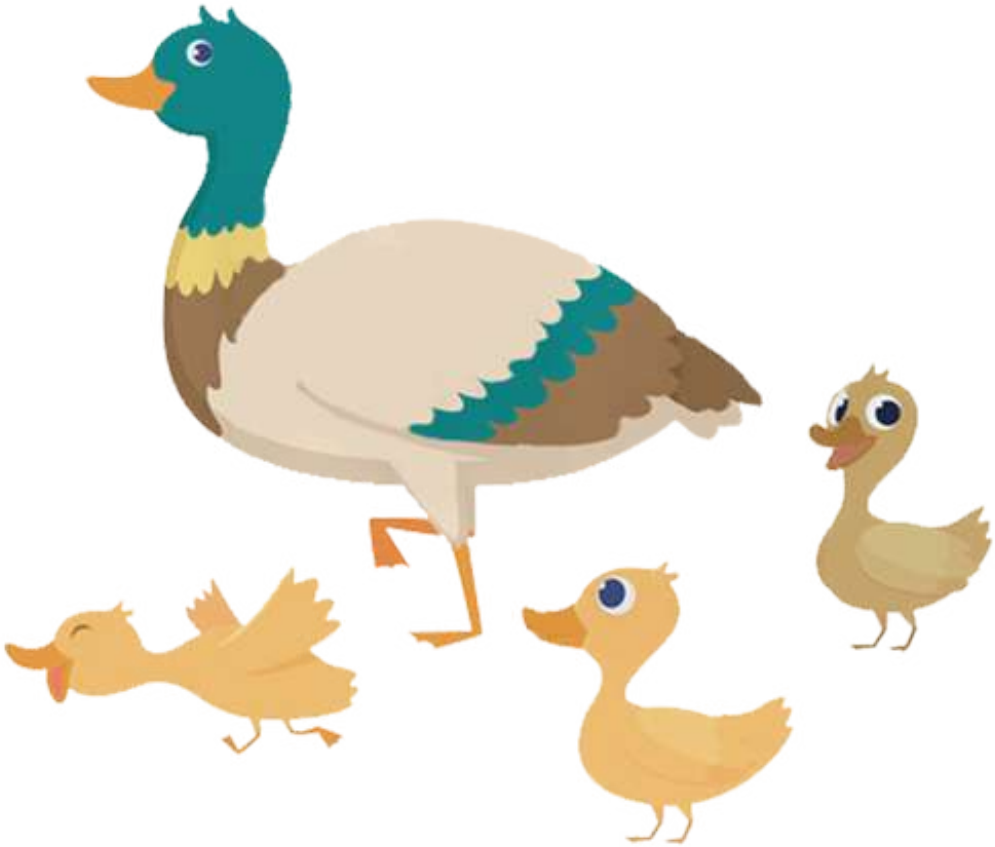
—Del País de Oz— contestó Dorothy con gravedad—. Y aquí está Toto también... Y, ¡oh, tía Em, cuánto me alegro de estar de nuevo en casa!

Fin

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

El patito feo

Hans Christian Andersen



cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

¡Qué lindos eran los días de verano! ¡Qué agradable resultaba pasear por el campo y ver el trigo amarillo, la verde avena y las parvas de heno apilado en las llanuras!. Sobre sus largas patas rojas iba la cigüeña junto a algunos flamencos, que se paraban un rato sobre cada pata. Sí, era realmente encantador estar en el campo. Bañada de sol se alzaba allí una vieja mansión solariega a la que rodeaba un profundo foso; desde sus paredes hasta el borde del agua crecían unas plantas de hojas gigantescas, las mayores de las cuales eran lo suficientemente grandes para que un niño pequeño pudiese pararse debajo de ellas. Aquel lugar resultaba tan enmarañado y agreste como el más denso de los bosques, y era allí donde cierta pata había hecho su nido. Ya era tiempo de sobra para que naciesen los patitos, pero se demoraban tanto, que la mamá comenzaba a perder la paciencia, pues casi nadie venía a visitarla.

Al fin los huevos se abrieron uno tras otro. «¡Pip, pip!», decían los patitos conforme iban asomando sus cabezas a través del cascarón.

—¡Cuac, cuac! —dijo la mamá pata, y todos los patitos se apresuraron a salir tan rápido como pudieron, dedicándose enseguida a escudriñar entre las verdes hojas. La mamá los dejó hacer, pues el verde es muy bueno para los ojos.

—¡Oh, qué grande es el mundo! —dijeron los patitos. Y ciertamente disponían de un espacio mayor que el que tenían dentro del huevo.

—¿Creen acaso que esto es el mundo entero? —preguntó la pata—. Pues sepan que se extiende mucho más allá del jardín, hasta el prado mismo del pastor, aunque yo nunca me he alejado tanto. Bueno, espero que ya estén todos —agregó, levantándose del nido—. ¡Ah, pero si todavía falta el más grande! ¿Cuánto tardará aún? No puedo entretenerme con él mucho tiempo.

Y fue a sentarse de nuevo en su sitio.

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo anda eso? —preguntó una pata vieja que venía de visita.

—Ya no queda más que este huevo, pero tarda tanto… —dijo la pata echada—. No hay forma de que rompa. Pero fíjate en los otros, y dime si no son los patitos más lindos que se hayan

visto nunca. Todos se parecen a su padre, el muy bandido. ¿Por qué no vendrá a verme?

—Déjame echar un vistazo a ese huevo que no acaba de romper —dijo la anciana—. Te apuesto a que es un huevo de pava. Así fue como me engatusaron cierta vez a mí. ¡El trabajo que me dieron aquellos pavitos! ¡Imagínate! Le tenían miedo al agua y no había forma de hacerlos entrar en ella. Yo graznaba y los picoteaba, pero de nada me servía… Pero, vamos a ver ese huevo…

—Creo que me quedaré sobre él un ratito aún —dijo la pata—. He estado tanto tiempo aquí sentada, que un poco más no me hará daño.

—Como quieras —dijo la pata vieja, y se alejó contoneándose.

Por fin se rompió el huevo. «¡Pip, pip!», dijo el pequeño, volcándose del cascarón. La pata vio lo grande y feo que era, y exclamó:

—¡Dios mío, qué patito tan enorme! No se parece a ninguno de los otros. Y, sin embargo, me atrevo a asegurar que no es ningún crío de pavos.

Al otro día hizo un tiempo maravilloso. El sol resplandecía en las verdes hojas gigantescas. La mamá pata se acercó al foso con toda su familia y, ¡plaf!, saltó al agua.

—¡Cuac, cuac! —llamaba. Y uno tras otro los patitos se fueron abalanzando tras ella. El agua se cerraba sobre sus cabezas, pero enseguida resurgían flotando magníficamente. Movíanse sus patas sin el menor esfuerzo, y a poco estuvieron todos en el agua. Hasta el patito feo y gris nadaba con los otros.

—No es un pavo, por cierto —dijo la pata—. Fíjense en la elegancia con que nada, y en lo derecho que se mantiene. Sin duda que es uno de mis pequeñitos. Y si uno lo mira bien, se da cuenta enseguida de que es realmente muy guapo. ¡Cuac, cuac! Vamos, vengan conmigo y déjenme enseñarles el mundo y presentarlos al corral entero. Pero no se separen mucho de mí, no sea que los pisoteen. Y anden con los ojos muy abiertos, por si viene el gato.

Y con esto se encaminaron al corral. Había allí un escándalo espantoso, pues dos familias se estaban peleando por una cabeza de anguila,

que, a fin de cuentas, fue a parar al estómago del gato.

—¡Vean! ¡Así anda el mundo! —dijo la mamá relamiéndose el pico, pues también a ella la entusiasmaban las cabezas de anguila—. ¡A ver! ¿Qué pasa con esas piernas? Anden ligeros y no dejen de hacerle una bonita reverencia a esa anciana pata que está allí. Es la más fina de todos nosotros. Tiene en las venas sangre española; por eso es tan regordeta. Fíjense, además, en que lleva una cinta roja atada a una pierna: es la más alta distinción que se puede alcanzar. Es tanto como decir que nadie piensa en deshacerse de ella, y que deben respetarla todos, los animales y los hombres.

¡Anímense y no metan los dedos hacia adentro! Los patitos bien educados los sacan hacia afuera, como mamá y papá… Eso es. Ahora hagan una reverencia y digan ¡cuac!

Todos obedecieron, pero los otros patos que estaban allí los miraron con desprecio y exclamaron en alta voz:

—¡Vaya! ¡Como si ya no fuésemos bastantes! Ahora tendremos que rozarnos también con

esa gentuza. ¡Uf!… ¡Qué patito tan feo! No podemos soportarlo.

Y uno de los patos salió enseguida corriendo y le dio un picotazo en el cuello.

—¡Déjenlo tranquilo! —dijo la mamá—. No le está haciendo daño a nadie.

—Sí, pero es tan desgarbado y extraño —dijo el que lo había picoteado—, que no quedará más remedio que despachurrarlo.

—¡Qué lindos niños tienes, muchacha! —dijo la vieja pata de la cinta roja—. Todos son muy hermosos, excepto uno, al que le noto algo raro. Me gustaría que pudieras hacerlo de nuevo.

—Eso ni pensarlo, señora —dijo la mamá de los patitos—. No es hermoso, pero tiene muy buen carácter y nada tan bien como los otros, y me atrevería a decir que hasta un poco mejor. Espero que tome mejor aspecto cuando crezca y que, con el tiempo, no se le vea tan grande. Estuvo dentro del cascarón más de lo necesario, por eso no salió tan bello como los otros.

Y con el pico le acarició el cuello y le alisó las plumas.

—De todos modos, es macho y no importa tanto —añadió—. Estoy segura de que será muy fuerte y se abrirá camino en la vida.

—Estos otros patitos son encantadores —dijo la vieja pata—. Quiero que se sientan como en su casa. Y si por casualidad encuentran algo así como una cabeza de anguila, pueden traérmela sin pena.

Con esta invitación todos se sintieron allí a sus anchas. Pero el pobre patito que había salido el último del cascarón, y que tan feo les parecía a todos, no recibió más que picotazos, empujones y burlas, lo mismo de los patos que de las gallinas.

—¡Qué feo es! —decían.

Y el pavo, que había nacido con las espuelas puestas y que se consideraba por ello casi un emperador, infló sus plumas como un barco a toda vela y se le fue encima con un cacareo, tan estrepitoso que toda la cara se le puso roja. El pobre patito no sabía dónde meterse. Sentíase terriblemente abatido, por ser tan feo

y porque todo el mundo se burlaba de él en el corral.

Así pasó el primer día. En los días siguientes, las cosas fueron de mal en peor. El pobre patito se vio acosado por todos. Incluso sus hermanos y hermanas lo maltrataban de vez en cuando y le decían:

—¡Ojalá te agarre el gato, grandulón!

Hasta su misma mamá deseaba que estuviese lejos del corral. Los patos lo pellizcaban, las gallinas lo picoteaban y, un día, la muchacha que traía la comida a las aves le asestó un puntapié.

Entonces el patito huyó del corral. De un revuelo saltó por encima de la cerca, con gran susto de los pajaritos que estaban en los arbustos, que se echaron a volar por los aires.

«¡Es porque soy tan feo!» pensó el patito, cerrando los ojos. Pero así y todo siguió corriendo hasta que, por fin, llegó a los grandes pantanos donde viven los patos salvajes, y allí se pasó toda la noche abrumado de cansancio y tristeza.

A la mañana siguiente, los patos salvajes remontaron el vuelo y miraron a su nuevo compañero.

—¿Y tú qué cosa eres? —le preguntaron, mientras el patito les hacía reverencias en todas direcciones, lo mejor que sabía.

—¡Eres más feo que un espantapájaros! —dijeron los patos salvajes—. Pero eso no importa, con tal que no quieras casarte con una de nuestras hermanas.

¡Pobre patito! Ni soñaba él con el matrimonio. Sólo quería que lo dejasen estar tranquilo entre los juncos y tomar un poquito de agua del pantano.

Unos días más tarde aparecieron por allí dos gansos salvajes. No hacía mucho que habían dejado el nido: por eso eran tan impertinentes.

—Mira, muchacho —comenzaron diciéndole—, eres tan feo que nos caes simpático. ¿Quieres emigrar con nosotros? No muy lejos, en otro pantano, viven unas gansitas salvajes muy presentables, todas solteras, que saben graznar espléndidamente. Es la oportunidad de tu vida, feo y todo como eres.

—¡Bang, bang! —se escuchó en ese instante por encima de ellos, y los dos gansos cayeron muertos entre los juncos, tiñendo el agua con su sangre. Al eco de nuevos disparos se alzaron del pantano las bandadas de gansos salvajes, con lo que menudearon los tiros. Se había organizado una importante cacería y los tiradores rodeaban los pantanos; algunos hasta se habían sentado en las ramas de los árboles que se extendían sobre los juncos. Nubes de humo azul se esparcieron por el oscuro boscaje, y fueron a perderse lejos, sobre el agua.

Los perros de caza aparecieron chapaleando entre el agua, y, a su avance, doblándose aquí y allá las cañas y los juncos. Aquello aterrorizó al pobre patito feo, que ya se disponía a ocultar la cabeza bajo el ala cuando apareció junto a él un enorme y espantoso perro: la lengua le colgaba fuera de la boca y sus ojos miraban con brillo temible. Le acercó el hocico, le enseñó sus agudos dientes, y de pronto…

¡plaf!… ¡allá se fue otra vez sin tocarlo!

El patito dio un suspiro de alivio.

—Por suerte soy tan feo que ni los perros tienen ganas de comerme —se dijo. Y se tendió allí muy quieto, mientras los perdigones repiqueteaban sobre los juncos, y las descargas, una tras otra, atronaban los aires.

Era muy tarde cuando las cosas se calmaron, y aún entonces el pobre no se atrevía a levantarse. Esperó todavía varias horas antes de arriesgarse a echar un vistazo, y, en cuanto lo hizo, enseguida se escapó de los pantanos tan rápido como pudo. Echó a correr por campos y praderas; pero hacía tanto viento, que le costaba no poco trabajo mantenerse sobre sus pies.

Hacia el crepúsculo llegó a una pobre cabaña campesina. Se sentía en tan mal estado que no sabía de qué parte caerse, y, en la duda, permanecía de pie. El viento soplaba tan ferozmente alrededor del patito que éste tuvo que sentarse sobre su propia cola, para no ser arrastrado. En eso notó que una de las bisagras de la puerta se había caído, y que la hoja colgaba con una inclinación tal que le sería fácil filtrarse por la estrecha abertura. Y así lo hizo.

En la cabaña vivía una anciana con su gato y su gallina. El gato, a quien la anciana llamaba «Hijito», sabía arquear el lomo y ronronear; hasta era capaz de echar chispas si lo frotaban a contrapelo. La gallina tenía unas patas tan cortas que le habían puesto por nombre «Chiquitita Piernascortas». Era una gran ponedora y la anciana la quería como a su propia hija.

Cuando llegó la mañana, el gato y la gallina no tardaron en descubrir al extraño patito. El gato lo saludó ronroneando y la gallina con su cacareo.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó la vieja, mirando a su alrededor. No andaba muy bien de la vista, así que se creyó que el patito feo era una pata regordeta que se había perdido—. ¡Qué suerte! —dijo—. Ahora tendremos huevos de pata. ¡Con tal que no sea macho! Le daremos unos días de prueba.

Así que al patito le dieron tres semanas de plazo para poner, al término de las cuales, por supuesto, no había ni rastros de huevo. Ahora bien, en aquella casa el gato era el dueño y la

gallina la dueña, y siempre que hablaban de sí mismos solían decir:

«nosotros y el mundo», porque opinaban que ellos solos formaban la mitad del mundo, y lo que es más, la mitad más importante. Al patito le parecía que sobre esto podía haber otras opiniones, pero la gallina ni siquiera quiso oírlo.

—¿Puedes poner huevos? —le preguntó.

—No.

—Pues entonces, ¡cállate! Y el gato le preguntó:

—¿Puedes arquear el lomo, o ronronear, o echar chispas?

—No.

—Pues entonces, guárdate tus opiniones cuando hablan las personas sensatas.

Con lo que el patito fue a sentarse en un rincón, muy desanimado. Pero de pronto recordó el aire fresco y el sol, y sintió una nostalgia tan grande de irse a nadar en el agua que —¡no pudo evitarlo!— fue y se lo contó a la gallina.

—¡Vamos! ¿Qué te pasa? —le dijo ella—. Bien se ve que no tienes nada que hacer; por eso piensas tantas tonterías. Te las sacudirías muy pronto si te dedicaras a poner huevos o a ronronear.

—¡Pero es tan sabroso nadar en el agua! —dijo el patito feo—. ¡Tan sabroso zambullir la cabeza y bucear hasta el mismo fondo!

—Sí, muy agradable —dijo la gallina—. Me parece que te has vuelto loco. Pregúntale al gato, ¡no hay nadie tan listo como él! ¡Pregúntale a nuestra vieja ama, la mujer más sabia del mundo! ¿Crees que a ella le gusta nadar y zambullirse?

—No me comprendes —dijo el patito.

—Pues si yo no te comprendo, me gustaría saber quién podrá comprenderte. De seguro que no pretenderás ser más sabio que el gato y la señora, para no mencionarme a mí misma. ¡No seas tonto, muchacho! ¿No te has encontrado un cuarto cálido y confortable, donde te hacen compañía quienes pueden enseñarte? Pero no eres más que un tonto, y a nadie le hace gracia tenerte aquí. Te doy mi

palabra de que si te digo cosas desagradables es por tu propio bien: sólo los buenos amigos nos dicen las verdades. Haz ahora tu parte y aprende a poner huevos o a ronronear y echar chispas.

—Creo que me voy a recorrer el ancho mundo —dijo el patito.

—Sí, vete —dijo la gallina.

Y así fue como el patito se marchó. Nadó y se zambulló; pero ningún ser viviente quería tratarse con él por lo feo que era.

Pronto llegó el otoño. Las hojas en el bosque se tornaron amarillas o pardas; el viento las arrancó y las hizo girar en remolinos, y los cielos tomaron un aspecto hosco y frío. Las nubes colgaban bajas, cargadas de granizo y nieve, y el cuervo, que solía posarse en la tapia, graznaba «¡cau, cau!», de frío que tenía. Sólo de pensarlo le daban a uno escalofríos. Sí, el pobre patito feo no lo estaba pasando muy bien.

Cierta tarde, mientras el sol se ponía en un maravilloso crepúsculo, emergió de entre los arbustos una bandada de grandes y hermosas

aves. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran de una blancura resplandeciente, y tenían largos y esbeltos cuellos. Eran cisnes. A la vez que lanzaban un fantástico grito, extendieron sus largas, sus magníficas alas, y remontaron el vuelo, alejándose de aquel frío hacia los lagos abiertos y las tierras cálidas.

Se elevaron muy alto, muy alto, allá entre los aires, y el patito feo se sintió lleno de una rara inquietud. Comenzó a dar vueltas y vueltas en el agua lo mismo que una rueda, estirando el cuello en la dirección que seguían, que él mismo se asustó al oírlo.

¡Ah, jamás podría olvidar aquellos hermosos y afortunados pájaros! En cuanto los perdió de vista, se sumergió derecho hasta el fondo, y se hallaba como fuera de sí cuando regresó a la superficie. No tenía idea de cuál podría ser el nombre de aquellas aves, ni de adónde se dirigían, y, sin embargo, eran más importantes para él que todas las que había conocido hasta entonces. No las envidiaba en modo alguno: ¿cómo se atrevería siquiera a soñar que aquel esplendor pudiera pertenecerle? Ya se daría

por satisfecho con que los patos lo tolerasen, ¡pobre criatura estrafalaria que era!

¡Cuán frío se presentaba aquel invierno! El patito se veía forzado a nadar incesantemente para impedir que el agua se congelase en torno suyo. Pero cada noche el hueco en que nadaba se hacía más y más pequeño. Vino luego una helada tan fuerte, que el patito, para que el agua no se cerrase definitivamente, ya tenía que mover las patas todo el tiempo en el hielo crujiente. Por fin, debilitado por el esfuerzo, quedose muy quieto y comenzó a congelarse rápidamente sobre el hielo.

A la mañana siguiente, muy temprano, lo encontró un campesino. Rompió el hielo con uno de sus zuecos de madera, lo recogió y lo llevó a casa, donde su mujer se encargó de revivirlo.

Los niños querían jugar con él, pero el patito feo tenía terror de sus travesuras y, con el miedo, fue a meterse revoloteando en la paila de la leche, que se derramó por todo el piso. Gritó la mujer y dio unas palmadas en el aire, y él, más asustado, metiose de un vuelo en el barril de la mantequilla, y desde allí lanzose de

cabeza al cajón de la harina, de donde salió hecho una lástima. ¡Había que verlo! Chillaba la mujer y quería darle con la escoba, y los niños tropezaban unos con otros tratando de echarle mano. ¡Cómo gritaban y se reían! Fue una suerte que la puerta estuviese abierta. El patito se precipitó afuera, entre los arbustos, y se hundió, atolondrado, entre la nieve recién caída.

Pero sería demasiado cruel describir todas las miserias y trabajos que el patito tuvo que pasar durante aquel crudo invierno. Había buscado refugio entre los juncos cuando las alondras comenzaron a cantar y el sol a calentar de nuevo: llegaba la hermosa primavera.

Entonces, de repente, probó sus alas: el zumbido que hicieron fue mucho más fuerte que otras veces, y lo arrastraron rápidamente a lo alto. Casi sin darse cuenta, se halló en un vasto jardín con manzanos en flor y fragantes lilas, que colgaban de las verdes ramas sobre un sinuoso arroyo. ¡Oh, qué agradable era estar allí, en la frescura de la primavera! Y en eso surgieron frente a él de la espesura tres hermosos cisnes blancos, rizando sus plumas y

dejándose llevar con suavidad por la corriente. El patito feo reconoció a aquellas espléndidas criaturas que una vez había visto levantar el vuelo, y se sintió sobrecogido por un extraño sentimiento de melancolía.

—¡Volaré hasta esas regias aves! —se dijo—. Me darán de picotazos hasta matarme, por haberme atrevido, feo como soy, a aproximarme a ellas. Pero ¡qué importa! Mejor es que ellas me maten, a sufrir los pellizcos de los patos, los picotazos de las gallinas, los golpes de la muchacha que cuida las aves y los rigores del invierno.

Y así, voló hasta el agua y nadó hacia los hermosos cisnes. En cuanto lo vieron, se le acercaron con las plumas encrespadas.

—¡Sí, mátenme, mátenme! —gritó la desventurada criatura, inclinando la cabeza hacia el agua en espera de la muerte. Pero ¿qué es lo que vio allí en la límpida corriente? ¡Era un reflejo de sí mismo, pero no ya el reflejo de un pájaro torpe y gris, feo y repugnante, no, sino el reflejo de un cisne!

Poco importa que se nazca en el corral de los patos, siempre que uno salga de un huevo de cisne. Se sentía realmente feliz de haber pasado tantos trabajos y desgracias, pues esto lo ayudaba a apreciar mejor la alegría y la belleza que le esperaban. Y los tres cisnes nadaban y nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.

En el jardín habían entrado unos niños que lanzaban al agua pedazos de pan y semillas. El más pequeño exclamó:

—¡Ahí va un nuevo cisne!

Y los otros niños corearon con gritos de alegría:

—¡Sí, hay un cisne nuevo!

Y batieron palmas y bailaron, y corrieron a buscar a sus padres. Había pedacitos de pan y de pasteles en el agua, y todo el mundo decía:

—¡El nuevo es el más hermoso! ¡Qué joven y esbelto es!

Y los cisnes viejos se inclinaron ante él. Esto lo llenó de timidez, y escondió la cabeza bajo el ala, sin que supiese explicarse la razón. Era muy, pero muy feliz, aunque no había en él ni

una pizca de orgullo, pues éste no cabe en los corazones bondadosos. Y mientras recordaba los desprecios y humillaciones del pasado, oía cómo todos decían ahora que era el más hermoso de los cisnes. Las lilas inclinaron sus ramas ante él, bajándolas hasta el agua misma, y los rayos del sol eran cálidos y amables. Rizó entonces sus alas, alzó el esbelto cuello y se alegró desde lo hondo de su corazón:

—Jamás soñé que podría haber tanta felicidad, allá en los tiempos en que era sólo un patito feo.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

El principito

Antoine de Saint-Exupéry

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

A Leon Werth:

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor es capaz de entenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Verdaderamente necesita consuelo. Si todas esas excusas no bastasen, bien puedo dedicar este libro al niño que una vez fue esta persona mayor. Todos los mayores han sido primero niños. (Pero pocos lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LEON WERTH

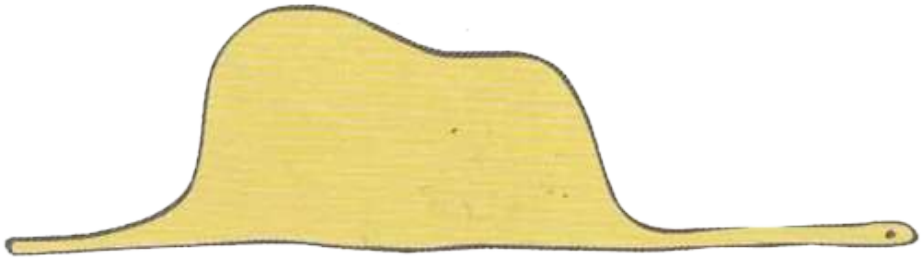
CUANDO ERA NIÑO

I

Cuando yo tenía seis años vi en un libro sobre la selva virgen que se titulaba "Historias vividas", una magnífica lámina. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.

En el libro se afirmaba: "La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego ya no puede moverse y duerme durante los seis meses que dura su digestión".

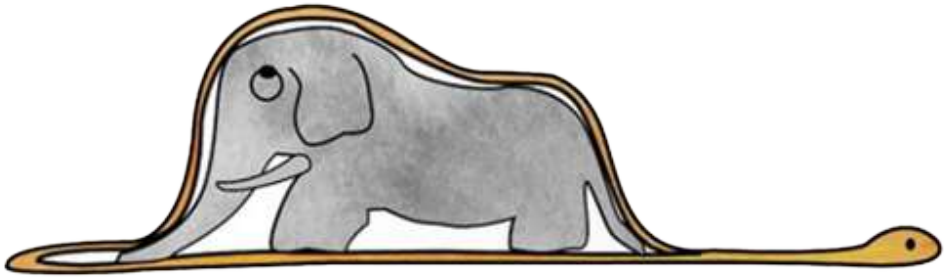
Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y a mi vez logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era de esta manera:



Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

—¿por qué habría de asustar un sombrero?— me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudieran comprender. Siempre estas personas tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es muy aburrido

para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.

Tuve, pues, que elegir otro oficio y aprendía pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto, me ha servido de mucho; al primer vistazo podía distinguir perfectamente la China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.

A lo largo de mi vida he tenido multitud de contactos con multitud de gente seria. Viví mucho con personas mayores y las he conocido muy de cerca; pero esto no ha mejorado demasiado mi opinión sobre ellas.

Cuando me he encontrado con alguien que me parecía un poco lúcido, lo he sometido a la experiencia de mi dibujo número 1 que he conservado siempre. Quería saber si verdaderamente era un ser comprensivo. E invariablemente me contestaban siempre: "Es un sombrero". Me abstenía de hablarles de la serpiente boa, de la selva virgen y de las estrellas. Poniéndome a su altura, les hablaba del bridge, del golf, de política y de corbatas. Y

mi interlocutor se quedaba muy contento de conocer a un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, nadie con quien poder hablar verdaderamente, hasta cuando hace seis años tuve una avería en el desierto de Sahara. Algo se había estropeado en el motor. Como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar, yo solo, una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte, pues apenas tenía agua de beber para ocho días.

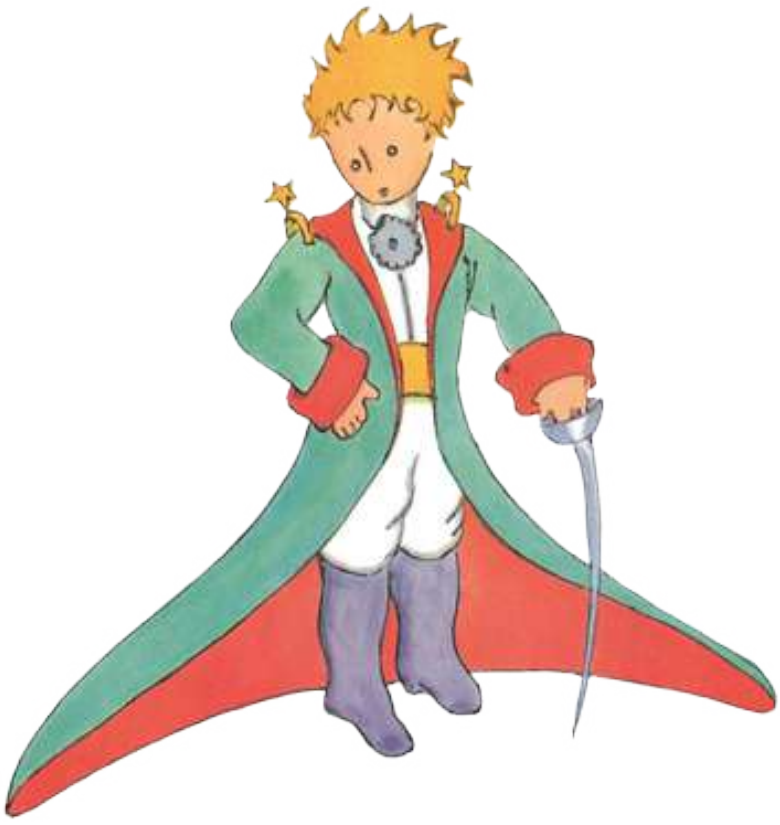
La primera noche me dormí sobre la arena, a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Estaba más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una extraña vocecita que decía:

— ¡Por favor... píntame un cordero!

—¿Eh?

—¡Píntame un cordero!

Me puse en pie de un salto como herido por el rayo. Me froté los ojos. Miré a mi alrededor. Vi a un extraordinario muchachito que me miraba gravemente. Ahí tienen el mejor retrato que más tarde logré hacer de él, aunque mi dibujo, ciertamente es menos encantador que el modelo. Pero no es mía la culpa. Las personas mayores me desanimaron de mi carrera de pintor a la edad de seis años y no había aprendido a dibujar otra cosa que boas cerradas y boas abiertas.



Miré, pues, aquella aparición con los ojos redondos de admiración. No hay que olvidar que me encontraba a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Y ahora bien, el muchachito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, de hambre, de sed o de miedo. No tenía en absoluto la apariencia de un niño perdido en el desierto, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Cuando logré, por fin, articular palabra, le dije:

— Pero… ¿qué haces tú por aquí?

Y él respondió entonces, suavemente, como algo muy importante:

—¡Por favor… píntame un cordero!

Cuando el misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer. Por absurdo que aquello me pareciera, a mil millas de distancia de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Recordé que yo había estudiado especialmente geografía, historia, cálculo y gramática y le dije al

muchachito (ya un poco malhumorado), que no sabía dibujar.

—¡No importa —me respondió—, píntame un cordero!

Como nunca había dibujado un cordero, rehíce para él uno de los dos únicos dibujos que yo era capaz de realizar: el de la serpiente boa cerrada. Y quedé estupefacto cuando oí decir al hombrecito:

— ¡No, no! Yo no quiero un elefante en una serpiente. La serpiente es muy peligrosa y el elefante ocupa mucho sitio. En mi tierra es todo muy pequeño. Necesito un cordero. Píntame un cordero.

Dibujé un cordero. Lo miró atentamente y dijo:

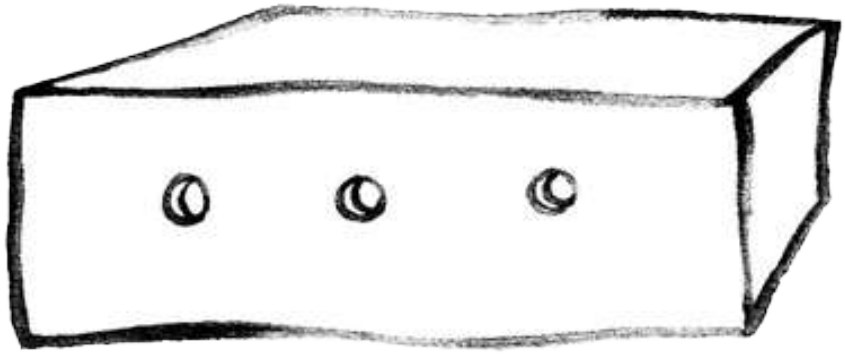
—¡No! Este está ya muy enfermo. Haz otro. Volví a dibujar.

Mi amigo sonrió dulcemente, con indulgencia.

—¿Ves? Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene Cuernos… Rehíce nuevamente mi dibujo: fue rechazado igual que los anteriores.

—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Falto ya de paciencia y deseoso de comenzar a desmontar el motor, garrapateé rápidamente este dibujo, se lo enseñé, y le agregué:



—Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro. Con gran sorpresa mía el rostro de mi joven juez se iluminó:

—¡Así es como yo lo quería! ¿Crees que sea necesario mucha hierba para este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi tierra es todo tan pequeño… Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

—¡Bueno, no tan pequeño…! Está dormido… Y así fue como conocí al principito.

III

Me costó mucho tiempo comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, jamás parecía oír las mías. Fueron palabras pronunciadas al azar, las que poco a poco me revelaron todo. Así, cuando distinguió por vez primera mi avión (no dibujaré mi avión, por tratarse de un dibujo demasiado complicado para mí) me preguntó:

—¿Qué cosa es esa? —Eso no es una cosa. Eso vuela. Es un avión, mi avión. Me sentía orgulloso al decirle que volaba. El entonces gritó:

—¡Cómo! ¿Has caído del cielo? —Sí —le dije modestamente. —¡Ah, que curioso!

Y el principito lanzó una graciosa carcajada que me irritó mucho. Me gusta que mis desgracias se tomen en serio. Y añadió:

—Entonces ¿tú también vienes del cielo? ¿De qué planeta eres tú? Divisé una luz en el misterio de su presencia y le pregunté bruscamente:

—¿Tu vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me respondió; movía lentamente la cabeza mirando detenidamente mi avión.

—Es cierto, que, encima de eso, no puedes venir de muy lejos…

Y se hundió en un ensueño durante largo tiempo. Luego sacando de su bolsillo mi cordero se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imagínense cómo me intrigó esta semiconfidencia sobre los otros planetas. Me esforcé, pues, en saber algo más:

—¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde está "tu casa"? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero? Después de meditar silenciosamente me respondió:

—Lo bueno de la caja que me has dado es que por la noche le servirá de casa. —Sin duda. Y si eres bueno te daré también una cuerda y una estaca para atarlo durante el día.

Esta proposición pareció chocar al principito.

—¿Atarlo? ¡Qué idea más rara! —Si no lo atas, se irá quién sabe dónde y se perderá…

Mi amigo soltó una nueva carcajada.

—¿Y dónde quieres que vaya? —No sé, a cualquier parte. Derecho camino adelante… Entonces el principito señaló con gravedad:

—¡No importa, es tan pequeña mi tierra!

Y agregó, quizás, con un poco de melancolía:

—Derecho, camino adelante… no se puede ir muy lejos.

IV

De esta manera supe una segunda cosa muy importante: su planeta de origen era apenas más grande que una casa.

Esto no podía asombrarme mucho. Sabía muy bien que aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, a los cuales se les ha dado nombre, existen otros centenares de ellos tan pequeños a veces, que es difícil distinguirlos aun con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de estos planetas, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, "el asteroide 3251".

Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el principito era el

asteroide B 612. Este asteroide ha sido visto sólo una vez con el telescopio en 1909, por un astrónomo turco.

Este astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas mayores son así. Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920 y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.

Si les he contado de todos estos detalles sobre el asteroide B 612 y hasta les he confiado su número, es por consideración a las personas mayores. A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar: "¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?" Pero en cambio preguntan: "¿Qué edad tiene? ¿Cuántos

hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?" Solamente con estos detalles creen conocerle. Si les decimos a las personas mayores: "He visto una casa preciosa de ladrillo rosa, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado", jamás llegarán a imaginarse cómo es esa casa. Es preciso decirles: "He visto una casa que vale cien mil pesos". Entonces exclaman entusiasmados: "¡Oh, qué preciosa es!"

De tal manera, si les decimos: "La prueba de que el principito ha existido está en que era un muchachito encantador, que reía y quería un cordero. Querer un cordero es prueba de que se existe", las personas mayores se encogerán de hombros y nos dirán que somos unos niños. Pero si les decimos: "el planeta de donde venía el principito era el asteroide B 612", quedarán convencidas y no se preocuparán de hacer más preguntas. Son así. No hay por qué guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero nosotros, que sabemos comprender la vida, nos burlamos tranquilamente de los números. A mí me habría gustado más

comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

"Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo…" Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.

Porque no me gusta que mi libro sea tomado a la ligera. Siento tanta pena al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de no olvidarlo. Es muy triste olvidar a un amigo. No todos han tenido un amigo. Y yo puedo llegar a ser como las personas mayores, que sólo se interesan por las cifras. Para evitar esto he comprado una caja de lápices de colores. ¡Es muy duro, a mi edad, ponerse a aprender a dibujar, cuando en toda la vida no se ha hecho otra tentativa que la de una boa abierta y una boa cerrada a la edad de

seis años! Ciertamente que yo trataré de hacer retratos lo más parecido posibles, pero no estoy muy seguro de lograrlo. Uno saldrá bien y otro no tiene parecido alguno. En las

proporciones me equivoco también un poco. Aquí el principito es demasiado grande y allá es demasiado pequeño. Dudo también sobre el color de su traje. Titubeo sobre esto y lo otro y unas veces sale bien y otras mal. Es posible, en fin, que me equivoque sobre ciertos detalles muy importantes. Pero habrá que perdonármelo ya que mi amigo no me daba nunca muchas explicaciones. Me creía semejante a sí mismo y yo, desgraciadamente, no sé ver un cordero a través de una caja. Es posible que yo sea un poco como las personas mayores. He debido envejecer.

V

Cada día yo aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida y sobre el viaje. Esto venía suavemente al azar de las reflexiones. De esta manera tuve conocimiento al tercer día, del drama de los baobabs.

Fue también gracias al cordero y como preocupado por una profunda duda, cuando el principito me preguntó:

—¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?

—Sí, es cierto.

—¡Ah, qué contesto estoy!

No comprendí por qué era tan importante para él que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito añadió:

—Entonces se comen también los Baobabs.

Le hice comprender al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que incluso si llevase consigo todo un rebaño de elefantes, el rebaño no lograría acabar con un solo baobab.

Esta idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.

—Habría que poner los elefantes unos sobre otros… Y luego añadió juiciosamente:

—Los baobabs, antes de crecer, son muy pequeñitos.

—Es cierto. Pero ¿por qué quieres que tus corderos coman los baobabs?

Me contestó: "¡Bueno! ¡Vamos!" como si hablara de una evidencia. Me fue necesario un gran esfuerzo de inteligencia para comprender por mí mismo este problema.

En efecto, en el planeta del principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Por consiguiente, de buenas semillas salían buenas hierbas y de las semillas malas, hierbas malas. Pero las semillas son invisibles; duermen en el secreto de la tierra, hasta que un buen día una de ellas tiene la fantasía de despertarse. Entonces se alarga extendiendo hacia el sol, primero tímidamente, una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar que crezca como quiera. Pero si se trata de una mala hierba, es preciso arrancarla inmediatamente en cuanto uno ha sabido reconocerla. En el planeta del principito había semillas terribles… como las semillas del baobab. El suelo del planeta está infestado de ellas. Si un baobab no se arranca a tiempo, no hay manera de desembarazarse de él más tarde; cubre todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son numerosos, lo hacen estallar.

"Es una cuestión de disciplina, me decía más tarde el principito. Cuando por la mañana uno

termina de arreglarse, hay que hacer cuidadosamente la limpieza del planeta. Hay que dedicarse regularmente a arrancar los baobabs, cuando se les distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son pequeñitos. Es un trabajo muy fastidioso pero muy fácil".

Y un día me aconsejó que me dedicara a realizar un hermoso dibujo, que hiciera comprender a los niños de la tierra estas ideas. "Si alguna vez viajan, me decía, esto podrá servirles mucho. A veces no hay inconveniente en dejar para más tarde el trabajo que se ha de hacer; pero tratándose de baobabs, el retraso es siempre una catástrofe. Yo he conocido un planeta, habitado por un perezoso que descuidó tres arbustos..."

Siguiendo las indicaciones del principito, dibujé dicho planeta. Aunque no me gusta el papel de moralista, el peligro de los baobabs es tan desconocido y los peligros que puede correr quien llegue a perderse en un asteroide son tan grandes, que no vacilo en hacer una excepción y exclamar: "¡Niños, atención a los baobabs!" Y sólo con el fin de advertir a mis

amigos de estos peligros a que se exponen desde hace ya tiempo sin saberlo, es por lo que trabajé y puse tanto empeño en realizar este dibujo. La lección que con él podía dar, valía la pena. Es muy posible que alguien me pregunte por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el dibujo de los baobabs. La respuesta es muy sencilla: he tratado de hacerlos, pero no lo he logrado. Cuando dibujé los baobabs estaba animado por un sentimiento de urgencia.

VI

¡Ah, principito, cómo he ido comprendiendo lentamente tu vida melancólica! Durante mucho tiempo tu única distracción fue la suavidad de las puestas de sol. Este nuevo detalle lo supe al cuarto día, cuando me dijiste:

—Me gustan mucho las puestas de sol; vamos a ver una puesta de sol…

—Tendremos que esperar…

—¿Esperar qué?

—Que el sol se ponga.

Pareciste muy sorprendido primero, y después te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

—Siempre me creo que estoy en mi tierra.

En efecto, como todo el mundo sabe, cuando es mediodía en Estados Unidos, en Francia se está poniendo el sol. Sería suficiente poder trasladarse a Francia en un minuto para asistir a la puesta del sol, pero desgraciadamente Francia está demasiado lejos. En cambio, sobre tu pequeño planeta te bastaba arrastrar la silla algunos pasos para presenciar el crepúsculo cada vez que lo deseabas…

—¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces! Y un poco más tarde añadiste:

—¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste le gusta ver las puestas de sol.

—El día que la viste cuarenta y tres veces estabas muy triste ¿verdad? Pero el principito no respondió.

VII

Al quinto día y también en relación con el cordero, me fue revelado este otro secreto de la vida del principito. Me preguntó

bruscamente y sin preámbulo, como resultado de un problema largamente meditado en silencio:

—Si un cordero se come los arbustos, se comerá también las flores ¿no?

—Un cordero se come todo lo que encuentra.

—¿Y también las flores que tienen espinas?

—Sí; también las flores que tienen espinas.

—Entonces, ¿para qué le sirven las espinas?

Confieso que no lo sabía. Estaba yo muy ocupado tratando de destornillar un perno demasiado apretado del motor; la avería comenzaba a parecerme cosa grave y la circunstancia de que se estuviera agotando mi provisión de agua, me hacía temer lo peor.

—¿Para qué sirven las espinas?

El principito no permitía nunca que se dejara sin respuesta una pregunta formulada por él. Irritado por la resistencia que me oponía el perno, le respondí lo primero que se me ocurrió:

—Las espinas no sirven para nada; son pura maldad de las flores.

—¡Oh!

Y después de un silencio, me dijo con una especie de rencor:

—¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas. Se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas…

No le respondí nada; en aquel momento me estaba diciendo a mí mismo: "Si este perno me resiste un poco más, lo haré saltar de un martillazo". El principito me interrumpió de nuevo mis pensamientos:

—¿Tú crees que las flores…?

—¡No, no creo nada! Te he respondido cualquier cosa para que te calles. Tengo que ocuparme de cosas serias.

Me miró estupefacto.

—¡De cosas serias!

Me miraba con mi martillo en la mano, los dedos llenos de grasa e inclinado sobre algo que le parecía muy feo.

—¡Hablas como las personas mayores!

Me avergonzó un poco. Pero él, implacable, añadió:

—¡Lo confundes todo…todo lo mezclas…!

Estaba verdaderamente irritado; sacudía la cabeza, agitando al viento sus cabellos dorados.

—Conozco un planeta donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor, ni ha mirado una estrella y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no ha hecho más que sumas. Y todo el día se lo pasa repitiendo como tú: "¡Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio!"… Al parecer esto le llena de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!

—¿Un qué?

—Un hongo.

El principito estaba pálido de cólera.

—Hace millones de años que las flores tiene espinas y hace también millones de años que los corderos, a pesar de las espinas, se comen las flores. ¿Es que no es cosa seria averiguar por qué las flores pierden el tiempo fabricando unas espinas que no les sirven para nada? ¿Es que no es importante la guerra de los corderos y las flores? ¿No es esto más serio e

importante que las sumas de un señor gordo y colorado? Y si yo sé de una flor única en el mundo y que no existe en ninguna parte más que en mi planeta; si yo sé que un buen día un corderillo puede aniquilarla sin darse cuenta de ello, ¿es que esto no es importante?

El principito enrojeció y después continuó:

—Si alguien ama a una flor de la que sólo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas, basta que las mire para ser dichoso. Puede decir satisfecho: "Mi flor está allí, en alguna parte..." ¡Pero si el cordero se la come, para él es como si de pronto todas las estrellas se apagaran! ¡Y esto no es importante!

No pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

La noche había caído. Yo había soltado las herramientas y ya no importaban nada el martillo, el perno, la sed y la muerte. ¡Había en una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: "la flor que tú quieres no corre peligro... te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la

flor…te…". No sabía qué decirle, cómo consolarle y hacer que tuviera nuevamente confianza en mí; me sentía torpe. ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!

VIII

Aprendí bien pronto a conocer mejor esta flor. Siempre había habido en el planeta del principito flores muy simples adornadas con una sola fila de pétalos que apenas ocupaban sitio y a nadie molestaban. Aparecían entre la hierba una mañana y por la tarde se extinguían. Pero aquella había germinado un día de una semilla llegada de quién sabe dónde, y el principito había vigilado cuidadosamente desde el primer día aquella ramita tan diferente de las que él conocía. Podía ser una nueva especie de Baobab. Pero el arbusto cesó pronto de crecer y comenzó a echar su flor. El principito observó el crecimiento de un enorme capullo y tenía le convencimiento de que habría de salir de allí una aparición milagrosa; pero la flor no acababa de preparar su belleza al abrigo de su envoltura verde. Elegía con cuidado sus colores, se vestía lentamente y se ajustaba uno

a uno sus pétalos. No quería salir ya ajada como las amapolas; quería aparecer en todo el esplendor de su belleza. ¡Ah, era muy coqueta aquella flor! Su misteriosa preparación duraba días y días. Hasta que una mañana, precisamente al salir el sol se mostró espléndida.

La flor, que había trabajado con tanta precisión, dijo bostezando:

—¡Ah, perdóname… apenas acabo de despertarme… estoy toda despeinada…! El principito no pudo contener su admiración:

—¡Qué hermosa eres!

—¿Verdad? —respondió dulcemente la flor—. He nacido al mismo tiempo que el sol. El principito adivinó exactamente que ella no era muy modesta ciertamente, pero ¡era tan conmovedora!

—Me parece que ya es hora de desayunar —añadió la flor —; si tuvieras la bondad de pensar un poco en mí...

Y el principito, muy confuso, habiendo ido a buscar una regadera la roció abundantemente con agua fresca.

Y así, ella lo había atormentado con su vanidad un poco sombría. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, dijo al principito:

—¡Ya pueden venir los tigres, con sus garras!

—No hay tigres en mi planeta —observó el principito— y, además, los tigres no comen hierba.

—Yo nos soy una hierba —respondió dulcemente la flor.

—Perdóname...

—No temo a los tigres, pero tengo miedo a las corrientes de aire. ¿No tendrás un biombo?

"Miedo a las corrientes de aire no es una suerte para una planta —pensó el principito—. Esta flor es demasiado complicada..."

—Por la noche me cubrirás con un fanal... hace mucho frío en tu tierra. No se está muy a gusto; allá de donde yo vengo...

La flor se interrumpió; había llegado allí en forma de semilla y no era posible que conociera otros mundos. Humillada por haberse dejado sorprender inventando una

mentira tan ingenua, tosió dos o tres veces para atraerse la simpatía del principito.

—¿Y el biombo?

—Iba a buscarlo, pero como no dejabas de hablarme… Insistió en su tos para darle al menos remordimientos.

De esta manera el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, había llegado a dudar de ella. Había tomado en serio palabras sin importancia y se sentía desgraciado.

"Yo no debía hacerle caso —me confesó un día el principito— nunca hay que hacer caso a las flores, basta con mirarlas y olerlas. Mi flor embalsamaba el planeta, pero yo no sabía gozar con eso… Aquella historia de garra y tigres que tanto me molestó, hubiera debido enternecerme".

Y me contó todavía:

“¡No supe comprender nada entonces! Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. ¡La flor perfumaba e iluminaba mi vida y jamás debí huir de allí! ¡No supe adivinar la ternura que ocultaban sus pobres astucias! ¡Son tan

contradictorias las flores! Pero yo era demasiado joven para saber amarla".

IX

Creo que el principito aprovechó la migración de una bandada de pájaros silvestres para su evasión. La mañana de la partida, puso en orden el planeta. Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad, de los cuales poseía dos, que le eran muy útiles para calentar el desayuno todas las mañanas. Tenía, además, un volcán extinguido. Deshollinó también el volcán extinguido, pues, como él decía, nunca se sabe lo que puede ocurrir. Si los volcanes están bien deshollinados, arden sus erupciones, lenta y regularmente. Las erupciones volcánicas son como el fuego de nuestras chimeneas. Es evidente que en nuestra Tierra no hay posibilidad de deshollinar los volcanes; los hombres somos demasiado pequeños. Por eso nos dan tantos disgustos.

El principito arrancó también con un poco de melancolía los últimos brotes de baobabs. Creía que no iba a volver nunca. Pero todos aquellos trabajos le parecieron aquella mañana extremadamente dulces. Y cuando regó por

última vez la flor y se dispuso a ponerla al abrigo del fanal, sintió ganas de llorar.

—Adiós —le dijo a la flor. Esta no respondió.

—Adiós —repitió el principito.

La flor tosió, pero no porque estuviera resfriada.

—He sido una tonta —le dijo al fin la flor—. Perdóname. Procura ser feliz.

Se sorprendió por la ausencia de reproches y quedó desconcertado, con el fanal en el aire, no comprendiendo esta tranquila mansedumbre.

—Sí, yo te quiero —le dijo la flor—, ha sido culpa mía que tú no lo sepas; pero eso no tiene importancia. Y tú has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz. . . Y suelta de una vez ese fanal; ya no lo quiero.

—Pero el viento...

—No estoy tan resfriada como para... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

—Y los animales...

—Será necesario que soporte dos o tres orugas, si quiero conocer las mariposas; creo

que son muy hermosas. Si no ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás muy lejos. En cuanto a las fieras, no las temo: yo tengo mis garras.

Y le mostraba ingenuamente sus cuatro espinas. Luego añadió:

—Y no prolongues más tu despedida. Puesto que has decidido partir, vete de una vez. La flor no quería que la viese llorar: era tan orgullosa...

X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Para ocuparse en algo e instruirse al mismo tiempo decidió visitarlos.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado sobre un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.

—¡Ah, —exclamó el rey al divisar al principito—, aquí tenemos un súbdito! El principito se preguntó:

"¿Cómo es posible que me reconozca si nunca me ha visto?"

Ignoraba que para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Aproxímate para que te vea mejor —le dijo el rey, que estaba orgulloso de ser por fin el rey de alguien. El principito buscó donde sentarse, pero el planeta estaba ocupado totalmente por el magnífico manto de armiño. Se quedó, pues, de pie, pero como estaba cansado, bostezó.

—La etiqueta no permite bostezar en presencia del rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

—No he podido evitarlo —respondió el principito muy confuso—, he hecho un viaje muy largo y apenas he dormido...

—Entonces —le dijo el rey— te ordeno que bosteces. Hace años que no veo bostezar a nadie.

Los bostezos son para mí algo curioso. ¡Vamos, bosteza otra vez, te lo ordeno!

—Me da vergüenza... ya no tengo ganas... —dijo el principito enrojeciendo.

—¡Hum, hum! —respondió el rey—. ¡Bueno! Te ordeno tan pronto que bosteces y que no bosteces...

Tartamudeaba un poco y parecía vejado, pues el rey daba gran importancia a que su autoridad fuese respetada. Era un monarca absoluto, pero como era muy bueno, daba siempre órdenes razonables.

Si yo ordenara —decía frecuentemente—, si yo ordenara a un general que se transformara en ave marina y el general no me obedeciese, la culpa no sería del general, sino mía".

—¿Puedo sentarme? —preguntó tímidamente el principito.

—Te ordeno sentarte —le respondió el rey—, recogiendo majestuosamente un faldón de su manto de armiño.

El principito estaba sorprendido. Aquel planeta era tan pequeño que no se explicaba sobre quién podría reinar aquel rey.

—Señor —le dijo—, perdóneme si le pregunto...

—Te ordeno que me preguntes —se apresuró a decir el rey.

—Señor. . . ¿sobre qué ejerce su poder?

—Sobre todo —contestó el rey con gran ingenuidad.

—¿Sobre todo?

El rey, con un gesto sencillo, señaló su planeta, los otros planetas y las estrellas.

—¿Sobre todo eso? —volvió a preguntar el principito.

—Sobre todo eso. . . —respondió el rey.

No era sólo un monarca absoluto, era, además, un monarca universal.

—¿Y las estrellas le obedecen?

—¡Naturalmente! —le dijo el rey—. Y obedecen en seguida, pues yo no tolero la indisciplina.

Un poder semejante dejó maravillado al principito. Si él disfrutara de un poder de tal naturaleza, hubiese podido asistir en el mismo día, no a cuarenta y tres, sino a setenta y dos, a cien, o incluso a doscientas puestas de sol, sin tener necesidad de arrastrar su silla. Y como se sentía un poco triste al recordar su pequeño planeta abandonado, se atrevió a solicitar una gracia al rey:

—Me gustaría ver una puesta de sol... Deme ese gusto... Ordénele al sol que se ponga...

—Si yo le diera a un general la orden de volar de flor en flor como una mariposa, o de escribir una tragedia, o de transformarse en ave marina y el general no ejecutase la orden recibida ¿de quién sería la culpa, mía o de él?

—La culpa sería de usted —le dijo el principito con firmeza.

—Exactamente. Sólo hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar —continuó el rey. La autoridad se apoya antes que nada en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se tire al mar, el pueblo hará la revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia, porque mis órdenes son razonables.

—¿Entonces mi puesta de sol? —recordó el principito, que jamás olvidaba su pregunta una vez que la había formulado.

—Tendrás tu puesta de sol. La exigiré. Pero, según me dicta mi ciencia gobernante, esperaré que las condiciones sean favorables.

—¿Y cuándo será eso?

—¡Ejem, ejem! —le respondió el rey, consultando previamente un enorme calendario—, ¡ejem, ejem! será hacia... hacia... será hacia las siete cuarenta. Ya verás cómo se me obedece.

El principito bostezó. Lamentaba su puesta de sol frustrada y además se estaba aburriendo ya un

poco.

—Ya no tengo nada que hacer aquí —le dijo al rey—. Me voy.

—No partas —le respondió el rey que se sentía muy orgulloso de tener un súbdito—, no te vayas

y te hago ministro.

—¿Ministro de qué?

—¡De... de justicia!

—¡Pero si aquí no hay nadie a quien juzgar!

—Eso no se sabe —le dijo el rey—. Nunca he recorrido todo mi reino. Estoy muy viejo y el caminar me cansa. Y como no hay sitio para una carroza...

—¡Oh! Pero yo ya he visto. . . —dijo el principito que se inclinó para echar una ojeada al otro lado del planeta—. Allá abajo no hay nadie tampoco. .

—Te juzgarás a ti mismo —le respondió el rey—. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo, que juzgar a los otros. Si consigues juzgarte rectamente es que eres un verdadero sabio.

—Yo puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte y no tengo necesidad de vivir aquí.

—¡Ejem, ejem! Creo —dijo el rey— que en alguna parte del planeta vive una rata vieja; yo la oigo por la noche. Tu podrás juzgar a esta rata vieja. La condenarás a muerte de vez en cuando. Su vida dependería de tu justicia y la indultarás en cada juicio para conservarla, ya que no hay más que una.

—A mí no me gusta condenar a muerte a nadie —dijo el principito—. Creo que me voy a marchar.

—No —dijo el rey.

Pero el principito, que habiendo terminado ya sus preparativos no quiso disgustar al viejo monarca, dijo:

—Si Vuestra Majestad deseara ser obedecido puntualmente, podría dar una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

Como el rey no respondiera nada, el principito vaciló primero y con un suspiro emprendió la

marcha.

—¡Te nombro mi embajador! —se apresuró a gritar el rey. Tenía un aspecto de gran autoridad. "Las personas mayores son muy extrañas", se decía el principito para sí mismo durante el viaje.

XI

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Un admirador viene a visitarme! —Gritó el vanidoso al divisar a lo lejos al principito. Para los vanidosos todos los demás hombres son admiradores.

—¡Buenos días! —dijo el principito—. ¡Qué sombrero tan raro tiene!

—Es para saludar a los que me aclaman —respondió el vanidoso. Desgraciadamente nunca pasa nadie por aquí.

—¿Ah, sí? —preguntó sin comprender el principito.

—Golpea tus manos una contra otra —le aconsejó el vanidoso.

El principito aplaudió y el vanidoso le saludó modestamente levantando el sombrero.

"Esto parece más divertido que la visita al rey", se dijo para sí el principito, que continuó aplaudiendo mientras el vanidoso volvía a saludarle quitándose el sombrero.

A los cinco minutos el principito se cansó con la monotonía de aquel juego.

—¿Qué hay que hacer para que el sombrero se caiga? —preguntó el principito. Pero el vanidoso no le oyó. Los vanidosos sólo oyen las alabanzas.

—¿Tú me admiras mucho, verdad? —preguntó el vanidoso al principito.

—¿Qué significa admirar?

—Admirar significa reconocer que yo soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

—¡Si tú estás solo en tu planeta!

—¡Hazme ese favor, admírame de todas maneras!

—¡Bueno! Te admiro —dijo el principito encogiéndose de hombros—, pero ¿para qué te sirve? Y el principito se marchó.

"Decididamente, las personas mayores son muy extrañas", se decía para sí el principito durante su viaje.

XII

El tercer planeta estaba habitado por un bebedor. Fue una visita muy corta, pues hundió al principito en una gran melancolía.

—¿Qué haces ahí? —preguntó al bebedor que estaba sentado en silencio ante un sinnúmero de botellas vacías y otras tantas botellas llenas.

—¡Bebo! —respondió el bebedor con tono lúgubre.

—¿Por qué bebes? —volvió a preguntar el principito.

—Para olvidar.

—¿Para olvidar qué? —inquirió el principito ya compadecido.

—Para olvidar que siento vergüenza —confesó el bebedor bajando la cabeza.

—¿Vergüenza de qué? —se informó el principito deseoso de ayudarle.

—¡Vergüenza de beber! —concluyó el bebedor, que se encerró nueva y definitivamente en el silencio.

Y el principito, perplejo, se marchó.

"No hay la menor duda de que las personas mayores son muy extrañas", seguía diciéndose para sí el principito durante su viaje.

XIII

El cuarto planeta estaba ocupado por un hombre de negocios. Este hombre estaba tan abstraído que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

—¡Buenos días! —le dijo éste—. Su cigarro se ha apagado.

—Tres y dos cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince. ¡Buenos días! Quince y siete veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiocho y tres treinta y uno. ¡Uf! Esto suma quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

—¿Quinientos millones de qué?

—¿Eh? ¿Estás ahí todavía? Quinientos millones de... ya no sé... ¡He trabajado tanto! ¡Yo soy un hombre serio y no me entretengo en tonterías! Dos y cinco siete...

—¿Quinientos millones de qué? —volvió a preguntar el principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

—Desde hace cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo me han molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, fue por un abejorro que había caído aquí de Dios sabe dónde. Hacía un ruido insoportable y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez por una crisis de reumatismo,

hace once años. Yo no hago ningún ejercicio, pues no tengo tiempo de callejear. Soy un hombre serio. Y la tercera vez... ¡la tercera vez es ésta! Decía, pues, quinientos un millones...

—¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no tenía ninguna esperanza de que lo dejaran en paz.

—Millones de esas pequeñas cosas que algunas veces se ven en el cielo.

—¿Moscas?

—¡No, cositas que brillan!

—¿Abejas?

—No. Unas cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes. ¡Yo soy un hombre serio y no tengo tiempo de desvariar!

—¡Ah! ¿Estrellas?

—Eso es. Estrellas.

—¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

—Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Yo soy un hombre serio y exacto.

—¿Y qué haces con esas estrellas? —¿Que qué hago con ellas?

—Sí.

—Nada. Las poseo.

—¿Que las estrellas son tuyas?

—Sí.

—Yo he visto un rey que...

—Los reyes no poseen nada... Reinan. Es muy diferente.

—¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

—Me sirve para ser rico.

—¿Y de qué te sirve ser rico?

—Me sirve para comprar más estrellas si alguien las descubre.

"Este, se dijo a sí mismo el principito, razona poco más o menos como mi borracho". No obstante le siguió preguntando:

—¿Y cómo es posible poseer estrellas?

—¿De quién son las estrellas? —contestó punzante el hombre de negocios.

—No sé. . . De nadie.

—Entonces son mías, puesto que he sido el primero a quien se le ha ocurrido la idea.

—¿Y eso basta?

—Naturalmente. Si te encuentras un diamante que nadie reclama, el diamante es tuyo. Si encontraras una isla que a nadie pertenece, la isla es tuya. Si eres el primero en tener una idea y la haces patentar, nadie puede aprovecharla: es tuya. Las estrellas son mías, puesto que nadie, antes que yo, ha pensado en poseerlas.

—Eso es verdad —dijo el principito— ¿y qué haces con ellas?

—Las administro. Las cuento y las recuento una y otra vez —contestó el hombre de negocios—.

Es algo difícil. ¡Pero yo soy un hombre serio!

El principito no quedó del todo satisfecho.

—Si yo tengo una bufanda, puedo ponérmela al cuello y llevármela. Si soy dueño de una flor,

puedo cortarla y llevármela también. ¡Pero tú no puedes llevarte las estrellas!

—Pero puedo colocarlas en un banco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que escribo en un papel el número de estrellas que tengo y guardo bajo llave en un cajón ese papel.

—¿Y eso es todo?

—¡Es suficiente!

"Es divertido", pensó el principito. "Es incluso bastante poético. Pero no es muy serio".

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores.

—Yo —dijo aún— tengo una flor a la que riego todos los días; poseo tres volcanes a los que deshollino todas las semanas, pues también me ocupo del que está extinguido; nunca se sabe lo que puede ocurrir. Es útil, pues, para mis volcanes y para mi flor que yo las posea. Pero tú, tú no eres nada útil para las estrellas...

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró respuesta. El principito abandonó aquel planeta.

"Las personas mayores, decididamente, son extraordinarias", se decía a sí mismo con sencillez durante el viaje.

XIV

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y el farolero que lo habitaba. El principito no lograba explicarse para qué servirían allí, en el cielo, en un planeta sin casas y sin población un farol y un farolero. Sin embargo, se dijo a sí mismo:

"Este hombre, quizás, es absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Su trabajo, al menos, tiene sentido. Cuando enciende su farol, es igual que si hiciera nacer una estrella más o una flor y cuando lo apaga hace dormir a la flor o a la estrella. Es una ocupación muy bonita y por ser bonita es verdaderamente útil".

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al farolero:

—¡Buenos días! ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

—Es la consigna —respondió el farolero—. ¡Buenos días!

—¿Y qué es la consigna?

—Apagar mi farol. ¡Buenas noches! Y encendió el farol.

—¿Y por qué acabas de volver a encenderlo?

—Es la consigna.

—No lo comprendo —dijo el principito.

—No hay nada que comprender —dijo el farolero—. La consigna es la consigna. ¡Buenos días! Y apagó su farol.

Luego se enjugó la frente con un pañuelo de cuadros rojos.

—Mi trabajo es algo terrible. En otros tiempos era razonable; apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la tarde. Tenía el resto del día para reposar y el resto de la noche para dormir.

—¿Y luego cambiaron la consigna?

—Ese es el drama, que la consigna no ha cambiado —dijo el farolero—. El planeta gira cada vez más de prisa de año en año y la consigna sigue siendo la misma.

—¿Y entonces? —dijo el principito.

—Como el planeta da ahora una vuelta completa cada minuto, yo no tengo un segundo de reposo. Enciendo y apago una vez por minuto.

—¡Eso es raro! ¡Los días sólo duran en tu tierra un minuto!

—Esto no tiene nada de divertido —dijo el farolero—. Hace ya un mes que tú y yo estamos hablando.

—¿Un mes?

—Sí, treinta minutos. ¡Treinta días! ¡Buenas noches! Y volvió a encender su farol.

El principito lo miró y le gustó este farolero que tan fielmente cumplía la consigna. Recordó las puestas de sol que en otro tiempo iba a buscar arrastrando su silla. Quiso ayudarle a su amigo.

—¿Sabes? Yo conozco un medio para que descanses cuando quieras...

—Yo quiero descansar siempre —dijo el farolero. Se puede ser a la vez fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

—Tu planeta es tan pequeño que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes que hacer más que caminar muy lentamente para quedar siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminarás... y el día durará tanto tiempo cuanto quieras.

—Con eso no adelanto gran cosa —dijo el farolero—, lo que a mí me gusta en la vida es dormir.

—No es una suerte —dijo el principito.

—No, no es una suerte —replicó el farolero—. ¡Buenos días! Y apagó su farol.

Mientras el principito proseguía su viaje, se iba diciendo para sí: "Este sería despreciado por los otros, por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Y, sin embargo, es el único que no me parece ridículo, quizás porque se ocupa de otra cosa y

no de sí mismo. Lanzó un suspiro de pena y continuó diciéndose:

"Es el único de quien pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño y no hay lugar para dos..."

Lo que el principito no se atrevía a confesarse, era que la causa por la cual lamentaba no quedarse en este bendito planeta se debía a las mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol que podría disfrutar cada veinticuatro horas.

XV

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía grandes libros.

—¡Anda, un explorador! —exclamó cuando divisó al principito.

Este se sentó sobre la mesa y reposó un poco. ¡Había viajado ya tanto!

—¿De dónde vienes tú? —le preguntó el anciano.

—¿Qué libro es ese tan grande? —preguntó a su vez el principito—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy geógrafo —dijo el anciano.

—¿Y qué es un geógrafo?

—Es un sabio que sabe donde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Eso es muy interesante —dijo el principito—. ¡Y es un verdadero oficio!

Dirigió una mirada a su alrededor sobre el planeta del geógrafo; nunca había visto un planeta tan majestuoso.

—Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos aquí?

—No puedo saberlo —dijo el geógrafo.

—¡Ah! (El principito se sintió decepcionado). ¿Y montañas?

—No puedo saberlo —repitió el geógrafo.

—¿Y ciudades, ríos y desiertos?

—Tampoco puedo saberlo.

—¡Pero usted es geógrafo!

—Exactamente —dijo el geógrafo—, pero no soy explorador, ni tengo exploradores que me informen. El geógrafo no puede estar de acá para allá contando las ciudades, los ríos, las

montañas, los océanos y los desiertos; es demasiado importante para deambular por ahí. Se queda en su despacho y allí recibe a los exploradores. Les interroga y toma nota de sus informes. Si los informes de alguno de ellos le parecen interesantes, manda hacer una investigación sobre la moralidad del explorador.

—¿Para qué?

—Un explorador que mintiera sería una catástrofe para los libros de geografía. Y también lo sería un explorador que bebiera demasiado.

—¿Por qué? —preguntó el principito.

—Porque los borrachos ven doble y el geógrafo pondría dos montañas donde sólo habría una.

—Conozco a alguien —dijo el principito—, que sería un mal explorador.

—Es posible. Cuando se está convencido de que la moralidad del explorador es buena, se hace una investigación sobre su descubrimiento.

—¿ Se va a ver?

—No, eso sería demasiado complicado. Se exige al explorador que suministre pruebas. Por ejemplo, si se trata del descubrimiento de una gran montaña, se le pide que traiga grandes piedras.

Súbitamente el geógrafo se sintió emocionado:

—Pero... ¡tú vienes de muy lejos! ¡Tú eres un explorador! Vas a describirme tu planeta.

Y el geógrafo abriendo su registro afiló su lápiz. Los relatos de los exploradores se escriben primero con lápiz. Se espera que el explorador presente sus pruebas para pasarlos a tinta.

—¿Y bien? —interrogó el geógrafo.

—¡Oh! Mi tierra —dijo el principito— no es interesante, todo es muy pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno extinguido; pero nunca se sabe...

—No, nunca se sabe —dijo el geógrafo.

—Tengo también una flor.

—De las flores no tomamos nota.

—¿Por qué? ¡Son lo más bonito!

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa "efímera"?

—Las geografías —dijo el geógrafo— son los libros más preciados e interesantes; nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de sitio o que un océano quede sin agua. Los geógrafos escribimos sobre cosas eternas.

—Pero los volcanes extinguidos pueden despertarse —interrumpió el principito—. ¿Qué significa "efímera"?

—Que los volcanes estén o no en actividad es igual para nosotros. Lo interesante es la montaña que nunca cambia.

—Pero, ¿qué significa "efímera"? —repitió el principito que en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada.

—Significa que está amenazado de próxima desaparición.

—¿Mi flor está amenazada de desaparecer próximamente?

—Indudablemente.

"Mi flor es efímera —se dijo el principito— y no tiene más que cuatro espinas para defenderse

contra el mundo. ¡Y la he dejado allá sola en mi casa!". Por primera vez se arrepintió de haber dejado su planeta, pero bien pronto recobró su valor.

—¿Qué me aconseja usted que visite ahora? —preguntó.

—La Tierra —le contestó el geógrafo—. Tiene muy buena reputación... Y el principito partió pensando en su flor.

XVI

El séptimo planeta fue, por consiguiente, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en él ciento once reyes (sin olvidar, naturalmente, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.

Para darles una idea de las dimensiones de la Tierra yo les diría que antes de la invención de la electricidad había que mantener sobre el conjunto de los seis continentes un verdadero

ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Vistos desde lejos, hacían un espléndido efecto. Los movimientos de este ejército estaban regulados como los de un ballet de ópera. Primero venía el turno de los faroleros de Nueva Zelandia y de Australia. Encendían sus faroles y se iban a dormir. Después tocaba el turno en la danza a los faroleros de China y Siberia, que a su vez se perdían entre bastidores. Luego seguían los faroleros de Rusia y la India, después los de África y Europa y finalmente, los de América del Sur y América del Norte. Nunca se equivocaban en su orden de entrada en escena. Era grandioso.

Solamente el farolero del único farol del polo norte y su colega del único farol del polo sur, llevaban una vida de ociosidad y descanso. No trabajaban más que dos veces al año.

XVII

Cuando se quiere ser ingenioso, sucede que se miente un poco. No he sido muy honesto al hablar de los faroleros y corro el riesgo de dar una falsa idea de nuestro planeta a los que no

lo conocen. Los hombres ocupan muy poco lugar sobre la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que la pueblan se pusieran de pie y un poco apretados, como en un mitin, cabrían fácilmente en una plaza de veinte millas de largo por veinte de ancho. La humanidad podría amontonarse sobre el más pequeño islote del Pacífico.

Las personas mayores no les creerán, seguramente, pues siempre se imaginan que ocupan mucho sitio. Se creen importantes como los baobabs. Les dirán, pues, que hagan el cálculo; eso les gustará ya que adoran las cifras. Pero no es necesario que pierdan el tiempo inútilmente, puesto que tienen confianza en mí.

El principito, una vez que llegó a la Tierra, quedó sorprendido de no ver a nadie. Tenía miedo de haberse equivocado de planeta, cuando un anillo de color de luna se revolvió en la arena.

—¡Buenas noches! —dijo el principito.

—¡Buenas noches! —dijo la serpiente.

—¿Sobre qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—Sobre la Tierra, en África —respondió la serpiente.

—¡Ah! ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?

—Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es muy grande —dijo la serpiente. El principito se sentó en una piedra y elevó los ojos al cielo.

—Yo me pregunto —dijo— si las estrellas están encendidas para que cada cual pueda un día encontrar la suya. Mira mi planeta; está precisamente encima de nosotros... Pero... ¡qué lejos está!

—Es muy bella —dijo la serpiente—. ¿Y qué vienes tú a hacer aquí?

—Tengo problemas con una flor —dijo el principito.

—¡Ah!

Y se callaron.

—¿Dónde están los hombres? —prosiguió por fin el principito. Se está un poco solo en el desierto...

—También se está solo donde los hombres —afirmó la serpiente.

El principito la miró largo rato y le dijo: —Eres un bicho raro, delgado como un dedo...

—Pero soy más poderoso que el dedo de un rey —le interrumpió la serpiente. El principito sonrió:

—No me pareces muy poderoso... ni siquiera tienes patas... ni tan siquiera puedes viajar...

—Puedo llevarte más lejos que un navío —dijo la serpiente.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro.

—Al que yo toco, le hago volver a la tierra de donde salió. Pero tú eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió.

—Me das lástima, tan débil sobre esta tierra de granito. Si algún día echas mucho de menos tu planeta, puedo ayudarte. Puedo...

—¡Oh! —dijo el principito—. Te he comprendido. Pero ¿por qué hablas con enigmas?

—Yo los resuelvo todos —dijo la serpiente. Y se callaron.

XVIII

El principito atravesó el desierto en el que sólo encontró una flor de tres pétalos, una flor de nada.

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —dijo la flor.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó cortésmente el principito. La flor, un día, había visto pasar una caravana.

—¿Los hombres? No existen más que seis o siete, me parece. Los he visto hace ya años y

nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los pasea. Les faltan las raíces. Esto les molesta.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —dijo la flor.

XIX

El principito escaló hasta la cima de una alta montaña. Las únicas montañas que él había conocido eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. El volcán extinguido lo utilizaba

como taburete. "Desde una montaña tan alta como ésta, se había dicho, podré ver todo el planeta y a todos los hombres..." Pero no alcanzó a ver más que algunas puntas de rocas.

—¡Buenos días! —exclamó el principito al acaso.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días! —respondió el eco.

—¿Quién eres tú? —preguntó el principito.

—¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... —contestó el eco.

—Sed mis amigos, estoy solo —dijo el principito.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —repitió el eco.

"¡Qué planeta más raro! —pensó entonces el principito—, es seco, puntiagudo y salado. Y los hombres carecen de imaginación; no hacen más que repetir lo que se les dice... En mi tierra tenía una flor: hablaba siempre la primera... "

XX

Pero sucedió que el principito, habiendo atravesado arenas, rocas y nieves, descubrió

finalmente un camino. Y los caminos llevan siempre a la morada de los hombres.

—¡Buenos días! —dijo.

Era un jardín cuajado de rosas.

—¡Buenos días! —dijeran las rosas.

El principito las miró. ¡Todas se parecían tanto a su flor!

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó estupefacto.

—Somos las rosas —respondieron éstas.

—¡Ah! —exclamó el principito.

Y se sintió muy desgraciado. Su flor le había dicho que era la única de su especie en todo el universo. ¡Y ahora tenía ante sus ojos más de cinco mil todas semejantes, en un solo jardín!

Si ella viese todo esto, se decía el principito, se sentiría vejada, tosería muchísimo y simularía morir para escapar al ridículo. Y yo tendría que fingirle cuidados, pues sería capaz de dejarse morir verdaderamente para humillarme a mí también... "

Y luego continuó diciéndose: "Me creía rico con una flor única y resulta que no tengo más que

una rosa ordinaria. Eso y mis tres volcanes que apenas me llegan a la rodilla y uno de los cuales acaso esté extinguido para siempre. Realmente no soy un gran príncipe... " Y echándose sobre la hierba, el principito lloró.

XXI

Entonces apareció el zorro:

—¡Buenos días! —dijo el zorro.

—¡Buenos días! —respondió cortésmente el principito que se volvió pero no vio nada.

—Estoy aquí, bajo el manzano —dijo la voz.

—¿Quién eres tú? —preguntó el principito—. ¡Qué bonito eres!

—Soy un zorro —dijo el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—, ¡estoy tan triste!

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—, no estoy domesticado.

—¡Ah, perdón! —dijo el principito.

Pero después de una breve reflexión, añadió:

—¿Qué significa "domesticar"?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro— ¿qué buscas?

—Busco a los hombres —le respondió el principito—. ¿Qué significa "domesticar"?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen escopetas y cazan. ¡Es muy molesto! Pero también crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Tú buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"? —volvió a preguntar el principito.

—Es una cosa ya olvidada —dijo el zorro—, significa "crear vínculos... "

—¿Crear vínculos?

—Efectivamente, verás —dijo el zorro—. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo...

—Comienzo a comprender —dijo el principito—. Hay una flor... creo que ella me ha domesticado...

—Es posible —concedió el zorro—, en la Tierra se ven todo tipo de cosas.

—¡Oh, no es en la Tierra! —exclamó el principito. El zorro pareció intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Qué interesante! ¿Y gallinas?

—No.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro. Y después volviendo a su idea:

—Mi vida es muy monótona. Cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres son iguales; por consiguiente me aburro un poco. Si tú me domesticas, mi vida estará llena de sol. Conoceré el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra; los tuyos me llamarán

fuera de la madriguera como una música. Y además, ¡mira! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan y por lo tanto el trigo es para mí algo inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada y eso me pone triste. ¡Pero tú tienes los cabellos dorados y será algo maravilloso cuando me domestiques! El trigo, que es dorado también, será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo.

El zorro se calló y miró un buen rato al principito:

—Por favor... domestícame —le dijo.

—Bien quisiera —le respondió el principito pero no tengo mucho tiempo. He de buscar amigos y conocer muchas cosas.

—Sólo se conocen bien las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Lo compran todo hecho en las tiendas. Y como no hay tiendas donde vendan amigos, los hombres no tienen ya amigos. ¡Si quieres un amigo, domestícame!

—¿Qué debo hacer? —preguntó el principito.

—Debes tener mucha paciencia —respondió el zorro—. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en el suelo; yo te miraré con el rabillo del ojo y tú no me dirás nada. El lenguaje es fuente de malos entendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

El principito volvió al día siguiente.

—Hubiera sido mejor —dijo el zorro— que vinieras a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde; desde las tres yo empezaría a ser dichoso. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro me sentiré agitado e inquieto, descubriré así lo que vale la felicidad. Pero si tú vienes a cualquier hora, nunca sabré cuándo preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —inquirió el principito.

—Es también algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día no se parezca a otro día y que una hora sea diferente a otra. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. Los jueves bailan con las muchachas del pueblo. Los jueves entonces son días maravillosos en los que puedo ir de paseo

hasta la viña. Si los cazadores no bailaran en día fijo, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.

De esta manera el principito domesticó al zorro. Y cuando se fue acercando el día de la partida:

—¡Ah! —dijo el zorro—, lloraré.

—Tuya es la culpa —le dijo el principito—, yo no quería hacerte daño, pero tú has querido que te domestique...

—Ciertamente —dijo el zorro.

—¡Y vas a llorar!, —dijo él principito.

—¡Seguro!

—No ganas nada.

—Gano —dijo el zorro— he ganado a causa del color del trigo. Y luego añadió:

—Vete a ver las rosas; comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

El principito se fue a ver las rosas a las que dijo:

—No son nada, ni en nada se parecen a mi rosa. Nadie las ha domesticado ni ustedes han

domesticado a nadie. Son como el zorro era antes, que en nada se diferenciaba de otros cien mil zorros. Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Las rosas se sentían molestas oyendo al principito, que continuó diciéndoles:

—Son muy bellas, pero están vacías y nadie daría la vida por ustedes. Cualquiera que las vea podrá creer indudablemente que mí rosa es igual que cualquiera de ustedes. Pero ella se sabe más importante que todas, porque yo la he regado, porque ha sido a ella a la que abrigué con el fanal, porque yo le maté los gusanos (salvo dos o tres que se hicieron mariposas) y es a ella a la que yo he oído quejarse, alabarse y algunas veces hasta callarse. Porque es mi rosa, en fin.

Y volvió con el zorro.

—Adiós —le dijo.

—Adiós —dijo el zorro—. He aquí mi secreto, que no puede ser más simple : sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos.

—Lo esencial es invisible para los ojos —repitió el principito para acordarse.

—Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que tú has perdido con ella.

—Es el tiempo que yo he perdido con ella... —repitió el principito para recordarlo.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—, pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Tú eres responsable de tu rosa...

—Yo soy responsable de mi rosa... —repitió el principito a fin de recordarlo.

XXII

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —respondió el guardavía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el principito.

—Formo con los viajeros paquetes de mil y despacho los trenes que los llevan, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Y un tren rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la caseta del guardavía.

—Tienen mucha prisa —dijo el principito—. ¿Qué buscan?

—Ni siquiera el conductor de la locomotora lo sabe —dijo el guardavía. Un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.

—¿Ya vuelve? —preguntó el principito.

—No son los mismos —contestó el guardavía—. Es un cambio.

—¿No se sentían contentos donde estaban?

—Nunca se siente uno contento donde está —respondió el guardavía. Y rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.

—¿Van persiguiendo a los primeros vi ajeros? —preguntó el principito.

—No persiguen absolutamente nada —le dijo el guardavía—; duermen o bostezan allí dentro. Únicamente los niños aplastan su nariz contra los vidrios.

—Únicamente los niños saben lo que buscan —dijo el principito. Pierden el tiempo con una muñeca de trapo que viene a ser lo más importante para ellos y si se la quitan, lloran...

—¡Qué suerte tienen! —dijo el guardavía.

XXIII

—¡Buenos días! —dijo el principito.

—¡Buenos días! —respondió el comerciante.

Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que quitan la sed. Se toma una por semana y ya no se sienten ganas de beber.

—¿Por qué vendes eso? —preguntó el principito.

—Porque con esto se economiza mucho tiempo. Según el cálculo hecho por los expertos, se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Lo que cada uno quiere... "

"Si yo dispusiera de cincuenta y tres minutos —pensó el principito— caminaría suavemente hacia una fuente..."

XXIV

Era el octavo día de mi avería en el desierto y había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi provisión de agua.

—¡Ah —le dije al principito—, son muy bonitos tus cuentos, pero yo no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!

—Mi amigo el zorro..., me dijo...

—No se trata ahora del zorro, muchachito...

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y replicó:

—Es bueno haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.

"Es incapaz de medir el peligro —me dije — Nunca tiene hambre ni sed y un poco de sol le basta..."

El principito me miró y respondió a mi pensamiento:

—Tengo sed también... vamos a buscar un pozo. ..

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto.

Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Después de dos horas de caminar en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Yo las veía como en sueño, pues a causa de la sed tenía un poco de fiebre. Las palabras del principito danzaban en mi mente.

—¿Tienes sed, tú también? —le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, diciéndome simplemente:

—El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí sus palabras, pero me callé; sabía muy bien que no había que interrogarlo.

El principito estaba cansado y se sentó; yo me senté a su lado y después de un silencio me dijo:

—Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve...

Respondí "seguramente" y miré sin hablar los pliegues que la arena formaba bajo la luna.

—El desierto es bello —añadió el principito.

Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna, nada se ve,

nada se oye y sin embargo, algo resplandece en el silencio...

—Lo que más embellece al desierto —dijo el principito— es el pozo que oculta en algún sitio...

Me quedé sorprendido al comprender súbitamente ese misterioso resplandor de la arena. Cuando yo era niño vivía en una casa antigua en la que, según la leyenda, había un tesoro escondido. Sin duda que nadie supo jamás descubrirlo y quizás nadie lo buscó, pero parecía toda encantada por ese tesoro. Mi casa ocultaba un secreto en el fondo de su corazón...

—Sí —le dije al principito— ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que les embellece es invisible.

—Me gusta —dijo el principito— que estés de acuerdo con mi zorro.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y me puse nuevamente en camino. Me sentía emocionado llevando aquel frágil tesoro, y me parecía que nada más frágil había sobre la Tierra. Miraba a la luz de la luna aquella frente

pálida, aquellos ojos cerrados, los cabellos agitados por el viento y me decía: "lo que veo es sólo la corteza; lo más importante es invisible... "

Como sus labios entreabiertos esbozaron una sonrisa, me dije: "Lo que más me emociona de este principito dormido es su fidelidad a una flor, es la imagen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme... " Y lo sentí más frágil aún. Pensaba que a las lámparas hay que protegerlas: una racha de viento puede apagarlas...

Continué caminando y al rayar el alba descubrí el pozo.

XXV

—Los hombres —dijo el principito— se meten en los rápidos pero no saben dónde van ni lo que quieren. . . Entonces se agitan y dan vueltas...

Y añadió:

—¡No vale la pena!...

El pozo que habíamos encontrado no se parecía en nada a los pozos saharianos. Estos pozos son simples agujeros que se abren en la arena. El que teníamos ante nosotros parecía el pozo de un pueblo; pero por allí no había ningún pueblo y me parecía estar soñando.

—¡Es extraño! —le dije al principito—. Todo está a punto: la roldana, el balde y la cuerda...

Se rió y tocó la cuerda; hizo mover la roldana. Y la roldana gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho.

—¿Oyes? —dijo el principito—. Hemos despertado al pozo y canta. No quería que el principito hiciera el menor esfuerzo y le dije:

—Déjame a mí, es demasiado pesado para ti.

Lentamente subí el cubo hasta el brocal donde lo dejé bien seguro. En mis oídos sonaba aún el canto de la roldana y veía temblar al sol en el agua agitada.

—Tengo sed de esta agua —dijo el principito—, dame de beber...

¡Comprendí entonces lo que él había buscado!

Levanté el balde hasta sus labios y el principito bebió con los ojos cerrados. Todo era bello como una fiesta. Aquella agua era algo más que un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo para el corazón. Cuando yo era niño, las luces del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas, daban su resplandor a mi regalo de Navidad.

—Los hombres de tu tierra —dijo el principito— cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

—No lo encuentran nunca —le respondí. —Y sin embargo, lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua...

—Sin duda, respondí. Y el principito añadió:

—Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Yo había bebido y me encontraba bien. La arena, al alba, era color de miel, del que gozaba hasta sentirme dichoso. ¿Por qué había de sentirme triste?

—Es necesario que cumplas tu promesa —dijo dulcemente el principito que nuevamente se había sentado junto a mí.

—¿Qué promesa?

—Ya sabes... el bozal para mi cordero... soy responsable de mi flor.

Saqué del bolsillo mis esbozos de dibujo. El principito los miró y dijo riendo:

—Tus baobabs parecen repollos...

—¡Oh! ¡Y yo que estaba tan orgulloso de mis baobabs!

—Tu zorro tiene orejas que parecen cuernos; son demasiado largas. Y volvió a reír.

—Eres injusto, muchachito; yo no sabía dibujar más que boas cerradas y boas abiertas.

—¡Oh, todo se arreglará! —dijo el principito—. Los niños entienden. Bosquejé, pues, un bozal y se lo alargué con el corazón oprimido:

—Tú tienes proyectos que yo ignoro...

Pero no me respondió.

—¿Sabes? —me dijo—. Mañana hace un año de mi caída en la Tierra... Y después de un silencio, añadió:

—Caí muy cerca de aquí...

El principito se sonrojó y nuevamente, sin comprender por qué, experimenté una extraña tristeza. Sin embargo, se me ocurrió preguntar:

—Entonces no te encontré por azar hace ocho días, cuando paseabas por estos lugares, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. ¿Es que volvías al punto de tu caída?

El principito enrojeció nuevamente. Y añadí vacilante.

—¿Quizás por el aniversario?

El principito se ruborizó una vez más. Aunque nunca respondía a las preguntas, su rubor significaba una respuesta afirmativa.

—¡Ah! —le dije— tengo miedo. Pero él me respondió:

—Tú debes trabajar ahora; vuelve, pues, junto a tu máquina, que yo te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde.

Pero yo no estaba tranquilo y me acordaba del zorro. Si se deja uno domesticar, se expone a llorar un poco...

XXVI

Al lado del pozo había una ruina de un viejo muro de piedras. Cuando volví de mi trabajo al día siguiente por la tarde, vi desde lejos al principito sentado en lo alto con las piernas colgando. Lo oí que hablaba.

—¿No te acuerdas? ¡N o es aquí con exactitud! Alguien le respondió sin duda, porque él replicó:

—¡Sí, sí; es el día, pero no es este el lugar!

Proseguí mi marcha hacia el muro, pero no veía ni oía a nadie. Y sin embargo, el principito replicó de nuevo.

—¡Claro! Ya verás dónde comienza mi huella en la arena. No tienes más que esperarme, que allí estaré yo esta noche.

Yo estaba a veinte metros y continuaba sin distinguir nada. El principito, después de un silencio, dijo aún:

—¿Tienes un buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho? Me detuve con el corazón oprimido, siempre sin comprender.

—¡Ahora vete —dijo el principito—, quiero volver a bajarme!

Dirigí la mirada hacia el pie del muro e instintivamente di un brinco. Una serpiente de esas amarillas que matan a una persona en menos de treinta segundos, se erguía en dirección al principito. Echando mano al bolsillo para sacar mi revólver, apreté el paso, pero, al ruido que hice, la serpiente se dejó deslizar suavemente por la arena como un surtidor que muere, y, sin apresurarse demasiado, se escurrió entre las piedras con un ligero ruido metálico.

Llegué junto al muro a tiempo de recibir en mis brazos a mi principito, que estaba blanco como la

nieve.

—¿Pero qué historia es ésta? ¿De charla también con las serpientes?

Le quité su eterna bufanda de oro, le humedecí las sienes y le di de beber, sin atreverme a

hacerle pregunta alguna. Me miró gravemente rodeándome el cuello con sus brazos. Sentí latir su corazón, como el de un pajarillo que muere a tiros de carabina.

—Me alegra —dijo el principito— que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Así podrás volver a tu tierra...

—¿Cómo lo sabes?

Precisamente venía a comunicarle que, a pesar de que no lo esperaba, había logrado terminar mi

trabajo.

No respondió a mi pregunta, sino que añadió:

—También yo vuelvo hoy a mi planeta... Luego, con melancolía:

—Es mucho más lejos... y más difícil...

Me daba cuenta de que algo extraordinario pasaba en aquellos momentos. Estreché al principito entre mis brazos como sí fuera un niño pequeño, y no obstante, me pareció que descendía en picada hacia un abismo sin que fuera posible hacer nada para retenerlo.

Su mirada, seria, estaba perdida en la lejanía.

—Tengo tu cordero y la caja para el cordero. Y tengo también el bozal. Y sonreía melancólicamente.

Esperé un buen rato. Sentía que volvía a entrar en calor poco a poco:

—Has tenido miedo, muchachito...

Lo había tenido, sin duda, pero sonrió con dulzura:

—Esta noche voy a tener más miedo...

Me quedé de nuevo helado por un sentimiento de algo irreparable. Comprendí que no podía soportar la idea de no volver a oír nunca más su risa. Era para mí como una fuente en el desierto.

—Muchachito, quiero oír otra vez tu risa... Pero él me dijo:

—Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

—¿No es cierto —le interrumpí— que toda esta historia de serpientes, de citas y de estrellas es tan sólo una pesadilla?

Pero el principito no respondió a mi pregunta y dijo:

—Lo más importante nunca se ve...

—Indudablemente...

—Es lo mismo que la flor. Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas han florecido.

—Es indudable...

—Es como el agua. La que me diste a beber, gracias a la roldana y la cuerda, era como una música ¿te acuerdas? ¡Qué buena era!

—Sí, cierto...

—Por la noche mirarás las estrellas; mi casa es demasiado pequeña para que yo pueda señalarte dónde se encuentra. Así es mejor; mi estrella será para ti una cualquiera de ellas. Te gustará entonces mirar todas las estrellas. Todas ellas serán tus amigas. Y además, te haré un regalo...

Y rió una vez más.

—¡Ah, muchachito, muchachito, cómo me gusta oír tu risa!

—Mi regalo será ése precisamente, será como el agua...

—¿Qué quieres decir?

La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son guías; para otros sólo son pequeñas lucecitas. Para los sabios las estrellas son problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie ha tenido...

—¿Qué quieres decir? —Cuando por las noches mires al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo riendo, será para ti como si todas las estrellas riesen. ¡Tú sólo tendrás estrellas que saben reír!

Y rió nuevamente.

—Cuando te hayas consolado (siempre se consuela uno) estarás contento de haberme conocido. Serás mi amigo y tendrás ganas de reír conmigo. Algunas veces abrirás tu ventana sólo por placer y tus amigos quedarán asombrados de verte reír mirando al cielo. Tú les explicarás: "Las estrellas me hacen reír

siempre". Ellos te creerán loco. Y yo te habré jugado una mala pasada...

Y se rió otra vez.

—Será como si en vez de estrellas, te hubiese dado multitud de cascabelitos que saben reír... Una vez más dejó oír su risa y luego se puso serio.

—Esta noche ¿sabes? no vengas...

—No te dejaré.

—Pareceré enfermo... Parecerá un poco que me muero... es así. ¡No vale la pena que vengas a ver eso...!

—No te dejaré.

Pero estaba preocupado.

—Te digo esto por la serpiente; no debe morderte. Las serpientes son malas. A veces muerden por gusto...

—He dicho que no te dejaré. Pero algo lo tranquilizó.

—Bien es verdad que no tienen veneno para la segunda mordedura...

Aquella noche no lo vi ponerse en camino. Cuando le alcancé marchaba con paso rápido y decidido y me dijo solamente:

—¡Ah, estás ahí!

Me cogió de la mano y todavía se atormentó:

—Has hecho mal. Tendrás pena. Parecerá que estoy muerto, pero no es verdad. Yo me callaba.

—¿Comprendes? Es demasiado lejos y no puedo llevar este cuerpo que pesa demasiado. Seguí callado.

—Será como una corteza vieja que se abandona. No son nada tristes las viejas cortezas... Yo me callaba. El principito perdió un poco de ánimo. Pero hizo un esfuerzo y dijo:

—Será agradable ¿sabes? Yo miraré también las estrellas. Todas serán pozos con roldana herrumbrosa. Todas las estrellas me darán de beber.

Yo me callaba.

—¡Será tan divertido! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles y yo quinientos millones de fuentes...

El principito se calló también; estaba llorando.

—Es allí; déjame ir solo.

Se sentó porque tenía miedo. Dijo aún:

—¿Sabes?... mi flor... soy responsable... ¡y ella es tan débil y tan inocente! Sólo tiene cuatro espinas para defenderse contra todo el mundo...

Me senté, ya no podía mantenerme en pie.

—Ahí está... eso es todo...

Vaciló todavía un instante, luego se levantó y dio un paso. Yo no pude moverme.

Un relámpago amarillo centelleó en su tobillo. Quedó un instante inmóvil, sin exhalar un grito.

Luego cayó lentamente como cae un árbol, sin hacer el menor ruido a causa de la arena.

XXVII

Ahora hace ya seis años de esto. Jamás he contado esta historia y los compañeros que me vuelven a ver se alegran de encontrarme vivo. Estaba triste, pero yo les decía: "Es el cansancio".

Al correr del tiempo me he consolado un poco, pero no completamente. Sé que ha vuelto a su planeta, pues al amanecer no encontré su cuerpo, que no era en realidad tan pesado... Y me gusta por la noche escuchar a las estrellas, que suenan como quinientos millones de cascabeles...

Pero sucede algo extraordinario. Al bozal que dibujé para el principito se me olvidó añadirle la correa de cuero; no habrá podido atárselo al cordero. Entonces me pregunto:

"¿Qué habrá sucedido en su planeta? Quizás el cordero se ha comido la flor..."

A veces me digo: "¡Seguro que no! El principito cubre la flor con su fanal todas las noches y vigila a su cordero". Entonces me siento dichoso y todas las estrellas ríen dulcemente.

Pero otras veces pienso: "Alguna que otra vez se distrae uno y eso basta. Si una noche ha olvidado poner el fanal o el cordero ha salido sin hacer ruido, durante la noche...". Y entonces los cascabeles se convierten en lágrimas...

Y ahí está el gran misterio. Para ustedes que quieren al principito, lo mismo que para mí, nada en el universo habrá cambiado si en cualquier parte, quien sabe dónde, un cordero desconocido se ha comido o no se ha comido una rosa...

Pero miren al cielo y pregúntense: el cordero ¿se ha comido la flor? Y veréis cómo todo cambia...

¡Ninguna persona mayor comprenderá jamás que esto sea verdaderamente importante!

Este es para mí el paisaje más hermoso y el más triste del mundo. Es el mismo paisaje de la página anterior que he dibujado una vez más para que lo vean bien. Fue aquí donde el principito apareció sobre la Tierra, desapareciendo luego.

Examínenlo atentamente para que sepan reconocerlo, si algún día, viajando por África cruzan el desierto. Si por casualidad pasan por allí, no se apresuren, se los ruego, y deténganse un poco, precisamente bajo la estrella. Si un niño llega hasta ustedes, si este niño ríe y tiene cabellos de oro y nunca

responde a sus preguntas, adivinarán en seguida quién es. ¡Sean amables con él! Y comuníquenme rápidamente que ha regresado. ¡No me dejen tan triste!

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

El regalo

Ray Bradbury

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Al día siguiente sería Navidad y, mientras los tres se dirigían a la base de lanzamiento, los padres estaban preocupados. Era el primer vuelo espacial de su hijo, su primer viaje en cohete, y querían que todo fuera perfecto. Por eso, cuando en la aduana les obligaron a dejar el regalo, que pesaba unos gramos más de lo permitido, y el arbolito con sus bonitas velas blancas, les pareció como si les hubieran despojado de la celebración navideña y de su amor.

El niño los esperaba en la terminal. Mientras iban hacia él, después de discutir en vano con los oficiales interplanetarios, los padres se dijeron en voz baja:

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada, nada. No *podemos* hacer nada.

—¡Estúpidas normas!

—¡Con la ilusión que le hacía el árbol!

La sirena aulló, y los pasajeros corrieron al cohete de Marte. Los padres entraron los últimos, y el niño, entre ellos, pálido y silencioso.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo el padre.

—¿Qué…? —preguntó el niño.

El cohete despegó, y se vieron lanzados a la oscuridad del espacio.

El cohete siguió avanzando con una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, el 24 de diciembre del 2052, para dirigirse a un lugar donde no existía el tiempo, ni los meses, ni los años, ni las horas. Los pasajeros durmieron el resto del primer “día”. Hacia medianoche, según la hora terráquea que marcaban sus relojes neoyorquinos, el niño se despertó y dijo:

—Quiero mirar por el portillo.

Solo había un portillo, una gran “ventana” de cristal increíblemente grueso, en la cubierta superior.

—Todavía no —dijo el padre—. Te llevaré más tarde.

—Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.

—Quiero que esperes por un motivo —dijo el padre.

Había estado despierto, volviéndose de un lado para otro, pensando en el regalo abandonado, en la fiesta de Navidad, en el árbol perdido y las velas blancas. Y, finalmente, hacía apenas cinco minutos, creía haber tenido una idea. Si conseguía ponerla en práctica, el viaje sería maravilloso.

—Hijo mío —dijo—, dentro de media hora exactamente será Navidad.

—Oh —exclamó la madre consternada, pues no quería que se lo dijera. Esperaba, de algún modo, que el pequeño lo olvidara.

La cara del niño se animó. Le temblaron los labios.

—Sí, ya lo sé. Tendré un regalo, ¿verdad? ¿Tendré un árbol? ¿Tendré un árbol?

Me lo prometisteis…

—Sí, sí, todo eso y mucho más —contestó el padre.

—Pero… —empezó a decir la madre.

—Lo digo en serio —dijo el padre—. Lo digo completamente en serio. Y ahora disculpadme. Enseguida vuelvo.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

—¡Qué poco falta!

—¿Me prestas tu reloj? —preguntó el niño.

Le dieron el reloj, que el pequeño sujetó entre los dedos mientras continuaba su tictac en medio del fuego, del silencio y del movimiento imperceptible del cohete.

—¡*Ya* es Navidad! ¡Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

—Vamos a verlo —dijo el padre, cogiéndole del hombro.

Salieron de la cabina, bajaron a la entrada y subieron por una rampa; la madre los seguía.

—No entiendo nada —repetía ella.

—Enseguida lo entenderás. Ya hemos llegado.

Se detuvieron ante la puerta cerrada de una gran cabina. El padre llamó tres veces, y

luego dos, en código. La puerta se abrió, y llegó hasta ellos la luz de la cabina y un murmullo de voces.

—Entra, hijo —dijo el padre.

—Está oscuro.

—Te llevaré de la mano. Vamos, mamá.

Entraron en la cabina y la puerta se cerró; el interior estaba realmente oscuro. Y apareció ante ellos un gigantesco ojo de cristal, de un metro y medio de alto por dos de ancho, por el que se veía el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás de él, el padre y la madre se quedaron también sin aliento; y, en medio de la oscuridad, varias personas empezaron a cantar.

—Feliz Navidad, hijo —exclamó el padre.

Las voces de la cabina entonaron los viejos y familiares villancicos; el niño avanzó lentamente y aplastó la cara contra el cristal helado del portillo. Y se quedó un montón de tiempo mirando el espacio, la noche profunda y el resplandor, el resplandor de

cien mil millones de maravillosas velas blancas…

FIN

https://cuentosinfantiles.top

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen

1805-1875

BIBLIOTECA DIGITAL ONILCE

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

Hace muchos años había un emperador tan aficionado a los trajes nuevos, que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia.

No se interesaba por sus soldados ni por el teatro, ni le gustaba salir de paseo por el campo, a menos que fuera para lucir sus trajes nuevos. Tenía un vestido distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey: "Está en el consejo", de nuestro hombre se decía: "El emperador está en el vestuario".

La ciudad en que vivía el emperador era muy alegre y bulliciosa. Todos los días llegaban a ella muchísimos extranjeros, y una vez se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando que sabían tejer las más maravillosas telas. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediablemente estúpida.

—¡Deben ser vestidos magníficos! —pensó el emperador—. Si los tuviese, podría averiguar qué funcionarios del reino son ineptos para el cargo que ocupan. Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos. Nada, que se pongan enseguida a tejer la tela—. Y mandó abonar a los dos pícaros un buen adelanto en metálico, para que pusieran manos a la obra cuanto antes.
Ellos montaron un telar y simularon que trabajaban; pero no tenían nada en la máquina. A pesar de ello, se hicieron suministrar las sedas más finas y el oro de mejor calidad, que se embolsaron bonitamente, mientras seguían haciendo como que trabajaban en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

«Me gustaría saber si avanzan con la tela», pensó el emperador. Pero había una cuestión que lo tenía un tanto cohibido, a saber, que un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo; sobre este punto estaba tranquilo; pero, por si acaso, prefería enviar primero a otro, para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Todos los habitantes de la ciudad

estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz.

«Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los tejedores —pensó el emperador—. Es un hombre honrado y el más indicado para juzgar de las cualidades de la tela, pues tiene talento, y no hay quien desempeñe el cargo como él».
El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos embaucadores, los cuales seguían trabajando en los telares vacíos.

«¡Dios nos ampare! —pensó el ministro para sus adentros, abriendo unos ojos como naranjas—. ¡Pero si no veo nada!». Sin embargo, no soltó palabra.

Los dos fulleros le rogaron que se acercase y le preguntaron si no encontraba magníficos el color y el dibujo. Le señalaban el telar vacío, y el pobre hombre seguía con los ojos desencajados, pero sin ver nada, puesto que nada había.

«¡Dios santo! —pensó—. ¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído, y nadie tiene que saberlo. ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No, desde luego no puedo decir que no he visto la tela».
—¿Qué? ¿No dice su excelencia nada del tejido? —preguntó uno de los tejedores.
—¡Oh, precioso, maravilloso! —respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes—. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, diré al emperador que me ha gustado extraordinariamente.
—Nos da una buena alegría —respondieron los dos tejedores, dándole los nombres de los colores y describiéndole el raro dibujo.

El viejo tuvo buen cuidado de quedarse las explicaciones en la memoria para poder repetirlas al emperador; y así lo hizo.
Los estafadores pidieron entonces más dinero, seda y oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Todo fue a parar a sus bolsillos, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Poco después el emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado de la tela e informarse de si quedaría pronto lista. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver.

—¿Verdad que es una tela bonita? —preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

«Yo no soy tonto —pensó el hombre—, y el empleo que tengo no lo suelto. Sería muy fastidioso. Es preciso que nadie se dé cuenta». Y se deshizo en alabanzas de la tela que no veía, y ponderó su entusiasmo por aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo.

—¡Es digno de admiración! —dijo al emperador.

Todos los moradores de la capital hablaban de la magnífica tela, tanto, que el emperador quiso verla con sus propios ojos antes de que la sacasen del telar. Seguido de una multitud de personajes escogidos, entre los cuales figuraban los dos

probos funcionarios de marras, se encaminó a la casa donde paraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo con todas sus fuerzas, aunque sin hebras ni hilados.

—¿Verdad que es admirable? —preguntaron los dos honrados dignatarios—. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos —y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían la tela.

«¡Cómo! —pensó el Emperador—. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no sirvo para emperador? Sería espantoso».
—¡Oh, sí, es muy bonita! —dijo—. Me gusta, la apruebo—. Y con un gesto de agrado miraba el telar vacío; no quería confesar que no veía nada.

Todos los componentes de su séquito miraban y remiraban, pero ninguno sacaba nada en limpio; no obstante, todo era exclamar, como el emperador: —¡oh, qué bonito!—, y le aconsejaron que estrenase los vestidos confeccionados con aquella tela en la procesión que debía celebrarse próximamente. —¡Es preciosa, elegantísima,

estupenda!— corría de boca en boca, y todo el mundo parecía extasiado con ella.

El Emperador concedió una condecoración a cada uno de los dos bribones para que se las prendieran en el ojal, y los nombró tejedores imperiales.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con dieciséis lámparas encendidas, para que la gente viese que trabajaban activamente en la confección de los nuevos vestidos del Soberano. Simularon quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla con agujas sin hebra; finalmente, dijeron: —¡Por fin, el vestido está listo!

Llegó el Emperador en compañía de sus caballeros principales, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuviesen algo, dijeron:
—Esto son los pantalones. Ahí está la casaca. —Aquí tienen el manto... Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería no llevar

nada sobre el cuerpo, mas precisamente esto es lo bueno de la tela.
—¡Sí! —asintieron todos los cortesanos, a pesar de que no veían nada, pues nada había.
—¿Quiere dignarse Vuestra Majestad quitarse el traje que lleva —dijeron los dos bribones— para que podamos vestirle el nuevo delante del espejo?
El emperador se quitó sus prendas, y los dos simularon ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Y cogiendo al Emperador por la cintura, hicieron como si le atasen algo, la cola seguramente; y el Monarca todo era dar vueltas ante el espejo.

—¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! —exclamaban todos—. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

—El palio bajo el cual irá Vuestra Majestad durante la procesión, aguarda ya en la calle — anunció el maestro de Ceremonias.

—Muy bien, estoy a punto —dijo el Emperador—. ¿Verdad que me sienta bien? — y se volvióse una

vez más de cara al espejo, para que todos creyeran que veía el vestido.

Los ayudas de cámara encargados de sostener la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y avanzaron con ademán de sostener algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el Emperador bajo el magnífico palio, mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, decía:

—¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido. Ningún traje del Monarca había tenido tanto éxito como aquél.

—¡Pero si no lleva nada! —exclamó de pronto un niño.

—¡Dios bendito, escuchen la voz de la inocencia! —dijo su padre; y todo el mundo se fue repitiendo al oído lo que acababa de decir el pequeño.
—¡No lleva nada; es un chiquillo el que dice que no lleva nada!
—¡Pero si no lleva nada! —gritó, al fin, el pueblo entero.

Aquello inquietó al emperador, pues barruntaba que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin». Y siguió más altivo que antes; y las ayudas de cámara continuaron sosteniendo la inexistente cola.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

FÁBULAS

Esopo

(620 – 564 a. C.)

BIBLIOTECA DIGITAL

ESOPO

Esopo fue un famoso fabulista de la Antigua Grecia. En sus fábulas hay una enseñanza moral, no una doctrina, ya que recogen experiencias de la vida diaria.

ÍNDICE

EL ÁGUILA, EL CUERVO Y EL PASTOR **15**

EL ÁGUILA, LA LIEBRE Y EL ESCARABAJO **16**

EL ÁGUILA DE ALA CORTADA Y LA ZORRA **17**

EL ÁGUILA Y LA ZORRA **18**

EL ÁGUILA Y LA FLECHA **20**

EL ÁGUILA Y LOS GALLOS **21**

LAS ZORRAS A ORILLAS DEL RÍO MEANDRO **22**

LA ZORRA A LA QUE SE LE LLENÓ SU VIENTRE **23**

LA ZORRA Y EL ESPINO **24**

LA ZORRA Y EL LEÑADOR **25**

LA ZORRA Y LA SERPIENTE **26**

LA ZORRA Y LOS RACIMOS DE UVAS **27**

LA ZORRA Y EL COCODRILO **28**

LA ZORRA Y LA PANTERA **29**

LA ZORRA Y EL MONO CORONADO REY **30**

LA ZORRA Y EL PERRO **31**

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL MONO DISCUTEN SOBRE SU NOBLEZA 32
LA ZORRA Y EL CHIVO EN EL POZO 33
LA ZORRA CON EL RABO CORTADO 35
LA ZORRA QUE NUNCA HABÍA VISTO UN LEÓN 36
LA ZORRA Y LA CARETA VACÍA 37
LA ZORRA Y EL HOMBRE LABRADOR 38
LA ZORRA Y EL CANGREJO DE MAR 39
LA ZORRA Y EL CUERVO HAMBRIENTO 40
LA ZORRA Y EL CUERVO GRITÓN 41
LAS ZORRAS, LAS ÁGUILAS Y LAS LIEBRES 42
LA ZORRA Y LA LIEBRE 43
LA ZORRA Y LA LEONA 44
LA ZORRA, EL OSO Y EL LEÓN 44
LA ZORRA Y EL LEÓN ANCIANO 46
LAS RANAS Y EL PANTANO SECO 47
LA RANA DEL PANTANO Y LA RANA DEL CAMINO 48
LAS RANAS PIDIENDO REY 49
LA RANA QUE DECÍA SER MÉDICO Y LA ZORRA 50
LA RANA GRITONA Y EL LEÓN 50
EL LEÓN Y EL BOYERO 51
EL LEÓN Y LOS TRES BUEYES 52
EL LEÓN Y EL MOSQUITO VOLADOR 53

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL BUEN REY LEÓN 54
EL LEÓN APRESADO POR EL LABRADOR 55
EL LEÓN ENAMORADO DE LA HIJA DEL LABRADOR 56
EL LEÓN, LA ZORRA Y EL CIERVO 57
EL LEÓN Y LA LIEBRE 60
EL LEÓN Y EL JABALÍ 61
EL LEÓN Y EL DELFÍN 62
EL LEÓN, LA ZORRA Y EL LOBO 63
EL LEÓN Y EL ASNO INGENUO 65
EL LEÓN Y EL ASNO PRESUNTUOSO 66
EL LEÓN Y EL RATÓN 67
EL LEÓN, LA ZORRA Y EL ASNO 68
EL LEÓN, PROMETEO Y EL ELEFANTE 69
EL LEÓN Y EL TORO 71
EL LEÓN Y EL CIERVO 72
EL LEÓN, LA ZORRA Y EL RATÓN 73
LOS LOBOS Y LOS PERROS ALISTÁNDOSE A LUCHAR 74
LOS LOBOS RECONCILIÁNDOSE CON LOS PERROS 75
LOS LOBOS Y LOS CARNEROS 76
LOS LOBOS, LOS CARNEROS Y EL CARNERO MAYOR 77
EL LOBO, ORGULLOSO DE SU SOMBRA, Y EL LEÓN 78
EL LOBO Y EL CORDERO EN EL ARROYO 79

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL CORDERO EN EL TEMPLO 80
EL LOBO Y LA CABRA 81
EL LOBO, LA NANA Y EL NIÑO 82
EL LOBO Y LA GRULLA 83
EL LOBO Y EL CABALLO 84
EL LOBO Y EL ASNO 85
EL LOBO Y EL LEÓN 86
EL LOBO Y EL PERRO 87
EL LOBO Y EL PASTOR 88
EL LOBO HARTO Y LA OVEJA 89
EL LOBO HERIDO Y LA OVEJA 90
EL LOBO Y EL LABRADOR 91
EL LOBO Y EL PERRO DORMIDO 92
EL LOBO Y EL CABRITO ENCERRADO 93
EL LOBO FLAUTISTA Y EL CABRITO 94
LOS DOS PERROS 95
LOS PERROS HAMBRIENTOS 96
EL HOMBRE AL QUE MORDIÓ UN PERRO 97
EL PERRO Y EL COCINERO 98
EL PERRO DE PELEA Y LOS PERROS SENCILLOS 99
EL PERRO, EL GALLO Y LA ZORRA 100
EL PERRO Y LA ALMEJA 101

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y LA LIEBRE 102
EL PERRO Y SU REFLEJO EN EL RÍO 103
EL PERRO Y EL CARNICERO 104
EL PERRO CON CAMPANILLA 105
EL PERRO QUE PERSEGUÍA AL LEÓN 106
EL PERRO Y LA CORNEJA 107
LA CORNEJA Y EL CUERVO 108
LA CORNEJA CON LOS CUERVOS 109
LA CORNEJA Y LAS AVES 110
LA CORNEJA Y LOS PICHONES 111
LA CORNEJA FUGITIVA 112
EL CUERVO Y LA CULEBRA 113
EL CUERVO Y HERMES 114
EL CUERVO ENFERMO 115
EL RUISEÑOR Y EL GAVILÁN 116
EL RUISEÑOR Y LA GOLONDRINA 117
EL GALLO Y LA COMADREJA 118
LOS GALLOS Y LA PERDIZ 119
EL CIERVO, EL MANANTIAL Y EL LEÓN 120
LA CIERVA Y LA VIÑA 121
LA CIERVA EN LA GRUTA DEL LEÓN 122
LA CIERVA TUERTA 123

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CIERVO Y EL CERVATILLO 124
EL CABALLO VIEJO 125
EL CABALLO, EL BUEY, EL PERRO Y EL HOMBRE 126
EL CABALLO Y EL PALAFRENERO 128
EL CABALLO Y EL ASNO 129
EL CABALLO Y EL SOLDADO 130
LA MULA 131
EL CAMELLO QUE DEFECÓ EN EL RÍO 132
EL CAMELLO, EL ELEFANTE Y EL MONO 133
EL CAMELLO VISTO POR PRIMERA VEZ 134
EL CAMELLO BAILARÍN 135
EL CAMELLO Y ZEUS 135
LA CABRA Y EL CABRERO 136
LA CABRA Y EL ASNO 137
LAS CABRAS MONTESES Y EL CABRERO 138
EL BUEY Y LA BECERRA 139
LOS BUEYES Y EL EJE DE LA CARRETA 140
EL BUEY Y EL MOSQUITO 140
LA VÍBORA Y LA ZORRA 141
LA VÍBORA Y LA LIMA 141
LA VÍBORA Y LA CULEBRA DE AGUA 142
EL CISNE TOMADO POR GANSO 143

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CISNE Y SU DUEÑO 144
EL GATO Y LAS RATAS 145
LOS RATONES Y LAS COMADREJAS 146
EL RATÓN CAMPESINO Y EL RATÓN CORTESANO 147
EL RATÓN Y LA RANA 149
EL MILANO QUE QUISO RELINCHAR 150
EL MILANO Y LA CULEBRA 151
EL MILANO Y LA GAVIOTA 151
EL ALCIÓN 152
EL TORDO 153
LA PALOMA Y LA HORMIGA 154
LA GOLONDRINA Y EL HIJO PRÓDIGO 155
LA GAVIOTA, EL ESPINO Y EL MURCIÉLAGO 156
EL MURCIÉLAGO Y LAS COMADREJAS 157
EL MURCIÉLAGO Y EL JILGUERO 158
EL ASNO Y LA PERRITA FALDERA 159
EL OSO Y LA ZORRA 160
LA ALONDRA MOÑUDA 160
LOS CARACOLES 161
LAS LIEBRES Y LAS RANAS 162
LA COMADREJA Y LA LIMA 163
EL CERDO Y LOS CARNEROS 164

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ATÚN Y EL DELFÍN 165
LA MOSCA 166
LAS MOSCAS 166
LA HORMIGA 167
LA HORMIGA Y EL ESCARABAJO 168
LOS DOS ESCARABAJOS 169
LOS DELFINES, LA BALLENA Y LA CABALLA 170
LA LANGOSTA DE MAR Y SU MADRE 170
EL TORDO 171
EL SOL Y LAS RANAS 172
LOS ÁRBOLES QUE QUERÍAN REY 173
EL NOGAL 174
EL ABETO Y EL ESPINO 175
LA LÁMPARA 176
LA BRUJA 177
LA ESCLAVA FEA Y AFRODITA 178
LA MUJER Y LA GALLINA 179
LA MUJER Y EL MARIDO BORRACHO 180
LA VIEJA Y EL MÉDICO 181
LA VIUDA Y LAS CRIADAS 182
EL ADIVINO 183
EL APICULTOR 184

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASTRÓNOMO 185
EL SEMIDIÓS 186
LOS DOS ENEMIGOS 187
EL ANCIANO Y LA MUERTE 188
EL BANDIDO Y LA MORERA 189
EL CAZADOR MIEDOSO Y EL LEÑADOR 190
EL CAZADOR DE PÁJAROS Y EL ASPID 191
EL ENFERMO Y SU DOCTOR 192
EL MÉDICO IGNORANTE 193
EL EUNUCO Y EL SACERDOTE 194
EL HOMBRE Y EL LEÓN DE ORO 195
EL HOMBRE Y EL LEÓN VIAJEROS 196
EL HOMBRE Y EL SÁTIRO 197
EL HOMBRE Y LA ESTATUA 198
EL ESTÓMAGO Y LOS PIES 199
EL MÉDICO Y EL PACIENTE QUE MURIÓ 200
EL NÁUFRAGO Y EL MAR 201
LOS LADRONES Y EL GALLO 202
LOS LEÑADORES Y EL PINO 203
LOS HIJOS DESUNIDOS DEL LABRADOR 204
EL CARNICERO Y LOS DOS JÓVENES 205
LOS PESCADORES Y LAS PIEDRAS 206

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PESCADOR Y LOS PECES PEQUEÑOS Y GRANDES 207
EL PESCADOR Y EL PECECILLO 208
EL PESCADOR FLAUTISTA 209
EL PESCADOR Y EL RÍO REVUELTO 210
EL TOCADOR DE CÍTARA 211
EL ORADOR DEMADES 212
BÓREAS Y EL SOL 213
LOS VIANDANTES Y EL CUERVO 214
LOS VIANDANTES Y EL HACHA 215
LOS VIANDANTES Y EL OSO 216
LOS SACERDOTES DE CIBELES 217
EL JARDINERO Y EL PERRO 218
EL JARDINERO Y LAS HORTALIZAS 219
DIÓGENES DE VIAJE 220
DIÓGENES Y EL CALVO 221
EL LABRADOR Y EL ÁGUILA 222
EL LABRADOR Y EL ÁRBOL 223
EL LABRADOR Y LA FORTUNA 224
EL LABRADOR Y LA SERPIENTE 225
EL LABRADOR Y LA VÍBORA 226
EL LABRADOR Y LOS PERROS 227
EL LABRADOR Y SUS HIJOS 228

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HÉRCULES Y ATENEA **229**

HÉRCULES Y PLUTÓN **230**

HERMES Y EL LEÑADOR **231**

LA CARRETA DE HERMES Y LOS MALVADOS **232**

HERMES Y EL ESCULTOR **233**

HERMES Y LA TIERRA **234**

HERMES Y TIRESIAS **235**

ZEUS JUEZ **236**

ZEUS Y APOLO **236**

ZEUS Y EL PUDOR **237**

ZEUS Y EL TONEL DE LOS BIENES **238**

ZEUS Y LA SERPIENTE **238**

ZEUS Y LA TORTUGA **239**

ZEUS Y LA ZORRA **240**

ZEUS Y LAS ABEJAS **241**

ZEUS Y LOS HOMBRES **242**

ZEUS Y LOS ROBLES **243**

AFRODITA Y LA GATA **244**

ZEUS, PROMETEO, ATENEA Y MOMO **245**

LOS BIENES Y LOS MALES **246**

EL CANOSO Y SUS DOS PRETENDIENTES **247**

EL BATANERO Y EL CARBONERO **248**

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL GUERRERO Y LOS CUERVOS 249
LAS GALLINAS Y LA COMADREJA 250
EL DEUDOR ATENIENSE 251
DOS HOMBRES DISPUTANDO ACERCA DE LOS DIOSES 252
EL CIEGO 252
EL HOMICIDA 253
EL EMBUSTERO 254
EL HOMBRE NEGRO 255
EL PÍCARO 256
EL FANFARRÓN 257
HÉRCULES Y EL BOYERO 258
EL HOMBRE Y LA HORMIGA 259
ZEUS, LOS ANIMALES Y LOS HOMBRES 260
EL MERCADER DE ESTATUAS 261
LA MUJER INTRATABLE 262
EL NÁUFRAGO 263
LOS PESCADORES Y EL ATÚN 264
PROMETER LO IMPOSIBLE 265
LA LIEBRE Y LA TORTUGA 266
EL VIAJERO Y SU PERRO 267
EL NIÑO CIEGO Y SU MADRE 268
LA GRANADA, EL MANZANO Y EL ESPINO 269

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA 270
EL JOVEN Y EL ESCORPIÓN 271
EL PLUMAJE DE LA GOLONDRINA Y EL CUERVO 271
EL ASNO Y LA ZORRA ENCUENTRAN AL LEÓN 272
LA TORTUGA Y EL ÁGUILA 273
EL LABRADOR Y LAS GRULLAS 274
EL PERRO EN EL PAJAR 275
LA PALOMA SEDIENTA 275
EL AVARO Y EL ORO 276
EL NIÑO Y LOS DULCES 277
EL LOBO CON PIEL DE OVEJA 278
LOS JÓVENES Y LAS RANAS 279
EL CIERVO ENFERMO Y SUS ACOMPAÑANTES 280
EL MERCADER DE SAL Y EL ASNO 281
LOS BUEYES CONTRA LOS CARNICEROS 282
EL NIÑO Y EL GUSANO DE ORTIGA 283
LA LECHERITA 284
LOS RATONES PONIENDO EL CASCABEL AL GATO 285
LA VIÑA Y LA CABRA 286
ZEUS Y LA MONA MADRE 287
EL JOVEN PASTOR ANUNCIANDO AL LOBO 288
ANDROCLES Y EL LEÓN 289

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PASTOR Y EL JOVEN LOBO 290
EL PADRE Y SUS DOS HIJAS 291
LA GOLONDRINA, LA SERPIENTE Y LA CORTE 292
EL LADRÓN Y SU MADRE 293
LOS DOS RECIPIENTES 294
EL CAZADOR Y EL PESCADOR 295
LA ANCIANA Y EL RECIPIENTE DE VINO 296
EL CIERVO EN EL PESEBRE DE LOS BUEYES 297
LAS PALOMAS, EL MILANO Y EL HALCÓN 299
LA VIUDA Y SU OVEJA 300
EL PASTOR Y EL MAR 301
EL ASNO, EL GALLO Y EL LEÓN 302
LOS RÍOS Y EL MAR 303
EL ASNO JUGUETÓN 304
LOS TRES PROTECTORES 305
EL LOBO Y LOS PASTORES CENANDO 306
EL ASNO QUE CARGABA UNA IMAGEN 307
EL VIEJO PERRO CAZADOR 308
LAS LIEBRES Y LOS LEONES 309

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA, EL CUERVO Y EL PASTOR

Lanzándose desde una cima, un águila arrebató a un corderito.

La vio un cuervo y, tratando de imitar al águila, se lanzó sobre un carnero, pero con tan mal conocimiento en el arte que sus garras se enredaron en la lana, y batiendo al máximo sus alas no logró soltarse.

Viendo el pastor lo que sucedía, cogió al cuervo, y cortando las puntas de sus alas, se lo llevó a sus niños.

Le preguntaron sus hijos qué clase de ave era aquella, y él les dijo:

—Para mí, sólo es un cuervo; pero él, se cree águila.

Pon tu esfuerzo y dedicación en lo que realmente estás preparado, no en lo que no te corresponde.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA, LA LIEBRE Y EL ESCARABAJO

Estaba una liebre siendo perseguida por un águila, y viéndose perdida pidió ayuda a un escarabajo, suplicándole que le ayudara.

Le pidió el escarabajo al águila que perdonara a su amiga. Pero el águila, despreciando la insignificancia del escarabajo, devoró a la liebre en su presencia.

Desde entonces, buscando vengarse, el escarabajo observaba los lugares donde el águila ponía sus huevos, y haciéndolos rodar, los tiraba a tierra. Viéndose el águila echada del lugar a donde quiera que fuera, recurrió a Zeus pidiéndole un lugar seguro para depositar sus huevos.

Le ofreció Zeus colocarlos en su regazo, pero el escarabajo, viendo la táctica escapatoria, hizo una bolita de estiércol, voló y la dejó caer sobre el regazo de Zeus.

Se levantó entonces Zeus para sacudirse aquella suciedad, y tiró por tierra los huevos sin darse cuenta. Por eso desde entonces, las águilas no ponen huevos en la época en que salen a volar los escarabajos.

Nunca desprecies lo que parece insignificante, pues no hay ser tan débil que no pueda alcanzarte.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA DE ALA CORTADA Y LA ZORRA

Cierto día un hombre capturó a un águila, le cortó sus alas y la soltó en el corral junto con todas sus gallinas. Apenada, el águila, quien fuera poderosa, bajaba la cabeza y pasaba sin comer: se sentía como una reina encarcelada.

Pasó otro hombre que la vio, le gustó y decidió comprarla. Le arrancó las plumas cortadas y se las hizo crecer de nuevo. Repuesta el águila de sus alas, alzó vuelo, apresó a una liebre para llevársela en agradecimiento a su liberador.

La vio una zorra y maliciosamente la mal aconsejaba diciéndole:

—No le lleves la liebre al que te liberó, sino al que te capturó; pues el que te liberó ya es bueno sin más estímulo.

Procura más bien ablandar al otro, no vaya a atraparte de nuevo y te arranque completamente las alas.
Siempre corresponde generosamente con tus bienhechores, y por prudencia mantente alejado de los malvados que insinúan hacer lo incorrecto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA Y LA ZORRA

Un águila y una zorra que eran muy amigas decidieron vivir juntas con la idea de que eso afianzaría su amistad.

El águila escogió un árbol muy elevado para poner allí sus huevos, mientras que la zorra soltó a sus hijos bajo unas zarzas sobre la tierra al pie del mismo árbol.

Un día que la zorra salió a buscar su comida, el águila, que estaba hambrienta cayó sobre las zarzas, se llevó a los zorruelos, y entonces ella y sus crías se regocijaron con un banquete.

Regresó la zorra y más le dolió el no poder vengarse, que saber de la muerte de sus pequeños. ¿Cómo podría ella, siendo un animal terrestre, sin poder volar, perseguir a uno que vuela? Tuvo que conformarse con el usual consuelo de los débiles e impotentes: maldecir desde lo lejos a su enemigo.

Mas no pasó mucho tiempo para que el águila recibiera el pago de su traición contra la amistad. Se encontraban en el campo unos pastores sacrificando una cabra; cayó el águila sobre ella y se llevó una víscera que aún conservaba fuego, colocándola en su nido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Vino un fuerte viento y transmitió el fuego a las pajas, ardiendo también sus pequeños aguiluchos, que por pequeños aún no sabían volar, los cuales se vinieron al suelo.

Corrió entonces la zorra, y tranquilamente devoró a todos los aguiluchos ante los ojos de su enemiga.

Nunca traiciones la amistad sincera, pues si lo hicieras, tarde o temprano del cielo llegará el castigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA Y LA FLECHA

Estaba asentada un águila en el pico de un peñasco esperando por la llegada de las liebres.

Mas la vio un cazador, y lanzándole una flecha le atravesó su cuerpo.

Viendo el águila entonces que la flecha estaba construida con plumas de su propia especie exclamó:

—¡Qué tristeza, terminar mis días por causa de las plumas de mi especie!

Más profundo es nuestro dolor cuando nos vencen con nuestras propias armas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ÁGUILA Y LOS GALLOS

Dos gallos reñían por la preferencia de las gallinas; y al fin uno puso en fuga al otro.

Resignadamente se retiró el vencido a un matorral, ocultándose allí. En cambio el vencedor orgulloso se subió a una tapia alta dándose a cantar con gran estruendo.

Mas no tardó un águila en caerle y raptarlo. Desde entonces el gallo que había perdido la riña se quedó con todo el gallinero.

A quien hace alarde de sus propios éxitos, no tarda en aparecerle quien se los arrebate.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS ZORRAS A ORILLAS DEL RÍO MEANDRO

Se reunieron un día las zorras a orillas del río Meandro con el fin de calmar su sed; pero el río estaba muy turbulento, y aunque se animaban unas a otras, ninguna se atrevía a ingresar al río.

Al fin una de ellas habló, y queriendo humillar a las demás, se burlaba de su cobardía presumiendo ser ella la más valiente. Así que saltó al agua atrevida e imprudentemente. Pero la fuerte corriente la arrastró al centro del río, y las compañeras desde la orilla le gritaban:

—¡ No nos dejes compañera, vuelve y dinos cómo podremos beber agua sin peligro!

Pero la imprudente, arrastrada sin remedio alguno, tratando de ocultar su cercana muerte, contestó:

—Ahora llevo un mensaje para Mileto; cuando vuelva les enseñaré cómo pueden hacerlo.

Por lo general, los fanfarrones siempre están al alcance del peligro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA A LA QUE SE LE LLENÓ SU VIENTRE

Una zorra hambrienta encontró en el tronco de una encina unos pedazos de carne y de pan que unos pastores habían dejado escondidos en una cavidad. Y entrando en dicha cavidad, se los comió todos.

Pero tanto comió y se le agrandó tanto el vientre que no pudo salir. Empezó a gemir y a lamentarse del problema en que había caído.

Por casualidad pasó por allí otra zorra, y oyendo sus quejidos se le acercó y le preguntó que le ocurría. Cuando se enteró de lo acaecido, le dijo:

—¡ Pues quédate tranquila hermana hasta que vuelvas a tener la forma en que estabas, entonces de seguro podrás salir fácilmente sin problema!

Con paciencia se resuelven muchas dificultades.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL ESPINO

Una zorra saltaba sobre unos montículos y estuvo de pronto a punto de caerse; para evitar la caída, se agarró a un espino, pero sus púas le hirieron las patas y sintiendo el dolor que ellas le producían, le dijo al espino:

—¡ Acudí a ti por tu ayuda, y más bien me has herido!

A lo que respondió el espino:

—¡Tú tienes la culpa, amiga, por agarrarte de mí, bien sabes lo bueno que soy para enganchar y herir a todo el mundo, y tú no eres la excepción!

Nunca pidas ayuda a quien acostumbra a hacer el daño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL LEÑADOR

Una zorra estaba siendo perseguida por unos cazadores cuando llegó al sitio de un leñador y le suplicó que la escondiera. El hombre le aconsejó que ingresara a su cabaña.

Casi de inmediato llegaron los cazadores, y le preguntaron al leñador si había visto a la zorra.

El leñador, con la voz les dijo que no, pero con su mano disimuladamente señalaba la cabaña donde se había escondido.

Los cazadores no comprendieron las señas de la mano y se confiaron únicamente en lo dicho con la palabra.

La zorra al verlos marcharse, salió silenciosa, sin decirle nada al leñador.

El leñador le reprochó por qué a pesar de haberla salvado, no le daba las gracias, a lo que la zorra respondió:

—Te hubiera dado las gracias si tus manos y tu boca hubieran dicho lo mismo.

No niegues con tus actos, lo que pregonas con tus palabras.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LA SERPIENTE

Se encontraba una higuera a la orilla de un camino, y una zorra vio junto a ella una serpiente dormida.

Envidiando aquel cuerpo tan largo y pensando en que podría igualarlo, se echó la zorra a tierra al lado de la serpiente e intentó estirarse cuanto pudo.

Tanto esfuerzo hizo, hasta que al fin, por vanidosa, se reventó.

No imites a los más grandes, si aún no tienes las condiciones para hacerlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LOS RACIMOS DE UVAS

Estaba una zorra con mucha hambre, y al ver colgando de una parra unos deliciosos racimos de uvas, quiso atraparlos con su boca.

Mas no pudiendo alcanzarlos, a pesar de sus esfuerzos, se alejó diciéndose:

— ¡Ni me agradan, están tan verdes!

Nunca traslades la culpa a los demás de lo que no eres capaz de alcanzar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL COCODRILO

Discutían un día la zorra y el cocodrilo sobre la nobleza de sus antepasados.

Por largo rato habló el cocodrilo acerca de la alcurnia de sus ancestros y terminó por decir que sus padres habían llegado a ser los guardianes del gimnasio.

— No es necesario que me lo digas —replicó la zorra—; las cualidades de tu piel demuestran muy bien que desde hace muchos años te dedicas a los ejercicios de gimnasia.

Recuerda que lo que a simple vista se ve, no se puede ocultar con la mentira.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LA PANTERA

Disputaban otro día la zorra y la pantera acerca de su belleza.

La pantera alababa muy especialmente los especiales pintados de su piel.

Replicó entonces la zorra diciendo:

—¡Mucho más hermosa me considero yo, no por las apariencias de mi cuerpo, sino más bien por mi espíritu!

Las cualidades del espíritu son preferibles a las del cuerpo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL MONO CORONADO REY

En una junta de animales, bailó tan bonito el mono, que ganándose la simpatía de los espectadores, fue elegido rey.

Celosa la zorra por no haber sido ella la elegida, vio un trozo de comida en un cepo y llevó allí al mono, diciéndole que había encontrado un tesoro digno de reyes, pero que en lugar de tomarlo para llevárselo a él, lo había guardado para que fuera él personalmente quien lo cogiera, ya que era una prerrogativa real.

El mono se acercó sin más reflexión, y quedó prensado en el cepo.

Entonces la zorra, a quien el mono acusaba de tenderle aquella trampa, repuso:

—¡Eres muy tonto, mono, y todavía pretendes reinar entre todos los animales!

No te lances a una empresa, si antes no has reflexionado sobre sus posibles éxitos o peligros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL PERRO

Penetró una zorra en un rebaño de corderos, y arrimando a su pecho a un pequeño corderillo, fingió acariciarle.

Llegó un perro de los que cuidaban el rebaño y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Le acaricio y juego con él —contestó con cara de inocencia.

—¡Pues suéltalo enseguida, si no quieres conocer mis mejores caricias!

Al impreparado lo delatan sus actos. Estudia y aprende con gusto y tendrás éxito en tu vida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL MONO DISCUTEN SOBRE SU NOBLEZA

Viajaban juntos por esta tierra una zorra y un mono, comentando a la vez cada uno sobre su nobleza.

Mientras cada cual detallaba ampliamente sus títulos, llegaron a cierto lugar. Volvió el mono su mirada hacia un cementerio y rompió a llorar.

Preguntó la zorra que le ocurría, y el mono, mostrándoles unas tumbas le dijo:

—¡ Oh, cómo no voy a llorar cuando veo las lápidas funerarias de esos grandes héroes, mis antepasados!

—¡Puedes mentir cuanto quieras —contestó la zorra—; pues ninguno de ellos se levantará para contradecirte!

Sé siempre honesto en tu vida. Nunca sabrás si el vecino que te escucha sabe la verdad y corroborará o desmentirá tus palabras.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL CHIVO EN EL POZO

Cayó una zorra en un profundo pozo, viéndose obligada a quedar adentro por no poder alcanzar la orilla.

Llegó más tarde al mismo pozo un chivo sediento, y viendo a la zorra le preguntó si el agua era buena. Ella, ocultando su verdadero problema, se deshizo en elogios para el agua, afirmando que era excelente, e invitó al chivo a descender y probarla donde ella estaba.

Sin más pensarlo, saltó el chivo al pozo, y después de saciar su sed le preguntó a la zorra cómo harían para salir de allí.

Dijo entonces la zorra:

—Hay un modo, que sin duda es nuestra mutua salvación.

Apoya tus patas delanteras contra la pared y alza bien arriba tus cuernos; luego yo subiré por tu cuerpo y una vez afuera, tiraré de ti.

Le creyó el chivo y así lo hizo con gusto. La zorra trepó hábilmente por la espalda y los cuernos de su compañero y salió del pozo, alejándose de la orilla al instante, sin cumplir con lo prometido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando el chivo le reclamó la violación de su convenio, se volvió la zorra y le dijo:

—¡ Oye socio, si tuvieras tanta inteligencia como pelos en tu barba, no hubieras bajado sin pensar antes en cómo salir después!

Antes de comprometerte en algo, piensa primero si podrías salir de aquello, sin tomar en cuenta lo que te ofrezcan tus vecinos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA CON EL RABO CORTADO

Una zorra, a la cual un cepo le había cortado la cola, estaba tan avergonzada que consideraba su vida horrorosa y humillante, por lo cual decidió que la solución sería aconsejar a las demás hermanas cortarse también la cola, para así disimular con la igualdad general, su defecto personal.

Reunió entonces a todas sus compañeras, diciéndoles que la cola no sólo era un feo agregado, sino además una carga sin razón.

Pero una de ellas tomó la palabra y dijo:

—Oye hermana, si no fuera por tu conveniencia de ahora, ¿nos darías en realidad este consejo?

Cuídate de los que dan consejo en busca de su propio beneficio y no por hacer realmente un bien.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA QUE NUNCA HABÍA VISTO UN LEÓN

Había una zorra que nunca había visto un león.

La puso el destino un día delante de la real fiera. Y como era la primera vez que le veía, sintió un miedo espantoso y se alejó tan rápido como pudo.

Al encontrar al león por segunda vez, aún sintió miedo, pero menos que antes, y lo observó con calma por un rato.

En fin, al verlo por tercera vez, se envalentonó lo suficiente hasta llegar a acercarse a él para entablar conversación.

En la medida que vayas conociendo algo, así le irás perdiendo el temor. Pero mantén siempre la distancia y prudencia adecuada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LA CARETA VACÍA

Entró un día una zorra en la casa de un actor, y después de revisar sus utensilios, encontró entre muchas otras cosas una máscara artísticamente trabajada.

La tomó entre sus patas, la observó y se dijo:

—¡Hermosa cabeza! Pero qué lástima que no tiene sesos.

No te llenes de apariencias vacías. Llénate mejor siempre de buen juicio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL HOMBRE LABRADOR

Había un hombre que odiaba a una zorra porque le ocasionaba algunos daños ocasionalmente.

Después de mucho intentarlo, pudo al fin cogerla, y buscando vengarse de ella, le ató a la cola una mecha empapada en aceite y le prendió fuego.

Pero un dios llevó a la zorra a los campos que cultivaba aquel hombre.

Era la época en que ya se estaba listo para la recolección del producto y el labrador siguiendo a la raposa, contempló llorando, cómo al pasar ella por sus campos, se quemaba toda su producción.

Procura ser comprensivo e indulgente, pues siempre sucede que el mal que generamos, tarde o temprano se regresa en contra nuestra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL CANGREJO DE MAR

Queriendo mantener su vida solitaria, pero un poco diferente a la ya acostumbrada, salió un cangrejo del mar y se fue a vivir a la playa.

Lo vio una zorra hambrienta, y como no encontraba nada mejor para comer, corrió hacia él y lo capturó.

Entonces el cangrejo, ya listo para ser devorado exclamó:

—¡Merezco todo esto, porque siendo yo animal del mar, he querido comportarme como si fuera de la tierra!

Si intentas entrar a terrenos desconocidos, toma primero las precauciones debidas, no vayas a ser derrotado por lo que no conoces.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL CUERVO HAMBRIENTO

Un flaco y hambriento cuervo se posó en una higuera, y viendo que los higos aún estaban verdes, se quedó en el sitio a esperar a que maduraran.

Vio una zorra al hambriento cuervo eternizado en la higuera y le preguntó qué hacía. Una vez que lo supo, le dijo:

—Haces muy mal perdiendo el tiempo confiado a una lejana esperanza; la esperanza se llena de bellas ilusiones, mas no de comida.

Si tienes una necesidad inmediata, de nada te servirá pensar satisfacerla con cosas inalcanzables.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL CUERVO GRITÓN

Un cuervo robó a unos pastores un pedazo de carne y se retiró a un árbol.

Lo vio una zorra, y deseando apoderarse de aquella carne, empezó a halagar al cuervo, elogiando sus elegantes proporciones y su gran belleza, agregando además que no había encontrado a nadie mejor dotado que él para ser el rey de las aves, pero que lo afectaba el hecho de que no tuviera voz.

El cuervo, para demostrarle a la zorra que no le faltaba la voz, soltó la carne para lanzar con orgullo fuertes gritos.

La zorra, sin perder tiempo, rápidamente cogió la carne y le dijo:

—Amigo cuervo, si además de vanidad tuvieras entendimiento, nada más te faltaría realmente para ser el rey de las aves.

Cuando te adulen, es cuando con más razón debes cuidar de tus bienes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS ZORRAS, LAS ÁGUILAS Y LAS LIEBRES

Cierto día las águilas se declararon en guerra contra las liebres.

Fueron entonces éstas a pedirle ayuda a las zorras. Pero ellas les contestaron:

—Las hubiéramos ayudado si no supiéramos quienes son ustedes y si tampoco supiéramos contra quienes luchan.

Antes de decidir unirte a una campaña, mide primero la capacidad de los posibles adversarios.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LA LIEBRE

Dijo un día una liebre a una zorra:

—¿Podrías decirme si realmente es cierto que tienes muchas ganancias, y por qué te llaman la "ganadora"?

—Si quieres saberlo —contestó la zorra—, te invito a cenar conmigo.

Aceptó la liebre y la siguió; pero al llegar a casa de doña zorra vio que no había más cena que la misma liebre.

Entonces dijo la liebre:

—¡Al fin comprendo para mi desgracia de donde viene tu nombre: no es de tus trabajos, sino de tus engaños!

Nunca le pidas lecciones a los tramposos, pues tú mismo serás el tema de la lección.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y LA LEONA

Reprochaba una zorra a una leona el hecho de que siempre sólo pariese a un pequeñuelo.
Y le contestó la leona:
—Sí, uno solo, tienes razón, ¡ pero un señor león!

No midas el valor de las cosas por su cantidad, sino por su virtud.

LA ZORRA, EL OSO Y EL LEÓN

Un león y un oso encontraron al mismo tiempo a un cervatillo, entonces se retaron en combate a ver cuál de los dos se quedaba con la presa.

Una zorra que por allí pasaba, viéndolos extenuados por la lucha y con el cervatillo al medio, se apoderó de éste y corrió pasando tranquilamente entre ellos.

Y tanto el oso como el león, agotados y sin fuerzas para levantarse, murmuraron:

—¡Desdichados nosotros! ¡Tanto esfuerzo y tanta lucha hicimos para que todo quedara para la zorra!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Por empeñarnos en no querer compartir, podemos perderlo todo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ZORRA Y EL LEÓN ANCIANO

Un anciano león, incapaz ya de obtener por su propia fuerza la comida, decidió hacerlo usando la astucia. Para ello se dirigió a una cueva y se tendió en el suelo, gimiendo y fingiendo que estaba enfermo. De este modo, cuando los otros animales pasaban para visitarle, los atrapaba inmediatamente para su comida.

Habían llegado y perecido ya bastantes animales, cuando la zorra, adivinando cuál era su ardid, se presentó también, y deteniéndose a prudente distancia de la caverna, preguntó al león cómo le iba con su salud.

—Claro que hubiera entrado —le dijo la zorra— si no viera que todas las huellas entran, pero no hay ninguna que salga.

Siempre advierte a tiempo los indicios del peligro y así evitarás que te dañe.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS RANAS Y EL PANTANO SECO

Vivían dos ranas en un bello pantano, pero llegó el verano y se secó, por lo cual lo abandonaron para buscar otro con agua. Hallaron en su camino un profundo pozo repleto de agua, y al verlo, dijo una rana a la otra:

—Amiga, bajemos las dos a este pozo.

—Pero, y si también se secara el agua de este pozo —repuso la compañera—, ¿cómo crees que subiremos entonces?

Al tratar de emprender una acción, analiza primero las consecuencias de ella.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA RANA DEL PANTANO Y LA RANA DEL CAMINO

Vivía una rana felizmente en un pantano profundo, alejado del camino, mientras su vecina vivía muy orgullosa en una charca al centro del camino.

La del pantano le insistía a su amiga que se fuera a vivir al lado de ella, alejada del camino; que allí estaría mejor y más segura.

Pero no se dejó convencer, diciendo que le era muy difícil abandonar una morada donde ya estaba establecida y satisfecha.

Y sucedió que un día pasó por el camino, sobre la charca, un carretón, y aplastó a la pobre rana que no quiso aceptar el mudarse.

Si tienes la oportunidad de mejorar tu posición, no la rechaces.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS RANAS PIDIENDO REY

Cansadas las ranas del propio desorden y anarquía en que vivían, mandaron una delegación a Zeus para que les enviara un rey.

Zeus, atendiendo su petición, les envió un grueso leño a su charca.

Espantadas las ranas por el ruido que hizo el leño al caer, se escondieron donde mejor pudieron. Por fin, viendo que el leño no se movía más, fueron saliendo a la superficie y dada la quietud que predominaba, empezaron a sentir tan grande desprecio por el nuevo rey, que brincaban sobre él y se le sentaban encima, burlándose sin descanso.

Y así, sintiéndose humilladas por tener de monarca a un simple madero, volvieron donde Zeus, pidiéndole que les cambiara al rey, pues éste era demasiado tranquilo.

Indignado Zeus, les mandó una activa serpiente de agua que, una a una, las atrapó y devoró a todas sin compasión.

A la hora de elegir los gobernantes, es mejor escoger a uno sencillo y honesto, en vez de a uno muy emprendedor pero malvado o corrupto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA RANA QUE DECÍA SER MÉDICO Y LA ZORRA

Gritaba un día una rana desde su pantano a los demás animales:
—¡Soy médico y conozco muy bien todos los remedios para todos los males!
La oyó una zorra y le reclamó:
—¿Cómo te atreves a anunciar ayudar a los demás, cuando tú misma cojeas y no te sabes curar?

Nunca proclames ser lo que no puedes demostrar con el ejemplo.

LA RANA GRITONA Y EL LEÓN

Oyó una vez un león el croar de una rana y se volvió hacia donde venía el sonido, pensando que era de algún animal muy importante.

Esperó y observó con atención un rato, cuando vio a la rana que salía del pantano, se le acercó y la aplastó diciendo:

— ¡Tú, tan pequeña y lanzando esos tremendos gritos!

Quien mucho habla, poco es lo que dice.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL BOYERO

Un boyero que apacentaba un hato de bueyes perdió un ternero. Lo buscó, recorriendo los alrededores sin encontrarlo. Entonces prometió a Zeus sacrificarle un cabrito si descubría quien se lo había robado.

Entró de inmediato al bosque y vio a un león comiéndose al ternero.

Levantó aterrado las manos al cielo gritando:

—¡Oh grandioso Zeus, antes te prometí inmolarte un cabrito si encontraba al ladrón; pero ahora te prometo sacrificar un toro si consigo no caer en las garras del ladrón!

Cuando busques una solución, ten presente que al encontrarla, ésta a su vez puede convertirse en el siguiente problema.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y LOS TRES BUEYES

Pastaban juntos siempre tres bueyes. Un león quería devorarlos, pero el estar juntos los tres bueyes le impedían hacerlo, pues el luchar contra los tres a la vez lo ponía en desventaja.

Entonces con astucia recurrió a enojarlos entre sí con pérfidas patrañas, separándolos a unos de los otros. Y así, al no estar ya unidos, los devoró tranquilamente, uno a uno.

Si permites que deshagan tu unidad con los tuyos, más fácil será que te dañen.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL MOSQUITO VOLADOR

Un mosquito se acercó a un león y le dijo:

—No te temo, y además, no eres más fuerte que yo. Si crees lo contrario, demuéstramelo.

¿Qué arañas con tus garras y muerdes con tus dientes? ¡Eso también lo hace una mujer defendiéndose de un ladrón! Yo soy más fuerte que tú, y si quieres, ahora mismo te desafío a combate.

Y haciendo sonar su zumbido, cayó el mosquito sobre el león, picándole repetidamente alrededor de la nariz, donde no tiene pelo.

El león empezó a arañarse con sus propias garras, hasta que renunció al combate. El mosquito victorioso hizo sonar de nuevo su zumbido; y sin darse cuenta, de tanta alegría, fue a enredarse en una tela de araña. Al tiempo que era devorado por la araña, se lamentaba que él, que luchaba contra los más poderosos venciéndolos, fuese a perecer a manos de un insignificante animal, la araña.

No importa que tan grandes sean los éxitos en tu vida, cuida siempre que la dicha por haber obtenido uno de ellos, no lo arruine todo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL BUEN REY LEÓN

Había un león que no era enojoso, ni cruel, ni violento, sino tratable y justo como una buena criatura, que llegó a ser el rey.

La tímida liebre dijo entonces:

—He anhelado ardorosamente ver llegar este día, a fin de que los débiles seamos respetados con justicia por los más fuertes.

E inmediatamente corrió lo mejor que pudo.

Cuando en un Estado se practica la justicia, los humildes pueden vivir tranquilos..., pero no deben atenerse.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN APRESADO POR EL LABRADOR

Entró un león en la cuadra de un labrador, y éste, queriendo cogerlo, cerró la puerta. El león, al ver que no podía salir, empezó a devorar primero a los carneros y luego a los bueyes.

Entonces el labrador, temiendo por su propia vida, abrió la puerta.

Se fue el león, y la esposa del labrador, al oírlo quejarse le dijo:

—Tienes lo que buscaste, pues ¿por qué has tratado de encerrar a una fiera que más bien debías de mantener alejada?

Si te metes a competir con los más poderosos, prepárate antes muy bien. De lo contrario saldrás malherido de la contienda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN ENAMORADO DE LA HIJA DEL LABRADOR

Se había enamorado un león de la hija de un labrador y la pidió en matrimonio.

Y no podía el labrador decidirse a dar su hija a tan feroz animal, ni negársela por el temor que le inspiraba.

Entonces ideó lo siguiente: como el león no dejaba de insistirle, le dijo que le parecía digno para ser esposo de su hija, pero que al menos debería cumplir con la siguiente condición: que se arrancara los dientes y se cortara sus uñas, porque eso era lo que atemorizaba a su hija.

El león aceptó los sacrificios porque en verdad la amaba.

Una vez que el león cumplió lo solicitado, cuando volvió a presentarse ya sin sus poderes, el labrador lleno de desprecio por él, lo despidió sin piedad a golpes.

Nunca te fíes demasiado como para despojarte de tus propias defensas, pues fácilmente serás vencido por los que antes te respetaban.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN, LA ZORRA Y EL CIERVO

Habiéndose enfermado el león, se tumbó en una cueva, diciéndole a la zorra, a la que estimaba mucho y con quien tenía muy buena amistad:

—Si quieres ayudarme a curarme y que siga vivo, seduce con tu astucia al ciervo y tráelo acá, pues estoy antojado de sus carnes.

—Vengo a darte una excelente noticia. Como sabes, el león, nuestro rey, es mi vecino; pero resulta que ha enfermado y está muy grave. Me preguntaba qué animal podría sustituirlo como rey después de su muerte.

Y me comentaba: "el jabalí no, pues no es muy inteligente;

el oso es muy torpe; la pantera muy temperamental; el tigre es un fanfarrón; creo que el ciervo es el más digno de reinar, pues es esbelto, de larga vida y temido por las serpientes por sus cuernos".

Pero para qué te cuento más, está decidido que serás el rey.

¿Y qué me darás por habértelo anunciado de primero? Contéstame, que tengo prisa y temo que me llame, pues yo soy su consejero. Pero si quieres oír a un experimentado, te aconsejo que me sigas y acompañes fielmente al león hasta su muerte.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Terminó de hablar la zorra, y el ciervo, lleno de vanidad con aquellas palabras, caminó decidido a la cueva sin sospechar lo que ocurriría.

Al verlo, el león se le abalanzó, pero sólo logró rasparle las orejas. El ciervo, asustado, huyó velozmente hacia el bosque.

La zorra se golpeaba sus patas al ver perdida su partida. Y el león lanzaba fuertes gritos, estimulado por su hambre y la pena. Suplicó a la zorra que lo intentara de nuevo. Y dijo la zorra:

—Es algo penoso y difícil, pero lo intentaré.

Salió de la cueva y siguió las huellas del ciervo hasta encontrarlo reponiendo sus fuerzas.

Viéndola el ciervo, encolerizado y listo para atacarla, le dijo:

—¡Zorra miserable, no vengas a engañarme! ¡Si das un paso más, cuéntate como muerta! Busca a otros que no sepan de ti, háblales bonito y súbeles los humos prometiéndoles el trono, pero ya no más a mí.

Mas la astuta zorra le replicó:

—Pero señor ciervo, no seas tan flojo y cobarde. No desconfíes de nosotros que somos tus amigos. El león, al tomar tu oreja, sólo quería decirte en secreto sus consejos e

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

instrucciones de cómo gobernar, y tú ni siquiera tienes paciencia para un simple arañazo de un viejo enfermo. Ahora está furioso contra ti y está pensando en hacer rey al intrépido lobo. ¡Pobre!, ¡todo lo que sufre por ser el amo! Ven conmigo, que nada tienes que temer, pero eso sí, sé humilde como un cordero. Te juro por toda esta selva que no debes temer nada del león. Y en cuanto a mí, sólo pretendo servirte.

Y engañado de nuevo, salió el ciervo hacia la cueva. No había más que entrado, cuando ya el león vio plenamente saciado su antojo, procurando no dejar ni recuerdo del ciervo. Sin embargo cayó el corazón al suelo, y lo tomó la zorra a escondidas, como pago a sus gestiones. Y el león buscando el faltante corazón preguntó a la zorra por él. Le contestó la zorra:

—Ese ciervo ingenuo no tenía corazón, ni lo busques. ¿Qué clase de corazón podría tener un ciervo que vino dos veces a la casa y a las garras del león?

Nunca permitas que el ansia de honores perturbe tu buen juicio, para que no seas atrapado por el peligro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y LA LIEBRE

Sorprendió un león a una liebre que dormía tranquilamente. Pero cuando estaba a punto de devorarla, vio pasar a un ciervo. Dejó entonces a la liebre por perseguir al ciervo.

Despertó la liebre ante los ruidos de la persecución, y no esperando más, emprendió su huida.

Mientras tanto el león, que no pudo dar alcance al ciervo, ya cansado, regresó a tomar la liebre y se encontró con que también había huido para ponerse a salvo.

Entonces se dijo el león:

—Bien me lo merezco, pues teniendo ya una presa en mis manos la dejé para ir tras la esperanza de obtener una mayor.

Si tienes en tus manos un pequeño beneficio, cuando busques uno mayor, no abandones el pequeño que ya tienes, hasta tanto no tengas realmente en tus manos el mayor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL JABALÍ

Durante el verano, cuando con el calor aumenta la sed, acudieron a beber a una misma fuente un león y un jabalí.

Discutieron sobre quien debería sería el primero en beber, y de la discusión pasaron a una feroz lucha a muerte.

Pero, en un momento de descanso, vieron una nube de aves rapaces en espera de algún vencido para devorarlo.

Entonces, recapacitando, se dijeron:

— ¡Más vale que seamos amigos y no pasto de los buitres y cuervos!

Las luchas inútiles sólo sirven para enriquecer y alimentar a sus espectadores.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL DELFÍN

Paseaba un león por una playa y vio a un delfín asomar su cabeza fuera del agua.

Le propuso entonces una alianza:

—Nos conviene unirnos a ambos, siendo tú el rey de los animales del mar y yo el de los terrestres —le dijo.

Aceptó gustoso el delfín. Y el león, quien desde hacía tiempo se hallaba en guerra contra un loro salvaje, llamó al delfín a que le ayudara. Intentó el delfín salir del agua, mas no lo consiguió, por lo que el león lo acusó de traidor.

—¡No soy yo el culpable ni a quien debes acusar, sino a la Naturaleza —respondió el delfín—, porque ella es quien me hizo acuático y no me permite pasar a la tierra!

Cuando busques alianzas, fíjate que tus aliados estén en verdad capacitados de unirte a ti en lo pactado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN, LA ZORRA Y EL LOBO

Cansado y viejo el rey león se quedó enfermo en su cueva, y los demás animales, excepto la zorra, lo fueron a visitar. Aprovechando la ocasión de la visita, acusó el lobo a la zorra expresando lo siguiente:

—Ella no tiene por nuestra alteza ningún respeto, y por eso ni siquiera se ha acercado a saludar o preguntar por su salud.

En ese preciso instante llegó la zorra, justo a tiempo para oír lo dicho por el lobo. Entonces el león, furioso al verla, lanzó un feroz grito contra la zorra; pero ella, pidió la palabra para justificarse, y dijo:

—Dime, de entre todas las visitas que aquí tenéis, ¿quién te ha dado tan especial servicio como el que he hecho yo, que busqué por todas partes médicos que con su sabiduría te recetaran un remedio ideal para curarte, encontrándolo por fin?

—¿Y cuál es ese remedio?, dímelo inmediatamente. —Ordenó el león.

—Debes sacrificar a un lobo y ponerte su piel como abrigo —respondió la zorra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Inmediatamente el lobo fue condenado a muerte, y la zorra, riéndose exclamó:

—Al patrón no hay que llevarlo hacia el rencor, sino hacia la benevolencia.

Quien tiende trampas para los inocentes, es el primero en caer en ellas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL ASNO INGENUO

Se juntaron el león y el asno para cazar animales salvajes. El león utilizaba su fuerza y el asno las coses de sus pies. Una vez que acumularon cierto número de piezas, el león las dividió en tres partes y le dijo al asno:

—La primera me pertenece por ser el rey; la segunda también es mía por ser tu socio, y sobre la tercera, mejor te vas largando si no quieres que te vaya como a las presas.

Para que no te pase las del asno, cuando te asocies, hazlo con socios de igual poder que tú, no con otros todopoderosos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL ASNO PRESUNTUOSO

De nuevo se hicieron amigos el ingenuo asno y el león para salir de caza. Llegaron a una cueva donde se refugiaban unas cabras monteses, y el león se quedó a guardar la salida, mientras el asno ingresaba a la cueva coceando y rebuznando, para hacer salir a las cabras.

Una vez terminada la acción, salió el asno de la cueva y le preguntó si no le había parecido excelente su actuación al haber luchado con tanta bravura para expulsar a las cabras.

—¡Oh sí, soberbia —repuso el león, que hasta yo mismo me hubiera asustado si no supiera de quien se trataba!

Si te alabas a ti mismo, serás simplemente objeto de la burla, sobre todo de los que mejor te conocen.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL RATÓN

Dormía tranquilamente un león, cuando un ratón empezó a juguetear encima de su cuerpo. Despertó el león y rápidamente atrapó al ratón; y a punto de ser devorado, le pidió éste que le perdonara, prometiéndole pagarle cumplidamente llegado el momento oportuno. El león echó a reír y lo dejó marchar.

Pocos días después unos cazadores apresaron al rey de la selva y le ataron con una cuerda a un frondoso árbol. Pasó por ahí el ratoncillo, quien al oír los lamentos del león, corrió al lugar y royó la cuerda, dejándolo libre.

—Días atrás — le dijo —, te burlaste de mí pensando que nada podría hacer por ti en agradecimiento. Ahora es bueno que sepas que los pequeños ratones somos agradecidos y cumplidos.

Nunca desprecies las promesas de los pequeños honestos. Cuando llegue el momento las cumplirán.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN, LA ZORRA Y EL ASNO

El león, la zorra y el siempre ingenuo asno se asociaron para ir de caza.

Cuando ya tuvieron bastante, dijo el león al asno que repartiera entre los tres el botín. Hizo el asno tres partes iguales y le pidió al león que escogiera la suya. Indignado por haber hecho las tres partes iguales, saltó sobre él y lo devoró.

Entonces pidió a la zorra que fuera ella quien repartiera.

La zorra hizo un montón de casi todo, dejando en el otro grupo sólo unas piltrafas. Llamó al león para que escogiera de nuevo.

Al ver aquello, le preguntó el león que quien le había enseñado a repartir tan bien.

— ¡Pues el asno, señor, el asno!

Siempre es bueno no despreciar el error ajeno y más bien aprender de él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN, PROMETEO Y EL ELEFANTE

No dejaba un león de quejarse ante Prometeo diciéndole:

—Tú me hiciste fuerte y hermoso, dotado de mandíbulas con buenos colmillos y poderosas garras en las patas y soy el más dominante de los animales. Sin embargo, le tengo un gran temor al gallo.

—¿Por qué me acusas tan a la ligera? ¿No estás satisfecho con todas las ventajas físicas que te he dado? Lo que flaquea es tu espíritu. —Replicó Prometeo.

Siguió el león deplorando su situación, juzgándose de pusilánime. Decidió entonces poner fin a su vida.

Se encontraba en esta situación cuando llegó el elefante, se saludaron y comenzaron a charlar. Observó el león que el elefante movía constantemente sus orejas, por lo que le preguntó la causa.

—¿Ves ese minúsculo insecto que zumba a mi alrededor? —respondió el elefante —, pues si logra ingresar dentro de mi oído, estoy perdido.

Entonces se dijo el león: ¿No sería insensato dejarme morir, siendo yo mucho más fuerte y poderoso que el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

elefante, así como mucho más fuerte y poderoso es el gallo con el mosquito?

Muchas veces, muy pequeñas molestias nos hacen olvidar las grandezas que poseemos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL TORO

Pensando el león como capturar un toro muy corpulento, decidió utilizar la astucia. Le dijo al toro que había sacrificado un carnero y que lo invitaba a compartirlo. Su plan era atacarlo cuando se hubiera echado junto a la mesa.

Llegó al sitio el toro, pero viendo sólo grandes fuentes y asadores y ni asomo de carnero, se largó sin decir una palabra.

Le reclamó el león que por qué se marchaba así, pues nada le había hecho.

— Sí que hay motivo —respondió el toro—, pues todos los preparativos que has hecho no son para el cuerpo de un carnero, sino para el de un toro.

Observa y analiza siempre con cuidado tu alrededor y así estarás mejor protegido de los peligros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN Y EL CIERVO

Estaba un león muy furioso, rugiendo y gritando sin ninguna razón.

Lo vio un ciervo a prudente distancia y exclamó:

—¡Desdichados de nosotros, los demás animales del bosque, si cuando el león estaba sosegado nos era tan insoportable, ¿de qué no será capaz estando en la forma que está ahora?

Cuidémonos de no dar nunca poder a los irascibles y dañinos, pues si ya sin motivo nos dañan, más lo harán si por cualquier causa se sienten inconformes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LEÓN, LA ZORRA Y EL RATÓN

Dormía tranquilamente un león, cuando un ratoncillo se puso a correr sobre su cuerpo.

Se despertó el león, y se movió en todas direcciones buscando a ver quién era el intruso que le molestaba.

Lo observaba una zorra, y le criticó por creer que tenía miedo de un simple ratoncillo, siendo él todo un señor león.

— No es miedo del ratoncillo — dijo el león—, sino que me sorprendió que hubiera un animal que tuviera el valor de pisotear el cuerpo de un león dormido.

Nunca dejes de cuidarte hasta de las más pequeñas cosas, por ínfimas que sean.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LOBOS Y LOS PERROS ALISTÁNDOSE A LUCHAR

Se alistaban los lobos y los perros a luchar. Eligieron los perros como general a un perro griego. Pero éste parecía no tener prisa en iniciar la batalla y por ello le reclamaron. ¿Saben —contestó— por qué doy tiempo? Porque antes de actuar siempre es bueno deliberar. Los lobos todos son de la misma raza, talla y color, pero nosotros somos de costumbres muy diferentes y procedemos de diversas regiones de las cuales cada uno está orgulloso. Nuestros uniformes no son parejos como los de ellos, tenemos rubios, negros, blancos y cenicientos.

¿Cómo voy a empezar una guerra con soldados tan disparejos? Primero debo idear cómo nivelar a mi gente.

Cuando de asociarse se trata, entre más equilibrada sea la unidad de voluntad y de pensamiento entre los miembros, mayor garantía habrá de éxito.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LOBOS RECONCILIÁNDOSE CON LOS PERROS

Llamaron los lobos a los perros y les dijeron:

—Oigan, siendo ustedes y nosotros tan semejantes, ¿por qué no nos entendemos como hermanos, en vez de pelearnos? Lo único que tenemos diferente es cómo vivimos. Nosotros somos libres; en cambio ustedes sumisos y sometidos en todo a los hombres: aguantan sus golpes, soportan los collares y les guardan los rebaños. Cuando sus amos comen, a ustedes sólo les dejan los huesos. Les proponemos lo siguiente: dennos los rebaños y los pondremos en común para hartarnos.

Creyeron los perros las palabras de los lobos traicionando a sus amos, y los lobos, ingresando en los corrales, lo primero que hicieron fue matar a los perros.

Nunca des la espalda o traiciones a quien verdaderamente te brinda ayuda y confía en ti.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LOBOS Y LOS CARNEROS

Intentaban los lobos sorprender a un rebaño de carneros. Pero gracias a los perros guardianes, no podían conseguirlo. Entonces decidieron emplear su astucia. Enviaron unos delegados a los carneros para pedirles que les entregaran a sus perros diciéndoles:

—Los perros son los causantes de que haya enemistad entre ustedes y nosotros. Sólo tienen que entregárnoslos y la paz reinará entre nosotros.

Y los ingenuos carneros, sin sospechar lo que sucedería, les entregaron los perros, y los lobos, ya libres de los perros, se apoderaron sin problemas del rebaño.

Nunca le entregues a los enemigos, a los que te dan apoyo y protección.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LOBOS, LOS CARNEROS Y EL CARNERO MAYOR

Enviaron los lobos una representación a un rebaño de carneros, prometiéndoles hacer una paz permanente si les entregaban a los perros. Los carneros aceptaron hacerlo, exceptuando a un viejo carnero padre que les reclamó a los lobos:

—¿Cómo les voy a creer y vivir con ustedes, si ahora mismo, aún con el cuido de los perros no puedo pacer con tranquilidad?

Nunca te desprendas de lo que es primordial para tu propia seguridad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO, ORGULLOSO DE SU SOMBRA, Y EL LEÓN

Vagaba cierto día un lobo por lugares solitarios, a la hora en que el sol se pone en el horizonte. Y viendo su sombra bellamente alargada exclamó:

—¿Cómo me va a asustar el león con semejante talla que tengo? ¡Con treinta metros de largo, bien fácil me será convertirme en rey de los animales!

Y mientras soñaba con su orgullo, un poderoso león le cayó encima y empezó a devorarlo. Entonces el lobo, cambiando de opinión se dijo:

— La presunción es causa de mi desgracia.

Nunca valores tus virtudes por la apariencia con que las ven tus ojos, pues fácilmente te engañarás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL CORDERO EN EL ARROYO

Miraba un lobo a un cordero que bebía en un arroyo e imaginó un simple pretexto a fin de devorarlo. Así, aun estando él más arriba en el curso del arroyo, le acusó de enturbiarle el agua, impidiéndole beber. Y le respondió el cordero:

—Pero si sólo bebo con la punta de los labios, y además estoy más abajo y por eso no te puedo enturbiar el agua que tienes allá arriba.

Viéndose el lobo descubierto, insistió: — El año pasado injuriaste a mis padres.

—¡Pero en ese entonces ni siquiera había nacido yo! —contestó el cordero.

Dijo entonces el lobo:

—Ya veo que te justificas muy bien, mas no por eso te dejaré ir; serás mi cena.

Para quien hacer el mal es su profesión, de nada valen argumentos para no hacerlo. No te acerques nunca donde los malvados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL CORDERO EN EL TEMPLO

Dándose cuenta de que era perseguido por un lobo, un corderito decidió refugiarse en un templo cercano.

Lo llamó el lobo y le dijo que si el sacrificador lo encontraba allí dentro, lo inmolaría a su dios.

—¡Mejor así! —replicó el cordero— prefiero ser víctima para un dios a tener que perecer en tus colmillos.

Si sin remedio vamos a ser sacrificados, más nos vale que sea con el mayor honor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y LA CABRA

Encontró un lobo a una cabra que pastaba a la orilla de un precipicio. Como no podía llegar a donde estaba ella le dijo:

—Oye amiga, mejor baja pues te puedes caer. Además, este prado donde estoy, está verde y crecido. —Pero la cabra le dijo:

—Bien sé que no me invitas a comer a mí, sino a ti mismo, siendo yo tu plato.

Conoce siempre a los malvados, para que no te atrapen con sus engaños.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO, LA NANA Y EL NIÑO

Se hallaba hambriento un lobo y vagaba en busca de su comida. Llegó a una choza y oyó a un niño que lloraba y a su nana que le decía:

—No llores, mi niño, porque te llevo donde el lobo.

Creyendo el lobo aquellas palabras, se quedó esperando por mucho tiempo. Y llegada la noche, la nana, cuando arrullaba al niño le cantaba:

— Si viene el lobo, lo mataremos.

Al oír el lobo las nuevas palabras, siguió su camino meditando:

—En esta casa dicen primero una cosa y después quieren hacer otra muy diferente.

Más importante que las palabras son los actos de amor verdadero.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y LA GRULLA

Un lobo comía un hueso cuando de pronto se le atragantó en la garganta, entonces empezó a correr por todas partes en busca de auxilio.

Encontró en su correr a una grulla y le pidió que le salvara de aquella situación, diciendo que le pagaría por ello. Aceptó la grulla e introdujo su cabeza en la boca del lobo y con su pico sacó de la garganta el hueso atravesado. Pidió entonces la paga convenida.

—Oye amiga —dijo el lobo— ¿No crees que es suficiente paga con haber sacado tu cabeza sana y salva de mi boca?

Nunca hagas favores a malvados, traficantes o corruptos, pues mucha paga tendrías si te dejan sano y salvo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL CABALLO

Pasaba un lobo por un sembrado de cebada, pero como no era comida de su gusto siguió su camino. Encontró al rato a un caballo y le llevó al campo, comentándole la gran cantidad de cebada que había hallado, pero que en vez de comérsela él, mejor se la había dejado porque le agradaba más oír el ruido de sus dientes al masticarla. Pero el caballo le repuso:

—¡Amigo, si los lobos comieran cebada, no hubieras preferido complacer a tus oídos sino a tu estómago!

A todo malvado, aunque parezca actuar como bueno, no debe de creérsele.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL ASNO

Un lobo fue elegido rey entre sus congéneres y decretó una ley ordenando que lo que cada uno capturase en la caza, lo pusiera en común y lo repartiese por partes iguales entre todos; de esta manera ya no tendrían los lobos que devorarse unos a otros en épocas de hambre.

Pero en eso lo escuchó un asno que estaba por ahí cerca, y moviendo sus orejas le dijo:

—Magnífica idea ha brotado de tu corazón, pero ¿por qué has escondido todo tu botín en tu cueva? Llévalo a tu comunidad y repártelo también, como lo has decretado.

El lobo, descubierto y confundido, derogó su ley.

Si alguna vez llegas a tener poder de legislar, sé el primero en cumplir tus propias leyes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL LEÓN

Cierta vez un lobo, después de capturar a un carnero en un rebaño, lo arrastraba a su guarida. Pero un león que lo observaba, salió a su paso y se lo arrebató.

Molesto el lobo, guardando cierta distancia, le reclamó:

—¡Injustamente me arrebatas lo que es mío!

El león, riéndose, le dijo:

—Ajá, seguro me vas a decir que tú lo recibiste buenamente de un amigo.

Lo que ha sido mal habido, de alguna forma llegará a ser perdido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL PERRO

Se encontró un lobo con un corpulento perro sujeto por un collar, y le preguntó:

—¿Quién te ha encadenado y quién te ha alimentado de esa forma?

—Mi amo, el cazador —respondió el perro.

—¡Que los dioses nos libren a los lobos de semejante destino! Prefiero morir de hambre a tener que cargar tan pesado collar.

Vale más el duro trabajo en libertad, que el placer en esclavitud.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL PASTOR

Acompañaba un lobo a un rebaño de ovejas pero sin hacerles daño. Al principio el pastor lo observaba y tenía cuidado de él como un enemigo. Pero como el lobo le seguía y en ningún momento intentó robo alguno, llegó a pensar el pastor que más bien tenía un guardián de aliado.

Cierto día, teniendo el pastor necesidad de ir al pueblo, dejó sus ovejas confiadamente junto al lobo y se marchó.

El lobo, al ver llegado el momento oportuno, se lanzó sobre el rebaño y devoró casi todo.

Cuando regresó el pastor y vio todo lo sucedido exclamó:

—Bien merecido lo tengo; porque ¿De dónde saqué confiar las ovejas a un lobo?

Nunca dejes tus valores al alcance de los codiciosos, no importa su inocente apariencia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO HARTO Y LA OVEJA

Un lobo hartado de comida y sin hambre, vio a una oveja tendida en el suelo. Dándose cuenta que se había desplomado simplemente de terror, se le acercó, y tranquilizándola le prometió dejarla ir si le decía tres verdades.

Le dijo entonces la oveja que la primera es que preferiría no haberle encontrado; la segunda, que como ya lo encontró, hubiera querido encontrarlo ciego; y por tercera verdad le dijo:

—¡Ojalá, todos los lobos malvados murieran de mala muerte, ya que, sin haber recibido mal alguno de nosotras, nos dan una guerra cruel!

Reconoció el lobo la realidad de aquellas verdades y dejó marchar a la oveja.

Camina siempre soportado en la verdad y ella te abrirá los caminos del éxito, aún entre adversarios.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO HERIDO Y LA OVEJA

Un lobo que había sido mordido por unos perros, yacía en el suelo todo malherido. Viendo la imposibilidad de procurarse comida en esa situación, pidió a una oveja que pasaba por allí que le llevara un poco de agua del cercano río.

—Si me traes agua para beber —le dijo—, yo mismo me encargaré de mi comida.

—Si te llevo agua para beber —respondió la oveja—, yo misma asistiré a tu cena.

Prevé siempre el verdadero fondo de las aparentemente inocentes propuestas de los malhechores.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL LABRADOR

Llevó un labrador su yunta de bueyes al abrevadero. Caminaba por ahí cerca un lobo hambriento en busca de comida.

Encontró el lobo el arado y empezó a lamer los bordes del yugo, y enseguida y sin darse cuenta terminó por meter su cabeza adentro. Agitándose como mejor podía para soltarse, arrastraba el arado a lo largo del surco.

Al regresar el labrador y viéndolo en esta actividad le dijo:

—¡Ah, lobo ladrón, que felicidad si fuera cierto que renunciaste a tu oficio y te has unido a trabajar honradamente la tierra!

A veces, por casualidad o no, los malvados parecieran actuar bien, mas su naturaleza siempre los delata.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL PERRO DORMIDO

Dormía plácidamente un perro en el portal de una casa.

Un lobo se abalanzó sobre él, dispuesto a darse un banquete, cuando en eso el perro le rogó que no lo sacrificara todavía.

—Mírame, ahora estoy en los huesos —le dijo—; espera un poco de tiempo, ya que mis amos pronto van a celebrar sus bodas y como yo también me daré mis buenos atracones, engordaré y de seguro seré un mucho mejor manjar para tu gusto.

Le creyó el lobo y se marchó. Al cabo de algún tiempo volvió. Pero esta vez encontró al perro durmiendo en una pieza elevada de la casa. Se detuvo al frente y le recordó al perro lo que habían convenido. Entonces el perro repuso:

—¡Ah lobo, si otro día de nuevo me ves dormir en el portal de la casa, no te preocupes por esperar las bodas!

Si una acción te lleva a caer en un peligro, y luego te logras salvar de él, recuerda cual fue esa acción y evita repetirla para no volver a ser su víctima.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y EL CABRITO ENCERRADO

Protegido por la seguridad del corral de una casa, un cabrito vio pasar a un lobo y comenzó a insultarle, burlándose ampliamente de él. El lobo, serenamente le replicó:

—¡Infeliz! Sé que no eres tú quien me está insultando, sino el sitio en que te encuentras.

Muy a menudo, no es el valor, sino la ocasión y el lugar, quienes proveen el enfrentamiento arrogante ante los poderosos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO FLAUTISTA Y EL CABRITO

Un cabrito se rezagó en el rebaño y fue alcanzado por un lobo que lo perseguía. Se volvió hacia éste y le dijo:

—Ya sé, señor lobo, que estoy condenado a ser tu almuerzo. Pero para no morir sin honor, toca la flauta y yo bailaré por última vez.

Y así lo hicieron, pero los perros, que no estaban lejos, oyeron el ruido y salieron a perseguir al lobo. Viendo la mala pasada, se dijo el lobo:

— Con sobrada razón me ha sucedido esto, porque siendo yo cazador, no debí meterme a flautista.

Cuando vayas a efectuar una nueva actividad, antes ten en cuenta tus capacidades y las circunstancias, para valorar si puedes salir adelante.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS DOS PERROS

Un hombre tenía dos perros. Uno cazador y otro guardián. Cuando salía de cacería iba con el de caza, y al regresar le regalaba un pedazo de la presa al perro guardián. Descontento por esto el perro de caza lanzó a su compañero algunos reproches: que sólo era él quien salía y sufría en todo momento, mientras que el otro perro, sin hacer nada, disfrutaba de su trabajo de caza.

El perro guardián le contestó:

—¡No es a mí a quien debes de reclamar, sino a nuestro amo, ya que en lugar de enseñarme a trabajar, me ha enseñado a vivir tranquilamente del trabajo ajeno!

Pide siempre a tus mayores que te enseñen una preparación y trabajo digno para afrontar tu futuro, y esfuérzate en aprenderlo correctamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS PERROS HAMBRIENTOS

Unos perros hambrientos vieron en el fondo de un arroyo unas pieles que estaban puestas para limpiarlas; pero debido al agua que se interponía no podían alcanzarlas, decidieron beberse primero el agua para así llegar fácilmente a las pieles.

Pero sucedió que de tanto beber y beber, reventaron antes de llegar a las pieles.

Ten siempre cuidado con los caminos rápidos, pues no siempre son los más seguros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE AL QUE MORDIÓ UN PERRO

Un perro mordió a un hombre, y éste corría por todos lados buscando quien le curara. Un vecino le dijo que mojara un pedazo de pan con la sangre de su herida y se lo arrojase al perro que lo mordió.

Pero el hombre herido respondió:

—¡Si así premiara al perro, todos los perros del pueblo vendrían a morderme!

Grave error es alagar la maldad, pues la incitas a hacer más daño todavía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y EL COCINERO

Preparó un hombre una cena en honor de uno de sus amigos y de sus familiares. Y su perro invitó también a otro perro amigo.

—Ven a cenar a mi casa conmigo —le dijo.

Y llegó el perro invitado lleno de alegría. Se detuvo a contemplar el gran festín, diciéndose a sí mismo:

—¡Qué suerte tan inesperada! Tendré comida para hartarme y no pasaré hambre por varios días.

Estando en estos pensamientos, meneaba el rabo como gran viejo amigo de confianza. Pero al verlo el cocinero moviéndose alegremente de allá para acá, lo cogió de las patas y sin pensarlo más, lo arrojó por la ventana.

El perro se volvió lanzando grandes alaridos, y encontrándose en el camino con otros perros, estos le preguntaron:

— ¿Cuánto has comido en la fiesta, amigo?

—De tanto beber, —contestó— tanto me he embriagado, que ya ni siquiera sé por dónde he salido.

No te confíes de la generosidad que otros prodigan con lo que no les pertenece.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO DE PELEA Y LOS PERROS SENCILLOS

Un perro había sido muy bien alimentado en una casa y fue adiestrado para luchar contra las fieras.

Un día, al ver un gran número de ellas colocadas en fila, rompió el collar que le sujetaba y rápidamente echó a correr por las calles del pueblo. Lo vieron pasar otros perros, y viendo que era fuerte como un toro, le preguntaron:

—¿Por qué corres de esa manera?

—Sé que vivo en la abundancia, sin hambres, con mi estómago siempre satisfecho, pero también siempre estoy cerca de la muerte combatiendo a esos osos y leones —respondió.

Entonces los otros perros comentaron:

— Nuestra vida es en verdad pobre, pero más bella, sin tener que pensar en combatir con leones ni osos.

Las grandes ganancias, siempre van acompañadas de grandes riesgos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO, EL GALLO Y LA ZORRA

Cierta vez un perro y un gallo se unieron en sociedad para recorrer el mundo. Llegada una noche, el gallo subió a un árbol y el perro se recostó al pie del tronco.

Y como era su costumbre, cantó el gallo antes del amanecer.

Oyó su canto una zorra y corrió hacia el sitio, parándose al pie del árbol. Le rogó que descendiera, pues deseaba besar a un animal que tenía tan exquisita voz.

Le replicó entonces el gallo que por favor, primero despertara al portero que estaba durmiendo al pie del árbol.

Y entonces el perro, cuando la zorra buscaba como establecer conversación con el portero, le saltó encima descuartizándola.

Es inteligente actitud, cuando encontramos un enemigo poderoso, encaminarlo a que busque a otros más fuertes que nosotros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y LA ALMEJA

Un perro de esos acostumbrados a comer huevos, al ver una almeja, no lo pensó dos veces, y creyendo que se trataba de un huevo, se la tragó inmediatamente. Desgarradas luego sus entrañas, se sintió muy mal y se dijo:

— Bien merecido lo tengo, por creer que todo lo que veo redondo son huevos.

Nunca tomes un asunto sin antes reflexionar, para no entrar luego en extrañas dificultades.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y LA LIEBRE

Un perro de caza atrapó un día a una liebre, y a ratos la mordía y a ratos le lamía el hocico. Cansada la liebre de esa cambiante actitud le dijo:

—¡Deja ya de morderme o de besarme, para saber yo si eres mi amigo o si eres mi enemigo!

Sé siempre consistente en tus principios.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y SU REFLEJO EN EL RÍO

Vadeaba un perro un río llevando en su hocico un sabroso pedazo de carne.

Vio su propio reflejo en el agua del río y creyó que aquel reflejo era en realidad otro perro que llevaba un trozo de carne mayor que el suyo.

Y deseando adueñarse del pedazo ajeno, soltó el suyo para arrebatar el trozo a su supuesto compadre.

Pero el resultado fue que se quedó sin el propio y sin el ajeno: éste porque no existía, sólo era un reflejo, y el otro, el verdadero, porque se lo llevó la corriente.

Nunca codicies el bien ajeno, pues puedes perder lo que ya has adquirido con tu esfuerzo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y EL CARNICERO

Penetró un perro en una carnicería, y notando que el carnicero estaba muy ocupado con sus clientes, cogió un trozo de carne y salió corriendo. Se volvió el carnicero, y viéndole huir, y sin poder hacer ya nada, exclamó:

—¡Oye amigo! allí donde te encuentre, no dejaré de mirarte!

No esperes a que suceda un accidente para pensar en cómo evitarlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO CON CAMPANILLA

Había un perro que acostumbraba morder sin razón.

Le puso su amo una campanilla para advertirle a la gente de su presencia cercana. Y el can, sonando la campanilla, se fue a la plaza pública a presumir. Mas una sabia perra, ya avanzada de años le dijo:

—¿De qué presumes tanto, amigo? Sé que no llevas esa campanilla por tus grandes virtudes, sino para anunciar tu maldad oculta.

Los halagos que se hacen a sí mismos los fanfarrones, sólo delatan sus mayores defectos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO QUE PERSEGUÍA AL LEÓN

Un perro de caza se encontró con un león y partió en su persecución. Pero el león se volvió rugiendo, y el perro, todo atemorizado, retrocedió rápidamente por el mismo camino. Le vio una zorra y le dijo:

—¡Perro infeliz! ¡Primero perseguías al león y ya ni siquiera soportas sus rugidos!

Cuando entres a una empresa, mantente siempre listo a afrontar imprevistos que no te imaginabas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO Y LA CORNEJA

Una corneja que ofrecía en sacrificio una víctima a Atenea invitó a un perro al banquete.

Le dijo el perro:

—¿Por qué dilapidas tus bienes en inútiles sacrificios? Pues deberías de saber que la diosa te desprecia hasta el punto de quitar todo crédito a tus presagios.

Entonces replicó la corneja:

— Es por eso que le hago estos sacrificios, porque sé muy bien su indisposición conmigo y deseo su reconciliación.

Si deseas que los más alejados te escuchen, debes llamarlos con mayor intensidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CORNEJA Y EL CUERVO

Sentía una corneja celos contra los cuervos porque éstos dan presagios a los hombres, prediciéndoles el futuro, y por esta razón los toman como testigos. Quiso la corneja poseer las mismas cualidades.

Viendo pasar a unos viajeros se posó en un árbol, lanzándoles espantosos gritos. Al oír aquel estruendo, los viajeros retrocedieron espantados, excepto uno de ellos, que dijo a los demás:

—Eh, amigos, tranquilos; esa ave es solamente una corneja.

Sus gritos no son de presagios.

Cuando vanidosamente y sin tener capacidades, se quiere rivalizar con los más preparados, no sólo no se les iguala, sino que además se queda en ridículo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CORNEJA CON LOS CUERVOS

Una corneja que por esas cosas del destino era más grande que sus compañeras, despreciando y burlándose de sus congéneres, se fue a vivir entre los cuervos pidiéndoles que aceptaran compartir su vida.

Pero los cuervos, a quienes su figura y voz les eran desconocidas, sin pensarlo mucho la golpearon y la arrojaron de su grupo.

Y la corneja, expulsada por los cuervos, volvió de nuevo donde las demás cornejas. Pero éstas, heridas por el ultraje que les había hecho, se negaron a recibirla otra vez.

Así, quedó esta corneja excluida de la sociedad de unos y de otros.

Cuando pienses cambiar de sociedad, domicilio o amistades, no lo hagas nunca despreciando a la anterior, no sea que más tarde tengas que regresar allá.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CORNEJA Y LAS AVES

Quería una vez Zeus proclamar un rey entre las aves, y les señaló un día para que comparecieran delante de él, pues iba a elegir a la que encontrara más hermosa para que reinara entre ellas.

Todas las aves se dirigieron a la orilla de un río para limpiarse.

Entonces la corneja, viéndose más fea que las demás, se dedicó a recoger las plumas que abandonaban los otros pájaros, ajustándolas a su cuerpo. Así, compuesta con ropajes ajenos, resultó la más hermosa de las aves.

Llegó el momento de la selección, y todos los pájaros se presentaron ante Zeus, sin faltar por supuesto, la corneja con su esplendoroso plumaje.

Y cuando ya estaba Zeus a punto de concederle la realeza a causa de tanta hermosura, los demás pájaros, indignados por el engaño, le arrancaron cada uno la pluma que le correspondía. Al fin, desplumada de lo ajeno, la corneja, simplemente corneja se quedó.

Nunca hagas alarde de los bienes ajenos como si fueran propios, pues tarde o temprano se descubre el engaño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CORNEJA Y LOS PICHONES

Conoció una corneja un palomar que habitaban unos pichones muy bien alimentados, y queriendo disfrutar de tan buena comida blanqueó sus plumas y se unió a ellos.

Mientras la corneja estuvo en silencio, los pichones, creyéndola como uno de los suyos, la admitieron sin reclamo. Pero olvidándose de su actuación, en un descuido la corneja lanzó un grito. Entonces los pichones, que no le reconocieron su voz, la echaron de su nido.

Y la corneja, viendo que se le escapaba la comida de los pichones, volvió a buscar a sus semejantes.

Mas por haber perdido su color original, las otras cornejas tampoco la recibieron en su sociedad; de manera que por haber querido disfrutar de dos comidas, se quedó sin ninguna.

Contentémonos con nuestros bienes, pues tratar de tomar sin derecho los ajenos, sólo nos conduce a perderlo todo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CORNEJA FUGITIVA

Un hombre cazó a una corneja, le ató un hilo a una pata y se la entregó a su hijo.

Mas la corneja, no pudiendo resignarse a vivir prisionera en aquel hogar, aprovechó un instante de descuido para huir y tratar de volver a su nido.

Pero el hilo se le enredó en las ramas de un árbol y el ave no pudo volar más, quedando apresada.

Viendo cercana su muerte, se dijo:

—¡Hecho está! Por no haber sabido soportar la esclavitud entre los hombres, ahora me veo privada de la vida.

En cuanto mayor son los valores que se buscan, mayores son los riesgos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CUERVO Y LA CULEBRA

Andaba un cuervo escaso de comida y vio en el prado a una culebra dormida al sol; cayó veloz sobre ella y la raptó. Mas la culebra, despertando de su sueño, se volvió y la mordió.

El cuervo viéndose morir dijo:

—¡Desdichado de mí, que encontré un tesoro pero a costa de mi vida!

Antes de querer poseer algún bien, primero hay que valorar si su costo vale la pena.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CUERVO Y HERMES

Un cuervo que había caído en un cepo prometió a Apolo que le quemaría incienso si lo salvaba; pero una vez liberado de la trampa olvidó su promesa.

Capturado de nuevo en otro cepo, dejó a Apolo para dirigirse a Hermes, prometiéndole también un sacrificio. Mas el dios le dijo:

Si por nuestra voluntad faltamos a nuestra primera promesa, no tendremos oportunidad de que nos crean una segunda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CUERVO ENFERMO

Un cuervo que se encontraba muy enfermo dijo a su madre:

—Madre, ruega a los dioses por mí y ya no llores más.

La madre contestó:

—¿Y cuál de todos, hijo mío, tendrá piedad de ti?

¿Quedará alguno a quien aún no le hayas robado la carne?

No te llenes innecesariamente de enemigos, pues en momentos de necesidad no encontrarás un solo amigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL RUISEÑOR Y EL GAVILÁN

Subido en un alto roble, un ruiseñor cantaba como de costumbre. Lo vio un gavilán hambriento, y lanzándose inmediatamente sobre él, lo apresó en sus garras.

Seguro de su próxima muerte, el ruiseñor le rogó que le soltara, diciéndole que con sólo él no bastaría para llenar su vientre, y que si en verdad tenía hambre, debería de apresar a otros más grandes. El gavilán le repuso:

—Necio sería si te oyera y dejara escapar la presa que tengo, por ir a buscar a la que ni siquiera he visto.

No dejemos los bienes que ya tenemos, por ilusiones que ni siquiera divisamos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL RUISEÑOR Y LA GOLONDRINA

Invitó la golondrina a un ruiseñor a construir su nido como lo hacía ella, bajo el techo de las casas de los hombres, y a vivir con ellos como ya lo hacía ella. Pero el ruiseñor repuso:

—No quiero revivir el recuerdo de mis antiguos males, y por eso prefiero alojarme en lugares apartados.

Los bienes y los males recibidos, siempre quedan atados a las circunstancias que los rodearon.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL GALLO Y LA COMADREJA

Una comadreja atrapó a un gallo y quiso tener una razón plausible para comérselo.

La primera acusación fue la de importunar a los hombres y de impedirles dormir con sus molestos cantos por la noche. Se defendió el gallo diciendo que lo hacía para servirles, pues despertándolos, les recordaba que debían comenzar sus trabajos diarios.

Entonces la comadreja buscó una segunda acusación: que maltrataba a la Naturaleza por buscar como novias incluso a su madre y a sus hermanas. Repuso el gallo que con ello también favorecía a sus dueños, porque así las gallinas ponían más huevos.

Para el malvado decidido a agredir, no lo para ninguna clase de razones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS GALLOS Y LA PERDIZ

Un hombre que tenía dos gallos, compró una perdiz doméstica y la llevo al corral junto con ellos para alimentarla.

Pero estos la atacaban y la perseguían, y la perdiz, pensando que lo hacían por ser de distinta especie, se sentía humillada.

Pero días más tarde vio cómo los gallos se peleaban entre ellos, y que cada vez que se separaban, estaban cubiertos de sangre. Entonces se dijo a sí misma:

—Ya no me quejo de que los gallos me maltraten, pues he visto que ni aun entre ellos mismos están en paz.

Si llegas a una comunidad donde los vecinos no viven en paz, ten por seguro que tampoco te dejarán vivir en paz.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CIERVO, EL MANANTIAL Y EL LEÓN

Agobiado por la sed, llegó un ciervo a un manantial. Después de beber, vio su reflejo en el agua. Al contemplar su hermosa cornamenta, sintióse orgulloso, pero quedó descontento por sus piernas débiles y finas. Sumido aún en estos pensamientos, apareció un león que comenzó a perseguirle. Echó a correr y le ganó una gran distancia, pues la fuerza de los ciervos está en sus piernas y la del león en su corazón.

Mientras el campo fue llano, el ciervo guardó la distancia que le salvaba; pero al entrar en el bosque sus cuernos se engancharon a las ramas y, no pudiendo escapar, fue atrapado por el león.

A punto de morir, exclamó para sí mismo:

— ¡Desdichado soy! Mis pies, que pensaba que me traicionaban, eran los que me salvaban, y mis cuernos, en los que ponía toda mi confianza, son los que me pierden.

Muchas veces, a quienes creemos más indiferentes, son quienes nos dan la mano en las congojas, mientras que los que nos adulan, ni siquiera se asoman.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CIERVA Y LA VIÑA

Una cierva era perseguida por unos cazadores y se refugió bajo una viña. Pasaron cerca los cazadores, y la cierva, creyéndose muy bien escondida, empezó a saborear las hojas de la viña que la cubría.

Viendo los cazadores que las hojas se movían, pensaron muy acertadamente, que allí adentro había un animal oculto, y disparando sus flechas hirieron mortalmente a la cierva. Ésta, viéndose morir, pronunció estas palabras:

— ¡Me lo he merecido, pues no debí haber maltratado a quien me estaba salvando!

Sé siempre agradecido con quien generosamente te da la ayuda para salir adelante.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CIERVA EN LA GRUTA DEL LEÓN

Una cierva que huía de unos cazadores, llegó a una gruta donde no sabía que moraba un león. Entrando en ella para esconderse, cayó en las garras del león.

Viéndose sin remedio perdida, exclamó:

— ¡Desdichada de mí! Huyendo de los hombres, caí en las garras de un feroz animal.

Si tratas de salir de un problema, busca que la salida no sea caer en otro peor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CIERVA TUERTA

Una cierva a la que le faltaba un ojo pacía a orillas del mar, volviendo su ojo intacto hacia la tierra para observar la posible llegada de cazadores, y dando al mar el lado que carecía del ojo, pues de allí no esperaba ningún peligro.

Pero resulta que una gente navegaba por este lugar, y al ver a la cierva la abatieron con sus dardos. Y la cierva agonizando, se dijo para sí:

— ¡Pobre de mí! Vigilaba la tierra, que creía llena de peligros, y el mar, al que consideraba un refugio, me ha sido mucho más funesto.

Nunca excedas la valoración de las cosas. Procura ver siempre sus ventajas y desventajas en forma balanceada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CIERVO Y EL CERVATILLO

Díjole un día un cervatillo al ciervo:

—Padre: eres mayor y más veloz que los perros y tienes además unos cuernos magníficos para defenderte; ¿por qué huyes delante de ellos?

El ciervo respondió riendo:

— Justo es lo que me dices, hijo mío; mas no sé lo que me sucede, pero cuando oigo el ladrido de un perro, inmediatamente me doy a la fuga.

Cuando se tiene un ánimo temeroso, no hay razón que pueda cambiarlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CABALLO VIEJO

Un caballo viejo fue vendido para darle vueltas a la piedra de un molino. Al verse atado a la piedra, exclamó sollozando:

—¡Después de las vueltas de las carreras, he aquí a que vueltas me he reducido!

No presumas de la fortaleza de la juventud. Para muchos, la vejez es un trabajo muy penoso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CABALLO, EL BUEY, EL PERRO Y EL HOMBRE

Cuando Zeus creó al hombre, le concedió unos pocos años de vida. Pero el hombre, poniendo a funcionar su inteligencia, al llegar el invierno edificó una casa y habitó en ella.

Cierto día en que el frío era muy crudo, y la lluvia empezó a caer, no pudiendo el caballo aguantarse más, llegó corriendo a donde el hombre y le pidió que le diera abrigo. Le dijo el hombre que sólo lo haría con una condición: que le cediera una parte de los años que le correspondían. El caballo aceptó.

Poco después se presentó el buey que tampoco podía sufrir el mal tiempo. Le contestó el hombre lo mismo: que lo admitiría si le daba cierto número de sus años. El buey cedió una parte y quedó admitido.

Por fin, llegó el perro, muriéndose de frío, y cediendo una parte de su tiempo de vida, obtuvo su refugio.

Y he aquí el resultado: cuando los hombres cumplen el tiempo que Zeus les dio, son puros y buenos; cuando llegan a los años pedidos al caballo, son intrépidos y orgullosos; cuando están en los del buey, se dedican a mandar; y cuando llegan a usar el tiempo del perro, al

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

final de su existencia, se vuelven irascibles y malhumorados.

Describe esta fábula las etapas del hombre: inocente niñez, vigorosa juventud, poderosa madurez y sensible vejez.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CABALLO Y EL PALAFRENERO

Había un palafrenero que robaba y llevaba a vender la cebada de su caballo; pero en cambio, se pasaba el día entero limpiándole y peinándole para lucirlo de lo mejor.

Un día el caballo le dijo:

—Si realmente quieres que me vea hermoso, no robes la cebada que es para mí alimento.

Ten cuidado de quien mucho te adule o alabe, pues algo busca quitarte a cambio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CABALLO Y EL ASNO

Un hombre tenía un caballo y un asno. Un día que ambos iban camino a la ciudad, el asno, sintiéndose cansado, le dijo al caballo:

— Toma una parte de mi carga si te interesa mi vida.

El caballo haciéndose el sordo no dijo nada y el asno cayó víctima de la fatiga y murió allí mismo. Entonces el dueño echó toda la carga encima del caballo, incluso la piel del asno.

Y el caballo, suspirando dijo:

—¡Qué mala suerte tengo! ¡Por no haber querido cargar con un ligero fardo ahora tengo que cargar con todo, y hasta con la piel del asno encima!

Cada vez que no tiendes tu mano para ayudar a tu prójimo que honestamente te lo pide, sin que lo notes en ese momento, en realidad te estás perjudicando a ti mismo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CABALLO Y EL SOLDADO

Un soldado, durante una guerra, alimentó con cebada a su caballo, su compañero de esfuerzos y peligros.

Pero, acabada la guerra, el caballo fue empleado en trabajos serviles y para transportar pesados bultos, siendo alimentado únicamente con paja.

Al anunciarse una nueva guerra, y al son de la trompeta, el dueño del caballo lo aparejó, se armó y montó encima. Pero el caballo exhausto se caía a cada momento. Por fin dijo a su amo:

—Vete mejor entre los infantes, puesto que de caballo que era me has convertido en asno. ¿Cómo quieres hacer ahora de un asno un caballo?

En los tiempos de bienestar, es cuando debemos prepararnos para las épocas críticas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA MULA

Henchida de cebada, una mula (producto del cruce de asno y yegua) se puso a saltar, diciéndose a sí misma:

—Mi padre es un caballo veloz en la carretera, y yo me parezco en todo a él.

Pero llegó la ocasión en que la mula se vio obligada a correr. Terminada la carrera, muy contrariada, se acordó de pronto de su verdadero padre: el sereno asno.

Siempre debemos reconocer nuestras raíces, respetando nuestras herencias y las ajenas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAMELLO QUE DEFECÓ EN EL RÍO

Atravesaba un camello un río de aguas rápidas. Sintió la necesidad de defecar, y viendo enseguida que pasaba delante de él su excremento, arrastrado por el río, exclamó:

—¿Cómo sucede esto? ¡Lo que estaba detrás de mí, ahora lo veo pasar adelante!

Es como en algunos estados o empresas, donde los incapaces y los corruptos pasan a ocupar los primeros lugares, en lugar de los más sensatos, honestos y capaces. Si llegas a tener puestos de mando, promueve siempre a los mejores.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAMELLO, EL ELEFANTE Y EL MONO

Votaban los animales para elegir un rey. El camello y el elefante se pusieron en fila disputándose los sufragios, ya que esperaban ser preferidos sobre los demás gracias a su tamaño y su fuerza.

Pero llegó el mono y los declaró a los dos incapacitados para reinar.

—El camello no sirve —dijo—, porque no se encoleriza contra los malhechores, y el elefante tampoco nos sirve porque tendremos que estar temerosos de que nos ataque un marrano, animal a quien teme el elefante.

La fortaleza más grande, siempre se mide en el punto más débil.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAMELLO VISTO POR PRIMERA VEZ

Cuando los humanos vieron por primera vez al camello, se asustaron, y atemorizados por su gran tamaño emprendieron la huida.

Pero pasado el tiempo y viendo que era inofensivo, se envalentonaron y se acercaron a él.

Luego viendo poco a poco que el animal no conocía la cólera, llegaron a domesticarle hasta el punto de colocarle una brida, dándoselo a los niños para conducirlo.

Es natural que lo desconocido lo tratemos siempre con recelo y prudencia. Después de varias observaciones podremos tener un juicio mejor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAMELLO BAILARÍN

Obligado por su dueño a bailar, un camello comentó:

—¡Que cosa! No sólo carezco de gracia andando, sino que bailando soy peor aún.

Usa siempre cada cosa para el propósito con el que fue creado.

EL CAMELLO Y ZEUS

Sentía el camello envidia por los cuernos del toro y quiso obtener los suyos propios.

Para esto fue a ver a Zeus, pidiéndole le regalara a él unos semejantes.

Pero Zeus, indignado de que no se contentara de su gran tamaño y fuerza, no sólo le negó el darle los cuernos, sino que además le cortó una parte de las orejas.

La envidia no es buena consejera. Cuando quieras mejorar en algo, hazlo con tu esfuerzo y por tu deseo de progresar, no porque tu vecino lo tenga.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CABRA Y EL CABRERO

Llamaba un cabrero a sus cabras para llevarlas al establo.

Una de ellas, al pasar por un rico pasto se detuvo y el cabrero le lanzó una piedra, pero con tan mala suerte que le rompió un cuerno. Entonces el cabrero le suplicó a la cabra que no se lo contara al patrón, a lo que la cabra respondió:

—¡Quisiera yo quedarme callada, mas no podría! ¡Bien claro está a la vista mi cuerno roto!

Nunca niegues lo que claramente se ve.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CABRA Y EL ASNO

Una cabra y un asno comían al mismo tiempo en el establo.

La cabra empezó a envidiar al asno porque creía que él estaba mejor alimentado, y le dijo:

— Entre la noria y la carga, tu vida sí que es un tormento inacabable. Finge un ataque y déjate caer en un foso para que te den unas vacaciones.

Tomó el asno el consejo, y dejándose caer se lastimó todo el cuerpo. Viéndolo el amo, llamó al veterinario y le pidió un remedio para el pobre. Prescribió el curandero que necesitaba una infusión con el pulmón de una cabra, pues era muy efectivo para devolver el vigor. Para ello entonces degollaron a la cabra y así curar al asno.

En todo plan de maldad, la víctima principal siempre es su propio creador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS CABRAS MONTESES Y EL CABRERO

Llevó un cabrero a pastar a sus cabras y de pronto vio que las acompañaban unas cabras monteses. Llegada la noche, llevó a todas a su gruta.

A la mañana siguiente estalló una fuerte tormenta y no pudiendo llevarlas a los pastos, las cuidó dentro.

Pero mientras a sus propias cabras sólo les daba un puñado de forraje, a las monteses les servía mucho más, con el propósito de quedarse con ellas. Terminó al fin el mal tiempo y salieron todas al campo, pero las cabras monteses escaparon a la montaña. Las acusó el pastor de ingratas, por abandonarle después de haberlas atendido tan bien; mas ellas le respondieron:

—Mayor razón para desconfiar de ti, porque si a nosotras recién llegadas, nos has tratado mejor que a tus viejas y leales esclavas, significa esto que si luego vinieran otras cabras, nos despreciarías a nosotras por ellas.

Nunca confíes en quien pretende tu nueva amistad a cambio de abandonar a las que ya tenía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL BUEY Y LA BECERRA

Viendo a un buey trabajando, una becerra que sólo descansaba y comía, se condolió de su suerte, alegrándose de la de ella.

Pero llegó el día de una solemnidad religiosa y mientras al buey se le hacía a un lado, cogieron a la becerra para sacrificarla.

Viendo lo sucedido, el buey sonriendo dijo:

—Mira becerra, ya sabes por qué tú no tenías que trabajar: ¡es que estabas reservada para el sacrificio!

No te ufanes de la ociosidad, pues nunca sabes que mal trae oculto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS BUEYES Y EL EJE DE LA CARRETA

Arrastraban unos bueyes una carreta cuyo eje chirriaba ruidosamente. Se volvieron aquellos a la carreta diciendo:

—Oye amiga, somos nosotros quienes llevamos la carga, ¿y eres tú quien se queja?

En la vida encontrarás a muchos que se fingen cansados de ver trabajar a otros.

EL BUEY Y EL MOSQUITO

En el cuerno de un buey se posó un mosquito. Luego de permanecer allí largo rato, al irse a su vuelo preguntó al buey si se alegraba que por fin se marchase. El buey le respondió:

— Ni supe que habías venido. Tampoco notaré cuando te vayas.

Pasar por la vida, sin darle nada a la vida, es ser insignificante.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VÍBORA Y LA ZORRA

Arrastraba la corriente de un río a una víbora enroscada en una maraña de espinas.
La vio pasar una zorra que descansaba y exclamó:
—¡Para tal clase de barco, tal piloto!

Personas perversas siempre conectan con situaciones perversas.

LA VÍBORA Y LA LIMA

A un taller de un herrero entró una víbora, pidiéndole caridad a las herramientas. Después de recibir algo de todas, faltando sólo la lima, se le acercó y le suplicó que le diera alguna cosa.

—¡Bien engañada estás —repuso la lima— si crees que te daré algo. Yo que tengo la costumbre, no de dar, sino de tomar algo de todos!

Nunca debes esperar obtener algo de quien sólo ha vivido de quitarle a los demás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VÍBORA Y LA CULEBRA DE AGUA

Una víbora acostumbraba a beber agua de un manantial, y una culebra de agua que habitaba en él trataba de impedirlo, indignada porque la víbora, no contenta de reinar en su campo, también llegase a molestar su dominio.

A tanto llegó el enojo que convinieron en librar un combate: la que consiguiera la victoria entraría en posesión de todo.

Fijaron el día, y las ranas, que no querían a la culebra, fueron donde la víbora, excitándola y prometiéndole que la ayudarían.

Empezó el combate, y las ranas, no pudiendo hacer otra cosa, sólo lanzaban gritos.

Ganó la víbora y llenó de reproches a las ranas, pues en vez de ayudarle en la lucha, no habían hecho más que dar gritos. Respondieron las ranas:

—Pero compañera, nuestra ayuda no está en nuestros brazos, sino en las voces.

En la lucha diaria tan importante es el estímulo como la acción.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CISNE TOMADO POR GANSO

Un hombre muy rico alimentaba a un ganso y a un cisne juntos, aunque con diferente fin a cada uno: uno era para el canto y el otro para la mesa.

Cuando llegó la hora para la cual era alimentado el ganso, era de noche, y la oscuridad no permitía distinguir entre las dos aves.

Capturado el cisne en lugar del ganso, entonó su bello canto preludio de muerte. Al oír su voz, el amo lo reconoció y su canto lo salvó de la muerte.

Antes de tomar una acción sobre alguien o algo, ya sea que le beneficie o perjudique, primero debemos asegurarnos de su verdadera identidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CISNE Y SU DUEÑO

Se dice que los cisnes cantan justo antes de morir. Un hombre vio en venta a un cisne, y habiendo oído que era un animal muy melodioso, lo compró.

Un día que el hombre daba una cena, trajo al cisne y le rogó que cantara durante el festín. Mas el cisne mantuvo el silencio.

Pero un día, pensando el cisne que ya iba a morir, forzosamente lloró de antemano su melodía. Al oírle, el dueño dijo:

—Si sólo cantas cuando vas a morir, fui un tonto rogándote que cantaras en lugar de inmolarte.

Muchas veces sucede que tenemos que hacer a la fuerza lo que no quisimos hacer de voluntad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL GATO Y LAS RATAS

Había una casa invadida de ratas. Lo supo un gato y se fue a ella, y poco a poco iba devorando las ratas.

Pero ellas, viendo que rápidamente eran cazadas, decidieron guardarse en sus agujeros.

No pudiendo el gato alcanzarlas, ideó una trampa para que salieran. Trepó a lo alto de una viga, y colgado de ella se hizo el muerto. Pero una de las ratas se asomó, lo vio y le dijo:

— ¡Oye amiguito, aunque fueras un saco de harina, no me acercaría a ti!

Los malvados, cuando no pueden dañar a sus víctimas directamente, buscan un atrayente truco para lograrlo. Cuídate siempre de lo que te ofrecen como muy lindo y atrayente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS RATONES Y LAS COMADREJAS

Se hallaban en continua guerra los ratones y las comadrejas. Los ratones, que siempre eran vencidos, se reunieron en asamblea, y pensando que era por falta de jefes que siempre perdían, nombraron a varios estrategas. Los nuevos jefes recién elegidos, queriendo deslumbrar y distinguirse de los soldados rasos, se hicieron una especie de cuernos y se los sujetaron firmemente.

Vino la siguiente gran batalla, y como siempre, el ejército de los ratones llevó las de perder. Entonces todos los ratones huyeron a sus agujeros, y los jefes, no pudiendo entrar a causa de sus cuernos, fueron apresados y devorados.

Cuando adquieras puestos de alto nivel, no te vanaglories, pues mucho mayor que la apariencia del puesto es la responsabilidad de cumplir lo encomendado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL RATÓN CAMPESINO Y EL RATÓN CORTESANO

Un ratón campesino tenía por amigo a otro de la corte. Un día lo invitó a que fuese a comer a la campiña. Mas como sólo podía ofrecerle trigo y yerbajos, el ratón cortesano le dijo:

—¿Sabes amigo, que llevas una vida de hormiga? En cambio yo poseo bienes en abundancia. Ven conmigo y a tu disposición los tendrás.

Partieron ambos para la corte. Mostró el ratón ciudadano a su amigo trigo y legumbres, higos y queso, frutas y miel. Maravillado el ratón campesino, bendecía a su amigo de todo corazón y renegaba de su mala suerte. Dispuestos ya a darse un festín, un hombre abrió de pronto la puerta.

Espantados por el ruido los dos ratones se lanzaron temerosos a los agujeros. Volvieron luego a buscar higos secos, pero otra persona incursionó en el lugar, y al verla, los dos amigos se precipitaron nuevamente en una rendija para esconderse. Entonces el ratón de los campos, olvidándose de su hambre, suspiró y dijo al ratón cortesano:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Adiós amigo, veo que comes hasta hartarte y que estás muy satisfecho; pero es al precio de mil peligros y constantes temores. Yo, en cambio, soy un pobrete y vivo mordisqueando la cebada y el trigo, mas sin congojas ni temores hacia nadie.

Es tu decisión escoger el disponer de ciertos lujos y ventajas que siempre van unidos a congojas y zozobras, o vivir un poco más austeramente pero con más serenidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL RATÓN Y LA RANA

Un ratón de tierra se hizo amigo de una rana, para desgracia suya.

La rana, obedeciendo a desviadas intenciones de burla, ató la pata del ratón a su propia pata. Marcharon entonces primero por tierra para comer trigo, luego se acercaron a la orilla del pantano. La rana, dando un salto arrastró hasta el fondo al ratón, mientras que retozaba en el agua lanzando sus conocidos gritos.

El desdichado ratón, hinchado de agua, se ahogó, quedando a flote atado a la pata de la rana. Los vio un milano que por ahí volaba y apresó al ratón con sus garras, arrastrando con él a la rana encadenada, quien también sirvió de cena al milano.

Toda acción que se hace con intenciones de maldad, siempre termina en contra del mismo que la comete.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MILANO QUE QUISO RELINCHAR

Tuvo antiguamente el milano otra voz, una voz penetrante.

Pero oyó un día a un caballo relinchar admirablemente, y lo quiso imitar. Pero a pesar de todos sus intentos, no logró adoptar exactamente la voz del caballo y perdió además su propia voz.

Así, quedó sin la voz del caballo y sin su voz antigua.

Nunca te dispongas a imitar las cualidades ajenas si no tienes la preparación y condiciones adecuadas para hacerlo, so pena de quedar como un vulgar y fracasado envidioso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MILANO Y LA CULEBRA

Raptó un milano a una culebra, elevándose por los aires. La culebra se volvió y le mordió, cayendo ambos desde lo alto a un precipicio, y el milano murió. Dijo entonces la culebra:

—¡Insensato! ¿Por qué has querido hacer mal a quien no te lo hacía? En justicia has sido castigado por haberme raptado sin razón.

Nunca busques dañar a tu prójimo, no vaya a ser que sin que lo notes, sea más fuerte que tú y te haga pagar tus injusticias.

EL MILANO Y LA GAVIOTA

Tragó una gaviota un pez demasiado grande y le estalló la garganta, quedando muerta a la orilla de la playa. La vio un milano y dijo:

—Tienes tu merecido, porque sabiendo de tu capacidad, abusaste de lo que te estaba permitido.

Sabiendo cuáles son tus capacidades, nunca intentes sobrepasarlas si no te has preparado para ello.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ALCIÓN

(Este pájaro gusta de la soledad y vive siempre a orillas y sobre el mar. Se dice que para huir de los hombres que le dan caza, hace su nido en las rocas de la orilla).

Un día un alción que iba a poner, se encaramó a un montículo, y divisando un peñasco erecto dentro del mar, hizo en él su nido. Al otro día que salió en busca de comida, se levantó el mar por una borrasca, alcanzó al nido y ahogó a los pajarillos. Al regresar el alción y ver lo sucedido, exclamó:

—¡Desdichado de mí, huyendo de los peligros conocidos de la tierra, me refugié dentro del mar y me fue peor!

Si tienes que adentrarte en lo desconocido, ten en cuenta la llegada de sorpresas agradables y desagradables.

Nunca te confíes a ciegas de lo que no conoces. En terrenos nuevos anda con paso sereno y ojos bien abiertos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL TORDO

Picoteaba un tordo los granos de un bosquecillo de mirlos, y complacido por el placer de sus pepitas no se decidía a abandonarlo.

Un cazador de pájaros observó que el tordo se acostumbraba al lugar y lo cazó.

Viendo el tordo su próximo fin, dijo:

—¡Oh desgraciado!, ¡por el placer de comer, me he privado de la vida!

Nunca te excedas de lo que encuentres placentero, no vaya a ser causa de tu desgracia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA PALOMA Y LA HORMIGA

Obligada por la sed, una hormiga bajó a un manantial, y arrastrada por la corriente, estaba a punto de ahogarse.

Viéndola en esta emergencia una paloma, desprendió de un árbol una ramita y la arrojó a la corriente, montó encima a la hormiga salvándola.

Mientras tanto un cazador de pájaros se adelantó con su arma preparada para cazar a la paloma. Le vio la hormiga y le picó en el talón, haciendo soltar al cazador su arma. Aprovechó el momento la paloma para alzar el vuelo.

Siempre corresponde en la mejor forma a los favores que recibas. Debemos ser siempre agradecidos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA GOLONDRINA Y EL HIJO PRÓDIGO

Un hijo pródigo, habiendo derrochado su patrimonio, sólo le quedaba un manto.

De repente vio a una golondrina que se había adelantado a la estación. Creyendo que ya llegaba la primavera, y que por lo tanto no necesitaría más del manto, fue también a venderlo.

Pero regresó el mal tiempo y el aire se puso más frío. Entonces, mientras se paseaba, halló a la golondrina muerta de frío.

— ¡Desgraciada! — le dijo — nos has dañado a los dos al mismo tiempo.

Toma nota de si es la hora correcta antes de ejecutar una decisión. Una acción a destiempo puede ser desastrosa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA GAVIOTA, EL ESPINO Y EL MURCIÉLAGO

Se asociaron una gaviota, un murciélago y un espino para dedicarse juntos al comercio.

El murciélago buscó dinero, el espino unas telas, y la gaviota una cantidad de cobre. Hecho lo cual aparejaron un barco.

Pero surgió una tremenda borrasca hundiéndose la barca y perdiéndose la carga; sólo salvaron sus vidas.

Por eso desde entonces la gaviota revolotea siempre al acecho en las orillas para ver si el mar arroja en alguna playa su cobre; el murciélago, huyendo de sus acreedores, sólo sale de noche para alimentarse; y el espino, en fin, apresa la ropa de los viajeros tratando de reconocer sus telas.

Siempre volvemos a lo que es de nuestro verdadero interés.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MURCIÉLAGO Y LAS COMADREJAS

Cayó un murciélago a tierra y fue apresado por una comadreja.

Viéndose próximo a morir, imploró el murciélago por su vida. Le dijo la comadreja que no podía soltarle porque de nacimiento era enemiga de los pájaros. El murciélago replicó que no era un pájaro sino un ratón, librándose con esta astucia.

Algún tiempo después volvió a caer de nuevo en las garras de otra comadreja y le suplicó que no lo devorara.

Contesto esta comadreja que odiaba a todos los ratones. El murciélago le afirmó que no era ratón sino pájaro. Y se libró así por segunda vez.

Sepamos siempre adaptarnos a las circunstancias del momento si deseamos sobrevivir, en cualquier rama de la vida que actuemos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MURCIÉLAGO Y EL JILGUERO

Un jilguero encerrado en una jaula colgada en una ventana cantaba de noche. Oyó un murciélago desde lejos su voz y acercándosele, le preguntó por qué cantaba sólo de noche.

—No es sin razón —repuso— porque de día cantaba cuando me atraparon, pero desde entonces aprendí a ser prudente.

—¡Pues no es ahora cuando debías serlo, pues ya estás bien enjaulado, sino debió haber sido antes de que te capturaran! —replicó el murciélago.

La prudencia es para vivirla antes de caer en el error, no para después de la desgracia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASNO Y LA PERRITA FALDERA

Un granjero fue un día a sus establos a revisar sus bestias de carga: entre ellas se encontraba su asno favorito, el cual siempre estaba bien alimentado y era quien cargaba a su amo.

Junto con el granjero venía también su perrita faldera, la cual bailaba a su alrededor, lamía su mano y saltaba alegremente lo mejor que podía. El granjero revisó su bolso y dio a su perrita un delicioso bocado, y se sentó a dar órdenes a sus empleados. La perrita entonces saltó al regazo de su amo y se quedó ahí, parpadeando sus ojos mientras el amo le acariciaba sus orejas.

El asno celoso de ver aquello, se soltó de su jáquima y comenzó a pararse en dos patas tratando de imitar el baile de la perrita. El amo no podía aguantar la risa, y el asno arrimándose a él, puso sus patas sobre los hombros del granjero intentando subirse a su regazo.

Los empleados del granjero corrieron inmediata—mente con palos y horcas, enseñándole al asno que las toscas actuaciones no son cosa de broma.

No nos dejemos llevar del mal consejo que siempre dan los injustificados celos. Sepamos apreciar los valores de los demás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL OSO Y LA ZORRA

Se jactaba un oso de amar a los hombres vivos por la razón de que no le gustaban los cadáveres. La zorra le replicó:

—¡Quisieran los dioses que destrozaras a los muertos y no a los vivos!

Nunca pienses en destruir lo que es útil. Si quieres mejorar algo que funciona, tómalo como base inicial, sin dañarlo, y no como material de desecho.

LA ALONDRA MOÑUDA

Una alondra moñuda cayó en una trampa y se dijo suspirando:

—¡Desgraciada alondra! A nadie has robado ni oro ni plata, ni cosa valiosa alguna; pero llevarse un insignificante granito de trigo ajeno será la causa de tu muerte.

Nunca te expongas a un gran peligro por un mezquino beneficio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS CARACOLES

El hijo de un labrador se hallaba tostando unos caracoles. Oyéndoles crepitar dijo:

— ¡Ah miserables animalejos, están sus casas ardiendo, y aún cantan!

Hacer las cosas fuera del tiempo o lugar que les corresponde, no es nada inteligente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS LIEBRES Y LAS RANAS

Se reunieron un día las liebres y se lamentaban entre sí de llevar una vida tan precaria y temerosa, pues, en efecto, ¿No eran víctimas de los hombres, de los perros, de las águilas, y otros muchos animales? ¡Más valía morir de una vez que vivir en el terror!

Tomada esta resolución, se lanzaron todas al mismo tiempo a un estanque para morir en él ahogadas.

Pero las ranas, que estaban sentadas alrededor del estanque, en cuanto oyeron el ruido de su carrera, saltaron asustadas al agua. Entonces una de las liebres, la que parecía más inteligente que las demás, dijo:

—¡Alto compañeras! ¡No hay que apurarse tanto, pues ya veis que aún hay otros más miedosos que nosotras!

El consuelo de los desgraciados es encontrar y ver a otros en peores condiciones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA COMADREJA Y LA LIMA

Se introdujo una comadreja en el taller de un herrero y se puso a lamer una lima que ahí se encontraba.

Al cabo de un rato su lengua arrojaba sangre en abundancia, y la comadreja se puso muy feliz pensando que había arrancado algo al hierro, hasta que acabó por perder su propia lengua.

Piensa siempre que si haces un daño, tarde o temprano éste regresará contra ti.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CERDO Y LOS CARNEROS

Se metió un cerdo dentro de un rebaño de carneros, y pacía con ellos. Pero un día lo capturó el pastor y el cerdo se puso a gruñir y forcejear.

Los carneros lo regañaban por gritón diciéndole:

—A nosotros también nos echa mano constante— mente y nunca nos quejamos.

—Ah sí —replicó el cerdo—, pero no es con el mismo fin. A ustedes les echan mano por la lana, pero a mí es por mi carne.

Perder lo recuperable no nos debe preocupar, pero sí el perder lo que es irreparable.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ATÚN Y EL DELFÍN

Viéndose un atún perseguido por un delfín, huía con gran estrépito. A punto de ser cogido, la fuerza de su salto le arrojó sin darse cuenta, sobre la orilla.

Llevado por el mismo impulso, el delfín también terminó en el mismo sitio. Se volvió el atún y vio al delfín exhalando el último suspiro.

—No me importa morir —dijo—, porque veo morir conmigo al causante de mi muerte.

Sufrimos con menos dolor las desgracias que nos hacen padecer, cuando las vemos compartidas con quienes nos las causan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA MOSCA

Cayó una mosca en una olla llena de carne. A punto de ahogarse en la salsa, exclamó para sí misma:

— Comí, bebí y me bañé; puede venir la muerte, no me importa ahora.

Al irresponsable no le importa el fracaso si su llegada a él le depara buenos momentos.

LAS MOSCAS

De un panal se derramó su deliciosa miel, y las moscas acudieron ansiosas a devorarla. Y era tan dulce que no podían dejarla. Pero sus patas se fueron prendiendo en la miel y no pudieron alzar el vuelo de nuevo. Ya a punto de ahogarse en su tesoro, exclamaron:

—¡Nos morimos, desgraciadas nosotras, por quererlo tomar todo en un instante de placer!

Toma siempre las cosas más bellas de tu vida con serenidad, poco a poco, para que las disfrutes plenamente. No te vayas a ahogar dentro de ellas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA HORMIGA

Dice una leyenda que la hormiga actual era en otros tiempos un hombre que, consagrado a los trabajos de la agricultura, no se contentaba con el producto de su propio esfuerzo, sino que miraba con envidia el producto ajeno y robaba los frutos a sus vecinos.

Indignado Zeus por la avaricia de este hombre, le transformó en hormiga.

Pero aunque cambió de forma, no le cambió el carácter, pues aún hoy día recorre los campos, recoge el trigo y la cebada ajenas y los guarda para su uso.

Aunque a los malvados se les castigue severamente, difícilmente cambian su naturaleza desviada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA HORMIGA Y EL ESCARABAJO

Llegado el verano, una hormiga que rondaba por el campo recogía los granos de trigo y cebada, guardándolos para alimentarse durante el invierno.

La vio un escarabajo y se asombró de verla tan ocupada en una época en que todos los animales, descuidando sus trabajos, se abandonan a la buena vida.

Nada respondió la hormiga por el momento; pero más tarde, cuando llegó el invierno y la lluvia deshacía las boñigas, el escarabajo hambriento fue a pedirle a la hormiga una limosna de comida. Entonces sí respondió la hormiga:

—Mira escarabajo, si hubieras trabajado en la época en que yo lo hacía y tú te burlabas de mí, ahora no te faltaría el alimento.

Cuando te queden excedentes de lo que recibes con tu trabajo, guarda una porción para cuando vengan los tiempos de escasez.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS DOS ESCARABAJOS

Pacía un toro en una pequeña isla y dos escarabajos se alimentaban de su boñiga. Llegado el invierno, uno de ellos dijo al otro que iba a cruzar el mar a fin de que su compañero tuviera suficiente alimento, mientras él pasaría el invierno en tierra firme. Agregó que si encontraba comida en abundancia le traería a él también.

Cuando el escarabajo llegó al continente, encontró en él muchas y frescas boñigas, por lo que se estableció allí y se alimentó abundantemente. Pasó el invierno y volvió a la isla. Al verle su compañero gordo y saludable, le reprochó que no le hubiera llevado nada de lo prometido.

—No me culpes a mí —repuso—, sino a la naturaleza del lugar, porque se puede encontrar con qué vivir en él, pero es imposible alzar vuelo con tanta carga.

Siempre encontrarás supuestos amigos muy buenos para adular y prometer, pero no pasan de ahí, negándose a la hora real, de hacer un favor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS DELFINES, LA BALLENA Y LA CABALLA

Delfines y ballenas libraban entre sí una batalla. Como la lucha se prolongaba con encarnizamiento, una caballa (que es un pez pequeño) salió a la superficie y quiso reconciliarlos. Pero un delfín tomó la palabra y dijo:

—Nos humilla menos combatirnos y morir los unos por los otros, que tenerte a ti por mediador.

Hay personas sin valor alguno, que en épocas de confusión, se llegan a creer grandiosas.

LA LANGOSTA DE MAR Y SU MADRE

—No andes atravesada y no roces tus costados contra la roca mojada, —decía una langosta marina a su hija.

—Madre, —repuso ésta— tú, que quieres instruirme, camina derecha y yo te miraré y te imitaré.

Antes de dar un consejo con tu palabra, primero dalo con tu ejemplo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL TORDO

Un tordo picoteaba los granos de un bosquecillo de mirlos y complacido por la dulzura de sus pepitas, no se decidía a abandonarlo.

Un cazador de pájaros observó que el tordo se acostumbraba al lugar y lo cazó con liga.

Entonces el tordo, viendo próximo su fin, dijo:

—¡Desgraciado! ¡Por el placer de comer me he privado de la vida!

Nunca dejes que un momentáneo placer te cierre las puertas de por vida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL SOL Y LAS RANAS

Llegó el verano y se celebraban las bodas del Sol. Se regocijaban todos los animales de aquel acontecimiento, faltando poco para que también las ranas fueran de la partida; pero una de ellas exclamó:

—¡Insensatas! ¿Qué motivo tenéis para regocijaros? Ahora que es él solo, seca todos los pantanos; si toma mujer y tiene un hijo como él ¿qué nos quedará por sufrir?

Antes de celebrar un acontecimiento, primero ve sus futuras posibles consecuencias.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS ÁRBOLES QUE QUERÍAN REY

Decididos un día los árboles a elegir un rey que los gobernara, dijeron al olivo:
—Reina en nosotros.
Y el olivo contestó:
—¿Renunciar yo al líquido aceite que tanto aprecian en mí los dioses y los hombres, para ir a reinar entre los árboles?
Y los árboles buscaron a la higuera pidiéndole:
—Ven a reinar entre nosotros.
Y la higuera respondió igualmente:
—¿Renunciar yo a la dulzura de mis frutos para ir a reinar entre vosotros?
Entonces los árboles dijeron al espino:
—Ven a reinar en nosotros.
Y el espino respondió a los árboles:
—Si en verdad queréis ungirme para reinar entre vosotros, venid a poneros bajo mi amparo, o si no que surja el fuego de la espina y devore los cedros del Líbano!

Quien no tiene buenos frutos que dar, lo malo que dé será para sufrimiento de los que le rodean.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NOGAL

Un nogal que había crecido al pie de un camino y al cual los caminantes herían a pedradas para tomar sus frutos, dijo para sí suspirando:

—¡Infeliz de mí que por mi bondad todos los años me atraigo injurias y dolores!

Hay quienes pagan con mal hasta los mejores bienes recibidos. Seamos siempre agradecidos y no causemos daño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ABETO Y EL ESPINO

Disputaban entre sí el abeto y el espino. Se jactaba el abeto diciendo:

—Soy hermoso, esbelto y alto, y sirvo para construir las naves y los techos de los templos. ¿Cómo tienes la osadía de compararte a mí?

—¡Si recordaras—replicó el espino— las hachas y las sierras que te cortan, preferirías la suerte del espino!

Busca siempre la buena reputación pues es una gran honra, pero sin jactarte por ello, y también cuídate de los que quieren aprovecharse de ella para su propio provecho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA LÁMPARA

Borracha de aceite una lámpara y lanzando una luz poderosa, se jactaba de ser más brillante que el sol. Pero en eso sopló un fuerte viento y se apagó enseguida. Alguien volvió a encenderla y le dijo:

—Ilumina, lámpara, pero cállate: el resplandor de los astros nunca se eclipsa tan fácilmente como el tuyo.

Nunca nos jactemos como si nos perteneciera, de aquello que no depende de nosotros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA BRUJA

Una bruja tenía como profesión vender encantamientos y fórmulas para aplacar la cólera de los dioses; no le faltaban clientes y ganaba de este modo ampliamente la vida. Pero fue acusada por ello de violar la ley, y, llevada ante los jueces, sus acusadores la hicieron condenar a muerte.

Viéndola salir del tribunal, un observador le dijo:

—Tú, bruja, que decías poder desviar la cólera de los dioses, ¿cómo no has podido persuadir a los hombres?

Nunca creas en los que prometen hacer maravillas en lo que no se ve, pero son incapaces de hacer cosas ordinarias.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ESCLAVA FEA Y AFRODITA

Una esclava fea y mala gozaba del amor de su amo. Con el dinero que éste le daba, la esclava se embellecía con brillantes adornos, rivalizando con su propia señora.

Para agradecer a Afrodita que la hiciera bella, le hacía frecuentes sacrificios; pero la diosa se le apareció en sueños y dijo a la esclava:

—No me agradezcas el hacerte bella, si lo hago es porque estoy furiosa contra ese hombre a quien pareces hermosa.

No te ciegues por lo crees tu tesoro, no vaya a ser que sólo sea una carencia en tus vecinos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA MUJER Y LA GALLINA

Una mujer viuda tenía una gallina que le ponía un huevo todos los días.

Pensó que si le daba más cebada pondría dos huevos, y aumentó su ración.

Pero la gallina engordó y ya no pudo poner ni una vez al día.

Si sin control ni sabiduría fuerzas lo que ya te está sirviendo para que te dé más, sólo obtendrás que perderás lo que ya tienes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA MUJER Y EL MARIDO BORRACHO

Tenía una mujer un marido borracho. Para librarle de este vicio imaginó la siguiente treta.

Esperando el momento en que su marido se quedaba insensible como un muerto a causa de la embriaguez, cargó con él sobre sus espaldas, lo llevó al cementerio y allí lo dejó. Cuando juzgó que ya se le había pasado la mona, volvió y llamó a la puerta del cementerio.

—¿Quién llama ahí?—dijo el borracho.

—Soy yo, que traigo la comida a los muertos —contestó la mujer.

—No me traigas comida; prefiero que me traigas de beber —replicó el borracho.

Y la mujer, golpeándose el pecho, exclamó:

—¡Qué desdichada soy! Ni siquiera mi treta ha hecho sobre ti el menor efecto, marido mío, pues no sólo no te has corregido, sino que te has agravado, convirtiéndose tu vicio en una segunda naturaleza.

No dejes que una conducta equivocada domine tu vida. Pon tu razón sobre la equivocación.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VIEJA Y EL MÉDICO

Una vieja enferma de la vista llamó con la promesa de pagarle, a un médico.

Este se presentó en su casa, y cada vez que le aplicaba el ungüento no dejaba, mientras la vieja tenía los ojos cerrados, de robarle los muebles poco a poco.

Cuando ya no quedaba nada, terminó también la cura, y el médico reclamó el salario convenido.

La vieja se negó a pagar y aquél la llevó ante los jueces.

La vieja declaró que, en efecto, le había prometido el pago si le curaba la vista, pero que su estado, después de la cura del médico había empeorado.

—Porque antes —dijo— veía todos los muebles que había en mi casa y ahora no veo ninguno.

A los malvados, sus mismos actos los delatan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VIUDA Y LAS CRIADAS

Una viuda muy laboriosa tenía unas jóvenes criadas a las que despertaba por la noche al canto del gallo para empezar el trabajo.

Ellas, extenuadas siempre, resolvieron matar el gallo de la casa por ser él, a sus ojos, el causante de su desgracia, puesto que despertaba a su señora antes de que abriese el día.

Mas ejecutado el propósito se encontraron con que habían agravado su mal, porque su señora, no teniendo el gallo que le indicaba la hora, las hacía levantar antes para ir al trabajo.

Nunca creas que la causa de tus problemas es lo que primero se atraviesa ante tus ojos. Piensa en qué sucedería si eliminas lo que estás viendo como posible causa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ADIVINO

Instalado en la plaza pública, un adivino se entregaba a su oficio. De repente se le acercó una persona anunciándole que las puertas de su casa estaban abiertas y que habían robado todo lo que había en su interior.

Se levantó de un salto y corrió, desencajado y suspirando, para ver lo que había sucedido. Uno de los que allí se encontraban, viéndole correr, le dijo:

—Oye, amigo: tú que dices prever lo que ocurrirá a los otros, ¿por qué no has previsto lo que te sucedería a ti?

Siempre hay personas que pretenden dirigir lo que no les corresponde, pero no pueden manejar sus propios asuntos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL APICULTOR

Un ladrón se introdujo en casa de un apicultor durante su ausencia, robando miel y panales. A su regreso, el apicultor, viendo vacías las colmenas, se detuvo a examinarlas. En esto, las abejas, volviendo de libar y encontrándole allí, le picaron con sus aguijones y le maltrataron horriblemente.

—¡Malditos bichos —les dijo el apicultor—, dejaron marchar sin castigo al que les había robado los panales y a mí que les cuido con cariño, me hieren de un modo implacable!

Muchas veces sucede que vemos con desconfianza a nuestros amigos, pero por ignorancia le tendemos la mano a quien es nuestro enemigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASTRÓNOMO

Tenía un astrónomo la costumbre de pasear todas las noches estudiando los astros. Un día que vagaba por las afueras de la ciudad, absorto en la contemplación del cielo, cayó inopinadamente en un pozo.

Estando lamentándose y dando voces, acertó a pasar un hombre, que oyendo sus lamentos se le acercó para saber su motivo; enterado de lo sucedido, dijo:

—¡Amigo mío!, ¿quieres ver lo que hay en el cielo y no ves lo que hay en la tierra?

Está bien mirar y conocer a nuestro alrededor, pero antes hay que saber dónde se está parado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL SEMIDIÓS

Un hombre tenía en su casa un semidiós, al que ofrecía ricos sacrificios.

Como no cesaba de gastar en estos sacrificios sumas considerables, el semidiós se le apareció por la noche y le dijo:

—Amigo mío, deja ya de dilapidar tu riqueza, porque si te gastas todo y luego te ves pobre, me echarás a mí la culpa.

Si gastas tus riquezas en cosas innecesarias, no le eches luego la culpa de tus problemas a nadie más.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS DOS ENEMIGOS

Dos hombres que se odiaban entre sí navegaban en la misma nave, uno sentado en la proa y otro en la popa.

Surgió una tempestad, y hallándose el barco a punto de hundirse, el hombre que estaba en la popa preguntó al piloto que cuál era la parte de la nave que se hundiría primero.

—La proa —dijo el piloto.

—Entonces repuso este hombre —no espero la muerte con tristeza, porque veré a mi enemigo morir antes que yo.

Muy mezquina actitud es preferir ver sufrir a los enemigos que inquietarse por el daño que irremediablemente se está a punto de recibir.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ANCIANO Y LA MUERTE

Un día un anciano, después de cortar leña, la cargó a su espalda. Largo era el camino que le quedaba.

Fatigado por la marcha, soltó la carga y llamó a la Muerte. Esta se presentó y le preguntó por qué la llamaba; contestó el viejo:

—Para que me ayudes a cargar la leña...

Por lo general, el impulso por la vida es más fuerte que el propio dolor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL BANDIDO Y LA MORERA

Un bandido que había asesinado a un hombre en un camino, al verse perseguido por los que allí se encontraban, abandonó a su víctima ensangrentada y huyó.

Pero viéndole unos viajeros que venían en sentido contrario, le preguntaron por qué llevaba las manos tintas; a lo que respondió que acababa de descender de una morera.

Entretanto llegaron sus perseguidores, se apoderaron de él y le colgaron en la morera. Y el árbol dijo:

—No me molesta servir para tu suplicio, puesto que eres tú quien ha cometido el crimen, limpiando en mí la sangre.

A menudo ocurre que personas bondadosas, al verse denigrados por los malvados, no tienen duda en mostrarse también malvados contra ellos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAZADOR MIEDOSO Y EL LEÑADOR

Buscando un cazador la pista de un león, preguntó a un leñador si había visto los pasos de la fiera y dónde tenía su cubil.

—Te señalaré el león mismo. —dijo el leñador.

—No, no busco el león, sino sólo la pista —repuso el cazador pálido de miedo y castañeteando los dientes.

Si quieres ser atrevido en las palabras, con más razón debes ser valiente con los actos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAZADOR DE PÁJAROS Y EL ASPID

Un cazador de pájaros cogió la liga y las ramitas untadas y partió para la caza. En el camino vio a un tordo encaramado en un árbol elevado y se propuso cazarlo, para lo cual ajustó las varitas como suelen hacerlo y, mirando fijamente, concentró en el aire toda su atención.

Mientras alzaba la cabeza, no advirtió que pisaba un áspid dormido, el cual, revolviéndose, le mordió. Y el cazador, sintiéndose morir, exclamó para sí:

—¡Desdichado! Quise atrapar una presa, y no advertí que yo mismo me convertía en presa de la muerte.

Cuando pensamos en dañar a nuestro prójimo, no nos damos cuenta de nuestra propia desgracia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ENFERMO Y SU DOCTOR

Habiéndole preguntado un médico a un enfermo por su estado, contestó el enfermo que había sudado más que de costumbre.

—Eso va bien dijo el médico.

Interrogado una segunda vez sobre su salud, contestó el enfermo que temblaba y sentía fuertes escalofríos.

—Eso va bien —dijo el médico.

Vino a verle el médico por tercera vez y le preguntó por su enfermedad. Contestó el enfermo que había tenido diarrea.

—Eso va bien —dijo el médico, y se marchó.

Vino un pariente a ver al enfermo y le preguntó que cómo iba.

—Me muero —contesto— a fuerza de ir bien.

Por lo general, quienes nos rodean nos juzgan por las apariencias y nos consideran felices por cosas que en realidad nos producen profundo dolor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MÉDICO IGNORANTE

Un médico ignorante trataba a un enfermo; los demás médicos habían asegurado que, aunque no estaba en peligro, su mal sería de larga duración; únicamente el médico ignorante le dijo que tomara todas sus disposiciones porque no pasaría del día siguiente.

Al cabo de algún tiempo, el enfermo se levantó y salió, pálido y caminando con dificultad. Nuestro médico le encontró y le dijo:

—¿Cómo están, amigos, los habitantes del infierno?

— Tranquilos —contestó—, porque han bebido el agua del Lecteo. Pero últimamente Hades y la Muerte proferían terribles amenazas contra los médicos porque no dejan morir a los enfermos, y a todos los apuntaban en su libro. Iban a apuntarte a ti también, pero yo me arrojé a sus pies jurándoles que no eras un verdadero médico y diciendo que te habían acusado sin motivo.

Ten cuidado con los que pretenden arreglar tus problemas sin tener preparación para ello.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL EUNUCO Y EL SACERDOTE

Un eunuco fue en busca de un sacerdote y le pidió que hiciera un sacrificio en su favor a fin de que pudiera ser padre.

Y el sacrificador le dijo:

Observando el sacrificio, pido que tú seas padre; pero viendo tu persona, ni siquiera me pareces un hombre.

No debemos pretender lo que bien sabemos que no estamos en condiciones de obtener.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE Y EL LEÓN DE ORO

Un avaro que también era de ánimo apocado encontró un león de oro y púsose a decir:

—¿Qué hacer en este trance? El espanto paraliza mi razón; el ansia de riqueza por un lado y el miedo por otro me desgarran.

—¿Qué azar o qué dios ha hecho un león de oro? Lo que me sucede llena mi alma de turbación; quiero el oro y temo la obra hecha con oro; el deseo me empuja a cogerlo y mi natural a dejarlo.

—¡Oh fortuna que ofrece y que no permite tomar! ¡Oh tesoro que no da placer! ¡Oh favor de un dios que es un suplicio! ¿Qué haré para que venga a mis manos? Volveré con mis esclavos para coger el león con esta tropa de amigos, mientras yo miro desde lejos.

No es correcto acaparar riquezas para no usarlas nosotros ni dejarlas usar a los demás. Aprovechémoslas para ponerlas al servicio de todos, incluidos nosotros mismos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE Y EL LEÓN VIAJEROS

En cierta ocasión viajaban juntos un hombre y un león. Iban disputando que quién era más, cuando al pie del camino encontraron una estela de piedra que representaba a un hombre estrangulando a un león.

—Ahí ves cómo somos más fuertes que vosotros dijo el hombre enseñándosela al león.

—Si los leones supieran esculpir — respondió el león con una sonrisa—, verías a muchos más hombres entre las garras del león.

No nos jactemos con palabras vanas de lo que la experiencia desmiente con claridad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE Y EL SÁTIRO

Se dice que en otro tiempo un hombre concertó un pacto de amistad con un sátiro. Llegó el invierno y con él el frío; el hombre arrimaba las manos a la boca y soplaba en ellas. Le preguntó el sátiro por qué lo hacía. Repuso que se calentaba la mano a causa del frío.

Se sirvieron luego la comida y los alimentos estaban muy calientes, y el hombre, cogiéndolos a trocitos, los acercaba a la boca y soplaba en ellos. Le preguntó otra vez el sátiro por qué lo hacía. Contestó que enfriaba la comida porque estaba muy caliente.

—¡Pues escucha—exclamó el sátiro, renuncio a tu amistad porque lo mismo soplas con la boca lo que está frío que lo que está caliente!

No nos confundamos con aquellos que nos presentan o aparentan incertidumbre en sus actos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE Y LA ESTATUA

Un pobre tenía una estatuita de un dios, al que suplicaba que le diera la fortuna; pero como su miseria no hacía más que aumentar, se enojó y cogiendo al dios por un pie, le golpeó contra la pared. Rompióse la cabeza del dios, desparramando monedas de oro. El hombre las recogió y exclamó:

—Por lo que veo, tienes las ideas al revés, además de ser un ingrato, porque cuando te adoraba, no me has ayudado, y ahora que acabo de tirarte, me contestas colmándome de riqueza.

Nada ganamos elogiando a los ingratos o malvados, más se consigue castigándolos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ESTÓMAGO Y LOS PIES

El estómago y los pies discutían sobre su fuerza.

Los pies repetían a cada momento que su fuerza era de tal modo superior, que incluso llevaban al estómago.

A lo que éste respondió:

—Amigos míos, si yo no les diera el alimento, no me podrían llevar.

Veamos siempre con atención dónde se inicia realmente la cadena de sucesos. Demos el mérito a quien realmente es la base de lo que juzgamos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MÉDICO Y EL PACIENTE QUE MURIÓ

Un médico tenía en tratamiento a un enfermo. Éste murió y el médico decía a las personas del acompañamiento:

—Si este hombre se hubiera abstenido del vino y se hubiese puesto lavativas, no hubiera muerto.

Las correcciones debemos hacerlas siempre en el momento oportuno y no dejarlas sólo para mencionarlas cuando ya es tarde.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NÁUFRAGO Y EL MAR

Arrojado un náufrago en la orilla, se durmió de fatiga; mas no tardó en despertarse, y al ver al mar, le recriminó por seducir a los hombres con su apariencia tranquila para luego, una vez que los ha embarcado sobre sus aguas, enfurecerse y hacerles perecer.

Tomó el mar la forma de una mujer y le dijo:

—No es a mí sino a los vientos a quienes debes dirigir tus reproches, amigo mío; porque yo soy tal como me ves ahora y son los vientos los que, lanzándose de repente sobre mí, me encrespan y enfurecen.

Nunca hagamos responsable de una injusticia a su ejecutor cuando actúa por orden de otros, sino a quienes tienen autoridad sobre él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LADRONES Y EL GALLO

Entraron unos ladrones en una casa y sólo encontraron un gallo; se apoderaron de él y se marcharon.

A punto de ser inmolado por los ladrones, les rogó el gallo que le perdonaran alegando que era útil a los hombres, despertándolos por la noche para ir a sus trabajos.

—Mayor razón para matarte, —exclamaron los ladrones—, puesto que despertando a los hombres nos impides robar.

Nada hay que aterrorice más a los malvados que todo aquello que es útil para los honrados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS LEÑADORES Y EL PINO

Rendían unos hacheros un pino y lo hacían con gran facilidad gracias a las cuñas que habían fabricado con su propia madera.

Y el pino les dijo:

—No odio tanto al hacha que me corta como a las cuñas nacidas de mí mismo.

Es más duro el sufrimiento del daño que nace de uno mismo que del que proviene de afuera.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS HIJOS DESUNIDOS DEL LABRADOR

Los hijos de un labrador vivían en discordia y desunión. Sus exhortaciones eran inútiles para hacerles mudar de sentimientos, por lo cual resolvió darles una lección con la experiencia.

Les llamó y les dijo que le llevaran una gavilla de varas. Cumplida la orden, les dio las varas en haz y les dijo que las rompieran; mas a pesar de todos sus esfuerzos, no lo consiguieron. Entonces deshizo el haz y les dio las varas una a una; los hijos las rompieron fácilmente.

—¡Ahí tienen! les dijo el padre—. Si también ustedes, hijos míos, permanecen unidos, serán invencibles ante sus enemigos; pero estando divididos serán vencidos uno a uno con facilidad.

Nunca olvides que en la unión se encuentra la fortaleza.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CARNICERO Y LOS DOS JÓVENES

Hallábanse dos jóvenes comprando carne en el mismo establecimiento. Viendo ocupado al carnicero en otro sitio, uno de los muchachos robó unos restos y los arrojó en el bolsillo del otro.

Al volverse el carnicero y notar la falta de los trozos, acusó a los dos muchachos.

Pero el que los había cogido juró que no los tenía, y el que los tenía juró que no los había cogido. Comprendiendo su argucia, les dijo el carnicero:

—Podéis escapar de mí por un falso juramento, pero no escaparéis ante los dioses.

Los falsos juramentos no dejan de serlo aunque se disfracen de verdad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS PESCADORES Y LAS PIEDRAS

Tiraban unos pescadores de una red y como la sentían muy cargada, bailaban y gritaban de contento, creyendo que habían hecho una buena pesca. Arrastrada la red a la playa, en lugar de peces sólo encontraron piedras y otros objetos, con lo que fue muy grande su contrariedad, no tanto por la rabia de su chasco, como por haber esperado otra cosa.

Uno de los pescadores, el más viejo, dijo a sus compañeros:

—Basta de afligirse, muchachos, puesto que según parece la alegría tiene por hermana la tristeza; después de habernos alegrado tanto antes de tiempo, era natural que tropezásemos con alguna contrariedad.

Es rutina de la vida que a buenos tiempos siguen unos malos y a los malos tiempos le suceden otros buenos. Estemos siempre preparados a estos inesperados cambios.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PESCADOR Y LOS PECES PEQUEÑOS Y GRANDES

Un pescador al tirar de la red sacó a tierra los peces grandes, pero no a los pequeños que se le escaparon al mar escurriéndose entre las mallas.

Las personas de poca importancia pueden pasar desapercibidas sin problema, pero las de mucha fama no se escapan del juicio de sus semejantes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PESCADOR Y EL PECECILLO

Un pescador, después de lanzar al mar su red, sólo cogió un pececillo. Suplicó éste al pescador que le dejara por el momento en gracia de su pequeñez.

—Cuando sea mayor, podrás pescarme de nuevo y entonces seré para ti de más provecho.

—¡Hombre —replicó el pescador—, bien tonto sería soltando la presa que tengo en la mano para contar con la presa futura, por grande que sea!

Más vale una moneda en la mano, que un tesoro en el fondo del mar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PESCADOR FLAUTISTA

Un pescador que también tocaba hábilmente la flauta, cogió juntas sus flautas y sus redes para ir al mar; y sentado en una roca saliente, púsose a tocar la flauta, esperando que los peces, atraídos por sus dulces sones, saltarían del agua para ir hacia él.

Mas cansado al cabo de su esfuerzo en vano, dejó la flauta a su lado, lanzó la red al agua y cogió buen número de peces. Viéndoles brincar en la orilla después de sacarlos de la red, exclamó el pescador flautista:

—¡Malditos animales: cuando tocaba la flauta no tenían ganas de bailar, y ahora que no lo hago parece que les dan cuerda!

Muchas veces no actuamos de acuerdo a las circunstancias que nos rodean, sino a destiempo o desubicados. Procuremos siempre estar bien situados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PESCADOR Y EL RÍO REVUELTO

Pescaba un pescador en un río, atravesándolo con su red de una a otra orilla; luego, con una piedra atada al extremo de una cuerda de lino, agitaba el agua para que los peces, aturdidos, cayeran, al huir, entre las mallas de la red.

Lo vio proceder así un vecino y le reprochó el revolver el río, obligándoles a beber el agua turbia; más él respondió:

—¡Si no revuelvo el río, tendré que morirme de hambre!

Igual sucede con las naciones: entre más discordia siembren los agitadores entre la gente, mayor será el provecho que obtendrán. Forma siempre tu propia opinión y no vayas a donde te quieran empujar otros sin que lo hayas razonado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL TOCADOR DE CÍTARA

Un tocador de cítara sin talento cantaba desde la mañana a la noche en una casa con las paredes muy bien estucadas.

Como las paredes le devolvían el eco, se imaginó que tenía una voz magnífica, y tanto se lo creyó, que resolvió presentarse en el teatro; pero una vez en la escena cantó tan mal, que lo arrojaron a pedradas.

No seamos nosotros jueces de nosotros mismos, no vaya a ser que nuestra parcialidad nos arruine.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ORADOR DEMADES

El orador Demades hablaba un día los ciudadanos de Atenas, mas como no prestaban mucha atención a su discurso, pidió que le permitieran contar una fábula de Esopo. Concedida la demanda, empezó de este modo:

—Demeter, la golondrina y la anguila viajaban juntas un día; llegaron a la orilla de un río; la golondrina se elevó en el aire, la anguila desapareció en las aguas… —y aquí se detuvo el orador.

—Y ¿Demeter...? —le gritaron—. ¿Qué hizo...?

—Demeter montó en cólera contra vosotros —replicó—, porque descuidáis los asuntos de Estado para entreteneros con las fábulas de Esopo.

Eso sucede entre la gente: prefieren darle atención únicamente al placer dejando de lado las cosas realmente necesarias. Cuidémonos de no caer en ese error. Compartamos equilibradamente el deber y el placer.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

BÓREAS Y EL SOL

Bóreas y el Sol disputaban sobre sus poderes, y decidieron conceder la palma al que despojara a un viajero de sus vestidos.

Bóreas empezó primero, soplando con violencia, entonces el hombre apretó contra sí sus ropas, Bóreas continúo con más fuerza; pero el hombre, molesto por el frío, se colocó otro vestido. Bóreas, vencido, se lo entregó al Sol.

Este empezó a iluminar suavemente, y el hombre se despojó de su segundo vestido; luego lentamente le envió el Sol sus rayos más ardientes, hasta que el hombre, no pudiendo resistir más el calor, se quitó sus ropas para ir a bañarse en el río vecino.

Es mucho más poderosa una suave persuasión que un acto de violencia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS VIANDANTES Y EL CUERVO

Viajaban unas gentes para cierto asunto, cuando encontraron a un cuervo que había perdido un ojo.

Volvieron hacia el cuervo sus miradas, y uno de los viandantes aconsejó el regreso, pues en su opinión hacerlo era lo que aconsejaba el presagio. Pero otro de los caminantes tomó la palabra y dijo:

—¿Cómo podría este cuervo predecirnos el futuro si él mismo no ha podido prever, para evitarlo, la pérdida de su ojo?

Quien no puede cuidar de sí mismo, menos indicado está para aconsejar al prójimo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS VIANDANTES Y EL HACHA

Caminaban dos hombres en compañía. Habiendo encontrado uno de ellos un hacha, el otro dijo:

—Hemos encontrado un hacha.

—No digas —repuso el primero— "hemos encontrado", sino: "has encontrado". Instantes después fueron alcanzados por el hombre que había perdido el hacha; y el que la llevaba, al verse perdido, dijo a su compañero:

—Estamos perdidos.

—No digas —replicó éste— "estamos perdidos", sino: "estoy perdido", porque cuando encontraste el hacha no me has admitido como parte en tu hallazgo.

Si no estamos dispuestos a compartir nuestros éxitos, tampoco esperemos que nos soporten en la desgracia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS VIANDANTES Y EL OSO

Marchaban dos amigos por el mismo camino. De repente se les apareció un oso.

Uno se subió rápidamente a un árbol ocultándose en él; el otro, a punto de ser atrapado, se tiró al suelo, fingiéndose muerto.

Acercó el oso su hocico, oliéndole por todas partes, pero el hombre contenía su respiración, porque se dice que el oso no toca a un cadáver.

Cuando se hubo alejado el oso, el hombre escondido en el árbol bajó de éste y preguntó a su compañero qué le había dicho el oso al oído.

—Que no viaje en el futuro con amigos que huyen ante el peligro— le respondió.

La verdadera amistad se comprueba en los momentos de peligro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS SACERDOTES DE CIBELES

Unos sacerdotes de Cibeles tenían un asno al que cargaban con sus bultos cuando se ponían en viaje.

Un día por fatiga se murió el asno, y desollándolo, hicieron con su piel unos tambores, de los cuales se sirvieron.

Habiéndoles encontrado otros sacerdotes de Cibeles, les preguntaron que dónde estaba su asno.

—Muerto —les dijeron—; pero recibe más golpes ahora que los que recibió en su vida.

Mucha gente dice haberse retirado de su hábito, pero no se da cuenta de que su hábito no se retiró nunca de él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL JARDINERO Y EL PERRO

El perro de un jardinero había caído en un pozo. El jardinero, por salvarle, descendió también. Creyendo el perro que bajaba para hundirlo más todavía, se volvió y le mordió.

El jardinero, sufriendo con la herida, volvió a salir del pozo, diciendo:

—Me está muy bien empleado; ¿quién me llamaba para salvar a un animal que quería suicidarse?

Cuando te veas en peligro o necesidad, no maltrates la mano de quien viene en tu ayuda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL JARDINERO Y LAS HORTALIZAS

Un hombre se detuvo cerca de un jardinero que trabajaba con sus legumbres, preguntándole por qué las legumbres silvestres crecían lozanas y vigorosas, y las cultivadas flojas y desnutridas.

—Porque la tierra —repuso el jardinero—, para unos es dedicada madre y para otros descuidada madrastra.

Del interés que se ponga en un asunto, así se desarrollará y así será el fruto que se recoja.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

DIÓGENES DE VIAJE

Yendo de viaje, Diógenes el cínico llegó a la orilla de un río torrencial y se detuvo perplejo. Un hombre acostumbrado a hacer pasar a la gente el río, viéndole indeciso, se acercó a Diógenes, lo subió sobre sus hombros y lo pasó complaciente a la otra orilla.

Quedó allí Diógenes, reprochándose su pobreza que le impedía pagar a su bienhechor.

Estaba pensando en ello, cuando advirtió que el hombre, vio a otro viajero que tampoco podía pasar el río y fue a buscarlo y lo transportó igualmente.

Entonces Diógenes se acercó al hombre y le dijo:

—No tengo que agradecerte ya tu servicio, pues veo que no lo haces por razonamiento, sino por manía.

Cuando servimos por igual a personas de buen agradecimiento, así como a personas desagradecidas, sin duda que nos calificarán, no como buena gente, sino como ingenuos o tontos. Pero no debemos desanimarnos por ello, tarde o temprano, el bien paga siempre con creces.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

DIÓGENES Y EL CALVO

Diógenes, el filósofo cínico, insultado por un hombre que era calvo, replicó:

—¡Los dioses me libren de responderte con insultos! ¡Al contrario, alabo los cabellos que han abandonado ese cráneo pelado!

Si regalamos un insulto, no esperemos de regreso un regalo menor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y EL ÁGUILA

Encontró un labrador un águila presa en su cepo y seducido por su belleza, la soltó y le dio la libertad.

El águila, que no fue ingrata con su bienhechor, viéndole sentado al pie de un muro que amenazaba derrumbarse, voló hasta él y le arrebató con sus garras la cinta con que se ceñía su cabeza.

Se levantó el hombre para perseguirla. El águila dejó caer la cinta; la tomó el labriego, y al volver sobre sus pasos halló desplomado el muro en el lugar donde antes estaba sentado, quedando muy sorprendido y agradecido de haber sido pagado así por el águila.

Siempre debemos ser agradecidos con nuestros bienhechores y agradecer un favor con otro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y EL ÁRBOL

En el campo de un labriego había un árbol estéril que únicamente servía de refugio a los gorriones y a las cigarras ruidosas.

El labrador, viendo su esterilidad, se dispuso a abatirlo y descargó contra él su hacha.

Suplicáronle los gorriones y las cigarras que no abatiera su asilo, para que en él pudieran cantar y agradarle a él mismo.

Más sin hacerles caso, le asestó un segundo golpe, luego un tercero.

Rajado el árbol, vio un panal de abejas y probó y gustó su miel, con lo que arrojó el hacha, honrando y cuidando desde entonces el árbol con gran esmero, como si fuera sagrado.

Mucha gente hay que hace un bien sólo si de él recoge beneficio, no por amor y respeto a lo que es justo. Haz el bien por el bien mismo, no porque de él vayas a sacar provecho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LA FORTUNA

Removiendo un labrador con su pala el suelo, encontró un paquete de oro. Todos los días, pues, ofrendaba a la Tierra un presente, creyendo que era a ésta a quien le debía tan gran favor.

Pero se le apareció la Fortuna y le dijo:

—Oye, amigo, ¿por qué agradeces a la Tierra los dones que yo te he dado para enriquecerte? Si los tiempos cambian y el oro pasa a otras manos, entonces echarás la culpa a la Fortuna.

Cuando recibamos un beneficio, veamos bien de donde proviene antes de juzgar indebidamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LA SERPIENTE

Una serpiente se acercó arrastrándose a donde estaba el hijo de un labrador y lo mató.

Sintió el labrador un dolor terrible y cogiendo un hacha, se puso al acecho junto al nido de la serpiente, dispuesto a matarla tan pronto como saliera.

Asomó la serpiente la cabeza y el labrador abatió su hacha, pero falló el golpe, partiendo en dos a la vecina piedra.

Temiendo después la venganza de la serpiente, dispúsose a reconciliarse con ella; más ésta repuso:

—Ni yo puedo alimentar hacia ti buenos sentimientos viendo el hachazo de la piedra, ni tú hacia mí contemplando la tumba de tu hijo.

No es tarea fácil deshacer grandes odios.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LA VÍBORA

Llegado el invierno, un labrador encontró una víbora helada de frío. Apiadado de ella, la recogió y la guardó en su pecho. Reanimada por el calor, la víbora, recobró sus sentidos y mató a su bienhechor, el cual, sintiéndose morir, exclamó:

—¡Bien me lo merezco por haberme compadecido de un ser malvado!

No te confíes del malvado, creyendo que haciéndole un favor vas a cambiarle su naturaleza.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LOS PERROS

Aprisionó el mal tiempo a un labrador en su cuadra. No pudiendo salir para buscar comida, empezó por devorar a sus carneros; luego, como el mal tiempo seguía, comió también a las cabras; y en fin, como no paraba el temporal, acabó con sus propios bueyes.

Viendo entonces los perros lo que pasaba se dijeron entre ellos:

—Larguémonos de aquí, pues, si el amo ha sacrificado los bueyes que trabajan con él, ¿cómo nos perdonaría a nosotros?

Cuídate muy en especial de aquellos que no temen en maltratar a sus mejores amigos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y SUS HIJOS

A punto de acabar su vida, quiso un labrador dejar experimentados a sus hijos en la agricultura.

Así, les llamó y les dijo:

—Hijos míos: voy a dejar este mundo; buscad lo que he escondido en la viña, y lo hallaréis todo.

Creyendo sus descendientes que había enterrado un tesoro, después de la muerte de su padre, con gran afán removieron profundamente el suelo de la viña.

Tesoro no hallaron ninguno, pero la viña, tan bien removida quedó, que multiplicó su fruto.

El mejor tesoro siempre lo encontrarás en el trabajo adecuado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HÉRCULES Y ATENEA

Avanzaba Hércules a lo largo de un estrecho camino. Vio por tierra un objeto parecido a una manzana e intentó aplastarlo. El objeto duplicó su volumen. Al ver esto, lo pisó con más violencia todavía, golpeándole, además, con su maza. Pero el objeto siguió creciendo, cerrando con su gran volumen el camino. El héroe lanzó entonces su maza, y quedó plantado presa del mayor asombro. En esto se le apareció Atenea y le dijo:

—Escucha, hermano; este objeto es el espíritu de la disputa y de la discordia; si se le deja tranquilo, permanece como estaba al principio; pero si se le toca, ¡mira cómo crece!

La disputa y la discordia son causa de grandes males a la humanidad. Nunca las estimules.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HÉRCULES Y PLUTÓN

Recibido Hércules entre los dioses y admitido a la mesa de Zeus, saludaba con mucha cortesía a cada uno de los dioses.

Llegó Plutón de último, y Hércules, bajando la vista al suelo, se alejó de él.

Sorprendido Zeus por su actitud, le preguntó por qué apartaba los ojos de Plutón después de haber saludado tan amablemente a todos los otros dioses.

—Porque, —contestó Hércules— en los tiempos en que yo me encontraba entre los hombres, casi siempre le veía en compañía de los bribones; por eso aparto la mirada de él.

No hagas amistad con quien conoces que no ha actuado correctamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HERMES Y EL LEÑADOR

Un leñador, que a la orilla de un río cortaba leña, perdió su hacha. Sin saber qué hacer, se sentó llorando a la orilla.
Compadecido Hermes de su tristeza, se arrojó al río y volvió con un hacha de oro, preguntando si era esa la que había perdido. Le contestó el leñador que no, y volvió Hermes a sumergirse, regresando con una de plata. El leñador otra vez dijo que no era suya, por lo que Hermes se sumergió de nuevo, volviendo con el hacha perdida. Entonces el hombre le dijo que esa era la de él.
Hermes, seducido por su honradez, le dio las tres hachas.
Al volver con sus compañeros, les contó el leñador su aventura. Uno de ellos se propuso conseguir otro tanto. Dirigióse a la orilla del río y lanzó su hacha en la corriente, sentándose luego a llorar.
Entonces Hermes se le apareció y sabiendo el motivo de su llanto, se arrojó al río y le presentó igualmente un hacha de oro, preguntándole si era la que había perdido.
El bribón, muy contento exclamó: —¡Sí, ésa es!
Pero el dios horrorizado por su desvergüenza, no sólo se quedó con el hacha de oro, sino que tampoco le devolvió la suya.

La divinidad no sólo ayuda a quien es honrado, sino que castiga a los deshonestos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CARRETA DE HERMES Y LOS MALVADOS

Un día, conducía Hermes, por toda la tierra, una carreta cargada de mentiras, engaños y malas artes, distribuyendo en cada país una pequeña cantidad de su cargamento.

Más al llegar al país de los malvados, los astutos y los aprovechados, la carreta, según dicen, se atascó de pronto, y los habitantes del país, como si se tratara de una carga preciosa, saquearon el contenido de la carreta, sin dejar a Hermes seguir a los otros pueblos, dejándose para ellos todo su contenido.

Por eso los malvados, los astutos y los aprovechados son los mayores mentirosos de la tierra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HERMES Y EL ESCULTOR

Quiso Hermes saber hasta dónde le estimaban los hombres, y, tomando la figura de un mortal, se presentó en el taller de un escultor.

Viendo una estatua de Zeus, preguntó cuánto valía.

—Un dracma —le respondieron.

Sonrió y volvió a preguntar: —¿Y la estatua de Hera cuánto?

—Vale más —le dijeron.

Viendo luego una estatua que le representaba a él mismo, pensó que, siendo al propio tiempo el mensajero de Zeus y el dios de las ganancias, estaría muy considerado entre los hombres; por lo que preguntó su precio.

El escultor contestó:

—No te costará nada. Si compras las otras dos, te regalaré ésta.

Nuestra propia vanidad siempre nos lleva a pasar por terribles desilusiones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HERMES Y LA TIERRA

Modeló Zeus al hombre y a la mujer y encargó a Hermes que los bajara a la Tierra para enseñarles dónde tenían que cavar el suelo a fin de procurarse alimentos.

Cumplió Hermes el encargo; la Tierra, al principio, se resistió; pero Hermes insistió, diciendo que era una orden de Zeus.

—Está bien dijo la Tierra—; que caven todo lo que quieran. ¡Ya me lo pagarán con sus lágrimas y lamentos!

No hay frutos ni recompensa si no hay sacrificio y esfuerzo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HERMES Y TIRESIAS

Hermes quiso comprobar si el arte adivinatorio de Tiresias era verdadero; para lo cual le robó sus bueyes en el campo y luego, bajo la figura de un mortal, se fue a la ciudad y entró en la casa de Tiresias.

Cuando supo la pérdida de su yunta, Tiresias se trasladó a las afueras con Hermes para observar un augurio en el vuelo de las aves, rogando a Hermes le dijera el pájaro que apareciese.

Hermes vio un águila que pasaba volando de izquierda a derecha y se lo dijo. Respondió Tiresias que ese pájaro no les importaba.

A la segunda vez, vio el dios una corneja encaramada en un árbol que ora alzaba los ojos al cielo, ora se inclinaba hacia la Tierra, y así se lo dijo. Entonces el adivino contestó:

—¡Esa corneja jura por el cielo y por la tierra que depende de ti que vuelva a encontrar mis bueyes!

El ladrón gusta volver a visitar el lugar de su robo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS JUEZ

Decidió Zeus en pasados tiempos que Hermes grabase en conchas las faltas de los hombres, depositando estas conchas a su lado en un cofre para hacer justicia a cada uno.

Pero las conchas se mezclaron unas con otras, y unas que llegaron después que otras, pasaron antes por manos de Zeus para sufrir sus justas sentencias.

Por eso no nos incomodemos cuando los malhechores no reciben pronto su merecido castigo. Tarde o temprano les llegará su turno.

ZEUS Y APOLO

Disputaban Zeus y Apolo sobre el tiro al arco.

Tendió Apolo el suyo y disparó su flecha; pero Zeus extendió la pierna tan lejos como había Apolo lanzado su flecha, haciendo ver que no llegó más allá de donde se encontraba él.

Cuando competimos con rivales mucho más poderosos, no sólo no los pasaremos, sino que además se burlarán de nosotros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y EL PUDOR

Cuando Zeus modeló al hombre, le dotó en el acto de todas las inclinaciones pero olvidó dotarle del pudor.

No sabiendo por dónde introducirlo, le ordenó que entrara sin que se notara su llegada. El pudor se revolvió contra la orden de Zeus, mas al fin, ante sus ruegos apremiantes, dijo:

Está bien, entraré; pero a condición de que Eros no entre donde yo esté; si entra él, yo saldré enseguida.

Desde entonces a Eros y el pudor no se les volvió a ver juntos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y EL TONEL DE LOS BIENES

Encerró Zeus todos los bienes en un tonel, dejándolo entre las manos de un hombre.

Este hombre, que era un curioso, levantó la tapa del tonel porque quería saber lo que había dentro, y al hacerlo, todos los bienes volaron hacia los dioses, menos la Esperanza.

De ahí que la esperanza sea la satisfacción de los humanos, que les promete el regreso de los bienes desaparecidos.

ZEUS Y LA SERPIENTE

Anunciadas las bodas de Zeus, todos los animales le honraron con presentes, cada uno según sus medios.

La serpiente subió hasta Zeus arrastrándose, con una rosa en la boca. Más al verla dijo Zeus:

—De todos acepto sus presentes, pero no los quiero de tu boca.

No debemos confiarnos de las aparentes bondades de los malvados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LA TORTUGA

Para celebrar sus bodas, Zeus invitó a todos los animales. Sólo faltó la tortuga.

Intrigado por su ausencia, le preguntó al día siguiente:

—¿Cómo solamente tú entre todos los animales no viniste a mi festín?

—¡Hogar familiar, hogar ideal!—respondió la tortuga.

Zeus, indignado contra ella, la condenó a llevar eternamente la casa a cuestas.

No nos encerremos en nuestro pequeño mundo. Ampliemos nuestro horizonte compartiendo sanamente con nuestro alrededor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LA ZORRA

Admirado Zeus de la inteligencia y finura de la zorra, le confirió el reinado sobre los animales.

Quiso, no obstante, saber si al cambiar de fortuna había mudado también de inclinaciones, y, hallándose el nuevo rey de paseo en su litera, dejó Zeus caer un escarabajo ante sus ojos.

Entonces la zorra, incapaz de contenerse, viendo al escarabajo revolotear alrededor de su litera, saltó fuera de ésta y, despreciando las conveniencias, intentó atrapar al escarabajo.

Molesto Zeus por su conducta, volvió a la zorra a su antiguo estado.

La naturaleza, o modo de ser de las personas, no se cambian al cambiar de título.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LAS ABEJAS

Envidiosas las abejas a causa de la miel que les arrebataban los hombres, fueron en busca de Zeus y le suplicaron que les diera fuerza bastante para matar con las punzadas de su aguijón a los que se acercaran a sus panales.

Zeus, indignado al verlas envidiosas, las condenó a perder su dardo cuantas veces hirieran a alguno y a morir ellas mismas después.

La envidia no es buena consejera, más bien nos puede llevar a perder lo que ya poseemos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LOS HOMBRES

Zeus, después de modelar a los hombres, encargó a Hermes que les distribuyera la inteligencia.

Hermes partió la inteligencia en partes iguales para todos y vertió a cada uno la suya.

Sucedió con esto que los hombres de poca estatura, llenos por su porción, fueron hombres sesudos, mientras que a los hombres de gran talla, debido a que la porción no llegaba a todas las partes de su cuerpo, les correspondió menos inteligencia que a los otros.

No es la apariencia de grandeza lo que confiere grandeza, es lo que está por dentro y no se aparenta lo que nos hace ser lo que realmente somos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LOS ROBLES

Quejábanse los robles a Zeus en estos términos:

—En vano vemos la luz, pues estamos expuestos, más que todos los demás árboles, a los golpes brutales del hacha.

—Vosotros mismos sois los autores de vuestra desgracia respondió Zeus—; si no dierais la madera para fabricar los mangos, las vigas y los arados, el hacha os respetaría.

Antes de culpar a otros de nuestros males, veamos antes si no los causamos nosotros mismos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

AFRODITA Y LA GATA

Se había enamorado una gata de un hermoso joven, y rogó a Afrodita que la hiciera mujer. La diosa, compadecida de su deseo, la transformó en una bella doncella, y entonces el joven, prendado de ella, la invitó a su casa.

Estando ambos descansando en la alcoba nupcial, quiso saber Afrodita si al cambiar de ser a la gata había mudado también de carácter, por lo que soltó un ratón en el centro de la alcoba.

Olvidándose la gata de su condición presente, se levantó del lecho y persiguió al ratón para comérselo. Entonces la diosa, indignada, la volvió a su original estado.

El cambio de estado de una persona, no la hace cambiar de sus instintos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS, PROMETEO, ATENEA Y MOMO

Zeus hizo un toro, Prometeo un hombre, Atenea una casa, y llamaron a Momo como juez.

Momo, celoso de sus obras, empezó a decir que Zeus había cometido un error al no colocar los ojos del toro en los cuernos, a fin de que pudiera ver dónde hería, y Prometeo otro al no suspender el corazón del hombre fuera de su pecho para que la maldad no estuviera escondida y todos pudieran ver lo que hay en el espíritu.

En cuanto a Atenea, que debía haber colocado su casa sobre ruedas, con objeto de que si un malvado se instalara en la vecindad, sus moradores pudieran trasladarse fácilmente.

Zeus, enojado por su envidia, arrojó a Momo del Olimpo.

Cualquier obra que se haga, por más perfecta que parezca, siempre alguien encontrará alguna razón para criticarla. Así que nunca nos desanimemos por lo que juzguen de nuestras obras; nunca faltará quien le encuentre defectos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS BIENES Y LOS MALES

Prevaliéndose de la debilidad de los Bienes, los Males los expulsaron de la Tierra, entonces los Bienes subieron a los Cielos.

Una vez estando allí preguntaron a Zeus cuál debía ser su conducta con respecto a los hombres. Les respondió el dios que no se presentaran a los mortales todos en conjunto, sino uno tras otro.

Esta es la razón por la que los Males, que viven continuamente entre los hombres, los asedian sin descanso, mientras que los Bienes, como descienden de los cielos, sólo se les acercan de vez en cuando.
Tengamos siempre presente que estamos continuamente acechados por los males para su acción inmediata, mientras que para recibir los bienes, debemos tener paciencia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CANOSO Y SUS DOS PRETENDIENTES

Un hombre ya canoso tenía dos pretendientes, una joven y otra más vieja.

Apenada la de mayor edad de tratar con un hombre más joven que ella, cada vez que él la visitaba le quitaba los cabellos negros.

A su vez la más joven, no queriendo tener por amante a un hombre viejo, le arrancaba los cabellos canos.

Con esto sucedió que el hombre, pelado alternativamente por una y por la otra, se quedó completamente calvo.

Lo que mal se distribuye, mal se retribuye.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL BATANERO Y EL CARBONERO

Un carbonero que hacía su trabajo en cierta casa visitó a un batanero que trabajaba no muy lejos de él, invitándole a trabajar en un mismo local, pues de este modo, además de mayor amistad vivirían con menos gastos al usar solamente una casa. Pero le respondió el batanero:

—Eso para mí es imposible, pues todo lo que yo blanqueara, tú lo ennegrecerías de hollín al instante.

No debemos asociar actividades de naturalezas contradictorias.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL GUERRERO Y LOS CUERVOS

Partió un hombre para la guerra, pero en el camino, oyendo graznar a los cuervos, tiró sus armas al suelo y se detuvo.

Las tomó al rato nuevamente y prosiguió su marcha; más otra vez graznaron los cuervos. De nuevo se detuvo y entonces les dijo:

—¡Pueden gritar cuanto les venga en gana, pero no tendrán un banquete con mi carne!

Cuando no se tiene determinación en las acciones, éstas nunca se llegan a realizar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS GALLINAS Y LA COMADREJA

Supo una comadreja de que en un corral había unas gallinas enfermas, y disfrazándose de médico, cogió los instrumentos del oficio y se acercó al gallinero. Ya en la puerta, preguntó a las gallinas que cómo les iba con su salud.

—¡Mucho mejor si tú te largas!— le respondieron.

Si somos precavidos, podremos descubrir las falsas poses de los malvados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL DEUDOR ATENIENSE

Un ateniense endeudado, apremiado por su acreedor para que le pagara su deuda, le pidió a éste que le concediera un corto plazo con el pretexto de que se hallaba en apuro; mas no logrando convencerle, trajo la única marrana que poseía, disponiéndose a venderla en presencia de su acreedor.

Llegó un comprador preguntando si la marrana era fecunda.

—Tan fecunda es —respondió el deudor— que hasta es extraordinaria: en los Misterios pare hembras y en las Panateneas pare machos.

—¡No te asombres tanto aún, porque esta marrana, además, te dará cabritos en las Dionisíacas!

La desesperación es causa de grandes mentiras.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

DOS HOMBRES DISPUTANDO ACERCA DE LOS DIOSES

Se encontraban disputando dos hombres sobre cuál de los dioses, Hércules o Teseo era el más grande.

Pero los dioses, irritados contra ellos, se vengaron cada uno en el país del otro.

Cuando los inferiores disputan sobre sus superiores, no tardarán éstos en reaccionar contra ellos.

EL CIEGO

Érase una vez un ciego muy hábil para reconocer al tacto cualquier animal al alcance de su mano, diciendo de qué especie era. Le presentaron un día un lobezno, lo palpó y quedó indeciso.

—No acierto —dijo—, si es hijo de una loba, de una zorra o de otro animal de su misma cualidad; pero lo que sí sé es que no ha nacido para vivir en un rebaño de corderos.

La naturaleza de la maldad se puede notar en una sola de sus características.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMICIDA

Un hombre que había cometido un homicidio era perseguido por los familiares de la víctima.

Despertó la liebre ante los ruidos de la persecución, y no esperando más, emprendió su huida.

Pero llegando a orillas de un río, tropezó con un lobo, y huyéndole, se subió a un árbol de la orilla; y cuando estaba allí subido miró una serpiente que trepaba hacia él, por lo que optó por tirarse al río, donde terminó en la boca de un cocodrilo.

La naturaleza es enemiga de los malvados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL EMBUSTERO

Un hombre enfermo y de escasos recursos prometió a los dioses sacrificarles cien bueyes si le salvaban de la muerte.

Queriendo probar al enfermo, los dioses le ayudaron a recobrar rápidamente la salud, y el hombre se levantó del lecho. Mas como no poseía los cien bueyes comprometidos, los modeló con sebo y los llevó a sacrificar a un altar, diciendo:

—¡Aquí tienen, oh dioses, mi ofrenda!

Los dioses decidieron también burlarse entonces a su vez del embustero, y le enviaron un sueño que le instaba a dirigirse a la orilla del mar, donde inmediatamente encontraría mil monedas de plata.

No pudiendo contener su alegría, el hombre corrió a la playa, pero allí cayó en manos de unos piratas que luego lo vendieron.

Y fue así como encontró las mil monedas de plata.

Quien trata de engañar, al final termina engañado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE NEGRO

Cierto patrón llevó a trabajar a su propiedad a un hombre negro, pensando que su color provenía a causa de un descuido de su anterior propietario.

Una vez en su casa, probó todas las jabonadas posibles, intentó toda clase de trucos para blanquearlo, pero de ninguna manera pudo cambiar su color y terminó poniendo enfermo al negro a fuerza de tantos intentos.

Lo que la naturaleza diseña, se mantiene firme.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PÍCARO

Un pícaro se comprometió a demostrar que el oráculo de Delfos mentía.

Llegó el día señalado y el pícaro tomó un pajarito y, escondiéndolo bajo de su manto, se dirigió al templo.

Encarándose ante el oráculo preguntó si lo que tenía en la mano era un ser vivo o era inanimado.

Si el dios decía «inanimado», el hombre mostraría al pajarito vivo; si decía «vivo», lo enseñaría muerto, después de haberlo ahorcado.

Pero el dios, viendo de lo que se trataba con esa malvada intención, respondió:

Deja tu engaño, pícaro, pues bien sabes que de ti depende que lo que tienes en la mano se muestre muerto o vivo.

El poder divino no es para llevarle al engaño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL FANFARRÓN

Un atleta, que era muy conocido de sus conciudadanos por su debilidad, partió un día para tierras lejanas.

Volvió después de algún tiempo, anunciando que había llevado a cabo grandes proezas en distintos países; contaba con especial esmero haber hecho en Rodas un salto que nunca antes ninguno de los atletas coronados en los juegos olímpicos había sido capaz de realizar, agregando además que presentaría los testigos de su hazaña si algunos de los que allí se hallaban presentes venían alguna vez a su tierra.

Uno de los oyentes tomó la palabra y dijo:

—Oye, amigo: si eso es cierto, no necesitamos testigos; esto es Rodas, da el salto y muéstralo.

Si no puedes probar con los hechos lo que dices, no estás diciendo nada.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

HÉRCULES Y EL BOYERO

Conducía un boyero una carreta hacia una aldea, y la carreta se despeñó a un barranco profundo.

El boyero, en lugar de ayudar a los bueyes a salir de aquel trance, se quedó allí cruzado de brazos, invocando entre todos los dioses a Hércules, que era el de su mayor devoción. Llegó entonces Hércules y le dijo:

—¡Toma una rueda, hostiga a los bueyes y no invoques a los dioses si no hay esfuerzo de tu parte!

— Si no lo haces así, nos invocarás en vano.

La oración debe acompañarse siempre previamente de la acción.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL HOMBRE Y LA HORMIGA

Se fue a pique un día un navío con todo y sus pasajeros, y un hombre, testigo del naufragio, decía que no eran correctas las decisiones de los dioses, puesto que, por castigar a un solo impío, habían condenado también a muchos otros inocentes.

Mientras seguía su discurso, sentado en un sitio plagado de hormigas, una de ellas lo mordió, y entonces, para vengarse, las aplastó a todas.

Se le apareció al momento Hermes, y golpeándole con su caduceo, le dijo:

—Aceptarás ahora que nosotros juzgamos a los hombres del mismo modo que tu juzgas a las hormigas.

Antes de juzgar el actuar ajeno, juzga primero el tuyo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS, LOS ANIMALES Y LOS HOMBRES

Dicen que Zeus modeló a los animales primero y que les concedió la fuerza a uno, a otro la rapidez, al de más allá las alas; pero al hombre lo dejó desnudo y éste dijo:

— ¡Sólo a mí me has dejado sin ningún favor!

—No te das cuenta del presente que te he hecho — repuso Zeus—, y es el más importante, pues has recibido la razón, poderosa entre los dioses y los hombres, más poderosa que los animales más poderosos, más veloz que las aves más veloces.

Entonces el hombre, reconociendo el presente recibido de Zeus se alejó adorando y dando gracias al dios.

Que las grandezas que observamos en las criaturas de la naturaleza, no nos hagan olvidar que fuimos obsequiados con la mayor de todas ellas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MERCADER DE ESTATUAS

Un hombre hizo una estatuilla de un Hermes en madera y la llevó a la plaza para su venta.

Como nadie llegaba a comprarla, se le ocurrió llamar la atención anunciando que vendía un dios que obsequiaba bondades y beneficios. Entonces uno de los curiosos le dijo:

—Oye, si tan bueno es, ¿por qué la vendes y no te aprovechas de su ayuda?

—Porque yo, —contestó aquél— necesito la ayuda inmediatamente, y él nunca se apura en conceder sus beneficios.

Nunca dejes que el momentáneo interés material predomine sobre el espíritu.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA MUJER INTRATABLE

Tenía un hombre una esposa siempre malhumorada con todas las gentes de su casa. Queriendo saber si sería de igual humor con los criados de su padre, la envió a casa de éste con un pretexto cualquiera.

De regreso después de unos días, le preguntó el marido cómo la habían tratado los criados en casa de su padre, y ella respondió:

—Los pastores y los boyeros sólo me miraban de reojo.

—Pues si tan mal te miraban, los que salen con los rebaños al despuntar el día y no vuelven hasta el empezar la noche, ¿cómo te mirarían todos aquellos con quienes pasabas el día entero?

Pequeños signos nos señalan grandes cosas, y débiles luces nos muestran secretos ocultos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NÁUFRAGO

Navegaba un rico ateniense en una nave junto con otros pasajeros. De pronto, a causa de una súbita y violenta tempestad, empezó rápidamente a hacer agua el navío.

Y mientras los demás pasajeros, con su esfuerzo, trataban de salvarse a nado, el rico ateniense, invocando a cada instante a la diosa Atenea, le prometía efusivamente toda clase de ofrendas si por su medio lograba salvarse.

Uno de los náufragos que lo oía a su lado le dijo:

—Pide a Atenea, pero también a tus brazos.

Cuando pidas ayuda en tus problemas, primero demuestra que ya estás trabajando para solucionarlos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS PESCADORES Y EL ATÚN

Salieron a pescar al mar unos pescadores y luego de largo rato sin coger nada, se sentaron en su barca, entregándose a la desesperación.

De pronto, un atún perseguido y que huía ruidosamente, saltó y cayó por error a su barca; lo tomaron entonces los pescadores y lo vendieron en la plaza de la ciudad.

Existen extraños momentos en que por circunstancias del azar, obtenemos lo que no se pudo con el arte.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

PROMETER LO IMPOSIBLE

Un hombre pobre se hallaba gravemente enfermo. Viendo que no podrían los médicos salvarle, se dirigió a los dioses, prometiendo ofrendarles una hecatombe y consagrarles múltiples exvotos si lograba restablecerse.

Le oyó su mujer, que lo acompañaba a su lado, y le preguntó:

—¿Y de dónde sacarás tanto dinero para cubrir todo eso?

—¿Y crees tú que los dioses me lo van a reclamar si me restableciera? —repuso el enfermo.

Nunca hagas promesas que de antemano ya sabes que será imposible cumplirlas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Cierto día una liebre se burlaba de las cortas patas y lentitud al caminar de una tortuga. Pero ésta, riéndose, le replicó:

—Puede que seas veloz como el viento, pero yo te ganaría en una competencia.

Y la liebre, totalmente segura de que aquello era imposible, aceptó el reto, y propusieron a la zorra que señalara el camino y la meta.

Llegado el día de la carrera, arrancaron ambas al mismo tiempo. La tortuga nunca dejó de caminar y a su lento paso pero constante, avanzaba tranquila hacia la meta. En cambio, la liebre, que a ratos se echaba a descansar en el camino, se quedó dormida.

Cuando despertó, y moviéndose lo más veloz que pudo, vio como la tortuga había llegado de primera al final y obtenido la victoria.

Con seguridad, constancia y paciencia, aunque a veces parezcamos lentos, obtendremos siempre el éxito.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL VIAJERO Y SU PERRO

Un viajero listo para salir de gira, vio a su perro en el portal de su casa estirándose y bostezando. Le preguntó con energía:

—¿Por qué estás ahí vagabundeando?, todo está listo menos tú, así que ven conmigo al instante.

El perro, meneando su cola replicó:

—Oh patrón, yo ya estoy listo, más bien es a ti a quien yo estoy esperando.

El perezoso siempre culpa de los retrasos a sus seres más cercanos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NIÑO CIEGO Y SU MADRE

Un niño ciego de nacimiento, dijo una vez a su madre:

— ¡Yo estoy seguro de que puedo ver!

Y con el deseo de probarle a él su error, su madre puso delante de él unos granos de aromoso incienso y le preguntó: — ¿Qué es eso?

El niño contestó: — Una piedra.

A lo que su madre exclamó: — Oh mi hijo, temo que no sólo estás ciego, sino que tampoco tienes olfato.

No nos engañemos creyendo que nuestras ilusiones son realidades, pues podríamos luego encontrar que nuestra situación era peor de lo supuesto.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA GRANADA, EL MANZANO Y EL ESPINO

La granada y el manzano disputaban sobre quién de ellos era el máximo.

Cuando la discusión estaba en lo más ardiente, un espino, desde su vecindad alzó su voz diciendo severamente:

—Por favor, mis amigos, en mi presencia, al menos déjense de esas vanas discusiones.

Quien tiene el poder de castigar, termina siendo el máximo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA

Un Labrador colocó trampas en su terreno recién sembrado y capturó un número de grullas que venían a comerse las semillas. Pero entre ellas se encontraba una cigüeña, la cual se había fracturado una pata en la trampa y que insistentemente le rogaba al labrador le conservara la vida:

— Te ruego me liberes, amo, sólo por esta vez. Mi quebradura exaltará tu piedad, y además, yo no soy grulla, soy una cigüeña, un ave de excelente carácter, y soy muy buena hija. Mira también mis plumas, que no son como las de esas grullas.

El labrador riéndose dijo:

—Será todo como lo dices, pero yo sólo sé esto: Te capturé junto con estas ladronas, las grullas, y por lo tanto te corresponde morir junto con ellas.

Quien se asocia con el malvado, con él perece.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL JOVEN Y EL ESCORPIÓN

Un joven andaba cazando saltamontes. Ya había capturado un buen número cuando trató de tomar a un escorpión equivocadamente.

Y el escorpión, mostrándole su ponzoña le dijo:

—Si me hubieras tocado, me hubieras perdido, pero tú también a todos tus saltamontes.

Cuando hayas hecho un capital con tu trabajo, cuida de no perderlo por tratar de tomar lo que no debes.

EL PLUMAJE DE LA GOLONDRINA Y EL CUERVO

La golondrina y el cuervo discutían acerca de su plumaje. El cuervo terminó la discusión alegando:

—Tus plumas serán muy bonitas en el verano, pero las mías me cobijan contra el invierno.

Lo que sólo sirve para presumir, no es valioso en realidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASNO Y LA ZORRA ENCUENTRAN AL LEÓN

El asno y la zorra, habiéndose unido para su mutua protección, salieron un día de caza.

No anduvieron mucho cuando encontraron un león. La zorra, segura del inmediato peligro, se acercó al león y le prometió ayudar a capturar al asno si le daba su palabra de no dañarla a ella.

Entonces, afirmándole al asno que no sería maltratado, lo llevó a un profundo foso diciéndole que se guareciera allí.

El león, viendo que ya el asno estaba asegurado, inmediatamente agarró a la zorra, y luego atacó al asno a su antojo.

Nunca traiciones a tu amigo por temor al enemigo, pues al final, tú también saldrás traicionado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Una tortuga que se recreaba al sol, se quejaba a las aves marinas de su triste destino, y de que nadie le había querido enseñar a volar.

Un águila que paseaba a la deriva por ahí, oyó su lamento y le preguntó con qué le pagaba si ella la alzaba y la llevaba por los aires.

— Te daré –dijo– todas las riquezas del Mar Rojo.

—Entonces te enseñaré al volar –replicó el águila.

Y tomándola por los pies la llevó casi hasta las nubes, y soltándola de pronto, la dejó ir, cayendo la pobre tortuga en una soberbia montaña, haciéndose añicos su coraza. Al verse moribunda, la tortuga exclamó:

— Renegué de mi suerte natural. ¿Qué tengo yo que ver con vientos y nubes, cuando con dificultad apenas me muevo sobre la tierra?

Si fácilmente adquiriéramos todo lo que deseamos, fácilmente llegaríamos a la desgracia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LABRADOR Y LAS GRULLAS

Algunas grullas escarbaban sobre terrenos recién sembrados con trigo. Durante algún tiempo el labrador blandía una honda vacía, ahuyentándolas por el pánico que les producía.

Pero cuando las aves se dieron cuenta del truco, ya no se alejaban de su comida. El labrador, viendo esto, cargó su honda con piedras y mató muchas de las grullas.

Las supervivientes inmediatamente abandonaron el lugar, lamentándose diciendo unas a otras:

—Mejor nos vamos a Liliput, pues este hombre ya no contento con asustarnos, ha empezado a mostrarnos lo que realmente puede hacer.

Cuando las palabras no dan a entender, la acción sí lo hará.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PERRO EN EL PAJAR

Un perro metido en un pajar gruñía y ladraba impidiendo a los bueyes comerse la paja que había sido colocada para ellos.

–¡Que egoísta perro! —Dijo un buey a sus compañeros—.

—Él no come de esa paja y todavía pretende que los que sí comemos, no lo hagamos.

Respeta siempre los derechos ajenos, para que así puedas exigir el respeto a los tuyos.

LA PALOMA SEDIENTA

Una paloma, incómoda por la molesta sed, vio una charca de agua pintada sobre un rótulo.

Pero sin darse cuenta de que sólo era un dibujo, voló hacia ella a toda velocidad e inevitablemente chocó contra el rótulo, hiriéndose lastimosamente.

Habiéndose quebrado las alas por el golpe, cayó a tierra donde fue capturada por uno de los transeúntes.

No dejes que el fervor, entusiasmo o necesidad nublen tu discreción.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL AVARO Y EL ORO

Un avaro vendió todo lo que tenía de más y compró una pieza de oro, la cual enterró en la tierra a la orilla de una vieja pared y todos los días iba a mirar el sitio.

Uno de sus vecinos observó sus frecuentes visitas al lugar y decidió averiguar que pasaba. Pronto descubrió lo del tesoro escondido, y cavando, tomó la pieza de oro, robándosela.

El avaro, a su siguiente visita encontró el hueco vacío y jalándose sus cabellos se lamentaba amargamente.

Entonces otro vecino, enterándose del motivo de su queja, lo consoló diciéndole:

— Da gracias de que el asunto no es tan grave. Ve y trae una piedra y colócala en el hueco. Imagínate entonces que el oro aún está allí. Para ti será lo mismo el que aquello sea o no sea oro, ya que de por sí no harías nunca ningún uso de él.

Valora las cosas por lo que sirven, no por lo que aparentan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NIÑO Y LOS DULCES

Un niño metió su mano en un recipiente lleno de dulces. Y tomó lo más que pudo, pero cuando trató de sacar la mano, el cuello del recipiente no le permitió hacerlo.

Como tampoco quería perder aquellos dulces, lloraba amargamente su desilusión.

Un amigo que estaba cerca le dijo: —Confórmate solamente con la mitad y podrás sacar la mano con los dulces.

Nunca trates de abarcar más de lo debido, pues te frenarás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO CON PIEL DE OVEJA

Pensó un día un lobo cambiar su apariencia para así facilitar la obtención de su comida. Se metió entonces en una piel de oveja y se fue a pastar con el rebaño, despistando totalmente al pastor.

Al atardecer, fue llevado junto con todo el rebaño a un encierro, quedando la puerta asegurada.

Pero en la noche, buscando el pastor su provisión de carne para el día siguiente, tomó al lobo creyendo que era un cordero y lo sacrificó al instante.

Según hagamos el engaño, así recibiremos el daño.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS JÓVENES Y LAS RANAS

Varios jóvenes, jugando cerca de un estanque, vieron un grupo de ranas en el agua y comenzaron a apedrearlas.

Habían matado a varias, cuando una de las ranas, sacando su cabeza gritó:

—Por favor, paren muchachos, que lo que es diversión para ustedes, es muerte y tristeza para nosotras.

Antes de tomar una acción que creas te beneficia, ve primero que no perjudique a otros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CIERVO ENFERMO Y SUS ACOMPAÑANTES

Yacía un ciervo enfermo en una esquina de su terreno de pastos.

Llegaron entonces sus amigos en gran número a preguntar por su salud, y mientras hablaban, cada visitante mordisqueaba parte del pasto del ciervo.

Al final, el pobre ciervo murió, no por su enfermedad sino porque no ya no tenía pasto que comer.

Más vale estar solo que mal acompañado.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL MERCADER DE SAL Y EL ASNO

Llevó un mercader a su asno a la costa para comprar sal.
En el camino de regreso a su pueblo pasaban por un río, en el cual, en un hueco, el asno resbaló mojando su carga.
Cuando se levantó sintió aliviado su peso considerablemente, pues bastante de la sal se había diluido.
Retornó el mercader de nuevo a la costa y cargó más sal que la vez anterior.
Cuando llegaron otra vez al río y el asno se tiró de propósito en el mismo hoyo en que había caído antes, y levantándose de nuevo con mucho menos peso, se enorgullecía triunfantemente de haber obtenido lo que buscó.
Notó el comerciante el truco del asno, y por tercera vez regreso a la costa, donde esta vez compró una carga de esponjas en vez de sal.
Y el asno, tratando de jugar de nuevo a lo mismo, se tiró en el hueco del río, pero esta vez las esponjas se llenaron de agua y aumentaron terriblemente su peso.
Y así el truco le rebotó al asno, teniendo que cargar ahora en su espalda más del doble de peso.

Tratar de evitar el deber haciendo trucos, sólo nos dañara a nosotros mismos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS BUEYES CONTRA LOS CARNICEROS

Decidieron un día los bueyes destruir a los carniceros, quienes, decían los bueyes, estaban acabando con su gremio.

Se reunieron entonces para llevar a cabo su objetivo, y afilaron finamente sus cuernos.

Pero uno de ellos, el más viejo, un experimentado arador de tierras, les dijo:

—Esos carniceros, es cierto, nos matan y destrozan, pero lo hacen con manos preparadas, y sin causarnos dolor. Si nos deshacemos de ellos, caeremos en manos de operadores inexpertos y entonces sí que sufriríamos una doble muerte. Y les aseguro, que aunque ya no haya ni un solo carnicero, los humanos seguirán buscando nuestra carne.

Nunca trates de cambiar un mal por otro peor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL NIÑO Y EL GUSANO DE ORTIGA

Un niño fue herido por un gusano de ortiga.

Corrió a su casa y dijo a su madre:

—Me ortigó fuertemente, pero yo solamente lo toqué con suavidad.

—Por eso te ortigó –dijo la madre—, la próxima vez que te acerques a un gusano de esos, agárralo con decisión, sin caricias, y entonces será tan suave como seda, y no te maltratará de nuevo.

Al insolente, irrespetuoso, o delincuente, debe demostrársele siempre que la autoridad prevalece sobre él.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA LECHERITA

La hija de un granjero llevaba un recipiente lleno de leche a vender al pueblo, y empezó a hacer planes futuros:

—Cuando venda esta leche, compraré trescientos huevos. Los huevos, descartando los que no nazcan, me darán al menos doscientos pollos. Los pollos estarán listos para mercadearlos cuando los precios de ellos estén en lo más alto, de modo que para fin de año tendré suficiente dinero para comprarme el mejor vestido para asistir a las fiestas donde todos los muchachos me pretenderán, y yo los valoraré uno a uno.

Pero en ese momento tropezó con una piedra, cayendo junto con la vasija de leche al suelo, regando su contenido. Y así todos sus planes acabaron en un instante.

No te ilusiones con lo que aún no tienes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS RATONES PONIENDO EL CASCABEL AL GATO

Un hábil gato hacía tal matanza de ratones, que apenas veía uno, era cena servida. Los pocos que quedaban, sin valor para salir de su agujero, se conformaban con su hambre. Para ellos, ese no era un gato, era un diablo carnicero. Una noche en que el gato partió a los tejados en busca de su amor, los ratones hicieron una junta sobre su problema más urgente.

Desde el principio, el ratón más anciano, sabio y prudente, sostuvo que de alguna manera, tarde o temprano, había que idear un medio de modo que siempre avisara la presencia del gato y pudieran ellos esconderse a tiempo.

Efectivamente, ese era el remedio y no había otro. Todos fueron de la misma opinión, y nada les pareció más indicado.

Uno de los asistentes propuso ponerle un cascabel al cuello del gato, lo que les entusiasmó muchísimo y decían sería una excelente solución. Sólo se presentó una dificultad: quién le ponía el cascabel al gato.

— ¡Yo no, no soy tonto, no voy!

— ¡Ah, yo no sé cómo hacerlo!

En fin, terminó la reunión sin adoptar ningún acuerdo.

Nunca busques soluciones imposibles de realizar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VIÑA Y LA CABRA

Una viña se encontraba exuberante en los días de la cosecha con hojas y uvas. Una cabra que pasaba por ahí mordisqueó sus zarcillos y tiernas hojas. La viña le reclamó:

—¿Por qué me maltratas sin causa y comes mis hojas? ¿No ves que hay zacate suficiente? Pero no tendré que esperar demasiado por mi venganza, pues si sigues comiendo mis hojas y me maltratas hasta la raíz, yo proveeré el vino que echarán sobre ti cuando seas la víctima del sacrificio.

Los maltratos hechos con intención, tarde o temprano regresan a quien los hizo, muchas veces bajo otra vestidura.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ZEUS Y LA MONA MADRE

Hizo Zeus una proclama a todos los animales prometiendo una recompensa a quien su hijo sea juzgado como el más guapo.

Vino entonces la señora mona junto con los demás

animales y presentó, con toda la ternura de madre, un monito con nariz chata, sin pelo, y enfermizo, como su candidato para ganar el premio.

Una gran risa fue el saludo general en su presentación.

Y ella orgullosamente dijo:

—Yo no sé si Zeus pondrá su premio sobre mi hijo, pero sí sé muy bien, de que al menos en mis ojos, los de su madre, él es el más querido, el más guapo y bello de todos.

Debemos estar siempre orgullosos de lo que amamos, y no tener pena en publicarlo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL JOVEN PASTOR ANUNCIANDO AL LOBO

Un joven pastor, que cuidaba un rebaño de ovejas cerca de una villa, alarmó a los habitantes tres o cuatro veces gritando

—¡El lobo, el lobo!

Pero cuando los vecinos llegaban a ayudarle, se reía viendo sus preocupaciones. Mas el lobo, un día de tantos, sí llegó de verdad. El joven pastor, ahora alarmado, gritaba lleno de terror:

— Por favor, vengan y ayúdenme; el lobo está matando a las ovejas.

Pero ya nadie puso atención a sus gritos, y mucho menos pensó en acudir a auxiliarlo. Y el lobo, viendo que no había razón para temer mal alguno, hirió y destrozó a su antojo todo el rebaño.

Al mentiroso nunca se le cree, aun cuando diga la verdad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ANDROCLES Y EL LEÓN

Un esclavo llamado Androcles tuvo la oportunidad de escapar un día y corrió hacia la foresta.

Y mientras caminaba sin rumbo llegó a donde yacía un león, que gimiendo le suplicó:

—Por favor te ruego que me ayudes, pues tropecé con un espino y una púa se me enterró en la garra y me tiene sangrando y adolorido.

Androcles lo examinó y gentilmente extrajo la espina, lavó y curó la herida. El león lo invitó a su cueva donde compartía con él el alimento.

Pero días después, Androcles y el león fueron encontrados por sus buscadores. Llevado Androcles al emperador fue condenado al redondel a luchar contra los leones.

Una vez en la arena, fue suelto un león, y éste empezó a rugir y buscar el asalto a su víctima.

Pero a medida que se le acercó reconoció a su benefactor y se lanzó sobre él pero para lamerlo cariñosamente y posarse en su regazo como una fiel mascota. Sorprendido el emperador por lo sucedido, supo al final la historia y perdonó al esclavo y liberó en la foresta al león.

Los buenos actos siempre son recompensados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PASTOR Y EL JOVEN LOBO

Encontró un pastor un joven lobo y se lo llevó. Enseguida le enseñó como robar ovejas de los rebaños vecinos. Y el lobo, ya crecido y demostrándose como un excelente alumno, dijo al pastor:

—Puesto que me has enseñado muy bien a robar, pon buena atención en tu vigilancia, o perderás parte de tu rebaño también.

Quien enseña a hacer el mal, tiene que cuidarse de sus propios discípulos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PADRE Y SUS DOS HIJAS

Un padre tenía dos hijas. Una casó con un hortelano y la otra con un fabricante de ladrillos. Al cabo de un tiempo fue a visitar a la casada con el hortelano, y le preguntó sobre su situación. Ella dijo:

—Todo está de maravilla conmigo, pero sí tengo un deseo especial: que llueva todos los días con abundancia para que así las plantas tengan siempre suficiente agua.

Pocos días después visitó a su otra hija, también preguntándole sobre su estado. Y ella le dijo:

—No tengo quejas, solamente un deseo especial: que los días se mantengan secos, sin lluvia, con sol brillante, para que así los ladrillos sequen y endurezcan muy bien.

El padre meditó: si una desea lluvia, y la otra tiempo seco, ¿a cuál de las dos le adjunto mis deseos?

No trates nunca de complacer y quedar bien con todo el mundo. Te será imposible.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA GOLONDRINA, LA SERPIENTE Y LA CORTE

Una golondrina que retornaba de su largo viaje, se encontraba feliz de convivir de nuevo entre los hombres.

Construyó entonces su nido sobre el alero de una pared de una Corte de Justicia y allí incubó y cuidaba a sus polluelos.

Pasó un día por ahí una serpiente, y acercándose al nido devoró a los indefensos polluelos. La golondrina al encontrar su nido vacío se lamentó:

—Desdichada de mí, que en este lugar donde protegen los derechos de los demás, yo soy la única que debo sufrir equivocadamente.

No todo lo que beneficia a otros lo beneficia a uno.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LADRÓN Y SU MADRE

Un joven adolescente robó un libro a uno de sus compañeros de escuela y se lo mostró a su madre. Ella no solamente se abstuvo de castigarlo, sino más bien lo estimuló. A la siguiente oportunidad se robó una capa y se la llevó a su madre quien de nuevo lo alabó.

El joven creció y ya adulto fue robando cada vez cosas de más valor hasta que un día fue capturado en el acto, y con las manos atadas fue conducido al cadalso para su ejecución pública.

Su madre lo siguió entre la multitud y se golpeaba violentamente su pecho de tristeza. Al verla el ladrón dijo:

—Deseo decirle algo a mi madre en su oído.

Ella acercó su oído a él, y éste rápidamente mordió su oreja cortándosela. Su madre le reclamó que era un hijo desnaturalizado, a lo que él replicó:

—¡Ah! Si me hubieras reprendido en mi primer robo del libro aquel, nunca hubiera llegado a esto y ser condenado a una ingrata muerte.

Al nuevo árbol se le endereza tierno para que crezca derecho.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS DOS RECIPIENTES

Arrastraba un río en sus aguas a dos recipientes, uno de barro cocido y otro de bronce. El de barro le dijo al de bronce:

—Por favor mantente a distancia de mí, pues si me tocas aunque sea suavemente, me haré pedazos. Y además, de ninguna manera deseo estar cerca de ti.

La amistad no se consolida fácilmente entre disímiles.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CAZADOR Y EL PESCADOR

Regresaba un cazador con sus perros y su producto, cuando topó con un pescador que también regresaba de su pesca, ambos con sus cestas llenas.

Deseó el cazador tener los peces, y el dueño de los peces, las carnes. Pronto convinieron en intercambiarse las cestas. Los dos quedaron tan complacidos de su trato que durante mucho tiempo lo siguieron haciendo día a día.

Finalmente un vecino les aconsejó:

—Si siguen así, llegará el momento en por tan frecuente intercambio, arruinarán el placer de ello, y cada uno deseará quedarse solamente con lo que obtuvo.

Varía y alterna tus actividades para disfrutar mejor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA ANCIANA Y EL RECIPIENTE DE VINO

Una anciana encontró un recipiente vacío que había sido llenado con el mejor de los vinos y que aún retenía la fragancia de su antiguo contenido.

Ella insaciablemente lo llevaba su nariz, y acercándolo y alejándolo decía:

—¡Que delicioso aroma¡ ¡Qué maravilloso debió haber sido el vino que dejó en su vasija tan encantador perfume!

La memoria de todo lo bueno es perdurable.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL CIERVO EN EL PESEBRE DE LOS BUEYES

Un ciervo perseguido por la jauría y ciego por el terror del peligro en que se encontraba llegó a una granja y se escondió entre unas pajas en un cobertizo para bueyes. Un buey amablemente le dijo:

—¡Oh, pobre criatura! ¿Por qué de esa forma, has decidido arruinarte, y venir a confiarte a la casa de tu enemigo?

Y replicó el ciervo:

—Permíteme amigo, quedarme donde estoy, y yo esperaré la mejor oportunidad para escapar.

Al final de la tarde llegó el arriero a alimentar el ganado, pero no vio al ciervo. Y aún el administrador de la finca pasó con varios de sus empleados sin notar su presencia. El ciervo congratulándose a sí mismo por su seguridad comenzó a agradecer a los bueyes su gentileza por la ayuda en los momentos de necesidad. Uno de los bueyes de nuevo le advirtió:

—Realmente deseamos tu bienestar, pero el peligro no ha terminado. Todavía falta otro hombre de revisar el establo, que pareciera que tiene cien ojos, y hasta tanto, no puedes estar seguro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al momento ingresó el dueño, y quejándose de que no habían alimentado bien a los bueyes fue al pajar y exclamó:

—¿Por qué falta paja aquí? ¡Ni siquiera hay para que se echen!

—¡Y esos vagos ni siquiera limpiaron las telarañas!

Y mientras seguía examinando todo, vio sobresalir de entre la paja las puntas de una cornamenta. Entonces llamando a sus empleados, ordenó la captura del ciervo y su posterior sacrificio.

Nunca te refugies en los terrenos del enemigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS PALOMAS, EL MILANO Y EL HALCÓN

Unas palomas, aterrorizadas por la presencia de un milano, llamaron al halcón para que las defendiera.

Inmediatamente él aceptó.

Cuando ya ellas lo habían admitido dentro de su palomar, se dieron cuenta que hacía mucho más estragos y matanzas en un día, que lo que haría un milano en un año.

Evita los remedios que son peores que la enfermedad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA VIUDA Y SU OVEJA

Una pobre viuda tenía una única oveja. Al tiempo de la trasquila, y deseando tomar su lana en forma económica, la trasquiló ella misma, pero usaba la herramienta en tan mala forma que junto con la lana le cortaba también la carne. La oveja acongojada y con dolor, le dijo:

—¿Por qué me maltratas así, ama? ¿En qué te puede

beneficiar el agregar mi sangre a la lana? Si quieres mi carne, llama al carnicero quien me matará al instante sin sufrimiento, pero si lo que deseas es mi lana, ahí está el esquilador, quien me esquilará sin herirme.

Antes de ejercer una actividad, prepárate y entrénate adecuadamente para ejecutarla bien.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL PASTOR Y EL MAR

Un pastor que cuidaba su rebaño en las costas, veía al mar muy calmado y suave, y planeaba con hacer un viaje de comercio.

Entonces vendió todo su rebaño y lo invirtió en un cargamento de dátiles, y se echó a la mar. Pero vino una fuerte tempestad, y estando en peligro de hundirse la nave, tiro por la borda toda la mercancía, y escasamente escapó con vida en la barca vacía.

No mucho tiempo después cuando alguien pasaba y observaba la ordenada calma del mar, él le interrumpía y le decía:

—De nuevo está el mar deseando dátiles y por eso luce calmado.

Nunca generalices conclusiones basándote en un solo suceso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASNO, EL GALLO Y EL LEÓN

Estaban un gallo y un asno en un pastizal cuando llegó un hambriento león. Y ya iba el león a tirarse encima del asno, cuando el gallo, cuyo cantar se dice que aterroriza a los leones, gritó fuertemente, haciendo salir corriendo al león tan rápido como pudo.

El asno al ver el impacto que un simple canto del gallo realizaba, se llenó de coraje para atacar al león, y corrió tras de él con ese propósito.

No había recorrido mayor distancia cuando el león se volvió, lo atrapó y lo seccionó en pedazos.

Ten siempre presente que las cualidades de tu prójimo no son necesariamente las tuyas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS RÍOS Y EL MAR

Se juntaron los ríos para quejarse ante el mar diciéndole:

—¿Por qué si nosotros te entregamos agua dulce y potable, haces tal trabajo, que conviertes nuestras aguas en saladas e imposibles de beber?

El mar, percibiendo que querían echarle la culpa del asunto, dijo:

—Por favor, dejen de darme agua y entonces ya no volverán a salarse sus aguas.

Antes de culpar a otros, fíjate primero si no eres el verdadero culpable.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASNO JUGUETÓN

Un asno se subió al techo de una casa y brincando allá arriba, resquebrajó el techado. Corrió el dueño tras de él y lo bajó de inmediato, castigándolo severamente con un leño. Dijo entonces el asno:

—¿Por qué me castigan, si yo vi ayer al mono hacer exactamente lo mismo y todos reían felizmente, como si les estuviera dando un gran espectáculo?

Trabaja siempre para lo que te has preparado, no hagas lo que no es de tu campo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LOS TRES PROTECTORES

Una gran ciudad estaba siendo sitiada, y sus habitantes se reunieron para considerar el mejor medio de protegerse.

Un ladrillero acaloradamente recomendaba a los ladrillos como la mejor adquisición para la más efectiva resistencia.

Un carpintero, con igual entusiasmo, proponía la madera como un método preferible para la defensa.

En eso un curtidor de cueros se levantó y dijo:

—Compañeros, yo difiero de todos ustedes, y advierto que por nada cambiaré de opinión. Les afirmo que están muy equivocados: para resistir, no existe nada mejor que el cubrirse con pieles y para eso nada tan bueno como los cueros.

Los irresponsables, los ignorantes, y los agitadores, nunca aceptan que otros puedan tener la razón, y defienden siempre intransigentemente sólo su punto de vista, aunque no tengan el menor conocimiento del tema, sin importarles las consecuencias del momento o del futuro.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL LOBO Y LOS PASTORES CENANDO

Un lobo que pasaba cerca de un palenque, vio allí a unos pastores que cenaban las carnes de un cordero. Acercándoseles, les dijo:

—¡Qué escándalo habría si fuera yo quien estuviera haciendo lo que ustedes hacen!

Una cosa es lo que el dueño con todo derecho decida sobre su propiedad, y otra lo que haga el ladrón con lo que no le pertenece.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL ASNO QUE CARGABA UNA IMAGEN

Una vez le correspondió a un asno cargar una imagen de un dios por las calles de una ciudad para ser llevada a un templo. Por donde él pasaba, la multitud se postraba ante la imagen.

El asno, pensando que se postraban en respeto hacia él, se erguía orgullosamente, dándose aires y negándose a dar un paso más.

El conductor, viendo su decidida parada, lanzó su látigo sobre sus espaldas y le dijo:

—¡Oh, cabeza hueca, todavía no ha llegado la hora en que los hombres adoren a los asnos!

Nunca tomes como tuyos los méritos ajenos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL VIEJO PERRO CAZADOR

Un viejo perro cazador, que en sus días de juventud y fortaleza jamás se rindió ante ninguna bestia de la foresta, encontró en sus ancianos días a un jabalí en una cacería. Y lo agarró por la oreja, pero no pudo retenerlo por la debilidad de sus dientes, de modo que el jabalí escapó.

Su amo, llegando rápidamente, se mostró muy disgustado, y groseramente reprendió al perro.

El perro lo miró lastimosamente y le dijo:

—Mi amo, mi espíritu está tan bueno como siempre, pero no puedo sobreponerme a mis flaquezas del cuerpo.

Yo prefiero que me alabes por lo que he sido, y no que me maltrates por lo que ahora soy.

Respeta siempre a tus ancianos, que aunque ya no puedan hacer de todo, dieron lo mejor de su vida para tu beneficio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LAS LIEBRES Y LOS LEONES

Las liebres arengaban en la asamblea y argüían que todos deberían ser iguales. Los leones entonces replicaron:

—Sus palabras, señoras liebres, son buenas, pero carecen de garras y colmillos como los que tenemos nosotros.

Acepta que todos tenemos diferentes cualidades para diferentes circunstancias.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Fábulas

Jean De La Fontaine

(1621-1695)

BIBLIOTECA DIGITAL ONILCE

FÁBULA 1

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La Cigarra, después de cantar todo el verano, se halló sin vituallas cuando comenzó a soplar el frio del invierno: ¡ni una ración fiambre de mosca o de gusanillo!

Hambrienta, fue a lloriquear en la vecindad, a casa de la Hormiga, pidiéndole que le prestase algo de grano para mantenerse hasta la cosecha. "Os lo pagaré con las setenas", le decía, "antes de que venga el mes de agosto".

La Hormiga no es prestamista: ese es su menor defecto. "¿Que hacías en el buen tiempo?" —preguntó a la pedigüeña. "No quisiera enojaros, pero la verdad es que te pasabas cantando día y noche. Pues, mira: así como entonces cantabas, baila ahora".

FÁBULA 2

EL CUERVO Y EL ZORRO

Estaba un señor Cuervo posado en un árbol, y tenía en el pico un queso. Atraído por el tufillo, el señor Zorro le habló en estos o parecidos términos: "¡Buenos días, caballero Cuervo! ¡Gallardo y hermoso eres en verdad! Si el canto corresponde a la pluma, os digo que entre los huéspedes de este bosque tu eres el Ave Fénix".

El Cuervo al oír esto, no cabía en la piel de gozo, y para hacer alarde de su magnífica voz, abrió el pico, dejando caer la presa. La tomó el Zorro y le dijo: "Aprended, señor mío, que el adulador vive siempre a costas del que le atiende; la lección es provechosa; bien vale un queso".

El Cuervo, enfadado, juró, aunque algo tarde, que no caería más en la trampa.

FÁBULA 3

LA RANA QUE QUISO HINCHARSE COMO UN BUEY

Vio cierta Rana a un Buey, y le pareció bien su corpulencia. La pobre no era mayor que un huevo de gallina, y quiso, envidiosa, hincharse hasta igualar en tamaño al fornido animal.

"Mirad, hermanas, decía a sus compañeras; ¿es bastante? ¿No soy aún tan grande como él? –No. –¿Y ahora? –Tampoco. –¡Ya lo logré! –¡Aún estás muy lejos!"

Y el infeliz animal se hinchó tanto, que reventó.

Lleno está el mundo de gentes que no son más avisadas. Cualquier ciudadano de la medianía se da ínfulas de gran señor. No hay principillo que no tenga embajadores. Ni encontraréis marqués alguno que no lleve en pos tropa de pajes.

FÁBULA 4

LOS DOS MULOS

Andaban dos Mulos, anda que andarás. Iba el uno cargado de avena; llevaba el otro la caja de recaudo. Envanecido éste de tan preciosa carga, por nada del mundo quería que le aliviasen de ella. Caminaba con paso firme, haciendo sonar los cascabeles.

En esto, se presenta el enemigo, y como lo que buscaba era el dinero, un pelotón se echó sobre el Mulo, lo tomo del freno y lo detuvo. El animal, al defenderse, fue acribillado, y el pobre gemía y suspiraba. "¿Esto es, exclamó, lo que me prometieron? El Mulo que me sigue escapa al peligro; ¡yo caigo en él, y en él perezco! –Amigo, dijo el otro; no siempre es una ganga tener un buen empleo: si hubieras servido, como yo, a un molinero patán, no te verías tan apurado."

FÁBULA 5

EL LOBO Y EL PERRO

Era un Lobo, y estaba tan flaco, que no tenía más que piel y huesos: tan vigilantes andaban los perros del ganado. Encontró a un Mastín, rollizo y lustroso, que se había extraviado. Acometerlo y destrozarlo, es cosa que hubiese hecho de buen grado el señor Lobo; pero había que emprender singular batalla, y el enemigo tenía trazas de defenderse bien.

El Lobo se le acerca con la mayor cortesía, entabla conversación con él, y le felicita por sus buenas carnes.

"No estáis tan lucido como yo, porque no queréis, contesta el Perro: dejad el bosque; los vuestros, que en él se guarecen, son unos desdichados, muertos siempre de hambre. ¡Ni un bocado seguro! ¡Todo a la ventura! ¡Siempre al atisbo de lo que caiga! Seguidme, y tendréis mejor vida". Preguntó el Lobo: "¿Y qué tendré que hacer? –Casi nada, repuso el Perro: acometer a los pordioseros y a los que llevan bastón o garrote; acariciar a los de casa, y complacer al amo. Con tan poco como es esto, tendréis por gajes buena pitanza, las sobras de todas las comidas, huesos de pollos y pichones; y algunas caricias, por añadidura."

El Lobo, que tal oye, se forja un porvenir de gloria, que le hace llorar de gozo.

Camino haciendo, advirtió que el perro tenía en el cuello una peladura. "¿Qué es eso? preguntó. –Nada. –¡Cómo nada! –Poca cosa. -Algo será. –Será la señal del collar a que estoy atado.- ¡Atado! exclamó el Lobo: pues ¿que? ¿No vais y venís a donde queréis? –No siempre, pero eso, ¿qué importa? –Importa tanto, que renuncio a vuestra pitanza, y renunciaría a ese precio el mayor tesoro."

Dijo, y echó a correr. Aún está corriendo.

FÁBULA 6

LA TERNERA, LA CABRA Y LA OVEJA,

EN COMPAÑÍA DEL LEÓN

La Ternera, la Cabra y la Oveja, hicieron compañía, en tiempos de antaño, con un fiero León, señor de aquella comarca, poniendo en común pérdidas y ganancias.

Cayó un ciervo en los lazos de la Cabra, y al punto envió la res a sus socios. Se presentaron todos y el León le sacó las cuentas. "Somos cuatro para el reparto," dijo, despedazando a cuartos el ciervo, y hechas partes, tomó la primera, como rey y señor. "No hay duda, dijo, en que debe ser para mí, porque me llamo León. La segunda me corresponde también de derecho: ya sabéis cual derecho, el del más fuerte. Por ser más valeroso, exijo la tercera. Y si alguno de vosotros toca la cuarta, en mis garras morirá".

FÁBULA 7

LAS ALFORJAS

Dijo un día Júpiter: "Comparezcan a los pies de mi trono los seres todos que pueblan el mundo. Si en su naturaleza encuentran alguna falta, díganlo sin empacho: yo pondré remedio. Venid, señor Mono, hablad primero; razón tenéis para este privilegio. Ved los demás animales; comparad sus perfecciones con las vuestras: ¿estáis contento? -¿Por qué no? ¿No tengo cuatro pies, lo mismo que lo demás? No puedo quejarme de mi estampa; no soy como el Oso, que parece medio esbozado nada más." Llegaba, en esto, el Oso, y creyeron todos que iban a oír largas lamentaciones. Nada de eso; se alabó mucho de su buena figura; y se extendió en comentarios sobre el Elefante, diciendo que no sería malo alargarle la cola y recortarle las orejas; y que tenía un corpachón informe y feo.

El Elefante, a su vez, a pesar de la fama que goza de sesudo, dijo cosas parecidas: opinó que la señora Ballena era demasiado corpulenta. La Hormiga, por lo contrario, tachó al pulgón de diminuto.

Júpiter, al ver cómo se criticaban unos a otros, los despidió a todos, satisfecho de ellos. Pero entre los más desjuiciados, se dio a conocer nuestra humana especie. Linces para atisbar los flacos de nuestros semejantes; topos para los nuestros, nos lo dispensamos todo, y a los demás nada. El Hacedor Supremo nos dio a todos los hombres, tanto los de antaño como los de ogaño, un par de alforjas: la de atrás para los defectos propios; la de adelante para los ajenos.

FÁBULA 8

LA GOLONDRINA Y LOS PAJARITOS

Una Golondrina había aprendido mucho en sus viajes. Nada hay que enseñe tanto. Preveía nuestro animalejo hasta las menores borrascas, y antes de que estallasen, las anunciaba a los marineros.

Sucedió que, al llegar la sementera del cáñamo, vio a un labriego que echaba el grano en los surcos. "No me gusta eso, dijo a los otros Pajaritos. Lástima me dan. En cuanto a mí, no me asusta el peligro, porque sabré alejarme y vivir en cualquier parte. ¿Veis esa mano que echa la semilla al aire? Día vendrá, y no está lejos, en que ha de ser vuestra perdición lo que va esparciendo. De ahí saldrán lazos y redes para atraparos, utensilios y máquinas, que serán para vosotros prisión o muerte. ¡Guárdelos Dios de la jaula y de la sartén! Conviene, pues, prosiguió la Golondrina, que comáis esa semilla. Creedme."

Los Pajaritos se burlaron de ella: ¡había tanto que comer en todas partes! Cuando verdearon los sembrados del cáñamo, la golondrina les dijo: "Arrancad todas las yerbecillas que han

nacido de esa malhadada semilla, o están perdidos. –¡Fatal agorera! ¡Embaucadora! le contestaron: ¡no nos das mala faena! ¡Poca gente se necesitaría para arrancar toda esa sementera!"

Cuando el cáñamo estuvo bien crecido: "¡Esto va mal! exclamó la Golondrina: la mala semilla ha sazonado pronto. Pero, ya que no me han atendido antes, cuando vean que está hecha la trilla, y que los labradores, libres ya del cuidado de las mieses, hacen guerra a los pájaros, tendiendo redes por todas partes, no vuelen de aquí para allá; permanezcan quietos en el nido, o emigrad a otros países: imitad al pato, la grulla y la becada. Pero la verdad es que no están en estado de cruzar, como nosotras, los mare y los desiertos: lo mejor será que se escondan en los agujeros de alguna tapia." Los Pajaritos, cansados de oírla, comenzaron a charlar, como hacían los troyanos cuando abría la boca la infeliz Casandra. Y les pasó lo mismo que a los troyanos: muchos quedaron en cautiverio.

Así nos sucede a todos: no atendemos más que a nuestros gustos; y no damos crédito al mal hasta que lo tenemos encima.

FÁBULA 9

EL RATÓN DE CIUDAD Y EL DE CAMPO

Cierto día un Ratón de la ciudad convidó a comer muy cortésmente a un Ratón del campo. Servido estaba el banquete sobre un rico tapiz: figúrese el lector si lo pasarían bien los dos amigachos.

La comida fue excelente: nada faltaba. Pero tuvo mal fin la fiesta. Oyeron ruido los comensales a la puerta: el Ratón ciudadano echó a correr; el Ratón campesino siguió tras él.

Cesó el ruido: volvieron los dos Ratones: "Acabemos, dijo el de la ciudad. -¡Basta ya! replicó el del campo. ¡Buen provecho te hagan tus regios festines! no los envidio. Mi pobre pitanza la engullo sosegado; sin que nadie me inquiete. ¡Adiós, pues! Placeres con zozobra poco valen."

FÁBULA 10

EL LOBO Y EL CORDERO

La razón del más fuerte siempre es la mejor: ahora lo verán.

Un Corderillo sediento bebía en un arroyuelo. Llegó en esto un Lobo en ayunas, buscando pendencias y atraído por el hambre. "¿Cómo te atreves a enturbiarme el agua? dijo malhumorado al corderillo. Castigaré tu temeridad. –No se irrite Su Majestad, contestó el Cordero; considere que estoy bebiendo en esta corriente veinte pasos más abajo, y mal puedo enturbiarle el agua. –Me la enturbias, gritó el feroz animal; y me consta que el año pasado hablaste mal de mí. --¿Cómo había de hablar mal, si no había nacido? No estoy destetado todavía. –Si no eras tú, sería tu hermano. –No tengo hermanos, señor. –Pues sería alguno de los tuyos, porque me tenéis mala voluntad todos ustedes, sus pastores y sus perros. Lo sé de buena tinta, y tengo que vengarme." Dicho esto, el Lobo me lo apresa, me lo lleva al fondo de sus bosques y me lo come, sin más auto ni proceso.

FÁBULA 11

EL HOMBRE Y SU IMAGEN

(AL SR. DUQUE DE LA ROCHEFOCAULD)

Un Hombre enamorado de sí mismo, y sin rival en estos amores, se tenía por el más gallardo y hermoso del mundo. Acusaba de falsedad a todos los espejos, y vivía contentísimo con su falaz ilusión. La Suerte, para desengañarle, presentaba a sus ojos en todas partes esos mudos consejeros de que se valen las damas: espejos en las habitaciones, espejos en las tiendas, espejos en las bolsas y hasta en el cinturón de las señoras. ¿Qué hace nuestro Narciso? Se esconde en los lugares más ocultos, no atreviéndose a sufrir la prueba de ver su imagen en el cristal. Pero un canalizo que llena el agua de una fuente, corre a sus pies en aquel retirado paraje: se ve en él, se exalta y cree divisar una quimérica imagen. Hace cuanto puede para evitar su vista; pero era tan bello aquel arroyo, que le daba pena dejarlo.

Comprenderéis a dónde voy a parar: a todos me dirijo: esa ilusión de que hablo, es un error que alimentamos complacidos. Nuestra alma es el enamorado de sí mismo: los espejos, que en todas partes encuentra, son las ajenas necedades que retratan las propias; y en cuanto al canal, cualquiera lo adivinará: es el *Libro de las Máximas*. [1]

[1] El *Libro de las Máximas*, obra famosa y clásica del duque de la Rochefoucauld, amigo y protector de La Fontaine.

FÁBULA 12

EL DRAGÓN DE MUCHAS CABEZAS

Y EL DE MUCHAS COLAS

Un mensajero del Gran Turco se vanagloriaba, en el palacio del Emperador de Alemania, de que las fuerzas de su soberano eran mayores que las de este imperio. Un alemán le dijo: "Nuestro Príncipe tiene vasallos tan poderosos que por sí pueden mantener un ejército." El mensajero, que era varón sesudo, le contestó: "Conozco las fuerzas que puede armar cada uno de los Electores, y esto me recuerda una aventura, algo extraña, pero muy verídica. Estaba en lugar seguro, cuando vi pasar a través de un seto las cien cabezas de una hidra. La sangre se me helaba, y no era para menos. Pero todo quedó en susto: el monstruo no pudo sacar el cuerpo adelante. En esto, otro dragón, que no tenía más que una cabeza, pero muchas colas, asoma por el seto. ¡No fue menor mi sorpresa, ni tampoco mi espanto! Pasó la cabeza, pasó el cuerpo, pasaron las colas sin tropiezo: esta es la diferencia que hay entre vuestro Emperador y el nuestro".

FÁBULA 13

LOS LADRONES Y EL JUMENTO

Por un Jumento robado de peleaban dos Ladrones. Mientras llovían puñetazos, llega un tercer Ladrón y se lleva el Borriquillo.

El Jumento suele ser alguna mísera provincia; los Ladrones, éste o el otro Príncipe, como el de Transilvania, el de Hungría o el otomano. En lugar de dos, se me han ocurrido tres: bastantes son ya. Para ninguno de ellos es la provincia conquistada: viene un cuarto, que los deja a todos iguales, llevándose el Borriquillo.

FÁBULA 14

SIMÓNIDES PRESERVADO POR LOS DIOSES

Nunca alabaremos bastante a los Dioses, a nuestra amante y a nuestro rey. Malherbe lo decía, y suscribo a su opinión: me parece una excelente máxima. Las alabanzas halagan los oídos y ganan las voluntades: muchas veces conquistas a este precio los favores de una hermosa. Veamos cómo las pagan los Dioses.

El poeta Simónides se propuso hacer el panegírico de un atleta, y tropezó con mil dificultades. El asunto era árido: la familia del atleta, desconocida; su padre, un hombre vulgar; él, desprovisto de otros méritos. Comenzó el poeta hablando de su héroe, y después de decir cuanto pudo, se salió por la tangente, ocupándose de Cástor y de Pólux; dijo que su ejemplo era glorioso para los luchadores; ensalzó sus combates, enumerando los lugares en que más se distinguieron ambos hermano; en resumen: el elogio de aquellos Dioses llenaba dos tercios de la obra.

Había prometido el atleta pagar un talento por ella; pero cuando la hubo leído, no dio más que la tercera parte, diciendo, sin pelos en la lengua, que abonasen el resto Cástor y Pólux. "Reclamad a la celestial pareja, añadió. Pero, quiero obsequiaros, por mi parte: venid a cenar conmigo. Lo pasaremos bien: Los convidados son gente escogida; mis parientes y mis mejores amigos: sed de los nuestros." Simónides aceptó: temió perder, a más de lo estipulado, los

gajes del panegírico. Fue a la cena: comieron bien; todos estaban de buen humor. De pronto se presenta un sirviente, avisándole que a la puerta había dos hombres preguntando por él. Se levanta de la mesa, y los demás continúan sin perder bocado. Los dos hombres que le buscan, son los celestes gemelos del panegírico. Le dan las gracias, y en recompensa de sus versos, le advierten que salga cuanto antes de la casa, porque va a hundirse.

La predicción se cumplió. Flaqueó un pilar; el techo, falto de apoyo, cayó sobre la mesa del festín, quebrando platos y botellas. No fue esto lo peor: para completar la venganza, una viga rompió al atleta las dos piernas y lastimó a casi todos los comensales. Publicó la fama estas nuevas. "¡Milagro!" gritaron todos; y doblaron el precio a los versos de aquél varón tan amado de los Dioses. No hubo persona bien nacida que no le encargase el panegírico de sus antecesores, pagándolo a quién mejor.

Vuelvo a mi texto, y digo, en primer lugar, que nunca serán bastante alabados los Dioses y sus semejantes. En segundo lugar, que Melpómene muchas veces, sin desdoro, vive de su trabajo; y por último, que nuestro arte debe ser tenido en algo. Hónranse los grandes cuando nos favorecen: en otro tiempo, el Olimpo y el Parnaso eran hermanos y buenos amigos.

FÁBULA 15

LA MUERTE Y EL DESDICHADO

Un Desdichado llamaba todos los días en su ayuda a la Muerte. "¡Oh Muerte! exclamaba: ¡cuán agradable me pareces! Ven pronto y pon fin a mis infortunios." La Muerte creyó que le haría un verdadero favor, y acudió al momento. Llamó a la puerta, entró y se le presentó. "¿Qué veo? exclamó el Desdichado; llevaos ese espectro; ¡cuán espantoso es! Su presencia me aterra y horroriza. ¡No te acerques, oh Muerte! ¡Retírate pronto!"

Mecenas fue hombre de gusto; dijo en cierto pasaje de sus obras: "Quede cojo, manco, impotente, gotoso, paralítico; con tal de que viva, estoy satisfecho. ¡Oh Muerte! ¡No vengas nunca!" Todos decimos lo mismo.

FÁBULA 16

LA MUERTE Y EL LEÑADOR

Un pobre Leñador, agobiado bajo el peso del trabajo y de los años, cubierto de ramaje, encorvado y quejumbroso, camina a paso lento, en demanda de su ahumada choza. Pero, no pudiendo ya más, deja en tierra la carga, cansado y dolorido, y se pone a pensar en su mala suerte. ¿Qué goces ha tenido desde que vino al mundo? ¿Hay alguien más pobre y mísero que él en la redondez de la tierra? El pan le falta muchas veces, y el reposo siempre: la mujer, los hijos, los soldados, los impuestos, los acreedores, la carga vecinal, forman la exacta pintura del rigor de sus desdichas. Llama a la Muerte; viene sin tardar y le pregunta qué se le ofrece. "Que me ayudes a poder volver a cargar mi trabajo y mis años, al fin y al cabo no puedes tardar mucho."

La Muerte todo lo cura; pero bien estamos aquí: antes padecer que morir, es la divisa del hombre.

FÁBULA 17

UN HOMBRE DE CIERTA EDAD

Y SUS DOS AMANTES

Un hombre de edad madura, más pronto viejo que joven, pensó que era tiempo de casarse. Tenía el riñón bien cubierto, y por tanto, donde elegir; todas se desvivían por agradarle. Pero nuestro galán no se apresuraba. Piénsalo bien, y acertarás.

Dos viuditas fueron las preferidas. La una, verde todavía; la otra, más sazonada, pero que reparaba con auxilio del arte lo que había destruido la naturaleza. Las dos viuditas, jugando y riendo, le peinaban y arreglaban la cabeza. La más vieja le quitaba los pocos pelos negros que le quedaban, para que el galán se le pareciese más. La más joven a su vez, le arrancaba las canas; y con esta doble faena, nuestro buen hombre quedó bien pronto sin cabellos blancos ni negros.

"Os doy gracias, les dijo, oh señoras mías, que tan bien me habéis trasquilado. Más es lo ganado que lo perdido, porque ya no hay que hablar de bodas. Cualquiera de vosotras que escogiese, querría hacerme vivir a su gusto y no al mío. Cabeza calva no es buena para esas mudanzas: muchas gracias, pues, por la lección."

FÁBULA 18

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

El señor Zorro la echó un día de grande, y convidó a comer a su comadre la Cigüeña. Todos los manjares se reducían a un sopicaldo; era muy sobrio el anfitrión. El sopicaldo fue servido en un plato muy llano. La Cigüeña no pudo comer nada con su largo pico, y el señor Zorro sorbió y lamió perfectamente toda la escudilla.

Para vengarse de aquella burla, la Cigüeña le convidó poco después. "¡De buena gana! le contestó; con los amigos no gasto ceremonias." A la hora señalada, fue a casa de la Cigüeña; hizo mil reverencias, y encontró la comida a punto. Tenía muy buen apetito y trascendía a gloria la vianda, que era un sabroso salpicón de exquisito aroma. Pero ¿Cómo lo sirvieron? Dentro de una redoma, de cuello largo y angosta embocadura. El pico de la Cigüeña pasaba muy bien por ella, pero no el hocico del señor Raposo. Tuvo que volver en ayunas a su casa, orejas gachas, apretando la cola y avergonzado, como sí, con toda su astucia, le hubiese engañado una gallina.

FÁBULA 19

EL NIÑO Y EL MAESTRO DE LA ESCUELA

En esta fabulita quiero haceros ver cuán intempestivas son a veces las reconvenciones de los necios.

Un Muchacho cayó al agua, jugando a la orilla del Sena. Quiso Dios que creciese allí un sauce, cuyas ramas fueron su salvación. Asido estaba a ellas, cuando pasó un Maestro de escuela. Gritó el Niño: "¡Socorro, que muero!" Aquel, oyendo los gritos, se volvió hacia el niño y, muy grave y tieso, de esta manera le adoctrinó: "¿Habráse visto pillete como él? Contemplad en qué apuro le ha puesto su atolondramiento. ¡Encargaos después de calaverillas como éste! ¡Cuán desgraciados son los padres que tienen que cuidar de tan malas crías! ¡Bien dignos son de lástima!" y terminada la filípica, sacó al Muchacho a la orilla.

Alcanza esta crítica a muchos que no se lo figuran. No hay charlatán, censor, ni pedante, a quien no siente bien el discursillo aquí expuesto y de pedantes, censores y charlatanes, es larga la familia. Dios hizo muy fecunda esta raza. Venga o no venga al caso, no piensan en otra cosa que en lucir su oratoria.

–Amigo mío, sácame del apuro y guarda para después la reprimenda.

FÁBULA 20

EL GALLO Y LA PERLA

Un día cierto Gallo, escarbando el suelo, encontró una perla, y se la dio al primer lapidario que halló a mano. "Fina me parece, le dijo, al dársela; pero para mí vale más cualquier grano de mijo o avena."

Un ignorantón heredó un manuscrito, y lo llevó en el acto a la librería vecina. "Paréceme cosa de mérito, le dijo al librero; pero, para mí, vale más cualquier florín o ducado."

FÁBULA 21

LOS ZÁNGANOS Y LAS ABEJAS

Por la obra se conoce al obrero.

Sucedió que algunos panales de miel no tenían dueño. Los Zánganos los reclamaban, las Abejas se oponían; El pleito llegó al tribunal de cierta Avispa: ardua era la cuestión; testigos deponían haber visto volando al rededor de aquellos panales unos bichos alados, de color oscuro, parecidos a las Abejas; pero los Zánganos tenían las mismas señas. La señora Avispa, no sabiendo qué decidir, abrió de nuevo el sumario, y para mayor ilustración, llamó a declarar a todo un hormiguero; pero ni por esas pudo aclarar la duda.

"¿Me queréis decir a qué viene todo esto? preguntó una Abeja muy avisada. Seis meses hace que está pendiente el litigio, y nos encontramos lo mismo que el primer día. Mientras tanto, la miel se está perdiendo. Ya es hora de que el juez se apresure; bastante le ha durado la ganga. Sin tantos autos ni providencias, trabajemos los Zánganos y nosotras, y veremos quién sabe hacer panales tan bien concluidos y tan repletos de rica miel." No admitieron los Zánganos, demostrando que aquel arte era superior a su destreza, y la Avispa adjudicó la miel a sus verdaderos dueños.

Así debieran decidirse todos los procesos. La justicia de moro es la mejor. En lugar de código, el sentido común. No subirían tanto las costas. No sucedería como pasa muchas veces, que el juez abre la ostra, se la come, y les da las conchas a los litigantes.

FÁBULA 22

LA ENCINA Y LA CAÑA

Dijo la Encina a la Caña: "Razón tienes para quejarte de la naturaleza: un pajarillo es para ti grave peso; la brisa más ligera, que riza la superficie del agua, te hace bajar la cabeza. Mi frente, parecida a la cumbre del Cáucaso, no sólo detiene los rayos del sol; desafía también la tempestad. Para ti, todo es aquilón; para mí, céfiro. Si nacieses, a lo menos, al abrigo de mi follaje, no padecerías tanto: yo te defendería de la borrasca. Pero casi siempre brotas en las húmedas orillas del reino de los vientos. ¡Injusta ha sido contigo la naturaleza!

–Tu compasión, respondió la Caña, prueba tu buen natural; pero no te apures. Los vientos no son tan temibles para mí como para ti. Me inclino y me doblo, pero no me quiebro. Hasta el presente has podido resistir las mayores ráfagas sin inclinar el espinazo; pero hasta el fin nadie es dichoso."

Apenas dijo estas palabras, de los confines del horizonte acude furibundo el más terrible huracán que engendró el septentrión. El árbol resiste, la caña se inclina; el viento redobla sus esfuerzos, y tanto porfía, que al fin arranca de cuajo a la Encina que elevaba la frente al cielo y hundía sus pies en los dominios del Tártaro.

FIN

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

El gato con botas

BIBLIOTECA DIGITAL del ILCE

EL GATO CON BOTAS

Charles Perrault

Un molinero dejó como única herencia a sus tres hijos: su molino, su burro y su gato. El reparto fue bien simple, ya que no se necesitó llamar ni al abogado ni al notario, pues habrían consumido, por el cobro, todo el pobre patrimonio.

El mayor recibió el molino, el segundo se quedó con el burro y al menor le tocó solo el gato. Este se lamentaba de su mísera herencia:

—Mis hermanos, decía, podrán ganarse la vida convenientemente trabajando juntos; lo que es yo, después de comerme a mi gato y de hacerme un manguito con su piel, me moriré de hambre.

El gato, que escuchaba estas palabras, pero se hacía el desentendido, le dijo en tono serio y pausado

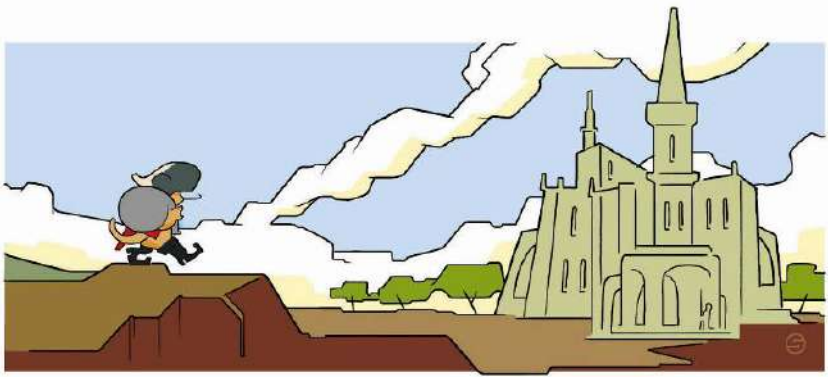
—No debes afligirte, mi señor, solo tienes que proporcionarme una bolsa y un par de botas para andar por entre los matorrales, y verás que tu herencia no es tan pobre como piensas.

Aunque el amo del gato no abrigaba sobre esto grandes ilusiones, aunque le había visto dar tantas muestras de: agilidad para cazar ratas y ratones, colgarse de los pies, esconderse en la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de verse socorrido por él en su miseria.

Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se calzó las botas y echándose la bosa tras el cuello, sujetó los cordones de esta con las dos patas delanteras, y se dirigió a un campo donde había muchos conejos.

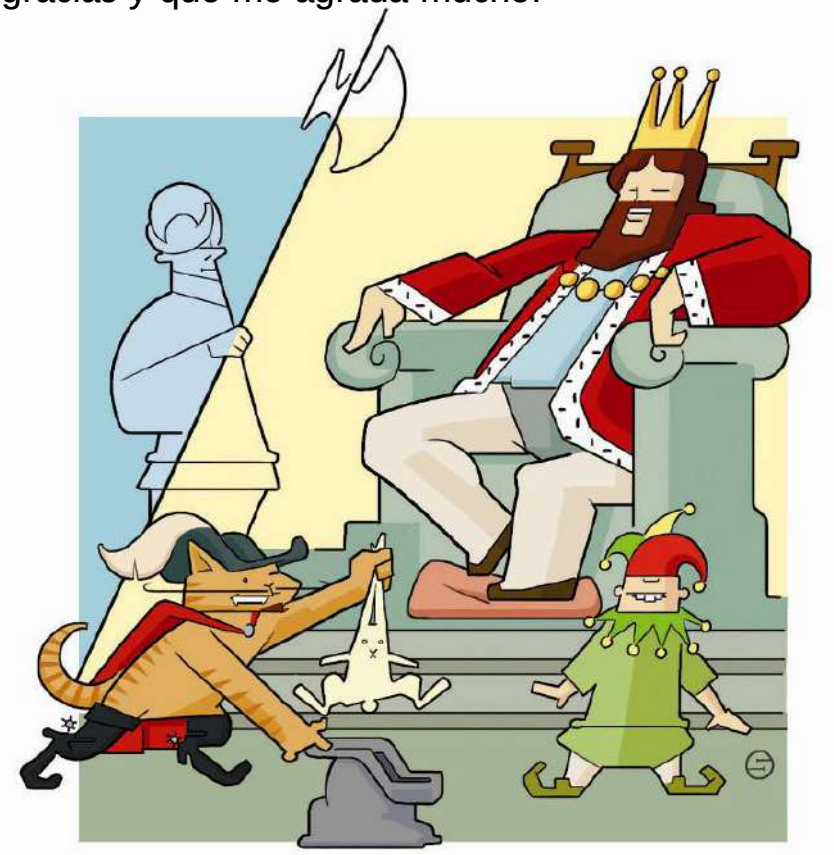
Se puso a recoger hierbas, las metió en su saco y se tendió en el suelo, como si estuviera muerto, aguardó a que algún conejillo, poco conocedor aún de las astucias de este mundo, viniera a meter su hocico en la bolsa para comer lo que había dentro. Apenas se había recostado, cuando vio un atolondrado conejillo que se metía en el saco y el maestro gato, tirando los cordones, lo encerró y lo mató sin misericordia.

Muy ufano con su presa, fue al palacio del rey y pidió hablar con él. Lo hicieron subir a los aposentos de su Majestad donde, al entrar, hizo una gran reverencia ante el rey, y le dijo:



—He aquí, Majestad, un conejo de campo que el señor Marqués de Carabás —era el nombre que inventó para su amo— me ha encargado obsequiarle de su parte.

—Dile a tu amo, respondió el rey, que le doy las gracias y que me agrada mucho.



En otra ocasión, se ocultó en un trigal, dejando siempre su saco abierto; y cuando en él entraron dos perdices, tiró los cordones y las cazó. Fue en seguida a ofrendarlas al rey, tal como había hecho con el conejo de campo. El rey recibió con agrado las dos perdices, y ordenó que le diesen de beber.

El gato continuó durante dos o tres meses, llevando al rey obsequios de parte de su amo.

Un día supo que el rey iría a pasear a orillas del río con su hija, la más hermosa princesa del mundo, y le dijo a su amo:

—Sí sigues mi consejo, tu fortuna estará asegurada: tienes que bañarte en el río, en el sitio que te mostraré, y en seguida yo haré lo demás.

El Marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejó, sin saber de qué serviría.

Mientras se estaba bañando, el rey pasó por ahí, y el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro, socorro!

¡El señor Marqués de Carabás se está ahogando!

Al oír el grito, el rey asomó la cabeza por la portezuela y reconociendo al gato, que tantas veces le había llevado obsequios, ordenó a sus guardias que acudieran rápidamente a socorrer al Marqués de Carabás.

Mientras sacaban del río al pobre marqués, el gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que cuando su amo se estaba bañando, unos ladrones se llevaron sus ropas, a pesar de que él al verlos gritó con todas sus fuerzas: “¡Auxilio!, ¡ladrones!, ¡auxilio!”. El pícaro del gato las había escondido debajo de una enorme piedra.

El rey ordenó de inmediato a los encargados de su guardarropa que fuesen en busca de sus más bellas vestiduras para el señor Marqués de Carabás.

El rey le hizo mil atenciones, y como el hermoso traje que le acababan de dar realzaba su figura, ya que era apuesto y bien formado, la hija del rey lo encontró de su agrado; bastó que el Marqués de Carabás le dirigiera dos o tres miradas sumamente respetuosas y algo tiernas, y ella quedó locamente enamorada.

El rey quiso que subiera a su carroza y lo acompañara en el paseo. El gato, encantado al ver que su proyecto empezaba a resultar, se adelantó, y habiendo encontrado a unos campesinos que segaban un prado, les dijo:

—Buenos segadores, si no dicen al rey que el prado que están segando es del Marqués de Carabás, los haré picadillo como carne de budín.

Cuando el rey preguntó a los segadores de quién era ese prado que estaban segando.

—Es del señor Marqués de Carabás.

Dijeron a una sola voz, puesto que la amenaza del gato los había asustado.

—Tienes aquí una hermosa herencia, dijo el rey al Marqués de Carabás.

—Verá, Majestad, es una tierra que no deja de producir con abundancia cada año.

El maestro gato, que iba siempre delante, encontró a unos campesinos que cosechaban y les dijo:

—Buena gente que están cosechando, si no dicen que todos estos campos pertenecen al Marqués de Carabás, os haré picadillo como carne de budín.

El rey, que pasó momentos después, quiso saber a quién pertenecían los campos que veía.

—Son del señor Marqués de Carabás, contestaron los campesinos, y el rey nuevamente se alegró con el marqués.

El gato, que iba delante de la carroza, decía siempre lo mismo a todos cuantos encontraba; y el rey estaba muy asombrado con las riquezas del señor Marqués de Carabás.

El maestro gato llegó finalmente ante un hermoso castillo cuyo dueño era un ogro, el más rico que jamás se hubiera visto, pues todas las tierras por donde habían pasado eran dependientes de este castillo.

El gato, que tuvo la precaución de informarse acerca de quién era éste ogro y de lo que sabía hacer, pidió hablar con él, diciendo que no había querido pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de hacerle la reverencia. El ogro lo recibió en la forma más cortés que puede hacerlo un ogro y lo invitó a descansar.

—Me han asegurado, dijo el gato, que tienes el don de convertirte en cualquier clase de animal, que puedes, por ejemplo, transformarte en león, en elefante.

—Es cierto, respondió el ogro con brusquedad, y para demostrártelo, verás cómo me convierto en león.

El gato se asustó tanto al ver a un león delante de él que en un santiamén se trepó a las canaletas, no sin pena ni riesgo a causa de las botas que nada servían para andar por las tejas.

Algún rato después, viendo que el ogro había recuperado su forma primitiva, el gato bajó y confesó que había tenido mucho miedo.

—Además me han asegurado, dijo el gato, pero no puedo creerlo, que también tienes el poder de adquirir la forma del más pequeño animalillo; por ejemplo, que puedes convertirte en un ratón, en una rata; te confieso que eso me parece imposible.

—¿Imposible? —Repuso el ogro—, ya verás.

Y al mismo tiempo en que dijo eso, se transformó en una rata que se puso a correr por el piso.

Apenas la vio, el gato se echó encima de ella y se la comió.

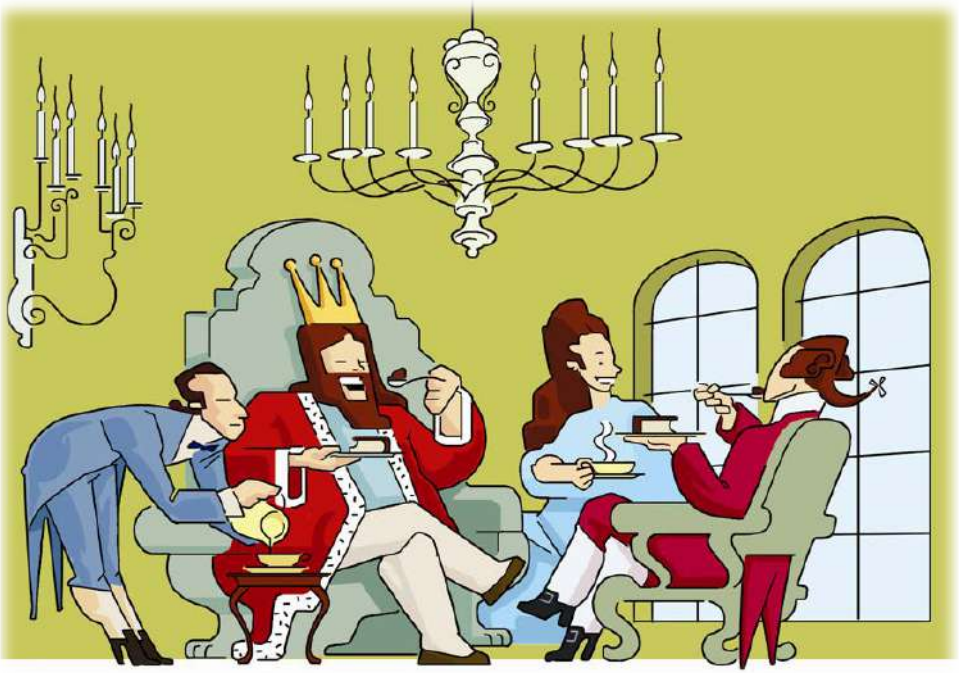
Entretanto, el rey que al pasar vio el hermoso castillo del ogro, quiso entrar. El gato, al oír el ruido del carruaje que atravesaba el puente levadizo, corrió y le dijo al rey:

—Vuestra Majestad sea bienvenida al castillo del señor Marqués de Carabás.

—¡Cómo, señor marqués, exclamó el rey, este castillo también os pertenece!

Nada hay más bello que este patio y todos estos edificios que lo rodean; veamos el interior, por favor.

El marqués ofreció la mano a la joven princesa y, siguiendo al rey que iba primero, entraron a una gran sala donde encontraron una magnífica colación que el ogro había mandado preparar para sus amigos que vendrían a verlo ese mismo día, los cuales no se habían atrevido a entrar, sabiendo que el rey estaba allí.



El rey, encantado con las buenas cualidades del señor Marqués de Carabás, al igual que su hija, que ya estaba loca de amor, viendo los valiosos bienes que poseía, le dijo, después de haber bebido cinco o seis copas:

—Sólo dependerá de ti, señor marqués, que seas mi yerno.

El marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacia el rey; y ese mismo día se casó con la princesa.

El gato se convirtió en gran señor, y ya no corrió tras las ratas sino para divertirse.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión “Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**”.

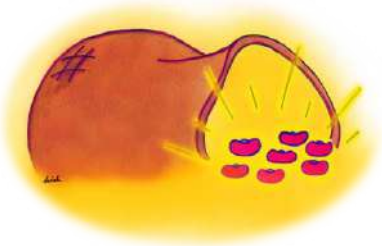
Las habichuelas mágicas
por: Hans Christian Andersen

LAS HABICHUELAS MÁGICAS

Periquín vivía con su madre, que era viuda, en una cabaña en el bosque.

Como con el tiempo fue empeorando la situación familiar, entonces la madre determinó mandar a Periquín a la ciudad, para que allí intentase vender la única vaca que poseían.

El niño se puso en camino, llevando atado con una cuerda al animal, y se encontró con un hombre que llevaba un saquito de habichuelas.



—Son maravillosas —explicó aquel hombre—. Si te gustan, te las daré a cambio de la vaca.

Así lo hizo Periquín, y volvió muy contento a su casa. Pero la viuda, disgustada al ver la necedad del muchacho, cogió las habichuelas y las arrojó a la calle. Después se puso a llorar.

Cuando se levantó Periquín al día siguiente, fue grande su sorpresa al ver que las habichuelas habían crecido tanto durante la noche, que las ramas se perdían de vista.

Se puso Periquín a trepar por la planta, y sube que sube, llegó a un país desconocido.

Entró en un castillo y vio a un malvado gigante que tenía una gallina que ponía un huevo de oro cada vez que él se lo mandaba.

Esperó el niño a que el gigante se durmiera, y tomando la gallina, escapó con ella.

Llegó a las ramas de las habichuelas, y descolgándose, tocó el suelo y entró en la cabaña.

La madre se puso muy contenta. Y así fueron vendiendo los huevos de oro, y con su producto vivieron tranquilos mucho tiempo, hasta que la gallina se murió y Periquín tuvo que trepar por la planta otra vez, dirigiéndose al castillo del gigante.

Se escondió tras una cortina y pudo observar como el dueño del castillo iba contando monedas de oro que sacaba de un bolsón de cuero.

En cuanto se durmió el gigante, salió Periquín y, recogiendo el talego de oro, echó a correr hacia la planta gigantesca y bajó a su casa. Así la viuda y su hijo tuvieron dinero para ir viviendo mucho tiempo.

Sin embargo, llegó un día en que el bolsón de cuero del dinero quedó completamente vacío.

Se cogió Periquín por tercera vez a las ramas de la planta, y fue escalándolas hasta llegar a la cima.

Entonces vio al ogro guardar en un cajón una cajita que, cada vez que se levantaba la tapa, dejaba caer una moneda de oro.

Cuando el gigante salió de la estancia, cogió el niño la cajita prodigiosa y se la guardó.

Desde su escondite vio Periquín que el gigante se tumbaba en un sofá, y un arpa, ¡oh maravilla!, tocaba sola, sin que mano alguna pulsara sus cuerdas, una delicada música. El gigante, mientras escuchaba aquella melodía, fue cayendo en el sueño poco a poco.

Apenas le vio así, Periquín cogió el arpa y echó a correr. Pero el arpa estaba encantada y al ser tomada por Periquín, empezó a gritar:

—¡Eh, señor amo, despierte usted, que me roban! Despertóse sobresaltado el gigante y empezaron a llegar de nuevo desde la calle los gritos acusadores:

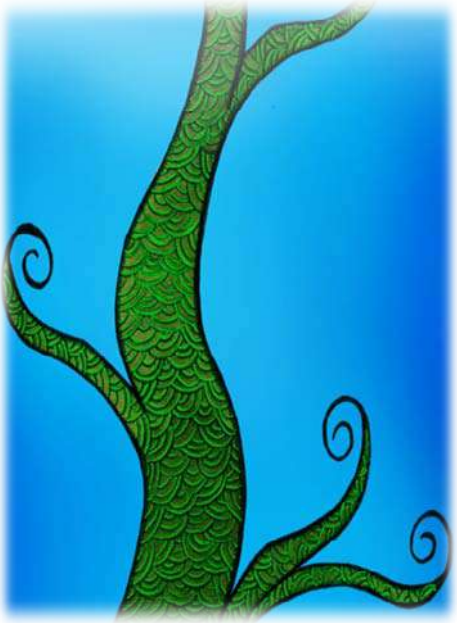
—¡Señor amo, que me roban!

Viendo lo que ocurría, el gigante salió en persecusión de Periquín.

Resonaban a espaldas del niño los pasos del gigante, cuando, ya cogido a las ramas empezaba a bajar.

Se daba mucha prisa, pero, al mirar hacia la altura, vio que también el gigante descendía hacia él.

No había tiempo que perder, y así que gritó Periquín a su madre, que estaba en casa preparando la comida:



— ¡Madre, traigame el hacha en seguida, que me persigue el gigante!

Acudió la madre con el hacha, y Periquín, de un certero golpe, cortó el tronco de la trágica habichuela.

Al caer, el gigante se estrelló, pagando así sus fechorías, y Periquín y su madre vivieron felices con el producto de la cajita que, al abrirse, dejaba caer una moneda de oro.

FIN

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

Hänsel y Gretel

Hermanos Grimm

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Junto a un bosque muy grande vivía un pobre leñador con su mujer y dos hijos; el niño se llamaba Hänsel, y la niña, Gretel. Apenas tenían qué comer, y en una época de carestía que sufrió el país, llegó un momento en que el hombre ni siquiera podía ganarse el pan de cada día.

Estaba el leñador una noche en la cama, cavilando y revolviéndose, sin que las preocupaciones le dejaran pegar el ojo; finalmente, dijo suspirando a su mujer:

—¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo alimentar a los pobres pequeños, puesto que nada nos queda?

—Se me ocurre una cosa —respondió ella—. Mañana, de madrugada, nos llevaremos a los niños a lo más espeso del bosque, les encenderemos un fuego, les daremos un pedacito de pan y luego los dejaremos solos para ir a nuestro trabajo. Como no sabrán encontrar el camino de vuelta, nos libraremos de ellos.

—¡Por Dios, mujer! —replicó el hombre—. Eso no lo hago yo. ¡Cómo voy a cargar sobre mí el

abandonar a mis hijos en el bosque! No tardarían en ser destrozados por las fieras.

—¡No seas necio! —exclamó ella—. ¿Quieres, pues, que nos muramos de hambre los cuatro? ¡Ya puedes ponerte a aserrar las tablas de los ataúdes!

Y no cesó de importunarlo hasta que el hombre accedió.

—Pero me dan mucha lástima —decía.

Los dos hermanitos, a quienes el hambre mantenía siempre desvelados, oyeron lo que su madrastra aconsejaba a su padre.

Gretel, entre amargas lágrimas, dijo a Hänsel:

—¡Ahora sí que estamos perdidos!

—No llores, Gretel —la consoló el niño—, y no te aflijas, que yo me las arreglaré para salir del paso.

Y cuando los viejos estuvieron dormidos, se levantó, se púso la chaquetita y salió a la calle por la puerta trasera.

Brillaba una luna esplendorosa, y los blancos guijarros que estaban en el suelo delante de la casa relucían como plata pura. Hänsel los fue

recogiendo hasta que no le cupieron más en los bolsillos.

De vuelta a su cuarto, dijo a Gretel:

—Nada temas, hermanita, y duerme tranquila; Dios no nos abandonará. Y se acostó de nuevo.

A las primeras luces del día, antes aún de que saliera el sol, la mujer fue a llamar a los niños:

—¡Vamos, holgazanes, levantaos! Hemos de ir al bosque por leña —y dando a cada uno un pedacito de pan, les advirtió—. Ahí tenéis esto para mediodía; pero no os lo comáis antes, pues no os daré más.

Gretel se puso el pan debajo del delantal, porque Hänsel llevaba los bolsillos llenos de piedras, y emprendieron los cuatro el camino del bosque.

Al cabo de un ratito de andar, Hänsel se detenía de cuando en cuando para volverse a mirar hacia la casa. Dijo el padre:

—Hänsel, no te quedes rezagado mirando atrás; ¡atención, piernas vivas!

—Es que miro el gatito blanco, que desde el tejado me está diciendo adiós — respondió el niño.

Y replicó la mujer:

—Tonto, no es el gato, sino el sol de la mañana que se refleja en la chimenea.

Pero lo que estaba haciendo Hänsel no era mirar el gato, sino ir echando blancas piedrecitas que sacaba del bolsillo a lo largo del camino.

Cuando estuvieron en medio del bosque dijo el padre:

—Recoged ahora leña, pequeños; os encenderé un fuego para que no tengáis frío.

Hänsel y Gretel reunieron un buen montón de leña menuda. Prepararon una hoguera, y cuando ya ardió con viva llama, dijo la mujer:

—Poneos ahora al lado del fuego chiquillos, y descansad mientras nosotros nos vamos por el bosque a cortar leña. Cuando hayamos terminado, vendremos a recogeros.

Los dos hermanitos se sentaron junto al fuego, y al mediodía cada uno se comió su pedacito

de pan. Y como oían el ruido de los hachazos, creían que su padre estaba cerca. Pero en realidad no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco, y que el viento hacía chocar contra el tronco.

Al cabo de mucho rato de estar allí sentados, el cansancio les cerró los ojos y se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron cuando ya era noche cerrada y Gretel se echó a llorar diciendo:

—¿Cómo saldremos del bosque? Pero Hänsel la consoló:

—Espera un poquitín a que brille la luna, que ya encontraremos el camino.

Y cuando la luna estuvo alta en el cielo el niño, cogiendo de la mano a su hermanita, se guió por las guijas que, brillando como plata batida, le indicaron la ruta.

Anduvieron toda la noche, y llegaron a la casa al despuntar el alba. Llamaron a la puerta y les abrió la madrastra que, al verlos, exclamó:

—¡Diablo de niños! ¿Qué es eso de quedarse tantas horas en el bosque?

¡Creíamos que no queríais volver!

El padre, en cambio, se alegró de que hubieran vuelto, pues le remordía la conciencia por haberlos abandonado.

Algún tiempo después hubo otra época de miseria en el país, y los niños oyeron una noche cómo la madrastra, estando en la cama, decía a su marido:

—Otra vez se ha terminado todo; sólo nos queda media hogaza de pan, y sanseacabó. Tenemos que deshacernos de los niños. Los llevaremos más adentro del bosque para que no puedan encontrar el camino; de otro modo, no hay salvación para nosotros.

Al padre le dolía mucho abandonar a los niños, y pensaba: «Mejor harías partiendo con tus hijos el último bocado». Pero la mujer no quiso escuchar sus razones, y lo llenó de reproches e improperios. Quien cede la primera vez, también ha de ceder la segunda; y, así, el hombre no tuvo valor para negarse. Pero los niños estaban aún despiertos y oyeron la conversación.

Cuando los viejos se hubieron dormido, se levantó Hänsel con intención de salir a proveerse de guijarros, como la vez anterior; pero no pudo hacerlo, pues la mujer había cerrado la puerta. Dijo, no obstante, a su hermanita para consolarla:

—No llores, Gretel, y duerme tranquila, que Dios Nuestro Señor nos ayudará.

A la madrugada siguiente se presentó la mujer a sacarlos de la cama y les dio su pedacito de pan, más pequeño aún que la vez anterior. Camino del bosque, Hänsel iba desmigajando el pan en el bolsillo y, deteniéndose de trecho en trecho, dejaba caer miguitas en el suelo.

—Hänsel, ¿por qué te paras a mirar atrás? —le preguntó el padre—. ¡Vamos, no te entretengas!

—Estoy mirando mi palomita, que desde el tejado me dice adiós.

—¡Bobo! —intervino la mujer—, no es tu palomita, sino el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Pero Hänsel fue sembrando de migas todo el camino.

La madrastra condujo a los niños aún más adentro del bosque, a un lugar en el que nunca habían estado. Encendieron una gran hoguera, y la mujer les dijo:

—Quedaos aquí, pequeños, y si os cansáis, echad una siestecita. Nosotros vamos por leña; al atardecer, cuando hayamos terminado, volveremos a recogeros.

A mediodía, Gretel partió su pan con Hänsel, ya que él había esparcido el suyo por el camino. Luego se quedaron dormidos, sin que nadie se presentara a buscar a los pobrecillos; se despertaron cuando era ya de noche oscura.

Hänsel consoló a Gretel diciéndole:

—Espera un poco hermanita a que salga la luna; entonces veremos las migas de pan que yo he esparcido, y que nos mostrarán el camino de vuelta.

Cuando salió la luna, se dispusieron a regresar; pero no encontraron ni una sola miga; se las habían comido los mil pajarillos que volaban por el bosque. Dijo Hänsel a Gretel:

—Ya daremos con el camino.

Pero no lo encontraron. Anduvieron toda la noche y todo el día siguiente, desde la madrugada hasta el atardecer, sin lograr salir del bosque; sufrían además de hambre, pues no habían comido más que unos pocos frutos silvestres, recogidos del suelo. Y como se sentían tan cansados que las piernas se negaban ya a sostenerlos, se echaron al pie de un árbol y se quedaron dormidos.

Y amaneció el día tercero desde que salieron de casa. Reanudaron la marcha, pero cada vez se extraviaban más en el bosque. Si alguien no acudía pronto en su ayuda, estaban condenados a morir de hambre.

Pero he aquí que hacia mediodía vieron un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, posado en la rama de un árbol; y cantaba tan dulcemente, que se detuvieron a escucharlo.

Cuando hubo terminado, abrió sus alas y emprendió el vuelo, y ellos lo siguieron hasta llegar a una casita, en cuyo tejado se posó; y al acercarse vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de bizcocho, y las ventanas eran de puro azúcar.

—¡Mira qué bien! —exclamó Hänsel—, aquí podremos sacar el vientre de mal año. Yo comeré un pedacito del tejado; tú, Gretel, puedes probar la ventana, verás cuán dulce es.

Se encaramó el niño al tejado y rompió un trocito para ver a qué sabía, mientras su hermanita mordisqueaba en los cristales.

Entonces oyeron una voz suave que procedía del interior:

«¿Será acaso la ratita la que roe mi casita?»

Pero los niños respondieron:

«Es el viento, es el viento que sopla violento.»

Y siguieron comiendo sin desconcertarse. Hänsel, que encontraba el tejado sabrosísimo, desgajó un buen pedazo, y Gretel sacó todo un cristal redondo y se sentó en el suelo, comiendo a dos carrillos.

Se abrió entonces la puerta bruscamente, y salió una mujer viejísima que se apoyaba en una muleta. Los niños se asustaron de tal modo, que soltaron lo que tenían en las manos; pero la vieja, meneando la cabeza, les dijo:

—Hola, pequeñines, ¿quién os ha traído? Entrad y quedaos conmigo, no os haré ningún daño.

Y, cogiéndolos de la mano, los introdujo en la casita, donde había servida una apetitosa comida: leche con bollos azucarados, manzanas y nueces.

Después los llevó a dos camitas con ropas blancas, y Hänsel y Gretel se acostaron en ellas creyéndose en el cielo.

La vieja aparentaba ser muy buena y amable; pero, en realidad, era una bruja malvada que acechaba a los niños para cazarlos, y había construido la casita de pan con el único objeto de atraerlos. Cuando uno caía en su poder, lo mataba, lo guisaba y se lo comía; esto era para ella un gran banquete. Las brujas tienen los ojos rojizos y son muy cortas de vista; pero, en cambio, su olfato es muy fino, como el de los animales, por lo que desde muy lejos ventean la presencia de las personas. Cuando sintió que se acercaban Hänsel y Gretel, dijo para sus adentros con una risotada maligna: «¡Míos son; éstos no se me escapan!».

Se levantó muy de mañana, antes de que los niños se despertasen y, al verlos descansar tan plácidamente, con aquellas mejillitas tan sonrosadas y coloreadas, murmuró entre dientes: «¡Serán un buen bocado!». Y, agarrando a Hänsel con su mano seca, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró detrás de una reja. Gritó y protestó el niño con todas sus fuerzas, pero todo fue inútil.

Se dirigió entonces a la cama de Gretel y despertó a la pequeña, sacudiéndola rudamente y gritándole:

—Levántate, holgazana, ve a buscar agua y guisa algo bueno para tu hermano; lo tengo en el establo y quiero que engorde. Cuando esté bien cebado, me lo comeré.

Gretel se echó a llorar amargamente, pero en vano; hubo de cumplir los mandatos de la bruja.

Desde entonces a Hänsel le sirvieron comidas exquisitas, mientras Gretel no recibía sino cáscaras de cangrejo.

Todas las mañanas bajaba la vieja al establo y decía:

—Hänsel, saca el dedo, que quiero saber si estás gordo.

Pero Hänsel, en vez del dedo, sacaba un huesecito, y la vieja, que tenía la vista muy mala, pensaba que era realmente el dedo del niño y todo era extrañarse de que no engordara.

Cuando, al cabo de cuatro semanas, vio que Hänsel continuaba tan flaco, perdió la paciencia y no quiso aguardar más tiempo:

—Anda, Gretel —dijo a la niña—, a buscar agua, ¡ligera! Esté gordo o flaco tu hermano, mañana me lo comeré.

¡Qué desconsuelo el de la hermanita cuando venía con el agua, y cómo le corrían las lágrimas por las mejillas! «¡Dios mío, ayúdanos! —rogaba—. ¡Ojalá nos hubiesen devorado las fieras del bosque; por lo menos habríamos muerto juntos!».

—¡Basta de lloriqueos! —gritó la vieja—; de nada han de servirte.

Por la madrugada, Gretel hubo de salir a llenar de agua el caldero y encender fuego.

—Primero coceremos pan —dijo la bruja—. Ya he calentado el horno y preparado la masa —y de un empujón llevó a la pobre niña hasta el horno, de cuya boca salían grandes llamas—. Entra a ver si está bastante caliente para meter el pan —mandó la vieja.

Su intención era cerrar la puerta del horno cuando la niña estuviese en su interior, asarla y comérsela también. Pero Gretel adivinó el pensamiento y dijo:

—No sé cómo hay que hacerlo; ¿cómo lo haré para entrar?

—¡Habráse visto criatura más tonta! —replicó la bruja—. Bastante grande es la abertura; yo misma podría pasar por ella.

Y, para demostrárselo, se adelantó y metió la cabeza en la boca del horno. Entonces Gretel, de un empujón, la precipitó en el interior y, cerrando la puerta de hierro, corrió el cerrojo.

¡Allí era de oír la de chillidos que daba la bruja! ¡Qué gritos más espantosos! Pero la niña echó a correr, y la malvada hechicera hubo de morir quemada miserablemente.

Corrió Gretel al establo donde estaba encerrado Hänsel y le abrió la puerta, exclamando:

—¡Hänsel, estamos salvados; ya está muerta la bruja!

Saltó el niño afuera, como un pájaro al que se le abre la jaula. ¡Qué alegría sintieron los dos, y cómo se arrojaron al cuello del otro, y qué de abrazos y besos! Y como ya nada tenían que temer, recorrieron la casa de la bruja, y en todos los rincones encontraron cajas llenas de perlas y piedras preciosas.

—¡Más valen éstas que los guijarros! —exclamó Hänsel, llenándose de ellas los bolsillos.

Y dijo Gretel:

—También yo quiero llevar algo a casa.

Y, a su vez, se llenó el delantal de pedrería.

—Vámonos ahora —dijo el niño—; debemos salir de este bosque embrujado. A unas dos horas de andar llegaron a un gran río.

—No podremos pasarlo —observó Hänsel—, no veo ni puente ni pasarela.

—Tampoco hay barquita alguna —añadió Gretel—; pero allí nada un pato blanco, y si se lo pido nos ayudará a pasar el río.

Y gritó:

«Patito, buen patito, somos Gretel y Hänsel.

No hay ningún puente por donde pasar;

¿sobre tu blanca espalda nos quieres llevar?»

Se acercó el patito y el niño se subió en él, invitando a su hermana a hacer lo mismo.

—No —replicó Gretel—, sería muy pesado para el patito; vale más que nos lleve uno tras otro.

Así lo hizo el buen pato, y cuando ya estuvieron en la orilla opuesta y hubieron caminado otro trecho, el bosque les fue siendo cada vez más familiar hasta que, al fin, descubrieron a lo lejos la casa de su padre.

Echaron entonces a correr, entraron como una tromba y se colgaron del cuello de su padre. El pobre hombre no había tenido una sola hora de reposo desde el día en que abandonara a sus hijos en el bosque; y en cuanto a la madrastra, había muerto.

Volcó Gretel su delantal, y todas las perlas y piedras preciosas saltaron por el suelo, mientras Hänsel vaciaba también a puñados sus bolsillos. Se acabaron las penas, y en adelante vivieron los tres felices.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

La bella durmiente

Charles Perrault

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase una vez un rey y una reina, que estaban tan tristes por no tener hijos, tan tristes que no se puede describir. Visitaron los nueve lagos del reino en busca de los mejores hechiceros, pero nada funcionó. Un día paseando a orillas del río, la reina se detuvo en una charca. Una rana que la vio triste se acercó a ella y le dijo:

—No llores mi reina, si lo que quieres es tener un hijo, sólo tienes que desearlo de corazón.

La reina miró a la rana y pensó en su marido el rey, en su madre, en su hermana, en su familia. Y en cuanto la querían. En ese momento sintió como si una habichuela germinara en su interior. Fue corriendo de vuelta al castillo y buscó al rey.

—Amado mío —dijo la reina apoyando las manos del rey en su vientre— vamos a ser padres.

El rey se puso tan contento que cogió a la

reina muy dulcemente y bailaron durante horas hasta que llegó la noche. Nueve meses después la reina dio a luz a una niña. Buscaron a todas las hadas del país para ser las madrinas de la princesa, y cada una de ellas le concedería un don. Como era costumbre de las hadas por aquel entonces. La princesa sería la joven más bondadosa, más pura, y más bella del reino. Celebraron la ceremonia del bautizo en la capilla de palacio y hubo un gran festín para las hadas en el salón principal. En la mesa, cada una de ellas encontró un estuche de oro puro. Con una cuchara de oro, un tenedor de oro y un cuchillo de oro, y todo decorado con las piedras preciosas más exquisitas.

Todas la hadas tenían su sitio en la mesa, todas excepto un hada vieja que llegó en ese momento. Nadie se acordaba de ella, llevaba muchos años sin salir de su torre y sin visitar a otras hadas. Pensaban que estaba encantada, o muerta. Cuando el rey la vio, mandó hacer un sitio en la mesa para el hada vieja, pero no tenía un

estuche de oro para entregarle. El hada vieja se sentó a la mesa con las otras seis. Mientras, maldecía entre dientes, no parecía estar muy contenta.

Antes de entregar los regalos a la princesa, el hada más joven se excusó un momento y se levantó de la mesa, no confiaba en el hada vieja y se escondió detrás de una cortina. Llegó el momento de que las hadas entregaran los agasajos a la princesa y cada una de ellas le daría un don. Una le dio el don de la sabiduría, otra el don de la inspiración, la tercera le dio el don de la salud, la cuarta el de una voz hermosa y la quinta le dio el don de la inteligencia. Llegó el turno del hada vieja. Se puso de pie, apoyada con las manos en la mesa, y después de mirar fijamente a cada uno de los presentes dijo:

—Estoy muy ofendida por que no me invitaron a la ceremonia. Por eso, cuando la princesa cumpla quince, se pinchará con el huso de una rueca y morirá.

Extendió los brazos sujetando su capa con ambas manos y exclamó:

—¡Que la maldición caiga sobre este reino cuando llegue ese día!.

Cerró los brazos tapándose con la capa y se transformó en una voluta de humo que se desvaneció en el aire.

Todos los comensales se estremecieron al escuchar la maldición del hada vieja. El rey cayó sentado sobre su trono, estaba desolado, con la mirada perdida. La reina cogió a la princesa entre su brazos y la acunó contra el pecho como para protegerla de todo mal. Pero no estaba todo perdido. El hada joven salió de detrás de la cortina y dijo en alto las siguientes palabras:

— Tranquilizaos mis reyes, es cierto no tengo suficiente poder para deshacer por completo la maldición del hada vieja, pero vuestra hija no morirá. La princesa se pinchará un dedo con el huso de una

rueca, pero en vez de morir caerá en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales llegará el hijo de un rey y la despertará.

Lo ocurrido en la ceremonia hizo que todos los invitados volvieran apenados a sus casas. Esa noche nadie descansó bien en el reino. Al día siguiente, después de pasar la noche en vela, el rey hizo llamar a su secretario para redactar un edicto en el que se prohibía a todos los habitantes del país hilar con husos, también estaría prohibido tener una rueca en casa. Y todos aquellos que no cumplieran la ley serían castigados con la pena de muerte.

Pasaron los años y la princesa se convirtió en una jovencita risueña y llena de vida, que alegraba el día a todos aquellos que se cruzaban con ella. Acababa de cumplir quince años, un día que sus padres estaban resolviendo asuntos de estado en otro reino y la joven princesa se divertía recorriendo los pasillos que comunicaban las distintas estancias. Recorrió estrechos

pasadizos, subió por las escaleras de caracol más inclinadas y visitó los torreones más altos hasta que en una habitación olvidada, encontró a una adorable viejecita que estaba hilando.

—¿Qué estás haciendo, amable anciana? —preguntó la princesa con los ojos muy abiertos.

—Estoy hilando, mi hermosa muchacha — le respondió la viejecita, que era la primera vez que veía a la princesa.

—Parece entretenido, ¿Cómo se hace, puedo? —dijo la princesa acercándose a la rueca.

—Si quieres intentarlo —dijo la viejecita— siéntate aquí y coge el hilo de esta forma.

Apenas cogió el huso se pincho en la mano. La princesa comenzó a sentirse mareada y enseguida se desmayó, tal y como había anunciado el hada buena. La viejecita se sobresaltó, no sabía que

sucedía y corrió a pedir ayuda. Al momento aparecieron varios sirvientes que encontraron a la princesa tumbada en el suelo. Le echaron agua en la cara y le dieron palmadas en las manos para ver si reaccionaba. Pero nada consiguió que la hermosa princesa recobrase el conocimiento. Comprobaron que respiraba dulcemente, que sólo estaba dormida. Y entre todos, la llevaron con cuidado a sus aposentos donde permaneció bajo el cuidado de su doncella hasta que llegaron sus padres los reyes. El rey y la reina recordaron la maldición del hada vieja y comprobaron que la princesa estaba dormida tan profundamente que no se podía despertar. Ordenaron entonces que la dejaran descansar en su habitación.

El hada buena, que había salvado la vida a la princesa, se encontraba en un lejano reino cuando un enano calzado con las botas de siete leguas pidió que lo llevaran ante su presencia. El enano relató lo ocurrido con la princesa, el huso y la rueca. Sin perder un instante el hada montó a

lomos de un dragón, y envuelta en fuego llegó en un abrir y cerrar de ojos al país de la bella durmiente. Escuchó atentamente lo que los reyes le contaron y aprobó todo lo que habían hecho por la joven princesa. Como el hada era muy previsora, pensó que cuando la princesa despertase de su largo sueño, se encontraría sola en el castillo y sería desdichada por no tener nadie a su lado. Entonces esto es lo que hizo el hada.

Tocó con su varita mágica todo lo que había en el castillo, nobles, barones, damas de honor, doncellas, caballeros, oficiales, guardias, cocineros, ayudantes, lacayos. Fue a los establos con su varita y tocó a los mozos, a los caballos, a los animales del corral, al herrero y hasta al cachorro de perro de la princesa. Tan pronto como la varita mágica los tocó, todos quedaron dormidos al instante y no despertarían hasta que la princesa se librara de la maldición. Así estarían dispuestos a servirla cuando fuese necesario; incluso los faisanes que se

estaban cocinando y el mismísimo fuego quedaron adormecidos con el toque mágico del hada. Todos durmieron plácidamente excepto el rey y la reina, que por decisión propia abandonaron el castillo para proteger a la princesa del acecho de hombres y bestias.

Todo esto sucedió en un instante, pues las hadas hacen muy rápido su trabajo. Después de hacer dormir a todos los habitantes de palacio, cogió entre sus dedos un poco de polvo mágico, del que usan las hadas para hacer sus hechizos, y lo esparció alrededor del castillo. Entonces empezaron a crecer árboles grandes y pequeños, crecieron arbustos, espinos, zarzas y quedó todo tan enmarañado que ninguna persona o animal habría podido pasar. De tal modo que sólo desde lejos se podía ver la torre más alta del castillo. Nadie dudó que el hada había encantado el palacio de tal manera que la princesa quedaría a salvo de todos los curiosos.

Al cabo de cien años un príncipe hijo de un

rey vecino, que nada tenía que ver con la familia de la bella durmiente estaba cazando cerca del castillo encantado, y se interesó por aquella torre que se veía entre la espesa vegetación de la zona. A cada uno que preguntó le respondía una cosa diferente. Unos le decían que era un viejo castillo habitado por espíritus; otros que era donde los hechiceros hacían sus conjuros. La opinión más común era que allí vivía un ogro que secuestraba niños para poder comérselos tranquilamente, y que su única magia residía en poder atravesar el espeso bosque de espinos. El príncipe no sabía que creer, hasta que un viejo paisano le dijo:

—Mi príncipe, hace muchos años escuché decir a mi padre que en ese castillo había una princesa, la más bella y agraciada del mundo. Que permanecería dormida durante cien años hasta que un joven príncipe que merezca a la princesa la despierte.

Después de escuchar esto, el joven

príncipe sintió la pasión en su interior y no dudó en que pondría fin a una bella aventura, y empujado por el amor y la gloria se dirigió hacia su destino. Mientras avanzaba hacia el bosque, todos esos grandes árboles, arbustos y espinos se apartaban dejándolo pasar. Cada paso le acercaba más al castillo y aunque el frondoso bosque se cerraba a su paso, él continuaba su camino porque era un príncipe valiente, y además estaba enamorado. No temía a los hechiceros, ni a las brujas, ni si quiera a los ogros devoradores de niños, pero no contaba con lo que se encontró al atravesar la puerta de palacio. Era un silencio horrible, la imagen misma de la muerte estaba por todas partes. El suelo estaba lleno de cuerpos que parecían muertos.

Pero enseguida comprobó que nadie había muerto, que respiraban suavemente, como si hubieran caído en una especie de largo sueño. Sobre las mesas aún había tazas que desprendían ese aroma a vino tan peculiar, incluso le llegaba el olor a asado

desde la cocina. El príncipe atravesó en silencio el comedor principal, con la única compañía del ruido de sus pasos sobre el suelo de mármol. Entró por una puerta, subió por las escaleras y encontró a dos soldados haciendo guardia, roncando y tumbados en el suelo. Atravesó un sin fin de estancias donde los nobles y sus damas dormían plácidamente, recorrió pasillos y abrió puertas hasta que encontró una estancia bellamente decorada.

En la habitación había una cama con dosel de la que colgaban las mejores sedas venidas del lejano oriente. El príncipe se acercó y contempló la más bella escena: la princesa estaba sobre la cama, vestida con las más hermosas telas y despedía un brillo resplandeciente que tenía algo de divino y de elevada pureza. Nunca había visto nada igual. Sorprendido y fascinado se arrodilló ante ella sin dejar de admirar su belleza.

Entonces como había llegado el final del encantamiento, la princesa se despertó, se

volvió hacia el príncipe y con la más tierna mirada que una joven pudiera tener le dijo:

—¿Eres tu mi príncipe?, te he estado esperando.

El príncipe, hechizado por la dulce voz de la princesa dijo:

—Oh hermosa princesa, te amo tanto … tanto que no encuentro palabras … te quiero más que a mi mismo, mi corazón está tan alegre que casi no puedo soportarlo.

Los dos estaban tan emocionados que no eran capaces de expresar lo que sentían. Reían y lloraban de alegría enredados por el torrente de sentimientos que los envolvía. Estuvieron hablando durante horas pero aún no se habían dicho la mitad de las cosas que querían decir y expresar. Mientras los dos enamorados hablaban sin pausa, el castillo despertaba de la somnolencia de los cien años; nobles, barones, damas de honor, doncellas,

caballeros, oficiales, guardias, cocineros, ayudantes, lacayos, los animales de las cuadras. El perro de la princesa empezó a mover la cola y con muchas ganas de ver a su ama atravesó el palacio hasta llegar a la alcoba de la princesa, que lo recibió con los brazos abiertos y rebosante de alegría.

La dama de compañía de la princesa avisó a los enamorados de que la comida estaba preparada. Hacía cien años que no probaban bocado y todos se morían de hambre. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse y fueron juntos al gran salón, donde los ayudantes de cocina les sirvieron carne y vino en abundancia. Los músicos y trovadores de la corte tocaron viejas canciones, y sonaron mejor que hacía cien años. Y después de comer, sin perder tiempo, el capellán de palacio condujo a los dos jóvenes a la capilla del castillo para celebrar la boda. Todos los habitantes del castillo asistieron a la ceremonia y una lluvia de pétalos los cubrió cuando bajaron las escaleras de la capilla.

El día llegó a su fin y los recién casados se retiraron a pasar la noche en sus aposentos, pero estaban tan emocionados que no fueron capaces de dormir. Pasaron la noche abrazados, mirándose a los ojos y escuchando la respiración el uno del otro, confortados y felices de haberse encontrado después de tanto tiempo.

Al día siguiente, el joven príncipe volvió de regreso a casa, donde su madre lo estaba esperando muy triste. El príncipe relató a sus padres el encuentro con la Bella Durmiente, también les dijo que era el hombre más feliz de todo el reino por haberla encontrado y que volvería a vivir con ella. Los padres del príncipe escucharon con atención toda la historia y aceptaron de buen grado el matrimonio de su hijo. Entonces le propusieron que se celebrara una nueva ceremonia a la que serían invitadas las familias de los reinos vecinos, así el príncipe y la princesa serían reconocidos como los nuevos soberanos del reino.

Se celebró una gran ceremonia de boda, seguido de un gran festejo que duró tres días y tres noches. Al finalizar la celebración, los príncipes enamorados se convirtieron en reyes y cada uno de los invitados regresó a su reino. Al cabo de unos meses, los nuevos reyes tuvieron dos hijos, una niña preciosa y un niño no menos agraciado que su hermana. Tal fue el alcance del suceso que, aún a día de hoy, se sigue contando la historia de la Bella Durmiente y su príncipe azul.

FIN

AUTOR: Charles Perrault

MORALEJA

Esperar algún tiempo para hallar un esposo
rico, galante, apuesto y cariñoso
parece una cosa natural
pero aguardarlo cien años en calidad de durmiente

ya no hay doncella tal que duerma tan apaciblemente.

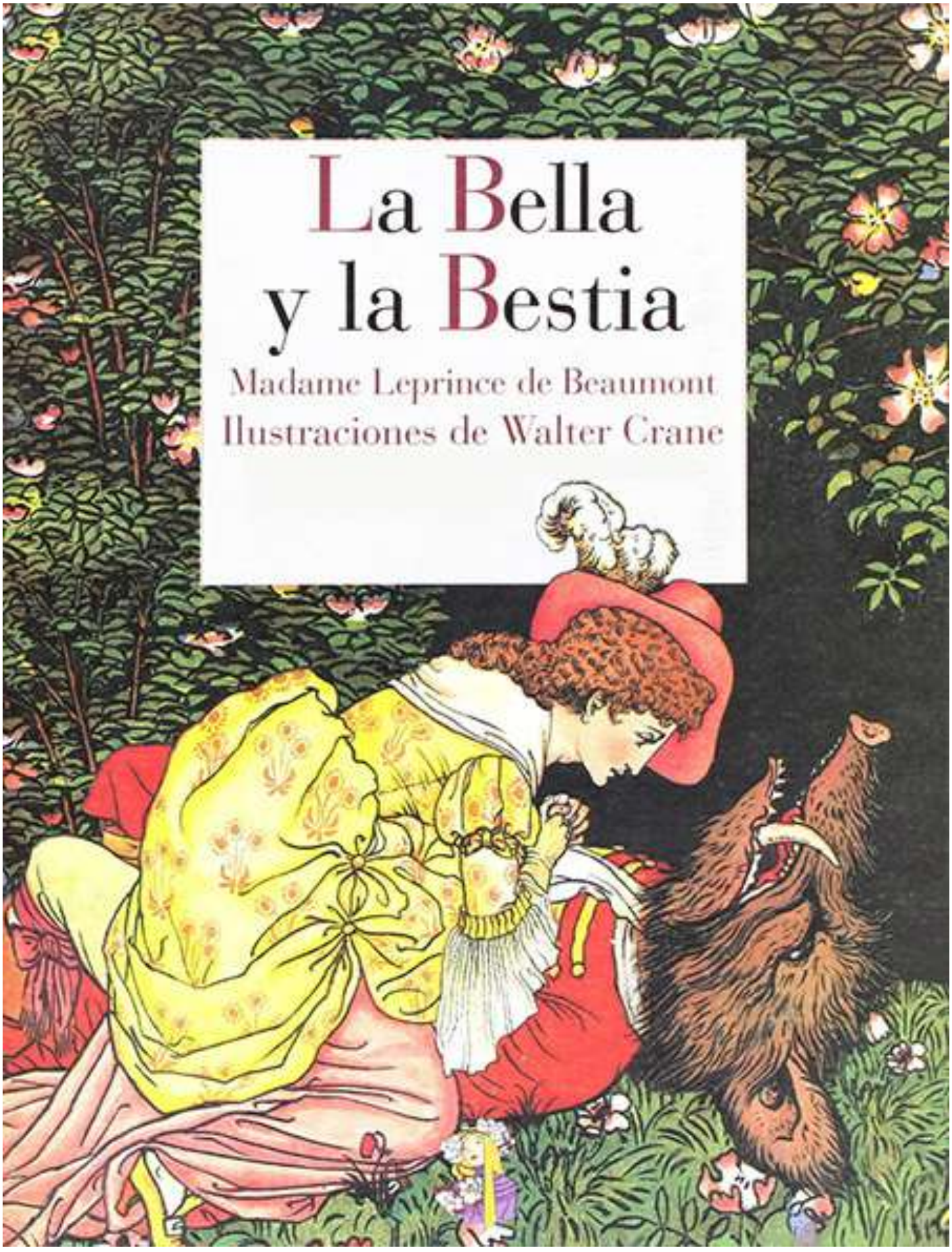
La fábula además parece querer enseñar
que a menudo del vínculo el atrayente lazo
no será menos dichoso por haberle dado un plazo
y que nada se pierde con esperar;
pero la mujer con tal ardor
aspira a la fe conyugal
que no tengo la fuerza ni el valor
de predicarle esta moral.

https://cuentosinfantiles.top

La Bella y la Bestia

Madame Leprince de Beaumont

Ilustraciones de Walter Crane



cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Había una vez un mercader muy rico que tenía seis hijos, tres varones y tres mujeres; y como era hombre de muchos bienes y de vasta cultura, no reparaba en gastos para educarlos y los rodeó de toda suerte de maestros. Las tres hijas eran muy hermosas; pero la más joven despertaba tanta admiración, que de pequeña todos la apodaban «la bella niña», de modo que por fin se le quedó este nombre para envidia de sus hermanas.

No sólo era la menor mucho más bonita que las otras, sino también más bondadosa. Las dos hermanas mayores ostentaban con desprecio sus riquezas ante quienes tenían menos que ellas; se hacían las grandes damas y se negaban a que las visitasen las hijas de los demás mercaderes: únicamente las personas de mucho rango eran dignas de hacerles compañía. Se lo pasaban en todos los bailes, reuniones, comedias y paseos, y despreciaban a la menor porque empleaba gran parte de su tiempo en la lectura de buenos libros.

Las tres jóvenes, agraciadas y poseedoras de muchas riquezas, eran solicitadas en matrimonio por muchos mercaderes de la región, pero las dos mayores los despreciaban

y rechazaban diciendo que sólo se casarían con un noble: por lo menos un duque o conde.
La Bella —pues así era como la conocían y llamaban todos a la menor— agradecía muy cortésmente el interés de cuantos querían tomarla por esposa, y los atendía con suma amabilidad y delicadeza; pero les alegaba que aún era muy joven y que deseaba pasar algunos años más en compañía de su padre.
De un solo golpe perdió el mercader todos sus bienes, y no le quedó más que una pequeña casa de campo a buena distancia de la ciudad. Totalmente destrozado, lleno de pena su corazón, llorando hizo saber a sus hijos que era forzoso trasladarse a esta casa, donde para ganarse la vida tendrían que trabajar como campesinos.
Sus dos hijas mayores respondieron con la altivez que siempre demostraban en toda ocasión, que de ningún modo abandonarían la ciudad, pues no les faltaban enamorados que se sentirían felices de casarse con ellas, no obstante su fortuna perdida. En esto se engañaban las buenas señoritas: sus enamorados perdieron totalmente el interés en ellas en cuanto fueron pobres.

Puesto que debido a su soberbia nadie simpatizaba con ellas, las muchachas de los otros mercaderes y sus familias comentaban:
—No merecen que les tengamos compasión. Al contrario, nos alegramos de verles abatido el orgullo. ¡Qué se hagan las grandes damas con las ovejas!
Pero, al mismo tiempo, todo el mundo decía:
—¡Qué pena, qué dolor nos da la desgracia de la Bella! ¡Ésta sí que es una buena hija! ¡Con qué cortesía le habla a los pobres! ¡Es tan dulce, tan honesta!… No faltaron caballeros dispuestos a casarse con ella, aunque no tuviese un céntimo; mas la joven agradecía pero respondía que le era imposible abandonar a su padre en desgracia, y que lo seguiría a la campiña
para consolarlo y ayudarlo en sus trabajos. La pobre Bella no dejaba de afligirse por la pérdida de su fortuna, pero se decía a sí misma:
—Nada obtendré por mucho que llore. Es preciso tratar de ser feliz en la pobreza.
No bien llegaron y se establecieron en la casa de campo, el mercader y sus tres hijos con ropajes de labriegos se dedicaron a preparar y

labrar la tierra. La Bella se levantaba a las cuatro de la mañana y se ocupaba en limpiar la casa y preparar la comida de la familia. Al principio aquello le era un sacrificio agotador, porque no tenía costumbre de trabajar tan duramente; mas unos meses más adelante se fue sintiendo acostumbrada a este ritmo y comenzó a sentirse mejor y a disfrutar por sus afanes de una salud perfecta. Cuando terminaba sus quehaceres se ponía a leer, a tocar el clavicordio, o bien a cantar mientras hilaba o realizaba alguna otra labor. Sus dos hermanas, en cambio, se aburrían mortalmente; se levantaban a las diez de la mañana, paseaban el día entero y su única diversión era lamentarse de sus perdidas galas y visitas.

—Mira a nuestra hermana menor — se decían entre sí—, tiene un alma tan vulgar, y es tan estúpida, que se contenta con su miseria.

El buen labrador, el padre, en cambio, sabía que la Bella era trabajadora, constante, paciente y tesonera, y muy capaz de brillar en los salones, en cambio sus hermanas… Admiraba las virtudes de su hija menor, y sobre todo su paciencia, ya que las otras no se

contentaban con que hiciese todo el trabajo de la casa, sino que además se burlaban de ella.

Hacía ya un año que la familia vivía en aquellas soledades cuando el mercader recibió una carta en la cual le anunciaban que cierto navío acababa de arribar, felizmente, con una carga de mercancías para él. Esta noticia trastornó por completo a sus dos hijas mayores, pues imaginaron que por fin podrían abandonar aquellos campos donde tanto se aburrían y además lo único que se les cruzaba por la cabeza era volver a la ociosa y fatua vida en las fiestas y teatros, mostrando riquezas; por lo que, no bien vieron a su padre ya dispuesto para salir, le pidieron que les trajera vestidos, chales, peinetas y toda suerte de bagatelas. La Bella no dijo una palabra, pensando para sí que todo el oro de las mercancías no iba a bastar para los encargos de sus hermanas.

—¿No vas tú a pedirme algo? —le preguntó su padre.

—Ya que tienes la bondad de pensar en mí —respondió ella—, te ruego que me traigas una rosa, pues por aquí no las he visto. No era que la desease realmente, sino que no quería afear con su ejemplo la conducta de sus hermanas,

las cuales habían dicho que si no pedía nada era sólo por darse importancia.

Partió, pues, el buen mercader; pero cuando llegó a la ciudad supo que había un pleito andando en torno a sus mercaderías, y luego de muchos trabajos y penas se halló tan pobre como antes. Y así emprendió nuevamente el camino hacia su vivienda. No tenía que recorrer más de treinta millas para llegar a su casa, y ya se regocijaba con el gusto de ver otra vez a sus hijas; pero erró el camino al atravesar un gran bosque, y se perdió dentro de él, en medio de una tormenta de viento y nieve que comenzó a desatarse.

Nevaba fuertemente; el viento era tan impetuoso que por dos veces lo derribó del caballo; y cuando cerró la noche llegó a temer que moriría de hambre o de frío; o que lo devorarían los lobos, a los que oía aullar muy cerca de sí. De repente, tendió la vista por entre dos largas hileras de árboles y vio una brillante luz a gran distancia.

Se encaminó hacia aquel sitio y al acercarse observó que la luz salía de un gran palacio todo iluminado. Se apresuró a refugiarse allí; pero su sorpresa fue considerable cuando no

encontró a persona alguna en los patios. Su caballo, que lo seguía, entró en una vasta caballeriza que estaba abierta, y habiendo hallado heno y avena, el pobre animal, que se moría de hambre, se puso a comer ávidamente. Después de dejarlo atado, el mercader pasó al castillo, donde tampoco vio a nadie; y por fin llegó a una gran sala en que había un buen fuego y una mesa cargada de viandas con un solo cubierto. Quizás pecaría de atrevido, pero se dirigió hacia allí. La tentación fue muy grande, pues la lluvia y la nieve lo habían calado hasta los huesos; se arrimó al fuego para secarse, diciéndose a sí mismo: «El dueño de esta casa y sus sirvientes, que no tardarán en dejarse ver, sin duda me perdonarán la libertad que me he tomado».

Se quedó aún esperando un rato largo, observaba hacia los otros recintos para tratar de ubicar a algún habitante en la mansión, pero cuando sonaron once campanadas sin que se apareciese nadie, no pudo ya resistir el hambre, y apoderándose de un pollo se lo comió con dos bocados a pesar de sus temblores. Bebió también algunas copas de vino, y ya con nueva audacia abandonó la sala

y recorrió varios espaciosos aposentos, magníficamente amueblados. En uno de ellos encontró una cama dispuesta, y como era pasada la medianoche, y se sentía rendido de cansancio, entumecido y aturdido de la aventura pasada hasta encontrar este cobijo, decidió cerrar la puerta y acostarse a dormir.

Eran las diez de la mañana cuando se levantó al día siguiente, y no fue pequeña su sorpresa al encontrarse un traje como hecho a su medida en vez de sus viejas y gastadas ropas. «Sin duda», se dijo, «o no he despertado, o este palacio pertenece a un hada buena que se ha apiadado de mí». Miró por la ventana y no vio el menor rastro de nieve, sino de un jardín cuyas bellas flores encantaban la vista. Entró luego en la estancia donde cenara la víspera, y halló que sobre una mesita lo aguardaba una taza de chocolate.

—Le doy las gracias, señora hada

—dijo en alta voz—, por haber tenido la bondad de albergarme en noche tan inhóspita y de pensar en mi desayuno.

El buen hombre, después de tomar el chocolate, salió en busca de su caballo, y al pasar por un sector lleno de rosas blancas

recordó la petición de la Bella y cortó una para llevársela. En el mismo momento se escuchó un gran estruendo y vio que se dirigía hacia él una bestia tan horrenda, que le faltó poco para caer desmayado.

—¡Ah, ingrato! —le dijo la Bestia con voz terrible—. Yo te salvé la vida al recibirte y darte cobijo en mi palacio, y ahora, para mi pesadumbre, tú me arrebatas mis rosas, ¡a las que amo sobre todo cuanto hay en el mundo! Será preciso que mueras, a fin de reparar esta falta.

El mercader se arrojó a sus pies, juntó las manos y rogó a la Bestia:

—Monseñor, perdóname, pues no creía ofenderte al tomar una rosa; es para una de mis hijas, que me la había pedido.

—Yo no me llamo Monseñor — respondió el monstruo— sino la Bestia.

No me gustan los halagos, y sí que los hombres digan lo que sienten; no esperes conmoverme con tus lisonjas. Mas tú me has dicho que tienes hijas; estoy dispuesto a perdonarte con la condición de que una de ellas venga a morir en lugar tuyo. No me repliques: parte de inmediato; y si tus hijas rehúsan morir por ti, júrame que regresarás dentro de tres meses.

No pensaba el buen hombre sacrificar una de sus hijas a tan horrendo monstruo, pero se dijo: «Al menos me queda el consuelo de darles un último abrazo». Juró, pues, que regresaría, y la Bestia le dijo que podía partir cuando quisiera.

—Pero no quiero que te marches con las manos vacías —añadió—. Vuelve a la estancia donde pasaste la noche: allí encontrarás un gran cofre en el que pondrás cuanto te plazca, y yo lo haré conducir a tu casa.

Dicho esto se retiró la Bestia, y el hombre se dijo: «Si es preciso que muera, tendré al menos el consuelo de que mis hijas no pasen hambre». Volvió, pues, a la estancia donde había dormido, y halló una gran cantidad de monedas de oro con las que llenó el cofre de que le hablara la Bestia, lo cerró, fue a las

caballerizas en busca de su caballo y abandonó aquel palacio con una gran tristeza, pareja a la alegría con que entrara en él la noche antes en busca de albergue. Su caballo tomó por sí mismo una de las veredas que había en el bosque, y en unas pocas horas se halló de regreso en su pequeña granja.

Se juntaron sus hijas en torno suyo y, lejos de alegrarse con sus caricias, el pobre mercader se echó a llorar angustiado mirándolas. Traía en la mano el ramo de rosas que había cortado para la Bella, y al entregárselo le dijo:

—Bella, toma estas rosas, que bien caro costaron a tu desventurado padre.

Y enseguida contó a su familia la funesta aventura que acababa de sucederle. Al oírlo, sus dos hijas mayores dieron grandes alaridos y llenaron de injurias a la Bella, que no había derramado una lágrima.

—Mirad a lo que conduce el orgullo de esta pequeña criatura —gritaban—.

¿Por qué no pidió adornos como nosotras? ¡Ah, no, la señorita tenía que ser distinta! Ella va a causar la muerte de nuestro padre, y sin embargo ni siquiera llora.

—Mi llanto sería inútil —respondió la Bella—. ¿Por qué voy a llorar a nuestro padre si no es necesario que muera? Puesto que el monstruo tiene a bien aceptar a una de sus hijas, yo me entregaré a su furia y me consideraré muy dichosa, pues habré tenido la oportunidad de salvar a mi padre y demostraros a vosotros y a él mi ternura.

—No, hermana —dijeron sus tres hermanos—, tampoco es necesario que tú mueras; nosotros buscaremos a ese monstruo y lo mataremos o pereceremos bajo sus golpes.

—No hay que soñar, hijos míos — dijo el mercader—. El poderío de esa Bestia es tal que no tengo ninguna esperanza de matarla. Me conmueve el buen corazón de Bella, pero jamás la expondré a la muerte. Soy viejo, me queda poco tiempo de vida; sólo perderé unos cuantos años, de los que únicamente por vosotros siento desprenderme, mis hijos queridos.

—Te aseguro, padre mío —le dijo la Bella—, que no irás sin mí a ese palacio; tú no puedes impedirme que te siga. En parte fui responsable de tu desventura. Como soy joven,

no le tengo gran apego a la vida, y prefiero que ese monstruo me devore a morirme de la pena y el remordimiento que me daría tu pérdida.
Por más que razonaron con ella no hubo forma de convencerla, y sus hermanas estaban encantadas, porque las virtudes de la joven les había inspirado siempre unos celos irresistibles. Al mercader lo abrumaba tanto el dolor de perder a su hija, que olvidó el cofre repleto de oro; pero al retirarse a su habitación para dormir su sorpresa fue enorme al encontrarlo junto a la cama. Decidió no decir una palabra a sus hijos de aquellas nuevas y grandes riquezas, ya que habrían querido retornar a la ciudad y él estaba resuelto a morir en el campo; pero reveló el secreto a la Bella, quien a su vez le confió que en su ausencia habían venido de visita algunos caballeros, y que dos de ellos amaban a sus hermanas. Le rogó que les permitiera casarse, pues era tan buena que las seguía queriendo y las perdonaba de todo corazón, a pesar del mal que le habían hecho.
El día en que partieron la Bella y su padre, las dos perversas muchachas se frotaron los ojos con cebolla para tener lágrimas con que

llorarlos; sus hermanos, en cambio, lloraron de veras, como también el mercader, y en toda la casa la única que no lloró fue la Bella, pues no quería aumentar el dolor de los otros. Echó a andar el caballo hacia el palacio, y al caer la tarde apareció éste todo iluminado como la primera vez. El caballo se fue por sí solo a la caballeriza, y el buen hombre y su hija pasaron al gran salón, donde encontraron una mesa magníficamente servida en la que había dos cubiertos. El mercader no tenía ánimo para probar bocado, pero la Bella, esforzándose por parecer tranquila, se sentó a la mesa y le sirvió, aunque pensaba para sí: «La Bestia quiere que engorde antes de comerme, puesto que me recibe de modo tan espléndido».

En cuanto terminaron de cenar se escuchó un gran estruendo y el mercader, llorando, dijo a su pobre hija que se acercaba la Bestia. No pudo la Bella evitar un estremecimiento cuando vio su horrible figura, aunque procuró disimular su miedo, y al interrogarla el monstruo sobre si la habían obligado o si venía por su propia voluntad, ella le respondió que sí, temblando, que era decisión propia.

—Eres muy buena —dijo la Bestia

—, y te lo agradezco mucho. Tú, buen hombre, partirás por la mañana y no sueñes jamás con regresar aquí. Nunca. Adiós, Bella.
—Adiós, señor —respondió la muchacha.
Y enseguida se retiró la Bestia.
—¡Ah, hija mía —dijo el mercader,
abrazando a la Bella— yo estoy casi muerto de espanto! Hazme caso y deja que me quede en tu sitio.
—No, padre mío —le respondió la Bella con firmeza—, tú partirás por la mañana.
Fueron después a acostarse, creyendo que no dormirían en toda la noche; mas sus ojos se cerraron apenas pusieron la cabeza en la almohada.
Mientras dormía vio la Bella a una dama que le dijo:
—Tu buen corazón me hace muy feliz, Bella. No ha de quedar sin recompensa esta buena acción de arriesgar tu vida por salvar la de tu padre.
Le contó el sueño al buen hombre la Bella al despertarse; y aunque le sirvió un tanto de consuelo, no alcanzó a evitar que se lamentara con grandes sollozos al momento de separarse de su querida hija.

En cuanto se hubo marchado se dirigió la Bella a la gran sala y se echó a llorar; pero, como tenía sobrado coraje, resolvió no apesadumbrarse durante el poco tiempo que le quedase de vida, pues tenía el convencimiento de que el monstruo la devoraría aquella misma tarde. Mientras esperaba decidió recorrer el espléndido castillo, ya que a pesar de todo no podía evitar que su belleza la conmoviese. Su asombro fue aún mayor cuando halló escrito sobre una puerta:

Aposento de la Bella.

La abrió precipitadamente y quedó deslumbrada por la magnificencia que allí reinaba; pero lo que más llamó su atención fue una bien provista biblioteca, un clavicordio y numerosos libros de música, lo que reunía todo lo que a ella le hacía la vida placentera.

—No quiere que esté triste —se dijo en voz baja, y añadió de inmediato—:

para un solo día no me habría reunido tantas cosas.

Este pensamiento reanimó su valor, y poco después, revisando la biblioteca, encontró un libro en que aparecía la siguiente inscripción en letras de oro:

Disponga, ordene, aquí es usted la reina y señora. Todas las cosas que aquí hay la obedecerán.

—¡Ay de mí —suspiró ella—, nada deseo sino ver a mi pobre padre y saber qué está haciendo ahora!

Había dicho estas palabras para sí misma: ¡cuál no sería su asombro al volver los ojos a un gran espejo y ver allí su casa, adonde llegaba entonces su padre con el semblante lleno de tristeza! Las dos hermanas mayores acudieron a recibirlo, y a pesar de los aspavientos que hacían para aparecer afligidas, se les reflejaba en el rostro la satisfacción que sentían por la pérdida de su hermana, por haberse desprendido de la hermana que les hacía sombra con su belleza y bondad. Desapareció todo en un momento, y la Bella no pudo dejar de decirse que la Bestia era muy complaciente, y que nada tenía que temer de su parte.

Al mediodía halló la mesa servida, y mientras comía escuchó un exquisito concierto, aunque no vio a persona alguna. Esa tarde, cuando iba a sentarse a la mesa, oyó el estruendo que hacía la Bestia al acercarse, y no pudo evitar un estremecimiento.

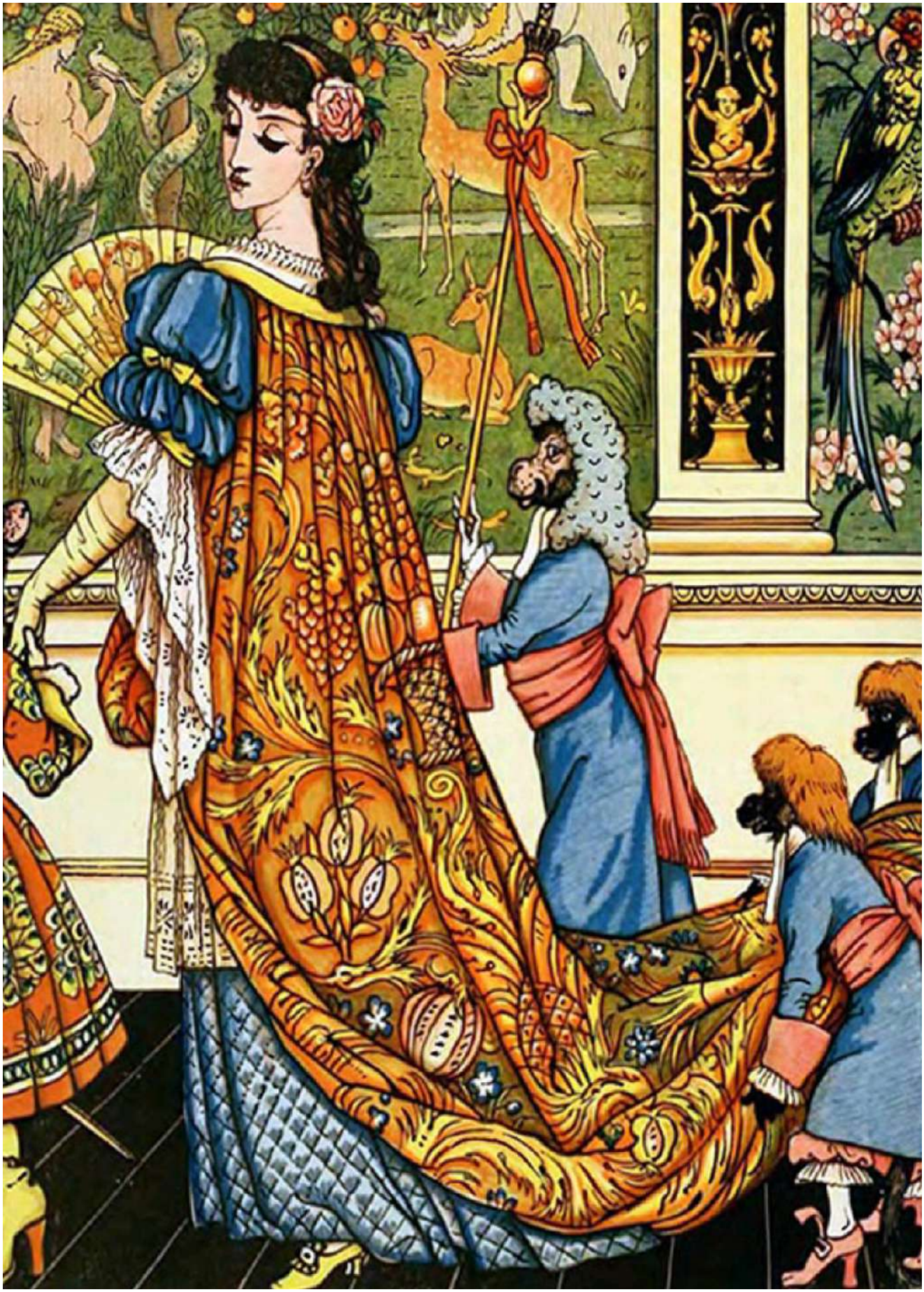
—Bella —le dijo el monstruo—,
¿permitirías que te mirase mientras comes?
—Tú eres el dueño de esta casa — respondió la Bella, temblando.
—No —dijo la Bestia—, no hay aquí otra dueña que tú. Si te molestara no tendrías más que pedirme que me fuese, y me marcharía

enseguida. Pero dime: ¿no es cierto que me encuentras muy feo?
—Así es —dijo la Bella—, pues no sé mentir; pero en cambio creo que eres muy bueno.
—Tienes razón —dijo el monstruo —, aun cuando yo no pueda juzgar mi
fealdad, pues no soy más que una bestia.
—No se es una bestia —respondió la Bella— cuando uno admite que es incapaz de juzgar sobre algo. Los necios no lo admitirían.
—Come, pues —le dijo el monstruo —, y trata de pasarlo bien en tu casa, que todo cuanto hay aquí te pertenece, y me apenaría mucho que no estuvieses contenta.
—Eres muy bondadoso —respondió la Bella—. Te aseguro que tu buen corazón me hace feliz. Cuando pienso en ello no me pareces tan feo.
—¡Oh, señora —dijo la Bestia—, tengo un buen corazón, pero no soy más
que una bestia!
—Hay muchos hombres más bestiales que tú —dijo la Bella—, y mejor te quiero con tu figura, que a otros que tienen figura de hombre y un corazón corrupto, ingrato, burlón y falso.

La Bella, que ya apenas le tenía miedo, comió con buen apetito; pero creyó morirse de pavor cuando el monstruo le dijo:
—Bella, ¿querrías ser mi esposa?
Largo rato permaneció la muchacha sin responderle, ya que temía despertar su cólera si rehusaba, y por último le dijo, estremeciéndose:
—No, Bestia.
Quiso suspirar al oírla el pobre monstruo, pero de su pecho no salió más que un silbido tan espantoso, que hizo retemblar el palacio entero; sin embargo, la Bella se tranquilizó enseguida, pues la Bestia le dijo tristemente:
—Adiós, entonces, Bella —y salió de la sala volviéndose varias veces a mirarla por última vez.
Al quedarse sola, la Bella sintió una gran compasión por esta pobre Bestia.
«¡Ah, qué pena», se dijo, «que siendo tan bueno, sea tan feo!».
El palacio estaba lleno de galerías, salas y habitaciones conteniendo las más bellas obras de arte. En una habitación había una jaula con pájaros exóticos y no lejos de ella, La Bella encontró una tropa de monos de todos los

tamaños que avanzaban hacia ella haciéndole grandes reverencias. A La Bella le gustaron tanto que pidió quedarse con unos cuantos para hacerle compañía. Instantáneamente, dos monitos jóvenes y altos vestidos con trajes elegantes de la corte, avanzaron y se colocaron, con gran ceremonia, junto a ella. Y dos monitos pequeños y espabilados recogieron la cola del vestido como si fueran pajes. Desde ese momento, los monos siempre la esperaban y atendían con el esmero que los oficiales reales dan a las reinas.

Tres apacibles meses pasó la Bella en el castillo. Se sentía como una reina, pero estaba sola todo el día. Todas las tardes la Bestia la visitaba, y la entretenía y observaba mientras comía, con su conversación llena de buen sentido, pero jamás de aquello que en el mundo llaman ingenio. Cada día la Bella encontraba en el monstruo nuevas bondades, y la costumbre de verlo la había habituado tanto a su fealdad, que lejos de temer el momento de su visita, miraba con frecuencia el reloj para ver si eran las nueve, ya que la Bestia jamás dejaba de presentarse a esa hora, Sólo había una cosa que la apenaba, y era que la Bestia,



cotidianamente antes de retirarse, le preguntaba cada noche si quería ser su esposa, y cuando ella rehusaba parecía traspasado de dolor.

Un día le dijo:

—Mucha pena me das, Bestia. Bien querría complacerte, pero soy demasiado sincera para permitirte creer que pudiese hacerlo nunca. Siempre he de ser tu amiga: trata de contentarte con esto.

—Forzoso me será —dijo la Bestia

—. Sé que en justicia soy horrible, pero mi amor es grande. Entretanto, me siento feliz de que quieras permanecer aquí. Prométeme que no me abandonarás nunca.

La Bella enrojeció al escuchar estas palabras. Había visto en el espejo que su padre estaba enfermo de pesar por haberla perdido, y deseaba volverlo a ver.

—Yo podría prometerte —dijo a la Bestia— que no te abandonaré nunca, si no fuese porque tengo tantas ansias de ver a mi padre, que me moriré de dolor si me niegas ese gusto.

—Antes prefiero yo morirme —dijo el monstruo— que causarte el pesar más

pequeño. Te enviaré a casa de tu padre, y mientras estés allí morirá tu Bestia de pena.
—¡Oh, no —respondió la Bella, llorando—, te quiero demasiado para tolerarlo! Prometo regresar dentro de ocho días. Me has hecho ver que mis hermanas están casadas y mis hermanos en el ejército. Mi padre se ha quedado solo. Permíteme que pase una semana en su compañía.
—Mañana estarás con él —dijo la Bestia—, pero acuérdate de tu promesa. Cuando quieras regresar no tienes más que poner tu sortija sobre la mesa a la hora del sueño. Adiós, Bella.
La Bestia suspiró, según su costumbre, al decir estas palabras, y la Bella se acostó con la tristeza de verlo tan apesadumbrado.
Cuando despertó a la mañana siguiente se hallaba en casa de su padre. Sonó a poco una campanilla que estaba junto a la cama y apareció la sirvienta, quien dio un gran grito al verla. Acudió rápidamente a sus voces el buen padre, y creyó morir de alegría porque recobraba a su querida hija, con la cual estuvo abrazado más de un cuarto de hora y se contaron sus andanzas durante el tiempo que la Bella estuvo ausente. Luego de estas

primeras efusiones, la Bella recordó que no tenía ropas con que vestirse, pero la sirvienta le dijo que en la vecina habitación había encontrado un
cofre lleno de magníficos vestidos con adornos de oro y diamantes. Agradecida a las atenciones de la Bestia, pidió la Bella que le trajesen el más modesto de aquellos vestidos y que guardasen los otros para regalárselos a sus hermanas; pero apenas había dado esta orden desapareció el cofre. Su padre comentó que sin duda la Bestia quería que conservase para sí los regalos, y al instante reapareció el cofre donde estuviera antes.
Se vistió la Bella, y entretanto avisaron a las hermanas, que acudieron en compañía de sus esposos. Las dos eran muy desdichadas en sus matrimonios, pues la primera se había casado con un gentilhombre tan hermoso como Cupido, pero que no pensaba sino en su propia figura, a la que dedicaba todos sus desvelos de la mañana a la noche, menospreciando la belleza de su esposa. La segunda, en cambio, tenía por marido a un hombre cuyo gran talento no servía más que para mortificar a todo el mundo, empezando por su esposa.

Cuando vieron a la Bella ataviada como una princesa, y más hermosa que la luz del día, las dos creyeron morir de dolor. Aunque la Bella les hizo mil caricias no les pudo aplacar los celos, que se recrudecieron cuando les contó lo feliz que se sentía. Bajaron las dos al jardín para llorar allí a sus anchas.

—¿Por qué es tan dichosa esa pequeña criatura? ¿No somos nosotras más dignas de la felicidad que ella?

—Hermana —dijo la mayor—, se me ocurre una idea. Tratemos de retenerla aquí más de ocho días: esa estúpida Bestia pensará entonces que ha roto su palabra, y quizás la devore.

—Tienes razón, hermana mía — respondió la otra—. Y para conseguirlo la llenaremos de halagos.

Y tomada esta resolución, volvieron a subir y dieron a su hermana tantas pruebas de cariño, que la Bella lloraba de felicidad. Al concluirse el plazo comenzaron a arrancarse los cabellos y a dar tales muestras de aflicción por su partida, que les prometió quedarse otros ocho días. Sin embargo, la Bella se reprochaba el pesar que así causaba a su pobre monstruo, a quien

amaba de todo corazón, y se entristecía de no verlo. La décima noche que estuvo en casa de su padre, soñó que se hallaba en el jardín del castillo, y que veía cómo la Bestia, inerte sobre la hierba, a punto de morir, la reconvenía por sus ingratitudes. Despertó sobresaltada, con los ojos llenos de lágrimas.

«¿No soy yo bien perversa», se dijo, «pues le causo tanto pesar cuando de tal modo me quiere? ¿Tiene acaso la culpa de su fealdad y su falta de inteligencia? Su buen corazón importa más que todo lo otro. ¿Por qué no he de casarme con él? Seré mucho más feliz que mis hermanas con sus maridos. Ni la belleza ni la inteligencia hacen que una mujer viva contenta con su esposo, sino la bondad de carácter, la virtud y el deseo de agradar; y la Bestia posee todas estas cualidades. Aunque no amor, sí le tengo estimación y amistad. ¿Por qué he de ser la causa de su desdicha, si luego me reprocharía mi ingratitud toda la vida?».

Con estas palabras la Bella se levantó,

puso su sortija sobre la mesa y volvió a acostarse.

Apenas se tendió sobre la cama se quedó dormida, y al despertarse a la mañana

siguiente vio con alegría que se hallaba en el castillo de la Bestia. Se vistió con todo esplendor por darle gusto, y creyó morir de impaciencia en espera de que fuesen las nueve de la noche; pero el monstruo no apareció al dar el reloj la hora. Creyó entonces que le habría causado la muerte, y exhalando profundos suspiros, a punto de desesperarse, recorrió la Bella el castillo entero, buscando inútilmente por todas partes. Recordó entonces su sueño y corrió por el jardín hacia el estanque junto al cual lo viera en sueños.

Allí encontró a la pobre Bestia sobre la hierba, perdido el conocimiento, y pensó que había muerto. Sin el menor asomo de horror se dejó caer a su lado, y al sentir que aún le latía el corazón, tomó un poco de agua del estanque y le roció la cabeza. Abrió la Bestia los ojos y dijo a la Bella:

—Olvidaste tu promesa, y el dolor de haberte perdido me llevó a dejarme morir de hambre. Pero ahora moriré contento, pues tuve la dicha de verte una vez más.

—No, mi Bestia querida, no vas a morirte —le dijo la Bella—, sino que vivirás para ser mi esposo. Desde este momento te prometo mi

mano, y juro que no perteneceré a nadie sino a ti. ¡Ah, yo creía que sólo te tenía amistad, pero el dolor que he sentido me ha hecho ver que no podría vivir sin verte!

Apenas había pronunciado estas palabras la Bella vio que todo el palacio se iluminaba con luces resplandecientes: los fuegos artificiales, la música, todo era anuncio de una gran fiesta; pero ninguna de estas bellezas logró distraerla, y se volvió hacia su querido monstruo, cuyo peligro la hacía estremecerse. ¡Cuál no sería su sorpresa! La Bestia había desaparecido y en su lugar había un príncipe más hermoso que el Amor, que le daba las gracias por haber puesto fin a su encantamiento. Aunque este príncipe mereciese toda su atención, no pudo dejar de preguntarle dónde estaba la Bestia.

—Aquí, a tus pies —le dijo el príncipe—. Cierta maligna hada me ordenó permanecer bajo esa figura, privándome a la vez del uso de mi inteligencia, hasta que alguna bella joven consintiera en casarse conmigo. En todo el mundo tú sola has sido capaz de conmoverte con la bondad de mi corazón; ni aun ofreciéndote mi corona podría demostrarte la

gratitud que te guardo y nunca podré pagar la deuda que he contraído contigo.
La Bella, agradablemente sorprendida, tendió su mano al hermoso príncipe para que se levantase. Se encaminaron después al castillo, y la joven creyó morir de dicha cuando encontró en el gran salón a su padre y a toda la familia, a quienes la hermosa dama que viera en sueños había traído hasta allí.
—Bella —le dijo esta dama, que era un hada poderosa—, ven a recibir el premio de tu buena elección: has preferido la virtud a la belleza y a la inteligencia, y por tanto mereces hallar todas estas cualidades reunidas en una sola persona. Vas a ser una gran reina: yo espero que tus virtudes no se desvanecerán en el trono. Y en cuanto a ustedes, señoras —agregó el hada, dirigiéndose a sus hermanas—, conozco sus corazones y toda la malicia que encierran. Conviértanse en estatuas, pero conserven la razón adentro de la piedra que va a envolverlas. Estarán a la puerta del palacio de la Bella, y no les pongo otra pena que la de ser testigos de su felicidad. No podrán volver a su primer estado hasta que reconozcan sus faltas; pero me temo mucho que no dejarán jamás de

ser estatuas. Pues uno puede recobrarse del orgullo, la cólera, la gula y la pereza; pero es una especie de milagro que se corrija un corazón maligno y envidioso.

En este punto dio el hada un golpe en el suelo con una varita y transportó a cuantos estaban en la sala al reino del príncipe. Sus súbditos lo recibieron con júbilo, y a poco se celebraron sus bodas con la Bella, quien vivió junto a él muy largos años en una felicidad perfecta, pues estaba fundada en la virtud.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

La cenicienta

Charles Perrault

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Había una vez un gentilhombre que se casó en segundas nupcias con una mujer, la más altanera y orgullosa que jamás se haya visto. Tenía dos hijas por el estilo y que se le parecían en todo.

El marido, por su lado, tenía una hija, pero de una dulzura y bondad sin par; lo había heredado de su madre que era la mejor persona del mundo.

Junto con realizarse la boda, la madrasta dio libre curso a su mal carácter; no pudo soportar las cualidades de la joven, que hacían aparecer todavía más odiables a sus hijas. La obligó a las más viles tareas de la casa: ella era la que fregaba los pisos y la vajilla, la que limpiaba los cuartos de la señora y de las señoritas sus hijas; dormía en lo más alto de la casa, en una buhardilla, sobre una mísera pallasa, mientras sus hermanas ocupaban habitaciones con parquet, donde tenían camas a la última moda y espejos en que podían mirarse de cuerpo entero.

La pobre muchacha aguantaba todo con paciencia, y no se atrevía a quejarse ante su padre, de miedo que le reprendiera pues su mujer lo dominaba por completo. Cuando terminaba sus quehaceres, se instalaba en el rincón de la chimenea, sentándose sobre las cenizas, lo que le había merecido el apodo de Culocenizón. La menor, que no era tan mala como la mayor, la llamaba Cenicienta; sin embargo Cenicienta, con sus míseras ropas, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas que andaban tan ricamente vestidas.

Sucedió que el hijo del rey dio un baile al que invitó a todas las personas distinguidas; nuestras dos señoritas también fueron invitadas, pues tenían mucho nombre en la comarca. Helas aquí muy satisfechas y preocupadas de elegir los trajes y peinados que mejor les sentaran; nuevo trabajo para Cenicienta pues era ella quien planchaba la ropa de sus hermanas y plisaba los adornos de sus vestidos. No se hablaba más que de la forma en que irían trajeadas.

—Yo —dijo la mayor—, me pondré mi vestido de terciopelo rojo y mis adornos de Inglaterra.

—Yo —dijo la menor—, iré con mi falda sencilla; pero en cambio, me pondré mi abrigo con flores de oro y mi prendedor de brillantes, que no pasarán desapercibidos.

Manos expertas se encargaron de armar los peinados de dos pisos y se compraron lunares postizos. Llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, pues tenía buen gusto. Cenicienta las aconsejó lo mejor posible, y se ofreció incluso para arreglarles el peinado, lo que aceptaron. Mientras las peinaba, ellas le decían:

— Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—Ay, señoritas, os estáis burlando, eso no es cosa para mí.

—Tienes razón, se reirían bastante si vieran a un Culocenizón entrar al baile.

Otra que Cenicienta las habría arreglado mal los cabellos, pero ella era buena y las peinó con toda perfección.

Tan contentas estaban que pasaron cerca de dos días sin comer. Más de doce cordones rompieron a fuerza de apretarlos para que el talle se les viera más fino, y se lo pasaban delante del espejo.

Finalmente, llegó el día feliz; partieron y Cenicienta las siguió con los ojos y cuando las perdió de vista se puso a llorar. Su madrina, que la vio anegada en lágrimas, le preguntó qué le pasaba.

—Me gustaría... me gustaría...

Lloraba tanto que no pudo terminar. Su madrina, que era un hada, le dijo:

—¿Te gustaría ir al baile, no es cierto? —¡Ay, sí! —dijo Cenicienta suspirando—. ¡Bueno, te portarás bien! —dijo su madrina—, yo te haré ir. —La llevó a su cuarto y le dijo: —Ve al jardín y tráeme un zapallo.

Cenicienta fue en el acto a coger el mejor que encontró y lo llevó a su madrina, sin poder adivinar cómo este zapallo podría hacerla ir al baile. Su madrina lo vació y dejándole

solamente la cáscara, lo tocó con su varita mágica e instantáneamente el zapallo se convirtió en un bello carruaje todo dorado.

En seguida miró dentro de la ratonera donde encontró seis ratas vivas. Le dijo a Cenicienta que levantara un poco la puerta de la trampa, y a cada rata que salía le daba un golpe con la varita, y la rata quedaba automáticamente transformada en un brioso caballo; lo que hizo un tiro de seis caballos de un hermoso color gris ratón. Como no encontraba con qué hacer un cochero:

—Voy a ver —dijo Cenicienta—, si hay algún ratón en la trampa, para hacer un cochero.

—Tienes razón —dijo su madrina—, anda a ver.

Cenicienta le llevó la trampa donde había tres ratones gordos. El hada eligió uno por su imponente barba, y habiéndolo tocado quedó convertido en un cochero gordo con un precioso bigote. En seguida, ella le dijo:

—Baja al jardín, encontrarás seis lagartos detrás de la regadera; tráemelos.

Tan pronto los trajo, la madrina los trocó en seis lacayos que se subieron en seguida a la parte posterior del carruaje, con sus trajes galoneados, sujetándose a él como si en su vida hubieran hecho otra cosa. El hada dijo entonces a Cenicienta:

—Bueno, aquí tienes para ir al baile, ¿no estás bien aperada?

—Es cierto, pero, ¿podré ir así, con estos vestidos tan feos?

Su madrina no hizo más que tocarla con su varita, y al momento sus ropas se cambiaron en magníficos vestidos de paño de oro y plata, todos recamados con pedrerías; luego le dio un par de zapatillas de cristal, las más preciosas del mundo.

Una vez ataviada de este modo, Cenicienta subió al carruaje; pero su madrina le recomendó sobre todo que regresara antes de la medianoche, advirtiéndole que si se quedaba en el baile un minuto más, su carroza volvería a convertirse en zapallo, sus caballos en ratas, sus lacayos en lagartos, y que sus

viejos vestidos recuperarían su forma primitiva. Ella prometió a su madrina que saldría del baile antes de la medianoche. Partió, loca de felicidad.

El hijo del rey, a quien le avisaron que acababa de llegar una gran princesa que nadie conocía, corrió a recibirla; le dio la mano al bajar del carruaje y la llevó al salón donde estaban los comensales. Entonces se hizo un gran silencio: el baile cesó y los violines dejaron de tocar, tan absortos estaban todos contemplando la gran belleza de esta desconocida. Sólo se oía un confuso rumor:

—¡Ah, qué hermosa es!

El mismo rey, siendo viejo, no dejaba de mirarla y de decir por lo bajo a la reina que desde hacía mucho tiempo no veía una persona tan bella y graciosa. Todas las damas observaban con atención su peinado y sus vestidos, para tener al día siguiente otros semejantes, siempre que existieran telas igualmente bellas y manos tan diestras para confeccionarlos. El hijo del rey la colocó en el

sitio de honor y en seguida la condujo al salón para bailar con ella. Bailó con tanta gracia que fue un motivo más de admiración.

Trajeron exquisitos manjares que el príncipe no probó, ocupado como estaba en observarla. Ella fue a sentarse al lado de sus hermanas y les hizo mil atenciones; compartió con ellas los limones y naranjas que el príncipe le había obsequiado, lo que las sorprendió mucho, pues no la conocían. Charlando así estaban, cuando Cenicienta oyó dar las once tres cuartos; hizo al momento una gran reverenda a los asistentes y se fue a toda prisa.

Apenas hubo llegado, fue a buscar a su madrina y después de darle las gracias, le dijo que desearía mucho ir al baile al día siguiente porque el príncipe se lo había pedido. Cuando le estaba contando a su madrina todo lo que había sucedido en el baile, las dos hermanas golpearon a su puerta; Cenicienta fue a abrir.

—¡Cómo habéis tardado en volver! les dijo bostezando, frotándose los ojos y estirándose como si acabara de despertar; sin embargo no

había tenido ganas de dormir desde que se separaron.

—Si hubieras ido al baile, le dijo una de las hermanas, no te habrías aburrido; asistió la más bella princesa, la más bella que jamás se ha visto; nos hizo mil atenciones, nos dio naranjas y limones.

Cenicienta estaba radiante de alegría. Les preguntó el nombre de esta princesa; pero contestaron que nadie la conocía, que el hijo del rey no se conformaba y que daría todo en el mundo por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

—¿Era entonces muy hermosa? Dios mío, felices vosotras, ¿no podría verla yo? Ay, señorita Javotte, prestadme el vestido amarillo que usáis todos los días.

—Verdaderamente, dijo la señorita Javotte, ¡no faltaba más! Prestarle mi vestido a tan feo Culocenizón tendría que estar loca.

Cenicienta esperaba esta negativa, y se alegró, pues se habría sentido bastante confundida si

su hermana hubiese querido prestarle el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile, y Cenicienta también, pero aún más ricamente ataviada que la primera vez. El hijo del rey estuvo constantemente a su lado y diciéndole cosas agradables; nada aburrida estaba la joven damisela y olvidó la recomendación de su madrina; de modo que oyó tocar la primera campanada de medianoche cuando creía que no eran ni las once. Se levantó y salió corriendo, ligera como una gacela. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla; ella había dejado caer una de sus zapatillas de cristal que el príncipe recogió con todo cuidado.

Cenicienta llegó a casa sofocada, sin carroza, sin lacayos, con sus viejos vestidos, pues no le había quedado de toda su magnificencia sino una de sus zapatillas, igual a la que se le había caído.

Preguntaron a los porteros del palacio si habían visto salir a una princesa; dijeron que

no habían visto salir a nadie, salvo una muchacha muy mal vestida que tenía más aspecto de aldeana que de señorita.

Cuando sus dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si esta vez también se habían divertido y si había ido la hermosa dama. Dijeron que si, pero que había salido escapada al dar las doce, y tan rápidamente que había dejado caer una de sus zapatillas de cristal, la más bonita del mundo; que el hijo del rey la había recogido dedicándose a contemplarla durante todo el resto del baile, y que sin duda estaba muy enamorado de la bella personita dueña de la zapatilla. Y era verdad, pues a los pocos días el hijo del rey hizo proclamar al son de trompetas que se casaría con la persona cuyo pie se ajustara a la zapatilla.

Empezaron probándola a las princesas, en seguida a las duquesas, y a toda la corte, pero inútilmente. La llevaron donde las dos hermanas, las que hicieron todo lo posible para que su pie cupiera en la zapatilla, pero no

pudieron. Cenicienta, que las estaba mirando, y que reconoció su zapatilla, dijo riendo:

—¿Puedo probar si a mí me calza?

Sus hermanas se pusieron a reír y a burlarse de ella. El gentilhombre que probaba la zapatilla, habiendo mirado atentamente a Cenicienta y encontrándola muy linda, dijo que era lo justo, y que él tenía orden de probarla a todas las jóvenes. Hizo sentarse a Cenicienta y acercando la zapatilla a su piececito, vio que encajaba sin esfuerzo y que era hecha a su medida.

Grande fue el asombro de las dos hermanas, pero más grande aún cuando Cenicienta sacó de su bolsillo la otra zapatilla y se la puso. En esto llegó la madrina que, habiendo tocado con su varita los vestidos de Cenicienta, los volvió más deslumbrantes aún que los anteriores.

Entonces las dos hermanas la reconocieron como la persona que habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían infligido. Cenicienta las hizo levantarse y les dijo,

abrazándolas, que las perdonaba de todo corazón y les rogó que siempre la quisieran.

Fue conducida ante el joven príncipe, vestida como estaba. Él la encontró más bella que nunca, y pocos días después se casaron. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, hizo llevar a sus hermanas a morar en el palacio y las casó en seguida con dos grandes señores de la corte.

FIN

MORALEJA

En la mujer rico tesoro es la belleza,
el placer de admirarla no se acaba jamás;
pero la bondad, la gentileza
la superan y valen mucho más.

Es lo que a Cenicienta el hada concedió
a través de enseñanzas y lecciones

tanto que al final a ser reina llegó
(Según dice este cuento con sus
moralizaciones).

Bellas, ya lo sabéis: más que andar bien peinadas
os vale, en el afán de ganar corazones
que como virtudes os concedan las hadas
bondad y gentileza, los más preciados dones.

OTRA MORALEJA

Sin duda es de gran conveniencia
nacer con mucha inteligencia,
coraje, alcurnia, buen sentido
y otros talentos parecidos,

Que el cielo da con indulgencia;
pero con ellos nada ha de sacar
en su avance por las rutas del destino
quien, para hacerlos destacar,
no tenga una madrina o un padrino.

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

La gallina de los huevos de oro

Anónimo

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase un labrador tan pobre, tan pobre, que ni siquiera poseía una vaca. Era el más pobre de la aldea. Y resulta que un día, trabajando en el campo y lamentándose de su suerte, apareció un enanito que le dijo:

–Buen hombre, he oído tus lamentaciones y voy a hacer que tu fortuna cambie. Toma esta gallina; es tan maravillosa que todos los días pone un huevo de oro.

El enanito desapareció sin más ni más y el labrador llevó la gallina a su corral. Al día siguiente, ¡oh sorpresa!, encontró un huevo de oro. Lo puso en una cestita y se fue con ella a la ciudad, donde vendió el huevo por un alto precio.

Al día siguiente, loco de alegría, encontró otro huevo de oro. ¡Por fin la fortuna había entrado a su casa! Todos los días tenía un nuevo huevo.

Fue así que poco a poco, con el producto de la venta de los huevos, fue convirtiéndose en el hombre más rico de la comarca. Sin embargo, una insensata avaricia hizo presa su corazón y pensó:

"¿Por qué esperar a que cada día la gallina ponga un huevo? Mejor la mato y descubriré la mina de oro que lleva dentro".

Y así lo hizo, pero en el interior de la gallina no encontró ninguna mina. A causa de la avaricia tan desmedida que tuvo, este tonto aldeano malogró la fortuna que tenía.

FIN

La gallina de los huevos de oro

Fábula de Felix María de Samaniego

Erase una gallina que ponía
un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia malcontento,
quiso el rico avariento
descubrir de una vez la mina de oro
y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla; abrióla el vientre de contado;
pero después de haberla registrado,
¿qué sucedió? Que muerta la gallina,
perdió su huevo de oro y no halló mina.

¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante
enriquecerse quieren al instante,
abrazando proyectos
a veces de tan rápidos efectos,
que sólo en pocos meses,
cuando se contemplaban ya marqueses,
contando sus millones,
se vieron en la calle sin calzones!

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

La sirenita

Hans Christian Andersen

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

En alta mar el agua es azul como los pétalos de la más hermosa centaura, y clara como el cristal más puro; pero es tan profunda, que sería inútil echar el ancla, pues jamás podría ésta alcanzar el fondo. Habría que poner muchos campanarios, unos encima de otros, para que, desde las honduras, llegasen a la superficie.

Pero no creáis que el fondo sea todo de arena blanca y helada; en él crecen también árboles y plantas maravillosas, de tallo y hojas tan flexibles, que al menor movimiento del agua se mueven y agitan como dotadas de vida. Toda clase de peces, grandes y chicos, se deslizan por entre las ramas, exactamente como hacen las aves en el aire. En el punto de mayor profundidad se alza el palacio del rey del mar; las paredes son de coral, y las largas ventanas puntiagudas, del ámbar más transparente; y el tejado está hecho de conchas, que se abren y cierran según la corriente del agua. Cada una de estas conchas encierra perlas brillantísimas, la menor de las cuales honraría la corona de una reina.

Hacía muchos años que el rey del mar era viudo; su anciana madre cuidaba del gobierno de la casa. Era una mujer muy inteligente, pero muy pagada de su nobleza; por eso llevaba doce ostras en la cola, mientras que los demás nobles sólo estaban autorizados a llevar seis. Por lo demás, era digna de todos los elogios, principalmente por lo bien que cuidaba de sus nietecitas, las princesas del mar. Éstas eran seis, y todas bellísimas, aunque la más bella era la menor; tenía la piel clara y delicada como un pétalo de rosa, y los ojos azules como el lago más profundo; como todas sus hermanas, no tenía pies; su cuerpo terminaba en cola de pez.

Las princesas se pasaban el día jugando en las inmensas salas del palacio, en cuyas paredes crecían flores. Cuando se abrían los grandes ventanales de ámbar, los peces entraban nadando, como hacen en nuestras tierras las golondrinas cuando les abrimos las ventanas. Y los peces se acercaban a las princesas, comiendo de sus manos y dejándose acariciar.

Frente al palacio había un gran jardín, con árboles de color rojo de fuego y azul oscuro;

sus frutos brillaban como oro, y las flores parecían llamas, por el constante movimiento de los pecíolos y las hojas. El suelo lo formaba arena finísima, azul como la llama del azufre. De arriba descendía un maravilloso resplandor azul; más que estar en el fondo del mar, se tenía la impresión de estar en las capas altas de la atmósfera, con el cielo por encima y por debajo.

Cuando no soplaba viento, se veía el sol; parecía una flor purpúrea, cuyo cáliz irradiaba luz.

Cada princesita tenía su propio trocito en el jardín, donde cavaba y plantaba lo que le venía en gana. Una había dado a su porción forma de ballena; otra había preferido que tuviese la de una sirenita. En cambio, la menor hizo la suya circular, como el sol, y todas sus flores eran rojas, como él. Era una chiquilla muy especial, callada y cavilosa, y mientras sus hermanas hacían gran fiesta con los objetos más raros procedentes de los barcos naufragados, ella sólo jugaba con una estatua de mármol, además de las rojas flores semejantes al sol. La estatua representaba un niño hermosísimo,

esculpido en un mármol muy blanco y nítido; las olas la habían arrojado al fondo del océano. La princesa plantó junto a la estatua un sauce llorón color de rosa; el árbol creció espléndidamente, y sus ramas colgaban sobre el niño de mármol, proyectando en el arenoso fondo azul su sombra violeta, que se movía a compás de aquéllas; parecía como si las ramas y las raíces jugasen unas con otras y se besasen.

Lo que más encantaba a la princesa era oír hablar del mundo de los hombres, de allá arriba; la abuela tenía que contarle todo cuanto sabía de barcos y ciudades, de hombres y animales. Se admiraba sobre todo de que en la tierra las flores tuvieran olor, pues las del fondo del mar no olían a nada; y la sorprendía también que los bosques fuesen verdes, y que los peces que se movían entre los árboles cantasen tan melodiosamente. Se refería a los pajarillos, que la abuela llamaba peces, para que las niñas pudieran entenderla, pues no habían visto nunca aves.

—Cuando cumpláis quince años —dijo la abuela— se os dará permiso para salir de las

aguas, sentaros a la luz de la luna en los arrecifes y ver los barcos que pasan; entonces veréis también bosques y ciudades.

Al año siguiente, la mayor de las hermanas cumplió los quince años; todas se llevaban un año de diferencia, por lo que la menor debía aguardar todavía cinco, hasta poder salir del fondo del mar y ver cómo son las cosas en nuestro mundo. Pero la mayor prometió a las demás que al primer día les contaría lo que viera y lo que le hubiera parecido más hermoso; pues por más cosas que su abuela les contase siempre quedaban muchas que ellas estaban curiosas por saber.

Ninguna, sin embargo, se mostraba tan impaciente como la menor, precisamente porque debía esperar aún tanto tiempo y porque era tan callada y retraída. Se pasaba muchas noches asomada a la ventana, dirigiendo la mirada a lo alto, contemplando, a través de las aguas azuloscuro, cómo los peces correteaban agitando las aletas y la cola. Alcanzaba también a ver la luna y las estrellas, que a través del agua parecían muy pálidas, aunque mucho mayores de como las vemos

nosotros. Cuando una nube negra las tapaba, la princesa sabía que era una ballena que nadaba por encima de ella, o un barco con muchos hombres a bordo, los cuales jamás hubieran pensado en que allá abajo había una joven y encantadora sirena que extendía las blancas manos hacia la quilla del navío.

Llegó, pues, el día en que la mayor de las princesas cumplió quince años, y se remontó hacia la superficie del mar.

A su regreso traía mil cosas que contar, pero lo más hermoso de todo, dijo, había sido el tiempo que había pasado bajo la luz de la luna, en un banco de arena, con el mar en calma, contemplando la cercana costa con una gran ciudad, donde las luces centelleaban como millares de estrellas, y oyendo la música, el ruido y los rumores de los carruajes y las personas; también le había gustado ver los campanarios y torres y escuchar el tañido de las campanas.

¡Ah, con cuánta avidez la escuchaba su hermana menor! Cuando, ya anochecido, salió a la ventana a mirar a través de las aguas azules, no pensaba en otra cosa sino en la gran

ciudad, con sus ruidos y su bullicio, y le parecía oír el son de las campanas, que llegaba hasta el fondo del mar.

Al año siguiente, la segunda obtuvo permiso para subir a la superficie y nadar en todas direcciones. Emergió en el momento preciso en que el sol se ponía, y aquel espectáculo le pareció el más sublime de todos. De un extremo el otro, el sol era como de oro —dijo—, y las nubes, ¡oh, las nubes, quién sería capaz de describir su belleza! Habían pasado encima de ella, rojas y moradas, pero con mayor rapidez volaba aún, semejante a un largo velo blanco, una bandada de cisnes salvajes; volaban en dirección al sol; pero el astro se ocultó, y en un momento desapareció el tinte rosado del mar y de las nubes.

Al cabo de otro año tocóle el turno a la hermana tercera, la más audaz de todas; por eso remontó un río que desembocaba en el mar. Vio deliciosas colinas verdes cubiertas de pámpanos, y palacios y cortijos que destacaban entre magníficos bosques; oyó el canto de los pájaros, y el calor del sol era tan intenso, que la sirena tuvo que sumergirse varias veces para

refrescarse el rostro ardiente. En una pequeña bahía se encontró con una multitud de chiquillos que corrían desnudos y chapoteaban en el agua. Quiso jugar con ellos, pero los pequeños huyeron asustados, y entonces se le acercó un animalito negro, un perro; jamás había visto un animal parecido, y como ladraba terriblemente, la princesa tuvo miedo y corrió a refugiarse en alta mar. Nunca olvidaría aquellos soberbios bosques, las verdes colinas y el tropel de chiquillos, que podían nadar a pesar de no tener cola de pez.

La cuarta de las hermanas no fue tan atrevida; no se movió del alta mar, y dijo que éste era el lugar más hermoso; desde él se divisaba un espacio de muchas millas, y el cielo semejaba una campana de cristal. Había visto barcos, pero a gran distancia; parecían gaviotas; los graciosos delfines habían estado haciendo piruetas, y enormes ballenas la habían cortejado proyectando agua por las narices como centenares de surtidores.

Al otro año tocó el turno a la quinta hermana; su cumpleaños caía justamente en invierno; por eso vio lo que las demás no habían visto la

primera vez. El mar aparecía intensamente verde, y en derredor flotaban grandes icebergs, parecidos a perlas —dijo— y, sin embargo, mucho mayores que los campanarios que construían los hombres. Adoptaban las formas más caprichosas y brillaban como diamantes. Ella se había sentado en la cúspide del más voluminoso, y todos los veleros se desviaban aterrorizados del lugar donde ella estaba, con su larga cabellera ondeando al impulso del viento; pero hacia el atardecer el cielo se había cubierto de nubes, y habían estallado relámpagos y truenos, mientras el mar, ahora negro, levantaba los enormes bloques de hielo que brillaban a la roja luz de los rayos. En todos los barcos arriaban las velas, y las tripulaciones eran presa de angustia y de terror; pero ella había seguido sentada tranquilamente en su iceberg contemplando los rayos azules que zigzagueaban sobre el mar reluciente.

La primera vez que una de las hermanas salió a la superficie del agua, todas las demás quedaron encantadas oyendo las novedades y bellezas que había visto; pero una vez tuvieron permiso para subir cuando les viniera en gana,

aquel mundo nuevo pasó a ser indiferente para ellas. Sentían la nostalgia del suyo, y al cabo de un mes afirmaron que sus parajes submarinos eran los más hermosos de todos, y que se sentían muy bien en casa.

Algún que otro atardecer, las cinco hermanas se cogían de la mano y subían juntas a la superficie. Tenían bellísimas voces, mucho más bellas que cualquier humano y cuando se fraguaba alguna tempestad, se situaban ante los barcos que corrían peligro de naufragio, y con arte exquisito cantaban a los marineros las bellezas del fondo del mar, animándolos a no temerlo; pero los hombres no comprendían sus palabras, y creían que eran los ruidos de la tormenta, y nunca les era dado contemplar las magnificencias del fondo, pues si el barco se iba a pique, los tripulantes se ahogaban, y al palacio del rey del mar sólo llegaban cadáveres.

Cuando, al anochecer, las hermanas, cogidas del brazo, subían a la superficie del océano, la menor se quedaba abajo sola, mirándolas con ganas de llorar; pero una sirena no tiene lágrimas, y por eso es mayor su sufrimiento.

—¡Ay si tuviera quince años! —decía—. Sé que me gustará el mundo de allá arriba, y amaré a los hombres que lo habitan.

Y como todo llega en este mundo, al fin cumplió los quince años. —Bien, ya eres mayor —le dijo la abuela, la anciana reina viuda—. Ven, que te ataviaré como a tus hermanas—. Y le puso en el cabello una corona de lirios blancos; pero cada pétalo era la mitad de una perla, y la anciana mandó adherir ocho grandes ostras a la cola de la princesa como distintivo de su alto rango.

—¡Duele! —exclamaba la doncella.

—Hay que sufrir para ser hermosa —contestó la anciana.

La doncella de muy buena gana se habría sacudido todos aquellos adornos y la pesada diadema, para quedarse vestida con las rojas flores de su jardín; pero no se atrevió a introducir novedades. —¡Adiós! —dijo, elevándose, ligera y diáfana a través del agua, como una burbuja.

El sol acababa de ocultarse cuando la sirena asomó la cabeza a la superficie; pero las nubes

relucían aún como rosas y oro, y en el rosado cielo brillaba la estrella vespertina, tan clara y bella; el aire era suave y fresco, y en el mar reinaba absoluta calma. Había a poca distancia un gran barco de tres palos; una sola vela estaba izada, pues no se movía ni la más leve brisa, y en cubierta se veían los marineros por entre las jarcias y sobre las pértigas. Había música y canto, y al oscurecer encendieron centenares de farolillos de colores; parecía como si ondeasen al aire las banderas de todos los países. La joven sirena se acercó nadando a las ventanas de los camarotes, y cada vez que una ola la levantaba, podía echar una mirada a través de los cristales, límpidos como espejos, y veía muchos hombres magníficamente ataviados. El más hermoso, empero, era el joven príncipe, de grandes ojos negros. Seguramente no tendría más allá de dieciséis años; aquel día era su cumpleaños, y por eso se celebraba la fiesta. Los marineros bailaban en cubierta, y cuando salió el príncipe se dispararon más de cien cohetes, que brillaron en el aire, iluminándolo como la luz de día, por lo cual la sirena, asustada, se apresuró a sumergirse unos momentos; cuando volvió a

asomar a flor de agua, le pareció como si todas las estrellas del cielo cayesen sobre ella. Nunca había visto fuegos artificiales. Grandes soles zumbaban en derredor, magníficos peces de fuego surcaban el aire azul, reflejándose todo sobre el mar en calma. En el barco era tal la claridad, que podía distinguirse cada cuerda, y no digamos los hombres. ¡Ay, qué guapo era el joven príncipe! Estrechaba las manos a los marinos, sonriente, mientras la música sonaba en la noche.

Pasaba el tiempo, y la pequeña sirena no podía apartar los ojos del navío ni del apuesto príncipe. Apagaron los faroles de colores, los cohetes dejaron de elevarse y cesaron también los cañonazos, pero en las profundidades del mar aumentaban los ruidos. Ella seguía meciéndose en la superficie, para echar una mirada en el interior de los camarotes a cada vaivén de las olas. Luego el barco aceleró su marcha, izaron todas las velas, una tras otra, y, a medida que el oleaje se intensificaba, el cielo se iba cubriendo de nubes; en la lejanía zigzagueaban ya los rayos. Se estaba preparando una tormenta horrible, y los

marinos hubieron de arriar nuevamente las velas. El buque se balanceaba en el mar enfurecido, las olas se alzaban como enormes montañas negras que amenazaban estrellarse contra los mástiles; pero el barco seguía flotando como un cisne, hundiéndose en los abismos y levantándose hacia el cielo alternativamente, juguete de las aguas enfurecidas. A la joven sirena le parecía aquello un delicioso paseo, pero los marineros pensaban muy de otro modo. El barco crujía y crepitaba, las gruesas planchas se torcían a los embates del mar. El palo mayor se partió como si fuera una caña, y el barco empezó a tambalearse de un costado al otro, mientras el agua penetraba en él por varios puntos. Sólo entonces comprendió la sirena el peligro que corrían aquellos hombres; ella misma tenía que ir muy atenta para esquivar los maderos y restos flotantes. Unas veces la oscuridad era tan completa, que la sirena no podía distinguir nada en absoluto; otras veces los relámpagos daban una luz vivísima, permitiéndole reconocer a los hombres del barco. Buscaba especialmente al príncipe, y, al partirse el navío, lo vio hundirse en las profundidades del

mar. Su primer sentimiento fue de alegría, pues ahora iba a tenerlo en sus dominios; pero luego recordó que los humanos no pueden vivir en el agua, y que el hermoso joven llegaría muerto al palacio de su padre. No, no era posible que muriese; por eso echó ella a nadar por entre los maderos y las planchas que flotaban esparcidas por la superficie, sin parar mientes en que podían aplastarla. Hundiéndose en el agua y elevándose nuevamente, llegó al fin al lugar donde se encontraba el príncipe, el cual se hallaba casi al cabo de sus fuerzas; los brazos y piernas empezaban a entumecérsele, sus bellos ojos se cerraban, y habría sucumbido sin la llegada de la sirenita, la cual sostuvo su cabeza fuera del agua y se abandonó al impulso de las olas.

Al amanecer, la tempestad se había calmado, pero del barco no se veía el menor resto; el sol se elevó, rojo y brillante, del seno del mar, y pareció como si las mejillas del príncipe recobrasen la vida, aunque sus ojos permanecían cerrados. La sirena estampó un beso en su hermosa y despejada frente y le apartó el cabello empapado; entonces lo

encontró parecido a la estatua de mármol de su jardincito; volvió a besarlo, deseosa de que viviese.

La tierra firme apareció ante ella: altas montañas azules, en cuyas cimas resplandecía la blanca nieve, como cisnes allí posados; en la orilla se extendían soberbios bosques verdes, y en primer término había un edificio que no sabía lo que era, pero que podía ser una iglesia o un convento. En su jardín crecían naranjos y limoneros, y ante la puerta se alzaban grandes palmeras. El mar formaba una pequeña bahía, resguardada de los vientos, pero muy profunda, que se alargaba hasta unas rocas cubiertas de fina y blanca arena. A ella se dirigió con el bello príncipe y, depositándolo en la playa, tuvo buen cuidado de que la cabeza quedase bañada por la luz del sol.

Las campanas estaban doblando en el gran edificio blanco, y un grupo de muchachas salieron al jardín. Entonces la sirena se alejó nadando hasta detrás de unas altas rocas que sobresalían del agua, y, cubriéndose la cabeza y el pecho de espuma del mar para que nadie

pudiese ver su rostro, se puso a espiar quién se acercaría al pobre príncipe.

Al poco rato llegó junto a él una de las jóvenes, que pareció asustarse grandemente, pero sólo por un momento. Fue en busca de sus compañeras, y la sirena vio cómo el príncipe volvía a la vida y cómo sonreía a las muchachas que lo rodeaban; sólo a ella no le sonreía, pues ignoraba que lo había salvado. Sintióse muy afligida, y cuando lo vio entrar en el vasto edificio, se sumergió tristemente en el agua y regresó al palacio de su padre.

Siempre había sido de temperamento taciturno y caviloso, pero desde aquel día lo fue más aún. Sus hermanas le preguntaron qué había visto en su primera salida, mas ella no les contó nada.

Muchas veces a la hora del ocaso o del alba se remontó al lugar donde había dejado al príncipe. Vio cómo maduraban los frutos del jardín y cómo eran recogidos; vio derretirse la nieve de las altas montañas, pero nunca al príncipe; por eso cada vez volvía al palacio triste y afligida. Su único consuelo era sentarse en el jardín, enlazando con sus brazos la

hermosa estatua de mármol, aquella estatua que se parecía al guapo doncel; pero dejó de cuidar sus flores, que empezaron a crecer salvajes, invadiendo los senderos y entrelazando sus largos tallos y hojas en las ramas de los árboles, hasta tapar la luz por completo.

Por fin, incapaz de seguir guardando el secreto, lo comunicó a una de sus hermanas, y muy pronto lo supieron las demás; pero, aparte de ellas y unas pocas sirenas de su intimidad, nadie más se enteró de lo ocurrido. Una de las amigas pudo decirle quién era el príncipe, pues había presenciado también la fiesta del barco y sabía cuál era su patria y dónde se hallaba su palacio.

—Ven, hermanita —dijeron las demás princesas, y pasando cada una el brazo en torno a los hombros de la otra, subieron en larga hilera a la superficie del mar, en el punto donde sabían que se levantaba el palacio del príncipe.

Estaba construido de una piedra brillante, de color amarillo claro, con grandes escaleras de mármol, una de las cuales bajaba hasta el

mismo mar. Magníficas cúpulas doradas se elevaban por encima del tejado, y entre las columnas que rodeaban el edificio había estatuas de mármol que parecían tener vida. A través de los nítidos cristales de las altas ventanas podían contemplarse los hermosísimos salones adornados con preciosos tapices y cortinas de seda, y con grandes cuadros en las paredes; una delicia para los ojos.

En el salón mayor, situado en el centro, murmuraba un grato surtidor, cuyos chorros subían a gran altura hacia la cúpula de cristales, a través de la cual la luz del sol llegaba al agua y a las hermosas plantas que crecían en la enorme pila.

Desde que supo dónde residía el príncipe, se dirigía allí muchas tardes y muchas noches, acercándose a tierra mucho más de lo que hubiera osado cualquiera de sus hermanas; incluso se atrevía a remontar el canal que corría por debajo de la soberbia terraza levantada sobre el agua. Se sentaba allí y se quedaba contemplando a su amado, el cual

creía encontrarse solo bajo la clara luz de la luna.

Varias noches lo vio navegando en su preciosa barca, con música y con banderas ondeantes; ella escuchaba desde los verdes juncales, y si el viento acertaba a cogerle el largo velo plateado haciéndolo visible, él pensaba que era un cisne con las alas desplegadas.

Muchas noches que los pescadores se hacían a la mar con antorchas encendidas, les oía encomiar los méritos del joven príncipe, y entonces se sentía contenta de haberle salvado la vida, cuando flotaba medio muerto, a merced de las olas; y recordaba cómo su cabeza había reposado en su seno, y con cuánto amor lo había besado ella. Pero él lo ignoraba; ni en sueños la conocía.

Cada día iba sintiendo más afecto por los hombres; cada vez sentía mayores deseos de subir hasta ellos, hasta su mundo, que le parecía mucho más vasto que el propio: podían volar en sus barcos por la superficie marina, escalar montañas más altas que las nubes; poseían tierras cubiertas de bosques y campos, que se extendían mucho más allá de donde

alcanzaba la vista. Había muchas cosas que hubiera querido saber, pero sus hermanas no podían contestar a todas sus preguntas. Por eso acudió a la abuela, la cual conocía muy bien aquel mundo superior, que ella llamaba, con razón, los países sobre el mar.

—Suponiendo que los hombres no se ahoguen —preguntó la pequeña sirena—, ¿viven eternamente? ¿No mueren como nosotras, los seres submarinos?

—Sí —dijo la abuela—, ellos mueren también, y su vida es más breve todavía que la nuestra. Nosotras podemos alcanzar la edad de trescientos años, pero cuando dejamos de existir nos convertimos en simple espuma, que flota sobre el agua, y ni siquiera nos queda una tumba entre nuestros seres queridos. No poseemos un alma inmortal, jamás renaceremos; somos como la verde caña: una vez la han cortado, jamás reverdece. Los humanos, en cambio, tienen un alma, que vive eternamente, aun después que el cuerpo se ha transformado en tierra; un alma que se eleva a través del aire diáfano hasta las rutilantes estrellas. Del mismo modo que nosotros

emergemos del agua y vemos las tierras de los hombres, así también ascienden ellos a sublimes lugares desconocidos, que nosotros no veremos nunca.

—¿Por qué no tenemos nosotras un alma inmortal? —preguntó, afligida, la pequeña sirena—. Gustosa cambiaría yo mis centenares de años de vida por ser sólo un día una persona humana y poder participar luego del mundo celestial.

—¡No pienses en eso! —dijo la vieja—. Nosotras somos mucho más dichosas y mejores que los humanos de allá arriba.

—Así, pues, ¿moriré y vagaré por el mar convertida en espuma, sin oír la música de las olas, ni ver las hermosas flores y el rojo globo del sol? ¿No podría hacer nada para adquirir un alma inmortal?

—No —dijo la abuela—. Hay un medio, sí, pero es casi imposible: sería necesario que un hombre te quisiera con un amor más intenso del que tiene a su padre y su madre; que se aferrase a ti con todas sus potencias y todo su amor, e hiciese que un sacerdote enlazase

vuestras manos, prometiéndote fidelidad aquí y para toda la eternidad. Entonces su alma entraría en tu cuerpo, y tú también tendrías parte en la bienaventuranza reservada a los humanos. Te daría alma sin perder por ello la suya. Pero esto jamás podrá suceder. Lo que aquí en el mar es hermoso, me refiero a tu cola de pez, en la tierra lo encuentran feo. No sabrían comprenderlo; para ser hermosos, ellos necesitan dos apoyos macizos, que llaman piernas.

La pequeña sirena consideró con un suspiro su cola de pez.

—No nos pongamos tristes —la animó la vieja—. Saltemos y brinquemos durante los trescientos años que tenemos de vida. Es un tiempo muy largo; tanto mejor se descansa luego. Esta noche celebraremos un baile de gala.

La fiesta fue de una magnificencia como nunca se ve en la tierra. Las paredes y el techo del gran salón eran de grueso cristal, pero transparente. Centenares de enormes conchas, color de rosa y verde, se alineaban a uno y otro lado con un fuego de llama azul que iluminaba

toda la sala y proyectaba su luz al exterior, a través de las paredes, y alumbraba el mar, permitiendo ver los innúmeros peces, grandes y chicos, que nadaban junto a los muros de cristal: unos, con brillantes escamas purpúreas; otros, con reflejos dorados y plateados. Por el centro de la sala fluía una ancha corriente, y en ella bailaban los moradores submarinos al son de su propio y delicioso canto; los humanos de nuestra tierra no tienen tan bellas voces. La joven sirena era la que cantaba mejor; los asistentes aplaudían, y por un momento sintió un gozo auténtico en su corazón, al percatarse de que poseía la voz más hermosa de cuantas existen en la tierra y en el mar. Pero muy pronto volvió a acordarse del mundo de lo alto; no podía olvidar al apuesto príncipe, ni su pena por no tener como él un alma inmortal.

Por eso salió disimuladamente del palacio paterno y, mientras en él todo eran cantos y regocijo, se estuvo sentada en su jardincito, presa de la melancolía.

En éstas oyó los sones de un cuerno que llegaban a través del agua, y pensó: «De seguro que en estos momentos está surcando las olas

aquel ser a quien quiero más que a mi padre y a mi madre, aquél que es dueño de todos mis pensamientos y en cuya mano quisiera yo depositar la dicha de toda mi vida. Lo intentaré todo para conquistarlo y adquirir un alma inmortal. Mientras mis hermanas bailan en el palacio, iré a la mansión de la bruja marina, a quien siempre tanto temí; pero tal vez ella me aconseje y me ayude».

Y la sirenita se encaminó hacia el rugiente torbellino, tras el cual vivía la bruja. Nunca había seguido aquel camino, en el que no crecían flores ni algas; un suelo arenoso, pelado y gris, se extendía hasta la fatídica corriente, donde el agua se revolvía con un estruendo semejante al de ruedas de molino, arrastrando al fondo todo lo que se ponía a su alcance. Para llegar a la mansión de la hechicera, nuestra sirena debía atravesar aquellos siniestros remolinos; y en un largo trecho no había más camino que un cenagal caliente y burbujeante, que la bruja llamaba su turbera. Detrás estaba su casa, en medio de un extraño bosque. Todos los árboles y arbustos eran pólipos, mitad animales, mitad plantas;

parecían serpientes de cien cabezas salidas de la tierra; las ramas eran largos brazos viscosos, con dedos parecidos a flexibles gusanos, y todos se movían desde la raíz hasta la punta. Rodeaban y aprisionaban todo lo que se ponía a su alcance, sin volver ya a soltarlo. La sirenita se detuvo aterrorizada; su corazón latía de miedo y estuvo a punto de volverse; pero el pensar en el príncipe y en el alma humana le infundió nuevo valor. Atóse firmemente alrededor de la cabeza el largo cabello flotante para que los pólipos no pudiesen agarrarlo, dobló las manos sobre el pecho y se lanzó hacia delante como sólo saben hacerlo los peces, deslizándose por entre los horribles pólipos que extendían hacia ella sus flexibles brazos y manos. Vio cómo cada uno mantenía aferrado, con cien diminutos apéndices semejantes a fuertes aros de hierro, lo que había logrado sujetar. Cadáveres humanos, muertos en el mar y hundidos en su fondo, salían a modo de blancos esqueletos de aquellos demoníacos brazos. Apresaban también remos, cajas y huesos de animales terrestres; pero lo más horrible era el cadáver

de una sirena, que habían capturado y estrangulado.

Llegó luego a un vasto pantano, donde se revolcaban enormes serpientes acuáticas, que exhibían sus repugnantes vientres de color blancoamarillento. En el centro del lugar se alzaba una casa, construida con huesos blanqueados de náufragos humanos; en ella moraba la bruja del mar, que a la sazón se entretenía dejando que un sapo comiese de su boca, de igual manera como los hombres dan azúcar a un lindo canario. A las gordas y horribles serpientes acuáticas las llamaba sus polluelos y las dejaba revolcarse sobre su pecho enorme y cenagoso.

—Ya sé lo que quieres —dijo la bruja—. Cometes una estupidez, pero estoy dispuesta a satisfacer tus deseos, pues te harás desgraciada, mi bella princesa. Quieres librarte de la cola de pez, y en lugar de ella tener dos piernas para andar como los humanos, para que el príncipe se enamore de ti y, con su amor, puedas obtener un alma inmortal—. Y la bruja soltó una carcajada, tan ruidosa y repelente, que los sapos y las culebras cayeron

al suelo, en el que se pusieron a revolcarse. —Llegas justo a tiempo —prosiguió la bruja—, pues de haberlo hecho mañana a la hora de la salida del sol, deberías haber aguardado un año, antes de que yo pudiera ayudarte. Te prepararé un brebaje con el cual te dirigirás a tierra antes de que amanezca. Una vez allí, te sentarás en la orilla y lo tomarás, y en seguida te desaparecerá la cola, encogiéndose y transformándose en lo que los humanos llaman piernas; pero te va a doler, como si te rajasen con una cortante espada. Cuantos te vean dirán que eres la criatura humana más hermosa que han contemplado. Conservarás tu modo de andar oscilante; ninguna bailarina será capaz de balancearse como tú, pero a cada paso que des te parecerá que pisas un afilado cuchillo y que te estás desangrando. Si estás dispuesta a pasar por todo esto, te ayudaré.

—Sí —exclamó la joven sirena con voz palpitante, pensando en el príncipe y en el alma inmortal.

—Pero ten en cuenta —dijo la bruja— que una vez hayas adquirido figura humana, jamás

podrás recuperar la de sirena. Jamás podrás volver por el camino del agua a tus hermanas y al palacio de tu padre; y si no conquistas el amor del príncipe, de tal manera que por ti se olvide de su padre y de su madre, se aferre a ti con alma y cuerpo y haga que el sacerdote una vuestras manos, convirtiéndoos en marido y mujer, no adquirirás un alma inmortal. La primera mañana después de su boda con otra, se partirá tu corazón y te convertirás en espuma flotante en el agua.

—¡Acepto! —contestó la sirena, pálida como la muerte.

—Pero tienes que pagarme —prosiguió la bruja—, y el precio que te pido no es poco. Posees la más hermosa voz de cuantas hay en el fondo del mar, y con ella piensas hechizarle. Pues bien, vas a darme tu voz. Por mi precioso brebaje quiero lo mejor que posees. Yo tengo que poner mi propia sangre, para que el filtro sea cortante como espada de doble filo.

—Pero si me quitas la voz, ¿qué me queda? —preguntó la sirena.

—Tu bella figura —respondió la bruja—, tu paso cimbreante y tus expresivos ojos. Con todo esto puedes turbar el corazón de un hombre. Bien, ¿has perdido ya el valor? Saca la lengua y la cortaré, en pago del milagroso brebaje.

—¡Sea, pues! —dijo la sirena; y la bruja dispuso su caldero para preparar el filtro.

—La limpieza es buena cosa —dijo, fregando el caldero con las serpientes después de hacer un nudo con ellas; luego, arañándose el pecho hasta que asomó su negra sangre, echó unas gotas de ella en el recipiente. El vapor dibujaba las figuras más extraordinarias, capaces de infundir miedo al corazón más audaz. La bruja no cesaba de echar nuevos ingredientes al caldero, y cuando ya la mezcla estuvo en su punto de cocción, produjo un sonido semejante al de un cocodrilo que llora. Quedó al fin listo el brebaje, el cual tenía el aspecto de agua clarísima.

—Ahí lo tienes —dijo la bruja, y, entregándoselo a la sirena, le cortó la lengua, con lo que ésta quedó muda, incapaz de hablar y de cantar.

—Si los pólipos te apresan cuando atravieses de nuevo mi bosque —dijo la hechicera—, arrójales unas gotas de este elixir y verás cómo sus brazos y dedos caen deshechos en mil pedazos—. Pero no fue necesario acudir a aquel recurso, pues los pólipos se apartaron aterrorizados al ver el brillante brebaje que la sirena llevaba en la mano, y que relucía como si fuese una estrella. Así cruzó rápidamente el bosque, el pantano y el rugiente torbellino.

Veía el palacio de su padre; en la gran sala de baile habían apagado las antorchas; seguramente todo el mundo estaría durmiendo. Sin embargo, no se atrevió a llegar hasta él, pues era muda y quería marcharse de allí para siempre. Parecióle que el corazón le iba a reventar de pena. Entró quedamente en el jardín, cortó una flor de cada uno de los arriates de sus hermanas y, enviando al palacio mil besos con la punta de los dedos, se remontó a través de las aguas azules.

El sol no había salido aún cuando llegó al palacio del príncipe y se aventuró por la magnífica escalera de mármol. La luna brillaba con una claridad maravillosa. La sirena ingirió

el ardiente y acre filtro y sintió como si una espada de doble filo le atravesara todo el cuerpo; cayó desmayada y quedó tendida en el suelo como muerta. Al salir el sol volvió en sí; el dolor era intensísimo, pero ante sí tenía al hermoso y joven príncipe, con los negros ojos clavados en ella. La sirena bajó los suyos y vio que su cola de pez había desaparecido, sustituida por dos preciosas y blanquísimas piernas, las más lindas que pueda tener una muchacha; pero estaba completamente desnuda, por lo que se envolvió en su larga y abundante cabellera. Le preguntó el príncipe quién era y cómo había llegado hasta allí, y ella le miró dulce y tristemente con sus ojos azules, pues no podía hablar. Entonces la tomó él de la mano y la condujo al interior del palacio. Como ya le había advertido la bruja, a cada paso que daba era como si anduviera sobre agudos punzones y afilados cuchillos, pero lo soportó sin una queja. De la mano del príncipe subía ligera como una burbuja de aire, y tanto él como todos los presentes se maravillaban de su andar gracioso y cimbreante.

Le dieron vestidos preciosos de seda y muselina; era la más hermosa de palacio, pero era muda, no podía hablar ni cantar. Bellas esclavas vestidas de seda y oro se adelantaron a cantar ante el hijo del Rey y sus augustos padres; una de ellas cantó mejor que todas las demás, y fue recompensada con el aplauso y una sonrisa del príncipe. Entristecióse entonces la sirena, pues sabía que ella habría cantado más melodiosamente aún. «¡Oh! —pensó— si él supiera que por estar a su lado sacrifiqué mi voz para toda la eternidad».

A continuación las esclavas bailaron primorosas danzas, al son de una música incomparable, y entonces la sirena, alzando los hermosos y blanquísimos brazos e incorporándose sobre las puntas de los pies, se puso a bailar con un arte y una belleza jamás vistos; cada movimiento destacaba más su hermosura, y sus ojos hablaban al corazón más elocuentemente que el canto de las esclavas.

Todos quedaron maravillados, especialmente el príncipe, que la llamó su pequeña expósita; y ella siguió bailando, a pesar de que cada vez que su pie tocaba el suelo creía pisar un

agudísimo cuchillo. Dijo el príncipe que quería tenerla siempre a su lado, y la autorizó a dormir delante de la puerta de su habitación, sobre almohadones de terciopelo.

Mandó que le hicieran un traje de amazona para que pudiese acompañarlo a caballo. Y así cabalgaron por los fragantes bosques, cuyas verdes ramas acariciaban sus hombros, mientras los pajarillos cantaban entre las tiernas hojas. Subió con el príncipe a las montañas más altas, y, aunque sus delicados pies sangraban y los demás lo veían, ella seguía a su señor sonriendo, hasta que pudieron contemplar las nubes a sus pies, semejantes a una bandada de aves camino de tierras extrañas.

En palacio, cuando, por la noche, todo el mundo dormía, ella salía a la escalera de mármol a bañarse los pies en el agua de mar, para aliviar su dolor; entonces pensaba en los suyos, a los que había dejado en las profundidades del océano.

Una noche se presentaron sus hermanas, cogidas del brazo, cantando tristemente, mecidas por las olas. Ella les hizo señas y,

reconociéndola, las sirenas se le acercaron y le contaron la pena que les había causado su desaparición. Desde entonces la visitaron todas las noches, y una vez vio a lo lejos incluso a su anciana abuela —que llevaba muchos años sin subir a la superficie— y al rey del mar, con la corona en la cabeza. Ambos le tendieron los brazos, pero sin atreverse a acercarse a tierra como las hermanas.

Cada día aumentaba el afecto que por ella sentía el príncipe, quien la quería como se puede querer a una niña buena y cariñosa; pero nunca le había pasado por la mente la idea de hacerla reina; y, sin embargo, necesitaba llegar a ser su esposa, pues de otro modo no recibiría un alma inmortal, y la misma mañana de la boda del príncipe se convertiría en espuma del mar.

—¿No me amas por encima de todos los demás? —parecían decir los ojos de la pequeña sirena, cuando él la cogía en sus brazos y le besaba la hermosa frente.

—Sí, te quiero más que a todos —respondía él—, porque eres la que tiene mejor corazón, la más adicta a mí, y porque te pareces a una

muchacha a quien vi una vez, pero que jamás volveré a ver. Navegaba yo en un barco que naufragó, y las olas me arrojaron a la orilla cerca de un santuario, en el que varias doncellas cuidaban del culto. La más joven me encontró y me salvó la vida, yo la vi solamente dos veces; era la única a quien yo podría amar en este mundo, pero tú te le pareces, tú casi destierras su imagen de mi alma; ella está consagrada al templo, y por eso mi buena suerte te ha enviado a ti. Jamás nos separaremos.

«¡Ay, no sabe que le salvé la vida! —pensó la sirena—. Lo llevé sobre el mar hasta el bosque donde se levanta el templo, y, disimulada por la espuma, estuve espiando si llegaban seres humanos. Vi a la linda muchacha, a quien él quiere más que a mí». Y exhaló un profundo suspiro, pues llorar no podía. «La doncella pertenece al templo, ha dicho, y nunca saldrá al mundo; no volverán a encontrarse pues, mientras que yo estoy a su lado, lo veo todos los días. Lo cuidaré, lo querré, le sacrificaré mi vida».

Sin embargo, el príncipe debía casarse, y, según rumores, le estaba destinada por esposa la hermosa hija del rey del país vecino. A este fin, armaron un barco magnífico. Se decía que el príncipe iba a partir para visitar las tierras de aquel país; pero en realidad era para conocer a la princesa su hija, y por eso debía acompañarlo un numeroso séquito. La sirenita meneaba, sonriendo, la cabeza; conocía mejor que nadie los pensamientos de su señor.

—¡Debo partir! —le había dicho él—. Debo ver a la bella princesa, mis padres lo exigen, pero no me obligarán a tomarla por novia. No puedo amarla, pues no se parece a la hermosa doncella del templo que es como tú. Si un día debiera elegir yo novia, ésta serías tú, mi muda expósita de elocuente mirada—. La besó los rojos labios, y, jugando con su larga cabellera, apoyó la cabeza sobre su corazón, que soñaba en la felicidad humana y en el alma inmortal.

—¿No te da miedo el mar, mi pequeñina muda? —le dijo cuando ya se hallaban a bordo del navío que debía conducirlos al vecino reino. Y le habló de la tempestad y de la calma, de los extraños peces que pueblan los fondos

marinos y de lo que ven en ellos los buzos; y ella sonreía escuchándolo, pues estaba mucho mejor enterada que otro cualquiera de lo que hay en el fondo del mar.

Una noche de clara luna, cuando todos dormían, excepto el timonel, que permanecía en su puesto, sentóse ella en la borda y clavó la mirada en el fondo de las aguas límpidas. Le pareció que distinguía el palacio de su padre. Arriba estaba su anciana abuela con la corona de plata en la cabeza, mirando a su vez la quilla del barco a través de la rápida corriente. Las hermanas subieron a la superficie y se quedaron también mirándola tristemente, agitando las blancas manos. Ella les hacía señas sonriente, y quería explicarles que estaba bien, que era feliz, pero se acercó el grumete, y las sirenas se sumergieron, por lo que él creyó que aquella cosa blanca que había visto no era sino espuma del mar.

A la mañana siguiente el barco entró en el puerto de la capital del país vecino.

Repicaban todas las campanas, y desde las altas torres llegaba el son de las trompetas, mientras las tropas aparecían formadas con

banderas ondeantes y refulgentes bayonetas. Los festejos se sucedían sin interrupción, con bailes y reuniones; mas la princesa no había llegado aún. Según se decía, la habían educado en un lejano templo, donde había aprendido todas las virtudes propias de su condición. Al fin llegó a la ciudad.

La sirenita estaba impaciente por ver su hermosura, y hubo de confesarse que nunca había visto un ser tan perfecto. Tenía la piel tersa y purísima, y detrás de las largas y oscuras pestañas sonreían unos ojos azuloscuro, de dulce expresión.

—Eres tú —dijo el príncipe— la que me salvó cuando yo yacía como un cadáver en la costa—. Y estrechó en sus brazos a su ruborosa prometida. —¡Ah, qué feliz soy! —añadió dirigiéndose a la sirena—. Se ha cumplido el mayor de mis deseos. Tú te alegrarás de mi dicha, pues me quieres más que todos.

La sirena le besó la mano y sintió como si le estallara el corazón. El día de la boda significaría su muerte y su transformación en espuma.

Fueron echadas al vuelo las campanas de las iglesias; los heraldos recorrieron las calles pregonando la fausta nueva. En todos los altares ardía aceite perfumado en lámparas de plata. Los sacerdotes agitaban los incensarios, y los novios, dándose la mano, recibieron la bendición del obispo. La sirenita, vestida de seda y oro, sostenía la cola de la desposada; pero sus oídos no percibían la música solemne, ni sus ojos seguían el santo rito. Pensaba solamente en su próxima muerte y en todo lo que había perdido en este mundo.

Aquella misma tarde los novios se trasladaron a bordo entre el tronar de los cañones y el ondear de las banderas. En el centro del buque habían erigido una soberbia tienda de oro y púrpura, provista de bellísimos almohadones; en ella dormiría la feliz pareja durante la noche fresca y tranquila.

El viento hinchó las velas, y la nave se deslizó, rauda y suave, por el mar inmenso.

Al oscurecer encendieron lámparas y los marineros bailaron alegres danzas en cubierta. La sirenita recordó su primera salida del mar, en la que había presenciado aquella misma

magnificencia y alegría, y entrando en la danza, voló como vuela la golondrina perseguida, y todos los circunstantes expresaron su admiración; nunca había bailado tan exquisitamente. Parecía como si acerados cuchillos le traspasaran los delicados pies, pero ella no los sentía; más acerbo era el dolor que le hendía el corazón. Sabía que era la última noche que veía a aquél por quien había abandonado familia y patria, sacrificado su hermosa voz y sufrido día tras día tormentos sin fin, sin que él tuviera la más leve sospecha de su sacrificio. Era la última noche que respiraba el mismo aire que él, y que veía el mar profundo y el cielo cuajado de estrellas. La esperaba una noche eterna sin pensamientos ni sueños, pues no tenía alma ni la tendría jamás. Todo fue regocijo y contento a bordo hasta mucho después de medianoche, y ella río y bailó con el corazón lleno de pensamientos de muerte. El príncipe besó a su hermosa novia, y ella acarició el negro cabello de su marido y, cogidos del brazo, se retiraron los dos a descansar en la preciosa tienda.

Se hizo la calma y el silencio en el barco; sólo el timonel seguía en su puesto. La sirenita, apoyados los blancos brazos en la borda, mantenía la mirada fija en Oriente, en espera de la aurora; sabía que el primer rayo de sol la mataría. Entonces vio a sus hermanas que emergían de las aguas, pálidas como ella; sus largas y hermosas cabelleras no flotaban ya al viento; se las habían cortado.

—Las hemos dado a la bruja a cambio de que nos deje acudir en tu auxilio, para que no mueras esta noche. Nos dio un cuchillo, ahí lo tienes. ¡Mira qué afilado es! Antes de que salga el sol debes clavarlo en el corazón del príncipe, y cuando su sangre caliente salpique tus pies, volverá a crecerte la cola de pez y serás de nuevo una sirena, podrás saltar al mar y vivir tus trescientos años antes de convertirte en salada y muerta espuma. ¡Apresúrate! Él o tú debéis morir antes de que salga el sol. Nuestra anciana abuela está tan triste, que se le ha caído la blanca cabellera, del mismo modo que nosotras hemos perdido la nuestra bajo las tijeras de la bruja. ¡Mata al príncipe y vuelve con nosotras! Date prisa, ¿no ves aquellas fajas

rojas en el cielo? Dentro de breves minutos aparecerá el sol y morirás—. Y, con un hondo suspiro, se hundieron en las olas.

La sirenita descorrió el tapiz púrpura que cerraba la tienda y vio a la bella desposada dormida con la cabeza reclinada sobre el pecho del príncipe. Se inclinó, besó la hermosa frente de su amado, miró al cielo donde lucía cada vez más intensamente la aurora, miró luego el afilado cuchillo y volvió a fijar los ojos en su príncipe, que en sueños, pronunciaba el nombre de su esposa; sólo ella ocupaba su pensamiento. La sirena levantó el cuchillo con mano temblorosa, y lo arrojó a las olas con un gesto violento. En el punto donde fue a caer pareció como si gotas de sangre brotaran del agua. Nuevamente miró a su amado con desmayados ojos y, arrojándose al mar, sintió cómo su cuerpo se disolvía en espuma.

Asomó el sol en el horizonte; sus rayos se proyectaron suaves y tibios sobre aquella espuma fría, y la sirenita se sintió libre de la muerte; veía el sol reluciente, y por encima de ella flotaban centenares de transparentes seres bellísimos; a su través podía divisar las blancas

velas del barco y las rojas nubes que surcaban el firmamento. El lenguaje de aquellos seres era melodioso, y tan espiritual, que ningún oído humano podía oírlo, ni ningún humano ojo ver a quienes lo hablaban; sin moverse se sostenían en el aire, gracias a su ligereza. La pequeña sirena vio que, como ellos, tenía un cuerpo, que se elevaba gradualmente del seno de la espuma.

—¿Adónde voy? —preguntó; y su voz resonó como la de aquellas criaturas, tan melodiosa, que ninguna música terrena habría podido reproducirla.

—A reunirte con las hijas del aire —respondieron las otras—. La sirena no tiene un alma inmortal, ni puede adquirirla si no es por mediación del amor de un hombre; su eterno destino depende de un poder ajeno. Tampoco tienen alma inmortal las hijas del aire, pero pueden ganarse una con sus buenas obras. Nosotras volamos hacia las tierras cálidas, donde el aire bochornoso y pestífero mata a los seres humanos; nosotras les procuramos frescor. Esparcimos el aroma de las flores y enviamos alivio y curación. Cuando hemos

laborado por espacio de trescientos años, esforzándonos por hacer todo el bien posible, nos es concedida un alma inmortal y entramos a participar de la felicidad eterna que ha sido concedida a los humanos. Tú, pobrecilla sirena, te has esforzado con todo tu corazón, como nosotras; has sufrido, y sufrido con paciencia, y te has elevado al mundo de los espíritus del aire: ahora puedes procurarte un alma inmortal, a fuerza de buenas obras, durante trescientos años.

La sirenita levantó hacia el sol sus brazos transfigurados, y por primera vez sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. A bordo del buque reinaba nuevamente el bullicio y la vida; la sirena vio al príncipe y a su bella esposa que la buscaban, escudriñando con melancólica mirada la burbujeante espuma, como si supieran que se había arrojado a las olas. Invisible, besó a la novia en la frente y, enviando una sonrisa al príncipe, elevóse con los demás espíritus del aire a las regiones etéreas, entre las rosadas nubes, que surcaban el cielo.

—Dentro de trescientos años nos remontaremos de este modo al reino de Dios.

—Podemos llegar a él antes —susurró una de sus compañeras—. Entramos volando, invisibles, en las moradas de los humanos donde hay niños, y por cada día que encontramos a uno bueno, que sea la alegría de sus padres y merecedor de su cariño, Dios abrevia nuestro período de prueba. El niño ignora cuándo entramos en su cuarto, y si nos causa gozo y nos hace sonreír, nos es descontado un año de los trescientos; pero si damos con un chiquillo malo y travieso, tenemos que verter lágrimas de tristeza, y por cada lágrima se nos aumenta en un día el tiempo de prueba.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Los fantasmas de Scrooge

Charles Dickens

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

PRIMERA ESTROFA - EL FANTASMA DE MARLEY

Marley estaba muerto: empecemos por ahí. Sobre eso no hay ninguna duda. El clérigo, el funcionario, el empresario de pompas fúnebres y la persona que presidió el duelo firmaron el registro del entierro. Lo firmó Scrooge, y el apellido Scrooge hacía bueno cualquier documento en el que apareciera. El viejo Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

Vayamos por partes: no quiero decir con eso que yo sepa, por experiencia propia, qué tiene de especialmente muerto un clavo de puerta. Por lo que a mí respecta, me inclinaría a considerar que un clavo de ataúd es el trozo de hierro más muerto que hay en el mercado. Pero la sabiduría de nuestros antepasados radica en el símil; y mis manos pecadoras no lo perturbarán, porque, de lo contrario, el país iría a la ruina. Me permitirán ustedes, por tanto, que repita, con rotundidad, que Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¿Lo sabía Scrooge? Por supuesto que sí. ¿Cómo podría ser de otra manera? Marley y él habían sido socios no sé cuantísimos años. Scrooge fue además su albacea, administrador, cesionario, legatario del remanente, amigo y única persona que lo acompañó al cementerio. Y ni siquiera Scrooge quedó tan afectado por el triste acontecimiento como para no solemnizarlo —excelente hombre de negocios que era— con un trato de lo más ventajoso el día mismo del funeral.

La mención del funeral de Marley me devuelve al punto de partida. No hay duda de que Marley estaba muerto. Esto hay que entenderlo con toda claridad; de lo contrario la historia que me dispongo a relatar perdería todo su encanto. Si no estuviéramos convencidos de que el padre de Hamlet muere antes de que empiece la obra, no tendría nada de particular que se diera un paseo de noche, con viento de levante, por las murallas de su castillo: no pasaría de hacer lo mismo que cualquier otro caballero de edad avanzada que, después de oscurecido, se presenta de manera imprudente en un sitio ventoso —pongamos el

cementerio de San Pablo— para dejar estupefacto a su hijo, un poco inestable mentalmente.

Scrooge nunca borró el nombre del viejo Marley. Allí seguía, años después, encima de la puerta de su negocio: Scrooge y Marley. A la empresa se la conocía como Scrooge y Marley. Y los recién llegados unas veces llamaban Scrooge a Scrooge, y otras lo llamaban Marley, pero él contestaba en ambos casos. Le daba lo mismo.

Y es que el bueno de Scrooge tenía la mano bien firme en la piedra de afilar. ¡Era un avaro que sabía apretar, arrancar, torcer, empujar, rascar y sobre todo no soltar nunca! Duro y cortante como el pedernal, ningún acero había hecho que se le escapara nunca una chispa de generosidad; cerrado, sellado, solitario como una ostra. El frío interior le helaba las viejas facciones, le mordía la nariz puntiaguda, le arrugaba las mejillas, le agarrotaba las extremidades, le enrojecía los ojos y le amorataba los labios; y se manifestaba hacia el exterior en el tono agrio de su voz. Una escarcha helada le teñía la cabeza, las cejas y la

barbilla enjuta. Siempre lo acompañaba su baja temperatura; helaba su despacho en los días de canícula; y tampoco entraba en calor por el hecho de ser Navidad.

El calor y el frío de fuera le influían muy poco. Ninguna tibieza lo calentaba, ni tiempo invernal alguno lo enfriaba. Ningún viento, por mucho que soplara, era más cortante que él, ninguna nieve que cayera estaba más concentrada en su propósito, ninguna lluvia violenta menos dispuesta a escuchar súplicas. El mal tiempo no sabía cómo hacer presa en él. La lluvia más intensa, la nieve y el granizo, al igual que el aguanieve, solo podían presumir de aventajarlo en una cosa. Ellos, a menudo, caían “con profusión”; en el caso de Scrooge, eso no sucedía nunca.

Nadie lo paraba en la calle para decirle, con alegre sorpresa: “Mi querido Scrooge, ¿qué tal está? ¿Cuándo vendrá a verme?”. Ningún mendigo le pedía un óbolo, ni los niños le preguntaban la hora, ni tampoco hombre o mujer se le acercaron una sola vez en toda su vida para averiguar cómo ir a tal o cual sitio. Incluso los perros de los ciegos parecían

conocerlo; y cuando lo veían acercarse, tiraban de sus dueños para meterlos en un portal o en el interior de un patio, y luego movían la cola como si dijeran: “¡Que no lo vean a uno siempre es más seguro que el mal de ojo, pobre amo mío!”.

Pero ¡qué más le daba a Scrooge! Era precisamente eso lo que le gustaba. Para Scrooge, abrirse camino por los abarrotados senderos de la vida advirtiendo a la buena gente de la conveniencia de guardar las distancias era como engullir pastelillos para el goloso.

Sucedió en cierta ocasión —de todos los días hermosos que hay en el año, una Nochebuena— que el viejo Scrooge trabajaba como de costumbre en su establecimiento. El tiempo era frío, desolado, cortante, neblinoso; y él oía a la gente fuera que estornudaba mientras iba de aquí para allá, que se golpeaba el pecho con las manos y que daba patadas a los adoquines para tratar de calentarse. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya había oscurecido —apenas hubo luz en todo el día— y empezaban a encenderse velas

en las ventanas de los despachos vecinos, como manchas rojizas en un aire gris y espeso. La niebla se introducía por las rendijas y los ojos de las cerraduras y se espesaba tanto en el exterior que, si bien el patio era de los más estrechos, las casas del otro lado no pasaban de simples fantasmas. Al ver las nubes oscuras descender más y más, ennegreciéndolo todo, se podría haber pensado que la Naturaleza había venido a instalarse allí cerca, y que fabricaba cerveza a gran escala.

La puerta del despacho estaba abierta porque Scrooge no quería perder de vista a su empleado, que, situado un poco más lejos, en un sombrío cubículo, una especie de celda de presidiario, pasaba cartas a limpio. Scrooge disponía de un fuego pequeño, pero el del empleado era tan diminuto que parecía no tener más que un trozo de carbón. No podía, sin embargo, añadirle combustible, porque Scrooge guardaba el cubo en su cuarto; y, todas las veces que el pobre desgraciado entraba con la pala, su patrón le anticipaba que no iba a tener más remedio que despedirlo. Con lo que el empleado se ponía su bufanda

blanca y trataba de calentarse con la vela, esfuerzo en el cual, por ser hombre de poca imaginación, fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Que Dios le bendiga! —exclamó una voz alegre. Era el sobrino de Scrooge, y había aparecido tan de repente que aquella exclamación fue la primera señal que recibió su tío de su presencia.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Paparruchas!

Tanto se había calentado caminando a buen paso entre la niebla y el hielo aquel sobrino de Scrooge que estaba todo él resplandeciente, el rostro encendido y cordial; los ojos le brillaban y lanzaba nubes de vapor con la respiración.

—¿Paparruchas las Navidades, tío? —preguntó el recién llegado—. Estoy seguro de que no lo dice en serio.

—Claro que sí —respondió Scrooge—. ¿Por qué demonios estás tan alegre? ¿Qué motivos tienes para regocijarte? No has salido de pobre, que yo sepa.

—Vamos, vamos —replicó alegremente el sobrino—. ¿Qué derecho tiene usted a verlo

todo tan negro? ¿Qué razón aduce para estar taciturno? No le falta dinero, que yo sepa.

Scrooge, incapaz de improvisar sobre la marcha una respuesta contundente, repitió su “¡Bah!”. y concluyó de nuevo con su “¡Paparruchas!”.

—¡No se enfade, tío! —dijo el sobrino.

—¿Cómo no me voy a enfadar —replicó el tío—, si vivo en semejante mundo de estúpidos? ¡Feliz Navidad! ¡Al infierno con vuestra feliz Navidad! ¿Qué son las navidades excepto un tiempo para no tener dinero con que pagar las facturas; para descubrir que ha pasado un año más pero no eres ni una hora más rico; una época para cuadrar tu contabilidad y tener todos tus asientos, a lo largo, nada menos, de doce meses, presentados sin remedio contra ti? Si de mí dependiera —dijo Scrooge lleno de indignación— a todo imbécil que va por ahí con “¡Feliz Navidad!”. en los labios, habría que cocerlo con su propio pudín y enterrarlo con una rama de acebo clavada en el corazón. ¡Te lo aseguro!

—¡Tío! —suplicó el sobrino.

—¡Sobrino! —replicó Scrooge con dureza—. Celebra la Navidad a tu manera y déjame que yo la celebre a la mía.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino—. Pero ¡si usted no la celebra!

—Déjame entonces que la olvide —dijo Scrooge—. ¿Es que a ti te va a servir de algo celebrarla? ¿Te ha servido de algo alguna vez?

—Hay muchas cosas de las que podría haberme beneficiado y que no he sabido aprovechar, me atrevo a decir —replicó el sobrino—. La Navidad entre otras. Pero estoy seguro de que siempre he pensado en ella, cuando llega (aparte de la veneración debida a lo sagrado de su nombre y de su origen, si es que algo relacionado con ella se puede separar de eso), como una buena época; un tiempo de amabilidad, de perdón, de caridad, de alegría; la única época, que yo sepa, en el largo calendario del año, en que hombres y mujeres parecen, de común acuerdo, abrir su corazón sin restricciones, y pensar en sus inferiores como si de verdad fuesen compañeros de viaje hacia la tumba, y no otra raza de criaturas empeñadas en recorridos completamente

distintos. Y en consecuencia, tío, aunque nunca me ha metido en el bolsillo ni una pizca de oro ni de plata, creo que la Navidad me ha hecho bien, y me lo seguirá haciendo; y lo que digo es: ¡que Dios la bendiga!

El empleado, desde su celda, aplaudió sin querer. Como se dio cuenta en el acto de la incorrección cometida, atizó el fuego y acabó para siempre con el último débil destello.

—Como le oiga a usted hacer algún otro ruido —dijo Scrooge— ¡celebrará la Navidad perdiendo su empleo! Eres un orador muy elocuente, caballerete —añadió, volviéndose hacia su sobrino—. Me pregunto por qué no estás aún en el Parlamento.

—No se enfade, tío. ¡Vamos! Venga mañana a cenar con nosotros.

Scrooge dijo que lo vería en el… Sí; cierto que lo hizo. Dijo la frase entera, y añadió que antes lo vería en aquella situación extrema.

—Pero ¿por qué? —exclamó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —gruñó Scrooge, como si aquello fuese la única cosa del mundo más ridícula que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—No, tío, recuerde que tampoco venía usted a verme antes de que eso sucediera.

¿Por qué darlo como una razón para no hacerlo ahora?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—No quiero nada de usted; no le pido nada; ¿por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—Siento, de todo corazón, encontrarlo tan mal dispuesto. Nunca nos hemos peleado, al menos por la parte que me toca. Pero hago este intento en homenaje a la Navidad, y voy a conservar mi humor navideño hasta el final. De manera que, ¡felices navidades, tío!

—¡Buenas tardes! —insistió Scrooge.

—¡Y próspero Año Nuevo!

—¡Buenas tardes!

El sobrino, de todos modos, salió del despacho sin una palabra de enfado. Se detuvo en la puerta para felicitar la Navidad al empleado, quien, pese al frío que estaba pasando, se mostró más cálido que Scrooge, porque devolvió la felicitación con la mayor cordialidad.

—Otro que tal baila —murmuró Scrooge, que oyó lo que decía—: mi empleado, con quince chelines a la semana, mujer e hijos, hablando de una Navidad feliz. Como para irse al manicomio.

El supuesto loco, al abrir la puerta para dejar salir al sobrino de Scrooge, permitió el paso a otras dos personas. Eran caballeros corpulentos, de aspecto agradable, que avanzaron, destocados, hasta entrar en el despacho de Scrooge. Traían en las manos libros y papeles y le hicieron una inclinación de cabeza.

—Scrooge y Marley, según creo —dijo uno de los caballeros, consultando su lista

—.¿Tengo el placer de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años enterrado —replicó Scrooge—. Murió hace siete años, la noche de este mismo día.

—No nos cabe la menor duda de que la liberalidad de la firma está bien representada en la persona del socio supérstite —dijo el caballero, al tiempo que presentaba sus credenciales.

Desde luego que sí, porque habían sido almas gemelas. Ante la ominosa palabra “liberalidad”, Scrooge frunció el entrecejo, movió la cabeza y devolvió las credenciales.

—En esta época festiva, señor Scrooge —dijo el caballero, tomando una pluma—, es, si cabe, más deseable que de ordinario hacer una pequeña donación para los pobres y los necesitados, que sufren lo indecible en el momento presente. A muchos miles de personas les faltan hasta las cosas más necesarias; cientos de miles necesitan los consuelos más elementales, señor mío.

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—En gran número —respondió el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los talleres para los pobres? —quiso saber Scrooge—. ¿Siguen todavía en funcionamiento?

—Así es. Todavía —respondió el caballero—. Bien me gustaría decir que no.

—¿La rueda de disciplina y la Ley de Pobres siguen en pleno vigor, entonces? — insistió Scrooge.

—Las dos se aplican, señor mío.

—Ah. Me temía, por lo que acaba de decirme, que hubiera sucedido algo para detenerlas en su útil operación —dijo Scrooge—. Me alegro de saberlo.

—Como algunos estamos convencidos de que proporcionan en muy escasa medida alegría cristiana al espíritu y al cuerpo —respondió el caballero—, nos hemos propuesto recaudar fondos para comprar a los pobres comida y bebida, y medios para calentarse. Elegimos esta época porque son unas fechas, entre todas, en las que la necesidad se siente en lo más vivo y la abundancia alegra. ¿Con qué cantidad querrá que lo apunte?

—¡Con ninguna! —replicó Scrooge.

—¿Desea hacerlo en el anonimato?

—Deseo que se me deje en paz —dijo Scrooge—. Puesto que me preguntan ustedes lo que deseo, tal es mi respuesta. La Navidad no me procura ninguna alegría y no me puedo permitir alegrar a los desocupados. Ayudo a financiar los establecimientos que he mencionado, que son bastante onerosos; y es ahí donde deben ir quienes carecen de medios.

—Muchos no pueden; y muchos preferirían morir.

—Si prefieren morir —replicó Scrooge—, será mejor que lo hagan y contribuyan a disminuir el exceso de población. Por lo demás, perdónenme, no me consta tal extremo.

—Pero podría llegar a constarle —observó el caballero.

—No es asunto mío —arguyó Scrooge—. Basta con que un hombre entienda sus propios negocios y no interfiera en los de otras personas. Los míos me ocupan todo el tiempo. ¡Buenas tardes, caballeros!

Al ver con claridad meridiana que sería inútil insistir, los caballeros se marcharon. Scrooge

reanudó sus trabajos con una opinión más favorable sobre sí mismo, y con un humor, en su caso, más burlón que de ordinario.

Mientras tanto la niebla y la oscuridad se habían espesado tanto que la gente corría de aquí para allá con teas encendidas, ofreciendo sus servicios para ir delante de los coches de caballos y mostrarles el camino. La centenaria torre de una iglesia, cuya áspera y vieja campana miraba siempre de reojo a Scrooge desde una ventana gótica, se hizo invisible, y daba las horas y los cuartos en las nubes, seguido todo ello de unas vibraciones tan tremendas como si le castañetearan, allá en lo alto, los dientes en su cabeza helada. El frío se volvió intenso. En la calle principal, en la esquina del patio, algunos obreros arreglaban las tuberías del gas, y habían encendido un gran fuego en un brasero, alrededor del cual se reunía un grupo de hombres y muchachos andrajosos: se calentaban las manos y guiñaban, encantados, los ojos delante de las llamas. El agua de la fuente, abandonada a su suerte, se había helado melancólicamente, convirtiéndose en hielo misantrópico. El brillo

de las tiendas donde las ramitas y las bayas de acebo crepitaban al calor de las luces de los escaparates sonrojaba los pálidos rostros de los viandantes. Pollerías y tiendas de ultramarinos se convertían en bromas espléndidas: un desfile glorioso, con el que era prácticamente imposible creer que estuvieran relacionados principios tan grises como tratos y ventas. El lord alcalde, en su poderosa fortaleza del Ayuntamiento, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y criados para celebrar la Navidad como debe hacerse en el hogar del lord alcalde; e incluso el insignificante sastre, al que se había multado con cinco chelines el lunes anterior por estar borracho y mostrarse pendenciero en la calle, removía el pudín del día siguiente en su buhardilla, mientras su flaca esposa y su bebé salían a la calle para comprar carne.

Siguieron aumentando las nubes y el frío. Un frío que penetraba, que cortaba, que mordía. Si el bueno de san Dunstan se hubiera limitado a morderle la nariz al Espíritu Maligno con un toque de mal tiempo como aquél, en lugar de utilizar sus armas habituales, el demonio

habría rugido aún con mayor fuerza. El propietario de una joven naricilla, roída por el frío famélico tanto como los huesos por los perros, se agachó ante el ojo de la cerradura para obsequiarle con un villancico, si bien nada más oír las primeras palabras Dios le conserve, amable señor, o el cuerpo y alegre el corazón, Scrooge se apoderó de una regla con tanta energía y determinación que el cantor huyó, aterrorizado, y abandonó el ojo de la cerradura a la niebla y a la escarcha, mucho más acordes con la disposición anímica del cambista.

Llegó por fin el momento de cerrar la contaduría. A regañadientes Scrooge descendió de su escabel y admitió tácitamente el fin de aquella jornada laboral; el empleado, expectante en su cubículo, apagó al instante la vela y se puso el sombrero.

—Querrá usted tener libre todo el día de mañana, imagino.

—Si es conveniente, señor Scrooge.

—No es conveniente —fue su respuesta—, ni justo. Si le retuviera media corona de su

sueldo, se consideraría tratado injustamente, no me cabe la menor duda.

El empleado esbozó una pálida sonrisa.

—Y, sin embargo —señaló Scrooge—, no le parece injusto que yo pague el sueldo de un día sin recibir trabajo a cambio.

El empleado hizo notar que semejante circunstancia solo se producía una vez al año.

—¡Una excusa poco válida para meterme la mano en el bolsillo todos los 25 de diciembre! —exclamó Scrooge, mientras se abotonaba el abrigo hasta la barbilla—. Y supongo que necesitará el día en su totalidad. Pero pasado mañana trate al menos de estar aquí a su hora.

El empleado prometió que así sería, y Scrooge salió refunfuñando. La oficina quedó cerrada en un santiamén y el empleado, con los largos extremos de su bufanda blanca colgándole por debajo de la cintura (porque no disponía de abrigo), fue a deslizarse veinte veces por un tobogán en Carnhill, detrás de una hilera de muchachos, para celebrar así la Nochebuena, y luego corrió hasta su casa en Camden Town lo

más deprisa que pudo, con la intención de jugar a la gallina ciega.

Scrooge consumió su melancólica cena en su taberna habitual, igualmente melancólica; y, después de leer todos los periódicos y de pasar agradablemente el resto de la velada con su cuaderno de contabilidad, volvió a su casa para acostarse. Vivía en el mismo alojamiento que ocupara antiguamente su difunto socio. Se trataba de una serie de habitaciones oscuras en fila que formaban parte de un viejo edificio sombrío, situado al final de un patio, en un lugar donde resultaba tan absurda su presencia que difícilmente podía dejar de pensarse que había llegado allí corriendo cuando, todavía joven, jugaba al escondite con otras casas, y que luego había terminado por olvidarse de cómo salir. Era ya viejo, y bastante triste, porque allí solo vivía Scrooge: las restantes habitaciones se alquilaban para oficinas. El patio estaba tan oscuro que incluso él, que se conocía de memoria hasta la última piedra, tenía que encontrar el camino a tientas. La niebla y la escarcha se acumulaban de tal manera en su vieja entrada sombría que era

como si el genio del invierno se sentara, tristemente meditabundo, en el umbral.

Si bien es del todo cierto que la aldaba de la puerta no tenía nada de extraordinario, excepto que era muy grande, también es una verdad incontrovertible que Scrooge la había visto, día y noche, todo el tiempo que llevaba residiendo en aquel sitio; quedaba igualmente fuera de duda que el viejo cambista tenía tan poco de lo que se conoce con el nombre de imaginación como cualquier otra persona de la ciudad de Londres, sin excluir —lo que es toda una audacia— al consistorio, a los concejales y a la servidumbre. Tampoco debemos perder de vista que Scrooge no había vuelto a pensar en Marley desde que por la tarde lo habían confundido con su antiguo socio, bajo tierra desde hacía ya siete años. Y luego que alguien venga a explicarme, si es que puede, cómo sucedió que Scrooge, al introducir la llave en la cerradura de la puerta, vio en el llamador, sin que aquel objeto sufriera ningún proceso intermedio de cambio, no una aldaba, sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley. No se trataba de una sombra impenetrable, como los otros objetos del patio, sino que parecía rodearlo una luz siniestra, como de crustáceo en mal estado en un sótano oscuro. Su expresión no tenía nada de enojo ni de ferocidad; se limitaba a mirar a Scrooge como Marley solía hacerlo: con los fantasmales lentes alzados sobre una frente igualmente fantasmal y los cabellos curiosamente alborotados como por el soplo de alguien o por aire caliente; y, si bien los ojos estaban del todo abiertos, no se movían en absoluto. Eso, y su lívida palidez, lo hacían horrible; pero el horror que inspiraba parecía ajeno al rostro y sin control por parte del interesado, por lo que no era, en realidad, un componente de su expresión.

Mientras Scrooge observaba aquel fenómeno, el rostro de Marley volvió a convertirse en llamador.

Decir que el cambista no se sobresaltó ni sintió en sus entrañas una impresión terrible que no había vuelto a experimentar desde la infancia sería faltar a la verdad. Pero colocó de nuevo la mano sobre la llave que había abandonado en

la cerradura, la hizo girar con decisión, entró en la casa y encendió su vela.

Hizo una pausa, al tener un momento de vacilación, antes de cerrar la puerta; y procedió a mirar, precavido, hacia atrás, en primer lugar, como si temiera a medias espantarse con el espectáculo de la coleta de Marley sobresaliendo hacia el vestíbulo. Pero no había nada del otro lado de la puerta, excepto los tornillos y las tuercas que sujetaban el llamador, de manera que dijo “¡Bah!”, y la cerró con fuerza.

El portazo resonó por toda la casa como un trueno. Cada una de las habitaciones de los pisos superiores, así como los toneles en las bodegas del vinatero, se hicieron eco del ruido por propia iniciativa. Pero Scrooge no era hombre que se dejase amedrentar por unos ecos. Cerró la puerta con llave, atravesó el vestíbulo y subió las escaleras; lo hizo despacio y, además, despabiló la vela de camino.

Me hablarán ustedes de subir un coche de seis caballos por una buena y amplia escalera de otros tiempos o de “pasar” en el Parlamento un mal proyecto y convertirlo en Ley; pero lo

que quiero decirles es que se podría haber hecho subir una carroza fúnebre por aquella escalera, incluso colocada de través, con la barra a la que se atan los tirantes de los caballos hacia la pared y la portezuela hacia la balaustrada y hacerlo sin dificultad. Había anchura suficiente para ello y aún sobraba espacio; lo que quizá fuese la razón de que Scrooge creyera ver un coche fúnebre en movimiento que lo precedía en la oscuridad. Media docena de faroles de gas de la calle no hubieran iluminado la entrada por completo, de manera que pueden ustedes suponer que todo seguía bastante oscuro pese a la vela de Scrooge.

Pero el cambista subió, sin importarle un comino todo aquello: la oscuridad es barata y a Scrooge le gustaba. Pero antes de cerrar con llave la puerta de su vivienda, muy pesada, recorrió sus habitaciones para comprobar que todo estaba en orden. Se acordaba lo bastante de la cara fantasmal de Marley para desear hacerlo.

Cuarto de estar, dormitorio, trastero. Todo tranquilo. Nadie debajo de la mesa, nadie

debajo del sofá; un fuego modesto en la chimenea; cuchara y tazón, listos; y un cacillo de gachas (Scrooge estaba resfriado) sobre el fogón. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie en su bata, que colgaba en actitud sospechosa contra la pared. El trastero, como de costumbre. Vieja pantalla de chimenea, zapatos viejos, dos cestas para pescado, lavabo sobre tres patas y un atizador para el fuego.

Satisfecho, cerró la puerta y echó la llave; le dio dos vueltas, algo contrario a sus costumbres. Protegido así contra las sorpresas, se despojó de la corbata; se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir; y se sentó delante de la chimenea para tomarse las gachas.

El fuego era en verdad modesto; insuficiente para una noche tan fría. Scrooge se vio obligado a sentarse muy cerca, y casi a incubarlo para extraer una mínima sensación de calor de tan exiguo montón de combustible. La chimenea era antigua, construida por algún comerciante holandés hacía mucho tiempo, y recubierta de pintorescos azulejos también holandeses, pensados para ilustrar las Sagradas

Escrituras. Allí había Caínes y Abeles, hijas de Faraón, reinas de Saba, mensajeros angélicos que descendían por el aire en nubes como lechos de plumas, Abrahames, Baltasares, apóstoles que se hacían a la mar en barcos con forma de salsera, cientos de figuras para atraer la atención de Scrooge; el rostro de Marley, sin embargo, muerto de siete años, aparecía como la vara de Moisés, y se lo tragaba todo. Si, para empezar, cada liso azulejo hubiese estado en blanco, con capacidad para formar en su superficie una imagen con los fragmentos inconexos de los pensamientos del cambista, habría habido una reproducción de la cabeza del viejo Marley en cada uno de ellos.

—¡Paparruchas! —dijo Scrooge, antes de empezar a pasearse por la habitación.

Después de dar varias vueltas volvió a sentarse. Al reclinar la cabeza en el respaldo de la silla, su mirada tropezó con una campana, una campana en desuso, que colgaba del techo del cuarto de estar y que comunicaba, por algún propósito — olvidado ya—, con una cámara en el piso superior del edificio. Sucedió que, con gran asombro y un miedo extraño,

inexplicable, Scrooge vio que la campana empezaba a balancearse. Al principio tan suavemente que apenas hacía ruido; pero pronto resonó con fuerza, y lo mismo sucedió con todas las campanas de la casa.

Aquello duró quizá medio minuto, o un minuto, pero a Scrooge le pareció una hora. Las campanas callaron como habían empezado, todas al mismo tiempo. Siguió un ruido metálico, muy profundo y subterráneo, como si alguien arrastrase una enorme cadena sobre los barriles en la bodega del vinatero. Scrooge recordó entonces haber oído que cuando se describía a los fantasmas de las casas encantadas siempre arrastraban cadenas.

La puerta de la bodega se abrió con un ruido retumbante, y a continuación Scrooge oyó otro, mucho más fuerte, en el piso de abajo; luego algo subió las escaleras y se dirigió directamente hacia su puerta.

—¡Siguen siendo paparruchas! —dijo Scrooge—. No me lo voy a creer.

Su color cambió, sin embargo, cuando, sin pausa, la aparición atravesó la pesada puerta y

se presentó en la habitación, delante de sus ojos. Al aparecer el fantasma, la llama agonizante dio un salto como si gritase “¡Lo conozco! ¡El difunto Marley!”, antes de volver a caer.

El mismo rostro: exactamente el mismo. Marley con la coleta, el chaleco habitual, calzas y botas; las borlas de estas últimas, erizadas, como la coleta, los faldones del chaquetón y los cabellos. La cadena que arrastraba la llevaba sujeta a la cintura. Era larga, se le enroscaba como una cola y estaba hecha (porque Scrooge la vio muy de cerca) de cajas de caudales, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras, y macizos monederos trabajados en acero. El cuerpo de Marley era transparente, por lo que Scrooge, al contemplarlo y atravesar el chaleco con la vista, veía los dos botones en la parte de atrás del chaquetón.

Scrooge había oído decir a menudo que Marley carecía de entrañas, pero no se lo había creído hasta aquel momento.

No; tampoco se lo creyó, incluso ahora. Pese a examinar al fantasma de arriba abajo y de verlo

delante de él, pese a sentir la influencia heladora de sus ojos, fríos como la muerte, y pese a reparar en la textura misma del pañuelo doblado que le ataba la cabeza y la barbilla, envoltura en la que no había reparado antes, siguió sin creérselo y luchó contra la evidencia de sus sentidos.

—¿Qué significa esto? —dijo Scrooge, tan cáustico y frío como siempre—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Muchas cosas! —La voz de Marley, con toda certeza.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién era.

—¿Quién eras si puede saberse? —dijo Scrooge, alzando la voz—. Muy puntilloso, para no ser más que una sombra. —Iba a decir “sin sombra de duda”, pero al final optó por lo otro, como más apropiado.

—En vida era tu socio, Jacob Marley.

—¿Te es posible…? ¿Te puedes sentar? —preguntó Scrooge, mirándolo, dubitativo.

—Sí que puedo.

—Siéntate, entonces.

Scrooge hizo la pregunta porque ignoraba si un fantasma tan transparente estaba en condiciones de ocupar una silla; y le pareció que, en el caso de que fuera imposible, quizá acarrease la necesidad de una explicación embarazosa. Pero el fantasma tomó asiento en el lado opuesto de la chimenea, como si estuviera muy acostumbrado a hacerlo.

—No crees en mí —señaló el fantasma.

—No —replicó Scrooge.

—¿Qué prueba necesitas de mi existencia, además del testimonio de tus sentidos?

—No lo sé —dijo Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque —respondió Scrooge— la cosa más insignificante los afecta. Un ligero trastorno estomacal hace que te engañen. Puedes ser una tajada de carne mal digerida, media cucharadita de mostaza, un trocito de queso, un pedazo de patata poco hecho. Seas lo que seas me haces pensar más en el asado que en el pasado.

Scrooge no tenía por costumbre hacer chistes, ni tampoco se sentía, en aquel momento, inclinado a mostrarse jocoso. La verdad es que ensayaba el ingenio como manera de distraer sus pensamientos y de superar el miedo; porque la voz del espectro hacía que se estremeciera hasta el tuétano de los huesos.

Quedarse quieto mirando en silencio por un momento aquellos ojos helados, fijos en él, le pareció una prueba sin duda diabólica. Había algo terrible, además, en el hecho de que el espectro se le apareciera rodeado de una atmósfera infernal toda suya. Él no lo sentía personalmente, pero resultaba a todas luces evidente; porque, si bien el fantasma estaba por completo inmóvil, sus cabellos, los faldones y las borlas de las botas seguían agitados como por los vapores calientes de un horno.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo rápidamente a la carga, por la razón que acaba de exponerse, y deseoso, aunque fuera solo por un segundo, de alejar de él la mirada pétrea de su huésped.

—Lo veo —replicó el fantasma.

—No lo estás mirando —se quejó Scrooge.

—Lo veo de todos modos —dijo el otro.

—¡Vaya! —replicó Scrooge—: si acepto que existes, me veré perseguido el resto de mis días por una legión de trasgos, todos de mi propia cosecha. ¡Paparruchas, te lo aseguro! ¡Nada más que paparruchas!

Al oír esto el fantasma lanzó un grito horroroso, y agitó sus cadenas con un ruido tan sombrío y atroz que Scrooge se pegó lo más que pudo a la silla, para evitar desmayarse. Su espanto, sin embargo, creció lo indecible cuando el fantasma procedió a quitarse el pañuelo que le rodeaba la cabeza, como si hiciera demasiado calor para seguir llevándolo dentro de casa, y la mandíbula inferior se le cayó sobre el pecho.

Scrooge se arrodilló, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Piedad! —exclamó—. Espantosa aparición, ¿por qué te ensañas conmigo?

—¡Hombre de corazón mundano! —replicó el fantasma—. ¿Crees en mí o no?

—Creo —dijo Scrooge—. No me queda otro remedio. Pero ¿por qué hay espíritus que caminan por la tierra y por qué se me aparecen?

—A todo hombre se le exige —le contestó el fantasma— que el espíritu que habita en su interior salga fuera, entre sus congéneres, y viaje a lo largo y a lo ancho de la tierra; y si no da ese paso en vida, se le condena a hacerlo después de la muerte. Está obligado a errar por el mundo, ¡ah, desdichado de mí!, y presenciar lo que ya no puede compartir, aunque podría haberlo hecho en vida y ¡convertirlo en felicidad!

De nuevo el espectro lanzó un grito, agitó la cadena y se retorció las manos de sombra.

—Estás encadenado —dijo Scrooge, temblando—. Dime por qué.

—Llevo la cadena que me forjé en vida —replicó el fantasma—. La hice eslabón a eslabón y metro a metro; me la ceñí voluntariamente y voluntariamente la llevo. ¿Te resulta extraña su composición?

Scrooge tembló más y más.

—¿O te gustaría saber —prosiguió el espectro— el peso y la longitud de la espiral inmensa que llevas contigo? Era tan pesada y tan larga como ésta hace siete navidades. Y has seguido trabajando en ella desde entonces. ¡Actualmente es una cadena enorme!

Scrooge contempló el suelo, con el temor de encontrarse rodeado de cincuenta o sesenta brazas de un cable de hierro, pero no vio nada.

—Jacob —dijo, suplicante—. Mi buen Jacob Marley, cuéntame más. ¡Ofréceme algún consuelo!

—No tengo ninguno que darte —replicó el fantasma—. Viene de otras regiones, Ebenezer Scrooge: son otros sus ministros y lo llevan a otra clase de hombres. Como tampoco puedo decirte todo lo que quisiera. Es muy escaso el tiempo que se me concede. No se me está permitido descansar, ni quedarme ni demorarme en ningún sitio. Mi espíritu nunca fue más allá de nuestra casa de cambio, ¡tenlo presente! En vida jamás me aventuré más allá de los estrechos límites de nuestro agujero para cambiar dinero; y ¡son bien fatigosos los viajes que me esperan!

Era costumbre de Scrooge meterse las manos en los bolsillos cuando meditaba. Al considerar lo que acababa de decirle el fantasma hizo ahora lo mismo, aunque sin alzar los ojos ni levantar las rodillas del suelo.

—Habrás ido muy despacio, Jacob —señaló con entonación muy seria, aunque también con humildad y deferencia.

—¡Despacio! —repitió el fantasma.

—Muerto siete años —reflexionó Scrooge—. Y ¡viajando todo el tiempo!

—Todo el tiempo —dijo el fantasma—. Sin descanso ni paz. La tortura incesante del remordimiento.

—¿Viajas deprisa? —preguntó Scrooge.

—En las alas del viento —replicó el fantasma.

—Habrás cubierto mucho terreno en siete años —dijo Scrooge.

El fantasma, al oír esto, gritó de nuevo e hizo un ruido tan espantoso con la cadena en el silencio de la noche que habría estado del todo justificado llevarlo ante los tribunales por alteración del orden público.

—¡Ah! Cautivo, encadenado, cargado de cepos —exclamó el fantasma—, por no saber que habrán de pasar siglos y siglos de trabajo incesante realizado por criaturas inmortales en favor de este planeta antes de que el bien posible se desarrolle en su totalidad. Por no saber que todo espíritu cristiano, aun trabajando en la reducida esfera que se le ha concedido, sea cual fuere, encontrará demasiado breve la vida mortal para sus enormes posibilidades de hacerse útil. Por no saber que la inmensidad del remordimiento no compensa las ocasiones perdidas en la propia vida. Pero eso es lo que hice. Así he sido yo.

—Y ¿tu reputación de excelente hombre de negocios, Jacob? —balbució Scrooge, que empezaba a aplicarse todo aquello.

—¡Negocios! —exclamó el fantasma, retorciéndose las manos una vez más—. La humanidad era mi negocio. El bienestar de todos era mi negocio; caridad, misericordia, tolerancia y benevolencia eran, todas ellas, mi negocio. ¡Los asuntos de mi profesión no eran más que una gota de agua en el inmenso océano de mis negocios!

Alzó la cadena todo lo que le permitió la longitud de su brazo, como si fuera la causa de todo su estéril pesar, y luego la arrojó sonoramente contra el suelo una vez más.

—Al término de cada año —dijo el espectro— es cuando más sufro. ¿Por qué anduve entre la multitud de mis semejantes con los ojos bajos, sin alzarlos nunca a esa bendita estrella que condujo a los Reyes Magos hasta un humilde pesebre? ¿Es que no había hogares de desposeídos a los que podría haberme conducido con su luz? Scrooge, más consternado que nunca por las palabras apremiantes del espectro, empezó a temblar como una caña agitada por el vendaval.

—¡Escúchame! —exclamó el fantasma—. Se me acaba el tiempo.

—Te escucho —dijo Scrooge—. Pero ¡no seas duro conmigo! ¡No me aplastes con tu elocuencia, Jacob! ¡Te lo ruego!

—No te puedo explicar por qué aparezco ante ti en forma visible. Has de saber que he estado invisible a tu lado muchos, muchísimos días.

No era una idea agradable. Scrooge se estremeció y se secó el sudor de la frente.

—No es ésa una parte insignificante de mi penitencia —prosiguió el espectro—. Me hallo aquí esta noche para avisarte, para advertirte de que todavía tienes una posibilidad y una esperanza de escapar a mi destino. Una oportunidad y una esperanza que te procuro yo, Ebenezer.

—Siempre has sido un buen amigo —dijo Scrooge—. Mil gracias.

—Recibirás la visita —continuó el fantasma— de tres espíritus.

El semblante de Scrooge palideció casi tanto como lo había hecho el de su antiguo socio.

—¿Es ésa la oportunidad y la esperanza de la que has hablado, Jacob? — preguntó, con voz casi inaudible.

—Lo es.

—Creo que… casi preferiría que no se presentaran —dijo Scrooge.

—Sin esas visitas —replicó el fantasma— no esperes evitar el camino que he seguido yo.

Espera al primero mañana, cuando el reloj dé la una de la madrugada.

—¿No podría recibirlos al mismo tiempo y acabar de una vez, Jacob? —sugirió Scrooge.

—El segundo se presentará la noche siguiente a la misma hora. Y el tercero una noche después, cuando haya cesado de resonar la última campanada de las doce. No esperes volver a verme; pero, por tu propio bien, ¡no olvides nada de lo que hemos hablado aquí!

Dichas estas palabras, el espectro recogió el pañuelo que había dejado sobre la mesa y volvió a atárselo, como antes, alrededor de la cabeza. Scrooge lo supo por el ruido seco de los dientes al juntarse las mandíbulas. Se atrevió entonces a alzar los ojos una vez más y vio delante de él a su visitante de ultratumba en actitud erguida y con la cadena recogida por encima y alrededor de un brazo.

La aparición se retiró de espaldas y, con cada paso, la ventana se fue abriendo un poco, por lo que al llegar Marley a su altura estaba abierta de par en par.

Hizo entonces una señal a Scrooge para que se acercara, y el cambista le obedeció. Cuando estaban a dos pasos el uno del otro, el fantasma alzó la mano, indicándole que no se acercara más. Scrooge se detuvo.

No tanto por obediencia como sorprendido y asustado: porque en el momento en que el fantasma alzó la mano advirtió la presencia de ruidos confusos en el aire; rumores incoherentes de pesar y desesperación; gemidos indescriptiblemente apesadumbrados y llenos de remordimientos. El fantasma, después de escuchar unos instantes, se unió al lúgubre coro y desapareció, flotando, en la noche oscura y desolada.

Dominado por la curiosidad, Scrooge siguió al espectro hasta la ventana y miró fuera.

El aire estaba lleno de fantasmas que iban de un lado a otro, como almas en pena, al tiempo que lanzaban gemidos. Todos arrastraban cadenas como el fantasma de Marley; unos cuantos (quizá gobernantes culpables) estaban encadenados juntos, y ninguno libre por completo. A muchos los había conocido Scrooge personalmente. Un viejo fantasma, de

chaleco blanco, al que había tratado de manera bastante íntima, llevaba atada al tobillo una monstruosa caja de caudales, y lloraba lastimeramente por no poder ayudar a una desgraciada mujer con un niño de corta edad, a los que veía debajo, en el quicio de una puerta. El suplicio de todos ellos era, sin duda, que deseaban intervenir, para hacer el bien, en los asuntos humanos, pero habían perdido la capacidad de hacerlo.

Si aquellos seres se disolvieron en la niebla o si la niebla los envolvió es algo que Scrooge no llegó a saber. Pero tanto ellos como sus voces desaparecieron por completo; y la noche volvió a ser como antes, cuando regresaba andando a casa.

Cerró la ventana y examinó la puerta por la que había entrado el espectro. Estaba cerrada con dos vueltas de llave, que él mismo había dado con sus propias manos, y nadie había tocado los cerrojos. Trató de decir: “¡Paparruchas!”, pero se detuvo en la primera sílaba. Y al encontrarse, ya fuese por las emociones sufridas, o la fatiga del día, o el atisbo del mundo invisible, o la triste conversación con el

espectro, o lo avanzado de la hora, muy necesitado de reposo, Scrooge se fue directamente a la cama, sin desvestirse, y se durmió al instante.

SEGUNDA ESTROFA - EL PRIMERO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Cuando Scrooge se despertó, el mundo estaba tan oscuro que, al mirar desde la cama, apenas supo distinguir la ventana de las paredes opacas de su dormitorio. Y se esforzaba, con sus ojos de hurón, por penetrar la oscuridad cuando, en una iglesia vecina, sonaron los cuatro cuartos, de manera que esperó a que el reloj diera la hora.

Con gran sorpresa para él, la enorme campana no se detuvo en las seis; pasó a las siete, de las siete a las ocho y así, sucesivamente, hasta las doce; después se detuvo.

¡Las doce! Y él se había acostado pasadas las dos de la madrugada. El reloj estaba mal. Se le debía de haber helado la maquinaria. ¡Las doce!

Tocó el resorte de su reloj de repetición, para corregir el despropósito del otro. El pulso rápido de su maquinaria latió doce veces y luego se detuvo.

—¡Cómo! ¡No es posible —dijo Scrooge— que haya dormido todo un día y buena parte de la noche siguiente! ¡Tampoco es posible que le haya sucedido algo al sol y que sean las doce del mediodía!

Esta última posibilidad era tan alarmante que saltó de la cama y llegó a tientas hasta la ventana. Se vio obligado a quitar la escarcha con la manga de la bata para poder ver algo; y no fue mucho lo que distinguió. Apenas pudo comprobar que la niebla seguía siendo espesa y el frío intenso, y que no se oía ruido en la calle, ni estrépito de gente corriendo de aquí para allá, como sucedería si la noche hubiera desbancado al luminoso día y tomado posesión del mundo. Eso le supuso un gran alivio, porque, si ya no fuese posible contar los días, ¿no se convertirían sus letras de cambio “a tres días vista, páguese al señor Ebenezer Scrooge o a su orden”, etcétera, etcétera, en algo de tan poco valor como los bonos de Estados Unidos?

Scrooge se acostó de nuevo y se puso a pensar y a pensar, y a dar una y mil vueltas a sus pensamientos, sin llegar a ninguna conclusión. Cuanto más pensaba, más perplejo se sentía; y, cuanto más se esforzaba por no pensar, menos lo conseguía. El fantasma de Marley le preocupaba en grado sumo. Cada vez que decidía, después de madura reflexión, que todo era un sueño, su cerebro regresaba, como cuando se suelta un muelle poderoso, a su primera posición, y planteaba el mismo problema que era necesario volver a resolver: "¿Era o no era un sueño?".

Scrooge siguió en esta situación hasta que el carillón avanzó tres cuartos de hora más, momento en el que, de repente, recordó el aviso de Marley: iba a recibir una visita cuando el reloj diese la una. Decidió seguir despierto hasta que pasase la hora; y, si se tiene presente que dormir le resultaba tan poco factible como ir al Paraíso, ésa fue quizá la decisión más sensata que estaba a su alcance.

El cuarto de hora se le hizo tan largo que más de una vez tuvo el convencimiento de que debía de haberse adormilado sin darse cuenta

y de que había dejado pasar la hora. El reloj, finalmente, resonó en su oído atento.

—¡Talán, talán!

—Y cuarto —dijo Scrooge, contando.

—¡Talán, talán!

—Y media —siguió.

—¡Talán, talán!

—Menos cuarto.

—¡Talán, talán!

—La una —dijo Scrooge, convencido de su triunfo—, y ¡nada más!

Lo dijo antes de que sonara la campana de la hora, que emitió, de inmediato, un tañido profundo, lúgubre, sonoro y melancólico. La luz iluminó al instante el dormitorio y se corrieron las cortinas de su cama.

Les repito que una mano invisible corrió las cortinas de la cama. No las cortinas de los pies, ni las que Scrooge tenía a la espalda, sino aquéllas hacia las que miraba. Las cortinas de su cama se corrieron y Scrooge, incorporándose desde una posición medio recostada, se encontró frente a frente con el

visitante sobrenatural que las había abierto, tan cerca como, ahora, estoy yo de usted: y téngase en cuenta que, en espíritu, estoy pegado a su codo.

Era una figura extraña: semejante a un niño, aunque, más que un niño parecía un anciano visto a través de algún medio sobrenatural que le daba la apariencia de haberse alejado hasta quedar reducido a las proporciones de un niño. El cabello, que le cubría el cuello y le bajaba por la espalda, era blanco, como consecuencia de la edad; el rostro, sin embargo, sin una sola arruga, tenía el color de la primera juventud. Los brazos resultaban muy largos y musculosos; las manos, por su parte, también parecían poseer una fuerza poco común. Las piernas y pies, delicadamente formados, estaban, como los miembros superiores, al descubierto. El fantasma llevaba una túnica del blanco más inmaculado; y un lustroso cinturón, de hermoso brillo, le ceñía la cintura. Sostenía en la mano una rama de acebo fresco y muy verde y, en singular contradicción con aquel emblema invernal, su ropa se adornaba de flores estivales. Pero lo más extraño de todo

era que de lo más alto de la cabeza le surgía un chorro de luz, brillante y clara, que hacía visible todo lo demás, y que era sin duda la ocasión de que utilizara, en los momentos de tristeza, un enorme apagavelas a modo de gorra, el cual sujetaba ahora bajo el brazo.

Aunque ni siquiera esto, cuando Scrooge contempló a su visitante con detenimiento cada vez mayor, era su cualidad más extraña. Porque, si bien su cinturón centelleaba y relucía tan pronto por una parte como por otra, y lo que era claro en un momento se oscurecía acto seguido, la figura sufría las mismas fluctuaciones y se presentaba de maneras diversas: primero era una cosa con un brazo, después con una pierna, luego con veinte piernas; a continuación un par de piernas sin cabeza y acto seguido una cabeza sin cuerpo; y los miembros que desaparecían no dejaban silueta alguna visible en la densa oscuridad en la que se disolvían. A la larga, por un prodigio singular, la aparición volvía a ser la misma de antes, más precisa y visible que nunca.

—¿Sois, señor mío, el espíritu cuya visita me ha sido anunciada? —preguntó Scrooge.

—¡Lo soy!

La voz era suave y amable. Singularmente baja, como si en lugar de hallarse muy cerca, casi a su lado, se encontrase a gran distancia.

—¿Quién sois y a qué os dedicáis? —quiso saber Scrooge.

—Soy el fantasma de las navidades pasadas.

—¿Pasadas desde hace mucho? —inquirió Scrooge, fijándose en su reducida estatura.

—No; de tus navidades pasadas.

Quizás Scrooge no habría sabido explicarle a nadie el porqué, si se lo hubieran preguntado, pero sintió un gran deseo de ver al espíritu con su gorra, por lo que le suplicó que se cubriera.

—¡Cómo! —exclamó el fantasma—, ¿apagarías tan pronto, con manos mundanas, la luz que doy? ¿No basta con que seas uno de aquéllos cuyas pasiones fabrican esta gorra, y que me han forzado, a través de los siglos, a llevarla bien hundida sobre la frente?

Scrooge, respetuoso, negó toda intención de ofender y rechazó la posibilidad de haber “cubierto” al espíritu de manera deliberada en cualquier etapa de su vida. Después hizo de tripas corazón para preguntarle qué asunto le traía a su casa.

—¡Tu felicidad! —exclamó el fantasma.

Scrooge manifestó su agradecimiento, pero no pudo por menos de pensar que una noche de descanso sin interrupciones habría contribuido mucho más a procurarle semejante fin. El espíritu debía de oír sus pensamientos, porque dijo de inmediato:

—Tu salvación, si lo prefieres. ¡Ten cuidado!

Extendió la mano mientras hablaba y le tomó amablemente por el brazo.

—¡Levántate y sígueme!

Habría sido inútil que Scrooge objetara que el mal tiempo y la hora no eran propicios para un paseo a pie; que la cama estaba tibia, y el termómetro muy por debajo de cero; que se hallaba insuficientemente vestido con sus zapatillas, bata y gorro de dormir; y que estaba acatarrado en aquel momento. La presión,

aunque tan suave como la de una mano de mujer, era imposible de resistir. Scrooge se alzó, pero, al descubrir que el espíritu se dirigía hacia la ventana, lo sujetó por la túnica, suplicante.

—Soy mortal —protestó—, y propenso a caer.

—Permite tan solo que mi mano te toque ahí —dijo el espectro, colocándosela sobre el corazón—, porque eso bastará para sostenerte además en otras muchas pruebas.

Mientras el espíritu pronunciaba aquellas palabras, atravesaron la pared y se encontraron en una carretera rural, con campos a los lados. La ciudad había desaparecido por completo. No quedaba el menor rastro de ella y habían desaparecido, además, la oscuridad y la niebla, porque era un día de invierno claro y frío, con nieve en el suelo.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Scrooge, las manos unidas en un gesto de supremo asombro mientras miraba a un lado y a otro—. Me crié en este sitio. ¡Es aquí donde pasé mi infancia!

El espíritu lo contempló con simpatía. La presión de su mano, aunque había sido suave y de muy breve duración, aún la sentía el anciano. Scrooge captaba mil olores que flotaban en el aire, ¡cada uno de ellos relacionado con mil pensamientos, esperanzas, alegrías y preocupaciones olvidados desde hacía mucho, muchísimo tiempo!

—Te tiemblan los labios —dijo el fantasma—. Y ¿qué es eso que te ha aparecido en la mejilla?

Scrooge balbució, con una inusitada emoción en la voz, que no era más que un granito, y suplicó al fantasma que lo condujera donde quisiese.

—¿Te acuerdas del camino? —quiso saber el espíritu.

—¡Que si me acuerdo! —exclamó Scrooge con fervor—; podría recorrerlo con los ojos vendados.

—¡Qué extraño que lo hayas olvidado tantos años! —observó el fantasma—. Sigamos.

Avanzaron por la carretera, y Scrooge reconoció todas las puertas, los postes y los árboles, hasta que apareció en la distancia una

pequeña población con su puente, su iglesia y su río sinuoso. Algunos caballitos de largas crines trotaban, acercándose, montados por niños; los pequeños llamaban, a su vez, a otros que, como ellos, se trasladaban en carros y calesines conducidos por granjeros. Todos estaban de excelente humor, y se gritaban unos a otros, hasta que los amplios campos se llenaron tanto de alegres músicas que el aire, frío y vigorizante, rió al oírlas.

—No son más que sombras de cosas que fueron —explicó el fantasma—. No saben de nuestra presencia.

Los alegres viajeros siguieron acercándose y, al aproximarse, Scrooge reconoció y nombró a todos y cada uno de ellos. ¿Por qué se alegró hasta límites insospechados? ¿Por qué le brillaron los ojos y el corazón le saltó en el pecho al verlos pasar? ¿Por qué le llenó de felicidad oír cómo, cuando se separaron en las distintas encrucijadas y caminos vecinales para dirigirse a sus hogares respectivos, se desearon unos a otros unas felices Pascuas? ¿Qué le importaba a Scrooge una Navidad feliz? ¡Al

diablo con la Navidad! ¿Es que alguna vez le había servido de algo?

—La escuela no está del todo vacía —dijo el fantasma—. Sigue allí un niño solitario, olvidado de su familia.

Scrooge dijo estar al tanto. Y se le escapó un gemido.

Abandonaron la carretera principal para tomar un sendero que Scrooge recordaba a la perfección, y pronto se acercaron a un edificio de ladrillo de color rojo oscuro, con una torrecilla en la que colgaba una campana y coronada por una veleta. Era una casa grande, pero conservaba huellas de las vicisitudes de la fortuna, porque las espaciosas dependencias se utilizaban poco, las paredes estaban húmedas y cubiertas de musgo, las ventanas, rotas, y las puertas, deterioradas. Por los establos se paseaban las gallinas cacareando, y la hierba había invadido cocheras y cobertizos. Tampoco el interior se conservaba como antaño; porque, al entrar en el sombrío vestíbulo y lanzar una ojeada por las puertas abiertas de muchas habitaciones, los dos visitantes las encontraron mal amuebladas,

frías y demasiado grandes. Olía a cerrado, y se percibía la desnudez glacial asociada de algún modo con el excesivo levantarse antes del amanecer y con la escasez de alimentos.

El fantasma y Scrooge cruzaron el vestíbulo hasta una puerta en la parte trasera del edificio que se abrió ante ellos y dejó al descubierto un aula larga, desnuda y melancólica, que aún se veía más desnuda por las hileras de bancos y pupitres de madera de pino. En uno de ellos un niño solitario leía cerca de un fuego insuficiente; y Scrooge se sentó en uno de los bancos y lloró el verse, tal como se encontraba por aquel entonces, pobre y olvidado.

Ni un solo eco dormido en la casa, ni un chillido ni una refriega de ratones detrás del revestimiento de madera, ni un goteo de hielo medio derretido del canalón en el triste patio trasero, ni un suspiro entre las ramas sin hojas de un álamo desalentado, ni el perezoso balanceo de una puerta en un almacén vacío, ni siquiera un simple chasquido producido por el fuego dejaron de tener su dulce influencia sobre el corazón de Scrooge y de facilitarle el libre curso de las lágrimas.

El espíritu lo tocó en el brazo, señalándole su yo infantil, concentrado en la lectura. De repente un individuo con ropaje exótico, un espectáculo maravillosamente real y preciso se detuvo en el exterior de la ventana, un hacha sujeta a la cintura y, conducido por la brida, un borrico cargado de leña.

—Pero ¡si es Alí Babá! —exclamó Scrooge, extasiado—. ¡El bueno de Alí Babá, un hombre honrado! ¡Ya lo creo que lo conozco! Unas navidades, cuando ese pobre niño se quedó aquí completamente solo, apareció, por primera vez, exactamente así.

¡Pobre niño! Y Valentine —dijo Scrooge—, y el bribón de su hermano, Orson; ¡ahí van! Y aquél, cómo se llamaba, al que dejaron dormido en paños menores, en la Puerta de Damasco; ¿acaso no lo veis? Y el palafrenero del sultán, a quien los genios pusieron cabeza abajo; ¡allí se le divisa, tal como digo! Le está bien empleado. Me alegro. ¡A quién se le ocurre casarse con la princesa!

Oír a Scrooge volcar todo el entusiasmo de su naturaleza en semejantes temas, con una voz singular, entre la risa y el llanto, y ver la

animación que expresaba su rostro, habría sido sin duda toda una sorpresa para sus colegas de Londres.

—¡Ahí está el loro! —exclamó Scrooge—. Cuerpo verde, cola amarilla y una cosa parecida a una lechuga creciéndole en lo alto de la cabeza, ¡ahí está! “¡Pobre Robinsón Crusoe!”: con esas palabras lo recibía cuando regresaba a casa después de circunnavegar la isla. “Pobre Robinsón Crusoe, ¿dónde has estado, Robinsón Crusoe?”. El interpelado creyó que soñaba, pero estaba despierto. Se trataba del loro, ¿os dais cuenta? Ahí va Viernes, que corre hasta la cala porque peligra su vida.

¡Deprisa! ¡Ánimo! ¡Vamos!

Luego, pasando de una emoción a otra con una rapidez del todo ajena a su manera de ser, añadió: “¡Pobre chico!”, y lloró de nuevo.

—Me gustaría… —murmuró acto seguido, metiéndose la mano en el bolsillo y mirando a su alrededor después de secarse las lágrimas con la manga—, pero ya es demasiado tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó el espíritu.

—Nada —dijo Scrooge—. Nada. Anoche vino un muchacho a cantar un villancico delante de mi puerta. Me gustaría haberle dado algo: nada más.

El fantasma sonrió, pensativo, y agitó una mano, diciendo al mismo tiempo:

—¡Veamos otra Navidad!

El niño que había sido Scrooge creció con aquellas palabras, y la habitación se hizo un poco más oscura y más sucia. Se agrietaron puertas y ventanas; cayeron del techo trozos de yeso, y quedaron al descubierto los listones de madera; pero de cómo se producían todos aquellos cambios Scrooge sabía tan poco como ustedes. Solo discernía que había sido exactamente así; que todo había sucedido así; que allí estaba él, de nuevo solo, mientras sus compañeros habían vuelto a casa para pasar unas alegres vacaciones.

Ahora no leía ya, sino que se paseaba de arriba abajo por el aula, desesperado. Scrooge se volvió hacia el espectro y, con un triste movimiento de cabeza, miró de reojo hacia la puerta, muy nervioso.

La puerta se abrió; y una niñita, mucho más pequeña que el muchacho, entró corriendo, le echó los brazos al cuello, lo besó repetidas veces y se dirigió a él llamándolo “queridísimo hermano”.

—¡He venido a llevarte a casa! —dijo la niña, entre palmadas de sus manos diminutas, el pecho sacudido por la risa—. Para llevarte a casa, ¿te das cuenta?

—¿A casa, mi pequeña Fan? —preguntó el muchacho.

—¡Sí! —respondió la niña, desbordante de alegría—. A casa de verdad. A casa para siempre. Nuestro padre está mucho más cariñoso que antes y ¡nuestro hogar es como el cielo! Me habló con tanta amabilidad una noche cuando me iba a acostar que me atreví a preguntarle una vez más si podías volver a casa, y dijo: “Sí, que vuelva”, y me ha enviado con un coche para recogerte. ¡Te vas a convertir en persona mayor! —dijo la niña, abriendo mucho los ojos—, y no tendrás nunca que volver aquí; pero primero estaremos todos juntos estas navidades, y disfrutaremos más que nadie en el mundo.

—¡Eres toda una mujercita, mi pequeña Fan! —exclamó el Scrooge adolescente. La niña aplaudió y rió de nuevo y trató de tocar la cabeza de su hermano, pero, como era demasiado pequeña, tuvo que renunciar, rió de nuevo y se puso de puntillas para abrazarlo. Luego empezó a arrastrarlo, con su impaciencia infantil, hacia la puerta; y él, que no tenía nada en contra de marcharse, la dejó hacer.

En el vestíbulo se oyó una voz terrible: “¡Bajen el baúl del alumno Scrooge!”, y acto seguido apareció allí el director en persona, que fulminó al aludido con la mirada, rebosante de feroz condescendencia, y lo sumió en la confusión más absoluta al estrecharle la mano. Luego los condujo a él y a su hermana a una gélida sala para las visitas, la cosa más parecida a un pozo que haya existido nunca, un lugar donde los mapas de las paredes y los globos celeste y terráqueo en las ventanas parecían recubiertos de cera a causa del frío. Una vez allí, el director les ofreció una licorera con un vino extrañamente ligero y una bandeja con una tarta extrañamente pesada y procedió a administrar porciones de aquellas exquisiteces

a los dos hermanos, al tiempo que enviaba a un exiguo criado para ofrecer un vaso de “algo” al cochero, quien respondió que daba las gracias al caballero, pero que, si era del mismo barril que había probado antes, mejor no. Como el baúl del alumno Scrooge ya estaba para entonces atado en lo alto del coche de caballos, los dos dijeron adiós al director de buena gana; e, instalados en el interior, recorrieron alegremente la avenida del jardín, mientras las ruedas veloces ocasionaban la caída de fragmentos de escarcha y nieve de los árboles de hoja perenne.

—Siempre una criatura delicada, a la que un soplo podría haber agostado —dijo el espectro—. Pero ¡tenía un corazón muy grande!

—Cierto —dijo Scrooge—. Tenéis razón. No lo voy a negar, espíritu. ¡Dios no lo permita!

—Murió casada —dijo el otro— y tuvo, creo, hijos.

—Un varón —respondió Scrooge.

—En efecto —dijo el fantasma—. ¡Vuestro sobrino! Scrooge pareció turbarse, y respondió secamente:

—Sí.

Aunque acababan de dejar atrás en aquel momento el internado, estaban ya en las concurridas calles de una ciudad por donde pasaban en todas direcciones sombras humanas, por donde sombras de carros y de coches se disputaban la calzada y en donde se asistía a todo el tumulto y a los conflictos de una verdadera ciudad. Quedaba del todo claro, por los adornos de las tiendas, que también allí era de nuevo la época de Navidad; pero había caído la tarde y las calles estaban iluminadas.

El espíritu se detuvo delante de la puerta de cierto almacén y le preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¡Conocerlo! —exclamó el interpelado—. ¡Fui aprendiz aquí!

Entraron. Al ver a un anciano caballero con gorra de estambre, sentado detrás de un pupitre tan elevado que si hubiese sido cinco centímetros más alto habría conseguido que la

cabeza le chocara con el techo, Scrooge exclamó con gran emoción:

—Vaya, ¡si es el viejo Fezziwig! ¡Que Dios lo bendiga, Fezziwig vivo de nuevo!

El viejo Fezziwig dejó la pluma y miró el reloj, que marcaba las siete. Se frotó las manos; se ajustó el amplio chaleco; rió con toda su alma desde los pies a la coronilla; y llamó con voz sonora, jovial, rotunda, generosa:

—¡Eh, vosotros dos! ¡Ebenezer! ¡Dick!

Un Scrooge del pasado, convertido ya en adulto, acudió veloz, con su compañero de aprendizaje.

—¡Dick Wilkins, claro! —le comentó Scrooge al espectro—. ¡Ahí está, como en otro tiempo! Me tenía mucho afecto el bueno de Dick. ¡Pobrecillo! ¡Cuántos recuerdos!

—¡Vamos, hijos míos! —dijo Fezziwig—. Se acabó el trabajo por hoy. Nochebuena, Dick. ¡Navidad, Ebenezer! ¡A poner los postigos —gritó a continuación, dando una fuerte palmada— en menos que canta un gallo!

¡No creerían ustedes el ímpetu con que los dos jóvenes se pusieron a la tarea! Salieron disparados a la calle con los postigos, uno, dos, tres; los colocaron en su sitio, cuatro, cinco, seis; colocaron las barras y las chavetas, siete, ocho, nueve; y regresaron al interior antes de que nadie pudiera contar doce, resoplando como caballos de carreras.

—¡Adelante! —exclamó el viejo Fezziwig, bajando con extraordinaria agilidad de su elevado pupitre—. ¡Despejad la habitación, hijos míos, para que tengamos sitio en abundancia! ¡Manos a la obra, Dick! ¡No te quedes atrás, Ebenezer!

¡Despejar! No había nada que los dos jóvenes no hubiesen retirado, o no hubiesen podido retirar, en presencia del viejo Fezziwig. Terminaron en un minuto. Todo lo que era transportable se despachó como si se tratara de retirarlo para siempre de la vida pública; el suelo se barrió y se fregó, se despabilaron las lámparas, se acumuló combustible para el fuego; y el almacén se convirtió en una sala de baile todo lo acogedora, cálida, seca y luminosa que se pueda desear en una noche de invierno.

Enseguida apareció un violinista con sus partituras, se subió al elevado pupitre, lo convirtió en estrado para la orquesta y se puso a afinar el instrumento con sonidos semejantes a dolores de estómago. Entró a continuación la señora Fezziwig, con una amplia sonrisa de gran solidez. La siguieron las tres señoritas Fezziwig, también sonrientes y encantadoras. A continuación los seis jóvenes pretendientes cuyos corazones se dedicaban a romper. Acto seguido, todos los jóvenes de ambos sexos empleados en el negocio. La doncella con su primo, el panadero. La cocinera con el lechero, amigo íntimo de su hermano. El aprendiz del inmueble de enfrente, de quien se sospechaba que su patrón no le daba suficiente de comer, tratando de esconderse detrás de la criada de dos puertas más allá, de quien se sabía con certeza que su señora le tiraba de las orejas. Todos fueron entrando, uno tras otro; algunos con timidez, otros desafiantes, algunos con gracia, otros con torpeza, algunos a empujones, otros arrastrados; todos entraron, en cualquier caso, y de todas las maneras posibles. Veinte parejas empezaron a bailar a la vez; cogidos de la mano media vuelta y de

regreso por el otro lado; la mitad se adelanta y luego retrocede; vueltas y más vueltas en diferentes estadios de agrupamiento afectuoso; la primera pareja de más edad gira siempre en el sitio que no toca; la nueva pareja que la sustituye empieza de nuevo tan pronto como llega allí; al final todas son primeras parejas, ¡sin nadie en la fila de enfrente para ayudarles! Alcanzado tal resultado, el viejo Fezziwig da palmadas para detener la danza y exclama: “¡Muy bien!”, momento en que el violinista hunde el rostro acalorado en una jarra de cerveza, especialmente preparada para ese fin. Nada más reaparecer, sin embargo, desprecia el descanso y comienza de nuevo, aunque todavía no hay nadie dispuesto a bailar, como si al anterior violinista se lo hubieran llevado a casa, exhausto, sobre un postigo, y él fuera un músico nuevo, llegado para reemplazarlo, y dispuesto a hacer que todo el mundo se olvide de él o a morir en el intento.

Hubo más danzas, y juegos de prendas, y de nuevo se bailó, y hubo tartas, y ponche caliente de vino con limón y especias, y un gran

trozo de asado frío y otro, enorme, de carne hervida fría, y después pasteles de carne y cerveza en abundancia. Pero la gran sensación de la noche llegó después del asado y el hervido, cuando el violinista (¡un zorro viejo, sin la menor duda! ¡Una persona que sabía su oficio y ni ustedes ni yo hubiéramos podido enseñárselo!) atacó *Sir Roger de Coverley*. Salió entonces el viejo Fezziwig a bailar con la señora Fezziwig. De primera pareja, además; y con un trabajo hercúleo por delante; veintitrés o veinticuatro parejas a las que dirigir; personas con las que no se podía jugar; personas decididas a bailar y que no tenían la menor intención de ir al paso.

Pero aunque hubieran sido el doble, o cuatro veces más, el viejo Fezziwig habría estado a la altura, y lo mismo la señora Fezziwig, quien, por su parte, era digna de ser su compañera en todas las acepciones del término. Si eso no es alabanza por todo lo alto, que alguien me sugiera otra mejor, y la utilizaré. Las pantorrillas de Fezziwig brillaban con luz propia. Resplandecían como lunas en cada paso del baile. Se podía predecir, en cualquier

momento, lo que iba a suceder con ellas a continuación. Y mientras el viejo Fezziwig y su esposa desgranaban toda la danza, adelante y atrás, de la mano con vuestra pareja, reverencia y saludo, el sacacorchos, enhebrar la aguja y vuelta al punto de partida; Fezziwig ejecutaba los trenzados del baile con tanta destreza que parecía hacer guiños con las piernas, y luego volvía a poner los pies en el suelo tan derecho como un huso.

Al dar el reloj las once concluyó aquel baile casi familiar. El señor y la señora Fezziwig ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta, y, mientras estrechaban la mano a cada uno de los participantes a medida que salían, les desearon unas felices pascuas. Cuando todo el mundo se hubo retirado, a excepción de los dos aprendices, hicieron lo mismo con ellos; y así las voces alegres se fueron apagando y los muchachos se acomodaron en sus modestos lechos, situados bajo un mostrador en la trastienda.

Durante todo aquel tiempo Scrooge se comportó como un enajenado. Su corazón y su alma estaban en la escena y con su yo de otro

tiempo. Corroboró todo, lo recordó y lo disfrutó íntegramente, sometido a la más extraña de las agitaciones. Tan solo al final, cuando dejó de tener delante los rostros encendidos de su otro yo y de Dick, se acordó del espectro, y se dio cuenta de que lo miraba con gran atención y que la luz sobre su cabeza brillaba con extraordinaria intensidad.

—Una cosa de poca monta —dijo el espíritu— lograr la gratitud eterna de esa pobre gente.

—¡De poca monta! —repitió Scrooge.

El espíritu le hizo una señal para que escuchara a los dos aprendices, que se deshacían en alabanzas de Fezziwig y, después de que Scrooge le obedeciera, prosiguió:

—¿No te parece cierto? No se ha gastado más que unas cuantas libras del dinero que utilizáis vosotros, los mortales: tres o cuatro, quizá. ¿Acaso tan pequeña cantidad merece semejantes alabanzas?

—No es eso —replicó Scrooge, sulfurado por la observación de su acompañante y hablando sin darse cuenta como su antiguo yo—. No se trata de eso, espíritu. Fezziwig tiene el poder de

hacernos felices o desgraciados; de lograr que nuestro trabajo nos resulte ligero o pesado; un placer o un sufrimiento. Digamos que ese poder descansa en las palabras y en las miradas; en cosas tan ligeras e insignificantes que es imposible enumerarlas y sumarlas pero ¿qué importancia tiene? La felicidad que procura es tan grande como si costase una fortuna.

Scrooge sintió la mirada del espíritu y guardó silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó éste.

—Nada especial —respondió Scrooge.

—Debe de ser algo —insistió su interlocutor.

—No —dijo Scrooge—. Nada. Me gustaría poder decirle ahora una palabra o dos a mi empleado. Solo eso.

Su yo de otro tiempo apagó las lámparas en el momento en que expresaba aquel deseo; y el espectro y el cambista se encontraron al aire libre.

—Me queda poco tiempo —señaló el espíritu—. ¡Deprisa!

Aquella exhortación no se dirigía ni a Scrooge ni a ninguna otra persona visible, pero su efecto fue inmediato. Porque Scrooge volvió a encontrarse ante otro de sus yos. Un Scrooge mayor; un hombre en la flor de la vida. Su rostro no tenía aún los rasgos severos y rígidos de años ulteriores, pero ya empezaba a dar señales de preocupación y avaricia. Había un movimiento inquieto, ávido, impaciente en su mirada, que mostraba la pasión, enraizada ya, y en qué dirección se proyectaría la sombra del árbol en crecimiento.

No estaba solo: a su lado se sentaba una hermosa joven vestida de luto, en cuyos ojos brillaban lágrimas que resplandecían gracias a la luz despedida por el espíritu de las navidades pasadas.

—Poco importa —dijo la muchacha dulcemente—. A ti, menos todavía. Otro ídolo me ha desplazado; y, si te alegra y conforta en el futuro, como yo habría tratado de hacerlo, no tengo motivos fundados para lamentarme.

—¿Qué ídolo te ha desplazado? —replicó él.

—El becerro de oro.

—¡He aquí la estupenda imparcialidad del mundo! —dijo él—. Con nada se muestra tan cruel como con la pobreza; pero tampoco hay nada que asegure una condena tan severa como la búsqueda de la riqueza.

—Temes demasiado al mundo —respondió ella dulcemente—. Tus otras esperanzas han quedado sumergidas para evitar ser víctima de sus sórdidos reproches. He visto desaparecer una a una tus aspiraciones más nobles, hasta que la pasión principal, el lucro, te ha dominado. ¿No estoy en lo cierto?

—Y ¿qué tiene de malo? —se defendió él—. Aunque me haya vuelto más prudente, ¿qué hay de malo en ello? No he cambiado en lo que a ti se refiere.

La joven negó con la cabeza.

—¿He cambiado?

—Nuestro compromiso es antiguo. Lo contrajimos cuando los dos éramos pobres y nos conformábamos con serlo a la espera de que, con el tiempo, mejorase nuestra situación en el mundo gracias a nuestra laboriosidad

perseverante. Tú has cambiado. Cuando lo hicimos eras otra persona.

—Solo un muchacho —dijo él, molesto.

—Tus mismos sentimientos te dicen que ya no eres el mismo —replicó la joven —. Yo sí lo soy. Lo que nos prometía felicidad cuando formábamos un solo corazón solo causa dolor ahora que tenemos dos. No voy a decir cuántas veces y con qué amargura he pensado en esto. Baste con que sepas que lo he meditado y que te devuelvo la libertad.

—¿La he pedido alguna vez?

—Con palabras, no. Nunca.

—¿De qué manera, entonces?

—Con un cambio en tu manera de ser; con otra forma de ver las cosas; con el ambiente distinto en el que se mueve tu vida y con una esperanza distinta de la que era el propósito principal de nuestra existencia. Porque ya no te importa nada de lo que hacía valioso mi amor. Sin ese compromiso entre nosotros —prosiguió la joven, mirándolo con dulzura, pero con fijeza—, dime, ¿me buscarías y tratarías ahora de conquistarme? ¡No, claro que no!

El Scrooge de otro tiempo pareció reconocer, aunque a regañadientes, la verdad de esta suposición. Pero dijo, haciendo un esfuerzo:

—Tú crees que no.

—Me encantaría pensar de otra manera si pudiera —respondió ella—, ¡bien lo sabe Dios! Para que me haya rendido a una verdad tan penosa, ha de tener sin duda una fuerza irresistible. Pero, si estuvieras libre hoy, mañana, ayer, ¿podría creer que elegirías a una chica sin dote, tú que, hasta en las confidencias más íntimas, no dejas de medirlo todo de acuerdo con el principio del lucro? O, si la eligieras, si olvidaras por un momento para hacerlo el principio que siempre te guía, ¿acaso no sé con toda certeza que llegaría enseguida tu arrepentimiento y tu pesar? Estoy convencida y por ello te devuelvo la libertad. Y lo hago de todo corazón, por amor al que fuiste en otro tiempo.

Scrooge se disponía a responder, pero la joven siguió hablando sin mirarlo.

—Cabe, el recuerdo del pasado casi me lo hace esperar, que sufras algo. Será durante un

tiempo breve, muy breve, y acabarás por prescindir con gusto del recuerdo, como de un sueño inútil del que ha sido una suerte despertar. ¡Ojalá seas feliz en la vida que has elegido!

La joven se fue y los dos espectadores de la escena también se alejaron.

—¡Espíritu —exclamó Scrooge—, no me mostréis nada más! Llevadme a casa.

¿Por qué disfrutáis torturándome?

—¡Una sombra más! —exclamó el fantasma.

—¡Ninguna más! —gritó Scrooge—. Basta. No quiero verla. ¡No me mostréis nada más!

Pero el fantasma, implacable, lo sujetó por los dos brazos y le obligó a ver lo que sucedía a continuación.

Estaban en otra escena y lugar; una salita, no muy amplia ni lujosa, pero muy cómoda. Cerca del fuego de la chimenea se hallaba una joven muy bella, tan parecida a la anterior que Scrooge creyó que era la misma, hasta que vio a su antigua novia, ahora convertida en madre de familia, sentada frente a su hija. El ruido era

indescriptible, porque había allí más niños de los que Scrooge, en su estado de agitación, era capaz de contar; y, a diferencia de la celebrada manada de la que habla el poema, no se trataba de cuarenta niños comportándose como uno, sino de que cada uno de los presentes se comportaba como cuarenta. El resultado era increíblemente estrepitoso, pero a nadie parecía preocuparle; más bien, por el contrario, madre e hija reían complacidas y disfrutaban mucho con el espectáculo; y esta última, al participar a la larga en los juegos de los pequeños, se vio muy pronto dominada por unos jóvenes malhechores que la trataron sin piedad. ¡Qué no habría dado yo por ser uno de ellos! Aunque nunca podría haberme mostrado tan cruel, ¡por supuesto que no! Ni por todo el oro del mundo habría aplastado aquellos cabellos trenzados, ni le habría deshecho el peinado; en cuanto al precioso zapatito, tampoco se lo habría quitado, Dios me bendiga, ni para salvar la vida. Por lo que respecta a medirle el talle por juego, como hacía aquella prole audaz, tampoco me hubiera resultado posible; habría temido que, en castigo por semejante herejía, el brazo se me

torciera para siempre. Y, sin embargo, me habría complacido, más allá de toda ponderación, lo reconozco, tocar sus labios; hacerle una pregunta, para que hubiese tenido que abrirlos; contemplar sus pestañas, sin provocar su sonrojo, mientras miraba al suelo; dejar sueltas las ondas de sus cabellos, un centímetro de los cuales habría sido para mí el más precioso de los recuerdos: en resumen, me habría gustado, lo confieso, que me fuese permitido disfrutar con ella de la libertad de un niño, sin dejar de ser lo bastante hombre para apreciar semejante privilegio en todo su valor.

Pero enseguida se oyó llamar a la puerta, y siguió de inmediato tal tumulto y tal confusión que la joven de rostro sonriente y ropa en desorden fue trasladada hacia allí en el centro del grupo ruidoso y animado, justo a tiempo de recibir al padre, que, acompañado por un dependiente, regresaba a casa cargado de regalos y juguetes de Navidad. ¡Imagínense los gritos, los forcejeos, el asalto del que fue objeto el indefenso portador de los obsequios! Se le subieron encima utilizando sillas a modo de escaleras de mano para registrarle los

bolsillos, lo desposeyeron de paquetes cuidadosamente envueltos, lo sujetaron por la corbata, se le abrazaron al cuello, le golpearon la espalda y le dieron patadas en las piernas sin otra intención que manifestarle su incontenible afecto. ¡Con qué gritos de asombro y de júbilo se recibió la aparición de lo que guardaba cada uno de los paquetes! ¡La consternación producida por el terrible anuncio de que el bebé había sido sorprendido en el acto de introducirse en la boca una sartén de juguete, además de temerse que se hubiera tragado un pavo de mentirijillas, pegado a una bandeja de madera! ¡El inmenso alivio de descubrir que se trataba de una falsa alarma! ¡Imposible describir la alegría, la gratitud, el entusiasmo! Baste decir que poco a poco los niños y sus emociones salieron de la sala uno tras otro, subieron por la escalera hasta la parte alta de la casa y, una vez allí, se acostaron y renació la calma.

Y ahora Scrooge contempló la escena con más atención que nunca, cuando el dueño de la casa, en quien se apoyaba tiernamente la hija, se sentó con ella y con su madre delante del

fuego de la chimenea; y, cuando se le ocurrió que otra criatura parecida, tan llena de gracia y con un futuro tan prometedor, podría haberlo llamado padre, y haber convertido en primavera el triste invierno de su vida, sintió que las lágrimas le dificultaban la visión.

—Belle —dijo el marido, volviéndose hacia su esposa con una sonrisa—, esta tarde he visto a un antiguo amigo tuyo.

—¿A quién?

—¡Adivina!

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Espera! Ya lo sé —añadió, riéndose como él—. El señor Scrooge.

—Ni más ni menos. Pasé por delante de la ventana de su despacho y, como no estaba cerrada y tenía encendida una vela, difícilmente podía dejar de verlo. Su socio se halla al borde de la muerte, según dicen; y él estaba allí solo. Completamente solo en el mundo, tengo entendido.

—¡Espíritu —suplicó Scrooge con la voz quebrada—, alejadme de aquí!

—Ya te dije que solo eran sombras de cosas que han sido —replicó el fantasma —. Son lo que son, ¡no me culpes a mí!

—¡Llevadme de aquí! —exclamó Scrooge—. ¡No lo soporto!

Se volvió hacia el espectro y, al ver que lo miraba con un rostro en el que, de alguna extraña manera, había fragmentos de todos los rostros que le había mostrado, se arrojó contra él.

—¡Dejadme! Devolvedme a mi casa. ¡No me atormentéis por más tiempo!

En el forcejeo, si es que se puede llamar forcejeo a una situación en la que al espíritu, sin visible resistencia por su parte, no le molestaban en absoluto los esfuerzos de su adversario, Scrooge observó que su luz brillaba cada vez con más fuerza; y, al relacionar vagamente aquello con la influencia que tenía sobre él, se apoderó del apagavelas y, con un movimiento brusco, se lo hundió en la cabeza.

El espíritu se ocultó tan bien debajo del apagavelas que su figura desapareció por completo; pero, aunque Scrooge siguió

apretando con todas sus fuerzas, no consiguió ocultar la luz, que siguió brotando en ondas que se extendían, sin interrupción, a su alrededor. El viejo cambista tuvo conciencia de su total agotamiento, le invadió una irresistible somnolencia y enseguida se encontró en su dormitorio. Hizo un último esfuerzo para hundir más el apagavelas, la mano se le relajó y solo pudo tumbarse en la cama antes de caer en un profundo sueño.

TERCERA ESTROFA - EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Al despertarse a mitad de un ronquido prodigiosamente sonoro e incorporarse en la cama para ordenar sus pensamientos, Scrooge no tuvo necesidad de que nadie le dijera que el reloj estaba de nuevo a punto de dar la una de la madrugada. Supo que había vuelto al estado de vigilia en el momento justo de recibir al segundo mensajero que se le enviaba gracias a

la intervención de Jacob Marley. Pero, como sintió un estremecimiento de frío al preguntarse cuál de las cortinas de su cama correría aquel nuevo espectro, las abrió todas con sus propias manos; luego se tumbó de nuevo y no dejó de vigilar la cama. Porque se proponía plantar cara al espíritu en el momento mismo en que apareciese, y no quería que la sorpresa le pusiera nervioso.

Las personas de carácter fuerte, que se precian de estar de vuelta de todas las emociones y de encontrarse, en todo momento, a la altura de las circunstancias, manifiestan la amplitud de su disponibilidad para la aventura jactándose de estar preparadas para todo, desde un partido de tejo hasta el homicidio; entre esos extremos opuestos existen, sin duda, una serie bastante amplia y completa de posibilidades. Sin querer hacer de Scrooge un paradigma de valentía, no tendré inconveniente en rogarles a ustedes que me crean si les digo que estaba preparado para un número muy elevado de extrañas apariciones y que nada, entre un bebé y un rinoceronte, le habría sorprendido demasiado.

Que estuviera preparado para casi todo no implica, en absoluto, que lo estuviese para nada en concreto y, en consecuencia, cuando el reloj dio la una y no apareció ningún fantasma, Scrooge empezó a temblar como una hoja. Pasaron cinco minutos, diez, un cuarto de hora sin que se presentase nadie. Durante todo aquel tiempo siguió tumbado, centro y vértice de una gran luz rojiza que le iluminó por completo cuando el reloj dio la hora y que, por ser solo luz, le resultó más alarmante que una docena de fantasmas, dada su impotencia para averiguar lo que significaba ni cuál era su causa; y en algunos momentos le preocupó que su cuerpo pudiera ser en aquel mismo momento un caso interesante de combustión espontánea, sin el consuelo de saberlo. A la larga, sin embargo, empezó a ocurrírsele, como usted o como yo lo habríamos pensado desde el primer momento (porque es siempre la persona que no está en apuros la que sabe lo que habría que haber hecho en semejante caso, y lo que ella habría hecho sin lugar a dudas), a la larga, digo, empezó a pensar que la fuente y el secreto de aquella luz fantasmal podía hallarse en la

habitación vecina, desde la que, de hecho, al seguir sus rayos, se la veía surgir. Aquella idea, al apoderarse de su entendimiento, hizo que Scrooge se levantara sin prisa y se trasladara en zapatillas y sin hacer ruido hasta la puerta.

En el momento en que su mano descansó sobre el picaporte, una voz extraña lo llamó por su nombre y le dijo que entrase, orden que obedeció.

Seguía siendo su apartamento. Sobre eso no cabía la menor duda, aunque hubiese sufrido una sorprendente transformación. El techo y las paredes estaban tan cubiertos de frondosa vegetación que creaban un verdadero bosquecillo, en cuyas ramas resplandecían, por todas partes, bayas carmesíes. Como otros tantos espejitos, las hojas lustrosas del acebo, el muérdago y la hiedra reflejaban la luz; y en la chimenea rugía un espléndido fuego, como nunca lo había visto aquel gélido hogar ni en la época de Scrooge ni en la de Marley, ni durante muchos, muchísimos inviernos. Amontonados en el suelo, hasta formar algo que se asemejaba a un trono, se veían pavos, gansos, caza, aves de corral, piezas de vacuno,

lechones, ristras de salchichas, empanadas, pudines de ciruelas, barriles de ostras, castañas asadas, manzanas de mejillas encendidas, naranjas jugosas, peras suculentas, inmensos roscones y cuencos de ponche hirviente que difuminaban los contornos de la habitación con su delicioso vapor. Cómodamente instalado en aquel diván, un alegre gigante, de magnífico aspecto, empuñaba una antorcha centelleante, no muy diferente, por su forma, al cuerno de la abundancia, y la sostenía en alto, muy en alto, para arrojar su luz sobre Scrooge cuando éste se atrevió a asomar por la puerta.

—¡Entra! —exclamó el fantasma—. ¡Entra y aprende a conocerme, amigo mío!

Scrooge se adelantó tímidamente e inclinó la cabeza ante aquel espíritu. No era ya el Scrooge empecinado de antes; y, aunque los ojos del espectro eran sinceros y amables, no se atrevió a mirarlo de hito en hito.

—Soy el espíritu de la Navidad presente —le explicó el otro—. ¡Mírame!

Scrooge obedeció, con actitud reverencial. Su interlocutor vestía un sencillo manto o túnica

verde, con una orla de piel blanca. Llevaba tan poco ajustada aquella prenda que no le cubría el amplio pecho, como si desdeñase quedar protegido u oculto por cualquier artificio. Los pies, visibles bajo los amplios pliegues del ropaje, estaban descalzos; y en la cabeza no llevaba otro adorno que una corona de acebo, sembrada, aquí y allí, de pequeños carámbanos relucientes. Los rizos, de color castaño oscuro, flotaban en libertad, tan sueltos como franca era la expresión del espíritu, brillantes sus ojos, abiertas sus manos, risueña su voz, espontáneo su comportamiento y alegre todo su aspecto. Ceñida a la cintura llevaba una funda antigua, que no alojaba espada alguna y estaba comida por la herrumbre.

—¡Nunca has visto a nadie como yo! —exclamó el espectro.

—Nunca —respondió Scrooge.

—Nunca has caminado con los miembros más recientes de mi familia; me refiero (porque yo mismo soy muy joven) a mis hermanos mayores nacidos en estos últimos años, ¿no es cierto? —prosiguió el fantasma.

—Me parece que no —dijo Scrooge—. Mucho me temo. ¿Tenéis muchos hermanos, espíritu?

—Más de mil ochocientos —respondió el fantasma.

—¡Una familia tremenda a la que mantener! —murmuró Scrooge. El fantasma de la Navidad presente se puso en pie.

—Espíritu —comenzó Scrooge con gesto dócil—, llevadme donde queráis. Anoche salí en contra de mi voluntad, y aprendí una lección que empieza a dar sus frutos. Hoy, si tenéis algo que enseñarme, permitid que me sea de provecho.

—¡Toca mi túnica!

Scrooge hizo lo que se le decía y se agarró con fuerza.

Acebo, muérdago, bayas, hiedra, pavos, gansos, caza, aves de corral, piezas de vacuno, cerdos, salchichas, ostras, empanadas, pudines, fruta y ponche se desvanecieron al instante. Lo mismo sucedió con la habitación, el fuego del hogar, el resplandor rojizo y la hora nocturna, y se hallaron en el corazón de Londres la mañana de Navidad, donde (porque

el tiempo era inclemente) quienes estaban en la calle producían una música áspera, pero enérgica y no del todo desagradable, al quitar la nieve de las aceras delante de sus casas y de los tejados de los edificios, lo que causaba el regocijo de los niños que la veían caer sobre la calle, en pequeñas nevadas artificiales.

Las fachadas de las casas parecían decididamente negras, y las ventanas todavía más, en contraste con el suave manto blanco de los tejados e incluso con la nieve más sucia de la calle, sobre cuya última capa habían labrado ya surcos profundos las pesadas ruedas de carros y carretas; surcos que se cruzaban unos con otros cientos de veces en los lugares donde las grandes arterias se bifurcaban, y trazaban intrincados canales, difíciles de seguir, en el espeso lodo amarillo y el agua helada. El cielo se mostraba sombrío y las calles más cortas desaparecían envueltas en una niebla espesa que se transformaba en agua nieve y cuyas partículas más densas descendían en un chaparrón de átomos tiznados, como si todas las chimeneas de Gran Bretaña se hubieran encendido y lanzaran

bocanadas de humo con verdadero entusiasmo. El clima de Londres no tenía nada de agradable, pero se advertía por doquier un ambiente de alegría que el día más hermoso del verano y el sol más radiante habrían tratado en vano de conseguir.

Y es que las gentes que limpiaban los tejados, alegres y de buen humor, se llamaban de una casa a otra e intercambiaban de cuando en cuando amistosas bolas de nieve —proyectiles más inofensivos que muchas chanzas—, con risas contagiosas si daban en el blanco y no menos cordiales si fallaban. Las pollerías estaban todavía abiertas solo a medias, pero las fruterías brillaban en toda su gloria. Se veían grandes cestos de castañas, redondos, barrigudos, semejantes a chalecos de alegres caballeros ancianos, apoltronados en la entrada, y derramándose hacia la calle en su apoplética opulencia. Había cebollas españolas rojizas, morenas, de amplia circunferencia abdominal, que se parecían, por su gordura satisfecha, a los monjes de su país, y que, con licenciosa picardía, hacían guiños desde sus estanterías a las muchachas que pasaban por la

calle y contemplaban, con recato, los adornos de muérdago. Había peras y manzanas, en altas pirámides deslumbrantes; racimos de uvas a los que se hacía colgar, por benevolencia de los tenderos, de llamativos ganchos, para que a los transeúntes se les hiciera la boca agua mientras pasaban por delante; había montones de avellanas, velludas y de color marrón, que recordaban, con su fragancia, antiguos paseos por bosques donde se tenía el placer de hundirse hasta los tobillos en hojas secas; había manzanas para asar procedentes de Norfolk, rechonchas y morenas, que realzaban el amarillo de naranjas y limones, y que parecían recomendarse con insistencia y suplicar, por lo compacto de sus jugosas personas, que se las llevara a casa en bolsas de papel para comerlas como postre. Los mismos peces de oro y de plata, colocados en bocales entre las frutas escogidas, parecían saber, pese a ser miembros de una raza triste y apática, que allí estaba pasando algo; y, todos a una, iban y venían por su pequeño universo abriendo la boca en un estado de lento y desapasionado entusiasmo.

¿Y los tenderos de ultramarinos? ¡Ah, los tenderos! Aunque casi cerrados sus establecimientos, quizá solo con uno o dos postigos sin colocar, ¡qué cosas se vislumbraban a través de aquellas aberturas! No se trataba únicamente de que el platillo del peso al descender sobre el mostrador hiciera un ruido alegre, o de que el bramante se separase de la bobina a toda velocidad, o de que se hiciera ruido con las latas de conservas de aquí para allá como si se tratara de trucos de prestidigitación, o incluso que los aromas mezclados del té y del café fuesen tan agradables al olfato, las pasas tan abundantes y poco comunes, las almendras tan extraordinariamente blancas, la canela en rama tan larga y recta, las otras especias tan deliciosas, los frutos confitados tan bien glaseados y recubiertos de azúcar cande como para conmover y hacer desfallecer al más frío de los espectadores; tampoco era que los higos dejaran escapar sus jugos y fuesen carnosos, ni que las ciruelas francesas se ruborizasen, en su modesta acidez, desde sus cajas llenas de adornos, ni que todo fuese un manjar exquisito con su ropa de Navidad; sino que los clientes,

tan diligentes y ansiosos por las esperanzadas promesas del día, se tropezaban unos con otros en la puerta, entrechocaban las cestas de las provisiones, olvidaban las compras sobre el mostrador, regresaban corriendo para recuperarlas y cometían cientos de pequeños errores con el mejor humor imaginable; mientras que el tendero y sus dependientes se mostraban tan sinceros y alegres que los corazones de cobre brillante con los que se sujetaban por detrás los delantales podrían haber sido los suyos propios, expuestos al público para inspección de todos y para que las cornejas de la Navidad los picotearan si era ése su deseo.

Pero pronto los campanarios y las espadañas empezaron a llamar a la buena gente a iglesias y capillas y todos salieron de su casa, para recorrer las calles con su mejor ropa y su cara más alegre. Y al mismo tiempo surgieron de docenas de callejas, callejones y bocacalles sin nombre un número incalculable de personas que llevaban su cena a los hornos de las panaderías. El espectáculo de aquellos modestos festejadores pareció interesar

mucho al espíritu, porque se situó, con Scrooge a su lado, a la entrada de una panadería y, alzando las tapaderas a medida que pasaban sus portadores, espolvoreaba las cenas con polvo de su antorcha. Y se trataba de un tipo de antorcha muy poco común porque una o dos veces, cuando algunos de los clientes se empujaron y tuvieron un intercambio de palabras agrias, el espíritu derramó sobre ellos unas pocas gotas de agua y el buen humor se restableció de inmediato. Porque, dijeron ellos, era una vergüenza pelearse el día de Navidad. Y ¡era bien cierto! ¡Ya lo creo que sí, por el amor de Dios!

Llegado el momento las campanas cesaron de tocar y se cerraron las panaderías; y, sin embargo, había como un alegre sabor anticipado de todas aquellas cenas y de los progresos de su cocción en el vapor de agua que enturbiaba el aire encima de cada horno, porque las piedras mismas echaban humo como si se cocinaran con los platos.

—¿Tienen un sabor particular esas gotas que derramáis con vuestra antorcha? — preguntó Scrooge.

—Así es. El mío.

—¿Sirve para cualquier cena en el día de hoy? —quiso saber Scrooge.

—Para todas las que se ofrezcan de buen grado. Y sobre todo para las más pobres.

—¿Por qué a las más pobres? —insistió Scrooge.

—Porque lo necesitan más.

—Espíritu —dijo Scrooge, después de reflexionar un instante—, me sorprende que vos, de todos los seres en los muchos mundos a nuestro alrededor, os hayáis atribuido la tarea de arrebatar a esta gente la ocasión de un placer inocente.

—¿Yo? —exclamó el espíritu.

—Les priváis del medio para cenar cada siete días, que es con frecuencia el único día en el que de verdad se puede decir que se sientan a la mesa —dijo Scrooge—. ¿No es cierto?

—¿Yo? —repitió el espíritu.

—¿No sois vos quien quiere cerrar estos hornos todos los séptimos días? — dijo Scrooge—. Viene a ser la misma cosa.

—¿Soy yo el que quiere eso? —exclamó el espíritu.

—Perdonadme si me equivoco. Eso es algo que se ha hecho en vuestro nombre o, al menos, en el de vuestra familia —dijo Scrooge.

—Hay algunas personas en este mundo vuestro —replicó el espíritu— que presumen de conocernos y que, en nuestro nombre, no hacen más que servir a sus pasiones culpables, el orgullo, la maldad, el odio, la envidia, el fanatismo y el egoísmo, pero que son tan ajenos a nosotros y a nuestra familia como si nunca hubieran vivido. Recordadlo, y atribuidles a ellos sus acciones, no a nosotros.

Scrooge prometió hacerlo así; y siguieron adelante, invisibles, igual que antes, camino de los barrios humildes de la ciudad. Una cualidad notable del espíritu (que Scrooge había advertido en la panadería) era cómo, pese a su tamaño gigantesco, se acomodaba en cualquier sitio con facilidad; y cómo se ponía de pie bajo un techo de poca altura con la misma elegancia y la misma majestad sobrenatural con que hubiera podido hacerlo bajo la elevada bóveda de un palacio.

Y quizá fuera el placer que el buen espíritu sentía al poner de manifiesto aquel poder suyo, o quizá fuese su manera de ser amable, generosa, campechana, y su afecto por los pobres, lo que lo llevó directamente al empleado de Scrooge; porque allí fue, y se llevó al cambista consigo, sujeto a su túnica; y en el umbral el espíritu sonrió, y se detuvo a bendecir la vivienda de Bob Cratchit con un rociado de su antorcha. ¡Piénsenlo! Bob no ganaba a la semana más que quince *bobs* (que es como llama la gente del pueblo al chelín); los sábados solo se embolsaba quince ejemplares de su nombre; y, sin embargo, ¡el espíritu de la Navidad presente bendecía su casa de cuatro habitaciones!

Se levantó entonces la señora Cratchit, la mujer del empleado, pobremente engalanada con un vestido vuelto dos veces, pero con abundancia de cintas, que son baratas y consiguen un efecto muy agradable por seis peniques; y procedió a poner la mesa, ayudada por Belinda, la segunda de sus hijas, también con abundancia de cintas; mientras Peter, el mayor de los hijos varones, al inclinarse para

hundir un tenedor en la olla de las patatas, conseguía meterse en la boca las puntas del monstruoso cuello de la camisa (propiedad realmente de Bob, quien se la había cedido a su hijo y heredero dada la festividad que se celebraba), feliz de verse tan bien engalanado y ardiendo en deseos de mostrar tanta elegancia en los parques de moda. Y a continuación dos Cratchit más pequeños, chico y chica, entraron veloces, anunciando a gritos que delante de la panadería habían olido el ganso, y se habían dado cuenta de que era el suyo; y, embriagados por la visión festiva de la salsa de salvia y cebollas, aquellos jóvenes Cratchit danzaron alrededor de la mesa y pusieron a Peter por las nubes, mientras el primogénito (nada orgulloso, aunque el cuello de la camisa casi lo asfixiaba) soplaba en el fuego, hasta que las patatas, siempre lentas, al borbotar, llamaron con fuerza a la tapa de la olla para que las dejaran salir y las pelaran.

—¿Qué le puede haber sucedido al bueno de vuestro padre? —preguntó la señora Cratchit—. ¿Y a vuestro hermano pequeño, Tim? Y

Martha, ¿no había llegado hace ya media hora la Navidad pasada?

—¡Aquí está Martha, madre! —dijo la aludida, apareciendo en aquel momento.

—¡Aquí está Martha, madre! —exclamaron los dos jóvenes Cratchit—. ¡Viva!

¡No te imaginas qué ganso, Martha!

—¡Ah, hija mía, que Dios te bendiga, qué tarde llegas! —dijo la señora Cratchit, besándola una docena de veces, y despojándola del chal y la gorra con solícito celo.

—Anoche tuvimos que terminar muchísimo trabajo —replicó la jovencita—, y hoy por la mañana ha habido que entregarlo.

—¡Vaya! Pero ¡lo mismo da puesto que ya estás aquí! —dijo la señora Cratchit—. Siéntate delante del fuego, corazón, y caliéntate, que Dios te bendiga.

—¡No, no! Ya llega nuestro padre — exclamaron los dos Cratchit más pequeños, que estaban en todas partes al mismo tiempo—. ¡Escóndete, Martha, escóndete!

La hija mayor obedeció antes de que entrase su padre con casi un metro de bufanda, sin contar los flecos, colgándole del cuello; y su ropa muy gastada pero remendada y cepillada, para no desmerecer de la festividad, con el pequeño Tim a hombros. ¡Pobre Tim, que llevaba una muleta, y las piernas sostenidas por un armazón de hierro!

—¡Cómo! ¿Dónde está nuestra Martha? —exclamó Bob Cratchit, mirando a su alrededor.

—No viene —dijo la señora Cratchit.

—¡No viene! —exclamó Bob, presa de un súbito abatimiento, perdido el impulso que le había permitido traer al pequeño Tim, todo el camino desde la iglesia, cabalgando como un verdadero purasangre—. ¡No viene el día de Navidad!

Martha no quería verlo desilusionado, aunque solo se tratara de una broma; de manera que salió de su escondite —detrás de la puerta del armario— antes de tiempo. Y corrió a echarse en sus brazos, mientras los dos jóvenes Cratchit se apoderaban del pequeño Tim y lo

llevaban al lavadero para que oyera cantar al pudín en su cacerola de cobre.

—Y ¿qué tal se ha portado Tim? —preguntó la señora Cratchit, después de burlarse de su marido por su excesiva credulidad y de que Bob hubiera abrazado a su hija hasta quedar satisfecho.

—Como un ángel —dijo Bob—, y aún mejor. A veces se vuelve pensativo, cuando está solo mucho tiempo, y piensa las cosas más extrañas que hayáis oído nunca. Me ha dicho, mientras volvíamos a casa, que confiaba en que la gente lo hubiera visto en la iglesia, porque es un lisiado, y quizá a los demás les agradase recordar, el día de Navidad, quién había hecho andar a los cojos y había devuelto la vista a los ciegos.

A Bob le tembló la voz al contarles aquello, y aún le tembló más cuando dijo que el pequeño Tim crecía fuerte y vigoroso.

Se oyó resonar la muleta del niño, que regresó antes de que se pudiera decir una palabra más, escoltado por su hermano y por su hermana hasta el taburete delante del fuego; Bob,

mientras tanto, doblándose los puños —como si, pobrecillo, fuese posible gastarlos más—, preparó en una jarra una mezcla de ginebra y limones, mezcla que luego agitó una y otra vez antes de colocarla en el hornillo para que se calentara; Peter y los dos jóvenes Cratchit —que conseguían estar en todas partes al mismo tiempo— salieron en busca del ganso, con el que no tardaron en regresar en desfile triunfal.

Fue tal el bullicio subsiguiente que cualquiera podría haber pensado que un ganso es la más extraordinaria de las aves, un fenómeno con plumas ante el cual un cisne negro sería una vulgaridad; y era cierto que en aquella casa representaba algo muy parecido. La señora Cratchit hizo hervir la salsa, preparada de antemano, en un cacito; Peter machacó las patatas con vigor increíble; la señorita Belinda endulzó el puré de manzana; Martha limpió los platos; Bob situó a su lado al pequeño Tim en una esquina de la mesa; los dos jóvenes Cratchit trajeron sillas para todos, ellos incluidos, y montaron guardia en sus puestos, la cuchara dentro de la boca, para no pedir el ganso a gritos antes de que les llegara el turno.

Por fin se colocaron los platos y se bendijo la mesa. Lo que siguió fue una pausa en la que todo el mundo contuvo el aliento, mientras la señora Cratchit, recorriendo lentamente con la vista el cuchillo de trinchar, se dispuso a clavarlo en la pechuga que tenía delante; pero, cuando lo hizo, y el chorro de relleno tan largamente esperado salió al exterior, un murmullo de felicidad se alzó por encima de toda la mesa y hasta el pequeño Tim, empujado por los dos jóvenes Cratchit, golpeó la mesa con el mango de su cuchillo y gritó débilmente: “¡Viva!”.

Nunca se había visto ganso semejante. Bob estaba convencido de que nunca se había cocinado un ganso como aquél. Su ternura y sabor, su tamaño y baratura, fueron temas de universal admiración. Reforzado con puré de patatas y de manzana, resultó cena suficiente para toda la familia; de hecho, como dijo la señora Cratchit muy satisfecha (contemplando un trocito de hueso en la bandeja), ¡al final no se lo habían terminado! Y, sin embargo, todo el mundo había comido hasta saciarse y los jóvenes Cratchit, chico y chica, en particular,

¡se habían manchado hasta las cejas de salvia y cebolla! Pero a continuación, mientras la señorita Belinda cambiaba los platos, la señora Cratchit abandonó sola el comedor —demasiado nerviosa para tolerar testigos—, en busca del pudín que llevaría luego a la mesa.

Supongamos que no estuviera del todo hecho. Supongamos que se hubiera roto al darle la vuelta. Supongamos que alguien hubiese saltado la pared del patio trasero, robándolo, mientras ellos estaban entretenidos con el ganso, ¡una suposición ante la que los dos jóvenes Cratchit palidecieron! Toda suerte de horrores eran posibles.

¡Veamos! ¡Gran cantidad de vapor! El pudín había salido del recipiente. ¡Un olor como el de un día de colada! El paño que lo cubría. Un aroma como de casa de comidas y pastelería, puerta con puerta, y una lavandería en la casa vecina. ¡Aquello era el resultado! Medio minuto después entró la señora Cratchit —arrebolada, pero sonriendo orgullosa— con un pudín, semejante a una bala de cañón con pintas, elástico y firme, que ardía envuelto en

medio cuartillo de aguardiente y estaba coronado por una ramita de acebo navideño.

—¡Ah, qué pudín maravilloso! —dijo Bob Cratchit, para añadir a continuación con gran calma que lo consideraba la mayor proeza lograda por la señora Cratchit desde que se casaron.

Su mujer confesó que se le había quitado un peso de encima por sus dudas sobre la cantidad de harina. Todo el mundo aportó algún comentario sobre el dulce, pero nadie dijo ni pensó que fuera demasiado pequeño para una familia numerosa. Habría sido sencillamente una herejía hacerlo. A cualquier Cratchit se le hubiera caído la cara de vergüenza ante semejante insinuación.

Finalmente concluyó la cena, se retiró el mantel, se barrió el hogar de la chimenea y se reavivó el fuego. Se probó el ponche preparado por Bob, considerándolo perfecto, y se colocaron manzanas y naranjas sobre la mesa y un buen puñado de castañas en el fuego. Acto seguido toda la familia Cratchit se acercó a la chimenea, formando lo que Bob Cratchit llamaba un círculo, aunque en realidad solo era

medio; y junto al codo del progenitor se desplegó la cristalería de la familia: dos vasos y un cuenco para servir natillas.

Aquellos tres recipientes hacían tanto honor al contenido de la jarra, de todos modos, como habrían podido hacerlo unas copas doradas; y Bob lo sirvió con ojos sonrientes, mientras las castañas crujían sobre el fuego y se resquebrajaban con gran ruido. A continuación propuso:

—Feliz Navidad para todos nosotros, queridos míos. ¡Que Dios nos bendiga! Deseo del que la familia en pleno se hizo eco.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —repitió el pequeño Tim, el último de todos.

Estaba sentado muy cerca de su padre, en su taburetito. Bob apretaba su manita atrofiada, como para darle una muestra especial de amor y guardarlo siempre a su lado, temeroso de que pudieran arrebatárselo.

—Espíritu —dijo Scrooge, con un interés que nunca había sentido—, decidme si el pequeño Tim vivirá.

—Veo un sitio vacío —replicó su acompañante— en el rincón de ese pobre hogar y una muleta sin dueño, cuidadosamente conservada. Si el futuro no modifica esas sombras, el niño morirá.

—¡No, no! —dijo Scrooge—. No, bondadoso espíritu, decidme que se salvará.

—Si el futuro no altera esas sombras, ningún otro miembro de mi raza —replicó el espíritu— lo encontrará aquí. ¿Qué más da? Dado que, probablemente, morirá, más vale que lo haga y que contribuya a reducir el exceso de población.

Scrooge bajó la cabeza al oír cómo el espíritu repetía unas palabras salidas de su boca, y se sintió dominado por el arrepentimiento y el dolor.

—Hombre mortal —dijo el espíritu—, si tienes un corazón que late y no una piedra insensible, renuncia a ese perverso cinismo hasta que hayas descubierto qué exceso de población es ése y dónde se halla. ¿Decidirás tú qué seres humanos deben vivir y cuáles han de morir? Pudiera ser que, a ojos del Paraíso, seas tú más

despreciable y menos digno de vivir que millones de seres semejantes al hijo de este pobre hombre. ¡Dios omnipotente! ¡Oír al insecto que, encima de la hoja, dictamina sobre el exceso de vida entre sus hermanos hambrientos que viven en el polvo!

Scrooge se encogió ante la reprimenda del espectro y, tembloroso, bajó los ojos al suelo. Pero los alzó al instante, al oír que se pronunciaba su nombre.

—¡Por el señor Scrooge! —dijo Bob—; ¡propongo un brindis por el señor Scrooge, que nos da los medios para celebrar esta fiesta!

—¡Los medios para celebrarla! —exclamó la señora Cratchit, enrojeciendo—. Me gustaría tenerlo aquí ahora. Le iba a decir unas cuantas verdades a modo de celebración y no sé si le caerían bien en el estómago.

—Querida mía —dijo Bob—: ¡los niños! Hoy es Navidad.

—Tiene que ser el día de Navidad, no me cabe la menor duda —respondió ella—, para que bebamos a la salud de una persona tan odiosa, tacaña, dura y sin sentimientos como el señor

Scrooge. ¡Sabes que lo es, Robert! ¡Nadie lo sabe mejor que tú, pobrecito mío!

—Querida mía —fue la amable respuesta de Bob—: hoy es Navidad.

—Voy a brindar a su salud porque me lo pides tú y por ser Navidad —dijo la señora Cratchit—, pero no por él. ¡Que viva muchos años! ¡Felices pascuas y próspero Año Nuevo! ¡No me cabe la menor duda de que estará muy contento y será muy feliz!

Los niños brindaron después de su madre. Era la primera cosa que hacían sin entusiasmo aquel día. El pequeño Tim fue el último, y tampoco lo hizo con alegría. Scrooge era el ogro de la familia. La mención de su nombre arrojó una oscura sombra sobre la fiesta, sombra que tardó al menos cinco minutos en disiparse.

Una vez olvidada, la alegría anterior se multiplicó por diez, por el simple alivio de haberse librado del siniestro Scrooge. Bob Cratchit procedió a contar a su familia que tenía en perspectiva un puesto para Peter, el primogénito, empleo que les proporcionaría, si

se lograba, nada menos que cinco chelines y seis peniques a la semana. Los dos jóvenes Cratchit, chico y chica, rieron a carcajadas ante la idea de que su hermano mayor se convirtiera en hombre de negocios; el mismo Peter contempló el fuego, pensativo, desde el interior del cuello de su camisa, como si calibrara qué inversión concreta debía hacer cuando estuviera en condiciones de recibir ingresos tan exorbitantes. Martha, modesta aprendiza en el taller de un sombrerero, les contó a continuación el tipo de trabajo que hacía, y cuántas horas trabajaba de un tirón, y cómo tenía el propósito de quedarse en la cama a la mañana siguiente para descansar de verdad, ya que se trataba de un día de fiesta que pasaría en casa. También explicó que había visto a una condesa y a un lord pocos días antes, y cómo el lord “era más o menos de la talla de Peter”, lo que hizo que el aludido se subiera tanto el cuello de la camisa que no le habrían visto ustedes la cabeza si hubieran estado presentes. Durante todo aquel tiempo las castañas y el ponche pasaron de mano en mano; al poco rato Tim empezó a cantar una canción sobre un niño perdido que caminaba

por la nieve; tenía una vocecita quejumbrosa, pero no cantaba mal ni muchísimo menos.

No había nada de extraordinario en todo aquello. No eran una familia bien parecida; no iban bien vestidos; sus zapatos distaban mucho de ser impermeables; su ropa era insuficiente; y Peter era muy posible que hubiera descubierto ya, no tendría nada de extraño, el interior de una casa de empeños. Pero eran felices, agradecidos, estaban satisfechos unos con otros, y contentos con su suerte; y cuando ya se estaban desvaneciendo a Scrooge le parecieron aún más felices a la luz de los destellos de la antorcha del espíritu, y hasta el último momento no les quitó los ojos de encima, en especial al pequeño Tim.

Para entonces se había hecho de noche y nevaba con mucha fuerza; mientras Scrooge y el espíritu recorrían las calles, era maravilloso el brillo de los alegres fuegos en cocinas, cuartos de estar y habitaciones de todo tipo. En un sitio, el parpadeo de las llamas dejaba ver los preparativos de una agradable cena familiar, con los platos que se calentaban delante del fuego y con cortinas de color rojo

oscuro, listas para ser corridas y dejar fuera el frío y la oscuridad. En otro, todos los niños de la casa salían corriendo a la nieve para recibir a sus hermanas casadas, hermanos, primos, tíos, tías, y ser los primeros en darles la bienvenida. Más allá, de nuevo, aparecían sobre los estores las sombras de los invitados que se congregaban; y allí un grupo de jóvenes bien parecidas, todas con capuchas y botas de piel y todas parloteando al mismo tiempo, se trasladaban con pie ligero a la cercana casa de algún vecino, donde ¡pobre del soltero que las viera entrar —brujas taimadas, bien lo sabían ellas— con su tez sonrosada animada por el frío!

Aunque se pudiera pensar, a juzgar por el número de personas camino de reuniones con amigos, que no quedaba nadie en casa para darles la bienvenida cuando llegaran, sucedía en realidad todo lo contrario, ya que no había ninguna casa que no esperase sus invitados ni hogar de chimenea al que faltase un buen montón de combustible. ¡Cómo se alegraba el espectro, bendito sea Dios! ¡Cómo descubría el amplio pecho y abría la mano de vastas

proporciones y seguía flotando por encima de aquella multitud, derramando con generosidad su alegría, viva e inocente, en todo lo que se ponía a su alcance! El farolero mismo, que corría por delante, y que, vestido ya para pasar la velada en algún sitio, llenaba las calles oscuras de manchas de luz, rió a carcajadas con el paso, muy cercano, del espectro, aunque no supo aquel buen hombre que, por unos instantes, había tenido por compañero al espíritu de la Navidad en persona.

De repente, sin que el espectro hubiera dicho una sola palabra con el fin de preparar a su acompañante para tan brusco cambio, se encontraron en medio de un triste páramo, sembrado de monstruosas aglomeraciones de toscas piedras, como si se tratara de un cementerio de gigantes; y el agua se habría extendido por todas partes de no haber sido por el obstáculo de la helada que la tenía prisionera; nada crecía allí excepto el musgo, la aulaga y unas desagradables hierbas malolientes. En el horizonte, del lado oeste, la puesta de sol había dejado una estela de rojo encendido, que brilló sobre aquella desolación

un instante, como la mirada de un ojo sombrío, y se veló poco a poco, cada vez más, hasta desaparecer en el horror de una noche oscurísima.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Scrooge.

—Un lugar donde viven mineros, que trabajan en las entrañas de la tierra — replicó el espíritu—. Pero me conocen. ¡Mira!

Una luz brillaba en la ventana de una choza y rápidamente se dirigieron hacia ella. Al atravesar una pared de barro y piedra se encontraron con un alegre grupo reunido en torno a un espléndido fuego. Un hombre y una mujer de avanzada edad, con sus hijos, sus nietos y sus biznietos, estaban reunidos y llevaban su mejor ropa de fiesta. El anciano, con una voz que raras veces se alzaba sobre los aullidos del viento en el páramo, les cantaba un villancico —uno que ya era muy antiguo en su juventud — y de cuando en cuando todos se unían a él para entonar el estribillo. Cada vez que los demás le acompañaban, la voz del anciano se hacía más robusta y alegre; terminado el estribillo y calladas las otras voces, disminuía su vigor.

El espíritu no se entretuvo allí, e indicó a Scrooge que se agarrase de nuevo a su túnica; dejaron atrás el páramo y se dirigieron veloces, ¿hacia dónde? ¿No hacia el mar? Precisamente hacia allí. Para horror de Scrooge, al mirar atrás vio a su espalda el límite de la tierra, una temible cadena de rocas; y le ensordeció el estruendo del agua al revolverse y rugir entre las terribles cavernas talladas en los acantilados, como si, en sus accesos de furor, el mar tratase de debilitar a la tierra.

Construido sobre el triste arrecife de unos peñascos a flor de agua, a una legua, más o menos, de la orilla, batido encarnizadamente por las olas a lo largo de todo el año, se alzaba un faro solitario. Grandes acumulaciones de algas colgaban de su base y los pájaros de las tormentas —cabe suponer que engendrados por los vientos como las algas por el agua— se alzaban y descendían a su alrededor, como las olas que rozaban al volar.

Pero incluso allí dos fareros habían hecho un fuego que, a través de una apertura practicada en el espeso muro, lanzaba un rayo de claridad sobre el mar espantoso. Unidas las manos

callosas sobre la rústica mesa a la que estaban sentados, se deseaban mutuamente una feliz Navidad mientras bebían su ponche; y uno de ellos, el de más edad, el rostro marcado por las inclemencias de la intemperie, como podría estarlo el mascarón de proa de un barco viejo, procedió a entonar, con voz ronca, una recia canción que era como un golpe de viento durante el huracán.

De nuevo el espíritu reemprendió la marcha sobre las aguas oscuras y embravecidas —siempre hacia alta mar— hasta que, muy lejos de cualquier costa, como le explicó a Scrooge, se detuvieron en un barco. Visitaron al timonel que guiaba la nave, al vigía en la proa, a los oficiales de guardia; figuras oscuras, fantasmales, en sus diferentes situaciones; pero todas tarareaban algún villancico, tenían algún pensamiento navideño o hablaban en voz baja de navidades pasadas con algún compañero, y de esperanzas de regreso al hogar. Y todos los hombres de a bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, habían intercambiado, unos y otros, palabras más cordiales aquel día que el resto del año; habían

compartido en cierta medida las festividades; se habían acordado de las personas a las que querían y que estaban lejos; y habían sabido que sentían la misma alegría recordándolos.

Fue toda una sorpresa para Scrooge, mientras escuchaba los gemidos del viento y pensaba en qué cosa tan solemne era atravesar aquella solitaria oscuridad sobre un abismo desconocido, cuyas profundidades eran un secreto tan insondable como la muerte; fue, como digo, una gran sorpresa para Scrooge, mientras estaba así ocupado, escuchar una alegre carcajada. Y la sorpresa fue aún mayor al reconocerla como procedente de la boca de Fred, su sobrino, y encontrarse en una habitación bien iluminada, cálida, con el resplandor de la limpieza, y al espíritu, con una amplia sonrisa, a su lado, que contemplaba a aquel mismo sobrino con una afabilidad llena de aprobación.

—¡Ja, ja! —reía Fred—. ¡Ja, ja, ja!

Si por casualidad, si por una extraña coincidencia, conocen ustedes a alguien con una risa más contagiosa que la del sobrino de Scrooge, todo lo que les puedo decir es que me

gustaría conocerlo. Preséntenmelo y cultivaré su amistad.

Merced a una feliz compensación, una compensación noble y justa, aunque es cierto que la enfermedad y la tristeza son transmisibles, no hay nada en el mundo tan irresistible y contagioso como la risa y el buen humor. Cuando el sobrino de Scrooge reía de aquella manera, cuando se sujetaba el costado, agitaba la cabeza y retorcía la cara con las contorsiones más inconcebibles, su mujer reía con tantas ganas como él. Y los amigos que los acompañaban, nada dispuestos a quedarse atrás, reían también a mandíbula batiente.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Dijo que la Navidad era una paparrucha, os lo juro! —exclamó el sobrino de Scrooge—. Y ¡además estaba convencido!

—¡Más imperdonable todavía, Fred! —dijo la sobrina, muy indignada. Benditas las mujeres como ella; nunca hacen las cosas a medias. Se lo toman todo muy en serio.

Era muy bonita, extraordinariamente bonita. Con una carita encantadora toda ingenuidad,

asombro y hoyuelos en las mejillas; una boquita madura que parecía hecha para besarla, como, sin duda, le sucedía; y otros hoyuelos más en torno a la barbilla que se le confundían al reír; y el par de ojos más risueños que se hayan visto nunca en una joven. En conjunto, su belleza tenía algo que podría llamarse provocador, no sé si me explico; pero muy satisfactorio también. Completamente satisfactorio.

—Es un viejecito muy cómico —dijo el sobrino de Scrooge—, ésa es la verdad: y no tan simpático como podría serlo. De todos modos, esos defectos encierran su propio castigo, y no tengo nada que decir contra él.

—Estoy segura de que tiene mucho dinero —apuntó la sobrina—. Por lo menos eso es lo que me dices siempre.

—Y ¿qué más da, cariño mío? —dijo Fred—. Su riqueza no le sirve de nada. No hace nada con ella que merezca la pena. Ni siquiera la utiliza para su propia comodidad. Ni siquiera tiene la satisfacción de pensar, ¡ja, ja, ja!, que alguna vez será nuestro benefactor.

—No lo soporto —opinó la sobrina. Sus hermanas, y todas las demás señoras presentes, fueron de la misma opinión.

—Yo no lo veo con tan malos ojos —dijo Fred—. Lo siento por él; no podría enfadarme aunque quisiera. ¿Quién sufre por sus malos humores? Se le ha metido en la cabeza, por ejemplo, desconfiar de nosotros, y no quiere venir a cenar. ¿Cuál es la consecuencia? Aunque tampoco se pierde una cena excepcional.

—Pues yo sí que creo que se pierde una cena excelente —le interrumpió su mujer. Todos los demás dijeron lo mismo, y hay que concederles que estaban en condiciones de ser jueces competentes porque acababan de cenar y, con el postre sobre la mesa, se apiñaban en torno al fuego, a la luz de las lámparas.

—¡Vaya! Me alegro de oírlo —dijo Fred—, porque tengo gran fe en estas jóvenes amas de casa. ¿Tú qué dices, Topper?

Era evidente que Topper se había fijado en una de las hermanas de la mujer de Fred, porque respondió que un soltero era un desdichado

paria que no tenía derecho alguno a dar su opinión sobre aquel tema. Con lo que una de las cuñadas —la rellenita con la pechera de encaje, no la de las rosas— se ruborizó.

—Termina lo que estabas diciendo, Fred —dijo su mujer, aplaudiendo—. ¡Nunca acaba lo que empieza a decir! ¡Qué persona más ridícula!

El sobrino de Scrooge se deleitó con otra carcajada, y como fue imposible evitar el contagio, aunque la hermana rellenita se esforzó mucho en conseguirlo con vinagre aromático, el ejemplo de Fred se siguió de manera unánime.

—Iba solo a decir —continuó después el sobrino de Scrooge— que por desconfiar de nosotros y no querer pasar un buen rato en nuestra compañía, renuncia, creo yo, a algunos momentos agradables que no le harían ningún daño. Estoy seguro de que pierde una compañía más grata que la de sus propios pensamientos, tanto en su vieja y mohosa oficina como en sus habitaciones polvorientas. Me propongo ofrecerle la misma oportunidad todos los años, tanto si le gusta como si no, porque me inspira compasión. Nada le

impedirá despotricar contra la Navidad hasta el día en que se muera, pero, es inevitable, tendrá mejor opinión de la fiesta si comprueba que me presento, de buen humor, año tras año y le pregunto: “Tío Scrooge, ¿qué tal está usted?”. Aunque con eso solo consiga sugerirle la conveniencia de legarle cincuenta libras a ese pobre empleado suyo, ya es algo; y, si no estoy equivocado, creo que ayer conseguí inquietarlo un poco.

Ahora les tocó reírse a los demás ante la idea de haber inquietado a Scrooge. Pero, como Fred era una buenísima persona y le daba lo mismo de qué se rieran, siempre que lo hiciesen, los animó en su jolgorio, e hizo circular la botella de oporto alegremente.

Después del té hicieron algo de música, porque se trataba de una familia musical, y sabían lo que se traían entre manos cuando interpretaban una arieta o un retornelo, se lo aseguro: de manera especial Topper, que hacía bramar al contrabajo como el mejor, sin que se le hincharan las venas de la frente ni se le enrojeciese la cara como a un cangrejo. La sobrina de Scrooge tocaba bien el arpa y, entre

otras melodías, ejecutaba una cancioncilla sin ninguna complicación (muy poca cosa, algo que ustedes aprenderían a silbar en un par de minutos), y que era precisamente una de las piezas preferidas de la hermana de Scrooge, la niña que lo sacó del internado, tal como al viejo cambista se lo había recordado el espíritu de las navidades pasadas. Cuando sonaron aquellos compases, a Scrooge le vinieron a la cabeza todas las cosas que aquel espíritu le había mostrado, lo que hizo que se ablandara más y más; y pensó que, si hubiese podido escucharla más a menudo, años antes, quizá hubiera cultivado, con sus propias manos, para su propia felicidad, los dulces afectos de la vida, algo mucho mejor que afilar, impaciente, la pala de sepulturero que había enterrado a Jacob Marley.

Pero los allí reunidos no dedicaron toda la velada a la música. Al cabo de algún tiempo jugaron a las prendas; porque es bueno ser niño alguna vez, y nunca mejor que en Navidad, una fiesta instituida por todo un Dios que también se había hecho niño. ¡Atención! He aquí que comienza el juego de la gallina

ciega. No podía ser de otra manera. Y me parece tan poco probable que Topper no viera nada como que tuviera ojos en las botas. Si se me permite opinar creo que Fred y él se habían puesto de acuerdo; y que el espíritu de la Navidad presente estaba en el ajo. La manera que tuvo de ir detrás de la hermana rellenita —la de la pechera de encaje— supuso todo un abuso de los límites de la credulidad humana. Topper procedió a tirar las tenazas de la chimenea, tropezó con las sillas, se estrelló contra el piano, casi se asfixió entre las cortinas, porque donde iba la cuñadita de Fred, ¡allí la seguía Topper! Siempre sabía dónde estaba. No quería atrapar a ningún otro invitado. Si ustedes se hubieran arrojado sobre él (como hicieron algunos) aposta, habría fingido esforzarse por atraparlos, pero con una torpeza que era un insulto a la inteligencia del interesado, para escurrirse de inmediato en busca de la presa que sin duda perseguía. La interesada exclamó repetidas veces que no era justo; y en verdad que no lo era. Pero, cuando por fin la capturó, cuando, pese a todo el agitarse de su vestido de seda y de sus rápidos quiebros para evitar a Topper, su verdugo

consiguió llevarla a un rincón donde no tenía escape, cabe afirmar que la conducta del de los ojos vendados fue de lo más execrable. Porque fingió que no la reconocía; fingió que necesitaba palparle el tocado y, para asegurarse aún más de su identidad, le deslizó cierto anillo en el dedo y le colgó cierta cadena del cuello, ¡sin duda una vileza monstruosa! No cabe duda de que la cuñada de Fred le dijo lo que pensaba de todo ello cuando, al convertirse en gallina ciega otro invitado, se dedicaron a hacerse confidencias detrás de las cortinas.

La sobrina de Scrooge, sin tomar parte en el juego, se acomodó en un sillón y colocó los pies sobre un escabel en un rincón muy acogedor, muy cerca de donde, detrás de ella, se encontraban el viejo cambista y el espíritu navideño. Pero sí participó cuando pasaron a las prendas, y respondió admirablemente a "¿Cómo os gusta?". con todas las letras del alfabeto. De manera parecida, en el juego de "Cómo, cuándo y dónde" demostró ser una experta y, para secreto regocijo de Fred, hizo morder el polvo a sus hermanas, aunque

también eran unas chicas muy listas, como Topper se habría apresurado a explicarles a ustedes. En total podía haber allí unas veinte personas, jóvenes y de más edad, pero todas participaron, como también lo hizo Scrooge; tan interesado estaba en lo que sucedía que, olvidado por completo de que sus palabras no llegaban a los oídos de los otros jugadores, alguna vez aventuró una solución en voz bastante alta, y acertó con mucha frecuencia; porque la aguja de punta más afilada y de mejor acero, con la garantía de no cortar el hilo al pasarlo por su ojo, no era más aguda que Scrooge, por muy romo que se creyera.

Al espíritu le agradaba sobremanera encontrarlo tan animado y lo miraba con tanta simpatía que el cambista suplicó, como un niño, que se le permitiera quedarse hasta que se marcharan los invitados. Pero su acompañante aseguró que no era posible.

—¡Empiezan un juego nuevo! —dijo Scrooge—. ¡Solo media hora, nada más!

Era un juego llamado “sí y no”, en el que el sobrino de Scrooge tenía que pensar algo y los demás descubrir de qué se trataba, si bien la

respuesta a las preguntas de los participantes era sencillamente sí o no, según los casos. La rápida sucesión de requerimientos a los que Fred se vio sometido dejó en claro que estaba pensando en un animal, en un animal vivo, más bien desagradable, salvaje, un animal que gruñía y bramaba a veces, que en ocasiones hablaba, que vivía en Londres, caminaba por sus calles, no lo exhibían en ningún sitio, nadie lo llevaba atado, no formaba parte de un circo, no lo sacrificaban para venderlo en el mercado y no era ni caballo, ni asno, ni vaca, ni toro, ni tigre, ni perro, ni cerdo, ni gato, ni oso. Cada vez que le hacían una pregunta más, el sobrino de Scrooge lanzaba una nueva carcajada; y se divertía de manera tan indescriptible que se vio obligado a levantarse del sofá y dar patadas en el suelo. Por fin la cuñada rellenita, presa de las mismas convulsiones de hilaridad, exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Sé de quién hablas, Fred! ¡Seguro que sí!

—¿Quién es? —exclamó Fred.

—¡Tu tío Scro-o-o-oge!

Era, en efecto, la respuesta acertada. La admiración fue el sentimiento general, aunque algunos pusieron la objeción de que la respuesta a “¿Es un oso?”. debería haber sido “Sí”, por cuanto la negativa bastaba para apartar sus pensamientos del señor Scrooge, en el caso de que se hubieran dirigido en aquella dirección.

—Ha logrado que lo pasemos francamente bien, no me cabe la menor duda —dijo Fred—, y sería una ingratitud que no brindásemos por él. Alzo el vaso de ponche que tenemos tan a mano en este momento; ¡a la salud de mi tío Scrooge!

—¡De acuerdo! —exclamaron todos—. ¡Por tu tío Scrooge!

—¡Felices pascuas y Año Nuevo para el viejo, dondequiera que esté! —dijo el sobrino de Scrooge—. No la aceptaría de mí, pero ahí va la felicitación, de todos modos. ¡Por el tío Scrooge!

El aludido se había dejado ganar poco a poco por la alegría general y se le había ensanchado tanto el corazón que habría respondido de

buena gana al brindis y les habría dado las gracias en un discurso inaudible si el espíritu le hubiera concedido el tiempo necesario. Pero la escena entera se esfumó mientras su sobrino pronunciaba la última palabra; y el espectro y él reemprendieron una vez más sus viajes.

Fue mucho lo que vieron, grandes las distancias recorridas, muchos los hogares visitados y siempre con final feliz. Al detenerse junto al lecho de los enfermos, la presencia del espíritu hizo que olvidaran sus penas; acompañados por él, quienes se hallaban en tierra extranjera se sintieron por un momento más cerca de casa; los hombres que luchaban con la desventura se resignaron al descubrir una esperanza mejor; el espíritu hizo que aquella noche la pobreza se transformara en riqueza. En hospicios, hospitales y cárceles, en todos los refugios del dolor donde la vanidad del ser humano, con su breve e insignificante autoridad, no había cerrado la puerta con una doble vuelta de llave, impidiendo así el paso del espíritu, dejó éste sus bendiciones y enseñó a Scrooge sus preceptos.

Fue una noche muy larga, si es que fue solo una noche; porque el cambista tenía sus dudas, dado que todas las vacaciones de Navidad parecieron condensarse en el lapso de tiempo que los dos pasaban juntos. También era extraño que, mientras él no se alteraba en su apariencia exterior, el espíritu se hacía más viejo, mucho más viejo. Scrooge se había fijado en el cambio, aunque sin mencionarlo nunca, hasta que abandonaron una fiesta de la noche de Reyes y, al mirar al espíritu cuando estaban los dos al aire libre, reparó en que tenía el pelo gris.

—¿Es tan breve la vida de los espíritus? —preguntó.

—Mi vida en la tierra es muy breve —respondió su acompañante—. Acaba esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Scrooge.

—A medianoche. ¡Escucha! Se acaba el tiempo.

Los relojes daban en aquel momento las doce menos cuarto.

—Perdonadme si carezco de justificación para preguntarlo —dijo Scrooge, mirando al

espíritu—, pero veo algo extraño, que no os pertenece y que asoma por debajo de vuestra túnica. ¿Es un pie o una garra?

—Podría ser una garra, dada la escasa carne que lo recubre —fue la apesadumbrada respuesta del espectro—. Mira.

De entre los pliegues de la túnica salieron dos niños —desdichados, abyectos, horrendos, espantosos, lamentables—, que se arrodillaron a los pies del espíritu y se agarraron al exterior de su manto.

—¡Mira aquí! ¡Aquí abajo! —exclamó el fantasma de la Navidad presente.

Eran un niño y una niña. Amarillos, flacos, harapientos, con cara de pocos amigos, feroces, aunque postrados, también, en su desamparo. Donde la dulzura de la infancia debiera haber dominado sus rasgos, tocándolos con sus tintes más risueños, una mano anquilosada y reseca, como la de los muchos años, los había encogido, retorciéndolos, hasta deformarlos por completo. Donde deberían ser entronizados los ángeles, acechaban demonios que miraban

amenazadores. Ningún cambio, ninguna degradación, ninguna perversión de la especie humana, en grado alguno, en todos los misterios más maravillosos de la creación, ha producido jamás monstruos tan horribles y espantosos.

Scrooge retrocedió, consternado. Al ver cómo se le mostraban, trató de decir que eran unos niños muy guapos, pero se le atragantaron las palabras, que se negaban a formar parte de una mentira de tan enormes proporciones.

—¿Son vuestros? —Scrooge no fue capaz de decir nada más.

—Son hijos del hombre —respondió el espíritu, bajando la cabeza para mirarlos —. Y se cuelgan de mí para acusar a sus padres. Este niño es la Ignorancia. Y la niña es la Indigencia. Guárdate de los dos, y de toda su progenie, pero sobre todo guárdate de este niño, porque en su frente veo escrito Condena, a no ser que se consiga borrar esa palabra. ¡Niégalo! — exclamó el espíritu, indicando con una mano extendida hacia la ciudad—. ¡Apresúrate a borrar esa palabra que te condena más que a él! A ti a la ruina y a él a su desgracia.

¡Calumnia a quienes te lo dicen! Admítelo tan solo para coronar con éxito tus abominables proyectos. Pero ¡prepárate para el resultado final!

—¿Carecen de refugio o de recursos? —preguntó Scrooge.

—¿No hay cárceles? —dijo el espíritu, devolviéndole por última vez sus propias palabras—. ¿Ni talleres para los pobres?

El reloj dio las doce.

Scrooge miró a su alrededor en busca del espíritu y no lo encontró. Mientras dejaba de vibrar en el aire la última campanada, recordó la predicción del viejo Jacob Marley y, al alzar los ojos, vio a un fantasma solemne, bien cubierto y encapuchado que, como una niebla que se deslizara sobre el suelo, se dirigía hacia él.

CUARTA ESTROFA - EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS

El fantasma se acercó lento, serio, silencioso. Cuando llegó a su lado, Scrooge hizo una genuflexión, porque aquel espíritu parecía sembrar desolación y misterio por el aire mismo en el que se movía.

Iba envuelto en una larga túnica negra que le ocultaba la cabeza, el rostro, la silueta, y que solo dejaba visible una mano extendida. De no ser por ello habría sido difícil separar su figura de la noche y distinguirla de la oscuridad que la rodeaba.

Cuando llegó a su lado Scrooge advirtió que era alto y majestuoso, y que su presencia misteriosa lo llenaba de un terror solemne. No supo nada más, porque el espíritu ni habló ni se movió.

—¿Estoy en presencia del espíritu de la Navidad futura? —preguntó Scrooge. La aparición no respondió, pero señaló al frente con la mano.

—Os disponéis a enseñarme sombras de cosas que no han sucedido, pero que sucederán con

el paso del tiempo —prosiguió Scrooge—. ¿No es así, espíritu?

La parte superior de la túnica se plegó por un instante, como si la aparición hubiera inclinado la cabeza. Tal fue su única respuesta.

Aunque acostumbrado ya para entonces a la compañía fantasmal, al cambista le inspiró tal temor aquella figura silenciosa que empezaron a temblarle las piernas y vio que apenas era capaz de mantenerse en pie cuando se dispuso a seguirlo. El espíritu hizo una pausa, como si advirtiese su situación y le diera tiempo para recuperarse.

Scrooge, sin embargo, se sintió peor. Le produjo un vago escalofrío de horror saber que detrás de aquella oscura mortaja había unos ojos fantasmales que no dejaban de mirarlo mientras él, por mucho que se esforzara, no veía más que una mano espectral y una gran cantidad de negrura.

—¡Fantasma del futuro! —exclamó—, os temo más que a ninguno de los espectros que conozco. Pero, como sé que os proponéis hacerme el bien, y como espero vivir para ser

un hombre distinto del que era, estoy preparado para aceptar vuestra compañía y para hacerlo con el corazón agradecido. ¿No hablaréis conmigo?

No obtuvo respuesta. La mano seguía señalando al frente.

—¡Conducidme! —dijo Scrooge—. ¡Adelante! La noche se acaba deprisa, y para mí se trata de un tiempo precioso, lo sé. ¡Adelante, espíritu!

El fantasma se alejó como antes se había acercado. Scrooge lo siguió en la sombra de su túnica y le pareció que aquella sombra lo alzaba y lo llevaba con ella.

Apenas tuvo la sensación de entrar en la ciudad: más bien le pareció que la ciudad, por decisión propia, surgía a su alrededor y los rodeaba. Pero allí estaban, en el corazón de la metrópoli, en la Bolsa, entre los hombres de negocios que iban de un lado a otro, hacían sonar el dinero que llevaban en el bolsillo, conversaban en grupos, miraban el reloj y jugueteaban, pensativos, con sus grandes

sellos de oro, tal como Scrooge los había visto en innumerables ocasiones.

El espíritu se detuvo junto a uno de los grupos que departían. Al fijarse en que la mano del espectro los señalaba, Scrooge se adelantó para escuchar su conversación.

—No —decía un individuo grande y gordo con una barbilla monstruosa—; no sé nada más. Solo sé que ha muerto.

—¿Cuándo? —preguntó otro.

—Creo que anoche.

—Caramba, y ¿qué le pasaba? —preguntó un tercero, mientras sacaba una enorme cantidad de rapé de una caja muy grande—. Yo creía que no se moriría nunca.

—Vaya usted a saber —dijo el primero, con un bostezo.

—¿Qué ha hecho con su dinero? —preguntó un caballero de rostro colorado al que le colgaba una excrecencia de la punta de la nariz que se agitaba como la carúncula de un pavo.

—No he oído nada —dijo el individuo de la enorme barbilla, bostezando de nuevo—. Se lo

habrá dejado a su sociedad mercantil. A mí no, desde luego. Es lo único que sé.

Aquella broma fue recibida con risas generalizadas.

—Será un funeral muy barato el que le hagan —dijo la misma persona—; porque, a fe mía, no sé de nadie que vaya a ir. ¿Qué tal si formamos un grupo de voluntarios?

—No me importa ir si está incluido el almuerzo —observó el caballero con la excrecencia en la nariz—. Pero tienen que darme de comer para que valga la pena.

Otra risa colectiva.

—Bien —dijo el primero que había hablado—, soy el más desinteresado de ustedes, según parece, porque nunca llevo guantes negros ni tomo nada al mediodía. Pero me ofrezco a ir, si hay alguien más que me acompañe. Pensándolo bien, casi estoy seguro de que yo era su amigo más íntimo, porque solíamos pararnos para hablar siempre que nos encontrábamos. ¡Hasta la vista!

El grupo se dispersó y se mezcló con otros. Scrooge conocía a aquellas personas, y se

volvió hacia su acompañante en busca de una explicación.

El fantasma se deslizó hasta otra calle. Con el dedo señaló a dos personas que conversaban. Scrooge escuchó de nuevo, pensando que quizá encontraría allí la explicación.

También conocía bien a aquellos dos, hombres de negocios muy acaudalados y personas importantes. Siempre se había esforzado por granjearse su aprecio, aunque desde el punto de vista de los negocios, por supuesto; estrictamente desde el punto de vista de los negocios.

—¿Qué tal le va? —dijo uno.

—¿Y a usted? —respondió el otro.

—¡Bien! —dijo el primero—. Al viejo tacaño le llegó por fin su hora, ¿no es eso?

—Eso me han dicho —replicó el segundo—. Mucho frío, ¿verdad?

—Lo normal en Navidad. Imagino que a usted no le gusta patinar.

—No, no. Tengo otras cosas en que pensar. ¡Buenos días!

Ni una palabra más. Aquél fue su encuentro, su conversación y su despedida.

Al principio a Scrooge le sorprendió que el espíritu concediera importancia a conversaciones en apariencia tan triviales; pero, convencido de que encerraban algún propósito oculto, se puso a considerar cuál podría ser. Difícilmente cabía suponer que tuvieran alguna conexión con la muerte de Jacob, su antiguo socio, porque se trataba de un suceso que pertenecía al pasado, y el campo de acción del nuevo espíritu era el futuro. Y tampoco le parecía que se pudieran referir a alguna otra persona estrechamente relacionada con él. Pero, seguro de que —se aplicaran a quien se aplicasen— encerraban alguna enseñanza moral en beneficio suyo, decidió atesorar todas las palabras que oía y todo lo que veía; y en especial observar su propia imagen cuando apareciese. Porque tenía la esperanza de que el comportamiento de su yo futuro le diera la clave que le faltaba y le facilitara la solución de aquellos enigmas.

Scrooge se buscó allí mismo, pero había otra persona en su lugar acostumbrado y, aunque el

reloj señalaba la hora habitual de su presencia allí, no vio a nadie que se le pareciera entre la multitud que se acumulaba a la entrada de la Bolsa. No le sorprendió demasiado, sin embargo, porque estaba considerando un cambio de vida, y pensó y esperó descubrir en aquella circunstancia que, en efecto, sus nuevas resoluciones producían el efecto deseado.

Silencioso y oscuro, el fantasma seguía a su lado, la mano extendida. Cuando Scrooge salió de su pensativa búsqueda, se imaginó, por la posición de la mano, y su situación con respecto a sí mismo, que los ojos invisibles de su acompañante lo miraban con gran interés, lo que le hizo estremecerse y sentir un frío intenso.

Abandonaron aquel lugar tan concurrido para trasladarse a una zona oscura de la ciudad donde Scrooge no había puesto nunca los pies, si bien reconoció el sitio y su mala reputación. Las calles estaban sucias y eran estrechas; las tiendas y las viviendas, espantosas; la gente, medio desnuda, borracha, desaliñada, fea. Callejones y pasadizos oscuros, como otras

tantas cloacas, vertían sus ofensivos olores, suciedad y vida sobre el laberinto de callejas; y todo el barrio respiraba la delincuencia, la basura y el sufrimiento.

En lo más profundo de aquel infame lugar había un local comercial de poca altura que sobresalía bajo el alero de una casa, en donde se compraba hierro, trapos viejos, botellas, huesos y restos grasientos. En el suelo, en el interior, se apilaban montones de llaves oxidadas, clavos, cadenas, goznes, limas, balanzas, pesas y residuos de hierro de todas clases. Misterios que a pocos les habría gustado investigar se generaban y escondían bajo montañas de trapos indecorosos, masas de grasa rancia y sepulcros de huesos. Sentado entre las mercancías con las que comerciaba, junto a una estufa de carbón, se hallaba un granuja de cabellos grises, cercano a los setenta años de edad, que se protegía del aire frío exterior por medio de una desastrada cortina hecha de andrajos heterogéneos y colgada de una cuerda; y allí fumaba su pipa con todo el sosiego de un tranquilo retiro.

Scrooge y el fantasma se presentaron ante aquel individuo al mismo tiempo que una mujer se introducía sigilosamente en la tienda con un pesado fardo. Pero apenas había cruzado el umbral cuando una segunda mujer, con una carga similar, entró también; y casi de inmediato la siguió otro sujeto, vestido de negro desteñido, que se sorprendió tanto a la vista de las dos primeras, como ellas se habían sobresaltado al reconocerse. Después de un breve intervalo de mudo asombro, en el que el viejo de la pipa se reunió con los tres, todos se echaron a reír.

—¡Que pase delante la asistenta! —exclamó la que había entrado en primer lugar —. La lavandera será la segunda y el contratista de pompas fúnebres el tercero.

¡Fíjese, Joe, viejo tunante, qué casualidad! ¡Nos hemos reunido aquí los tres sin habérnoslo propuesto!

—¡No podíais haber elegido un sitio mejor! —dijo el viejo Joe, sacándose la pipa de la boca—. Pasad al salón. Tú hace ya mucho tiempo que tienes aquí el paso franco, no hace falta decirlo; y los otros dos tampoco son

desconocidos. Esperad a que cierre la puerta de la tienda. ¡Ah! ¡Cómo chirría! No hay en toda la casa un trozo de metal tan oxidado como sus goznes, estoy seguro; ni huesos tan viejos como los míos. ¡Ja, ja! Todos hacemos honor a nuestra vocación, nos acoplamos bien a nuestro oficio. Pasad al salón. Pasad al salón.

El salón era el espacio situado detrás del biombo de trapos viejos. Joe avivó el fuego con una barra de hierro procedente de una vieja escalera y, después de despabilar (porque era de noche) la lámpara, que humeaba, con la caña de su pipa, se la volvió a meter en la boca.

Mientras hacía todo aquello, la mujer que ya había hablado dejó en el suelo el fardo que llevaba, y se sentó, con aire desenvuelto, en un taburete; luego se cruzó de brazos y miró, desafiante, a los otros dos.

—¿Qué le parece, señora Dilber? —preguntó—. Todo el mundo tiene derecho a cuidarse. Él lo hacía siempre.

—¡Cierto, muy cierto! —dijo la lavandera—. Más que nadie.

—¿Qué sucede, entonces? —exclamó la asistenta—. No se me quede mirando como si tuviera miedo, mujer; ¿quién va a enterarse? No le vamos a ir con el cuento a nadie, imagino yo.

—No, claro que no —dijeron al unísono la señora Dilber y el hombre de negro—.

Faltaría más.

—¡Muy bien, entonces! —exclamó la asistenta—. No se hable más. ¿Quién sale perjudicado por la pérdida de unas pocas cosas como éstas? Un muerto no, desde luego.

—Por supuesto que no —dijo la señora Dilber, riendo.

—Si hubiera querido conservarlas, viejo avaro que era —prosiguió la asistenta—, ¿por qué no se portó como una persona normal mientras vivía? Si lo hubiera hecho, habría tenido a alguien para cuidarlo a la hora de la muerte, en lugar de quedarse más solo que un perro hasta el último estertor.

—Eso que dice usted es la pura verdad —dijo la señora Dilber—. Dios le ha dado su merecido.

—Me habría gustado traer un fardo más grande —dijo la asistenta—; y habría sido así, pueden estar seguros, si consigo echar el guante a algo más. Abra el bulto, Joe, viejo tunante, y dígame lo que vale. Con toda franqueza. No me da miedo ser la primera, ni que lo vean ellos. Sabíamos muy bien, antes de reunirnos aquí, que a quien madruga Dios le ayuda. No es ningún pecado. Abra el bulto, Joe.

Pero la cortesía de sus amigos no lo podía permitir; y el individuo vestido de negro desvaído, lanzándose primero al asalto, presentó su botín. No era abundante. Un sello o dos, un plumier, un par de gemelos de camisa y un broche de poco valor, nada más. El viejo Joe examinó los objetos por separado, los valoró y escribió con tiza en la pared las cantidades que estaba dispuesto a pagar por cada cosa y que luego sumó hasta alcanzar el total.

—Ésa es su cuenta —dijo Joe—, y no le daría seis peniques más aunque me ahorcaran por no hacerlo. ¿Quién viene ahora?

La señora Dilber era la siguiente. Sábanas y toallas, un traje, dos cucharillas de plata para el

té pasadas de moda, unas pinzas para el azúcar y unas botas. Su cuenta quedó reflejada en la pared de la misma manera.

—Siempre doy demasiado a las señoras. Es una debilidad mía, y así es como me arruino —dijo el viejo Joe—. Ahí tiene su cuenta. Si me pide un penique más, e insiste en regatear, me arrepentiré de ser tan generoso y le rebajaré media corona.

—Y ahora deshaga mi bulto, Joe —dijo la primera mujer.

Joe se arrodilló porque así le resultaba mucho más fácil abrir el atado y, después de soltar un buen número de nudos, extrajo un rollo grande y pesado de paño oscuro.

—Y ¿esto qué es? —dijo Joe—. ¡Cortinas de cama!

—¡Claro! —respondió la asistenta, riendo e inclinándose hacia delante sin descruzar los brazos—. ¡Cortinas de cama!

—¿No me va a decir que te las ha llevado, con anillas y todo, mientras él estaba allí tumbado? —preguntó Joe.

—¡Claro que sí! —replicó la otra—. ¿Por qué no?

—Naciste para hacer fortuna —dijo Joe—, y sin duda lo conseguirás.

—Desde luego no me temblará la mano cuando pueda lograr algo sin más esfuerzo que extenderla, tratándose de un personaje como él, de eso puede estar seguro, Joe —replicó la mujer con frialdad—. Que no se le caiga el aceite sobre las mantas, hágame el favor.

—¿Las mantas del difunto? —preguntó Joe.

—¿De quién le parece que puedan ser? —replicó la asistenta—. No es probable que se resfríe por no tenerlas, diría yo.

—Espero que no se haya muerto de nada contagioso, ¿eh? —dijo el viejo Joe, deteniéndose en su tarea y alzando la vista.

—No se preocupe —replicó la otra—. No me gustaba tanto su compañía como para entretenerme con cosas tan íntimas si así fuera. ¡Ah! Puede repasar esa camisa hasta que le duelan los ojos, porque no encontrará ningún agujero ni ningún sitio donde esté raída. Es la mejor que tenía, y de muy buena

calidad por añadidura. La habrían desperdiciado, de no haber sido por mí.

—¿A qué llamas desperdiciar? —preguntó el viejo Joe.

—Ponérsela para enterrarlo, por supuesto —replicó la asistenta con una risotada —. Alguien fue lo bastante estúpido para hacerlo, pero se la quité. Si el algodón no es bueno para irse a la tumba, es que no sirve para nada. Al cadáver le sienta igual de bien. No puede quedar más feo que con ésta.

Scrooge escuchaba horrorizado aquel diálogo. Mientras seguían reunidos en torno a su botín, a la escasa luz que les proporcionaba la lámpara del anciano, los contempló con una indignación y una repugnancia que difícilmente podrían haber sido mayores aunque se hubiese tratado de demonios espantosos, dispuestos a vender el cadáver mismo del difunto.

—¡Ja, ja! —rió la misma mujer cuando el viejo Joe, sacando una bolsa de franela, contó en el suelo el dinero que le correspondía a cada uno—. ¡Así es como termina todo, no lo duden! ¡Consiguió asustar a propios y extraños

cuando estaba vivo, y ahora nos aprovechamos, una vez muerto! ¡Ja, ja, ja!

—¡Espíritu! —dijo Scrooge, estremecido de pies a cabeza—. Ya veo. El caso de este pobre desgraciado podría ser el mío. Mi vida lleva esa misma dirección. ¡Cielo misericordioso! ¿Qué es esto?

Scrooge retrocedió, lleno de terror, porque la escena había cambiado y ahora casi tocaba una cama: un lecho desnudo y sin cortinas en el que, bajo una sábana harapienta, yacía algo que, pese a su mudez, se anunciaba ya con un lenguaje terrible. La habitación estaba muy oscura, demasiado en sombras para examinarla con precisión, aunque Scrooge la recorrió con la vista obedeciendo a un impulso secreto, ansioso de saber qué clase de habitación era. Una luz pálida, procedente del exterior, caía directamente sobre la cama; y en ella yacía el cadáver de un hombre despojado, robado, abandonado de todos, que nadie velaba y por el que nadie lloraba.

Scrooge se volvió hacia el espíritu. Su mano firme apuntaba a la cabeza del difunto. El sudario estaba tan descuidadamente colocado

que la menor modificación, el simple movimiento de un dedo por parte de Scrooge, habría dejado el rostro al descubierto. El cambista lo pensó, advirtió lo sencillo que sería y deseó hacerlo con toda su alma; pero le era tan imposible apartar aquel velo como despedir al espectro que lo acompañaba.

¡Ah, muerte, muerte terrible, fría y rígida, instala aquí tu altar y adórnalo con todos los terrores que tienes a tu disposición, porque ése es tu dominio! Pero de la cabeza amada, reverenciada, honrada, no puedes cambiar un solo cabello para tus terribles propósitos o para hacer odioso ni uno solo de sus rasgos. No es que la mano no pese y caiga cuando se la suelta; ni que el corazón y el pulso no se hayan detenido, sino que la mano estaba abierta, era generosa y sincera; el corazón valiente, cálido y compasivo; era un verdadero corazón de hombre el que latía en ese pecho. ¡Golpea, muerte implacable! Y ¡verás cómo de la herida brotan sus buenas obras para sembrar el mundo con vida inmortal!

Ninguna voz pronunció aquellas palabras en los oídos de Scrooge, pero las oyó cuando

contempló el lecho. Su pensamiento fue: si este hombre pudiera alzarse ahora, ¿en qué pensaría por encima de todo? ¿En la avaricia, en la dureza de corazón, en la avidez de las ganancias? ¡Terrible riqueza la que le habían conseguido aquellas pasiones!

Abandonado en una casa oscura y vacía, sin un solo hombre, ni mujer, ni niño que dijeran: “Fue amable conmigo en esto o en aquello y por el recuerdo de una palabra cariñosa lloraré su pérdida”. Un gato arañaba la puerta y había un ruido de ratas que roían bajo la piedra del hogar. Qué era lo que querían en el cuarto del difunto y por qué estaban tan inquietos y trastornados, Scrooge no se atrevía a imaginarlo.

—¡Espíritu! —exclamó—, ¡qué lugar tan terrible! Aunque lo abandone no olvidaré sus lecciones, os lo aseguro. ¡Vayámonos!

Pero el fantasma siguió señalando la cabeza con un dedo inmóvil.

—Os entiendo —replicó Scrooge—, y lo haría si pudiera. Pero no me es posible.

No puedo.

De nuevo pareció que el espectro lo miraba.

—Si hay alguna persona en la ciudad que sienta alguna emoción por la muerte de este hombre —dijo Scrooge dominado por la angustia—, mostrádmela, ¡os lo ruego!

El fantasma extendió por un momento, como si fueran unas alas, su oscura túnica; al recogerla de nuevo, dejó al descubierto una habitación iluminada por la luz diurna, donde se hallaba una madre con sus hijos.

La mujer esperaba a alguien con angustiada impaciencia, porque paseaba de un lado a otro sin descanso; se sobresaltaba con cualquier ruido; miraba por la ventana; consultaba la hora; trataba, aunque en vano, de trabajar con la aguja; y apenas soportaba las voces de los niños que jugaban.

Finalmente se oyeron los golpes tanto tiempo esperados. La madre corrió hacia la puerta para encontrarse con su marido, un hombre apesadumbrado, de rostro agobiado por las preocupaciones, aunque todavía joven. Ahora, sin embargo, había en él una notable expresión; algo así como un profundo júbilo del

que se avergonzaba y que se esforzaba por reprimir.

Se sentó para tomarse la cena que su mujer, para que no se enfriase, había dejado cerca del fuego; y, cuando ella le preguntó, casi sin voz, qué noticias traía (cosa que solo hizo después de un largo silencio), pareció avergonzarse de responder.

—¿Son buenas o malas? —dijo ella para facilitarle la tarea.

—Malas —respondió el otro.

—¿Estamos completamente arruinados?

—No. Todavía hay esperanzas, Caroline.

—Si se apiada —dijo ella, sorprendida—, ¡claro está! Si ha sucedido un milagro semejante, puede esperarse cualquier cosa.

—Ya no se apiadará —dijo su marido—. Ha muerto.

La mujer era una criatura dulce y paciente si había que dar crédito a la expresión de su rostro; pero su alma sintió gratitud al oír aquello, y así lo dijo, uniendo las manos. Rezó pidiendo perdón un momento después, y se

sintió culpable; pero lo primero que dijo le salió del corazón.

—Fue lo que me contó la mujer medio borracha de la que te hablé anoche cuando traté de verlo para obtener una prórroga de una semana; y lo que creí una simple excusa para evitarme ha resultado ser cierto. No solo estaba muy enfermo entonces: agonizaba ya.

—¿A quién se le traspasará nuestra deuda?

—No lo sé. Pero para entonces habremos conseguido el dinero; e, incluso aunque no fuera así, tendríamos muy mala suerte si encontrásemos de nuevo un acreedor tan despiadado. ¡Esta noche dormiremos tranquilos, Caroline!

Sí. Por mucho que procurasen disimularlo, su corazón se había librado de un peso terrible. Los rostros de los niños, silenciosos a su alrededor para oír lo que apenas entendían, se iluminaron; ¡la muerte del acreedor devolvía un poco de felicidad a una familia! La única emoción, causada por aquel suceso, que el espíritu podía mostrar a Scrooge era de júbilo.

—Permitidme presenciar la expresión de algún sentimiento de ternura relacionado con una muerte —dijo Scrooge—, o esa habitación oscura que acabamos de abandonar estará siempre presente en mi recuerdo.

El fantasma lo condujo a través de varias calles con las que sus pies estaban familiarizados y, a medida que avanzaban, Scrooge miraba a un lado y a otro con la esperanza de reconocerse, pero no se vio por ningún sitio. Entraron en la casa del pobre Bob Cratchit, el hogar que ya había visitado en una ocasión anterior; y encontraron a la madre y a los niños sentados en torno al fuego.

Silenciosos. Muy silenciosos. Los pequeños Cratchit, siempre tan bulliciosos, estaban en un rincón, inmóviles como estatuas, la mirada pendiente de Peter, que tenía un libro delante. La madre y las hijas cosían. Pero ¡todos estaban muy callados!

—”Y tomando un niño lo puso en medio de ellos”.

¿Dónde había oído Scrooge aquellas palabras? No eran parte de un sueño. El muchacho tenía

que haberlas leído en voz alta en el momento en que el espíritu y él cruzaban el umbral. ¿Por qué no seguía adelante?

La madre dejó su labor sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos.

—El color de esa tela me hace daño a los ojos —dijo.

¿El color? ¡Ah, pobre Tim!

—Ahora ya están mejor —dijo la mujer de Cratchit—. Trabajar a la luz de la vela los fatiga; pero por nada del mundo me gustaría que lo notase vuestro padre cuando vuelva a casa. Debe de estar al llegar.

—Se retrasa ya —respondió Peter, cerrando el libro—. Pero creo que estas últimas tardes camina más despacio que de ordinario, madre.

Volvieron a quedarse en silencio. Finalmente la mujer de Cratchit dijo con voz alegre y firme, que solo se quebró una vez:

—Lo he visto pasear con… lo he visto pasear muy deprisa con el pequeño Tim a hombros, ya lo creo.

—Yo también —exclamó Peter—. A menudo.

—Lo mismo que yo —exclamó otro. Todos lo habían visto.

—Como pesaba tan poco no era difícil llevarlo —continuó la madre, pendiente de su labor—, y lo quería tanto que no era una molestia, en lo más mínimo. ¡Vuestro padre está ya en la puerta!

Corrió a recibirlo; Bob, con su bufanda —la necesitaba el pobrecillo—, entró en la sala. Tenía el té listo muy cerca del fuego, y todos se esforzaron por serle de utilidad. Luego los dos Cratchit más jóvenes se le sentaron en las rodillas y apoyaron la mejilla sobre el rostro de su padre al tiempo que decían: “No pienses más en ello, papá. ¡No sufras!”.

Bob se mostró muy alegre y prodigó las buenas palabras a toda la familia. Se fijó en la labor que su mujer había dejado sobre la mesa y alabó la laboriosidad y la rapidez de la señora Cratchit y de las niñas. Habrían acabado mucho antes del domingo, dijo.

—¡El domingo! Entonces, ¿has ido hoy, Robert? —preguntó la esposa.

—Sí, querida —respondió Bob—. Me gustaría que hubieses podido ir. Te habría consolado ver qué sitio tan verde hemos elegido. Pero tendrás muchas ocasiones. Le he prometido que iré allí andando un domingo. ¡Mi niñito, mi pobre niñito! — exclamó Bob—. ¡Pobrecito mío!

Se echó a llorar sin poder remediarlo. Para evitarlo quizás habría hecho falta que no se sintiera tan cerca de su hijo.

Salió y subió a la habitación del piso alto, alegremente iluminada y con adornos navideños. Había una silla colocada muy cerca del cuerpo del niño, y señales de que alguien había estado allí recientemente. El pobre Bob se sentó en ella y, después de pensar un poco y de serenarse, besó la cara de su hijo. Se resignó con lo que había sucedido y volvió a bajar con rostro alegre.

Toda la familia se reunió en torno al fuego y conversaron; las chicas y la madre trabajaban como siempre. Bob les habló de la extraordinaria amabilidad del sobrino del señor Scrooge, a quien apenas había visto más que una vez, pero que, al encontrárselo por la calle,

como lo había visto un poco… “pero solo un poco alicaído, ya sabéis”, dijo Bob, le preguntó qué había sucedido para apenarlo.

—Por lo cual —continuó Bob—, y dado que es el caballero más afable que pueda pensarse, se lo conté. “No sabe cuánto lo siento, señor Cratchit —me dijo—, y lo lamento de todo corazón por su excelente esposa”. Por cierto, no sé cómo se ha enterado de eso.

—¿Enterado de qué, cariño?

—Vaya, de que eres una esposa excelente —replicó Bob.

—¡Eso lo sabe todo el mundo! —exclamó Peter.

—¡Muy bien dicho, hijo mío! —aprobó Bob—. Espero que así sea. “Lo lamento de todo corazón —dijo— por su excelente esposa. Si puedo serle de ayuda en alguna cosa —añadió dándome su tarjeta—, aquí es donde vivo. Por favor, venga a verme”. Pero lo que ha hecho nuestro encuentro tan agradable ha sido, más que lo que pueda hacer por nosotros —prosiguió Bob—, su manera amable de tratarme. De verdad parecía como si hubiera

conocido a nuestro pequeño Tim, y sintiera de verdad lo mismo que nosotros.

—¡Estoy segura de que es un alma buena! —dijo la señora Cratchit.

—No tendrías la menor duda, querida mía —replicó Bob—, si lo vieras y hablaras con él. No me sorprendería en absoluto, fíjate en lo que te digo, que le consiguiera a Peter un puesto mejor.

—Escucha lo que dice tu padre —dijo la señora Cratchit.

—Y luego —exclamó una de las chicas— Peter buscará la compañía de alguien y se instalará por su cuenta.

—¡Guárdate tus ocurrencias! —replicó Peter, sonriendo.

—Antes o después —dijo Bob—, es una cosa que puede pasar; aunque sobra tiempo para eso, hijo mío. Pero, comoquiera y cuando quiera que nos separemos unos de otros, estoy seguro de que no nos olvidaremos del pobre Tim, ¿verdad que no?, ni de esta primera separación.

—¡Nunca, papá, nunca! —exclamaron todos.

—Y sé también —prosiguió Bob—, estoy convencido, queridos míos, de que, cuando recordemos su paciencia y su bondad, aunque no era más que un niño pequeño, será difícil que nos peleemos, porque tendríamos que olvidarnos de él para hacerlo.

—¡No, nunca, papá! —repitieron todos.

—Me hacéis muy feliz —dijo Bob—, ¡feliz de verdad!

La señora Cratchit lo besó, lo besaron sus hijas, los Cratchit más jóvenes hicieron lo mismo, y Peter le estrechó la mano. ¡Alma de Tim, tu esencia infantil venía de Dios!

—Espíritu —dijo Scrooge—, algo me dice que se acerca el momento de separarnos. Lo sé, aunque ignoro cómo sucederá. Decidme, ¿a quién hemos visto en su lecho de muerte?

El fantasma de la Navidad futura lo transportó, como antes —aunque a una época diferente, pensó Scrooge: de hecho no parecía que hubiese un orden en aquellas últimas visiones, excepto que se situaban en el futuro—, a los lugares donde se reunían los hombres de

negocios, pero él no estaba entre los presentes. A decir verdad, el espíritu no se detuvo en ningún sitio, sino que siguió su camino, como para llegar lo más directamente posible a su meta, hasta que Scrooge le suplicó que se detuviera un momento.

—Este patio —dijo— que atravesamos tan deprisa es desde hace tiempo el lugar donde trabajo. Reconozco la casa. ¡Dejadme ver lo que seré en días venideros!

El espíritu se detuvo; su mano señalaba en otra dirección.

—La casa está ahí —exclamó Scrooge—. ¿Por qué me hacéis signo de ir más allá?

El dedo inexorable no experimentó cambio alguno.

Scrooge se acercó, presuroso, a la ventana de su oficina y miró dentro. Seguía siendo una oficina, pero no la suya. Los muebles eran otros y la persona sentada en la silla no era él. El espectro seguía en la misma posición.

Volvió con él y, mientras se preguntaba el porqué de su desaparición y cuál habría sido su destino, lo acompañó hasta que llegaron a una

verja de hierro. Scrooge se detuvo para mirar a su alrededor antes de entrar.

Un cementerio. Allí, por tanto, yacía bajo tierra el desdichado cuyo nombre estaba a punto de saber. Un lugar muy adecuado. Encajonado entre casas; invadido por las malas hierbas, que son la muerte y no la vida de la vegetación; asfixiado por un exceso de sepulturas; buen ejemplo de las consecuencias de un apetito desmedido.

¡Un lugar impagable!

El espíritu se detuvo entre las tumbas y con el dedo señaló una. Scrooge avanzó temblando. El espectro seguía siendo exactamente el mismo, pero el cambista temió descubrir un significado nuevo en su figura solemne.

—Antes de que me acerque más a la lápida que señaláis —dijo Scrooge—, contestadme a una pregunta: ¿son éstas las sombras de las cosas que serán o solo las sombras de las que podrían ser?

El espectro, por toda respuesta, bajó la mano señalando el sepulcro que tenía al lado.

—Las acciones humanas anuncian siempre ciertos resultados, que pueden hacerse inevitables si se persevera en ellas —dijo Scrooge—. Pero, si cambian, cambiará el resultado. ¡Decidme que también es ése el caso con lo que os disponéis a mostrarme!

El espíritu siguió tan inmóvil como siempre.

Scrooge se arrastró hacia él, temblando mientras avanzaba; y, siguiendo la dirección del dedo, leyó, sobre la lápida de la descuidada sepultura, Ebenezer Scrooge, su nombre.

—¿Soy yo el difunto que yacía en aquel lecho? —exclamó, de rodillas.

El dedo del espectro pasó de señalar la tumba a señalarlo a él y luego de nuevo a la tumba.

—¡No, espíritu! ¡No, no! El dedo no se movió.

—¡Escuchadme! —exclamó Scrooge, agarrando con fuerza su túnica—. No soy el hombre que era. Gracias a vuestras enseñanzas no seré ya el hombre que iba a ser.

¡Para qué mostrarme esto si debo abandonar toda esperanza!

Por primera vez la mano pareció temblar.

—Espíritu benévolo —prosiguió Scrooge, mientras se prosternaba ante él—. Sé que intercedéis y que os apiadáis de mí. Aseguradme que todavía puedo cambiar esas sombras que me habéis mostrado si mi vida emprende otro camino.

La mano se movió de nuevo, en un gesto de aliento.

—Celebraré la Navidad en mi corazón y me esforzaré por vivir sus enseñanzas todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro. Los espíritus que los encarnan a los tres se esforzarán conmigo y nunca desoiré las lecciones que me enseñen. ¡Os lo ruego, decidme que puedo borrar lo que está escrito en esa lápida!

Dominado por la angustia, se apoderó de la mano del espectro, que intentó soltarse, pero que él retuvo con fuerza inusitada. El fantasma, sin embargo, más enérgico aún, lo rechazó.

Mientras alzaba las manos en una última súplica para cambiar su destino, observó un cambio en la capucha y en la túnica del

espíritu, que se encogieron, se derrumbaron y quedaron reducidas a la columna de una cama.

QUINTA ESTROFA - EL FINAL

¡Sí! La columna era una de las de su cama. Su cama y su dormitorio. Y lo mejor y lo que le llenó de esperanza fue que el tiempo que tenía por delante era suyo, y ¡podía rectificar!

—Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro —repitió Scrooge mientras saltaba de la cama—. Los espíritus de los tres se esforzarán conmigo. ¡Ah, Jacob Marley! ¡Benditos sean el Cielo y la fiesta de Navidad! Lo digo de rodillas, mi buen Jacob, ¡de rodillas!

Estaba tan agitado, tan radiante con sus buenos propósitos, que su voz gastada apenas respondía a sus deseos. Había llorado encendidamente en su lucha con el espíritu y aún le corrían las lágrimas por las mejillas.

—No las han arrancado —exclamó, abrazándose a una de las cortinas de la cama —. Siguen aquí, igual que yo. Las sombras de las cosas que podrían haber sido se pueden disipar. Así sucederá. ¡Estoy seguro!

Durante todo aquel tiempo sus manos se peleaban con las prendas de vestir; se las ponía del revés, o las de arriba, abajo; las rasgaba, se le iban de las manos, las confundía de la manera más extravagante.

—¡No sé qué hacer! —gritó Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo, y convirtiéndose, gracias a las medias que trataba de ponerse, en un perfecto Laoconte con su serpiente—. Me siento tan ligero como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Tan aturdido como un borracho. ¡Felices pascuas y próspero Año Nuevo para todo el mundo! ¡Saludos! ¡Qué tal!

Había pasado al cuarto de estar casi dando saltos, y se detuvo allí, totalmente sin resuello.

—¡Ahí está el cuenco de las gachas! —exclamó Scrooge, poniéndose otra vez en agitado movimiento delante de la chimenea—. ¡Ahí

está la puerta por donde entró el fantasma de Jacob Marley! ¡Ése es el rincón donde se sentó el espíritu de la Navidad presente! ¡La ventana desde donde vi a los fantasmas errantes! Todo está como toca, es verdad todo lo que ha sucedido. ¡Ja, ja, ja!

Realmente, para un hombre tantos años falto de práctica, fue una carcajada espléndida, una carcajada ilustre. ¡La primera de una larga, larguísima sucesión de brillantes carcajadas!

—No sé a qué día del mes estamos —dijo Scrooge—. Ignoro cuánto tiempo he pasado entre espíritus. No sé nada. Soy como un recién nacido. Qué más da. Me tiene sin cuidado. Más me vale ser un niño pequeño. ¡Saludos a todos! ¡Qué tal!

Quedó detenido en sus transportes de alegría por las campanas de las iglesias que lanzaban al aire los repiques más alegres que había oído nunca.

¡Bim, bom, ding, dong, dang! Badajo y campana. ¡Ding, dong, dang!

¡Completamente maravilloso!

Scrooge corrió hasta la ventana, la abrió y sacó la cabeza. Ni niebla, ni bruma; un día claro, luminoso, azul, vigorizante, frío; uno de esos fríos que alegran y que animan; dorada luz del sol; un cielo divino; dulce aire fresco; campanas jubilosas.

¡Maravilloso!

—¿Qué día es hoy? —gritó Scrooge, reclamando la atención de un muchachito endomingado que quizá se había detenido para mirarlo.

—¿Cómo? —replicó el chico, asombrado al máximo.

—¿Qué día es hoy, hijo mío? —preguntó Scrooge.

—¿Hoy? —replicó el muchacho—. Caramba, ¡hoy es Navidad!

—¡Navidad! —se dijo Scrooge—. No me he perdido la fiesta. Los espíritus han hecho su trabajo en una sola noche. Hacen lo que quieren. Por supuesto que sí. Claro que sí. ¡Escucha, hijo mío!

—¡Dígame! —replicó el otro.

—¿Conoces la pollería que está dos calles más allá, en la esquina?

—¡Faltaría más!

—¡Un chico listo! —dijo Scrooge—. ¡Un chico fuera de lo corriente! ¿Sabes si han vendido el pavo que tenían colgado en la puerta? ¡No el pequeño, el grande!

—¿Cómo? ¿El que era de mi tamaño? —respondió el muchacho.

—¡Qué chico tan encantador! —dijo Scrooge—. Es un placer hablar con él. ¡Sí, amigo mío!

—Sigue allí colgado —replicó el muchacho.

—¿De verdad? —dijo Scrooge—. Ve y cómpralo.

—¡No soy tonto! —replicó el muchacho.

—No, no —dijo Scrooge—. Hablo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí, para que les dé la dirección a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el de la tienda y te daré un chelín. ¡Si vuelves con él en menos de cinco minutos te daré media corona!

El muchacho salió como una bala. Haría falta tener la mano bien firme en un gatillo para disparar la mitad de deprisa.

—¡Se lo voy a mandar a Bob Cratchit! —susurró Scrooge, frotándose las manos y desternillándose—. No sabrá quién ha sido. El pavo es dos veces más grande que el pequeño Tim. ¡Joe Miller nunca hizo un chiste tan bueno como será enviarle ese pavo a Bob!

Le temblaba un poco la mano con la que escribió la dirección, pero lo hizo de todos modos, bajó la escalera y abrió la puerta de la calle, preparado para la llegada del pollero. Mientras esperaba allí, reparó en la aldaba.

—¡Te querré mientras viva! —exclamó Scrooge, dándole palmaditas—. Apenas te había mirado nunca. ¡Qué expresión tan sincera en el rostro! ¡Qué aldaba tan maravillosa! ¡Aquí está el pavo! ¡Hola! ¡Vaya! ¡Qué tal estamos! ¡Feliz Navidad!

¡Menudo pavo! No habría podido sostenerse nunca sobre sus patas, aquella ave.

Se le habrían roto en un instante, como barras de lacre.

—Ahora que lo pienso, es imposible llevar eso a pie hasta Camden Town —dijo Scrooge—. Alquila un coche.

La alegría con la que dijo esto, con la que pagó el pavo, con la que pagó el coche y con la que recompensó al muchacho, solo se vio superada por la que sintió cuando, otra vez sin aliento, volvió a sentarse en su silla y estuvo riéndose hasta que se le saltaron las lágrimas.

Afeitarse no le resultó una tarea sencilla, porque la mano seguía temblándole; y afeitarse requiere atención, incluso si no bailas mientras lo haces. Pero, aunque se hubiese cortado la punta de la nariz, Scrooge se habría quedado tan contento poniéndose un esparadrapo.

Se vistió con sus mejores galas y finalmente salió a la calle. La gente, para entonces, llenaba la ciudad, tal como había podido comprobarlo en compañía del espíritu de la Navidad presente; y mientras paseaba con las manos a la espalda, iba mirando a todo el mundo con una sonrisa de satisfacción. Causaba una impresión tan sumamente agradable, por decirlo de una vez, que tres o cuatro paseantes

de buen humor no resistieron el deseo de saludarlo con un “¡Buenos días, señor! ¡Que pase una feliz Navidad!”. Y, más adelante, Scrooge diría con frecuencia que, de todos los sonidos agradables que había escuchado en su vida, aquéllos eran los que le resultaban más placenteros.

No había llegado muy lejos cuando reconoció, viniendo hacia él, al corpulento caballero que le había visitado en su oficina el día anterior y que le dijo: “Scrooge y Marley, según creo”. Sintió una punzada en el corazón al pensar en cómo lo miraría aquella persona cuando se cruzasen; pero sabía cuál era el camino recto que tenía delante y no dudó en tomarlo.

—Mi querido señor —dijo Scrooge, acelerando el paso para cogerle las dos manos—. ¿Cómo se encuentra? Confío en que todo le fuera bien ayer. Fue usted muy amable. ¡Le deseo la más feliz de las navidades!

—¿El señor Scrooge?

—Así es —dijo Scrooge—. Ése es mi apellido, y me temo que no le resulte muy agradable. Permítame que le pida perdón. Y, ¿tendrá

usted la amabilidad…? —Aquí Scrooge le susurró algo al oído.

—¡Dios bendito! —exclamó el caballero, como si se hubiera quedado sin aliento —. Mi querido señor Scrooge, ¿habla usted en serio?

—Se lo ruego —dijo su interlocutor—. Ni un penique menos. Se incluyen en esa suma muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Tendrá usted la amabilidad?

—Mi querido señor —dijo el caballero, estrechándole la mano—. No tengo palabras para alabar semejante munifi…

—No diga nada, por favor —replicó Scrooge—. Venga a verme. ¿Lo hará?

—¡Claro que sí! —exclamó el anciano caballero. Y quedó claro que no dejaría de hacerlo.

—Muchas gracias —respondió Scrooge—. Le quedo muy agradecido. Le doy infinitas gracias. ¡Que Dios lo bendiga!

Scrooge fue a la iglesia, paseó por las calles, vio a la gente que se apresuraba de aquí para allá, dio palmaditas a los niños en la cabeza,

preguntó a los mendigos por sus necesidades, miró con curiosidad en las cocinas de las casas y alzó la vista hasta las ventanas, y descubrió que todo le procuraba placer. Nunca había soñado que un paseo —que nada— pudiera darle tanta felicidad. Por la tarde dirigió sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó por delante de la puerta una docena de veces antes de reunir el valor suficiente para subir los escalones de la entrada y llamar a la puerta. Finalmente no se lo pensó más y lo hizo:

—¿Está tu señor en casa, hija mía? —preguntó Scrooge a la criada que le abrió la puerta. ¡Una chica simpática! Mucho.

—Sí, señor.

—¿Dónde está, guapina?

—En el comedor, señor, con la señora. Pase al salón, si es tan amable.

—Muchas gracias. Me conoce —dijo Scrooge, ya con la mano en el picaporte del comedor—. Voy a entrar aquí.

Lo giró con suavidad y asomó la cabeza con la puerta entreabierta. Sus sobrinos examinaban la mesa (que estaba preparada como en los grandes acontecimientos); porque quienes llevan poco tiempo casados están siempre preocupados por hacer las cosas como es debido.

—¡Fred! —dijo Scrooge.

¡Dios todopoderoso y cómo se sobresaltó su sobrina política! Scrooge había olvidado, por un momento, que la había visto sentada en un rincón y con un taburete para alzar los pies, porque de lo contrario no hubiera querido asustarla por nada del mundo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Fred—, ¿quién está ahí?

—Soy yo. Tu tío Scrooge. He venido a cenar. ¿Me dejas que pase, Fred?

¡Dejarlo pasar! Fue una suerte que no le arrancara el brazo al estrecharle la mano. Scrooge se sintió en casa en cinco minutos. Nada podría haber sido más cordial. Su sobrina era tal como la había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente. Y lo mismo

Topper cuando llegó a la casa. Y la hermana rellenita cuando apareció. Y todos los demás invitados cuando se incorporaron a la fiesta. Estupenda reunión, maravillosos juegos de sociedad, maravillosa unanimidad, ¡singular felicidad!

A la mañana siguiente, no obstante, Scrooge llegó temprano a su despacho. ¡Ya lo creo que lo hizo! ¡Solo si llegaba pronto podría sorprender a Bob Cratchit retrasándose! Y eso era lo que deseaba de todo corazón.

Como así sucedió, ¡ya lo creo que sí! El reloj dio las nueve. Ni rastro de Bob. Las nueve y cuarto. Nada. Se presentó dieciocho minutos y medio tarde. Scrooge tenía la puerta de su despacho abierta, para verlo así entrar en su cubículo.

Bob se había quitado el sombrero y la bufanda antes de abrir la puerta. Ocupó su sitio en un abrir y cerrar de ojos y se puso a escribir a toda velocidad como si tratara de alcanzar las nueve que ya se habían ido.

—¡Oiga! —gruñó Scrooge, con su voz de siempre, todo lo que fue capaz de imitarla—. ¿Qué se propone usted llegando a esta hora?

—Lo siento mucho, señor —dijo Bob—. Me he retrasado.

—¿Se ha retrasado? —repitió Scrooge—. Sí. No tengo la menor duda. Hágame el favor de venir aquí, caballero, si lo tiene usted a bien.

—Es solo una vez al año, señor —alegó Bob, saliendo de su cubículo—. No volverá a suceder. Ayer estuvimos de fiesta, señor.

—Bien, pues aténgase a las consecuencias, amigo mío —dijo Scrooge—. No voy a permitir más una cosa así. Y, en consecuencia —prosiguió, al tiempo que se bajaba de un salto de su taburete y daba a Bob un codazo tal en el costado que lo devolvió, tambaleándose, a su cubículo—; y, en consecuencia, ¡me dispongo a subirle el sueldo!

Bob tembló y se acercó un poco más a la regla que tenía sobre la mesa. Tuvo por un momento la idea de golpear a Scrooge con ella, sujetarlo después y llamar a los vecinos para pedirles ayuda y una camisa de fuerza.

—¡Felices pascuas, Bob! —dijo Scrooge, con una sinceridad que era imposible malinterpretar, al tiempo que le palmeaba la

espalda—. ¡Unas pascuas más felices, Bob, amigo mío, de las que te he dado, en tantos años! Voy a subirte el sueldo, a esforzarme por ayudar a esa familia tuya que tanto lucha por salir adelante, y vamos a hablar de tu situación esta misma tarde, mientras nos bebemos un buen ponche caliente. Y ahora aviva el fuego, y ¡sal a comprar otro cubo para el carbón antes de escribir una palabra más, Bob Cratchit!

Scrooge hizo más de lo que había prometido. Lo hizo todo e infinitamente más; y para el pequeño Tim, que no llegó a morir, fue un segundo padre. Se convirtió en un amigo tan bueno, un patrón tan bueno, una persona tan excelente como no se ha conocido ni en Londres ni en ninguna otra ciudad, pueblo o distrito del mundo entero. Algunas personas se reían al verlo tan cambiado, pero Scrooge los dejaba reírse y no les hacía el menor caso; porque era lo bastante prudente para saber que nunca sucede nada bueno en este mundo nuestro sin que alguien se harte de reír desde el primer momento; y, sabedor de que individuos como aquéllos acabarían ciegos de

todos modos, le parecía muy bien que se les hicieran arrugas en torno a los ojos por culpa de la risa, en lugar de ser víctimas de la enfermedad de maneras menos atractivas. El corazón de Scrooge reía también y eso era más que suficiente para él.

No volvió a tener relación alguna con espíritus, ni sobrenaturales ni volátiles, porque vivió desde entonces de acuerdo con el principio de la abstinencia total; y siempre se dijo de él que sabía cómo celebrar la Navidad, si es que alguna persona viva poseía ese saber. Ojalá de verdad se pueda decir lo mismo de nosotros, de todos nosotros. Así que, como hizo notar el pequeño Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos y a cada uno!

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Los tres cerditos

Anónimo

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Había una vez tres cerditos que eran hermanos y se fueron por el mundo a conseguir fortuna. El más grande les dijo a sus hermanos que sería bueno que se pusieran a construir sus propias casas para estar protegidos. A los otros dos les pareció una buena idea, y se pusieron manos a la obra, cada uno construyó su casita.

—La mía será de paja —dijo el más pequeño—, la paja es blanda y se puede sujetar con facilidad. Terminaré muy pronto y podré ir a jugar. El hermano mediano decidió que su casa sería de madera:

—Puedo encontrar un montón de madera por los alrededores –explicó a sus hermanos, — Construiré mi casa en un santiamén con todos estos troncos y me iré también a jugar.

Cuando las tres casitas estuvieron terminadas, los cerditos cantaban y bailaban en la puerta, felices por haber acabado con el problema:

—¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo, al Lobo!

¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo Feroz! Detrás de un árbol grande apareció el lobo, rugiendo de hambre y gritando:

Cerditos, ¡me los voy a comer! Cada uno se escondió en su casa, pensando que estaban a salvo, pero el Lobo Feroz se encaminó a la casita de paja del hermano pequeño y en la puerta aulló:

¡Cerdito, ábreme la puerta!

—No, no, no, no te voy a abrir. —Pues si no me abres... ¡Soplaré y soplaré y la casita derribaré! Y sopló con todas sus fuerzas, sopló y sopló y la casita de paja se vino abajo.

El cerdito pequeño corrió lo más rápido que pudo y entró en la casa de madera del hermano mediano.

—¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo, al Lobo!

¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo Feroz! —cantaban desde dentro los cerditos.

De nuevo el Lobo, más enfurecido que antes al sentirse engañado, se colocó delante de la puerta y comenzó a soplar y soplar gruñendo:

¡Cerditos, abridme la puerta! —No, no, no, no te vamos a abrir. — Pues si no me abrís...

¡Soplaré y soplaré y la casita derribaré! La madera crujió, y las paredes cayeron y los dos

cerditos corrieron a refugiarse en la casa de ladrillo de su hermano mayor.

—¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo, al Lobo!

¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo Feroz! —cantaban desde dentro los cerditos. El lobo estaba realmente enfadado y hambriento, y ahora deseaba comerse a los Tres Cerditos más que nunca, y frente a la puerta dijo:

—¡Cerditos, abridme la puerta!

—No, no, no, no te vamos a abrir.

—Pues si no me abrís... ¡Soplaré y soplaré y la casita derribaré!

Y se puso a soplar tan fuerte como el viento de invierno. Sopló y sopló, pero la casita de ladrillos era muy resistente y no conseguía derribarla.

Decidió trepar por la pared y entrar por la chimenea.

Se deslizó hacia abajo... Y cayó en el caldero donde el cerdito mayor estaba hirviendo sopa de nabos. Escaldado y con el estómago vacío salió huyendo hacia el lago. Los cerditos no lo volvieron a ver.

El mayor de ellos regañó a los otros dos por haber sido tan perezosos y poner en peligro sus propias vidas, y si algún día vais por el bosque y veis tres cerdos, sabréis que son los Tres Cerditos porque les gusta cantar:

—¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo, al Lobo!

—¡Quién teme al Lobo Feroz, al Lobo Feroz!

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

EL PATITO FEO

Hans Christian Andersen

(1805-1875)

BIBLIOTECA DIGITAL

EL PATITO FEO

Hans Christian Andersen

Qué lindos eran los días de verano! ¡Qué agradable resultaba pasear por el campo y ver el trigo amarillo, la verde avena y las parvas de heno apilado en las llanuras! Sobre sus largas patas rojas iba la cigüeña junto a algunos flamencos, que se paraban un rato sobre cada pata. Sí, era realmente encantador estar en el campo.

Bañada de sol se alzaba allí una vieja mansión solariega a la que rodeaba un profundo foso;

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

desde sus paredes hasta el borde del agua crecían unas plantas de hojas gigantescas, las mayores de las cuales eran lo suficientemente grandes para que un niño pequeño pudiese pararse debajo de ellas. Aquel lugar resultaba tan enmarañado y agreste como el más denso de los bosques, y era allí donde cierta pata había hecho su nido. Ya era tiempo de sobra para que naciesen los patitos, pero se demoraban tanto, que la mamá comenzaba a perder la paciencia, pues casi nadie venía a visitarla.

Al fin los huevos se abrieron uno tras otro. "¡Pip, pip!", decían los patitos conforme iban asomando sus cabezas a través del cascarón.

—¡Cuac, cuac! —dijo la mamá pata, y todos los patitos se apresuraron a salir tan rápido como pudieron, dedicándose enseguida a escudriñar entre las verdes hojas. La mamá los dejó hacer, pues el verde es muy bueno para los ojos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh, qué grande es el mundo! —dijeron los patitos. Y ciertamente disponían de un espacio mayor que el que tenían dentro del huevo.

—¿Creen acaso que esto es el mundo entero? —preguntó la pata—. Pues sepan que se extiende mucho más allá del jardín, hasta el prado mismo del pastor, aunque yo nunca me he alejado tanto. Bueno, espero que ya estén todos —agregó, levantándose del nido—. ¡Ah, pero si todavía falta el más grande! ¿Cuánto tardará aún? No puedo entretenerme con él mucho tiempo.

Y la pata fue a sentarse de nuevo en su sitio, en el nido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo anda eso? —preguntó una pata vieja que venía de visita.

—Ya no queda más que este huevo, pero tarda tanto… —dijo la pata echada—. No hay forma de que rompa. Pero fíjate en los otros, y dime si no son los patitos más lindos que se hayan visto nunca. Todos se parecen a su padre, el muy bandido. ¿Por qué no vendrá a verme?

—Déjame echar un vistazo a ese huevo que no acaba de romper —dijo la anciana—. Te apuesto a que es un huevo de pava. Así fue como me engatusaron cierta vez a mí. ¡El trabajo que me dieron aquellos pavitos! ¡Imagínate! Le tenían miedo al agua y no había forma de hacerlos entrar en ella. Yo graznaba y los picoteaba, pero de nada me servía… Pero, vamos a ver ese huevo…

—Creo que me quedaré sobre él un ratito aún —dijo la pata—. He estado tanto tiempo aquí sentada, que un poco más no me hará daño.

—Como quieras —dijo la pata vieja, y se alejó contoneándose.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

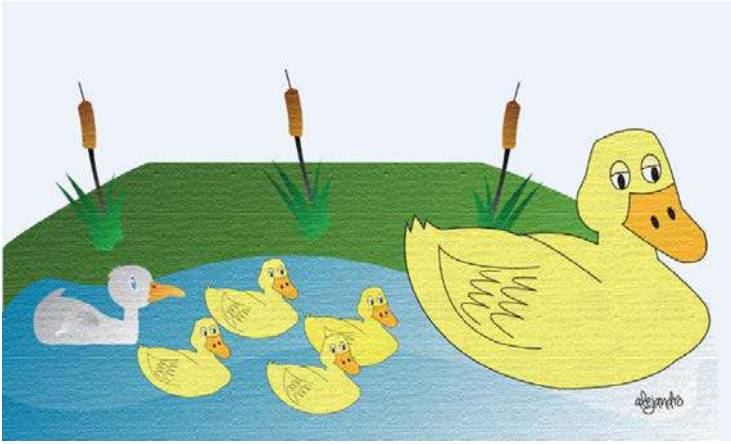
Por fin se rompió el huevo. "¡Pip, pip!", dijo el pequeño, volcándose del cascarón. La pata vio lo grande y feo que era, y exclamó:

—¡Dios mío, qué patito tan enorme! No se parece a ninguno de los otros. Y, sin embargo, me atrevo a asegurar que no es ningún crío de pavos.

Al otro día hizo un tiempo maravilloso. El sol resplandecía en las verdes hojas gigantescas. La mamá pata se acercó al foso con toda su familia y, ¡plaf!, saltó al agua.

—¡Cuac, cuac! —llamaba. Y uno tras otro los patitos se fueron abalanzando tras ella. El agua se cerraba sobre sus cabezas, pero enseguida resurgían flotando magníficamente. Movían sus patas sin el menor esfuerzo, y a poco estuvieron todos en el agua. Hasta el patito feo y gris nadaba con los otros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx



—No es un pavo, por cierto —dijo la pata—. Fíjense en la elegancia con que nada, y en lo derecho que se mantiene. Sin duda que es uno de mis pequeñitos. Y si uno lo mira bien, se da cuenta pronto de que es realmente muy guapo. ¡Cuac, cuac! Vamos, vengan conmigo y déjenme enseñarles el mundo y presentarlos al corral entero. Pero no se separen mucho de mí, no sea que los pisoteen. Y anden con los ojos muy abiertos, por si viene el gato.

Y con esto se encaminaron al corral. Había allí un escándalo espantoso, pues dos familias se estaban

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

peleando por una cabeza de anguila, que, a fin de cuentas, fue a parar al estómago del gato.

—¡Vean! ¡Así anda el mundo! —dijo la mamá relamiéndose el pico, pues también a ella la entusiasmaban las cabezas de anguila—. ¡A ver! ¿Qué pasa con esas piernas? Anden ligeros y no dejen de hacerle una bonita reverencia a esa anciana pata que está allí. Es la más fina de todos nosotros. Tiene en las venas sangre española; por eso es tan regordeta. Fíjense, además, en que lleva una cinta roja atada a una pierna: es la más alta distinción que se puede alcanzar. Es tanto como decir que nadie piensa en deshacerse de ella, y que deben respetarla todos, los animales y los hombres. ¡Anímense y no metan los dedos hacia adentro! Los patitos bien educados los sacan hacia afuera, como mamá y papá… Eso es. Ahora hagan una reverencia y digan ¡cuac!

Todos obedecieron, pero los otros patos que estaban allí los miraron con desprecio y exclamaron en alta voz:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vaya! ¡Como si ya no fuésemos bastantes! Ahora tendremos que rozarnos también con esa gentuza. ¡Uf!… ¡Qué patito tan feo! No podemos soportarlo.

Y uno de los patos salió enseguida corriendo y le dio un picotazo en el cuello.

—¡Déjenlo tranquilo! —dijo la mamá—. No le está haciendo daño a nadie.

—Sí, pero es tan desgarbado y extraño —dijo el que lo había picoteado—, que no quedará más remedio que despachurrarlo.

—¡Qué lindos niños tienes, muchacha! —dijo la vieja pata de la cinta roja—. Todos son muy hermosos, excepto uno, al que le noto algo raro. Me gustaría que pudieras hacerlo de nuevo.

Eso ni pensarlo, señora —dijo la mamá de los patitos—. No es hermoso, pero tiene muy buen carácter y nada tan bien como los otros, y me atrevería a decir que hasta un poco mejor. Espero que tome mejor aspecto cuando crezca y que, con el tiempo, no se le vea tan grande. Estuvo dentro

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

del cascarón más de lo necesario, por eso no salió tan bello como los otros.

Y con el pico le acarició el cuello y le alisó las plumas.

—De todos modos, es macho y no importa tanto —añadió—. Estoy segura de que será muy fuerte y se abrirá camino en la vida.

—Estos otros patitos son encantadores —dijo la vieja pata—. Quiero que se sientan como en su casa. Y si por casualidad encuentran algo así como una cabeza de anguila, pueden traérmela sin pena.

Con esta invitación todos se sintieron allí a sus anchas. Pero el pobre patito que había salido el último del cascarón, y que tan feo les parecía a todos, no recibió más que picotazos, empujones y burlas, lo mismo de los patos que de las gallinas.

—¡Qué feo es! —decían.

Y el pavo, que había nacido con las espuelas puestas y que se consideraba por ello casi un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

emperador, infló sus plumas como un barco a toda vela y se le fue encima con un cacareo, tan estrepitoso que toda la cara se le puso roja. El pobre patito no sabía dónde meterse. Sentíase terriblemente abatido, por ser tan feo y porque todo el mundo se burlaba de él en el corral.

Así pasó el primer día. En los días siguientes, las cosas fueron de mal en peor. El pobre patito se vio acosado por todos. Incluso sus hermanos y hermanas lo maltrataban de vez en cuando y le decían:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ojalá te agarre el gato, grandulón!

Hasta su misma mamá deseaba que estuviera lejos del corral. Los patos lo pellizcaban, las gallinas lo picoteaban y, un día, la muchacha que traía la comida a las aves le asestó un puntapié.

Entonces el patito huyó del corral. De un revuelo saltó por encima de la cerca, con gran susto de los pajaritos que estaban en los arbustos, que se echaron a volar por los aires.

"¡Es porque soy tan feo!" pensó el patito, cerrando los ojos. Pero así y todo siguió corriendo hasta que, por fin, llegó a los grandes pantanos donde viven los patos salvajes, y allí se pasó toda la noche abrumado de cansancio y tristeza.

A la mañana siguiente, los patos salvajes remontaron el vuelo y miraron a su nuevo compañero.

—¿Y tú qué cosa eres? —le preguntaron, mientras el patito les hacía reverencias en todas direcciones, lo mejor que sabía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Eres más feo que un espantapájaros! —dijeron los patos salvajes—. Pero eso no importa, con tal que no quieras casarte con una de nuestras hermanas.

¡Pobre patito! Ni soñaba él con el matrimonio. Sólo quería que lo dejasen estar tranquilo entre los juncos y tomar un poquito de agua del pantano.

Unos días más tarde aparecieron por allí dos gansos salvajes. No hacía mucho que habían dejado el nido: por eso eran tan impertinentes.

—Mira, muchacho —comenzaron diciéndole—, eres tan feo que nos caes simpático. ¿Quieres emigrar con nosotros? No muy lejos, en otro pantano, viven unas gansitas salvajes muy presentables, todas solteras, que saben graznar espléndidamente. Es la oportunidad de tu vida, feo y todo como eres.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Bang, bang! —se escuchó en ese instante por encima de ellos, y los dos gansos cayeron muertos entre los juncos, tiñendo el agua con su sangre. Al eco de nuevos disparos se alzaron del pantano las bandadas de gansos salvajes, con lo que menudearon los tiros. Se había organizado una importante cacería y los tiradores rodeaban los pantanos; algunos hasta se habían sentado en las ramas de los árboles que se extendían sobre los juncos. Nubes de humo azul se esparcieron por el oscuro boscaje, y fueron a perderse lejos, sobre el agua.

Los perros de caza aparecieron chapaleando entre el agua, y, a su avance, doblándose aquí y allá las cañas y los juncos. Aquello aterrorizó al pobre patito feo, que ya se disponía a ocultar la cabeza bajo el ala cuando apareció junto a él un enorme y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

espantoso perro: la lengua le colgaba fuera de la boca y sus ojos miraban con brillo temible. Le acercó el hocico, le enseñó sus agudos dientes, y de pronto… ¡plaf!… ¡allá se fue otra vez sin tocarlo!

El patito dio un suspiro de alivio.

—Por suerte soy tan feo que ni los perros tienen ganas de comerme —se dijo. Y se tendió allí muy quieto, mientras los perdigones repiqueteaban sobre los juncos, y las descargas, una tras otra, atronaban los aires.

Era muy tarde cuando las cosas se calmaron, y aún entonces el pobre no se atrevía a levantarse. Esperó todavía varias horas antes de arriesgarse a echar un vistazo, y, en cuanto lo hizo, enseguida se escapó de los pantanos tan rápido como pudo. Echó a correr por campos y praderas; pero hacía tanto viento, que le costaba no poco trabajo mantenerse sobre sus pies.

Hacia el crepúsculo llegó a una pobre cabaña campesina. Se sentía en tan mal estado que no

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sabía de qué parte caerse, y, en la duda, permanecía de pie. El viento soplaba tan ferozmente alrededor del patito que éste tuvo que sentarse sobre su propia cola, para no ser arrastrado. En eso notó que una de las bisagras de la puerta se había caído, y que la hoja colgaba con una inclinación tal que le sería fácil filtrarse por la estrecha abertura. Y así lo hizo.

En la cabaña vivía una anciana con su gato y su gallina. El gato, a quien la anciana llamaba "Hijito", sabía arquear el lomo y ronronear; hasta era capaz de echar chispas si lo frotaban a contrapelo. La gallina tenía unas patas tan cortas que le habían puesto por nombre "Chiquitita Piernascortas". Era una gran ponedora y la anciana la quería como a su propia hija.

Cuando llegó la mañana, el gato y la gallina no tardaron en descubrir al extraño patito. El gato lo saludó ronroneando y la gallina con su cacareo.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó la vieja, mirando a su alrededor. No andaba muy bien de la vista, así

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que se creyó que el patito feo era una pata regordeta que se había perdido—. ¡Qué suerte! —dijo—. Ahora tendremos huevos de pata. ¡Con tal que no sea macho! Le daremos unos días de prueba.

Así que al patito le dieron tres semanas de plazo para poner, al término de las cuales, por supuesto, no había ni rastros de huevo. Ahora bien, en aquella casa el gato era el dueño y la gallina la dueña, y siempre que hablaban de sí mismos solían decir: "nosotros y el mundo", porque opinaban que ellos solos formaban la mitad del mundo, y lo que es más, la mitad más importante. Al patito le parecía que sobre esto podía haber otras opiniones, pero la gallina ni siquiera quiso oírlo.

—¿Puedes poner huevos? —le preguntó.

—No.

—Pues entonces, ¡cállate!

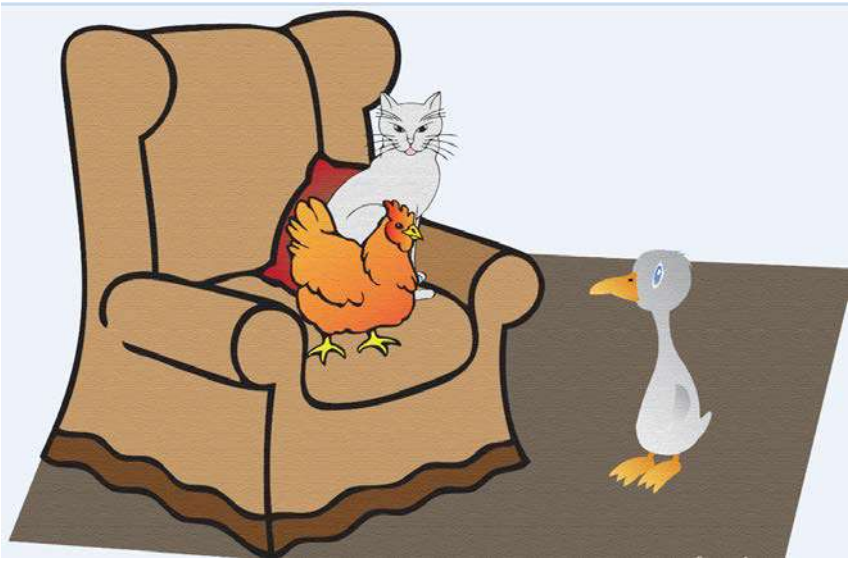
Y el gato le preguntó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Puedes arquear el lomo, o ronronear, o echar chispas?

—No.

—Pues entonces, guárdate tus opiniones cuando hablan las personas sensatas.



Con lo que el patito fue a sentarse en un rincón, muy desanimado. Pero de pronto recordó el aire fresco y el sol, y sintió una nostalgia tan grande

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de irse a nadar en el agua que —¡no pudo evitarlo!— fue y se lo contó a la gallina.

—¡Vamos! ¿Qué te pasa? —le dijo ella—. Bien se ve que no tienes nada que hacer; por eso piensas tantas tonterías. Te las sacudirías muy pronto si te dedicaras a poner huevos o a ronronear.

—¡Pero es tan sabroso nadar en el agua! —dijo el patito feo—. ¡Tan sabroso zambullir la cabeza y bucear hasta el mismo fondo!

—Sí, muy agradable —dijo la gallina—. Me parece que te has vuelto loco. Pregúntale al gato, ¡no hay nadie tan listo como él! ¡Pregúntale a nuestra vieja ama, la mujer más sabia del mundo! ¿Crees que a ella le gusta nadar y zambullirse?

—No me comprendes —dijo el patito.

—Pues si yo no te comprendo, me gustaría saber quién podrá comprenderte. De seguro que no pretenderás ser más sabio que el gato y la señora, para no mencionarme a mí misma. ¡No seas tonto, muchacho! ¿No te has encontrado un cuarto cálido y confortable, donde te hacen compañía

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

quienes pueden enseñarte? Pero no eres más que un tonto, y a nadie le hace gracia tenerte aquí. Te doy mi palabra de que si te digo cosas desagradables es por tu propio bien: sólo los buenos amigos nos dicen las verdades. Haz ahora tu parte y aprende a poner huevos o a ronronear y echar chispas.

—Creo que me voy a recorrer el ancho mundo —dijo el patito.

—Sí, vete —dijo la gallina.

Y así fue como el patito se marchó. Nadó y se zambulló; pero ningún ser viviente quería tratarse con él por lo feo que era.

Pronto llegó el otoño. Las hojas en el bosque se tornaron amarillas o pardas; el viento las arrancó y las hizo girar en remolinos, y los cielos tomaron un aspecto hosco y frío. Las nubes colgaban bajas, cargadas de granizo y nieve, y el cuervo, que solía posarse en la tapia, graznaba "¡cau, cau!", de frío que tenía. Sólo de pensarlo le daban a uno

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

escalofríos. Sí, el pobre patito feo no lo estaba pasando muy bien.

Cierta tarde, mientras el sol se ponía en un maravilloso crepúsculo, emergió de entre los arbustos una bandada de grandes y hermosas aves. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran de una blancura resplandeciente, y tenían largos y esbeltos cuellos. Eran cisnes. A la vez que lanzaban un fantástico grito, extendieron sus largas, sus magníficas alas, y remontaron el vuelo, alejándose de aquel frío hacia los lagos abiertos y las tierras cálidas.

Se elevaron muy alto, muy alto, allá entre los aires, y el patito feo se sintió lleno de una rara inquietud. Comenzó a dar vueltas y vueltas en el agua lo mismo que una rueda, estirando el cuello en la dirección que seguían, que él mismo se asustó al oírlo. ¡Ah, jamás podría olvidar aquellos hermosos y afortunados pájaros! En cuanto los perdió de vista, se sumergió derecho hasta el fondo, y se hallaba como fuera de sí cuando regresó a la superficie. No tenía idea de cuál

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

podría ser el nombre de aquellas aves, ni de adónde se dirigían, y, sin embargo, eran más importantes para él que todas las que había conocido hasta entonces. No las envidiaba en modo alguno: ¿cómo se atrevería siquiera a soñar que aquel esplendor pudiera pertenecerle? Ya se daría por satisfecho con que los patos lo tolerasen, ¡pobre criatura estrafalaria que era!

¡Cuán frío se presentaba aquel invierno! El patito se veía forzado a nadar incesantemente para impedir que el agua se congelase en torno suyo. Pero cada noche el hueco en que nadaba se hacía más y más pequeño. Vino luego una helada tan fuerte, que el patito, para que el agua no se cerrase definitivamente, ya tenía que mover las patas todo el tiempo en el hielo crujiente. Por fin, debilitado por el esfuerzo, quedose muy quieto y comenzó a congelarse rápidamente sobre el hielo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A la mañana siguiente, muy temprano, lo encontró un campesino. Rompió el hielo con uno de sus zuecos de madera, lo recogió y lo llevó a casa, donde su mujer se encargó de revivirlo.

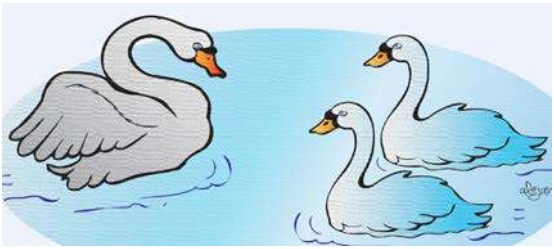
Los niños querían jugar con él, pero el patito feo tenía terror de sus travesuras y, con el miedo, fue a meterse revoloteando en la paila de la leche, que se derramó por todo el piso. Gritó la mujer y dio unas palmadas en el aire, y él, más asustado, se metió de un vuelo en el barril de la mantequilla, y desde allí se lanzó de cabeza al cajón de la harina, de donde salió hecho una lástima. ¡Había que verlo! Chillaba la mujer y quería darle con la escoba, y los niños tropezaban unos con otros tratando de echarle mano. ¡Cómo gritaban y se reían! Fue una suerte que la puerta estuviese abierta. El patito se precipitó afuera, entre los arbustos, y se hundió, atolondrado, entre la nieve recién caída.

Pero sería demasiado cruel describir todas las miserias y trabajos que el patito tuvo que pasar durante aquel crudo invierno. Había buscado

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

refugio entre los juncos cuando las alondras comenzaron a cantar y el sol a calentar de nuevo: llegaba la hermosa primavera.

Entonces, de repente, probó sus alas: el zumbido que hicieron fue mucho más fuerte que otras veces, y lo arrastraron rápidamente a lo alto. Casi sin darse cuenta, se halló en un vasto jardín con manzanos en flor y fragantes lilas, que colgaban de las verdes ramas sobre un sinuoso arroyo. ¡Oh, qué agradable era estar allí, en la frescura de la primavera! Y en eso surgieron frente a él de la espesura tres hermosos cisnes blancos, rizando sus plumas y dejándose llevar con suavidad por la corriente. El patito feo reconoció a aquellas espléndidas criaturas que una vez había visto levantar el vuelo, y se sintió sobrecogido por un extraño sentimiento de melancolía.



http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Volaré hasta esas regias aves! —se dijo—. Me darán de picotazos hasta matarme, por haberme atrevido, feo como soy, a aproximarme a ellas. Pero, ¡qué importa! Mejor es que ellas me maten, a sufrir los pellizcos de los patos, los picotazos de las gallinas, los golpes de la muchacha que cuida las aves y los rigores del invierno.

Y así, voló hasta el agua y nadó hacia los hermosos cisnes. En cuanto lo vieron, se le acercaron con las plumas encrespadas.

—¡Sí, mátenme, mátenme! —gritó la desventurada criatura, inclinando la cabeza hacia el agua en espera de la muerte. Pero, ¿qué es lo que vio allí en la límpida corriente? ¡Era un reflejo de sí mismo, pero no ya el reflejo de un pájaro torpe y gris, feo y repugnante, no, sino el reflejo de un cisne!

Poco importa que se nazca en el corral de los patos, siempre que uno salga de un huevo de cisne. Se sentía realmente feliz de haber pasado tantos trabajos y desgracias, pues esto lo ayudaba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a apreciar mejor la alegría y la belleza que le esperaban. Y los tres cisnes nadaban y nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.

En el jardín habían entrado unos niños que lanzaban al agua pedazos de pan y semillas. El más pequeño exclamó:

—¡Ahí va un nuevo cisne!

Y los otros niños corearon con gritos de alegría:

—¡Sí, hay un cisne nuevo!

Y batieron palmas y bailaron, y corrieron a buscar a sus padres. Había pedacitos de pan y de pasteles en el agua, y todo el mundo decía:

—¡El nuevo es el más hermoso! ¡Qué joven y esbelto es!

Y los cisnes viejos se inclinaron ante él. Esto lo llenó de timidez, y escondió la cabeza bajo el ala, sin que supiese explicarse la razón. Era muy, pero muy feliz, aunque no había en él ni una pizca de orgullo, pues este no cabe en los corazones bondadosos. Y mientras recordaba los desprecios

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

y humillaciones del pasado, oía cómo todos decían ahora que era el más hermoso de los cisnes. Las lilas inclinaron sus ramas ante él, bajándolas hasta el agua misma, y los rayos del sol eran cálidos y amables. Rizó entonces sus alas, alzó el esbelto cuello y se alegró desde lo hondo de su corazón:

Jamás soñé que podría haber tanta felicidad, allá en los tiempos en que era sólo un patito feo.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

Peter Pan

James Matthew Barrie

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

1. Aparece Peter

Todos los niños crecen, excepto uno. No tardan en saber que van a crecer y Wendy lo supo de la siguiente manera. Un día, cuando tenía dos años, estaba jugando en un jardín, arrancó una flor más y corrió hasta su madre con ella. Supongo que debía estar encantadora, ya que la señora Darling se llevó la mano al corazón y exclamó:

—¡Oh, por qué no podrás quedarte así para siempre!

No hablaron más del asunto, pero desde entonces Wendy supo que tenía que crecer. Siempre se sabe eso a partir de los dos años. Los dos años marcan el principio del fin.

Como es natural, vivían en el 14 y hasta que llegó Wendy su madre era la persona más importante. Era una señora encantadora, de mentalidad romántica y dulce boca burlona. Su mentalidad romántica era como esas cajitas, procedentes del misterioso Oriente, que van unas dentro de las otras y que por muchas que uno descubra siempre hay una

más; y su dulce boca burlona guardaba un beso que Wendy nunca pudo conseguir, aunque allí estaba, bien visible en la comisura derecha.

Así es como la conquistó el señor Darling: los numerosos caballeros que habían sido muchachos cuando ella era una jovencita descubrieron simultáneamente que estaban enamorados de ella y todos corrieron a su casa para declararse, salvo el señor Darling, que tomó un coche y llegó el primero y por eso la consiguió. Lo consiguió todo de ella, menos la cajita más recóndita y el beso. Nunca supo lo de la cajita y con el tiempo renunció a intentar obtener el beso. Wendy pensaba que Napoleón podría haberlo conseguido, pero yo me lo imagino intentándolo y luego marchándose furioso, dando un portazo.

El señor Darling se vanagloriaba ante Wendy de que la madre de ésta no sólo lo quería, sino que lo respetaba. Era uno de esos hombres astutos que lo saben todo acerca de las acciones y las cotizaciones. Por supuesto, nadie entiende de eso realmente, pero él

daba la impresión de que sí lo entendía y comentaba a menudo que las cotizaciones estaban en alza y las acciones en baja con un aire que habría hecho que cualquier mujer lo respetara.

La señora Darling se casó de blanco y al principio llevaba las cuentas perfectamente, casi con alegría, como si fuera un juego, y no se le escapaba ni una col de Bruselas; pero poco a poco empezaron a desaparecer coliflores enteras y en su lugar aparecían dibujos de bebés sin cara. Los dibujaba cuando debería haber estado haciendo la suma total. Eran los presentimientos de la señora Darling.

Wendy llegó la primera, luego John y por fin Michael. Durante un par de semanas tras la llegada de Wendy estuvieron dudando si se la podrían quedar, pues era una boca más que alimentar. El señor Darling estaba orgullosísimo de ella, pero era muy honrado y se sentó en el borde de la cama de la señora Darling, sujetándole la mano y calculando gastos, mientras ella lo miraba implorante.

Ella quería correr el riesgo, pasara lo que pasara, pero él no hacía las cosas así: él hacía las cosas con un lápiz y un papel y si ella lo confundía haciéndole sugerencias tenía que volver a empezar desde el principio.

—No me interrumpas —le rogaba—. Aquí tengo una libra con diecisiete y dos con seis en la oficina; puedo prescindir del café en la oficina, pongamos diez chelines, que hacen dos libras, nueve peniques y seis chelines, con tus dieciocho y tres hacen tres libras, nueve chelines y siete peniques... ¿quién está moviéndose?... ocho, nueve, siete, coma y me llevo siete... no hables, mi amor... y la libra que le prestaste a ese hombre que vino a la puerta... calla, niña... coma y me llevo, niña... ¡ves, ya está mal!... ¿he dicho nueve libras, nueve chelines y siete peniques? Sí, he dicho nueve libras, nueve chelines y siete peniques; el problema es el siguiente: ¿podemos intentarlo por un año con nueve libras, nueve chelines y siete peniques?

—Claro que podemos, George —exclamó ella. Pero estaba predispuesta en favor de Wendy

y, en realidad, de los dos, él era quien tenía un carácter más fuerte.

—Acuérdate de las paperas —le advirtió casi amenazadoramente y se puso a calcular otra vez—. Paperas una libra, eso es lo que he puesto, pero seguro que serán más bien treinta chelines... no hables... sarampión una con quince, rubeola media guinea, eso hace dos libras, quince chelines y seis peniques... no muevas el dedo... tos ferina, pongamos que quince chelines...

Y así fue pasando el tiempo y cada vez daba un total distinto; pero al final Wendy pudo quedarse, con las paperas reducidas a doce chelines y seis peniques y los dos tipos de sarampión considerados como uno solo.

Con John se produjo la misma agitación y Michael se libró aún más por los pelos, pero se quedaron con los dos y pronto se veía a los tres caminando en fila rumbo al jardín de Infancia de la señora Fulsom, acompañados de su niñera.

A la señora Darling le encantaba tener todo como es debido y el señor Darling estaba

obsesionado por ser exactamente igual que sus vecinos, de forma que, como es lógico, tenían una niñera. Como eran pobres, debido a la cantidad de leche que bebían los niños, su niñera era una remilgada perra de Terranova, llamada Nana, que no había pertenecido a nadie en concreto hasta que los Darling la contrataron. Sin embargo, los niños siempre le habían parecido importantes y los Darling la conocieron en los jardines de Kensington, donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre asomando el hocico al interior de los cochecitos de los bebés y era muy odiada por las niñeras descuidadas, a las que seguía hasta sus casas y luego se quejaba de ellas ante sus señoras. Demostró ser una joya de niñera. Qué meticulosa era a la hora del baño, lo mismo que en cualquier momento de la noche si uno de sus tutelados hacía el menor ruido. Por supuesto, su perrera estaba en el cuarto de los niños. Tenía una habilidad especial para saber cuándo no se debe ser indulgente con una tos y cuándo lo que hace falta es abrigar la garganta con un calcetín. Hasta el fin de sus días tuvo fe en remedios anticuados como el ruibarbo y soltaba

gruñidos de desprecio ante toda esa charla tan de moda sobre los gérmenes y cosas así. Era una lección de decoro verla cuando escoltaba a los niños hasta la escuela, caminando con tranquilidad a su lado si se portaban bien y obligándolos a ponerse en fila otra vez si se dispersaban. En la época en que John comenzó a ir al colegio jamás se olvidó de su jersey y normalmente llevaba un paraguas en la boca por si llovía. En la escuela de la señorita Fulsom hay una habitación en el bajo donde esperan las niñeras. Ellas se sentaban en los bancos, mientras que Nana se echaba en el suelo, pero ésa era la única diferencia. Ellas hacían como si no la vieran, pues pensaban que pertenecía a una clase social inferior a la suya y ella despreciaba su charla superficial. Le molestaba que las amistades de la señora Darling visitaran el cuarto de los niños, pero si llegaban, primero le quitaba rápidamente a Michael el delantal y le ponía el de bordados azules, le arreglaba a Wendy la ropa y le alisaba el pelo a John.

Ninguna guardería podría haber funcionado con mayor corrección y el señor Darling lo

sabía, pero a veces se preguntaba inquieto si los vecinos hacían comentarios.

Tenía que tener en cuenta su posición social.

Nana también le causaba otro tipo de preocupación. A veces tenía la sensación de que ella no lo admiraba.

—Sé que te admira horrores, George —le aseguraba la señora Darling y luego les hacía señas a los niños para que fueran especialmente cariñosos con su padre. Entonces se organizaban unos alegres bailes, en los que a veces se permitía que participara Liza, la única otra sirvienta. Parecía una pizca con su larga falda y la cofia de doncella, aunque, cuando la contrataron, había jurado que ya no volvería a cumplir los diez años. ¡Qué alegres eran aquellos juegos! Y la más alegre de todos era la señora Darling, que brincaba con tanta animación que lo único que se veía de ella era el beso y si en ese momento uno se hubiera lanzado sobre ella podría haberlo conseguido. Nunca hubo familia más sencilla y feliz hasta que llegó Peter Pan.

La señora Darling supo por primera vez de Peter cuando estaba ordenando la imaginación de sus hijos. Cada noche, toda buena madre tiene por costumbre, después de que sus niños se hayan dormido, rebuscar en la imaginación de éstos y ordenar las cosas para la mañana siguiente, volviendo a meter en sus lugares correspondientes las numerosas cosas que se han salido durante el día. Si pudierais quedaros despiertos (pero claro que no podéis) veríais cómo vuestra propia madre hace esto y os resultaría muy interesante observarla. Es muy parecido a poner en orden unos cajones. Supongo que la veríais de rodillas, repasando divertida algunos de vuestros contenidos, preguntándose de dónde habíais sacado tal cosa, descubriendo cosas tiernas y no tan tiernas, acariciando esto con la mejilla como si fuera tan suave como un gatito y apartando rápidamente esto otro de su vista. Cuando os despertáis por la mañana, las travesuras y los enfados con que os fuisteis a la cama han quedado recogidos y colocados en el fondo de vuestra mente y encima, bien aireados,

están extendidos vuestros pensamientos más bonitos, preparados para que os los pongáis.

No sé si habéis visto alguna vez un mapa de la mente de una persona. A veces los médicos trazan mapas de otras partes vuestras y vuestro propio mapa puede resultar interesantísimo, pero a ver si alguna vez los pilláis trazando el mapa de la mente de un niño, que no sólo es confusa, sino que no para de dar vueltas. Tiene líneas en zigzag como las oscilaciones de la temperatura en un gráfico cuando tenéis fiebre y que probablemente son los caminos de la isla, pues el País de Nunca Jamás es siempre una isla, más o menos, con asombrosas pinceladas de color aquí y allá, con arrecifes de coral y embarcaciones de aspecto veloz en alta mar, con salvajes y guaridas solitarias y gnomos que en su mayoría son sastres, cavernas por las que corre un río, príncipes con seis hermanos mayores, una choza que se descompone rápidamente y una señora muy bajita y anciana con la nariz ganchuda. Si eso fuera todo sería un mapa sencillo, pero también está el primer día de escuela, la

religión, los padres, el estanque redondo, la costura, asesinatos, ejecuciones, verbos que rigen dativo, el día de comer pastel de chocolate, ponerse tirantes, dime la tabla del nueve, tres peniques por arrancarse un diente uno mismo y muchas cosas más que son parte de la isla o, si no, constituyen otro mapa que se transparenta a través del primero y todo ello es bastante confuso, sobre todo porque nada se está quieto.

Como es lógico, los Países del Nunca jamás son muy distintos. El de John, por ejemplo, tenía una laguna con flamencos que volaban por encima y que John cazaba con una escopeta, mientras que Michael, que era muy pequeño, tenía un flamenco con lagunas que volaban por encima. John vivía en una barca encallada del revés en la arena, Michael en una tienda india, Wendy en una casa de hojas muy bien cosidas. John no tenía amigos, Michael tenía amigos por la noche, Wendy tenía un lobito abandonado por sus padres; pero en general los Países de Nunca Jamás tienen un parecido de familia y si se colocaran inmóviles en fila uno tras otro se

podría decir que las narices son idénticas, etcétera. A estas mágicas tierras arriban siempre los niños con sus barquillas cuando juegan. También nosotros hemos estado allí: aún podemos oír el ruido del oleaje, aunque ya no desembarcaremos jamás.

De todas las islas maravillosas la de Nunca jamás es la más acogedora y la más comprimida: no se trata de un lugar grande y desparramado, con incómodas distancias entre una aventura y la siguiente, sino que todo está agradablemente amontonado. Cuando se juega en ella durante el día con las sillas y el mantel, no da ningún miedo, pero en los dos minutos antes de quedarse uno dormido se hace casi realidad. Por eso se ponen luces en las mesillas.

A veces, en el transcurso de sus viajes por las mentes de sus hijos, la señora Darling encontraba cosas que no conseguía entender y de éstas la más desconcertante era la palabra Peter. No conocía a ningún Peter y, sin embargo, en las mentes de John y Michael aparecía aquí y allá, mientras que la de Wendy empezaba a estar invadida por todas

partes de él. El nombre destacaba en letras mayores que las de cualquier otra palabra y mientras la señora Darling lo contemplaba le daba la impresión de que tenía un aire curiosamente descarado.

—Sí, es bastante descarado —admitió Wendy a regañadientes. Su madre le había estado preguntando.

—¿Pero quién es, mi vida?

—Es Peter Pan, mamá, ¿no lo sabes?

Al principio la señora Darling no lo sabía, pero después de hacer memoria y recordar su infancia se acordó de un tal Peter Pan que se decía que vivía con las hadas. Se contaban historias extrañas sobre él, como que cuando los niños morían él los acompañaba parte del camino para que no tuvieran miedo. En aquel entonces ella creía en él, pero ahora que era una mujer casada y llena de sentido común dudaba seriamente que tal persona existiera.

—Además —le dijo a Wendy—, ahora ya sería mayor.

—Oh no, no ha crecido —le aseguró Wendy muy convencida—, es de mi tamaño.

Quería decir que era de su tamaño tanto de cuerpo como de mente; no sabía cómo lo sabía, simplemente lo sabía.

La señora Darling pidió consejo al señor Darling, pero éste sonrió sin darle importancia.

—Fíjate en lo que te digo —dijo—, es una tontería que Nana les ha metido en la cabeza; es justo el tipo de cosa que se le ocurriría a un perro. Olvídate de ello y ya verás cómo se pasa.

Pero no se pasaba y no tardó el molesto niño en darle un buen susto a la señora Darling.

Los niños corren las aventuras más raras sin inmutarse. Por ejemplo, puede que se acuerden de comentar, una semana después de que haya ocurrido la cosa, que cuando estuvieron en el bosque se encontraron con su difunto padre y jugaron con él. De esta forma tan despreocupada fue como una mañana Wendy reveló un hecho inquietante. Aparecieron unas cuantas hojas de árbol en el suelo del cuarto de los niños, hojas que ciertamente no habían estado allí cuando los

niños se fueron a la cama y la señora Darling se estaba preguntando de dónde habrían salido cuando Wendy dijo con una sonrisa indulgente:

—¡Seguro que ha sido ese Peter otra vez!

—¿Qué quieres decir, Wendy?

—Está muy mal que no barra —dijo Wendy, suspirando. Era una niña muy pulcra.

Explicó con mucha claridad que le parecía que a veces Peter se metía en el cuarto de los niños por la noche y se sentaba a los pies de su cama y tocaba la flauta para ella. Por desgracia nunca se despertaba, así que no sabía cómo lo sabía, simplemente lo sabía.

—Pero qué bobadas dices, preciosa. Nadie puede entrar en la casa sin llamar.

—Creo que entra por la ventana —dijo ella.

—Pero, mi amor, hay tres pisos de altura.

—¿No estaban las hojas al pie de la ventana, mamá?

Era cierto, las hojas habían aparecido muy cerca de la ventana.

La señora Darling no sabía qué pensar, pues a Wendy todo aquello le parecía tan normal que no se podía desechar diciendo que lo había soñado.

—Hija mía —exclamó la madre—, ¿por qué no me has contado esto antes?

—Se me olvidó —dijo Wendy sin darle importancia. Tenía prisa por desayunar.

Bueno, seguro que lo había soñado.

Pero, por otra parte, allí estaban las hojas. La señora Darling las examinó atentamente: eran hojas secas, pero estaba segura de que no eran de ningún árbol propio de Inglaterra. Gateó por el suelo, escudriñándolo a la luz de una vela en busca de huellas de algún pie extraño. Metió el atizador por la chimenea y golpeó las paredes. Dejó caer una cinta métrica desde la ventana hasta la acera y era una caída en picado de treinta pies, sin ni siquiera un canalón al que agarrarse para trepar.

Desde luego, Wendy lo había soñado.

Pero Wendy no lo había soñado, según se demostró a la noche siguiente, la noche en

que se puede decir que empezaron las extraordinarias aventuras de estos niños.

La noche de la que hablamos todos los niños se encontraban una vez más acostados. Daba la casualidad de que era la tarde libre de Nana y la señora Darling los bañó y cantó para ellos hasta que uno por uno le fueron soltando la mano y se deslizaron en el país de los sueños.

Tenían todos un aire tan seguro y apacible que se sonrió por sus temores y se sentó tranquilamente a coser junto al fuego.

Era una prenda para Michael, que en el día de su cumpleaños iba a empezar a usar camisas. Sin embargo, el fuego daba calor y el cuarto de los niños estaba apenas iluminado por tres lamparillas de noche y al poco rato la labor quedó en el regazo de la señora Darling. Luego ésta empezó a dar cabezadas con gran delicadeza. Estaba dormida. Miradlos a los cuatro, Wendy y Michael allí, John aquí y la señora Darling junto al fuego. Debería haber habido una cuarta lamparilla.

Mientras dormía tuvo un sueño. Soñó que el País de Nunca jamás estaba demasiado cerca y que un extraño chiquillo había conseguido salir de él. No le daba miedo, pues tenía la impresión de haberlo visto ya en las caras de muchas mujeres que no tienen hijos. Quizás también se encuentre en las caras de algunas madres. Pero en su sueño había rasgado el velo que oscurece el País de Nunca Jamás y vio que Wendy, John y Michael atisbaban por el hueco.

El sueño de por sí no habría tenido importancia alguna, pero mientras soñaba, la ventana del cuarto de los niños se abrió de golpe y un chiquillo se posó en el suelo. Iba acompañado de una curiosa luz, no más grande que un puño, que revoloteaba por la habitación como un ser vivo y creo que debió de ser esta luz lo que despertó a la señora Darling.

Se sobresaltó soltando un grito y vio al chiquillo y de alguna manera supo al instante que se trataba de Peter Pan. Si vosotros o Wendy o yo hubiéramos estado allí nos habríamos dado cuenta de que se parecía

mucho al beso de la señora Darling. Era un niño encantador, vestido con hojas secas y los jugos que segregan los árboles, pero la cosa más deliciosa que tenía era que conservaba todos sus dientes de leche. Cuando se dio cuenta de que era una adulta, rechinó las pequeñas perlas mostrándolas.

2. La sombra

La señora Darling gritó y, como en respuesta a una llamada, se abrió la puerta y entró Nana, que volvía de su tarde libre. Gruñó y se lanzó contra el niño, el cual saltó ágilmente por la ventana. La señora Darling volvió a gritar, esta vez angustiada por él, pues pensó que se había matado y bajó corriendo a la calle para buscar su cuerpecito, pero no estaba allí; levantó la vista y no vio nada en la oscuridad de la noche, salvo algo que le pareció una estrella fugaz.

Regresó al cuarto de los niños y se encontró con que Nana tenía una cosa en la boca, que resultó ser la sombra del chiquillo. Al saltar

éste por la ventana Nana la había cerrado rápidamente, demasiado tarde para atraparlo, pero a su sombra no le había dado tiempo de escapar: la ventana se cerró de golpe y la arrancó.

Os aseguro que la señora Darling examinó la sombra atentamente, pero era una sombra de lo más corriente. Nana no tenía dudas sobre qué era lo mejor que se podía hacer con esta sombra. La colgó fuera de la ventana, como diciendo: «Seguro que vuelve a buscarla: vamos a ponerla en un sitio donde la pueda coger fácilmente sin molestar a los niños.»

Pero por desgracia la señora Darling no podía dejarla colgando de la ventana: parecía parte de la colada y no era digno del prestigio de la casa. Se le ocurrió enseñársela al señor Darling, pero éste estaba haciendo cálculos para los abrigos de invierno de John y Michael, con un paño húmedo enrollado en la cabeza para mantener el cerebro despejado y daba pena molestarlo; además, ella ya sabía perfectamente lo que él diría:

—Todo esto ocurre por tener un perro de niñera.

Decidió enrollar la sombra y ponerla a buen recaudo en un cajón, hasta que llegara un momento adecuado para decírselo a su marido. ¡Ay, Dios mío!

El momento llegó una semana después, en aquel viernes de amargo recuerdo. Tenía que ser viernes, cómo no. Recordemos que según la superstición anglosajona el viernes es el día de mala suerte.

—Debería haber tenido especial cuidado por ser viernes —le decía después a su marido,

mientras a lo mejor Nana estaba a su otro lado, sujetándole la mano.

—No, no, —le decía siempre el señor Darling—, yo soy el responsable de todo. Yo, George Darling, lo hice. *Mea culpa, mea culpa.*

Había sido educado en el estudio de los clásicos.

Así se quedaban sentados noche tras noche recordando aquel fatídico viernes, hasta que

cada detalle quedaba grabado en sus cerebros y salía por el otro lado como las caras de una acuñación defectuosa.

—Si yo no hubiera aceptado esa invitación para cenar con los del 27 —decía la señora Darling.

—Si yo no hubiera echado mi medicina en el tazón de Nana —decía el señor Darling.

—Si yo hubiera fingido que me gustaba la medicina —decían los ojos húmedos de Nana.

—Por culpa de mi afición a las fiestas, George.

—Por culpa de mi nefasto sentido del humor, mi vida. —Por culpa de mi susceptibilidad por tonterías, queridos amos.

Entonces al menos uno de ellos se derrumbaba por completo; Nana por pensar:

«Es cierto, es cierto, no deberían haber tenido un perro de niñera.» Muchas veces era el señor Darling quien enjugaba los ojos de Nana con un pañuelo.

—¡Ese canalla! —exclamaba el señor Darling y Nana lo apoyaba con un ladrido, pero la

señora Darling nunca vituperaba a Peter: había algo en la comisura derecha de su boca que no quería que insultara a Peter.

Se quedaban sentados en el vacío cuarto de los niños, recordando con fervor hasta el más mínimo detalle de aquella espantosa noche. Se había iniciado de una forma normal, exactamente igual que tantas otras noches, cuando Nana preparó el agua para el baño de Michael y lo llevó hasta él subido en el lomo.

—No quiero irme a la cama —chilló él, como quien piensa que tiene la última palabra sobre el asunto—. No quiero, no quiero. Nana, todavía no son las seis. Por favor, por favor, ya no te querré más, Nana. ¡Te digo que no me quiero bañar, no y no!

Entonces entró la señora Darling, vestida con su traje de noche blanco. Se había arreglado temprano porque a Wendy le encantaba verla en traje de noche, con el collar que George le había regalado. Llevaba la pulsera de Wendy en el brazo: le había pedido que se la prestara. A Wendy le encantaba prestarle la pulsera a su madre.

Encontró a sus dos hijos mayores jugando a que eran ella misma y su padre en el día del nacimiento de Wendy y John estaba diciendo:

—Señora Darling, me complace comunicarle que es usted madre —y lo dijo exactamente en el mismo tono en que el señor Darling lo podría haber dicho en la auténtica ocasión.

Wendy bailó de alegría, como lo habría hecho la auténtica señora Darling.

Luego nació John, con la pompa extraordinaria que según él se merecía el nacimiento de un varón y Michael volvió del baño y pidió nacer también, pero John dijo cruelmente que ya no querían más.

Michael casi se echó a llorar.

—Nadie me quiere —dijo y, por supuesto, la señora del traje de noche no pudo soportarlo.

—Yo sí —dijo—. Yo sí que quiero un tercer hijo.

—¿Niño o niña? —preguntó Michael, sin demasiadas esperanzas.

—Niño.

Entonces él se echó en sus brazos. Qué cosa tan insignificante para que se acordaran de ella ahora el señor y la señora Darling y Nana, pero no tan insignificante si aquella iba a ser la última noche de Michael en el cuarto de los niños.

Siguen con sus recuerdos.

—Fue entonces cuando entré yo como un huracán, ¿verdad? —decía el señor Darling, maldiciéndose a sí mismo y es cierto que había sido como un huracán.

Quizás podría disculpársele un poco. También él se había estado arreglando para la fiesta y todo iba bien hasta que llegó a la corbata. Es increíble tener que decirlo, pero este hombre, aunque entendía de acciones y cotizaciones, no conseguía dominar la corbata. A veces la prenda cedía ante él sin presentar batalla, pero había ocasiones en que habría sido mejor para la casa si se hubiera tragado el orgullo y se hubiera puesto una corbata de nudo hecho.

Ésta fue una de esas ocasiones. Entró corriendo en el cuarto de los niños con la terca corbata toda arrugada en la mano.

—Pero bueno, ¿qué ocurre, papá querido?

—¡¿Que qué ocurre?! —aulló él, porque aulló de verdad—. Pues esta corbata, que no se anuda.

Se puso peligrosamente sarcástico.

—¡Alrededor de mi cuello, no! ¡Pero alrededor del barrote de la cama, sí! ¡Ya lo creo, veinte veces he logrado ponerla alrededor del barrote de la cama, pero alrededor de mi cuello, no! ¡Que, por favor, la disculpe!

Le pareció que la señora Darling no había quedado debidamente impresionada y siguió muy serio:

—Te advierto, mamá, que como esta corbata no esté alrededor de mi cuello no salimos a cenar esta noche y, si no salgo a cenar esta noche, no vuelvo a la oficina en mi vida y, si no vuelvo a la oficina, tú y yo nos moriremos de hambre y nuestros hijos se verán arrojados al arroyo.

Incluso entonces la señora Darling no perdió la calma.

—Déjame intentarlo, querido —dijo y en realidad eso era lo que él había venido a pedirle que hiciera y con sus suaves y frescas manos ella le anudó la corbata, mientras los niños se apiñaban alrededor para ver cómo se decidía su destino. A algunos hombres les habría sentado mal que lo hiciera con tanta facilidad, pero el señor Darling tenía un carácter demasiado bueno para eso: le dio las gracias descuidadamente, se olvidó al instante de su furia y un momento después bailaba por la habitación con Michael a la espalda.

—¡Con cuánta alegría bailamos! —dijo ahora la señora Darling, al recordarlo.

—¡Nuestro último baile! —gimió el señor Darling.

—Oh, George, ¿te acuerdas de que Michael me dijo de pronto: «¿Cómo me conociste, mamá?»

—¡Ya lo creo que me acuerdo!

—Eran muy buenos, ¿no crees, George?

—Y eran nuestros, nuestros y ahora ya no los tenemos.

El baile terminó al aparecer Nana y por mala fortuna el señor Darling se chocó con ella, llenándose los pantalones de pelos. No sólo eran pantalones nuevos, sino que además eran los primeros que tenía en su vida con trencillas y tuvo que morderse el labio para evitar las lágrimas. Como es lógico, la señora Darling lo cepilló, pero él volvió a decir que era un error tener a un perro de niñera.

—George, Nana es una joya.

—No lo dudo, pero a veces me da la desagradable impresión de que ve a los niños como si fueran perritos.

—Oh no, querido, estoy segura de que sabe que tienen alma.

—No sé yo —dijo el señor Darling pensativo—, no sé yo.

A su esposa le pareció que era la ocasión de hablarle del chiquillo. Al principio rechazó la historia con desdén, pero se quedó muy serio cuando ella le mostró la sombra.

—No es de nadie que yo conozca —dijo, examinándola cuidadosamente—, pero sí que tiene aire de pillastre.

—¿Te acuerdas? Todavía estábamos hablando de ello —dice el señor Darling—, cuando entró Nana con la medicina de Michael. Nana, nunca volverás a llevar el frasco en la boca y todo por mi culpa.

Siendo como era un hombre fuerte, no hay duda de que tuvo una actitud bastante tonta con lo de la medicina. Si alguna debilidad tenía, ésta era creer que toda su vida había tomado medicinas con valentía y por eso, en esta ocasión, cuando Michael rehuyó la cuchara que Nana llevaba en la boca, dijo en tono reprobador:

—Pórtate como un hombre, Michael.

—No quiero, no quiero —lloriqueó Michael de malos modos. La señora Darling salió de la habitación para ir a buscarle una chocolatina y al señor Darling le pareció que aquello era una falta de firmeza.

—Mamá, no lo malcríes —le gritó—. Michael, cuando yo tenía tu edad me tomaba las

medicinas sin rechistar. Decía: «Gracias, queridos padres, por darme remedios para ponerme bien.»

Él se creía de verdad que esto era cierto y Wendy, que ya estaba en camisón, también lo creía y dijo, para animar a Michael:

—Papá, esa medicina que tú tomas a veces es mucho peor, ¿verdad?

—Muchísimo peor —dijo el señor Darling con gallardía—, y me la tomaría ahora mismo para darte un ejemplo, Michael, si no fuera porque he perdido el frasco.

No lo había perdido exactamente: se había encaramado en medio de la noche a lo alto de un armario y lo había escondido allí. Lo que no sabía era que la fiel Liza lo había encontrado y lo había vuelto a colocar en el estante de su lavabo.

—Yo sé dónde está, papá —exclamó Wendy, siempre feliz por ser útil—. Te lo traeré.

Y salió corriendo antes de que pudiera detenerla. Al instante se le bajaron los humos de una forma curiosísima.

—John —dijo, estremeciéndose—, es un potingue asqueroso. Es esa cosa horrible, dulzona y pegajosa.

—Será cosa de un momento, papá —dijo John alegremente y entonces entró Wendy corriendo con la medicina en un vaso.

—Me he dado toda la prisa que he podido dijo jadeando.

—Has sido maravillosamente rauda contestó su padre, con una cortesía vengativa que a ella le pasó inadvertida.

—Primero Michael —dijo obstinado.

—Primero papá —dijo Michael, que era de natural desconfiado.

—Me voy a poner malo, ¿sabes? —dijo el señor Darling en tono amenazador.

—Vamos, papá —dijo John.

—Tú cállate, John —le espetó su padre.

Wendy estaba muy desconcertada.

—Yo creía que no te costaba tomarla, papá.

—No se trata de eso —contestó él—. Se trata de que en mi vaso hay más que en la cuchara de Michael.

Su orgulloso corazón estaba a punto de estallar.

—Y eso no es justo; lo diría aunque estuviera a punto de dar mi último suspiro: eso no es justo.

—Papá, estoy esperando —dijo Michael con frialdad.

—Me parece muy bien que digas que estás esperando; yo también estoy esperando.

—Papá es un cobardica.

—Tú sí que eres un cobardica.

—Yo no tengo miedo.

—Tampoco tengo miedo yo.

—Pues entonces tómatela.

—Pues entonces tómatela tú. Wendy tuvo una espléndida idea.

—¿Por qué no os la tomáis los dos a la vez?

—Claro —dijo el señor Darling—. ¿Estás preparado, Michael?

Wendy contó uno, dos, tres y Michael se tomó la medicina, pero el señor Darling se puso la suya detrás de la espalda.

Michael soltó un aullido de rabia y Wendy exclamó:

—¡Oh, papá!

—¿Qué quieres decir con eso de «Oh, papá»? —inquirió el señor Darling—. Deja de gritar, Michael. Me la iba a tomar, pero... fallé.

Era espantoso cómo lo miraban los tres, como si no lo admiraran.

—Escuchad todos —dijo en tono de súplica, tan pronto como Nana se hubo metido en el cuarto de baño—, se me acaba de ocurrir una broma estupenda. Pondré mi medicina en el tazón de Nana y se la beberá, creyendo que es leche.

Era del color de la leche, pero los niños no tenían el sentido del humor de su padre y lo miraron con reproche mientras vertía la medicina en el tazón de Nana.

—Qué divertido —dijo no muy convencido y ellos no se atrevieron a delatarlo cuando regresaron Nana y la señora Darling.

—Nana, perrita —dijo, dándole palmaditas—, te he puesto un poco de leche en el tazón, Nana.

Nana agitó la cola, corrió hasta la medicina y se puso a lamerla. Y luego, qué mirada le echó al señor Darling, no una mirada de rabia: le mostró el gran lagrimal rojo que nos hace apiadarnos tanto de los perros nobles y se metió arrastrándose en su perrera.

El señor Darling estaba avergonzadísimo de sí mismo, pero no cedió. En medio de un horrible silencio la señora Darling olisqueó el tazón.

—Pero George —dijo—, ¡si es tu medicina!

—Sólo era una broma —rugió él, mientras ella consolaba a los chicos y Wendy abrazaba a Nana.

—Pues sí que sirve de mucho —dijo él amargamente—, que yo me mate tratando de hacer gracias en esta casa.

Y Wendy seguía abrazando a Nana.

—Muy bien —gritó él—. ¡Mímala! A mí nadie me mima. ¡No, claro que no! Yo sólo soy el que trae el pan a esta casa, así que por qué habría que mimarme, ¡a ver por qué, por qué, por qué!

—George —le rogó la señora Darling—, no grites tanto, que ten van a oír los criados.

Por alguna razón habían adquirido la costumbre de llamara Liza los criados.

—Pues que me oigan —contestó él sin miramientos—. Que me oiga el mundo entero. Pero me niego a dejar que ese perro siga haciéndose el amo del cuarto de mis niños una hora más.

Los niños se echaron a llorar y Nana corrió hasta él suplicante, pero él la apartó. Volvía a sentirse un hombre fuerte.

—Es inútil, es inútil —exclamó—, el lugar que te corresponde es el patio y allí es donde te voy a atar en este mismo instante.

—George, George —susurró la señora Darling—, recuerda lo que te he dicho sobre ese chiquillo.

Pero, ay, él no la escuchó. Estaba dispuesto a demostrar quién era el amo de esa casa y cuando las órdenes no consiguieron hacer salir a Nana de su perrera, la sacó engatusándola con dulces palabras y agarrándola bruscamente, la arrastró fuera del cuarto de los niños. Todo aquello se debía a su carácter demasiado afectuoso, que ansiaba ser objeto de admiración. Cuando la hubo atado en el patio trasero, el desdichado padre se fue y se sentó en el pasillo, apretándose los ojos con los nudillos.

Entretanto la señora Darling había metido a los niños en la cama en medio de un inusitado silencio y había encendido sus lamparillas de noche. Oían ladrar a Nana y John dijo lloriqueando:

—Es porque la está atando en el patio. Pero Wendy era más perceptiva.

—Ése no es el ladrido de queja de Nana dijo, sin sospechar lo que estaba a punto de

ocurrir—, ése es el ladrido de cuando huele algún peligro.

¡Peligro!

—¿Estás segura, Wendy?

—Oh, sí.

La señora Darling se estremeció y se acercó a la ventana. Estaba bien cerrada. Miró hacia afuera y la noche estaba salpicada de estrellas. Estaban agrupándose alrededor de la casa, como si tuvieran curiosidad por ver lo que iba a pasar allí, pero ella no se dio cuenta de esto, ni de que una o dos de las más pequeñas le hacían guiños. No obstante, un miedo impreciso se apoderó de su corazón y le hizo exclamar:

—¡Ay, ojalá no tuviera que ir a una fiesta esta noche! Incluso Michael, que ya estaba medio dormido, se dio cuenta de que estaba preocupada y preguntó:

—Mamá, ¿es que hay algo que nos pueda hacer daño, después de encender las lamparillas de noche?

—No, mi vida, —dijo ella—,,son los ojos que una madre deja para proteger a sus hijos.

Fue de cama en cama cantándoles cosas bonitas y el pequeño Michael le echó los brazos al cuello.

—Mamá —exclamó—, estoy contento de tenerte.

Fueron las últimas palabras que le oiría pronunciar durante mucho tiempo.

El número 27 sólo estaba a unas cuantas yardas de distancia, pero había caído una ligera nevada y los padres Darling caminaron con cuidado para no mancharse los zapatos. Ya eran las únicas personas que había en la calle y todas las estrellas los observaban. Las estrellas son hermosas, pero no pueden participar activamente en nada, tienen que limitarse a observar eternamente. Es un castigo que les fue impuesto por algo que hicieron hace tanto tiempo que ninguna estrella se acuerda ya de lo que fue. Por ello, a las más viejas se les han puesto los ojos vidriosos y rara vez hablan (el parpadeo es el lenguaje de las estrellas), pero las pequeñas

todavía sienten curiosidad. No es que sean realmente amigas de Peter, el cual tiene la traviesa costumbre de acercarse sigilosamente por detrás y tratar de apagarlas de un soplido, pero como les gusta tanto divertirse, esta noche se pusieron de su parte y estaban deseando que los mayores se quitaran de en medio. De modo que en cuanto la puerta del 27 se cerró tras el señor y la señora Darling hubo una conmoción en el firmamento y la más pequeña de todas las estrellas de la Vía Láctea gritó:

—¡Ahora, Peter!

3. ¡Vámonos, Vámonos!

Durante un rato después de que el señor y la señora Darling se fueran de la casa, las lamparillas que estaban junto a las camas de los tres niños siguieron ardiendo alegremente. Eran unas lamparillas encantadoras y habría sido de desear que pudieran haberse mantenido despiertas para ver a Peter, pero la lamparilla de Wendy

parpadeó y soltó un bostezo tal que las otras dos también bostezaron y antes de cerrar la boca las tres se habían apagado.

Ahora había otra luz en la habitación, mil veces más brillante que las lamparillas y en el tiempo que hemos tardado en decirlo, ya ha estado en todos los cajones del cuarto de los niños, buscando la sombra de Peter, ha revuelto el armario y ha sacado todos los bolsillos. En realidad no era una luz: creaba esta luminosidad porque volaba de un lado a otro a gran velocidad, pero cuando se detenía un segundo se veía que era un hada, de apenas un palmo de altura, pero todavía en etapa de crecimiento. Era una muchacha llamada Campanilla, primorosamente vestida con una hoja, de corte bajo y cuadrado, a través de la cual se podía ver muy bien su figura. Tenía una ligera tendencia a engordar.

Un momento después de la entrada del hada la ventana se abrió de golpe por el soplido de las estrellitas y Peter se dejó caer dentro. Había llevado a Campanilla parte del camino y todavía tenía la mano manchada de polvillo de hada.

—Campanilla —llamó en voz baja, tras asegurarse de que los niños estaban dormidos—. Campanilla, ¿dónde estás? En ese momento estaba en un jarro, disfrutando de lo lindo: no había estado en un jarro en su vida.

—Vamos, sal de ese jarro y dime, ¿sabes dónde han puesto mi sombra?

Un tintineo maravilloso como de campanas doradas le contestó. Ese es el lenguaje de las hadas. Los niños normales no lo oís nunca, pero si lo pudierais oír os daríais cuenta de que ya lo habíais oído en otra ocasión.

Campanilla dijo que la sombra estaba en la caja grande. Quería decir la cómoda y Peter se lanzó sobre los cajones, tirando lo que contenían al suelo con las dos manos, del mismo modo en que los reyes lanzan monedas a la muchedumbre. Al poco ya había recuperado su sombra y con el entusiasmo se olvidó de que había dejado a Campanilla encerrada en el cajón.

Lo único que pensaba, aunque no creo que pensara jamás, era que su sombra y él,

cuando se juntaran, se unirían como dos gotas de agua y cuando no fue así se quedó horrorizado. Intentó pegársela con jabón del cuarto de baño, pero eso también falló. Un escalofrío recorrió a Peter, que se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Sus sollozos despertaron a Wendy, que se sentó en la cama. No se alarmó al ver a un desconocido llorando en el suelo del cuarto, sólo sentía un agradable interés.

—Niño —dijo con cortesía—, ¿por qué lloras? Peter también podía ser enormemente cortés, pues había aprendido los buenos modales en las ceremonias de las hadas y se levantó y se inclinó ante ella con gran finura. Ella se sintió muy complacida y lo saludó con elegancia desde la cama.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Wendy Moira Angela Darling —replicó ella con cierta satisfacción—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Peter Pan.

Ella ya estaba segura de que tenía que ser Peter, pero le parecía un nombre bastante corto.

—¿Eso es todo?

—Sí —dijo él con aspereza. Por primera vez le parecía que era un nombre algo corto.

—Cómo lo siento —dijo Wendy Moira Angela.

—No es nada —masculló Peter. Ella le preguntó dónde vivía.

—Segunda a la derecha —dijo Peter—, y luego todo recto hasta la mañana.

—¡Qué dirección más rara!

Peter se sintió desalentado. Por primera vez le parecía que quizás sí que era una dirección rara.

—No, no lo es.

—Quiero decir —dijo Wendy, recordando que era la anfitriona—, ¿es eso lo que ponen en las cartas?

Él deseó que no hubiera hablado de cartas.

—Yo no recibo cartas —dijo con desprecio.

—Pero tu madre recibirá cartas, ¿no?

—No tengo madre —dijo él. No sólo no tenía madre, sino que no sentía el menor deseo de tener una. Le parecía que eran unas personas a las que se les había dado una importancia exagerada. Sin embargo, Wendy sintió inmediatamente que se hallaba en presencia de una tragedia.

—Oh, Peter, no me extraña que estuvieras llorando —dijo y se levantó de la cama y corrió hasta él.

—No estaba llorando por cosa de madres dijo él bastante indignado—. Estaba llorando porque no consigo que mi sombra se me quede pegada. Además, no estaba llorando.

—¿Se te ha despegado?

—Sí.

Entonces Wendy vio la sombra en el suelo, toda arrugada y se apenó muchísimo por Peter.

—¡Qué horror! —dijo, pero no pudo evitar sonreír cuando vio que había estado tratando de pegársela con jabón. ¡Qué típico de un chico!

Por fortuna ella supo al instante lo que había que hacer.

—Hay que coserla —dijo, con un ligero tono protector.

—¿Qué es coser? —preguntó él.

—Eres un ignorante.

—No, no lo soy.

Pero ella estaba encantada ante su ignorancia.

—Yo te la coseré, muchachito —dijo, aunque él era tan alto como ella y sacó su costurero y cosió la sombra al pie de Peter.

—Creo que te va a doler un poco —le advirtió.

—Oh, no lloraré —dijo Peter, que ya se creía que no había llorado en su vida. Y apretó los dientes y no lloró y al poco rato su sombra se portaba como es debido, aunque seguía un poco arrugada.

—Quizás debería haberla planchado —dijo Wendy pensativa, pero a Peter, chico al fin y al cabo, le daban igual las apariencias y estaba dando saltos loco de alegría. Por

desgracia, ya se había olvidado de que debía su felicidad a Wendy. Creía que él mismo se había pegado la sombra.

—Pero qué hábil soy —se jactaba con entusiasmo—, ¡pero qué habilidad la mía!

Es humillante tener que confesar que este engreimiento de Peter era una de sus características más fascinantes. Para decirlo con toda franqueza, nunca hubo un chico más descarado.

Pero por el momento Wendy estaba escandalizada.

—Peter, qué engreído —exclamó con tremendo sarcasmo—. ¡Y yo no he hecho nada, claro!

—Has hecho un poco —dijo Peter descuidadamente y siguió bailando.

—¡Un poco! —replicó ella con altivez—. Si no sirvo para nada al menos puedo retirarme.

Y se metió de un salto en la cama con toda dignidad y se tapó la cara con las mantas.

Para inducirla a mirar él fingió que se iba y al fallar esto se sentó en el extremo de la cama y le dio golpecitos con el pie.

—Wendy—dijo—, no te retires. No puedo evitar jactarme cuando estoy contento conmigo mismo, Wendy.

Pero ella seguía sin mirar, aunque estaba escuchando atentamente.

—Wendy —siguió él con una voz a la que ninguna mujer ha podido todavía resistirse—, Wendy, una chica vale más que veinte chicos. Wendy era una mujer por los cuatro costados, aunque no fueran costados muy grandes y atisbó fuera de las mantas.

—¿De verdad crees eso, Peter?

—Sí, de verdad.

—Pues me parece que es encantador por tu parte —afirmó ella—, y me voy a volver a levantar.

Y se sentó con él en el borde de la cama. También le dijo que le daría un beso si él quería, pero Peter no sabía a qué se refería y alargó la mano expectante.

—¿Pero no sabes lo que es un beso? preguntó ella, horrorizada.

—Lo sabré cuando me lo des —replicó él muy estirado y para no herir sus sentimientos ella le dio un dedal.

—Y ahora —dijo él—, ¿te doy un beso yo? Y ella replicó con cierto remilgo:

—Si lo deseas.

Perdió bastante dignidad al inclinar la cara hacia él, pero él se limitó a ponerle la caperuza de una bellota en la mano, de modo que ella movió la cara hasta su posición anterior y dijo amablemente que se colgaría el beso de la cadena que llevaba al cuello. Fue una suerte que lo pusiera en esa cadena, ya que más adelante le salvaría la vida.

Cuando las personas de nuestro entorno son presentadas, es costumbre que se pregunten la edad y por ello Wendy, a la que siempre le gustaba hacer las cosas correctamente, le preguntó a Peter cuántos años tenía. La verdad es que no era una pregunta que le sentara muy bien: era como un examen en el que se pregunta sobre gramática, cuando lo

que uno quiere es que le pregunten los reyes de Inglaterra.

—No sé —replicó incómodo—, pero soy muy joven.

En realidad no tenía ni idea; sólo tenía sospechas, pero dijo a la ventura:

—Wendy, me escapé el día en que nací.

Wendy se quedó muy sorprendida, pero interesada y le indicó con los elegantes modales de salón, tocando ligeramente el camisón, que podía sentarse más cerca de ella.

—Fue porque oí a papá y mamá —explicó él en voz baja—, hablar sobre lo que iba a ser yo cuando fuera mayor.

Se puso nerviosísimo.

—No quiero ser mayor jamás —dijo con vehemencia—. Quiero ser siempre un niño y divertirme. Así que me escapé a los jardines de Kensington y viví mucho, mucho tiempo entre las hadas.

Ella le echó una mirada de intensa admiración y él pensó que era porque se había escapado,

pero en realidad era porque conocía a las hadas. Wendy había llevado una vida tan recluida que conocer hadas le parecía una maravilla. Hizo un torrente de preguntas sobre ellas, con sorpresa por parte de él, ya que le resultaban bastante molestas, porque lo estorbaban y cosas así y de hecho a veces tenía que darles algún cachete. Sin embargo, en general le gustaban y le contó el origen de las hadas.

—Mira, Wendy, cuando el primer bebé se rió por primera vez, su risa se rompió en mil pedazos y éstos se esparcieron y ése fue el origen de las hadas.

Era una conversación aburrida, pero a ella, que no conocía mucho mundo, le gustaba.

—Y así —siguió él afablemente—, debería haber un hada por cada niño y niña.

—¿Debería? ¿Es que no hay?

—No. Mira, los niños de hoy en día saben tantas cosas que dejan pronto de creer en las hadas y cada vez que un niño dice: «No creo en las hadas», algún hada cae muerta.

La verdad es que le parecía que ya habían hablado suficiente sobre las hadas y se dio cuenta de que Campanilla estaba muy silenciosa.

—No sé dónde se puede haber metido —dijo, levantándose y se puso a llamar a Campanilla. El corazón de Wendy se aceleró de la emoción.

—Peter —exclamó, aferrándolo—, ¡no me digas que hay un hada en esta habitación!

—Estaba aquí hace un momento —dijo él algo impaciente—. Tú no la oyes, ¿no?

Los dos aguzaron el oído.

—Lo único que oigo —dijo Wendy—, es como un tintineo de campanas.

—Pues ésa es Campanilla, ése es el lenguaje de las hadas. Me parece que yo también la oigo.

El sonido procedía de la cómoda y Peter puso cara de diversión. Nadie tenía un aire tan divertido como Peter y su risa era el más encantador de los gorjeos. Conservaba aún su primera risa.

—Wendy—susurró—, ¡creo que la he dejado encerrada en el cajón!

Dejó salir del cajón a la pobre Campanilla y ésta revoloteó por el cuarto chillando furiosa.

—No deberías decir esas cosas —contestó Peter—. Claro que lo siento mucho, ¿pero cómo iba a saber que estabas en el cajón?

Wendy no lo estaba escuchando.

—¡Oh, Peter! —exclamó—. ¡Ojalá se quedara quieta y me dejara verla!

—Casi nunca se quedan quietas —dijo él, pero durante un instante Wendy vio la romántica figurita posada en el reloj de cuco.

—¡Oh, qué bonita! —exclamó, aunque la cara de Campanilla estaba distorsionada por la rabia.

—Campanilla —dijo Peter amablemente—, esta dama dice que desearía que fueras su hada.

Campanilla contestó con insolencia.

—¿Qué dice, Peter?

No le quedó más remedio que traducir.

—No es muy cortés. Dice que eres una niña grande y fea y que ella es mi hada.

Trató de discutir con Campanilla.

Tú sabes que no puedes ser mi hada, Campanilla, porque yo soy un caballero y tú eres una dama.

A esto Campanilla replicó de la siguiente manera.

—Cretino.

Y desapareció en el cuarto de baño.

—Es un hada bastante vulgar —explicó Peter disculpándose—, se llama Campanilla porque arregla las cacerolas y las teteras . Ahora estaban juntos en el sillón y Wendy siguió importunándolo con preguntas.

—Si ahora ya no vives en los jardines de Kensington...

—Todavía vivo allí a veces.

—¿Pero dónde vives más ahora?

—Con los niños perdidos.

—¿Quiénes son ésos?

—Son los niños que se caen de sus cochecitos cuando la niñera no está mirando. Si al cabo de siete días nadie los reclama se los envía al País de Nunca Jamás para sufragar gastos. Yo soy su capitán.

—¡Qué divertido debe de ser!

—Sí —dijo el astuto Peter—, pero nos sentimos bastantes solos. Es que no tenemos compañía femenina.

—¿Es que no hay niñas?

—Oh, no, ya sabes, las niñas son demasiado listas para caerse de sus cochecitos.

Esto halagó a Wendy enormemente.

—Creo —dijo—, que tienes una forma encantadora de hablar de las niñas; John nos desprecia.

Como respuesta Peter se levantó y de una patada, de una sola patada, tiró a John de la cama, con mantas y todo. Esto le pareció a Wendy bastante atrevido para un primer encuentro y le dijo con firmeza que en su casa él no era capitán. Sin embargo, John

continuaba durmiendo tan plácidamente en el suelo que dejó que se quedara allí.

—Ya sé que querías ser amable —dijo, ablandándose—, así que me puedes dar un beso.

Se había olvidado momentáneamente de que él no sabía lo que eran los besos.

—Ya me parecía que querrías que te lo devolviera —dijo él con cierta amargura e hizo ademán de devolverle el dedal.

—Ay, vaya —dijo la amable Wendy—, no quiero decir un beso, me refiero a un dedal.

—¿Qué es eso?

—Es como esto. Le dio un beso.

—¡Qué curioso! —dijo Peter con curiosidad—
.

¿Te puedo dar un dedal yo ahora?

—Si lo deseas —dijo Wendy, esta vez sin inclinar la cabeza. Peter le dio un dedal y casi inmediatamente ella soltó un chillido.

—¿Qué pasa, Wendy?

—Es como si alguien me hubiera tirado del pelo.

—Debe de haber sido Campanilla. Nunca la había visto tan antipática.

Y, efectivamente, Campanilla estaba revoloteando por ahí otra vez, empleando un lenguaje ofensivo.

—Wendy, dice que te lo volverá a hacer cada vez que yo te dé un dedal.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué, Campanilla?

Campanilla volvió a replicar:

—Cretino.

Peter no entendía por qué, pero Wendy sí y se quedó un poquito desilusionada cuando él admitió que había venido a la ventana del cuarto de los niños no para verla a ella, sino para escuchar cuentos.

—Es que yo no sé ningún cuento. Ninguno de los niños perdidos sabe ningún cuento.

—Qué pena—dijo Wendy.

—¿Sabes —preguntó Peter—, por qué las golondrinas anidan en los aleros de las casas? Es para escuchar cuentos. Ay, Wendy, tu madre os estaba contando una historia preciosa.

—¿Qué historia era?

—La del príncipe que no podía encontrar a la dama que llevaba el zapatito de cristal.

—Peter —dijo Wendy emocionada—, ésa era Cenicienta y él la encontró y vivieron felices para siempre.

Peter se puso tan contento que se levantó del suelo, donde habían estado sentados y corrió a la ventana.

—¿Dónde vas? —exclamó ella alarmada.

—A decírselo a los demás chicos.

—No te vayas, Peter —le rogó ella—, me sé muchos cuentos. Ésas fueron sus palabras exactas, así que no hay forma de negar que fue ella la que tentó a él primero.

Él regresó, con un brillo codicioso en los ojos que debería haberla puesto en guardia, pero no fue así.

—¡Qué historias podría contarles a los chicos! —exclamó y entonces Peter la agarró y comenzó a arrastrarla hacia la ventana.

—Wendy, ven conmigo y cuéntaselo a los demás chicos. Como es natural se sintió muy halagada de que se lo pidiera, pero dijo:

—Ay, no puedo. ¡Piensa en mamá! Además, no sé volar.

—Yo te enseñaré.

—Oh, qué maravilla poder volar.

—Te enseñaré a subirte a la ventana y luego, allá vamos.

—¡Oooh! —exclamó ella entusiasmada.

—Wendy. Wendy, cuando estás durmiendo en esa estúpida cama podrías estar volando

conmigo diciéndoles cosas graciosas a las estrellas.

—¡Oooh!

—Y, oye, Wendy, hay sirenas. —¡Sirenas!

¿Con cola? —Unas colas larguísimas.

—¡Oh! —exclamó Wendy—. ¡Qué maravilla ver una sirena! Él hablaba con enorme astucia.

—Wendy—dijo—, cuánto te respetaríamos todos.

Ella agitaba el cuerpo angustiada. Era como si intentara seguir sobre el suelo del cuarto.

Pero él no se apiadaba de ella.

—Wendy —dijo, el muy taimado—, nos podrías arropar por la noche.

—¡Oooh!

—A ninguno de nosotros nos han arropado jamás por la noche.

—¡Oooh! —yle tendió los brazos.

—Y podrías remendarnos la ropa y hacernos bolsillos. Ninguno de nosotros tiene bolsillos.

¿Cómo podía resistirse?

—¡Ya lo creo que sería absolutamente fascinante! —exclamó—. Peter, ¿enseñarías a volar a John y a Michael también?

—Si quieres —dijo él con indiferencia y ella corrió hasta John y Michael y los sacudió.

—Despertad —gritó—, ha venido Peter Pan y nos va a enseñar a volar.

John se frotó los ojos.

—Entonces me levantaré —dijo. Claro que estaba en el suelo—. Caramba —indicó—. ¡Si ya estoy levantado!

Michael también se había levantado ya, completamente despabilado, pero de pronto Peter hizo señas de que guardaran silencio. Sus caras adquirieron la tremenda astucia de los niños cuando escuchan por si oyen ruidos del mundo de los mayores. No se oía una mosca. Así pues, todo iba bien. ¡No, quietos! Todo iba mal. Nana, que había estado ladrando con inquietud toda la noche, estaba ahora callada. Era su silencio lo que habían oído.

«¡Apagad la luz! ¡Escondeos! ¡Deprisa!», exclamó John, tomando el mando por única vez en el curso de toda la aventura. Y así, cuando

entró Liza, sujetando a Nana, el cuarto de los niños parecía el mismo de siempre, muy oscuro y se podría haber jurado que se oía a

sus tres traviesos ocupantes respirando angelicalmente mientras dormían. En realidad lo estaban haciendo engañosamente desde detrás de las cortinas.

Liza estaba de mal humor, porque estaba haciendo la masa del pudding de Navidad en la cocina y se había visto obligada a abandonarlo, con una pasa todavía en la mejilla, por culpa de las absurdas sospechas de Nana. Pensó que la mejor forma de conseguir un poco de paz era llevar a Nana un momento al cuarto de los niños, pero bajo custodia, por supuesto.

—Ahí tienes, animal desconfiado —dijo, sin lamentar que Nana quedara desacreditada—, están perfectamente a salvo, ¿no? Cada angelito dormido en su cama. Escucha con qué suavidad respiran.

Entonces, Michael, envalentonado por su éxito, respiró tan fuerte que casi los descubren. Nana conocía ese tipo de respiración y trató de soltarse de las garras de Liza.

Pero Liza era dura de mollera.

—Basta ya, Nana —dijo con severidad, arrastrándola fuera de la habitación—. Te advierto que si vuelves a ladrar iré a buscar a los señores y los traeré a casa sacándolos de la fiesta y entonces, menuda paliza te va a dar el señor, ya verás.

Volvió a atar a la desdichada perra, ¿pero creéis que Nana dejó de ladrar? ¡Traer de la fiesta a los señores! Pero si eso era lo que quería exactamente. ¿Creéis que le importaba que le pegaran mientras sus tutelados estuvieran a salvo? Por desgracia Liza volvió a su «pudding» y Nana, viendo que no podía esperar ninguna ayuda de ella, tiró y tiró de la cuerda hasta que por fin la rompió. A los pocos instantes entraba corriendo en el comedor del número 27 y levantaba las patas, la forma más expresiva que tenía de dar un mensaje. El señor y la señora Darling supieron de inmediato que algo horrible sucedía en el cuarto de sus niños y sin despedirse de su anfitriona salieron a la calle.

Pero habían pasado diez minutos desde que los tres pillastres habían estado respirando

detrás de las cortinas y Peter Pan puede hacer muchas cosas en diez minutos.

Volvamos ahora al cuarto de los niños.

—Todo en orden —anunció John, saliendo de su escondite—. Oye, Peter, ¿de verdad sabes volar?

En vez de molestarse en contestarle Peter voló por la habitación posándose al pasar en la repisa de la chimenea.

—¡Estupendo! —dijeron John y Michael.

—¡Encantador! —exclamó Wendy.

—¡Sí, soy encantador, pero qué encantador soy! —dijo Peter, olvidando los modales de nuevo.

Parecía maravillosamente fácil y lo intentaron primero desde el suelo y luego desde las camas, pero siempre iban hacia abajo en vez de hacia arriba.

—Oye, ¿cómo lo haces? —preguntó John, frotándose la rodilla. Era un chico muy práctico.

—Te imaginas cosas estupendas —explicó Peter—, y ellas te levantan por los aires.

Se lo volvió a demostrar.

—Lo haces muy rápido —dijo John—, ¿no podrías hacerlo una vez muy despacio?

Peter lo hizo despacio y deprisa.

—¡Ya lo tengo, Wendy! —exclamó John, pero pronto descubrió que no era así. Ninguno de ellos conseguía elevarse ni una pulgada, aunque incluso Michael dominaba ya las palabras de dos sílabas, mientras que Peter no sabía ni hacer la O con un canuto.

Claro que Peter les había estado tomando el pelo, pues nadie puede volar a menos que haya recibido el polvillo de las hadas. Por suerte, como ya hemos dicho, tenía una mano llena de él y se lo hechó soplando a cada uno de ellos, con un resultado magnífico.

—Ahora agitad los hombros así —dijo—, y lanzaos.

Estaban todos subidos a las camas y el valiente Michael se lanzó el primero.

No tenía realmente intención de lanzarse, pero lo hizo e inmediatamente cruzó flotando la habitación.

—¡He volado! —chilló cuando aún estaba en el aire.

John se lanzó y se topó con Wendy cerca del cuarto de baño.

—¡Maravilloso!

—¡Estupendo!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

No tenían ni la mitad de elegancia que Peter, no podían evitar agitar las piernas un poco, pero sus cabezas tocaban el techo y no existe casi nada tan maravilloso como eso. Peter le dio la mano a Wendy al principio, pero tuvo que desistir, porque Campanilla se puso furiosa.

Arriba y abajo, vueltas y más vueltas. Divino era el calificativo de Wendy.

—Oye —exclamó John—, ¡¿por qué no salimos fuera?!

Por supuesto, era a esto a lo que Peter los había estado empujando.

Michael estaba dispuesto: quería ver cuánto tardaba en hacer un billón de millas. Pero Wendy vacilaba.

—¡Sirenas! —repitió Peter.

—¡Oooh!

—Y hay piratas.

—¡Piratas! —exclamó John, cogiendo su sombrero de los domingos—. Vámonos ahora mismo.

Justo en ese momento el señor y la señora Darling salían corriendo con Nana del número 27. Corrieron hasta el centro de la calle para mirar hacia la ventana del cuarto de los niños y, sí, seguía cerrada, pero la habitación estaba inundada de luz y, lo que era aún más estremecedor, en la sombra de la cortina vieron tres pequeñas siluetas en ropa de cama que daban vueltas yvueltas, pero no en el suelo, sino por el aire.

¡Tres siluetas no, cuatro!

Temblando, abrieron la puerta de la calle. El señor Darling se habría lanzado escaleras arriba, pero la señora Darling le indicó que fuera con más calma. Incluso trató de conseguir que su corazón se calmara.

¿Llegarán a tiempo al cuarto de los niños? Si es así, qué alegría para ellos y todos soltaremos un suspiro de alivio, pero no habrá historia. Por otra parte, si no llegan a tiempo, prometo solemnemente que todo saldrá bien al final.

Habrían llegado al cuarto de los niños a tiempo de no haber estado vigilándolos las estrellitas. Una vez más las estrellas abrieron la ventana de un soplo y la estrella más pequeña de todas gritó:

—¡Ojo, Peter!

Entonces Peter supo que no había tiempo que perder.

—Vamos —gritó imperiosamente y se elevó al momento en la noche seguido de John, Michael y Wendy.

El señor y la señora Darling y Nana se precipitaron en el cuarto de los niños demasiado tarde. Los pájaros habían volado.

4. El vuelo

La segunda a la derecha y todo recto hasta la mañana. Ése, según le había dicho Peter a Wendy, era el camino hasta el País de Nunca Jamás, pero ni siquiera los pájaros, contando con mapas y consultándolos en las esquinas expuestas al viento, podrían haberlo avistado siguiendo estas instrucciones. Es que Peter decía lo primero que se le ocurría.

Al principio sus compañeros confiaban en él sin reservas y eran tan grandes los placeres de volar que perdían el tiempo girando alrededor de las agujas de las iglesias o de cualquier otra cosa elevada que se encontraran en el camino y les gustara.

John y Michael se echaban carreras, Michael con ventaja. Recordaban con desprecio que no hacía tanto que se habían creído muy

importantes por poder volar por una habitación.

No hacía tanto. ¿Pero cuánto realmente? Estaban volando por encima del mar antes de que esta idea empezara a preocupar a Wendy seriamente. A John la parecía que iban ya por su segundo mar y su tercera noche.

A veces estaba oscuro y a veces había luz y de pronto tenían mucho frío y luego demasiado calor. ¿Sentían hambre a veces realmente, o sólo lo fingían porque Peter tenía una forma tan divertida y novedosa de alimentarlos? Esta forma era perseguir pájaros que llevaran comida en el pico adecuada para los humanos y arrebatársela; entonces los pájaros los seguían y se la volvían a quitar y todos se iban persiguiendo alegremente durante millas, separándose por fin y expresándose mutuamente sus buenos deseos. Pero Wendy se percató con cierta preocupación de que Peter no parecía saber que ésta era una forma bastante rara de conseguir el pan de cada día, ni siquiera que había otras formas.

Ciertamente no fingían tener sueño, lo tenían y eso era peligroso, porque en el momento

en que se dormían, empezaban a caer. Lo espantoso era que a Peter eso le parecía divertido.

—¡Allá va otra vez! —gritaba regocijado, cuando Michael caía de pronto como una piedra.

—¡Sálvalo, sálvalo! —gritaba Wendy, mirando horrorizada el cruel océano que tenían debajo. Por fin Peter se lanzaba por el aire y atrapaba a Michael justo antes de que se estrellara en el mar y lo hacía de una manera muy bonita, pero siempre esperaba hasta el último momento y parecía que era su habilidad lo que le interesaba y no salvar una vida humana. También le gustaba la variedad y lo que en un momento dado lo absorbía de pronto dejaba de atraerlo, de modo que siempre existía la posibilidad de que la próxima vez que uno cayera él lo dejara hundirse.

Él podía dormir en el aire sin caerse, por el simple método de tumbarse boca arriba y flotar, pero esto era, al menos en parte, porque era tan ligero que si uno se ponía detrás de él y soplaba iba más rápido.

—Sé más educado con él —le susurró Wendy a John, cuando estaban jugando al «Sígueme».

—Pues dile que deje de presumir —dijo John. Cuando jugaban al Sígueme, Peter volaba pegado al agua y tocaba la cola de cada tiburón al pasar, igual que en la calle podéis seguir con el dedo una barandilla de hierro. Ellos no podían seguirlo en esto con excesivo éxito, de forma que quizás sí que fuera presumir, especialmente porque no hacía más que volverse para ver cuántas colas se le escapaban.

—Debéis ser amables con él —les inculcó Wendy a sus hermanos—. ¿Qué haríamos si nos abandonara?

—Podríamos volver —dijo Michael.

—¿Y cómo lograríamos encontrar el camino de vuelta sin él?

—Bueno, pues entonces podríamos seguir dijo John.

—Eso es lo horrible, John. Tendríamos que seguir, porque no sabemos cómo parar.

Era cierto: Peter se había olvidado de enseñarles a parar. John dijo que si pasaba lo peor, todo lo que tenían que hacer era seguir adelante, ya que el mundo era redondo, de forma que acabarían por volver a su propia ventana.

—¿Y quién nos va a conseguir comida, John?

—Yo le saqué del pico un trocito a ese águila bastante bien, Wendy.

—Después de veinte intentos —le recordó Wendy—. Y aunque se nos llegara a dar bien la cuestión de conseguir comida, fijaos cómo nos chocamos con las nubes y otras cosas si él no está cerca para echarnos una mano.

Efectivamente, se iban chocando todo el tiempo. Ya podían volar con fuerza, aunque seguían moviendo demasiado las piernas, pero si veían una nube delante, cuanto más intentaban esquivarla, más certeramente se chocaban contra ella. Si Nana hubiera estado

con ellos ya le habría puesto a Michael una venda en la frente.

Peter no estaba con ellos en ese momento y se sentían bastante desamparados allí arriba

por su cuenta. Podía volar a una velocidad tan superior a la de ellos que de pronto salía disparado y se perdía de vista, para correr alguna aventura en la que ellos no participaban. Bajaba riéndose por algo divertidísimo que le había estado contando a una estrella, pero que ya había olvidado, o subía cubierto aún de escamas de sirena y sin embargo no sabía con seguridad qué había ocurrido. La verdad es que resultaba muy fastidioso para unos niños que nunca habían visto una sirena.

—Y si se olvida de ellas tan deprisa razonaba Wendy—, ¿cómo vamos a esperar que se siga acordando de nosotros?

Efectivamente, a veces cuando regresaba no se acordaba de ellos, por lo menos no muy bien. Wendy estaba segura de ello. Veía cómo le brillaban los ojos al reconocerlos cuando estaba a punto de pararse a charlar un momento para luego seguir; en una ocasión incluso tuvo que decirle cómo se llamaba.

—Soy Wendy —dijo muy inquieta. Él se sintió muy contrito.

—Oye, Wendy —le susurró—, siempre que veas que me olvido de ti, repite todo el rato «soy Wendy» y entonces me acordaré.

Como es lógico, aquello no era nada satisfactorio. Sin embargo, para enmendarlo les enseñó a tumbarse estirados sobre un viento fuerte que soplara en su dirección y esto supuso un cambio tan agradable que lo probaron varias veces y descubrieron que así podían dormir a salvo. Realmente habrían dormido más tiempo, pero Peter se aburría rápidamente de dormir y no tardaba en gritar con su voz de capitán:

—Aquí nos desviamos.

De modo que con algún que otro disgusto, pero en general con gran diversión, se fueron acercando al País de Nunca Jamás, y al cabo de muchas lunas llegaron allí y, lo que es más, resulta que habían estado viajando sin desviarse todo el tiempo, quizás no tanto debido a la dirección de Peter o de Campanilla como a que la isla los estaba buscando. Sólo así se pueden avistar esas mágicas orillas.

—Ahí está —dijo Peter tranquilamente.

—¿Dónde, dónde?

—Donde señalan todas las flechas.

En efecto, un millón de flechas doradas, enviadas por su amigo el sol, que quería que estuvieran seguros del camino antes de dejarlos por esa noche, indicaba a los niños dónde se hallaba la isla.

Wendy, John y Michael se pusieron de puntillas en el aire para echar su primer vistazo a la isla. Es extraño, pero todos la reconocieron al instante y mientras no los invadió el miedo la estuvieron saludando no como a algo con lo que se ha soñado mucho tiempo y por fin se ha visto, sino como a una vieja amiga con quien volvían para pasar las vacaciones.

—John, ahí está la laguna.

—Wendy, mira a las tortugas enterrando sus huevos en la arena.

—Oye, John, veo a tu flamenco de la pata rota.

—Mira, Michael, allí está tu cueva.

—John, ¿qué es eso que hay en la maleza?

—Es una loba con sus cachorros. Wendy, estoy seguro de que ése es tu lobezno.

—Ahí está mi barca, John, con los costados llenos de agujeros.

—No, no lo es. Pero si quemamos tu barca.

—Pues de todas formas lo es. Oye, John, veo el humo del campamento piel roja.

—¿Dónde? Enséñamelo y te diré por cómo se retuerce el humo si están en el sendero de la guerra.

—Allí, justo al otro lado del Río Misterioso.

—Ya lo veo. Sí, ya lo creo que están en el sendero de la guerra.

Peter estaba un poco molesto con ellos por saber tantas cosas, pero si quería hacerse el amo de la situación su triunfo estaba al caer, pues ¿no os he dicho que no tardó en invadirlos el miedo?

Llegó cuando se fueron las flechas, dejando la isla en penumbra.

Antes, en casa, el País de Nunca Jamás siempre empezaba a tener un aire un poco

oscuro y amenazador a la hora de irse a la cama. Entonces surgían zonas inexploradas que se extendían, en ellas se movían sombras negras, el rugido de los animales de presa era muy distinto entonces y, sobre todo, uno perdía la seguridad de que iba a ganar. Uno se alegraba mucho de que las lamparillas estuvieran encendidas. Era incluso agradable que Nana dijera que eso de ahí no era más que la repisa de la chimenea y que el País de Nunca jamás era todo imaginación.

Por supuesto que el País de Nunca Jamás había sido una fantasía en aquellos días, pero ahora era real y no había lamparillas y cada vez estaba más oscuro y ¿dónde estaba Nana?

Habían estado volando separados unos de otros, pero ahora se apiñaron junto a Peter. El comportamiento descuidado de éste había desaparecido por fin, le brillaban los ojos, les entraba un hormigueo cada vez que tocaban su cuerpo. Ya estaban encima de la temible isla, volando tan bajo que a veces un árbol les rozaba la cara.

No se veía nada horrendo en el aire, pero su marcha se había hecho lenta y penosa, igual que si estuvieran abriéndose paso a través de unas fuerzas hostiles. A veces se quedaban inmóviles en el aire hasta que Peter los golpeaba con los puños.

—No quieren que bajemos —les explicó.

—¿Quiénes? —susurró Wendy, estremeciéndose.

Pero él no lo sabía o no lo quería decir. Campanilla había estado durmiendo en su hombro, pero ahora la despertó y le hizo ponerse en vanguardia.

De vez en cuando se paraba en el aire, escuchando atentamente con una mano en la oreja y volvía a mirar hacia abajo con los ojos tan brillantes que parecían horadar dos agujeros en la tierra. Una vez hecho esto, seguía adelante de nuevo.

Su valor casi producía espanto.

—¿Queréis correr una aventura ahora —le preguntó a John muy tranquilo—, o preferís tomar el té primero?

Wendy dijo «el té primero» apresuradamente y Michael le apretó la mano agradecido, pero John, más valiente, titubeaba.

—¿Qué clase de aventura? —preguntó con cautela.

—Tenemos un pirata dormido en la pampa justo debajo de nosotros —le dijo Peter—. Si quieres, bajamos y lo matamos.

—No lo veo —dijo John tras una larga pausa.

—Yo sí.

—Imagínate que se despierta —dijo John con la voz algo ronca.

Peter exclamó indignado:

—¡No pensarás que lo iba a matar dormido! Primero lo despertaría y luego lo mataría. Es lo que siempre hago.

—¡Caramba! ¿Y matas muchos?

—Miles.

John dijo «estupendo», pero decidió tomar el té primero. Preguntó si había muchos pira—

tas en la isla en esos momentos y Peter dijo que nunca había visto tantos.

—¿Quién es su capitán ahora?

—Garfio —contestó Peter y se le nubló la cara al pronunciar ese odiado nombre.

—¿Jas. Garfio?

—Sí.

Entonces Michael se echó a llorar e incluso John sólo pudo hablar a trompicones, pues conocían la reputación de Garfio.

—Era el contramaestre de Barbanegra susurró John roncamente—. Es el peor de todos ellos, el único hombre al que temía Barbacoa.

—Ése es —dijo Peter.

—¿Cómo es? ¿Es grande?

—No tanto como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Le corté un pedazo.

—¡Tú!

—Sí, yo —dijo Peter con aspereza.

—No pretendía faltarte al respeto. —Bueno, está bien.

—Pero, oye, ¿qué trozo?

—La mano derecha.

—¿Entonces ya no puede luchar?

—¡Vaya si puede!

—¿Es zurdo?

—Tiene un garfio de hierro en vez de la mano derecha y desgarra con él.

—¡Desgarra!

—Oye, John—dijo Peter.

—Sí.

—Di «sí, señor».

—Sí, señor.

—Hay algo —continuó Peterque cada chico que está a mis órdenes tuvo que prometer y tú también debes hacerlo. John se puso pálido.

—Es lo siguiente: si nos encontramos con Garfio en combate, me lo debes dejar a mí.

—Lo prometo —dijo John lealmente.

Por el momento se sentían menos aterrados, porque Campanilla estaba volando con ellos y

con su luz podían verse los unos a los otros. Por desgracia no podía volar tan despacio como ellos y por eso tenía que ir dando vueltas y vueltas formando un círculo dentro del cual se movían como un halo. A Wendy le gustaba mucho, hasta que Peter le señaló el inconveniente.

—Me dice —dijoque los piratas nos avistaron antes de que se pusiera oscuro y han sacado a Tom el Largo.

—¿El cañón grande?

—Sí. Y, por supuesto, deben de ver su luz y si se imaginan que estamos cerca seguro que abren fuego.

—¡Wendy!

—¡John!

—¡Michael!

—Dile que se vaya ahora mismo, Peter exclamaron los tres al mismo tiempo, pero él se negó.

—Cree que nos hemos perdido —replicó fríamente—, y está bastante asustada. ¡No

esperaréis que le diga que se vaya sola cuando tiene miedo!

El círculo de luz se rompió momentáneamente y algo le dio a Peter un pellizquito cariñoso.

—Entonces dile —rogó Wendy—, que apague la luz.

—No puede apagarla. Eso es prácticamente lo único que no pueden hacer las hadas. Se apaga sola cuando ella se duerme, igual que las estrellas.

—Entonces dile que duerma inmediatamente —casi le ordenó John.

—No puede dormir más que cuando tiene sueño. Es la única otra cosa que no pueden hacer las hadas.

—Pues me parece —gruñó John—, que son las dos únicas cosas que vale la pena hacer.

Entonces se llevó un pellizco, pero no cariñoso.

—Si al menos uno de nosotros tuviera un bolsillo —dijo Peterla podríamos llevar con él.

Sin embargo, habían salido con tantas prisas que ninguno de los cuatro tenía un solo bolsillo.

Se le ocurrió una buena idea. ¡El sombrero de John!

Campanilla aceptaría viajar en sombrero si lo llevaban en la mano. John se hizo cargo de ello, aunque ella había tenido la esperanza de que la llevara Peten Al poco rato Wendy cogió el sombrero, porque John decía que le daba golpes en la rodilla al volar y esto, como veremos, trajo dificultades, pues a Campanilla no le gustaba nada deberle un favor a Wendy.

En la negra chistera la luz quedaba completamente oculta y siguieron volando en silencio. Era el silencio más absoluto que habían conocido jamás, roto sólo por unos lametones lejanos, que según explicó Peter lo producían los animales salvajes al beber en el vado y también por un ruido rasposo que podrían haber sido las ramas de los árboles al rozarse, pero él dijo que eran los pieles rojas que afilaban sus cuchillos.

Incluso estos ruidos acababan por apagarse. A Michael la soledad le resultaba espantosa.

—¡Ojalá se oyera algún ruido! —exclamó.

Como en respuesta a su petición, el aire fue hendido por la explosión más tremenda que había oído en su vida. Los piratas les habían disparado con Tom el Largo.

El rugido resonó por las montañas y los ecos parecían gritar salvajemente:

—¿Dónde están, dónde están, dónde están? De esta forma tan violenta descubrió el aterrorizado trío la diferencia entre una isla inventada y la misma isla hecha realidad.

Cuando por fin los cielos volvieron a quedar en calma, John y Michael se encontraron solos en la oscuridad. John caminaba en el aire mecánicamente y Michael, sin saber cómo flotar, estaba flotando.

—¿Te han dado? —susurró John temblorosamente.

—Todavía no lo he comprobado —susurró a su vez Michael.

Ahora sabemos que ninguno fue alcanzado. Sin embargo, Peter fue arrastrado por el viento del disparo hasta alta mar, mientras que Wendy fue lanzada hacia arriba sin otra compañía que la de Campanilla.

Las cosas le habrían ido bien a Wendy si en ese momento hubiera soltado el sombrero. No sé si la idea se le ocurrió a Campanilla de repente, o si lo había planeado por el camino, pero el caso es que inmediatamente salió del sombrero y se puso a atraer a Wendy hacia su destrucción.

Campanilla no era toda maldad: o, más bien, era toda maldad en ese momento, pero, por otro lado, a veces era toda bondad. Las hadas tienen que ser una cosa o la otra, porque al ser tan pequeñas degraciadamente sólo tienen sitio para un sentimiento por vez. No obstante, les está permitido cambiar, aunque debe ser un cambio total. Por el momento estaba celosísima de Wendy. Por supuesto, Wendy no entendía lo que le decía con su precioso tintineo y estoy convencido de que parte eran palabrotas, pero sonaba agradable y volaba hacia adelante y hacia atrás,

queriendo decir claramente: «Sígueme y todo saldrá bien.»

¿Qué otra cosa podía hacer la pobre Wendy? Llamó a Peter, a John y a Michael y lo único que obtuvo como respuesta fueron ecos burlones. Aún no sabía que Campanilla la odiaba con el odio feroz de una auténtica mujer. Y por eso, aturdida y volando ahora a trompicones, siguió a Campanilla hacia su perdición.

5. La isla hecha realidad

Al sentir que Peter regresaba, el País de Nunca jamás revivió de nuevo. Deberíamos emplear el pluscuamperfecto y decir que había revivido, pero revivió suena mejor y era lo que siempre empleaba Peter.

Normalmente durante su ausencia las cosas están tranquilas. Las hadas duermen una hora más por la mañana, los animales se ocupan de sus crías, los pieles rojas se hartan de comer durante seis días con sus noches y cuando los piratas y los niños perdidos se

encuentran se limitan a sacarse la lengua. Pero con la llegada de Peter, que aborrece el letargo, todos se ponen en marcha otra vez: si entonces pusierais la oreja contra el suelo, oiríais cómo la isla bulle de vida.

Esta noche, las fuerzas principales de la isla estaban ocupadas de la siguiente manera. Los niños perdidos estaban buscando a Peter, los piratas estaban buscando a los niños perdidos, los pieles rojas estaban buscando a los piratas y los animales estaban buscando a los pieles rojas. Iban dando vueltas y más vueltas por la isla, pero no se encontraban porque todos llevaban el mismo paso.

Todos querían sangre salvo los niños, a quienes les gustaba por lo general, pero esta noche iban a recibir a su capitán. Los niños de la isla varían, claro está, en número, según los vayan matando y cosas así y cuando parece que están creciendo, lo cual va en contra de las reglas, Peter los reduce, pero en esta ocasión había seis, contando a los Gemelos como si fueran dos. Hagamos como si nos echáramos aquí entre las cañas de azúcar y observémoslos mientras pasan sigilosamente

en fila india, cada uno con la mano sobre su cuchillo.

Peter les tiene prohibido que se parezcan a él en lo más mínimo y van vestidos con pieles de osos cazados por ellos mismos, con las que quedan tan redondeados y peludos que cuando se caen, ruedan. Por ello han conseguido llegar a andar con un paso muy firme.

El primero en pasar es Lelo, no el menos valiente, pero sí el más desgraciado de toda esa intrépida banda. Había corrido menos aventuras que cualquiera de los demás, porque las cosas importantes ocurrían siempre justo cuando él ya había doblado la esquina: por ejemplo, todo estaba tranquilo y entonces él aprovechaba la oportunidad para alejarse y reunir unos palos para el fuego y cuando volvía los demás ya estaban limpiando la sangre. La mala suerte había dado una expresión de suave melancolía a su rostro, pero en lugar de agriarle el carácter se lo había endulzado, de forma que era el más humilde de los chicos. Pobre y bondadoso Lelo, esta noche te amenaza un peligro. Ten

cuidado, no vaya a ser que se te ofrezca ahora una aventura, que, si la aceptas, te traiga un terrible infortunio. Lelo, el hada Campanilla, que esta noche está resuelta a provocar daños, está buscando un instrumento y piensa que tú eres el chico que más fácilmente se deja engañar. Cuidado con Campanilla.

Ojalá nos pudiera oír, pero nosotros no estamos realmente en la isla y él pasa de largo, mordisqueándose los nudillos. A continuación viene Avispado, alegre y jovial, seguido de Presuntuoso, que corta silbatos de los árboles y baila entusiasmado al son de sus propias melodías. Presuntuoso es el más engreído de los chicos. Se cree que recuerda los tiempos de antes de que se perdiera, con sus modales y costumbres y esto hace que mire a todo el mundo por encima del hombro. Rizos es el cuarto: es un pillo y ha tenido que entregarse tantas veces cuando Peter decía con severidad: «El que haya hecho esto que dé un paso al frente», que ahora ante la orden da un paso al frente automáticamente, lo haya hecho él o no. Los

últimos son los gemelos, a quienes no se puede describir porque seguro que describiríamos al que no es. Peter no sabía muy bien lo que eran gemelos y a su banda no se le permitía saber nada que él no supiera, de forma que estos dos no eran nunca muy claros al hablar de sí mismos y hacían todo lo que podían por resultar satisfactorios manteniéndose muy juntos como pidiendo perdón.

Los chicos desaparecen en la oscuridad y al cabo de un rato, pero no muy largo, ya que las cosas ocurren deprisa en la isla, aparecen los piratas siguiendo su rastro. Los oímos antes de verlos y siempre es la misma canción terrible:

Jalad, izad, pongámonos al pairo

al abordaje saltemos

y si un tiro nos separa,

¡allá abajo nos veremos!

Jamás colgó en hilera en el Muelle de las Ejecuciones (Muelle de Wapping donde eran ejecutados los marinos criminales.) una banda de aire más malvado. Aquí, algo

adelantado, inclinando la cabeza hacia el suelo una y otra vez para escuchar, con los grandes brazos desnudos y las orejas adornadas con monedas de cobre, llega el guapo italiano Cecco, que grabó su nombre con letras de sangre en la espalda del alcaide de la prisión de Gao. Ese negro gigantesco que va detrás de él ha tenido muchos nombres desde que dejara ése con el que las madres morenas siguen aterrorizando a sus hijos en las riberas del Guidjomo. He aquí a Bill Jukes, tatuado de arriba a abajo, el mismo Bill Jukes al que Flint, a bordo del Walrus, propinara seis docenas de latigazos antes de que aquél soltara la bolsa de *moidores*; y Cookson, de quien se dice que era hermano de Murphy el Negro (aunque esto nunca se probó); y el caballero Starkey, en otros tiempos portero de un colegio privado y todavía elegante a la hora de matar; y Claraboyas (Claraboyas de Morgan); y Smee, el contramaestre irlandés, un hombre curiosamente afable que acuchillaba, como si dijéramos, sin ofender y era el único disidente de la tripulación de Garfio; y Noodler, cuyas manos estaban colocadas al

revés; y Robert Mullins y Alf Mason y muchos otros rufianes bien conocidos y temidos en el Caribe.

En medio de ellos, la joya más negra y más grande de aquel siniestro puñado, iba reclinado James Garfio, o, según lo escribía él, Jas. Garfio, del cual se dice que era el único hombre a quien el Cocinero temía. Estaba cómodamente echado en un tosco carruaje tirado y empujado por sus hombres y en lugar de mano derecha tenía el garfio de hierro con el que de vez en cuando los animaba a apretar el paso. Como a perros los trataba y les hablaba este hombre terrible y como perros lo obedecían ellos. De aspecto era cadavérico y cetrino y llevaba el pelo en largos bucles, que a cierta distancia parecían velas negras y daban un aire singularmente amenazador a su amplio rostro. Sus ojos eran del azul del nomeolvides y profundamente tristes, salvo cuando le clavaba a uno el garfio, momento en que surgían en ellos dos puntos rojos que se los iluminaban horriblemente. En cuanto a los modales, conservaba aún algo de gran señor, de forma

que incluso lo destrozaba a uno con distinción y me han dicho que tenía reputación de raconteur. Nunca resultaba más siniestro que cuando se mostraba todo cortés, lo cual es probablemente la mejor prueba de educación, y la elegancia de su dicción, incluso cuando maldecía, así como la prestancia de su porte, demostraban que no era de la misma clase que su tripulación. Hombre de valor indómito, se decía de él que lo único que lo atemorizaba era ver su propia sangre, que era espesa y de un color insólito. En su vestimenta imitaba un poco los ropajes asociados al nombre de Carlos II, por haber oído decir en un período anterior de su carrera que tenía un extraño parecido con los desventurados Estuardo y en los labios llevaba una boquilla de su propia invención que le permitía fumar dos cigarros a la vez. Pero indudablemente la parte más macabra de él era su garfio de hierro.

Matemos ahora a un pirata, para mostrar el método de Garfio. Claraboyas servirá. Al pasar, Claraboyas da un torpe bandazo contra él, descolocándole el cuello de encaje: el

garfio sale disparado, se oye un desgarrón y un chillido, luego se aparta el cuerpo de una patada y los piratas siguen adelante. Ni siquiera se ha quitado los cigarros de la boca.

Así es el hombre terrible al que se enfrenta Peter Pan. ¿Quién ganará?

Tras los pasos de los piratas, deslizándose en silencio por el sendero de la guerra, que no es visible para ojos inexpertos, llegan los pieles rojas, todos ellos ojo avizor. Llevan tomahawks y cuchillos y sus cuerpos desnudos relucen de pintura y aceite. Atadas a la cintura llevan cabelleras, tanto de niños como de piratas, ya que son la tribu piccaninny y no hay que confundirlos con los delawares o los hurones, más compasivos. En vanguardia, a cuatro patas, va Gran Pantera Pequeña, un valiente con tantas cabelleras que en su postura actual le impiden un poco avanzar. En retaguardia, el puesto de mayor peligro, va Tigridia, orgullosamente erguida, princesa por derecho propio. Es la más hermosa de las Dianas morenas y la beldad de los piccaninnis, coqueta, fría y enamoradiza por turnos: no hay un solo

valiente que no quisiera a la caprichosa por mujer, pero ella mantiene a raya el altar con un hacha. Mirad cómo pasan por encima de ramitas secas sin hacer el más mínimo ruido. Lo único que se oye es su respiración algo jadeante. La verdad es que en estos momentos están todos un poco gordos después de las comilonas, pero ya perderán peso a su debido tiempo. Por ahora, sin embargo, esto constituye su mayor peligro.

Los pieles rojas desaparecen como han llegado, como sombras y pronto ocupan su lugar los animales, una procesión grande y variada: leones, tigres, osos y las innumerables criaturas salvajes más pequeñas que huyen de ellos, ya que todas las clases de animales y, en particular, los devoradores de hombres, viven codo con codo en la afortunada isla. Llevan la lengua fuera, esta noche tienen hambre.

Cuando ya han pasado, llega el último personaje de todos, un gigantesco cocodrilo. No tardaremos en descubrir a quién está buscando.

El cocodrilo pasa, pero pronto vuelven a aparecer los chicos, ya que el desfile debe continuar indefinidamente hasta que uno de los grupos se pare o cambie el paso. Entonces todos se echarán rápidamente unos encima de otros.

Todos vigilan atentamente el frente, pero ninguno sospecha que el peligro pueda acercarse sigilosamente por detrás. Esto demuestra lo real que era la isla.

Los primeros en romper el círculo móvil fueron los chicos. Se tiraron sobre el césped, junto a su casa subterránea. —Ojalá volviera Peter —decía cada uno de ellos con nerviosismo, aunque en altura y aún más en anchura eran todos más grandes que su capitán.

—Yo soy el único que no tiene miedo de los piratas —dijo Presuntuoso en ese tono que le impedía ser apreciado por todos, pero quizás un ruido lejano lo inquietara, pues añadió a toda prisa—, pero ojalá volviera y nos dijera si ha averiguado algo más sobre Cenicienta.

Se pusieron a hablar de Cenicienta y Lelo estaba seguro de que su madre debía de haber sido muy parecida a ella.

Sólo en ausencia de Peter podían hablar de madres, ya que había prohibido el tema diciendo que era una tontería.

—Lo único que recuerdo de mi madre —les dijo Avispado—, es que le decía a papá con frecuencia: «Oh, ojalá tuviera mi propio talonario de cheques.» No sé qué es un talonario de cheques, pero me encantaría darle uno a mi madre.

Mientras hablaban oyeron un ruido lejano. Vosotros o yo, al no ser criaturas salvajes del bosque, no habríamos oído nada, pero ellos sí lo oyeron y era la espeluznante canción:

Viva, viva la vida del pirata,

un cráneo y dos tibias en la bandera

Viva la alegría y una buena soga

y viva el buen Satán que nos espera

Al instante los niños perdidos... ¿pero dónde están? Ya no están ahí. Unos conejos no podrían haber desaparecido más rápido.

Os diré dónde están. Con excepción de Avispado, que ha salido corriendo para explorar, ya están en su casa subterránea, una residencia muy agradable de la que pronto veremos muchas cosas. ¿Pero cómo han llegado a ella? Porque no se ve ninguna entrada, ni siquiera un montón de matojos que, si se apartaran, revelarían la boca de una cueva. Sin embargo, mirad con atención y puede que os deis cuenta de que hay aquí siete grandes árboles, cada uno con un agujero en el tronco hueco tan grande como un niño. Estas son las siete entradas a la casa subterránea, que Garfio ha estado buscando en vano durante tantas lunas. ¿La encontrará esta noche?

Mientras los piratas avanzaban, la rápida mirada de Starkey descubrió a Avispado que desaparecía en el bosque y al momento su pistola brilló en la oscuridad. Pero una garra de hierro lo aferró del hombro.

—Capitán, suélteme —exclamó, retorciéndose.

Ahora por primera vez oímos la voz de Garfio. Era una voz negra.

—Primero guarda esa pistola —dijo amenazadoramente.

—Era uno de los chicos que usted odia. Lo podría haber matado de un tiro.

—Sí y el ruido habría hecho que los pieles rojas de Tigridia cayeran sobre nosotros. ¿Es que quieres perder la cabellera?

—Capitán, ¿voy detrás de él —preguntó el patético Smee—, y le hago cosquillas con Johnny Sacacorchos?

Smee ponía nombres agradables a todo y su sable era Johnny Sacacorchos, porque lo retorcía en la herida. Se podrían mencionar muchos rasgos encantadores de Smee. Por ejemplo, después de matar, eran sus gafas lo primero que limpiaba en vez de su arma.

—Johnny es un chico silencioso —le recordó a Garfio.

—Ahora no, Smee —dijo Garfio tenebrosamente—. Sólo es uno y quiero acabar con los siete. Dispersaos y buscadlos.

Los piratas desaparecieron entre los árboles y al cabo de un momento su capitán y Smee se quedaron solos. Garfio soltó un pro—

fundo suspiro y no sé por qué fue, quizás fuera por la delicada belleza de la noche, pero el caso es que lo invadió el deseo de confiar a su fiel contramaestre la historia de su vida. Habló largo y tendido, pero de qué se trataba Smee, que era bastante estúpido, no tenía ni idea.

Por fin oyó el nombre de Peter.

—Sobre todo —decía Garfio con pasión—, quiero a su capitán, Peter Pan. Fue él quien me cortó el brazo.

Agitó el garfio amenazadoramente.

—He esperado mucho para estrecharle la mano con esto. Ah, lo haré pedazos.

—Pero —dijo Smee—, yo he oído a usted decir muchas veces que ese garfio valía por veinte manos, para peinarse y otros usos domésticos.

—Sí —contestó el capitán—, si yo fuera madre rezaría por que mis hijos nacieran con esto en vez de eso.

Y echó una mirada de orgullo a su mano de hierro y una de desprecio a la otra. Luego volvió a fruncir el ceño. —Peter le echó mi brazo —dijo, estremeciéndose un cocodrilo que pasaba por allí.

—Ya he notado —dijo Smeesu extraño temor a los cocodrilos.

—A los cocodrilos no —le corrigió Garfio—, sino a ese cocodrilo.

Bajó la voz.

—Le gustó tanto mi brazo, Smee, que me ha seguido desde entonces, de mar en mar y de tierra en tierra, relamiéndose por lo que queda de mí.

—En cierto modo —dijo Smee—, es una especie de cumplido.

—No quiero cumplidos de esa clase —soltó Garfio con petulancia—. Quiero a Peter Pan, que fue quien hizo que ese bicho me tomara gusto.

Se sentó en una gran seta y habló con voz temblorosa. —Smee —dijo roncamente—, ese cocodrilo ya me habría comido a estas horas, pero por una feliz casualidad se tragó un reloj que hace tic tac en su interior y por eso antes de que me pueda alcanzar oigo el tic tac y salgo corriendo.

Se echó a reír, pero con una risa hueca.

—Algún día —dijo Smee—, el reloj se parará y entonces lo cogerá.

Garfio se humedeció los labios resecos.

—Sí —dijo—, ése es el temor que me atormenta.

Desde que se sentó se había estado sintiendo extrañamente acalorado.

—Smee —dijo—, este asiento está caliente. Se levantó de un salto.

—Por mil diablos tuertos, que me quemo.

Examinaron la seta, que era de un tamaño y una solidez desconocidos en el mundo real; intentaron arrancarla y se quedaron con ella en las manos al instante, pues no tenía raíces. Y lo que es más raro, al momento comenzó a

salir humo. Los piratas se miraron el uno al otro.

—¡Una chimenea! —exclamaron los dos. Efectivamente, habían descubierto la chimenea de la casa subterránea. Los chicos tenían por costumbre taparla con una seta cuando había enemigos en las cercanías.

No sólo salía humo por ella. También se oían voces de niños, pues tan seguros se sentían los chicos en su escondrijo que estaban charlando alegremente. Los piratas escucharon ceñudos y luego volvieron a colocar la seta. Miraron a su alrededor y vieron los agujeros de los siete árboles.

—¿Ha oído que decían que Peter Pan no está en casa? —susurró Smee, jugueteando con Johnny Sacacorchos.

Garfio asintió. Se quedó largo rato ensimismado y por fin una sonrisa helada le iluminó la cara morena. Smee la había estado esperando.

—Desembuche su plan, capitán —exclamó ansioso. —Regresar al barco —repitió Garfio despacio y entre dientes—, y hacer un

opíparo pastelón bien espeso con azúcar verde por encima. Sólo puede haber una habitación allí abajo, porque hay una sola chimenea. Esos estúpidos topos no han tenido la inteligencia de darse cuenta de que no necesitaban una puerta por persona. Eso demuestra que no tienen madre. Dejaremos el pastel en la orilla de la laguna de las sirenas. Estos chicos siempre están nadando allí, jugando con las sirenas. Encontrarán el pastel y lo engullirán, porque, al no tener madre, no saben lo peligroso que es comer un pastel pesado y húmedo.

Estalló en carcajadas, no una risa hueca esta vez, sino una risa auténtica.

—Ja, ja, ja, morirán.

Smee había estado escuchando con creciente admiración.

—Es el plan más malvado y más bonito que he oído nunca —exclamó y se pusieron a bailar y cantar entusiasmados:

Quietos cuando yo aparezco,

por miedo a ser atrapados;

nada os queda en los huesos

si Garfio os tiene enganchados.

Empezaron la estrofa, pero no llegaron a terminarla, pues se oyó otro ruido que les hizo callar. Al principio era un sonido tan débil que una hoja podría haber caído sobre él y haberlo ahogado, pero al ir acercándose se fue haciendo más fuerte.

Tic tac, tic tac.

Garfio se detuvo tembloroso, con un pie en el aire.

—El cocodrilo —dijo con voz entrecortada y salió huyendo, seguido de su contramaestre.

Efectivamente era el cocodrilo. Había adelantado a los pieles rojas, que ahora seguían el rastro de los otros piratas. Siguió deslizándose en pos de Garfio.

Una vez más los chicos salieron a la superficie, pero los peligros de la noche no se habían terminado aún, pues al poco rato se presentó Avispado corriendo sin aliento, perseguido por una manada de lobos. Los

perseguidores llevaban la lengua fuera; sus aullidos eran espantosos.

—¡Salvadme, salvadme! —gritó Avispado, cayendo al suelo.

—¿Pero qué podemos hacer, qué podemos hacer?

Fue un gran cumplido para Peter el que en ese angustioso momento sus pensamientos se volvieran hacia él.

—¿Qué haría Peter? —exclamaron simultáneamente. Casi al mismo tiempo añadieron:

—Peter los miraría por entre las piernas. Y luego:

—Hagamos lo que haría Peter.

Es la forma más eficaz de desafiar a los lobos y como un solo chico se inclinaron y miraron por entre las piernas. El momento siguiente parece eterno, pero la victoria llegó rápido, ya que cuando los chicos avanzaron hacia ellos en esta terrible postura, los lobos agacharon el rabo y huyeron.

Entonces Avispado se levantó del suelo y los otros creyeron que sus ojos desorbitados seguían viendo a los lobos. Pero no eran lobos lo que veía.

—He visto una cosa maravillosísima exclamó cuando se agruparon a su alrededor impacientes—. Un gran pájaro blanco. Viene volando hacia aquí.

—¿Qué clase de pájaro crees que es?

—No sé —dijo Avispado perplejo—, pero parece cansadísimo y mientras vuela va gimiendo: «Pobre Wendy.»

—Recuerdo —dijo Presuntuoso al instante que hay unos pájaros que se llaman Wendy.

—Mirad, ahí viene —gritó Rizos, señalando a Wendy en el cielo.

Wendy ya estaba casi sobre ellos y podían oír su quejido lastimero. Pero más clara se oía la estridente voz de Campanilla. La celosa hada ya había abandonado su fachada amistosa y se lanzaba contra su víctima por todas direcciones, pellizcándola salvajemente cada vez que la tocaba.

—Hola, Campanilla —gritaron los maravillados niños.

La réplica de Campanilla resonó con fuerza:

—Peter quiere que matéis a la Wendy.

No entraba en su forma de ser hacer preguntas cuando Peter daba órdenes.

—Hagamos lo que Peter desea —gritaron los ingenuos chicos—. Deprisa, arcos y flechas.

Todos menos Lelo bajaron de un salto por sus árboles. Él tenía consigo un arco y una flecha y Campanilla se dio cuenta y se frotó las manitas.

—Deprisa, Lelo, deprisa —chilló—. Peter se pondrá muy contento.

Lelo puso emocionado la flecha en el arco.

—Aparta, Campanilla —gritó y luego disparó y Wendy cayó revoloteando al suelo con un dardo en el pecho.

6. La casita

El bobo de Lelo se erguía como un conquistador sobre el cuerpo de Wendy cuando los demás chicos saltaron, armados, de sus árboles.

—Llegáis tarde —exclamó con orgullo—. He matado a la Wendy. Peter estará muy satisfecho de mí.

Por encima Campanilla gritó:

—Cretino.

Y salió disparada a esconderse. Los otros no la oyeron. Se habían apiñado alrededor de Wendy y mientras la miraban se hizo un tremendo silencio en el bosque. Si el corazón de Wendy hubiera estado latiendo, todos lo habrían oído. Presuntuoso fue el primero que habló.

—Esto no es un pájaro —dijo en tono asustado—. Creo que debe de ser una dama.

—¿Una dama? —dijo Lelo y se echó a temblar.

—Y la hemos matado —dijo Avispado con voz ronca. Todos se quitaron los gorros.

—Ahora lo entiendo —dijo Rizos—, nos la traía Peter. Se tiró al suelo desconsolado.

—Una dama para cuidarnos por fin —dijo uno de los gemelos—, y tú la has matado.

Sentían pena por él, pero más por ellos mismos y cuando él se acercó un poco más a ellos le volvieron la espalda. Lelo estaba muy pálido, pero ahora tenía un aire de dignidad que antes nunca había aparecido en él.

—Yo lo he hecho —dijo, reflexionando—. Cuando se me aparecían señoras en sueños, yo decía: «mamaíta, mamaíta.» Pero cuando por fin llegó de verdad la maté.

Se alejó despacio.

—No te vayas —lo llamaron apenados.

—Tengo que hacerlo —contestó él, temblando—, tengo mucho miedo de Peter.

En este trágico instante oyeron un ruido que les puso a todos el corazón en un puño. Oyeron a Peter graznar. —¡Peter! —gritaron, pues siempre anunciaba así su regreso.

—Escondedla —susurraron y se agruparon rápidamente en torno a Wendy. Pero Lelo se quedó aparte.

Se oyó otra vez aquel sonoro graznido y Peter se posó delante de ellos.

—Saludos, chicos —exclamó y ellos saludaron maquinalmente y de nuevo se hizo un silencio.

Él frunció el ceño.

—He vuelto —dijo con vehemencia—. ¿Por qué no os animáis?

Ellos abrieron la boca, pero no les salían los gritos de júbilo. Él lo pasó por alto por la prisa de darles las maravillosas nuevas.

—Grandes noticias, chicos —exclamó—. Por fin he traído una madre para todos vosotros.

El silencio continuó, salvo por un golpecito sordo producido por Lelo al caer de rodillas.

—¿No la habéis visto? —preguntó Peter, preocupado—. Volaba hacia aquí.

—Ay de mí —dijo una voz y otra dijo:

—Ay, qué tristeza. Lelo se puso de pie.

—Peter —dijo con calma—, yo te la enseñaré.

Y como otros seguían queriendo ocultarla dijo:

—Apartaos, gemelos, dejad que Peter lo vea.

De forma que todos se apartaron y le dejaron ver y después de mirar un rato no supo qué hacer a continuación.

—Está muerta —dijo inquieto—. Quizás esté asustada de estar muerta.

Se le ocurrió alejarse saltando cómicamente hasta perderla de vista y luego no acercarse al lugar nunca más. Todos se habrían alegrado de seguirlo si lo hubiera hecho.

Pero estaba la flecha. La sacó del corazón y se encaró con su banda.

—¿De quién es esta flecha? —preguntó severamente.

—Es mía, Peter —dijo Lelo de rodillas.

—Oh, mano asesina —dijo Peter y levantó la flecha para usarla como daga.

Lelo no retrocedió. Se descubrió el pecho.

—Clávala, Peter —dijo con firmeza—, clávala bien.

Dos veces levantó Peter la flecha y dos veces cayó su mano.

—No puedo clavarla —dijo admirado—, algo detiene mi mano. Todos lo miraron estupefactos, menos Avispado, que por suerte miró a Wendy.

—Es ella —gritó—, la señora Wendy; mirad, su brazo. Maravilla de maravillas, Wendy había alzado el brazo. Avispado se inclinó sobre ella y escuchó reverentemente.

—Creo que ha dicho «pobre Lelo» —susurró.

—Está viva —dijo Peter lacónicamente. Presuntuoso gritó al instante:

—La señora Wendy está viva.

Entonces Peter se arrodilló junto a ella y descubrió su caperuza. Recordaréis que ella se la había colgado de una cadena que llevaba al cuello.

—Mirad —dijo—, la flecha chocó con esto. Es el beso que le di. Le ha salvado la vida.

—Yo me acuerdo de los besos —interrumpió Presuntuoso rápidamente—, déjame verlo. Sí, eso es un beso.

Peter no lo oyó. Estaba rogándole a Wendy que se pusiera bien deprisa, para poder enseñarle las sirenas. Por supuesto, ella no podía contestar aún, pues seguía totalmente desmayada, pero por encima se oyó un lamento.

—Escuchad a Campanilla —dijo Rizos—, está llorando porque la Wendy está viva.

Entonces tuvieron que contarle a Peter el crimen de Campanilla y casi nunca lo habían visto con un aspecto tan serio. —Escucha, Campanilla —gritó—, ya no soy tu amigo. Aléjate de mí para siempre.

Ella se posó en su hombro y suplicó, pero él la apartó de un manotazo. Hasta que Wendy no volvió a alzar el brazo no se ablandó lo suficiente como para decir:

—Bueno, para siempre no, pero sí una semana entera. ¿Creéis que Campanilla estaba agradecida a Wendy por levantar el brazo? Claro que no, jamás tuvo tantas ganas

de pellizcarla. Las hadas son realmente extrañas y Peter, que era quien mejor las conocía, las golpeaba con frecuencia.

¿Pero qué hacer con Wendy en su delicado estado de salud?

—Bajémosla a la casa —propuso Rizos.

—Sí —dijo Presuntuoso—, eso es lo que se hace con las damas.

—No, no —dijo Peter—, no hay que tocarla.

No sería lo bastante respetuoso.

—Eso —dijo Presuntuoso —es lo que yo pensaba.

—Pero si se queda ahí tumbada —dijo Lelo—, se morirá. —Sí, se morirá —admitió Presuntuoso—, pero no se puede hacer otra cosa.

—Sí, sí se puede —exclamó Peter—. Construyamos una casita a su alrededor.

Todos quedaron encantados.

—Deprisa —les ordenó—, que cada uno me traiga lo mejor de lo que tenemos. Destripad nuestra casa. Moveos.

Al momento estuvieron tan atareados como unos sastres en la víspera de una boda. Correteaban de un lado a otro, abajo a buscar cosas para la cama, arriba para coger leña y mientras estaban en ello, hete aquí que aparecieron John y Michael. Mientras avanzaban penosamente por el suelo se quedaban dormidos de pie, se detenían, se despertaban, daban otro paso y se volvían a dormir.

—John, John —lloraba Michael—, despierta.

¿Dónde está Nana, John? ¿Y mamá?

Y entonces John se frotaba los ojos y murmuraba:

—Es cierto, hemos volado.

Os aseguro que se sintieron muy aliviados al encontrar a Peter.

—Hola, Peter —dijeron.

—Hola —replicó Peter amistosamente, aunque se había olvidado de ellos por completo. Estaba muy ocupado en ese momento midiendo a Wendy con los pies para ver el tamaño de la casa que necesitaría.

Por supuesto, tenía intención de dejar sitio para sillas y una mesa. John y Michael lo observaban.

—¿Está dormida Wendy? —preguntaron.

—Sí.

—John —propuso Michael—, vamos a despertarla para que nos haga la comida.

Pero cuando lo estaba diciendo algunos de los demás chicos llegaron corriendo cargados de ramas para la construcción de la casa.

—¡Míralos! —gritó.

—Rizos —dijo Peter con su voz más capitanesca—, ocúpate de que estos chicos ayuden a construir la casa.

—Sí, señor.

—¿Construir una casa? —exclamó John.

—Para la Wendy—dijo Rizos.

—¿Para Wendy? —dijo John horrorizado—. Pero si no es más que una chica.

—Por eso —explicó Rizos—, somos sus servidores.

—¿Vosotros? ¡Servidores de Wendy!

—Sí —dijo Peter—, y vosotros también. Lleváoslos.

Se llevaron a rastras a los atónitos hermanos para que cortaran, talaran y cargaran.

—Lo primero sillas y una valla —ordenó Peter—. Luego construiremos la casa a su alrededor.

—Sí —dijo Presuntuoso—, así se construye una casa, ya me acuerdo.

Peter estaba en todo.

—Presuntuoso —ordenó—, trae a un médico.

—Sí —dijo Presuntuoso al momento y desapareció, rascándose la cabeza. Pero sabía que había que obedecer a Peter y regresó al cabo de un rato, con el sombrero de John y expresión solemne.

—Por favor, señor —dijo Peter, acercándose a él—, ¿es usted médico?

La diferencia entre los demás chicos y él en un momento como ése era que ellos sabían que todo era fingido, mientras que para él lo fingido y lo real eran exactamente lo mismo.

Esto a veces tenía sus inconvenientes, como cuando tenían que fingir que habían comido.

Si dejaban de fingir él los golpeaba en los nudillos.

—Sí, jovencito —replicó muy apurado Presuntuoso, que tenía los nudillos agrietados.

—Por favor, señor —explicó Peter—, tenemos a una dama muy enferma.

Estaba tumbada a sus pies, pero Presuntuoso tuvo el sentido común de no verla.

—Vaya, vaya, —dijo—, ¿dónde está? —En aquel claro.

—Le pondré una cosa de cristal en la boca dijo Presuntuoso y fingió hacerlo, mientras Peter aguardaba. Hubo un momento de angustia cuando retiró la cosa de cristal.

—¿Cómo está? —preguntó Peter.

—Vaya, vaya —dijo Presuntuoso—, esto la ha curado.

—Qué alegría —gritó Peter.

—Vendré a verla otra vez por la noche —dijo Presuntuoso—; dele caldo concentrado de carne en una taza con pitorro.

Pero tras haberle devuelto el sombrero a John soltó grandes resoplidos, que era lo que tenía por costumbre al escapar de dificultades.

Entretanto el bosque había estado plagado del ruido de las hachas; casi todo lo necesario para una vivienda acogedora estaba ya a los pies de Wendy.

—Ojalá supiéramos —dijo uno— qué tipo de casa le gusta más.

—Peter —gritó otro—, se está moviendo en sueños.

—Se le abre la boca —exclamó un tercero, mirando dentro respetuosamente—. ¡Oh, qué bonito!

—A lo mejor se pone a cantar en sueños dijo Peter—. Wendy, cántanos el tipo de casa que te gustaría tener. Inmediatamente, sin abrir los ojos, Wendy se puso a cantar:

Me gustaría tener una bella casita

la más pequeña que hayáis admirado

con lindas paredes de rojo color

y de musgoso verdor el tejado.

Gorjearon de alegría ante esto, pues por increíble fortuna las ramas que habían traído estaban untadas de savia roja y todo el suelo estaba cubierto de musgo. Mientras montaban la casita a martillazos, ellos mismos se pusieron a cantar:

Hemos levantado las paredes y el tejado

y hemos hecho una puerta encantadora

así que dinos, madre Wendy,

¿hay algo más que quieras ahora?

A esto ella contestó con cierta avidez:

Además de todo eso yo creo

que alegres ventanas quisiera,

con rosas asomando hacia dentro

y bebés asomando hacia fuera.

Con unos buenos puñetazos hicieron las ventanas y unas grandes hojas amarillas hicieron de postigos. Pero, ¿y las rosas?

—Rosas —gritó Peter imperiosamente.

Rápidamente fingieron que las rosas más hermosas crecían trepando por las paredes.

¿Bebés?

Para evitar que Peter pidiera bebés se apresuraron a volver a cantar:

Hemos hecho las rosas que asoman

en la puerta están los bebés,

no podemos volver a nacer,

pues nacimos hace años, ya ves

Peter, dándose cuenta de que esto era una buena idea, fingió al momento que era suya. La casa era muy bonita y sin duda Wendy estaba muy cómoda dentro, aunque, claro está, ya no podían verla. Peter se movió de un lado a otro encargando los toques finales. Nada se escapaba a su vista de águila. Justo cuando parecía totalmente acabada dijo:

—La puerta no tiene aldaba.

Se quedaron muy avergonzados, pero Lelo entregó la suela de su zapato, que se convirtió en una aldaba excelente. Ya está totalmente acabada, pensaron.

Ni mucho menos.

—No hay chimenea —dijo Peter—, tenemos que poner una chimenea.

—Sí que le hace falta una chimenea —dijo John dándose importancia. Esto le dio una idea a Peter. Le arrancó a John el sombrero de la cabeza, lo desfondó y colocó el sombrero sobre el tejado. La casita se puso tan contenta de tener una chimenea tan buena que, como para dar las gracias, inmediatamente empezó a salir humo del sombrero.

Ahora ya estaba realmente acabada. No quedaba nada más que hacer, salvo llamar a la puerta.

—Poneos guapos —les advirtió Peter—, las primeras impresiones son importantísimas.

Se alegró de que nadie le preguntara qué eran las primeras impresiones: estaban todos demasiado ocupados poniéndose guapos.

Llamó a la puerta cortésmente y ahora el bosque estaba tan silencioso como los niños, no se oía ni un ruido, salvo a Campanilla, que

estaba observando desde una rama y mofándose sin disimulos.

Lo que los chicos se preguntaban era, ¿contestaría alguien a la llamada? Si fuera una dama, ¿cómo sería?

La puerta se abrió y salió una dama. Era Wendy. Todos se quitaron el gorro.

Parecía debidamente sorprendida y así era justo como habían esperado que estuviera.

—¿Dónde estoy? —dijo.

Naturalmente, Presuntuoso fue el primero en meter baza.

—Señora Wendy —dijo rápidamente—, hemos construido esta casa para ti.

—Oh, di que estás contenta —exclamó Avispado.

—Qué casa tan bonita y agradable —dijo Wendy y eran las palabras justas que ellos habían esperado que dijera.

—Y nosotros somos tus niños —gritaron los gemelos. Entonces todos se pusieron de rodillas y alargando los brazos exclamaron:

—Oh, señora Wendy, sé nuestra madre.

—¿Debería? —dijo Wendy, toda radiante—.

Naturalmente, es fascinante, pero es que yo sólo soy una niña. No tengo experiencia de verdad.

—Eso no importa —dijo Peter, como si él fuera el único presente que lo sabía todo acerca del tema, aunque en realidad era el que menos sabía—. Lo que nos hace falta es simplemente una persona agradable y maternal.

—¡Vaya! —dijo Wendy—. ¿Sabéis? Creo que eso es exactamente lo que yo soy.

—Sí, sí —gritaron todos—, lo notamos al instante.

—Muy bien —dijo ella—, haré todo lo que pueda. Entrad inmediatamente, diablillos, estoy segura de que tenéis los pies mojados.

Y antes de meteros en la cama tengo el tiempo justo de terminar el cuento de Cenicienta.

Allá fueron; no sé cómo había sitio para todos, pero uno se puede apretar mucho en el País de Nunca jamás. Y aquélla fue la

primera de las muchas noches felices que pasaron con Wendy. Más tarde los arropó en la gran cama de la casa de debajo de los árboles, pero ella durmió esa noche en la casita y Peter montó guardia fuera con la espada desenvainada, pues se oía a los piratas de parranda a lo lejos y los lobos estaban al acecho. La casita tenía un aire muy acogedor y seguro en la oscuridad, con una alegre luz filtrándose a través de los postigos y la chimenea humeando estupendamente y Peter montando guardia.

Al cabo de un rato se quedó dormido y unas hadas tambaleantes tuvieron que trepar por encima de él al volver a casa después de una fiesta. A cualquiera de los otros chicos que hubiera obstruido el sendero de las hadas por la noche le habrían hecho algo malo, pero a Peter sólo le pellizcaron la nariz y pasaron de largo.

7. La casa subterránea

Una de las primeras cosas que hizo Peter al día siguiente fue tomar medidas a Wendy, John y Michael para unos árboles huecos. Recordaréis que Garfio se había burlado de los chicos por creer que necesitaban un árbol por persona, pero lo hizo por ignorancia, ya que a menos que el árbol se adecuase a las medidas de uno costaba subir y bajar y no había dos chicos que fueran exactamente del mismo tamaño. Una vez que se encajaba, uno tomaba aliento en la superficie y bajaba justo a la velocidad apropiada, mientras que para ascender se tomaba aliento y se soltaba alternativamente y de esta forma se subía serpenteando. Naturalmente, cuando uno domina el asunto se pueden hacer estas cosas sin pensarlas y entonces nada resulta más elegante.

Pero sencillamente hay que encajar y Peter le toma a uno medidas para el árbol con tanto cuidado como para un traje: la única diferencia es que las ropas se hacen para que le encajen a uno, mientras que uno tiene que estar hecho para encajar en el árbol. Por lo general es muy fácil hacerlo, por ejemplo

poniéndose muchas ropas o muy pocas, pero si uno abulta en lugares poco apropiados o si el único árbol disponible tiene una forma extraña, Peter le hace a uno una serie de cosas y tras eso uno encaja. Una vez que se encaja, hay que tener mucho cuidado para seguir encajando y esto, según iba a descubrir Wendy encantada, mantiene a toda una familia en perfectas condiciones.

Wendy y Michael encajaron en sus árboles al primer intento, pero a John hubo que alterarlo un poco.

Tras unos cuantos días de práctica podían subir y bajar con la facilidad de unos cubos en un pozo. Y cómo se encariñaron con su casa subterránea, especialmente Wendy. Consistía en una estancia grande, como deberían tener todas las casas, con un suelo en el que se podía cavar si se quería pescar y en este suelo crecían gruesas setas de bonitos colores, que se empleaban como taburetes. Un árbol de Nunca jamás se esforzaba por crecer en el centro de la habitación, pero todas las mañanas serraban el tronco, a ras del suelo. Hacia la hora del té siempre tenía unos dos

pies de alto y entonces colocaban una puerta sobre él, con lo cual aquello se convertía en una mesa; tan pronto como lo recogían todo, volvían a serrar el tronco y así tenían más espacio para jugar. Había un hogar enorme que se encontraba casi en cualquier lugar de la habitación donde se quisiera encenderlo y encima Wendy tendía unas cuerdas, hechas de fibra, donde colgaba la colada. De día la cama se dejaba apoyada contra la pared y se bajaba a las 6.30, momento en el que ocupaba casi media habitación y todos los chicos menos Michael dormían en ella, como sardinas en lata. Había una norma estricta que prohibía darse la vuelta hasta que uno no diera la señal y entonces todos se daban la vuelta al mismo tiempo. Michael también tendría que haberla usado, pero Wendy quería tener un bebé y él era el más pequeño y ya sabéis cómo son las mujeres y, en resumidas cuentas, el caso es que dormía colgado en una cesta.

Era un lugar tosco y sencillo, no muy distinto de lo que unos oseznos habrían hecho con una casa subterránea en las mismas

circunstancias. Pero había un hueco en la pared, no más grande que una jaula de pájaro, que era el apartamento privado de Campanilla. Se podía aislar del resto de la casa mediante una cortinita, que Campanilla, que era muy quisquillosa, siempre tenía echada al vestirse o desvestirse. Ninguna mujer, por grande que fuera, podía haber tenido una combinación de tocador y dormitorio más primorosa. El canapé, como lo llamaba ella siempre, era un auténtico Reina Mab, de patas gruesas y cambiaba las colchas según las flores de temporada de los árboles frutales. Su espejo era un Gato con Botas, de los que, que sepan los tratantes del mundo de las hadas, sólo quedan tres, sin desperfectos; el lavabo era un Molde Pastelero reversible, la cómoda un auténtico Encantador VI y la alfombra y las esteras de la mejor época (la primera) de Margery y Robin. Había una araña de Tiddlywinks por cuestión de efecto, pero naturalmente, ella misma iluminaba la residencia. Campanilla menospreciaba mucho el resto de la casa, como realmente quizás fuera inevitable y su

aposento, aunque bonito, tenía un aire bastante engreído, de permanente desprecio.

Supongo que todo aquello le resultaba especialmente cautivador a Wendy, porque esos alocados chicos suyos le daban muchísimo que hacer. Realmente había semanas enteras en las que, salvo quizás con un calcetín al atardecer, nunca subía a la superficie. Os aseguro que la cocina la mantenía atada a las cazuelas. Su comida principal era fruto del pan asado, batatas, cocos, cochinillo asado, frutos de mamey, rollos de tapa y plátanos, todo ello remojado con zumo de papaya, pero nunca se sabía exactamente si habría una comida real o simplemente una fantasía, dependía de lo que a Peter le apeteciera. Él podía comer de verdad, si eso era parte de un juego, pero no podía atiborrarse sólo por el placer de sentirse atiborrado, que es lo que más le gusta a la mayoría de los niños; detrás de eso lo que más les gusta es hablar de ello. La ficción le resultaba tan real que durante una comida de ese tipo se podía ver cómo se iba llenando. Naturalmente esto resultaba

molesto, pero sencillamente había que hacer lo mismo que él y si uno le podía demostrar que se estaba quedando demasiado delgado para su árbol él permitía que se atiborrara.

El momento preferido de Wendy para coser y zurcir era cuando ya estaban todos en la cama. Entonces, según sus propias palabras, tenía un rato para respirar y lo empleaba en hacerles cosas nuevas y poner rodilleras, pues destrozaban muchísimo las rodillas.

Cuando se sentaba ante un cesto de calcetines, todos con un agujero en el talón, levantaba los brazos y exclamaba: —Dios mío, estoy convencida de que a veces las solteras son de envidiar.

La cara le resplandecía al exclamar esto. Recordaréis a su lobo mascota. Pues bien, éste no tardó en descubrir que había llegado a la isla y la encontró y ambos se lanzaron el uno en brazos del otro. Tras esto él la seguía por todas partes.

A medida que pasaba el tiempo, ¿se acordaba mucho ella de los amados padres a los que había abandonado? Ésta es una pregunta

difícil, porque es imposible saber cómo pasa el tiempo en el País de Nunca jamás, donde se calcula por lunas y soles y siempre hay muchos más que en el mundo real. Pero me temo que Wendy no estaba realmente preocupada por su padre y su madre: estaba absolutamente convencida de que siempre tendrían la ventana abierta para que ella regresara volando y estola tranquilizaba por completo. Lo que a veces la inquietaba era que John se acordaba de sus padres difusamente, como unas personas a las que hubiera conocido en otra época, mientras que Michael estaba bien dispuesto a creer que ella era su madre de verdad. Estas cosas la asustaban un poco y con el noble deseo de cumplir con su deber, intentaba grabarles su antigua vida en la cabeza poniéndoles exámenes sobre ello, que se parecían lo más posible a los que ella hacía en la escuela. A los demás chicos esto les parecía interesantísimo y se empeñaron en participar; se hicieron pizarrines y se sentaban alrededor de la mesa, escribiendo y pensando con ahínco en las preguntas que ella había escrito en otro pizarrín y les había

ido pasando. Eran preguntas de lo más normal: «¿De qué color eran los ojos de mamá?

¿Quién era más alto, papá o mamá? ¿Mamá

era rubia o morena? Contestar las tres preguntas si es posible.» «(A) Escribir una redacción de no menos de 40 palabras sobre cómo pasé mis últimas vacaciones, o comparación del carácter de papá y mamá. Hacer sólo una de las dos.» O «(1) Describir la risa de mamá; (2) Describir la risa de papá; (3) Describir el vestido de fiesta de mamá; (4) Describir la perrera y a su ocupante.»

Eran simplemente preguntas corrientes como éstas y cuando uno no sabía contestarlas había que hacer una cruz y realmente era horrible la cantidad de cruces que hacía incluso John. Por supuesto, el único chico que contestaba todas las preguntas era Presuntuoso y nadie tenía mayores esperanzas de sacar la mejor nota, pero sus respuestas eran absolutamente ridículas y en realidad sacaba la peor: algo muy triste.

Peter no concursaba. Por un lado despreciaba a todas las madres excepto a Wendy y por otro era el único chico de la isla que no sabía ni leer ni escribir, ni la más mínima palabra. Él estaba por encima de ese tipo de cosas.

Por cierto, las preguntas estaban todas escritas en pasado. De qué color eran los ojos de mamá, etcétera. Es que a Wendy también se le había ido olvidando.

Las aventuras, claro está, como veremos, ocurrían todos los días, pero hacia esta época Peter se inventó, con ayuda de Wendy, un juego nuevo que lo tenía fascinadísimo, hasta que de pronto dejó de interesarse por él, cosa que, como ya se os ha dicho, era lo que siempre ocurría con sus juegos. Se trataba de fingir que no corrían aventuras, de hacer lo que John y Michael habían estado haciendo toda su vida: quedarse sentados en taburetes lanzando pelotas al aire, empujarse, salir a dar paseos y volver sin haber matado ni un oso gris. Ver a Peter sin hacer nada en un taburete era todo un espectáculo: no podía evitar tener aire de solemnidad en tales ocasiones, estar sentado sin moverse le

parecía una cosa muy cómica. Se jactaba de haber ido a dar un paseo por el bien de su salud.

Durante varios soles éstas fueron para él las aventuras más originales de todas y John y Michael tenían que fingir estar también encantados: si no, los habría tratado con mano dura.

Salía solo con frecuencia y cuando regresaba nunca se tenía la absoluta certeza de si había corrido una aventura o no. Podía haberla olvidado tan por completo que no decía nada sobre ella y luego cuando uno salía encontraba el cadáver y, por otra parte, podía decir muchas cosas sobre ella y, sin embargo, uno no encontraba el cadáver. A veces volvía a casa con la cabeza vendada y entonces Wendy le daba mimos y se la lavaba con agua tibia, mientras él contaba una historia deslumbrante. Pero la verdad es que ella nunca estaba convencida del todo. Sin embargo, había muchas aventuras que sabía que eran ciertas porque ella misma participaba en ellas y había aún más que eran verídicas por lo menos en parte, pues los

demás chicos participaban en ellas y decían que eran totalmente ciertas. Para describir todas ellas haría falta un libro tan grande como un diccionario de inglés—latín, latín—inglés y lo más que podemos hacer es presentar una como ejemplo de un momento cualquiera en la isla. Lo difícil es cuál elegir. ¿Tomamos el enfrentamiento con los pieles rojas en el Barranco de Presuntuoso? Fue un asunto sanguinario y especialmente interesante por mostrar una de las peculiaridades de Peter, que era que en medio de la refriega de repente cambiaba de bando. En el Barranco, cuando la victoria todavía no estaba decidida, inclinándose a veces hacia un lado y a veces hacia el otro, gritó:

—Hoy soy indio. ¿Tú qué eres, Lelo? Y Lelo contestó:

—Indio. ¿Tú qué eres, Avispado? Y Avispado dijo:

—Indio. ¿Tú qué eres, Gemelo?

Y así sucesivamente, hasta que al final todos eran indios y, por supuesto, esto habría

acabado con la pelea si no fuera porque los auténticos indios, fascinados por los métodos de Peter, aceptaron ser niños perdidos por esa vez y por ello todos se lanzaron al ataque de nuevo, con más fiereza que nunca.

El resultado extraordinario de esta aventura fue que... pero aún no hemos decidido si ésta es la aventura que vamos a contar. Quizás una mejor sería el ataque nocturno que los pieles rojas lanzaron sobre la casa subterránea, cuando varios de ellos se quedaron atascados en los árboles huecos y hubo que sacarlos como si fueran corchos. O podríamos contar cómo Peter le salvó la vida a Tigridia en la Laguna de las Sirenas y de esta forma la convirtió en su aliada.

O podríamos hablar de ese pastel que hicieron los piratas para que se lo comieran los chicos y perecieran y de cómo lo fueron colocando de lugar apropiado en lugar apropiado, pero Wendy siempre lo apartaba de las manos de los niños, de modo que acabó por perder su suculencia, se puso duro como un pedrusco, fue empleado como

proyectil y Garfio tropezó con él en la oscuridad.

O pongamos que hablamos de los pájaros que eran amigos de Peter, especialmente del

ave de Nunca Jamás que hizo su nido en un árbol que colgaba por encima de la laguna y de cómo el nido cayó al agua y el ave siguió sentada sobre los huevos y Peter dio órdenes para que no fuera molestada. Ésa es una historia bonita y el final muestra lo agradecido que puede ser un pájaro, pero si lo contamos también tenemos que contar toda la aventura de la laguna, cosa que realmente sería contar dos aventuras en vez de una. Una aventura más corta e igual de emocionante fue el intento de Campanilla, con ayuda de unas hadas callejeras, de trasladar a la durmiente Wendy al mundo real en una gran hoja flotante. Por suerte la hoja se venció y Wendy se despertó, creyendo que era la hora del baño y regresó a nado. O también podríamos escoger el desafío de Peter a los leones, cuando trazó un círculo alrededor de sí mismo en el suelo con una flecha y los desafió a que lo cruzaran y

aunque esperó durante horas, mientras los demás chicos y Wendy observaban sin aliento desde los árboles, ninguno de ellos se atrevió a aceptar el reto.

¿Cuál de estas aventuras elegiremos? Lo mejor será echarlo a cara o cruz.

He lanzado la moneda y ha ganado la laguna. Esto casi le hace a uno desear que hubiera ganado el barranco o el pastel o la hoja de Campanilla. Claro que podría volver a hacerlo tres veces más y elegir la aventura que se repitiera; no obstante, quizás lo más justo sea quedarse con la laguna.

8. La laguna de las sirenas

Si uno cierra los ojos y tiene suerte, puede ver a veces un charco informe de preciosos colores pálidos flotando en la oscuridad; entonces, si se aprietan aún más los ojos, el charco empieza a cobrar forma y los colores se hacen tan vívidos que con otro apretón estallarán en llamas. Pero justo antes de que estallen en llamas se ve la laguna. Esto es lo

más cerca que se puede llegar en el mundo real, un momento glorioso; si pudiera haber dos momentos se podría ver el oleaje y oír a las sirenas cantar.

Los niños solían pasar largos días de verano en esta laguna, nadando o flotando casi todo el rato, jugando a los juegos de las sirenas en el agua y cosas así. No debéis creer por esto que las sirenas tenían buena relación con ellos: por el contrario, uno de los pesares más duraderos de Wendy era que en todo el tiempo que estuvo en la isla jamás logró que alguna de ellas le dirigiera ni una sola palabra cortés. Cuando se acercaba sigilosamente hasta la orilla de la laguna podía llegar a verlas a montones, especialmente en la Roca de los Abandonados, donde les encantaba tomar el sol, peinándose con gestos lánguidos que la fastidiaban mucho; o incluso llegaba a nadar, de puntillas como si dijéramos, hasta ponerse a una yarda de ellas, pero entonces la veían y se zambullían, probablemente salpicándola con la cola, no por accidente, sino con toda intención.

Trataban a todos los chicos de la misma forma, menos a Peter, claro está, que se pasaba horas charlando con ellas en la Roca de los Abandonados y se sentaba en sus colas cuando se ponían descaradas. Le dio a Wendy uno de sus peines.

El momento más hechizador para verlas es cuando cambia la luna; entonces sueltan unos extraños gritos lastimeros, pero la laguna es peligrosa en esas circunstancias para los mortales y hasta la noche que vamos a relatar ahora, Wendy no la había visto nunca a la luz de la luna, no tanto por miedo, ya que por supuesto Peter la habría acompañado, como porque había instaurado la norma estricta de que todo el mundo estuviera en la cama a las siete. Sin embargo, iba con frecuencia a la laguna en los días soleados después de llover, cuando las sirenas emergen en enormes cantidades para jugar con burbujas. Emplean como pelotas las burbujas multicolores hechas con agua del arco iris, pasándoselas alegremente las unas a las otras con la cola y tratando de mantenerlas en el arco iris hasta que estallan. Las porterías están a cada

extremo del arco iris y a las porteras sólo se les permite usar las manos. A veces hay cientos de sirenas jugando en la laguna a la vez y es un espectáculo muy bonito.

Pero en el momento en que los niños intentaban participar tenían que jugar solos, pues las sirenas desaparecían inmediatamente. No obstante, tenemos pruebas de que observaban secretamente a los intrusos y eran capaces de tomar alguna idea de ellos, porque John introdujo una forma nueva de golpear la burbuja, con la cabeza en lugar de la mano y las porteras sirenas la adoptaron. Ésta es la única huella que John ha dejado en el País de Nunca jamás.

También tiene que haber sido muy bonito ver a los niños reposando en una roca durante media hora después del almuerzo. Wendy se empeñaba en que lo hicieran y tenía que ser un reposo auténtico aunque la comida fuera ficticia. De forma que se tumbaban al sol, que hacía relucir sus cuerpos, mientras ella se sentaba a su lado con aire de importancia.

Era un día de este tipo y estaban todos en la Roca de los Abandonados. La roca no era mucho mayor que su gran cama, pero naturalmente todos sabían ocupar poco espacio y estaban dormitando, o por lo menos estaban echados con los ojos cerrados y se tiraban pellizcos cuando creían que Wendy no miraba. Estaba muy ocupada, cosiendo.

Mientras cosía se produjo un cambio en la laguna. Unos pequeños temblores la recorrieron, el sol se escondió y las sombras se extendieron sobre el agua, enfriándola. Wendy ya no tenía luz suficiente para enhebrar la aguja y al levantar la vista, la laguna, que hasta entonces siempre había sido un lugar tan alegre, tenía un aire formidable y amenazador.

Sabía que no se había hecho de noche, pero había llegado algo tan oscuro como la noche. No, peor que eso. No había llegado, sino que había enviado ese estremecimiento por el mar para anunciar que estaba llegando. ¿Qué era?

La invadieron todas las historias que le habían contado sobre la Roca de los Abandonados, llamada así porque los capitanes malvados abandonan a los marineros en ella y los dejan allí para que se ahoguen. Se ahogan cuando sube la marea, porque entonces queda sumergida.

Como es lógico, tendría que haber despertado a los chicos al momento, no sólo por aquella cosa desconocida que avanzaba acechante hacia ellos, sino porque ya no era bueno que durmieran en una roca que se había puesto fría. Pero era una madre inexperta y no lo sabía: creía que simplemente había que atenerse a la norma de media hora de reposo después del almuerzo. Por eso, aunque el miedo la atenazaba y deseaba oír voces masculinas, no quiso despertarlos. Ni siquiera cuando oyó el ruido de remos envueltos en tela, aunque tenía el corazón en la boca, los despertó. Montó guardia para que echaran la siesta completa. ¿No fue Wendy muy valiente?

Fue una suerte para aquellos chicos que hubiera uno entre ellos que podía oler el

peligro incluso estando dormido. Peter se irguió de un salto, tan despierto al instante como un sabueso y con un grito de advertencia despertó a los demás. Se quedó inmóvil, con una mano en la oreja.

—¡Piratas! —exclamó. Los otros se acercaron más a él. Una sonrisa extraña le bailaba en la cara y Wendy la vio y se estremeció. Mientras sonreía de esta manera nadie se atrevía a hablarle, lo único que podían hacer era estar preparados para obedecer. Dio la orden brusca y tajantemente:

—¡Al agua!

Hubo un destello de piernas y al instante la laguna pareció desierta. La Roca de los Abandonados se alzaba sola en las lúgubres aguas, como si ella misma estuviera abandonada.

La barca se acercó. Era el bote pirata, con tres figuras dentro, Smee, Starkey y la tercera una cautiva, nada más y nada menos que Tigridia. Iba atada de pies y manos y conocía el destino que le esperaba. La iban a dejar en la roca para que pereciera, un fin que para los

de su raza era más horrible que morir en la hoguera o bajo tortura, pues ¿acaso no está escrito en el libro de la tribu que no hay un sendero en el agua que lleve al paraíso de los cazadores? Sin embargo, tenía una expresión impasible: era hija de un jefe, debía morir como la hija de un jefe y con eso bastaba.

La habían atrapado abordando el barco pirata con un cuchillo en la boca. En el barco no se hacía guardia, pues Garfio se jactaba de que la fama de su nombre bastaba para proteger el barco en una milla a la redonda. Ahora el destino de ella también contribuiría a protegerlo. Un quejido más aumentaría su fama esa noche.

En la penumbra que traían consigo los dos piratas no vieron la roca hasta que chocaron con ella.

—Orza, palurdo —exclamó una voz irlandesa que era la de Smee—, aquí está la roca. Ahora, lo que tenemos que hacer es izar a la india hasta allí arriba y dejarla ahí para que se ahogue.

No tardaron ni un momento en depositar brutalmente a la hermosa muchacha en la roca: era demasiado orgullosa para oponer una resistencia inútil.

Muy cerca de la roca, pero sin que se vieran, flotaban dos cabezas, la de Peter y la de Wendy, siguiendo el vaivén de las olas. Wendy estaba llorando, pues era la primera tragedia que veía. Peter había visto muchas tragedias, pero se le habían olvidado todas. No sentía tanta pena por Tigridia como Wendy, lo que lo enfurecía era que eran dos contra uno y tenía intención de salvarla. Lo fácil habría sido esperar a que los piratas se hubieran ido, pero él nunca optaba por lo fácil.

No había prácticamente nada que no supiera hacer y ahora imitó la voz de Garfio.

—Eh vosotros, matalotes —gritó. Era una imitación maravillosa.

—El capitán —dijeron los piratas, mirándose el uno al otro sorprendidos.

—Debe de estar nadando hacia nosotros dijo Starkey, después de buscarlo en vano.

—Estamos colocando a la india en la roca gritó Smee. —Soltadla —fue la asombrosa respuesta.

—¡Soltadla!

—Sí, cortadle las ataduras y que se vaya.

—Pero, capitán...

—Ahora mismo, me oís —gritó Peter—, u os clavo el garfio.

—Qué raro —dijo Smee entrecortadamente.

—Será mejor que hagamos lo que ordena el capitán —dijo Starkey nervioso.

—Sí —dijo Smee y cortó las ligaduras de Tigridia. Inmediatamente ésta se deslizó como una anguila entre las piernas de Starkey y se zambulló en el agua.

Naturalmente Wendy estaba encantada por la inteligencia de Peter, pero sabía que también él estaría encantado y que era muy probable que se pusiera a graznar y se traicionara de ese modo, por lo que al instante alargó la mano para taparle la boca. Pero no llegó a hacerlo, porque por toda la laguna resonó «¡Ah del bote!» con la voz de

Garfio y esta vez no era Peter quien había hablado.

Puede que Peter hubiera estado a punto de graznar, pero en cambio su cara se transformó como para dar un silbido de sorpresa.

—¡Ah del bote! —volvió a oírse.

Entonces Wendy comprendió. El auténtico Garfio estaba también en el agua.

Iba nadando hacia el bote y como sus hombres sacaron un farol para guiarlo pronto llegó hasta ellos. A la luz del farol Wendy vio cómo su garfio aferraba la borda del bote, vio su malvada cara morena al alzarse del agua chorreando y, estremeciéndose, habría querido alejarse nadando, pero Peter no se movía. Estaba vibrante de energía y además hinchado de vanidad.

—¿A que soy genial? ¡Ah, pero qué genial soy! —le susurró y aunque ella también lo creía, se alegraba mucho por su reputación de que nadie lo oyera excepto ella.

Él le hizo señas de que escuchara.

Los dos piratas tenían mucha curiosidad por saber qué había traído a su capitán hasta ellos, pero él se quedó sentado con la cabeza apoyada en el garfio en un gesto de profundo abatimiento.

—Capitán, ¿ocurre algo? —preguntaron tímidamente, pero él contestó con un quejido sepulcral.

—Suspira —dijo Smee.

—Vuelve a suspirar —dijo Starkey.

—Y suspira por tercera vez —dijo Smee.

—¿Qué pasa, capitán?

Entonces habló por fin con vehemencia.

—Se acabó el juego —exclamó—, esos chicos han encontrado una madre.

Asustada como estaba, Wendy se llenó de orgullo.

—Oh, día fatídico —soltó Starkey.

—¿Qué es una madre? —preguntó el ignorante de Smee. Wendy se quedó tan pasmada que exclamó:

—¡No lo sabe!

Y a partir de entonces siempre le pareció que si se pudiera tener un pirata mascota Smee sería el suyo.

Peter la sumergió en el agua, porque Garfio se había levantado, gritando:

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada —dijo Starkey, levantando el farol por encima de las aguas y mientras los piratas miraban contemplaron una extraña visión. Era el nido del que os he hablado, que flotaba en la laguna y el ave de Nunca Jamás estaba posada en él.

—Mirad —dijo Garfio contestando a la pregunta de Smee—, eso es una madre. ¡Qué lección! El nido debe de haber caído al agua,

¿pero abandonaría la madre los huevos? No. Se le quebró la voz, como si por un momento recordara tiempos inocentes en que... pero apartó esta debilidad con el garfio.

Smee, muy impresionado, contempló al ave mientras el nido pasaba con la corriente, pero Starkey, más suspicaz, dijo:

—Si es una madre, a lo mejor está por aquí para ayudar a Peter.

Garfio hizo una mueca.

—Sí —dijo—, ése es el temor que me atormenta.

La voz agitada de Smee lo sacó de su abatimiento.

—Capitán —dijo Smee—, ¿no podríamos raptar a la madre de esos chicos y convertirla en nuestra madre?

—Es un plan estupendo —gritó Garfio y al momento cobró forma factible en su gran cerebro—. Atraparemos a los niños y los llevaremos al barco: a los chicos los pasaremos por la plancha y Wendy será nuestra madre.

Wendy volvió a perder el control.

—¡Jamás! —gritó y se sumergió.

—¿Qué ha sido eso?

Pero no vieron nada. Pensaron que no había sido más que una hoja movida por el viento.

—¿Estáis de acuerdo, muchachotes míos? preguntó Garfio.

—Aquí está mi mano —dijeron los dos.

—Y aquí está mi garfio. Juremos.

Todos juraron. Para entonces ya estaban en la roca y de pronto Garfio se acordó de Tigridia.

—¿Dónde está la india? —preguntó bruscamente.

A veces tenía ganas de broma y creyeron que ésta era una de esas veces.

—No pasa nada, capitán —contestó Smee complacido—, la hemos soltado.

—¡Que la habéis soltado! —exclamó Garfio.

—Ésas fueron sus órdenes —titubeó el contramaestre.

—Usted nos llamó desde el agua para que la soltáramos —dijo Starkey.

—Por todos los demonios —vociferó Garfio—

,

¿que traición es ésta?

Se le puso la cara negra de rabia, pero se dio cuenta de que estaban convencidos de lo que decían y se sintió alarmado.

—Muchachos —dijo, algo tembloroso—, yo no he dado esa orden.

—Pues es muy raro —dijo Smee y todos se agitaron inquietos. Garfio levantó la voz, pero le salió temblorosa.

—Espíritu que esta noche rondas por esta oscura laguna —gritó—, ¿me oyes?

Como es lógico, Peter debería haberse quedado callado, pero naturalmente no lo

hizo. Inmediatamente contestó con la voz de Garfio:

—Por mil diablos tuertos, te oigo.

En ese momento culminante Garfio no se amedrentó, ni siquiera un poquito, pero Smee y Starkey se abrazaron aterrorizados.

—¿Quién eres, desconocido? Habla —exigió Garfio.

—Soy James Garfio —replicó la voz—, capitán del Jolly Roger.

—No es cierto, no es cierto —gritó Garfio con voz ronca.

—Por todos los demonios —contestó la voz—, repite eso y te paso por debajo de la quilla.

Garfio probó una actitud más conciliadora.

—Si eres Garfio —dijo casi con humildad—, dime, ¿quién soyyo?

—Un bacalao —replicó la voz—, nada más que un bacalao.

—¡Un bacalao! —repitió Garfio sin comprender y entonces y sólo entonces, su orgullo se desmoronó. Vio cómo sus hombres se apartaban de él.

—¿Nos ha estado dirigiendo un bacalao todo este tiempo? —mascullaron—. Es denigrante para nuestro orgullo.

Sus propios perros se volvían contra él, pero, por muy trágica que se hubiera vuelto su situación, apenas les hizo caso. Ante unas pruebas tan pavorosas no era la confianza de ellos lo que necesitaba, sino la suya propia. Sentía que su ego se le escapaba.

—No me abandones, muchachote —le susurró roncamente. En aquella oscura personalidad había un toque femenino, como en todos los grandes piratas y éste a veces le daba intuiciones. De pronto optó por jugar alas adivinanzas.

—Garfio —llamó—, ¿tienes otra voz?

Peter jamás podía resistirse a un juego y contestó alegremente con su propia voz:

—Sí.

—¿Y otro nombre?

—Sí.

—¿Vegetal? —preguntó Garfio.

—No.

—¿Mineral?

—No.

—¿Animal?

—Sí.

—¿Hombre?

—¡No! —la respuesta resonó cargada de desprecio.

—¿Niño?

—Sí.

—¿Niño corriente?

—¡No!

—¿Niño maravilloso?

Para disgusto de Wendy la respuesta que se oyó esta vez fue:

—Sí.

—¿Estás en Inglaterra?

—No.

—¿Estás aquí?

—Sí.

Garfio estaba totalmente desconcertado.

—Preguntadle algo vosotros —les dijo a los otros, enjugándose la frente sudorosa.

Smee reflexionó.

—No se me ocurre nada —dijo apesadumbrado.

—No lo saben, no lo saben —canturreó Peter—. ¿Os rendís? Por supuesto, por vanidad estaba llevando el juego demasiado lejos ylos bellacos vieron su oportunidad.

—Sí, sí —contestaron impacientes.

—Pues muy bien —gritó él—, soy Peter Pan.

¡Pan!

Al momento Garfio volvió a ser el de siempre y Smee y Starkey sus fieles secuaces.

—Ya lo tenemos —gritó Garfio—. Al agua, Smee. Starkey, vigila el bote. Cogedlo vivo o muerto.

Daba saltos mientras hablaba y al mismo tiempo se oyó la alegre voz de Peten

—¿Estáis listos, chicos?

—Sí —contestaron desde diversos puntos de la laguna.

—Pues dadles una paliza a los piratas.

La lucha fue breve y cruenta. El primero en cobrarse una víctima fue John, que subió valientemente al bote y agarró a Starkey. Hubo una dura pelea, en la que al pirata le fue arrebatado el sable. Se tiró por la borda y John saltó tras él. El bote se alejó a la deriva.

Aquí y allá surgía una cabeza en el agua y se veía un destello metálico, seguido de un grito o un alarido. En la confusión algunos atacaban a los de su propio bando. El sacacorchos de Smee hirió a Lelo en la cuarta costilla, pero él fue herido a su vez por Rizos.

A mayor distancia de la roca Starkey hacía sudar a Presuntuoso y a los gemelos.

¿Dónde estaba Peter a todo esto? Estaba persiguiendo una presa más grande.

Todos los demás eran chicos valientes y no se les debe echar en cara que se apartaran del capitán pirata. Su garra de hierro trazaba un círculo de muerte en el agua, del que huían como peces asustados.

Pero había uno que no lo temía: uno dispuesto a penetrar en ese círculo.

Por raro que parezca, no fue en el agua donde se encontraron. Garfio se subió a la roca para respirar y en ese mismo momento Peter la escaló por el lado opuesto. La roca estaba resbaladiza como un balón y más bien tenían que arrastrarse en lugar de trepar. Ninguno de los dos sabía que el otro se estaba acercando. Al tantear cada uno buscando un asidero tropezaron con el brazo del contrario: sorprendidos, alzaron la cabeza; sus caras casi se tocaban; así se encontraron.

Algunos de los héroes más grandes han confesado que justo antes de entrar en combate les entró un momentáneo temor. Si en ese momento eso le hubiera ocurrido a Peter yo lo admitiría. Al fin y al cabo, éste era el único hombre al que el Cocinero había temido. Pero a Peter no le dio ningún miedo, sólo sintió una cosa, alegría, y rechinó los bonitos dientes con entusiasmo. Rápido como un rayo le quitó a Garfio un cuchillo del cinturón y estaba a punto de clavárselo, cuando se dio cuenta de que estaba situado en la roca más arriba que su enemigo. No habría sido una lucha justa. Le alargó la mano al pirata para ayudarlo a subir.

Entonces Garfio lo mordió.

No fue el dolor, sino lo injusto del asunto, lo que atontó a Peter. Lo dejó impotente. Sólo podía mirar, horrorizado. Todos los niños reaccionan así la primera vez que los tratan con injusticia. A lo único que piensan que tienen derecho cuando se le acercan a uno de buena fe es a un trato justo. Después de que uno haya sido injusto con ellos seguirán queriéndolo, pero nunca volverán a ser los

mismos. Nadie supera la primera injusticia: nadie excepto Peter. Se topaba a menudo con ella, pero siempre se le olvidaba. Supongo que ésa era la auténtica diferencia entre todos los demás y él.

De forma que cuando ahora se encontró con ello fue como la primera vez y lo único que pudo hacer fue quedarse boquiabierto, impotente. La mano de hierro lo golpeó dos veces.

Pocos minutos después los demás chicos vieron a Garfio en el agua nadando frenéticamente hacia el barco; su cara pestilente ya no estaba llena de regocijo, sólo blanca de miedo, pues el cocodrilo le venía pisando los talones. En una ocasión normal los chicos habrían nadado al lado soltando gritos de entusiasmo, pero ahora se sentían inquietos, porque habían perdido tanto a Peter como a Wendy y estaban recorriendo la laguna buscándolos, gritando sus nombres. Encontraron el bote y regresaron a casa en él, gritando «Peter, Wendy» por el camino, pero no se oía ninguna respuesta salvo la risa burlona de las sirenas.

—Deben de estar volviendo a nado o por el aire —decidieron los chicos. No estaban muy preocupados, por la fe que tenían en Peten Se echaron a reír, como niños que eran, al pensar que se irían tarde a la cama ¡y todo por culpa de mamá Wendy!

Cuando sus voces se apagaron cayó un frío silencio sobre la laguna y entonces se oyó un débil grito.

—¡Socorro, socorro!

Dos figuritas golpeaban contra la roca; la chica había perdido el conocimiento y yacía en los brazos del chico. Con un último esfuerzo Peter la subió a la roca y luego se echó junto a ella. En el momento en que también él se desmayaba vio que el agua estaba subiendo. Supo que pronto estarían ahogados, pero no podía hacer más.

Mientras yacían el uno junto al otro una sirena agarró a Wendy de los pies y se puso a tirar de ella suavemente hacia el agua. Peter, al sentir que se soltaba de él, volvió en sí de golpe y llegó justo a tiempo de rescatarla. Pero tenía que decirle la verdad.

—Estamos en la roca, Wendy —dijo—, pero se está cubriendo. El agua no tardará en cubrirla del todo.

Ni siquiera entonces lo entendió ella.

—Tenemos que irnos —dijo casi con animación.

—Sí —respondió él débilmente.

—¿Nadamos o volamos, Peter?

No le quedó más remedio que decírselo.

—Wendy, ¿crees que podrías nadar o volar hasta la isla sin mi ayuda?

Ella tuvo que admitir que estaba demasiado cansada. Él soltó un gemido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, preocupada por él al instante.

—No te puedo ayudar, Wendy. Garfio me ha herido. No puedo ni volar ni nadar.

—¿Quieres decir que nos vamos a ahogar los dos?

—Mira cómo sube el agua.

Se taparon los ojos con las manos para evitar aquella visión. Pensaron que no tardarían en

morir. Mientras estaban así sentados una cosa rozó a Peter con la levedad de un beso y se quedó allí, como preguntando tímidamente: «¿Puedo servir para algo?»

Era la cola de una cometa, que Michael había construido unos días antes. Se le había escapado de las manos y se había alejado volando.

—La cometa de Michael —dijo Peter con indiferencia, pero un momento después la tenía agarrada por la cola y tiraba de la cometa hacia él—. Levantó a Michael del suelo exclamó—, ¿por qué no podría llevarte a ti?

—¡A los dos!

—No puede levantar a dos personas, Michael y Rizos lo intentaron.

—Echémoslo a suertes —dijo Wendy con valentía.

—¿Una dama como tú? Ni hablar.

Ya le había atado la cola alrededor. Ella se aferró a él: se negaba a partir sin él, pero con un «adiós, Wendy», la apartó de un empujón

de la roca y a los pocos minutos desapareció de su vista por los aires. Peter se quedó solo en la laguna.

La roca era muy pequeña ya, pronto quedaría sumergida. Unos pálidos rayos de luz se deslizaron por las aguas y luego se oyó un sonido que al mismo tiempo era el más musical y el más triste del mundo: las sirenas cantando a la luna.

Peter no era como los demás chicos, pero por fin sentía miedo. Le recorrió un estremecimiento, como un temblor que pasara por el mar, pero en el mar un temblor sucede a otro hasta que hay cientos de ellos y Peter sintió solamente ése. Al momento siguiente estaba de nuevo erguido sobre la roca, con esa sonrisa en la cara y un redoble de tambores en su interior. Éste le decía: «morir será una aventura impresionante.»

9. El ave de Nunca Jamás

Lo último que oyó Peter antes de quedarse solo fue a las sirenas retirándose una tras

otra a sus dormitorios submarinos. Estaba demasiado lejos para oír cómo se cerraban sus puertas, pero cada puerta de las curvas de coral donde viven hace sonar una campanita cuando se abre o se cierra (como en las casas más elegantes del mundo real) y sí que oyó las campanas.

Las aguas fueron subiendo sin parar hasta tocarle los pies y para pasar el rato hasta que dieran el trago final, contempló lo único que se movía en la laguna. Pensó que era un trozo de papel flotante, quizás parte de la cometa y se preguntó distraído cuánto tardaría en llegar a la orilla.

Al poco notó con extrañeza que sin duda estaba en la laguna con algún claro propósito, ya que estaba luchando contra la marea y a veces lo lograba y cuando lo lograba, Peter, siempre de parte del bando más débil, no podía evitar aplaudir: qué trozo de papel tan valiente.

En realidad no era un trozo de papel: era el ave de Nunca Jamás, que hacía esfuerzos denodados por llegar hasta Peter en su nido. Moviendo las alas, con una técnica que había

descubierto desde que el nido cayó al agua, podía hasta cierto punto gobernar su extraña embarcación, pero para cuando Peter la reconoció estaba ya muy agotada. Había venido a salvarlo, a darle su nido, aunque tenía huevos dentro. La actitud del ave extraña bastante, porque aunque Peter se había portado bien con ella, también a veces la había martirizado. Me imagino que, al igual que la señora Darling y todos los demás, se había enternecido porque conservaba todos los dientes de leche.

Le explicó a gritos por qué había venido y él le preguntó a gritos qué estaba haciendo allí, pero por supuesto ninguno de los dos entendía el lenguaje del otro. En las historias imaginarias las personas pueden hablar con los pájaros sin problemas y en este momento desearía poder fingir que ésta es una historia de ese tipo y decir que Peter contestó con inteligencia al ave de Nunca Jamás, pero es mejor decir la verdad y sólo quiero contar lo que pasó en realidad. Pues bien, no sólo no podían entenderse, sino que además acabaron por perder la compostura.

—Quiero—que—te—metas—en—el—nido— gritó el ave, hablando lo más claro y despacio posible—, y—así—podrás—llegar—ala—orilla, pero estoy—demasiado—cansada—para—acercarlo—más—así—que—tienes—que—tratar—de—nadar—hasta—aquí.

—¿Qué estás graznando? —respondió Peter—.

¿Por qué no dejas que el nido flote como siempre?

—Quiero—que —dijo el ave y lo volvió a repetir todo. Entonces Peter trató de hablar claro y despacio. —¿Qué—estás—graznando? —y todo lo demás.

El ave de Nunca Jamás se enfadó: tienen muy mal genio.

—Pedazo de zoquete —chilló—, ¿por qué no haces lo que te digo?

A Peter le dio la impresión de que lo estaba insultando y se arriesgó a replicar con vehemencia:

—¡Eso lo serás tú!

Entonces, curiosamente, los dos soltaron la misma frase:

—¡Cállate!

—¡Cállate!

No obstante, el ave estaba decidida a salvarlo si podía y con un último y fenomenal esfuerzo arrimó el nido a la roca. Entonces levantó el vuelo, abandonando sus huevos, para hacer clara su intención.

En ese momento por fin lo entendió él y agarró el nido y saludó dando las gracias al ave mientras ésta revoloteaba por encima. Sin embargo, no era por recibir su agradecimiento por lo que flotaba en el cielo, ni siquiera era para ver cómo se metía en el nido: era para ver qué hacía con los huevos.

Había dos grandes huevos blancos y Peter los cogió y reflexionó. El ave se tapó la cara con las alas, para no ver el fin de sus huevos, pero no pudo evitar atisbar por entre las plumas.

No recuerdo si os he dicho que había un palo en la roca, clavado hacía mucho tiempo por unos bucaneros para marcar el lugar donde estaba enterrado un tesoro. Los niños habían

descubierto el reluciente botín y cuando tenían ganas de travesuras se dedicaban a lanzar lluvias de moidores, diamantes, perlas y monedas de cobre a las gaviotas, que se precipitaban sobre ellos creyendo que era comida y luego se alejaban volando, rabiando por la faena que les habían hecho. El palo seguía allí y en él había colgado Starkey su sombrero, un encerado hondo e impermeable, de ala muy ancha. Peter metió los huevos en este sombrero y lo echó al agua. Flotaba perfectamente.

El ave de Nunca Jamás se dio cuenta al instante de lo que pretendía y le soltó un chillido de admiración y, ay, Peter graznó mostrando su acuerdo. Luego se metió en el nido, colocó en él el palo como un mástil y colgó su camisa como vela. En ese mismo momento el ave bajó volando hasta el sombrero y una vez más se posó confortablemente sobre sus huevos. Se fue a la deriva en una dirección y Peter se alejó flotando en otra, ambos soltando gritos de júbilo.

Por supuesto, cuando Peter llegó a tierra varó su embarcación en un lugar donde el ave pudiera encontrarla fácilmente, pero el sombrero funcionaba tan bien que ésta abandonó el nido. Éste fue flotando a la deriva hasta hacerse trizas y Starkey llegaba a menudo a la orilla de la laguna y, lleno de amargura, contemplaba al ave sentada en su sombrero. Como ya no volveremos a verla, puede que merezca la pena comentar que ahora todos los pájaros de Nunca Jamás construyen sus nidos de esa forma, con un ala ancha en la que toman el aire los polluelos.

Hubo gran alegría cuando Peter llegó a la casa subterránea casi tan pronto como Wendy, a quien la cometa había llevado de un lado a otro. Cada uno de los chicos tenía una aventura que contar, pero quizás la aventura más grande de todas fuera que se les había pasado con mucho la hora de irse a la cama. Esto los envalentonó tanto que intentaron diversos trucos para conseguir quedarse levantados aún más tiempo, tales como pedir vendas, pero Wendy, aunque se regocijaba de tenerlos a todos de nuevo en casa sanos y

salvos, estaba escandalizada por lo tarde que era y exclamó: «A la cama, a la cama» en un tono que no quedaba más remedio que obedecer. Sin embargo, al día siguiente estuvo cariñosísima y les puso vendas a todos y estuvieron jugando hasta la hora de acostarse a andar cojeando y llevar el brazo en cabestrillo.

10. El hogar feliz

Una consecuencia importante de la escaramuza de la laguna fue que los pieles rojas se hicieron sus amigos. Peter había salvado a Tigridia de un horrible destino y ahora no había nada que sus bravos y ella no estuvieran dispuestos a hacer por él. Se pasaban toda la noche sentados arriba, vigilando la casa subterránea y esperando el gran ataque de los piratas que evidentemente ya no podía tardar mucho en producirse. Incluso de día rondaban por ahí, fumando la pipa de la paz y con el aire más amistoso del mundo.

Llamaban a Peter el Gran Padre Blanco y se postraban ante él y esto le gustaba muchísimo, por lo que realmente no le hacía ningún bien.

—El Gran Padre Blanco —les decía con aires de grandeza, mientras se arrastraban a sus pies—, se alegra de ver que los guerreros piccaninnis protegen su tienda de los piratas.

—Yo Tigridia —replicaba la hermosa muchacha—. Peter Pan salvarme, yo buena amiga suya. Yo no dejar que piratas hacerle daño.

Era demasiado bonito para rebajarse de tal forma, pero Peter pensaba que se lo debía y respondía con tono de superioridad.

—Está bien. Peter Pan ha hablado.

Siempre que decía «Peter Pan ha hablado», quería decir que ahora ellos se tenían que callar y ellos lo aceptaban humildemente con esa actitud, pero no eran ni mucho menos tan respetuosos con los demás chicos, a quienes consideraban unos bravos corrientes. Les decían: «¿Qué tal?» y cosas así y lo que fastidiaba a los chicos era que daba la

impresión de que a Peter esto le parecía lo correcto.

En el fondo Wendy los compadecía un poco, pero era un ama de casa demasiado leal para escuchar quejas contra el padre.

—Papá sabe lo que más conviene —decía siempre, fuera cual fuera su propia opinión. Su propia opinión era que los pieles rojas no deberían llamarla squaw.

Ya hemos llegado a la noche que sería conocida entre ellos como la Noche entre las Noches, por sus aventuras y el resultado de éstas. El día, como si estuviera reuniendo fuerzas calladamente, había transcurrido casi sin incidentes y ahora los pieles rojas envueltos en sus mantas se encontraban en sus puestos de arriba, mientras que, abajo, los niños estaban cenando, todos menos Peter, que había salido para averiguar la hora. La manera de averiguar la hora en la isla era encontrar al cocodrilo y entonces quedarse cerca de él hasta que el reloj diera la hora.

Daba la casualidad de que esta cena era un té imaginario y estaban sentados alrededor de la mesa, engullendo con glotonería y, la verdad, con toda la charla y las recriminaciones, el ruido, como dijo Wendy, era absolutamente ensordecedor. Claro que a ella no le importaba el ruido, pero no estaba dispuesta a tolerar que se pegaran y luego se disculparan diciendo que Lelo les había empujado del brazo. Había una norma establecida por la que jamás debían devolverse los golpes durante las comidas, sino que debían remitir el motivo de la disputa a Wendy levantando cortésmente el brazo derecho y diciendo: «Quiero quejarme de Fulanito», pero lo que normalmente ocurría era que se olvidaban de hacerlo o lo hacían demasiado.

—Silencio —gritó Wendy cuando les hubo dicho por enésima vez que no debían hablar todos al mismo tiempo—. ¿Te has bebido ya la calabaza, Presuntuoso, mi amor?

—No del todo, mamá —dijo Presuntuoso, después de mirar una taza imaginaria.

—Ni siquiera ha empezado a beberse la leche —cortó Avispado.

Esto era acusar y Presuntuoso aprovechó la oportunidad. —Quiero quejarme de Avispado —exclamó rápidamente. Pero John había levantado la mano primero.

—¿Sí, John?

—¿Puedo sentarme en la silla de Peter, ya que no está?

—¡John! ¡Sentarte en la silla de papá! —se escandalizó Wendy—. Por supuesto que no.

—No es nuestro padre de verdad —contestó John—. Ni siquiera sabía cómo se comporta un padre hasta que yo se lo enseñé.

Aquello era protestar.

—Queremos quejarnos de John —gritaron los gemelos.

Lelo levantó la mano. Era con tanta diferencia el más humilde de todos, en realidad el único humilde, que Wendy era especialmente cariñosa con él.

—Supongo —dijo Lelo con timidez—, que yo no podría hacer de papá, ¿verdad?

—No, Lelo.

Una vez que Lelo empezaba, lo cual no ocurría muy a menudo, seguía como un tonto.

—Ya que no puedo ser papá —dijo torpemente—, no creo que tú me dejaras ser el bebé, ¿verdad, Michael?

—No, no me da la gana —soltó Michael. Ya estaba en su cesta.

—Ya que no puedo ser el bebé —dijo Lelo, cada vez más torpe—, ¿creéis que podría ser un gemelo?

—Claro que no —replicaron los gemelos—, es dificilísimo ser gemelo.

—Ya que no puedo ser nada importante dijo Lelo—, ¿os gustaría verme hacer un truco?

—No —replicaron todos. Entonces por fin lo dejó.

—En realidad no tenía ninguna esperanza dijo.

Las odiosas acusaciones se desataron de nuevo.

—Presuntuoso está tosiendo en la mesa.

—Los gemelos han empezado con frutos de mamey.

—Rizos está comiendo rollos de tapa y batatas.

—Avispado está hablando con la boca llena.

—Quiero quejarme de los gemelos.

—Quiero quejarme de Rizos.

—Quiero quejarme de Avispado.

—Dios mío, Dios mío —exclamó Wendy—. Estoy convencida de que a veces los hijos son más un problema que una bendición.

Les dijo que recogieran y se sentó en la cesta de la labor: como de costumbre, un montón de calcetines y todas las rodillas agujereadas.

—Wendy —protestó Michael—, soy demasiado grande para una cuna.

—Tengo que tener a alguien en una cuna dijo ella casi con aspereza—, y tú eres el más pequeño. Es de lo más hogareño tener una cuna en casa.

Mientras cosía se pusieron a jugar a su alrededor, formando un grupo de caras alegres y piernas y brazos danzantes

iluminados por aquella romántica lumbre. Había llegado a convertirse en una escena muy familiar en la casa subterránea, pero la estamos contemplando por última vez.

Se oyó una pisada arriba y os aseguro que Wendy fue la primera en reconocerla.

—Niños, oigo los pasos de vuestro padre. Le gusta que lo recibáis en la puerta.

Arriba, los pieles rojas estaban arrodillados ante Peter.

—Vigilad bien, valientes, he dicho.

Y luego, como tantas otras veces, los alegres niños lo sacaron a rastras de su árbol. Como tantas otras veces, pero ya nunca más.

Había traído nueces para los chicos así como la hora exacta para Wendy.

—Pero, los estás malcriando, ¿sabes? —dijo Wendy con la baba caída.

—Sí, mujer —dijo Peter, colgando su rifle.

—Fui yo quien le dijo que a las madres se las llama mujer —le susurró Michael a Rizos.

—Quiero quejarme de Michael —dijo Rizos al instante. El primer gemelo se acercó a Peter.

—Papá, queremos bailar.

—Pues baila, baila, jovencito —dijo Peter, que estaba de muy buen humor.

—Pero queremos que tú bailes.

En realidad Peter era el mejor bailarín de todos ellos, pero fingió escandalizarse.

—¡Yo! Pero si ya no estoy para esos trotes.

—Y mamá también.

—¡Cómo! —exclamó Wendy—. ¡Yo, madre de toda esta caterva de chiquillos, que me ponga a bailar!

—Pero en un sábado por la noche... insinuó Presuntuoso.

En realidad no era sábado por la noche, aunque podría haberlo sido, ya que hacía tiempo que habían perdido la cuenta de los días, pero siempre que querían hacer algo especial decían que era sábado por la noche y entonces lo hacían.

—Claro, que es sábado por la noche, Peter dijo Wendy, cediendo.

—Unas personas de nuestra posición, Wendy.

—Pero es sólo delante de nuestra propia prole.

—Cierto, cierto.

Así que se les dio permiso para bailar, aunque primero debían ponerse el pijama.

—Bueno, mujer —le dijo Peter a Wendy en un aparte, calentándose junto al fuego y contemplándola mientras ella remendaba un talón—, no hay nada más agradable para ti y para mí por la noche, cuando las faenas del día han acabado, que descansar junto al fuego con los pequeños cerca.

—Es bonito, Peter, ¿verdad? —dijo Wendy, enormemente complacida—. Peter, creo que Rizos ha sacado tu nariz. —Pues Michael se parece a ti.

Ella se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Querido Peter —dijo—, con una familia tan grande, como es lógico, ya no estoy tan bien como antes, pero no deseas cambiarme, ¿verdad?

—No, Wendy.

Claro que no deseaba un cambio, pero la miró inquieto, parpadeando, ¿sabéis? Como si no estuviera seguro de estar despierto o dormido.

—Peter, ¿qué te pasa?

—Estaba pensando —dijo él, un poco asustado—. Es mentira que yo sea su padre, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo Wendy remilgadamente.

—Es que —continuó él como excusándose—, ser su padre de verdad me haría sentirme tan viejo.

—Pero son nuestros, Peter, tuyos y míos.

—Pero no de verdad, ¿no, Wendy? preguntó angustiado.

—Si no lo deseas, no —replicó ella y oyó claramente el suspiro de alivio que soltó él.

—Peter —le preguntó, tratando de hablar con voz firme—, ¿cuáles son tus sentimientos concretos hacia mí?

—Los de un hijo fiel, Wendy.

—Me lo figuraba —dijo ella y fue a sentarse al otro extremo de la habitación.

—Qué rara eres —dijo él, francamente desconcertado—, y Tigridia es igual. Dice que quiere ser algo mío, pero no mi madre.

—No, claro que no —replicó Wendy con tremendo énfasis. Ahora ya sabemos por qué tenía prejuicios contra los pieles rojas.

—¿Entonces, qué?

—Eso no lo debe decir una dama.

—Pues muybien —dijo Peter, algo molesto—.

A lo mejor me lo dice Campanilla.

—Sí, Campanilla te lo dirá —contestó Wendy con desprecio—. No tiene modales.

Entonces Campanilla, que estaba en su tocador, escuchando a escondidas, chilló algo con insolencia.

—Dice que le encanta no tener modales tradujo Peter. De pronto se le ocurrió una idea.

—¿A lo mejor Campanilla quiere ser mi madre?

—¡Cretino! —gritó Campanilla enfurecida.

Lo decía tan a menudo que a Wendy no le hizo falta traducción.

—Casi estoy dé acuerdo con ella —soltó Wendy. Imaginaos, Wendy hablando con brusquedad. Pero ya había sufrido mucho y no tenía la menor idea de lo que iba a pasar antes de que terminara la noche. Si lo hubiera sabido no habría hablado con brusquedad.

Ninguno de ellos lo sabía. Quizás fue mejor no saberlo. Su ignorancia les dio una hora más de felicidad y como iba a ser su última hora en la isla, alegrémonos de que tuviera sesenta minutos. Cantaron y bailaron en pijama. Era una canción deliciosamente horripilante en la que fingían asustarse de sus propias sombras: qué poco sospechaban que bien pronto se les echarían encima unas sombras ante las que se encogerían con auténtico temor. ¡Qué baile tan divertidísimo y cómo se empujaban en la cama y fuera de ella! Era más bien una pelea de almohadas que un baile y cuando se terminó, las almohadas se empeñaron en volver a ello una vez más, como compañeros que saben que puede que jamás se vuelvan a ver. ¡Qué

historias se contaron, antes de que fuera la hora del cuento de buenas noches de Wendy! Incluso Presuntuoso trató de contar un cuento aquella noche, pero el principio era tan enormemente aburrido que incluso él mismo se quedó horrorizado y dijo con tristeza:

—Sí, es un principio aburrido. Mirad, hagamos como que es el final.

Y entonces por fin se metieron todos en la cama para escuchar el cuento de Wendy, el que más les gustaba, el que Peter aborrecía. Por lo general cundo se ponía a contar este cuento él se iba de la habitación o se tapaba los oídos con las manos y posiblemente si esta vez hubiera hecho una de estas cosas, puede que todavía estuvieran en la isla. Pero esta noche se quedó en su asiento y veremos lo que sucedió.

11. El cuento de Wendy

—A ver, escuchad —dijo Wendy, acomodándose para el relato, con Michael a

los pies y siete chicos en la cama—. Había una vez un señor...

—Yo preferiría que fuera una señora —dijo Rizos.

—Y yo que fuera una rata blanca —dijo Avispado.

—Silencio —los reprendió su madre—. También había una señora y...

—Oh, mamá —exclamó el primer gemelo—, quieres decir que también hay una señora, ¿verdad? No está muerta, ¿verdad?

—Oh, no.

—Cómo me alegro de que no esté muerta dijo Lelo—. ¿No te alegras, John?

—Claro que sí.

—¿No te alegras, Avispado?

—Bastante.

—¿No os alegráis, Gemelos?

—Nos alegramos.

—Dios mío —suspiró Wendy.

—A ver si hacemos menos ruido —exclamó Peter, dispuesto a que las cosas le fueran

bien a Wendy, por muy espantoso que le pareciera el cuento a él.

—El señor —continuó Wendy—, era el señor Darling y ella era la señorita Darling.

—Yo los conocía —dijo John, para fastidiar a los demás.

—Yo creo que los conocía —dijo Michael no muy convencido.

—Estaban casados, ¿sabéis? —explicó Wendy—, ¿y qué os imagináis que tenían?

—Ratas blancas —exclamó Avispado con gran inspiración.

—No.

—Qué misterio —dijo Lelo, que se sabía el cuento de memoria.

—Calla, Lelo. Tenían tres descendientes.

—¿Qué son descendientes?

—Bueno, pues tú eres uno, Gemelo.

—¿Oyes eso, John? Soy un descendiente.

—Los descendientes no son más que niños dijo John.

—Dios mío, Dios mío —suspiró Wendy—. Veamos, estos tres niños tenían una fiel niñera llamada Nana, pero el señor Darling se enfadó con ella y la ató en el patio y por eso los niños se escaparon volando.

—Qué historia tan buena —dijo Avispado.

—Se escaparon volando —continuó Wendy—, al País de Nunca Jamás, donde están los niños perdidos.

—Eso es lo que yo pensaba —interrumpió Rizos emocionado—. No sé cómo, pero eso es lo que yo pensaba.

—Oh, Wendy —exclamó Lelo—, ¿se llamaba Lelo alguno de los niños perdidos?

—Sí, así es.

—Estoy en un cuento. Hurra, estoy en un cuento, Avispado.

—Silencio. Bueno, quiero que penséis en lo que sintieron los desdichados padres al ver que todos sus niños se habían escapado.

—¡Ay! —gimieron todos, aunque en realidad no estaban pensando ni lo más mínimo en lo que sentían los desdichados padres.

—¡Imaginaos las camas vacías!

—¡Ay!

—Es tristísimo —dijo el primer gemelo alegremente.

—No me imagino que pueda acabar bien dijo el segundo gemelo—. ¿Y tú, Avispado?

—Estoy preocupadísimo.

—Si supierais lo maravilloso que es el amor de una madre —les dijo Wendy en tono de triunfo—, no tendríais miedo.

Había llegado ya a la parte que Peter aborrecía.

—A mí sí que me gusta el amor de una madre —dijo Lelo, golpeando a Avispado con una almohada—. ¿A ti te gusta el amor de una madre, Avispado?

—Ya lo creo —dijo Avispado, devolviéndole el golpe.

—Veréis —dijo Wendy complacida—, nuestra heroína sabía que la madre dejaría siempre la ventana abierta para que sus niños regresaran volando por ella, así que

estuvieron fuera durante años y se lo pasaron estupendamente.

—¿Llegaron a volver?

—Ahora —dijo Wendy, preparándose para el esfuerzo más delicado—, echemos un vistazo al futuro.

Y todos se giraron de la forma que hace que los vistazos al futuro resulten más fáciles.

—Han pasado los años ¿y quién es esa señora de edad indeterminada que se apea en la estación de Londres?

—Oh, Wendy, ¿quién es? —exclamó Avispado, tan emocionado como si no lo supiera.

—Puede ser... sí... no... es... ¡la bella Wendy!

—¡Oh!

—¿Y quiénes son los dos nobles y orondos personajes que la acompañan, ahora ya hechos hombres? ¿Pueden ser John y Michael? ¡Sí!

—¡Oh!

—Mirad, queridos hermanos —dice Wendy, señalando hacia arriba—, ahí sigue la ventana

abierta. Ah, ahora nos vemos recompensados por nuestra fe sublime en el amor de una madre.

—De forma que subieron volando hasta su mamá y su papá y no hay pluma que pueda describir la feliz escena, sobre la que corremos un velo.

Eso era un cuento y se sentían tan satisfechos con él como la bella narradora. Es que todo era como debía ser. Nos escabullimos como los seres más crueles del mundo, que es lo que son los niños, aunque muy atractivos, y pasamos un rato totalmente egoísta y cuando necesitamos atenciones especiales regresamos noblemente a buscarlas, seguros de que nos abrazarán en lugar de pegarnos.

Efectivamente, tan grande era su fe en el amor de una madre que pensaban que podían permitirse ser un poco más crueles. Pero había alguien que tenía más claras las cosas y cuando Wendyterminó soltó un sordo gemido.

—¿Qué te pasa, Peter? —exclamó ella, corriendo hasta él, creyendo que estaba

enfermo. Lo palpó solícita más abajo del pecho.

—¿Dónde te duele, Peter?

—No es esa clase de dolor —replicó Peter lúgubremente.

—¿Entonces de qué clase es?

—Wendy, estás equivocada con respecto a las madres.

Se agruparon asustados a su alrededor, tan alarmante era su inquietud y con total franqueza él les contó lo que hasta entonces había mantenido oculto.

—Hace mucho tiempo —dijo—, yo creía como vosotros que mi madre me dejaría la ventana abierta, así que estuve fuera durante lunas y lunas y lunas y luego regresé volando, pero la ventana estaba cerrada, porque mamá se había olvidado de mí y había otro niño durmiendo en mi cama.

No estoy seguro de que esto fuera cierto, pero Peter lo creía y los asustó.

—¿Estás seguro de que las madres son así?

—Sí.

Así que ésta era la verdad sobre las madres. ¡Las muy canallas!

Aun así es mejor tener cuidado y nadie sabe tan deprisa como un niño cuándo debe ceder.

—Wendy, vámonos a casa —gritaron John y Michael al tiempo.

—Sí —dijo ella, abrazándolos.

—No será esta noche, ¿verdad? preguntaron perplejos los niños perdidos. Sabían en lo que llamaban el fondo de su corazón que uno puede arreglárselas muy bien sin una madre y que sólo son las madres las que piensan que no es así.

—Ahora mismo —replicó Wendy decidida, pues se le había ocurrido una idea espantosa:

«A lo mejor mamá está ya de medio luto.» Este temor le hizo olvidarse de lo que debía de estar sintiendo Peter y le dijo en tono bastante cortante:

—Peter, ¿te ocupas de hacer los preparativos necesarios? —Si es lo que deseas —replicó él con la misma frialdad que si le hubiera pedido que le pasara las nueces.

¡Ni decirse un «siento perderte»! Si a ella no le importaba la separación, él, Peter, le iba a demostrar que a él tampoco.

Pero, por supuesto, le importaba mucho y estaba tan lleno de ira contra los adultos, quienes, como de costumbre, lo estaban echando todo a perder, que nada más meter—

se en su árbol tomó a propósito aliento en inspiraciones cortas y rápidas a un ritmo de unas cinco por segundo. Lo hizo porque hay un dicho en el País de Nunca Jamás según el cual cada vez que uno respira, muere un adulto y Peter los estaba matando en venganza lo más deprisa posible.

Después de haber dado las instrucciones necesarias a los pieles rojas regresó a la casa, donde se había desarrollado una escena indigna durante su ausencia. Aterrorizados ante la idea de perder a Wendy, los niños perdidos se habían acercado a ella amenazadoramente.

—Será peor que antes de que viniera gritaban.

—No la dejaremos marchar.

—Hagámosla prisionera.

—Eso, atadla.

En tal apuro un instinto le dijo a cuál de ellos recurrir.

—Lelo —gritó—, te lo ruego.

¿No es extraño? Recurrió a Lelo, el más tonto de todos. Sin embargo, Lelo respondió con grandeza. Porque en ese momento dejó su estupidez y habló con dignidad.

—Yo no soy más que Lelo —dijo—, y nadie me hace caso. Pero al primero que no se comporte con Wendy como un caballero inglés le causaré serias heridas.

Desenvainó su acero y en ese instante Lelo brilló con luz propia. Los demás retrocedieron intranquilos. Entonces regresó Peter y se dieron cuenta al momento de que él no los apoyaría. Jamás obligaría a una chica a quedarse en el País de Nunca Jamás en contra de su voluntad.

—Wendy—dijo, paseando de un lado a otro—, les he pedido a los pieles rojas que te guíen

a través del bosque, ya que volar te cansa mucho.

—Gracias, Peter.

—Luego —continuó con el tono tajante de quien está acostumbrado a ser obedecido—, Campanilla te llevará a través del mar. Despiértala, Avispado.

Avispado tuvo que llamar dos veces antes de obtener respuesta, aunque Campanilla llevaba ya un rato sentada, en la cama escuchando.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves? Fuera gritó.

—Tienes que levantarte, Campanilla —le dijo Avispado—, y llevar a Wendy de viaje.

Por supuesto, a Campanilla le había encantado enterarse de que Wendy se iba, pero estaba más que decidida a no ser su guía y así lo expresó con un lenguaje aún más insultante. Luego fingió haberse dormido de nuevo.

—Dice que no le da la gana —exclamó Avispado, horrorizado ante tal

insubordinación, por lo que Peter se acercó severo al aposento de la joven.

—Campanilla —espetó—, si no te levantas y te vistes ahora mismo abriré las cortinas y todos te veremos en négligé. Esto le hizo saltar al suelo.

—¿Quién ha dicho que no me iba a levantar? —gritó. Entretanto los chicos contemplaban muy tristes a Wendy, que ya estaba equipada para el viaje con John y Michael.

Para entonces se sentían abatidos, no sólo porque estaban a punto de perderla, sino además porque les parecía que iba a encontrarse con algo agradable a lo que ellos no habían sido invitados. Como de costumbre la novedad los atraía. Atribuyéndoles unos sentimientos más nobles, Wendy se ablandó.

—Queridos —dijo—, si queréis venir conmigo estoy casi segura de que puedo hacer que mi padre y mi madre os adopten.

La invitación iba dirigida especialmente a Peter, pero cada chico pensaba exclusivamente en sí mismo y al momento se pusieron a dar saltos de alegría.

—¿Pero no pensarán que somos muchos? preguntó Avispado a medio salto.

—Oh, no —dijo Wendy, calculando rápidamente—, simplemente habrá que poner unas cuantas camas en el salón: se pueden tapar con biombos en días de visita.

—Peter, ¿podemos ir? —exclamaron todos suplicantes. Daban por supuesto que si ellos se iban él también se iría, pero la verdad es que les importaba muy poco. Así es cómo los niños están siempre dispuestos, cuando aparece una novedad, a abandonar a sus seres queridos.

—Está bien —replicó Peter sonriendo con amargura e inmediatamente corrieron a recoger sus cosas.

—Y ahora, Peter —dijo Wendy, pensando que ya lo había arreglado todo—, voy a darte tu medicina antes de que te vayas.

Le encantaba darles medicinas y sin duda les daba demasiadas. Naturalmente, no era más que agua, pero la servía de una calabaza y siempre agitaba la calabaza y contaba las gotas, lo cual le daba cierta categoría

medicinal. En esta ocasión, sin embargo, no le dio a Peter esta dosis, pues nada más prepararla, le vio una expresión en la cara que la desanimó. —Prepara tus cosas, Peter —exclamó, temblando.

—No —contestó él, fingiendo indiferencia—, yo no voy con vosotros, Wendy.

—Sí, Peter.

—No.

Para demostrar que su marcha lo iba a dejar impasible, se puso a brincar por la habitación, tocando alegremente su cruel flauta. Ella tuvo que ir detrás de él, aunque resultara bastante poco digno.

—Para encontrar a tu madre —dijo engatusadora.

Pero si Peter había tenido alguna vez una madre, ya no la echaría de menos. Podía arreglárselas muy bien sin una. Había pensado sobre ellas y sólo recordaba sus defectos.

—No, no —le dijo a Wendy terminantemente—, a lo mejor dice que soy

mayor y yo sólo quiero ser siempre un niño y divertirme.

—Pero, Peter..

—No.

Y por eso hubo de decírselo a los demás.

—Peter no viene.

¡Que Peter no venía! Lo miraron sin comprender, con el palo echado al hombro y en cada palo un petate. Lo primero que pensaron fue que si Peter no iba probablemente habría cambiado de opinión con respecto a dejarlos marchar.

Pero él era demasiado orgulloso para eso.

—Si encontráis a vuestras madres —dijo lúgubremente—, espero que os gusten.

El gran cinismo de sus palabras les causó una sensación incómoda y casi todos empezaron a dar muestras de inseguridad. Después de todo, delataban sus expresiones, ¿acaso no eran unos tontos por quererse marchar?

—Bueno, bueno —exclamó Peter—, nada de escenas. Adiós, Wendy.

Y le ofreció la mano alegremente, como si realmente tuvieran que irse ya, porque él tenía algo importante que hacer.

Ella tuvo que cogerle la mano, ya que no daba señales de preferir un dedal.

—Te acordarás de cambiarte la ropa interior, ¿verdad, Peter? —dijo, sin prisas por dejarlo. Siempre había sido muy particular con lo de la ropa interior.

—Sí.

—¿Y te tomarás la medicina?

—Sí.

No parecía que hubiera nada más que decir y se hizo un silencio tenso. Sin embargo, Peter no era de los que se derrumban delante de la gente.

—¿Estás preparada, Campanilla? —exclamó.

—Sí.

—Pues muestra el camino.

Campanilla subió disparada por el árbol más cercano, pero nadie la siguió, ya que fue en ese momento cuando los piratas desataron su tremendo ataque sobre los pieles rojas.

Arriba, donde todo había estado tranquilo, el aire se llenó de alaridos y del choque de las armas. Abajo, había un silencio total. Las bocas se abrieron y se quedaron abiertas. Wendy cayó de rodillas, pero tendió los brazos hacia Peter. Todos los brazos estaban tendidos hacia él, como si de pronto un viento los hubiera llevado en esa dirección: le rogaban sin palabras que no los abandonara. En cuanto a Peter, tomó su espada, la misma con la que creía haber matado a Barbacoa, y sus ojos relampaguearon con el ansia de batalla.

12. El rapto de los niños

El ataque pirata había sido una total sorpresa: una buena prueba de que el desaprensivo Garfio lo había llevado a cabo deshonestamente, pues sorprender a los pieles rojas limpiamente es algo que no entra en la capacidad del hombre blanco.

Según todas las leyes no escritas sobre la guerra salvaje siempre es el piel roja el que

ataca y con la astucia propia de su raza lo hace justo antes del amanecer, hora en la que sabe que el valor de los blancos está por los suelos. Los blancos, entretanto, han levantado una tosca empalizada en la cima de aquel terreno ondulado, a cuyos pies discurre un riachuelo, ya que estar demasiado lejos del agua supone la destrucción. Allí esperan el violento ataque, los inexpertos aferrando sus revólveres y haciendo crujir ramitas, mientras que los veteranos duermen tranquilamente hasta justo antes del amanecer. A través de la larga y oscura. noche los exploradores salvajes se deslizan, como serpientes, por entre la hierba sin mover ni una brizna. La maleza se cierra tras ellos tan silenciosamente como la arena por la que se ha introducido un topo. No se oye ni un ruido, salvo cuando sueltan una asombrosa imitación del aullido solitario de un coyote. Otros bravos contestan al grito y algunos lo hacen aún mejor que los coyotes, a quienes no se les da muy bien. Así van pasando las frías horas y la larga incertidumbre resulta tremendamente agotadora para el rostro pálido que tiene que

pasar por ella por primera vez, pero para el perro viejo esos espantosos gritos y esos silencios aún más espantosos no son sino una indicación de cómo está transcurriendo la noche.

Garfio sabía tan bien que éste era el sistema habitual que no se le puede disculpar por pasarlo por alto alegando que lo desconocía.

Los piccaninnis, por su parte, confiaban sin reservas en su sentido del honor y todos sus actos de esa noche presentan un claro contraste con los de él. No dejaron de hacer nada que no fuera consecuente con la reputación de su tribu. Con esa agudeza de los sentidos que es al mismo tiempo el asombro y la desesperación de los pueblos civilizados, supieron que los piratas estaban en la isla desde el momento en que uno de ellos pisó un palo seco y al cabo de un rato increíblemente corto comenzaron los aullidos de coyote. Cada palmo de terreno entre el punto donde Garfio había desembarcado a sus fuerzas y la casa de debajo de los arboles fue examinado sigilosamente por bravos que llevaban los mocasines calzados del revés.

Sólo encontraron una única colina con un riachuelo a los pies, de forma que Garfio no tenía elección: aquí debía instalarse y esperar hasta justo antes del amanecer. Ya que todo estaba organizado de esta forma con astucia casi diabólica, el grueso principal de los pieles rojas se arropó en sus mantas y con esa flemática actitud que para ellos es la quintaesencia de la hombría se sentaron en cuclillas encima del hogar de los niños, aguardando el frío momento en que tendrían que sembrar la pálida muerte.

En este lugar, soñando, aunque bien despiertos, con las exquisitas torturas a las que lo someterían al amanecer, fueron sorprendidos los confiados salvajes por el traicionero Garfio. Según los relatos facilitados después por aquéllos de los exploradores que escaparon a la carnicería, no parece que se hubiera detenido siquiera en la colina, aunque es seguro que debió verla bajo aquella luz grisácea: no parece que en ningún momento se le pasara por la astuta cabeza la idea de esperar a ser atacado, ni siquiera aguardó a que la noche estuviera casi

acabada: siguió adelante sin otros principios que los de entrar en batalla. ¿Qué otra cosa podían hacer los desconcertados exploradores, siendo como eran maestros en todas las artes de la guerra menos ésta, sino trotar indecisos tras él, exponiéndose fatalmente, mientras soltaban una patética imitación del aullido del coyote?

Alrededor de la valiente Tigridia había una docena de sus guerreros más resueltos y de

pronto vieron a los pérfidos piratas que se les echaban encima. Cayó entonces de sus ojos el velo a través del cual habían contemplado la victoria. Ya no torturarían a nadie en el poste. Ahora los esperaba el paraíso de los cazadores. Lo sabían, pero se portaron como dignos hijos de sus padres. Incluso entonces tuvieron tiempo de agruparse en una falange que habría resultado difícil de romper si se hubieran levantado deprisa, pero esto no les estaba permitido por la tradición de su raza. Está escrito que el noble salvaje jamás debe expresar sorpresa en presencia del blanco. Aunque la repentina aparición de los piratas debía de haber resultado horrible para ellos,

se quedaron quietos un momento, sin mover un solo músculo, como si el enemigo hubiera llegado por invitación.

Y sólo entonces, habiendo mantenido la tradición valientemente, tomaron las armas y el aire vibró con el grito de guerra, pero ya era demasiado tarde. No es nuestro cometido describir lo que más fue una matanza que una lucha. Así perecieron muchos de la flor y nata de la tribu de los piccaninnis. Pero no murieron sin ser en parte vengados, pues con Lobo Flaco cayó Alf Mason, que ya no volvería a perturbar el Caribe, y entre los que mordieron el polvo se encontraba Geo. Scourie, Chas. Turley y el alsaciano Foggerty. Turley cayó bajo el tomahawk del terrible Pantera, que finalmente se abrió paso entre los piratas con Tigridia y unos pocos que quedaban de la tribu.

Hasta qué punto tiene Garfio la culpa por su táctica en esta ocasión es algo que toca decidir a los historiadores. De haber esperado en la colina hasta la hora correcta probablemente sus hombres y él habrían sido destrozados y a la hora de juzgarlo es justo

tener esto en cuenta. Lo que quizás debería haber hecho era informar a sus adversarios de que se proponía seguir un método nuevo. Por otra parte, esto, al eliminar el factor sorpresa, habría inutilizado su estrategia, de modo que toda la cuestión está sembrada de dificultades. Uno no puede al menos reprimir cierta admiración involuntaria por el talento que había concebido un plan tan audaz y por la cruel genialidad con que se llevó a cabo.

¿Cuáles eran sus propios sentimientos hacia sí mismo en aquel momento de triunfo? Mucho habrían deseado saberlo sus perros, cuando, mientras jadeaban y limpiaban sus sables, se agrupaban a una discreta distancia de su garfio y escudriñaban con sus ojos de hurón a este hombre extraordinario. En su corazón debía de latir el júbilo, pero su cara no lo reflejaba: siempre un enigma oscuro y solitario, estaba apartado de sus seguidores tanto en cuerpo como en alma.

La tarea de la noche aún no había terminado, pues no era a los pieles rojas a quienes había venido a destruir: éstos no eran más que las abejas que había que ahuyentar para que él

pudiera llegar a la miel. Era a Pan a quien quería, a Pan, a Wendy y a su banda, pero sobre todo a Pan.

Peter era un niño tan pequeño que uno no puede por menos de extrañarse ante el odio de aquel hombre hacia él. Cierto, había echado el brazo de Garfio al cocodrilo, pero ni siquiera esto, ni la vida cada vez más insegura ala que esto condujo, debido a la contumacia del cocodrilo, explican un rencor tan implacable y maligno. Lo cierto es que Peter tenía un algo que sacaba de quicio al capitán pirata. No era su valor, no era su atractivo aspecto, no era... No debemos andarnos con rodeos, pues sabemos muy bien lo que era y no nos queda más remedio que decirlo. Era la arrogancia de Peter.

Esto le crispaba los nervios a Garfio, hacía que su garra de hierro se estremeciera y por la noche lo atosigaba como un insecto. Mientras Peter viviera, aquel hombre atormentado se sentiría como un león enjaulado en cuya jaula se hubiera colado un gorrión.

El problema ahora era cómo bajar por los árboles, o cómo hacer que bajaran sus perros. Los recorrió con ojos ansiosos, buscando a los más delgados. Ellos se removían inquietos, ya que sabían que no tendría el menor escrúpulo en empujarlos hacia abajo con una estaca.

Entretanto, ¿qué es de los chicos? Los hemos visto cuando el primer choque de armas, convertidos, como si dijéramos, en estatuas de piedra, boquiabiertos, apelando a Peter con los brazos extendidos y volvemos a ellos cuando sus bocas se cierran y sus brazos caen a los lados. El infernal estruendo de encima ha cesado casi tan repentinamente como empezó, ha pasado como una violenta ráfaga de viento, pero ellos saben que al pasar ha decidido su destino.

¿Qué bando había ganado?

Los piratas, que escuchaban con avidez ante los huecos de los árboles, oyeron cómo cada chico hacia esa pregunta y, ¡ay!, también oyeron la respuesta de Peter.

—Si han ganado los pieles rojas —dijo—, tocarán el tamtam: ésa es siempre su señal de victoria.

Ahora bien, Smee había encontrado el tam—tam y en ese momento estaba sentado en él.

—Jamás volveréis a oír el tam—tam masculló, aunque en tono inaudible, claro, ya

que se había exigido estricto silencio. Con asombro por su parte Garfio le hizo señas para que tocara el tam—tam y poco a poco Smee fue comprendiendo la horrenda maldad de la orden. El muy simple probablemente jamás había admirado tanto a Garfio.

Dos veces golpeó Smee el instrumento y luego se detuvo a escuchar regocijado.

—¡El tam—tam! —oyeron gritar a Peter los bellacos—. ¡Una victoria india!

Los desafortunados niños respondieron con un grito de júbilo que sonó como música en los negros corazones de arriba y casi al instante volvieron a despedirse de Peter. Esto desconcertó a los piratas, pero todos sus otros sentimientos estaban dominados por un regocijo malvado ante la idea de que el

enemigo estaba a punto de subir por los árboles. Se sonrieron satisfechos los unos a los otros y se frotaron las manos. Rápido y en silencio Garfio dio sus órdenes: un hombre en cada árbol y los demás dispuestos en una fila a dos yardas de distancia.

13. ¿Creéis en las hadas?

Cuanto antes nos libremos de este espanto, mejor. El primero en salir de su árbol fue Rizos. Surgió de él y cayó en brazos de Cecco, que se lo lanzó a Smee, que se lo lanzó a Starkey, que se lo lanzó a Bill Jukes, que se lo lanzó a Noodler y así fue pasando de uno a otro hasta caer a los pies del pirata negro. Todos los chicos fueron arrancados de sus árboles de esta forma brutal y varios de ellos volaban por los aires al mismo tiempo, como paquetes lanzados de mano en mano.

A Wendy, que salió la última, se le dispensó un trato distinto. Con irónica cortesía Garfio se descubrió ante ella y, ofreciéndole el brazo, la escoltó hasta el lugar donde los

demás estaban siendo amordazados. Lo hizo con tal donaire, resultaba tan enormemente distingué, que se quedó demasiado fascinada para gritar. Al fin y al cabo, no era más que una niña.

Quizás sea de chivatos revelar que por un momento Garfio la dejó extasiada y sólo la delatamos porque su desliz tuvo extrañas consecuencias. De haberse soltado altivamente (y nos habría encantado escribir esto sobre ella), habría sido lanzada por los aires como los demás y entonces Garfio probablemente no habría estado presente mientras se ataba a los niños y si no hubiera estado presente mientras se los ataba no habría descubierto el secreto de Presuntuoso y sin ese secreto no podría haber realizado al poco tiempo su sucio atentado contra la vida de Peter.

Fueron atados para evitar que escaparan volando, doblados con las rodillas pegadas a las orejas y para asegurarlos el pirata negro había cortado una cuerda en nueve trozos iguales. Todo fue bien hasta que llegó el turno de Presuntuoso, momento en que se

descubrió que era como esos fastidiosos paquetes que gastan todo el cordel al pasarlo alrededor y no dejan cabos con los que hacer un nudo. Los piratas le pegaron patadas enfurecidos, como uno pega patadas al paquete (aunque para ser justos habría que pegárselas al cordel) y por raro que parezca fue Garfio quien les dijo que aplacaran su violencia. Sus labios se entreabrían en una maliciosa sonrisa de triunfo. Mientras sus perros se limitaban a sudar porque cada vez que trataban de apretar al desdichado muchacho en un lado sobresalía en otro, la mente genial de Garfio había penetrado por debajo de la superficie de Presuntuoso, buscando no efectos, sino causas y su júbilo demostraba que las había encontrado. Presuntuoso, blanco de miedo, sabía que Garfio había descubierto su secreto, que era el siguiente: ningún chico tan inflado emplearía un árbol en el que un hombre normal se quedaría atascado. Pobre Presuntuoso, ahora el más desdichado de todos los niños, pues estaba aterrorizado por Peter y lamentaba amargamente lo que había hecho. Terriblemente aficionado a beber

agua cuando estaba acalorado, como consecuencia se había ido hinchando hasta alcanzar su actual gordura y en lugar de reducirse para adecuarse a su árbol, sin que los demás lo supieran había rebajado su árbol para que se adecuara a él.

Garfio adivinó lo suficiente sobre esto como para convencerse de que por fin Peter estaba a su merced, pero ni una sola palabra sobre los oscuros designios que se formaban en las cavernas subterráneas de su mente cruzó sus labios; se limitó a indicar que los cautivos fueran llevados al barco y que quería estar solo.

¿Cómo llevarlos? Atados con el cuerpo doblado realmente se los podría hacer rodar cuesta abajo como barriles, pero la mayor parte del camino discurría a través de un pantano. Una vez más la genialidad de Garfio superó las dificultades. Indicó que debía utilizarse la casita como medio de transporte. Echaron a los niños dentro, cuatro fornidos piratas la izaron sobre sus hombros y, entonando la odiosa canción pirata, la extraña procesión se puso en marcha a través

del bosque. No sé si alguno de los niños estaba llorando, si era así, la canción ahogaba el sonido, pero mientras la casita desaparecía en el bosque, un valiente aunque pequeño chorro de humo brotó de su chimenea, como desafiando a Garfio.

Garfio lo vio y aquello jugó una mala pasada a Peter. Acabó con cualquier vestigio de piedad por él que pudiera haber quedado en el pecho iracundo del pirata.

Lo primero que hizo al encontrarse a solas en la noche que se acercaba rápidamente fue llegarse de puntillas al árbol de Presuntuoso y asegurarse de que le proporcionaba un pasadizo. Luego se quedó largo rato meditando, con el sombrero de mal agüero en el césped, para que una brisa suave que se había levantado pudiera removerle refrescante los cabellos. Aunque negros eran sus pensamientos sus ojos azules eran dulces como la pervinca. Escuchó atentamente por si oía sonido que proviniera de las profundidades, pero abajo todo estaba tan silencioso como arriba: la casa subterránea parecía ser una morada vacía más en el

abismo. ¿Estaría dormido ese chico o estaba apostado al pie del árbol de Presuntuoso, con el puñal en la mano?

No había forma de saberlo, excepto bajando. Garfio dejó que su capa se deslizara suavemente hasta el suelo y luego, mordiéndose los labios hasta que una sangre obscena brotó de ellos, se metió en el árbol. Era un hombre valiente, pero por un momento tuvo que detenerse allí y enjugarse la frente, que le chorreaba como una vela. Luego se dejó caer en silencio hacia lo desconocido.

Llegó sin problemas al pie del pozo y se volvió a quedar inmóvil, recuperando el aliento, que casi lo había abandonado. Al írsele acostumbrando los ojos a la luz difusa varios objetos de la casa de debajo de los árboles cobraron forma, pero el único en el que posó su ávida mirada, buscado durante tanto tiempo y hallado por fin, fue la gran cama. En ella yacía Peter profundamente dormido.

Ignorando la tragedia que se estaba desarrollando arriba, Peter, durante un rato después de que se fueran los niños, había

seguido tocando la flauta alegremente: sin duda un intento bastante triste de demostrarse a sí mismo que no le importaba. Luego decidió no tomarse la medicina, para apenar a Wendy. Entonces se tumbó en la cama encima de la colcha, para contrariarla todavía más, porque siempre los había arropado con ella, ya que nunca se sabe si no se tendrá frío al avanzar la noche. Entonces casi se echó a llorar, pero se imaginó lo indignada que se pondría si en cambio se riera, así que soltó una carcajada altanera y se quedó dormido en medio de ella.

A veces, aunque no a menudo, tenía pesadillas y resultaban más dolorosas que las de otros chicos. Pasaban horas sin que pudiera apartarse de estos sueños, aunque lloraba lastimeramente en el curso de ellos. Creo que tenían que ver con el misterio de su existencia. En tales ocasiones Wendy había tenido por costumbre sacarlo de la cama y ponérselo en el regazo, tranquilizándolo con mimos de su propia invención y cuando se calmaba lo

volvía a meter en la cama antes de que se despertara del todo, para que no se enterara del ultraje a que lo había sometido. Pero en esta ocasión cayó inmediatamente en un sueño sin pesadillas. Un brazo le colgaba por el borde de la cama, tenía una pierna doblada y la parte incompleta de su carcajada se le había quedado abandonada en la boca, que estaba entreabierta, mostrando las pequeñas perlas.

Indefenso como estaba lo encontró Garfio. Se quedó en silencio al pie del árbol mirando a través de la estancia a su enemigo. ¿Se estremeció su sombrío pecho con algún sentimiento de compasión? Aquel hombre no era malo del todo: le encantaban las flores (según me han dicho) y la música delicada (él mismo no tocaba nada mal el clavicémbalo) y, admitámoslo con franqueza, el carácter idílico de la escena lo conmovió profundamente. De haber sido dominado por su parte mejor, habría vuelto a subir de mala gana por el árbol si no llega a ser por una cosa.

Lo que le detuvo fue el aspecto impertinente de Peter al dormir. La boca abierta, el brazo colgando, la rodilla doblada: eran tal personificación de la arrogancia que, en conjunto, jamás volverá, esperamos, a presentarse otra igual ante sus ojos tan sensibles a su carácter ofensivo. Endurecieron el corazón de Garfio. Si su rabia lo hubiera roto en cien pedazos, cada uno de éstos habría hecho caso omiso del percance y se habría lanzado contra el durmiente.

Aunque la luz de la única lámpara iluminaba la cama débilmente, el propio Garfio estaba en la oscuridad y nada más dar un paso furtivo hacia delante se topó con un obstáculo, la puerta del árbol de Presuntuoso. No cubría del todo la abertura y había estado observando por encima de ella. Al palpar en busca del cierre, descubrió con rabia que estaba muy abajo, fuera de su alcance. A su mente trastornada le dio la impresión entonces de que la molesta cualidad de la cara y la figura de Peter aumentaba visiblemente y sacudió la puerta y

se tiró contra ella. ¿Acaso se le iba a escapar su enemigo después de todo?

Pero, ¿qué era aquello? Por el rabillo del ojo había visto la medicina de Peter colocada en una repisa al alcance de la mano. Adivinó lo que era al instante y al momento supo que el durmiente estaba en su poder.

Para que no lo cogiera con vida, Garfio llevaba encima un terrible veneno, elaborado por él mismo a partir de todos los anillos mortíferos que habían llegado a sus manos. Los había cocido hasta convertirlos en un líquido amarillo desconocido para la ciencia y que probablemente era el veneno más virulento que existía.

Echó entonces cinco gotas del mismo en la copa de Peter. Le temblaba la mano, pero era por júbilo y no por vergüenza. Mientras lo hacía evitaba mirar al durmiente, pero no por temor a que la pena lo acobardara, sino simplemente para no derramarlo. Luego le echó una larga y maliciosa mirada a su víctima y volviéndose, subió reptando con dificultad por el árbol. Al salir a la superficie parecía el mismísimo espíritu del mal

surgiendo de su agujero. Colocándose el sombrero de lado de la forma más arrogante, se envolvió en la capa, sujetando un extremo por delante como para ocultarse de la noche, que estaba en su hora más oscura y, mascullando cosas raras para sus adentros se alejó sigiloso por entre los árboles.

Peter siguió durmiendo. La luz vaciló y se apagó, dejando la vivienda a oscuras, pero él siguió durmiendo. No debían de ser menos de las diez por el cocodrilo, cuando se sentó de golpe en la cama, sin saber qué lo había despertado. Eran unos golpecitos suaves y cautelosos en la puerta de su árbol.

Suaves y cautelosos, pero en aquel silencio resultaban siniestros. Peter buscó a tientas su puñal hasta que su mano lo agarró. Entonces habló.

—¿Quién es?

Durante un buen rato no hubo respuesta; luego volvieron a oírse los golpes.

—¿Quién es?

No hubo respuesta.

Estaba sobre ascuas y le encantaba estar sobre ascuas. Con dos zancadas se plantó ante la puerta. A diferencia de la puerta de Presuntuoso ésta cubría la abertura, así que no podía ver lo que había al otro lado, como tampoco podía verlo a él quien estuviera llamando.

—No abriré si no hablas —gritó Peter.

Entonces por fin habló el visitante, con una preciosa voz como de campanas.

—Déjame entrar, Peter.

Era Campanilla y rápidamente le abrió la puerta. Entró volando muy agitada, con la cara sofocada y el vestido manchado de barro.

—¿Qué ocurre?

—¿A que no lo adivinas? —exclamó y le ofreció tres oportunidades.

—¡Suéltalo! —gritó él; y con una sola frase incorrecta, tan larga como las cintas que se sacan los ilusionistas de la boca, le contó la captura de Wendy y los chicos.

El corazón de Peter latía con furia mientras escuchaba. Wendy prisionera y en el barco pirata, ¡ella, a quien tanto le gustaba que las cosas fueran como es debido!

—Yo la rescataré —exclamó, abalanzándose sobre sus armas. Al abalanzarse se le ocurrió una cosa que podía hacer para agradarla. Podía tomarse la medicina.

Su mano se posó sobre la pócima mortal.

—¡No! —chilló Campanilla, que había oído a Garfio mascullando sobre lo que había hecho mientras corría por el bosque.

—¿Por qué no?

—Está envenenada.

—¿Envenenada? ¿Y quién iba a envenenarla?

—Garfio.

—No seas tonta. ¿Cómo podría haber llegado Garfio hasta aquí?

¡Ay! Campanilla no tenía explicación para esto, porque ni siquiera ella conocía el oscuro secreto del árbol de Presuntuoso. No obstante, las palabras de Garfio no habían

dejado lugar a dudas. La copa estaba envenenada.

—Además —dijo Peter, muy convencido—, no me he quedado dormido.

Alzó la copa. Ya no había tiempo para hablar, era el momento de actuar: y con uno de sus veloces movimientos Campanilla se colocó entre sus labios y el brebaje y lo apuró hasta las heces.

—Pero, Campanilla, ¿cómo te atreves a beberte mi medicina?

Pero ella no contestó. Ya estaba tambaleándose en el aire.

—¿Qué te ocurre? —exclamó Peter, asustado de pronto.

—Estaba envenenada, Peter —le dijo ella dulcemente—, y ahora me voy a morir.

—Oh, Campanilla, ¿te la bebiste para salvarme?

—Sí.

—Pero, ¿por qué, Campanilla?

Las alas ya casi no la sostenían, pero como respuesta se posó en su hombro y le dio un

mordisco cariñoso en la barbilla. Le susurró al oído:

—Cretino.

Luego, tambaleándose hasta su aposento, se tumbó en la cama.

La cabeza de él llenó casi por completo la cuarta pared de su pequeña habitación cuando se arrodilló angustiado junto a ella. Su luz se debilitaba por momentos y él sabía que si se apagaba ella dejaría de existir. A ella le gustaban tanto sus lágrimas que alargó un bonito dedo y dejó que corrieran por él.

Tenía la voz tan débil que al principio él no pudo oír lo que le decía. Luego lo oyó. Le estaba diciendo que creía que podía ponerse bien de nuevo si los niños creían en las hadas.

Peter extendió los brazos. Allí no había niños y era por la noche, pero se dirigió a todos los que podían estar soñando con el País de Nunca Jamás y que por eso estaban más cerca de él de lo que pensáis: niños y niñas en pijama y bebés indios desnudos en sus cestas colgadas de los árboles.

—¿Creéis? —gritó.

Campanilla se sentó en la cama casi con viveza para escuchar cómo se decidía su suerte.

Le pareció oír respuestas afirmativas, pero no estaba segura.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Peter.

—Si creéis —les gritó él—, aplaudid: no dejéis que Campanilla se muera.

Muchos aplaudieron. Algunos no.

Unas cuantas bestezuelas soltaron bufidos. Los aplausos se interrumpieron de repente, como si incontables madres hubieran entrado corriendo en los cuartos de sus hijos para ver qué demonios estaba pasando, pero Campanilla ya estaba salvada. Primero se le fue fortaleciendo la voz, luego saltó de la cama y por fin se puso a revolotear como un rayo por la habitación más alegre e insolente que nunca. No se le pasó por la cabeza dar las gracias a los que creían, pero le habría gustado darles su merecido a los que habían bufado.

—Y ahora a rescatar a Wendy.

La luna corría por un cielo nublado cuando Peter salió de su árbol, cargado de armas y sin apenas nada más, para emprender su

peligrosa aventura. No hacía el tipo de noche que él hubiera preferido. Había tenido la esperanza de volar, no muy lejos del suelo para que nada inusitado escapara a su atención, pero con aquella luz mortecina volar bajo habría supuesto pasar su sombra a través de los árboles, molestando así a los pájaros y notificando a un enemigo vigilante que estaba en camino.

Lamentaba que el haber puesto unos nombres tan raros a los pájaros de la isla les hiciera ahora ser muy indómitos y difíciles de tratar.

No quedaba más remedio que ir avanzando al estilo indio, en lo cual por fortuna era un maestro. Pero, ¿en qué dirección, ya que no estaba seguro de que los niños hubieran sido llevados al barco? Una ligera nevada había borrado todas las huellas y un profundo silencio reinaba en la isla, como si la Naturaleza siguiera aún horrorizada por la reciente carnicería. Había enseñado a los

niños algo sobre cómo desenvolverse en el bosque que él mismo había aprendido por Tigridia y Campanilla y sabía que en medio de una calamidad no era probable que lo olvidaran. Presuntuoso, si tenía oportunidad, haría marcas en los árboles, por ejemplo, Rizos iría dejando caer semillas y Wendy dejaría su pañuelo en algún lugar importante. Pero para buscar estas señales era necesaria la mañana y no podía esperar. El mundo de la superficie lo había llamado, pero no lo iba a ayudar.

El cocodrilo pasó ante él, pero no había ningún otro ser vivo, ni un ruido, ni un movimiento; sin embargo sabía muy bien que la muerte súbita podía estar acechando junto al próximo árbol, o siguiéndole los pasos.

Pronunció este terrible juramento:

—Esta vez o Garfio o yo.

Entonces avanzó arrastrándose como una serpiente y luego, erguido, cruzó como una flecha un claro en el que jugaba la luna, con un dedo en los labios y el puñal preparado. Era enormemente feliz.

14. El barco pirata

Una luz verde que pasaba como de soslayo por encima del Riachuelo de Kidd, cercano a la desembocadura del río de los piratas, señalaba el lugar donde estaba el bergantín, el Jolly Roger, en aguas bajas: un navío de mástiles inclinados, de casco sucio, cada bao aborrecible, como un suelo cubierto de plumas destrozadas. Era el caníbal de los mares y apenas le hacía falta ese ojo vigilante, pues flotaba inmune en el terror de su nombre.

Estaba arropado en el manto de la noche, a través del cual ningún ruido procedente de él podría haber llegado a la orilla. Apenas se oía nada y lo que se oía no era agradable, salvo el zumbido de la máquina de coser del barco ante la cual estaba sentado Smee, siempre trabajador y servicial, la esencia de lo trivial, el patético Smee. No sé por qué resultaba tan inmensamente patético, a menos que fuera porque era tan patéticamente inconsciente

de ello, pero incluso los hombres más aguerridos tenían que apartar la mirada de él apresuradamente y en más de una ocasión, en las noches de verano, había removido el manantial de las lágrimas de Garfio, haciéndolas correr. De esto, como de casi todo lo demás, Smee era totalmente inconsciente.

Unos cuantos piratas estaban apoyados en las bordas aspirando el malsano aire nocturno, otros estaban echados junto a unos barriles jugando a los dados y las cartas y los cuatro hombres agotados que habían transportado la casita yacían sobre la cubierta, donde incluso dormidos rodaban hábilmente de un lado a otro para apartarse de Garfio, no fuera a ser que les atizara maquinalmente un zarpazo al pasar.

Garfio pasaba ensimismado por la cubierta. Qué hombre tan insondable. Era la hora de su triunfo. Peter había sido apartado para siempre de su camino y todos los demás chicos estaban a bordo del bergantín a punto de ser pasados por la plancha. Era su hazaña más siniestra desde los tiempos en que

venció a Barbacoa y sabiendo como sabemos lo vanidoso que es el hombre, ¿nos habríamos sorprendido si hubiera caminado por la cubierta con paso vacilante, henchido de la gloria de su éxito?

Pero en su paso no había júbilo, lo cual reflejaba el derrotero de su mente sombría. Garfio se sentía profundamente abatido.

Con frecuencia se sentía así cuando conversaba consigo mismo a bordo del barco en la quietud de la noche. Era porque estaba horriblemente solo. Este hombre inescrutable jamás se sentía tan solo como cuando estaba rodeado de sus perros. ¡Eran tan inferiores socialmente a él!

Garfio no era su auténtico nombre. Incluso en estos días revelar quién era en realidad provocaría un enorme escándalo en el país, pero como aquellos que leen entre líneas habrán adivinado ya, había asistido a un famoso colegio privado y las tradiciones de éste seguían cubriéndolo como ropajes, con los cuales efectivamente están muy relacionadas. Por ello aún le resultaba ofensivo subir a un barco con la misma ropa

con que lo había capturado y todavía conservaba en su caminar el distinguido aire desgarbado de su colegio. Pero sobre todo conservaba el amor a la buena educación.

¡La buena educación! Por muy bajo que hubiera caído, todavía sabía que esto es lo que realmente cuenta.

Desde su interior oía un chirrido como de portalones oxidados y a través de ellos se oía un severo golpeteo, como martillazos en la noche que impiden dormir. Su eterna pregunta era: «¿Te has comportado hoy con buena educación?»

—La fama, la fama, brillante oropel, es mía

—exclamaba él.

—¿Es realmente de buena educación sobresalir en algo? —replicaba el golpeteo de su colegio.

—Yo soy el único hombre a quien Barbacoa temía —insistía él—, y el propio Flint temía a Barbacoa.

—Barbacoa, Flint... ¿A qué casa pertenecen? —era la cortante respuesta.

La idea más inquietante de todas era si no sería de mala educación pensar sobre la buena educación.

Se le revolvían las entrañas con este problema. Era una garra que llevaba dentro más afilada que la de hierro y mientras lo desgarraba, el sudor resbalaba por su rostro cetrino y le manchaba el jubón. A menudo se pasaba la manga por la cara, pero no había forma de detener el goteo.

Ah, no envidiéis a Garfio.

Le sobrevino un presentimiento sobre su pronto final. Era como si el terrible juramento de Peter hubiera abordado el barco. Garfio sintió el lúgubre deseo de pronunciar su último discurso, no fuera a ser que pronto ya no hubiera tiempo para ello.

—Habría sido mejor para Garfio —exclamó — haber tenido menos ambición.

Sólo en sus momentos más negros se refería a sí mismo en tercera persona.

—Los niños no me quieren.

Es curioso que pensara en esto, que antes jamás lo había preocupado: quizás la máquina de coser le diera la idea. Estuvo largo rato mascullando para sus adentros, contemplando a Smee, que cosía plácidamente, convencido de que todos los niños tenían miedo de él.

¡Que tenían miedo de él! ¡Miedo de Smee! No había un solo niño a bordo del bergantín esa noche que no le tuviera cariño ya. Les había dicho cosas espantosas y los había golpeado con la palma de la mano, porque no podía golpearlos con el puño, pero ellos simplemente se habían encariñado aún más con él. Michael se había probado sus gafas.

¡Decirle al pobre Smee que lo encontraban simpático! Garfio ardía en deseos de decírselo, pero le parecía demasiado brutal. En cambio, dio vueltas en la cabeza a este misterio:

¿por qué encuentran simpático a Smee? Rastreó el problema como el sabueso que era. Si

Smee era simpático, ¿qué era lo que le hacía ser así? De pronto surgió una horrible respuesta: «¿Buena educación?».

¿Es que el contramaestre era bien educado sin saberlo, lo cual constituye la mejor educación?

Recordó que uno tiene que recordar que no sabe que se es así antes de poder optar a ser elegido como miembro del Pop.

Con un grito de rabia alzó su mano de hierro sobre la cabeza de Smee, pero no descargó el golpe. Lo que le retuvo fue esta reflexión: «¿Qué sería matar a un hombre porque es bien educado? ¡Mala educación!».

El infeliz Garfio se sentía tan impotente como sudoroso y cayó de bruces como una flor tronchada.

Al pensar sus perros que iba a estar fuera de circulación por un rato, la disciplina se relajó al instante y se pusieron a bailar como locos, cosa que lo reanimó al momento, sin un solo rastro de humana debilidad, como si le hubieran echado un cubo de agua encima.

—Silencio, patanes —gritó—, u os paso por debajo de la quilla.

El jaleo se apagó de inmediato.

—¿Están todos los niños encadenados para que no puedan huir volando?

—Sí, señor.

—Pues subidlos a cubierta.

Sacaron a rastras de la bodega a los desdichados prisioneros, a todos menos a Wendy, y los colocaron en fila delante de él. Por un rato pareció no advertir su presencia. Se acomodó sin prisas, tarareando, sin desafinar, por cierto, pasajes de una canción grosera y jugueteando con una baraja. De cuando en cuando la brasa de su cigarro daba un toque de color a su cara.

—Bueno, muchachotes —dijo enérgicamente—, esta noche seis de vosotros seréis pasados por la plancha, pero tengo sitio para dos grumetes. ¿Quién de vosotros quiere serlo?

—No lo irritéis sin necesidad —les había recomendado Wendy en la bodega, de forma

que Lelo dio un paso adelante cortésmente. Lelo aborrecía la idea de servir a las órdenes de semejante hombre, pero un instinto le dijo que sería prudente atribuir la responsabilidad a una persona ausente y, aunque era algo tonto, sabía que sólo las madres están siempre dispuestas a hacer de parachoques. Todos los niños saben que las madres son así y las desprecian por eso, pero se aprovechan de ello constantemente.

Así que Lelo explicó con prudencia:

—Verá usted, señor, es que no creo que a mi madre le gustara que yo fuera pirata. ¿Le gustaría a tu madre que fueras pirata, Presuntuoso?

Le guiñó un ojo a Presuntuoso, quien dijo apesadumbrado:

—No creo —como si deseara que las cosas no fueran así—. Gemelo, ¿a tu madre le gustaría que fueras pirata?

—No creo —dijo el primer gemelo, tan despabilado como los otros—. Avispado, ¿a tu madre...?

—Basta de cháchara —rugió Garfio y los portavoces fueron arrastrados a su sitio.

—Tú, chico —dijo, dirigiéndose a John—, parece que tú tienes algo de agallas. ¿No has querido nunca ser pirata, valiente? Ahora bien, a veces John había experimentado este deseo al luchar con las matemáticas de primero y le chocó que Garfio lo eligiera.

—Una vez pensé en llamarme Jack Mano Roja —dijo con timidez.

—Un buen nombre, ya lo creo. Aquí te llamaremos así, si te unes, muchachote.

—¿Tú qué crees, Michael? —preguntó John.

—¿Cómo me llamaríais si me uniera? preguntó Michael.

—Joe Barbanegra.

Naturalmente, Michael se quedó muy impresionado.

—¿Qué te parece, John?

Quería que John decidiera y John quería que decidiera él.

—¿Seguiremos siendo respetuosos súbditos del rey? —preguntó John.

Garfio contestó entre dientes:

—Tendríais que jurar «Abajo el rey».

Quizás John no se había comportado muy bien hasta entonces, pero ahora estuvo a la altura de las circunstancias.

—Entonces no quiero —exclamó, golpeando el barril que tenía Garfio delante.

—Y yo tampoco —gritó Michael.

—¡Viva Inglaterra! —chilló Rizos.

Los enfurecidos piratas les pegaron en la boca y Garfio rugió:

—Eso será vuestra perdición. Traed a su madre. Preparad la plancha.

Sólo eran unos niños y se quedaron blancos al ver a Jukes y a Cecco preparar la plancha mortal. Pero trataron de parecer valientes cuando trajeron a Wendy.

Nada de lo que yo pueda decir os dará una idea de cómo despreciaba Wendy a aquellos piratas. Para los chicos había por lo menos cierto atractivo en la vocación pirata, pero lo único que ella veía era que el barco no había

sido fregado desde hacía años. No había ni una sola portilla sobre cuyo mugriento cristal no se pudiera escribir «Guarro» con el dedo y ella ya lo había escrito en varios. Pero, como es natural, cuando los chicos se agruparon a su alrededor no pensaba más que en ellos.

—Bueno, hermosa mía —dijo Garfio, hablando como si tuviera la boca llena de caramelo, vas a ver cómo tus niños son pasados por la plancha.

Aunque era un refinado caballero, la intensidad de sus meditaciones le había manchado la gorguera y de pronto se dio cuenta de que ella la estaba observando. Con un movimiento apresurado trató de taparla, pero ya era tarde.

—¿Van a morir? —preguntó Wendy, con una mirada de desprecio tan olímpico que él casi se desmayó.

—Sí —gruñó y exclamó relamiéndose—: silencio todo el mundo; oigamos las últimas palabras de una madre a sus hijos. En este momento Wendy estuvo magnífica.

—Éstas son mis últimas palabras, queridos dijo con firmeza—. Creo que tengo un mensaje para vosotros de parte de vuestras madres auténticas y es el siguiente: «Esperamos que nuestros hijos mueran como caballeros ingleses.»

Incluso los piratas se quedaron sobrecogidos y Lelo exclamó histéricamente:

—Voy a hacer lo que espera mi madre. ¿Tú qué vas a hacer, Avispado?

—Lo que espera mi madre. ¿Tú qué vas a hacer, Gemelo?

—Lo que espera mi madre. John, ¿tú qué vas... ?

Pero Garfio había recuperado el habla.

—Atadla —gritó.

Fue Smee quien la ató al mástil.

—Escucha, rica —susurró—, te salvaré si prometes ser mi madre.

Pero ni siquiera por Smee estaba dispuesta a prometer tal cosa.

—Casi preferiría no tener hijos —dijo con desdén.

Es triste saber que ni un solo chico la estaba mirando mientras Smee la ataba al mástil: todos tenían los ojos clavados en la plancha, el último paseo que iban a dar. Ya no conseguían tener la esperanza de caminar por ella con gallardía, pues habían perdido la capacidad de pensar, sólo podían mirar y temblar.

Garfio sonrió con los dientes apretados burlándose de ellos y dio un paso hacia Wendy. Su intención era volverle la cara para que viera a los chicos caminando por la plancha uno por uno. Pero jamás llegó hasta ella, jamás oyó el grito de angustia que esperaba arrancarle. En cambio, oyó otra cosa.

Era el horrible tic tac del cocodrilo.

Todos lo oyeron: los piratas, los chicos, Wendy; e inmediatamente todas la cabezas se volvieron en una dirección: no hacia el agua, de donde procedía el ruido, sino hacia Garfio. Todos sabían que lo que estaba a punto de ocurrir sólo le concernía a él y que de actores habían pasado de repente a ser espectadores.

Fue espantoso observar el cambio que le sobrevino. Era como si le hubieran cortado todas las articulaciones. Cayó hecho un guiñapo.

El ruido se fue acercando sin parar y por delante de él surgió este horrendo pensamiento: «El cocodrilo está a punto de abordar el barco.»

Incluso la garra de hierro colgaba inerte, como si supiera que no era parte intrínseca de lo que quería el atacante. De haberse quedado tan tremendamente solo, cualquier otro hombre habría yacido con los ojos cerrados en el lugar donde cayera, pero el poderoso cerebro de Garfio seguía funcionando y guiado por él se arrastró a cuatro patas por la cubierta alejándose todo lo que pudo del ruido. Los piratas le abrieron paso respetuosamente y sólo cuando se vio arrinconado contra las cuadernas habló.

—Escondedme —gritó roncamente.

Se apiñaron en torno a él, apartando los ojos de lo que estaba subiendo a bordo. No se les ocurrió luchar contra ello. Era el Destino.

Sólo cuando Garfio quedó oculto la curiosidad aflojó los miembros de los chicos y así pudieron correr hasta el costado del barco para ver al cocodrilo trepando por él. Entonces se llevaron la sorpresa mayor de la Noche entre las Noches: pues no era ningún cocodrilo lo que venía en su ayuda. Era Peter.

Les hizo señas para que no soltaran ningún grito de admiración que pudiera levantar sospechas. Luego siguió haciendo tic tac.

15. «Esta vez o Garfio o yo»

A todos nos ocurren cosas extrañas a lo largo de nuestra vida sin que durante cierto tiempo nos demos cuenta de que han ocurrido. Así, por ejemplo, de pronto descubrimos que hemos estado sordos de un oído desde hace ni se sabe cuánto, pero digamos que media hora. Pues bien, una experiencia de este tipo había tenido Peter aquella noche. Cuando lo vimos por última vez estaba cruzando la isla sigilosamente con un dedo en los labios y el puñal preparado. Había visto pasar al

cocodrilo sin notar nada especial en él, pero luego recordó que no había estado haciendo tic tac. Al principio esto le pareció extraño, pero no tardó en llegar a la acertada conclusión de que al reloj se le había acabado la cuerda.

Sin pararse a pensar en lo que podría sentir un prójimo privado tan bruscamente de su compañero más íntimo, Peter se puso a pensar al momento en cómo podría aprovecharse de la catástrofe y decidió hacer tic tac, para que los animales salvajes creyeran que era el cocodrilo y lo dejaran pasar sin molestarlo. Hizo tic tac magníficamente, pero con un resultado insospechado. El cocodrilo estaba entre los que oyeron el sonido y se puso a seguirlo, aunque ya fuera con el propósito de recuperar lo que había perdido, ya fuera simplemente como amigo creyendo que había vuelto a hacer tic tac por su cuenta, es algo que jamás sabremos con certeza, pues, como todos los que son esclavos de una idea fija, era un animal estúpido.

Peter llegó a la playa sin problemas y siguió adelante sin pararse, metiendo las piernas en el agua como si no se diera cuenta de que había entrado en un elemento nuevo. De esta forma pasan muchos animales de la tierra al agua, pero ningún otro humano que yo conozca. Mientras nadaba sólo pensaba en una cosa: «Esta vez o Garfio o yo.» Llevaba tanto tiempo haciendo tic tac que seguía haciéndolo sin percatarse de ello. Si lo hubiera sabido se habría parado, ya que subir al bergantín con ayuda del tic tac, aunque era una idea ingeniosa, no se le había ocurrido.

Por el contrario, creía que había trepado por su costado silencioso como un ratón y se sorprendió al ver a los piratas apartándose de él, con Garfio en medio de ellos tan abatido como si hubiera oído al cocodrilo.

¡El cocodrilo! Tan pronto como Peter lo recordó oyó el tic tac. Al principio creyó que el ruido sí que procedía del cocodrilo y miró hacia atrás rápidamente. Luego cayó en la cuenta de que lo estaba haciendo él mismo y al instante se hizo cargo de la situación. «Qué listo soy», pensó de inmediato y les hizo

señas a los chicos de que no prorrumpieran en aplausos.

En ese momento Ed Teynte, el furriel, salió del castillo de proa y avanzó por la cubierta. Ahora, lector, cronometra con tu reloj lo que pasó. Peter le clavó el puñal bien hondo. John tapó la boca al malhadado pirata para ahogar el gemido de agonía. Cayó hacia adelante. Cuatro chicos lo cogieron para evitar el golpe. Peter dio la señal y la carroña fue lanzada por la borda. Se oyó un chapuzón y luego silencio. ¿Cuánto ha durado?

—¡Uno!

(Presuntuoso había empezado a llevar la cuenta.)

Menos mal que Peter, todo él de puntillas, desapareció dentro del camarote, ya que más de un pirata estaba armándose de valor para mirar atrás. Ya podían oír la respiración entrecortada de los demás, lo cual les demostraba que el ruido más terrible había pasado.

—Se ha ido, capitán —dijo Smee, limpiándose las gafas—. Ya está todo en calma otra vez.

Poco a poco Garfio fue sacando la cabeza de la gorguera y escuchó tan atentamente que podría haber captado el eco del tic tac. No se oía ni un ruido y se irguió completamente con firmeza.

—Pues a la salud de Johnny Plancha exclamó con descaro, odiando a los chicos más que nunca porque lo habían visto achantarse. Se puso a cantar esta vil cancioncilla:

¡Jo, jo, jo, viva la plancha: por ella te pasearás

hasta que baje y tú también a reunirte con Satanás!

Para aterrorizar aún más a los prisioneros, aunque con cierta pérdida de dignidad, se puso a bailar por una plancha imaginaria, haciéndoles muecas mientras cantaba y cuando terminó gritó:

—¿Queréis probar el gato de nueve colas antes de caminar por la plancha?

Ante esto cayeron de rodillas.

—No, no —exclamaron tan lastimeramente que todos los piratas sonrieron.

—Trae el gato, Jukes —dijo Garfio—, está en el camarote.

¡El camarote! ¡Peter estaba en el camarote! Los niños intercambiaron miradas.

—Sí, señor —dijo Jukes alegremente y entró en el camarote. Lo siguieron con la mirada; apenas se dieron cuenta de que Garfio había reanudado su canción y que sus perros se le habían unido:

Jo, jo, jo, viva el gato que araña

tiene nueve colas, ya veis y al marcarte la espalda...

Nunca sabremos cómo era el último verso, pues de pronto la canción se interrumpió por un horrendo chillido procedente del camarote. Resonó por todo el barco y se apagó. Luego se oyeron unos graznidos que los chicos entendieron muy bien, pero que para los piratas resultaban casi más espeluznantes que el chillido.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Garfio.

—Dos —dijo Presuntuoso con solemnidad.

El italiano Cecco vaciló un momento y luego se lanzó hacia el camarote. Salió tambaleándose, blanco como una sábana.

—¿Qué le pasa a Bill Jukes, perro? —siseó Garfio, irguiéndose ante él.

—Lo que le pasa es que está muerto, apuñalado —replicó Cecco con voz sepulcral.

—¡Bill Jukes muerto! —exclamaron los atónitos piratas.

—El camarote está oscuro como la pez —dijo Cecco, casi farfullando—, pero hay algo horrible ahí dentro: lo que oímos graznar.

El júbilo de los chicos, las miradas furtivas de los piratas, todo esto notó Garfio.

—Cecco —dijo con voz más acerada—, vuelve y tráeme a ese pajarraco.

Cecco, valiente entre los valientes, se encogió ante su capitán, exclamando:

—No, no.

Pero Garfio le estaba haciendo carantoñas a su garra.

—¿Has dicho que irías, Cecco? —dijo con aire distraído.

Cecco fue, después de levantar los brazos en un gesto de desesperación. Ya no había más cánticos, todos escuchaban y de nuevo se oyó un chillido agónico y de nuevo un graznido. Nadie habló excepto Presuntuoso.

—Tres —dijo.

Garfio llamó a sus perros con un gesto.

—Por las barbas de Satanás —bramó—,

¿quién me va a traer a ese pajarraco?

—Espere a que salga Cecco —gruñó Starkey y los demás se unieron a él.

—Me ha parecido oír que te ofrecías, Starkey —dijo Garfio, ronroneando de nuevo.

—¡No, por todos los demonios! —gritó Starkey.

—Mi garfio cree que sí —dijo Garfio acercándose a él—. ¿No crees que sería conveniente darle gusto al garfio, Starkey?

—Que me cuelguen si entro ahí —replicó Starkey empecinado, y la tripulación lo volvió a apoyar.

—¿Así que un motín? —preguntó Garfio en un tono más agradable que nunca—. Y Starkey es el cabecilla.

—Piedad, capitán —gimoteó Starkey, ahora todo tembloroso.

—Choca esos cinco, Starkey —dijo Garfio, alargando la garra.

Starkey miró a su alrededor en busca de ayuda, pero todos lo abandonaron. Mientras retrocedía, Garfio avanzaba con la chispa roja en los ojos. Con un grito de desesperación el pirata saltó por encima de Tom el Largo y se precipitó en el mar.

—Cuatro —dijo Presuntuoso.

—Y ahora —preguntó Garfio cortésmente—, ¿hay algún otro caballero que quiera amotinarse?

Cogiendo un farol y alzando el garfio con gesto amenazador, dijo:

—Yo mismo sacaré a ese pajarraco —y entró corriendo en el camarote.

«Cinco.» Cómo deseaba Presuntuoso decirlo. Se humedeció los labios para estar listo, pero Garfio salió tambaleándose, sin el farol.

—Algo ha apagado la luz —dijo un poco tembloroso.

—¡Algo! —repitió Mullins.

—¿Qué ha sido de Cecco? —preguntó Noodler.

—Está tan muerto como Jukes —dijo Garfio sucintamente. Su poca gana de regresar al camarote produjo una mala impresión en todos ellos y los gritos rebeldes se dejaron oír de nuevo. Todos los piratas son supersticiosos y Cookson exclamó:

—Dicen que la mejor forma de saber si un barco está maldito es cuando hay una persona más a bordo de las que debería haber.

—Yo he oído decir —murmuró Mullinsque siempre acaba por subir a bordo de los barcos piratas. ¿Tenía cola, capitán? —Dicen —dijo otro, mirando a Garfio con rencor—, que cuando llega lo hace con el aspecto del hombre más malvado de a bordo.

—¿Tenía garfio, capitán? —preguntó Cookson con insolencia y uno tras otro fueron repitiendo:

—El barco está maldito.

Ante esto los niños no pudieron evitar soltar una ovación. Garfio había poco menos que olvidado a sus prisioneros, pero al volverse ahora hacia ellos se le volvió a iluminar la cara.

—Muchachos —gritó a su tripulación—, tengo una idea. Abrid la puerta del camarote y metedlos dentro. Que luchen contra ese pajarraco para salvar su vida. Si lo matan, tanto mejor para nosotros; si él los mata a ellos tampoco hemos perdido nada.

Por última vez sus perros admiraron a Garfio y cumplieron fielmente sus órdenes. Metieron a empujones en el camarote a los chicos, que fingían resistirse, y les cerraron la puerta.

—Y ahora, a escuchar —gritó Garfio y todos escucharon. Pero ninguno se atrevía a mirar hacia la puerta. Sí, uno, Wendy, que durante todo este tiempo había estado atada al

mástil. No estaba esperando ni un grito ni un graznido: esperaba la reaparición de Peter.

No tuvo que esperar mucho. En el camarote había encontrado lo que había ido a buscar: la llave que liberaría a los niños de sus grilletes y entonces todos avanzaron en silencio, con las armas que pudieron encontrar. Después de indicarles que se escondieran, Peter cortó las ataduras de Wendy y entonces nada les habría sido más fácil que salir volando todos juntos, pero había una cosa que impedía la marcha, un juramento: «Esta vez o Garfio o yo.» De modo que cuando hubo liberado a Wendy, le susurró que se ocultara con los demás y él mismo ocupó su lugar en el mástil, envuelto en su capa para poder pasar por ella. Entonces tomó aliento con fuerza y soltó un graznido.

Para los piratas era una voz que proclamaba que todos los chicos yacían muertos en el camarote y se quedaron aterrorizados. Garfio intentó animarlos, pero como los perros en que los había convertido le enseñaron los

dientes, supo que si ahora apartaba la vista de ellos se le echarían encima.

—Muchachos —dijo, dispuesto a engatusar o a golpear según hiciera falta, pero sin acobardarse ni por un instante—, lo he estado pensando. Hay un gafe abordo.

—Sí —gruñeron ellos—, un tipo con un garfio.

—No, muchachos, no, es la niña. Jamás tuvo suerte un barco pirata con una mujer a bordo. Todo irá bien cuando ella se haya ido.

Algunos recordaron que eso había sido un dicho de Flint.

—Se puede intentar —dijeron no muy convencidos.

—Tirad a la niña por la borda —gritó Garfio y se abalanzaron sobre la figura envuelta en la capa.

—Ya nadie te puede salvar, mocita —siseó Mullins burlonamente.

—Sí que hay alguien —replicó la figura.

—¿Y quién es?

—¡Peter Pan el vengador! —fue la terrible respuesta y al hablar Peter se quitó la capa.

Entonces todos supieron quién era el que los había estado aniquilando en el camarote y Garfio trató de hablar dos veces, y dos veces fracasó. Creo que en aquel espantoso momento le falló el valor.

—Abridlo en canal —gritó por fin, pero sin convicción.

—Vamos, chicos, a ellos —resonó la voz de Peter y en un momento el choque de las armas retumbaba por todo el barco. Si los piratas se hubieran mantenido agrupados es seguro que habrían ganado, pero el ataque se produjo cuando estaban todos dispersos y se pusieron a correr de un lado a otro, dando golpes a tontas y a locas, cada uno de ellos creyendo que era el último superviviente de la tripulación. Hombre a hombre eran los más fuertes, pero ahora sólo luchaban a la defensiva, lo cual permitía a los chicos cazar por parejas o elegir su presa. Algunos de los villanos saltaban al mar, otros se ocultaban en rincones oscuros, donde los descubría Presuntuoso, que no luchaba, sino que corría por todas partes con un farol con el que les iluminaba la cara, de forma que quedaban

deslumbrados y se convertían en presa fácil para las espadas ensangrentadas de los otros chicos. Apenas se oía nada más que el choque de las armas, algún chillido o chapuzón que otro y la voz de Presuntuoso que contaba monótonamente cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once.

Creo que no quedaba ni uno cuando un grupo de chicos enardecidos rodeó a Garfio, que parecía tener más vidas que un gato, mientras los mantenía a raya en aquel círculo de fuego. Habían acabado con sus perros, pero parecía que ni todos juntos podían con aquel hombre solo. Una y otra vez se echaban contra él y una y otra vez limpiaba él un espacio a zarpazos. Había levantado a un chico con el garfio y lo estaba empleando como escudo cuando otro, que acababa de atravesar a Mullins con su espada, saltó en medio de la refriega.

—Envainad las espadas, chicos —gritó el recién llegado—, este hombre es mío.

De esta forma tan repentina se encontró Garfio cara a cara con Peter. Los demás

retrocedieron y formaron un círculo a su alrededor.

Durante largo rato los dos enemigos se estuvieron mirando, Garfio estremeciéndose ligeramente y Peter con una sonrisa extraña en la cara.

—Bueno, Pan —dijo Garfio por fin—, así que todo esto es obra tuya.

—Sí, James Garfio —fue la severa respuesta—

, todo esto es obra mía.

—Jovenzuelo vanidoso e insolente —dijo Garfio—, disponte a morir.

—Hombre oscuro y siniestro —contestó Peter—, defiéndete.

Sin mediar más palabras entraron en combate y durante un tiempo ninguna de las dos espadas llevó ventaja. Peter era un soberbio espadachín y paraba a una velocidad vertiginosa; de cuando en cuando combinaba una finta con una estocada que atravesaba la defensa de su enemigo, pero su menor envergadura no le hacía buen servicio y no conseguía hundir el acero. Garfio, apenas

menos hábil que él, pero no tan diestro en el juego de la muñeca, lo obligaba a retroceder gracias al peso de sus embestidas, con la esperanza de terminar de golpe con todo mediante una de sus estocadas preferidas, que Barbacoa le había enseñado tiempo atrás en Río, pero ante su asombro descubría que esta estocada era desviada una y otra vez. Entonces trató de acercarse y dar el golpe de gracia con su garfio de hierro, que durante todo este tiempo había estado dando zarpazos al aire, pero Peter lo esquivó agachándose y, embistiendo con fuerza, lo hirió en las costillas. Al ver su propia sangre, cuyo peculiar color, como recordaréis, le resultaba repugnante, la espada cayó de la mano de Garfio y éste quedó a merced de Peter.

—¡Ahora! —gritaron todos los chicos, pero con un gesto magnífico Peter invitó a su adversario a recoger su espada. Garfio lo hizo al instante, pero con la trágica sensación de que Peter se estaba comportando con buena educación.

Hasta entonces había pensado que quien luchaba contra él era una especie de demonio, pero ahora lo asaltaron sospechas más siniestras.

—Pan, ¿quién y qué eres? —exclamó roncamente.

—Soy la juventud, soy la alegría —respondió Peter por decir algo—, soy un pajarillo recién salido del huevo.

Esto, claro está, no eran más que tonterías, pero le demostró al desdichado Garfio que Peter no tenía ni la más mínima idea sobre quién o qué era, lo cual es el colmo de la buena educación.

—En guardia —gritó desesperado.

Luchaba ahora como un látigo humano y cada golpe de aquella terrible espada habría partido en dos a cualquier hombre o muchacho que se hubiera puesto por delante, pero Peter revoloteaba a su alrededor como si el mismo viento que levantaba lo apartara de la zona de peligro. Y una y otra vez embestía y hería.

Garfio luchaba ya sin esperanza. Aquel pecho apasionado ya no pedía vivir, pero sí que anhelaba un solo favor: antes de enfriarse para siempre, ver a Peter haciendo gala de mala educación.

Abandonando la lucha corrió hasta la santabárbara y le prendió fuego.

—Dentro de dos minutos —gritó —el barco saltará en mil pedazos.

Ahora, pensó, ahora se verán los auténticos modales. Pero Peter salió de la santabárbara con la bomba en las manos y la tiró por la borda tranquilamente.

¿Qué clase de modales estaba mostrando el propio Garfio? Aunque era un hombre equivocado, podemos alegrarnos, sin simpatizar con él, de que al final fuera fiel a las tradiciones de su estirpe. Los demás chicos estaban volando ahora a su alrededor, burlándose con desprecio y mientras tropezaba por la cubierta lanzándoles estocadas impotentes, su mente ya no estaba con ellos: estaba ganduleando por los campos de juego de antaño, o recibiendo los elogios

del director, o contemplando el partido desde una famosa pared. Y los zapatos eran correctos, el chaleco era correcto, la corbata era correcta y los calcetines eran correctos.

Adiós, James Garfio, personaje no sin heroísmo. Pues hemos llegado a sus últimos momentos.

Al ver a Peter que avanzaba despacio sobre él por el aire con el puñal dispuesto, saltó a la borda para tirarse al mar. No sabía que el cocodrilo lo estaba esperando, ya que paramos el reloj a propósito para evitarle este conocimiento: una pequeña muestra de respeto por nuestra parte al final.

Tuvo un triunfo final, que no creo que debamos quitarle. Mientras estaba de pie sobre la borda volviendo la vista hacia Peter, que flotaba por el aire, lo invitó con un gesto a que empleara el pie. Esto hizo que Peter le diera una patada en lugar de apuñalarlo.

Por fin Garfio había conseguido el favor que anhelaba.

—Eso es mala educación —gritó burlándose y cayó satisfecho hacia el cocodrilo.

Así pereció James Garfio.

—Diecisiete —proclamó Presuntuoso, pero no había llevado bien la cuenta. Quince pagaron el precio de sus crímenes aquella noche, pero dos alcanzaron la orilla: Starkey, que fue capturado por los pieles rojas, quienes lo convirtieron en niñera de todos sus niños, una triste humillación para un pirata, y Smee, quien en adelante se dedicó a vagabundear por el mundo con sus gafas, ganándose la vida precariamente contando que él era el único hombre a quien James Garfio había temido.

Wendy, lógicamente, había estado a un lado sin participar en la lucha, aunque contemplaba a Peter con ojos brillantes, pero ahora que todo había acabado volvió a cobrar importancia. Los alabó a todos por igual y se estremeció encantada cuando Michael le mostró el lugar donde había matado a uno y luego los llevó al camarote de Garfio y señaló su reloj, que estaba colgado de un clavo. ¡Marcaba «la una y media»!

Lo tarde que era resultaba casi lo mejor de todo. Os aseguro que los acostó en los

camastros de los piratas bien deprisa; a todos menos a Peter, que estuvo paseando pavoneándose por la cubierta, hasta que por fin se quedó dormido junto a Tom el Largo. Esa noche tuvo una de sus pesadillas y lloró en sueños largo rato y Wendy lo abrazó muy fuerte.

16. El regreso a casa

Por la mañana, al dar las dos campanadas ya estaban todos en marcha, pues había mar gruesa y Lelo, el contramaestre, estaba entre ellos, con un cabo en la mano y mascando tabaco. Todos se pusieron ropas piratas cortadas por la rodilla, se afeitaron muy bien y subieron a cubierta, caminando con el auténtico vaivén de los marineros y sujetándose los pantalones.

No hace falta decir quién era el capitán. Avispado y John eran el primer y segundo oficiales. Había una mujer a bordo. Los demás servían como marineros y vivían en el castillo de proa. Peter ya se había atado al timón,

pero llamó a todos a cubierta y les dirigió un breve discurso, en el que dijo que esperaba que todos cumplieran con sus obligaciones como unos valientes, pero que sabía que eran la escoria de Río y de la Costa de Oro y que si se insubordinaban los haría trizas. Sus bravuconas palabras eran el lenguaje que mejor entienden los marineros y lo aclamaron con entusiasmo. Luego se despacharon unas cuantas órdenes e hicieron virar el barco, poniendo rumbo al mundo real.

El capitán Pan calculó, después de consultar la carta de navegación, que si el tiempo continuaba así deberían arribar a las Azores hacia el 21 de junio, tras lo cual ganarían tiempo volando.

Algunos querían que fuera un barco honrado y otros estaban a favor de que siguiera siendo pirata, pero el capitán los trataba como a perros y no se atrevían a exponerle sus deseos ni siquiera con una propuesta colectiva. La obediencia instantánea era lo único sensato. Presuntuoso se llevó una docena de latigazos por parecer desconcertado cuando se le dijo que echara

la sonda. La impresión general era que Peter era honrado sólo por el momento para acallar las sospechas de Wendy, pero que podría producirse un cambio cuando estuviera listo el traje nuevo, que, en contra de su voluntad, le estaba haciendo con algunas de las ropas más canallescas de Garfio. Se susurraba después entre ellos que la primera noche que se puso este traje estuvo largo tiempo sentado en el camarote con la boquilla de Garfio en la boca y todos los dedos apretados en un puño, menos el índice, que tenía curvado y levantado amenazadoramente como un garfio.

Sin embargo, en lugar de observar lo que pasa en el barco, ahora debemos regresar a aquella casa desolada de donde tres de nuestros personajes habían huido sin el menor miramiento hace ya tanto. Nos da pena no haber hecho caso al número 14 durante todo este tiempo y sin embargo podemos estar seguros de que la señora Darling no nos lo echa en cara. Si hubiéramos regresado antes para mirarla con apenada

compasión, probablemente habría exclamado:

—No seáis tontos, ¿qué importancia tengo yo? Volved a cuidar de los niños.

Mientras las madres sigan siendo así sus hijos se aprovecharán de ellas: pueden contar con eso.

Aun ahora nos aventuramos a entrar en ese conocido cuarto de los niños sólo porque sus legítimos inquilinos vienen de camino a casa: simplemente los adelantamos para ver si sus camas están debidamente aireadas y si el señor y la señora Darling no salen por las noches. No somos más que criados. ¿Por qué demonios deberían estar debidamente airea—

das sus camas, después de que los muy desagradecidos se fueran con tantas prisas? ¿No se lo tendrían muy bien merecido si regresaran y se encontraran con que sus padres están pasando el fin de semana en el campo? Sería la lección moral que les ha estado haciendo falta desde que los

conocimos, pero si tramáramos las cosas así la señora Darling no nos lo perdonaría jamás.

Hay una cosa que me gustaría muchísimo hacer y que es decirle, como hacen los escritores, que los niños están regresando, que de verdad que estarán de vuelta del jueves en una semana. Esto echaría a perder completamente la sorpresa que están esperando Wendy, John y Michael. Lo han estado imaginando en el barco: el éxtasis de mamá, el grito de alegría de papá, el salto por los aires de Nana para ser la primera en abrazarlos, cuando para lo que tendrían que estar preparándose es para una buena paliza. Qué delicioso sería estropearlo todo adelantando la noticia, de modo que cuando entren con aire imponente la señora Darling pueda no darle ni siquiera un beso a Wendy y el señor Darling pueda exclamar malhumorado:

—Vaya por Dios, ya están aquí estos chicos otra vez.

Sin embargo, no nos darían las gracias ni siquiera por esto. A estas alturas ya estamos empezando a conocer a la señora Darling y

podemos estar seguros de que nos censuraría por quitarles a los niños ese placer.

—Pero, mi querida señora, faltan diez días para el jueves y explicándole cómo están las cosas, podemos ahorrarle diez días de infelicidad.

—Sí, ¡pero a qué precio! Quitándoles a los niños diez minutos de placer.

—Bueno, si es así como lo ve usted.

—¿Y de qué forma se puede ver?

¿Veis? Esa mujer no tenía el genio debido. Tenía intención de decir cosas agradabilísimas sobre ella, pero la desprecio y ya no diré nada. Además realmente no hace falta decirle que prepare las cosas, porque ya están preparadas. Todas las camas están aireadas y ella nunca se va de la casa y, mirad, la ventana está abierta. Para lo que le servimos, podríamos volver al barco. Sin embargo, ya que estamos aquí también podemos quedarnos y seguir mirando. Eso es lo único que somos, mirones. Nadie nos quiere. Así que vamos a mirar y a soltar

mordacidades, con la esperanza de que alguna haga mella.

El único cambio que se observa en el cuarto de los niños es que entre las nueve y las seis la perrera ya no está allí. Cuando los niños se fueron volando, el señor Darling sintió en lo más profundo de su alma que toda la culpa era suya por haber atado a Nana y que desde el principio ella había sido más inteligente que él. Naturalmente, como hemos visto, era un hombre muy simple; en realidad habría podido volver a pasar por un chiquillo si hubiera podido quitarse la calvicie, pero también tenía un noble sentido de la justicia y un valor indomable a la hora de hacer lo que le parecía correcto y, después de haber pensado sobre el asunto con enorme cuidado tras la huida de los niños, se puso a cuatro patas y se metió en la perrera. A todas las cariñosas instancias de la señora Darling para que saliera replicaba él triste pero firmemente:

—No, mi bien, éste es el lugar que me corresponde. Amargado por los remordimientos juró que jamás saldría de la

perrera mientras sus hijos no volvieran. Lógicamente, era una pena, pero hiciera lo que hiciera el señor Darling siempre lo tenía que hacer en exceso, si no no tardaba en dejar de hacerlo. Y nunca hubo un hombre más humilde que el en tiempos orgulloso George Darling, mientras se pasaba la tarde sentado en la perrera hablando con su mujer de sus hijos y de todos sus detalles encantadores.

Era muy conmovedora su deferencia hacia Nana. No la dejaba entrar en la perrera, pero en todas las demás cuestiones cumplía sus deseos sin rechistar.

Todas la mañanas la perrera, con el señor Darling dentro, era transportada hasta un coche, que lo llevaba a la oficina y regresaba a casa de la misma forma a las seis. Notaremos parte de la fuerza de carácter de este hombre si recordamos lo sensible que era a la opinión de los vecinos, este hombre cuyo más mínimo movimiento llamaba ahora la atención por lo sorprendente. Por dentro debía de estar sufriendo un tormento, pero mantenía una fachada de calma incluso

cuando los jóvenes se burlaban de su casita y siempre se descubría cortésmente ante cualquier señora que mirara dentro.

Puede que fuera una quijotada, pero era magnífico. No tardó en conocerse el significado que aquello encerraba y el gran corazón del público se sintió conmovido. Las multitudes seguían al coche, aclamando con fervor; chicas bonitas trepaban a él para conseguir su autógrafo, se publicaban entrevistas en los mejores periódicos y la alta sociedad lo invitaba a cenar, añadiendo: «No deje de venir en la perrera.»

En aquel jueves lleno de emoción la señora Darling esperaba en el cuarto de los niños a que George volviera a casa: era una mujer de expresión muy triste. Ahora que la miramos de cerca y recordamos su animación de días pasados, desaparecida ahora porque ha perdido a sus niños, me parece que después de todo no voy a ser capaz de decir cosas desagradables de ella. La pobre no podía evitar sentir demasiado cariño por esos monstruitos. Miradla ahí en su butaca, donde se ha quedado dormida. La comisura de su

boca, que es lo primero que uno mira, está casi marchita. Su mano se mueve inquieta sobre el pecho como si le doliera. A algunos les gusta más Peter y a otros les gusta más Wendy, pero yo la prefiero a ella. Supongamos que, para hacerla feliz, le susurramos en sueños que los mocosos están en camino.

En realidad están ya a dos millas de la ventana y vienen volando fuerte, pero lo único que hace falta que susurremos es que vienen de camino. Vamos.

Es una lástima que lo hayamos hecho, ya que se ha despertado sobresaltada gritando sus nombres y no hay nadie en la habitación más que Nana.

—Oh, Nana, he soñado que mis pequeños habían vuelto. Nana tenía los ojos húmedos, pero lo único que pudo hacer fue poner suavemente la pata en el regazo de su ama y así estaban sentadas las dos cuando trajeron la perrera de vuelta. Cuando el señor Darling saca la cabeza para besar a su esposa, vemos que tiene la cara más avejentada que antes, pero con una expresión más dulce.

Le dio el sombrero a Liza, que lo cogió con desprecio, ya que no tenía la más mínima imaginación y era totalmente incapaz de comprender los motivos de este hombre. Fuera, la multitud que había acompañado al coche hasta casa todavía seguía aclamando y, naturalmente, esto no dejaba de conmoverlo.

—Escúchalos —dijo—, es muy gratificante. Son una panda de críos —se mofó Liza.

—Hoy había varios adultos —le aseguró él ruborizado, pero cuando ella sacudió la cabeza con sorna él no le dijo ni una palabra de reproche. El éxito social no lo había echado a perder, lo había dulcificado. Estuvo un rato sentado con medio cuerpo fuera de la perrera, hablando con la señora Darling sobre su éxito y estrechándole la mano para tranquilizarla cuando ella le dijo que esperaba que no se le fuera a subir a la cabeza.

—Pero si llego a ser un hombre débil —dijo—
.

¡Dios santo, si llego a ser un hombre débil!

—Y, George —dijo ella con timidez—, sigues tan lleno de remordimientos como siempre, ¿verdad?

—¡Tan lleno de remordimientos como siempre, mi amor! Mira mi castigo: vivir en una perrera.

—Pero es un castigo, ¿no es así, George?

¿Estás seguro de que no estás disfrutando con ello?

—¡Pero mi amor!

Os aseguro que ella le pidió perdón y, luego, soñoliento, él se acurrucó en la perrera.

—¿Me tocas algo en el piano de los niños para que me duerma? —le pidió.

Y cuando ella se dirigía al cuarto de jugar añadió sin pensar:

—Y cierra esa ventana. Hay corriente.

—Oh, George, no me pidas nunca que haga eso. La ventana debe estar siempre abierta para ellos, siempre, siempre. Entonces le tocó a él pedirle perdón y ella fue al cuarto de jugar y tocó el piano y pronto se quedó

dormido y, mientras dormía, Wendy, John y Michael entraron volando en la habitación.

Oh, no. Lo hemos escrito así porque ése era el bonito plan que tenían ellos antes de que nos fuéramos del barco, pero debe de haber pasado algo desde entonces, porque no son ellos los que han entrado volando, son Peter y Campanilla. Las primeras palabras de Peter lo revelan todo.

—Deprisa, Campanilla —susurró—, cierra la ventana, échale el pestillo. Así, bien. Ahora tú y yo tenemos que huir por la puerta y cuando Wendy llegue creerá que su madre la ha dejado fuera y tendrá que volver conmigo.

Ya comprendo lo que hasta ahora me venía escamando: por qué cuando Peter hubo exterminado a los piratas no regresó a la isla y dejó que Campanilla guiara a los niños hasta el mundo real. Había tenido planeada esta trampa desde el principio.

En lugar de pensar que se estaba portando mal se puso a bailar de alegría; luego atisbó en el cuarto de jugar para ver quién estaba tocando. Le susurró a Campanilla:

—Ésa es la madre de Wendy. Es una señora muy guapa, pero no tan guapa como mi madre. Tiene la boca llena de dedales, pero no tanto como la tenía mi madre.

Por supuesto, él no sabía nada de nada sobre su madre, pero a veces se jactaba de ella.

No conocía la melodía, que era «hogar, dulce hogar», pero sabía que estaba diciendo: «Vuelve, Wendy, Wendy, Wendy» y exclamó entusiasmado:

—Señora, jamás volverá a ver a Wendy, porque la ventana está cerrada.

Volvió a atisbar para ver por qué se había interrumpido la música y entonces vio que la señora Darling había apoyado la cabeza en la caja del piano y que tenía dos lágrimas en los ojos.

«Quiere que abra la ventana», pensó Peter, «pero no lo haré, no señor.»

Volvió a asomarse y las lágrimas seguían allí, u otras dos que habían ocupado su lugar.

—Quiere muchísimo a Wendy—se dijo. Entonces se enfadó con ella por no darse cuenta de por qué no podía tener a Wendy.

La razón era tan sencilla:

—Yo también la quiero. No podemos tenerla los dos, señora.

Pero la señora no se conformaba y era muy desgraciada. Dejó de mirarla, pero ni siquiera así lo dejaba ella en paz. Se puso a dar brincos y a hacer muecas, pero cuando se detuvo era como si ella estuviera dentro de él, llamando.

—Bueno, está bien —dijo por fin y tragó con dificultad. Luego abrió la ventana.

—Vamos, Campanilla —exclamó, burlándose cruelmente de las leyes de la naturaleza—, a nosotros no nos hace falta ninguna madre tonta.

Y se fueron volando.

Por eso Wendy, John y Michael encontraron la ventana abierta para ellos después de todo, lo cual, por supuesto, era más de lo que

merecían. Se posaron en el suelo, sin sentirse avergonzados en absoluto y eso que el más pequeño ya se había olvidado de su hogar.

—John —dijo, mirando a su alrededor con incertidumbre—, creo que he estado aquí antes.

—Claro que sí, tonto. Esta es tu antigua cama.

—Ah, sí —dijo Michael, sin demasiada convicción.

—¡Oye! —exclamó John—. ¡La perrera! Y corrió hasta ella para mirarla.

—A lo mejor está Nana dentro —dijo Wendy.

Pero John soltó un silbido.

—Caramba —dijo—, si hay un hombre metido ahí.

—¡Es papá! —exclamó Wendy.

—Dejadme ver a papá —rogó Michael con ansia y lo examinó atentamente.

—No es tan grande como el pirata que maté

—dijo con una desilusión tan patente que me alegro de que el señor Darling estuviera dormido: habría sido muy triste si ésas

hubieran sido las primeras palabras que le oyera decir a su pequeño Michael.

Wendy y John se habían quedado algo pasmados al encontrar a su padre en la perrera.

—Pero —dijo John, como quien ha perdido fe en su memoria—, él no dormía en la perrera,

¿verdad?

—John —dijo Wendy con voz entrecortada—, quizás no recordamos nuestra antigua vida tan bien como creíamos. Se quedaron helados y bien merecido que se lo tenían.

—Qué poco delicado por parte de mamá —dijo el bribonzuelo de John— no estar aquí cuando regresamos. Entonces la señora Darling se puso a tocar de nuevo.

—¡Es mamá! —exclamó Wendy, asomándose.

—¡Pues sí! —dijo John.

—¿Entonces tú no eres nuestra madre de verdad, Wendy? —preguntó Michael, que estaba muy soñoliento.

—¡Dios mío! —exclamó Wendy, con sus primeros remordimientos auténticos—.

Desde luego, ya iba siendo hora de que volviéramos.

—Vamos a entrar sin hacer ruido —propuso John—, y a taparle los ojos con las manos.

Pero a Wendy, que se dio cuenta de que debían dar la grata noticia con algo más de suavidad, se le ocurrió un plan mejor.

—Vamos a meternos todos en la cama y a quedarnos ahí cuando entre, como si nunca nos hubiéramos ido.

Y por eso cuando la señora Darling volvió al cuarto de los niños para ver si su esposo estaba dormido, todas las camas estaban ocupadas. Los niños aguardaban su grito de alegría, pero éste no se produjo. Los vio, pero no se creyó que estuvieran allí. Es que los veía en sus camas tan a menudo al soñar que se pensó que aquello no era más que el sueño que seguía rondándole por la cabeza.

Se sentó en la butaca junto al fuego, donde en otros tiempos los había amamantado.

Ellos no lo entendían y un miedo helado se apoderó de los tres.

—¡Mamá! —gritó Wendy.

—Ésa es Wendy —dijo ella, pero seguía convencida de que era el sueño.

—¡Mamá!

—Ése es John —dijo.

—¡Mamá! —gritó Michael. Ya la había reconocido.

—Ése es Michael —dijo ella y alargó los brazos hacia los tres niños egoístas a quienes jamás volverían a estrechar. Pero sí que lo hicieron, rodearon a Wendy, a John y a Michael, que se habían deslizado fuera de la cama y habían corrido hasta ella.

—George, George —exclamó cuando pudo hablar y el señor Darling se despertó para compartir su dicha y Nana entró corriendo. La escena no podría haber sido más encantadora, pero no había nadie para contemplarla, excepto un extraño chiquillo que miraba por la ventana. Tenía alegrías innumerables que otros niños jamás llegan a conocer, pero estaba contemplando por la ventana la única felicidad a la que jamás podría aspirar.

17. Cuando Wendy creció

Espero que queráis saber qué había sido de los demás chicos. Estaban esperando abajo para que Wendy tuviera tiempo de explicar lo que ocurría con ellos, y después de contar hasta quinientos subieron. Subieron por la escalera, porque pensaron que causaría mejor impresión. Se pusieron en fila ante la señora Darling, con los gorros en la mano y deseando no estar vestidos de piratas. No dijeron nada, pero sus ojos le suplicaban que se los quedase. Deberían haber mirado también al señor Darling, pero se olvidaron de él. Por supuesto, la señora Darling dijo inmediatamente que se los quería quedar, pero el señor Darling estaba extrañamente deprimido y se dieron cuenta de que seis le parecía una cantidad bastante grande.

Le dijo a Wendy:

—Debo decir que las cosas no se hacen a medias —un comentario poco generoso que a los gemelos les pareció que iba por ellos.

El primer gemelo era el atrevido y preguntó, ruborizándose:

—¿Cree que seríamos demasiados, señor?

Porque si es así nos podemos ir.

—¡Papá! —gritó Wendy, horrorizada, pero él seguía malhumorado. Sabía que se estaba comportando de manera indigna, pero no lo podía evitar.

—Podríamos dormir de dos en dos —dijo Avispado.

—Yo misma les corto el pelo siempre —dijo Wendy.

—¡George! —exclamó la señora Darling, dolida por ver a su amor haciendo gala de una conducta tan reprochable.

Entonces él se echó a llorar y salió a relucir la verdad. Estaba tan contento como ella de tenerlos, dijo, pero creía que deberían haber pedido su consentimiento además del de ella, en lugar de tratarlo como un cero a la izquierda en su propia casa.

—Yo no creo que sea un cero a la izquierda —exclamó Lelo al instante—. ¿Tú crees que es

un cero a la izquierda, Rizos? —No, no me lo parece. ¿A ti te parece un cero a la izquierda, Presuntuoso?

—Pues más bien no. Gemelo, ¿a ti qué te parece?

Resultó que a ninguno de ellos le parecía un cero a la izquierda y él se sintió absurdamente gratificado y dijo que encontraría sitio para todos ellos en el salón si cabían.

—Sí que cabremos, señor —le aseguraron.

—Pues entonces seguid al jefe —gritó alegremente—. Escuchad, no estoy seguro de que tengamos un salón, pero haremos como si lo tuviéramos y será lo mismo. ¡Adelante!

Se fue bailando por la casa y ellos gritaron: «¡Adelante! » y lo siguieron bailando, en busca del salón y no me acuerdo de si lo encontraron, pero en cualquier caso encontraron rincones y todos cupieron.

En cuanto a Peter, vio a Wendy una vez más antes de marcharse volando. No es que llegara a la ventana exactamente, pero la

rozó al pasar, para que ella la abriera si quería y lo llamara. Eso fue lo que ella hizo.

—Hola, Wendy y adiós —dijo él.

—Ay, ¿te vas?

—Sí.

—¿No crees, Peter —dijo ella vacilando—, que te gustaría decirles algo a mis padres sobre una cuestión muy bonita?

—No.

—¿Sobre mí, Peter?

—No.

La señora Darling llegó a la ventana, pues por el momento estaba vigilando a Wendy estrechamente. Le dijo a Peter que había adoptado a todos los demás chicos y que le gustaría adoptarlo a él también.

—¿Me mandaría a la escuela? —preguntó él taimadamente.

—Sí.

—¿Y luego a una oficina?

—Supongo que sí.

—¿Y pronto sería mayor?

—Muy pronto.

—No quiero ir a la escuela a aprender cosas serias —le dijo con vehemencia—. No quiero ser mayor. Ay, madre de Wendy, ¡qué horror si me despertara y notara que tengo barba!

—¡Peter! —dijo Wendy, siempre consoladora— . Me encantaría verte con barba.

Y la señora Darling le tendió los brazos, pero él la rechazó.

—Atrás, señora, nadie me va a atrapar para convertirme en una persona mayor.

—¿Pero dónde vas a vivir?

—Con Campanilla en la casa que construimos para Wendy. Las hadas la pondrán en lo alto de la copa de los árboles en los que duermen de noche.

—Qué bonito —exclamó Wendy con tanto anhelo que la señora Darling la sujetó firmemente.

—Yo creía que las hadas estaban todas muertas —dijo la señora Darling.

—Siempre hay muchas jóvenes —explicó Wendy, que era ahora toda una experta—, porque, verás, cuando un bebé nuevo se ríe por primera vez nace una nueva hada y como siempre hay bebés nuevos siempre hay hadas nuevas. Viven en nidos en las copas de los árboles y las de color malva son chicos y las de color blanco, chicas, y las de color azul, unas tontuelas que no saben muy bien lo que son.

—Lo voy a pasar estupendo —dijo Peter, observando a Wendy.

—Estarás bastante solo por la noche —dijo ella—, cuando te sientes junto al fuego.

—Tendré a Campanilla.

—Pues Campanilla no es que sea mucha ayuda, que digamos —le recordó ella con algo de aspereza.

—¡Chivata! —gritó Campanilla desde el otro lado de la esquina.

—Eso no importa—dijo Peter.

—Oh, Peter, tú sabes que sí importa.

—Pues entonces ven a la casita conmigo.

—¿Puedo, mamá?

—Por supuesto que no. Te tengo otra vez en casa y estoy decidida a conservarte.

—Pero es que le hace tanta falta una madre.

—A ti también, mi amor.

—Oh, está bien —dijo Peter, como si lo hubiera pedido sólo por cortesía, pero la señora Darling vio cómo le temblaba la boca y le hizo esta bella oferta: que Wendy se fuera con él durante una semana todos los años

para hacer la limpieza de primavera. Wendy habría preferido algo más permanente y le parecía que la primavera iba a tardar mucho en llegar, pero esta promesa hizo que Peter se volviera a poner muy contento. No tenía noción del tiempo y corría tantas aventuras que todo lo que os he contado sobre él no es más que una mínima parte. Supongo que porque Wendy lo sabía, las últimas palabras que le dirigió fueron en tono quejumbroso:

—Peter, ¿verdad que no te olvidarás de mí antes de que llegue la limpieza de primavera? Naturalmente, Peter se lo prometió y luego se alejó volando. Se llevó consigo el beso de

la señora Darling. El beso que no había sido para nadie más Peter lo consiguió con gran facilidad. Curioso. Pero ella parecía satisfecha.

Por supuesto, todos los chicos fueron enviados ala escuela y casi todos entraron en la clase III, pero Presuntuoso fue colocado primero en la clase IV y luego en la clase V La clase I es la más alta. Después de asistir a la escuela durante una semana se dieron cuenta de lo tontos que habían sido por no quedarse en la isla, pero ya era demasiado tarde y no tardaron en acostumbrarse a ser tan normales como vosotros, yo o cualquier hijo de vecino. Es triste tener que decir que poco a poco fueron perdiendo la capacidad de volar. Al principio Nana les ataba los pies a los barrotes de la cama para que no salieran volando por la noche y una de sus diversiones durante el día era fingir que se caían de los autobuses, pero poco a poco dejaron de tirar de sus ataduras en la cama y descubrieron que se hacían daño cuando se soltaban del autobús. Al cabo de un tiempo ni siquiera podían salir volando detrás de sus sombreros.

Falta de práctica, decían ellos, pero lo que en realidad quería decir aquello era que ya no creían.

Michael creyó más tiempo que los demás, aunque se burlaban de él: por eso estaba con Wendy cuando Peter fue a buscarla a finales del primer año. Se fue volando con Peter con el vestido que había tejido con hojas y bayas en el País de Nunca Jamás y lo único que temía era que él pudiera notar lo pequeño que se le había quedado, pero no se dio cuenta, pues tenía muchas cosas que contar sobre sí mismo.

Ella había estado esperando con ilusión mantener emocionantes charlas con él sobre los viejos tiempos, pero las nuevas aventuras habían ocupado el lugar de las viejas en su cabeza.

—¿Quién es el capitán Garfio? —preguntó con interés cuando ella habló del archienemigo.

—¿Pero no te acuerdas —le preguntó, asombrada de cómo lo mataste y nos salvaste a todos la vida?

—Me olvido de ellos después de matarlos replicó él descuidadamente.

Cuando expresó una esperanza incierta de que Campanilla se alegrara de verla, él dijo:

—¿Quién es Campanilla?

—Oh, Peter —dijo ella, horrorizada, pero ni siquiera se acordaba después de que se lo hubiera explicado.

—Es que hay tantas —dijo—. Supongo que habrá muerto. Supongo que tenía razón, pues

las hadas no viven mucho tiempo, pero son tan chiquititas que un breve espacio de tiempo les parece muy largo.

Wendy se sintió dolida al descubrir que el año que había pasado era como si fuera ayer para Peter: a ella le había parecido un año de espera muy largo. Pero él seguía siendo tan fascinante como siempre y pasaron una primavera maravillosa haciendo la limpieza de la casita de la copa de los árboles.

Al año siguiente no vino por ella. Esperó con un vestido nuevo porque el viejo

sencillamente ya no le entraba, pero él no llegó.

—A lo mejor está enfermo —dijo Michael. Sabes que nunca está enfermo.

Michael se acercó a ella y susurró, con un escalofrío:

—¡A lo mejor no existe tal persona, Wendy! Y entonces Wendy se habría echado a llorar si Michael no hubiera estado llorando ya.

Peter llegó para la siguiente limpieza de primavera y lo raro era que no era consciente en absoluto de que se había saltado un año.

Ésa fue la última vez que la niña Wendy lo vio. Durante cierto tiempo trató por él de no tener dolores de crecimiento y sintió que le era desleal cuando obtuvo un premio por cultura general. Pero fueron pasando los años sin que apareciera el descuidado chiquillo y cuando volvieron a encontrarse Wendy era una mujer casada y Peter no era más para ella que el polvillo del baúl donde había conservado sus juguetes. Wendy era adulta. No tenéis que apenaros por ella. Era de las que les gusta crecer. Al final crecía por su

propia voluntad un día más deprisa que las demás niñas.

A estas alturas todos los chicos eran ya mayores y se habían estropeado, así que apenas merece la pena decir nada más sobre ellos. Podéis ver cualquier día a los gemelos, a Avispado y a Rizos ir a la oficina, cada uno con una cartera y un paraguas. Michael es maquinista. Presuntuoso se casó con una dama de la nobleza y por eso se convirtió en lord. ¿Veis a ese juez con peluca que sale por la puerta de hierro? Ése era Lelo. Ese hombre

con barba que no se sabe ningún cuento para contárselo a sus hijos era antes John.

Wendy se casó de blanco con un fajín rosa. Es raro pensar que Peter no se posara en la iglesia para prohibir las amonestaciones.

Los años volvieron a pasar y Wendy tuvo una hija. Esto no debería escribirse con tinta, sino con letras de oro.

La llamaron Jane y siempre tuvo una extraña mirada interrogante, como si desde el momento en que llegó al mundo quisiera hacer preguntas. Cuando tuvo edad suficiente

para hacerlas eran en su mayoría sobre Peter Pan. Le encantaba oír cosas de Peter y Wendy le contaba todo lo que recordaba en el mismo cuarto de los niños donde se inició el famoso vuelo. Ahora era el cuarto de Jane, pues su padre se lo había comprado al tres por ciento de interés al padre de Wendy, al que ya no le gustaba subir escaleras. La señora Darling estaba ya muerta y olvidada.

Ahora sólo había dos camas en el cuarto, la de Jane y la de su niñera y no había perrera, pues Nana también había fallecido. Murió de vejez y hacia el final había tenido un trato bastante difícil, pues estaba firmemente convencida de que nadie sabía cómo cuidar a los niños excepto ella.

Una vez a la semana la niñera de Jane tenía la tarde libre y entonces le tocaba a Wendy acostar a Jane. Ése era el momento de contar cuentos. Jane se había inventado un juego que consistía en levantar la sábana por encima de su cabeza y la de su madre, formando así una especie de tienda y susurrar en la sobrecogedora oscuridad:

—¿Qué vemos ahora?

—Me parece que esta noche no veo nada dice Wendy, con la sensación de que si Nana estuviera aquí se opondría a que la conversación continuara.

—Sí, sí que lo ves —dice Jane—, ves cuando eras una niña.

—De eso hace ya mucho, mi vida —dice Wendy—. ¡Ay, cómo vuela el tiempo!

—¿Vuela —pregunta la astuta niña—, como tú volabas cuando eras pequeña?

—¡Como yo volaba! ¿Sabes, Jane? A veces me pregunto si realmente volaba.

—Sí, sí que volabas.

—¡Qué días aquellos cuando podía volar! —

¿Por qué ya no puedes volar, mamá?

—Porque he crecido, mi amor. Cuando la gente crece se olvida de cómo se hace.

—¿Por qué se olvidan de cómo se hace?

—Porque ya no son alegres ni inocentes ni insensibles. Sólo los que son alegres, inocentes e insensibles pueden volar. —¿Qué es ser alegre, inocente e insensible? Ojalá yo fuera alegre, inocente e insensible.

O quizás Wendy admita que sí ve algo. Creo —dice que es este cuarto. —Creo que sí dice Jane—. Sigue.

Están ya metidas en la gran aventura de la noche en que Peter entró volando en busca de su sombra.

—El muy tonto —dice Wendy—, intentó pegársela con jabón y al no poder se echó a llorar y eso me despertó y yo se la cosí.

—Te has saltado una parte —interrumpe Jane, que se sabe ya la historia mejor que su madre—. Cuando lo viste sentado en el suelo llorando, ¿qué le dijiste?

—Me senté en la cama y dije: «Niño, ¿por qué lloras?» —Sí, eso era —dice Jane, con un gran suspiro.

—Y luego nos llevó a todos volando al País de Nunca Jamás con las hadas, los piratas, los pieles rojas y la laguna de las sirenas, la casa subterránea y la casita.

—¡Sí! ¿Qué era lo que más te gustaba?

—Creo que lo que más me gustaba era la casa subterránea.

—Sí, a mí también. ¿Qué fue lo último que te dijo Peter? —Lo último que me dijo fue:

«Espérame siempre y una noche me oirás graznar.»

—Sí.

—Pero, fíjate qué pena, se olvidó de mí dijo Wendy sonriendo. Así de adulta era.

—¿Cómo era su graznido? —preguntó Jane una noche.

—Era así —dijo Wendy, tratando de imitar el graznido de Peter.

—No, así no —dijo Jane toda seria—, era así.

Y lo hizo mucho mejor que su madre. Wendy se quedó un poco sobrecogida.

—Mi amor, ¿cómo lo sabes?

—Lo oigo a menudo cuando estoy durmiendo —dijo Jane.

—Ah, sí, muchas niñas lo oyen cuando duermen, pero yo fui la única que lo oyó despierta.

—Qué suerte —dijo Jane.

Y entonces una noche se produjo la tragedia. Era primavera y ya se había acabado el cuento por esa noche y Jane estaba ya dormida en su cama. Wendy estaba sentada en el suelo, muy cerca del fuego, para poder ver mientras zurcía, pues no había ninguna otra luz en el cuarto, y mientras zurcía oyó un graznido. Entonces la ventana se abrió de un soplo como en otros tiempos y Peter se posó en el suelo.

Estaba exactamente igual que siempre y Wendy vio al momento que todavía conservaba todos sus dientes de leche. Él era un niño y ella era una persona mayor. Se acurrucó junto al fuego sin atreverse a hacer

ningún movimiento, impotente y culpable, una mujer adulta.

—Hola, Wendy—dijo él, sin notar ninguna diferencia, pues estaba pensando sobre todo en sí mismo y a la escasa luz su vestido blanco podría haber sido el camisón con que la había visto por primera vez.

—Hola, Peter —replicó ella débilmente, encogiéndose todo lo posible. Algo en su interior clamaba: «Mujer, mujer, suéltame.»

—Eh, ¿dónde está John? —preguntó él, echando en falta de repente la tercera cama.

—John ya no está aquí —dijo ella con voz entrecortada. —¿Michael está dormido? preguntó él, echando un vistazo por encima de Jane.

—Sí —respondió ella y entonces sintió que estaba siendo desleal a Jane además de a Peter.

—Ése no es Michael —dijo rápidamente, no fuera a ser castigada.

Peter miró con más atención.

—Eh, ¿es alguien nuevo?

—Sí.

—¿Chico o chica?

—Chica.

Ahora tendría que entenderlo, pero nada.

—Peter —dijo, vacilando—, ¿estás esperando que me vaya volando contigo?

—Claro, por eso he venido. Añadió con cierta severidad:

—¿Has olvidado que hay que hacer la limpieza de primavera?

Ella sabía que era inútil decirle que se había saltado muchas limpiezas de primavera.

—No puedo ir —dijo en tono de excusa—. Se me ha olvidado cómo volar.

—No tardo nada en volver a enseñarte.

—Oh, Peter, no malgastes el polvillo de las hadas en mí. Se había levantado y por fin lo asaltó un temor. —¿Qué pasa? —exclamó, encogiéndose.

—Voy a encender la luz —dijo ella—, y entonces lo verás.

Casi por única vez en su vida, que yo sepa, Peter se sintió asustado.

—No enciendas la luz —gritó.

Ella revolvió con las manos el pelo de aquel niño trágico. Ya no era una niña desolada por él: era una mujer adulta que sonreía por todo ello, pero con una sonrisa llorosa.

Luego encendió la luz y Peter lo vio. Soltó un grito de dolor y cuando aquel ser alto y hermoso se inclinó para cogerlo en brazos se apartó rápidamente.

—¿Qué pasa? —volvió a exclamar. Ella tuvo que decírselo.

—Soy mayor, Peter. Tengo mucho más de veinte años. Crecí hace mucho tiempo.

—¡Prometiste que no lo harías!

—No pude evitarlo. Soy una mujer casada, Peter.

—No, no es cierto.

—Sí y esa niña de la cama es mi hija.

—No, no lo es.

Pero supuso que lo era y se acercó a la niña dormida con el puñal levantado. Naturalmente, no lo clavó. En cambio, se sentó en el suelo y se echó a llorar y Wendy no supo cómo consolarlo, aunque en tiempos podría haberlo hecho con gran facilidad. Ahora no era más que una mujer y salió corriendo de la habitación para tratar de pensar.

Peter siguió llorando y sus sollozos no tardaron en despertar a Jane. Se sentó en la cama y le picó la curiosidad al instante.

—Niño —dijo—, ¿por qué lloras?

Peter se levantó y le hizo una reverencia y ella le hizo una reverencia desde la cama.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo Jane.

—Me llamo Peter Pan —le dijo.

—Sí, ya lo sé.

—He venido a buscar a mi madre —explicó él—, para llevarla al País de Nunca jamás.

—Sí, ya lo sé —dijo Jane—. Te he estado esperando.

Cuando Wendy regresó tímidamente se encontró a Peter sentado en el barrote de la cama graznando a pleno pulmón, mientras Jane volaba en camisón por el cuarto en solemne éxtasis.

—Es mi madre —explicó Peter y Jane descendió y se puso a su lado, con la expresión

en la cara que le gustaba que tuvieran las damas cuando lo miraban.

—Le hace tanta falta una madre —dijo Jane.

—Sí, lo sé —admitió Wendy bastante abatida—, nadie lo sabe mejor que yo.

—Adiós —le dijo Peter a Wendy y se alzó por los aires y la desvergonzada Jane se alzó con él: para ella ya era la forma más cómoda de moverse.

Wendy corrió a la ventana.

—No, no —gritó.

—Es sólo para la limpieza de primavera dijo Jane—. Quiere que le haga la limpieza de primavera para siempre.

—Ojalá pudiera ir con vosotros —suspiró Wendy.

—Pero es que no puedes volar —dijo Jane.

Naturalmente, al final Wendy los dejó partir juntos. Nuestra última mirada nos la muestra en la ventana, contemplándolos mientras se alejan por el cielo hasta hacerse tan pequeños como las estrellas.

A medida que observáis a Wendy podéis ver cómo se le va poniendo el pelo blanco y su figura vuelve a ser pequeñita, pues todo esto pasó hace mucho tiempo. Jane es ahora una persona mayor corriente con una hija llamada Margaret y al llegar la limpieza de primavera, salvo cuando se le olvida, Peter viene a buscar a Margaret y se la lleva al País de Nunca jamás, donde ella le cuenta historias sobre él mismo, que él escucha con avidez. Cuando Margaret crezca tendrá una hija, que a su vez será la madre de Peter y así seguirán las cosas, mientras los niños sean alegres, inocentes e insensibles.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

POEMAS

Antonio Machado

(1875-1939)

Antonio Machado
Poemas

SOÑÉ QUE TÚ ME LLEVABAS 2

LA PLAZA TIENE UNA TORRE 3

ERA UN NIÑO QUE SOÑABA 4

LAS MOSCAS 6

PEGASOS, LINDOS PEGASOS 8

RECUERDO INFANTIL 9

LOS CANTOS DE LOS NIÑOS 10

SOL DE INVIERNO 11

CAMINANTE NO HAY CAMINO 12

LOS SUEÑOS 15

ANOCHE CUANDO DORMÍA 16

YO VOY SOÑANDO CAMINOS 18

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Soñé que tú me llevabas

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...

Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La plaza tiene una torre

La plaza tiene una torre,
la torre tiene un balcón,
el balcón tiene una dama,
la dama una blanca flor.
ha pasado un caballero
-¡quién sabe por qué pasó!-
y se ha llevado la plaza,
con su torre y su balcón,
con su balcón y su dama
su dama y su blanca flor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Era un niño que soñaba

Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vio.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía...
¡Ahora no te escaparás!
Apenas lo hubo cogido,
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
¡El caballito voló!
Quedóse el niño muy serio
pensando que no es verdad
un caballito soñado.
Y ya no volvió a soñar.
Pero el niño se hizo mozo
y el mozo tuvo un amor,
y a su amada le decía:
¿Tú eres de verdad o no?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: Todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.
Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿Tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Las moscas

Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela,

—que todo es volar—, sonoras
rebotando en los cristales
en los días otoñales...
Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,

de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado

sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pegasos, lindos pegasos

Yo conocí siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre **un corcel colorado**,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda **sembrada de estrellas**.

¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Recuerdo infantil

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
"mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón".

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Los cantos de los niños

Yo escucho los cantos de viejas cadencias
que los niños cantan cuando en corro juegan
y vierten en coro sus almas, que suenan,
cual vierten sus aguas las fuentes de piedra:
con monotonías de risas eternas,
que no son alegres, con lágrimas viejas

que no son amargas y dicen tristezas,
tristezas de amores de antiguas leyendas.

En los labios niños, las canciones llevan
confusa la historia y clara la pena;
como clara el agua lleva su conseja
de viejos amores que nunca se cuentan.

Jugando, a la sombra de una plaza vieja,
los niños cantaban...
La fuente de piedra vertía su eterno
cristal de leyenda.

Cantaban los niños canciones ingenuas,
de un algo que pasa y que nunca llega:
la historia confusa y clara la pena.

Seguía su cuento la fuente serena;
borrada la historia, contaba la pena.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Sol de invierno

Es mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas;
simétricos montículos
y ramas esqueléticas.

Bajo el invernadero,
naranjos en maceta,
y en su tonel, pintado
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice
para su capa vieja:
"¡El sol, esta hermosura
de sol...!" Los niños juegan.

El agua de la fuente
resbala, corre y sueña
lamiendo, casi muda,
la verdinosa piedra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Caminante no hay camino

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre el mar.

Nunca perseguí la gloria,
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles,
como pompas de jabón.

Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse…

Nunca perseguí la gloria.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino
sino estelas en la mar…

Hace algún tiempo en ese lugar
donde hoy los bosques se visten de espinos

se oyó la voz de un poeta gritar
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar…"

Golpe a golpe, verso a verso…

Murió el poeta lejos del hogar.
Le cubre el polvo de un país vecino.
Al alejarse le vieron llorar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar…"

Golpe a golpe, verso a verso…

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cuando el jilguero no puede cantar.
Cuando el poeta es un peregrino,
cuando de nada nos sirve rezar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar…"

Golpe a golpe, verso a verso.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Los sueños

El hada más hermosa ha sonreído
al ver la lumbre de una estrella pálida,
que en hilo suave, blanco y silencioso
se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír porque en su rueca
el hilo de los campos se enmaraña.
Tras la tenue cortina de la alcoba
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.
Dos hadas laboriosas lo acompañan,
hilando de los sueños los sutiles
copos en ruecas de marfil y plata.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Anoche cuando dormía

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di: ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Yo voy soñando caminos

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?

Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
-la tarde cayendo está-.
"En el corazón tenía
"la espina de una pasión;
"logré arrancármela un día:
"ya no siento el corazón".

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Mi cantar vuelve a plañir:
"Aguda espina dorada,
"quién te pudiera sentir
"en el corazón clavada".

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Poemas

José de Espronceda

(1808-1842)

BIBLIOTECA DIGITAL

José de Espronceda
Poemas

ÍNDICE

A UN RUISEÑOR 2

CANCIÓN DEL PIRATA 3

CANCIÓN DE LA MUERTE 8

LA CAUTIVA 10

EL VERDUGO 13

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A UN RUISEÑOR

Canta en la noche, canta en la mañana,
ruiseñor, en el bosque tus amores;
canta, que llorará cuando tú llores
el alba perlas en la flor temprana.

Teñido el cielo de amaranta y grana,
la brisa de la tarde entre las flores
suspirará también a los rigores
de tu amor triste y tu esperanza vana.

Y en la noche serena, al puro rayo
de la callada luna, tus cantares
los ecos sonarán del bosque umbrío.

Y vertiendo dulcísimo desmayo,
cual bálsamo süave en mis pesares,
endulzará tu acento el labio mío.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín;
bajel pirata que llaman,
por su bravura, el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.
La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y va el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul.
Navega velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a despecho,
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra,
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.
Y no hay playa
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

A la voz de ¡barco viene!
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.
En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

¡Sentenciado estoy a muerte!;
yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.
Y si caigo
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
de un esclavo
como un bravo
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

Son mi música mejor
aquilones
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado
arrullado
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CANCIÓN DE LA MUERTE

Débil mortal no te asuste
mi oscuridad ni mi nombre;
en mi seno encuentra el hombre
un término a su pesar.
Yo, compasiva, te ofrezco
lejos del mundo un asilo,
donde a mi sombra tranquilo
para siempre duerma en paz.
Isla yo soy del reposo
en medio el mar de la vida,
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó;
allí convidan al sueño
aguas puras sin murmullo,
allí se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
que su ramaje doliente
inclina sobre la frente
que arrugara el padecer,
y aduerme al hombre, y sus sienes
con fresco jugo rocía
mientras el ala sombría

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

bate el olvido sobre él.
Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores,
sin espina ni dolor,
y amante doy mi cariño
sin vanidad ni falsía;
no doy placer ni alegría,
más es eterno mi amor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

LA CAUTIVA

Ya el sol esconde sus rayos,
el mundo en sombras se vela,
el ave a su nido vuela.
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
duerme el pastor venturoso:
en su lecho suntüoso
se agita insomme el señor.
Se agita; mas ¡ay! reposa
al fin en su patrio suelo;
no llora en mísero duelo
la libertad que perdió.
Los campos ve que a su infancia
horas dieron de contento,
su oído halaga el acento
del país donde nació.
No gime ilustre cautivo
entre doradas cadenas,
que si bien de encanto llenas,
al cabo cadenas son.
Si acaso, triste lamenta,
en torno ve a sus amigos,
que, de su pena testigos,
consuelan su corazón.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La arrogante erguida palma
que en el desierto florece,
al viajero sombra ofrece,
descanso y grato manjar.
Y, aunque sola, allí es querida
del árabe errante y fiero,
que siempre va placentero
a su sombra a reposar.
Mas ¡ay triste! yo cautiva,
huérfana y sola suspiro,
el clima extraño respiro,
y amo a un extraño también.
No hallan mis ojos mi patria;
humo han sido mis amores;
nadie calma mis dolores
y en celos me siento arder.
¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... no puedo
ni ceder a mi tristura,
ni consuelo en mi amargura
podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
supe amar correspondida;
despreciada, aborrecida,
¿no sabré también odiar?
¡Adiós, patria! ¡adiós, amores!
La infeliz Zoraida ahora

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

sólo venganzas implora,
ya condenada a morir.
No soy ya del castellano
la sumisa enamorada:
soy la cautiva cansada
ya de dejarse oprimir.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
de su crimen la víctima fui,
y se evitan de odiarse a sí mismos,
fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador;
y se dijeron
«Que nuestra vergüenza común caiga en
él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel,
su escudo con armas de eterno baldón
sean la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron,
y mi llanto y mi voz escucharon
sin piedad!
Al que a muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
copia también!
Y cual dañina
fiera a que arrojan un triste animal
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así a mí, instrumento del genio del mal,
me arrojan el hombre que traen a morir.
Y ellos son justos,
yo soy maldito;
soy criminal:
mirad al hombre
que me paga una muerte; el dinero
me echa al suelo con rostro altanero,
¡a mí, su igual!
El tormento que quiebra los huesos
y del reo el histérico ¡ay!,
y el crujir de los nervios rompidos
bajo el golpe del hacha que cae,
son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
hace, al caer,
del triste saltando
la hirviente cabeza de sangre en un mar,
allí entre el bullicio del pueblo feroz

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mi frente serena contemplan brillar,
tremenda, radiante con júbilo atroz
que de los hombres
en mí respira
toda la ira,
todo el rencor:
que a mí pasaron
la crueldad de sus almas impía,
y al cumplir su venganza y la mía
gozo en mi horror.
Ya más alto que el grande que altivo
con sus plantas hollara la ley
al verdugo los pueblos miraron,
y mecido en los hombros de un rey:
y en él se hartó,
embriagado de gozo aquel día
cuando espiró;
y su alegría
su esposa y sus hijos pudieron notar,
que en vez de la densa tiniebla de horror,
miraron la risa su labio amargar,
lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
con su encono
sobre el trono
se asentó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

y aquel pueblo
que tan alto le alzara bramando,
otro rey de venganzas, temblando,
en él miró.
En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,
y en sus páginas rojas Dios mismo
mi figura imponente grabó.
La eternidad
ha tragado cien siglos y ciento,
y la maldad
su monumento
en mí todavía contempla existir;
y en vano es que el hombre do brota la luz
con viento de orgullo pretenda subir:
¡preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
que me ensangrienta,
del hombre ostenta
un crimen más.
Y yo aún existo,
fiel recuerdo de edades pasadas,
a quien siguen cien sombras airadas
siempre detrás.
¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el
verdugo,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia a tu risa infantil.
!Ay!, tu candor,
tu inocencia, tu dulce hermosura
me inspira horror.
¡Oh!, ¿tu ternura,
mujer, a qué gastas con ese infeliz?
12
¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él;
ahógale y piensa será así feliz.
¿Qué importa que el mundo te llame
cruel?
¿mi vil oficio
querrás que siga,
que te maldiga
tal vez querrás?
¡Piensa que un día
al que hoy miras jugar inocente,
maldecido cual yo y delincuente
también verás!

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

El príncipe feliz

Óscar Wilde

(1856-1900)

BIBLIOTECA DIGITAL ONILCE

EL PRÍNCIPE FELIZ

En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del príncipe feliz. Estaba toda revestida de madreselva de oro fino. Tenía, a guisa de ojos, dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada. Por todo lo cual era muy admirada.

—Es tan hermoso como una veleta —observó uno de los miembros del consejo que deseaba granjearse una reputación de conocedor en arte.

—Ahora, que no es tan útil —añadió temiendo que le tomaran por un hombre poco práctico.

Y realmente no lo era.

—¿Por qué no eres como el príncipe feliz? —Preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que

pedía la luna—. El príncipe feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a voz en grito.

—Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—Verdaderamente parece un ángel —decían los niños hospicianos al salir de la Catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿En qué lo conocéis? —replicaba el profesor de matemáticas—, si no habéis visto uno nunca?

—¡Oh! Los hemos visto en sueños —respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrinita sin descanso hacia la ciudad.

Seis semanas antes habían partido sus amigas para Egipto; pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo a una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo, que se detuvo para hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo la golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco le hizo un profundo saludo.

Entonces, la golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.

—Es un enamoramiento ridículo —gorgojeaban las otras golondrinas—. Ese junco es un pobretón y tiene realmente demasiada familia.

Y en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez que se fueron, su amiga sintióse muy sola y empezó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar —decía ella. Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y realmente, cuantas veces soplaba la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

—Veo que es muy casero —murmuraba la golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.

—¿Quieres seguirme? —preguntó por último la golondrina al junco.

Pero el junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la golondrina. Me marcho a las pirámides. ¡Adiós!

Y la golondrina se fue.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde buscaré un abrigo? —se dijo—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a cobijarme allí —gritó—. El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del príncipe feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, he aquí que le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, ¡y sin embargo, llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño. Al junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —Dijo la golondrina—. Voy a buscar un buen copete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota.

La golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del príncipe feliz estaban arrasados de lágrimas, que corrían sobre sus mejillas de oro.

Su faz era tan bella a la luz de la luna, que la golondrinita sintióse llena de piedad.

—¿Quién sois? —dijo.

—Soy el príncipe feliz.

—Entonces, ¿por qué lloriqueáis de ese modo? —Preguntó la golondrina—. Me habéis empapado casi.

—Cuando estaba yo vivo y tenía un corazón de hombre —replicó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en

el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el príncipe feliz y, realmente, era yo feliz, si es que el placer es la felicidad. Así viví y así morí, y ahora que estoy muerto me han elevado tanto, que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más recurso que llorar.

—¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley? —pensó la golondrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

—Allí abajo —continuó la estatua con su voz baja y musical—, allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está

abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de la corte, la más bella de las damas de honor de la reina. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, golondrinita, ¿no quieres llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del gran rey. El

mismo rey está allí en su caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde pálido alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

—No creo que me agraden los niños —contestó la golondrina—. El invierno último, cuando vivía yo a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, no paraban un momento de tirarme piedras. Claro es que no me alcanzaban. Nosotras, las golondrinas, volamos demasiado bien para eso y además yo pertenezco

a una familia célebre por su agilidad; mas a pesar de todo, era una falta de respeto.

Pero la mirada del príncipe feliz era tan triste que la golondrinita se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí —le dijo— pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

—Gracias, golondrinita —respondió el príncipe.

Entonces la golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del príncipe y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la Catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el palacio real y oyó la música de baile. Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —le dijo— y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Querría que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial —respondió ella—. He mandado bordar en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las costureras!

Pasó sobre el río y vio los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el *ghetto* y vio a los judíos viejos, negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre habíase quedado dormida de cansancio.

La golondrina saltó a la habitación y puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera.

Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco más dulce siento! —Murmuró el niño—. Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el príncipe feliz y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —observó ella—, pero ahora casi siento calor y, sin embargo, hace mucho frío.

Y la golondrinita empezó a reflexionar y entonces se durmió. Cuantas veces reflexionaba se dormía.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Notable fenómeno! —Exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre aquel tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba tan plagada de palabras que no se podían comprender!...

—Esta noche parto para Egipto —se decía la golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes adonde iba piaban los gorriones, diciéndose unos a otros:

—¡Qué extranjera más distinguida!

Y esto la llenaba de gozo. Al salir la luna volvió a todo vuelo hacia el príncipe feliz.

—¿Tenéis algún encargo para Egipto? —le gritó—. Voy a emprender la marcha.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el dios Memnón se alza sobre un gran trono de granito. Acecha a las estrellas durante toda la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego calla. A medio día, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes aguamarinas y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, allá abajo al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una bohardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso

a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizoso y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se esfuerza en terminar una obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego ninguno en el aposento y el hambre le ha rendido.

—Me quedaré otra noche con vos —dijo la golondrina, que tenía realmente buen corazón—. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la India hace un millar de años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible y concluirá su obra.

—Amado príncipe —dijo la golondrina—, no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —Dijo el príncipe—. Haz lo que te pido.

Entonces la golondrina arrancó el ojo del príncipe y voló hacia la bohardilla del estudiante. Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo. La golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida en sus manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar mi obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la golondrina voló hacia el puerto. Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

—¡Ah, iza! —gritaban a cada caja que llegaba al puente.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y al salir la luna, volvió hacia el príncipe feliz.

—He venido para deciros adiós —le dijo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —Exclamó el príncipe—. ¿No te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó la golondrina— y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los

cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan. Amado príncipe, tengo que dejaros, pero no os olvidaré nunca y la primavera próxima os traeré de allá dos bellas piedras preciosas para sustituir las que disteis. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazoleta —contestó el príncipe feliz—, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la

cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche con vos —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancaros el ojo porque entonces os quedaríais ciego del todo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —Dijo el príncipe—. Haz lo que te mando.

Entonces la golondrina arrancó el segundo ojo del príncipe y emprendió el vuelo llevándoselo.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña.

Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la golondrina volvió de nuevo hacia el príncipe.

—Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.

—No, golondrinita —dijo el pobre príncipe—. Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré con vos para siempre —dijo la golondrina.

Y se durmió entre los pies del príncipe. Al día siguiente, se colocó sobre el hombro del príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la Esfinge que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar, en sus manos; del rey de las montañas de la luna, que es negro como el ébano y que adora

un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida golondrinita —dijo el príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y dime lo que veas.

Entonces la golondrinita voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vio las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí! —les gritó un guardia.

Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —dijo el príncipe— despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja arrancó la golondrina el oro fino hasta que el príncipe feliz se quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo. Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrinita tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombro del príncipe.

—¡Adiós, amado príncipe! —murmuro—. Permitid que os bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, golondrinita —dijo el príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.

—No es a Egipto a donde voy a ir —dijo la golondrina—. Voy a ir a la morada de la muerte. La muerte es hermana del sueño, ¿verdad?

Y besando al príncipe feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante, sonó un extraño crujido en el interior de la estatua como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con los concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el príncipe feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado —dijo el alcalde—. En resumidas cuentas, que está lo mismo que un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero! —repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Entonces fue derribada la estatua del príncipe feliz.

—¡Al no ser ya bello, de nada sirve! —dijo el profesor de estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podíamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron disputando.

—¡Qué cosa más rara! —Dijo el oficial primero de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como desecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el príncipe feliz repetirá mis alabanzas.

FIN

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".

Pulgarcito

Charles Perrault

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Érase una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos ellos varones. El mayor tenía diez años y el menor, sólo siete. Puede ser sorprendente que el leñador haya tenido tantos hijos en tan poco tiempo; pero es que a su esposa le cundía la tarea pues los hacía de dos en dos. Eran muy pobres y sus siete hijos eran una pesada carga ya que ninguno podía aún ganarse la vida. Sufrían además porque el menor era muy delicado y no hablaba palabra alguna, interpretando como estupidez lo que era un rasgo de la bondad de su alma. Era muy pequeñito y cuando llegó al mundo no era más gordo que el pulgar, por lo cual lo llamaron Pulgarcito.

Este pobre niño era en la casa el que pagaba los platos rotos y siempre le echaban la culpa de todo. Sin embargo, era el más fino y el más agudo de sus hermanos y, si hablaba poco, en cambio escuchaba mucho.

Sobrevino un año muy difícil, y fue tanta la hambruna, que esta pobre pareja resolvió deshacerse de sus hijos. Una noche, estando los niños acostados, el leñador, sentado con su mujer junto al fuego le dijo:

—Tú ves que ya no podemos alimentar a nuestros hijos; ya no me resigno a verlos morirse de hambre ante mis ojos, y estoy resuelto a dejarlos perderse mañana en el bosque, lo que será bastante fácil pues mientras estén entretenidos haciendo atados de astillas, sólo tendremos que huir sin que nos vean.

—¡Ay! –exclamó la leñadora–, ¿serías capaz de dejar tu mismo perderse a tus hijos?

Por mucho que su marido le hiciera ver su gran pobreza, ella no podía permitirlo; era pobre, pero era su madre. Sin embargo, al pensar en el dolor que sería para ella verlos morirse de hambre, consistió y fue a acostarse llorando.

Pulgarcito oyó todo lo que dijeron pues, habiendo escuchado desde su cama que hablaban de asuntos serios, se había levantado muy despacio y se deslizó debajo del taburete de su padre para oírlos sin ser visto. Volvió a la cama y no durmió más, pensando en lo que tenía que hacer.

Se levantó de madrugada y fue hasta la orilla de un riachuelo donde se llenó los bolsillos con

guijarros blancos, y en seguida regresó a casa. Partieron todos, y Pulgarcito no dijo nada a sus hermanos de lo que sabía. Fueron a un bosque muy tupido donde, a diez pasos de distancia, no se veían unos a otros. El leñador se puso a cortar leña y sus niños a recoger astillas para hacer atados. El padre y la madre, viéndolos preocupados de su trabajo, se alejaron de ellos sin hacerse notar y luego echaron a correr por un pequeño sendero desviado.

Cuando los niños se vieron solos, se pusieron a bramar y a llorar a mares. Pulgarcito los dejaba gritar, sabiendo muy bien por dónde volverían a casa; pues al caminar había dejado caer a lo largo del camino los guijarros blancos que llevaba en los bolsillos. Entonces les dijo:

—No teman, hermanos; mi padre y mi madre nos dejaron aquí, pero yo los llevaré de vuelta a casa, no tienen más que seguirme.

Lo siguieron y él los condujo a su morada por el mismo camino que habían hecho hacia el bosque. Al principio no se atrevieron a entrar, pero se pusieron todos junto a la puerta para escuchar lo que hablaban su padre y su madre.

En el momento en que el leñador y la leñadora llegaron a su casa, el señor de la aldea les envió diez escudos que les estaba debiendo desde hacía tiempo y cuyo reembolso ellos ya no esperaban. Esto les devolvió la vida ya que los infelices se morían de hambre. El leñador mandó en el acto a su mujer a la carnicería. Como hacía tiempo que no comían, compró tres veces más carne de la que se necesitaba para la cena de dos personas. Cuando estuvieron saciados, la leñadora dijo:

—¡Ay! ¿qué será de nuestros pobres hijos? Buena comida tendrían con lo que nos queda. Pero también, Guillermo, fuiste tú el que quisiste perderlos. Bien decía yo que nos arrepentiríamos. ¿Qué estarán haciendo en ese bosque? ¡Ay!: ¡Dios mío, quizás los lobos ya se los han comido! Eres harto inhumano de haber perdido así a tus hijos.

El leñador se impacientó al fin, pues ella repitió más de veinte veces que se arrepentirían y que ella bien lo había dicho. Él la amenazó con pegarle si no se callaba. No era que el leñador no estuviese hasta más afligido que su mujer, sino que ella le machacaba la cabeza, y sentía

lo mismo que muchos como él que gustan de las mujeres que dicen bien, pero que consideran inoportunas a las que siempre bien lo decían. La leñadora estaba deshecha en lágrimas.

—¡Ay! ¿dónde están ahora mis hijos, mis pobres hijos? –Una vez lo dijo tan fuerte que los niños, agolpados a la puerta, la oyeron y se pusieron a gritar todos juntos:

—¡Aquí estamos, aquí estamos!

Ella corrió de prisa a abrirles la puerta y les dijo abrazándolos:

—¡Qué contenta estoy de volver a verlos, mis queridos niños! Están bien cansados y tienen hambre; y tú, Pierrot, mira cómo estás de embarrado, ven para limpiarte.

Este Pierrot era su hijo mayor al que amaba más que a todos los demás, porque era un poco pelirrojo, y ella era un poco colorina.

Se sentaron a la mesa y comieron con un apetito que deleitó al padre y la madre; contaban el susto que habían tenido en el bosque y hablaban todos casi al mismo tiempo. Estas buenas gentes estaban felices de ver

nuevamente a sus hijos junto a ellos, y esta alegría duró tanto como duraron los diez escudos. Cuando se gastó todo el dinero, recayeron en su preocupación anterior y nuevamente decidieron perderlos; pero para no fracasar, los llevarían mucho más lejos que la primera vez.

No pudieron hablar de esto tan en secreto como para no ser oídos por Pulgarcito, quien decidió arreglárselas igual que en la ocasión anterior; pero aunque se levantó de madrugada para ir a recoger los guijarros, no pudo hacerlo pues encontró la puerta cerrada con doble llave. No sabía que hacer; cuando la leñadora, les dio a cada uno un pedazo de pan como desayuno; pensó entonces que podría usar su pan en vez de los guijarros, dejándolo caer a migajas a lo largo del camino que recorrerían; lo guardo, pues, en el bolsillo.

El padre y la madre los llevaron al lugar más oscuro y tupido del bosque y tomaron por un sendero apartado y dejaron a los niños.

Pulgarcito no se afligió mucho porque creía que podría encontrar fácilmente el camino por medio de su pan que había diseminado por

todas partes donde había pasado; pero quedó muy sorprendido cuando no pudo encontrar ni una sola miga; habían venido los pájaros y se lo habían comido todo.

Helos ahí, entonces, de lo más afligidos, pues mientras más caminaban más se extraviaban y se hundían en el bosque. Vino la noche, y empezó a soplar un fuerte viento que les producía un susto terrible. Por todos lados creían oír los aullidos de lobos que se acercaban a ellos para comérselos. Casi no se atrevían a hablar ni a darse vuelta. Empezó a caer una lluvia tupida que los caló hasta los huesos; resbalaban a cada paso y caían en el barro de donde se levantaban cubiertos de lodo, sin saber qué hacer con sus manos.

Pulgarcito trepó a la cima de un árbol para ver si descubría algo; girando la cabeza de un lado a otro, divisó una lucecita como de un candil, pero que estaba lejos más allá del bosque. Bajó del árbol; y cuando llegó al suelo, ya no vio nada más; esto lo desesperó. Sin embargo, después de caminar un rato con sus hermanos hacia donde había visto la luz, volvió a divisarla al salir del bosque.

Llegaron a la casa donde estaba el candil no sin pasar muchos sustos, pues de tanto en tanto la perdían de vista, lo que ocurría cada vez que atravesaban un bajo. Golpearon a la puerta y una buena mujer les abrió. Les preguntó qué querían; Pulgarcito le dijo que eran unos pobres niños que se habían extraviado en el bosque y pedían albergue por caridad. La mujer, viéndolos a todos tan lindos, se puso a llorar y les dijo:

—¡Ay! mis pobres niños, ¿dónde han venido a caer? ¿Saben ustedes que esta es la casa de un ogro que se come a los niños?

—¡Ay, señora! –respondió Pulgarcito que temblaba entero igual que sus hermanos–, ¿qué podemos hacer? los lobos del bosque nos comerán con toda seguridad esta noche si usted no quiere cobijarnos en su casa. Siendo así, preferimos que sea el señor quien nos coma; quizás se compadecerá de nosotros, si usted se lo ruega.

La mujer del ogro, que creyó poder esconderlos de su marido hasta la mañana siguiente, los dejó entrar y los llevó a calentarse a la orilla de un buen fuego, pues

había un cordero entero asándose al palo para la cena del ogro.

Cuando empezaban a entrar en calor, oyeron tres o cuatro fuertes golpes en la puerta: era el ogro que regresaba. En el acto la mujer hizo que los niños se ocultaran debajo de la cama y fue a abrir la puerta. El ogro preguntó primero si la cena estaba lista, si habían sacado vino, y en seguida se sentó a la mesa. El cordero estaba aún sangrando, pero por eso mismo lo encontró mejor. Olfateaba a derecha e izquierda, diciendo que olía a carne fresca.

—Tiene que ser –le dijo su mujer–, ese ternero que acabo de preparar lo que sentís.

—Huelo carne fresca –otra vez te lo digo–, repuso el ogro mirando de reojo a su mujer, aquí hay algo que no comprendo.

Al decir estas palabras, se levantó de la mesa y fue derecho a la cama.

—¡Ah –dijo él–, así me quieres engañar, maldita mujer! ¡No sé por qué no te como a ti también! Suerte para ti que eres una bestia vieja. Esta caza me viene muy a tiempo para

festejar a tres ogros amigos que deben venir en estos días.

Sacó a los niños de debajo de la cama, uno tras otro. Los pobres se arrodillaron pidiéndole misericordia; pero estaban ante el más cruel de los ogros quien, lejos de sentir piedad, los devoraba ya con los ojos y decía a su mujer que se convertirían en sabrosos bocados cuando ella les hiciera una buena salsa. Fue a coger un enorme cuchillo y mientras se acercaba a los infelices niños, lo afilaba en una piedra que llevaba en la mano izquierda. Ya había cogido a uno de ellos cuando su mujer le dijo:

—¿Qué queréis hacer a esta hora? ¿No tendréis tiempo mañana por la mañana?

—Cállate –repuso el ogro–, así estarán más tiernos.

—Pero todavía tenéis tanta carne –replicó la mujer–; hay un ternero, dos corderos y la mitad de un puerco

—Tienes razón –dijo el ogro–; dales una buena cena para que no adelgacen, y llévalos a acostarse.

La buena mujer se puso contentísima, y les trajo una buena comida, pero ellos no podían tragar, de puro susto. En cuanto al ogro, siguió bebiendo, encantado de tener algo tan bueno para festejar a sus amigos. Bebió unos doce tragos más que de costumbre, que se le fueron un poco a la cabeza, obligándolo a ir a acostarse.

El ogro tenía siete hijas muy chicas todavía. Estas pequeñas ogresas tenían todas un lindo colorido pues se alimentaban de carne fresca, como su padre; pero tenían ojitos grises muy redondos, nariz ganchuda y boca grande con unos afilados dientes muy separados uno de otro. Aún no eran malvadas del todo, pero prometían bastante, pues ya mordían a los niños para chuparles la sangre.

Las habían acostado temprano, y estaban las siete en una gran cama, cada una con una corona de oro en la cabeza. En el mismo cuarto había otra cama del mismo tamaño; ahí la mujer del ogro puso a dormir a los siete muchachos, después de lo cual se fue a acostar al lado de su marido.

Pulgarcito; que había observado que las hijas del ogro llevaban coronas de oro en la cabeza y temiendo que el ogro se arrepintiera de no haberlos degollado esa misma noche, se levantó en mitad de la noche y tomando los gorros de sus hermanos y el suyo, fue despacito a colocarlos en las cabezas de las niñas, después de haberles quitado sus coronas de oro, las que puso sobre la cabeza de sus hermanos y en la suya a fin de que el ogro los tomase por sus hijas, y a sus hijas por los muchachos que quería degollar.

La cosa resultó tal como había pensado; pues el ogro, habiéndose despertado a medianoche, se arrepintió de haber dejado para el día siguiente lo que pudo hacer la víspera. Salió, pues, bruscamente de la cama, y cogiendo su enorme cuchillo:

—Vamos a ver –dijo–, cómo están estos chiquillos; no lo dejemos para otra vez.

Subió entonces al cuarto de sus hijas y se acercó a la cama donde estaban los muchachos; todos dormían menos Pulgarcito que tuvo mucho miedo cuando sintió la mano del ogro que le tanteaba la cabeza, como había

hecho con sus hermanos. El ogro, que sintió las coronas de oro:

—Verdaderamente –dijo–, ¡buen trabajo habría hecho! Veo que anoche bebí demasiado.

Fue en seguida a la cama de las niñas donde, tocando los gorros de los muchachos:

—¡Ah!, exclamó, ¡aquí están nuestros mozuelos!, trabajemos con coraje.

Diciendo estas palabras, degolló sin trepidar a sus siete hijas. Muy satisfecho después de esta expedición, volvió a acostarse junto a su mujer.

Apenas Pulgarcito oyó los ronquidos del ogro, despertó a sus hermanos y les dijo que se vistieran rápido y lo siguieran. Bajaron muy despacio al jardín y saltaron por encima del muro. Corrieron durante toda la noche, tiritando siempre y sin saber a dónde se dirigían.

El ogro, al despertar, dijo a su mujer:

—Anda arriba a preparar a esos chiquillos de ayer.

Muy sorprendida quedó la ogresa ante la bondad de su marido sin sospechar de qué manera entendía él que los preparara; y creyendo que le ordenaba vestirlos, subió y cuál no seria su asombro al ver a sus siete hijas degolladas y nadando en sangre. Empezó por desmayarse (que es lo primero que discurren casi todas las mujeres en circunstancias parecidas). El ogro, temiendo que la mujer tardara demasiado tiempo en realizar la tarea que le había encomendado, subió para ayudarla. Su asombro no fue menor que el de su mujer cuando vio este horrible espectáculo.

—¡Ay! ¿qué hice? –exclamó–. ¡Me la pagarán estos desgraciados, y en el acto!

Echó un tazón de agua en la nariz de su mujer y haciéndola volver en sí:

—Dame pronto mis botas de siete leguas, le dijo, para ir a agarrarlos.

Se puso en campaña, y después de haber recorrido lejos de uno a otro lado, tomó finalmente el camino por donde iban los pobres muchachos que ya estaban a sólo cien pasos de la casa de sus padres. Vieron al ogro ir

de cerro en cerro, y atravesar ríos con tanta facilidad como si se tratara de arroyuelos. Pulgarcito, que descubrió una roca hueca cerca de donde estaban, hizo entrar a sus hermanos y se metió él también, sin perder de vista lo que hacia el ogro.

Este, que estaba agotado de tanto caminar inútilmente (pues las botas de siete leguas son harto cansadoras), quiso reposar y por casualidad fue a sentarse sobre la roca donde se habían escondido los muchachos. Como no podía más de fatiga, se durmió después de reposar un rato, y se puso a roncar en forma tan espantosa que los niños se asustaron igual que cuando sostenía el enorme cuchillo para cortarles el pescuezo.

Pulgarcito sintió menos miedo, y les dijo a sus hermanos que huyeran de prisa a la casa mientras el ogro dormía profundamente y que no se preocuparan por él. Le obedecieron y partieron raudos a casa.

Pulgarcito, acercándose al ogro le sacó suavemente las botas y se las puso rápidamente. Las botas eran bastante anchas y grandes; pero como eran mágicas, tenían el

don de adaptarse al tamaño de quien las calzara, de modo que se ajustaron a sus pies y a sus piernas como si hubiesen sido hechas a su medida. Partió derecho a casa del ogro donde encontró a su mujer que lloraba junto a sus hijas degolladas.

—Su marido –le dijo Pulgarcito–, está en grave peligro; ha sido capturado por una banda de ladrones que han jurado matarlo si él no les da todo su oro y su dinero. En el momento en que lo tenían con el puñal al cuello, me divisó y me pidió que viniera a advertirle del estado en que se encuentra, y a decirle que me dé todo lo que tenga disponible en la casa sin guardar nada, porque de otro modo lo matarán sin misericordia. Como el asunto apremia, quiso que me pusiera sus botas de siete leguas para cumplir con su encargo, también para que usted no crea que estoy mintiendo.

La buena mujer, asustadísima, le dio en el acto todo lo que tenía: pues este ogro no dejaba de ser buen marido, aun cuando se comiera a los niños. Pulgarcito, entonces, cargado con todas las riquezas del ogro, volvió a la casa de su padre donde fue recibido con la mayor alegría.

Hay muchas personas que no están de acuerdo con esta última circunstancia, y sostienen que Pulgarcito jamás cometió ese robo; que, por cierto, no tuvo ningún escrúpulo en quitarle las botas de siete leguas al ogro porque éste las usaba solamente para perseguir a los niños. Estas personas aseguran saberlo de buena fuente, hasta dicen que por haber estado comiendo y bebiendo en casa del leñador. Aseguran que cuando Pulgarcito se calzó las botas del ogro, partió a la corte, donde sabía que estaban preocupados por un ejército que se hallaba a doscientas leguas, y por el éxito de una batalla que se había librado. Cuentan que fue a ver al rey y le dijo que si lo deseaba, él le traería noticias del ejército esa misma tarde. El rey le prometió una gruesa cantidad de dinero si cumplía con este cometido.

Pulgarcito trajo las noticias esa misma tarde, y habiéndose dado a conocer por este primer encargo, ganó todo lo que quiso; pues el rey le pagaba generosamente por transmitir sus órdenes al ejército; además, una cantidad de damas le daban lo que él pidiera por traerles noticias de sus amantes, lo que le

proporcionaba sus mayores ganancias. Había algunas mujeres que le encargaban cartas para sus maridos, pero le pagaban tan mal y representaba tan poca cosa, que ni se dignaba tomar en cuenta lo que ganaba por ese lado.

Después de hacer durante algún tiempo el oficio de correo, y de haber amasado grandes bienes, regresó donde su padre, donde la alegría de volver a verlo es imposible de describir. Estableció a su familia con las mayores comodidades. Compró cargos recién creados para su padre y sus hermanos y así fue colocándolos a todos, formando a la vez con habilidad su propia corte.

FIN

MORALEJA

Nadie se lamenta de una larga descendencia
cuando todos los hijos tienen buena presencia,
son hermosos y bien desarrollados;
mas si alguno resulta enclenque o silencioso
de él se burlan, lo engañan y se ve
despreciado.

A veces, sin embargo, será este mocoso
el que a la familia ha de colmar de agrados.

https://cuentosinfantiles.top

Rapunzel

Hermanos Grimm

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Había una vez un hombre y una mujer que vivían solos y desconsolados por no tener hijos, hasta que, por fin, la mujer concibió la esperanza de que Dios se disponía a satisfacer su anhelo. La casa en que vivían tenía en la pared trasera una ventanita que daba a un magnífico jardín, en el que crecían espléndidas flores y plantas; pero estaba rodeado de un alto muro y nadie osaba entrar en él, ya que pertenecía a una bruja muy poderosa y temida de todo el mundo. Un día se asomó la mujer a aquella ventana a contemplar el jardín, y vio un bancal plantado de hermosísimas verduras, tan frescas y verdes, que despertaron en ella un violento antojo de comerlas. El antojo fue en aumento cada día que pasaba, y como la mujer lo creía irrealizable, iba perdiendo el color y desmirriándose, a ojos vistas. Viéndola tan desmejorada, le preguntó asustado su marido:

—¿Qué te ocurre, mujer?

— ¡Ay!— exclamó ella, —me moriré si no puedo comer las verduras del jardín que hay detrás de nuestra casa.

El hombre, que quería mucho a su esposa, pensó: o

«Antes que dejarla morir conseguiré las verduras, cueste lo que cueste.»

Y, al anochecer, saltó el muro del jardín de la bruja, arrancó precipitadamente un puñado de verduras y las llevó a su mujer. Ésta se preparó enseguida una ensalada y se la comió muy a gusto; y tanto le gustaron, que, al día siguiente, su afán era tres veces más intenso. Si quería gozar de paz, el marido debía saltar nuevamente al jardín. Y así lo hizo, al anochecer. Pero apenas había puesto los pies en el suelo, tuvo un terrible sobresalto, pues vio surgir ante sí la bruja.

—¿Cómo te atreves,— le dijo ésta con mirada iracunda, —a entrar cual ladrón en mi jardín y robarme las verduras? Lo pagarás muy caro.

— ¡Ay!— respondió el hombre, —tened compasión de mí. Si lo he hecho, ha sido por una gran necesidad: mi esposa vio desde la ventana vuestras verduras y sintió un antojo tan grande de comerlas, que si no las tuviera se moriría.

La hechicera se dejó ablandar y le dijo:

—Si es como dices, te dejaré coger cuantas verduras quieras, con una sola condición: tienes que darme el hijo que os nazca. Estará bien y lo cuidaré como una madre.

Tan apurado estaba el hombre, que se avino a todo y, cuando nació el hijo, que era una niña, se presentó la bruja y, después de ponerle el nombre de Rapunzel; se la llevó.

Rapunzel era la niña más hermosa que viera el sol. Cuando cumplió los doce años, la hechicera la encerró en una torre que no tenía puertas ni escaleras y se alzaba en medio de un bosque; únicamente en lo alto había una diminuta ventana. Cuando la bruja quería entrar, se colocaba al pie y gritaba:

—¡Rapunzel, Rapunzel, Suéltame tu cabellera!

Rapunzel tenía un cabello magnífico y larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en torno a un gancho de la ventana y las dejaba colgantes: y como tenían veinte varas de longitud, la bruja trepaba por ellas.

Al cabo de algunos años, sucedió que el hijo del Rey, se encontraba en el bosque, acertó a pasar junto a la torre y oyó un canto tan melodioso, que hubo de detenerse a escucharlo. Era Rapunzel, que entretenía su soledad lanzando al aire su dulcísima voz. El príncipe quiso subir hasta ella y buscó la puerta de la torre, pero, no al no encontrar ninguna, se volvió a palacio. No obstante, aquel canto lo había arrobado de tal modo, que todos los días iba al bosque a escucharlo. Hallándose una vez oculto detrás de un árbol, vio que se acercaba la hechicera, y la oyó que gritaba, dirigiéndose a o alto:

—¡Rapunzel, Rapunzel, Suéltame tu cabellera!

Rapunzel soltó sus trenzas, y la bruja se encaramó a lo alto de la torre.

—Si ésta es la escalera para subir hasta allí,— se dijo el príncipe, —también yo probaré fortuna.

Y al día siguiente, cuando ya comenzaba a oscurecer, se encaminó al pie de la torre y dijo:

—¡Rapunzel, Rapunzel, Suéltame tu cabellera!

Enseguida descendió la trenza, y el príncipe subió.

En el primer momento, Rapunzel se asustó mucho al ver un hombre, pues jamás sus ojos habían visto ninguno. Pero el príncipe le dirigió la palabra con gran afabilidad y le explicó que su canto había impresionado de tal manera su corazón, que ya no había gozado de un momento de paz hasta hallar la manera de subir a verla. Al escucharlo perdió Rapunzel el miedo, y cuando él le preguntó si lo quería por esposo, viendo la muchacha que era joven y apuesto, pensó: «Me querrá más que la vieja» y le respondió, poniendo la mano en la suya:

—Sí; mucho deseo irme contigo; pero no sé cómo bajar de aquí. Cada vez que vengas, tráete una madeja de seda; con ellas trenzaré una escalera y, cuando esté terminada, bajaré y tú me llevarás en tu caballo.

Convinieron en que hasta entonces el príncipe acudiría todas las noches, ya que de

día iba la vieja. La hechicera nada sospechaba, hasta que un día Rapunzel le preguntó:

—Decidme, tía Gothel, ¿cómo es que me cuesta mucho más subiros a vos que al príncipe, que está arriba en un santiamén?

—¡Ah, malvada!— exclamó la bruja, —¿qué es lo que oigo? Pensé que te había aislado de todo el mundo, y, sin embargo, me has engañado.

Y, furiosa, cogió las hermosas trenzas de Rapunzel, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empujando unas tijeras con la derecha, zis, zas, en un abrir y cerrar de ojos se las cortó, y tiró al suelo la espléndida cabellera. Y fue tan despiadada, que condujo a la pobre Rapunzel a un lugar desierto, condenándola a una vida de desolación y miseria.

El mismo día en que se había llevado a la muchacha, la bruja ató las trenzas cortadas al gancho de la ventana, y cuando se presentó el príncipe y dijo:

—¡Rapunzel, Rapunzel, Suéltame tu cabellera!

La bruja las soltó, y por ellas subió el hijo del Rey. Pero en vez de encontrar a su adorada Rapunzel se encontró cara a cara con la hechicera, que lo miraba con ojos malignos y perversos:

—¡Ajá! —exclamó en tono de burla, —querías llevarte a la niña bonita; pero el pajarillo ya no está en el nido ni volverá a cantar. El gato lo ha cazado, y también a ti te sacará los ojos. Rapunzel está perdida para ti; jamás volverás a verla.

El príncipe, fuera de sí de dolor y desesperación, se arrojó desde lo alto de la torre. Salvó la vida, pero los espinos sobre los que fue a caer se le clavaron en los ojos, y el infeliz hubo de vagar errante por el bosque, ciego, alimentándose de raíces y bayas y llorando sin cesar la pérdida de su amada mujercita. Y así anduvo sin rumbo, mísero y triste, hasta que llegó al desierto en que vivía Rapunzel. Y un día oyó el príncipe una voz que le pareció conocida y, al acercarse, lo reconoció Rapunzel y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas le humedecieron los ojos, y en el mismo momento se le

aclararon, volviendo a ver como antes. La llevó a su reino, donde fue recibido con gran alegría, y vivieron muchos años contentos y felices.

FIN

https://cuentosinfantiles.top

Ricitos de Oro

Robert Southey

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Erase una vez una niña a la que todos conocían como Ricitos de Oro.

A la pequeña le encantaba pasear y recoger flores en el campo. Una mañana, Ricitos de Oro se alejó algo más de lo normal y acabo perdida en el bosque.

De pronto, vio una preciosa casita a lo lejos y decidió acercarse para pedir ayuda.

Pero cuando llegó no encontró a nadie. Sin embargo, la pequeña, que era bastante curiosa, decidió entrar en la casa, aunque nadie le había dado permiso.

Dentro, todo era muy acogedor; había flores y unas preciosas cortinas de encaje. Olía a sopa recién hecha y, de hecho, había tres platos llenos, que parecía que estaban esperando a ser comidos.

Ricitos de Oro estaba hambrienta, así que decidió comer algo. Probó la comida del plato más grande, pero estaba demasiado caliente. Entonces, decidió probar la sopa del plato mediano, pero estaba muy fría. Sin embargo, la sopa del plato pequeño estaba justo a su gusto,

templada, ni muy fría, ni muy caliente y, casi sin darse cuenta, se tomó el plato entero.

Después, se sintió algo cansada y se dirigió hacia la chimenea, donde también había tres butacas perfectas para reposar la comida. Se sentó en la primera, pero era demasiado blanda. Luego, se acomodó en la segunda, pero era una mecedora de madera y a Ricitos le pareció tremendamente dura. Al fin se sentó en una butaca algo más pequeña, pero muy cómoda, ni demasiado blanda, ni demasiado dura. Estaba a punto de echar una cabezadita cuando la butaca se rompió, tal vez era demasiado pequeña para el peso de la niña.

La pequeña siguió curioseando la casa y, al fin, encontró el dormitorio donde había tres preciosas camas.

Probó la cama más grande y ancha que había en la habitación, pero era tan blanda que casi se quedó atrapada en ella. De un salto se pasó a la cama mediana, pero era tan dura que cuando cayó sobre el colchón se hizo un chichón. Algo dolorida y muy cansada se tumbó en la cama más pequeña. Esta última

era tan cómoda que no pudo evitar quedarse profundamente dormida.

Los dueños de la casa, una familia de osos, regresaron de su paseo diario.

Papá Oso, Mamá Osa y el Pequeño Osito entraron en su casa y notaron algo extraño.

— Alguien ha probado mi sopa — dijo Papá Oso.

— Y la mía — indicó Mamá Osa.

— Pues alguien se ha comido todo mi plato de sopa y no me ha dejado nada — se lamentó el Pequeño Oso.

La familia estaba bastante confusa y se acercó a la chimenea para intentar averiguar qué estaba pasando.

Entonces, Papá Oso se dio cuenta de que su butaca había sido usada. Mamá Osa también observó que su mecedora no estaba en su lugar de siempre. De pronto, el pequeño Osito comenzó a llorar — alguien se ha sentado en mi butaca y la ha roto —

Mientras Papá y Mamá consolaban al pequeño, les pareció escuchar un ruido en la habitación.

Papá Oso se dirigió al dormitorio, seguido de Mamá Osa y Osito.

Las camas de mamá y papá Oso estaban deshechas, pero lo realmente increíble fue que en la cama del Osito había una niña de rizos color oro, que descansaba plácidamente sin que nadie la hubiese invitado.

El Osito gritó —seguro que ha sido ella la que se ha comido mi sopa y roto mi butaca y ahora está estropeando mi cama—

La familia de osos estaba bastante enfadada, pues no sabía quién era aquella niña, ni porqué había entrado en su hogar.

Con tanto alboroto, Ricitos de Oro se despertó y se encontró con los tres osos que la miraban fijamente.

Fue tal el susto que se llevó que salió de un salto por la ventana y corrió tanto que rápidamente encontró su casa.

Cuando Ricitos le contó a su madre lo sucedido, esta le dijo — Siento mucho el susto que te has llevado pequeña, pero cómo crees que se han debido sentir ellos al ver que has invadido su casa, roto sus pertenencias y

alborotado su dormitorio, sin que nadie te hubiese invitado —

Ricitos de Oro entendió que no debía tomar las cosas de otras personas o animales sin que le dieran permiso y, arrepentida por su comportamiento, decidió regalar al pequeño oso su sofá favorito, en compensación por el que le había roto.

Y así fue como una mañana, cuando la familia de osos volvía de pasear, se encontró un precioso sofá en la puerta de su casa…y supo que era Ricitos de Oro, que les pedía disculpas.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

La Sirenita

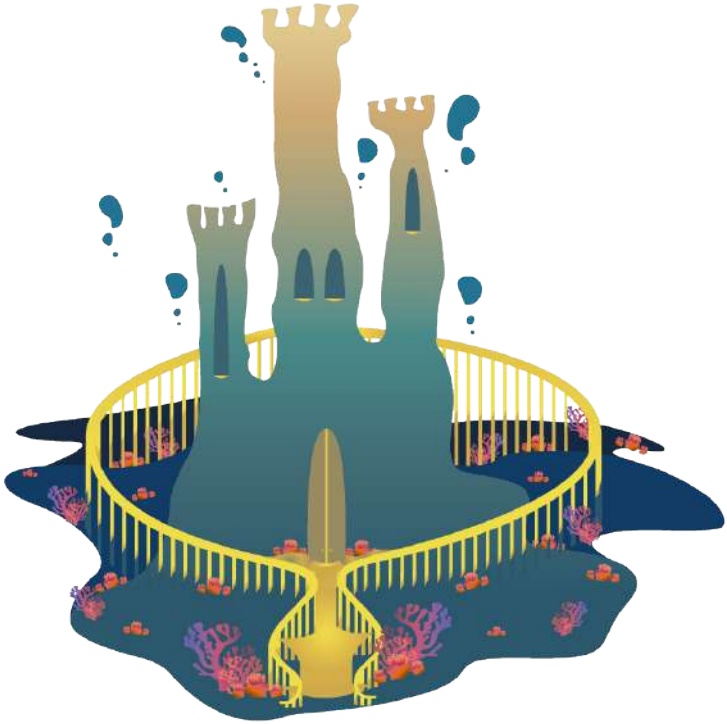
Hans Christian Andersen

La Sirenita

Hans Christian Andersen

En el fondo del más azul de los océanos había un maravilloso palacio en el cual habitaba el Rey del Mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca. Vivía en esta espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas.

La Sirenita, la más joven, además de ser la más bella, poseía una



voz maravillosa; cuando cantaba acompañándose con el arpa, los peces acudían de todas partes para escucharla, las conchas se abrían, mostrando sus perlas, y las medusas al oírla dejaban de flotar.

La pequeña sirena casi siempre estaba cantando, y cada vez que lo hacía levantaba la vista buscando la débil luz del sol, que a duras penas se filtraba a través de las aguas profundas.

—¡Oh! ¡Cuánto me gustaría salir a la superficie para ver por fin el cielo que todos dicen que es tan bonito, y escuchar la voz de los hombres y oler el perfume de las flores!

—Todavía eres demasiado joven —respondió la abuela—. Dentro de unos años, cuando tengas quince, el rey te dará permiso para subir a la superficie, como a tus hermanas.

La Sirenita soñaba con

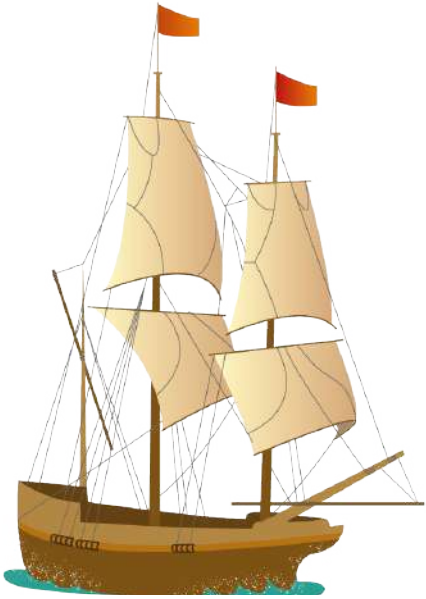
el mundo de los hombres, el cual conocía a través de los relatos de sus hermanas, a quienes interrogaba durante horas para satisfacer su inagotable curiosidad cada vez que volvían de la superficie. En este tiempo, mientras esperaba salir a la superficie para conocer el universo ignorado, se ocupaba de su maravilloso jardín adornado con flores marítimas. Los caballitos de mar le hacían compañía y los delfines se le acercaban para jugar con ella; únicamente las estrellas de mar, quisquillosas, no respondían a su llamada.

Por fin llegó el cumpleaños tan esperado y, durante toda la noche precedente, no consiguió dormir. A la mañana siguiente el padre la llamó y, al acariciarle sus largos y rubios cabellos, vio esculpida en su hombro una hermosísima flor.

—¡Bien, ya puedes salir a respirar el aire y ver el cielo! ¡Pero recuerda que el mundo de arriba no es el nuestro, sólo podemos admirarlo! Somos hijos del mar y no tenemos alma como los hombres. Sé prudente y no te acerques a ellos. ¡Sólo te traerían desgracias!

Apenas su padre terminó de hablar, la Sirenita le dio un beso y se dirigió hacia la superficie, deslizándose ligera. Se sentía tan veloz que ni siquiera los peces conseguían alcanzarla. De repente emergió del agua. ¡Qué fascinante! Veía por primera vez el cielo azul y las primeras estrellas centelleantes al anochecer. El sol, que ya se había puesto en el horizonte, había dejado sobre las olas un reflejo dorado que se diluía lentamente. Las gaviotas revoloteaban por encima de La Sirenita y dejaban oír sus alegres graznidos de bienvenida. —¡Qué hermoso es todo! —exclamó feliz, dando palmadas.

Pero su asombro y admiración aumentaron todavía: una nave se acercaba despacio al escollo donde estaba la Sirenita. Los marinos echaron el ancla, y la nave, así amarrada, se balanceó sobre la superficie del mar en calma.



La Sirenita escuchaba sus voces y comentarios. “¡Cómo me gustaría hablar con ellos!”, pensó. Pero al decirlo, miró su larga cola cimbreante, que tenía en lugar de piernas, y se sintió acongojada: “¡Jamás seré como ellos!”

A bordo parecía que todos estuviesen poseídos por una extraña animación y, al cabo de poco, la noche se llenó de vítores: “¡Viva nuestro capitán! ¡Vivan sus veinte años!” La pequeña sirena, atónita y extasiada, había descubierto mientras tanto al joven al que iba dirigido todo aquel alborozo. Alto, moreno, de porte real, sonreía feliz. La Sirenita no podía dejar de mirarlo y una extraña sensación de alegría y sufrimiento al mismo tiempo, que nunca había sentido con anterioridad, le oprimió el corazón.

La fiesta seguía a bordo, pero el mar se encrespaba cada vez más. La Sirenita se dio cuenta en seguida del peligro que corrían aquellos hombres: un viento helado y repentino agitó las olas, el cielo entintado de negro se desgarró con relámpagos amenazantes y una terrible borrasca sorprendió a la nave desprevenida.

—¡Cuidado! ¡El mar...! —en vano la Sirenita gritó y gritó.

Pero sus gritos, silenciados por el rumor del viento, no fueron oídos, y las olas, cada vez más altas, sacudieron con fuerza la nave. Después, bajo los gritos desesperados de los marineros, la arboladura y las velas se abatieron sobre cubierta, y con un siniestro fragor el barco se hundió. La Sirenita, que momentos antes había

visto cómo el joven capitán caía al mar, se puso a nadar para socorrerlo. Lo buscó inútilmente durante mucho rato entre las olas gigantescas. Había casi renunciado, cuando de improviso, milagrosamente, lo vio sobre la cresta blanca de una ola cercana y, de golpe, lo tuvo en sus brazos.

El joven estaba inconsciente, mientras la Sirenita, nadando con todas sus fuerzas, lo sostenía para rescatarlo de una muerte segura. Lo sostuvo hasta

que la tempestad amainó. Al alba, que despuntaba sobre un mar todavía lívido, la Sirenita se sintió feliz al acercarse a tierra y poder depositar el cuerpo del joven sobre la arena de la playa. Al no poder andar, permaneció mucho tiempo a su lado con la cola lamiendo el agua, frotando las manos del joven y dándole calor con su cuerpo. Hasta que un murmullo de voces que se aproximaban la obligaron a buscar refugio en el mar.

—¡Corran! ¡Corran! —gritaba una dama de forma atolondrada— ¡Hay un hombre en la playa! ¡Está vivo! ¡Pobrecito...! ¡Ha sido la tormenta...! Llevémoslo al castillo! ¡No! ¡No! Es mejor pedir ayuda...

La primera cosa que vio el joven al recobrar el conocimiento, fue el hermoso semblante de la más joven de las tres damas. —¡Gracias por haberme salvado! —le susurró a la bella desconocida.

La Sirenita, desde el agua, vio que el hombre al que había salvado se dirigía hacia el castillo, ignorante de que fuese ella, y no la otra, quien lo había salvado.

Pausadamente nadó hacia el mar abierto; sabía que, en aquella playa, detrás suyo, había dejado algo de lo que nunca hubiera querido separarse. ¡Oh! ¡Qué maravillosas habían sido las horas transcurridas durante la tormenta teniendo al joven entre sus brazos!

Cuando llegó a la mansión paterna, la Sirenita empezó su relato, pero de pronto sintió un nudo en la garganta y, echándose a llorar, se refugió en su habitación. Días y más días permaneció encerrada sin querer ver a nadie, rehusando incluso hasta los alimentos. Sabía que su amor por el joven capitán era un amor sin esperanza, porque ella, la Sirenita, nunca podría casarse con un hombre.

Sólo la Hechicera de los Abismos podía socorrerla. Pero, ¿a qué precio? A pesar de todo decidió consultarla.

—¡...Por consiguiente, quieres deshacerte de tu cola de pez! Y supongo que querrás dos piernas. ¡De acuerdo! Pero deberás sufrir atrozmente y, cada vez que pongas los pies en el suelo sentirás un terrible dolor.

—¡No me importa —respondió la Sirenita con lágrimas en los ojos— a condición de que pueda volver con él!

—¡No he terminado todavía! —dijo la vieja—. ¡Deberás darme tu hermosa voz y te quedarás muda para siempre! Pero recuerda: si el hombre que amas se casa con otra, tu cuerpo desaparecerá en el agua como la espuma de una ola.

—¡Acepto! —dijo por último la Sirenita y, sin dudar un instante, le pidió el frasco que contenía la poción prodigiosa. Se dirigió a la playa y, en las proximidades de su mansión, emergió a la superficie; se arrastró a duras penas por la orilla y se bebió la pócima de la hechicera.

Inmediatamente, un fuerte dolor le hizo perder el conocimiento y cuando volvió en sí, vio a su lado, como entre brumas, aquel semblante tan querido sonriéndole.

El príncipe allí la encontró y, recordando que también él fue un náufrago, cubrió tiernamente con su capa aquel cuerpo que el mar había traído.

—No temas —le dijo de repente—. Estás a salvo. ¿De dónde vienes?

Pero la Sirenita, a la que la bruja dejó muda, no pudo responderle.

—Te llevaré al castillo y te curaré.

Durante los días siguientes, para la Sirenita empezó una nueva vida: llevaba maravillosos vestidos y acompañaba al príncipe en sus paseos. Una noche fue invitada al baile que daba la corte, pero tal y como había predicho la bruja, cada paso, cada movi-

miento de las piernas le producía atroces dolores como premio de poder vivir junto a su amado. Aunque no pudiese responder con palabras a las atenciones del príncipe, éste le tenía afecto y la colmaba de gentilezas. Sin embargo, el joven tenía en su corazón a la desconocida dama que había visto cuando fue rescatado después del naufragio.

Desde entonces no la había visto más porque, después de ser salvado, la desconocida dama tuvo que partir de inmediato a su país. Cuando estaba con la Sirenita, el príncipe le profesaba a ésta un sincero afecto, pero no desaparecía la otra de su pensamiento. Y la pequeña sirena, que se daba cuenta de que no era ella la predilecta del joven, sufría aún más. Por las noches, la Sirenita dejaba a escondidas el castillo para ir a llorar junto a la playa.

Pero el destino le reservaba otra sorpresa. Un día, desde lo alto del torreón del castillo, fue avistada una gran nave que se acercaba al puerto, y el príncipe decidió ir a recibirla acompañado de la Sirenita.

La desconocida que el príncipe llevaba en el corazón bajó del barco y, al verla, el joven corrió feliz a su encuentro. La Sirenita, petrificada, sintió un agudo dolor en el corazón. En aquel momento supo que perdería a su príncipe para siempre. La desconocida dama fue pedida en matrimonio por el príncipe enamorado, y la dama lo aceptó con agrado, puesto que ella también estaba enamorada. Al cabo de unos días de celebrarse la boda, los esposos fueron invitados a hacer un viaje por mar en la gran nave que estaba amarrada todavía en el puerto. La Sirenita también subió a bordo con ellos, y el viaje dio comienzo. Al caer la noche, la Sirenita, angustiada por haber perdido para siempre a su amado, subió a cubierta. Recordando la profecía de la hechicera, estaba dispuesta a sacrificar su vida y a desaparecer en el mar. Procedente del mar, escuchó la llamada de sus hermanas:

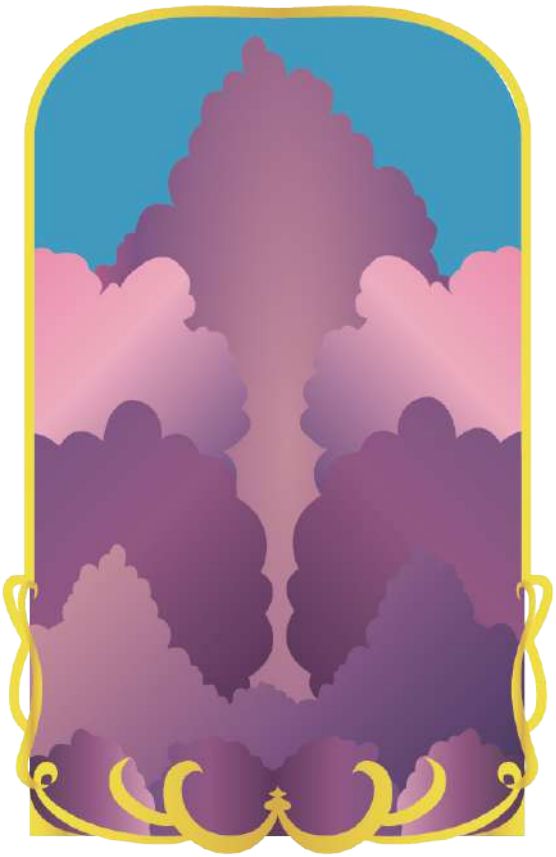
—¡Sirenita!¡Sirenita! ¡Somos nosotras, tus hermanas! ¡Mira! ¿Ves este puñal? Es un puñal mágico que hemos obtenido de la bruja a cambio de nuestros cabellos. ¡Tómalo y, antes de que amanezca, mata al príncipe! Si lo haces, podrás volver a ser una sirenita como antes y olvidarás todas tus penas.

Como en un sueño, la Sirenita, sujetando el puñal, se dirigió hacia el camarote de los esposos. Mas cuando vio el semblante del príncipe durmiendo, le dio un beso furtivo y subió de nuevo a cubierta. Cuando ya amanecía, arrojó el arma al mar, dirigió una última mirada al mundo que dejaba y se lanzó entre las olas, dispuesta a desaparecer y volverse espuma.

Cuando el sol despuntaba en el horizonte, lanzó un rayo amarillento sobre el mar y, la Sirenita, desde las aguas heladas, se volvió para ver la luz por última vez. Pero de improviso, como por encanto, una fuerza misteriosa la arrancó del agua y la transportó

hacia lo más alto del cielo. Las nubes se teñían de rosa y el mar rugía con la primera brisa de la mañana, cuando la pequeña sirena oyó cuchichear en medio de un sonido de campanillas:

—¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Ven con nosotras! —¿Quiénes son? —murmuró la muchacha, dándose cuenta de que había recobrado la voz —. ¿Dónde están?



—Estás con nosotras en el cielo. Somos las hadas del viento. No tenemos alma como los hombres, pero es nuestro deber ayudar a quienes hayan demostrado buena voluntad hacia ellos.

La Sirenita, conmovida, miró hacia abajo, hacia el mar en el que navegaba el barco del príncipe, y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, mientras las hadas le susurraban:

—¡Fíjate! Las flores de la tierra esperan que nuestras lágrimas se transformen en rocío de la mañana. ¡Ven con nosotras! Volemos hacia los países cálidos, donde el aire mata a los hombres, para llevar ahí un viento fresco. Por donde pasemos llevaremos socorros y consuelos, y cuando hayamos hecho el bien durante trescientos años, recibiremos un alma inmortal y podremos participar de la eterna felicidad de los hombres —le decían.

—¡Tú has hecho con tu corazón los mismos esfuerzos que nosotras, has sufrido y salido victoriosa de tus pruebas y te has elevado hasta el mundo de los espíritus del aire, donde no depende más que de ti conquistar un alma inmortal por tus buenas acciones! —le dijeron.

Y la Sirenita, levantando los brazos al cielo, lloró por primera vez.

Oyéronse de nuevo en el buque los cantos de alegría: vio al Príncipe y a su linda esposa mirar con melancolía la espuma jugetona de las olas.

La Sirenita, en estado invisible, abrazó a la esposa del Príncipe, envió una sonrisa al esposo, y en seguida subió con las demás hijas del viento envuelta en una nube color de rosa que se elevó hasta el cielo.

!FIN!

Material autoriazado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE".

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

El intrépido soldadito de plomo

Hans Christian Andersen

1805-1875

BIBLIOTECA DIGITAL ONILCE

EL INTRÉPIDO SOLDADITO DE PLOMO

Éranse una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, pues los habían fundido de una misma cuchara vieja. Llevaban el fusil al hombro y miraban de frente; el uniforme era precioso, rojo y azul. La primera palabra que escucharon en cuanto se levantó la tapa de la caja que los contenía fue: «¡Soldados de plomo!». La pronunció un chiquillo, dando una gran palmada. Eran el regalo de su cumpleaños, y los alineó sobre la mesa. Todos eran exactamente iguales, excepto uno, que se distinguía un poquito de los demás: le faltaba una pierna, pues había sido fundido el último, y el plomo no alcanzó. Pero con una pierna, se sostenía tan firme como los otros con dos, y de él precisamente vamos a hablar aquí.

En la mesa donde los colocaron había otros muchos juguetes, y entre ellos destacaba un bonito castillo de papel, por cuyas ventanas se

veían las salas interiores. Enfrente, unos arbolitos rodeaban un espejo que semejaba un lago, en el cual flotaban y se reflejaban unos cisnes de cera. Todo era en extremo primoroso, pero lo más lindo era una muchachita que estaba en la puerta del castillo. De papel también ella, llevaba un hermoso vestido y una estrecha banda azul en los hombros, a modo de fajín, con una reluciente estrella de oropel en el centro, tan grande como su cara. La chiquilla tenía los brazos extendidos, pues era una bailarina, y una pierna levantada, tanto, qué el soldado de plomo, no alcanzando a descubrirla, acabó por creer que sólo tenía una, como él.

«He aquí la mujer que necesito —pensó—. Pero está muy alta para mí: vive en un palacio, y yo por toda vivienda sólo tengo una caja, y además somos veinticinco los que vivimos en ella; no es lugar para una princesa. Sin embargo, intentaré establecer relaciones».

Y se situó detrás de una tabaquera que había sobre la mesa, desde la cual pudo contemplar a sus anchas a la distinguida damita, que continuaba sosteniéndose sobre un pie sin caerse.

Al anochecer, los soldados de plomo fueron guardados en su caja, y los habitantes de la casa se retiraron a dormir. Éste era el momento que los juguetes aprovechaban para jugar por su cuenta, a "visitas", a "guerra", a "baile"; los soldados de plomo alborotaban en su caja, pues querían participar en las diversiones; mas no podían levantar la tapa. El cascanueces todo era dar volteretas, y el pizarrín venga divertirse en la pizarra. Con el ruido se despertó el canario, el cual intervino también en el jolgorio, recitando versos. Los únicos que no se movieron de su sitio fueron el soldado de plomo y la bailarina; ésta seguía sosteniéndose sobre la punta del pie, y él sobre su única pierna; pero sin desviar ni por un momento los ojos de ella.

El reloj dio las doce y, ¡pum!, saltó la tapa de la tabaquera; pero lo que había dentro no era rapé, sino un duendecillo negro. Era un juguete sorpresa.

—Soldado de plomo —dijo el duende—, ¡no mires así!

Pero el soldado se hizo el sordo.

— ¡Espera a que llegue la mañana, ya verás! —añadió el duende.

Cuando los niños se levantaron, pusieron el soldado en la ventana, y, sea por obra del duende o del viento, abrióse ésta de repente, y el soldadito se precipitó de cabeza, cayendo desde una altura de tres pisos. Fue una caída terrible. Quedó clavado de cabeza entre los adoquines, con la pierna estirada y la bayoneta hacia abajo.

La criada y el chiquillo bajaron corriendo a buscarlo; mas, a pesar de que casi lo pisaron, no pudieron encontrarlo. Si el soldado hubiese gritado: «¡Estoy aquí!», indudablemente habrían

dado con él, pero le pareció indecoroso gritar, yendo de uniforme.

He aquí que comenzó a llover; las gotas caían cada vez más espesas, hasta convertirse en un verdadero aguacero. Cuando aclaró, pasaron por allí dos mozalbetes callejeros

—¡Mira! —exclamó uno—. ¡Un soldado de plomo! ¡Vamos a hacerle navegar! Con un papel de periódico hicieron un barquito, y, embarcando en él, al soldado, lo pusieron en el arroyo; el barquichuelo fue arrastrado por la corriente, y los chiquillos seguían detrás de él dando palmadas de contento. ¡Dios nos proteja! ¡y qué olas, y qué corriente! No podía ser de otro modo, con el diluvio que había caído. El bote de papel no cesaba de tropezar y tambalearse, girando a veces tan bruscamente, que el soldado por poco se marea; sin embargo, continuaba impertérrito, sin pestañear, mirando siempre de frente y siempre arma al hombro.

De pronto, el bote entró bajo un puente del arroyo; aquello estaba oscuro como en su caja.

«¿Dónde iré a parar? —pensaba—. De todo esto tiene la culpa el duende. ¡Ay, si al menos aquella muchachita estuviese conmigo en el bote! ¡Poco me importaría esta oscuridad!».

De repente salió una gran rata de agua que vivía debajo el puente.

—¡Alto! —gritó—. ¡A ver, tu pasaporte! Pero el soldado de plomo no respondió; únicamente oprimió con más fuerza el fusil.

La barquilla siguió su camino, y la rata tras ella. ¡Uf! ¡Cómo rechinaba los dientes y gritaba a las virutas y las pajas:

—¡Detenedlo, detenedlo! ¡No ha pagado peaje! ¡No ha mostrado el pasaporte!

La corriente se volvía cada vez más impetuosa. El soldado veía ya la luz del sol al extremo del túnel.

Pero entonces percibió un estruendo capaz de infundir terror al más valiente.

Imaginad que, en el punto donde terminaba el puente, el arroyo se precipitaba en un gran canal. Para él, aquello resultaba tan peligroso como lo sería para nosotros el caer por una alta catarata.

Estaba ya tan cerca de ella, que era imposible evitarla. El barquito salió disparado, pero nuestro pobre soldadito seguía tan firme como le era posible. ¡Nadie podía decir que había pestañeado siquiera! La barquita describió dos o tres vueltas sobre sí misma con un ruido sordo, inundándose hasta el borde; iba a zozobrar. Al soldado le llegaba el agua al cuello. La barca se hundía por momentos, y el papel se deshacía; el agua cubría ya la cabeza del soldado, que, en aquel momento se acordó de la linda bailarina, y cuyo rostro nunca volvería a contemplar. Le pareció que le decían al oído:

«¡Adiós, adiós, guerrero! ¡Tienes que sufrir la muerte!».

Se desgarró entonces el papel, y el soldado se fue al fondo, pero en el mismo momento se lo tragó un gran pez.

¡Allí sí se estaba oscuro! Peor aún que bajo el puente del arroyo; y, además, ¡tan estrecho! Pero el soldado seguía firme, tendido cuan largo era, sin soltar el fusil.

El pez continuó sus evoluciones y horribles movimientos, hasta que, por fin, se quedó quieto, y en su interior penetró un rayo de luz.

De pronto se hizo una gran claridad, y alguien exclamó:

—¡El soldado de plomo! —El pez había sido pescado, llevado al mercado y vendido; y, ahora estaba en la cocina, donde la cocinera lo abría con un gran cuchillo. Cogiendo por el cuerpo con dos dedos el soldadito, lo llevó a la sala, pues todos querían ver aquel personaje extraño salido del estómago del pez; pero el soldado de plomo no se sentía nada orgulloso. Lo pusieron de pie sobre la

mesa y —¡qué cosas más raras ocurren a veces en el mundo!— se encontró en el mismo cuarto de antes, con los mismos niños y los mismos juguetes sobre la mesa, sin que faltase el soberbio palacio y la linda bailarina, siempre sosteniéndose sobre la punta del pie y con la otra pierna al aire. Aquello conmovió a nuestro soldado, y estuvo a punto de llorar lágrimas de plomo. Pero habría sido poco digno de él. La miró sin decir palabra. En éstas, uno de los chiquillos, cogiendo al soldado, lo tiró a la chimenea, sin motivo alguno; seguramente la culpa la tuvo el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo quedó todo iluminado y sintió un calor espantoso, aunque no sabía si era debido al fuego o al amor. Sus colores se habían borrado, también, a consecuencia del viaje o por la pena que sentía; nadie habría podido decirlo.

Miró de nuevo a la muchacha, se encontraron las miradas de los dos, y él sintió que se derretía, pero siguió firme, arma al hombro. Alguien abrió la puerta, y una ráfaga de viento se llevó a la

bailarina, que, cual una sílfide, se levantó volando para posarse también en la chimenea, junto al soldado; se inflamó y desapareció en un instante. A su vez, el soldadito se fundió, quedando reducido a una pequeña masa informe. Cuando, al día siguiente, la criada sacó las cenizas de la estufa, no quedaba de él más que un trocito de plomo; de la bailarina, en cambio, había quedado la estrella de oropel, carbonizada y negra.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".